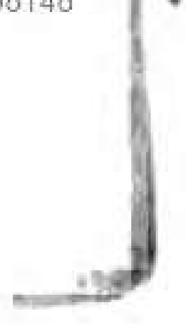
Semanario pintoresco español

Madrid 1852





SEMANARIO
PINTORESCO
ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

ENCICLOPEDIA POPULAR.

DIRECTOR Y REDACTOR

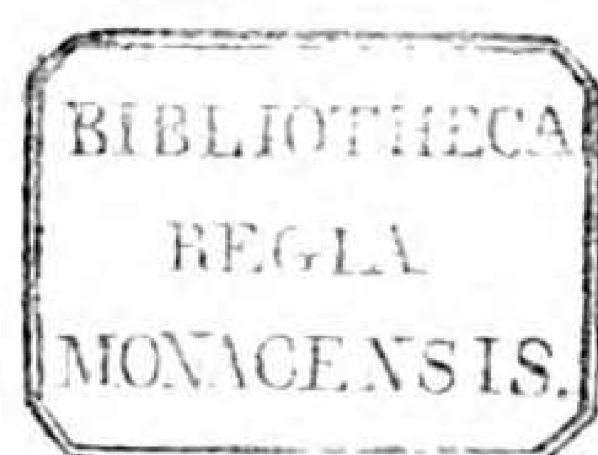
D. Angel Fernandez de los Rios.

1852.

MADRID:

OFICINAS Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION, Á CARGO DE D. G. ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

MDCCCLII



INDICE.

TABLA DE ARTICULOS.

TABLA DE GRABADOS.

VISTAS.

ANTIGUEDADES.

PAISAJES.

ESCENAS DIVERSAS.

RETRATOS.

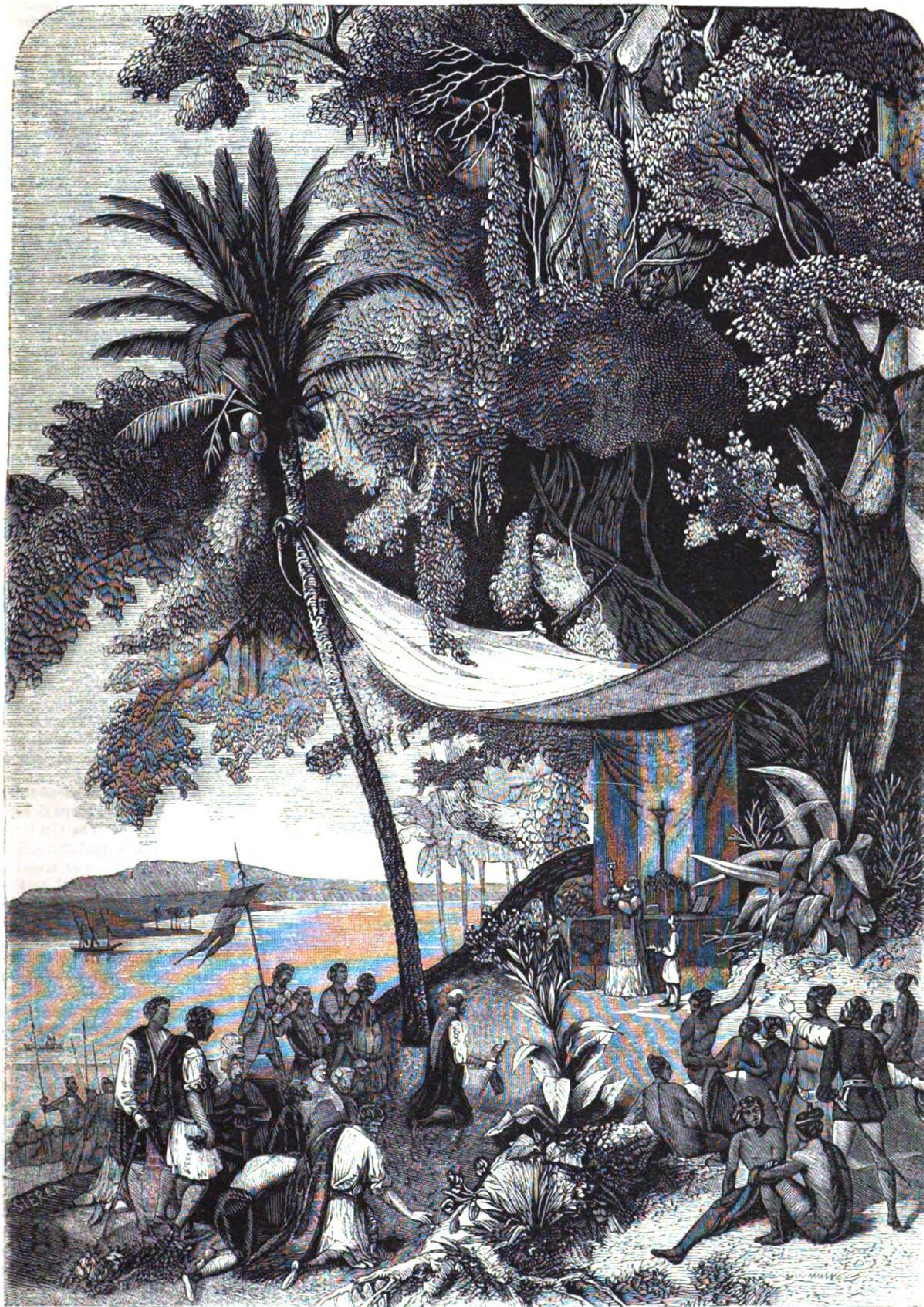
TIPOS Y ESCENAS POPULARES.

ESCENAS DE NOVELAS.

GRABADOS VARIOS.

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL,

LECTURA DE LAS FAMILIAS.—ENCICLOPEDIA POPULAR.



(La primera misa en América.)

4 de Enero de 1852

LA PRIMERA MISA EN AMERICA (1).

La intervencion de una ceremonia religiosa en el acto por medio del cual se apropia un pueblo un territorio, no es de escasa importancia en la historia, porque consigna la civilizacion de ese pueblo. No existe lazo mas fuerte que el religioso para unir á los hombres en sociedad, y no hay nacion que forme un todo durable y poderoso sin la comunidad y participacion de sus creencias. Cuanto mas claras sean estas y mas conformes al destino de la humanidad y al desarrollo de los instintos civilizadores, tanta mas coherencia, tanto mas vigor se observará en los elementos nacionales. Si los pueblos cristianos han conseguido constituirse con mas energía que los demás, si aspiran á dominar al mundo, consiste principalmente en que su principio religioso es superior á todos.

Considerando el hecho bajo un punto de vista histórico, no puede negarse que la aptitud para formular reglas morales y aspiraciones humanas, en un sistema completo que los símbolos traducen á la vista, no indica el carácter de una raza particularmente propia para asociarse y reglamentar sus instintos: esto es, para formar una nacion. Sin una fé aceptada y visible por medio del culto, los hombres siempre permanecen estraños unos á otros en sus mas íntimas necesidades: los cuerpos y los espíritus estan unidos; pero las almas separadas, y sin ellas no existe alianza duradera.

Puede demostrarse todo lo que aqui decimoss en las tribus salvajes de América y en las razas negras africanas. La ausencia de una religion precisa, la intervencion del capricho individual en todos los actos de la creencia, han impedido en todas partes la formacion de los vínculos sociales. Hay asociaciones imperfectas de intereses, de pasiones, de tradiciones históricas; pero no hay naciones verdaderas.

Figurémonos la actitud de los indios al oir la primera misa que se dijo en sus regiones. Cualquiera otro pueblo civilizado que tuviese una creencia, hubiera comprendido desde luego toda la gravedad é importancia de aquel acto: los indios ni aun llegaron á manifestarse curiosos, porque para ellos, aquella ceremonia nada significaba, y esperaban su conclusion sin procurar comprender.

Mas tarde, cuando los misioneros se establezcan definitivamente en América, se esforzarán en iluminar la ignorancia de aquellas razas, y les enseñarán las verdades fundamentales del cristianismo; los indios retendrán en su memoria todo cuanto se les esplique, y se someterán, en apariencia, á las reglas cristianas; pero tambien á la primera ocasion volverán á su estado salvaje los recien convertidos. Fácil será conocer que alguna cosa les falta para entrar de lleno en la esfera de las ideas que ha creado el mundo moderno y que le conducen hácia el porvenir.

(1) Véanse los números 2 y 3 del SEMANARIO de 1850.

HISTORIA ANECDÓTICA.

LA MINORIA DE CARLOS II.

LA REINA DOÑA MARIANA.—EL PADRE NITARD.—DOÑA JUANA DE AUSTRIA.—VALENZUELA.—CARLOS II.

Despues de un prolongado y azaroso reinado de cuarenta y cuatro años en que habia continuado rápidamente y con muy cortos intervalos la desmembracion del gigantesco imperio de Carlos V y Felipe II, dejó de existir Felipe IV el dia 17 de setiembre de 1665.—Aunque en sus dos matrimonios, celebrados el primero con Doña Isabel de Borbon, y el segundo con Doña Mariana de Austria, habia tenido varios hijos varones y hembras, solo le sobrevivieron, de los primeros, el desdichado Carlos II, último vástago masculino de su régia dinastía, y este en la tierna edad de cuatro años escasos, como nacido que era en 6 de noviembre de 1661.

Tres dias antes de morir habia otorgado Felipe su testamento, en el cual nombraba á la reina Doña Mariana tutora del hijo y heredero, y gobernadora del reino durante la menor edad de aquel, en términos tan espresivos como estos: «para que con solo este nombramiento, sin »otro acto, ni diligencia, ni juramento, ni discernimiento de la di»cha tutela, pueda desde el dia en que yo fallezca entrar á gobernar »en la misma forma y con la misma autoridad que yo lo hago; por»que mi voluntad es comunicarla y darla la que yo tengo y toda »la que fuera necesaria, sin reservar cosa alguna, para que como tal »tutora del hijo ó hija suyo y mio que me sucediese, tenga todo el »gobierno y regimiento de todos mis reinos en paz y en guerra, has»ta que el hijo ó hija que me sucediere tenga catorce años cum»plidos para poder gobernar.»—Sin embargo, y á fin de auxiliar á la reina viuda con sus consejos y servicios, instituyó Felipe una junta consultiva compuesta del cardenal arzobispo de Toledo é inquisidor general; del conde de Castrillo, presidente del consejo de Castilla; D. Cristóbal Crespo, canciller ó presidente del de Aragon; del marqués de Aytona, grande de España, y del conde de Peñaranda, consejero de Estado.

Doña Mariana sintió sinceramente la muerte de su augusto esposo, y pareció dispuesta á seguir sus instrucciones y los consejos de la junta consultiva que aquel le habia legado; pero muy pronto dió á conocer que otro influjo superior tenia dominada su conciencia y habia de subyugar tambien su autoridad soberana.—Esta perniciosa influencia, y esta dominacion estraña, era la que ejercia sobre el ánimo de la reina su confesor, el jesuita aleman padre Juan Everardo Nitard. Este astuto personaje (á quien no se le puede negar cierto don de talento político cortesano), habia acompañado á Mariana en calidad de su director espiritual cuando vino á casarse con Felipe en 1646; y aunque de humilde orígen y mediana capacidad, supo captarse cierta nombradía en el colegio de jesuitas de Viena, en la sociedad cortesana de aquella capital, en el ánimo del emperador, que se complació en recomendarle á su hermana la futura reina de España, y por último en la voluntad de esta señora, que durante los veintiun años de su matrimonio con Felipe no apartó de su confesonario al religioso aleman. El rey igualmente respetaba y queria al director espiritual de su augusta esposa; pero á pesar de las vivas instancias de esta para que le confiriese otras dignidades eclesiásticas, no vino en ello Felipe, dejándole tranquilamente en su delicado ministerio sin avanzarle nada en su carrera.

Así probablemente hubieran continuado las cosas sin la muerte de Felipe y la gobernacion consiguiente de Mariana; pero ocurrida aquella y encargada esta del poder supremo, el primer uso que hizo de su autoridad fué en favor del padre Nitard; porque muerto el cardenal Sandoval al siguiente dia que Felipe IV, y nombrado en su lugar arzobispo de Toledo el cardenal D. Pascual de Aragon, inquisidor general, la reina le empeñó á renunciar esta última plaza, verificado lo cual la confirió inmediatamente á su confesor, sin contar para ello con la junta consultiva.—Esta determinacion atrevida, esta disposicion de un empleo tan importante como el de inquisidor general, sin consulta alguna, á los pocos dias de tomar las riendas del gobierno, y hecha en favor de un estranjero nacido, segun se aseguraba, y educado en sus primeros años en la secta luterana, y que no contaba la menor simpatía en los consejos de la corona ni en el público, fué motivo de las primeras murmuraciones y descontentos, que supo sin embargo conjurar Mariana con su destreza y manejo de los principales cortesanos; pero que no dejaron de sembrar los gérmenes de futuras discordias, envidias y tribulaciones. Y crecian estas cada dia tanto mas, cuanto aumentaba por momentos el ascendiente del padre confesor é inquisidor general, no solamente en la direccion de la conciencia régia con actos meramente religiosos, sino tambien en los relativos á la gobernacion temporal del reino, en términos que era ya designado públicamente con el título de favorito ó valido, y superior en poder á todos los ministros y dignidades del Estado.

A la cabeza de los descontentos y personificando las enemistades de la corte y del pueblo hácia el inquisidor Everardo, apareció muy luego un elevadísimo personaje, que se propuso oponer su alta posicion y relevantes prendas á la desmedida elevacion en que habia sabido colocarse el astuto confesor.—Este poderoso y distinguido magnate era nada menos que D. Juan José de Austria, hijo natural de Felipe IV, habido en la célebre comedianta María Calderon. Criado secretamente en la villa de Ocaña, habia solo él obtenido de la ternura paternal el reconocimiento público y solemne de su augusto orígen, entre los hijos naturales que tuvo Felipe en su larga vida y aventuras; y ya sea por la razon del mayor cariño que profesó á su madre, que al decir de sus contemporáneos ofrecia en efecto las mas raras cualidades de belleza y discrecion, y que hizo olvidar los estravíos que pudo tener profesando á poco tiempo de religiosa carmelita en un convento de la Alcarria, ya por las distinguidas prendas de talento y de valor que desde muy niño anunciaba D. Juan, ello es que parecia enorgullecerse de ser su padre y en colmarle de las gracias y honores propios de una persona real.—El pueblo tambien, y los cortesanos, que en un principio murmuraron y zahirieron apasionadamente aquel orígen bastardo de D. Juan, y que llegaron hasta á alimentar las sospechas de su sangre real, atribuyéndole al duque de Medina de las Torres, quien parece habia galanteado tambien á la Calderona, y con el que pretendian hallarle mayor semejanza, acabó por disipar sus sospechas y presunciones contrarias, en vista de las prendas y cualidades verdaderamente régias del jóven D. Juan, y por simpatizar con él y amarle tan entrañablemente como á un príncipe legítimo.—Era pues aquel apuesto personaje un príncipe valiente, discreto y galan; un hombre honrado y caballeresco, y que habia figurado dignamente desde sus primeros años en los mas altos cargos y dignidades del Estado, como gobernador del País-Bajo y de Borgoña, como virey y general victorioso en el reino de Nápoles y Portugal, como gran prior de Castilla en la órden de Malta, y últi-

mamente como presidente del Consejo de Estado, é íntimo confidente del rey su padre.

Al poco tiempo de la muerte de este, observando el ascendiente rápido y asombroso que el padre confesor (ya consejero de Estado) tomaba en el espíritu de la reina, y no logrando por de pronto oponerle su escaso predominio, hubo de apartarse voluntariamente de la escena política, retirándose á su castillo de Consuegra, residencia ordinaria de los grandes priores de San Juan; pero complicándose despues las pretensiones del rey de Francia sobre los estados del País-Bajo, hasta el punto de apoderarse á mano armada de algunas de sus plazas, y promover una guerra desastrosa para defenderlos, hubo de llamarse á D. Juan para castigar aquel atentado, y confiarle el mando del ejército que ya en otras ocasiones habia sabido conducir á la victoria.—En esto obraba tambien la reina políticamente para tener mas alejado de la corte al príncipe, en cuyas francas demostraciones habia podido observar su desden y aversion hácia el jesuita favorito, demostraciones y palabras unas veces graves, otras festivas, que habian llegado al estremo de decir en pleno consejo y delante del interesado, *que su parecer era que se enviase á Flandes al padre Nitard, á quien como á tan santo varon nada podria negar el cielo; y la prueba de su virtud milagrosa (añadió sonriendo) es sin duda alguna el puesto en que hoy le vemos.*—«Yo creo firmemente (replicó contrito el confesor), que nada es negado por la misericordia divina á los que sinceramente confian en ella; pero tambien conozco que mi deber y mi profesion me llaman á otros servicios que á los propios de un general de ejército.—*No seria esta* (repuso D. Juan) *la primera cosa estraña á vuestra profesion y vuestro carácter en que os vemos brillar todos los dias, padre mio.*

Resolvióse en fin que D. Juan se pusiese al frente del ejército dispuesto para pasar á Flandes: aprestáronse para ello los bajeles necesarios en Cádiz y la Coruña; y D. Juan, desde el último de estos puertos, iba enviando los cuerpos poco á poco, no pareciéndole prudente empeñar desde luego un combate con la armada francesa, muy superior en número, que cruzaba en aquellas aguas. Entre tanto los ingleses y holandeses, hechas entre sí las paces, se unian ya á la Francia contra la España, y arrastrados por el ascendiente de Luis XIV, el elector de Tréveris y el Palatino, el duque de Baviera y el de Brunswick formaban una liga en defensa propia, y con el objeto de obligar á las potencias beligerantes á arreglar su diferencia de una manera conveniente á todos. Por último, el papa mismo intervino en la contienda, y la paz quedó firmada en Aix-la-Chapelle.

Pero mientras todo esto sucedia, y en tanto que D. Juan, como queda dicho, esperaba en la Coruña el momento oportuno para embarcarse, llegó á sus oidos la noticia del suplicio dado á D. José Malladas, hidalgo aragonés muy partidario suyo, á quien secretamente y por órden de la reina se le prendió y quitó la vida en pocas horas por causas que no pudieron averiguarse, pero que se supusieron forjadas por la malevolencia del confesor. D. Juan, afectado profundamente por el trágico fin de una persona á quien estimaba mucho, y exasperado por el ultraje que en ella creia haber recibido del padre Nitard, determinó negarse á ir á Flandes, suponiendo que no se pretendia mas que alejarle de la corte y tal vez abandonarle sin recursos á la fuerza superior del rey de Francia, y bajo el pretesto de una enfermedad del pecho, escribió á la reina suplicándola le dispensase del mando del ejército.

Tan súbita mudanza, y tan agena del valor reconocido de D. Juan, causó una estraña sorpresa en la corte, y un profundo sentimiento en la reina y el confesor. Estos, sin embargo, bien pudieron penetrar la causa verdadera, y reconocer su imprudencia en el sacrificio de Malladas: pero no pudiendo ya remediarlo, le comunicoron á D. Juan las órdenes para ceder el mando al condestable de Castilla, que conduciria á Flandes á las tropas, en tanto que él (D. Juan) debia retirarse inmediatamente á Consuegra, sin acercarse á Madrid en veinte leguas.

Obedeció el príncipe sin replicar; pero su obediencia, lejos de aplacar á la reina, la dió nuevas fuerzas para llevar personalmente al consejo un decreto terrible contra D. Juan, alegando su desacato en negarse á pasar á Flandes en momentos tan críticos, y bajo el mentido pretesto de una enfermedad figurada, con lo cual habia faltado á la verdad y al trono.—Todo esto llegó muy pronto á noticias de D. Juan, el cual fué tanto mas sensible á este proceder de la reina, cuanto que creia haberla desarmado con no quejarse públicamente de la muerte de Malladas. Pero todavia ocurrió otro incidente que acabó de enconar los ánimos. Un capitan llamado D. Pedro Pinilla solicitó y obtuvo una audiencia de la reina, en la cual sin duda pudo revelarla algun dato importante contra D. Bernardo Patiño, hermano del secretario de D. Juan, porque al siguiente dia fué preso con gran rigor, al mismo tiempo que el marqués de Salinas, capitan de la guardia española, recibió órden de la reina de partir con fuerza suficiente á Consuegra y arrestar al príncipe; pero advertido este oportunamente por sus numerosos amigos, pudo evitar el encuentro, y partió secretamente, dejando una carta para la reina, fecha 21 de octubre de 1668, en que alzando ya la voz y el tono mas que hasta aquí, la confesaba abiertamente la causa de su negativa á ir á Flandes; su justo resentimiento por la muerte de Malladas, que no dudaba ser obra del padre Nitard; que tal atentado reclamaba una terrible venganza, y que antes de contribuir él por su parte á llevarla á cabo, la suplicaba rendidamente que apartase de su lado á un consejero tan pernicioso; concluyendo su carta con una protesta severa contra la necesidad en que se ponia á un sugeto de su rango y sus servicios á huir del pais, y buscar asilo en el estranjero contra una odiosa persecucion.

(Continuará.)

R. DE M. ROMANOS.

TEATROS.

(ARTÍCULO INÉDITO DE FÍGARO.)

Un Procurador, ó la intriga honrada, comedia nueva.

(Siguen los artículos sin alusiones políticas.)

Dos cosas estamos esperando siempre para escribir en cuanto á redactores del ramo de teatros: la primera que los señores procuradores y próceres (las cosas por su órden), que los señores procuradores y próceres que llenan nuestras columnas, de paso que tratan de llenar las esperanzas de los españoles, nos dejen meter baza y hablar en nuestra propia casa. La segunda, que la nueva direccion nos dé alguna funcion buena donde podamos una vez siquiera tributarle algun elogio, haciendo la vista gorda sobre esas parvedades de materia con que entretiene malamente el apetito de los aficionados al arte, si alguno queda. Pero cansados de esperar nos lanzamos á hablar: está visto que los primeros nos escupen, y que la funcion buena corre parejas con el fin de la guerra civil. Por mas que se muden empresas y direcciones, la dificultad sigue en pié: *la Trinidad se pasa y Malboroug no viene ya.*

Entre tanto pues que la empresa se porte bien, hablemos nosotros mal, y cumplamos con nuestro deber, siquiera por distinguirnos de los mas.

El título prometia *Un procurador*, y al lado de un procurador, en un mismo cartel, *La intriga honrada.* Ha dicho Fontenelle: *voilà des mot, qui jurent de se trouver ensemble*, cita que no va en manera alguna con el adjetivo *honrada*, sino con el sustantivo *intriga.* Empezaremos por advertir que no tratamos de ofender á nadie, y si no fuera por detenernos, dariamos principio haciendo nuestra profesion de fé, como es costumbre, á pesar de haberla ya hecho otras quinientas veces; pero costumbre indispensable desde que la profesion de fé viene á ser el principio de todo discurso, mas que en él no se discurra, como el sombrero es el principio de toda persona que lo gasta, empezando á contar por arriba. Y para que con nuestra profesion de fé quedase probado que no queriamos ofender á nadie, diriamos en ella que hemos emigrado (en cuanto á que hemos viajado), y que hemos vuelto; que nuestros antecedentes políticos son los mas inocentes del mundo, pues en cuanto á *Fígaro*, el mayor esceso que hemos cometido ha sido hacer la barba mas ó menos blandamente á nuestros parroquianos, y eso sin dolor, de nosotros por supuesto: y no se nos diga que los hemos desollado, que para eso los hemos afeitado de balde; y concluiriamos diciendo, que no habiendo hecho en toda nuestra vida sino murmurar, seriamos siempre consecuentes con nuestros precedentes. ¿Qué mas se nos pudiera pedir?

Pero en atencion á que por el proyecto de ley electoral ya aprobado no tenemos ni en cuanto á poetas ni en cuanto á rapistas profesion conocida, en atencion á que nuestra fé allá se va con nuestra profesion, visto que no tenemos fé en ninguna profesion, y que hacemos profesion de no tener nunca fé, no queremos hacer hoy nuestra profesion de fé.

¿Nos habrán entendido nuestros lectores? Probablemente no: convenimos en que hubiera sido difícil; la verdad es que no queriamos decir nada; no sabemos por tanto si por casualidad hemos dicho algo. Pero si no nos han entendido, sepan que eso mismo nos sucede á nosotros todos los dias con todo el mundo, y cuidado que oimos gente; y no por eso nos desesperamos. En conclusion, nos parece que no podemos ser mas esplícitos.

Y como ya estamos casi al fin de nuestro discurso, vamos á entrar con franqueza en la cuestion. Empezaremos por declarar á la faz de la Europa, que nos mira, solo que no nos ve, y aun de la América, que ni nos ve ni nos mira, pero que nos siente, que no entraremos de lleno en la cuestion del juicio de esta comedia por varias razones; primera, porque no habiéndose seguido echando, nadie sino nosotros en este momento se acuerda de ella: ha caido en desuso: tiene contra sí la esperiencia; segunda, porque ya nuestros dignos colegas los demás periodistas han iluminado la materia con sus eruditos juicios, como lo tienen de costumbre.

Nuestra intencion al tomar la pluma no ha sido otra que la de decir que el título prometia, si bien nos chocaba aun en el título, como llevamos dicho, aquello de ver juntos una *intriga* y un *procurador*, que por honrados y grandes que sean una y otros, nunca admitiremos la

posibilidad de que quepa una intriga en un procurador, ni procurador en una intriga. Esto solo se ve, solo se puede sufrir en las comedias: son utopias.

Pero es lo peor que esta, como otras muchas, es cuestion de nombre, porque en el fondo de la comedia de que estamos hablando, aunque sin decir nada de ellos, como es costumbre de periodistas y oradores, ni habia mas procurador que uno de la curia, ni la intriga suficiente para la comedia misma.

La cosa desde luego no era española, en lo cual se parecia á las demás cosas que hay en España, sino francesa; porque, eso sí, intervencion, parece que no hay diablos que la traigan de allá; pero comedias y contrabando... Pues vean VV. lo que es, y uno será esta comedia; preferimos el contrabando. Luego está acomodada á nuestra escena con el mismo tino con que se aplican las cosas todas que de aquellos benditos paises tomamos.

El argumento es cosa sencilla: un procurador que quiere dar un padre y una madre á un muchacho de esperanzas, y para eso casa por fuerza un viejo y una vieja; viva representacion por cierto del ministerio Martinez, casando el Estatuto con la España, dos cosas viejas, para que legitimen la revolucion, muchacho que promete.

La comedia, sin embargo de esa malicia que nosotros le encontramos, y de la cual el autor que lo escribió hace cuarenta años no tiene la culpa, ni gustó ni petó. Esperimentó la suerte de un ministerio nuevo; á lo cual añadiremos que tuvo que ceder el puesto á otras comedias, y desaparecer: fin y paradero que pudiera igualmente tener esta otra comedia mas séria, de la cual aunque vemos ya seis personajes, no acertamos á ver siquiera un acto, desde que está levantado el telon, que hará como cuatro dias.

Y volviendo á la empresa y á la comedia del *Procurador*, no queremos concluir este artículo sin hacerle una grave interpelacion, en que está interesado el honor de la opinion pública que representamos, y el del teatro mismo, y á la cual estamos seguros que no satisfará de ninguna manera.

¿Nos podrá decir la nueva empresa qué especie de sistema tenia pensado desde que la solicitaba para cuando llegase al poder? ¿Llevaba por plan hacerlo bien ó hacerlo mal? Y es preciso que nos responda á esto; porque si pensaba en hacerlo mal, confesaremos con toda la ingenuidad que nos caracteriza que *no hay mas allá*, es decir, que no se puede hacer peor. Desde luego pasan dias y no hace nada: ¿se estará por ventura enterando todavía del estado de los teatros? Vive Dios que si es esto, sabemos mas que ella los demás. ¿Nos dirá que la administracion anterior le dejó los teatros en mal estado? *Gia lo sappiammo.* Por eso esperábamos las maravillas que iba á hacer. Pardiez que pasar dias, eso ya lo hacemos todos, señora.

¿Dónde estan esas comedias que debia tener preparadas? ¿Esos planes y reformas, ese progreso, esa mayor capacidad? No valia la pena seguramente de que la empresa anterior hubiera dejado el puesto, porque de estos pasos de la vida es de quienes se cuenta aquello de *malo vendrá que bueno me hará.*

Reasumiendo, es probado que en punto á empresas, lo mas que se puede decir es: *¡Dios nos la depare buena!* porque está visto que nosotros no nos la sabemos deparar.

Andrés NIPORESAS.

Los idilios que aparecen insertos á continuacion de estos renglones, son tal vez los únicos ensayos verificados con nuestro idioma en un género, creado y cultivado admirablemente por el poeta aleman Salomon Gessner. Semejante circunstancia, cuando no los avalorase el mérito que los distingue en absoluto, bastaria para que otorgasemos á tan delicadas producciones la consideracion y el aprecio que merecen, aprovechando esta ocasion para dar gracias al señor Baralt por haber trasplantado á nuestro suelo flores cuyos perfumes aspiran á purificar el alma, haciéndole comprender todo lo que nos puede enseñar de tierno y puro la contemplacion de la naturaleza.

Y con efecto, no hay fenómeno en la existencia del mundo físico, no hay escena en la sencilla vida de los campos que no se preste á una aplicacion moral de trascendencia, que no pueda ser noblemente embellecido por la imaginacion y el sentimiento. Testigo de ello los tres preciosos ensayos que el señor Baralt ha hecho, y que los lectores de este periódico verán con la satisfaccion que inspiran siempre las obras verdaderamente bellas.

No entraremos en este sitio á determinar las circunstancias particulares del género á que aludimos: no haremos una enumeracion detallada de la utilidad que es susceptible de producir su cultivo: baste con indicar sencillamente que semejantes producciones son eficacísimas para despertar en el alma de la niñez, no solo ideas de nobleza y rectitud, sino sentimientos tiernos y delicados, y que el señor Baralt, como maestro en el manejo del idioma, como escritor de severos principios morales, como hombre de imaginacion y de ternura, es el mas á propósito quizá de cuantos en España cultivan las letras digna y elevadamente, para dar cima á la empresa de aclimatar en nuestro suelo una planta que encierra en su seno los gérmenes mas fecundos.

Esperamos pues que el señor Baralt, á quien se debe la feliz introduccion en España de un género que exige en sus cultivadores dotes y calidades del mas alto precio, no se limite á los presentes ensayos; antes bien nos dé en breve una coleccion de *idilios* que pueda servir de enseñanza á la juventud, contribuyendo á purificar su gusto bajo el punto de vista literario, y á formar su corazon y dirigir al bien sus sentimientos, bajo el aspecto moral y religioso. Semejante obra no solo seria de gran importancia literaria, sino que tendria el mérito de una buena accion á los ojos de todos los hombres honrados.

IDILIOS.

I.

LA DECLARACION.

Era una hermosa tarde: era aquella hora en que el sol al ocultarse tiñe de mil colores el cielo; hora de religioso encanto en que vaga melancólico el pensamiento y siente el corazon indefinible ternura. Dejábanse ver azules, casi sin perfiles, las lejanas montañas por entre un vapor blanquecino que como velo trasparente las cubria. El soplo errante de la brisa mecia las copas de los árboles y silbaba blandamente entre el ramaje, donde brillaba, y desaparecia, y tornaba á brillar por instantes la luz fosfórica de la luciérnaga. El canto triste de algunas aves se mezclaba al estridor prolongado del grillo: la grey mugiendo, con paso perezoso se acercaba al redil; y los pastores la abandonaban de vez en cuando por detenerse á escuchar las apagadas vibraciones de una lejana armonía. Damis y Emira bajaban en aquel instante al valle entretenidos en dulcísimo coloquio.

—Hoy puedo hablarte, pastora: acaso porque en la estrechura en que á tí me reuní no pudiste evitar mi encuentro con igual facilidad que en la llanura Huyes de mí, Emira, y yo te busco como busca trébol el ganado, y el estraviado corderillo á su afligida madre. Huyes de mí, Emira, que te amo como aman las abejas el cáliz de las flores, y como aman las flores la luz y la frescura de la mañana. Feliz el que posea tu cariño, zagala amable, porque el contento morará en su pecho. ¡Desgraciado de mí que lloro tu desprecio!

—¿A cuántas zagalas has hecho, Damis, la relacion que á mí me estás haciendo? La habrá oido sin duda Ida la hermosa, para quien tienen tanto atractivo tus canciones; y la altanera Nise, á quien ablandan los sonidos de tu flauta; y Meri, la remilgada y lánguida Meri, que ostentaba ayer una guirnalda de rosas cogidas por tu mano en la cañada. Habla á ellas de tu amor, sensible Damis, que yo no cambio mi libertad ni mi alegria por mentirosas palabras.

—Testigo me es el cielo de que no merezco lo que has dicho, zagala. El otro dia disputaban dos pastores el premio del canto en presencia de mucha gente de la aldea, reunida debajo de la encina grande. Casualmente pasé yo por allí, y al verme se detuvo el que cantaba, púsose en pié su contrario, y algunos pastores jóvenes me invitaron á disputar el premio. Ida esclamó entonces: «Canta, Damis, que tu voz es grata al oido y conmueve el corazon »—«Y si no, que acompañe con su flauta á los cantores, porque los sonidos de su flauta son mas dulces que los gorgeos del ruiseñor:» esto dijo Nise. Y yo respondí: «Amigos, ¿cómo podrá cantar el que está triste? ¿Cómo podrá tocar el que llora? Mucho tiempo hace que mi voz no se ejercita, y bien habeis podido ver mi flauta colgada en una rama del chopo que da sombra á mi cabaña. No me hableis de canciones, ni de juegos, ni de alegres danzas, mientras la que me ha robado el sosiego no le devuelva á mi afligido pecho.»—«Roguemos á Emira que le ame,» esclamaron como burlándose de mí las dos zagalas que he nombrado. Y yo al oir tu nombre sentí que toda mi sangre se agolpaba al corazon, y que mi rostro ardia como un hierro encendido: á todos descubrí de este modo mi secreto.

—¿Y la guirnalda de Meri?

—Buscaba yo ayer un cabritillo estraviado, cuando ví á Meri cogiendo flores en el rosal silvestre que crece en el borde mas escarpado de la cañada. Al divisarla (y no lo hice por huir de ella, sino por no interrumpir mi trabajo) torcí mi camino por una vereda fingiendo no haberla visto; pero no habia andado mucho cuando oí un grito penetrante. Era un grito de Meri herida por las espinas en el acto de coger una rosa...

—¿Y entonces se te olvidó el cabritillo, corriste desalado á ella, y restañaste con solícito cuidado la sangre que corria por su hermosa mano?... ¿No besaste amorosamente sus dedos?... ¿Y la guirnalda que luego ostentaba con tanto orgullo en la pradera, no fué colocada por tí sobre sus rubios cabellos?

—No olvidé, Emira, ni corrí, ni besé, si bien es cierto lo demás; pero no sé qué vió ella en mí cuando puse las flores en su frente, porque al

despedirse esclamó: «Tu cortesía agradezco, gentil Damis, aunque conozco que te duele no haber hecho este obsequio á otra zagala.» Era por tí por quien hablaba de aquel modo, Emira.

—Por mí?

—Por tí, pastora, porque todos saben en la aldea que te amo. Lo sabe el bosque, á cuya espesura he confiado tantas veces mis pesares: la fuente, cuyas ondas puras han refrescado mis ojos, cansados de llorar tu desvío: mi descuidado rebaño: mis flores, que privadas de riego se marchitan: los árboles, en que he grabado tu nombre: el dia, en que te veo tan cruel, y mis sueños, en que á las veces te contemplo blanda á mis ruegos. Todos, todos saben mi amor y mis tormentos.

Y si yo te amo, Emira, ¿por qué tú no has de amarme? ¿Cuán felices seriamos si el amor en suave yugo nos uniera! Para tí reservaria mi voz su melodía: para ti repetirian los ecos los dulces sones de mi campestre flauta: mi mano adornaria tu seno con la primera flor de primavera, y tuyo seria el primer racimo que en la vid madurara el otoño. Cogería para tí los pajarillos en las breñas escarpadas ó en la elevada cima de las hayas: te harian en los bosques compañía, y cuando el sol nos abrasase con sus rayos en la mitad del dia, retirado contigo en una fresca sombra te hablaria de mi amor, y leeria el tuyo en tus lindos ojos negros y en tu amable sonrisa.

Ámame, Emira. Huérfano al nacer, nunca oí la voz de mi madre, ni me dormí en sus brazos, ni conocí su pecho: mi padre no me sentó jamás sobre sus rodillas; ni tuve hermanos que tambien me amasen, y que jugasen conmigo. Mi primero, mi único amor eres tú, y por eso quizá no hay amor mas profundo que el que siento por tí. ¡Ah! me parece que en el afecto que hácia tí me arrastra, amo á los hermanos que me negó la Providencia; y á la dulce madre que me dió la vida á costa de la suya; y á mi padre, á cuya frente jamás llegaron mis labios...

—Damis, amigo mio, yo tambien te amo. Cuando tú llorabas mi aparente esquivez, yo creyéndote inconstante rogaba al cielo que llenase con mi sola imágen tu corazon; porque el mio por tí solo, y solo para tí, alienta y vive.

II.

LA TEMPESTAD.

¿Oyes, Emira, el bramido de la tempestad que todo lo asuela en derredor? ¿Ves los fuegos que surcan las nubes, y oyes el trueno, y á par del trueno el ruido de los estragos que hace el rayo despedido del cielo? En la profunda oscuridad que nos rodea, no puedo verte sino á la luz de los relámpagos; ni me deja oir el grito de tu congoja, el grito inmenso de la tempestad. Me parece que solo á nosotros amenaza de muerte, porque estamos solos en medio de las selvas. Pero yo siento que en el terror que te anonada has ceñido mi cuerpo con tus brazos, y que tu corazon sobresaltado palpita junto al mio. Estréchame mas fuertemente aun contra tu seno, Emira, y bendeciré los terrores y los peligros de la tempestad.

En breve aparecerá de nuevo el sol, plácido, sereno como un pensamiento del amor divino. Su carro refulgente le llevará triunfador por los tendidos cielos, y tornará manso y apacible el viento. Y las nubes, y los montes, y los prados se vestirán de luz pura; y volverá el murmurio del arroyo á acompañar el canto de las aves y la voz misteriosa de los bosques. Oiga yo entonces la armonía de tus acentos en el concierto que la naturaleza dedica á la gloria del Señor: bese tu frente radiosa de alegría: lea en tus ojos que confirmas en la bonanza los derechos que me diste en la tormenta; y recordando de dónde me viene tanta dicha, bendeciré los terrores y los peligros de la tempestad.

¡Ay! ¿qué otra cosa es la vida del hombre mas que una deshecha borrasca? ¿y qué serian sin ella su corazon y su inteligencia? Despues de una tormenta es mas brillante el cielo, mas puro el aire, mas alegre la campiña: despues del obstáculo que retarda la dicha ó la desgracia que de ella nos aleja, mas honda y viva la siente el corazon. ¡Cuán sublime es el poder de Dios cuando arma su brazo con la tempestad! Así como él, sublime, aparece la virtud en medio de los combates del vicio. ¡Oh! no muera yo con el alma enmohecida á fuerza de gozar dicha perenne. Vea yo azares, lides y privaciones de la vida, y con tu amor, Emira, tus enojos; porque la quietud me entristece, y en el corazon y en la naturaleza me placen, dulce amiga, los terrores y los peligros de la tempestad.

—Cesó la tormenta, amado mio: hemos reconocido á Dios en el rayo: bendigámosle ahora en el iris. Aquí tienes mi frente: imprime en ella el beso de tu amor... Uno, no mas de uno; que mi corazon se ha estremecido al contacto de tus labios... Déjame... Luego cantaré el dulce bienestar de los pastores y su inocente vida. Despues que cante reclinaré mi cabeza en tu pecho, y te abrazaré como lo hacia no há mucho cuando, cerrados los ojos y oprimido el pecho, buscaba en tí, que eres hombre, un apoyo contra la tormenta. En seguida, amado mio, me enojaré para que me desenojes, y si quieres merecer tu perdon, me pedirás á mi madre por esposa cuando duerma sobre sus rodillas. ¡Ah! si ella te da el nombre de hijo, y á ambas nos prometes un amor eterno, bendeciremos como tú, mi dulce amigo, los terrores y los peligros de la tempestad.

III.

EL ÁRBOL DEL BUEN PASTOR.

En la márgen de un riachuelo pedregoso cuyo humilde lecho ceñian altas y escarpadas riberas, se levantaba una robusta encina. Lástima daba ver el árbol gigantesco, que en la planicie hubiera elevado hasta las nubes su copada cima, crecer sin gloria en áspero y profundo barranco. ¿De qué servia que sus ramas se estendieran á gran distancia en derredor del tronco? ¿De qué servia que sus flores, desprendidas por el viento, formasen á su pié mullida y grata alfombra? Ningun pastor buscó á su sombra abrigo contra el fuego abrasador del mediodia, ni jamás oyó el tierno departir de dos amantes, ni los alegres sones de las danzas campestres, ni la voz grave y solemne de los ancianos, ora en pastoril concurso el premio adjudicasen del canto, ora en dulce coloquio, ricos de esperiencia, predicasen la virtud anunciando á los malos corta vida y llena de azares, y prometiendo á los justos larga carrera de paz y de ventura. Desde la vereda marcada en el borde de la hondonada deshojaban los rebaños las ramas estremas de su copa, y hacian fuegos con sus despojos los niños de la aldea; y por eso, si algun estranjero le admiraba, no obstante su humilde posicion, los hijos de aquella tierra decian: ¿Cómo puede ser grande el árbol cuyas flores y frutos cogen nuestros pequeñuelos en lo mas elevado de su cima?

Ostente en mala tierra un bello corazon sus flores, sus frutos de oro un alto ingenio. ¡En vano, en vano! Como troncos sin sávia, perecerán marchitos; como las avecillas sin nido, morirán sin canto y sin plumaje; ó como tú, bella encina, desconocidos por la ignorancia, vivirán sin lustre entre breñas, sin honor entre abrojos.

—Cortemos este árbol inútil, díjose un dia Damis, su dueño. Daráme su producto cuando menos dos cabras y una oveja. Aumentaré con las primeras mi rebaño, y daré la otra, de flores y de cintas adornada, á Emira bella. Y alegre, ufano con tan feliz idea, pensando en su pastora y cantando empezó á bajar la pendiente.

«Caigan, decia, tus ramas y tu tronco á los golpes repetidos de mi hacha, encina antigua, y envidien tu destino los árboles que en bosques y en praderas descuaja el huracan, ó los que viven para resistir sus embates y mueren viejos entre injurias y afrentas. No morirás, no, sin recuerdos, sin gloria. Cuando Emira enlace con sus brazos el albo cuello de mi ovejilla; cuando amorosa acaricie su pulido vellon pensando en mí, entonces bendeciré tu memoria, y junto con mi amor la guardaré por siempre en mi pecho.

»Trinad dulcemente, pajarillos que anidais en su ramaje: soplad vuestro mas dulce aliento en derredor, auras embalsamadas que dais fresco á su sombra, voz á sus hojas; muera vuestro amigo entre caricias como el niño que del regazo maternal baja al sepulcro.»

Así cantó Damis; y acababa apenas, cuando una voz grave y sonora hirió en sus oidos. Acercose para ver al que cantaba, y reconoció al pastor Cecilio, oráculo de la aldea, honor y gloria de la comarca. Sentado al pié de la encina, reclinada sobre el tronco la venerable cabeza, elevaba al cielo sus ojos ya apagados por la edad, puros como su alma bella, dulces y tiernos como su santo corazon, y así decia:

«Yo he visto el fuego consumir las ciudades y abrasar las campiñas: yo he visto la tierra conmovida estremecerse con fragor y derribar los templos y palacios soberbios y las cabañas humildes: yo he visto las guerras estranjeras y las disensiones intestinas agitar sobre los pueblos sus teas homicidas, y apagarlas en sangre; y cuando los niños inocentes jugaban con las piedras de los techos dorados y de las bóvedas santas; cuando los reyes perecian en los suplicios cual si fueran oscuros malhechores; cuando las naciones se retaban á muerte, ví tambien, árbol amigo, que el huésped de tu ramaje cantaba alegre y seguro en su guarida, mientras tú crecias grande y hermoso como los hijos de las selvas, modesto como todo lo que es hermoso y grande.

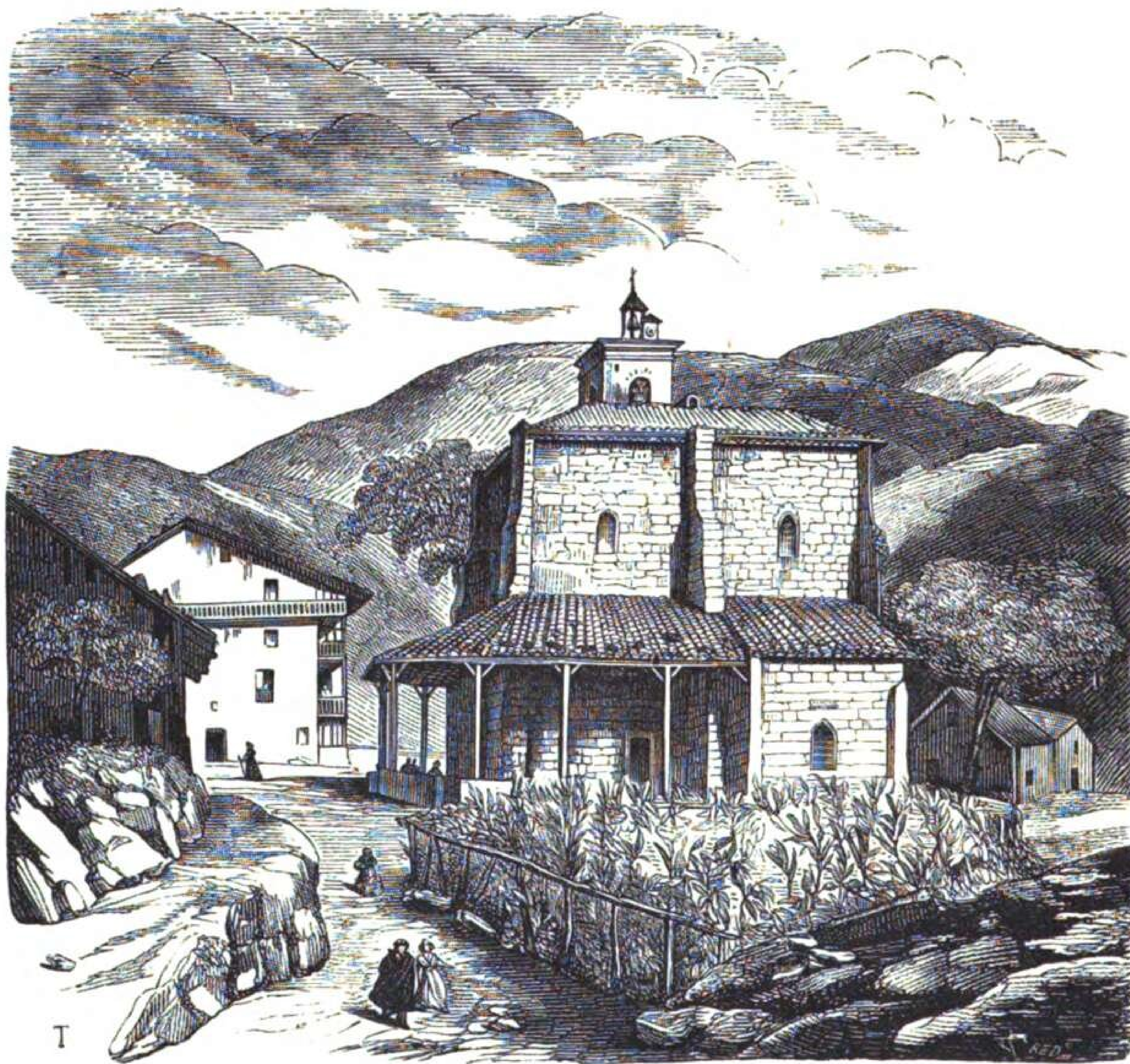
»Yo ví tu tronco en su infancia, pequeño aun y flexible, crecer con trabajo en pobre tierra: yo te ví solitario y sin apoyo alzar al cielo la frente marchita y sin adorno del huerfanillo abandonado. ¡Bendita sea la mano que protegió tu vida! Yo te ví despues fuerte, erguido, feliz, cual si te hubiera conservado una madre, cual si te amara una hermosa; y al paso que los años han ido deshojando una á una las flores de mi vida, las tuyas nacen mas bellas y fragantes en cada primavera. ¡Bendita sea la voluntad que te hizo hermoso, y bendito el poder que te hizo fuerte, árbol amigo!

»Gústame verte elevar y crecer, jóven aun, cuando yo cano y débil desciendo y muero, ¡y ayer no mas nací! Cabaráse en tu pié mi sepultura, y grata sombra á mi lápida humilde darán tus ramas, y aceptarás agradecido los últimos amores del que no tuvo en la vida hijos ni esposa! Vivas mil años y otros mil, encina bella, y conceda el cielo verdor eterno á tus hojas, dichosa libertad al pajarillo que forme su nido en tu ramaje, céfiros blandos á tu copa hermosa, fresca lluvia y tierna amiga á tus raices! ¡Jamás el cierzo ó el ábrego sañudos te marchiten, ni traidor gusano te diseque royéndote el corazon!»

Así cantó el anciano. Acercándose luego á Damis: «Huérfano, le dijo, conserva el árbol solitario del barranco: él es tu hermano. Ven á mi cabaña, vivirás conmigo, y tuyo será cuanto poseo. Yo os adopto: á tí, para la corta vida que me resta; á él, para despues de la vida.»

La voluntad de Cecilio fué cumplida. Sus despojos mortales se depositaron al pié de la encina, que los habitantes de la aldea llamaron desde entonces el *Árbol del buen pastor*. Es fama que desde entonces goza la encina de una constante primavera, y que multitud de flores de esquisita fragancia, nacidas espontáneamente alrededor de la tumba, embalsaman el aire, sin jamás marchitarse. Dicen los pastores que el alma del buen anciano, al subir á lo alto, ha pasado por aquellas flores, comunicándoles una pequeña parte de su perfume divino; y que en el silencio de la noche se oyen debajo del árbol suavísimas é inefables armonías, que no son mas que los ecos de su voz celestial.

RAFAEL MARIA BARALT.



(Guipuzcoa.—Iglesia de Arriaran y panteon de los condes de Villafranca.)

EN UN ALBUN.

Claras ondas corrientes
del manso arroyo
que os rompeis entre guijas
al pié del olmo:
De vuestras aguas
los plácidos murmurios,
«amor» ¿no claman?

Decid, cándidas flores
galas del prado,
¿llora amor esas perlas
en vuestro manto?
¿Os da perfumes
la esencia creadora
que á amar induce?

Verde pompa del valle,
cuando en tus ramas
los céfiros suspiran,
gimen las auras,
¿No habla de amores
el eco susurrante
que les responde?

Avecilla canora
que audaz te elevas
y en los aires modulas
himnos y quejas,
¿Qué al cielo dices?
¿Habla de amor al canto
que le diriges?

Todo, bella Eloisa,
todo en el mundo
habla de amor al pecho
sencillo y puro,
Todo proclama
que amor es en la tierra
vida del alma.

Gusta en paz las delicias
del casto fuego
á que en pasion ardiente
rendiste el cuello;
Mas no el del hombre:
copia el amor de arroyos,
Aves y flores.

1851.

MANUEL CAÑETE.

EL TIGRE Y LA ZORRA (1).

LEYENDA TRADICIONAL.

INTRODUCCION.

Habia en Valladolid
en los tiempos del segundo
Don Juan, una estrecha calle
negra y de torcido rumbo
formada por dos hileras
de casas, en cuyos muros
nunca el buen sol de Castilla
pararse un instante pudo.
A un estremo de esta calle,
que con perezoso curso
borda el Esgueva, arrastrando
por allí su caudal turbio;
por dos negros callejones
aislada como anuncio
de baldon, se levantaba
una casa de caducos
cimientos, cuyas paredes
verdosas, techo negruzco,
y aun mas el triste silencio
que reinaba en torno suyo,
heria al que la miraba
de un indefinible susto.
En esta casa vivia
un Juan Castrillo, verdugo
de Valladolid, de quien
se cuenta que fué muy ducho
en esto de hendir cabezas
y cortar cuellos desnudos.
De este hombre la tradicion
refiere un lance, que asunto
da hoy á mis versos; y el cual
sucedió, si mal no curo,
el mismo dia en que al noble
Condestable, aquel robusto
guerrero y privado insigne,
llevó á cadalso de luto
la ingratitud soberana
del rey Don Juan el Segundo.

Lector, por este comienzo
visto habrás sin grande apuro
de ingenio, que no está hecha
mi narracion para el gusto
de las almas tiernas, que aman
solamente lo mas puro
del humano sentimiento,
que rechazan con disgusto
la salvaje poesia
de las pasiones del vulgo.
Si no eres tú de este temple,
si lo negro del asunto
tu curiosidad escita,
sigue á mi leyenda el bulto;
Si no, déjala, que en suma
yo con avisarte cumplo.

CAPITULO I.

LOS DOS COMPADRES.

Era Castrillo un jayan
de fornida catadura:
barba poblada y oscura,
resuelto y torvo ademan.
Negros ojos escondidos
en la sombra de sus cejas,
enmarañadas guedejas
y los labios contraidos.
Su mirada escrutadora
el vulgo medroso huia,
porque del tigre tenia
la vista fascinadora;
Y si una calle al torcer
con él de improviso daba,
el tardo paso alentaba
por no atreverse á correr.
Castrillo no se ofendia
del terror de aquellas gentes,
solo á veces entre dientes
un «cobardes» se le oia;
Pero al ver cuál su ademan
fiero á la plebe sojuzga,
en Valladolid se juzga
mas rey que el mismo Don Juan.
Lo abyecto y ruin de su estado
no le infunde sentimiento,
que era por temperamento
á la sangre aficionado,
Y despreciando á la grey
que imbécil de él se separa,
su condicion no trocara
por la diadema del rey.
Creyendo en su vanidad
título de los mejores
el de ser cual sus mayores
verdugo de la ciudad,
Llegó á hacerse el Juan Castillo
en su profesion tan diestro,
que era en manejar maestro
ya la penca, ó ya el cuchillo;
Y aun hoy los aficionados
le llaman por tradicion,
dechado de perfeccion
de los verdugos pasados.
Así dando Juan vivia
á su instinto libre rienda,
solo en su negra vivienda
que el turbio Esgueva lamia...
Solo no; y aun considero
que fuera olvido prolijo
ocultar que tenia un hijo
de su fortuna heredero;
Y que á mas de esto, en comun
amistosa, recibia
por la noche y por el dia
á un su compadre Garduña.
Y aquí, lector, es razon,
pues que pronuncié su nombre,
te diga lo que de este hombre
refiere la tradicion;
Dando principio derecho
á argumento tan ingrato
por hacerte su retrato
tal como á mí me le han hecho.
Para obtener su figura
forja, lector, en tu mente
un ser flaco, trasparente,
de muy mediana estatura.
Dale un rostro sin edad,
raro el cabello aunque fino,
ojos de azul blanquecino
sin luz ni movilidad.
Dale afilada nariz,
y orna esta faz silenciosa
de una barba vedijosa
de indefinible matiz:
Larga y estrecha pezuña;
mano que á la de un difunto
se acerca, y tal en conjunto
es la imágen de Garduña.
Mas que á un vivo se asemej
á un cadáver animado:
tal vez se ha identificado
con los muchos que maneja,
Pues á pesar de su exigua
figura, advertirte quiero
que era el tal, sepulturero
de la iglesia de la Antigua.
Entre las muchas consejas
que acerca de este hombrecillo

(1) El asunto de esta leyenda es el mismo, aunque con muchas variaciones, del drama en un acto del mismo autor, titulado *Los dos compadres.*

esparce el vulgo sencillo,
—refieren algunas viejas
(De estas sibilas impuras
que inventan á troche y moche)
que le han visto en la alta noche
profanar las sepulturas.
No admito yo á la verdad
de hechos tales la evidencia;
pero infunde su presencia
gran terror en la ciudad:
Júzgase agüero cruel
su presencia en toda casa,
pues diz que por donde pasa
pasa la muerte con él.

Y hasta aumenta del sencillo
vulgo la credulidad,
el ver su estrecha amistad
con el verdugo Castrillo.
Esta en apariencia fiel
union, su origen halló
en que Garduña sacó
de pila á un hijo de aquel:
Y para los dos fué hallazgo
feliz, pues desde aquel dia,
nada turbó la armonía
de tan digno compadrazgo.

(*Continuará.*)

CEFERINO SUAREZ BRAVO.



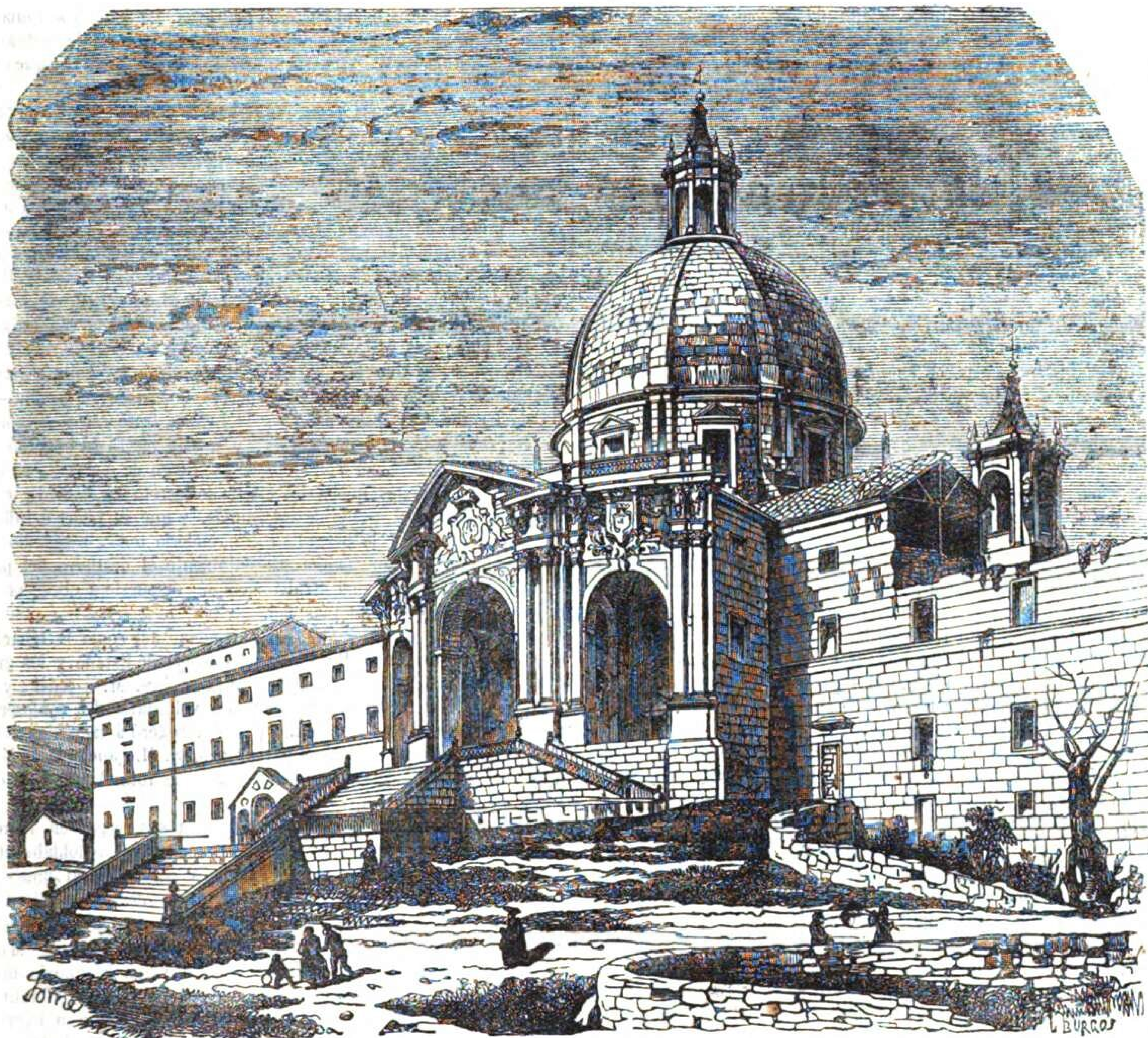
Porto dibujó. Fernandez grabó.

EL DESCANSO DEL PESCADOR.

Va á concluir la tarde de un caluroso dia de estío; el purísimo azul del cielo de Italia apenas se halla empañado por alguna nubecilla rosada que anuncia un sol mas ardiente aun para el otro dia. El pescador, enervado por la pesadez de la atmósfera que ha esperimentado por largas horas, se retira á su albergue, donde le esperan el cariño de una esposa, las inocentes caricias de un hijo y la tranquilidad envidiable de una vida, si no cómoda, dulce y sosegada. El sol se oculta en el horizonte: es la hora mas solemne del dia; el pescador busca descanso á las fatigas del trabajo recostando su cabeza abrasada en el regazo de la compañera de su existencia, que con el fruto de aquella union en los brazos espresa en su semblante el bienestar y la felicidad, al lado del hombre á quien ha ligado su suerte.

Tal es el asunto del grabado que acompaña á estos renglones: nuestros lectores podrán apreciar hasta qué punto ha acertado el dibujante á interpretar el pensamiento y la armonía de que ha sabido rodear el grupo del centro. Pero no es solo la obra del dibujante la que debe fijar la atencion: es la del grabador que tan admirable entonacion ha conseguido dar á la lámina. Acaso no está lejos el dia en que el grabado en madera acabe por hacer olvidar del todo el grabado en acero, al cual aventaja en su aplicacion; por nuestra parte creemos que la viñeta que nos ocupa, dibujada y grabada en Madrid, no se halla muy distante de competir con una lámina en acero. Compárese el camino que nuestros artistas han recorrido desde los grabados de los primeros números del SEMANARIO hasta los que estampamos en el presente, y se notará que si no estamos á la altura que en el estranjero en este ramo de las bellas artes, tampoco hemos permanecido estacionados desde que el SEMANARIO estableció y desarrolló el grabado en España, hasta el que presenta hoy, acaso la mejor lámina que en nuesto pais se ha abierto en madera.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.



SAN IGNACIO DE LOYOLA.

No es la primera vez que el SEMANARIO se ha ocupado de este magnífico templo, que tanta fama goza en toda España: en varios años hemos publicado artículos que contienen cuantas noticias se pueden apetecer acerca de él; pero si ya en diversas ocasiones hemos ocupado las columnas de este periódico con la descripcion de aquel suntuoso edificio, nunca se ha estampado una lámina que reproduzca la vista de él desde el punto en que está tomada la que va á la cabeza de estas líneas; por lo demás dirigimos al lector á los referidos artículos sobre San Ignacio de Loyola.

HISTORIA ANECDOTICA.

LA MINORIA DE CARLOS II.

LA REINA DOÑA MARIANA.—EL PADRE NITARD.—DON JUAN DE AUSTRIA.—VALENZUELA.—CARLOS II.

(Continuacion.)

La lectura de esta carta puso colmo á la aversion natural de la reina hácia D. Juan, y encendió de tal modo su cólera, que hubiera estallado con estrépito, si en su mano estuviera perderle ó aniquilarle; y á no ser por el temor de desagradar altamente á la corte y al pueblo, que en general dispensaban al príncipe grande estimacion y respeto, y en donde públicamente se defendia su conducta, se le daba la razon en sus agravios, y se culpaba á la reina y al favorito de la injusta muerte de Malladas y del arresto de Patiño.

Estos rumores peligrosos, que iban en aumento diariamente, pusieron á la reina en la necesidad de hacer una declaracion, en que afirmaba qne aquellos dos hombres habian venido á Madrid encargados de ejecutar los reprobados proyectos de D. Juan, de lo cual habia podido convencerse por su propia confesion, y que solo con la evidencia de su crímen se habia podido decidir á condenar á Malladas. El confesor, entre tanto, hizo imprimir y publicar una especie de apología propia, en forma de representacion dirigida á la reina, en la cual se estendió mucho en disertar sobre la nobleza de su alcurnia y los grandes servicios de sus antepasados; y al mismo tiempo acusaba á D. Juan de haber atentado contra su vida diferentes veces; protestando por su parte la mayor inocencia en la muerte de Malladas y la prision de Patiño, y alegando en prueba de ello, que cuando aquella ocurrió se hallaba él leyendo su breviario en compañía del padre Bustos.

Poco tiempo despues volvió de nuevo la reina á presentar al Consejo otra acusacion contra el príncipe, reducida á que en cierta ocasion habia hecho tirar un horóscopo en que se halagaban sus osadas pretensiones y su desmesurada ambicion, crímen muy digno de castigo en un súbdito rebelde é ingrato, colmado hasta allí de los favores de la corona; pero el príncipe tenia demasiados amigos para no hallar en todas partes quien tomase su defensa, y probar hasta la evidencia que su noble corazon era incapaz de abrigar un designio tan cobarde y criminal como el del asesinato del confesor; que si semejante proyecto hubiera entrado en sus miras, muchas ocasiones habia tenido para llevarle á cabo, y que la mejor prueba de que no lo habia querido hacer, era que efectivamente no lo habia hecho. Que muy lejos de proceder traidoramente, se mostraba franco y decidido acusador del favorito, y pedia su alejamiento, esponiendose á la cólera del trono: que de un lado estaba un príncipe lleno de merecimientos y gloriosos servicios, y de quien esperaba aun mas la nacion, y por otro un religioso estranjero é intrigante, sostenido únicamente por la bondad de la reina, al cual su retiro de palacio no podia ocasionar grandes perdidas, colmado de honores, pensiones y empleos importantes; y por último volviendo la acusacion á la frente de su autor, achacaban á este el intento de haber querido deshacerse de D. Juan en Barcelona y en Consuegra, y promover por consecuencia de sus demasías una revolucion espontánea y general en el reino.

Tal era la opinion mas general de la corte y del pueblo en este des-

[illegible] conflicto; tal era el objeto de todas las conversaciones, de todos los pensamientos; y los intereses encontrados, corriendo y desarrollándose en todas las clases, en todas las condiciones, llegaron á tener defensoras hasta en las personas del bello sexo, hasta en las damas de la corte, que se dividieron ostensiblemente en dos bandos denominados ***Austriacas y Nitardinas.***

Mientras las cosas presentaban este aspecto en Madrid, D. Juan se encaminaba á Barcelona. La reina, que ignoraba su rumbo, se hallaba en la mayor ansiedad por las consecuencias de este rompimiento; pero llegado aquel á dicha ciudad, dirigió á S. M. otra carta muy respetuosa, en la que sin embargo insistia de nuevo y con la misma energía en suplicarla el alejamiento del confesor.—Esto, lejos de templar el enojo de la reina, la daba nuevas fuerzas contra su osado antagonista, y en defensa de un hombre en quien habia depositado toda su confianza: y juzgando que D. Juan se mezclaba indebidamente en cosas que no eran de su incumbencia y solo por una ciega aversion contra el padre jesuita, se afirmaba en sostener á este con todo su regio poderío, creyendo dar en ello una prueba de la energía de su voluntad soberana.

El padre Nitard por su parte no sabia á qué determinarse en tan recio combate. Por un lado le lisonjeaba el favor y la proteccion de tan gran reina: por otro calculaba el poder y los recursos de su adversario; temia por su propia vida, y en cada uno de los cortesanos é individuos del Consejo mismo sospechaba un enemigo encubierto. Todas estas reflexiones le condujeron, no una vez sola, á los piés de la reina para suplicarla con lágrimas en los ojos que le permitiese retirarse; pero ella, dándole nuevas seguridades, conseguia calmarle y asegurarle momentáneamente contra sus justos temores.

D. Juan, no contento con escribir á la reina en los términos ya dichos, se dirigió tambien á los ministros, exhortándoles á unirse á él para solicitar de la real bondad la separacion de aquel estranjero. Estas continuas instancias colmaban de amargura y recelos al padre Everardo, y de temores á sus amigos y á la misma reina, que no contando ya con gran seguridad, hizo venir refuerzos de tropas al Pardo, y deseosa de romper abiertamente las hostilidades, trató de declarar rebelde á D. Juan; pero mejor aconsejada luego por las personas de su Consejo, á quien se lo propuso, quiso apurar los medios de conciliacion, y ganar si podia con sus bondades la voluntad de aquel que no podia rendir con su rigor; y al efecto le escribió una carta muy atenta y estudiada, mandándole regresar á Consuegra, donde le garantizaba con su palabra real la completa seguridad de su persona.

D. Juan al principio puso alguna dificultad en obedecer aquella real órden, sea que temiese (segun manifestó á la reina) caer de nuevo en las redes del padre Nitard de que por casualidad habia escapado, ó que tuviese efectivamente otros proyectos más atrevidos; pero el duque de Osuna, que á la sazon mandaba en Barcelona, le habló con tanto empeño y le instó tan vivamente á obedecer las órdenes de S. M., que pudo vencerle al cabo, y partió para Consuegra con tres compañías de caballos que el mismo duque le dió para su escolta.

Luego que la reina tuvo noticia de la salida de D. Juan, y sabiendo que debia pasar por Aragon, escribió á los Estados de aquel reino para que no le hiciesen ninguna especie de honores ni demostraciones; pero tuvo el disgusto de recibir por respuesta «que de ninguna manera podian impedir que se tributasen al hijo del difunto rey, y hermano del actual, aquellos homenajes debidos á su alta categoría y sus servicios.» Y lo cumplieron de tal modo, que á su llegada á Zaragoza todo el pueblo en masa se adelantó dos leguas á recibirle, gritando con el mayor entusiasmo: *¡Viva el señor D. Juan! ¡que triunfe de los enemigos, y del padre Jesuita!* y arrojaban a su paso flores y coronas, las damas agitaban los pañuelos y los hombres tiraban al aire sus sombreros con todas las demostraciones de un amor sincero.

Puede considerarse el profundo disgusto que semejante ovacion produciría en los ánimos de la reina y del padre confesor, y la profunda aversion que tomarian á las autoridades y pueblo de Zaragoza. No produjo aquella demostracion menos efecto en los ánimos de la corte y pueblo de Madrid, regocijándose de ella los partidarios del príncipe y presagiando otras grandes calamidades y conflictos. El ayuntamiento de la villa, reunido en sesion estraordinaria el 1.º de febrero, envió una diputacion al presidente de Castilla para representarle los desórdenes que podria ocasionar la venida de D. Juan con tropas en tiempos de tanta agitacion en los ánimos; desórdenes que el mismo príncipe no podria acaso evitar, aunque no estuviesen de acuerdo con sus sentimientos. El presidente consultó con S. M. y con el Consejo lo que debia hacerse, y por de pronto se acordó espedir á D. Juan una órden perentoria para que despidiese su escolta; pero el príncipe, enorgullecido ya con su prestigio y poder moral, prosiguió su marcha, detuvo dos dias al correo, y al tercero lo despachó con el recibo de la órden sin otra respuesta.

La inquietud y temores de la corte y del pueblo crecieron asombrosamente y como era de esperar de semejante salida. Una parte de los señores de la corte y del gobierno se apresuraron á ponerse á las órdenes del presidente de Castilla y asegurar á la reina su decision y constancia. Se reunieron todas las tropas que pudo traerse de las cercanías, se circularon órdenes enérgicas para mantener el órden, y se tomaron, en fin, otras medidas estraordinarias, como si se tratara de sostener en Madrid un sitio formal. Todo por una escolta de 300 caballos, que era la que acompañaba al príncipe.

Hecho todo esto, la reina dió órden al marqués de Peñalva de pasar al frente de alguna tropa á avocarse con D. Juan para reiterarle su mandato de despedir la escolta; pero el marqués exigia para dar este paso una órden formal del Consejo Real, órden que el secretario de Estado se negó á poner, á causa de que no se habia contado para ello con el Consejo de Gobierno. La reina, irritada contra el secretario, le reprendió agriamente por su conducta; pero los individuos del consejo consultivo, el cardenal Aragon, el canciller y el conde de Peñaranda, le dieron la razon, y reconvinieron al presidente de Castilla por autorizar una órden para la que no se habia contado con aquel.

De todas estas desavenencias en momentos tan críticos, resultó no hacerse nada, ni conseguir tampoco tranquilizar los ánimos, aventurando la especie que D. Juan habia ya licenciado su escolta.—La reina, no pudiendo conseguirlo por la fuerza, trató como siempre de ensayar los términos conciliatorios, y á este efecto le escribió otra carta muy espresiva por conducto de D. Diego de Velasco, su amigo. Pero el príncipe, que habia estado de secreto en Madrid y conocia perfectamente el estado de los ánimos, y que su poder é influencia por el momento le permitian emprenderlo todo, respondió á la reina con firmeza que exigia absolutamente el destierro del padre Nitard, verificado el cual estaba siempre dispuesto á obedecer sus órdenes como el súbdito mas fiel.

Conocida pues esta inmutable exigencia, así como la tenacidad de la reina, el nuncio Borromeo, el Consejo de Estado y los grandes desplegaron todo su celo para resolver á S. M. á ceder; y aun propusieron los medios de una evasion voluntaria del confesor. El mismo, convencido de su estremo peligro, reiteró á la reina sus instancias para que le permitiese partir; pero S. M., anegada en lágrimas á la sola idea de su sacrificio, se negaba rotundamente á convenir en él.

Entre tanto el príncipe se hallaba ya con sus tropas en Torrejon de Ardoz, á cuatro leguas de Madrid. La inquietud redoblaba en la corte; el Consejo de Gobierno se reunia y encargaba al nuncio de S. S. de pasar á ver á D. Juan con el objeto de que no llevase al estremo su resolucion contra su soberana. El nuncio fué en efecto y regresó á últimas horas de la noche: toda la poblacion de Madrid velaba aun esperando el resultado de este viaje. El nuncio manifestó que todas sus instancias para empeñar al príncipe á retirarse siquiera hasta Guadalajara, habian sido inútiles; y que su irrevocable determinacion era, «que si para el lunes siguiente no habia salido el padre Everardo por la puerta, le haria salir él mismo por la ventana;» con otras palabras que el nuncio (enemigo del padre), exageró ó desfiguró de intento para precipitar su caida y la solucion del negocio en este sentido.

El desdichado padre Nitard, sabedor de lo que pasaba, despues de confesar á S. M., se arrojó de nuevo á sus piés, rogándola encarecidamente que no le espusiera á los ultrajes de un príncipe irritado; que en ello le iba nada menos que la vida, y que no veia otro medio de salvarla, que el de ceder á las circunstancias; pero la reina solo le respondió con sus lágrimas y con nuevas seguridades que estaban muy lejos de tranquilizar el ánimo del confesor. Sin embargo, su fidelidad y consecuencia fueron tales, que declaró á S. M. que sino podia obtener su real licencia, se dejaria hacer cuartos antes que abandonarla.

Las cosas llegaron á tal estremo que en la mañana del lunes 25 de febrero el patio de Palacio se vió invadido de una muchedumbre audaz que pedia á gritos la marcha del confesor con mil imprecaciones é injurias á su persona. El duque del Infantado y el marqués de la Liche corrieron al cuarto de S. M., que no habia cerrado los ojos en toda la noche, y se lamentaba á la sazon de su angustioso estado con una de sus camaristas llamada Doña Eugenia; reunióse el Consejo inmediatamente en vista de la urgencia del peligro de un grave motin que ya ganaba todos los ángulos de la villa; y aunque hubo áulicos tan obcecados que todavía aconsejaban la resistencia, no fué difícil á los demás convencerlos de la inutilidad de tal medio y de la imprudencia grave que seria comprometer á tal punto la tranquilidad pública por causa de un religioso estranjero que, con razon ó sin ella, habia llegado á ser objeto de aversion general.

El duque del Infantado y el marqués de Liche no habian podido penetrar hasta el cuarto de S. M., por lo que bajaron precipitadamente á la covachuela donde se hallaban las secretarías del despacho para instar al Consejo á tomar alguna pronta determinacion. Hiciéronlo por conducto de D. Blasco de Loyola; pero en todas estas idas y venidas el tiempo pasaba, la multitud crecia é invadia ya las

mismas salas del Consejo gritando atrevidamente: *Que salga de Madrid el jesuita.*

Los ministros y el Consejo aturdidos con tan evidente riesgo, adoptaron en fin una resolucion decisiva, y redactaron un decreto para subirlo á la firma de S. M., reducido á mandar que el padre Nitard saliese de Madrid en el términto de tres horas.—La reina, á cuya presencia subió con el decreto el mismo D. Blasco, no opuso la menor resistencia á firmarle, ni derramó una sola lágrima, solo si hizo redactarle en otra forma mas lisonjera para el padre, manifestando, «que accedia á sus repetidas instancias dirigidas á retirarse de estos reinos, aunque altamente satisfecha de su virtud, méritos y servicios, yque á fin de que lo pudiese hacer de una manera propia de su carácter y dignidades, le nombraba su embajador estraordinario en Roma ó en Viena, á su eleccion, con retencion de los cargos de inquisidor general y consejero de Estado.»

No bien se hubo retirado el secretario de la presencia de S. M., esta, no contenida ya por ningun miramiento, rompió en un abundoso llanto, diciendo en alta voz: *¡Infeliz de mi! ¿de qué me sirve ser reina si no puedo hacer mi voluntad en tener cerca de mí á un confesor de mi confianza? ¿Quién sino yo está privada de este libre albedrío! ¡Desdichada de mí; ¿qué me queda ya de la majestad del trono?*

El Consejo encargó al cardenal Aragon y al conde de Peñaranda de poner en noticia del padre Everardo la real órden firmada por S. M., y no pareció nada sorprendido, atendiendo á que era sabedor de todo lo que pasaba. Los superiores de los jesuitas y el almirante de Castilla vinieron tambien á prepararle para esta desgracia y aun este último se permitió hacerle ciertas reconvenciones, que el padre Everardo rechazó con entereza y aun arrogancia.

Conforme pues á verificar su inmediata salida, solo le afligia sobremanera el no poder siquiera despedirse de su bienhechora; llevando á tal punto su sentimiento en esta parte, que el cardenal y todos los circunstantes no pudieron contener las lágrimas en vista de tan gran catástrofe y de aquella sincera adhesion. El mismo cardenal le ofreció mil doblones para gastos del viaje, y el conde de Peñaranda treinta mil ducados; pero el padre Everardo no quiso aceptar semejantes dones, diciendo: *Pobre religioso entré en España, pobre religioso saldré de ella.* Y cuando ya entrada la noche volvió para acompañarle á su coche el mismo cardenal, preguntándole si tenia ya dispuesto su equipaje, contestó *que todo él consistia en su hábito* y *su breviario.* Partieron pues acompañados de algunos familiares del Santo Oficio; pero desde que la muchedumbre agrupada en las calles del tránsito acertó á sospechar que iba en el coche el padre confesor, prorumpió en desaforados gritos, denuestos y maldiciones, lanzaron muchas piedras al carruaje, y fué menester todo el sagrado carácter del cardenal, y su presencia de espíritu, para salvarle de una desastrosa muerte.—El padre Everardo con una aparante tranquilidad, aunque bañados los ojos en lágrimas, respondia á aquellas vociferaciones con estas palabras: *Adios hijos míos, ya me voy.*

En cuanto á las embajadas de Roma ó de Viena, y aunque la reina le escribió á Fuencarral reiterándole su nombramiento, no quiso aceptarlo. Solo si tomó la cantidad de dos mil pesos que la misma señora le enviaba para pagar el viaje, pues que era tal su modestia que en su cuarto solo hallaron sus criados algunos pobres muebles, un cilicio y disciplinas.

La decoracion cortesana cambió absolutamente, y luego que nadie temió la influencia del padre Nitard, todos dirigieron sus miradas y sus adulaciones á D. Juan. Este escribió á S. M. dándola las gracias por haber alejado de su lado al confesor, y pidiéndola permiso para venir á Madrid á besar su real mano. Pero la reina, en vez de dispensarle este honor, le contestó mandándole retirarse á doce leguas de la corte; respuesta que sintió mucho el príncipe, pero que no fué bastante para apartarle de escribir á la reina y al Consejo insistiendo en que se exonerase al padre Nitard de las dignidades y empleos que obtenia, no solo con el objeto de impedirle volver á España, sino con el de llenar sus vacantes con sugetos de conocido mérito y servicios. Queria tambien S. A. que se quitase la presidencia de Castilla al obispo de Plasencia, por ser él quien habia firmado la sentencia de muerte de Malladas, y que el marqués de Aitona su enemigo capital quedase privado de voz y voto en el Consejo.

La reina escribió de nuevo á D. Juan manifestándole el disgusto que la causaban sus exigencias, y reiterándole la órden de alejarse y licenciar su escolta; á lo cual él replicó que lo haria cuando supiese hallarse fuera del reino el padre Nitard. Por último el mismo cardenal pasó á Guadalajara á ver al príncipe por encargo del Consejo, y á empeñarle á obedecer las reales órdenes: y prévio una especie de tratado entre S. M. y S. A. por el cual se confirmaba á este el gobierno de los Paises-Bajos, y se le daba palabra de la exoneracion del confesor, y de que el presidente y el marqués de Aitona no tendrian voto en los negocios concernientes al príncipe, el cual podria retirarse adonde tuviera por conveniente, saliendo garante el papa de la seguridad de su persona, con otras condiciones aun mas humillantes para el trono, consintió al fin el arrogante príncipe en licenciar su escolta y retirarse á Guadalajara.

Pero no habian pasado tres meses cuando con motivo de la creacion hecha por la reina de una guardia real, y el nombramiento del marqués de Aitona para su coronel, volvió de nuevo á escribir con su acostumbrada energía á S. M., haciéndola presente los inconvenientes de semejante guardia, y quejándose de paso de que S. M. no le habia contestado la última vez de su puño y letra, *menosprecio* (tales eran sus palabras) *que no era tolerable para un hombre de su rango y categoría.*

Pero á pesar de esta carta, y á pesar de las muchas reclamaciones que contra la creacion de la guardia elevaron á S. M. los tribunales y autoridades de Madrid, no dió oidos á tan general clamor y creó el regimiento. Reiteró en seguida sus órdenes á D. Juan para que se alejase de Guadalajara: verdad es que para empeñarle á ello le nombraba virey y vicario general de la corona de Aragon.

Este nombramiento pareció satisfacer los deseos y orgullo de Don Juan, y contestó á la reina muy sumiso empeñándola únicamente á pensar en la educacion del rey menor. Al mismo tiempo dirigió al Pontífice una atenta súplica para que obligase al padre Nitard á dimitir su cargo de inquisidor general; pero la reina que le conservaba todo su cariño y devocion, trabajaba por su lado para procurarle el capelo, á cuyo efecto daba sus instrucciones al marqués de San Roman su embajador en Roma. Esta obstinacion de S. M. y el temor de que una vez cardenal el padre Nitard muy pronto volveria á Madrid apoyado por el nuevo regimiento ó guardia de la *Chamberga* (llamado así por su vestido á la francesa y moda de *Mr. Schomberg*), volvieron á agitar fuertemente los ánimos; los mas turbulentos hacian correr con estas voces un decreto apócrifo en que se mandaba desarmar al pueblo, y encarecian y exageraban los desórdenes y arrogancia de los *Chambergos*, en términos que el odio hácia ellos se hacia cada dia mayor.

Entre tanto D. Juan proseguia en Zaragoza dueño de todos los corazones, y con una envidiable popularidad, y continuaba en Madrid y en Roma sus gestiones contra el padre Nitard. El Consejo trató tambien de apoyar estas, y de neutralizar las de la reina en su favor, proponiendo al Santo Padre otras personas para el capelo; y tanto le convenció, que el padre Nitard no solo no le obtuvo, sino que fué obligado á dimitir sus cargos y pásar á uno de los colegios de jesuitas cerca de Roma. Esta desgracia causó tan grave disgusto á la reina, que cayó enferma, no pudiendo por de pronto vengarse de D. Juan, á quien suponia autor de estos desaires, mas que confiriendo al obispo presidente de Castilla D. Antonio Valladares el cargo que resultaba vacante de inquisidor general.

Muy pronto se la ofreció, sin embargo, la ocasion de hacer sentir aun su proteccion al padre Nitard, á quien habia tenido que abandonar en su confinamiento, cerca de Roma, y á merced de los rigores del superior de los Jesuitas que era enemigo suyo; porque habiendo fallecido el Papa Clemente IX y sucedídole en el pontificado el cardenal Altieri, que tomó el nombre de Clemente X, volvió á nombrar de nuevo embajador de Roma á su confesor, y trabajó tanto con Su Santidad, que le hizo crearle arzobispo de Edesa, y por último, cardenal en 1672 bajo el título de Sr. Bartolomé de Isola.

El nuevo cardenal escribió entonces á D. Juan una carta muy atenta, pensando con este paso atraerse su benevolencia y la posibilidad de volver á España; pero se engañó completamente, porque el príncipe no se dignó siquiera contestarle; y este desaire y la consideracion del favor que continuaba disfrutando el príncipe en el concepto público, le disuadió por entonces de la idea de su regreso, hasta de allí á tres años en que terminaba la minoría del rey Cárlos II.

(Concluirá)

R. DE M. ROMANOS.

DON FRANCISCO GOMEZ DE SANDOVAL Y ROJAS.

Fué primer duque de Lerma, quinto marqués de Denia, conde de Ampurias, hijo de D. Francisco Sandoval, cuarto marqués de de Denia, y de Doña Isabel de Borja, del Consejo de Estado de S. M. el rey Felipe III, su caballerizo mayor, sumiller de corps, comendador de Castilla, y últimamente, sacerdote y cardenal Eminentísimo de la Iglesia romana.

Estuvo casado con Doña Catalina de la Cerda, hija de D. Juan de la Cerda, descendiente por línea recta de D. Fernando de la Cerda, primogénito del rey D. Alonso el Sabio, y de Doña Juana Manuela, duquesa de Medinaceli; de cuyo matrimonio tuvo dos hijos y tres hijas; los primeros fueron D. Cristóbal, luego duque de Uceda, y D. Diego; y las segundas se casaron, una con el conde de Niebla, duque de Medina-Sidonia, otra con el conde de Lemus, y la tercera con el duque de Peñaranda. En tiempo de su menor fortuna, casi siempre vivió en Denia, en donde estableció un pósito con 500 fanegas de trigo que se daban para sembrar á los labradores necesitados, sin otra obligacion que la de devolverlas á

la cosecha. Fundó en la propia poblacion dos conventos, uno de Recoletos de San Francisco y otro de monjas Descalzas, subsistiendo aun este con el nombre del *Orito*, y á entrambos señaló y consignó rentas suficientes, dejando así bien dotacion perpétua para seis monjas pobres.

Cuando se vió ocupado en la privanza y manejo de negocios de Felipe III, en términos que, se asegura, gobernaba por sí solo el reino, no se olvidó de corresponder con usura á las muestras de cariño y de respeto que le dieron sus llamados vasallos, durante el largo tiempo que habitó entre los mismos, pues todos convienen en que no hubo cautivo que no rescatase al momento de su dinero, deuda de cualquiera de aquellos que no perdonase, ni necesidad que no remediase, repartiendo además periódicamente largas limosnas á los pobres.

Mandó renovar su palacio de Denia añadiéndole un cuarto ó galería, y fortificar el castillo en cuya cima se halla aquel; de manera que hoy es una de las fortalezas mas sólidas y mejores de la costa del Mediterráneo, cuya obra ascendió á 50,000 ducados.

Construyó y sostuvo á su costa cuatro galeras, para limpiar de corsarios los mares de sus estados.

A solicitud y por respetos suyos estuvo Felipe III tres veces en Denia: la primera en 8 de febrero de 1599, cuando lo verificó para casarse en Valencia con su prima la reina Doña Margarita de Austria; la segunda, con esta, con la infanta y con multitud de



(Una ascension á las Pirámides.)

personajes, el dia de Santiago de año antes referido, en cuya ocasion se le hicieron las mayores fiestas y regocijos de mar y de tierra que se han conocido nunca, habiendo permanecido mas de un mes; y la tercera en 1604, cuando pasó á tener cortes, en cuya época escogió á Denia para celebrarlas, si bien luego, á virtud de reiteradas súplicas de los de Valencia, se llevaron á efecto en dicha ciudad.

Habiendo llegado el 26 de mayo de 1605 á Valladolid, donde se hallaba la corte, el almirante lord Carlos Howard, conde de Hontinghau, enviado por su rey para ratificar las paces concertadas entre ambas naciones, compitieron á porfía en obsequiar al embajador inglés, el condestable de Castilla D. Juan Fernandez de Velasco y el D. Francisco Gomez de Sandoval; y aunque en el banquete que dió el primero se sirvieron mil doscientos platos diferentes, sin contar con los postres, el segundo le escedió en otro banquete, tanto en el lujo de la vajilla como en la delicadeza y profusion de los manjares.

El alarde celebrado á costa del D. Francisco, el sarao que hubo en palacio, y las otras diversiones que se prepararon en obsequio de lord Howard, fueron tan magníficas y costosas, que para que no se olvidasen tan pronto, se escribió una relacion de ellas, que se im-

primió, y cuyo autor se sospecha fuese el insigne Cervantes, segun se deduce del siguiente soneto burlesco de D. Luis de Góngora:

Parió la reina: el luterano vino
Con seiscientos herejes y herejías;
Gastamos un millon en quince dias
En darles joyas, hospedaje y vino:
Hicimos un alarde ó desatino,
Y unas fiestas que fueron tropelías
Al ánglico legado y sus espías
Del que juró la paz sobre Calvino:
Bautizamos al niño Dominico,
Que nació para serlo en las Españas:
Hicimos un sarao de encantamento;
Quedamos pobres, fué Lutero rico:
Mandáronse escribir estas hazañas
A Don Quijote, á Sancho y su jumento.

En 1618, careciendo ya el D. Francisco Gomez del favor del rey, á quien habia manejado á su arbitrio, se retiró desde Madrid, donde en 1606 se habia fijado definitivamente la corte, á Valladolid, en cuyo palacio real habitó y falleció el 17 de mayo de 1625, habiendo sido sepultado en su capilla del convento de San Pablo, en el cual, como se habia preparado de antemano con el capelo de cardenal para que no fuese tan estrepitosa su caida, celebró la primer misa y dejó copiosos dones.

Su repetida caida atrajo la del otro no menos célebre favorito, D. Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, pues aprovechándose sus émulos de aquella circunstancia, que le privaba del apoyo de su íntimo amigo el nuevo cardenal, comenzaron á perseguirle, acusándole de muchos y graves delitos, que le condujeron al fin al cadalso el 21 de octubre de 1622.

No bastándole el mármol al poderoso D. Francisco Gomez de Sandoval para perpetuarse en este mundo, dispuso que se vaciaran en bronce su retrato y el de su esposa, y que se colocaran, segun se realizó, en la iglesia del Recordado, convento de San Pablo, desde donde se trasladaron en la última esclaustracion al centro del salon principal del Museo de dicha ciudad de Valladolid, situado en el que fué colegio mayor de Santa Cruz, en cuyo punto los bustos vaciados por el insigne Pompeyo Leoni, para atestiguar el poder y la grandeza de un favorito, sirven ahora, contra la intencion de este, para darnos á conocer el mérito y la capacidad de un artista.

No nos parece inoportuno, ya que acabamos de hacer mencion de uno de los marqueses de Denia, conocido en su tiempo por el gran Duque Cardenal, manifestar que el referido marquesado es el primero y mas antiguo que hubo en el reino de Valencia; que va aneja á él la grandeza de España; que entre otros privilegios productivos, raros y curiosos, tenian sus poseedores el que se les dió en Lérida á 8 de marzo de 1431 con auto que pasó ante Antonio Nogués, secretario del rey de Navarra, y notario del rey de Aragon, por el cual se les concede la jurisdiccion real en el citado estado, el derecho de labrar y batir moneda, el de conocer en las causas formadas contra los falsificadores de la misma, el absoluto de las presas y despojos que se ganasen á los moros y otros enemigos, el de los naufragios y cosas halladas en la costa del mar de su término, y el de ser señores y dueños de las pesquerías de atunes y almadrabas, sin que nadie, ni el mismo rey, pudiese ponerlas en su recordado término, ni aun en el resto de la costa del mar de Valencia.

Un historiador asegura que tales mercedes y derechos les fueron concedidos á los marqueses de Denia, así por sus grandes hazañas en servicio de sus reyes, como por ser dueños y señores de una poblacion como aquella, de tan conocidas calidades, á saber: el haber sido fundada hace unos tres mil años; la celebridad y suntuosidad de su templo de Diana; el haber sido mas de diez años plaza de armas de Q. Sertorio; de las primeras que en España abrazaron con entusiasmo la religion del Crucificado; el haber sido capital de provincia en tiempo de los romanos; de obispado de la primitiva Iglesia por espacio de cuatrocientos años, y de reino durante la dominacion sarracénica, con diez reyes continuados desde 1090 hasta 1244; y en fin, la de contener en su recinto una grande é inespugnable fortaleza sobre un puerto de mar muy cómodo y seguro.

REMIGIO SALOMON.

UNA ASCENSION Á LAS PIRÁMIDES.

El lector habrá pasado sin duda alguna la vista por varias relaciones de viajes que describen la ascension á las pirámides de Egipto; pero es seguro que no se han formado una idea tan cabal de lo trabajosa que es la subida, como la que da el presente grabado, en el que con tanta verdad están representadas todas las dificultades del camino, lo desigual de las escaleras que forman las piedras, desgastadas ya en los ángulos por la accion del tiempo, los esfuerzos de los guias que conducen casi arrastrando al viajero, y los que este tiene que hacer para colocarse en la cima de aquellos colosales monumentos, maravilla del mundo. He aquí una de las ventajas del grabado: cuatro páginas de esplicaciones acerca de la manera de verificar la ascension, no equivaldrian al efecto del dicho dibujo, que satisface cumplidamente la curiosidad del que le contempla.

UN RAYO DE SOL.

Un viento glacial y penetrante soplaba en el miserable cuarto del viejo David Coumbe, zapatero remendon. El pobre diablo interrumpia de vez en cuando su trabajo para frotarse las manos ó para calentarlas con las cenizas del hogar.

Hacia un tiempo crudísimo y cuantos transitaban por la calle hundian la cabeza en el pecho para preservar la cara del viento, llevaban las manos metidas en los bolsillos, y únicamente las sacaban impacientes para sostener los sombreros, amenazados por incesantes ráfagas; á las mujeres no bastaban sus manos para defender los chales, los boas y las faldas de sus vestidos.

Los mendigos corrian gritando: «tengo hambre, tengo frio,» y sus lamentos se perdian entre los silbidos del viento. En el ángulo que formaban dos lienzos de pared se veia sobre un monton de harapos un pedazo de carton, en el cual estaban escritas estas palabras: *Me muero de hambre.* Pero los corazones aparecian insensibles; hacia mucho frio para detenerse y para echar mano al bolsillo, y así muchos de los que se morian de hambre tomaban el prudente partido de abandonar las calles, cansados de esperar en vano, y de retirarse á comer á sus casas.

El viejo David no tenia que comer, y apenas podia llamar su casa al miserable rincon en que arrastraba su existencia; pero nunca hizo saber al público que se moria de hambre. No debo obrar así, decia, supuesto que poseo un poco de pan y queso: sin embargo de todo, ¡trabajo tanto para adquirir tan poco! ¡Qué triste es esta habitacion! ¡Ah! Esto no es vivir...

El pobre David acababa siempre sus lamentaciones con esta interjeccion, ¡uf! que era la espresion suprema de su desaliento, arrancada de su pecho por el dolor del sufrimiento y de las privaciones.

David parecia destinado á ser miserable toda su vida. Inútilmente se hubiera intentado persuadirle que debia empeñarse en mejorar su condicion, pues creia que los ricos tenian la obligacion de aliviar sus penas, soñando que tal vez encontraria algun dia un hombre opulento y dispuesto á asegurarle una posicion independiente. Entre tanto componia concienzudamente los zapatos de sus vecinos, sosteniéndose con su pobre salario; era exacto, honrado y sincero; pero se quejaba á cuantos veia de su desgracia, y á veces con tanta amargura que cansaba su paciencia.

Al anochecer del dia frio que hemos citado, David, concluido ya el trabajo, se preparó segun costumbre á pasar la noche fumando y haciendo castillos en el aire. Encendió la pipa, apoyó la cabeza en el respaldo de un viejo sitial, y se puso á arrojar bocanadas de humo á derecha é izquierda, murmurando al mismo tiempo: ¡Uf!!! Era la respuesta que daba á sus melancólicos pensamientos.

«Este rincon es lo mas triste del mundo, porque nada es tan triste como la oscuridad: nunca penetra aquí un rayo de sol; ni en verano, ni en invierno...»

Hablando así, dirigió el viejo sus miradas hácia una ventana cubierta por una espesa capa de polvo y de suciedad.—Allí al menos penetra el sol, porque mis vecinos son mas dichosos; pero aquí... Ea, he acabado de fumar y quiero un sorbo de té, porque el té me gusta.

Preparó lo necesario, y efectivamente tomó su té, aunque sin leche ni azúcar, y volvió á encender la pipa.

La noche habia cerrado; David miró á su alrededor y esclamó suspirando: ¡Uf!!! De pronto se iluminó su habitacion con un resplandor tan brillante, que el pobre remendon se estremeció de miedo: en medio de la claridad apareció una figura en forma de muger de admirable belleza, cuyos cabellos flotaban cual si fuesen llamas de oro: era su rostro tan luminoso y radiante, que David no pudo contemplarlo y tuvo que ocultar los ojos entre sus manos.

Entonces el espíritu le hablo así con acento melodioso:

—¿Por qué tiemblas? ¿No deseabas poco ha un rayo de sol para tu sombría morada? Te he oido, y como eres un hombre de bien vengo á enseñarte cómo puedes, si quieres, poseerme toda la vida. Tengo muchas hermanas y todas somos de carácter vivo y alegre; en el mundo nos aman y nos acogen con gusto; los insectos se regocijan al divisarnos; las flores ostentan mas variados colores cuando besamos sus corolas; el agua se agita y brilla con nuestras sonrisas, los animales nos buscan y duermen tranquilos cuando velamos por ellos, toda la naturaleza vive con nosotros. Preferimos los campos, pero tambien alegramos las

calles y plazas de las ciudades; penetramos en las cárceles y visitamos al enfermo y al afligido: en una palabra, los que apartan sus ojos de esta tierra miserable, en que tanto se padece, nos hallan donde siempre estamos, entre el suave resplandor del cielo. Cierto es que en el mundo hay muchos que no saben llamarnos ni cogernos: tú eres uno de ellos, David, y debes saber que antes de entrar en un aposento, examinamos sus ventanas y queremos ver si todo él está aseado y en buena disposicion para recibirnos. Si quieres pues que nunca te falte un rayo de sol, procura que tu morada se encuentre siempre limpia y brillante, persevera trabajando y ten esperanza.



(Un rayo de sol.)

A estas palabras sucedió un largo silencio: David nada vió mas que una línea luminosa que fué estendiéndose hácia la ventana y desapareció. Pasó una noche desesperada, maldijo su suerte, creyó que todo habia sido un sueño y no pudo cerrar un minuto los ojos.

Al dia siguiente se acordó confusamente de los consejos del espíritu, y fué á suplicar á la señora Dionisia, honrada propietaria del cuartucho de nuestro héroe, que su hija le ayudase á ponerlo en órden. Accedió la señora Dionisia á los deseos de su inquilino, y su hija Betsi, armada de estropajo y jabon, dió principio á la faena.

David salió á entregar unas botas que habia remontado, pero á su vuelta, ¡qué cambio! Toda su alma se reconcentró en sus ojos para admirar la limpieza, la hermosura de su habitacion, de sus pobres muebles y de sus utensilios de cocina. Desde entonces penetraron el placer y la alegría en aquel que antes era oscuro zaquizamí, y los rayos del sol, no teniendo que luchar contra la espesa capa de suciedad de los vidrios de la ventana halagaron la frente del anciano.

Este se volvió mas comunicativo y adquirió nuevos parroquianos: poco despues recogió á una niña que se habia perdido á sus padres, y estos que eran ricos recompensaron con largueza aquella obra de caridad, de modo que David pudo vivir con mayores comodidades. Sin embargo no dejó el oficio ni quiso salir de aquel cuarto venturoso en que el espíritu le habia visitado, y pasó sus últimos años querido de todos los vecinos del barrio y colmado de satisfacciones.

Cuando estaba de cuerpo presente, decia la señora Dionisia á sus amigas:—David hablaba continuamente del sol; ¿no veis cómo ilumina su rostro en este momento?

Al siguiente dia brilló tambien un rayo de sol, cuando llevaban al cementerio el cuerpo de David: era el último que jugueteaba con sus facciones.

Tenemos el mayor gusto en insertar la siguiente bellísima composicion, que entre otras varias se leyó en la reunion literaria que el señor marqués de Molins tiene semanalmente en su casa.

MADRIGAL.

Escrito el dia 31 de diciembre de 1851 por el Escelentísimo Sr. D. Mariano Roca de Togores, marqués de Molins, y glosado en la noche del mismo dia por D. J. Heriberto García de Quevedo.

Se deshace nuestra vida
como esa blanca nevada,
á la mañana formada
y á la tarde derretida.

Hoy la que en los montes cuaja,
sirve á dos años rivales:
al que viene, de pañales,
y al que se va, de mortaja.

Los dos con la misma priesa
van tras la misma fortuna,
el viejo, hácia nuestra cuna,
el niño, hácia nuestra huesa.

¡Ay alma! y os dan á vos
como presente importuno,
memoria el cincuenta y uno,
anhelo el cincuenta y dos!

Decidme, ¿qué os satisface
si no hay presente, y se infiere
que es nada el año que muere,
y nada el año que nace?

GLOSA.

¡Cuanta insensata ambicion,
cuánto soñar delirante,
son torcedor incesante
del humano corazon!
y en tan ciega obstinacion
no ve el alma inadvertida,
que se deshace la vida
como esa blanca nevada,
á la mañana formada
y á la tarde derretida!

Raza algun tiempo divina
que mortal hizo el pecado:
de tu vivir limitado
es imágen peregrina
esa nieve alabastrina
que el menor soplo desgaja:
la que hoy en los montes cuaja
sirve á dos años rivales,
al que viene, de pañales,
y al que se va, de mortaja.

Y sin valer desengaños,
el niño de antes, ya hombre,
corre, aunque muden el nombre,
tras de los mismos engaños;
¡mírate en estos dos años,
mortal!—Tu imágen es esa.—
Los dos con la misma priesa
van tras la misma fortuna,
el viejo, hácia nuestra cuna,
el niño, hácia nuestra huesa!

¿Y ardiendo en orgullo insano,
ángel mísero, caido,
osas luchar atrevido
contra el sumo soberano?
¿Y te afanas, vil gusano,
de una falsa dicha en pos?
¡Ay alma! y os dan á vos
como presente importuno,
memoria el cincuenta y uno,
anhelo el cincuenta y dos!

Lo pasado ya es olvido,
lo futuro es esperanza,
lo presente se abalanza
tras del tiempo trascurrido...
¡Vivir!—sueño colorido
que la luz del sol deshace.—
Decidme, ¿qué os satisface
si no hay presente, y se infiere
que es nada el año que muere,
y nada el año que nace?

EL TIGRE Y LA ZORRA.

LEYENDA TRADICIONAL.

CAPITULO II.

TOMAS.

Tomás se nombra el hijo de Castrillo,
bello mancebo de gentil persona,
pálido rostro de nobleza lleno,
de claros ojos y mirar sereno.
Verde y florida rama
de ruin tronco nacida,
la atmósfera aspirando corrompida
de su negra mansion, enferma crece
su juventud para el placer perdida.
De su menguada estrella
en vano con acento dolorido
alivio al cielo implora en queja vana,
recostado en el borde ennegrecido
de su pobre ventana.
Un destino fatal con duros lazos
al baldon y á la infamia le sujeta,
y aunque á su noble corazon no cuadre,
al hombre impío decretar le plugo
que el hijo del verdugo
verdugo haya de ser como su padre.
Siempre que tan horrible certidumbre
el corazon penetra
del mísero Tomás, la inquieta vista
dirige al negro y cenagoso rio
que con paso tardío
triste camina al pié de su ventana,
y por influjo de atraccion insana
se ve arrastrado hácia su centro frio.
La tentadora idea
su religiosa fé combate y vence,
y el encanto al vencer que le subyuga,
de su oprimido pecho
gemidos lanza en lágrimas deshecho.
Naturaleza en vano, el cielo mismo
pide á su corazon que el duelo embarga
filial amor hácia el autor menguado
de su triste existencia: en lucha fiera
Tomás se agita y á estinguir la llama
de su fatal encono en vano aspira;
el que su padre llama
tan solo horror y repulsion le inspira.
¿Quién con tan noble y generoso aliento
dotó aquel corazon, que en las tinieblas
del crímen se nutrió? ¿Qué oculta mano
fomentó en el hidalgo pensamiento
del mísero Tomás tan noble instinto?
¡Del cielo es un arcano!
Así arrastra su vida
con afan perdurable
oprimido del yugo que le infama,
¡verde y florida rama
abortada de un tronco miserable!

CAPITULO III.

AL AMANECER.

Las cinco daba el reló
de la cercana parroquia
en una mañana fria
que densa niebla encapota.
Los turbios rayos del sol
que en el horizonte asoma
quiebran su luz en la parda
masa de vapor, que lóbrega
en su impalpable mortaja
la ciudad envuelve toda.
Al fin de una callejuela
do una encrucijada forman
otras dos que allí terminan
su carrera tortuosa;
embozado hasta el bigote
que húmedas perlas adornan

de la escarcha matutina,
sobre las cejas la gorra
y en ademan del que espera,
un hombre inmóbil reposa.
De su impaciencia da muestras
solamente alguna que otra
blasfemia que por sus labios
vaga comprimida y sorda,
hasta que á alguna distancia
vió dibujarse una sombra,
que tenue y vaga al principio
entre la neblina flota,
mas luego forma distinta
al aproximarse toma.
—¿Es Garduña?—el que esperaba
dijo al punto.—Así me nombran—
contestó el recien llegado.—
¿Y vos sois?...—Mi nombre sobra.—
Acercáronse uno á otro
la mirada recelosa,
tendiendo á su alrededor
para ver si hay quien estorba,
y este diálogo entablaron
con voz en que bien se nota
lo varonil de la una,
lo gangoso de la otra.
—¿Le habeis visto?
—No le he visto.
—¿Qué decís?
—Si tanto importa
suspender la ejecucion
del Maestre algunas horas...
—¿No ha de importar? indeciso
está el rey, y si se logra
su perdon, puede ser tarde.
¡Voto al diablo!
—Si se enoja
nada haremos. Juan Castrillo
tiene un hijo...
—¡Por Mahoma!
¿No os he dicho que á Castrillo
prometiérais?
—Poca cosa.
Mil cruzados por huir
de España á tierras remotas
antes de la ejecucion
del Maestre... por quien llora
hoy todo Valladolid.—
—Dejad lamentos hipócritas.
—¿Mas no sabeis que Castrillo
no es un hombre á quien se compra
fácilmente, y que á pesar
de su pobreza espantosa
no cede la ejecucion
de Don Alvaro, aunque toda
su hacienda le deje el rey?
—¡Vive Cristo, qué me asombra!
¿tanto le aborrece?
—No.
Pero es hombre que se goza
en su oficio, y si el que mata
es personaje de monta
como el Condestable, entonces
el placer para él se dobla.
—¡Hombre singular!
—¡Es fiero!
—Nuestros planes se malogran.
—Oid: su hijo tiene horror
al oficio, y no ambiciona
mas que poder alejarse
de la ciudad.
—¿Qué me importa?
—Supongamos que á Castrillo,
porque esto nadie lo estorba,
le sucede una desgracia
que le impida hacer la obra
de esta mañana: en tal caso
vuestros designios se logran.
—¿Y si nada le sucede?—
Clavó Garduña la torva
vista en su interlocutor
que le observa con zozobra;
y murmuró sordamente...
—De vos depende la cosa.—
—¿Cómo nos libertaremos
de ese hombre?
—Quien le conozca
como yo, sabe muy bien
que con el alma en la boca
irá á cortar la cabeza
del Maestre.
—Pues no hay otra
remision, fuerza es que ese hombre
desaparezca.
—En buen hora.
Ya comprendiéndome vais.
—No sé qué medios escoja...
—Un puñal bien afilado
da una muerte silenciosa
y que á nadie compromete.
—¿Os encargais de la obra?
—No, que al fin es mi compadre,
y la amistad me lo estorba;
pero hallareis quien lo haga
siempre que el dinero corra.
—Mas ¿cómo?...
—De esta manera.
Poned dentro de una hora
vuestra gente en el camino
de la plaza.
—Estará pronta.
—Lo demás queda á mi cargo.
Antes que el velo descorra
de la niebla el sol, yo mismo
al sitio yendo en que mora,
le hago con cualquier pretesto
salir... y acaba la historia.
—Bien está. Adios.
—Yo supongo
que dareis á cuenta...
—Toma.—
Y arrojando con desden
una bien repleta bolsa
se alejó el desconocido.
A recogerla con pronta
mano se arrojó Garduña;
con placer acaricióla;
una equívoca sonrisa
vagó imperceptible y sorda
por su fúnebre semblante;
y con marcha silenciosa,
su figura entre la niebla
desvanecida se borra.

(Continuará.)

CEFERINO SUAREZ BRAVO.

ADVERTENCIA.

Hé aquí lo que contiene el primer número de EL MENSAJERO DE LAS MODAS:—Advertencia.—La Moda.—Modas de verano.—Modas de invierno.—Modas.—Secretos de tocador.—Precauciones que deben observarse para la conservacion del pelo.—Modo de quitar la grasa al pelo.—Para hacer crecer el pelo.—Luisa L' Abbé.

AVISO. Habiendo hecho nuestro pedido de figurines á Paris, con arreglo al número de suscritores que tenia el SEMANARIO PINTORESCO el año anterior, y siendo hoy mucho mayor, nos vemos por el momento en descubierto con una gran parte de los suscritores de este periódico, que debia recibir el de Modas como regalo. Los suscritores de la carrera de Galicia recibirán hoy EL MENSAJERO DE LAS MODAS sin figurin; pero muy pronto se le enviaremos por separado, pues hemos hecho un nuevo pedido que vendrá sin dilacion.

Redactor y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra. Jacometrezo 26.



ATAQUE DEL CASTILLO DE HOUGOUMONT.

EPISODIO DE LA BATALLA DE WATERLOO.

Los viajeros que pasan desde Nivelles á Monte San Juan, divisan hoy á la izquierda del camino las ruinas de un castillo, que conserva todavia las señales de haber sido incendiado, una muralla con muchas troneras y tierras en que la vista del cultivador puede reconocer una esplicacion. Allí, en efecto, se elevaban hace treinta años el bosque y el castillo de Hougoumont, que tan importante papel representaron en la decisiva batalla de Waterloo.

Los dos cubrian la derecha del ejército coligado. Napoleon mandó atacar estos puntos al amanecer por la division Reille, á fin de entretener al ejército inglés y engañarle respecto al principal esfuerzo, que debia efectuarse hácia el centro, es decir, en Monte San Juan. El combate hácia aquel lado no era verdaderamente mas que una diversion; pero las circunstancias del terreno y de la posicion disputada lo convirtieron en encarnizado.

Los franceses consiguieron desalojar á los enemigos del bosque persiguiéndolos de árbol en árbol. Al frente de la entrada se encontraron con nueva resistencia, que tambien vencieron; pero al acercarse al muro se vieron envueltos en un diluvio de balas, disparadas desde las troneras, abiertas por los ingleses. El desórden cundió en las filas de los que asaltaban el castillo, y se vieron rechazados hasta el bosque; pero avanzaron de nuevo llegando al pié de la muralla, donde comenzó otra vez un combate tan terrible como inútil.

Furiosos los franceses por tan larga resistencia, suben por el muro agarrándose á las troneras: pero caen entre los batallones ingleses que los degüellan.

Esta lucha sangrienta y estéril duró cuatro horas. Por último, sorprendido Napoleon al ver que no se movia su ala izquierda, pregunta el motivo, se lo esplican, mira el mapa, indica un punto inmediato al castillo, y dispone que se coloquen ocho obuses y que *concluya todo.*

Media hora despues ardia el castillo; las tropas francesas rompian la puerta principal, ahuyentaban de los arruinados aposentos á la infantería inglesa, y se apoderaban del puesto.

Nuestro grabado representa este último ataque, en el momento en que el enemigo cierra la puerta del castillo y se obstina en oponer una resistencia desesperada é infructuosa.

Ya se conoce el concurso de circunstancias que inutilizó este triunfo. Por sus peripecias, por el valor de los combatientes y por sus resultados, la batalla de Waterloo es tal vez la mas importante de la historia francesa, una de aquellas luchas supremas que llamaba Mahoma *jornadas de Dios.* Ha dejado en los recuerdos populares una señal sangrienta que nada podrá borrar, y por eso se comprende que Beranger haya dicho, hablando de Waterloo:

«Nunca su nombre sonará en mis versos.»

Chateaubriand refiere en sus *Memorias de Ultratumba* la primera noticia que recibió de tan terrible batalla.

«El 18 de junio de 1815, dice, salí de Gante por la puerta de Bru-

selas á dar un paseo por el camino real. Llevaba los *Comentarios de César*, y caminaba despacio embebido en mi lectura: hallábame ya mas de una legua de la ciudad, cuando oí un sordo ruido, semejante á un redoble: detúveme, miré al cielo cargado á la sazon de nubes, y reflexioné si continuaria el paseo ó volveria á Gante; al fin proseguí andando, y volví á oir el mismo redoble, aunque á intervalos desiguales: aquellas detonaciones me inspiraron la idea de un combate. Atravesé el camino y me apoyé en el tronco de un árbol con la cara vuelta hácia Bruselas: el viento del Sur llevó entonces hasta mis oidos el ruido de los disparos de artillería. La batalla que se estaba dando aquel dia, y que todavia no tenia nombre, era la de Waterloo.»

HISTORIA ANECDOTICA.

LA MINORIA DE CARLOS II.

LA REINA DOÑA MARIANA.—EL PADRE NITARD.—DON JUAN DE AUSTRIA.—VALENZUELA.—CARLOS II.

(Conclusion.)

La narracion que va hecha de los sucesos ocasionados por la privanza del padre Nitard, nos conduce naturalmente á los tiempos en que aparece en la escena cortesana otro personaje no menos célebre, D. Fernando de Valenzuela.

Natural de la ciudad de Ronda en el reino de Granada, hidalgo de una pobre aunque antigua casa, el jóven D. Fernando vino á Madrid, y merced á su agraciada persona y despejo natural, logró ser recibido de paje del duque del Infantado, que pasaba á Roma de embajador; aquellas buenas disposiciones, realzadas por su fidelidad y cortesanía, su aficion al estudio y su talento ingenioso y poético, captaron de tal modo la voluntad de su señor, que á su regreso de Italia con el jóven Valenzuela, le hizo dispensar la gracia de un hábito de Santiago, que era generalmente por donde empezaban á manifestar su proteccion los grandes señores, á aquellos de sus dependientes que querian lanzar en la vida pública y cortesana. Pero la muerte inmediata del duque privó á poco tiempo á Valenzuela de todo apoyo y valimiento, quedando reducido á causa de su pobreza al triste papel de *paseante en corte*, con sus puntas de caballero de fortuna, *ó del milagro*, como se designaba entonces á los infinitos pretendientes que pululaban en las calles y paseos de Madrid. Sin embargo, el despejado talento y las dotes personales de Valenzuela, le daban ventajas inmensas sobre otros muchos para abrirse camino y brillar algun dia en lo mas alto de la rueda de la fortuna; y reconociendo por instinto natural lo favorable de la época para aquellas singulares elevaciones, dedicó todos sus cuidados y perseverancia á buscar en la corte un escalon donde poner el pié, fiando á su ingenio y audacia la tarea de elevarse á lo mas encumbrado del favor.—En el cuadro que ofrecia el Palacio á la ocasion del omnímodo poder y asombroso favoritismo del padre confesor, ninguno mejor que este podia ser el punto de apoyo que necesitaba Valenzuela; y firmemente convencido de ello, se propuso dedicar todo su talento, todas las relaciones que habia sabido granjearse, á llamar la atencion del favorito, á fijar sus miradas, y á hacerle ver en él un sumiso y discreto servidor. Y como nada es negado á la constancia y al ingenio reunidos, no tardó en conseguirlo de tal modo, que supo granjearse la amistad de Nitard, hasta el punto de confiarle sus secretos, y hacerse en fin tan necesario á su persona, que no pudiendo ya pasar sin él, hizo que fuese recibido en la servidumbre real.

No bien el discreto Valenzuela llegó á penetrar en Palacio, se dedicó á otro género de investigaciones y servicios, que pudieran ayudarle en su camino; y á este fin, y confiado en las dotes de su persona, en su juventud y modales cortesanos, procuró buscar entre las damas de la corte aquella que disfrutase mayor favor con S. M., y no tardó en convencerse de que una alemana llamada Doña Eugenia, era la que podia gloriarse de obtener la confianza y el amor de la reina viuda. No fué menester mas para que la discrecion y el rendimiento de Valenzuela la escogiesen por blanco de sus tiros; y como era de esperar, sus galanteos estudiados hácia Doña Eugenia, obtuvieron de parte de esta tan benévola acogida, que acabó por darle el consentimiento de su mano, y obtener de la reina para su futuro esposo una plaza de caballerizo de campo.

Corria por entonces lo mas fuerte de la borrasca la privanza del confesor, merced á las ágrias contestaciones con el príncipe D. Juan; y Valenzuela, hecho ya un actor obligado, aunque subalterno, de la intriga palaciega, no perdió, como puede suponerse, la ocasion de iniciarse en la presencia y en los secretos de la reina; y puesto por el padre confesor en el camino de la real confianza, lo demás bastáronle á Valenzuela para salvarlo su ingenio natural, su ambicion y bizarría.

Una vez verificada la terrible caida del confesor, quedaba D. Fernando como único depositario natural del regio favor y confianza; y como Mariana por lo angustioso de su situacion, por su carácter y por los tristes sucesos que habian mediado para el destierro de su favorito, necesitaba absolutamente con quien desahogar su espíritu, á quien confiar sus penas, y con quien contar para sus planes ulteriores, puso naturalmente los ojos en Valenzuela, que era la hechura y el protegido especial del desterrado confesor.

Doña Eugenia que no estaba menos animada que su marido de una estrema ambicion, conociendo, como no podia menos, las buenas disposiciones de S. M., se prestó fácilmente á brindarla los servicios de aquel, y mediante largas y continuas conferencias que la proporcionaba con el discreto Valenzuela (conferencias á que por mandato especial de S. M. asistia tambien la misma Doña Eugenia), llegó muy pronto á captarse su real benevolencia y confianza, en unos términos tales, que no le reservaba ya ninguno de sus mas íntimos pensamientos; y como Valenzuela estaba muy introducido en la sociedad y sabia todos los pormenores de las ocurrencias del dia, todas las disposiciones de los ánimos, todas las conversaciones populares, y cuidaba de dar diariamente á la reina una cuenta exacta de todo ello, y mas especialmente de lo que podia tener relacion con los proyectos de D. Juan y con las intrigas de los señores de la corte, conseguia Mariana, en medio de su afectado retiro, estar tan al corriente de todo, que era para causar la admiracion de sus servidores y cortesanos, entre los cuales empezó á correr la voz de que habia *duende* en Palacio, y muy poco despues llegaron á convencerse de que el tal no era otro que Valenzuela, á quien desde entonces apellidaron *El duende de la reina*.

Pero como es achaque comun de los palacios en tales ocasiones, los mismos áulicos y servidores que empezaron por murmurar y lamentarse de aquel estraño favor, acabaron muy luego por transigir con él y saludar al nuevo favorito como al ángel dispensador de gracias y mercedes. Los ministros y funcionarios, por su parte, viendo sustituida su influencia y poder por la de un aventurero intruso, empezaron á manifestar su descontento, y á sospechar que con el destierro del padre Nitard no habian hecho mas que dejar vacante el puesto para que viniese á ocuparlo un nuevo valido mas osado y poderoso; y como achacaban á este la oscuridad de su orígen y su falta de categoría, la reina se decidió á hacer rápidamente su fortuna, empezando por nombrarle su primer caballerizo (á pesar de la oposicion que manifestó el caballerizo mayor marqués de Castel-Rodrigo), y agraciándole inmediatamente con el título de Castilla, bajo la denominacion de *Marqués de San Bartolomé de los Pinares*. Estas y otras públicas manifestaciones del regio favor hácia la persona de D. Fernando, revelaron á la faz de toda España que la plaza de *valido*, vacante por la salida del confesor, estaba provista; pero á todas las señales de agitacion y á las murmuraciones que esta nueva ocasionaba, respondia Mariana con el mas soberano desden, continuando en su tarea de elevar á Valenzuela, en términos que habiendo muerto de allí á poco el caballerizo mayor, cuyo cargo era siempre desempeñado por un grande de España, S. M. confirió esta categoría, aquel empleo, y el de gentil-hombre de cámara, á su dichoso protegido.

En vano los grandes, los ministros y el pueblo desahogaron sus quejas y murmuraciones; en vano se opusieron abiertas resistencias, se organizaron intrigas, se pusieron en juego todos los resortes de la política. Mariana presentó de nuevo la misma firmeza con que por mucho tiempo supo defender á su antiguo favorito, y complaciéndose á cada queja en dispensar á Valenzuela una nueva merced, á cada resistencia en darle una arma mas con que combatir á sus enemigos.

Las cosas llegaron á punto que el Consejo de Gobierno y los secretarios de Estado no eran mas que los conductos por donde el valido espedia sus órdenes, y la misma personalidad de la reina desaparecia en el concepto público ante el poder omnímodo del marqués. Conociendo este con su despejado talento la multitud de envidiosos y enemigos que su rápida elevacion debia haberle causado, pero disponiendo al mismo tiempo de todos los medios de ganar amigos con los favores del poder, usaba ampliamente de este espediente para llover mercedes sobre todos los ambiciosos y descontentos; pero, como sucede naturalmente en las cortes, el número de estos, en vez de disminuir con aquellos fáciles galardones, se multiplicaba indefinidamente, y á medida que se saciaba una ambicion y un deseo, nacian ciento, producidos por el mismo orígen y alimentados de la misma envidia.

Las animosidades, las intrigas, y las públicas manifestaciones del descontento público aumentaban rápidamente, y unas veces se revelaban en fraguados intentos y en tenebrosos complots, otras se denunciaban en públicas conversaciones, en pasquines y sátiras.—Una noche, por ejemplo, llegó el desacato hasta el estremo de fijar cerca de Palacio uno de estos pasquines en que estaban retratados la reina y el favorito: este tenia á sus piés todas las insignias de las dignidades y honores, las mitras, las bandas, el toison, las coronas de títulos, las espadas de condestable, las áncoras de almirante, las llaves de gentil-hombre; y encima de todos estos emblemas se leia un rótulo que decia: *Esto se vende*, y la reina apoyando su mano sobre su corazon, tenia escritas estas palabras: *Y esto se da.*

Pero lo mas singular de todo es la entereza ó mas bien la indiferencia con que miraba Mariana estas públicas demostraciones de hostilidad, penetrada de que su elevada condicion la ponia á demasiada altura sobre aquellos indignos ataques, y creyendo que el mejor medio de combatirlos era castigarlos con el desprecio.

Valenzuela por su parte, no tan confiado ni tranquilo, buscaba todos los medios posibles de hacerse perdonar su elevacion y conquistar alguna popularidad. Por sus acertadas providencias en este punto, hizo de modo que el pueblo de Madrid estuviese bien surtido de víveres; protegia y fomentaba las diversiones públicas (*pan* y *toros*); emprendia obras de alguna importancia, como por ejemplo la restauracion de la casa real de la Panaderia y del lienzo meridional de la plaza, destruido por el incendio de 7 de julio de 1672; la mejora del Palacio ó Alcázar, y la formacion del arco de la Armeria; el puente de San Fernando, y otras obras de comodidad y ornato público.

Pero su arrogancia y orgullo hacian traicion á su talento, y bastaban á borrar cualquiera impresion favorable que el público pudiera recibir de sus beneficios. Aquella arrogancia y aquel orgullo desmedido que le sugeria el deseo de ostentar su favor, llegó al estremo de que en una de las fiestas de toros y cañas dispuestas por él, se presentó ricamente ataviado de negro y plata, con plumas blancas y negras en el sombrero, ó de medio luto (aludiendo á la viudez de la reina), y ostentando sobre el pecho una banda de seda negra bordada en oro, con una divisa en que se veia un águila mirando fieramente al sol, con este mote: *Yo solo tengo licencia*, ó bien un escudo en que brillaba la misma águila armada del rayo de Júpiter, ostentando alrededor este lema: *A mi solo es permitido.*

Su arrogante figura, su destreza y valor por otra parte, cautivaban generalmente la atencion, y le hacian dueño de todas las suertes sobre gran número de señores que le disputaban el campo, recibiendo públicamente los premios de manos de S. M. Por otro lado su talento poético campeaba tambien en las fiestas palacianas del Buen-Retiro, en cuyo teatro se representaban discretas comedias de su composicion, ante la corte y el pueblo, admitido gratuitamente al espectáculo, y presidida por la reina madre y el niño rey.

El cuidado de este y sus placeres y diversiones, comenzaron tambien á llamar la atencion del marqués, procurando acompañarle á los reales sitios, y á la caza, á que se mostraba muy aficionado; por cierto que uno de los dias en que la corte se ocupaba en este ejercicio en el Escorial, hubo una ocurrencia que al paso que demostró el profundo interés que la reina dispensaba á Valenzuela, sirvió á los ojos de muchos como de un presagio seguro de su futura desgracia; y fué que el niño rey disparando contra un ciervo, hirió ligeramente al favorito; suceso que afectó de modo á la reina que cayó en un desmayo, al tiempo que el mismo privado pudo ver en este fortuito caso un agüero funesto para lo futuro.

Y por cierto que la realizacion del pronóstico no se hizo esperar muchos dias. Aproximándose aquel en que debia cumplir Carlos los quince años, era llegado el tiempo de nombrarle su servidumbre real; y la reina y Valenzuela procuraron en tan dificil eleccion de los personages que habian de componerla aquellos que creyeron mas importantes: el duque de Alburquerque fué nombrado mayordomo mayor, el almirante de Castilla caballerizo, y el duque de Medinaceli sumiller de corps, etc.; pero como las plazas eran en corto número en proporcion de los aspirantes á ellas, resultó, como no podia menos, mayor número de agraviados que de favorecidos.

Aquellos pues, con bastante influencia en la corte, se unieron entre sí para asestar sus tiros certeros al privado, introduciéndose en el ánimo del jóven monarca é insinuándole la necesidad de llamar á su lado á D. Juan de Austria. La reina, informada de las tramas de los cortesanos, y escarmentada por el ejemplo anterior del padre Nitard, se hallaba entregada á la mas viva ansiedad, temiendo para su actual favorito la misma ó peor suerte, y para ella las propias humillaciones; y Valenzuela por su parte tampoco podia hacerse ilusiones sobre su funesto porvenir.

D. Juan entre tanto empezaba á fastidiarse de su destierro (siquiera fuese honorífico) de Aragon, y aparentaba poner un término inmediato á su afectado alejamiento de los negocios de la corte, trabajando en ella por medio de sus partidarios (que eran muchos y poderosos), para influir en el ánimo del rey y hacerle reclamar su presencia en el Consejo.

Estos por su parte, desempeñando su papel con todo el celo que produce el propio interés, hicieron entender al jóven monarca que no estaba solamente bajo la tutela de su madre, sino tambien de la de Valenzuela, haciéndole apasionada relacion de las demasías que se cometian en el reino por consecuencia de esta privanza; la falta de libertad en que se le tenia, y la necesidad de salir en fin de este humilde pupilaje para mostrarse monarca digno de una gran nacion; con otras razones y consejos que hallaron tan buena acogida en el ánimo del jóven rey, que por de pronto hizo que los amigos de D. Juan le escribiesen en su nombre que S. M. deseaba verle á su lado, y entre tanto una noche (la del 14 de enero de 1677), apoyado por los principales señores de la corte, logró evadirse secretamente de Palacio, y marchar á pié, atravesando todo Madrid de incógnito, hasta el del Buen-Retiro, enviando inmediatamente desde allí una órden para que la reina madre permaneciese detenida en su habitacion.

Puede cualquiera figurarse la impresion que este primer acto de la autoridad real de su hijo haria en el ánimo de una princesa altiva y acostumbrada á reinar; pero en vano se lamentó enérgicamente, en vano escribió una larga carta al rey para que la permitiese hablar con él: este se mantuvo por entonces firme en su propósito; y cuando al dia siguiente semejante nueva fué conocida en Madrid, la alegria y el entusiasmo hácia el jóven príncipe llegaron á su colmo; se dispararon salvas, se echaron á vuelo las campanas, se iluminó espontáneamente todo Madrid: los cortesanos, las autoridades, el vecindario, todos corrieron presurosos á felicitar al nuevo rey, todos le ofrecieron su adhesion, sus servicios y sus bienes; y todos en fin manifestaron en sinceras demostraciones la alegría universal por haber en fin salido del trabajoso periodo de la minoría.

D. Juan, que llegó á los pocos dias, hizo que S. M. firmara la órden para que la reina viuda se retirase á Toledo, como así se verificó inmediatamente; y fortalecido con el cariño y la confianza que el rey le manifestaba, se hizo cargo de la administracion del reino, con tan omnímodas facultades, que podia decirse que el cetro habia pasado á sus manos. Su primer cuidado (por cierto bastante mezquino é indigno de su alta posicion) fué apoderarse de la persona de Valenzuela, que se habia refugiado en el Escorial, y á este efecto comisionó á D. Antonio de Toledo, hijo del duque de Alba, á fin de que le buscase y prendiese en nombre del rey. En su consecuencia partió dicho señor acompañado del duque de Medinasidonia, el marqués de Valparaiso, y otros señores, enemigos personales de aquel desgraciado, y sostenidos por doscientos hombres de á caballo; y llegados que fueron al real sitio, procedieron á las mas vivas diligencias, á los mas escrupulosos reconocimientos del monasterio, bosques y heredades vecinas, para dar con la persona que buscaban; pero el fugitivo Valenzuela fiado en la proteccion del padre prior, se hallaba oculto en un nicho practicado en una de las celdas, con la angustia y privaciones que pueden suponerse.

Como los perseguidores sabian muy bien que el marqués se habia retirado al monasterio, no hubo sitio de él, incluso el templo, que no sometiesen á la mas indecente pesquisa; en todas estas diligencias pasaban dias y dias sin resultado alguno, y D. Antonio empezaba ya á desconfiar de la empresa, temiendo que el proscrito habia podido hallar algun medio de evasion, cuando el desdichado marqués, falto de auxilio y hasta de ambiente en el horrible escondite en que apenas cabia, cayó tan gravemente enfermo que el padre prior no pudo menos de revelar su situacion al cirujano de la comunidad, con el fin de llevarle á sangrar al marqués; pero el cirujano, á lo que parece, abusó traidoramente de la confianza, y reveló á Toledo el sitio en que estaba aquel oculto, de modo que á las pocas horas ya estaba este desgraciado en su poder.

Conducido inmediatamente de órden de D. Juan al castillo de Consuegra, despues que recobró la salud fué trasladado al castillo de Puntales en Cádiz, y de allí á Filipinas, degradándole previamente de todos sus títulos y honores, en los términos mas afrentosos, encerrando á su muger y á sus hijos en un convento de Talavera, con otras medidas de estremado encono y desusado rigor. Y eso que el papa, sabedor de las irreverencias y desacatos cometidos en el Escorial al tiempo de su prision por los señores encargados de ella, los escomulgó solemnemente; y para reparar aquellas graves faltas y alzarles las censuras, hubieron de ir con hábito penitente á la iglesia del Colegio Imperial, donde el cardenal Mellini, nuncio de S. S., les dió algunos golpes de disciplina y les impuso otras penitencias para su absolucion.

El entusiasmo y las simpatías de la nacion hácia la persona de Don Juan llegaron á su colmo viéndole al frente del poder supremo y en ocasion de realizar las esperanzas que habia hecho concebir. Dotado de un talento poco comun, acostumbrado al mando, conocedor de las miserias públicas, y terrible acusador de los desmanes ocasionados por los anteriores gobiernos, parecia que la Providencia divina le habia destinado para repararlos y conducir á la nacion á su antigua grandeza y poderío. Tras de una larga minoría en que una reina alemana, un rey niño, un ministro y confesor estranjero, y un advenedizo favorito habian jugado, puede decirse, con la fortuna pública, con las leyes y los destinos del reino, se veia al fin al frente del gobierno á un príncipe amado y respetado de todos, criado entre el pueblo y dotado de honradez, nobleza y valentía. ¡Qué estraño era, pues, que los votos y el entusiasmo nacional saludasen su arribo con las mas sinceras muestras de alegría!

Mas por desgracia en todos los tiempos y en todas las circunstancias es mas fácil granjearse una popularidad prematura, que justifi-

carla y continuar en ella desde un puesto tan elevado. La opinion pública, variable y sujeta á las impresiones mas contrarias, derriba con igual facilidad los idolos que alzó en un momento de entusiasmo, y los favoritos del pueblo no tienen que esperar mejor suerte que los favoritos de los reyes.

Esta regla general no se desmintió ciertamente á D. Juan José de Austria. No bien los infinitos que fundaban en la elevacion del principe sus ambiciosas esperanzas, conocieron que su inmenso poder no bastaba á satisfacer una parte de ellas; no bien el pueblo falsamente alucinado con ensueños de rápida prosperidad, comenzó á conocer que el dispensársela de pronto no estaba en la mano de un ministro ni de un gobierno, empezaron las murmuracioness, las intrigas, los complots contra la persona del ministro; reconocian ya y afectaban encarecer el rigor y osadía que habia desplegado contra la reina viuda y sus favoritos; exageraban su orgullo y desvanecimiento, contando entre otras particularidades de su vida pasada, las novedades que habia introducido en la etiqueta de Palacio y del gobierno, dando audiencia sentado, recibiendo á los embajadores y á los grandes sin darles la mano y sin hacerlos sentar, y tratando al mismo rey como igual suyo, mas que como á su legítimo soberano; no faltando quien le atribuyera hasta el deseo y la intencion de suplantarle en el trono.—D. Juan, á quien todas estas acusaciones y manejos eran notorios, y que los atribuia á los grandes resentidos, y al influjo que aun conservaba en la corte la reina viuda que permanecia en Toledo, hizo separar de sus cargos y desterró á varios de ellos, entre otros al almirante de Castilla, al duque de Osuna, al príncipe de Stillano, al marqués de Mancera, al conde de Humanes, al de Aguilar, al de Monterrey, y al marqués de Mondéjar. Estos destierros (la mayor parte inmotivados) fueron hijos de los celos de D. Juan hácia tales ó cuales de aquellos señores que empezaban á tener influencia en el ánimo del rey, y aun respecto del último (el célebre escritor D. Gaspar Ibañez de Segovia marqués de Mondéjar,) se creyó ser la causa una picante sátira que se le atribuyó contra D. Juan, y que halló este príncipe en sus vestidos, el rey en su mesa, y circuló con profusion manuscrita; y como ha llegado hasta nosotros, y es hoy rarisimamente conocida, parece del caso estamparla aquí. Decia pues de esta manera:

Un fraile y una corona,
un duque y un cartelista,
anduvieron en la lista
de la bella *Calderona* (1).
Bailó, y alguno blasona
que de cuantos han entrado
en la danza, ha averiguado
quién llevó la prez del baile;
pero yo aténgome al fraile
y quiero perder doblado.
De tan santa cofradia
procedió un hijo fatal,
y tocó al mas principal
la pension de la obrapía:
Claro está que les daria
lo que quisiese su madre;
pero no habrá á quien no cuadre
una razon que se ofrece:
mírese á quien se parece
porque aquel será su padre (2).
Solo tiene una señal
de nuestro rey soberano;
que en nada pone la mano
que no le suceda mal.
Acá perdió á Portugal;
en las Dunas, su arrogancia,
dió tantos triunfos en Francia
que es cosa de admiracion,
quedar tanta perdicion
en un hijo de ganancia.
Mande pues Carlos Segundo
ver si le hubo sin recelo,
el rey que vive en el cielo
en una muger de mundo.
En misterio tan profundo
solo puedo decir yo
que por suyo le juzgó;
mas si con todo es estraño,
no será el primer engaño
que Felipe padeció.
En sus designios penetro
por una y por otra accion,
que no tiene otra intencion
Don Juan que empuñar el cetro.
Abre, nuncio, vade retro,
hi de dama para él;
reinó Enrique, y aunque fiel,
noble y valiente le admira,
hasta el dia de hoy suspira
la lealtad por el cruel (1)
¡Oh Cárlos, gran rey de España,
no te espante, no te admire
que el mundo todo suspire
por opinion tan estraña;
no es porque al pueblo le engaña
el pretesto del rumor;
sino que es tanto el amor
de la plebe lastimosa,
que exhala una voz quejosa
aunque la oprime el dolor (2).

Véase, pues, á qué estremos llegó la animosidad contra el príncipe, y adónde fué á parar á los pocos meses de su mando aquella asombrosa popularidad y respeto.

Combatido en fin, por las infinitas intrigas de la corte, abrumado bajo el peso de los negocios públicos, de la miseria y descontento de todas las clases; sin poder hacer frente á los disturbios internos, á las guerras esteriores, al desórden de la administracion, á la carestia de los víveres, al desenfreno, en fin, de las malas pasiones y del furor popular, bastaron pocos meses, pocos desaires, pocos desengaños, no solamente para agriar su carácter y ponerle en odio de la corte y de la gobernacion, sino tambien para minar su salud en términos que habiendo caido gravemente enfermo, fué preciso en 7 de setiembre administrarle el viático, y á pesar de todos los cuidados y el verdadero interés que le dispensó el rey Carlos, falleció en el palacio real de Madrid á los cincuenta años de su edad el 17 del mismo setiembre de 1679 (aniversario de la muerte de su padre D. Felipe), despues de haber hecho testamento en el que dejaba al rey por su heredero. Al siguiente dia, cubierto del gran manto de prior de San Juan, fué conducido al Escorial con la pompa fúnebre propia de infante de España, saliendo del Palacio por la puerta del parque.

Cárlos II despues de enjugar sus abundosas lágrimas por la muerte de su hermano, dió lugar inmediatamente en su pecho á la ternura filial, y partió al dia siguiente á Toledo para traer á Madrid á su augusta madre; y este mismo pueblo que la habia visto salir hacia dos años fugitiva y humillada, al tiempo que recibia con palmas á su enemigo, muerto hoy este, la recibió de nuevo con las mas espresivas demostraciones de respeto y alegria.

R. DE M. ROMANOS.

EL CASTILLO DE MONTEALEGRE.

El feudalismo dejó su historia en las fortalezas de la edad media. ¡Libro en verdad sangriento y rudo, que refleja fielmente el carácter de la institucion, trasmitida por sus páginas de piedra al juicio de la posteridad! En España, sin embargo, aquellos monumentos tienen mas significacion. El viajero estraño, que guiado por las teorías históricas comunes á los paises de la Europa, recorra las comarcas de Castilla, la creerá la tierra mas feudal de los tiempos caballerescos. Porque contará el copioso número de atalayas y torreones, que cual un ejército de gigantes, guarnecen sus aldeas y colinas, y en cada piedra

(1) Estos cuatro primeros versos son muy conocidos y citados en las historias de la época; no asi el resto de la composicion, que solo se publicó en una obra francesa impresa en Lion en 1693, titulada *Memoires de la Cour d'Espagne*, por Mad. D.*** --La célebre actriz *Maria Calderon*, en quien tuvo Felipe IV al príncipe D. Juan de Austria, fué persona notabilisima por su belleza y discrecion, y que hizo olvidar bien pronto las debilidades mas ó menos ciertas que la achacaron, con la heróica determinacion que tomó á poco tiempo de nacido D. Juan, de profesar de carmelita, cuyo habito recibió de manos del Nuncio de su Santidad (despues papa Inocencio X) entrando en un monasterio de la Alcarria, que aun subsiste en el valle de Utande, inmediato al pueblo de Valfermoso, y donde llegó á ser abadesa.

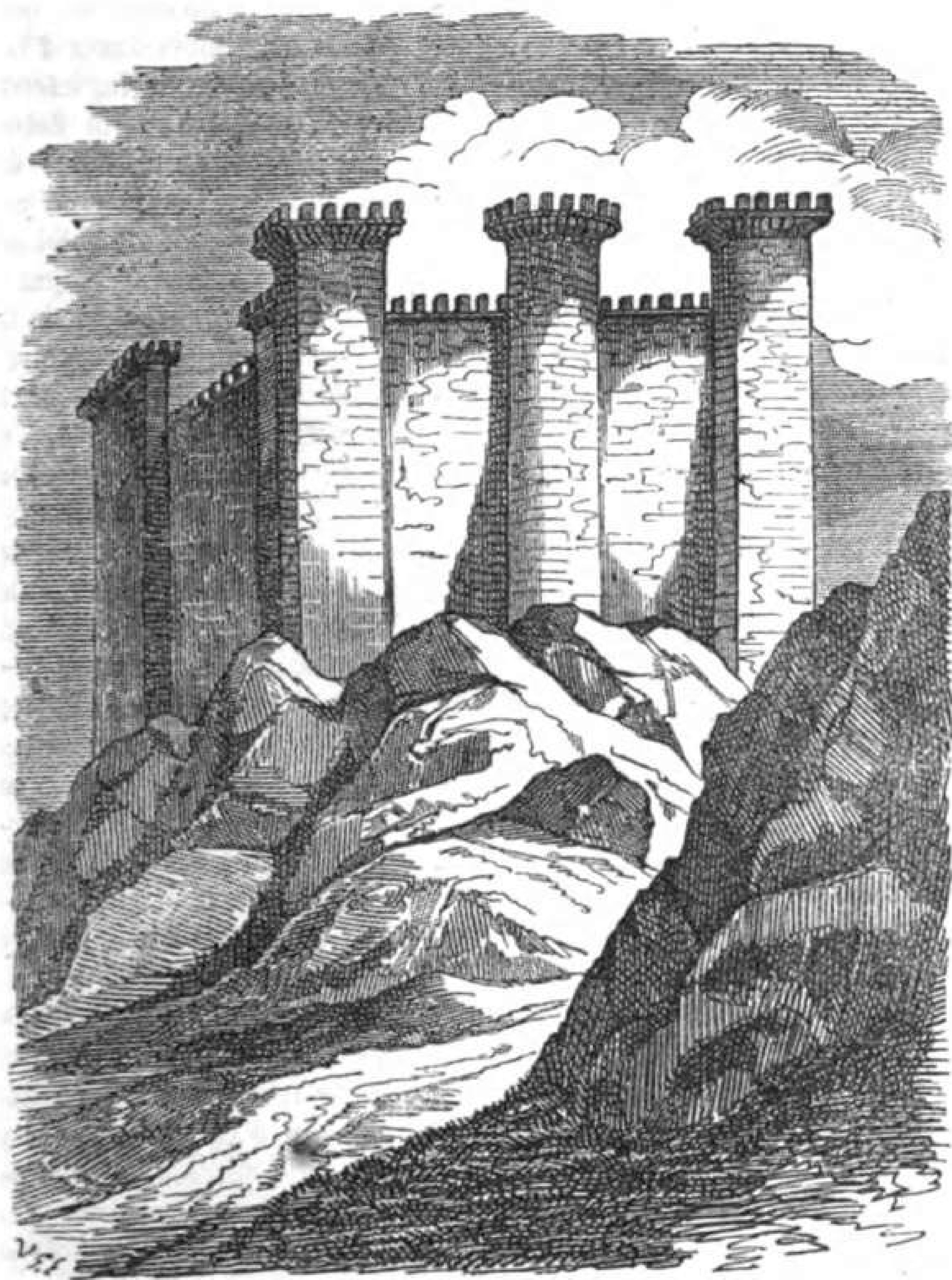
(2) Alude sin duda al duque de Medina de las Torrès que anduvo por aqual tiempo perdidamente enamorado de la Calderona, y con cuyas facciones pretendian muchos hallar alguna semejanza en D. Juan.

(1) D. Pedro, muerto á manos de su hermano bastardo D. Enrique II.

(2) Estas coplas, aunque fueron atribuidas, como arriba decimos, al marqués de Mondéjar, se averiguó despues ser obra del celebre Almirante de Castilla D. *Gaspar Enriquez de Cabrera*, uno de los principales señores de la corte, poeta ingenioso y hombre de mundo, que vivia regalada y magnificamente en su Retiro de Recoletos, hasta que á los ultimos años de una vida sensual y libertina, quiso borrar su memoria con actos de religiosidad y de penitencia; y al efecto fundó en el mismo teatro de su casa-palacio, el convento de monjas recoletas de San Pascual, ó *del Almirante*, cuyo nombre conserva, asi como la calle inmediata, no existiendo sin embargo ya de aquella magnifica posesion, mas que la huerta llamada hoy de *Brancacho*.

se imaginará el recuerdo de un opulento y despótico baron. Pero se equivocaria en su inferencia. España es la nacion menos feudal del antiguo continente. Aquí jamás tuvieron su *técnico* significativo las palabras de *vasallo* y de *señor*. La noble, la bizarra tierra de nuestros abuelos nunca se servilizó bajo el yugo nobiliario. Sea dicho en honor y remembranza de Castilla.

Las causas sociales de tan significativa escepcion pertenecen á la historia. No obstante, habremos de hacer algunas indicaciones, para que se nos pueda fácilmente comprender. El *municipio* constituye el elemento cardinal, la condicion intrínseca de nuestra patria. Sea porque se acomoda mucho con nuestro natural independiente y bravo, sea porque las tradiciones de la civilizacion romana se fundieron en nuestra organizacion política, hasta el punto de hacerse todavía sentir, ó por otros motivos especiales, ello es que la base *municipal* quedó á la caida del imperio como tipo absoluto de este pais. Es verdad que los hombres del Norte importaron en su irrupcion los gérmenes de la feudalidad. Pero la falta de unidad entre los diversos pueblos de la península Ibérica, y el estado casi nómado de la poblacion rural, el des-



(Castillo de Montealegre.)

quiciamiento que en todas las antiguas provincias imperiales produjo la ruina de aquel coloso, y el azaroso período de la dominacion goda, impidieron el desarrollo y consolidacion del *régimen feudal*, y su predominio sobre las *formas municipales*.—Luego sobrevino la invasion mahometana, y empezaron los pueblos aquella lucha inmortal. Esto era en el siglo VIII, y desde esta época, en el resto de Europa el feudalismo tomaba progresivo vuelo, y asentaba su trono de piedra sobre los despojos del elemento monárquico. Y allí los pueblos, el comun, nada eran, y quedaban eclipsados entre tan grandes competidores.

Entre nosotros, por el contrario, erigido el pueblo en poder fundamental, por su organizacion para la reconquista, se hizo elemento independiente en la constitucion nacional. El antiguo *municipio* fué restaurado en el *concejo:* el trono recibió su investidura de la nacion, y ambos poderes hicieron alianza de igual á igual: *el señoriazgo* quedó vencido irrevocablemente desde la inauguracion de la monarquía.

Durante la secular pelea se fué vigorizando aquella radical concordia. Pues necesitando constantemente los monarcas á los súbditos para sostener el solio contra los embates de los sarracenos, y hallándose identificada la causa de su dinastía con la libertad y salvacion del país, no hubieran podido desentenderse de aquel solemne pacto, sin poner á riesgo de perdicion su nombre y su corona. La prueba de nuestra observacion está en los *fueros municipales* ganados por los *concejos*, y autorizados por los reyes, durante la guerra, y en la constante celebracion de las cortes, su alta intervencion en el manejo del Estado, y en la importante participacion del pueblo en ellas, formando bajo el nombre de *estado llano*, uno de sus *brazos ó estamentos*, al nivel *del clero* y *de la nobleza*. Y por último la institucion altamente democrática de las *behetrías*, demuestra con todo lo antecedente que entre nosotros jamás existió la verdadera feudalidad, con sus desastrosos *servicios*, con aquellas ignominiosas *prelibaciones* y vasallajes que por los siglos medios pesaron sobre otros infelices pueblos.

Verdad es que, no pudiendo España sustraerse de todo punto á la influencia de la época y al estado general de la civilizacion, como sucede á todas las naciones en el curso de los siglos y de las cosas, vió á la nobleza nacer en los campos de batalla, y adquirir posicion social y política. Los reyes la concedieron inmunidades, y la dieron en merced villas y lugares. Esto era hijo de aquel tiempo, y un tributo á su condicion universal. Pero de esto al feudalismo genuino hay una enorme diferencia. Nuestros honrados pecheros nada tenian de comun con *los siervos del terruño*, con *los glebas* de las baronías germánicas; y los señoríos españoles no eran lo que los enfeudamientos *de tierra y poblacion* de las monarquías militares. Los pueblos que rechazaron las armas de Aníbal y Escipion; los pueblos que sin rey ni patria hicieron cara á la raza de Tarif; los pueblos que decian al príncipe, para ceñirle la corona, *nosotros juntos valemos mas que vos*; los pueblos donde habia quien tomara juramento al rey sobre un cerrojo; los pueblos que sellaron la santidad de sus libertades con la sangre de Villalar... esos pueblos no podian ser los esclavos de un doméstico señor. ¡Raza de gigantes! Sería preciso renegar de la historia, desmentir á la naturaleza, para inferir tal agravio á vuestro honrado y fuerte corazon. ¡Cómo ser siervos los que nos dieron la libertad! ¡Cómo no ser ciudadanos los que nos crearon una patria! ¡Cómo no ser hombres los que restauraron la religion salvadora de la humanidad!

No: Castilla no es el pais de la feudalidad. Por eso frente al castillo de un señor titular se eleva el consistorio comunal. Aquel tiene una bandera: este tiene una campana. Allí está la mesnada: aquí el concejo. Allá el alcaide: acá el merino. Contra la lanza, la vara. Contra *la fazaña*, *el fuero*. Contra *el feudo*, *el municipio*.

¿Qué significan pues, se nos dirá, esas almenadas atalayas, esos empinados torreones que pueblan nuestro país?—La defensa de la nacionalidad, contestaremos con entera conviccion. Y nada mas cierto efectivamente. Ya lo hemos dicho antes de ahora en otros artículos monumentales. Las líneas de castillos y torres que guarnecen nuestras montañas, que protegen las villas, y vigilan los desfiladeros, no son el padron de la servidumbre, sino el antiguo baluarte de la fé, del honor y de la libertad.

Comprendido *el castillo de Montealegre* en el sistema general de fortificacion de los *campos Godos*, y formando parte de la línea fronteriza de defensa del antiguo reino de Leon, segun mas detalladamente hemos esplicado en las columnas del SEMANARIO (1), es uno de aquellos monumentos donde se arboló la cruz de D. Pelayo contra la manga del Islam.

Situado en una prominencia considerable sobre la cadena de alcores que corren por este país de E. S., y que domina inmensas llanuras que se estienden hasta las montañas leonesas, su masa, bastante bien conservada en el esterior, presenta un aspecto bello é imponente. La planta es un cuadrado, imperfecto por el estremo meridional, que se destaca en un cuadrilongo, terminado en ángulo saliente. Flanquean los tres rectos restantes otras tantas torres, y en el centro de los frentes intermedios levántanse cuatro enormes cubos, al nivel de los torreones angulares. Corona toda la parte superior de la fortaleza un ándito espacioso, sobre el cual se alza el espeso almenar, aspillerado para arcabucería y ballestería.—El cuadrado fundamental de la obra cuenta 135 piés castellanos; la elevacion de los muros hasta la raiz de las almenas es de 61 piés, por 15 de espesor. De modo que en el terraplen podian manejarse con comodidad las gentes de guerra, á modo que sobre dilatada plataforma. La altura de los baluartes y torres asciende hasta el terrado á 74 y 82 piés respectivamente, siendo de 24 el diámetro de aquellos, y de 32 el fondo de estas, con el proporcionado codal en su murallaje. Dos largas espirales de sillería abierta en el espesor de las cortinas S. E. y N. O. dan subida al terrapien, y otras escaleras á los cuerpos culminantes. En el del E. hay abierto un inmenso pozo, que horadando verticalmente la fábrica, desciende y penetra en el fondo del solar.

El castillo tiene una entrada principal y un postigo falso. Consiste este en un arco, situado en el frente N. O. que da al campo: mas hoy se haya cerrado de mamposteria. La portada construida en la muralla S. O. fórmase de un gran ogivo con ferrado porton. Sobre la cúspide se ve entallado en el muro un *blason*, formado por un escudo *partido*, su cuartel derecho *flanqueado;* y en sus dos triángulos superior é inferior nótanse dos *calderas*, contándose en el izquierdo cinco *estrellas*, en cuadrilongo y centro. La corona de la *cimera* no conserva mas que un pequeño resto, insuficiente para dar á conocer la gerarquía del prócer.

(1) Castillo de Belmonte, 1851.

Sin embargo deberia ser ducal, ó de marqués cuando menos, atendido el significado heráldico de las marmitas del escudo, antiguo emblema de los «*Ricos-homes señores de pendon y de caldera.*» Lo cual significa que el castellano de Montealegre era de aquellos infanzones, que podian levantar gentes de guerra, y mantenerlas á sueldo por su cuenta.

En la parte alta del mismo muro, y perpendicularmente sobre esta entrada, se destaca un órden de mata-canes, que sostienen cierto pabellon saliente, para defender el acero, ofendiendo al enemigo por los intersticios con armas arrojadizas, piedras y otros proyectiles, hallándose la guarnicion á cubierto por el nuevo volante esterior.— En el centro del edificio está la plaza de armas, de forma regular y espaciosa, para los ejercicios militares y desahogo de la gente de armas y habitantes del alcázar.

La construccion de este hermoso castillo debe remontarse al siglo XII. Así lo indica la circunstancia de pertenecer su fábrica al género gótico primitivo, que fecha en España de aquella época. Y si es cierto, como piensan, que en aquel tiempo era señor de la villa *D. Tello Perez de Meñeses*, magnate poderoso de este pais, debe ser obra suya, pues solo él podia fortificar sus estados. Quizá su insigne casa hubo á Montealegre en merced de los reyes, por los primeros siglos de la Restauracion; y tanto para asegurar esta comarca fronteriza de su *adelantamiento de campos*, como por los disturbios interiores sobrevenidos despues, debió representar un papel aventajado.

Tiene á la vista esta fortaleza, por el N. el castillo de Belmonte, y por el E. el de Torre-mormojon.—En la actualidad es pertenencia del marquesado de Montealegre, con grandeza, que radica en la casa de Osuna. ¡Y por cierto que tiene en bien poco el solar de sus abuelos! Así es que en los últimos años ha perdido toda la parte interna de habitacion.

La arrogante fortaleza del *señor de Meñeses* puede ser hoy comparada á un sepulcro de bizarro aspecto; pero que en su fondo no contiene mas que polvo y vanidad.

VICENTE GARCIA ESCOBAR.

EL AVEJORRO.

«Estoy viviendo, como los héroes de Morwen, entre nieblas. El »cielo, encapotado siempre, truena de vez en cuando, para interrumpir »la monotonía de su soporífica lobreguez: el suelo se trasforma de lodazal en lago y de laguna en lodazal; y los felices habitantes de la coro»nada villa y corte nos vamos convirtiendo en ranas y otros animales »acuáticos. Con tan hermosos suelo y cielo, y una impaciencia febril »que suele cambiarse en hastío, vive el rey de la creacion, el hombre, »de un modo que debe dar envidia *al buey suelto que bien se lame*, *al »perro que trabaja en banasta de lana*, y á todos los demás animalejos, »átomos de la creacion en que el hombre se presenta como poderoso so»berano. Y es muy justo que asi suceda. ¿Quién puede disputar al hom»bre su universal soberanía? El hombre es el único ser dotado de razon, »el único que tiene alma, *ese quid divinum*, parte del supremo hace»dor, eterno como su existencia, espíritu como su espíritu. Y como el »hombre tiene razon, dificilmente se equivoca; es prudente, equitativo, »justo, y debe ser el juez universal. Y como el hombre tiene alma, ó lo »que es lo mismo, una cosa que no es materia, además del mundo fí»sico en que habita su cuerpo, materia pura como la del perro y el »buey, se eleva en espíritu á ese mundo moral, tan grande, tan noble »y tan bello. Llegado á ese mundo, salta de pasion en pasion como el »pájaro de rama en rama; y si despues de haberse henchido de ambi»cion nunca satisfecha, de amor de gloria nunca saciado, de patriotis»mo burlado siempre, de generosidad siempre contrariada, de amistad »siempre escarnecida, se para en el amor, entonces puede decir el »hombre espíritu que ha encontrado la piedra filosofal del mundo moral »y material, que su felicidad no tendrá límites. Porque ¿dónde hay »contento comparable al de pensar siempre en una muger, verla siem»pre, adorarla siempre... y que esta mujer no piense en uno, se ria de »uno, no sueñe con uno, y si es preciso, piense en otro? ¡Bendito seás, »hombre! ¡Bendito seas, mundo moral! Yo os saludo como los gladiado»res al César: *¡Cesar! morituri te salutant.*

Las anteriores festivas líneas escribia yo á las cuatro y media de la tarde del dia 11 de abril de 1851, y me parece que su lectura prueba hasta la evidencia que me encontraba en un estado de paz y contento envidiable. Yo no sé, ni quiero saber, hasta dónde hubieran llegado mis sarcásticas lamentaciones si hubiera seguido escribiendo; pero si sé que dejé la pluma al oir, casi dentro de mi oreja izquierda, el penetrante y ronco zumbido de un impertinente avejorro. No sé si sabrán mis lectores que este insecto solo se aparece en situaciones muy solemnes, y que es mensajero de fatales ó felices nuevas; pudiendo conocer de antemano á qué género pertenecen con solo mirar al avejorro, pues si es negro las trae fatales, y si pintado muy alegres. Esto que acabo de decir lo sé de boca de una vieja, de modo que no da lugar á disputa.

Al primer zumbido del insecto me estremecí, como quien recibe una carta con lacre negro sin saber quién se la dirige; y lo primero que se me ocurrió fué averiguar qué color tenia el impertinente avejorro. Empecé á mirar á uno y otro lado; pero el bicho seguia constantemente el movimiento de mi cabeza, y gasté tres ó cuatro minutos en saber que era negro como un azabache.

¡Desgracia tenemos! esclamé arrugando algunos papeles y levantándome de mi sillon. El avejorro zumbó entonces de una manera particular, y yo entendí ó imaginé que habia confirmado mi esclamacion, zumbando la palabra desgracia.

Exasperado con su aparicion, y mucho mas con el zumbido que de tan estraña manera habia herido mi tímpano, me puse á perseguir al importuno mensajero de malas nuevas, con ánimo de esterminarlo; como si él fuera un embajador encargado de hacer un motin y yo un gobierno interesado en reprimirlo. Pero el maldito mensajero se me escapaba de entre las manos, como pudiera un embajador sacar los hilos de su trama de entre las manos del gobierno, y saliendo y entrando por la puerta de mi habitacion, zumbaba de un modo especial, que en mi tímpano zumbaba, «Ven». Como yo doy mas importancia á las embajadas de los avejorros que Rosas á los embajadores de Inglaterra y Francia, tomé el paraguas, los guantes y el sombrero, y sin detenerme el temor de ver desplomarse sobre mi cabeza, en torrentes de agua, las nubes que oscurecian el firmamento, bajé en pos de mi alado guia las escaleras de mi casa, y un momento despues me hallé en la bulliciosa Puerta del Sol. El avejorro continuaba volando siempre á una vara de mis narices; pero al llegar á la garita del centinela de la casa de correos, esquina á la calle de Carretas, empezó á cernerse, como las palomas cuando se acercan á su palomar; y yo empecé á llevar el paso, como los soldados en las procesiones y entierros. Un minuto escaso llevaríamos de piafar, el avejorro en el aire y yo sobre la losa de la acera, cuando distinguí como una docena de cirios que asomaban por la calle del Cármen, en manos de una docena de pobres de San Bernardino; en medio de estos cirios un atahud en hombros de cuatro conductores de muertos, y tras del atahud y los cirios como un par de docenas de personas vestidas de distintos modos, y que caracterizaban perfectamente un cortejo de vecindad. Atravesó el fúnebre cortejo la Puerta del Sol, sin que pararan en él mientes los cesantes que deseaban un pronto cambio de ministerio, ni los bolsistas que se ocupaban del próximo arreglo de la deuda: entró en la calle de Carretas, y mi guia se plantó de un vuelo sobre la tapa del atahud. Yo comprendí que debia seguirlo, y confundiéndome con el duelo, empecé á marchar á buen paso, porque los que llevaban el muerto iban muy ligeros, temiendo el inminente chaparron.

Cruzamos sin novedad ni azares las calles de Atocha, la Concepcion Gerónima y algunas otras hasta llegar á la de Segovia; pero al acercarnos á la puerta del mismo nombre empezaron á caer unas gotas anchas y escasas como las que preceden siempre á las tempestades y aguaceros. Dirigí una mirada en torno para ver si mis compañeros de duelo pensaban tomar precauciones contra el inmediato chubasco; pero vi que todos seguian su camino, y como mi guia continuaba posado sobre el atahud, no me atreví á volver piés atrás por preocupacion y por vergüenza de que me llamaran cobarde.

Al llegar al puente de Segovia empezó á llover en toda forma; los conductores aceleraron mas el paso, mis compañeros se guarecieron bajo sus correspondientes paraguas y continuaron impertérritos; yo abrí el mio, dirigí una mirada á mis botas de charol acabaditas de estrenar; otra mirada á mi pantalon negro en muy buen estado; otra mirada á mi gaban que contaba apenas un mes escaso de servicios; otra mirada al ala de mi pobre sombrero, estrenado aquel mismo dia: y como legítima consecuencia de tan dolorosas miradas, me paré, impidiéndome la vergüenza volver atrás, y el cariño á mi pobre ropa continuar hacia el cementerio. El avejorro vió mi accion y debió leer mi pensamiento; dejó el atahud, llegó hasta mí, zumbó en mi oido una especie de grito, que me pareció decia «sigue», y veloz como el pensamiento volvió á la tapa del atahud. Yo quise mantenerme firme en mi propósito de retirada; pero mi voluntad cedió al prestigio de una fuerza oculta, y seguí marchando hácia el inmediato cementerio.

Un elemento solo, el agua, se creyó impotente para atormentarnos y llamó en su auxilio al huracan. A su embate los paraguas se tambaleaban en nuestras manos, como las copas de los árboles que van descuajando los torrentes; y despues de haber luchado en balde, nos decidimos á cerrarlos. Dos minutos despues mi pobre gaban y mi sombrero estaban como si los hubieran metido en el cenagoso Manzanares; mis botas y mi pantalon estaban en mejor estado, y nada tenian que temer: ya estaban del todo inservibles.

(Concluirá.)

JUAN DE ARIZA.

BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA.

Nació en la ciudad de Barbastro en Aragon hácia el año de 1565.—Llamóse su padre Juan Leonardo, secretario primeramente del emperador Maximiliano II, y despues del príncipe de España D. Felipe, y oriundo de una antiquísima familia de Rarena; y su madre Doña Aldonza de Argensola, señora ilustre de Cataluña. En compañía de su hermano mayor Lupercio, recibió la enseñanza de las humanidades y de la filosofía, y siguió la carrera del derecho en la universidad de Huesca, donde se graduó de doctor. Así eran poco mas ó menos los principios de la mayor parte de los literatos de aquel tiempo. Argensola, ordenado de sacerdote, fué rector de Villa-Hermosa, y despues de una corta mansion en Salamanca, pasó á Madrid, donde la emperatriz María de Austria, retirada entonces al convento de las Descalzas Reales, le hizo su capellan; pero por la muerte de aquella princesa, acaecida en 1603, se trasladó á la corte, que entonces residia en Valladolid.

En vez de pasar su vida entre la oscuridad y el olvido, los grandes de aquel siglo tenian la loable costumbre de amar y cultivar las letras, proteger á los hombres de mérito y de ingenio, y complacerse y honrarse con su amistad y su trato. Entre ellos por su franqueza y magnificencia se distinguia el conde Lemos (entonces presidente del consejo de Indias), cuyo nombre vivirá mientras vivan las bellas producciones que él fomentaba y aplaudia. Este magnate, aficionado particularmente al mérito de los dos hermanos Argensolas, los distingió entre todos los ingenios de su tiempo, dispensóles su amistad y comenzó á ocuparlos.



(Argensola.)

Digno y verdadero modo de proteger los talentos, que se inflaman, no tanto con la recompensa, como con el buen empleo que de ellos se hace. Cupo á nuestro Argensola el de escribir la *Conquista y reduccion de las Molucas á la obediencia de Castilla*, ejecutada por D. Pedro de Acuña, gobernador de Manila, comision que desempeñó gallardamente, escribiendo uno de los mejores trozos de historia que se conocen en castellano, ya por la belleza de estilo, ya por las curiosidades que contiene. El historiador, sin ceñirse precisamente á la espedicion de Acuña, empieza su narracion desde la primera llegada de los europeos al archipiélago Asiático; cuenta su establecimiento, sus violencias, sus variaciones; describe el lujo, la riqueza y costumbres voluptuosas de aquellos isleños; los ojos codiciosos con que las naciones de Europa miraban las gratas producciones de su rico país, las diversas tentativas mas ó menos afortunadas que contra él se proyectaron; los viajes de Sarmiento y de Drack por el mar del Sur, incluyendo tambien ciertos episodios, que el gusto de aquel tiempo aplaudia, y aun ahora se leen con placer; todo pintado con destreza, y animado de un colorido que maravilla y suspende.

Escrita y publicada esta obra en 1609, que como bellísima se adquirió al instante críticas y aplausos, Argensola se retiró á su país, de donde le sacó el conde de Lemos para llevarlo consigo á Nápoles cuando le hicieron virey de aquel reino. Iba tambien Lupercio de secretario del vireinato, y los dos hermanos se granjearon allí la misma reputacion y honores que en España gozaban. Al menor le confirió el Papa un canonicato en la catedral de Zaragoza, y los diputados de Aragon le ofrecieron el de coronista de aquel reino, vacante por el fallecimiento del anticuario Llorente. Así, habiendo muerto su hermano en 1613, y restituido á España el conde, volvió él tambien y se retiró á Zaragoza á ejercer sus dos empleos. Allí acabó en 1631 una vida dedicada toda a dulce ejercicio de las musas, entre la moderacion y el retiro. Despues de su muerte, D. Gabriel Leonardo, sobrino suyo, publicó sus rimas y las de Lupercio en un tomo en cuarto el año de 1634, y se han reimpreso en nuestros dias.

Su ingenio poético le dió entonces el título de ***Fénix Español***, y le concilió una celebridad escesiva, con los aplausos que le prodigaron su discípulo Villegas, cuya reputacion va declinando; Cristóbal de Mesa, que ya no vive; Esquilache, cuyos versos ligeros y delicados á veces agradan todavía; y Cervantes, que será inmortal. Sin embargo es preciso convenir en que este renombre y celebridad son infinitamente menores ahora. Su poesia, escasa de imaginacion y entusiasmo en la oda, sin vivacidad ni soltura en la sátira, solamente es recomendable por la pureza de estilo y de la diccion, libres enteramente de los vicios monstruosos que entonces inundaban la poesia y elocuencia. Por esto Lope de Vega, en la aprobacion de sus rimas, decia, que él y su hermano habian venido de Aragon á reformar la lengua castellana.

EL TIGRE Y LA ZORRA.

LEYENDA TRADICIONAL.

CAPITULO IV.

LA EMBOSCADA.

Llena de atmósfera impura,
medio abierto un ventanillo
que luz derrama insegura,
triste se ostenta y oscura
la habitacion de Castrillo.

Ya despunta la mañana
que tanta ansiedad alberga,
ya el sol emprende, aunque vana,
su batalla cuotidiana
con las nieblas del Pisuerga.

Ya, dejando el duro lecho,
Juan, el brazo arremangado,
desnudo el fornido pecho,
anda en su recinto estrecho
inquieto y preocupado.

Y para hacer copia fiel
de aquel rostro en que rebosa
todo el fuego de Luzbel,
fuera preciso el pincel
acre de Salvator Rosa.

A la luz roja y escasa
que ilumina el aposento,
se ven colgados sin tasa
de la pared negra y rasa
los útiles del tormento.

Hachas, tornillos, dogales
de forma estraña y horrenda,
con aguzados puñales,
son los despojos mortales
de aquella infernal vivienda.

En ellos un punto avara
fijó Castrillo la vista,
con la interior algazara
de un triunfador que admirara
sus despojos de conquista.

Y descolgando con tiento
largo cuchillo del muro,
probó su filo sangriento,
y murmuró descontento:
«Afilarle es mas seguro.»

En este punto dos golpes
con pausado y lento son
en la puerta resonaron,
y al propio tiempo una voz
débil y aterida el nombre
de Castrillo pronunció.
Descorrió Juan el cerrojo

y con traidora espresion
la innoble faz de Garduña
en el dintel asomó.
—Buenos dias—
—¿Qué se ofrece,
compadre?—
—Hacerte un favor.—
Grande será, cuando vienes
apenas despunta el sol.
—Sabe que esta misma noche
una atrevida faccion
ha derribado el cadalso
del Maestre—
—¡Ira de Dios!—
—De verlo acabo yo mismo:
ganar tiempo es su intencion.—
—¿Robarme quieren la presa
que la ley me abandonó?
Pues ya sabrán que no en vano
soy aquí su ejecutor.—



(Tipos de Inglaterra.—Vendedor de verduras.)

Apenas estas palabras
de pronunciar acabó,
cuando se lanza á la calle,
y entre el húmedo vapor
de la condensada niebla
su figura se perdió,
como sombra que en la nieve
al indeciso fulgor
de la luna se refleja.
Clavado al dintel gran rato
Garduña permaneció,
con la actitud del que escucha,
en la oreja el corazon,
hasta que rompió los aires
gemido desgarrador
de esos que la sangre hielan
siempre que escuchados son.
—Sin duda el golpe es certero,—
por lo bajo murmuró,
y trasponiendo el dintel
tras esta corta oracion,
en la mansion de su víctima
lentamente penetró.

(*Continuará.*)

CEFERINO SUAREZ BRAVO.

Redactor y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.



EL BUHONERO.

Muchas veces le habreis encontrado en los caminos con su fardo á cuestas, apoyado en un nudoso palo ó más bien garrote, desafiando al sol y á la lluvia. Humilde misionero de la industria, hace conocer sus maravillas en las mas ignoradas aldeas, en todos los caserios de la comarca que recorre.

Nuestras ciudades, en las que todo abunda, no sospechan los servicios que prestan esos infatigables viajeros, últimos eslabones de la cadena que une la civilizacion á la soledad. En los pueblos nacientes representa el buhonero un papel muy importante, porque es la alegria y la providencia de los solitarios colonos, que convierten la nueva tierra en una verdadera patria. Los Estados-Unidos, centro hoy de la actividad comercial americana, no han tenido por espacio de mucho tiempo otros abastecedores. Los buhoneros iban de plantacion en plantacion, ofreciendo sus mercancias, refiriendo noticias, y constituyéndose

en portadores de la correspondencia entre diversas familias. Eran pues unas tiendas ambulantes, gacetas y mensageros. El célebre ***Ferimore Cooper*** escribió una novela titulada ***El Espia***, y en ella puede verse cuál era el verdadero carácter de aquellos mercaderes nómadas durante el primer período de la colonizacion. El buhonero americano no era uno de esos hijos perdidos del comercio, que luchan con las humillaciones y la miseria, que esplotan la ignorancia, y en todas partes son recibidos con desprecio ó con desconfianza: era el peaton del comercio, con tanto orgullo como los mismos á quienes acudia, porque conocia su propia utilidad; bien acomodado, ya que no rico, merced á los beneficios de su honroso oficio, tenia entrada favorable aun entre los que nada podian comprarle, y se sentaba á la mesa de las familias mas decentes del pais.

Aunque la multitud de vias de comunicacion ha modificado mucho este estado de cosas, se encuentran todavía hácia el Oeste de la Union algunos buhoneros de los antiguos tiempos, que prosiguen su comercio con dignidad y honradez. En todo distintos de los nuestros, suelen caminar leyendo las escelentes obras que llevan de venta, y pueden recitar de memoria trozos de los poetas clásicos ingleses ó de los escritores religiosos de la Union.

En Inglaterra, aunque no se hallan á igual altura los mercaderes ambulantes, han conservado no obstante algunas costumbres de sus predecesores. En los condados ejercen verdadera influencia, y su llegada es siempre un acontecimiento doméstico. El pincel de Wilkie ha representado, en la lámina que acompaña á este artículo, una de las muchas escenas de familia relativas al asunto en cuestion.

El buhonero está sentado y ha hecho uso de todos los medios de seduccion imaginables: una tela floreada acaba de maravillar á las mugeres, que han acudido presurosas á presenciar la exhibicion. La tia, oculta en una sombra, levanta las manos con éstasis; de hinojos la criada, coloca la tela de modo que pueda convencerse de lo fuerte del tejido; la anciana, que todo lo examina con sus gafas, discute al parecer sobre el precio; pide rebaja, y el semblante del buhonero contesta: ***Imposible***.—La jóven nada dice; pero tiene la tela entre las manos, se vuelve hácia su marido y le pregunta con sus miradas; el niño, colocado detrás de la silla de este último, se inquieta y suplica: es el cómplice de su madre.

El jefe de la familia duda, medio se sonrie y fuma silencioso. Su mano, metida en el bolsillo, parece que tienta la bolsa, próxima á vaciarse. De su resolucion van á depender el contento ó la tristeza de las personas que le rodean. ¡Grave cuestion que apenas puede resolver su prudencia! Si consiente, ¡cuántos gastos! ¡cuántas murmuraciones entre los vecinos! ¡cuántas miradas en la misa del domingo! Pero si se niega, ¡qué trastorno doméstico! ¡cuántos dichos de la anciana abuela! ¡cuántas lágrimas acaso! El marido cederá al fin, no lo dudeis: cederá al deseo silencioso de la muger que le hace feliz, y á la impaciencia filial del niño; cederá sobre todo al impulso de su propia generosidad, y el buhonero, descansado ya y despues de refrescar, marchará de aquella casa con el fardo menos pesado y la bolsa mas repleta.

LAS TORRES DE OESTE (1).

En la confluencia de las tranquilas aguas del rio Ulla con las impetuosas olas de la ria de Arosa, se levantan las paredes desmanteladas de una antigua fortaleza. Son las torres de Oeste, palacio señorial y lóbrega prision de los prelados de Santiago. Son los escombros de un monumento que aun permanece en pié como el símbolo secular de la jurisdiccion temporal de la mitra compostelana. Sus engrietadas paredes y sus muros desportillados no justifican una apreciacion arqueológica. Sobre los cimientos elevados por el desmoronamiento de las cimbrias y cornisas, se ha construido una ermita como el huésped venerable de la soledad. El viajero no encuentra en este monumento la inscripcion del fundador ni el relieve del artista: altos paredones cubiertos de yedra y mellados por huecos impracticables donde anida el milano y descansa al mediodía la paloma silvestre, esplican las proporciones colosales de este lindero arquitectónico de una jurisdiccion. Entonces no se construian *faros:* se fabricaban *atalayas*. No era avisado el navegante de los peligros de la costa cantábrica: se le advertian los portazgos de concesion monárquica. El comercio marítimo estaba comprimido por los señoríos de mar y tierra.

El viajero que atraca su barca vacilante á las orillas pedregosas de las torres de Oeste, escalando la eminencia de este monumento como trepa el cazador una montaña rebuscando los criaderos de conejos, reconoce en una peña que adelanta sus cristalizaciones hácia las aguas azotadas de la ria, el engaste de la cadena de hierro que cerraba el paso á las embarcaciones de trasporte durante los tiempos bonancibles de la paz, ó las caravelas aventureras en los dias indecisos de la invasion normanda ó muslímica.

Las torres de Oeste son la única página arquitectónica que se conserva de la jurisdiccion temporal de la mitra de Santiago. Los castillos almenados, los palacios señoriales y las murallas dentadas han venido al suelo impelidas por el turbion de los siglos. La historia ya reemplaza á la arqueología. El anticuario busca en los archivos la esplicacion de las ruinas. Las torres de Oeste tambien pertenecen á los códices manuscritos y crónicas impresas.

Busquemos en la retirada biblioteca del erudito la historia de esta remota fortaleza.

Las irrupciones de los normandos (1) y árabes (2) que saltaban en tierra en las desiertas playas cantábricas, ó subian á las *montañas de los valles* (3) desde la frontera de Leon, talaban los campos y demolian los monumentos como conquistadores de un dogma reprobado. La guerra sostenida por la integridad provincial representaba el amparo de una ciudad y la defensa de un sepulcro. Los normandos y los árabes habian profanado la catedral de Santiago: la religion, que era entonces la nacionalidad, levantó en las gargantas de las sierras y en las embocaduras de los rios robustas fortalezas y palacios almenados. Las eminencias aisladas en medio de los valles, las agrestes sierras acumuladas en las vertientes de las montañas, y las dilatadas llanuras cuyos árboles movidos por el viento imitaban el lejano murmullo de un ejército acampado, habian abierto sus canteras para levantar las *torres señoriales*.

El sacerdote y el caballero levantaron á la vez esa línea de defensa irregular, simultánea y discrecional. Los privilegios y las cédulas no hicieron mas que rectificar estas adquisiciones de la guerra. Habian salvado la integridad de la religion, habian rechazado la invasion estranjera: de esta suerte robustecian el trono, que habia comenzado á ser una gloria militar, sobre el pavés donde se presentó Pelayo delante de los españoles marciales y aguerridos de Covadonga.

A esta época pertenece la fábrica de las torres de Oeste. Son la obra del sacerdote, como las torres de Altamira, Castroverde, Mesia, la Barreira y otras levantadas dentro y fuera de Galicia pertenecen al caballero. Origen de concesiones reales ó consolidacion de privilegios señoriales, representan un mismo principio: la integridad del culto, de la monarquía y del país. ***Mi Dios, mi rey y mi dama*** reasumen el espíritu caballeresco de estos remotos tiempos. Entonces el espíritu caballeresco era el espíritu público. Los caballeros decian ***mi dama*** en lugar de ***mi familia:*** revelaban el ***sentimiento íntimo*** bajo las formas puras y suaves de la esquisita ***galantería***.

Las torres de Oeste fueron construidas por los arzobispos de Santiago. La *Historia Compostellana*, lib. I, cap. II, al consignar la muerte de D. Greseorio ó Cresconio en la era ICVI, año 1068 de J-C., dentro de esta antigua fortaleza, establece su fundacion en las palabras siguientes: «Castellum Honesti quod ad defenssionem christianitatis construxerat (4).» La cronologia inédita de los prelados compostelanos refiere la continuacion de las torres de Oeste por D. Diego Pelaez, sucesor de D. Cresconio, de 1069 á 1079. «Fué elevado á la dignidad episcopal, asegura el mencionado manuscrito, por el rey D. Sancho II. Continuó la obra de las torres de Este ó castillo Honesto, y empezó la nueva fábrica de su iglesia catedral.»

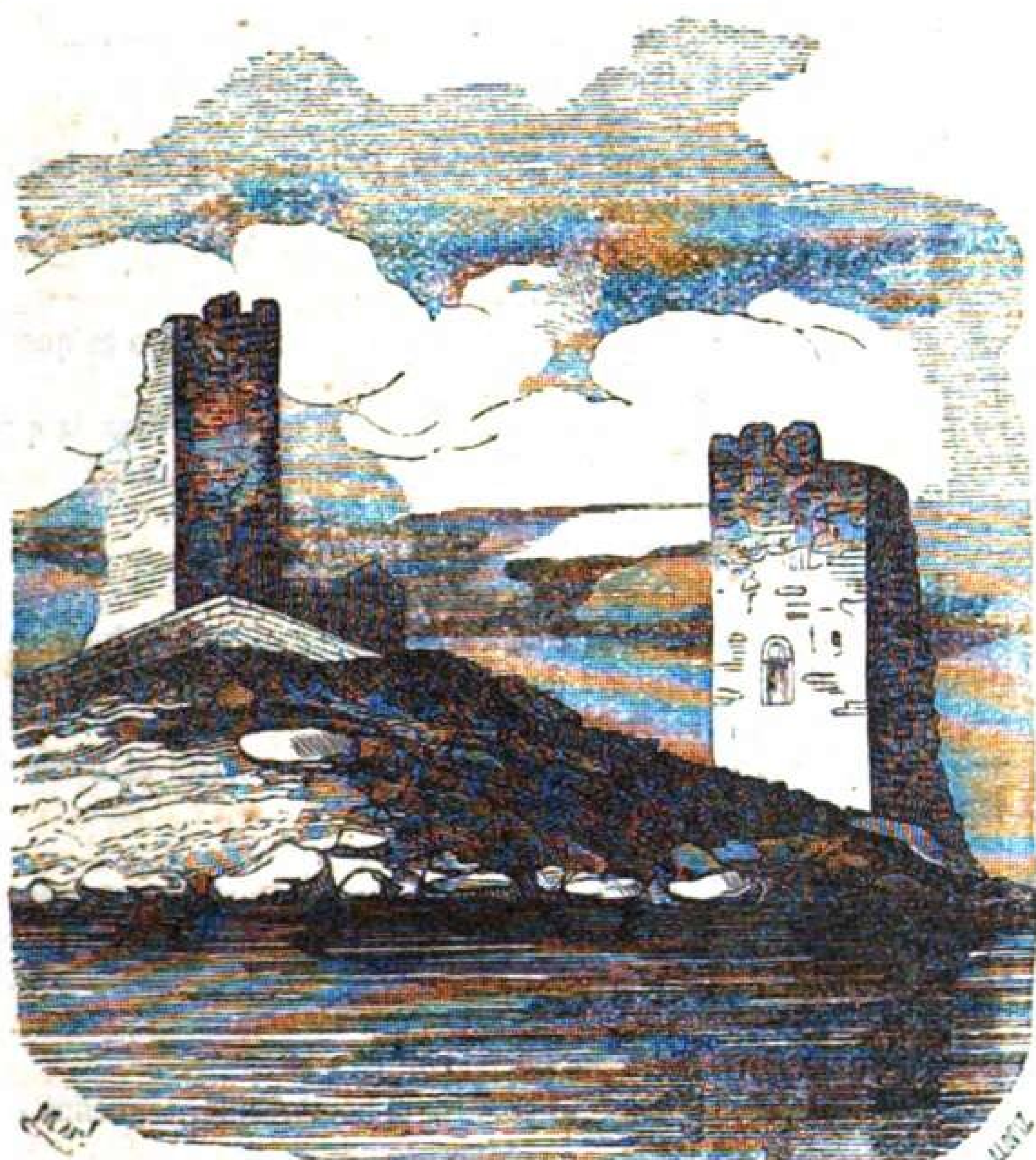
En el siglo XI se reforzaron los muros y se elevaron los cubos de

(1) Algunos historiadores antiguos y arqueólogos modernos hacen remontar el origen de este monumento á la dominacion romana en Galicia. La localidad que ocupaban las *Aras Sextianas* erigidas por el proconsul romano Sexto Apuleyo en honor de Augusto (año 727 de la fundacion de Roma), origina diversas y encontradas opiniones entre los escritores. PLINIO coloca este monumento cerca del rio Tambre (Galicia): *Superque Tamarici quorum in peninsula tres aræ sextianæ*—POMPONIO MELA menciona una torre dedicada al pacificador del mundo en la confluencia del rio Ulla y Sar (Galicia): *Sars juxta turrim Augusti titulo memorabilem*; y fija en Asturias las *Aras Sextianas* —VEREA Y AGUIAR (HIST. DE GALICIA), cree que las torres de Oeste, ó Este, como vulgarmente se dice, son las mismas *Aras Sextianas*, y que la mencionada por Pomponio Mela es la celebrada torre de Hércules de la Coruña—Hé aqui las palabras testuales de este laborioso escritor (*Investig. IX, pág.* 475 *y* 476): «Justamente á la misma orilla de la ria que va de Padron al Carril, y en una peninsula á la que se pasa desde el continente por una calzada, se conservan aun los restos de tres monumentos, distantes entre si pocos pasos, á los que se les da en el pais el nombre de torres do Este. ¿Quién no ve aqui una equivocacion de Mela, confundiendo las relaciones que le habian dado, y una señal cierta de que la torre de Hércules existia mucho antes que Trajano, por el dictado que le da de Augusto? Las Aras Sextianas no pudieron ser otras que dichas torres do Este desfiguradas; ya porque Mela las pone en una peninsula y solo se equivoca en el número, llevando allí la dicha torre de Hércules; ya porque Plinio terminantemente las da en Galicia en los Tamaricos, que estaban tan inmediatos al rio Sar; ya por el nombre do Este que aun les dan, y que parece el mismo de Sexto ó su eco, solo desgastado del tiempo, como el material y la forma de una medalla antigua.»

Nosotros aceptamos la dilucidacion histórica y arqueológica de esa edad del arte, que nos permitiremos llamar primitiva, para las construcciones sucesivas que utilizaron cuando mas las localidades populares ó ventajosas, ya para dar mayor prestigio á las obras públicas, ya para borrar completamente, y esta suposicion nos parece la mas valedera, las deificaciones mitológicas del imperio griego y romano. El verdadero origen de la fortaleza de los arzobispos de Santiago en la ria de Padron á Carril pertenece al siglo XI. La etimologia de *Sexto* por *Este* ú *Oeste*, sino es arbitraria tampoco tiene en cuenta la posicion cardinal de las torres que llevan este nombre.

(1) De 956 á 968, y de 1036 á 1068.
(2) De 985 á 995, y en 1004.
(3) En lenguaje oriental equivalia á *Galicia*.
(4) Edicion del P. FLOREZ, Esp. sagra., tom. XX. pág, 13.

esta fortaleza, levantada para defensa de la antigua jurisdiccion de Quinta y Cordeiro. El arzobispo Gelmirez, que no habia apartado su previsora mirada de las invasiones asoladoras de Almanzor y Mahomad; vigoroso para ensachar la unidad religiosa, enérgico para neutrulizar la preponderancia nobiliaria, lo que equivale á decir, la preponderancia militar; ávido de robustecer los miembros entumecidos de la jurisdiccion temporal, faustoso en la privanza, decisivo en el peligro, sereno en las revueltas, *político de resistencia*, al decir contemporáneo, restauró las torres de Oeste como el sello rodado del antiguo cartulario que llevaba el nombre de Galicia desde los tiempos primitivos de los celtas. La *Historia Compostellana* describe las reconstrucciones hechas en esta fortaleza de 1108 á 1120, no solo con la arrogante grandilocuencia de las crónicas oficiales, sino tambien con la ingenua apreciacion de las miras elevadas del prelado compostelano. «De propiis facultatibus—son sus palabras testuales—sic castrum Honesti murorum ædifitio, propugnáculis et turrium altitudine munivit, quod si forte tam Moabitæ quam Ismaelitæ se aliunde quoquo modo



(Las torres de Oeste.)

ad id Castrum applicarent, aut lapidibus et acutis sudibus desuper jactus abruerentur, aut á militibus qui ibi sul tranquillitatis custodia permanerent, captionis aut mortis periculo proculdubio urgerentur (1).» —Mas adelante añade: «Ex præcepto manique regis Ispani rustici á *Friacœstella* usque ad Oceanum mare conveinebat ad ædificandi muros Castelli nomem *Honesti*, qui sine calcis linimento constructi es minutis lapídibus tradibus interpositis ruinam assidue minabatur: verevantur nimirum Ispani ne Anglici vel Normavigenæ sive aliæ barbaræ gentes es hac parte navigio Gallæcian aggrederentur. Quippe Honestum quasi guædam clavis atque sigilum est Galiæciæ: quod si exteræ gentes hunc locum sibi præriperent, munitione ibidem composita Gallæcian invadere atque depopulari præ manibus haberent (2).»

A los esfuerzos previsores del arzobispo Gelmirez sucedieron las concesiones reales: equivalian á una recompensa. La jurisdiccion temporal correspondia al sostenedor de la intregridad religiosa y de la preponderancia monárquica. Los reyes de Castilla y Leon concedieron á la mitra compostelana el portazgo de los rios Ulla y Miño. Las torres de Oeste pasaron de fortaleza provincial á señorío privado. Eran el Palacio de la mitra compostelana: el *Castillo Honesto* donde el sacerdote alejaba los devaneos del caballero. No solo defendian una posicion estratégica, sino tambien una imposicion privilegiada. La cadena de hierro que cerraba la embocadura del rio Ulla en la ria de Arosa, señalaba un feudo civil reconocido por el comercio marítimo.

Las vicisitudes señoriales acaecidas desde el siglo XI hasta el XV concentraron en el Estado los privilegios nobiliarios y las temporalidades eclesiásticas. A los *portazgos* sucedieron las *matriculas de mar*. El comercio marítimo se agrupó por medio de los gremios, absorbiendo las prerogativas parciales en beneficio de la unidad monárquica.

Desde esta época las torres de Oeste perdieron su representacion señorial, depositando bajo sus húmedas bóvedas los deshechos pedazos de su cadena, y cegando sus prolongados fosos, ya inútiles para la defensa sostenida contra las agresiones de los conquistadores.

La ciencia militar se habia adelantado á sus barbacanas: la unidad monárquica habia inutilizado su privilegio temporal. Eran ya inútiles: solo alcanzaban á ser una comprobacion monumental de la historia política y civil de la edad media española. Conservaban la articulacion de una época remota, postrada por la falta de sangre vivificadora. Eran el esqueleto, no el ser viviente del siglo XII. El espíritu habia desaparecido: en las cuencas de sus muros ya no se reconocia la mirada imponente del guerrero.

A la parálisis sucedió la muerte. Llegaron las ruinas y los escombros.

Las torres de Oeste son en nuestros dias un monumento amortajado por los siglos. A la caida de la tarde, cuando el sol multiplica sus rayos tibios y melancólicos en las revueltas olas del mar, se asemejan á un inmenso sepulcro mal enterrado en las solitarias playas del Océano. La piedad cristiana colocó una cruz sobre esta tumba: construyó una capilla. La religion ha completado la alegoría.

Para el infortunio hay la plegaria de las generaciones venideras: despues de un naufragio, las rudas manos del marinero atan los dos pedazos de un remo abandonado, en forma de cruz, y la clavan entre las musgosas peñas de la costa.

Para este sepulcro monumental del siglo XII, la religion levantó una cruz de piedra.

Volvemos á decirlo: la piedad cristiana completó la alegoría representada por las torres de Oeste.

Diciembre 20, 1851.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

EL AVEJORRO.

(Conclusion.)

En situacion tan lastimosa se me ocurrió una idea, poco mas ó menos lastimosa que la situacion, y que formulé en un monólogo. «Aquí vamos, me dije, tres docenas, poco mas ó menos, de vivos, »acompañando á un solo muerto: y como los vivos nos encontramos en »estado tan lastimoso, y el muerto va muy descansado y cubierto, no »tendrá nada de particular que el pobre muerto se vaya riendo de los »vivos». Y como si yo hubiera sido el muerto, empecé á reir á carcajadas, con una risa tan histérica que me parece estarla escuchando y ahora mismo tiemblo de pavor. Y es buena gana de temblar, porque yo sé perfectamente que los muertos ni rien ni lloran, porque ni gozan ni padecen: yo sé que los muertos son unos señores muy tiesos y muy espetados, que ni piensan, ni sienten, ni consienten; como que han perdido el espíritu, y son unos pedazos de materia que nada tienen ya que ver con el delicioso mundo moral. *Continuando el susodicho Dios con la referida tormenta*, como decia cierto escribano en la relacion de un proceso, llegamos el muerto y los vivos al cementerio de San Isidro, que debia ser el fin del viaje del primero y un descanso de la peregrinacion de los segundos; y como encontramos algun abrigo, nos pareció aquel cementerio un verdadero paraíso.

Dejaron el féretro en el suelo, en tanto que los sepultureros acababan de ahondar la fosa, y el avejorro voló al punto desde el atahud á la lápida de un lujoso nicho. Yo seguí inmediatamente á mi guia, y lei sobre la negra lápida una inscripcion en letras de oro, que empezaba: *Aquí yace el Escmo señor D. J... S...*—Aquí yace, murmuré yo, un opulento capitalista á quien adulaban los ministros y los grandes, por que poseia una gran cantidad de oro, y el oro es la fuerza y la nobleza del siglo XIX. Este rico capitalista se burlaba de los grandes á quienes prestaba dinero; de los ministros á quienes facilitaba fondos; de los pequeños capitalistas á quienes vendia proteccion, y de los industriales á quienes esplotaba. Decia que las condecoraciones, los títulos y los honores eran despreciables oropeles; que el verdadero oro es el acuñado: y sin embargo cruzó su pecho con una banda, tomó un título de Castilla, que le asentaba como un apodo, y se hacia dar el escelencia. De este hombre vano y codicioso se burló la muerte. Sus riquezas pasaron á sus hijos, que procuran ocultar su humilde apellido bajo el pomposo título que llevan: *Vanitas vanitatum et omnia vanitas*.

El avejorro debió comprender que habia concluido mi monólogo, porque alzó su vuelo y fué á posarse sobre otra losa. Esta era blanca, y decian sus letras de oro: *Aquí yace la señorita Doña C de V.: falleció á los diez y seis años de edad.*

(1) Lib. I, cap. XXXIV, pág 74. (Edicion del P. Florez.)
(2) Lib. II, Cap. XXIII, pág. 303. (Edicion del P. Florez.)

—Aquí están guardadas, esclamé, mil bellísimas ilusiones que no han de desvanecerse jamás. Aquí han muerto en flor mil esperanzas seductoras. Aquí reposa la virginidad del pensamiento, mas pura que la de la carne... Pero no, no; bajo esta losa blanca y tersa estará un esqueleto repugnante, un polvo amarillento, un receptáculo de gusanos. Las bellísimas ilusiones, las seductoras esperanzas y el pensamiento virginal, se encuentran en el seno de Dios.

El avejorro me condujo á un monumento casi regio, ornado de escudos y coronas. En un tarjeton se leia: *Aquí yace el Excmo señor duque de... etc. etc. etc.*

—Aquí yace, murmuré yo muy bajo, como si temiera que me oyesen el mundo y el polvo de la urna, una gran ambicion compuesta de cien pequeñas ambiciones, que realizadas una á una, solo dejaban ver el inmenso vacío de las noventa y nueve restantes. El que aquí reposa tuvo honores, laureles, títulos, riquezas, poder, y siempre suspiró, cuando rico por mas honores, cuando poderoso por mas riquezas, cuando laureado por mas poder. Codiciando lo que le faltaba olvidaba lo que tenia, y estaba sediento entre dos rios y hambriento bajo los manzanos. Todos lo envidiaban, porque creian que poseia lo necesario para repartirlo entre todos y quedar contento; él envidiaba tambien á todos, porque lo que todos poseian dejaba incompleta su ambicion. Murió cuando mas esperaba y cuando todos mas le temian; respiraron los envidiosos, aunque no tomaron parte en su herencia; porque la envidia no es el deseo de poseer uno, sino de que otro no posea.

Desde el magnífico mausoleo pasó el avejorro á una lápida bastante elegante, cuya leyenda decia así: ***Aquí yace el señor D. P. de Q. Falleció el dia 18 de febrero de 1850, á la edad de veinticinco años. Su afligida esposa le consagra esta leve memoria de su cariño y su dolor.***

El avejorro se trasladó á otra lápida poco distante; en ella leí: ***Aquí yace la señora Doña C. M. Falleció el 15 de noviembre de 1850. Su afligido esposo la consagra esta memoria de dolor.***

El avejorro pasó á otro nicho; sobre su lápida leí: ***Aquí yace el señor D. R. de la Z. Falleció el dia 29 de marzo de 1851, á la edad de treinta y cinco años. Su afligida esposa le consagra esta memoria de cariño.***

Yo concluí la lectura del epitafio; pero el avejorro no se alejó como en las dos lápidas anteriores. Me llamó la atencion su inmobilidad, porque para mí tan insignificante era este epitafio como lo habian sido las dos anteriores; pues ninguno de los tres me daba motivo á reflexiones filosóficas. Sin embargo medité mas, y repasando mi memoria, recordé que la muger del segundo nicho habia sido sucesivamente esposa de los dos hombres enterrados en el primero y tercer nicho. Entonces comprendí la malicia de mi director; pues sin duda quiso probarme que el dolor y cariño de la afligida esposa habia durado menos de diez meses, y menos de cuatro el dolor del muy afligido consorte. ¡Quién podrá decir cuánto tiempo durará el cariño de la afligidísima viuda!

Prosiguió mi guia su camino, y fué á pararse sobre un nicho que no tenia lápida siquiera; pero sí un letrero que decia: *Aquí yace D. N. D. Falleció á los veinte años de edad, etc.*

—¡Muerto á los veinte años, me dije, y muerto sin fe ni esperanza! ¿Qué naturalezas son estas que tan fácilmente se aniquilan, ó qué sociedad es la nuestra que destruye tan velozmente?

Pero, ¡necio de mí! el avejorro no tuvo quedar un paso para indicarme el nicho de un viejo que habia muerto lleno de ilusiones. Creí al principio que este último habria sido muy feliz; pero mudé de opinion recordando unas preguntas que yo me habia dirigido en otro tiempo. ¿Qué seria del hombre si los dias pasaran, y las ilusiones no se fueran desvaneciendo, ó si murieran las ilusiones y no pasara un solo dia? Si los dias pasaran y las ilusiones permanecieran, se encontraria el hombre entre la impotencia y el deseo, sufriendo el suplicio de Tántalo; si murieran las ilusiones sin que pasara un solo dia, se encontraria el hombre entre la fuerza y el hastío, como un caballo entre el acicate y la brida. Cualquiera de estos dos estados seria insoportable; y si alguna vez piensa el hombre en ellos, debe bendecir á quien ha dispuesto que cada dia se lleve consigo una ilusion.

Debió persuadirse el avejorro de que iban siendo un poco largas mis reflexiones, porque dejó la lápida del viejo, y se dirigió á todo vuelo hácia el atahud que habiamos venido acompañando. Cuando llegamos acababan los sepultureros de poner corriente la fosa, y un hombrecillo de cincuenta y cinco á sesenta años aplicaba las llaves á las cerraduras del féretro. Como continuaba la lluvia, la mayor parte de los acompañantes estaban guarecidos de ella bajo los arcos y galerías, y solo nos encontramos en torno del cadáver los sepultureros, el hombrecillo, un par de curiosos, y yo, que deseaba vivamente ver el rostro inanimado y frio del nuevo huésped que iba á recibir el cementerio. Levantó por fin el hombrecillo la tapa del pobre atahud, y vi dentro de él una jóven vestida de blanco y coronada de rosas del mismo color. Sus ojos negros y rasgados se conservaban entreabiertos y parecian húmedos, como si acabara de llorar. Negros y abundantes cabellos cubrian sus sienes, y caian destrenzados sobre sus hombros y su pecho; y su lindo rostro, aunque estremamente pálido y anguloso, conservaba cierta frescura y morbidez. Sobre los pómulos de sus mejillas aparecian dos manchas lívidas, que debieron ser rojas poco antes, y que unidas á la completa demacracion del rostro, indicaban clarísimamente que aquella jóven habia muerto de esa enfermedad que consume casi enteramente la materia, conservando intacto y vegoso el espíritu, de esa enfermedad que la medicina llama *tisis*, y que puede llamar la filosofía esquisita sensibilidad. Sobre el corazon, y bajo la mano derecha de la muerta, se veia un cuaderno bastante abultado y manuscrito: el hombrecillo levantó, sin conmoverse lo mas mínimo, aquella mano helada, tomó el cuaderno, dejó caer de golpe la tapa del atahud, lo cerró, retiró las llaves, y lo entregó á los sepultureros que lo empujaron á la fosa. La tierra empezó á caer sobre el féretro, y pocos minutos despues unos cuantos ladrillos igualaron el pavimento, ocultando para siempre al mundo lo que habia dejado de existir.

Cuando se acabó esta faena, solo estábamos en el cementerio los dos sepultureros, el hombrecillo y yo, pues todos los acompañantes habian aprovechado un momento en que cesó la lluvia para volverse á sus hogares, y el avejorro ó se habia ido, ó se habia sepultado en la fosa. Como nada quedaba que hacer, el hombrecillo y yo nos dirigimos al mismo tiempo hácia la puerta por donde habiamos entrado una hora antes, y luego que atravesamos su dintel, nos inclinamos la cabeza en señal de mutua despedida. Pero sin duda el hombrecillo estaba aguijado por una viva curiosidad, porque parándose de repente, me dijo:

—Caballero: y V. perdone la pregunta, ¿conocia V. á esa pobre jóven que dejamos allí enterrada?

—No señor; respondí al hombrecillo.

—Pues dispense V. mi confianza.

—Nada tengo que perdonar; pero lo que sí parece seguro es que V. merecia toda su confianza.

—Sí señor, éramos vecinos, y aunque todos los de la casa la querian lo mismo que yo, como yo era el único hombre de letras...

—¿Es V. escritor público?

—Sí señor, soy memorialista.

—¿Y esa jóven depositó en V. su entera confianza?

—Sí por cierto. ¿Y qué habia de hacer la pobrecilla? Era huérfana, no tenia parientes, y no queria dejar perdido su único tesoro.

—¿Y era su único tesoro?...

—El manuscrito que ha traido sobre su corazon hasta el borde de la sepultura, y que yo guardo en mi bolsillo.

—¿Y qué debe V. hacer ahora con ese manuscrito?

—Debo entregarlo á cualquier literato conocido, que se comprometa á coordinarlo, corregirlo y publicarlo.

—Yo soy escritor, murmuré con cierto embarazo; porque la condicion de que el literato á quien se entregara el manuscrito debia ser conocido, me hacia dudar de mi idoneidad para el caso.

—¿Memorialista? me preguntó confuso el hombrecillo, temiendo encontrar un rival.

—No señor.

—¿Quiere V. decirme su nombre?

Le dije mi nombre; por casualidad le conocia, y convino en que yo era un literato conocido.

—Yo le entregaré á V. el manuscrito, me dijo; pero es necesario que V. me dé un recibo en forma, obligándose á publicarlo.

—Así lo haré, le respondí; y para que V. vea que no pienso dilatar mucho tan importante publicacion, diré á V. ahora mismo el título que pienso ponerla.

—¿Llevará por título la obra?...

—El tesoro de una muerta.

Al memorialista le pareció admirable é incitante el lúgubre título; me aseguró que tendria que hacer muchas ediciones de la obra, y me ofreció proporcionarme entre sus parroquianos mas de un centenar de suscritores. Le agradecí sus predicciones y sus productivas ofertas, y sin acordarnos del lodo, vinimos en conversacion hasta la puerta de mi casa. Subimos la pesada escalera, entramos en mi gabinete; tomé un plieguecillo de papel, escribí el contrato-recibo que me dictó el memorialista, se lo entregué, recibí el manuscrito, y nos despedimos con mil protestad de amistad.

Es muy fácil adivinar que tan luego como me hallé solo empecé á leer el manuscrito; pero la historia que encerraba no cabe en los límites de un artículo, y se publicará á su tiempo, segun lo ofrecí al memorialista.

Juan de Ariza.



DOÑA ANA URRUTIA DE URMENETA.

Entre las mugeres notables que ha producido modernamente la nacion española se cuenta la señora Doña Ana Urrutia de Urmeneta.

Nació en la ciudad de Cádiz el año de 1812, hija de los señores D. Tomás de Urrutia y de Doña Ana Garchitorena. Su hermano el señor D. Javier de Urrutia, muy conocido y nombrado por su talento y estudios en las bellas artes, le enseñó dibujo, perspectiva y pintura, logrando sacar en ella una aventajadísima discípula. En 26 de marzo del año de 1848 contrajo matrimonio con el señor D. Juan José de Urmeneta, entonces profesor de pintura y escultura, y director de la clases de esta en la Academia Gaditana de Nobles Artes. Mereció el título de Académica de mérito por la pintura histórica, en 9 de diciembre de 1846: honra que le dispensó aquella corporacion.

Despues de haber pintado varios cuadros notables, entre ellos un San Gerónimo de escuela holandesa, que regaló á la catedral de Cádiz; un San Francisco y un San Antonio, copias de Murillo; una Santa Filomena, original; la Resureccion de la carne, cuadro conocido por el del Juicio, de escuela flamenca, y otros, murió en su patria Cádiz, de resultas de unas viruelas malignas, el dia 5 de noviembre de 1850. Fué hija y esposa ejemplar, cariñosa hermana y amiga consecuente.

La Academia Provincial de Bellas Artes de Cádiz acordó por unanimidad colocar en la sala donde celebra sus sesiones el retrato de la señora Doña Ana Urrutia de Urmeneta, como perpetuo testimonio de honor á su memoria.

El dia 17 de agosto de 1851, en el acto de repartir la Academia á sus alumnos los premios que destina al mérito, pronunció D. Alfonso de Castro el siguiente discurso en elogio de la señora de Urrutia, y del jóven D. José Utrera y Cadenas, artista gaditano tambien, y no menos distinguido.

«Señores: En el acto solemne de distribuir hoy la Academia Provincial de Bellas Artes los premios á aquellos jóvenes que han manifestado mas felices disposiciones y mayor aprovechamiento en los estudios del último año, debo llamar la atencion, así de los discípulos, como de todas las demás personas que me honran escuchando mis palabras, hácia los dos retratos que se ven en el testero de esta sala, en que la Junta celebra sus sesiones. Uno y otro son de artistas que nacieron en la patria de los Balbos y de Columela, si diferentes en el sexo, iguales en la aficion y en el deseo de adquirir buena y justa fama por medio de los pinceles. Una de las obras de la artista ocupa un lugar preferente en la soberbia Basílica de Cádiz: una de las del artista adorna las paredes del suntuoso Alcázar de los reyes de Castilla. Ambos fueron tempranamente arrebatados de entre nosotros por el brazo de la muerte: ella en la flor de su edad: él en los albores de la primavera de su vida. Pudo apagarse la llama que alimentaba su existencia; pero inestinguibles vivirán sus obras en la memoria de los españoles mientras que Cádiz sea Cádiz, España España, y las artes no desaparezcan de la haz del suelo andaluz por la turbacion de los tiempos.



(Doña Ana Urrutia de Urmeneta.)

»Ni el sexo ni la edad tienen jurisdiccion alguna sobre el ingenio, cuando el ingenio no nace niño, sino gigante, no débil tórtola, sino águila caudal que osa remontarse á las nubes y mirar atrevidamente y sin rendir la vista los rayos del sol, cuando este en su mayor fuerza se acerca al zenit. Niño era y de trece años el gran Lope de Vega, y admiraba con sus comedias á España: niño era Murillo, y los rasgos de sus pinceles descubrian la antorcha vivaz que alumbraba su ingenio en la carrera de las artes, desterrando de su lado las nieblas de la ignorancia.

»Al ver las obras maestras que han producido el estudio y el deseo de gloria, no pregunten los mortales cuál fué la edad y cuál el sexo de los autores. No hay edades ni sexos para el talento: con el talento los escritos ó los cuadros de una muger pueden ser dignos de admiracion y de alabanza, lo mismo que las obras del mayor de los filósofos del Pórtico de Atenas ó las tablas del Zeuxis y de Timantes: con el talento pueden alcanzar honrosísima fama y hacer á su autor inmortal entre los hombres, los cuadros de un artista que apenas vea asomar en su rostro la flor que mas tarde ha de convertirse en espesa barba.

»Para responder de la verdad de mis palabras, ahí están los nombres

de dos artistas gaditanos: *la señora Doña Ana Urrutia de Urmeneta*, y *el señor D. José María de Utrera y Cadenas.*

»No es nuevo en España el hecho de que una muger, confiada en las fuerzas del ingenio, con ayuda de la constancia, y encendida en un vehementísimo amor de la gloria, rompa las coyundas con que el recelo de aparecer ante el vulgo ganosa de aventajarse á lo demás de su sexo, suele enfrenar los entendimientos femeniles, estorbándoles conseguir honrosos laureles, así por las artes como por las ciencias.

»En la historia de las letras de nuestra patria vemos, al llegar al siglo XVI, una dama burgalesa llamada Luisa Sigea, pasmo de Europa por su erudicion, ya en las divinas escrituras, ya en la humana filosofía, ya en las lenguas latina, griega, siriaca y hebrea, en tanto que los reyes de España y de Portugal, cuando ella asistia en sus cortes, le daban constantes muestras de admiracion y aprecio, y que el Pontífice Paulo III y los mas doctos varones que entonces habia en el suelo Itálico, solicitaban su correpondencia por cartas.

»Vemos á Doña Oliva Sabuco escribiendo casi en el mismo tiempo un tratado de fisolofía y materia médica, lleno de novedad en los pensamientos y de sabrosa y ejemplar doctrina.

»É igualmente recordamos á Doña Cristobalina Fernandez de Alarcon, y á otras muchas damas ilustres por sus virtudes, y bellas sobre toda flor, como la rosa de mayo, honrando á su patria con los acentos de la mas pura y regalada poesía, ó con las mas cuerdas y filosóficas razones, ó con los lienzos donde se retrataba á la naturaleza compitiendo con el arte para recreacion de los sentidos.

»*La señora Doña Ana Urrutia de Urmeneta* siguió tan notables ejemplos; y en su patria, la moderna Tiro, se distinguió por su aficion y por sus ensayos en el estudio de la pintura: porque á sus conocimientos en los grandes modelos acompañaba la felicidad, y á su buen ingenio una confianza en sus fuerzas, no ciega por el orgullo, ni encadenada por aquella modestia que postra los brios, sino por la que los alienta sin turbar la razon y sin apartarla de la senda por donde va el camino de la gloria.

»Estudió en las obras de Murillo, y copió los rasgos de tan divino maestro en varios lienzos: imitó á la escuela holandesa en un cuadro que se conserva en la catedral de Cádiz, y que retrata al gran padre de la Iglesia, San-Gerónimo, aquel caudaloso rio de elocuencia y aquel pozo inagotable de sabiduría: imitó tambien á la escuela flamenca en una terrible pintura, que de artista desconocido, aunque de valiente mano, existe en esta Academia, y representa el Juicio final del mundo, cuando al temeroso son de la trompeta del ángel del esterminio, se estremece la máquina del orbe, desquícianse los polos, se destierran las nubes que ocultan á los tiempos pasados, y el Dios de la justicia, abriendo las fuentes del cielo, aparece entre rayos de purísima lumbre para juzgar á los vivos y á los muertos.

»Alentada *la señora Doña Ana Urrutia de Urmeneta* por el aplauso de los que contemplaban el mérito de sus obras, y alentada ademas y regida por los sabios consejos de su esposo y de su hermano (personas de notorios conocimientos en la materia) (1), se disponia á colocar su nombre en la cumbre de la inmortalidad por medio de superiores trabajos, cuando la muerte previno sus intentos y atajó los pasos á su vida y á las obras que las artes españolas esperaban de su estudio y de su ingenio floreciente.

»Ya antes habian esperimentado esta igual pérdida en el jóven D. José María de Utrera y Cadenas, natural tambien de la ciudad de Cádiz y discípulo de su antigua Academia por espacio de tres años en las clases de dibujo.

»Deseoso de inmortalizar su nombre, y sintiéndose con sobrados alientos para emprender obras dignas de admiracion y eterna fama, quiso Utrera unir su memoria á la del mayor de entre los mayores héroes que en servicio de su patria sacrificaron su propia sangre, su libertad, sus haberes, su familia y sus amigos. Recorrió con el vuelo de su fantasía y alumbrado por la llama de su ingenio, el espacio de los tiempos que pasaron. La historia le señalaba con el dedo las hazañas de los grandes capitanes españoles en las sangrientas luchas que hubieron estos en nuestros campos, en nuestras sierras y en nuestros mares, con el valor cartaginés, con el valor latino y con el valor godo.

»Descubierto ante sus ojos el espeso velo que escondia los hechos de las antiguas edades, y desterradas las sombras y la confusion de la ignorancia y del olvido, vió Utrera á Pelayo blandir la espada y tremolar su estandarte regio para allegar á sí los restos infelices de la infelicísima rota del Guadalete, dando principio á la restauracion de España. Vió á los héroes que le siguieron en la empresa de desbandar las huestes de la media luna, humillando las cervices agarenas y convirtiendo sus pendones en alfombras y tapetes de los templos erigidos al Salvador del mundo.

»Vió tambien á los capitanes del César Cárlos V triunfantes en los campos de Italia, al pié del Capitolio, en las orillas del Elba, en los reinos, imperios y repúblicas de la vírgen América, y en las arenas desde donde la opulenta Cartago lanzaba contra Roma, su competidora en el dominio del orbe, los ejércitos de Hannon y de Anníbal. Vió cautivar á reyes, á pontífices y á magnates orgullosos, lo mismo en la trabajada Europa por las continuas disensiones, que sobre la laguna de Méjico: lo mismo á Francisco I de Francia, al pontífice Clemente VII y al duque de Sajonia, que á Montezuma y á Guatimozin. Siempre vió á los héroes españoles haciéndose inmortales sobre los muros de las ciudades, en las entrañas y gargantas de las sierras y sobre las llanuras del mar, desde el Oriente hasta el Occidente, desde el Septentrion hasta el Mediodía. En todos halló ejemplos de admiracion dignos de eternal renombre; porque en todos se descubrian el valor y la nobleza de la magnánima nacion española.

»Quiso pintar en un cuadro al mayor de los que en nuestra patria vencieron, y halló en D. Alonso Perez de Guzman, conocido por el Bueno, el que obtuvo mas señalada victoria, pues fué vencedor de sí desoyendo los gritos de la flaca naturaleza, y sacrificando la vida de su unigénito por no entregar á los enemigos de su Dios, de su rey y de su patria la bien cercada villa de Tarifa, fortaleza que encendia la codicia del poder sarraceno.

»De edad de veinte años se atrevió Utrera á emprender con soberano aliento lo que hasta entonces nadie habia emprendido. Temió, pero el temor huyó avergonzado ante la confianza de su osadía. Retrató al honrado caballero *Guzman el Bueno* en el acto de lanzar al campo del moro desde las almenas de Tarifa el puñal que habia de cortar las venas de su inocente hijo: á sus piés está la desventurada esposa pidiéndole que entregue la fortaleza al enemigo, los guerreros asombrados de la accion de su caudillo, y á lo lejos el real de los contrarios, y entre la morisma y el infante de Castilla, D. Juan, el tierno niño, el Isaac cristiano.

»La inmortalidad guió los pinceles de Utrera: su cuadro en la esposicion pública celebrada en la Academia de San Fernando, fué admirado por los mas ilustres de nuestros artistas: la voz de la fama se derramó por la nacion Española, y hasta subió al palacio de nuestros reyes anunciando el heredero de las glorias de Murillo y de Velazquez.

»Cuando acababa de lograr un alto laurel en la carrera de las artes, la muerte secó la flor de su juventud y abatió el vuelo del águila que habia osado remontarse á las nubes, contrastada por los vientos.

»El esfuerzo de ingenio para concebir en la imaginacion su obra maestra, y la fatiga que empleó para terminarla en brevísimo tiempo, destruyeron su lozanía.

»Castigó la enemiga fortuna su atrevimiento en subir en tan corta edad y con tan firme pié las gradas del templo de la gloria; pero el artista tuvo la satisfaccion de ver, aunque por pocos instantes, la corona que la justicia adjudicaba al triunfo de sus deseos. Así el gladiador romano, combatido por diversos contrarios, despues de vencerlos uno á uno, cubria sus sienes con el lauro de la victoria y espiraba al rigor de las crueles heridas. Así los cristianos paladines en sus luchas con los moros, entraban en el campo enemigo, y sin miedo de las flechas y de los dardos, arrebataban el regio estandarte, y despues de llevarlo á los suyos, lanzaban el postrimer suspiro en brazos de los que aplaudian su esfuerzo sobrehumano.

»Salió airoso de su empresa el jóven Utrera. No se elevó hasta el sol para ser otro Icaro despeñado en los abismos del mar; sino para ser otro Prometeo que arrebataba una antorcha al carro del astro (rey del dia), con el fin de animar con su divino fuego la estatua de Minerva.

»La obra de Utrera debió consumir, así por el pensamiento como por la ejecucion, el trabajo de toda la vida de un artista; y en efecto, sucedió lo que debia suceder. Quiso el jóven gaditano anticipar el curso de los tiempos: lo que el estudio y el talento habian de hacer en largos años, ejecutó en los abriles de su existencia, y su existencia terminó al terminar Utrera la obra de su vida.

»La Academia Provincial de Bellas Artes, deseosa de honrar la memoria de los artistas insignes de la ciudad de Cádiz, dispuso colocar en la sala donde celebra sus sesiones los retratos de la señora Doña Ana Urrutia de Urmeneta y del señor D. José María de Utrera y Cadenas.

»¡Ojalá que el recuerdo de sus obras y la gloria de sus nombres despierten los ánimos de la juventud gaditana para seguir los pasos de estos ilustres compatricios en la carrera de las artes! ¡Y ojalá que por medio de su constancia y estudio, favorecidos de la luz del ingenio, semejante á la del sol, que no perece ni se amengua con el curso de las edades, contribuyan á la mayor honra de su patria y á la gloria de las artes españolas, salvando del olvido sus nombres, y dilatando su fama por todas las naciones cultas del universo! ¡Dichoso quien al decir su último adios al mundo, no deja escrito su nombre en las páginas de la historia con letras de sangre, sino con letras de oro, salpicadas por las lágrimas de los que admiraron su ingenio y sus virtudes, para orgullo de su patria y para bien de sus hermanos!»

(1) Tengo una especial satisfaccion en dar esta muestra pública de aprecio á mis dos compañeros en la Academia Provincial de Bellas Artes Gaditana, los señores D. Juan José de Urmeneta y D. Javier de Urrutia.

LOS RELOJES.

En esta época en que apenas se fija la atencion mas que en ese admirable descubrimiento de cuya fuerza nos servimos para trasladarnos de un estremo á otro del globo con la rapidez del rayo; ahora que solo se atiende á las empresas positivas y que producen mayores beneficios; mas se aprecian las invenciones antiguas, que á fuerza de haberse generalizado han dejado de causarnos admiracion. De otro modo no dejariamos de contemplar con religioso entusiasmo los relojes, esas máquinas que llevan en sí la resolucion de un gran problema, y que han llegado á constituir una de las necesidades de la vida. Imposible pareceria que la distribucion exacta del tiempo, la regulacion fija é invariable de las horas que forman el dia, pudiera hacerse por medio de unas ruedas que caminan en opuesta direccion, y cuya marcha puede arreglarse con la mayor facilidad; y es sumamente sensible que no haya podido averiguarse quiénes fueron los que prestaron tan importante servicio á la especie humana, para que se esculpieran sus nombres en el bronce y aun se grabaran en la memoria. Hemos hecho bastantes investigaciones acerca de este asunto; pero no hemos obtenido otro resultado que el que consignamos en esta reseña ó ligera historia de este invento.

Desde los primeros tiempos conocieron los hombres la precision que tenian de una norma fija y constante que les facilitara el conocimiento del tiempo que debian dedicarse al trabajo, el que bastaba para el descanso, y el que habian de destinar á las restantes ocupaciones. Como entonces las artes estaban en su infancia, no podian recurrir á ellas para proporcionarse lo que con tanto anhelo deseaban, y se fijaron en lo que mas vivamente habia herido su imaginacion, que eran los astros, y de aquí provino que los primeros relojes fueran los de sol, llamados tambien cuadrantes, guomones y sciothericos. Mucho se dudó en lo antiguo á quién se debia adjudicar la gloria de esta invencion. Laercio y Suida la atribuyen á Anaximandro, que murió el año 3437 de la creacion del mundo, y Plinio la da á Anaximenes, discípulo de Anaximandro. Los egipcios y babilonios disputaron por apropiársela, y otros varios la fueron señalando en diversos tiempos. Con tal variedad de opiniones no podemos acertar de una manera positiva cuándo se empezaron á usar; pero en lo que no cabe duda es que se conocian antes del año 3291, porque vemos en *La Biblia*, lib. IV. *Regum*, cap. xx, que estando enfermo el rey Ecechias, hizo el profeta Isaias que retrocediese diez líneas la sombra en el reloj de Achaz, en señal de que convaleceria.

Algun tiempo despues se introdujo tambien el medir el tiempo á piés, ó lo que es lo mismo, sobre la sombra de su cuerpo, de lo cual hallamos noticia en los doce libros de *Re rústica* de Paladio, que vivia en el siglo segundo, y que pone la sombra del sol medida á pies en todas las horas del dia de cada mes. Este modo de contar las horas era sumamente gracioso, y se prestaria ahora á algunos *quid proquos*, pues se decia voy á comer á tal pié, me acuesto á tantos piés.

Ambos á dos métodos eran sumamente imperfectos, porque necesitaban como primer agente ó único movil la presencia del sol; pero cuando este desaparecia quedaban envueltos en la oscuridad que cubria á la tierra. Fué preciso buscar otro impulso perenne y constante, y cuya ausencia no pudiera temerse con facilidad, y no se halló ninguno mas á propósito que el agua, que encerrada en un vaso con un caño estrecho en que se practicaba una pequeña abertura, destilaba gota á gota, hasta completar el número de las horas. Este género de relojes le introdujo en Roma, el año 595 de su fundacion, Scipion Nasica: y mas adelante, en 613, le perfeccionó Clesibio construyendo una verdadera máquina hidráulica.

Esta clase se denominó clepsydra, y de ella se servian los griegos y romanos para medir el tiempo que debian durar las causas, para lo cual distribuian tres porciones, una para el acusador, otra para el acusado y la tercera para el juez. Cada clepsydra componia una hora, segun parece por lo que dice Marcial, lib. VIII, Epig. vii. En la lectura de los procesos y leyes no corria el agua, y esto era: *Aquam sustinere*, segun se lee en los autores de aquella época.

Los de arena cuentan tambien muchos siglos de antigüedad; pero no es fácil señalar ni sus inventores, ni la época de su introduccion. Estos se usaban con preferencia en los monasterios, y por la noche estaba á cargo de dos religiosos el cuidado de observarlos para que no se parasen.

Llegamos ya á la perfeccion del arte: vemos la invencion en toda su latitud prestándonos el servicio que necesitábamos, sin que sea preciso auxiliarla sino efímera y ligeramente: tocamos en fin la época de los relojes de rueda, cuyo autor por desgracia se ignora. En sentir de algunos pertenecen á tiempos remotos, pues aseguran que fueron de esta clase los que tenian Boccio, Gilberto, el Papa Paulo II, y el que regaló á Carlo-Magno el califa Aaron Baschil hácia el año 807.

Parecia en vista de esto que se habia llegado al complemento y que no se podia dar un paso mas; pero todavía nos estaba reservado otro nuevo asombro. Walindorf, monje benedictino inglés, que murió en 1325, viendo que no todas las clases podian disfrutar de este beneficio porque era sumamente costoso el poderse aprovechar de él, discurrió el generalizarlo y hacerlo público, y planteó con éxito los relojes de torre con campana. Algunos atribuyen esta invencion á Santiago Don Dionís, natural de Padua, célebre astrónomo, médico y matemático; pero este no hizo mas que perfeccionarla, pero de un modo admirable, pues en 1344 colocó en la torre del palacio de aquella ciudad un reloj compuesto de una multitud de piezas y ruedas movidas por una sola pesa, y señalaba todas las horas, y además el curso del sol y de los planetas. Este prodigio y esta maravilla del arte atrajo á Padua una inmensa concurrencia, porque los sabios de toda Europa venian á admirar aquella obra tan perfecta, el reflejo vivo de las revoluciones celestes, aquel profeta automático, por decirlo así, y lo contemplaban con el mismo religioso entusiasmo que los que han mirado la realizacion del último eclipse en el reloj colocado este año en la catedral de Strasburgo, y cuyo autor fué aplaudido con frenesí, como si su obra fuera enteramente nueva. Como era natural, se escitó la curiosidad de los relojeros de las demás naciones, y en breve se hicieron todas ellas con relojes de las últimas modas ó de los mas modernos.

Al llegar á este punto no podemos menos de combatir una equivocacion en que incurrió el P. Mariana en la *Historia de España*, pues afirma en el cap. x del libro XIX, que el primer reloj de esta clase que se vió en España fué el de Sevilla, que se colocó en la torre de la iglesia Mayor en julio de 1400, en presencia de Enrique III y toda su corte, siendo así que en aquella época ya eran conocidos en la Península. En una cédula que despacharon Cárlos III de Navarra y su muger Doña Leonor en Olit á 20 de diciembre de 1390, mandan á su tesorero García Lopez de Lizasoains, «pagues á Juan de Zalva por un paino de Jengeaux, por los tres forreros de nuestra cambra, *et el mozo de nuestro relose*, XXXV libras.» Por otra librada el último dia de abril de 1399, manda á las gentes de sus contos rebajen á Juan Casitat, su tesorero, VIII libras que habia dado á Tierri su relojero. Además entre los papeles que los duques de Alburquerque tienen en el palacio de su villa de Cuellar, están las cuentas que se tomaron á Alvar Perez por lo respectivo al año 1395, y una de las partidas de data ó descargo es *A Ximon el Ferrero, por el martillo del reló dos reales.* De manera que debieron introducirse poco despues que se puso el de Padua, y nos afirmamos tanto mas en esta opinion, cuanto que todavía tenemos una prueba viva de esto mismo, que es el reloj de la catedral de Leon, que en la esfera colocada en el interior de la iglesia, tiene un cielo con los dos astros luminares, y la luna que allí aparece sufre las mismas alteraciones que la que vemos brillar en la bóveda celeste.

Despues de esta época no ha habido variaciones esenciales en el arte, pues aunque se ha dado á los relojes distintas y variadas formas, aunque se han construido de mayor ó menor latitud y de menos tamaño, aumentando ó disminuyéndose las ruedas, puede considerarse todo esto como perfeccionamiento de la primitiva invencion, y no como otra nueva, puesto que siempre se ha girado sobre la base de aquella

J. F. LL.

SONETO.

No envidies, no, los ojos que atrevidos
La paz del corazon roban arteros,
Y que ya miren dulces ó altaneros
Solo tienen poder en los sentidos:
Ni los ojos codicies que encendidos
En lascivo furor, lazos certeros
Tienden á la virtud de los primeros
Que encuentran por su mal desprevenidos:
Que los tuyos, celeste criatura,
Serenos como el mar cuando está en calma,
Brillantes como el mar en la alta esfera,
Son un timbre mejor á tu hermosura;
La pureza revelan de tu alma,
La quietud santa que en el pecho impera.

L. PEREZ DE ACEVEDO.

EL TIGRE Y LA ZORRA.

LEYENDA TRADICIONAL.

CAPITULO V.

RUIDOS POPULARES.

Al pié de la misma casa
y á poco mas de las nueve,
turba plebeya y curiosa
se agita confusamente.
Dividida en grupos varios,
comenta, escucha y refiere
del suceso de aquel dia
las versiones diferentes;
y sin duda no es el lance
de la mas vulgar especie,
pues tanto su narracion
le interesa y le suspende.
Si en la region de la duda
flotar mas tiempo no quieres,
mézclate lector conmigo
entre esos grupos, y atiende
los rumores que circulan
entre la agitada plebe.
—¿Con que le viste?—
—Lo mismo
que te estoy viendo, Gil Perez,
bañado en sangre y cosido
á puñaladas el vientre.
—¡Mientes!—esclamó una vieja,
al que así habló dirigiéndose;—
yo le vi esta misma noche
por los espacios cernerse
llevado en ancas del diablo.
—Calle la bruja.—
—¡Insolente!
¡Cuando digo que lo he visto!
—Fuera de aquí.—
—Son chocheces.
—¿Mas no se dice la causa
de tan estraño accidente?
—Bien clara está: prolongar
la ejecucion del Maestre.
—No debe el rey consentirlo.
—¡Es una infamia!—
—No siempre
se han de salir con la suya
esos nobles.—
—Se protegen
entre sí; pronto vereis
cómo burlando á la plebe
consiguen que al fin se libre
Don Alvaro de la muerte.
—¡Degollar á un grande! ¡cáspita!
¡sucede tan pocas veces!
—¡Y yo que tengo en la plaza
sitio desde donde verle!
—Irá gallardo.—
—No tal.
—Si tal.—
—No se desesperen,
que no irá de ningun modo
faltando quien le degüelle.
—Castrillo ha dejado un hijo
que tiene edad suficiente
para reemplazarle.—
—Justo.
—¿Mas no sabeis que hace dengues
al oficio?—
—Nada importa.
—La ley le obliga á ejercerle.
—¡Qué lástima! ¡es tan galan!—
Este arranque inconveniente
de una jóven que escuchaba
confundida entre la plebe,
con silbidos y con pullas
se acogió unánimemente.
Avergonzada la moza
logró en salvacion ponerse,
y otra vez volvió la turba
mas compacta y mas solemne,
á ocuparse del asunto
que tanto interés le ofrece.—
—Amigos,—con voz robusta
gritó un cortador de siete
piés de estatura y de formas
atléticas—me parece
que se pierde el tiempo: en tanto
que gritais como mugeres,
se pone en salvo el rapaz,
y no habrá quien dé la muerte
al Condestable.—
—No, no:—
bramó la turba.—¡A prenderle!
—Sepamos si está en la casa.—
—Que salga.—
—Que se presente!—
Y cual de resorte oculto
movido el grupo rebelde,
á la puerta de Castrillo
se arrojó impetuosamente.
Esta se abrió al tiempo mismo
y apareció en sus dinteles
con la faz desencajada
un mancebo casi imberbe.
—¡Ahí está!—
—¡Quiere escaparse!—
gritó la canalla al verle.
Con desesperada angustia,
como fiera á quien se tiene
acorralada, y un flanco
busca por donde meterse,
tendió el jóven la mirada
á su alrededor, y al verse
cercado por todas partes
de la alborotada plebe,
sobre ella airado se arroja
y abrirse paso pretende;
mas de aquel supremo esfuerzo
rendido, cual masa inerte
cayó en tierra el desgraciado.
La multitud se disuelve
al ver entrar por la calle
una legion de corchetes,
y contemplando la escena,
la tradicion nos refiere
que el buen compadre Garduña
rió silenciosamente.

(*Continuará.*)

CEFERINO SUAREZ BRAVO.

JEROGLIFICO.



Redactor y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.



EL ARRIERO.

El Arriero, ó muletero, pues así tambien se llama desde que Gil Blas de Santillana anduvo por el mundo, es acaso el único español que en España se pasea con guitarra en mano. La edad de oro de las serenatas bajo los balcones pasó hace muchos años, para dejarnos un recuerdo en las escenas dramáticas de este género, que tambien va pasando. Fígaro y Almaviva no existen ya. Solo el Arriero, que recorre el pais por caminos pedregosos y veredas solitarias, conserva para distraer su fastidio la costumbre de su indolente y gutural melopea, acompañada de los sonidos simultáneos de seis cuerdas ó de doce. Medio echado sobre el macho, como lo representa nuestro grabado, que es un recuerdo de *Sierra-Nevada*, ya suba, ya baje una cuesta, entona sus rondeñas y jotas, entre el rasgueado de su nacional instrumento, y así dirige una copla á la moza de la última posada en que ha hecho noche, como veinte ternos y votos á la cabalgadura, que tropieza á cada paso con los pedernales del camino.

Ya hemos dicho que nuestro grabado es un cuadro de Sierra-Nevada. La pendiente es tan rápida y resbaladiza, que los machos y los que los guian están á pique de rodar hasta el abismo. Los animales van sueltos, es decir, caminan al paso que les place, y de este modo guian al Arriero y al mozo: por otra parte, están tan acostumbrados al camino, que saben perfectamente los sitios mas seguros, y á ellos se dirigen, sin que nada baste á alejarlos de su propósito, porque los machos son voluntariosos y testarudos. Lo mejor es dejarlos obrar á su antojo, y así se saldrá con bien de tan terrible precipicio.

Algunas veces abusan los machos y las mulas de sus servicios, porque conocen lo necesarios que son en las revueltas de la sierra,

donde ningun otro cuadrúpedo puede ser de utilidad alguna. Se ven algunas veces por ella algunos caballos andaluces, pero siempre los montan estranjeros, que no han llegado á comprender la seguridad de las mulas y los machos.

Sea de esto lo que quiera, nuestro grupo representa á un mozo de mulas, que alegremente canta, cuesta abajo, semi-atravesado en un macho, y sirve de guia á un arriero encargado de conducir á una hermosa viajera. El contraste de la fisonomía del primero con la de esta última no puede espresarse con mas verdad: aquel canta, seguro de salir del precipicio con toda felicidad y de librarse de los ladrones con el auxilio de las balas de la escopeta; la viajera tiembla al examinar el horrible cuadro que la naturaleza presenta á sus fascinados ojos, y se encomienda á Dios, creyendo que cada paso de la cabalgadura va á precipitarla á un abismo inconmensurable. El Arriero, hombre grave, prudente y sereno, sobre cuyo hombro se apoya, la tranquiliza, refiriéndole las veces que ha pasado por allí sin contratiempo.

Los estranjeros creen estar en la Siberia cuando atraviesan la Sierra-Nevada, desde la cual pueden divisar el Africa, sin salir de la region mas cálida de nuestra Península.

El *Mulhacen* y el *Picacho de la Veleta* son los dos picos mas altos de la sierra, y el primero se halla tan elevado como el famoso de Tenerife.

CHISTES DE QUEVEDO

ESTRACTADOS DE SUS OBRAS POÉTICAS.

El talento epigramático de Quevedo es tan popular en España, que su nombre viene á ser el símbolo de la gracia y donosura. Y como si no bastaran los innumerables chistes que á cada página y á cada verso brotan de su festiva pluma, no hay dicho agudo, no hay rasgo epigramático ó malicioso que no se le aplique por la opinion popular. Interminable y enojosa seria la tarea del que pretendiera reunir en un volúmen todos los cuentos, todas las anécdotas, todos los dichos, escritos, improvisaciones y hasta libelos que hace dos siglos y medio corren vulgarmente por cuenta de Quevedo, y van mezclados con la verdad conocida de su vida agitada, de sus intrigas políticas, de sus persecuciones y desdichas.—Personaje de calidad en la corte esplendorosa de un rey poeta y disipado, enemigo personal y encarnizado de un valido omnipotente, dotado de talento inmenso, de arrogancia suma y de una travesura sin igual, sus trabajos y comisiones diplomáticas, sus escritos, sus dichos y hechos, hasta la mas mínima de las acciones de su vida entera, jugaron en la política de su tiempo, y reflejaron propiamente la opinion de su siglo, la fisonomía especial de aquella sociedad.—Prescindiendo ahora de sus escritos graves (en los cuales, sin embargo, hay que admirar su genio superior), y teniendo solo en cuenta sus obras festivas, ¿quién pudo igualarle entonces ni le ha igualado despues en ser el eco malicioso y picante de una sociedad estragada por los placeres y por la vida sensual? ¿Quién como él supo robar á la plebe sus caractéres, sus ideas, sus intenciones, y hasta su vocabulario de convencion, para revestir el todo con las gracias y el donaire de la poesía popular? ¿Quién acertó á llevar tan allá la desenfadada pintura de los vicios cortesanos, de la falta de probidad social? ¿Quién halló colores en su paleta para retratar con mas propiedad á los intrigantes políticos, los aduladores palaciegos, las almas venales y corrompidas, los tahures, los estafadores, los petardistas, los maridos ciegos, las mugeres despiertas, la liviandad gitanesca, los modales y el lenguaje, en fin, de las cárceles y galeras?—Pero todo esto, ¡con qué gracia! con qué travesura! con qué palpitante verdad! Cierto que solamente á un autor tan eminente, dotado de sus altas cualidades distintivas, pudiera en verdad perdonarse el atrevimiento de tales pinturas, la exhibicion de tan repugnantes originales. Pero sin meternos ahora en la filosófica cuestion de si Quevedo hizo en ello un uso mas ó menos útil y provechoso de su genio inmenso, y aun concediendo acaso que el resultado difinitivo redundase en pró de los mismos vicios que afectaba combatir, le consideramos solo bajo el aspecto poético y literario, y como tal hemos procurado siempre estudiarle, confesando francamente que nuestra admiracion hácia el escritor, nos ha hecho olvidar hasta los vicios del moralista; que el Quevedo poeta, ha hecho siempre desaparecer á nuestros ojos al Quevedo malicioso y audaz. Y tambien confesamos que si algun chiste ha podido escaparse de nuestra pluma, á la lectura y al estudio de Quevedo y de Cervantes se lo debemos; á la reminiscencia de sus obras inmortales, de su genio original y de su estilo encantador. Y en prueba de nuestra simpatía hácia aquellos dos colosales talentos, pudiéramos repetir de memoria sus escritos principales, y solo de Quevedo hubo momento en que quisimos estractar un libro entero de chistes y dichos agudos; pero nos convencimos luego de que para ello teniamos necesidad de reimprimir sus obras completas. Sin embargo, la memoria fiel y entusiasta ha conservado algunos de aquellos rasgos admirables, los cuales sin necesidad de abrir para ello libro alguno, reproducimos aquí *calamo currente*, creyendo en ello hacer un verdadero presente á los lectores.

R. DE M. ROMANOS.

CHISTES DE QUEVEDO.

Si va á decir la verdad
de nadie se me da nada;
que el ánima apicarada
me ha dado esta libertad.

Mejor es, si se repara,
para ser gran caballero,
el ser ladron de dinero
que ser Ladron de Guevara.

Pícaros hay con ventura
(de los que conozco yo)
y pícaros hay que no.

El signo del escribano,
dice un astrólogo inglés
que signo de cáncer es,
que come á todo cristiano.

Oyente, si tú me ayudas
con tu malicia y tu risa,
verdades diré en camisa
poco menos que desnudas.

Sola me dió una muger
y esa me dió en que entender.

Vuela, pensamiento, y diles
á los ojos que mas quiero,
que hay dinero!

Solamente un dar me agrada,
que es el dar en no dar nada.

Si quereis alma, Leonor,
daros el alma confio.
—¡Jesus, y que desvario!
dinero será mejor.

Si te han de dar mas azotes
sobre los que estan atrás,
estarán unos sobre otros
ó se habrán de hacer allá.

Los hombres y las mugeres
se truecan ya taz á taz,
y si les dan algo encima
no es moneda lo que dan.

No da nadie sino á censo,
y todas queremos mas.
para galan un pagano
que un cristiano sin pagar.

Todo se sabe, Lampuga,
que ha dado en chismoso el diablo,
y entre jayanes y marcas
nunca ha habido secretario.

A soplos como candil
murió el malaventurado;
porque se halló cierta joya
antes de perderla el amo.

Con nombre de Valdemoro,
vende por azumbres charcos;
ranas, en vez de mosquitos
suelen nadar en los vasos.

Hiza, todos somos hombres,
nadie se puede espantar

ni de que azote el verdugo
ni de que apare el rufian.

—

Con azotes ó sin ellos
se sabe mi calidad;
cien mientes te envio en blanco
para quien hablare mal.

—

Queman por hacer moneda
á quien no supo heredar,
y á quien la hereda y deshace
no le han quemado jamás.

—

Gorgeando yo en la cuna
me temblaban los ratones,
y en oyéndome, se daban
á los demonios los gozques.

—

Entrábamos yo y el fresco
por las ventanas de noche;
él á guardarles el sueño,
yo á guardarles los calzones.

—

Me lloraron soga á soga
con inmensa propiedad,
porque llorar hilo á hilo
es muy delgado llorar.

—

Mas volviendo á los amigos,
todos barridos estan;
los mas se fueron en uvas
y los menos en agraz.

—

Séquito llevan de danza,
en puros pícaros hierven,
por una y por otra parte
van amigos y parientes.

—

Manzorro cogió dos capas,
una vaina y un machete;
que desde niño se halla
lo que á ninguno se pierde.

—

A quien me llama liviana
la desmienten cinco arrobas
que peso: tómeme á cuestas
el que me cuenta por onzas.

—

Acuérdate que en Sevilla
en casa de un veinticuatro,
sin licencia de su dueño
se salió tras ti un caballo.

—

Bien empleados dos reales,
aunque los debo á mi cena,
pues llevo en este cogote
sol que vender á Noruega.

—

A niños de la doctrina
no pienso pagar la solfa;
música que no he deoilla,
que la pague quien la oiga.

—

El dinero del judio
y el dinero del señor,
todos prueban de la bolsa,
todos de un linaje son.

—

Moneda que no se toma
es la moneda peor:
poco dinero es dinero,
un real con otro son dos.

—

No titularás en vano
es mandamiento mayor:
mas vale doblon picaño
que príncipe sin doblon.

—

De la carretería
el baile es este,
camino carretero
fué darlas siempre.
Dale, muchacho,
que con darle camina
todo ganado.

—

Ángulo agudo es tomar,
no tomar, ángulo bestia:
quien viene dando, á mi casa
se viene por línea recta.

—

Aguardar es de prudentes
y guardar es de discretas;
la herida de conclusion
es la de la faltriquera.

—

Muy atusado de barbas,
muy único de camisa,
para el bodegon, Escoto,
para la estafa, Tomista.

—

Uva, si quieres subir
á la cabeza despues,
hante de pisar los piés,
que no hay medrar sin sufrir.

—

Todo hombre es concebido
en cosquilla original,
quien no la tiene en los lados
la tiene en el espaldar.

—

El que cumple lo que manda,
anda, anda, anda, anda.
Quien de ordinario socorre,
corre, corre, corre, corre.
El que regala y no zela,
vuela, vuela, vuela, vuela.
Quien guarda, zela y enfada,
nada, nada, nada, nada.

—

Acuéstanse lampreas,
sirenas se levantan,
son mero en el estrado,
son mielgas en la cama.

—

El rico es el bonito,
el pobre es la pescada,
las truchas son las hijas,
las madres son las zarpas.

—

Los amores, mi madre,
son como huevos,
los pasados por agua
son los mas tiernos.

—

El dote de palabra
y las calzas de obra;
de contado la suegra
y en relacion las joyas.

SONETOS.

Dícenme, Don Gerónimo, que dices
Que me pones los cuernos con Teresa,
Yo digo que me pones cama y mesa
Y en la mesa capones y perdices, etc.

—

Erase un hombre á una nariz pegado, etc.

—

Si eres campana, ¿dónde está el badajo, etc?

—

Fué mas larga que paga de tramposo, etc.

—

Pelo fué aquí en donde calavero, etc.

—

La vida empieza en lágrimas y caca, etc.

DIDO Á ENEAS.

Aquí llegaste de uno en otro escollo,
Bribon troyano, muerto de hambre y frio,

Y tan preciado de llamarte *pio*
Que al principio pensaba que eras pollo.

—

La que no se ha gozado nunca es fea;
Lo diferente me la vuelve hermosa:
Mi voluntad de todas es golosa;
cuántas mugeres hay, son mi tarea.

—

Quitarnos el dolor quitando el diente
Es quitar el dolor de la cabeza
Quitando la cabeza que le siente.

—

Mal oficio es mentir, pero abrigado:
Esto tiene de sastre la mentira
Que viste al que la dice, y aun si aspira
A puesto el mentiroso es bien premiado.

—

Pecosa en las costumbres y la cara
Podeis entre los jaspes ser hermosa.

—

Hace tu rostro herejes mis despojos:
—No es mi rostro Calvino ni Lutero:
—Tus ojos matan todo el mundo entero
—Eso es llamar doctores á mis ojos, etc.

—

Mi pobreza me sirve de Galeno, etc.

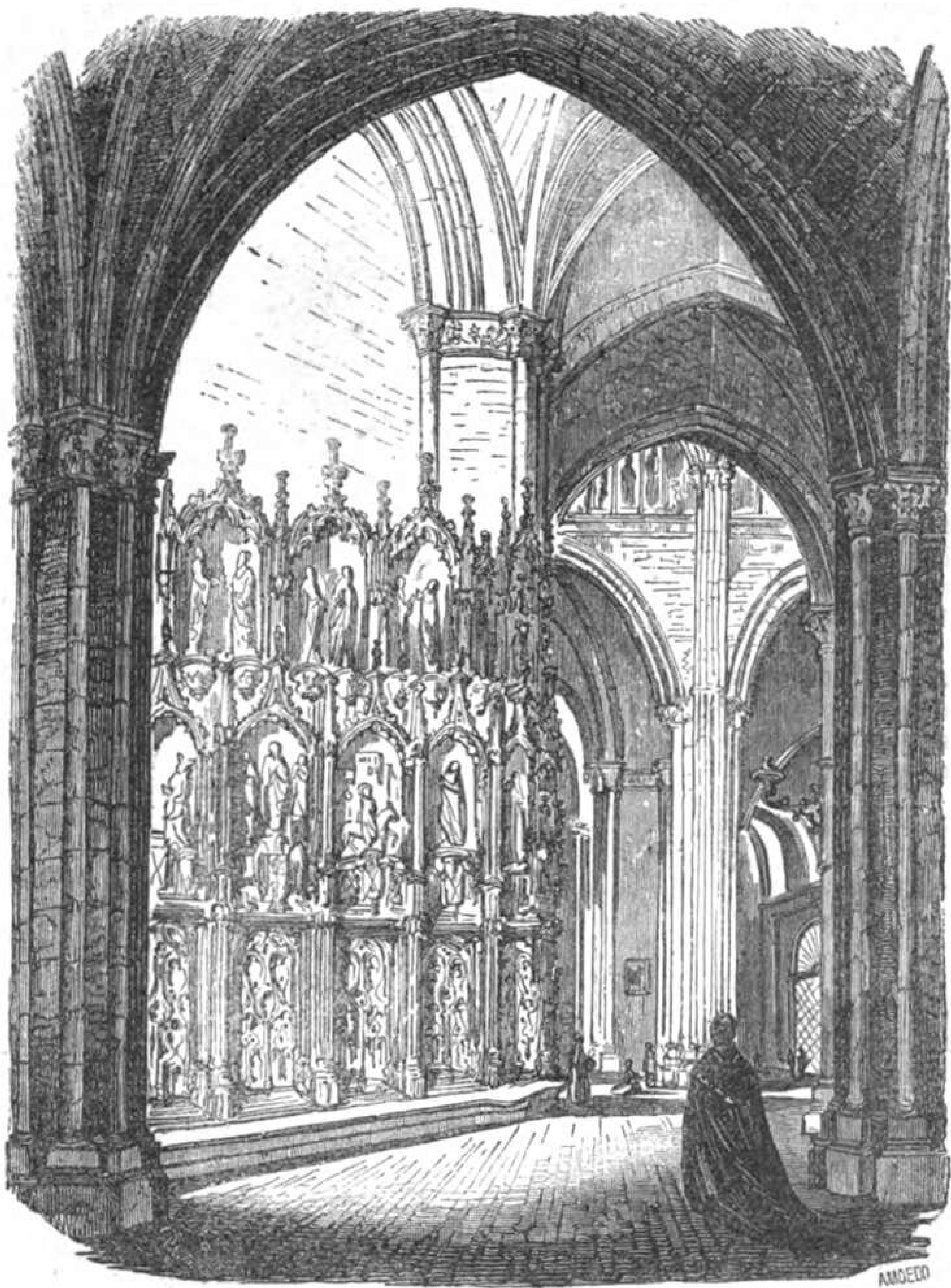
—

No es erudito, que es sepulturero
Quien solo entierra cuerpos cada dia,
Bien se puede llamar libropesía,
Sed insaciable de pulmon librero.

—

Son los vizcondes unos condes bizcos,
Que no se sabe hácia qué parte conden, etc.

(Concluirá.)



(Vista interior de la catedral de Toledo desde la capilla de San Ildefonso.)

El Maestro Manuel Ramirez de Carrion.

Manuel Ramirez de Carrion, conocido por su obra titulada *Maravilla de Naturaleza y Arte*, nació en la villa de Hellin, y fué hijo de Miguel Ramirez de Carrion y de Doña Maria de la Paz, originarios de familias muy nobles y calificadas de la ciudad de Toledo: hubo de nacer á fines del siglo XVI segun se puede deducir. No sabemos la carrera que siguió, si siguió alguna, ni los estudios que hizo, y solo tenemos noticia de él desde que se dió á conocer por su admirable habilidad en ejercitar el arte de enseñar á hablar, leer y escribir á los sordo-mudos, lo que le adquirió una estraordinaria celebridad.

Siendo sordo-mudo el Excmo. señor D. Alfonso Fernandez de Córdoba y Figueroa, marqués de Priego y duque de Feria, y teniendo noticia de la instruccion del maestro Manuel Ramirez, lo llevó á Montilla para ponerse bajo su disciplina, y le dió el empleo de su secretario. Ramirez puso en práctica por la primera vez su arte con aquel prócer; pero segun creemos, habiendo perfeccionado el método usado anteriormente por los que le habian precedido en la enseñanza de este arte. Hallábase ya en Montilla en 1617, pues casó en ella en 7 de agosto del mismo con Doña Elvira Godoy, hija de Alonso Ruiz de Villegas y de Doña Ines Muñoz de Godoy. En 1621 ya sabia el marqués hablar y leer, como consta de un documento de esta fecha, que es la oracion fúnebre que en las exequias que á la católica majestad de Felipe III hizo el

Excmo. señor marqués de Priego en su villa de Montilla en 18 de mayo; predicó el maestro fray Pedro de Córdoba, catedrático de escritura del convento de San Agustin de Sevilla. La dedicatoria de este sermon dice así:

«Mandóme V. E. predicar en las honras que su villa de Montilla hizo á la muerte de nuestro santo rey Felipe III, que Dios llevó para sí á su gloria. Asistió V. E. á ellas, y *lo que el oido no pudo percibir*, percibió el feliz ingenio que Dios nuestro Señor á V. E. dió con la relacion que el maestro Manuel Ramirez hizo. Y porque del sermon la tenga V. E., le envio esta estampa dél. Favorézcala V. E. *con leerle*, que lo merece; si no por él, por lo que su dueño tiene de criado de V. E. cuya vida prospere Nuestro Señor.—De V. E.—etc.»

Todavía permanecia en Montilla cuando fué solicitado para enseñar á otros personajes de aquel tiempo que sufrian igual desgracia que el marqués de Priego, los que le debieron el don de la palabra, con que se estendió mas su celebridad.

Habiendo venido á la corte de España la princesa de Cariñan María de Borbon, muger de Tomás Francisco de Saboya, primer príncipe de aquel titulo, cuyo hijo primogénito, Manuel Filiberto Amadeo, era sordo-mudo, el rey Felipe III escribió al marqués de Priego en 10 de octubre de 1636 para que enviase á Madrid al maestro Ramirez de Carrion, á fin de que se hiciese cargo de la enseñanza de aquel príncipe. El marqués, que sentia la separacion de su maestro, resistió del modo que le era posible, sin faltar al respeto debido al monarca, que Ramirez pasase á Madrid; pero hubo de acceder, y su maestro consiguió enseñar al príncipe el idioma castellano, por lo que el rey le dió el título de su secretario, y le hizo otras mercedes. En 1638 todavía permanecia en Madrid ocupado en la enseñanza del príncipe.

En Ambrosio de Morales se lee que el monje benedictino fray Pedro Ponce, á quien se tiene por inventor de este arte, emprendió enseñar á hablar á D. Pedro de Velasco y Tovar, que murió en 1571, y á D. Francisco, Doña Bernardina y Doña Juliana sus hermanas, mudas de nacimiento, hijas todas de D. Juan de Velasco y Tovar, segundo marqués de Verlanga y Estudillo, y hermanas de D. Iñigo Fernandez de Velasco y Tovar, quinto condestable de Castilla, cuarto duque de Frias, y tercer marqués de Verlanga; mas no llegó el padre Ponce á la perfeccion con que Manuel Ramirez empleó su arte en los descendientes de aquellos señores, como fueron D. Bernardino Fernandez de Velasco, condestable de Castilla, y D. Luis de Velasco y Tovar, primer marqués del Fresno, en lo que es de notar la propension de esta ilustre familia á la falta congénita de oido. Para encargarse de la enseñanza de estos señores pasó tambien á Madrid Ramirez de Carrion, con licencia por tiempo limitado que le dió el marqués de Priego á ruegos de la Excma. señora Doña Juana de Córdoba y Cardona, duquesa de Frias, su madre, del condestable su hermano, del arzobispo de Burgos D. Fernando de Acebedo, presidente de Castilla, D. Baltasar de Zúñiga, y el conde de Salazar. El tiempo que le concedió el marqués de Priego á Ramirez no fué bastante para enseñar con perfeccion al del Fresno, y así este tuvo que ir á Montilla, y permaneció en casa del marqués de Priego hasta que se acabó de enseñar. Otros sugetos recibieron el mismo beneficio del maestro Manuel Ramirez de Carrion, como despues se verá.

Juan Bautista de Morales, distinguido calígrafo, vivia en Montilla por este tiempo, el cual en un libro que dió á luz en esta, entonces villa, el año 1623, titulado: ***Pronunciaciones generales de lenguas, ortografía; escuela de leer y contar, y significacion de letras por la mano***, dedicado á D. Alonso Fernandez de Córdoba y Figueroa, marqués de Priego, celebrando el singular ingenio de Ramirez para la enseñanza de los sordo-mudos, hace de este el mas cumplido elogio, y dice lo siguiente: «Por ser cosa curiosa y aun forzosa, el hablar y entenderse por las letras de la mano entre los presentes, como entre ausentes por escrito, me pareció seria bien fuesen en este tratado de letras y pronunciaciones del abecé. Que si en algun tiempo han sido dignas de estimacion, es en este, por el grado en que los ha levantado Manuel Ramirez de Carrion, maestro de príncipes, milagro de las gentes en estos tiempos, pues en ellos ni en los pasados se ha conocido quien con arte tan suave y breve reforme los defectos de naturaleza en parte tan principal y cosa tan esencial como es hablar, pues con ella ***enseña á escribir, leer, entender y hablar los mudos***, como si hubieran estudiado y aprendido muchas lenguas: varon dignísimo (demás de lo que por su virtud, nobleza, afabilidad, buena intencion y otras muchas buenas partes merece), que por esta sola las historias lo eternicen, y que haya nuevos Apeles, Timantes y Lisipos que en tablas, bronce y mármol por todo el mundo hayan conocido su persona, á quien se debe el método breve de enseñar á leer que va al principio de este libro.»

El mismo Ramirez de Carrion, en el prólogo de su obra arriba citada (1), dice así: «¿Y por qué no podriamos numerar entre los mayores, aunque sea en causa propia, el arte de enseñar á leer, escribir y hablar vocalmente á los mudos?» Síguese enumerando ejemplos de personas á quienes enseñó, y nombra en primer lugar al marqués de Priego, luego al del Fresno D. Luis de Velasco, hermano del condestable de Castilla, á D. Juan Alonso de Medina, hijo de D. Juan Antonio, veinticuatro de Sevilla, y á D. Antonio Do-Campo y Benavides, caballero del hábito de Alcántara. «Dejo de traer á consecuencia otras enseñanzas, dice despues, por haber quedado informes por muerte de unos y ausencia de otros, aunque con manifiesta demostracion de la verdad del arte... Pues no he de pasar en silencio otra inventiva mia que no estimo en menos, que es el haber reducido el modo de enseñar á leer á método tan fácil y á término tan breve que pueda un niño en quince dias, y á lo sumo en un mes, aprender á leer, de leido, que en otras partes llaman decorando, con la perfeccion que si hubiera aprendido dos años por el modo con que comunmente se enseña en las escuelas. Yo daté un ejemplo de esto harto visible, y pudiera traer muchos. Al condestable de Castilla que hoy vive, siendo de edad de seis años, enseñé á leer en Madrid en trece dias con tanta certidumbre que no tuvo necesidad de otro magisterio mas que del uso, para leer muy sueltamente. Así lo certificó V. E. al rey nuestro señor cuando S. M. quiso oir leer y hablar al marqués del Fresno estando yo presente, quedando acreditadas ambas inventivas, y su dueño honrado en la presencia de tan gran monarca.»

Si el arte de enseñar á hablar y escribir á los sordo-mudos se conserva y ha progresado desde el tiempo de Manuel Ramirez de Carrion, no tenemos noticia de que haya sucedido lo mismo con el método de enseñar á leer con tanta brevedad como queda referido, á pesar de haberse propuesto algunos en estos últimos tiempos, los cuales no se han propagado, probablemente por no conseguirse con ellos el objeto, tan fácil y brevemente como se ofreciera. De desear seria que se examinase el método de Ramirez de Carrion en la obra de Juan Bautista de Morales, y pareciendo útil, como es de creer, se adoptase para provecho del público.

El maestro Manuel Ramirez de Carrion no es tan conocido como debiera, especialmente de los que han tratado del arte de enseñar á hablar á los sordo-mudos. Ni el Illmo. Feijoo en las partes de sus obras en que trata de esta invencion española, ni otros apologistas de España, aunque hacen mencion de los que han escrito sobre la materia ó han ejercido este arte, ninguno se acuerda de Manuel Ramirez de Carrion, y esto es lo que nos ha movido ha consagrar el presente artículo á su memoria.

LUIS MARÍA RAMIREZ Y LAS CASAS-DEZA.

(1) Titúlase la obra: «Maravillas de naturaleza en que se contienen dos mil secretos de cosas naturales; dispuestos por abecedario á modo de aforismos faciles y breves de mucha curiosidad y provecho, recogidos de la leccion de diversos y graves autores. Por Manuel Ramirez de Carrion, maestro y secretario del marqués de Priego, dirigido á S. E. Con privilegio real, en Montilla, en la imprenta de S. E., por Juan Bautista de Morales, año de 1629.»

OTRAS MEMORIAS DE ULTRA-TUMBA.

Una representacion dramática en el siglo XVI.

Mi aficion á curiosear—virtud que caracteriza sobremanera á los estantes y habitantes de esta heróica villa—nunca se revela mejor que en esa época que los madrileños antiguos y modernos llaman *temporada de ferias*. Desde que amanece hasta que anochece, no hay plazuela que no recorra, mueble que no aprecie, libreria que no revuelva, ni cuadro por cuyo autor no pregunte. La verdad es, que siempre compro algo, nada mas que por comprar, y para que nadie diga que á pesar de mis aires de marchante, no dejo ni un real de á cuatro en poder de los honrados y laboriosos tenderos nómades de la corte. El año pasado me hice con una espada que segun me aseguraron es la que ciñó el príncipe de la Paz en su campaña de Portugal, y en este me decidí á ajustar un robusto lote de papeles rancios que liados con un cordel bastante grueso, yacian tendidos sobre el seco pavimento de la plazuela de Santa Ana, en medio de infinitos libros descarriados, á real el volúmen. Por fuera de dicho lote se veia una espesísima capa de polvo, y solo se leia en caractéres rojos, este rótulo: PAPELES VARIOS.

La ociosidad mas que el afan de saber lo que en esos papeles se decia, me estimuló á preguntar el precio del lio.

—Cien reales, contestó el encargado de la venta, sacando un puro á medio fumar de la boca, y cogiendo del suelo uno de los volúmenes, cuya portada se puso á leer con aire grave.

—¡Cien reales! ¡cáscaras! esclamé yo. Cosas muy buenas debe encerrar el cartapacio cuando está tasado en cinco napoleones y pico.

—¿Cosas buenas, dice V.? ¡friolera! ahí está al pié de la letra toda la historia de España.

—Enhorabuena; pero hoy se encuentran historias de España á menos de cien reales.

—No le diré á V. que no, porque las vendo yo á cinco: mas hágase V. de cargo que lo manuscrito cuesta el doble de lo impreso.

La reflexion del bibliópola me convenció. Ofrecí, rebajó, regateamos, y por último cargué—es decir, cargó una acémila asturiana—con la ***Historia de España manuscrita***, entregando en cambio seis pesetas.

Pasáronse dias y semanas sin que se me ocurriese desatar y registrar el lio, hasta que una tarde de mal humor en mi cabeza y de mucha agua en las nubes, me apoderé de él, lo arrimé á la chimenea, y me senté en la butaca á examinarlo, con ánimo decidido de reproducir el escrutinio de la biblioteca del hidalgo manchego.

Corté con una tijera los cordeles, y vi que los manuscritos formaban diferentes secciones, teniendo cada una su cubierta. Sin perjuicio de publicar cuando se me antoje lo que tales secciones abrazan—y de paso declaro que no encontré un solo papel que destinar al fuego—me ceñiré por ahora á decir á mis lectores que lo que mas picó mi atencion fué la parte que estaba inclusa en el legajo perteneciente á este sobre ó epígrafe.

La historia verdadera de un español del siglo XVI, escrita por él mismo.

Alegróseme el alma al leer el nombre del siglo XVI, porque es un siglo que deseaba conocer, y que es harto difícil de estudiar, especialmente en esta corte, cuya Real Biblioteca ni siquiera tiene un ejemplar de las obras de Lope de Rueda, al menos para el público. Edad de grandeza y poderío, ¡felices los que vivieron en tus dias! En ese siglo se inmortalizaron las artes españolas con el monumento del Escorial, y se decoraron las banderas castellanas con las lises arrancadas en Pavía y San Quintin á los herederos de Clodoveo. En ese siglo florecieron Camoes, Ariosto, Tasso, Guerini, Sigonio, Vives y Herasmo. Ese siglo, que descuella como una pirámide colosal en la historia de las naciones europeas, dió á la política un Maquiavelo, á la física un Galileo, á la astronomía un Copérnico, á la medicina un Laguna, á la teología un Belarmino, á la historia un Baronio, y á la pintura un Rafael. ¡Qué tiempos!

Pero dejémonos de reflexiones. La ***Historia verdadera***—y vaya V. á averiguar si lo es ó no—se reducia á la vida y milagros de un desocupado, puesta toda en forma de diario, ó de ***memorias***, como suele decirse ahora. Este escrito seria probablemente un conjunto de vulgaridades y de aventuras insignificantes hace doscientos ochenta y dos años; mas lo que es ahora, si su lectura podrá carecer para muchos de solaz y entretenimiento, tendrá para algunos, sin disputa, el mérito de una novedad curiosa.

Yo que ni quiero ni me atrevo á fallar sobre el valor literario y la importancia bibliográfica de mi manuscrito, deseo oir el fallo de otros, y por eso discurrí publicar algunas de sus páginas, para que por el hilo se saque el ovillo, escogiendo un diálogo en que se describe la representacion de una farsa sacramental en San Gerónimo del Prado. De la exactitud ó inexactitud de la relacion no soy el responsable: me lavo las manos como Pilatos, y dejo ***al español del siglo XVI*** los aplausos ó las rechiflas que merezca su trabajo.

Yo no hago aquí otro papel que el de mero copista.

Dice así el manuscrito al folio 129 vuelto:

«.......... de 1569.

Hallábame esta tarde á la caida del sol, reclinado en las almohadas de mi cama y entregado á las delicias que siguen á una sosegada siesta de dos horas y media, cuando entró en mi habitacion, sin anunciarse antes como ha de costumbre, mi amigo Guzman.

Levantéme para ver si se le ofrecia algo, y me salió al encuentro preguntándome bruscamente:

—¿Estás solo?

—Solo, sí, le repuse mirándole de hito en hito, y observando que su vista recorria todos los puntos de la estancia.

—¿No ha entrado aquí una dama con manto negro y saya de gorvarán de Italia?

—Te engañaron, Guzman.

—No ha entrado tampoco un hidalgo con calzon de terciopelo acuchillado, largo en escaramuza, coleto de ante y sombrero adornado con largas plumas?

—Tambien en eso te engañaron.

—¡Linda aventura! esclamó tristemente. He visto en el Prado, hace media hora, á una deidad que debe ser la mas famosa belleza que se pasea en las orillas del Manzanares; parecióme percibir un guiño significativo en la dueña que la acompañaba; seguílas á alguna distancia por plazas y callejuelas, y al doblar una esquina acercóse á la dama un almibarado galan, tan importunamente que á llevarme de mi genio, le hubiera asido por el collar del jubon, y...

—Y en fin, le interrumpí ansioso de saber la conclusion del cuento, perdiste de vista á la dueña, á la dama y al galan.

—Exactamente, me contestó; pero fué despues de haberlos visto entrar por la puerta de tu casa.

—Habrás tomado la que sigue por la mia, y además, aunque hayan subido estas escaleras, no debe darte cuidado el eclipse del sol que venias persiguiendo, porque puede suceder que la tal dueña sea alguna zurcidora de voluntades, como la ***Celestina*** de Rojas.

—No lo quiero creer, replicó secamente. ¿Sabes, añadió despues de una breve pausa, que me sorprende tu método de vida? Cuando todo Madrid anda por esas calles disfrutando de las fiestas que ahora se celebran, tú permaneces encerrado como si hubieras hecho voto de clausura.

—Esas que tú llamas fiestas, maldita la gracia que me hacen, murmuré entre dientes.

—¿Con que no te hacen gracia los festejos con que Felipe II solemniza la entrada de la reina Ana de Austria?

—No por cierto; á lo único que siento no haber asistido es al auto que se representó esta tarde en San Gerónimo: si tú fuiste allá y quisieras referirme...

—Con mil amores. Debo advertirte que no me gustan los autos; y ¿á quién sino al vulgo necio agradará una farsa como la del ***Sacramento de moselina***, en la que desempeña un papel principal el Vaticano; como la de los ***Cinco sentidos***, en que salen el ver, el oir, el gustar, el oler, el palpar, un pastor y la fé; ó como la de la ***Visitacion de San Antonio***, en donde hablan, además de este Santo y la Virgen, un centauro, tres ángeles, un sátiro, tres discípulos de San Antonio y dos leones? ¿A quién no repugnan tambien esos autos inmorales é irreligiosos, ejecutados en los parajes mas públicos por algunos histriones bellacos?

—Tengo para mí, Guzman, que las cortes de Valladolid pidieron, hace algunos años, y S. M. dispuso la prohibicion de las farsas ***feas y deshonestas***

—El mal está en las costumbres y las costumbres no se varian con una ley. A peticion de las mismas cortes de Valladolid ordenó Carlos I á los vireyes de Indias que no permitiesen imprimir, ni vender, ni leer en sus distritos ***libros de caballerías***, y no tan solamente se imprimian y vendian, sino que el mismo emperador pasaba las noches de claro en claro leyendo á ***Don Belianís de Grecia***. Tenia resuelto, pues, no ir á San Gerónimo desde que supe que no era un paso del insigne farsante Lope de Rueda lo que iba á representarse, sino una farsa sacramental, de autor desconocido, titulada: ***La fuente de la gracia de Dios***; pero oblígome á mudar de parecer un tal Miguel de Cervantes Saavedra, jóven de unos veinte y dos años, asaz agudo, de ingenio florido, y que además de prometer mucho para la literatura, ha compuesto ya algunas comedias, aunque tan en mal hora, que ni Cristóbal Navarro, ni ningun otro cómico se las quiere poner en escena. Nos dirigimos al templo de San Gerónimo, en cuya puerta habia, como es costumbre, buñolerías y conservas. Parecióme que Cervantes se desviaba con algun pesar de aquellas golosinas, y no me engañé, porque habiéndole yo convidado, se daba tal prisa á engullir, como si en todo el dia no hubiera llevado otro alimento á la boca.

—Tal puede suceder, esclamé yo; y ya no me sorprende que ese mancebo sea de tanto ingenio, porque el hambre es gran maestra de filosofía y aguzadora del entendimiento.

—A duras penas, continuó Guzman, pudimos penetrar, pues era tal el concurso y tanta la apretura, que aquí se desgarraba un manto, allí se desmayaba una doncella, en este lado se plañia una dueña de que la habian robado un rosario de palo santo, y en el otro se sentian caer puñadas como mazos de batan.

—Ya veo, dije interrumpiéndole, que obré muy cuerdamente en no salir de casa.

—Llegamos por fin al claustro, prosiguió sin oirme, que estaba colgado de ricos paños de brocado y tapicería. Habíanse construido gradas ricamente entapizadas para las personas de distincion, mas nosotros que no somos títulos de Castilla, ni pertenecemos siquiera á la órden de los gerónimos, nos incrustamos como pudimos entre la plebe apiñada sobre el pavimiento, desde donde se veia, allá en un estremo colocado, el cadahalso levantado para la representacion. Cuadrónos estar al lado de cuatro estudiantes de Valladolid y Salamanca, que por mal de nuestros pecados aprovecharon las vacaciones para venir á turbar la paz de las reales fiestas. No pasaba caballero que no conociesen, dama que no requebrasen ni dueña que no motejaran.—¿Veis, gritó uno de ellos, á ese que sube por la izquierda con calzon y ropilla de raso verde, plumaje del mismo color, liga encarnada y zapato blanco, cuyas espaldas le hacen parecer mas á propósito para disciplinante que para una veinticuatría de Toledo? Pues ese es el famoso poeta sevillano Baltasar del Alcázar, autor del diálogo de ***Borondanga*** y ***Andrejuelo***, alcalde de los hijos-dalgo y tesorero de la casa de la moneda. Y con voz estentórea empezaron todos á entonar aquella célebre copla del buen Alcázar.

Si es ó no invencion moderna,
vive Dios que no lo sé;
pero delicada fué
la invencion de la taberna.

Al llegar aquí, esclamó el mas jóven ahuecando la voz: Ténganse todos, tirios y troyanos, y saluden al príncipe de los ingenios españoles, al nunca bien ponderado compositor de *La Araucana*, D. Alonso Ercilla de Zúniga.—Y si mal no me engaño, continuó otro, el hidalgo que le acompaña con jubon de fustan, capa frisada y espada de Cuellar en el guarnecido talabarte, es Cristóbal de Virués, autor de cinco tragedias.—Auguro desgracias, añadió el mas jóven, porque ese Virués es tan sanguinario, que en su tragedia el *Atila furioso* hace morir á cincuenta y seis personas y á toda la tripulacion de una galera.

Cansado con estos minuciosos detalles dije al locuaz Guzman:—Si no lo llevas á mal, deja el diálogo de los estudiantes y háblame del auto.

—Voy á eso. Fueron tomando asiento los convidados, que eran las personas mas notables de la corte, los caballeros de las cuatro órdenes militares, los embajadores, etc. Allí estaban entre los monjes el inmortal agustino fray Luis de Leon, fray Juan Ortega, autor del *Lazarillo de Tormes*, que algunos atribuyen á Hurtado de Mendoza, el maestro Juan de Avila, famoso predicador, el severo fray Pedro Malon de Chaide, gran prosista y poeta sagrado, y el padre Gerónimo Bermudez, compositor de *Nine lastimosa* y *Nine laureada*. Allí estaban además, entre otros muchos que no recuerdo, los ingeniosos poetas Juan de la Cueva, Francisco de Figueroa, Jorge Montemayor, Gil Polo, Fernando de Acuña, Juan de Arquijo, Antonio Mira de Amescua, José Villavisencio y Vicente Espinel, célebres por sus autos, églogas, elegías y novelas pastoriles, y el último especialmente, por ser el inventor de la décima ó espinela.

—Eso no es lo acordado, amigo mio: acabas de decir que vas á hablar del auto, y me estas entreteniendo con una lista de poetas que conozco perfectamente.

—Del auto estoy hablando; pero me concretaré algo mas, ya que así lo deseas y que estos detalles te cansan. Acomodada pues que fué toda la gente, anuncióse el principio de la funcion con una música acorde y misteriosa que de las entrañas de la tierra parecia salir. Empináronse los mas bajos, encaramáronse los chicos, alargaron todos los pescuezos, y el primer farsante, con traje abigarrado, subió por una escalera de mano al cadahalso, en donde, despues de saludar humildemente al auditorio y de manifestar que se iba á representar la farsa sacramental de *La Fuente de la gracia de Dios*, recitó la loa, que empieza con estos versos:

Católico ayuntamiento,
gente cristiana y benigna,
aquí vuestro autor se inclina
á recitarles un cuento
de invencion santa y divina.

Cuando hubo concluido, subió por la misma escala otro farsante, que aunque en ropa mugeril, á tiro de ballesta se conocia ser un rapazuelo, cuando no un novicio.—Esta que ahora sale, gritó el de la loa, es la *Gracia*.—Sea por muchos años, replicó incontinenti con sonoro acento uno de los estudiantes que estaban á mi lado, y ojalá tenga mas gracia en hablar que en vestir. Púsose muy colorada la *Gracia* por aquella lisonja, y turbóse de tal manera que se vió y se deseó para recitar una docena de quintillas. Sentóse en seguida en un taburete de madera pintada, y entonó el siguiente villancico:

Venid á la fuente,
venid, pecadores,
limpios de errores.

—¡Que calle la juglaresa! dijo un mozalbete desde la cornisa de una columna á la que se habia encaramado para ver mas cómodamente la funcion. Bien dicho, añadió uno de los estudiantes, porque esos mas parecen *cantares de gesta* que villancicos. ¡Que calle! repitieron en coro mas de veinte voces. El primer farsante que habia subido al tablado se adelantó dos pasos, hizo un saludo reverente, y murmuró con voz temblorosa estas palabras: «Ya ha callado; y ahora presten atencion, porque va salir el *Descuido*». Apareció en efecto este nuevo personaje, y entabló un diálogo con la *Gracia*, digno de grabarse en mármoles. Y aquí empieza lo mejor, pues así que hubieron concluido de recitar sus papeles, quedáronse mirando unos á otros sin saber qué decir. Pasados algunos momentos de silencio, comenzó á agitarse sordamente la multitud, dieron rienda suelta á su descontento los bulliciosos, y sobre el clamoreo general, percibiase la voz de los escolares: —¡Ahorcar á esos tunantes!

Dió muestras de querer hablar el que habia recitado la loa, y despues de restablecida la calma, habló con acento compungido.—El respetable auditorio se servirá perdonar nuestras faltas, y esperar un momento nada mas, porque el *Vicio*, que debia salir ahora, anda fijando por las esquinas los carteles de la comedia de mañana, y ya no puede tardar mucho. Lejos de terminarse el alboroto con este discurso, creció hasta tal punto, que si el *Vicio* tarda cinco minutos mas, lo hubieran pasado mal los pobres farsantes. Afortunadamente, el que ha desempeñado ese papel es un bribon que no se ahoga en poca agua; al contrario, para conjurar la tormenta del público, hizo tales gestos y contorsiones que los silbidos se trocaron en aplausos cuando cantó esta folía:

Banquetes son los que quiero,
y alegrar mi corazon,
y comer de mogollon
en casa del caballero.

Cervantes, que parecia estrañarse de oir aquellas manifestaciones de aprobacion, preguntóme con malicia: ¿Creis que los versos de Juan de la Encina causarian aquí tan grande admiracion? ¿Creeis que las poesías de Garcilaso tendrian tan benévola acogida? Sin darme tiempo á responderle, murmuró uno de los estudiantes:—Estos hidalgüelos deben pertenecer á los tiempos de Fregenal y Boscan, segun los recuerdos que evocan. Pero no habló tan en voz baja que no le oyera Cervantes, el cual encendido en ira y acariciando la empuñadura de la espada, dirigió una mirada tal al entrometido, que hubiera habido un lance desagradable, si entonces no llamara la atencion de todos un farsante que desde el tablado á grandes voces decia:—Escuchen todos los presentes, porque ahora va á dar fin la farsa con el famoso diálogo de la *Confesion* y la *Contricion*. Terminóse en efecto con ese diálogo el auto de la *Fuente de la grazia de Dios*, que es entre todas las fiestas celebradas para solemnizar la entrada de la reina Ana de Austria, la que mas dará que hablar y la que yo hallé mas insulsa.

—Opino del mismo modo y me doy el parabien por no haber asistido á ella.

—Sin embargo, repuso Guzman, no permitiré que mañana estes encerrado como hoy. Vendré á buscarte y pasaremos el dia juntos.

—Si hay alguna cosa que merezca verse...

—¡Oh, sí! me interrumpió precipitadamente. Por la mañana saldrá en un carro triunfal el admirable Lope de Rueda representando varios pasos: saldrán despues los gigantones con músicas y danzantes. A la tarde se correrán y alancearán toros y habrá juegos de cañas; y á la noche veremos delante de Palacio una justa real, en la cual defenderán los mantenedores esta demanda que ayer publicaron solemnemente en un cartel.

La reina Ana de Austria es la mas hermosa dama de estos reinos.

—Me comprometo pues á acompañarte.

Levantóse en seguida del asiento que habia tomado durante su narracion, y estrechando mi mano entre las suyas se despidió de mí.»

. . . .

Hasta aquí el diario. Yo me despido tambien de los suscritores del *Semanario*, hasta que me dé la humorada de regalarles un segundo trozo de las que denomino OTRAS MEMORIAS DE ULTRA-TUMBA.

J. RUA FIGUEROA.

ORÍGEN DE LOS DOS CÉLEBRES Y ANTIGUOS BANDOS VASCONGADOS, CONOCIDOS CON LOS NOMBRES DE *Oñacinos* Y *Gamboynos*.

Por los años 1419 tuvieron principio en Cantabria los prolongados y furiosos bandos titulados *Oñazinos* y *Gamboynos*, que inundaron de sangre y de destrozos los campos y las poblaciones de aquel noble y montuoso terreno, cuyo origen, segun creemos por cierto, fué el que sigue. Las tres provincias que componen la citada Cantabria, Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, para mantenerse en la hermandad, mutua union y correspondencia que habian tenido sus antepasados, por cuyo medio se habian preservado del universal cautiverio á que redujeron á los antiguos españoles las naciones bárbaras que en diversos tiempos miserable y tiránicamente los dominaron, celebraban diversas hermandades ó juntas, en las cuales prudentemente consultaban los medios de remediar los desórdenes pasados y de cautelar y prevenir los futuros, cuyas juntas se tenian en un pueblo de Alava, llamado *Ulibarri*, ó pueblo nuevo, el dia 1.º de mayo de cada año.

Despues de conferidas y resueltas las providencias que juzgaban mas convenientes á la antigua y mutua union que les habia hecho superiores á sus enemigos, pasaban, los que asistian á dichas juntas, á la iglesia á dar gracias á Dios y á ofrecer, por medio de sus ministros, algunos dones. Entre estos solian ser varios cirios de cera blanca, de peso de diez á doce arrobas, por cuya razon los conducian en andas hasta la repetida iglesia; pero pareciéndoles á unos que seria mas

decoroso y mejor llevarlos en hombros, comenzaron á clamar en altas voces *Gamboyna*, *Gamboyna*, que es lo mismo que decir *por lo alto, por lo alto;* á las cuales hubo otros muchos que figurándoseles carecer de razon el intento de sus compañeros, contestaron *Oñez*, *Oñez*, que en castellano es *á pié*, *á pié*, ó *por lo bajo*, *por lo bajo*.

Inútil y nada conducente contienda; mas como de una pequeña y despreciable pavesa se enciende un fuego capaz de reducir á cenizas un majestuoso palacio; así una diferencia tan pueril, como la de que vamos hablando, dignísima de despreciarse por todos, fué causa principal y única de los horrores y desastres que hubo en el país; pues que persistiendo los primeros en que los cirios se habian de llevar por lo alto, y los segundos que por lo bajo, vinieron á las manos, duró la contienda mas de cincuenta años, se dieron batallas, se destruyeron pueblos, se arruinaron campiñas, y ni la presencia del rey, que fué á sosegar los ánimos, los pudo contener ni hermanar, advirtiendo que aun en el dia siguen y se conocen en las tres provincias ambos bandos, sin que haya uno solo de sus habitantes que deje de pertenecer á cualquiera de ellos.

REMIGIO SALOMON.

LAS ESTRELLAS.

¿Ves esas luces que vagan
y que fria luz destilan,
y rielan y titilan
y al nacer el sol se apagan?
¿Que en indefinible encanto
nos lanzan una mirada
suave, incierta, velada
entre la risa y el llanto
Que en la triste soledad
nos consuela si nos mira
porque en su fulgor traspira
vaga luz de eternidad?
Esas luminarias bellas
son un arcano de Dios:
ven, alma mia, y los dos
miraremos las estrellas.

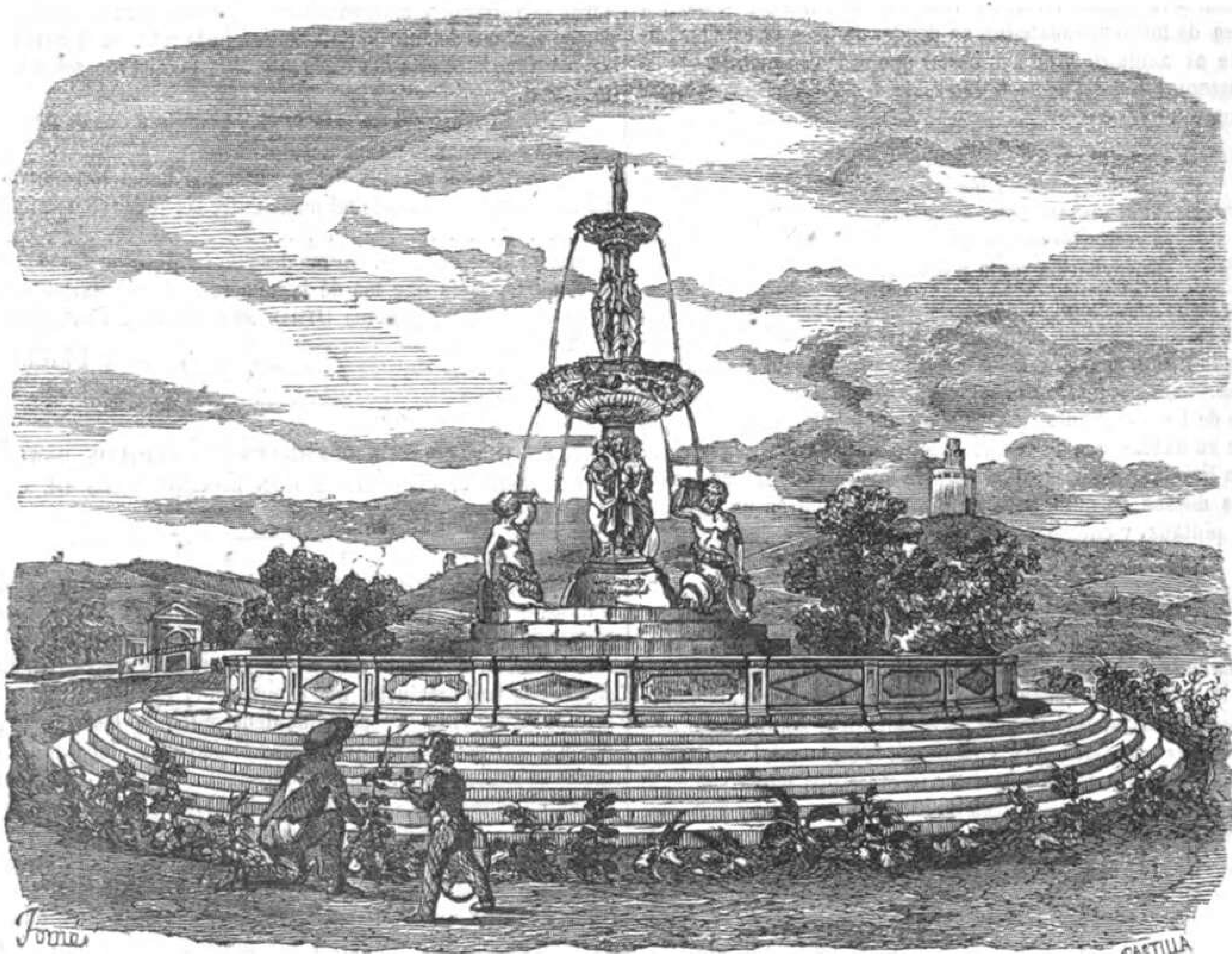
—

Los que en la tierra con fervor amaron
Y el dulce encanto de un amor perdieron,
Y ansiando amor en soledad lloraron,
Y henchida el alma con su amor murieron.
Cuando su frente virginal doblada
Como las hojas de agostado lirio
Se alzaron de Sion en la morada
En alas de su amor y su martirio:
Al llegar á la cima de la altura
A su trono el Eterno las destina,
Y de sus ojos la mirada pura
Es la luz con que el cielo se ilumina.
Y al toque vespertino de plegaria,
Cuando el silencio mundanal empieza
Y el alma recogida y solitaria
Se concentra en su amor y en su tristeza,
Vese un fanal de luz consoladora
Que brilla dulcemente en lontananza,
Para que vea el que en la tierra llora
Que Dios alumbra un faro de esperanza.

F. CAMPRODON.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 4.

El mundo es uno de los enemigos del alma.



(Fuente del Campo del Moro en Madrid.)

Redactor y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.



Jóven morisca.—Cuadro de Murillo.

Además de sus composiciones combinadas, los mas célebres pintores nos han legado obras que podemos llamar casuales, y en las cuales no han tenido mas intencion que la de reproducir el aspecto de un paisaje ó de una fisonomía que acaso llegó á fijar sus miradas. Con el objeto de hallarse prevenidos para estos encuentros fortuitos, llevaban algunos siempre consigo unas tablillas destinadas á recibir el primer borrador de todo lo que el arte debia traducir despues. La escuela flamenca suministra abundantes estudios de este género. Aun cuando el pintor no haya imaginado consignar sus ideas en semejantes obras, se busca siempre una esplicacion en ellas y se intenta darles un sentido: la imaginacion compone la égloga, la sátira ó el poema que el artista nunca creyó escribir. Y cuando así nos esforzamos para adivinar alguna cosa bajo unas facciones ó unas formas, que solo aspiran á cautivar nuestra atencion artística, ¿obedecemos por ventura á una costumbre? ¿No seguimos mas bien el impulso de la prevision? En otros términos, ¿es posible reproducir, con auxilio del pincel, uno de los aspectos de la vida, de una época, sin tomar de ella una parte de su poesía y de su historia?

8 de Febrero de 1852.

Por nuestra parte no lo creemos. Cada siglo tiene su luz moral que todo lo aclara: en vano busca el artista al azar su personaje ó un rincon del horizonte, porque no podrá impedir que su obra revele el mundo, esto es, la época que le ha servido de modelo; ni evitará que el rayo de sol que ilumina su cuadro, señale la estacion del año y la hora del dia.

Los paisajes y los retratos no revelan solo un sitio ó un personaje, sino el carácter general del tiempo y del pais á que pertenecen. Para el que sabe examinar, una casa, unos árboles, un rebaño, son objetos llenos de revelaciones sobre el clima y sus costumbres; un traje, una cabeza, ofrecen mil pormenores secretos acerca de una época.

A pesar de todo, estas observaciones, fáciles cuando se trata de distinguir caractéres generales ó analizar un aspecto histórico, llegan á ser mas confusas, á medida que descendemos á examinar los detalles que se nos presentan. Lo que ha consignado el pincel del artista permanece muchas veces como un jeroglífico, que se esplica contradictoriamente por medio de muchas claves; el acento de la pintura no es siempre bastante claro ni bastante alto para que estemos seguros de oirlo bien, y tal vez cuando creemos traducir sus palabras, no traducimos mas que su pensamiento.

A estas reflexiones nos ha conducido el estudio de la muger de Murillo, que representa nuestro grabado. Se nos figura que la belleza algo material de sus facciones, que su gesto y su sonrisa convienen á la jóven morisca que está destinada á vivir con su amo, no como esposa, sino como esclava. Las rosas que parece ofrecer con risueña sumision son un símbolo: ella da á su amo su juventud, su gracia, su alegria, y nada puede exigir en cambio. Cuando mas se le permitirá que coloque en su turbante una flor, que se marchitará tan pronto como sus esperanzas.

No bastaria por cierto cambiar el traje de la mora para convertirla en cristiana. Esa no es por cierto la casta y noble espresion de una Cimodocea. Tal vez encontraria Murillo á esa jóven en la puerta de alguna de las casas que en otro tiempo poseyeron sus abuelos, en la cubierta de algun buque de Tunez ó de Tripoli, al anclar en una rada española, ó entre los individuos de alguna tribu de gitanos. El carácter de su rostro llamaria desde luego la atencion del artista, y la retrataria para perpetuar sus sensaciones; pero como estas lo abrazaban todo, todo nos lo han revelado: la cubierta nos ha permitido examinar el interior, y el retrato se ha convertido en tipo.

Este es el carácter de los grandes artistas: siempre reproducen lo que observan con una delicadeza que nada deja que pedir: son unos espejos que reflejan las imágenes con todos los colores, todos los movimientos y toda la espresion de la realidad.

CHISTES DE QUEVEDO

ESTRACTADOS DE SUS OBRAS POÉTICAS.

(Conclusion.)

Hijos somos de Adan en este suelo,
La nada es nuestro abuelo;
Y salísteisle vos tan parecida
Que apenas algo sois en esta vida.

—

El que por ti se muere en dulces lazos
Muere con propiedad por tus pedazos,
Y cuando abundas de hermosura en bienes,
Tantos remiendos tienes,
Hermosísimo bien del alma mia,
Que siendo tan cruel pareces pia.

—

Y eres así á la espada parecida,
Que mata mas desnuda que vestida.

—

Y á ti no mueve de mi llanto el rio,
No sé si por ser agua ó por ser mio.

—

Marica, yo confieso
Que por tenerte amor no tuve seso;
Pensé que eras honrada,
Mas no hay verdad que tanto sea probada.
De entrada diste en ser entremetida,
Y salistete al fin con ser salida:
¡Valgate, y quien pensara
Que hicieras tal barato de tal cara!

—

¡Triste de tu velado
Que entre tanto doblon se ve cornado!

—

Pelóme, mas en suma
Para su fama me dejó una pluma:

—

Ni me entiendes ni te entiendo,
pues cátate que soy culto.

—

Echó el cielo su capote
por no ver un caballero
que al contar sirvió de cero
y al torear de cerote.

—

La llaneza de tu cara
La vista equivoca, pues
pasara por ser embés
si un ojo no le sôbrara:

—

Doña Alcachofa compuesta
á imitacion de las flacas,
basquiñas y mas basquiñas,
carne poca y muchas faldas.

—

Lo que de nuevo y de viejo
pasa en aqueste lugar,
en las hijas y en las madres
cerrado y abierto está.
En el rastro que han dejado
los amantes que se van,
la niña que quedó vaca
vende carnero al galan.

—

Abril que á Febrero hacia
empezó ayer á Mayar,
y hoy á manera de Marzo
nos ha vuelto el vendabal.

—

¿Tú piensas que nos obligas
en solicitar el parto
de quien nos come un raton
Y nos cena dos gazapos?

—

Dos dedos estoy de darte,
Aguedilla, el rico terno;
mas no lo quieren soltar
aquellos mismos dos dedos.

—

Yo llevo bien por la calle
el sobredicho retablo;
mi aire lleva las almas
las bolsas mi garabato

—

Vivo en la Puerta Cerrada
para los dineros trasgos,
y para los dadivosos
vivo en la calle de Francos.

—

El rostro, perro de agua,
ya de perro chino sale;
no enseña menos ser hombres
el parecer mas á frailes.

—

Salió vejiga con ojos,
á sí tan desemejante,
que sus mayores amigos
no le vian, con mirarle.

—

Lo mejor de las mugeres
se han engullido los coches,
cazuelas donde se ven
solo cabezas y alones.

—

Lo que ayer era estropajo
que desechó la sarten,
hoy pliego manda dos mundos
y está amenazando á tres.

—

Miróse la viejecilla
prendiéndose un alfiler,

y vió un orejon con tocas
donde buscó un Aranjuez.

Y á boca de noche un diente
cerca ya de oscurecer

Tomando estaba sudores
Marica en el hospital,
que el tomar era costumbre,
y el remedio es el sudar.

Por no estar á la malicia
labrada su voluntad,
fué su huésped de aposento,
Anton Martin el galan.

Su cabello es un cabello
que no le ha quedado mas,

Dióme el leon su cuartana,
diome el escorpion su lengua,
virgo el deseo de hallarle
y el carnero su paciencia.

No hay necio que no me hable,
ni vieja que no me quiera,
ni pobre que no me pida,
ni rico que no me ofenda.

Agua me falta en la mar
y la hallo en las tabernas;
que mis contentos y el vino
son aguados donde quiera.

¡Que á la muger no le cueste
el condenarse un cabello;
y que por llevarme el diablo
me lleve lo que no tengo!

No se les daba de antes
por comisiones un cuerno,
y ahora por comisiones
se les dan mas de quinientos.

Dormistes y una muger
hallastes al despertar,
y hoy en durmiendo un marido
halla á su lado otro Adan.

Un animal en la India
con solo un cuerno derecho,
puede ser: mas para acá
poco se me hace un cuerno.

Si está vivo quien te vió
toda tu historia es mentira;
pues sino murió, te ignora,
y si murió no lo afirma.

¡Oh que de *panzas al trote*
han sido mis compañeros!

De desechar los calzones,
pasó, gran señora, el tiempo;
ya el calzon desecha al hombre,
y no el hombre los gregüescos.

Los sombreros y ropillas
se han ingerido en los miembros,
de por vida son las capas
y las camisas pellejo.

Tus dos ojos, Mari-Perez,
de puro dormidos roncan,
y duermen tanto, que sueñan
que es gracia lo que es modorra.

Calvos van los hombres, madre,
calvos van;
mas ellos cabellarán.

Si á los hombres les queremos
para pelarlos acá,
y vienen pelados ya;
¿ sino hay que pelar, que haremos?

En esto por un repecho
vió venir á sus costillas
un vecino de sus carnes
convidado de ellas mismas.

En su seguimiento parte:
á cinco uñas camina,
y cansado de matar
entre sus dedos le hila.

Los médicos con que miras
los dos ojos con que matas,
bachilleres por Toledo,
doctores por Salamanca.

Rascábanse con las uñas
en paz las antiguas damas,
y hoy con espiguillas de oro
dan en esgrimir la caspa.

Si sale por la mañana
de su pescuezo un peon,
le anochecerá en los lomos
y ha de ser buen andador.

Mis armas son un escudo
y fueran mejores dos,
cuanto va del que es sencillo
al caballero doblon.

Pantasmas acecinadas
siglos que andais por las calles,
muchachas de los finados
y calaveras fiambres.

Daros lástima quisiera,
dineros, señora, no;
que aunque son pocos, las ganas
de dároslos menos son.

Yo me salí de la corte
á vivir en paz conmigo;
que bastan treinta y tres años
que para los otros vivo.

Las mugeres de esta tierra
tienen muy poco artificio;
mas son de lo que las otras,
y me saben á lo mismo.

Fulanito, Citanito,
entremés de la Pasion,
tú que haces los graciosos
en la muerte del Señor.

El pobre no aguarda á irse
para decir que está ausente,
que en ninguna parte está
el que dinero no tiene.

Doncella dicen que fui
(el Señor sabe si mienten),
quien me hizo dueña no supe,
y pagáronmelo siete.

Pidiéndole está dineros
Doña Berenguela á Anton,
y él entre sí está pensando
de dárselos entre no.

Duque que guarda el ducado
y da la conversacion,
alabarle la llaneza
y conjurarle el humor.

Condes que dicen no quiero
tan claro al demandador,
ya que no son condes claros
harto claros condes son.

—

Selvas y bosques de amor,
dehesas, sotos y campos,
quien os cantaba soltero
os viene á mugir casado.

—

Pues siendo atril de San Lucas
soy la fiesta de San Marcos.

—

Si estando con mi muger
columbro brújula de oros,
hago como que me fuí
y aunque me quedo no estorbo.

—

Y con esto aun es tan vano
de mi cabeza el entono,
que á quien me los pone á mí
parece que se los pongo.

—

La primera fué doncella
despues de mi desposorio,
recatada, ya se entiende,
recogida, en casa de otros.

—

Cruel llaman á Neron
y cruel al rey Don Pedro,
como si fueran los dos
Hipócrates y Galeno.

—

Manzanares, Manzanares,
arroyo, aprendiz de rio,
platicante de Jarama,
buena pesca de maridos.

—

Tú que gozas, tú que ves
en verano y en estio
las viejas en cueros muertos,
las mozas en cueros vivos.

—

—Tiéneme del sol la llama
tan chupado y tan sorbido,
que se me mueren de sed
las ranas y los mosquitos.

—

Entre mentiras de corcho
y embelecos de vestido,
la muger casi se queda
á las orillas del rio.

—

El marido y el cuchillo
al principio son de acero,
pero despues los mas finos
tienen el cabo de hueso.

—

No sé si es alma ó almilla
esta que traigo en el cuerpo,
que si almilla, no calienta,
y si es alma, no la siento.

—

Es su casa barberia
donde el rapado es el necio,
y sus bolsas las vacías,
y ellas en rapar barberos.

—

No han menester ellas lindos,
que harto lindas se son ellas,
la mejor faccion de un hombre
es la bolsa grande y llena.

—

Alabárante el andar
si anduvieres por las tiendas,
y el mirar si no mirases
en dar todo cuanto quieras.

—

Y si en todo el mundo hay caras,
solas son caras de veras
las de Madrid, por lo hermoso
y por lo mucho que cuestan.

—

Chitona ha sido mi lengua
habrá un año: y ahora torno
á la primer taravilla,
agua va, que las arrojo.

—

Piensan que ne les entiendo,
yo pienso de ellos lo propio;
míranme y hácenme gestos;
mírolos y hágolos cocos.

—

Todos pretenden casada
porque á todos les parece
que gusto que tiene guarda
es mas hazaña vencerle.

—

Yo, el menor padre de todos
los que hicieron ese niño
que concebísteis á escote
entre mas de veinte y cinco.

—

Que á pecar bueno y de balde
desde que nací me inclino.

—

No pongo calle ni casa
tampoco en el sobrescrito,
porque segun vive, de ella
dirán todos los vecinos.

—

El oficio de mi amo
por mas que cura, recelo
que es oficio de difuntos
y que está fuera del rezo.

—

Ayer le dijo un cristiano,
«sospecho que no estoy bueno»,
y luego llovió sangrias
sobre el cuitado «sospecho».

—

Fué yerro pedirme raso
en Valladolid la bella,
donde aun el cielo no alcanza
un vestido de esa tela.

—

Y á ser tan grandes mis deudos
como son grandes mis deudas,
delante del rey sin duda
cubrirme muy bien pudiera.

—

No sé qué me hacer con ella,
aunque he pensado en un hijo.

—

Obligar y rogar es
rodeo de desvalidos,
y el chocar y el embestir
retórica de los ricos.

—

TARQUINO.

Escuchóla el rey atento,
y viene, y toma, y ¿qué hizo?
sino vase, y llega, y zas,
que lo quiso que no quiso.

—

Si la llamase mi vida,
pues sabe la vida que es,
en figura de requiebro
será una vaya cruel.

—

Viejecita, arredro vayas
donde sirva por lo lindo
á San Anton esa cara
de tentacion y cochino.

—

Harto de ser castellano
desde el dia que nací,
quisiera ser otra cosa
para mudar de país.

Pastel hubo que arañó
al que le estaba amasando,
y carne que oyendo zape
saltó cubierta de caldo.

—

TOLEDO.

Vi una ciudad de puntillas
y fabricada en un huso,
que si en ella bajo, nado,
y trepo si en ella subo.

—

Vi el artificio espetera,
pues en tantos cazos pudo
mecer el agua, Juanelo,
como si fuera en columpios.

—

Flamenco dicen que fué
y sorbedor de lo puro;
muy mal con el agua estaba
que en tal trabajo la puso.

—

Mi marido aunque es chiquito
al mayor de otra muger
le lleva del pelo arriba
dos dedos puestos en pié.

—

No dice esta boca es mia
sino al tiempo del comer:



(La caridad.)

sin saber de dónde viene
todo le sabe muy bien.

—

Y citar puedo á Vitrubio
por ser un raton de letras,
que en casa de un arquitecto
comí á Vignola una nesga.

—

¿Hanme visto tener celos
ni por sueños ni burlando?
¿Dióseme jamás un cuerno
de que se me diesen tantos?

—

Don Turuleque me llaman,
imagino que es adrede;
aunque se zurce muy mal
el Don con el Turuleque.

—

Con estos merecimientos
me gradué de corchete,
¡lo que puede la virtud
y el aplicarse las gentes!

De doscientas leguas huele
almuerzos y medias noches:
lo que come bien lo sé,
mas no sé con qué lo come.

—

Llorando está Manzanares,
el instante que lo digo,
por los ojos de la puente
pocas hebras hilo á hilo.
Mas agua trae en un jarro
cualquier cuartillo de vino
de la taberna, que lleva
con todo su argamandijo.

—

Yo que he conocido
de este siglo el juego,
para mí me vivo,
para mí me bebo.
No se me da nada,
á ninguno temo;
porque á nadie agravio
ni á ninguno debo.

No pretendo cosa,
que todo lo tengo,
mientras con lo poco
vivo muy contento.
Que á mí de esta celda
donde alegre duermo
hallo que me sobra
cuanto yo desprecio.

Muchos dicen mal de mí
y yo digo mal de muchos,
mi decir es mas valiente
por ser tantos y ser yo uno.

LA PROTECCION DE UN SASTRE [1],

NOVELA ORIGINAL.

A mi amigo

DON NAZARIO CARRIQUIRI,

Miguel de los Santos Alvarez.

I.

Hácia el año de mil ochocientos y tantos, amados lectores mios—y esto, que puede muy bien ser tan solo un cumplimiento para los varones, es la verdadera espresion de mis sentimientos para todas las mugeres bonitas que me lean—hácia el año de mil ochocientos y tantos, vino á Madrid un tal Rafael de yo no sé cuántos, muchacho de unos veinte y pico de años de edad, de no malas disposiciones intelectuales, ni tampoco mal dispuesto corporal y mecánicamente. Puede que con el tiempo sepamos de dónde venia este muchacho; yo por ahora tampoco sé de esto una palabra. Lo que sí sé de cierto es que no tenia parientes en la corte, y que con la intencion sin duda de no estar en ella falto de *proteccion*, traia consigo un compañero, con quien podia estar casado ó no estarlo, porque era el compañero una muger. Yo no sé cuáles serian los primeros pasos que este hombre y esta muger darian en la corte; pero supongo que serian los necesarios para buscar casa, porque apenas llegados, estaban ya viviendo en una muy decente habitacion de una decente casa de pupilos, fonda ó cosa parecida.

La primera vez que yo puedo dárselos en retrato á los lectores, estaban los dos hablando, sentados el uno enfrente del otro. Tenia Rafael, al parecer, una proporcionada estatura, era mas flaco que gordo, pero bien hecho y elegante en sus modales.

Pintábase en su fisonomía toda la fuerza y toda la nobleza que acompañan á la juventud, algunas veces, en esta nuestra época de decaimiento físico y adelanto moral, y que debian acompañarla siempre en siglos mas felices, cuando la juventud no vivia mas que con el corazon, que noble y generoso, como lo es siempre al principio de la vida, la separa del mezquino y suspicaz espíritu de exámen, adorno, encanto y regalo, de los jóvenes, aun mas que de los viejos, en este siglo de verdad embustera, de egoismo y de infamia.

Tenia nuestro Rafael dos ojos serenos y valientes, negros y rasgados, bajo unas cejas apenas arqueadas, tan negras como ellos y que se dibujaban con fuerza en la blanquísima frente, espaciosa y marcada con varias protuberancias, que hubieran podido hacer pensar á un frenologista principiante, que estaban allí indicados grandes talentos y otras zarandajas. El pelo era tambien negro y ligeramente rizado, la nariz mas aguileña que otra cosa, la boca mas chica que grande, espresiva y simpática, las mejillas sonrosadas y frescas, la barba regular, y para concluir bien y á propósito, las orejas eran como todas las orejas, que por muy cucas que sean, como estas lo eran, siempre son feas y ridículas miradas sin pasion y á la luz del sano juicio.

La muger con quien hablaba, interesaba desde luego por la delicadeza, gracia y proporcion con que estaban en ella colocados todos los pedazos que componen este pobre cuerpo humano, que era en esta muger todo lo rico que puede ser de belleza y de *agradabilidad*. Esta palabra *agradabilidad* no está en el *Diccionario*. Tendria unos tres años menos que Rafael, ó dos, ó uno, al fin era mas jóven, y quédese esto aquí, y vamos adelante con nuestra historia.

Estaban los dos vestidos como para salir de casa, sin un escesivo lujo, pero con muchísimo gusto y á la moda, aunque no sé si á la última, porque en Madrid apenas hay última moda, lo que á muchos les probará atraso y á mí me prueba otra cosa.

(1) De esta novelita se hizo tiempo há una cortísima edicion conocida de muy pocas personas; los ruegos de otras que de ella han oido hablar con elogio, y la circunstancia de no encontrarse un ejemplar de los pocos que se imprimieron, nos ha movido a ofrecérsela á los lectores del SEMANARIO, en la persuasion de que nos lo agradecerán.

Sobre los muebles de la habitacion en que se hallaban, que eran por mas señas nuevos y bonitos, habia, aquí unos guantes, allí una sombrilla, mas allá un sombrero, y por este órden esparcidos una porcion de objetos, de estos de que se echa mano en el momento crítico de salir á la calle.

—Aquí nos tienes, dijo por fin Rafael.

—Sí, respondió la jóven con aire distraido, *aquí estamos.*

Sonrióse nuestro muchacho de la indiferencia con que fué pronunciado el *aquí estamos.*

—Sí, Luisa mia, aquí estamos, y dia vendrá en que pierdas la desconfianza con que aquí has venido.

—Desconfianza... no; estando contigo, Rafael, y teniendo tú esperánzas de nada desconfio.

—Bien, Luisa, así ten esperanza en mí y allá verás.

—Y además tenemos dinero, dijo Luisa mirando á Rafael con una espresion entre triste y maliciosa.

—De sobra, respondió este de muy buena fé y como quien decia una verdad. Antes de gastar los catorce ó quince mil reales que tenemos, verás como he logrado mi objeto.

—Por supuesto que nos haremos ecónomicos, ¿no es verdad? y pronunciaba Luisa estas palabras con cierto tono de burla benigna, en que bien á las claras se conocia que en todo podia tener fé, menos en la economía de Rafael.

—Por mas despilfarrados que seamos, ceñidos á un tan triste capital, Luisa mia, no malgastaremos mucho dinero. Pero gasta todo lo que quieras, Luisa, porque ya te he dicho que antes de que se acabe ese dinero, ya habré yo visto realizadas mis esperanzas.

—Bien, Rafael; pero como hasta ahora, de tantas veces como me has hablado de tus esperanzas, ni una sola me has dicho nada de positivo, ni de su fundamento, ni del fin á que caminan...

—¡Ea! la interrumpió Rafael, ya tenemos al mezquino espíritu mugeril queriendo poner puertas al campo. Las esperanzas mias tienen su fundamento yo no sé dónde... y ¿quién va á adivinar adónde pararán? Pero, querida Luisa, si tú no concibes mas que lo que te puedes esplicar lógica y razonadamente, á mí me sucede todo lo contrario: concibo, yo no sé cómo, todo lo que no puedo esplicarme, y me ha sido casi siempre imposible concebir lo que me esplican.

—¡Talento peregrino! esclamó Luisa con una recalcada, cariñosa y burlona admiracion, al mismo tiempo que levantándose, empezó á colocarse en los sitios á que cada una correspondia, una porcion de baratijas, que la pusieron, despues de un rato que pasó tarareando indiferentemente, mientras se adornaba con ligereza, en disposicion de coger el brazo á Rafael y salir con él de casa.

II.

Las mugeres, lector mio, son una cosa muy rara.

Ni tú ni yo sabemos lo que son.

Acaso lo sabrá la amabilísima y amadísima lectora.

Yo creo que tampoco lo sabe.

Pero sépalo en hora buena: tú y yo nos quedamos como antes, sin saber una palabra en la materia.

Ingorante, pues, como lo estoy de todo lo que tiene relacion con la parte intelectual del ente hembra humana, ó séase racional, nada tendrá de particular que me engañe en lo que creo; y lo que creo es lo siguiente:

Yo creo que las mugeres no tienen juicio, así como creo que tienen muchísima *formalidad;* y de aquí creo yo que nace la escasez de mugeres calaveras, lo que puede ser muy bueno, y la abundancia de mugeres insípidas, lo que es muy malo; y de aquí creo yo que nace la casi imposibilidad en que se encuentran los hombres de topar con la muger en punto.

Sexo querido, no vayas por Dios á atribuir á desamor estas ligeras observaciones, sino al contrario, míralas como hijas de mi mucho amor y de mi acendrado cariño, que me fuerza á andar siempre caviloso y discurriendo el medio que habria para quererte mas á mi gusto, y para si posible fuera, enmendar la plana al Criador, y añadirte algunas perfecciones mas de las que tienes, que á mi corto entender no habian de estar demás.

Quedamos pues en que, salvo error, á las mugeres las falta *juicio* y las sobra *formalidad;* y aquí añadiré que las sobra otra cosa que, con un poco mas de juicio y un poco menos de formalidad, haria sin disputa, no toda, porque no puede ser, pero al cabo la posible felicidad del género humano, y que hace ahora, por lo general, ó su ridícula infelicidad, ó ya que vaya por bien, su tontísima distraccion.

Esta cosa de que voy hablando es el amor.

No hay ser en la naturaleza que encierre mas amor que la muger, ni hay otro á quien se le conozca menos.

Todo lo que hasta aquí se ha dicho, así como lo que en adelante puede decirse en la materia, debe entenderse dicho y pensado gene-

ralmente, y salvas algunas afortunadísimas escepciones con que algunas afortunadísimas gentes se encuentran porque se empeñan en ello y á costa de su trabajo lo consiguen.

Generalmente hablando puede asegurarse que no hay cosa que menos se las conozca á las mugeres que el amor.

Se las conoce, sí, cierta atolondrada preferencia en el principio, y cierta preferencia á secas en el medio de las relaciones entre ambos sexos; pero preferencia que no da ningun derecho al hombre á creerse bien querido, y que le tiene tan en el aire despues de ocho ó diez mil protestas de amor, es decir, despues de una porcion de conversaciones que se necesitan para hacer tantas protestas, como en los primeros dias de coqueteo. Verdad es que esta inseguridad es un paraiso de dudas, que proporciona al hombre el inefable placer de estar siempre en ridículo consigo mismo, y espuesto á cada momento á caer en el de los demás.

Y... ¡quién lo diria! al mismo tiempo hay en las mugeres instantes sublimes de amor, manifestado á sus amantes, y que el diablo me lleve si no son sublimes todas las horas de amor que ellas tienen á sus solas.

¿Cómo no ha de haber entusiasmo y abnegacion de sí mismo, en un ser espirituoso, delicado y volátil, que ama, que necesita amar, que no puede hacer bien ninguna cosa sino amar, porque para amar solo sirve, y que del amor se alimenta y saca todas las satisfacciones de su vida?...

Yo no sé si esto será bastante, pero por lo menos, á primera vista, parece que hay razon suficiente para creer, á pesar de todo, que las mugeres aman con delirio cuando están ellas solas, pensando... ¿en qué puedan ellas pensar sino en sus amores, ó en sus vestidos, ó en otras cosas así, muy enlazadas con sus pasiones?

(Continuará.)

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

EL TIGRE Y LA ZORRA.

LEYENDA TRADICIONAL.

CAPÍTULO VI.

CATASTROFE.

En la misma habitacion
de la casa de Castrillo,
que anteriormente con pluma
minuciosa hemos descrito,
el infelice Tomás
yace con rostro abatido,
mil contrarios pensamientos
revolviendo en su delirio.
A pocos pasos Garduña
le observa inmóbil y frio,
viva imágen de la muerte
que allí ejerce su dominio,
y sin duda no le cuadra
aquel silencio fatídico;
pues componiendo el semblante
y con acento melifluo
dijo, de paso lanzando
un hipócrita suspiro:

—

—Calma tu afliccion, Tomás.
Pues no hay salida ninguna
vuelve el rostro á la fortuna,
y sé verdugo.—
—Jamás.
—¿Tanto el oficio aborreces
que á ser hombre te levanta?
—Mas que al cordel la garganta,
prefiero morir mil veces.—
—¡Eres jóven!—
—Es verdad:
en esta edad de placeres
hay amor en las mugeres,
y en los hombres amistad.
Se goza en una sonrisa,
se vive en una mirada,
edad bella y envidiada
con el placer por divisa.
Para todos ¡ay de mí!
edad de goces y encanto,
pero para mí de llanto
pues en la infamia nací.
Si acaso en una muger
la vista fijo turbada
y ella quiere á esta mirada
con amor corresponder,
un espíritu infernal
de mi nombre aborrecido
desliza el eco en su oido
¡y adios vision celestial!
Ya en mi triste primavera
sufro del destino el yugo:
es el hijo del verdugo
oigo murmurar do quiera,
y como objeto de horror
todos se apartan de mí...
¿Qué es la juventud, si así
la ha emponzoñado el dolor?
Ya que me cierra el camino
de salvacion cruda suerte,
yo venceré con la muerte
la injusticia de mi sino.—

—

Su desesperada queja
hubo apenas concluido
el desdichado mancebo,
cuando al compás de los gritos
del populacho cruel
que bulle fuera intranquilo,
en la puerta resonaron
tres golpes, y á un tiempo mismo,
abrid á la ley, con dura
precision una voz dijo.
Con el cabello erizado
de temor y el rostro lívido,
una mirada suprema
tendió el hijo de Castrillo
de la habitacion en torno,
hierro buscando mortífero
con que acabar de su vida
el insufrible martirio.
Cruzado en tanto de brazos
Garduña observa tranquilo,
crece en la calle el rumor,
crujen los vetustos quicios
de la puerta, hasta que al suelo
con rumor siniestro vino;
mas cuando en la habitacion
penetraron los ministros
de la ley y los arqueros
de plebe adusta seguidos,
solo á Garduña encontraron
que asomado al ventanillo
que da al Esgueba, señala
en su cenagoso vidrio
al desdichado Tomás,
que lanzando un ¡ay! tristísimo,
se abre la tumba en el fondo
negro de su cauce frio.
Cuando adquirieron las aguas
su reposo primitivo,
Garduña, el rostro animado,
de un infernal regocijo,
al atónito concurso
de aquel suceso testigo,
dijo con solemne acento
su talle irguiendo raquítico:
—Juan y Tomás ya no existen;
pero á falta de un Castrillo,
yo seré el ejecutor
pues tengo amor al oficio.—

—

Y es fama en Valladolid,
que desde aquel punto mismo
siempre que un reo en la plaza
exhala el postrer suspiro,
desde el fondo de la Esgueba
responde con un gemido
el ánima abandonada
del hijo de Juan Castrillo.

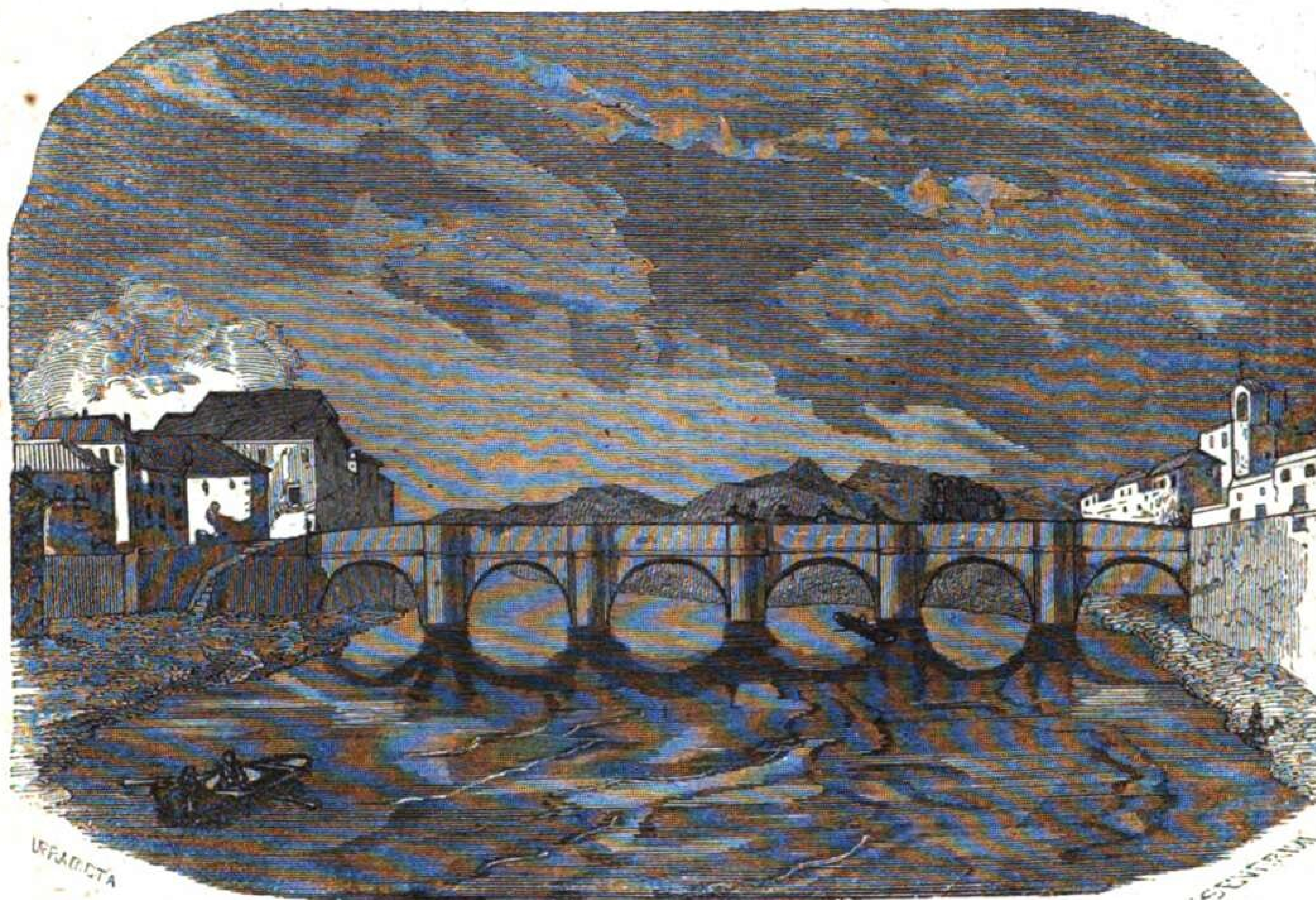
CEFERINO SUAREZ BRAVO.

FIN.

EL PUENTE DE MIRANDA DE EBRO.

Ni por una antigüedad remota, ni por lo magnífico y sorprendente de su construccion, es notable el monumento cuya vista exacta damos á nuestros lectores á la cabeza de este artículo; pero sí porque se halla situado, como es notorio, en la carretera mas principal y concurrida de nuestra España, en la frontera de Castilla por la parte de las provincias Vascongadas, y porque rara ó ninguna de las infinitas personas que han viajado y viajan por aquella, dejará de conservar recuerdos, nada agradables por cierto, del puente de Miranda de Ebro. Establecido en uno de los estremos del mismo el cuerpo de guardia de carabineros, las personas, los carruajes y todo tiene que someterse á un minucioso reconocimiento, sin el cual ¡cuántas cosas, qué cigarros tan buenos y tan baratos no se comprarian en Vitoria, Bilbao ó San Sebastian!

El solo nombre de aquel infunde cierto recelo, aun á los viajeros mas despreocupados, y el pasarle pronto es un motivo de satisfaccion, porque desde entonces, no antes, puede calcularse cuándo se llegará á la corte ó á otro punto cualquiera, cesando ya de sufrir enojosas detenciones, de bajar equipajes, de abrir y cerrar baules, sacos de noche y sombrereras, de enseñar gratis á los curiosos y desocupados las ropas y efectos que se conducen, de estropearse unos y otros, de pagar propinas y gabelas á los solícitos mozos que manejan dichos equipajes, y en fin de perder un tiempo preciosísimo y muy necesario, por lo menos para terminar con mayor prontitud un largo y penoso viaje.



(Puente de Miranda de Ebro.)

Por otra parte, si por un hundimiento ú otra desgracia imprevista se suspendiese el paso del célebre puente que nos ocupa, ¿cuántas hermosas dejarian de lucir sus gracias y sus encantos por falta de los accesorios precisos que la moda las manda á cada momento de Paris, y que precintados ó sin precintar atraviesan hoy aquel?

Los príncipes y embajadores, nuestros personajes, las notabilidades europeas, los ejércitos vencedores y vencidos, el capitan del siglo, el infortunado Cárlos Alberto... todos, todos han transitado por el puente de Miranda, y para algunos se han levantado en su centro sencillos arcos de boj que han desaparecido, con raras escepciones, con tanta prontitud y presteza como el prestigio y la popularidad de los héroes á quienes se han dedicado tales obsequios.

A pesar de lo que decimos al principio, no se crea que el puente de Miranda deje de honrar al arquitecto que le dirigió, pues sucede todo lo contrario, porque es sin disputa de los mayores y mejor construidos que tenemos, asemejándose su sólida é imponente obra, á una de las pocas de igual clase que todavía admiramos de la época romana.

Prescindiendo de la elevacion suma y esbeltez de sus seis arcos, tiene ciento cincuenta pasos de largo y diez de ancho, y además del uso ordinario á que está destinado, sirve de paseo de verano á los mirandinos, habiendo asientos y faroles en los macizos de las cepas ó estribos.

A cada lado de la entrada del puente, viniendo de la parte de Francia, hay dos grandes pedestales guardando simetría, que rematan sostenidos por leones en escudos de piedra sólida, con las armas de Castilla y de Miranda, y en lápidas incrustadas en aquellos con inscripciones en latin y castellano, que dicen:

«Reinando Cárlos III, destruido enteramente el antiguo puente de »Miranda, fué principiado este á espensas del público, en el año »de 1776, cuya fábrica mas propia para la duracion contra las conti»nuas inundaciones del rio Ebro, y su traza de mejor gusto, dirigió y »concluyó el arquitecto D. Francisco Alejo de Arangúren, en el año 1777.»

Remigio Salomon.

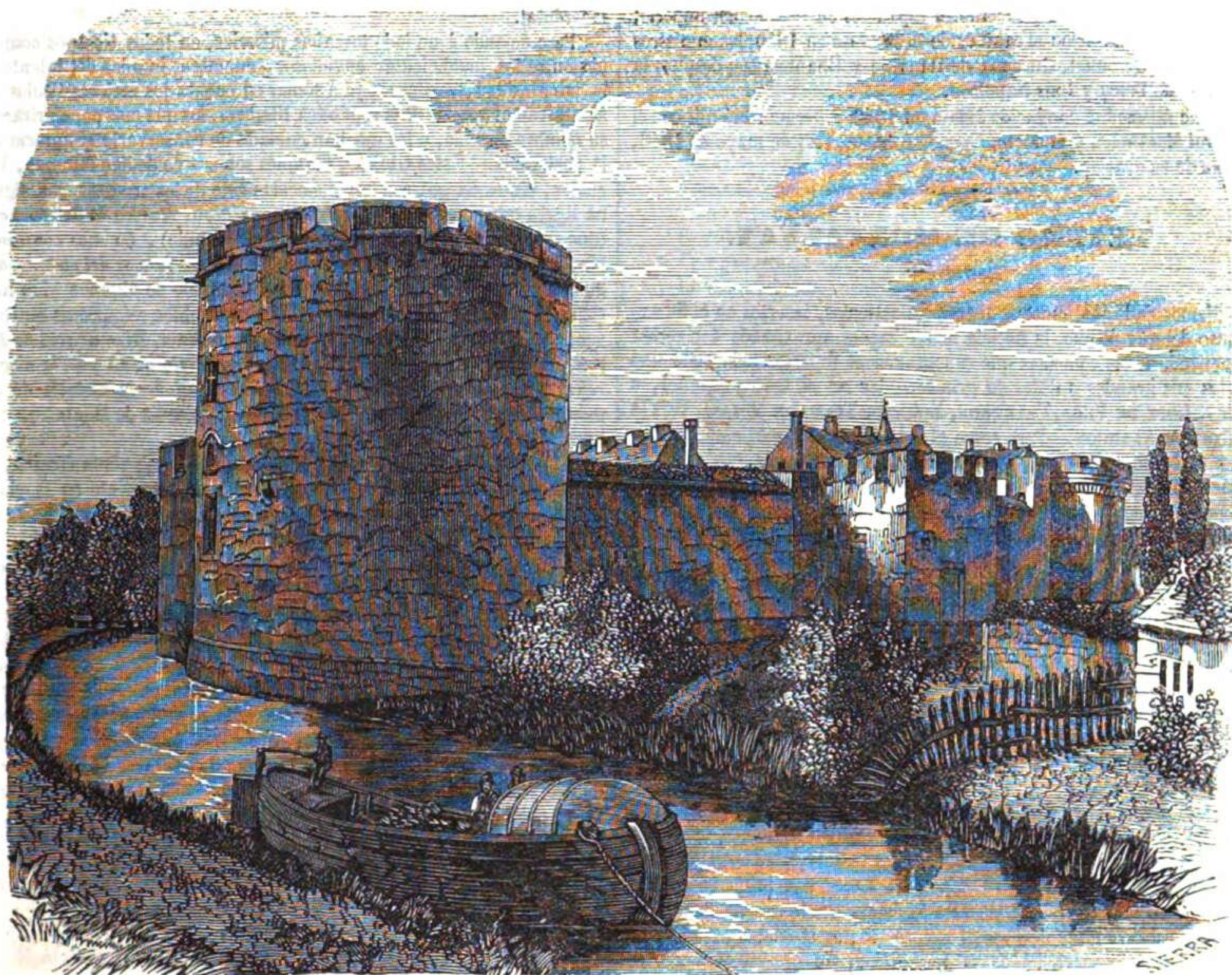
La Barquilla.

—¿Adónde vas, frágil barca,
sin remeros ni piloto,
por el embate impelida
del huracan espantoso?
¿Quién dirigirá tu rumbo,
si te internas en el golfo?
¿Quién evitará por ti
los escondidos escollos?
Detente, pobre barquilla,
busca en el puerto el reposo...
Mas ¡ah! las olas te arrastran
como raudo meteoro?
¿Adónde irás á parar?
¿A dónde irás á dar fondo?...
—Voy adonde fueron otras
naves, de la mar colosos;
Adonde va la hermosura,
adonde van los tesoros,
adonde irán las coronas
de rosas, laurel y oro.

Francisco J. Orellana.

Redactor y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imprenta del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.



LA FORTALEZA DE HAM.

La construccion de este castillo, atribuida por la tradicion á Luis de Luxemburgo hácia el año de 1470, es á la verdad anterior al siglo XV. En ninguna parte de él se ven las armas de Luxemburgo, al paso que en muchas se encuentra una J entre dos azucenas. La J es la primera letra del nombre de Juana, y las azucenas indican que se trata de una persona soltera. Roberto de Bas tenia una hija única llamada Juana, heredera de los condados de Soissons, de Marle y de las tierras de Ham, y ella fué la que por su matrimonio con Luis de Luxemburgo llevó en dote el 16 de julio de 1435 aquel castillo nuevamente reconstruido y fortificado.

El edificio que en otro tiempo habitaba el gobernador, es el mas antiguo de los que existen en el interior de la fortaleza, y fué construido por Carlos VI, duque de Orleans. El escudo, sobrecargado de innumerables flores de lis, es una prueba de esto. En efecto, por cartas reales del 22 de mayo de 1404 se confirmó á este príncipe la posesion de las tierras y rentas del dominio situado en Ham, que él mismo habia comprado á María de Bar, y le permitieron conservar en pairia el condado de Soissons, de Ham en Vermandois, etc.

El castillo, situado en el centro de un fangoso pantano, se compone de cuatro torres redondas, levantadas en los ángulos de un cuadrilongo: se unen entre sí por medio de muros altísimos llenos de troneras que los convertian en el siglo XV en terribles defensas. Otras dos torres cuadradas se elevan en los intervalos que dejan las redondas, y dominan las dos entradas que tenia la fortaleza. Una de estas se halla al presente condenada, y el puente que á ella conducia no existe.

La torre principal que mira al Este es imponente por su gran mole, pues tiene veintinueve varas y media de elevacion y otras tantas de diámetro; sus murallas de morrillos, cubiertas con capas de piedra arenisca por la parte esterior, tienen once metros de grueso. Se divide en tres pisos, que forman tres grandes salas exágonas.

En el piso inferior se notan en el muro doce agujeros muy estrechos y largos: son otros tantos calabozos para presos.

El condestable habia mandado grabar en la puerta de entrada esta especie de divisa: *Mi suerte*, para espresar probablemente que esperaba rehacerse en aquella plaza fuerte, por contraria que le fuese la fortuna.

Las gárgolas ó canalones de la torre escitan la curiosidad: uno, por ejemplo, representa un personaje barbudo, de largos cabellos, que tiene entre las manos un escudo roto.

Despues de la muerte del condestable Luis de Luxemburgo, su hija mayor, María de Luxemburgo, llevó el señorío de Ham á la casa de Vendome, por su segundo matrimonio con Francisco de Borbon en 1487. Dicha señora se aficionó mucho al castillo de Ham, y solia habitarlo con frecuencia: en él dió á luz en 1491 á Francisco de Borbon, compañero de armas y de infortunios de Francisco I, en Pavía; y en 1494 á Antonieta de Borbon, casada con el duque de Guisa, y madre del gran duque de Guisa que reconquistó á Calais.

Hácia esta época sitiaron á Ham los ingleses. Amé de Sarrebruche se metió dentro de la fortaleza con cien lanzas del duque de Vendome, y ayudado por los habitantes la defendió con brio, obligando al enemigo á levantar el sitio. La poblacion no fué tan dichosa cuando en 1557 trató de resistirse contra la invasion española.

Despues de la victoria de San Quintin embistió Felipe II con sus tropas la ciudad y castillo de Ham. Defendido este valerosameste por Pedro Chappuis y Adriano de Pisseleu, señores de Hally, con varias compañías escocesas, fué tomado por asalto el 12 de setiembre, á favor de las brechas que abrió, tanto en la torre como en la cortina del Este, la artillería del rey de España, que arrojó durante tres dias contra los muros un diluvio de balas.

El orgullo español consintió en un acomodamiento, y se firmó la paz en Chateau-Cambresis. El dia 3 de abril de 1559 volvió Ham al dominio de Francia, al mismo tiempo que San Quintin y el Catelet.

Despues de haber pertenecido sucesivamente á las casas de Coucy, de Bar, de Luxemburgo, de Vendome y de Navarra, el castillo de Ham fué incorporado á la corona por Enrique IV.

Desde esta época ningun acontecimiento importante le ha enlazado á la historia. Su destino, de un siglo á esta parte, mas ha sido servir de prision de Estado que de plaza de guerra.

Entre los presos que han encerrado sus muros se cuentan Jacobo Cassard, de Nantes, intrépido marino que murió en 1740; el conde de Marbœuf, Laustrec, Mirabeau; los republicanos Bourdon, Charles, Duhem, Choudiu, Victor Hugues, etc.; los realistas Vibray, Montmo-

rency, Choiseul, Polignac, y algunos náufragos de Calais; algunos publicistas; cardenales y sacerdotes españoles en tiempo del imperio; durante la restauracion el capitan de *la Medusa* en 1830; los ministros Polignac, Peyronnet, Guernon de Ranville y Chantelauze; despues la duquesa de Berry y Luis Napoleon.

Este último fué conducido á Ham en 1840, y permaneció allí con el general Montholon y el doctor Conneau, hasta el 25 de mayo de 1846, época de su evasion.

TEATRO DE MONTALVAN.

Hemos dado con nuestros anteriores artículos, insertos en el SEMANARIO del año último, la noticia mas ó menos aproximada á rigorosa exactitud, de las comedias que constituyen el repertorio de cada uno de los seis grandes autores de primer órden en el teatro español, á saber, LOPE DE VEGA, CALDERON, MORETO, TIRSO DE MOLINA, ROXAS y RUIZ DE ALARCON.—Pero como al lado de ellos, y participando respectivamente de su genio poético, brillaron otros varios que, si no alcanzaron á igualarlos en fecundidad y original talento, acertaron por lo menos á seguir sus huellas, y á imitarlos con mas ó menos éxito, parécenos del caso, para completar este imperfecto trabajo literario, ampliarle á algunos de dichos autores, que podremos llamar de segundo órden, y cuyas obras, poco conocidas por lo general, constituyen una parte muy señalada é importante en el magnífico repertorio de nuestro teatro del siglo XVII.—Procuraremos, pues, reducir á catálogos, los mas exactos que sea posible, las piezas atribuidas generalmente á cada uno de aquellos ingenios, haciendo además las observaciones que nos sugiera nuestro estudio, sobre ellas y sus autores.

Sea el primero que nos ocupe el doctor JUAN PEREZ DE MONTALVAN, amigo, discípulo, entusiasta imitador y panegirista del gran Lope de Vega.

Este ingenioso y estudiosísimo autor, que nació en Madrid en 1602 (al año siguiente que Calderon), y murió en el mismo á la temprana edad de treinta y seis años en 1638 (á los tres de la muerte de Lope de Vega), tuvo sin embargo tiempo para hacer una brillante carrera literaria en la universidad de Alcalá, hasta graduarse de doctor en teología, dedicándose despues al sacerdocio, en el cual ejerció el empleo de notario apostólico de la Inquisicion, sin olvidar por esto su irresistible vocacion poética, que le hizo producir desde la edad de trece años muchas obras literarias, entre las cuales son notables las *Novelas ejemplares* (un tomo impreso en Madrid, 1624), el *Para todos*, libro de erudicion y entretenimiento, 1633; el *Orfeo*, poema en octavas, y la *Fama póstuma de Lope*, obra en que reunió todos los elogios tributados á la tierna memoria de su maestro y amigo; por último, segun confesion propia, en su libro *Para todos*, llevaba escritas á su publicacion y dadas á la escena (1633), 36 comedias y 12 autos sacramentales.—De aquellas se imprimieron en coleccion dos tomos ó partes (Madrid y Alcalá, 1639, 1652), y otras varias sueltas; y aunque en el catálogo que hemos formado y que damos á continuacion aparece número bastante mayor de las 48 piezas dramáticas que el mismo Montalvan dice haber escrito hasta aquella época, esto puede consistir primeramente en que en los tres años que aun vivió escribiera algunas otras; además, en que varias estén repetidas con el título doble y aun triple con que solia adornarlas, y otras le sean falsamente atribuidas por los libreros editores.

Como el objeto del presente artículo sea únicamente el teatro de Montalvan, prescindiremos de entrar en análisis y consideraciones sobre sus demás obras literarias ya citadas, que merecieron en su tiempo tan favorable acogida, que de alguna de ellas, por ejemplo el *Para todos*, pudiera citarse hasta la novena edicion, hecha en pocos años. No las creemos por cierto dignas de tanta popularidad; pero menos aun del encono ó aversion que hácia la persona del presbítero Montalvan hubieron de producir entre varios escritorzuelos contemporáneos, y que exhalaron su bilis en necios y envenenados epigramas, de los cuales ha conservado alguno la tradicion.

«El doctor tú te lo pones,
el Montalvan no le tienes;
con que quitándote el Don
vienes á quedar Juan Perez.»

Hé aquí una muestra de las falsas é injustas sátiras lanzadas en su tiempo contra el virtuoso, ilustrado y cortés autor que en todas sus obras respira honradez, ingenio y mansedumbre, y á quien parece quererse rebajar por el grande argumento de que no tenia Don (que por cierto no usó nunca), siendo como era hijo de Alonso Perez de Montalvan, librero del rey, y poeta tambien; como si esto (aun en el caso de haberlo usado) fuera un delito, superchería ó vanidad, en quien habia recibido la nobleza con el grado de doctor, y su carácter sacerdotal.

Pero dejando á un lado tamañas miserias, en todos tiempos comunes entre los maldicientes envidiosos, enemigos jurados del talento y la laboriosidad, vengamos ya á tomar en cuenta los mejores títulos de Montalvan al aprecio de la república literaria, los que mas popularizaron su nombre en vida, y los que han cuidado de conservarle el aprecio de la posteridad.—Estos títulos y blasones son sus comedias famosas, las cuales, sin embargo, son hoy conocidas solo de los eruditos, con alguna ligera escepcion, como *La toquera vizcaina*, *Marica la del puchero* (que creemos no sea de Montalvan y sí de Cubillo), *La mas constante muger*, *No hay vida como la honra*, *Lo que son juicios del cielo*, y alguna otra que de vez en cuando, y con intervalo de algunos años han solido reproducirse en la escena.—Han sido tambien reimpresas muchas veces, *Los amantes de Teruel*, *El nazareno Sanson*, *El mariscal de Biron*, *Los hijos de la fortuna*, *El príncipe prodigioso*, *La puerta macarena*; y el señor Ferrer insertó á continuacion de la historia de *La monja alférez*, impresa en Paris en 1829, la comedia de Montalvan que lleva el mismo título.

El carácter mas determinado de Montalvan como poeta cómico, es el de imitador fiel y feliz de Lope de Vega, no solamente en la combinacion de la fábula y en la pintura de los caractéres, sino hasta en la espresion y en el estilo, en términos que pudiera decirse que su teatro es un verdadero apéndice ó continuacion del colosal de su maestro y amigo. Algo menos de espontaneidad y un poco mas de juicio en el tejido dramático del argumento, dan sin embargo á las comedias de Montalvan precio mayor sobre muchas de las de su ingeniosísimo y descuidado modelo; y de ello pudieran citarse ejemplos en la de *No hay vida como la honra*, *La mas constante muger*, *Los amantes de Teruel* y la misma *Toquera vizcaina*, que por otro lado parece mas bien imitacion de Tirso de Molina. En cuanto á los caractéres, en general son los apasionados y tiernos de Lope, los de la *Moza de cántaro*, *Lo cierto por lo dudoso* y *La estrella de Sevilla*; y por lo que hace al estilo y versificacion, parece á cada paso haberle robado la inspiracion y el estro, la intencion filosófica y la espresion fácil y cadenciosa.

«Si el alma un cristal tuviera
(como cierto Dios queria),
menos traiciones hubiera,
pues cada cual temeria
que su infamia se supiera.
No hubiera en el mundo engaños,
cautelas, juicios estraños,
traiciones, falsos testigos,
ni con máscara de amigos
hubiera secretos daños.
No hubiera malas ausencias
ni encontradas voluntades
por opuestas diferencias,
ni hubiera en las amistades
injustas correspondencias.
No hubiera amigos fingidos
que el bien ageno los mata
de su envidia persuadidos;
no hubiera muger ingrata
á servicios recibidos.
No hubiera en hombres discretos
malas palabras y afrentas
quizá por falsos concetos,
ni hubiera muertes violentas
por intereses secretos.
No ofreciera un gran señor
su casa á amigo traidor;
que aun suele el mas verdadero
ser por ventura el primero
que hace tiro en el honor.
No hubiera libres intentos
de mugeres principales
de mas altos pensamientos,
ni en los hombres desiguales
cupieran atrevimientos.
Y en efecto, cada cual
fuera cortés y leal,
fuera amigo y noble fuera,
porque la lengua siquiera
correspondiera al cristal.»

Estos versos, que hallamos en la jornada segunda de la comedia titulada *Cumplir con su obligacion*, y otros muchos que pudiéramos citar, prueban hasta dónde llevó Montalvan la feliz imitacion de su maestro.

En otra parte dice una dama.

«Alabómele tanto
unas veces con risa, otras con llanto,
Clavela enamorada,
que su alabanza me sirvió de espada;
pues aun antes de verle
pude tener amagos de quererle.
Al fin ella me hizo
que le quisiese bien; que no hay hechizo
tan fuerte ni apretado
como tener otra muger al lado,
que inclinada á su nombre
á todas horas diga bien de un hombre.
. . . .
Luego por la esperiencia
conocí que era amor mi diligencia;
que cuando las mugeres
en vestidos, tocados y alfileres
tal cuidado ponemos,
ó queremos querer, ó ya queremos.»
(El Príncipe de los montes.)

Todo esto es Lope de Vega puro, y no solamente lo son los razonamientos y discursos filosóficos, los parlamentos amantes, los trozos épicos y líricos, sino hasta las relaciones, cuentos y réplicas de los graciosos, como los de las pensiones de un casado que dice *Seron* en *La mas constante muger*, y la chistosisima invectiva contra los suegros que pone en boca de *Juanelo* en la comedia *Morir y disimular*, y que no insertamos íntegra por su estension. Sirvan de muestra los siguientes versos:

«Glorioso San Sebastian,
santo cabal y perfecto,
mi alma como la tuya,
como tu cuerpo mi suegro.
¿Todas las flechas á vos?
¡que poca razon tuvieron!
suegros habia en el mundo
y habia casamenteros, etc.»

Montalvan, pues, para los amantes de nuestro original y magnífico teatro, merece una distinguida memoria, y ocupa sin duda alguna un señalado lugar entre los mas felices y dignos cultivadores de nuestra escena patria. Y si bien no creemos sujetos á sana crítica los exagerados encomios é hiperbólicas coronas con que sus apasionados quisieron sin duda vengarle, despues de su desdichada muerte (ocasionada por un delirio mental hijo de su mucho estudio), de las injustas y no menos apasionadas invectivas de sus detractores, trasladamos aquí el final del pomposo elogio de este autor, que hizo y publicó el sapientísimo D. José Pellicer:

«Este fué el doctor Juan Perez de Montalvan, habiendo yo hecho »juicio de sus escritos, ni lisonjero ni afectado. Véanse sus obras y »hallarán ajustado este retrato original. Fué entendido, modesto, »apacible, cortés y blando. Sus escritos están respirando erudicion y »sus libros doctrina. De nadie dijo mal, alabó á todos. Nació en el re»gazo de las musas, como de Hesiodo y de Sidonio se cuenta. Calíope »le dió la invectiva en la poética, Clio la noticia de la historia, Melpó»mene la disposicion elegiaca, Euterpe la infalibilidad matemática, »Erato lo festivo, Terpsícore lo ingenioso de las artes, Urania el co»nocimiento de los cielos, Talía lo bucólico y Polimnia lo lírico. Dejó »en su muerte lástima y deseo, y aun la envidia le lloró.»

Los demás poetas de su tiempo cantaron su muerte en sentidos versos, que recogió su amigo el licenciado D. Pedro Grande de Tena, y publicó en un tomo impreso en Madrid en 1639, con el título de *Lágrimas panegíricas á la temprana muerte, etc.* Tambien se publicaron aparte otros *Elogios evangélicos* y *Oraciones panegíricas*, y los teatros de la corte de la Cruz y del Príncipe, representaron simultáneamente y durante muchos dias la preciosa comedia *No hay vida como la honra*.

De todo esto se infiere que el que en presencia de Lope y Calderon, de Tirso, de Roxas y Moreto supo brillar tan alto en la esfera poética, supo compartir con aquellos esclarecidos ingenios su envidiable popularidad, debia seguramente estar dotado de relevantes dotes, que aun hoy, despues de dos siglos, hacen grata y respetable su memoria.

R. DE M. ROMANOS.

COMEDIAS Y AUTOS

ATRIBUIDOS AL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

Aborrecer lo que quiere.
A lo hecho no hay remedio y Príncipe de los montes.
Amantes (los) de Teruel.
Amor es naturaleza.
Amor, privanza y castigo.
Amor, lealtad y amistad.
Caballero (el) del Febo, auto.
Cardenal (el) de Moron.
Centinela (la) de honor.
Cómo se guarda el honor.
Como amante y como honrada.
Como á padre y como á rey.
Cuerdos hay que parecen locos.
Cumplir con su obligacion.
De un castigo dos venganzas.
Defensor de la fé y príncipe prodigioso.
Desdicha (la) venturosa.
Deshonra (la) hermosa.
Despreciar lo que se quiere.
Despreciarse por quererse.
Desprecios (los) en quien ama.
Diablos son las mugeres.
Dichoso (el) en Zaragoza.
Divino (el) Portugués, San Antonio de Padua, auto.
Doncella (la) de labor.
Don Florisel de Niquea, Para con todos hermanos.
Dos Jueces de Israel.
Empeños (los) que se ofrecen.
Ermitaño (el) galan.
Escanderbek, auto.
Fin (el) mas desgraciado.
Formas (las) de Alcalá, auto.
Galan (el) secreto, ó Cállate y callemos.
Ganancia (la) por la mano.
Gitanilla (la).
Gitana (la) de Menfis Santa María Egipciaca, auto.
Gravedad en Villaverde.
Hijo (el) del Serafin San Pedro Alcántara, auto.
Hijos (los) de la fortuna.
Lo que son juicios del cielo.
Lucha de amor y amistad.
Mariscal (el) de Biron.
Marica la del puchero.
Mas (la) constante muger.
Mas puede amor que la muerte.
Mejor (el) padre de pobres.
Monja (la) alférez.
Morir y disimular.
Mudanza (la) en el amor.
Muger (la) de Perifañes.
Natividad (la) del Señor, auto.
No hay vida como la honra.
Obrar bien, que Dios es Dios.
Olimpia y Vireno.
Palmerin de Oliva.
Pedro Urdimalas.
Por el mal vecino el bien.
Premio (el) de la humildad.
Príncipe (el) Don Carlos.
Privilegio (el) de las mugeres.
Puerta (la) Macarena, primera y segunda parte.
Remedio, industria y valor.
Reinar para morir.
Rigor (el) de la inocencia.
San Juan Capistrano, auto.
Santo Domingo el Soriano, auto.
Segundo (el) Séneca de España.
Sentencia (la) contra sí.
Señor (el) Don Juan de Austria.
Ser prudente y ser sufrido.
Sufrimiento (el) premiado.
Templarios (los).
Toquera (la) vizcaina.
Traicion (la) vengada.
Valiente (el) Nazareno Sanson.
Valiente (el) mas dichoso.
Valor (el) perseguido.
Ventura (la) en el engaño.
Un gusto trae mil disgustos.
Zeloso (el) estremeño.

PLAZA NUEVA DE BILBAO [1].

Al describir el origen, historia y estado de la plaza nueva de Fernando VII en octubre del año de 1843, nos propusimos manifestar las diferentes alternativas ocurridas hasta entonces, y los muchos obstáculos que entorpecian este grandioso proyecto; y no olvidamos tampoco las muchas dificultades que necesariamente se presentarian para su conclusion. Dudábamos, á la verdad, ver tan pronto la continuacion de las obras paralizadas, y de cuándo seria el dia en que estas se terminasen; sin embargo, una idea halagüeña se agitaba en nuestra mente, idea que fundada en la práctica de los hechos desvanecia estos temores y nos hacia recordar que con la fé y la constancia, virtudes comunes en nuestro suelo, se han realizado proyectos cuyas obras asombrosas llaman tanto la atencion. El atrevido y costoso acueducto y paseo de los caños con la presa del Ponton (2), la ribera de Olaveaga, ese portento de la ordenada administracion del Consulado, de esa célebre corporacion, cuyas ordenanzas han servido de modelo á otras plazas de comercio de dentro y fuera del reino, que para hacer mas cómoda la navegacion del *Nervion*, contrarestando á las fuertes avenidas, luchando con la bravura del Océano en la embocadura de Portugalete, y practicando los trabajos en mucha parte en peña durísima y en riscos inaccesibles, construyen mas de cincuenta y cinco mil piés de magnífico muelle, paseo tambien concurrido en todas estaciones del año; y el establecimiento del Hospital civil (3), recuerdo feliz de la caridad y desprendimiento de sus fundadores, levantado de planta no ha muchos años, venciendo igualmente obstáculos infinitos, ejemplos son que alejando la desconfianza, presagian un feliz resultado en las empresas. Este noble presentimiento se cumplió, y nuevamente nos ocupamos con gusto en bosquejar hechos que concluirán aquel artículo.

No podian mirar con indiferencia nuestras celosas autoridades la paralizacion de unas obras para las que se habian hecho sacrificios y desembolsos de suma consideracion, y necesario era comenzar de nuevo á remover obstáculos, alejar tropiezos y proponer medios que desde la guerra civil no se habian podido poner en accion. Lo difícil de esta empresa no estaba precisamente en los recursos, estaba solo en la avenencia de los mismos propietarios, que escudados en pactos solemnes y sagrados, se oponian á destruir sus propiedades sin aquellas ventajas y garantías establecidas al principio del proyecto; porque estos últimos obstáculos, que hasta cierto punto parecian de fácil resolucion por ser pequeños comparados con los ya vencidos, los complicaba la estraña colocacion de los pocos edificios que aun restaban. Poseian unos una casa regular hácia la calle, y no tenian terreno solar que llegase á la galeria, y al que este correspondia no le bastaba para levantar edificio: habia finca en este número que sus propietarios eran de menor edad, y por consiguiente sujetos á tutoría, que no es la mejor para arreglos de esta especie: casa que aun siendo pequeña pertenecia á tres dueños, pero con division marcada, de manera que el uno gozaba de la tienda y los otros de las viviendas altas; y habia tambien, por decirlo de una vez, personas de mediania á quienes sus fondos no alcanzaban á la reedificacion; y aunque quisieran proporcionarlos sobre la finca, el interés que la nueva rindiese no compensaba ni con mucho á los desembolsos y productos de la antigua; y en fin, en el frente que ocupaban seis arcos solamente, linea que no pasaba de setenta y ocho piés castellanos, se contaban ocho ó nueve propietarios. Era necesario, repetimos, un genio fuerte, un elemento que abrazando estremos y proponiendo medios regulares, conciliase diferencias, arreglase á los interesados y pusiera todo en armonía.

El ayuntamiento de 1851, con su alcalde á la cabeza y el señor gobernador, tomaron este encargo para sí, y con ánimo fuerte y franca resolucion alejaron pleitos, conciliaron intereses, buscaron recursos, y sin gran quebranto de los fondos públicos (harto exhaustos al presente) pudieron indemnizar en cierta manera á los diferentes propietarios; satisfaciendo á los unos sus perjuicios en metálico y papel de lo creado para la ereccion de la plaza, y á los otros con compensaciones y permutas proporcionadas tambien á la razon y á la justicia; viéndose luego, con placer de todo el vecindario, que tenia fija la vista en estos decantados edificios, despues de haberse concluido los del ángulo, la demolicion de las antiguas casas y su reedificacion de planta, sujetas á la nueva linea hácia la calle, continuar no sin pequeñas interrupciones en el frente de la plaza. Marchando así las cosas el término no se alejaba, y con la gloria que se proporciona el que despues de grandes fatigas consigue el triunfo deseado, á las once y media de la mañana del 31 de diciembre de 1851, veinte y tres años (1) despues que se puso la primera piedra bajo de la columna del centro del lado que mira al Poniente; veinte y tres y medio que se hizo como por ensalmo la plaza modelo para la venida de Fernando VII y su augusta esposa Amalia; veinte y nueve que se comenzaron los primeros derribos para los cimientos con arreglo á distinto plano que el que despues se adoptó; cincuenta y siete que se levantaron los primeros proyectos que abrazaban mucha mayor superficie que en el dia tiene, y sesenta y cinco que se pensó y concibió esta magnífica idea, se colocó la última la cornisa, que puede considerarse como la *corona* que en nombre de sus representados honrará la memoria de los señores D. Santiago de la Azuela, corregidor político del Señorío, y de D. Eulogio de Larrinaga, alcalde primero de esta invicta villa, que asistieron á la ceremonia de su colocacion, cabiéndoles la gloria de dar cima á un monumento que, pasando por tantas discordias políticas que se desvanecen dejando recuerdos tristes, eternizará la historia, en brillantes páginas de granito, los constantes esfuerzos de esta hermosa poblacion. Sírvales de satisfaccion á estos señores, y sírvale al escelentísimo Ayuntamiento, que tan celoso por el bien del público ha prestado todo su apoyo; sírvale tambien al vecindario en general, que se interesa en las glorias y prosperidad de su pueblo; y sírvanos por último á nosotros particularmente, por la pequeña parte que en esto nos ha cabido (2).

A las autoridades del presente año, que á no dudarlo seguirán en esta parte las huellas de sus predecesores, resta ahora el que sin dejar mano, á fin de que los particulares á quienes corresponden las fincas que forman el cuadro y accesorios á la plaza, y el vecindario todo, principie á gozar de los sacrificios hechos con este motivo, se realicen las obras secundarias de ornato y comodidad. Así en sus magníficas galerías cubiertas como está comenzado de cielos rasos, recompuestos los enlosados deteriorados, recogidas las aguas á puntos determinados, é igualado y adornado el pavimiento, podrán abrirse elegantes tiendas que produzcan algo mas que al presente, y se alejarán talleres mecánicos que entorpecen el tránsito y afean el objeto para que se construyeron.

Si nuestra pobre opinion valiera de algo, nos atreveriamos á aconsejar que no se olvide el proyecto hasta cierto punto comprometido en la órden enterrada con las monedas y almanaque al principiar los primeros trabajos, «que la plaza se titularia de Fernando VII, y que en su centro se colocaria, sobre un suntuoso pedestal, la estatua de bronce del augusto padre de la Reina nuestra señora.» Esta obra, acompañada de asientos á su alrededor, candelabros sobre bonitos pedestales enverjados, combinados con gusto, y un buen enlosado entrelazado con la calzada fina que se colocaba en la poblacion, además de ser de poco costo, respecto al proyecto de construir una fuente de mas difícil conservacion, adornaria lo bastante y estaria en relacion con la severidad del resto de la obra.

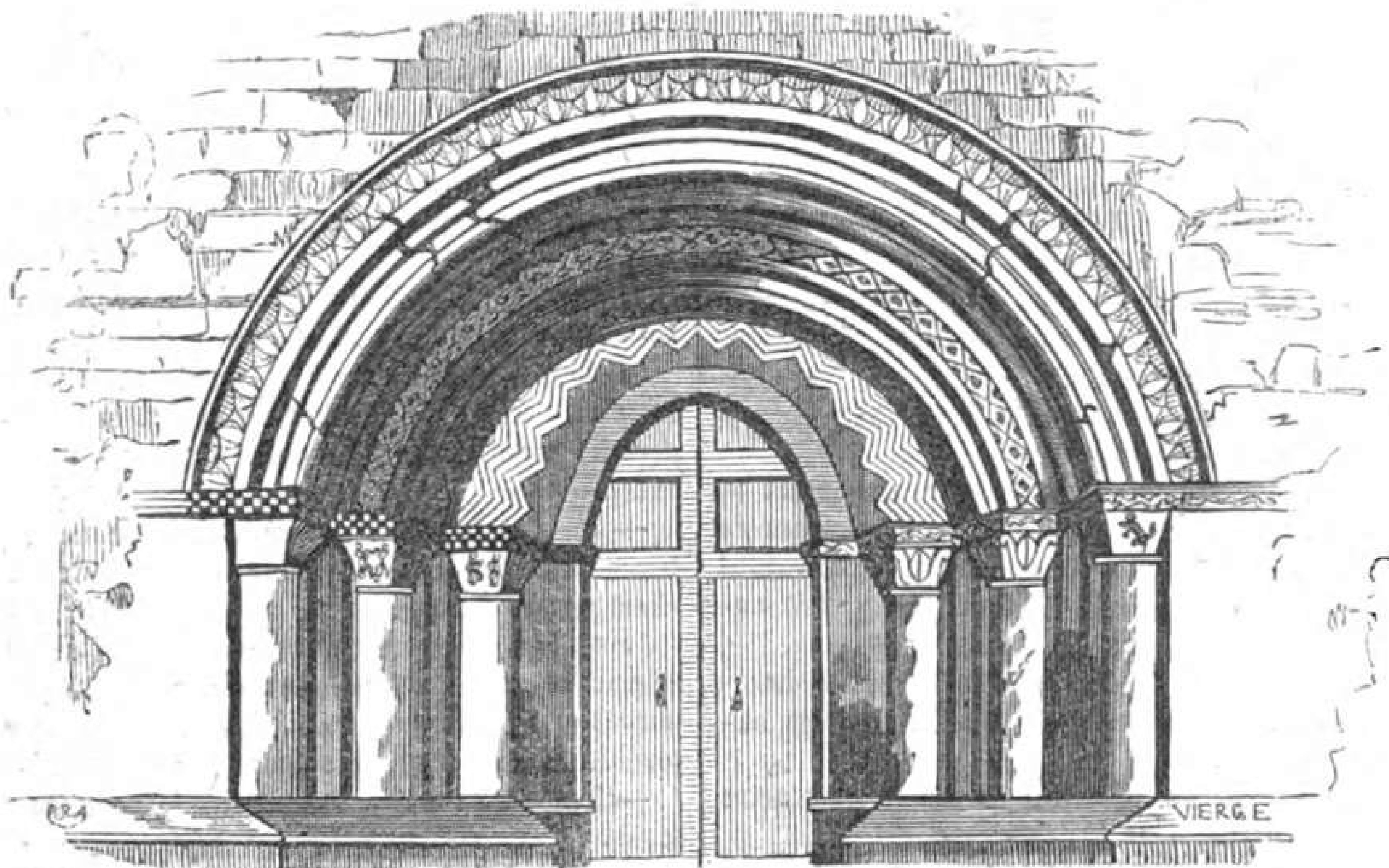
No basta hacer obras y monumentos costosos; es preciso conservarlos, y mucho nos alegrariamos entrase en Bilbao alguna vez la policía de los edificios, para no ser testigos de las mutilaciones que todos los dias vemos en los mas de ellos, y muy particularmente en el que hoy nos ocupa; llama la atencion el poco aseo de sus avenidas y entradas laterales, y el abandono con que hasta ahora se ha mirado la igualdad de los tableros de las tiendas y pilastras interiores, pintadas, embadurnadas diremos, al gusto y capricho de cualquiera. Todavia estan patentes los efectos de una pequeña colonia de estranjeros establecidos en estas tiendas años anteriores: sobre un tablero preparado al óleo que hace el entrepiso bajo de los soportales, adonde con letras gordas decia: *Vicens*, despues de que este buen grabador trasladó sus reales, se ensayó por un artista moderno un nuevo sistema de brocha gorda, aplicado con lechada y cal comun: y no lejos de este aparece otro rótulo, aunque mas disimulado, de un titulado tallista escultor, *Guerineau*, que llama á hacer esculturas á una modista que hoy ocupa aquel local.

Concluiremos estas noticias ratificando la idea que nos ha movido á escribirlas, considerando esta empresa colosal y grandiosa á una poblacion del rádio de Bilbao, y que no cuenta quince mil almas; y diremos que el costo material de las obras, perjuicios é indemnizaciones pagadas por los fondos públicos, no entrando en este montamiento algunas cantidades parciales, cuyas notas no las tenemos en este momento á la vista, ni influyen en sumas de tanta consideracion; y no apreciando tampoco los grandes desembolsos de los treinta propietarios, por lo menos, á quienes corresponden las fachadas que hacen el frente, entradas y avenidas á la plaza, ha pasado de dos millones cuatro cientos mil reales de vellon.

LORENZO FRANCISCO DE MOÑIZ.

(1) SEMANARIO PINTORESCO del año 1843, pág. 321 á la 323.
(2) IDEM, IDEM del año de 1844, pag. 201 á la 203.
(3) Tercera serie, tomo I, pág. 89 del SEMANARIO, año de 1843.

(1) Aunque se dijo en el artículo del año 43, páginas 321 á 323 se colocó la primera piedra el 31 de diciembre de 1829, fué el mismo dia del 1828.
(2) El que publica estas noticias, en los primeros años de su carrera acompañó á la colocacion de la primera piedra, y es hoy el director de la casa en donde se ha puesto la última.



(Portada de la Iglesia de Miranda de Ebro.)

JUAN SOLDADO,

CUENTO POPULAR ANDALUZ,

recogido

POR FERNAN CABALLERO.

Erase un mozo solariego, sin casa ni canastilla, al que tocó la suerte de soldado. Cumplió su tiempo, que fué ocho años, y se volvió á reenganchar por otros ocho, y despues por otros tantos.

Cuando hubo cumplido estos últimos ya era viejo y no servia ni para ranchero, por lo que le licenciaron, dándole una libra de pan y seis maravedis que alcanzaba de su haber.

—¡Pues digole á V., pensó Juan Soldado cogiendo la vereda, que me ha lucido el pelo! ¡Despues de veinticuatro años que he servido al rey, lo que vengo á sacar es una libra de pan y seis maravedis! Pero anda con Dios: nada adelanto con desesperarme sino el criar mala sangre.

Y siguió su camino cantando:

> La boca me huele á rancho
> y el pescuezo á corbatin,
> las espaldas á mochila
> y las manos á fusil.

En esos tiempos andaba nuestro padre Jesus por el mundo, y traia de lazarillo á San Pedro. Encontróse con ellos Juan Soldado, y San Pedro, que era el encargado, le pidió una limosna.

—¿Qué he de dar yo, le dijo Juan Soldado; yo, que despues de veinticuatro años de servir al rey, lo que he agenciado no es mas que una libra de pan y seis maravedis?

Pero San Pedro, que es porfiado, insistió.

—Vaya, dijo Juan Soldado, aunque despues de servir al rey veinticuatro años solo tengo por junto una libra de pan y seis maravedis, partiré el pan con VV.

Cogió la navaja, hizo tres partes del pan, les dió dos y se quedó con una.

A las dos leguas se halló otra vez con el Señor y San Pedro, el que le volvió á pedir limosna.

—Quiéreme parecer, dijo Juan Soldado, que les he dado de *nantes* á VV., y que ya conozco esa calva; ¡pero anda con Dios! aunque despues de veinticuatro años de servir al rey solo tengo una libra de pan y seis maravedis, y que de la libra de pan no me queda sino este pedazo, lo partiré con VV.—Lo que hizo, y en seguida se comió su parte para que no se la volviesen á pedir.

Al ponerse el sol se halló por tercera vez con el Señor y San Pedro, que le pidió limosna.

—Sobre que juraria que ya les he dado á VV., dijo Juan Soldado; ¡pero anda con Dios! aunque despues de servir al rey veinticuatro años, solo me he hallado con una libra de pan y seis maravedis, repartiré estos como repartí el pan.

Cogió cuatro maravedis, que le dió á San Pedro, y se quedó con dos.

—¿Dónde voy yo con un ochavo? dijo para sí Juan Soldado: no me queda mas que ayuncar al trabajo y echar el alma si he de comer.

—Maestro, le dijo San Pedro al Señor, haga su Majestad algo por ese desdichado que ha servido veinticuatro años al rey y no ha sacado mas que una libra de pan y seis maravedis, que ha repartido con nosotros.

—Bien está, llámalo y pregúntale lo que quiere, contestó el Señor.

Hízolo así San Pedro, y Juan Soldado, despues de pensarlo, le respondió que lo que queria era que en el morral que llevaba vacío, se le metiese aquello que él quisiese meter en él: lo que le fué concedido.

Al llegar á un pueblo, vió Juan Soldado en una tienda unas hogazas de pan mas blancas que jazmines, y unas longanizas que decian comedme.

—¡Al morral! gritó Juan Soldado en tono de mando, y cáteme V. las hogazas dando vueltas como ruedas de carretas, y las longanizas rastreándose mas súpitas que culebras, encaminándose hácia el morral sin perder la derechura. El montañés dueño de la tienda, y el montañuco su hijo, corrian detrás dando cada trancazo que un pié perdia de vista al otro; pero ¿quién los atajaba, si las hogazas rodaban desatinadas como chinas cuesta abajo, y las longanizas se les escurrian entre los dedos como anguilas?

Juan Soldado, que comia mas que un cáncer, y aquel dia tenia mas hambre que Dios paciencia, se dió un hartagon de los cumplidos, de los de no puedo mas.

Al anochecer llegó á un pueblo; como era licenciado del ejército tenia alojamiento, por lo cual se encaminó al ayuntamiento para que le diesen boleta.

—Soy un pobre soldado, señor, le dijo al alcalde, que despues de veinticuatro años de servir al rey, solo me hallo con una libra de pan y seis maravedis que se gastaron por el camino.

El alcalde le dijo que si queria lo alojaria en una aldea cercana, á la que nadie queria ir porque habia muerto en ella un condenado, y que desde entonces habia asombro; pero que si él era valiente y no le temia al asombro, podia ir, que allí hallaria de cuantito Dios crió, pues el condenado habia sido muy riquísimo.

—Señor, Juan Soldado ni debe ni teme, contestó este, y allá voy á encamparme en un decir tilin.

En aquella posesion se halló Juan Soldado el centro de la abundancia: la bodega era de las famosas, la despensa de las bien provistas, y los sobrados estaban atestados de frutas.

Lo primero que hizo á prevencion por lo que pudiese tronar, fué llenar un jarro de vino, porque consideró que á los borrachos se les destapa la vena del miedo; en seguida encendió candela y se sentó á ella para hacer unas migas de tocino.

Apenas estaba sentado cuando oyó una voz que bajaba por la chimenea y decia:—¿Caigo?

—Cae si te da gana, respondió Juan Soldado, que ya estaba pinton con los lapos de aquel rico vino que se echaba entre pecho y espalda; que el que ha servido veinticuatro años al rey sin sacar mas sustancia que una libra de pan y seis maravedis, ni teme ni debe.

No bien lo hubo dicho, cuando cayó á la mismita vera suya la pierna de un hombre: á Juan Soldado le dió un espeluzo, que se le erizaron los vellos como el pelo á un gato acosado; cogió el jarro y le dió un testarazo.

—¿Quieres que te entierre? le preguntó Juan Soldado.—La pierna dijo con el dedo del pié que no.

—Pues púdrete ahí, dijo Juan Soldado.

De ahí á nada volvió á decir la misma voz de *denantes*:

—¿Caigo?

—Cae si te da gana, respondió Juan Soldado dándole un testarazo al jarro; que quien ha servido veinticuatro años al rey, no teme ni debe.

Cayó entonces al lado de la pierna su compañera. Para acabar presto, de esta manera fueron cayendo los cuatro cuartos de un hombre, y por último la cabeza, que se apegó á los cuartos y se puso en pié en una pieza, no un cristiano, sino un espectáculo fiero, como que era el mismísimo condenado en cuerpo y alma.

Díjole con un vocejon que helaba la sangre en las venas:

—Juan Soldado, ya veo que eres un valiente.

—Sí señor, respondió este; lo soy, no hay que decir, ni hartura ni miedo ha conocido Juan Soldado en la vida de Dios: pues á pesar de eso, ha de saber su mercé, que en veinticuatro años que he servido al rey, lo que he venido á sacar ha sido una libra de pan y seis maravedís

—No te apesadumbres por eso, dijo el espectáculo, pues si haces lo que te voy á decir salvarás mi alma, y serás feliz; ¿quieres hacerlo?

—Sí señor, sí señor, mas que sea lañarle á su mercé los cuartos para que no se le vuelvan á desperdigar.

—Lo malo que tiene, dijo el espectáculo, es que me parece que estas borracho.

—No señor, no señor, no estoy sino calomelano, pues ha de saber su mercé que hay cuatro clases de borracheras: la primera, es de escucha y perdona; la segunda, es de capa arrastrando; la tercera, de ensucia calzones; y la cuarta, de medir el suelo: yo no he pasado de escucha y perdona, señor.

—Pues sígueme, dijo el espectáculo.

Juan Soldado, que estaba peneque, se levantó haciendo su cuerpo para aquí para allá, como santo en andas, y cogió el candil; pero el espectáculo alargó un brazo como una garrocha y apagó la luz.—No se necesitaba, porque sus ojos alumbraban como dos hornos de fragua.

Cuando llegaron á la bodega, dijo el espectáculo:

—Juan Soldado, toma una azada y abre aquí un hoyo.

—Abralo V. con toda su alma si le da gana, respondió Juan Soldado, que yo no he servido veinticuatro años al rey sin sacar mas provecho que una libra de pan y seis maravedís, para ponerme ahora á servir á otro amo que puede que ni eso me dé.

El espectáculo cogió la azada, cavó y sacó tres tinajas, y le dijo á Juan Soldado:

—Esta tinaja está llena de cuartos, que repartirás á los pobres; esta otra está llena de plata, que emplearás en sufragios para mi alma; y esta última está llena de oro, que será para ti si me prometes emplear el contenido de las otras segun lo he dispuesto.

—Pierda su mercé cuidado, respondió Juan Soldado; veinticuatro años he estado cumpliendo con puntualidad lo mandado, sin sacar mas premio que una libra de pan y seis maravedís, con que ya ve su mercé si lo haré ahora en que tan buena recompensa me *apromete*.

Juan Soldado cumplió con todo lo que le encomendó el espectáculo, y se quedó hecho un usía muy considerable, con tanto oro como habia en su tinaja.

Pero á quien le supo todo lo acaecido á cuerno quemado, fué á Lucifer, que se quedó sin el alma del condenado por lo mucho que por ella rezaron la Iglesia y los pobres, y no sabia cómo vengarse de Juan Soldado.

Habia en el infierno un Satanasillo mas ladino y mas astuto que ninguno, que le dijo á Lucifer que él se determinaba á traerle á Juan Soldado.

Tuvo de esto tanta alegría el diablo mayor, que le premetió al chico si le cumplia lo ofrecido, regalarle una jarapada de moños y de diges para tentar y pervertir á las hijas de Eva, y una multitud de barajas y de pellejos de vino para seducir y perder á los hijos de Adan.

Estaba Juan Soldado sentado en su corral, cuando vió llegar muy diligente al Satanasillo, que le dijo:

—Buenos dias, señor D. Juan.

—Me alegro de verte, monicaquillo; ¡qué feo eres! ¿Quieres tabaquear?

—No humo, D. Juan, sino pajuelas.

—¿Quieres echar un trago?

—No bebo sino agua fuerte.

—Pues entonces ¿á qué vienes, alma de Cain?

—A llevarme á su mercé.

—Sea en buen hora. No tengo dificultad en ir contigo. No he servido yo veinticuatro años al rey para tocar retirada ante un enemiguillo de mala muerte como tú. Juan Soldado ni teme ni debe, ¿estás? Mira, súbete en esa higuera que tiene brevas tamañas como hogazas de pan, mientras yo voy por las alforjas, porque me se antoja que la vereda que vamos á andar es larga.

Satanasillo que era goloso se subió en la higuera y se puso á engullir brevas, entre tanto que Juan Soldado fué por su morral, que se colgó, y volvió al corral gritando al Satanasillo:—¡ Al morral!

El diablo chico, pegando cada hipio que asombraba, y haciendo cada contorsion que metia miedo, no tuvo mas remedio que colar en el morral.

Juan Soldado cogió un dique de herrero y empezó á sacudir trancazos sobre el Satanasillo, hasta que le dejó los huesos hechos harina.

Dejo á la consideracion del noble auditorio el coraje que tendria Lucifer, cuando vió llegar á su presencia á su Benjamin, á su ojito derecho todo derrengado y sin un hueso que bien lo quisiese en su cuerpo.

—¡Por los cuernos de la luna! gritó, aseguro que ese descarado hampon de Juan Soldado me las ha de pagar todas juntas; allá voy yo por él en propia persona.

Juan Soldado, que se aguardaba esta visita, estaba prevenido y tenia colgado su morral, así fué que apenas se presentó Lucifer echando fuego por los ojos y cohetes por la boca, plantósele Juan Soldado delante con muchísima serenidad, y le dijo:

—Compadre Lucifer, Juan Soldado no teme ni debe, para que lo sepas.

—Lo que has de saber tú, fanfarron tragaldabas, es que te voy á meter en el infierno en un decir Satan, dijo bufando Lucifer.

—¿Tú á mí? tú á Juan Soldado? ¡fácil era! Lo que tú no sabes, compadre Soberbia, es que quien te va á meter á tí el resuello para adentro, soy yo.

—¡Tú, vil gusano terrestre!

—Yo á ti, gran fantasmon, en un morral te voy á meter, á ti, á tu rabo y á tus cuernos.

—Basta de jactancias, dijo Lucifer alargando su gran brazo y sacando sus tremendas uñas.

—¡ Al morral! dijo en voz de mando Juan Soldado:

Y por mas que Lucifer se repercutó, por mas que se repeló, se defendió y se hizo un ovillo, por mas que que bramó, bufó y aulló, al morral fué de cabeza sin que hubiese tu tia.

Juan Soldado trajo un mazo, y empezó á descargar sobre el morral cada taramazo que hacia hoyo, hasta que dejó á Lucifer mas aplastado que un pliego de papel.

Cuando se le cansaron los brazos dejó ir al preso, y le dijo:

—Mira que ahora me contento con esto; pero si te atreves á volver á ponérteme delante, gran sinvergonzon, tan cierto como que he servido al rey veinticuatro años sin haber sacado mas que una libra de pan y seis maravedís, que te arranco la cola, los cuernos y las uñas, y veremos entonces á quién metes miedo. Estás prevenido

Cuando su corte infernal vió llegar al diablo mayor, lisiado, tullido, mas trasparente que tela de tamiz y con el rabo entre las piernas como perro despedido á palos, se pusieron todos aquellos feróstícos á echar por sus bocas sapos y culebras.

Despues de esto:—¿Qué hacemos, señor? preguntaron á una voz.

—Mandar venir cerrajeros para que hagan cerrojos para las puertas, albañiles para que tapen bien todas las rajas y boquetes del infierno, á fin de que no entre, no cuele ni aporte por aquí el gran insolenton de Juan Soldado, les respondió Lucifer.

Lo que incontinentito se hizo.

Cuando Juan Soldado conoció que se le acercaba la hora de la muerte, cogió su morral y se encaminó para el cielo.

A la puerta se halló con San Pedro, que le dijo:

—¡Hola! vien venido, ¿dónde se va, amigo?

—Toma, respondió muy fantasioso Juan Soldado, á entrar.

—¡Eh, párese V., compadre, que no entra cada quisque en el cielo como Pedro por su casa.

—¿Veamos qué méritos trae V.?

—Pues no es nada, respondió Juan Soldado muy sobre sí: he servido veinticuatro años al rey, sin sacar mas recompensa que una libra de pan y seis maravedís. ¿Le parece á su mercé poco?

—No basta, amigo, dijo San Pedro.

—¿Que no basta? repuso Juan Soldado dando un paso adelante: veremos.

San Pedro le atajó el paso.

—¡Al morral! mandó Juan Soldado.

—Juan, hombre, cristiano, ten respeto, ten consideracion.

—¡Al morral! que Juan Soldado ni teme ni debe.

Y San Pedro que quiso que no tuvo que colar en el morral.

—Suéltame, Juan Soldado, le dijo, considera que las puertas del cielo estan abiertas y sin custodia, y que puede colarse allí cualesquiera alma de cántaro.

—Eso era cabalmente lo que yo queria, dijo Juan Soldado entrándose adentro muy pechisacado y cuellierguido: pues diga V., señor D. Pedro,

¿le parece á su mercé *rigular* que despues de veinticuatro años de servir al rey allá abajo, sin haber sacado mas que una libra de pan y seis maravedís, no halle yo por acá arriba mi cuartel de inválidos?

LA PROTECCION DE UN SASTRE,

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

Todas estas reflexiones las hago aquí, acaso sin venir á pelo, á propósito de que en este paseo que Rafael dió por la corte, se enamoró de él una jóven y lindísima muchacha, que puesta á un balcon de una calle por la cual nuestra ya conocida pareja á la sazon pasaba, tuvo la fortuna de encontrar en Rafael todo lo que necesitaba para enamorarse. Cuentan pues que le vió, y que al punto de verle se prendó de él; pero dicen que se guardó muy bien de dar á entender de ello ni la mas mínima cosa, y que antes de dar á Rafael la pequeñísima satisfaccion de mirarle con buenos ojos, que no era mucho hacer, atendiendo á que ella estaba frita en pasion y rebozada en deseo, de resultas de esos súbitos bofetones de Cupido, se retiró ella con muy buen cuidado del balcon, con mas muestras de enfado que de gusto, apenas notó que Rafael, de muy distinta manera y con muchísimo interés en el semblante, la flechaba sus dos ojos negros, que con tanto placer se hubiera estado contemplando cuatro ó seis dias, la enamorada niña.

¿Y quién se lo impidió? nadie. En su mano estaba el cumplimiento de su deseo, que era bueno, generoso, social, filantrópico y otra porcion de cosas mas, sin que al mismo tiempo faltara, ni en el canto de un duro, á la debida compostura y honestidad. ¡Vamos, es cosa de desesperarse!

¡Pues ven acá, muger de Satanás, nacida y criada para nuestro daño! ¿Qué hubieras perdido, criatura desacordada, en mirar al que tanto querias? ¿No era lo que deseabas mirarle y volverle á mirar? Pues hubiérasle mirado con mil diablos, y hubieras tú tenido esa satisfaccion, y él hubiera tenido otra, y los dos hubierais quedado mejor que quedasteis; él hubiera quedado con su amor propio un poco satisfecho, y no hubieras quedado tú, como dicen que quedaste, pesarosa de lo que habias hecho, sin poderlo ya remediar, enfadada, triste, y hasta contigo misma emperrinchinada y llena de rabieta para todo el dia.

Eso que te ha sucedido á tí en esta cosa pequeña, os suele suceder á todas vosotras en cosas pequeñas y grandes, y esa maldita falta de voluntad y hasta de *lógica*... ¡de lógica, Dios mio! de lógica! qué falta!!! Pues, señor, eso es purísima tonteria, que enfada y cansa.

Dicen pues que se retiró del balcon esta buena señorita con un amor con que no habia salido á él. Entonces fué cuando empezó ella á amar de veras, y con todo el entusiasmo con que hemos dicho que parece que deben amar las mugeres á sus solas. Tenia apenas diez y siete años, y por el calor con que tomó aquella repentina y traidora pasioncilla naciente, se conoce que era una muchacha de muy buen fondo, de esperanzas, y de sensible y generosísimo corazon. Yo tengo para mí que habia de ser esta la primera vez que se habia enamorado, pues dicen que nunca habia estado tanto tiempo sentada en una silla como aquel dia, ni nunca habia ejecutado con tanta maestría de sentimiento en su piano algunos nocturnos y otras piececillas melancólicas, á que siempre habia sido muy dada.

III.

Andaban Rafael y Luisa muy entretenidos por las calles de la corte, sin direccion ninguna, como aquel que encontrándolo todo nuevo, todo lo encuentra á su gusto. Las elegantes tiendas que al paso veian, presentándoles una multitud de objetos preciosos, tanto por su subido precio como por lo agradables, convidaban no menos al uno que al otro á hacer frecuentes y costosas paradas en su incierto paseo, que se concluyó cuando se concluyó el dinero que á mano llevaban, que ciertamente no era haber gastado poco para quien habia salido de casa sin intencion de comprar. Guiados pues por el muchacho á quien habian cargado con las compradas frioleras, volvieron á su casa, no descontentos de lo que de la corte hasta entonces habian visto. Ni faltó tampoco quien hasta la puerta los siguiera, con el objeto solo de saber dónde vivia la hermosa muger que no habia dejado de llamar la atencion de mas de cuatro ociosos, de estos que en busca de no se sabe qué andan siempre discurriendo por las calles concurridas de las grandes capitales. Hay en este mundo gentes que nacen de una manera tal organizadas, que no parece sino que en un palacio, cuanto mas en una corte, han sido nacidas y criadas. De estas gentes eran los jóvenes de nuestra historia, á quienes ni en lo mas mínimo se hubiera conocido que eran recien llegados de una provincia. Como consecuencia inmediata de este su buen porte, por aquello de que Dios los cria y ellos se juntan, eran tambien dos elegantísimos jóvenes los que les habian cobrado la suficiente aficion para seguirlos hasta su casa. Despues que entraron en ella Rafael y Luisa, quedáronse nuestros dos mancebos parados á la puerta, siguiendo su conversacion de conjeturas acerca de quién pudiese ser la muger, que uno de los dos interlocutores comparaba á todo lo hermoso que se ha conocido en el mundo, en todos sus tres reinos, animal, vegetal y mineral.

—Por lo visto, le decia el otro, ya has hallado muger á quien querer.

—Falta me hacia, respondió este, porque no parece bien un hombre sin amores, y hace tres meses lo menos que yo no los tengo.

—¿Con que este viene con trazas de amor?

—Chico, yo no sé; pero enamoradillo me siento.

—¿Y quién será ella?

—¿Y á mí qué me importa?

—¿Y él?

—El... él... tienes razon, él... ¿pero á mí qué me importa él? No le he mirado bien; pero te juro que por hermoso que sea, no ha encendido en mí una pasion tan vehemente, que me prive del placer de ofrecértele para que tú le enamores á tu sabor.

—Riete... pero si acaso es su marido...

—Peor seria que fuera su amante. ¡Ojalá, Dios mio, hayas permitido algun dia la union de estos dos esposos, que tú permitirás tambien su desunion, y sea sobre todo lo que tú quieras! Ea, vén acá, pongámonos en la acera de enfrente, porque puede salir al balcon, y no quiero andar perezoso en esos amores. ¡Oh, es una muger!...

—Bien, Carlos, bien, pero cada uno á sus quehaceres, de muger á muger no va nada, voy á ver si doy aunque no sea mas que medio paso, en ese otro coqueteo de ahí á la vuelta.

—Adios, Luis. Sí, sí, procurémonos mugeres, porque está visto que ellas no se vienen á las manos sino á fuerza de sudores, de gestos y de palabras: ya he pasado por esta los sudores del seguimiento, estoy en la época de los gestos si sale al balcon, como yo llegue á las palabras... ¡Divina muger!... Adios.

Y pasóse nuestro jóven á la acera de enfrente, y marchóse el otro en busca sin duda de otra muger, que no se vendria á las manos tampoco sin muchos malos ratos adelantados por el hombre.

¡Oh mugeres, mugeres! y cuántos jóvenes pierden por vosotras momentos preciosos, que pudieran con mas provecho dedicar al estudio de alguna ciencia exacta. Sin embargo, no es mi intencion reprenderos, pobres mugeres, porque en medio de todo, no van tan mal las ciencias exactas que haya motivo para quejarse.

Yo no sé si es que muchas veces el corazon le dice á uno que haga una cosa, ó si se asomó por casualidad, es lo cierto que Luisa se asomó al balcon.

Asomarse, reparar en Carlos y hacerse la desentendida, todo fué uno.

No era este sin embargo tan poco esperimentado que no pudiera apreciar en sus tres verdaderas partes aquel todo uno, y aun le gustó que se hiciera la desentendida despues de haberle mirado, por ser esta una inocentada de muger que suele agradar mucho.

Clavó pues los ojos en ella, y aguardó pacientemente á que ella hiciera otro tanto; pero como esta tambien era muger jóven, ya podia haber estado Carlos esperando una semana, que lo mismo que ahora le sucedió, hubiera tenido que marcharse sin una mirada franca y generosa, porque la franqueza y la generosidad no llegan á ser prendas de las mugeres hasta que han llegado á ellas con los años otra porcion de cosas.

Y eso que Carlos tenia una interesante figura, pues aun cuando desde el balcon en que estaba Luisa no se pudiera distinguir, por ejemplo, de qué color tenia los ojos, y ya sabe todo el mundo que el color de los ojos hace mucho en la belleza del animal hombre, y nosotros sabemos que los ojos de Carlos tenian buen color; llegaba su imágen sin embargo bastante linda á los recelosos ojos de Luisa, que hubieran podido mirarle con gusto y sin recelo.

Túvose pues nuestro amante que contentar con saber que Luisa le habia visto, y con conjeturar que puesto que habiéndole visto habia puesto cuidado en no mirarle, mas bien la habia gustado que otra cosa.

Si no fuera por el gran don del raciocinio, que nos hace conocer el fondo de las cosas sin reparar en una porcion de enemiguillos de que siempre anda cercada la verdad, todos estábamos muy mal en este mundo, pero sobre todos los infelices que aman, porque los pobres aun con su raciocinio y su lógica correspondientes de ciento una vez cazan una verdad en los semblantes, palabras y movimientos de sus queridas.

Pensó pues Carlos, como íbamos diciendo, que mas habia gustado que disgustado á la hermosísima desconocida, y así, aun cuando

esta se retiró del balcon á poco rato, sin haberle mirado derecho ni tres segundos, como habia hecho otra porcion de cosas, y como nuestro Carlos no era mal raciocinador, marchóse de allí contento, aunque murmurando entre dientes:

—¡Son tan fastidiosos los principios en amores! Pero no importa. Y se fué tan alegre como habia venido.

IV.

Escusado nos parece decir que Rafael y Luisa comieron, despues de lo cual, como eran gente desocupada, y como el tiempo en que entonces estábamos era el de verano, salieron otra vez de casa y fueron al Prado, paseo que no es malo, pero que podria ser mejor, como otras cosas de este mundo. Dieron allí la primera vuelta en el *salon;* pero bien pronto notaron que la gente, sino mas escogida, porque, ¿quién va á escoger entre la gente? por lo menos de mejor tono y mas aristocrática, no paseaba por donde ellos, sino por una calle contigua al salon y mucho mas estrecha que él.

Este paseo es el que hemos dado en llamar ***Paris***, como podiamos haber dado en llamarle berenjenas, que bien ricas las cria nuestra España. Rafael y Luisa con su buen instinto pusiéronse bien pronto en el paseo de buen tono y abandonaron el otro, de lo que no les pesó, cuando conocieron las ventajas que de andar por el paseo estrecho se seguian. No hay en él, con efecto, la confusion que en el otro, porque siendo mas reducido el terreno, encajónase la gente de manera que se ven todos los que pasean, y todos se ven muy de cerca. Gustóles mas la sociedad mas *íntima* de este paseo, que la sociedad mas *rara* del otro; y á nosotros nos sucede lo mismo, por mas que haya gente que no piense así, porque está en el error de que puede uno divertirse en este mundo con comodidad y á sus anchuras.

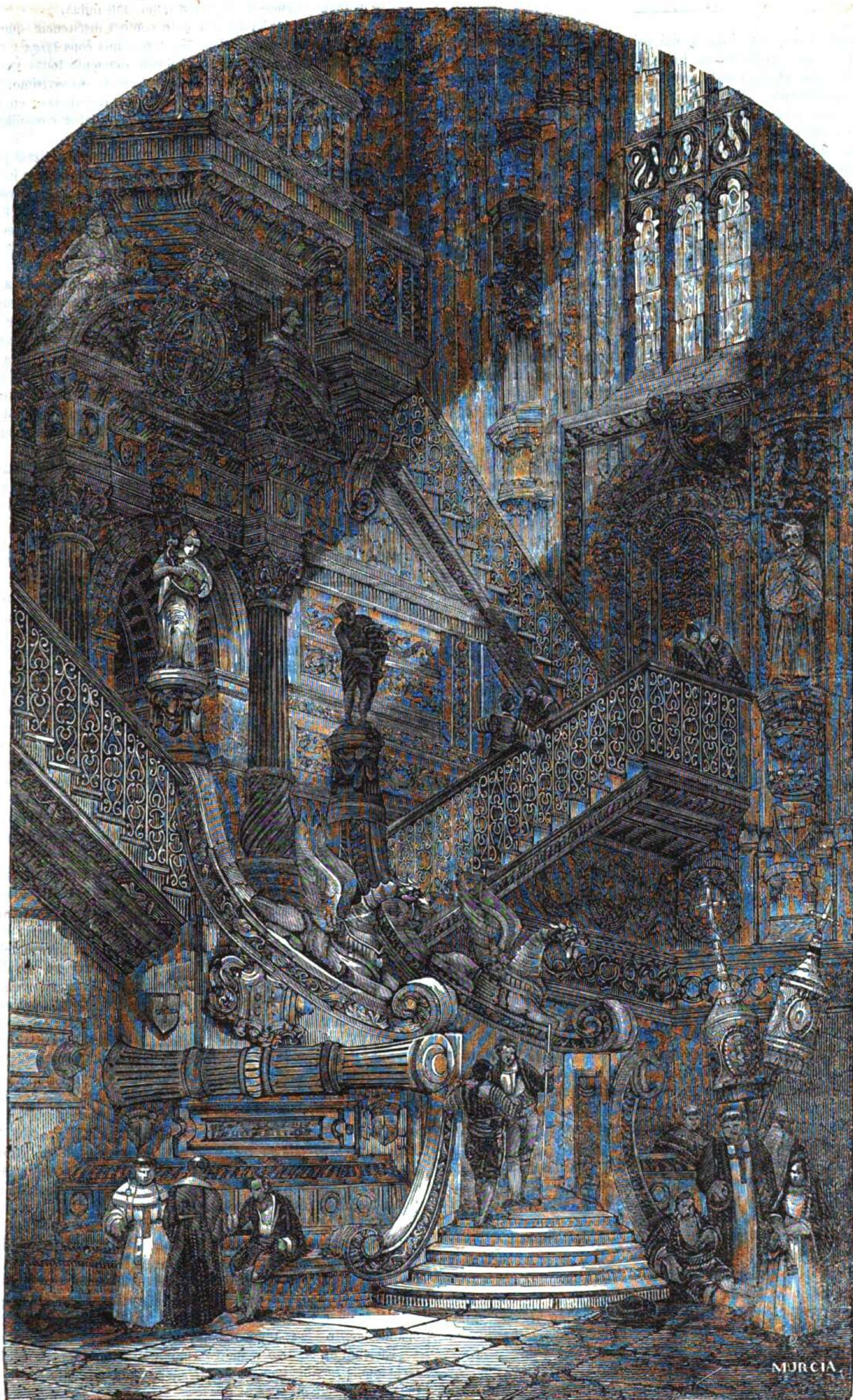
Como es de suponer estaba en el paseo Carlos, que apenas vió á Luisa, cuando despues de haberla mirado, con lo que otro llamaria descaro y yo llamo amor, trató de tomar posicion detrás de ella, para ver de irla manifestando poco á poco su mucho cariño. Para conquistar á las mugeres en el paseo, llamémosle campo de batalla, creo que no es necesario, como en otros campos de batalla, para conquistar algun punto fortificado, tomar ninguna altura ni cosa que lo valga, sino perseguir muy de cerca al enemigo muger, llevándole siempre delante y al alcance de las descargas de palabras del que ataca. No dejó de notar Luisa ni la mirada ni el movimiento de Carlos: conocióło este, y creyó, y muy bien creido, que habia dado un gran paso. En efecto, hacerse ver en pocas horas dos veces de una muger á quien no se ha visto nunca, es el principio innegable de hacerse ver una porcion de veces al dia, y esto, si va unido con la satisfaccion de la que ve, es verdad que puede ser otra porcion de cosas; pero tambien puede ser amor. Colocado pues ya nuestro Carlos detrás de Luisa, trabó con el que le acompañaba una de esas conversaciones que se tienen para que sean oidas, en la que trató de lucir toda la ligereza y toda la gracia que Dios le habia dado. Alguna debia ser, pues logró que mas de una vez se sonriesen tanto Rafael como Luisa; con lo cual animado dicen que aquella tarde tuvo mas talento que nunca. Afortunadamente para él, húbosela de caer á Luisa el abanico, ó el pañuelo, ó yo no se qué, y como quien estaba decidido á no perder ripio, ingenióse de modo que pudo levantarlo del suelo antes que Rafael, afectando al mismo tiempo cierta fria indiferencia, por si era marido, para con él, y mirando á Luisa cuando puso en su mano la cosa caida, de una manera tan poco indiferente, que ella, entre asustada y amable, y hermoseadas las mejillas con un súbito y mágico carmin, y hermoseados los ojos con una indefinible espresion, pronunció en vez de gracias un ¡ay Dios mio! tan lleno de coquetería, que es, entre paréntesis, la buena educacion de las mugeres, que hubiera bastado por si solo á prendar á Carlos, si tan prendado no se hallara. *(Continuará.)*

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.



(Interior de la catedral de Burgos.)

22 de Febrero de 1852.

LA CATEDRAL DE BURGOS.

Esta magnífica obra, á que se dió principio, segun algunos autores, en 1221 bajo el reinado de Fernando III, no se concluyó hasta el siglo XVI por el arquitecto Juan de Badajoz. Es uno de los mas hermosos monumentos del arte gótico que existen en España. Flechas ricamente esculpidas coronan las dos torres de su preciosa fachada, y en la parte interior se admira particularmente la soberbia capilla octágona llamada ***del Condestable***. Columnas y esculturas de gran mérito y belleza adornan sus diversas entradas.

El grabado que ofrecemos de este gran templo, representa la escalera, de un estilo estraordinario, tomada de un cuadro de Roberts, pintor contemporáneo, por la cual bajan á las naves del norte de la catedral los fieles que habitan en aquel lado de la ciudad. Para formar una idea de la disposicion de dicha escalera, es preciso tener presente que Burgos, la antigua corte de Castilla, está situada en la pendiente de una colina, cuya cresta coronaba en otro tiempo un castillo construido en el año de 884, bajo el reinado de Alfonso III, por Diego Porcelos, y el cual ha sido reedificado durante la última guerra civil. El pueblo habitaba en un principio cerca de la mencionada cresta, pero fué alejándose de ella de siglo en siglo: así es que la calle mas alta de la actual ciudad era la mas baja de la antigua.

El lado de la catedral que mira hácia la falda del monte, está enteramente al descubierto y domina á Burgos; pero el del norte, por el contrario, se halla oculto en gran parte por la cresta y dominado por las calles altas. La magnífica escalera de que hemos hablado establece una comunicacion rápida y fácil entre dichas calles y el interior del edificio. Notable por la elegancia de su construccion esta escalera, no lo es menos por la riqueza, por el lujo y por la variedad de sus pormenores. La luz, que solo penetra en ella á medias, aumenta el buen efecto general, prestando al esquisito trabajo de su decoracion un misterio mas profundo. El rayo que el pintor ha marcado hábilmente y que atraviesa su composicion, baja de una ventana que no ha entrado en el plan del dibujo.

En 1832 fué cuando Mr. Roberts sacó en Burgos el diseño de este cuadro, que formaba parte de la escogida coleccion cedida por Mr. Vernon á la galeria nacional inglesa.

PESADILLA.

Y los sueños, sueño son.
CALDERON.

Erase un baile de máscaras: lugar de la escena, el ambigú: actores, media docena de jóvenes sentados en torno de una mesa cubierta de manjares y botellas. La conversacion, al principio *sotto voce*, aunque bien nutrida, fué siguiendo despues la escala progresiva hasta llegar á un *tutti* atronador, en el cual un músico hubiera podido observar una desafinacion creciente.

Ante todo conviene decir que *yo* (monosilabo satánico) representaba una unidad de la consabida media docena.

Aunque no conservo mas que una idea confusa de aquella escena, recuerdo sin embargo que mientras mis cinco compañeros con el rostro iluminado y los ojos chispeantes se referian unos á otros sin escucharse, las conquistas de aquella noche y los encantos de la polka íntima, mi individuo (procuraré evitar el *yo* cuanto me sea posible) tarareaba en voz baja las *habas verdes*, llevando el compás con un cuchillo que heria simultáneamente un plato que ostentaba los restos del esqueleto de una perdiz. Mi actitud ensimismada y casi silenciosa en medio de aquella tumultuosa asamblea, formaba un contraste flagrante que mis amigos no podian dejar de percibir.

—¡Eh, despierta! me dijo uno de ellos dándome con el pié por debajo de la mesa. ¡Pues no se vá á dormir el miserable!

—Alza la vista, dijo otro, si es que no tienes recelo de que en ella leamos los vasos que has bebido.

En este momento creo que levanté la cabeza.

—¿Sabes, amigo, que eres pájaro de mal agüero? esclamó un tercero; esa cara de miserere es impropia de la situacion.

—Bien dicho. Es disonante.

—Incongruente.

—¡Que se vaya á la cama!

—¡No, no, que hable!

Procuré hacer un esfuerzo sobre mí mismo.

—¿Sabeis lo que digo? esclamé por fin dirigiendo á mi alrededor una mirada insegura; que vuestros rostros se van tiñendo sucesivamente de amarillo, de azul, de encarnado y hasta de todos los colorès del arco iris.

—Bah! se conoce que has bebido mas que un inglés.

—Eso es segun el color del vino por donde nos miras.

—¡Es muy singular! volví á repetir con esa insistencia que produce la embriaguez, y acercando á mis labios una copa larga y estrecha coronada de hirviente espuma.—En este momento todas vuestras fisonomías han pasado del encarnado á un color de oro vivísimo.

Mi observacion fué acogida con bulliciosas carcajadas, en tanto que yo sentia con placer en mi garganta el agradable cosquilleo del falsificado ***champagne***.

Cansado sin duda de aquel esfuerzo, ó mas bien magnetizado por los vapores del néctar, volví á dejar caer la cabeza mostrándome insensible á cuanto me rodeaba. Creo sin embargo que traté de abrir los ojos; pero cada uno de mis párpados pesaba cuatro quintales: quise librarme de aquel peso importuno, pero los brazos se negaron á obedecerme, y...

Debí quedarme dormido.

Pero no con ese sueño tranquilo y reposado, paréntesis de la vida, que con tanto afan desea el que padece; sino por el contrario con uno de esos sueños agitados en que la sensacion se duplica y en que la vida moral se reconcentra en un sentimiento esclusivo, en un deseo supremo. Inesperadamente vi flotar ante mis ojos una figura blanca cuyos contornos se perdian entre las sombras: nada mas fantástico y voluptuoso que esta aparicion, superior á las creaciones de Rafael, superior en fin á la naturaleza misma. Un velo blanco, parecido á una de esas nubes que vagan por el cielo en una noche de luna, ocultaba sus facciones, dejando trasparentar el brillo abrasador de sus ojos.

Me hizo una ligera señal con la mano, como llamándome hácia sí. Quise levantarme, pero en vano: mis piernas y brazos agarrotados se negaron al movimiento, y permaneci inmóbil, no sin esperimentar un inesplicable sentimiento de angustia.

No obtuvo mejor resultado otra nueva señal de la silfide, hasta que me volvió la espalda y empezó á caminar delante de mí. Como el acero atraido por el iman, así una fuerza cuyo orígen desconocia, me arrastró en su seguimiento. Mis piés no se movian, y sin embargo caminaba.

En mi cabeza aun habia algo que se parecia á baile de máscaras, y por lo mismo al salon fué donde me condujo mi guia misterioso. La veia revolotear por encima de aquel hirviente mar de cabezas, y la seguia siempre con el corazon palpitante y con un zumbido en las sienes producido por la fiebre del deseo. Despues de haber recorrido todos los ángulos del salon, la vi desaparecer por una de las puertas, deslizándose á lo largo de un pasadizo tortuoso y oscuro, al cual me sentí arrastrado en su seguimiento. A medida que caminábamos ella delante y yo detrás, las paredes se iban estrechando visiblemente, y bien pronto me encontré aprisionado entre los dos muros, sin poder retroceder ni avanzar. Un sudor frio brotó de la raiz de mis cabellos erizados por el terror, y sentí la cabeza arrebatada por el vértigo: mi vista se oscureció: faltó á mis piés el punto de apoyo, y me despeñé en un caos de tinieblas.

La tentadora fantasma no habia desaparecido: la vi circundada por una aureola de luz, que hacia resaltar sus contornos en el fondo oscuro del espacio. Quise acercarme á ella: ella se volvió y se vino entonces hácia mí; mi brazo ciñó su esbelta cintura, cuya fria y dura superficie me heló la sangre en las venas. A través de su blanco velo, dos ligeros puntos luminosos venian á herir mis pupilas: era sin duda la llama que despedian las suyas: mi mano arrancó aquella venda importuna. ¡Horror! En lugar de un rostro radiante de belleza, me encontré con la fria y repugnante imágen de la muerte: era una calavera, cuya boca sin labios, entreabierta, tenia una espresion de cruel sarcasmo: en el fondo de aquellas dos oscuras cavidades brillaban dos ligeras chispas fosfóricas, que contribuian á dar una espresion aun mas sombría á su espantoso conjunto. Intenté desasirme inútilmente de sus brazos, que me aferraban con una fuerza sobrenatural, y continuamos rodando por el vacío, sin aire, sin luz, sin horizonte. El fantasma acercó al mio su rostro de esqueleto: mis labios sintieron el frio contacto de su boca carcomida: en el colmo de la angustia quise retirar violentamente la cabeza, que chocó contra una superficie dura, y que me hizo exhalar un quejido de dolor. . . . .

Desperté!

Por todas partes me rodeaba el cansancio y el desórden; algunos de mis compañeros roncaban deliciosamente tendidos sobre las sillas, y otros habian desaparecido. Por entre las junturas de los balcones el alba teñia de color cárdeno todas las fisonomías. El zumbido que venia del salon era mas igual, pero tambien mas ronco y apagado que cuando nosotros le abandonamos.

Encendí un cigarro y fumé: esto me serenó completamente; parecia que la terrible imágen de mi sueño huia envuelta entre el humo que despedia mi boca.

Entré en el salon: un baile de máscaras, en su último periodo, siempre tiene algo de terrible. Entonces no hay mugeres bellas; el sello abrumador de la orgía imprime en todos los rostros su huella in-

fernal: el matiz de las mejillas, el carmin de los labios, la voluptuosidad de las miradas, todo desaparece. Entonces no hay placer, no hay emociones, solo queda el hastío. Parece que el demonio de la realidad emponzoña con su aliento aquella atmósfera poco antes impregnada de besos, quejas y suspiros de amor.

Una máscara se acercó silenciosamente á mí, cogiéndome de un brazo.

—Vamos! me dijo: ya es hora: te he estado buscando toda la noche. Temí que hubieras olvidado nuestra cita.

Por única respuesta llevé el cigarro á la boca: me desasí bruscamente de su brazo, metí las manos en los bolsillos, y volviendo la espalda, me dirigí á la puerta con paso vacilante, sintiendo á poco rato azotar mi rostro el frio relente de la mañana.

. . . .

Mas de un lector, al terminar la lectura de este artículo, esclamará para sus adentros:

—¿Y qué me importa á mí todo esto? ¿Quién es el que no ha soñado alguna cosa parecida? A estos zurcidores de artículos, se les figura que todo lo que les pasa es sobrenatural.

Calma tu irritacion, indignado lector. Tienes razon: los lectores la tienen siempre. Pero acuérdate que *la vida es sueño*, que soñaste haber leido este artículo como yo soñé haberle escrito. Si el sueño te parece malo, califícalo como yo de *pesadilla*, y estamos del otro lado.

CEFERINO SUAREZ BRABO.

LA FORTALEZA DE MEDINA DE RIOSECO.

. . . . . «Por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente.
. . . .
Las torres que desprecio al aire fueron
A su gran pesadumbre se rindieron.»
RIOJA.—*Ruinas de Itálica.*

Cuando el viajero que cruza hoy en rápido vehículo la carretera general de Castilla la Vieja, llega á las márgenes del cenagoso Seguillo, y costea las vertientes del collado qué se eleva sobre el camino al S. de la vetusta ciudad de los Almirantes, pregunta con estrañeza por la significacion de aquella mole cónica, culminante en la estéril prominencia. Porque mal pudiera adivinar que allí, donde ahora crece la yerba agreste y solitaria, se amontonaron en otro tiempo recios y copiosos sillares en altanera perspectiva. Y le ofrece un contraste singular, que en vez de las arrogantes torres, que antaño desafiaban con su almenada frente el soplo de la tempestad, hogaño unos mezquinos arbustos dejen abatir su blanquecina copa por el viento de la noche. Y tan solo comprende el curioso lo que tiene á su vista, cuando un honrado campesino le muestra con el dedo el desmoronado altozano, y dice con acento frívolo é indiferente: *La fortaleza.* ¡Sarcasmo involuntario contra aquel monton de polvo y oscuridad!

¡La fortaleza!.. Cuando los sucesores de Ataulfo no habian terminado su historia con la ominosa página de Perez; cuando el sol de Covadonga borraba del horizonte castellano la menguante luna de Ismael; cuando Castilla disputaba la integridad de sus fueros á la imperial usurpacion, era digno de aquel título el gigante marcial. ¡Entonces era gallardo y fortísimo! Desde su pedestal escarpado señoreaba, no ya la populosa villa á su espalda guarecida, sino la dilatada vega que se tiende á su planta, orillas del perezoso riachuelo, y por cuatro leguas de longitud, desde el castillo de Belmonte á la fortaleza de Tordehumos, prolongándose la lontananza por esta parte á los campos bajos que guarnecian los fuertes de Villa-García, Villa-Alonso, y la encumbrada plaza de Ureña, en direccion de las ciudades de Toro y Zamora. De esta manera, situado en el centro del pais llano, y en el camino real de Leon y Castilla, al punto donde confluyen las vias de sus dos antiguas capitales, y además las de Palencia, Valladolid, Tordesillas, Benavente y otras localidades considerables, tenia grande importancia militar, y era el núcleo de la accion del gobierno sobre estas comarcas. Por eso fué su posesion en todas épocas tan ventajosa y codiciada. Y no tan solo podia quien fuese dueño de este vastísimo castillo, hacer la guerra con poderosas ventajas en todo el pais de *Campos Góticos*, y en último caso recogerse con sus banderas á este invulnerable seguro, sino que habia otras razones de mas cuenta. Poseer la fortaleza era poseer la villa. Y la villa entonces valia mucho en poblacion, riqueza y significacion estratégica y politica. De aquí se sacaba fácilmente soldados, vituallas y recursos de todo género: desde aquí se dominaba todo el pais fructífero y despejado de los *campesinos;* esta era la llave de la frontera entre los dos primitivos Estados cristianos; esta era una base importantísima de operaciones, y un foco para tener en jaque á todas las plazas y señoríos de la vecindad.

Así, aunque sin podernos remontar hasta su orígen primario, hallamos disputada la tenencia de este castillo en todas las épocas memorables de la historia. Los reyes de Asturias y Leon procuraron arrancarle de las manos sarracenas al primer período de la dominacion restauradora. D. Alvaro de Luna, cuando el levantamiento de los ricos-homes contra su omnímoda privanza, no omitió esfuerzo ni diligencia para atraerse al Almirante, señor de la villa y su fortaleza, y al fin la ocupó con un golpe afortunado de autoridad. En la guerra de las comunidades fué el asilo de los sicofantas imperiales, y cuartel general de los regentes, y asiento de aquella malhadada y belicosa gobernacion. Y los almirantes de Castilla, cuya casa era una de las primeras y mas preciadas de la monarquía, le hubieron como principal baluarte de su señorío y de su poder. Bastan las precedentes indicaciones para comprender el precio que en las circunstancias graves de aquellos tiempos se daba á la fortaleza del Almirantazgo Campense, y las imponentes escenas de que fuera teatro militar.

La hora de su decadencia sonó al fin, como no podia menos de suceder. Variado el sistema militar con los adelantos del espíritu destructor, libre la monarquía de guerras con estraños dominadores, y erigida la autoridad régia sobre los despojos del feudalismo y del sistema municipal, en poder céntrico, absorbente y único, perdieron su importancia las fuerzas locales, especialmente despues de la guerra de las comunidades. El despotismo imperial comprendió su interés en desarmar los pueblos, para volverles impotentes y hacer imposible toda resistencia á la usurpacion. Si el castillo de Medina de Rioseco sobrevivió á esta peripecia, fué por la capitalidad del Almirantazgo. Pero luego que estos magnates abandonaron su sede señorial, y que el trono nada podia temer de la razon popular, siguió la comun suerte de sus compañeros, y cayó sobre sus altas torres la mano de la destruccion. Esto era por mitad del siglo anterior. Al medio del presente es un

«Campo de soledad, mustio collado (1).»

Descorrámos con el pensamiento el velo de esas ruinas; levantemos la obra de otros siglos á los ojos de la posteridad.

La fortaleza de Medina de Rioseco era, si no enteramente igual á la traza que damos en la lámina, al menos una cosa muy parecida. Podria variar en algun detalle ó accidente ornamental; pero en la forma fundamental, en el tipo artístico estamos seguros de haber acertado. Esto es lo importante. Lo demás son cosas de menos valor, y que no atañen al fondo de la verdad. ¡Harto nos ha costado de investigacion y discurso acercarnos á ella! Examinando las ruinas informes de aquel edificio; inquiriendo con ojo atento los datos arrojados por las escavaciones que con diversos motivos allí se han verificado; estudiando, comparando y descifrando los restos de la fortificacion, el área de la antigua fortaleza y sus condiciones topográficas respecto de la poblacion; adivinando el estado que entonces debiera presentar, borrado casi actualmente por las vicisitudes del terreno y de las nuevas construcciones; teniendo que vencer montes de tinieblas con un átomo de luz; poniendo en contribucion todo nuestro discurso para caminar de lo poco á lo mucho; habiendo además que ir con la razon en guardia para evitar el riesgo mayor de esta clase de estudios, que consiste en dejarse arrebatar por la poesía de los recuerdos y por el entusiasmo del arqueólogo y del artista, y en tomar como resultado del entendimiento la apariencia de la fantasía; y haciendo en suma un estudio profundo de los escasísimos datos existentes, y aplicándoles la historia del arte con filosófico criterio, es como hemos llegado al éxito que hoy ofrecemos á los curiosos y anticuarios.

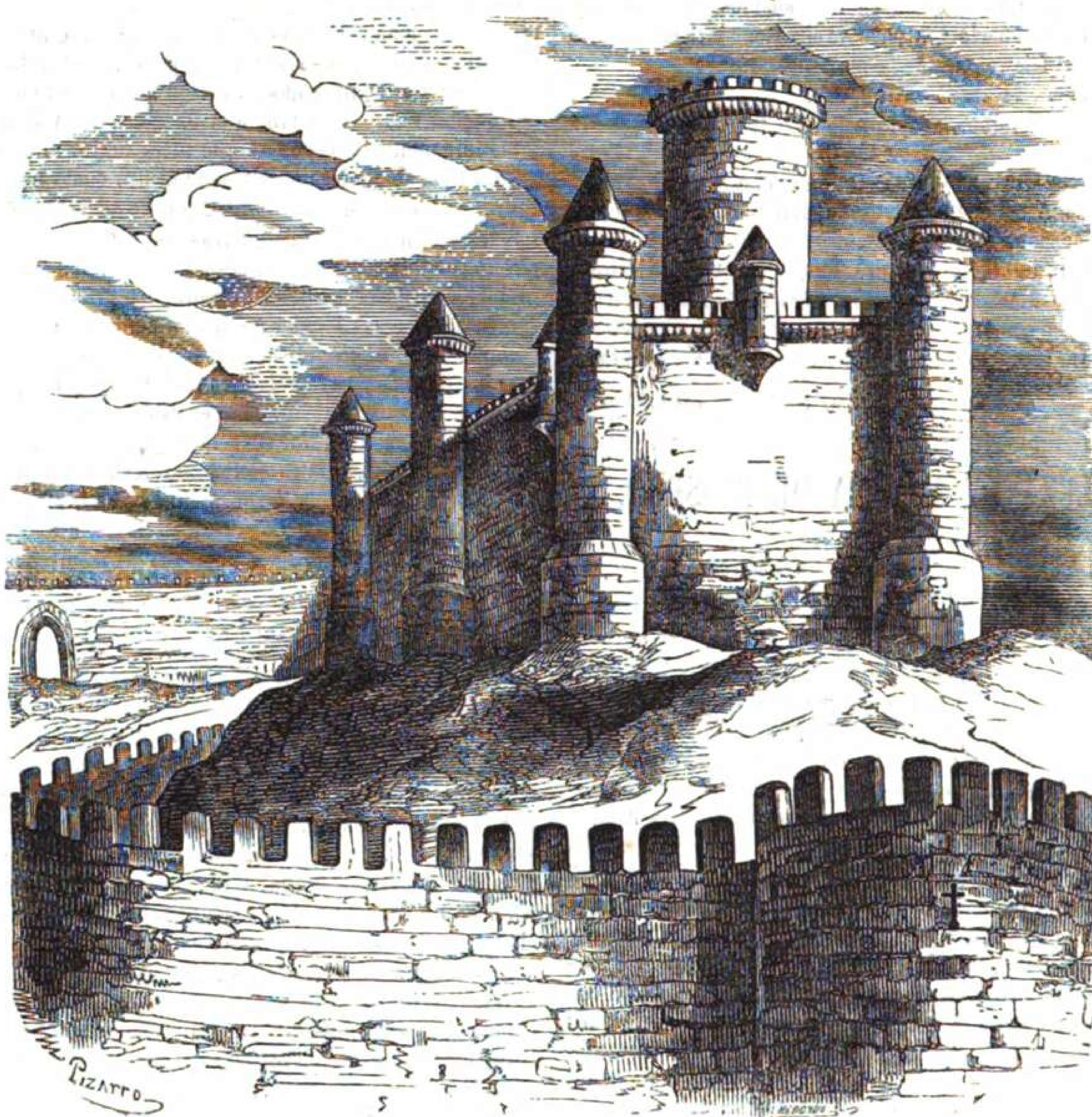
Debiamos esta esplicacion como escritores de conciencia y lealtad. Aunque seria muy difícil podernos contradecir, porque creemos poseer la mejor coleccion de noticias de toda especie, no solamente respecto de esta ciudad, sino del pais tambien; aun cuando podiamos sin temor fundado hacer alarde de seguridad en nuestro descubrimiento, no puede tanto con nosotros el amor propio. Vale mas la fé de las letras. Así pues, sin absoluta pretension, y declarándonos susceptibles de defecto en las apreciaciones hechas, damos á la arqueología el fruto de un buen deseo, de largas meditaciones y no pocos desvelos, no como cosa conclusa, sino como un juicio racional y probable, que puede recibir mejoras de otros mas discretos ó afortunados.

Nada existe del castillo de Medina de Rioseco mas que un monton de escombros sin forma ni color. Convertida su área en paseo público, que lleva el nombre histórico y rememorativo de *La fortaleza*, solo sirve para el solaz de las tardes de invierno y las noches de verano. Siempre tuvimos grande anhelo por saber lo que habia sido este antiquísimo alcázar de la guerra, en nuestro afan por las antigüedades riosecanas. Pero no existe ninguna persona que alcanzara su última época, ni se conserva pintura, ni hay documento en los archivos que pudieran satisfacer tan natural curiosidad. Fué preciso armarnos de la paciencia minuciosa y perseverante de todo revolvedor de antiguallas, para ir

(1) Elegía citada en el epígrafe.

juntando recuerdos, tradiciones, datos esparcidos y olvidados casi, para utilizarlo todo en pro de tal designio, y para coordinarlo y armonizarlo con el poco material restante de la arquitectura militar de la villa, y para arrancar, en fin, al polvo y á los siglos su secreto. Porque hasta la circunstancia de tener ante los balcones de la casa paterna los rotos y áridos paredones de aquella fortaleza, en cuyo abandonado solar entretuvimos algunas horas de la infancia en alegres esparcimientos, nos ha impresionado mas y mas en el empeño de apurar la historia y fisonomía de aquel derrumbado gigante.

Su planta general era un cuadrilátero rectángulo. Para comprenderlo no se necesita mas que examinar el área donde estaba edificada, y que forma la meseta de la prominencia meridional de la poblacion. El castillo ocupaba la punta mas avanzada sobre las vertientes esteriores, escarpadas y culminantes por tres puntos cardinales. Por el restante, al N., el edificio desembocaba sobre la plaza de armas, constituida por el estremo de la cumbre plana del cerro que desciende suavemente al centro de la ciudad. Esta placeta, denominada hoy con un dictado vulgar, se conocia en el siglo XVII con el nombre de *Plaza de*



(Fortaleza de Medina de Rioseco.)

los toros. Y esto significa quizá que, habiendo los moros introducido esa clase de espectáculos, se celebraban, mientras permanecieron aquí, en la plaza del castillo las lidias, como punto único al efecto; siguiendo despues de la reconquista los caballeros cristianos haciendo en ella sus bohordos y fiestas militares. Pues siendo el castillo la residencia de los señores de la villa hasta el siglo XVI, nada mas conforme á las ideas y ceremonial de aquel tiempo, que tener los alardes bajo los góticos ajimeces de la hermosa cuanto ilustre castellana, como reina de la caballeresca lid.

Dos recintos constituian el sistema militar de la fortaleza, uno esterior y otro interior. Formaba el primero una línea de muralla protegida por espaciosos cubos, y que ceñia por su falda el collado, arrancando del muro general de la poblacion. Así lo demuestra el corte de los dos trozos que se conservan á los lados del derruido castillo, y que rematan á pequeña distancia del perímetro marcado por las ruinas, junto á la ermita de las Nieves y la alhóndiga. De este modo quedaba la fortaleza dentro del circuito total de la plaza. Esta vasta cortina, almenada de fuerte sillarejo, tenia una elevacion de veinte piés castellanos por cinco de espesor, y figuraba un semicirculo irregular circunscripto á la circunferencia de la villa. Hasta hace algunos años existieron los vestigios de los tambores espresados, notándose en él esculpida una cruz. Tras este poderoso antemural se alzaban ásperas y cortadas las pendientes del cerro, donde tenia su asiento el segundo órden de la fortificacion, el cuerpo principal del castillo. Guarnecido su contorno cuadrangular de recios baluartes, de forma circular, coronados de vistosos canes y cónicos techos, rematados sus arrogantes muros de dilatados almenares, y elevándose en el centro de las obras la poderosa torre del homenaje, ofrece una perspectiva tan pintoresca como belicosa. Esos puntiagudos torreones que en variada gradacion se destacan sobre el azul oscuro de la atmósfera; esa mole bizarra, cuya sombría silueta se dibuja á lo lejos en imponente panorama; esa formidable atalaya que en medio de la noche parece junto á la silenciosa poblacion una matrona heróica velando el sueño de su hija, llevan el alma por la impresion de los sentidos á vagas y misteriosas emociones, y hablan al instinto del artista y al sentimiento del poeta.

La forma de las obras esteriores está conforme á todas las defensas de esta especie en los castillos de aquel tiempo. Tenemos además otro fundamento para nuestra idea sobre los bastiones cilíndricos. Porque existe un apuntamiento de cierta escritura antigua, en que, haciendo referencia á las papeles del Almirantazgo, dice «que se colocaron en la »fortaleza, en un cubo que tenia una puerta de hierro, y caia á la tier»ra que llaman del Pozo». Y por último, en la escavacion practicada pocos años há, hemos visto un cubo espacioso y bien cortado, al lienzo N. O. de las ruinas. Las almenas y modillones inherentes á tales obras, eran iguales á los que guarnecen el baluarte de la puerta de Ajujar, contemporáneo de la fortaleza. Las cúpulas cónicas de los cuerpos salientes eran comunes en los castillos de los primeros tiempos, y adorno característico del tipo gótico que dominaba en esta fábrica. Teniendo presente que desde los mas antiguos reinados de la dinastía leonesa, la fortaleza de esta villa era el punto principal de la frontera y la atalaya del país para las operaciones, se adivina la existencia de una fuerte y elevada torre de banderas, desde la cual pudiese el vigia dominar todos los fuertes del contorno, y servir de vehículo telegráfico para las alarmas y vicisitudes de aquel borrascoso tiempo. Su forma redonda parece indicar el vestigio de la castramentacion romana. Porque los dominadores del mundo tuvieron en algo á la capital *Campense*, y dejaron recuerdos en ella de su señorío imperial.

La magnitud y solidez del castillo se comprenden sin mas que lo

espuesto, y por la consideracion de que era el depósito general de vituallas y menesteres de la comarca para la gente de guerra, y el núcleo de la línea defensiva del reino por esta parte de la tierra llana. Tenia tambien su capilla y panteon. En el siglo pasado se halló entre sus escombros una escultura de talla natural, en madera, y no muy antigua, del arcángel San Miguel. Téngase presente que la primitiva parroquia de esta villa estuvo dedicada al mismo; porque es una coincidencia muy espresiva. Se encontró asímismo un sepulcro de piedra, y dentro una momia cubierta con gasa de plata. Y el año anteúltimo salió entre los escombros una culebrina de hierro, de aquellas ceñidas con anillos, y que por medio de argollas y cadenas se suspendian á la parte esterior de los muros para flanquear sus frentes con fuegos trasversales.

Importantes sucesos históricos han tenido lugar en esta fortaleza, con particularidad en los tiempos de la privanza de D. Alvaro de Luna y de las comunidades. Ya hemos hecho mencion de algunos en otro trabajo especial.

La ruina de esta construccion militar fecha de mediados del siglo último. De sus despojos se edificó el soberbio cuartel de caballería, presa ya de la mas vandálica destruccion, y algunos edificios mas. Fué el castillo pertenencia de los Almirantes; recayó en la casa de Osuna, y revertido el señorio á la corona en 1837, se vendió su escombro y solar por la hacienda pública, y hoy es pertenencia de la ciudad.

Muchos datos y pormenores acerca de esta obra feudal, y acaso anejos á la historia de la poblacion, pudieran acopiarse, si el amor á las antigüedades dominara entre nosotros. Desmontando el hacinamiento de escombros, indudablemente se encontrarian partes de la fábrica, armas y enseres de aquella época. El vulgo designaba con el nombre de *Sala de los moros* una habitacion entera, que se descubrió algunos años há, y que tenia sus paredes intactas. Las bodegas y almacenes subterráneos deben estar íntegros, porque la ruina no ha penetrado al fondo del área.

¡Tal es el órden del mundo! Cada cosa tiene su época, sus aspiraciones cada civilizacion. Y la humanidad, de tránsito en tránsito, camina á su destino providencial. Lo pasado fué para la fuerza; el porvenir es para la inteligencia.

V. GARCIA ESCOBAR.

LA PROTECCION DE UN SASTRE,

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

Feliz sin duda fué esta tarde Carlos, y por el mismo estilo podia haber sido feliz otro corazon que, encerrado en su cuerpo correspondiente, por allí andaba paseando, si este corazon no hubiera tenido la desgracia de caer en cuerpo de muger. No se habrán olvidado los lectores todavía, de aquella niña que desde aquel balcon habia visto á Rafael aquel mismo dia. Pues esta niña tambien le habia visto esta tarde en el paseo, tambien se hubiera puesto detrás de él, y tambien le hubiera alcanzado cualquier cosa que se le hubiera caido, pero no es costumbre. Y como si no bastaran todos estos obstáculos, que á estas cosas puramente materiales se oponen, otro motivo habia venido á oponerse hasta á la secreta espansion del cariño, en este corazon mugeril. Como Rafael iba con la misma muger á quien acompañaba por la mañana, era de suponer que estuviera casado. Ya hemos visto cómo se habia portado Carlos, á pesar de que la misma idea le habia asaltado con respecto á Luisa; pero el amor del hombre es mas espontáneo y menos razonado que el de la muger. Las mugeres tienen una conducta admirable y digna de envidia en esta parte. Es verdad que no están seguras las esposas de que no las arrebatará su esposo, otra esposa mal desposada, ó alguna viuda honesta; pero aun cuando su marido sea el hombre mas hermoso, mas amable, mas cabal del mundo, con dificultad podrá inspirar amor á una vírgen; á menos que esta virgen sea deshonestísima, ó lo que es lo mismo, no comprenda sus *intereses*.

Estos son apuntes para una *Consideracion general sobre el amor de las mugeres*, que pienso escribir, si Dios me ayuda.

Ibamos pues diciendo que se la ocurrió á la niña aquella, que de paso dicen que se llamaba Ines, que Rafael estaba casado; y que con motivo de habérsela ocurrido esto, empezó á padecer lo que nadie sabe. Pero como no lo sabia de cierto, conservó aun el bastante amor, ó mejor diremos, aficion, para ver con gusto que Rafael, siempre que pasaba, la miraba con la mas decidida espresion de amor. Ella por de contado que era la misma muger de aquella mañana, y así seguia con su mismo carácter, conteniendo, contra todo el torrente de su voluntad, sus dos hermosísimos ojos, que á no ser tan hermosos, feos hubieran parecido, cuando siempre que pasaba Rafael, tomaban, ó querian tomar, cierta espresion de dignidad despreciadora, que quita toda la belleza á las mugeres, y que las aconsejo que nunca usen, porque en estos momentos, todas ellas tienen algo, y mas que algo, de la doncella de labor, honrada, valiente, trabajadora y de buenos padres.

No dejó, sin embargo, Rafael de conocer por alguna mirada, que á su pesar se la escapaba á Ines, que habia en aquellos ojos alguna cosa que pensaba en él. En esto de amores hay indudablemente un misterioso lazo entre los que se han de querer, que nadie puede descubrir, pero cuyos efectos se sienten. Ines habia visto por la mañana á Rafael, y habia desde entonces pensado en él; Rafael desde que por primera vez habia visto á Ines, pensaba tambien en ella, y no dejaba pasar una vuelta sin hacer todo lo que puede hacerse en tales casos por dárselo á entender. Ella estaba contentísima con esto, pero no se daba por entendida, por el deber que se habia impuesto de hacerse la indiferente, obligacion necia que no la atormentaba menos que el pensamiento de que aquel hombre estaba casado.

Haciéndose por fin el distraido nuestro Rafael, cortó de repente una vuelta y se colocó detrás de Ines, que advirtiéndolo, yo no sé si se puso un poco colorada, y se cortó en la conversacion que con otra jóven como ella y una vieja muy bien conservada y en estado aun de merecer, llevaba.

Sorprendió, y no poco, esta vuelta brusca á Carlos, que creyó desde luego que habia sido aquel un movimiento peculiar en la especie del animal marido; pero no tardó mucho en dar tambien la vuelta, diciendo al amigo con quien iba:

—Este ya se escamó. No importa, me alegro: vamos á ponernos otra vez detrás, y salga lo que salga. Ella no es él: si á él le incomodo, á ella le gusto: eso es, adelante.

La juventud es irreverente, ¿y qué le hemos de hacer? Advertimos que no son buenas las ideas que manifiesta Carlos. El escritor mas moral se ve á veces precisado á contar cosas que nada tienen de morales; haga una advertencia como esta, cuando esto suceda, y duerma tranquilo, porque él ha hecho lo que ha podido por sus lectores.

Iban pues por el paseo Inés, la otra y la otra: tres; detrás Rafael y Luisa: cinco; y detrás Carlos y su amigo: siete personas en rosario. Y habia entre aquellas personas, y sobre todo, podia haber relaciones estrechísimas. Es de suponer que no sería este el solo rosario ni las solas relaciones futuras que habria en el paseo. Ingeniosísimo ha sido el supremo Hacedor en todos los medios que hace discurrir al hombre para procurar *ir viendo si* se relaciona con sus otros hermanos, hermanos que han perdido la costumbre de saludarse por las mañanas y hablarse con cariño siempre que se encuentran, por lo numeroso de la familia, por lo ocupado que cada uno anda en sus negocios, y sobre todo, porque el padre verdadero no parece si se le busca con cien luces, y el que en la confusion la echa de padre, ni conoce á sus hijos, ni deja que ellos le conozcan, ni habla él tampoco con cariño á nadie, *ni nada*. Pues uno de estos ingeniosísimos medios es el de andar el pretendiente de relaciones, delante ó detrás, y dale que dale, siempre cerca de la persona apetecida; y aunque puede suceder que anda ochenta años un hermano tras de otro hermano infructuosamente, es lo mas general que al fin adquieran uno y otro el derecho de menear la cabecita y sonreirse siempre que se encuentren; y esto, que es lo que se llama saludo, es prueba tal de cariño, que debe economizarse mucho.

Digresion es esta que por inoportuna y oscura deberia borrarse. Bórrese en hora buena y adelante.

Como no habia sido la intencion de Rafael la que Carlos suponia, ni aquel echó de ver que este le seguia otra vez, ni este notó en aquel la mas mínima cosa que le convidara á hacer alguna calaverada, que otra cosa mejor no era de esperar de quien tan poco respetaba los conyugales lazos, no supo él á qué atribuir la total indiferencia de Rafael, que ocupadísimo con Inés, asi se curaba de toda la demás gente que en el mundo habia, v. g. como un rey de sus vasallos.

Pero como parece que no habia la misma indiferencia en Luisa, avínole bien, y no se metió en mas averiguaciones.

De lo que pasó desde aqui hasta el dia siguiente no sé ni una palabra; pero no debió andar Carlos ni perezoso ni desgraciado, porque contra toda su costumbre, se levantó aquella mañana muy temprano, hablando solo y diciendo: «Si esa muger no me quiere, no entiendo yo una palabra de mugeres. Es necesario no perder tiempo, si el torpe del marido no está en casa, ahora mismo la veo;» y empezó á vestirse cantando y aturdiendo á voces á un muchachuelo rubio y bien dispuesto que le servia de ayuda de cámara.

Vistióse de prisa, al descuido; pero sin dejar de verse en el espejo, que no le disgustó, reflejándole una figura suelta, derecha y noble; y ya iba á salir, cuando pensándolo mejor se puso á escribir una carta, y concluido este negocio en dos minutos, salió de casa murmurando entre dientes: «Si no la puedo ver, no importa, carta al canto.»

Dirigióse con esto á casa de Luisa, llamó á la puerta, salió á abrirle

una criada, la preguntó si se podia hablar con el ama de la casa, la criada le respondió que sí, y fué introducido, despues de atravesar un largo callejon, en un aposento irregular y medianamente amueblado, donde sentada en una desvencijada y antigua silla poltrona, y teniendo á los piés un gran cesto de labor, se hallaba el ama de la casa cosiendo á la sazon unos calcetines.

—Señora, muy buenos dias, dijo al entrar Carlos.

—Muy buenos los tenga V., caballero, respondió la señora colocando al mismo tiempo en forma de guante en su mano izquierda un calcetin.

—¿Y qué se le ofrecia á V.?

—Señora, yo sé que esta es la casa mas decente en que se alquilan cuartos amueblados en todo Madrid.

—Gracias, caballero, gracias, y á buen seguro que sí; porque mi marido, que Dios haya, era un empleado en las rentas de S. M., y tiempo ha habido en que he tenido abono de cazuela en el teatro, y...

—Pues bien, señora, interrumpió Carlos, yo quisiera ver algun cuarto, porque...

—¡Ay, hijo mio! Si V. hubiera venido antes, y tan buen cuarto como hubiera V. hallado; pero ahora justamente tres habitaciones que son, una gran sala con dos gabinetitos y en cada gabinete su alcoba, me los tienen ocupados un jóven y una señorita, que parecen ser muchas personas, porque el uno duerme en un gabinete y el otro en el de enfrente: matrimonios de señores. ¡Jesus, y qué mal gusto!

—¡Voto va! esclamó Carlos, el cuento es que yo quisiera hablar á esa señora, porque la conozco, y puede que me cediera un cuarto. El marido no estará en casa, y...

—Sí señor, no se levantan hasta las doce: puede V. volver, que ahora no son mas que las diez y media, y si VV. se arreglan...

Columpióse en la silla nuestro Carlos sin decir una palabra, hasta que despues de haber hecho cuatro gestos de hombre que todo lo deja á la fortuna: Señora, dijo á la patrona, voy á darla á V. una prueba de confianza, tan grande, que por imposible tengo que una persona de la educacion de V. no corresponda á ella.

Sacóse ella maquinalmente el calcetin de la mano, prendió en él la aguja, todo lo dejó sobre la silla inmediata, y con los brazos cruzados siguió oyendo á Carlos, que decia: Yo estoy ciegamente enamorado de esa señorita que duerme en ese gabinetito, yo podria haberme valido de una de sus criadas de V. para entregarla un billete...

—Quite V. de ahí, señor caballero, esclamó la buena ama de casa, las criadas son mugeres sin principios y torpes que comprometen á cualquiera, y...

Llenósele á Carlos el semblante de júbilo, y viendo seguro el logro de sus deseos, y entusiasmado, no pudo menos de apretar con las suyas una de las manos de la amable viuda, mano que tendria ya sus cincuenta años, y que tembló con todo.

Las manos de las mugeres tiemblan con facilidad, por un efecto de la irritabilidad de sus nervios, segun parece.

Desde aquí en adelante todo fué efusion de sentimientos y franqueza por ambas partes. Pidió dinero la vieja, dióselo Carlos, dijo que era poco y que bien podia darle mas; contentóla Carlos dándoselo, la entregó la carta, la encareció su amor, su agradecimiento, ella le encareció su fidelidad, su desinterés, maldijo la pobreza, la avaricia y los siete pecados capitales, y ofreciéndose á servir á Carlos como si fuera cosa propia, le acompañó hasta la puerta.

Y ahora digo yo.

¡Con que está ya visto que en este mundo halla siempre el vicio acogida! ¿Quién será el que se niegue valerosamente á contribuir á una mala accion, cuando hasta la esposa de un antiguo empleado en rentas, mira el adulterio con cierta indiferencia de buena sociedad?

¡Adios, virtud! ¡adios, descansa en paz! que aquí descansaremos como podamos.

V.

En una mala habitacion de una mala casa de un mal barrio, que apenas hay cosa mala que vaya ni venga sola, estaban sentados al derredor de uno de estos muebles de barro que llaman copas, y que sirven para lo mismo que los braseros, es decir, para tener lumbre en las habitaciones, al derredor pues de una copa estaban sentadas en una noche de las mas frias de invierno tres personas, bien distintas en verdad, porque el uno era hombre, la otra muger, y la otra persona era una hembra fea, y por lo tanto ni hombre, ni muger, ni cosa que lo valga. Tenia la habitacion en que se hallaban todo el carácter que tienen todas las habitaciones pobres, que consiste en cierto aspecto repugnante y en cierta desnudez de todo género de adornos, que sin duda ninguna no echan de ver los ojos de la gente pobre; pero que afecta de un modo particular y desagradable los ojos de la gente que no es pobres, que están acostumbrados á cierta proporcion y cierto órden en el arreglo de sus *jaulas*. La chimenea francesa da muchísimo carácter á una habitacion: una habitacion con chimenea francesa, casi, y sin casi, puede tener usía entre las demás habitaciones aquí en nuestra España, y puede tratarse de V. á una habitacion que tenga en medio, ó aunque no sea en medio, uno de nuestros clásicos braseros. Pero ni la chimenea ni el brasero sirven para dar una idea exacta acerca de si habrá ó no dinero en la casa en que se encuentran: esta ventaja tiene la copa de barro, que es signo inequívoco de que entre todas las personas que á su derredor se calientan, no hay ahorrados arriba de dos duros.

Y esto es tanto mas cierto, cuanto mas decentes son las personas sentadas al amor de la copa. Y de aquí se infiere, que sabe Dios lo que se habria hecho de los catorce ó quince mil reales que tenian Rafael y Luisa, porque los dos ni mas ni menos, acompañados de su feísima ama de casa, eran las personas de que estamos hablando.

Yo que con tanto cuidado y prolijidad supe lo que les sucedió un dia: segun me parece sin saber por qué, que es gran razon á falta de otra, no volví á saber de ellos ni una palabra en una porcion de tiempo, hasta que ahora vuelvo á saber y vuelvo á contar lo que buenamente sé. Desde entonces hasta ahora han pasado dos meses, ó uno, ó menos, ó cosa así. A fé que no es mucho tiempo: tú, lector, tengas ó no talento, puedes llenar este hueco con lo que mejor te pareciere, que lleno quedará.

Ciceron tambien, ó porque él no escribió ó por otra causa cualquiera, dejó un libro todo lleno de vacíos, huecos, ó lagunas, como tambien se llaman. Para llenar las lagunas de Ciceron, lector amigo, necesitarias ser un sabio: feliz tú, que para llenar esta laguna de nada necesitas; feliz yo, que para verla llena, de nada tampoco necesito; y desgraciado Ciceron, que por necesitar de sabios, verá cuando mas llenas sus lagunas, no de agua clara, sino de caldo de sabio, que aunque mas espeso que el de pollo, contiene menos sustancia, alimenta menos y empalaga mas.

Estaba pues Rafael, mas que sentado, echado en una silla, que algo distante de la pared, tirada hácia atrás se apoyaba en ella, con un codo puesto en una mesa cubierta con un tapete de damasco roto, que á su lado derecho habia, fumando pacíficamente un cigarro puro. Luisa estaba sentada mas cerca del fuego, enfrente de la mesa, leyendo á la luz de un veloncillo en un libro nuevo, pero impreso y encuadernado mezquinamente, lo que me hace creer que seria edicion hecha en Madrid de alguna obra moderna. La buena de la patrona, sentada casi encima de la copa, estaba cabeceando, y mas que durmiendo, matando algo del mucho sueño que tenia. Por fuera zumbaba el viento, que es bien seguro que hacia tiritar á mas de cuatro infelices, porque hay mas de cuatro mil en Madrid cuyo único amparo, mientras piden limosna en noches como esta, es el caritativo rincon de alguna puerta, que siente impasible los movimientos convulsivos con que los helados miembros de estos desgraciados se golpean en ella; y tan impasible los siente, que en pago bien merecia esta puerta dejar de ser materia bruta, y convertirse en la humanidad personificada, que apenas es un poco mas *firme* de corazon que ella. El frio es un enemigo horrible del pobre, para quien no hay calor en ninguna parte, porque hasta la llama de su corazon se ha apagado; y no se ha apagado ella sola por falta de vida, no, la ha apagado el frio soplo... ¿De quién? De todos nosotros, que nada hacemos que sea bueno; de todos nosotros, que somos tan dignos de ser ahorcados por malos, como de otra cualquier cosa.

(Continuará.)

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

LA CRUZ DE PIEDRA,

Leyenda de la edad media.

PRIMERA PARTE.

I.

Allá en tierra de Leon
vivia, segun parece,
á mitad del siglo trece
si no miente el Cronicon,
Un conde de ilustre raza
que cansado de las guerras,
mataba el tiempo en sus tierras
entre la mesa y la caza.
Mezcla de noble hidalguía
de traicion y de crueldad,
era el tipo de la edad
que por entonces corria.
Pronto á luchar contra el rey
como á acuchillar al moro,
era el valor su tesoro
y era la fuerza su ley.

Vivía, en fin, como un hombre
cansado ya de conquista,
y es lástima que el cronista
no nos trasmita su nombre.
Solo nos dice era padre
de un ángel de candidez,
que perdiera en la niñez
las caricias de su madre.
Alma de fuego Leonor,
un hechizo de hermosura,
alzaba su frente pura
brotando vida y amor.
Y encerrada en el castillo,
cual flor que su aroma esconde,
habitaba con el conde
lejos de pompas y brillo.
Un dia en su corazon
soñó ventura y delicias,
y adormióse á las caricias
de una primera pasion.
Y alma en ensueños fecunda,
nacida en suelo español
y aun mas ardiente que el sol,
que en luz sus campos inunda,
Amó cual se ama la vida
en sus risueños albores;
amó cual aman las flores
de abril el aura querida.
Y á fe que bien merecia
amor tan grande Ricardo,
pues era un mozo gallardo
de sin igual bizarría.
Prendado de su candor
la amaba con tal vehemencia,
que diera hasta la existencia
por su hermosa Leonor.
Mas ¡ay! que injusta con él
fué por demás la fortuna:
nacido de humilde cuna
era pechero el doncel.
Y el mísero bien sabia
que el conde en su orgullo vano,
nunca al hijo de un villano
joya tan rica daría.
Pero ¿cómo resistir
á tanto hechizo? imposible:
en su amor inestinguible
olvidarla era morir.
Y en su ardiente corazon
fuera su vida un martirio,
si amando con tal delirio
quisiera ahogar su pasion.
Así del mundo á despecho,
él por servirla se afana,
y la linda castellana
su amor acoge en el pecho.
Y libre de sinsabores
su vida á lucir empieza;
que el ángel de la pureza
velando está sus amores.

II.

En lo interior del castillo
Y en una espaciosa sala,
Cuyas paredes encubren
Los trofeos de la caza;
Y en un sillon de anchos brazos
Que ostenta pintadas armas,
Sentado se halla el buen conde.
De pié y á corta distancia
El fiel Ricardo le escucha,
Y ardiendo en cólera y rabia,
Devora dentro del pecho
Sus injuriosas palabras.
—Ingrato has sido, le dice,
Villano al fin, así pagas
Al que dueño de tu vida...
—Yo, señor!!!...
—No escucho nada.
Sella tu boca, Ricardo:
Si has creido en tu arrogancia
Que era lícito al gusano
Que por la tierra se arrastra
Entre miserias y polvo
Fijar audaz sus miradas
En el águila altanera
Que mira al sol cara á cara.
—Pero, señor!
—Si has creido,
Poder insultar mis canas,
Enlodando para siempre
Los blasones de mi casa,
Vive Dios que te engañaste:
Tiembla, ¡ay de ti!
—Señor.
—Calla.
¿Ella esposa de un pechero:
La hija de mis entrañas,
Cuya sien ceñir merece
La corona de un monarca?
Nunca: primero yo mismo
La existencia la arrancara.
Blanca paloma ha caido
Del gavilan en las garras,
Que cobarde ha desgarrado
Su tierno pecho.
—Mi espada
Responderá, no mi lengua,
Al que tuviere la audacia
De empañar...
—Calle el villano!
Solo mirándola, empaña
El cristal de su pureza.
—Aunque de sangre villana
Tengo hidalguía en el pecho,
Y fuerza al brazo no falta
Para blandir el acero,
Porque es mi fama tan clara
Como la luz de ese sol
Que hiriendo está vuestras canas.
—Par diez que ya tu insolencia
Muy alto, mancebo, raya,
Y el sufrimiento se agota
Al escuchar tus bravatas.
Vive Dios que si tu arrojo
Con tu osadía se iguala,
Fueras temible en las lides
A las huestes africanas.
—Señor, aunque no blasono
De noble ni ilustre raza,
Tuve un padre que, esforzado,
Murió en la lid por su patria,
Y me dejó por herencia
Una conducta sin tacha
Y el corazon de un valiente.
Guerras hay, sobran batallas
Donde probar los quilates
Del que de bravo se jacta.
Allí, señor, confundido
Entre las filas cristianas,
Veremos si frente á frente
Pavor el moro me causa.
Quizá el brazo de ese Dios
Que á los débiles ampara,
Dará robustez al mio
Y venceré en la demanda;
Quizá arranque á la fortuna
Con la punta de mi lanza
Algun blason de nobleza
Que esculpir sobre mis armas.
Digno entonces de su mano
Y de mi amor en las alas,
Laureles, oro y blasones
Vendré á arrojar en sus plantas.
—(*Ap.*)¡Oh, que idea! Bien, Ricardo,
Mucho tu arrojo me agrada;
Y tarde á fé he comprendido
Todo el temple de tu alma.
—¿Será posible? ¿qué escucho?
—Es tu empresa temeraria,

Pero bien puede la suerte
Realizar tus esperanzas
Y...
—¿Consentís? ¿no es un sueño?
¡Yo deliro! gracias, gracias.
Voy á partir al instante,
Que ya á mi ansiedad le tarda
El volar á la pelea.
—Y ¿á qué tan pronto? mañana,
Sin que nadie lo trasluzca,
Podrás al rayar el alba
Abandonar el castillo.
—Lo haré, señor, como os plazca.
—Seis años te doy de plazo:
Si vuelves, aquí te aguarda
La mano de la que adoras;
Mas si acaso en tu desgracia...
—Nada temais: Dios me ayuda.
Señor, pues la ausencia es larga,
Dadme á besar vuestra mano.
—Adios, Ricardo.—
Y la estancia
Abandona presuroso;
Mientras con risa forzada:
—¡No volverás, te lo juro!—
El conde en silencio esclama.

III.

Era de noche; en deliciosa calma
Todo en silencio y soledad yacía;
Y allá por el oriente
Se alzaba melancólica la luna,
Reflejando en su frente
Tibia la luz del luminar del dia:
Y el aura que importuna
Sobre la flor se posa
O entre sus hojas revolando vaga,
Ahogó su aliento y se quedó adormida
Sobre un boton de purpurina rosa.
. . . .
Vasta llanura de empinados olmos
Y gigantescos álamos poblada,
En derredor tendiase frondosa
Sombra prestando á la feudal morada.
Allí, velados por la noche oscura,
Bajo un dosel de estrellas
Y á solas con su amor y su ternura,
Ricardo y Leonor se embebecian,
Mientras brotaban como el fuego ardientes
Castos acentos de sus castos labios;
Y de amor suspirando,
Las flores en su cáliz se mecian
Y besaba sus frentes
Amante brisa; y en murmullo blando,
Al ver ventura tanta,
Su ramaje los árboles movian.
Allí están: de entre el césped se levanta
Majestuosa una cruz. Al pié, miradlos,
Cual si fueran dos ángeles que velan,
En oracion sumidos,
Asentados se ven; ¡misera suerte!
Los desengaños que la mente hielan
Pronto vendrán á desgarrar su pecho.
Ya zumba en sus oidos
De la borrasca el huracan deshecho;
Ya sus alas agita
En torno suyo el roedor quebranto,
Que amores, juventud, todo marchita.
. . . .

(*Continuará.*)

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

SONETO.

Cándidas olas de la mar serena,
Brisa eterna, y feliz huerta florida,
Ciudad de antigua historia esclarecida
Que aduerme el Turia en su sedienta arena:
Con Dios quedad: en vuestra estancia amena,
Que con reposo al parecer convida,
Lejos de hallarle en mi revuelta vida,
Por artes del amor hallé mas pena.
Las olas y las brisas y las flores
Y de la antigua gloria los destellos,
Por breve instante diéronme alegría;
Mas la luz de unos ojos seductores
Hirió mi corazon; ojos de aquellos
Que tu cielo y no mas, Valencia, cria.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

20 de agosto de 1851.



El Monte Sinaí.—(Véase el SEMANARIO de 1849.)

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.



LOS ALUDES.

Hé aquí una de las mas terribles plagas que amenazan á los viajeros por paises montañosos. Muchas son las relaciones que se han escrito acerca de los estragos que ocasionan, y aunque la imaginacion del hombre se complace en exagerar la pintura de escenas tan funestas, puede asegurarse que la realidad de las mismas sobrepuja al horror de las descripciones. El alud, suspendido sobre la cabeza del pobre pastor, se desprende de pronto, y es casi imposible libertarse de él. Cierto es que el trueno estalla y le precede, pero la mole de nieve baja con espantosa rapidez, y arrasa cuanto encuentra.

Por imponente que aparezca este fenómeno, no es mas que la consecuencia casual de un inmenso beneficio de la naturaleza, pues esos depósitos de nieve que amontona en las cordilleras, alimentan los rios durante el año. No hay en el mundo bienes que no produzcan algunos males, pero los del alud pueden calcularse de antemano. Se conocen con exactitud las localidades amenazadas; los bosques ofrecen abrigos naturales; el pastor prudente construye su cabaña al pié de una roca protectora, y el viajero evita la estacion del año, la temperatura y las horas peligrosas, tomando guias prácticos y echando mano á otras precauciones que le sugiere la esperiencia de los aldeanos, como son quitar las campanillas á las bestias de carga. Tambien suelen por el contrario tirar pistoletazos al aire para determinar el desprendimiento de la nieve. Si son muchos los viajeros, se dividen en grupos para auxiliarse mútuamente en caso de que caigan los aludes.

Los alemanes dan á estos el nombre de *lawinen* ó *lanwnen*, cuya etimología parece ser el verbo *lanen*, fundirse. Dichas masas de nieve, mas impetuosas que los mismos torrentes, arrancan los árboles y hasta las rocas, destrozando cuanto hallan al paso, dejando en pos una desolacion, muchas veces irreparable. Aun los objetos que no tocan,

pero que se encuentran inmediatos á su paso, esperimentan sus desastrosos efectos. Se han visto cabañas derribadas y árboles tronchados por el viento furioso del alud.

Se conocen los puntos mas espuestos á estos estragos, pero la casualidad suele ocasionar los mayores en las montañas de los Alpes, á causa de las *ventiscas ó ventisqueros*, como dicen aquellos naturales, porque efectivamente el viento es el que impele las moles de nieve esparciéndolas en todas direcciones. Tambien las forma reconcentrándolas en las crestas mas culminantes y en las pendientes de las montañas: estos aludes no son tan compactos, porque generalmente se renuevan á menudo, circunstancia que les quita la dureza, que á los grandes depósitos comunican las heladas del invierno.

Los que por recreo visitan las montañas solo conocen los aludes por su lado pintoresco, y buscan un medio de presenciar su desprendimiento, lo cual consiguen fácilmente, porque los aludes del verano se forman siempre en las altas rocas y solo caen en parajes solitarios, de modo que no ocasionan desgracias. Cualquiera que recorra los altos Alpes puede disfrutar de este espectáculo. El guia señala al viajero un gran filon de plata, que se desliza por el monte dando saltos, hasta que se rompe en mil trozos, los cuales van desapareciendo á lo lejos. Este inmenso trueno, en medio de un cielo tranquilo, sin otro eco que los de los valles inmediatos, es recibido por las aclamaciones de los espectadores admirados, al paso que el Rhin, el Ródano y el Adige reciben un nuevo tributo de aquellos fragmentos de nieve que ruedan desde lo alto de las montañas. Las nieves de *Antan* forman los rios para todo el año; pronto se convertirán en nubes, en torno de las grandes crestas que las atraen. Tal es el círculo trazado por la mano del Hacedor Supremo.

Los anales de los paises montañosos estan llenos de catástrofes acaecidas por causa de los aludes. En 1447 una de estas masas terribles sepultó á sesenta soldados suizos con muchos caballos en el paso del San Gotardo. En 1501 perecieron cien hombres del mismo modo al atravesar el San Bernardo. El dia 25 de enero de 1689, casi todo el pueblo de Saas, en el pais de los Grisones, fué destruido por un alud, que mató cincuenta y siete personas.

El caballero Gaspar de Grandenburgo de Zoug, teniente coronel al servicio de España, bajaba del San Gotardo al valle Levantino con un criado. Era la primavera y ya se acercaban á Airolo, cuando se vieron envueltos repentinamente por un enorme alud, desprendido de los Alpes. Un perro que les acompañaba á alguna distancia no participó de su triste suerte: inquieto al observar que habian desaparecido, se detuvo, aulló, registró entre la nieve; pero viendo que sus esfuerzos eran inútiles volvió al hospicio de San Gotardo, donde su amo habia pasado la noche anterior. Allí repitió sus aullidos con mas fuerza como si pidiese á los monjes que le siguiesen: estos lo hicieron al siguiente dia, notando que dos veces habia bajado al valle y vuelto al hospicio siempre solo: sospecharon pues algun acontecimiento siniestro y fueron detrás del perro que los condujo al mismo sitio en que su amo habia desaparecido. Al ver el alud comprendieron todo: echaron mano de los instrumentos necesarios, y despues de un penoso y largo trabajo descubrieron á los dos infelices viajeros que habian pasado treinta y seis horas debajo de la nieve, y confesaron que despues de Dios debian la vida á su fiel perro. Esperaban en aquel helado calabozo con indecible angustia una muerte tan lenta como dolorosa, y solo les reanimó la esperanza de salvarse cuando oyeron las voces y los instrumentos de los trabajadores, porque la nieve, demasiado compacta para que les dejase moverse, permitia que llegase hasta ellos el ruido de los que habian acudido á su socorro.

Puede verse en Zoug, en la iglesia de San Osvaldo y sobre la tumba del caballero que murió en 1528, una estatua que mandó hacer y en la cual está representado con su can. Este rasgo, atestiguado por una crónica auténtica y por un monumento que todavía existe, merece ocupar un puesto en la historia de los perros célebres.

TEATRO DE VELEZ DE GUEVARA.

Contemporáneo tambien de Lope de Vega, y compartiendo con él la fama y el aplauso público, Luis Velez de Guevara fué uno de los autores de aquella insigne pléyade que ocupó el teatro español en la primer mitad del siglo XVII, y alcanzó á elevarle á tan alto punto de majestad y bizarria.—Su fecundidad (solo escedida por la asombrosa y única de su gran modelo) le permitió alternar con él en el diario alimento de la escena, en términos que si hemos de creer lo que afirma Montalvan en su *Para todos*, llegó á escribir *mas de cuatrocientas comedias* (de las cuales solo conocemos hoy las que van citadas á continuacion en el indice que hemos formado),—«y todas ellas (segun el mismo autor) de pensamientos sutiles, arrojamientos poéticos y versos »escelentísimos y bizarros, en que no admite comparacion su valiente »espíritu.»—Verdad es que de aquel número y de esta apasionada crítica haya mucho que rebajar, atendida la natural propension á esta clase de exageraciones del panegirista Montalvan, y tambien la de Cervantes, que citando á Luis Velez alaba *el rumbo*, *el tropel*, *el boato y la grandeza de sus comedias*.

La mayor parte de ellas, en efecto, pertenecen al drama apellidado heróico; tratan argumentos y personajes históricos y elevados, ó de las vidas y hechos de los santos y de los héroes fabulosos; y á todas acompaña el mayor lujo de entonacion y de accesorios de efecto en la escena, especialmente codiciados por el público de aquella época. *La real jura de Artaxerxes*, *Los amotinados de Flandes*, *El hijo del águila ó Don Juan de Austria*, *Las glorias de los Pizarros*, *La duquesa de Sajonia*, *La conquista de Oran*, *El Alba y el Sol*, conocida tambien y representada hasta nuestros dias bajo el título de *La restauracion de España*, *El Príncipe esclavo*, *La hermosura de Raquel*, y sobre todo el interesante y verdaderamente trágico drama de *Reinar despues de morir ó Doña Inés de Castro*, la primera, si no la única comedia que aun hoy acredita la fama poética de su fecundo autor.

En todas aquellas, á vueltas de bellezas y primores poéticos, de caractéres bien delineados, y de escenas de seguro y calculado efecto, hay, como no podia menos de suceder, enorme desarreglo, disparates increibles, abuso, en fin, de la misma fecundidad y soltura del ingenio. En todas ellas, empero, se ve al poeta fácil é inspirado, al autor inspirado y audaz. Pero la de *Doña Inés de Castro* respira un perfume tan melancólico y tierno, los caractéres estan tan bien bosquejados, el efecto escénico tan sabiamente conducido, que si no hubiera quedado mas drama que este de Velez, bastaria él solo para colocarle en un lugar distinguido entre nuestros buenos autores. Omitimos citar trozos ni escenas de esta bellísima composicion, pues siendo tan generalmente conocida y estimada, juzgamos inoportuno todo encarecimiento.

El mismo autor que sabia elevarse á tan alto estilo en los dramas de aparato y majestad, y tocar tan sensiblemente los corazones en los de pasion y sentimiento, dejaba correr en otras ocasiones su fácil y elegante pluma, dando rienda suelta á su carácter festivo y á su genio satírico y decidor, del que hablaremos mas adelante, y con el que habia sabido grangearse tantos aplausos y satisfacciones en el ejercicio de su profesion forense y en el trato íntimo de sus numerosos amigos.—Muchos trozos de sus comedias pudiéramos citar en que se descubre este natural instinto de amenidad y de urbana crítica, que sin el peligroso ejemplo de Lope hubiera tal vez hecho de Velez, como de Tirso y de Moreto, autores notables en la comedia de costumbres; pero por no alargar demasiado este artículo nos limitaremos á estampar aquí dos preciosos cuentos que pone en boca de los graciosos en las comedias de *No hay contra un padre razon* y de *El ollero de Ocaña*.

1.°

Muy largo y mal predicó
cierto religioso un dia,
y á una muger que le oia
mal de corazon la dió.
Al ruido, el padre, parado
preguntó:—¿Qué pudo ser?—
Y dijo uno:—A esta muger
mal de corazon le ha dado.
—Pues ¿de qué (con impaciencia
dijo el padre) aquí la dió?—
Y el bellacon respondió:
—De oir á su reverencia.
—¿Pues cómo el desvergonzado
(dijo el padre enfurecido)
sabe que es de haberme oido
aquese mal que le ha dado?—
A lo cual el hombre, así
le respondió en un momento:
—Yo lo sé, porque ya siento
que me quiere dar á mí.

2.°

Habia un cierto lugar,
tan incierto, que aun apenas
sus vecinos le sabian:
su planta era en las riberas
de un rio corto de talle
porque á su lugar parezca:
sus vecinos, por ser trece
los contaba por docena,
pues la maestra de niñas
quedaba fuera de cuenta:

dicen que fué antiguamente
colonia romana ó griega,
y ahora por sus pecados
es española agujeta;
pero con el buen olor
de aquella rancia nobleza
eligen sus magistrados
con poder sobre las peñas.
Llegó un dia de año nuevo
donde los cargos se truecan,
porque todo era postizo;
y el zapatero, ojo alerta,
en sabiendo la eleccion,
cogió las hormas con priesa
notable, en una barquilla
que servia de muleta
al pueblo, y se fué agua abajo,
y á poco mas de una legua
dió fondo en otro lugar
casi de las propias señas,
si bien no tan opulento
por ser poblacion mas nueva;
y así tenia en la torre
por campanas dos cigüeñas.
Admirándose la plebe
(que era entonces dia de feria)
de ver al Crispin entrar
la pedestal herramienta,
le preguntaron á coros
y no con poca sospecha
la causa de su mudanza;
mas él con la voz serena
díjoles.—Señores mios,
oigan, que la causa es esta.
Ya sabran vuesas mercedes
de *ab initio* y *ante secula*
que en mi lugar ó en mi haca,
(que no vengo para fiestas
pues diré mal de mi padre
en desarmando la tienda);
ya saben que sus vecinos
por enfermedad secreta
no llegan al catorceno:
pues hoy por costumbre vieja
hubo eleccion de justicia
(plegue á Dios que en él se ensuelva),
pues como se está el lugar
siempre en sus trece, y es mengua
en república tan noble
no hacer la eleccion completa,
repartieron como digo
los oficios por cabezas:
dos alcaldes ordinarios
(ya saben sus preeminencias),
uno de los hijosdalgo
y otro de la villanesca:
luego un alguacil mayor,
con que tenemos tres piezas:
juez de testamentos, cuatro:
luego un receptor de penas
de cámara, que son cinco,
aunque de pujo revientan;
cuatro regidores, nueve,
que rigen cuatro carretas;
el escribano, y alcaide
de la cárcel que esta en gerga,
y su poco de verdugo
cumplen doce; y ellos eran
conmigo trece; pues digo
á los que saben de cuentas,
si los doce son justicia
y yo me he quedado fuera,
¿en quien la han de ejecutar
sino es en mí?—La madera
de mis hormas me acompañe,
que no he de volver á tierra
de tantos Justos Pastores
que ahorcarán á una estrella.—

La gloria literaria de Velez de Guevara no estuvo ni está cifrada solamente en sus comedias, sino que ha llegado hasta nosotros unida tambien á otra de sus discretas obras en que supo demostrar su espíritu de observacion, la gracia y decoro de su crítica, y manejar la prosa con igual perfeccion y donosura que la poética lira; hablamos de la discreta novela titulada ***El Diablo Cojuelo*, *verdades soñadas de la otra vida***, que traducida libremente despues (aunque ciertamente no oscurecida) por Lesage en su ***Diable boiteaux***, ha quedado hace dos siglos como tipo de esta clase de descripcion crítico-filosófica de las costumbres sociales, y dado lugar á numerosas imitaciones mas ó menos cómicas y célebres.—Esta linda obrita fué publicada por Velez de Guevara en un tomo en octavo, impreso en Madrid en 1641 en la imprenta del Reino, y despues ha tenido varias reimpresiones, siendo la última que conocemos la que con diligente esmero mandó hacer el señor Don Joaquin María Ferrer en Paris en 1828; pero desgraciadamente es hoy poco conocida ya entre nosotros, habiéndola sustituido malamente por la traduccion de la de Lesage, que, repetimos, no la iguala en mérito ni en la forma ni en el estilo.—De las comedias de Velez tampoco creemos que se publicara coleccion alguna, y únicamente, segun Brunet, existe una parte ó tomo póstumo, impresa en Sevilla en 1730; pero todas las que citamos en el catálogo adjunto fueron impresas sueltas en Madrid, Valencia, Sevilla y Barcelona.

De la vida y carácter de Velez de Guevara sabemos sólamente por Nicolás Antonio, Alvarez Baena y otros eruditos biógrafos, que nació en Écija en enero de 1574; que vino muy jóven á Madrid, donde ejerciendo su profesion de abogado adquirió grande fama y aprecio; que estuvo casado con Doña Ursula Bravo de Laguna, de quien tuvo un hijo llamado D. Juan, tambien poeta y autor de varias comedias, el cual segun Nicolás Antonio fué oidor de la audiencia de Sevilla; y que tanto este como su padre fueron muy favorecidos de los duques de Veragua, en cuya sepultura en el monasterio de Agustinos de Doña María de Aragon fué enterrado Luis Velez á su muerte, acaecida á los setenta y dos años, en el de 1646.—Su piadoso y discreto hijo celebró su memoria en un elegante soneto, que prueba bien que era digno heredero de aquel poético ingenio, y dice así:

«Luz en que se encendió la vital mia,
De cuya llama soy originado,
Bien que la vida solo te he imitado,
Que el alma fuera en mi vana porfía:
Si eres el sol de nuestra poesía
Viva mas que él tu aplauso eternizado,
Y pues un vivir solo es limitado,
No te estreches al término de un dia,
Hoy junta en el deleite la enseñanza
Tu ingenio á quien el tiempo no consuma
Pues tambien viene á ser aplauso tuyo;
Y sufra la modestia esta alabanza,
Á quien por parecer mas hijo tuyo
Quisiera ser un rasgo de tu pluma.»

A estas escasas noticias biográficas de Luis Velez de Guevara, añadiremos aquí los siguientes párrafos del discreto prólogo con que el diligente y erudito señor Ferrer ilustró la edicion de la novela de *El diablo cojuelo*, quien recogiendo cuidadosamente las tradiciones y apuntes relativos á su ilustre autor, da una idea de la amenidad de su carácter y de la popularidad que llegó á obtener en vida.

«No tardó mucho en hacerse distinguir en el foro por su elocuencia, y entre los literatos por la agudeza de su ingenio, correccion y facilidad con que manejaba nuestra hermosa lengua, así en prosa como en verso. Su carácter era tan festivo, que aun en medio de los negocios mas graves no podia dejar de chancearse, con lo cual atraia á los tribunales donde abogaba un auditorio numeroso. Cuéntase que en una ocasion salvó la vida á un criminal que defendia, escitando la risa en los jueces con una chanzoneta que dejó deslizar en medio de una exhortacion patética con que trataba de captar su benevolencia en favor de los clientes. Obtenida la sentencia, mas favorable de lo que podia esperar, apeló de ella el fiscal y obtuvo su reforma, saliendo el reo condenado á la pena capital, y el abogado á una multa de consideracion. Para librarse de ella se puso á pleitear con el fiscal y los jueces, y consiguió que el rey D. Felipe IV tomase personalmente conocimiento de una causa tan singular. Con este motivo se presentó Guevara ante S. M. con tal desenfado, y le representó el caso de una manera tan cómica, que el rey no pudo menos de echarse á reir, con lo cual consiguió no solamente que se le perdonase la multa, sino que á su cliente, que se hallaba condenado á muerte en revista, se le conmutara aquella pena con la de presidio.

»De resultas de este suceso tomó el rey tal aficion á Guevara, que no podia pasar sin él, puesto que gustaba mucho de su instruccion, chiste y agudeza; y conociendo que concurrian en él todas las dotes de un buen poeta cómico, le instó á que escribiese las comedias que dió á luz por aquel tiempo, y se representaron en los teatros de la corte. Y como este monarca las escribia tambien y hacia representar

en su palacio, escogió á Luis Velez de Guevara para que se las censurase. Atribúyense á Felipe IV algunas de las comedias que entonces corrieron bajo el nombre de *un ingenio de esta corte*, las que siendo regulares, y aun algunas de ellas muy buenas, es de presumir que recibiesen correcciones y mejoras de una mano tan maestra como la de Guevara, á quien el monarca honró mas adelante con el empleo de ugier.»

Pasó Velez de Guevara su vida en Madrid gozando constantemente el favor de Felipe IV. Era hombre de carácter suave, afable y caritativo; pero como no se ha dado al hombre poseer á la vez todas las virtudes, ni estar exento de algunos vicios ó defectos, achácanle á nuestro poeta sus contemporáneos el haber sido escesivamente apasionado al bello sexo, pasion que ni la edad ni las enfermedades pudieron corregirle jamás. Todavia se repiten entre nosotros algunos de sus dichos graciosos y satíricos que han pasado á ser proverbiales.

R. DE M. R.

COMEDIAS

ATRIBUIDAS Á LUIS VELEZ DE GUEVARA.

Abadesa (la) del cielo, auto.
A lo que obliga el ser rey.
Amor (el) en vizcaino y los celos en francés.
Amotinados (los) de Flandes.
Asombro (el) de Turquia, y valiente toledano Francisco de Ribera.
Atila, azote de Dios, ó la silla de San Pedro.
Amor (el) hace prodigios.
Baltasara (la). (Con Coello y Roxas.)
Boba (la) y el Vizcaino.
Cerco (el) del Peñon.
Cerco (el) de Roma, por el rey Desiderio.
Corte (la) del demonio.
Conquista (la) de Oran.
Correr por amor fortuna.
Cumplir dos obligaciones y duquesa de Sajonia.
Diablo (el) está en Cantillana.
Diego García de Paredes, ó El valor no tiene edad.
Embuste (el) acreditado y disparate creido.
Espejo (el) del mundo.
Glorias (las) de los Pizarros, ó Palabras de los reyes.
Hermosura (la) de Raquel.
Hijo (el) del águila, ó señor Don Juan de Austria.
Hijos (los) de la Barbuda.
Honor (el) de los Guzmanes.
Juliano Apóstata.
Lego (el) de Alcalá.
Luna (la) de la Sierra.
Marqués (el) del Basto.
Mesa (la) redonda, auto.
Mancebon (el) de los palacios.
Mejor (el) rey en rehenes.
Montañesa (la) de Asturias.
Negro (el) del mejor amo.
Nueva (la) ira de Dios y Tamorlan de Persia.
Obligacion (la) á las mugeres.
Ollero (el) de Ocaña.
Otro demonio tenemos, Los encantos de Merlin.
Pleito (el) del diablo con el cura de Madridejos. (Con Roxas y Mirademescua).
Privilegio (el) de las mugeres. (Con Roxas y Coello.)
Privado (el) perseguido.
Principe (el) viñador.
Principe (el) esclavo, ó Escanderbek, (primera y segunda parte)
Paje (el) de Don Alvaro.
¿Qué es la ciencia del reinar?
Rey (ser) naciendo muger.
Reinar despues de morir, Doña Inés de Castro.
Restauracion (la) de España, ó El Alba y el Sol.
Riesgos de amor y amistad.
Rosa (la) de Alejandría, Santa Catalina.
Rústico (el) noble en Malta.
Santa Susana.
Sucesos (los) de Oran por el marqués de Ardales.
Tambien hay piedad sin celos.
Tambien la afrenta es veneno. (Con otros.)
Tambien tiene el sol menguante.
Tres (las) edades del mundo.
Torneos (los) de Navarra.
Tres (los) portentos de Dios y Principe de la Iglesia.
Verdugo (el) de Málaga.
Virtudes vencen señales, ó Negro rey bandolero.
Zelos (los) hasta los cielos, y desdichada Estefania.
Zelos, amor y venganza.
Zelos son bien y ventura.
Zelos (los) hacen estrellas.

LA PROTECCION DE UN SASTRE,

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

Por fuera zumbaba el viento; pero la habitacion en que estaban Rafael, Luisa y su patrona, estaba abrigadísima y caliente, porque era chica y habia en la copa muchas y bien encendidas brasas. Fumaba pues Rafael, leia Luisa y la patrona dormia: y los tres en calma oian los silbos del aire al amoroso calor de la lumbre. Reinaba allí un agradable silencio, solo interrumpido de cuando en cuando por un gato, que de poca edad aun para pensar en cosas sérias, disfrutaba de la felicidad que proporciona la poca reflexion, retozando alegremente con cada mendruguillo de pan, ó cosa semejante, que por el suelo topaba.

¡Oh vosotros los que envueltos en el movimiento del mundo seguís con él el rumbo que él sigue, que no puede ser bueno, porque el mundo es uno de los pocos enemigos del alma: vosotros que sentando cada pié en un placer seguís el camino de la vida, y que aun así le encontrais áspero y penoso, lo que tiene forzosamente que suceder, porque no hay placer en esta tierra que valga tres cominos, para andar sobre él á gusto ni aun el dia en que el que los tenga se corte los clavos de los piés! ¡Vosotros, en fin, infelices que no teneis un momento de calma, que os fastidiais divirtiéndoos, y que procurais divertiros mas y mas, para mas y mas cansaros, fastidiaros y aburriros ciertamente! Y por último, yo tambien con vosotros, porque de vosotros he sido, hasta que ahora me ha tocado en el corazon la santa verdad, ¡vámonos todos juntos á buscar la felicidad donde ella esta indudablemente, que yo os lo diré con amor de hermano!

La felicidad está en la silenciosa y caliente habitacion, y en las bien avenidas personas que he descrito. ¿No presta la paz de este hogar doméstico, el mas suave colorido al aislamiento de ese mundo que tan empalagados nos tiene? ¿No es su reposo el amigo mas dulce, en cuyo seno puede dormir el cansado corazon, mientras el alma se entretiene con blandos y no ambiciosos pensamientos?...

Rafael cuando acabó de fumar, arrojando la punta del cigarro á la pared de enfrente, esclamó con una voz llena de verdad, y tan fuerte que asustó á Luisa, y asustándola tambien despertó á la patrona: ¡Maldita de Dios sea mi suerte!

¡Oh vosotros á quienes iba yo á enseñar dónde estaba la felicidad! Ya lo veis, esta horrible blasfemia me fastidia quitándome la honra de ir á vuestra cabeza á tan importante caceria: por lo visto, no está la felicidad en esta madriguera. ¡Chasco como él! Y no hay duda, aquí se maldice como en todas partes

Separémonos pues, amigos mios, y buscadla por donde mejor os pareciese: yo ahora no puedo ir con vosotros porque estoy ocupado, así que acabe de escribir pienso tambien buscarla. Muchos siglos cuenta el mundo, y todos los hombres que en él han vivido, que han sido por supuesto infelices desde el vientre de su madre, han tenido nuestra misma intencion; sin embargo, ni aun en cecina nos han podido dejar tantos antepasados nada que pueda llamarse felicidad. No importa, queridos compañeros; no hay que desesperar de encontrarla: la desesperacion es gran pecado, y no tiene perdon de Dios, porque es pecado de ingratitud á sus paternales beneficios.

—Alabado sea el nombre del Señor! tartamudeó con voz soñolienta y desagradable la patrona, de tal modo que á nadie sino á Dios podia lisonjear una alabanza articulada por tal boca, y prosiguió diciendo: ¡Vaya que tiene este caballero un modo de maldecir que ya me rio yo!

—Pues ríase V. y ríame yo, y ojalá nos riamos tanto que reventemos de risa, la replicó Rafael en tono descompuesto, colérico y maldiciente, y se levantó de la silla y comenzó á pasear á pasos largos por el cuarto.

Sublime, aunque pecadora figura, hubiera hecho nuestro jóven midiendo con el desconcertado compás de sus piernas, un campo que hubiera sido tan grande como el de su dolor. Probablemente dado el primer paso, hubiera dado tantos y tan largos en la misma direccion, que el espectador le hubiera perdido en el horizonte, y se hubiera quedado encomendándole á Dios, ó al diablo, ó á quien tan de prisa se le llevaba; pero para desesperaciones grandes suele haber cuartos chicos, que obligan á la mismísima desesperacion, desbocada en su viaje al

infierno, á dar la vuelta y quedarse por acá, oponiéndola no una gran montaña, sino un miserable tabique de delgadísimos y frágiles ladrillos. Contra todas las cosas hay su cosa: contra todos los venenos hay antídotos: contra los siete vicios que envenenan el alma, hay sus siete virtudes correspondientes, que harán vomitar al alma mas terca y de mas fuerte complexion: contra la desesperacion andariega de Rafael, hubo esta vez un cuarto chico que la forzó á pararse á las pocas vueltas con la estrechez de sus dimensiones. Paróse delante de Luisa, que sin decir una palabra, pero con la marca elocuentísima de una lágrima que cruzaba su ovalada y pálida mejilla, le miraba con esa ternura simpática que es en el rostro de una muger hermosa la prueba de que hay alma, de que hay Dios, y de que hay todo lo bueno que se desea que haya.

¿Y por qué esa misma ternura no será prueba de lo mismo en el rostro de una mujer fea?

Esto debe consistir, á mi entender, en la diversa proporcion geométrica de las facciones, especialmente de las principales, como las narices, etc.; satisfaccion filosófica y razonada, que enteramente aclara mi misteriosa duda.

—¡Pobre Luisa mia! dijo Rafael contemplándola largo rato, sin decirla mas palabra. ¡Pobre Luisa mia! repitió al fin con un acento salido de lo íntimo de su corazon; y besándola en la frente, ya no rabioso, sino tierno, se separó de ella, yo creo que por no llorar como ella lloraba, y volvió á su paseo, aunque no ya con sus descomedidos pasos.

A esta sazon llamaron á la puerta: salió la patrona á abrir, y á poco rato entraron en la habitacion, ella y un hombre embozado en una mediana capa azul, con embozos y cuello corto de terciopelo encarnado. ¡Caramba si hace frio! dijo al entrar el recien venido, y desembozándose despues, y acercando una silla á la copa, se sentó en ella colocando con mucho cuidado sobre sus rodillas los dos estremos de la capa, que estaba ceñida á su cuello por unos corchetes de plata de figura de leones coronados. Despues de esto desempaquetó sus manos de unos guantes, no muy sucios, fuertísimos y anteados; frotóselas suavemente, aproximándolas al fuego, y por fin, diciendo á Luisa:—Luisita mia, yo siempre galante con las damas—se quitó el sombrero y le dejó sobre la mesa. Pero ¿qué es esto, prosiguió, ha llorado V.? ¡Voto va el chápiro verde, que siempre hemos de estar así! Bien es, que con ese hermano que Dios la ha dado á V., que en vez de alegrarla no hace mas que pasearse y fumar, necesitando él tambien de consuelo, no es estraño que suceda esto. Vamos, Luisita mia, vamos, no hay que afligirse así, mire V. que las lágrimas ponen en remojo la cara, y acaban con la hermosura. Ea, Rafaelito, venga V. acá, siéntese á la lumbre y fumemos mientras nos disponen la cena. Hízolo así Rafael, y apretándole la mano, le dijo:

—De veras, señor D. Ramon, que cada vez le quiero á V. mas.

No estaba mal colocado el cariño de Rafael, porque era D. Ramon un hombre que con sus cincuenta y tantos años, y su cara blanca, enjuta y arrugada, á la que prestaban aun mas bondad unas patillas casi blancas, como el pelo, convidaba á cualquiera á quererle á primera vista.

—Y hace V. muy bien en quererme así, le replicó D. Ramon, porque yo tambien les quiero á VV. mucho. Pero vamos á ver, prosiguió, yo quisiera saber á qué vienen estas tristezas. Hoy hace ocho dias que vinieron VV. á vivir aquí: desde que somos compañeros de casa, maldito si les he visto á VV. pasar un dia sin lágrimas. Los primeros dias les aseguro á VV. que esto me daba rabia; como yo no los conocia á VV. no tenia confianza para deciros nada, pero ahora mismo, maldito si sé á que viene tanto lloro.

—¡Si V. supiera qué desgraciados somos! dijo Rafael.

—¡Toma! replicó el viejo, ¿y que tiene que ver el ser desgraciado con ser lloron? No digo yo que esten VV. todo el dia bailando; pero, hombre, estar así como yo. ¿Pues qué, tan feliz soy? Y con todo ¡que diablo! vamos pasando. Que son VV. pobres, tambien lo soy yo, despues de haber seguido la carrera de las armas y haber llegado en ella al grado de coronel. Es verdad que VV., al parecer, estan solos y sin amparo de parientes. Yo, en este punto tengo aquí un hermano riquísimo, que me da una peseta todos los dias, y me convida á á comer un domingo sí y otro no. En eso tienen VV. razon, no sé cómo se puede vivir en este mundo sin un hermano rico. Un hermano, un pariente cualquiera, son una gran cosa: por lo menos si ellos son ricos y uno es pobre, puede pedirles limosna sin vergüenza.

Calló por un momento nuestro buen militar, se sonrió como quien suspira, ó suspiró como quien se sonrie, y prosiguió en tono de dulce reprension.—Vamos, vamos, señoritos, que no hay por qué suspirar tanto: la juventud es gran cosa, y aun rodeada de males, ella por sí es fuente de bienes y de esperanza. ¡Pobre de mí! Mi vejez es mala, y si pudiera tener esperanzas, irian á parar ó á la muerte, ó á la decrepitud, que es peor que las esperanzas y que la muerte. Además yo he vivido bien en el mundo, y ahora vivo mal.

—Tambien nosotros, dijo Rafael con cierta espresion que mas era de orgullo que de otra cosa, y como picado de que el buen viejo pudiera creer que ellos habian sido siempre pobres.

Flaqueza es esta que siento confesar en Rafael, pero la tuvo. Verdad es que todos los hombres de cierta educacion, olvidándonos de que no hay mayor pobreza que la de ser hombres, educados ó por educar, miramos con cierta repugnancia y vergüenza la falta de recursos pecuniarios. Y para esto hay una razon de economía política, ó yo no sé de qué ciencia, que consiste en decir: La verdad consiste en ser, pero la razon consiste en decir; que el hombre sin caudal numérico y sonante, da mas que medianos indicios de no tener tampoco caudal de talento, cuyo caudal, además del talento, está compuesto de la honradez, de la laboriosidad, etc., etc., etc., y de otra porcion de buenas cosas morales é impalpables, que faltan á muchos ricos herederos, sin que se note; pero que deben sobrar al que sin serlo quiera tener esperanzas, aunque no sea mas de ser en la república lo que son los herederos ricos.

Tentado estoy de dejar mi cuento y ponerme á hablar, no en derecho, porque ni lo sé ni me hace al caso, pero sí contra todo derecho, ya sea romano, germánico ó patrio, acerca de los testamentos y de las herencias, de los señores y de los esclavos, de una porcion de cosas, y de otra porcion de cosas; pero aunque se me pasan muy buenas ganas, considero que esto habia de disgustar á los lectores, mucho mas aun que el cuento, y considero además que el mundo tiene derecho á seguir mal, derecho que ha adquirido con una posesion *de buena fé* de muchos años, sin que nadie, por lo tanto, pueda legalmente perturbarle en la *pacífica posesion* de su mal estar. *Beati qui possident.*

Quedamos en aquello de que dijo Rafael, que él y su hermana no habian sido siempre pobres.

—Eso es lo que yo no sabia, respondió D. Ramon, porque aunque es verdad que yo veia en VV. algo de *estraordinario*, como la *buena educacion*; sin embargo, no teniendo la suficiente confianza para pedirles á VV. esplicaciones acerca de su situacion, no les habia hecho á VV. ninguna pregunta, porque, como casi todos los desgraciados, tengo un carácter muy poco investigador.

—Pues yo, señor D. Ramon, le contaré á V., sin que V. me lo pregunte, todo lo que nos ha pasado en muy poco tiempo, que es todo lo que nos ha pasado en toda nuestra vida.

—Y yo se lo agradeceré á V. mucho, Rafaelito mio.

—Y puede V. agradecérmelo, porque esta es, en mi carácter, una gran prueba de amistad.

En esto entró la patrona, trayendo en un cesto de paja todo lo necesario para poner la mesa para cenar. Pusiéronse con este motivo en movimiento, Luisa, Rafael y D. Ramon, y entre todos colocaron la mesa en medio de la habitacion, precisamente sobre la copa, que no venia mal para dar calor á sus piés, entre tanto que el de la cena ponia en accion el de sus estómagos. Sacó del cesto la patrona un mantel no muy limpio, cubrió con él la mesa, despues de haberla despojado de su estropeado tapete, y colocó sobre ella hasta tres platos de Talavera, y no fina, acompañados de sus correspondientes cubiertos, que por ser de plata no necesitaban de las iniciales de los huéspedes que tenian grabadas, para ser declarados libres del dominio de la dueña de todas las demás alhajas que componian el aparador. Sentáronse á las dos cabeceras nuestros dos hermanos, teniendo en medio á D. Ramon, y dejando libre el otro lado de la mesa para colocar en él una jarra, tambien de Talavera, ciudad famosísima, y una botellita de cristal, blanca, larga y delgada, que podia haber sido bote de agua de colonia, y que contenia ahora la racion de vino del pobre viejo, porque nuestros jóvenes no lo bebian. Entró otra vez la patrona, y les puso de un golpe toda la cena en la mesa con una mano, un plato, casi grande, de guisado de vaca con patatas, y con la otra los postres, que se reducian á manzana y media—cuestion gramatical ¿colocada, ó colocadas?—en una frutera de China, famosísimo imperio, que sabe Dios cómo habria venido á aquella casa.

Si los postres eran escasos, estaban servidos con cierta decencia: con razon dice el refran, que Dios aprieta, pero no ahoga.

En fin, despues de haber pedido pan y vasos, que era lo único que se la habia olvidado á la señora Petra, y lo que faltaba para que la mesa estuviera completa, hubo, como se echará de ver, todos los instrumentos necesarios para que las personas racionales coman.

—Con que vamos, Rafaelito, dijo D. Ramon, cuénteme V., cuénteme V. lo que le ha sucedido.

—Cenemos, respondió Rafael, y despues yo le contaré á V. lo que V. quiera, cuando se haya ido á dormir esa buena muger, que para nada necesita saber quién yo soy.

—Recelo de niño, dijo D. Ramon.

—No es sino orgullo de una especie muy rara.

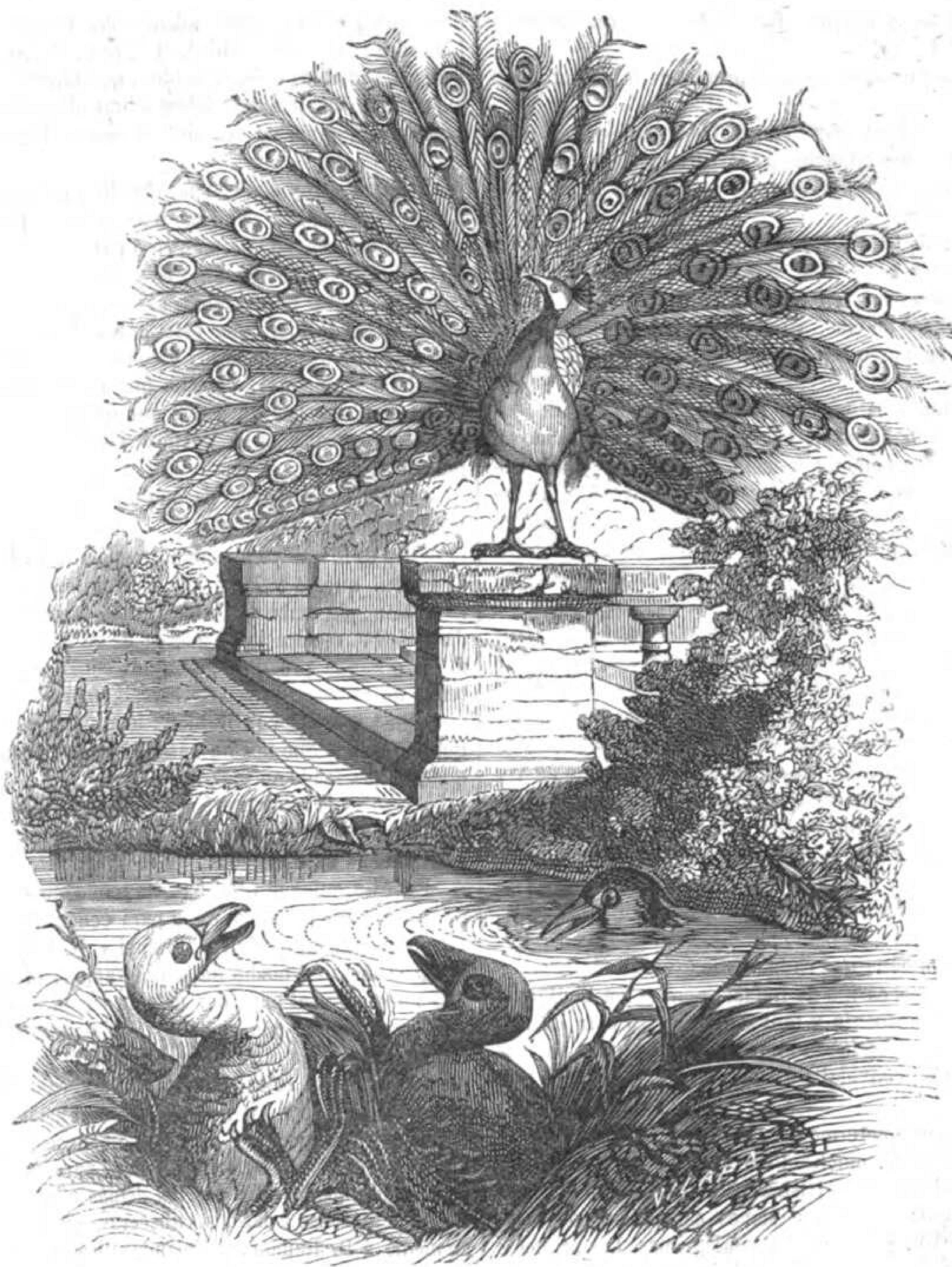
—Pues á ese orgullo de una especie muy rara, es á lo que yo llamo recelo de niño, porque solo le tienen los desgraciados principiantes,

que todos son pudorosos, orgullosos, ó lo que V. quiera, con la gente mas *baja* que ellos; pero viene un tiempo, amigo mio, en que la desgracia toma cierto carácter cínico y franco, y entonces el desgraciado que ha tenido esto que llamamos *clase*, se olvida de ella, y se le da tres pitos de que sepan su desgracia todos los hombres del mundo, mas altos ó mas bajos que él.

Al oir estas palabras, que salian de los labios de D. Ramon con cierta tranquilidad amarga, sonrojóse ligeramente el rostro aristocrático de Luisa; pero nadie lo notó, y como entonces entraba la vieja Petra, dió otro giro Rafael á la conversacion, que no fué muy viva, porque comian todos con bastante apetito. Acabaron por fin de cenar, separaron la mesa dejando libre la copa, y sentáronse los tres á su derredor, escarbando el fuego con una llave vieja que servia de paleta. Encendieron D. Ramon y Rafael sus cigarros y se pusieron á fumar, y despues que la patrona recogió todos los chismes de la mesa y trajo dos velones á manera de candiles, apagados, les preguntó si querian algo, y dándoles las buenas noches se fué por la cocina á su camaranchon.

(*Continuará.*)

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.



EL PAVO REAL, LOS PATOS Y EL SOMORGUJO.

FÁBULA.

Encomios de acorde igual
conquistaba á ciento y mil
por su belleza ideal,
la cola de un pavo real,
de las aves del pensil.
¿Qué mucho si sus colores
llenas de envidia admiraban,
despreciando sus olores,
las mas delicadas flores
y sus destellos robaban?
¿Qué mucho si el arroyuelo
al reflejar su figura
en raudo y rápido vuelo
gozaba al tacto en su cielo
del manto de su hermosura?
¿Qué mucho si á contemplarla
se paraba el mismo sol,
y para mas admirarla,
galante quiso prestarla
la magia de su arrebol?
¡Mas quién creeria que al hecho
de beldad tan peregrina,
de su censura el derecho
se abrogara en su despecho
la envidia ruda y maligna!
Desde un ancho lodazal
dos patos, atroz quimera
alzaron al pavo real,
y con opinion igual
le hablaron de esta manera.

—

Tonto pareces,
caro vecino,
de lauro indino
eres á fé:
Con esas patas,
¿será posible
que haya ente horrible
cual tú te ves?
¿Pues qué diremos

de tu voz de oso?
es espantoso
tu atroz chillar.
¡Oh, tan salvaje
es tu graznido,
que su sonido
hace escapar!
Ente ridículo
que ahí tan vano
y tan ufano
te hallas de ti,
Contempla un poco
tu ruin figura,
y á su pintura
huirás de aquí.

—

Los patos aquí llevaron
sus críticas *razonadas*,
mas cuando menos pensaron,
de un somorgujo escucharon
sardónicas carcajadas.
Tontos de á folio
¿que estais diciendo?
¿pues no estais viendo
que siendo igual
Vuestra ancha pata,
vuestro graznido,
no habeis tenido
la cola real?

—

Bien el de la alforja dijo
ved los vicios, aquí estan:
ay! que van detrás es fijo
los nuestros, y en mal prolijo
los de otros delante van.

R. R. DE LA B.

LA CRUZ DE PIEDRA,

Leyenda de la edad media.

(Continuacion.)

—No, Ricardo, por Dios, no me abandones:
¿A qué buscar la muerte
En pos de los laureles de la guerra?
¿Dudas acaso de mi amor? ¿te hastía
Mi sin igual cariño?
¿No sabes que en la tierra
No has de encontrar quien te idolatre tanto?
—¿Dudar de tí? jamás. ¿Quién, vida mia,
Quién mas feliz que tu Ricardo fuera
Sí, digno de tu mano,
La frente altiva levantar pudiera
Ante un mundo que amarte le acrimina,
Todo, no mas, porque nació villano?
—Siempre esa idea que tenaz te acosa;
Siempre el pesar sobre tu frente miro.
—¿Quieres que mi dolor no se redoble
Cuando el alba vecina
Va á separarme de mi dulce encanto,
De la muger por quien de amor deliro?
A Dios no plugo el que naciera noble;
Pero negar no quiso
Valor al corazon, fuerza á mi brazo.
La gloria no está aquí: voy á las lides
A morir ó vencer; y si es preciso
Buscaré una corona
Y la vendré á posar sobre tus sienes.
—¡Oh! no, no irás; la muerte no perdona
Ni á los mas esforzados adalides.
No te alejes, por Dios, si amor me tienes:
Dilata tu partida,
Yo á mi padre hablaré; nada me arredra.
Yo, de dolor transida,
Me arrojaré á sus plantas
Para ablandar su corazon de piedra.
—No, bien mio, perdon: la voz del cielo
Me llama á combatir; en Dios confía.
El, que acogió nuestro primer latido,
Y, amaros, dijo, á nuestras tiernas almas,
No querrá, no, que nuestro amor se trunque,
Que en flor se agoste la esperanza mia.
Sí, volveré: tu imágen hechicera
En torno de mi frente revolando,
Será mi luz, mi guia,
El ángel que me alumbre en mi carrera.
Y al atacar al enemigo bando,
Cuando vierta la sangre gota á gota,
Cuando la lanza enristre
Hecha un fuego la tez, retiemble el brazo
Y lata el corazon bajo la cota,
A morir ó á vencer, diré en mi arrojo,
Leonor viéndome está, valor y á ellos
Que el galardon me espera en su regazo;
Y denodado lanzaré mi potro
De la lid al revuelto torbellino.
Sí; volveré cuando trascurra el plazo,
Noble, rico y triunfante
Para unir con el tuyo mi destino,
Diciendo al mundo: Leonor es mia,
Ya pechero no soy: envidia y calla.
—Parte, Ricardo, parte, por tu boca
La voz del Criador habló á mi pecho
Y su voz las pasiones avasalla.
Parte al punto, Ricardo.
Yo triste y solitaria,
Tardas viendo las horas arrastrarse
Mientras el sol de mi ventura aguardo,
Mi férvida plegaria
Por tí, mi bien, elevaré al Eterno.
Él viéndonos está desde esa altura,
Rico dosel de estrellas tachonado;
Inclinemos la faz: Ricardo, jura
Que siempre me amarás.
—Leonor, lo juro
Por esta cruz que se alza á nuestro lado.
—Y yo tambien por ella
Juro aguardar al triunfador soldado:
Y pura cual la luz que el sol destella
El alma darte con mi vida junto.
—Ya luce el alba, Leonor.
—¿Tan pronto?
—Es preciso partir: ¡valor, Dios mio!
—Adios, Ricardo, adios: ¡ah, no me olvides!
—Jamás; ruega por mí, y adios te queda.—
Y en su mano imprimiendo un beso ardiente
Despareció por entre el bosque umbrío,
Mientras en luz bañando la alameda,
Reia por oriente
Fresca mañana de abrasado estío.

SEGUNDA PARTE.

Pobre niña de dulce sonrisa,
Castos labios y talle gentil;
Linda flor que meciera la brisa
Y orgulloso ostentara el pensil;
¿Quién sembró tu camino de abrojos?
¿Quién robó la frescura á tu tez?
¿Por qué alegres no brillan tus ojos
Que ha nublado mortal palidez?
¿Por qué triste consumes los dias,
Agobiada de pena y quebranto;
Tú, que un tiempo feliz sonreias,
Tú, del valle la gala y encanto?
El pesar tu ventura ha deshecho
Y trocado tus goces en hiel,
Que al brotar el amor en tu pecho
Las espinas brotaron con él.
¿Dó se esconde el gallardo pechero
Tan amante y galan, Leonor,
Que admirando tu rostro hechicero
A tus piés deliraba de amor?
¿A dó intrépido guia su planta
De renombre y riquezas en pos?
¿O en que tierras osado levanta
Triunfadora la enseña de Dios?
Denso velo cubrió su destino;

Fuerte ya con su lanza y corcel,
En silencio su oscuro camino
Va cruzando el valiente doncel.
¡Ah! no llores; mitiga tu pena,
La esperanza sosiegue tu afan;
Y tranquila en tu frente serena
A estrellarse los duelos vendrán.
Aura suave, del prado delicia,
Que en su cáliz columpia la flor,
Quedo sopla y su sien acaricia,
Vierte en torno beleño y frescor.
Fuentecillas de manso ruido
Arrulladla con grato sonar;
Y halagad, ruiseñores, su oido
Entonando armonioso cantar.
Fresca sombra te dé la espesura
Y fragancia te presten las flores;
Que risueña consuele natura
A la niña que muere de amores.

II.

Al llegar á este pasaje
Del antiguo cronicon,
Por fuerza soltó la pluma
El bueno del escritor;
Y adormido entre los brazos
Del soporífero dios,
Cruzó los años y meses
Allá entre sueños veloz.
Ello es que cuando el pobre
La su péñola enristró,
Seis años dejóse en blanco
Al seguir su narracion.
Sin duda perdemos poco
Con su silencio, lector;
Que era tierra muy tranquila
La tal tierra de Leon,
Y la linda castellana
Que, constante á su amador,
Su vuelta aguardando estuvo
Con mas paciencia que Job,
Es probable se calmara
Treguas dando á su dolor,
Y con rostro mas tranquilo
Mirara lucir el sol.
Porque antaño como hogaño,
Y lo mismo ayer que hoy,
Siempre han de ser las ausencias
Antídoto contra amor.
Estas son solo, querido,
Conjeturas que hago yo;
Que, á fé mia, no me precio
De ser ningun Salomon.
Pero, vate, ó lo que seas,
Al grano, al grano, hablador,
Estoy viendo que me dices
Dándole tono á la voz.
¿No nos dirás qué se ha hecho
Del valiente campeon
Que se lanzó por el mundo
De timbres y gloria en pos?
Carísimo, no sé nada,
Pues mi fiel historiador
Entra de lleno en seguida
A contar su tradicion.
Con que, escúchame y veremos,
Con la ayuda del Señor,
Si aclarando algo los hechos
Nos entendemos los dos.

III.

Sobre un alazan ligero,
Ancho escudo en el arzon
Y revestido de acero,
Galopando va un guerrero
Hácia el reino de Leon.
Su apostura y gallardía
Y blasonado broquel,
Revelan bien su hidalguía,
Y que es mozo de valía
El incognito doncel.
Las plumas de su cimera
Por el aire van flotando;
Y calada la visera,
Va en su rápida carrera
Tierras y pueblos cruzando.
—Vuela, vuela, en tí confio,
Grita el jóven, tú en la guerra
El mas fuerte y de mas brío,
Vuela, vuela, troton mio,
Que está cerca nuestra tierra.
Y ya á mi pasion le tarda
Ver el castillo feudal,
Do tan fiel como gallarda,
Ha seis años que me aguarda
Mi Leonor angelical.
Dulce encanto de mi vida,
Ya cesó nuestro penar;
Mi promesa está cumplida
Y no hay nadie que me impida
Darte un nombre ante el altar.
Noble soy, rompí los lazos
Que me afrentaran, mi bien,
Y volar puedo á tus brazos;
Que en la lid hice pedazos
Mi infame yugo tambien.
Vuela, vuela, en tí confio,
No desmayes; tú en la guerra
El mas fuerte y de mas brio,
Vuela, vuela, troton mio,
Que esta cerca nuestra tierra.—
Y en su arrojo y ardimiento
Su voz al corcel provoca,
Que redoblando su aliento,
Veloz parte cual el viento
De espuma hirviendo la boca.
Ya el horizonte engalana
El vespertino arrebol,
Y la noche está cercana;
Que teñido de oro y grana,
Se hundió entre nubes el sol.

(Concluirá.)

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.



EL CHIMBORAZO.

Un artista ha dicho: «El que no ha visto las montañas de primer órden no puede formar idea de sus dorados y magníficos colores, que brillan sobre nuestras cabezas. A veces advertimos únicamente por ellos esas enormes desigualdades del globo. Engañados en el cálculo de las elevaciones y de las distancias, confundiríamos aquellos montes con otros mas pequeños, si esa especie de resplandor celeste no nos anunciase que sus cimas se pierden en otras regiones mas altas.»

Tal es el aspecto del Chimborazo; pero son tan esternas las líneas que dibujan sus vastos contornos en el horizonte, que no pueden aplicársele con exactitud las palabras de Milbert. El ilustre viajero que lo ha señalado á la admiracion de la Europa, ha esclamado con poético entusiasmo: «Se eleva sobre toda la cadena de los Andes, como la cúpula majestuosa de Miguel Angel sobre los monumentos antiguos que rodean al Capitolio.»

El Chimborazo, con sus 20,000 piés de elevacion, ha sido considerado durante largo tiempo como digno del primer puesto en la orografía de los Andes. Humboldt creyó que habia subido á la cima mas alta del mundo; pero mucho despues que él, Dhawalaghiri, gigante de los montes de Himalaya, llegó á conquistar un triunfo que los cálculos científicos le aseguran mas y mas cada dia: quedó probado que aun en el sistema de los Andes, el Chimborazo solo ocupa un lugar secundario.

Si las operaciones trigonométricas, concluidas en 1848, han demostrado que el pico de la Himalaya tiene definitivamente 26,438 piés de elevacion; si Lloyd y Gerard sospechan que hácia el *Kuen-Lun*, ó el *Kailasa*, lagos sagrados del Thibet septentrional, puede haber cimas de 4,534 á 4,690 toesas, se sabe al menos positivamente que en el Nuevo Mundo, el Pomarapo, el Gaulateiri, el Parinacota y el Sahama, situados al Este de Africa, son mas altos que el Chimborazo. El Sahama tiene 20,971 piés, y el Aconcagua, de Chile, 22,431.

El nombre de la montaña, cuya vista reproducimos en nuestro grabado, es compuesto, y segun Humboldt significa en el antiguo idioma de Quito, *Nieve de Chimbo*, y si nos atenemos á los recuerdos de D. Juan de Velasco, Chimbo formaba parte de los trece estados del Sur, bajo la dominacion de los Siris. Muchas tribus recorrian las abrasadoras regiones que se estienden al pié de la montaña, y tambien ocupaban sus laderas mas templadas. Tales eran los *Asancotos*, los *Chapacotos*, los *Guanujos* y los *Guarandas*.

Todas estas naciones habian desaparecido, cuando el mas célebre viajero de nuestra época quiso hacer que constasen científicamente en 1802, los fenómenos que presentaba una ascension á la cima de la alta montaña, cuyo aspecto fué el primero en reproducir. «Llegamos, dice, á una arista estrecha, en medio de las nieves, sobre la pendiente meridional de la montaña, y llevábamos instrumentos. Aquel punto parece mas elevado que todos los demás del lomo del monte, y mas tambien que la cima del monte Blanco.»

Dos años despues, un sabio boliviano, D. Francisco José de Caldas, visitó las regiones dominadas por el Chimborazo: en sus descripciones animadas, en sus exactas reflexiones publicadas por el *Semanario de Santa Fé*, es donde deben estudiarse aquellos montes y estudiar las costumbres de los pobres indios. El coronel Acosta reimprimió esta obra en 1849 con el objeto de que no se perdiese un fiel relato de las supersticiones indianas que habitaron aquellas comarcas. Si se observan, por ejemplo, montones de piedras al pié de varias cruces colocadas en la base de los picachos principales, el viajero debe saber que son otras tantas señales de los sacrificios ofrecidos por los indígenas á los dioses de sus padres, para conjurar de los sitios en que habitan las terribles *nevadas*, esos meteoros cuyo furor se manifiesta durante los meses de junio, julio y agosto. Pero estos sacrificios no eran tan inocentes como

los que los mismos indígenas dirigian al dios personificado bajo el nombre de *Cerro*. Caldas habla de la caverna de *Guaya Suma*, situada en aquella parte de los Andes, donde, segun las antiguas creencias, aparecian los manes de los incas. A principios del siglo dichos sacrificios eran horribles, y se acusó á mas de un indio por haber ofrecido en holocausto niños recien nacidos, sin que los esfuerzos de los sacerdotes de la cordillera consiguiesen apartarlos de tan bárbara costumbre.

Los diseños y documentos en que Francisco de Caldas apoyaba sus preciosas observaciones, desaparecieron, y el infortunado viajero, víctima de las disensiones políticas de su país, pereció en el cadalso en 1816, antes de dar la última mano á sus útiles trabajos. Mr. Boussingault los completó, pues no quiso volver de América sin visitar el gigantesco monte, que en aquella época pasaba por ser el mas elevado de la cordillera. Subió á él dos veces: su primera ascension, emprendida por un camino fácil en apariencia, pero erizado de obstáculos insuperables, no tuvo resultados; la segunda, por el contrario, se vió coronada de un éxito feliz, por haberla efectuado por la parte que da frente al *Arenal*, esto es, por el camino que habia elegido antes Mr. de Humboldt. Acompañaban al observador dos personas, el coronel Hall y un negro; todos guardaban profundo silencio, y al fin llegaron «al pié de un prisma, cuya base superior, cubierta de una cúpula de nieve, forma la cima del Chimborazo».

Allí se detuvieron sus pasos. Las últimas ascensiones científicas emprendidas al Chimborazo son las de Mr. Julio Bourcier, cónsul francés en Quito. Las notas manuscritas de este viajero ofrecen varios pormenores descriptivos de la montaña y de los seres que la pueblan. Entre otros hechos curiosos, declara el naturalista que únicamente los toros se elevan hasta el último punto en que encuentran vegetacion, siguiendo despues de ellos los ciervos. Entre las aves, el condor y el pájaro mosca son los que mas se aproximan á la cresta de la montaña.

TEATRO DE GUILLEN DE CASTRO.

A los principios del siglo XVII y á la primera época del engrandecimiento de nuestro teatro nacional, á influjo de la fecunda vena del gran Lope, corresponde tambien D. GUILLEN DE CASTRO, no como discípulo ó imitador suyo, sino mas bien como uno de aquellos ingenios privilegiados que por sus dotes propias de espontaneidad, de inspiracion y estudio, estuvieron en el caso, si no de disputarle la palma escénica, por lo menos de luchar con él airosamente y de merecer sus propios aplausos y los del público.

Varios son los escritores de aquella época cuyo nombre y cuyas obras nos ha trasmitido la tradicion ó la imprenta: Cervantes, en el prólogo á sus comedias (publicadas en 1615) los enumera y califica de este modo. «Entró luego el monstruo de la naturaleza, el gran Lope de »Vega, y alzóse con la monarquía cómica; avasalló y puso debajo de »su jurisdiccion á todos los farsantes: llenó el mundo de comedias pro»pias, felices y bien razonadas, y tantas que pasan de diez mil plie»gos los que tiene escritos... y si algunos (que hay muchos) han que»rido entrar á la parte y gloria de sus trabajos, todos juntos no llegan »con lo que han escrito á la mitad de lo que él solo; pero no por esto »(pues no lo concede Dios todo á todos) dejen de tenerse en precio los »trabajos del doctor Ramon, que fueron los mas despues de los del gran »Lope. Estímense las trazas artificiosas en todo estremo del licenciado »Miguel Sanchez: la gravedad del doctor Mirademescua, honra sin»gular de nuestra nacion: la discreccion é innumerables conceptos del »canónigo Tárrega: la suavidad y dulzura de D. GUILLEN DE CASTRO: »la agudeza de Aguilar: el rumbo, el tropel, el boato y la grandeza »de las comedias de Luis Velez de Guevara; y las que ahora están en »gerga del agudo ingenio de D. Antonio de Galarza, y las que prome»ten las fallerías de amor de Gaspar de Ávila; que todos estos, y otros »algunos han ayudado á llevar esta gran máquina al gran Lope.»

Estos son los autores citados por Cervantes, que, segun él, compartia la fama escénica en los primeros años del siglo XVII; y cuenta que se le olvidaron otros muchos, como veremos despues.

El famoso representante y escritor Agustin de Roxas, en su *Viaje entretenido* (publicado en 1603), habia dejado ya consignada la historia de la marcha del teatro español desde su orígen hasta aquella época, en la célebre *loa* tantas veces citada que empieza: *Aunque el principal intento;* y despues de hablar de los teatros antiguos y del nuestro desde Lope de Rueda, cita los autores que le siguieron hasta Juan de la Cueva, y luego á Virúes, Artieda, Argensola, Morales, Pedro y Alonso Diaz, y Cervantes (todos anteriores á Lope de Vega), hasta que despues del obligado elogio de este, señala como sus contemporáneos y competidores al divino Miguel Sanchez, al Jurado de Toledo, al canónigo Tárraga, Micer de Artieda, Aguilar, el licenciado Ramon, Justiniano, Ochoa, Cepeda, el licenciado Mexía, D. Diego de Vera, Mirademescua, D. GUILLEN DE CASTRO, Liñan, D. Félix de Herrera, Valdivielso, Armendarez, Damian Salustio del Poyo, Carvajal y Claramonte; de pocos de los cuales son hoy conocidas las obras, y solo el nombre queda consignado en esta apasionada relacion y curioso romance.

Ultimamente, el doctor Antonio Navarro, canónigo magistral de Vilafranca, y predicador de mucha fama en Madrid, en un discurso que por aquel tiempo escribió á favor de las comedias, trazó este curioso bosquejo de los autores que por entonces figuraban en la escena, que hoy sirve de dato el mas precioso, aunque poco conocido, para la historia del teatro en aquel fecundo siglo.

«El licenciado Pedro Diaz, jurisconsulto, que fué de los primeros »que pusieron las comedias en estilo; el licenciado Cepeda; el licencia»do Poyo, sacerdote; el licenciado Berrio, insigne letrado y tan cono»cido de los consejos del rey nuestro señor; el licenciado D. Francisco »de la Cueva, tan docto y tan celebrado como sabemos de todos los inge»nios de España; el licenciado Miguel Sanchez, secretario del Illmo. de »Cuenca; el maestro Valdivielso, capellan del Illmo. de Toledo y cura »de San Torcaz; el doctor Vaca, cura y beneficiado en Toledo; Luper»cio Leonardo de Argensola, secretario de la emperatriz, y despues del »rey de Nápoles; el licenciado Martin Chacon, familiar del Santo Oficio; »el doctor Tárraga, canónigo del Aseo de Valencia; y Gaspar Aguilar, »secretario del duque de Gandía; Juan de Quiros, jurado de Toledo y »su alcalde de Sacas; D. GUILLEN DE CASTRO, capitan del Grao de Va»lencia; D. Diego Ximenez de Enciso, caballero de Sevilla; Hipólito de »Vergara; el maestro Ramon, sacerdote; el licenciado Justiniano; Don »Gonzalo de Monroy, regidor de Salamanca; el doctor Mirademescua, »capellan de los reyes de Granada; el licenciado Mexía de la Cerda, »relator de la chancillería de Valladolid; el licenciado Navarro, cole»gial en Salamanca; D. Francisco Quevedo Villegas, caballero de la »órden de Santiago y señor de la villa de Torre de Juan Abad; Luis »Velez de Guevara, gentil-hombre del conde de Saldaña; D. Luis de »Gonzaga, prebendado de la santa iglesia de Córdoba; y Lope de Ve»ga Carpio, secretario del duque de Alba y del conde de Lemos.»

De todas estas noticias de autores contemporáneos y competidores de Lope, citados por Cervantes, Roxas y Navarro, apenas conocemos hoy mas que el nombre de algunos, y alguna otra comedia de otros, como las de Argensola, Cueva, Miguel Sanchez, Tárraga y Aguilar; pero todos ellos pueden ser considerados como anteriores al *teatro de Lope y del siglo XVII*, y por tanto no entran en nuestro plan.—Quedan pues, para él, de aquella serie de nombres, solo tres, que van al frente de un cierto número de comedias conocidas, y que forman, puede decirse, un repertorio:—tales son Velez de Guevara, GUILLEN DE CASTRO y Mirademescua.—En el artículo anterior nos ocupamos del primero, hoy toca el turno al segundo, y en el próximo trataremos de tercero de estos celebrados autores.

Aun antes, como queda dicho, que el inmortal é incomparable Lope se alzase con el cetro del teatro español, distinguianse entre los muchos ingenios notables que le cultivaban, y que quedan citados, los ingenios valencianos y aragoneses, en cuyas cortes puede decirse que habia nacido el culto de la moderna poesía. Juan de Timoneda, Alonso de la Vega, los hermanos Argensolas, el capitan Virúes, Micer Rey de Artieda, Marco Antonio Orti, Alonso Maluenda, Vicente Esquerdo, y Felipe Mey, que publicó además como librero la obra en cinco tomos, hoy rarísima, titulada *Jardin de comedias de poetas valencianos* (Valencia, 1585), y por último, el canónigo Tárraga, Gaspar de Aguilar, Ricardo Turria y D. GUILLEN DE CASTRO, cuyas obras dramáticas, recopiladas en dos tomos ó partes en cuarto, fueron impresas en Valencia en 1608-1616 bajo el título de *Laureados poetas valencianos, comedias famosas de cuatro poetas naturales de Valencia*, prueban suficientemente el asombroso movimiento dramático que se desarrolló en las orillas del Turia en el siglo XVI y llegó á su apogeo en los primeros años del XVII.—Muchas de aquellos nombres poéticos han llegado hasta nosotros con su correspondiente aureola de gloria; varias de sus notables composiciones dramáticas nos ha trasmitido la imprenta y han quedado consignadas en el aprecio de los literatos y críticos; pocas, sin embargo, han podido resistir al trascurso de los tiempos y á las alteraciones del gusto, y vincular en la escena, donde en su tiempo obtuvieron tan singulares aplausos.—Ni los dramas trágicos de Virúes y Argensola, ni las sin duda apreciables comedias de Tárraga, Aguilar, y algun otro que aun conocemos, pudieran confiadamente representarse hoy ante un público que no fuera muy escogido y académico.—D. GUILLEN DE CASTRO es el único autor cómico de aquella época y de aquella escuela, que ofrece en su repertorio dramas suficientemente ingeniosos y poéticos, y que reclaman un lugar señalado en el teatro nacional.—El catálogo que hemos podido formar, y que va á continuacion, de los títulos de sus obras dramáticas, da á conocer su fecundidad y varia aplicacion; y la lectura de ellas escitaria sin duda la estimacion de una justa crítica y el aplauso debido á aquel sutil ingenio. La desidia, empero, de nuestros editores y libreros, hacen hoy estremadamente difícil aquel estudio, por la rareza suma de los ejempla-

res impresos de las comedias de GUILLEN DE CASTRO, no solamente de las dos partes ó tomos que fueron publicados en Valencia (1621-1625), sino aun de las comedias sueltas, que sin duda debieron reimprimirse, y de que apenas se halla hoy un solo ejemplar. El señor Ochoa en su precioso *Tesoro del teatro español*, publicado en Paris en 1840, dió lugar en el *Apéndice á los Orígenes del teatro español* escritos por Don Leandro Fernandez de Moratin, á la comedia de GUILLEN DE CASTRO titulada *Los mal casados de Valencia;* aunque dicha comedia no vale seguramente gran cosa, y creemos que pudiera haber hallado otras mas apreciables en el repertorio de este autor.

Una, ó por mejor decir dos de aquellas, salvando el trascurso de los tiempos y el desden de sus compatriotas, han asegurado la fama de D. GUILLEN DE CASTRO, y colocado su nombre á una grande altura, no solo entre nosotros, sino en los países estranjeros. Ya se conocerá que hablamos de las dos célebres comedias tituladas *Las mocedades del Cid*, primera y segunda parte, que imitadas luego por el gran Corneille, dieron motivo á este padre de la tragedia moderna, á una de las mejores obras de su admirable repertorio, debiendo de este modo á la España el teatro trágico francés su verdadero orígen, así como la comedia clásica le habia debido su nacimiento con el *Menteur*, de Moliére, traducida de *La verdad sospechosa* de nuestro Alarcon.

El análisis y comparacion de la tragedia de Corneille con las comedias de GUILLEN DE CASTRO, seria muy oportuno aquí, si no hubiera ya sido hecho y repetido por plumas tan autorizadas como la del mismo Voltaire (que confiesa y reconoce que todas las bellezas de aquella se encuentran en estas), de Bateux, de Laharpe, de Signorelli, de Sixmondi, de Butervech y otros críticos estranjeros, y entre los nuestros, todos los que se han ocupado de la historia del teatro. Por eso, y atendidas tambien nuestras débiles fuerzas, renunciamos gustosos á esta tarea, y solo cumpliremos nuestro propósito al tomar la pluma hoy para señalar el teatro de GUILLEN DE CASTRO, llamando la atencion de estos mismos críticos sobre la injusticia que envuelve su desden hácia el estudio de un autor, que, segun confesion unánime, supo en una ocasion levantar tan alto su renombre, y que sin duda encierra en su variado repertorio obras de belleza poética, de intruccion y de buen gusto. Con este mismo objeto damos aquí el catálogo de las comedias que son atribuidas á GUILLEN DE CASTRO, y nos atreveremos á escitar el conocido celo y la ilustracion de los colectores de la *Biblioteca de Autores Españoles*, á fin de que diesen un lugar conveniente en ella á este notable y casi desconocido poeta, de cuya vida tampoco conocemos mas circunstancias que las que se deducen de los trozos que arriba dejamos trascritos: esto es, que fué natural de Valencia, y capitan del puerto del Grao, sin que sepamos á punto fijo la fecha de su nacimiento ni la de su muerte.

R. DE M. ROMANOS.

COMEDIAS

ATRIBUIDAS Á D. GUILLEN DE CASTRO.

Allá van leyes do quieren reyes.
Amor (el) constante.
Caballero (el) bobo.
Conde (el) de Irlos.
Conde (el) Alarcos.
Cuánto se estima el honor.
Curioso (el) impertinente.
Desengaño (el) dichoso.
Don Quijote de la Mancha.
Donde no está su dueño está su duelo.
Dido y Eneas.
Degollacion (la) de San Juan Bautista.
Enamorado (el) mudo, ó Caballero mudo.
Engañarse engañando.
Enemigos (los) hermanos.
Fuerza (la) de la sangre.
Fuerza (la) de la costumbre.
Hazañas (las) del Cid. Segunda parte de Las mocedades.
Hijo (el) obediente.
Humildad (la) soberbia.
Ingratitud por amor.
Justicia (la) en la piedad.
Maravillas (las) de Babilonia.
Mal (los) casados de Valencia.
Mejor (el) esposo, San José.
Manzana (la) de la discordia.
Margarita (la) preciosa.
Mártires (los) de Córdoba.
Mocedades (las) del Cid.
Nacimiento (el) de Montesinos.
Narciso (el) á su opinion.
Nieto (el) de su padre.
Pagar en propia moneda.
Perfecto (el) caballero.
Piedad (la) en la justicia.
Pretender con pobreza.
Prodigio (el) de los montes.
Progue y Filomena.
Primero el rey que el honor.
Quien no cae no se levanta.
Turno vencido.
Verdad (la) averiguada y engañoso casamiento.
Vicio (el) en los estremos.

ABD-EL-KADER-BEN-SALAH.

Tentativa de asesinato.

Apenas habia comenzado el alba á iluminar el horizonte, el dia 2 de abril de 1848, cuando salieron de su tienda dos árabes y fuéronse poco á poco alejando del aduar de Guérouau, de que su tienda formaba parte. Los dos árabes eran Abd-el-Kader-Ben-Salah y su esposa, la jóven Fathma, que aun no habia cumplido diez y seis años, á pesar de estar casada desde el de 1844; pero ya se sabe que en la Argelia, como en la mayor parte de las regiones orientales, las mugeres llegan á la edad núbil á los nueve ó diez años, y envejecen á los veinte y cinco ó treinta.

El objeto aparente de aquella salida era un viaje al aduar Haluya distante pocas leguas del de Guérouau. El dia antes Ben-Salah habia obtenido de su suegra el permiso de que Fathma le acompañase á una visita que queria hacer á uno de sus parientes, que vivia en Haluya, y á quien, segun decia, queria pedir algun socorro, porque era tal la miseria en que se hallaba el matrimonio, que hacia diez dias que Fathma no se alimentaba sino de alcachofas silvestres.

Ya llevaban tres cuartos de hora de camino, cuando Ben-Salah tomó una senda cruzada y dijo á su muger que lo siguiera; á poco rato se sentaron ambos al pié de unas zarzas.

Ben-Salah era un hombre de veinte y ocho años, y un tipo árabe en toda su pureza y toda su energía.

Fathma, que como hemos dicho no habia cumplido diez y seis años, aunque no podia llamarse hermosa, no dejaba de tener atractivos en su fisonomía. Sus pequeños ojos negros llenos de viveza y fuego y sombreados por unas cejas negras bien arqueadas, su boca algo grande rodeada de unos labios gruesos, pero que al entreabrirse dejaban ver una dentadura admirable; su frente alta é inteligente, su color algo oscuro; y por último, sus brazos perfectamente torneados y marcados con tinta azul hácia la parte de la muñeca, componian un conjunto interesante.

Despues que se sentaron tomó Ben-Salah la palabra.

—Bien lo ves Fathma, dijo; carecemos de todo. No nos queda ni riqueza ni techo que nos cobije, pues hasta he tenido que vender la tienda.

—Dios y el profeta se apiadarán de nosotros, contestó Fathma con dulzura.

—Así lo espero, repuso Ben-Salah; pero de todos modos tenemos que llevar una vida errante por ahora.

—¿Qué quieres decir con eso? preguntó Fathma algo alarmada.

—Quiero decir que voy al Oriente, y deseo que me acompañes.

—¡Imposible! replicó Fathma.

—¡Es preciso! contestó su marido con una sombria resolucion.

—Yo no puedo dejar á mi madre abandonada.

—Digo que es preciso que nos vayamos, repitió Ben-Salah.

—Véte tú si quieres... eres libre; pero yo no puedo separarme de mi madre... me quedaré en Guérouau.

—¿Has olvidado que estás hablando con tu señor? esclamó Ben-Salah colérico. Vendrás conmigo, Fathma.

—Nunca, replicó la jóven.

—Digo que has de venir conmigo, y si no vienes de grado, te llevaré por fuerza. ¿Lo entiendes, Fathma?

—Lo entiendo muy bien; pero te advierto que si quieres llevarme á la fuerza, me pondré bajo la proteccion del primer francés que encontremos.

Al escuchar estas palabras de su esposa, Ben-Salah se levantó ciego de furor.

—¿Es así como quieres cumplir tus deberes de esposa y de musulmana? gritó. Hace tiempo que sospecho tus manejos... hace tiempo que sé que prefieres esos franceses á mi... pero ha llegado el momento en que esto tenga un término.

Conforme hablaba crecia su exasperacion, y por último, cogió con

una mano á su muger por el cuello, y con la otra tiró de su *mzibrah*.

A la vista del arma, la desdichada Fathma empezó á temblar.

—¡Piedad! gritó deshecha en llanto.

—¡No! replicó furioso Ben-Salah. No hay piedad para la esposa desobediente y sin duda infiel...

—¡Déjame á lo menos que rece mi última oracion! dijo la pobre niña.

Pero Ben-Salah no escuchó las súplicas de Fathma, sino que empezó á descargar sobre ella golpes de la mas odiosa barbarie. Del primer tajo, dirigido á la cabeza, la derribó á sus piés, y en seguida la hi-



rió en la nuca, no hallando límites á su furor. La desdichada víctima recibió en todo su cuerpo mil heridas que en vano procuraba parar con sus brazos destrozados.

Sin embargo, en medio de aquella horrorosa escena, Fathma conservó una presencia de ánimo admirable; y comprendiendo que su verdugo no cesaria de herirla hasta que la juzgase muerta, no volvió á hacer movimiento alguno, ni á tratar de huir los golpes.

El asesino entonces hundió su cuchillo en el cuello de su esposa... y cuando vió el torrente de sangre que brotaba de aquella última herida, creyendo que ya de su cuerpo se habia separado toda vitalidad, la desnudó y la arrojó á un zarzal.

Limpió despues su *mzibrah*, echó algunas brozas sobre el cuerpo enteramente desnudo de su víctima, con objeto de ocultarla á las miradas de los transeuntes, y llevándose la ropa de Fathma, se alejó aquel miserable con la conviccion de que su muger no respiraba ya; y de que el crímen, cuyo solo testigo habia sido Dios, quedaria impune sobre la tierra.

Pero muy lejos de suceder así, Fathma no solo no estaba muerta, sino que no habia perdido un instante su conocimiento.

Esperó á que su marido estuviese bastante lejos para salir, sin que él la viese, de entre las matas que la cubrian y del zarzal en que la habia arrojado. Entonces arrastrándose y valiéndose de piés y manos llegó hasta el camino, y á pesar de su estremada debilidad por la sangre que corria de sus heridas, tuvo bastantes fuerzas para implorar el socorro de un europeo que pasaba.

Viendo este á la infeliz criatura, no tuvo valor para detenerse, bien horrorizado por aquel espectáculo, ó temiendo que fuese un lazo que le tendian.

A los pocos minutos apareció un árabe en el camino, y acudiendo á los gritos de Fathma, la cubrió con su albornoz y la llevó á la choza de su madre, á quien contó cuanto acababa de suceder.

No tardó la justicia en tener conocimiento de este horroroso crímen, é inmediatamente dispuso que se hiciesen las investigaciones necesarias, y estas tuvieron un éxito completo. Ben-Salah fué preso, y el dia 14 de julio compareció ante la audiencia de Argel.

El delincuente negó su culpabilidad sobre los celos. Supuso que el dia antes al del crímen habia sorprendido entre su suegra y su esposa, una conversacion de la cual resultaba que Fathma tenia un amante; que entonces habia tomado la resolucion, no de matar á la desgraciada, sino de corregirla con severidad, de darle *una leccion* de que se acordára siempre.

Fathma que estaba presente en el tribunal, negó enérgicamente las acusaciones de su marido. La jóven árabe conmovió profundamente el auditorio, contando los hechos cuyo estracto hemos espuesto, y un murmullo de dolor se dejó oir por toda la asamblea cuando aquella infeliz, levantando por algunas partes el *haich* que la cubria y desatando los pañuelos con que sujetaba las heridas de su cabeza y cuello, presentó las terribles cicatrices que surcaban en todos sentidos sus manos, brazos y cabeza, y cuyo número era de diez y ocho. Un grito unísono de horror salió de todos los circunstantes cuando Fathma enseñó la última herida, que llegaba desde el estremo de la oreja derecha hasta debajo de la barba.

La culpabilidad de Abd-el-Kader-Ben-Salah era demasiado evidente para admitir largos debates. Fué declarado unánimemente culpable de haber intentado matar á su muger, aunque sin premeditacion; pero gracias á la admision de circunstancias atenuantes, solo se le condenó á la pena de veinte años de trabajos forzados.

Por lo demás, el acusado oyó pronunciar su sentencia sin la menor alteracion: indiferencia que, en vista de tan terribles acontecimientos, marca al esceso uno de los rasgos característicos de la raza oriental.

LA PROTECCION DE UN SASTRE,

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

—Pues señor, dijo Rafael, mucho siento tener que recordar tiempos mejores, ¡pero qué diablo! yo tengo la culpa de todo, y bien merezco no tenerme lástima á mí mismo. ¡Pobre Luisa! Por ti sola estoy afligido, te he envuelto en mi desgracia.

—No, Rafael, no, si yo no hubiera querido seguirte no lo hubiera hecho, no estés triste por mí, yo te quiero lo mismo ahora que antes, ¡ingrato! ¿Crees que puedo yo culparte de nada? ¿No crees en mi cariño que te disculpa de todo?

—Luisa mia, yo...

—A un lado todo eso, señoritos, créanme VV., si empiezan VV. á echarse culpas y descargarse de culpas, de palabra en palabra se enternecerán VV. y empezarán á llorar y hacer otras tonterias.

Habia en estas palabras, bruscas al parecer, cierto cariño candoroso y paternal, que aunque los lectores lo tomen á broma, suavizó un poco la situacion de Rafael y de Luisa. Infundióles el buen viejo cierta

energía, que les hizo suspender el tiernísimo diálogo, que sin duda ninguna empezaba así, para concluir en lo que él llamaba llorar y hacer otras tonterías.

—Con que vamos, Rafaelito, á nuestro cuento.

—Nosotros, señor D. Ramon, somos de un pueblo de Andalucía: nuestro padre era de Asturias, y habiendo sido militar en la guerra de la Independencia, cayó prisionero, y despues de haber estado en Francia algunos años, volvió casado con una francesa noble y rica, á recoger la herencia de su padre cuando este murió: su madre habia muerto hacia ya mucho tiempo y no tenia en su pais ningun pariente. Redujo á dinero todos sus bienes y volvióse con su muger á Francia, donde estuvo hasta que murieron nuestros abuelos maternos; y muerto tambien un hijo que allí habia tenido, disgustóse del pais, y como mi madre no tenia allí mas que parientes lejanos, se volvió con ella á España y se estableció en Andalucía, en un pueblo no muy grande, pero colocado en una deliciosísima posicion. Allí nacimos nosotros y allí hemos vivido hasta hace muy poco tiempo. Mi padre, que habia sido militar, mas que por aficion á esta carrera por la honrosa obligacion de defender su patria, en vez de entretenerse ahora en la caza y otros ejercicios semejantes, que son el recurso de los militares viejos, se dedicaba en el retiro del pueblo en que viviamos, al estudio de las ciencias físicas. Tenia una mediana biblioteca y un bien provisto gabinete de historia natural. Mi madre era una angelical muger, que debia haber sido en su juventud muy bonita, y que conservaba aun cierta belleza delicada. Habia recibido una esmeradísima educacion, y las distracciones que la música y la pintura la proporcionaban, unidas al mucho amor que á mi padre y á nosotros nos tenia, la compensaban del aislamiento en que pasaba su vida.

Y he dicho aislamiento; porque efectivamente aislados viviamos en el pueblo. Mi padre, aunque tenia un carácter bastante dulce en su casa, no le tenia sino muy agrio para todas las personas del pueblo, que le incomodaban, como él decia, con sus sandeces y groserías. Mi madre, como estraña á todas las costumbres del pais, no encontraba tampoco diversion en lo que allí la gente se divertia, que era en reunirse en sociedad por las noches; pero como esta sociedad no tenia nada de amable, y era muy diferente de la en que mi madre se habia criado, no la sirvió sino para fastidiarla los primeros dias, y para criticarla cuando despues, aburrida de ella, la abandonó. No le chocará á V. despues de esto, que mi familia fuera poco menos que aborrecida en el pueblo, por orgullosa, intratable y oscura.

No se les daba de esto ningun cuidado á mis padres, que pasaban su vida dulcemente entretenidos, educándonos á mi hermana y á mi.

Mi padre dejó que mi madre educara á Luisa como mejor quisiera, y él se encargó de educarme á su modo. Me hizo estudiar una porcion de cosas, y yo aunque holgazan, era sin duda el muchacho mejor educado que habia en muchas leguas á la redonda. Mi hermana al lado de mi madre, de dia en dia adelantaba prodigiosamente en todo lo que puede adornar y embellecer á una muger. Tendria yo unos diez y seis ó diez y siete años, cuando mi padre tuvo que hacer un viaje á Paris y me llevó consigo. El tiempo que duró este viaje ha sido el mas feliz de toda mi vida, porque mi padre, condescendiente conmigo, me daba bastante libertad para que yo, como él decia, fuera conociendo el mundo. Yo no dejé de aprovecharme y de hacer por mi parte todo lo posible para conocerle. Mi padre me decia que yo tenia un gran defecto, que era la irreflexion: yo creo que no se equivocaba. Volvimos al fin de nuestro viaje. Yo no podia acostumbrarme á mi primera vida, y estaba disgustado de todo, hasta el punto de que muchas veces se me pasó por la imaginacion el suicidio.

Yo hubiera querido mejor escaparme de casa y marcharme á cualquiera parte; pero á esto se oponia mas que el amor, la compasion que yo tenia á mi padre, que estaba tristísimo, porque de resultas del negocio que le habia llevado á Paris, habia perdido una enorme suma de dinero. En este estado estaba yo cuando murió mi madre. La tristeza que me causó su muerte, me hizo olvidar mis inquietos deseos.

Vivimos así tristemente una porcion de tiempo, hasta que á esta tristeza vino á unirse otra de otro género, pero grande tambien. Un dia que volviamos á nuestra casa, despues de haber pasado dos en el campo, hallamos la puerta cerrada; en vano nos cansamos en llamar, no habia nadie dentro: por fin se descerrajó la puerta y entramos. Los criados habian desaparecido: corrió mi padre al momento á su cuarto, y halló abierta una puertecilla imperceptible que en un tabique habia.

—¡Os han robado la vida, pobres hijos mios! esclamó, abrazándonos convulsivamente. No quiero acordarme de lo que entonces padeció mi padre. Nosotros olvidamos por él todo lo demás, y al fin logramos que no le matara el dolor que por nosotros sentia.

Mientras contaba esto Rafael, brillaban sus ojos humedecidos por dos lágrimas que el recuerdo de su padre le arrancaba, y lloraba Luisa en silencio, con ese llanto que hilo á hilo sacan de nuestro corazon los recuerdos de amor y de ternura. D. Ramon no lloraba porque no le presentaba con viveza su imaginacion al padre infeliz que ve muerta la esperanza de sus hijos; pero estaba todo lo enternecido que podia estar, y componiendo su cigarro con un increible esmero, se hacia el distraido sin atreverse á mirar á los dos hermanos. Hubo un momento de silencio, y prosiguió Rafael:

—Un criado antiguo de mi padre, que le habia servido lo menos veinte años, y que tenia mas de sesenta, sabia el secreto paraje donde tenia mi padre todo su dinero; este fué el que haciendo cómplices suyos á todos los demás criados, nos robó y huyó con ellos adonde hasta ahora nadie los ha hallado. Mi padre, yo no sé por qué, tenia el capricho de que el mejor caudal es el que consiste en dinero contante: todo el suyo estaba encerrado en una arquita de hierro que creia suficientemente guardada, porque no era avaro, en un nicho sigilosamente cerrado, y cuya puerta estaba blanqueada como lo restante de la pared. Yo no sé cómo sabia este secreto el infame viejo, que para decir verdad, quitada esta faltilla, no habia cometido otra mientras habia estado en casa, distinguiéndose por el amor que nos tenia y por su religiosa fidelidad.

—Tentóle el diablo sin duda, dijo D. Ramon.

—Podia haberle destentado Dios, prosiguió Rafael, y á todos nos hubiera venido bien; pero no sucedió así, sino que consintió que pasara á manos de un viejo, para condenarse, la fortuna de dos jóvenes, que acaso por ser pobres se condenarán tambien.

Reflexion es esta que no podemos dejar pasar de ninguna manera sin censura. ¿Quién eres tú, miserable hombre, para meterte en cuentas con el Hacedor? ¿Sabes tú acaso lo que te conviene? Te has olvidado de que no hay mal que por bien no venga?

Algunos hay que dicen que con la misma razon puede asegurarse que tampoco hay bien que no venga por mal. Si esto fuera verdad, el mal, padre del bien, seria abuelo del mal, y bisabuelo de otro bien y tatarabuelo de otro mal, y así sucesivamente; de lo que resultaria que no habria ni bien ni mal estables y duraderos. No va esto muy descaminado de lo que en la vida se observa. ¿Pero entonces no hay bien absoluto, no hay felicidad? Pues ya se vé que no la hay, y aunque es verdad que no nos vendria mal, á nosotros peregrinos que peregrinamos en romeria, por este, al otro mundo, hacer el viaje alegremente y con gozo, ó no hacerle sin embargo, ¿qué sabemos nosotros de eso?

Paciencia y barajar, que no se hizo Zamora en una hora. ¿Pues qué no hay mas que irnos al cielo, los que á él estamos destinados, sin haber hecho nada para ganarle? Quien quiera truchas que se moje las bragas. Y perdóneseme el mal tono del refran, en atencion á que aquí encajá como de molde.

Y en cuanto á vosotros, los que os hayais de condenar ¿de qué os quejais? Sabed, pobres tontos, que estos males de acá son tortas y pan pintado, comparados con los que habeis de padecer en el infierno, y que el mas agudo dolor, aunque sea de muelas, que padezcais aquí, le habeis de llorar allí con ternura, como un placer pasado, hasta en los momentos que en el infierno están destinados al regocijo y sabroso entretenimiento de las almas. Y así, ni los que nos salvamos ni los que os condenais, podemos ni debemos quejarnos de este mundo, y si alguno se queja, será un bruto testarudo é incapaz del precioso don del raciocinio, porque sino, á poca lógica que tuviera daria con estas razones, y... y al fin, daria con estas razones y con otras, y probaria que era un hombre hecho y derecho, con su alma correspondiente para pensar.

Pero volvamos á Rafael, que seguia diciendo:—Desde este maldito dia no volvimos á tener uno solo bueno. Mi padre yo no sé si se hizo mas áspero de carácter, ó si á mí solo me lo parecia; porque desde entonces empezó á hablarme todos los dias acerca de la necesidad en que estaba de dedicarme á algo. Como hasta entonces no habia entrado en mis cuentas la de que algun dia tendria que trabajar para sostenerme, no era de esto de lo que con mas gusto hablaba con mi padre, que se desesperaba al ver mis pocos ánimos y se echaba á sí mismo la culpa de no haberme destinado á ninguna carrera fija. Al fin, ayudado por sus consejos, y mas que por nada por la crítica posicion en que nos hallábamos, porque ya estábamos manteniéndonos con el dinero á que se habian reducido todos los muebles de lujo y alhajas que en mi casa habia, hubiera yo sin duda ninguna dedicádome á trabajar; pero á esta sazon mi padre cayó enfermo. Durante la enfermedad, que fué larga y peligrosa, no se pensó en nada sino en su vida. Cuando se levantó de la cama, donde habia padecido tanto moral como físicamente, estaba mi pobre padre completamente enajenado, y habia caido en un estado de imbecilidad en que ni tenia memoria ni aun conciencia de vida.

Luisa lloraba ahogando los suspiros dentro de su pecho. Rafael procuraba separar los ojos de ella, y hablaba con cierta valentia, queriéndose hacer superior á la amargura de sus recuerdos.

—En esta situacion, prosiguió, pasó una porcion de tiempo, en el cual, como mi padre estaba reducido al estado de un niño, fuí yo el jefe de la familia. Cada dia pensaba mil veces en tomar una resolucion, y ver el modo de asegurar nuestra vida; pero á decir verdad, nunca lo pensé seriamente, porque nunca, por mas que he querido, he

pensado seriamente en nada, ni he podido concebir cómo el porvenir puede labrarse en el presente. Así pues, dia tras dia se pasaron todos los que me podian haber servido para arreglar mi vida. A este tiempo ya se habia vendido la casa en que vivíamos.

Desde que yo estaba á la cabeza de la casa se habia gastado un dineral; porque, en la parte económica, no se ha conocido un padre de familias peor que yo: en limosnas solo he gastado un ojo de la cara. Yo creo que las leyes dicen algo de curador, ó cosa asi, para los hijos de un padre demente, menores de edad; pero el juez de primera instancia era enemigo de mi padre y no se habia acordado de tal cosa. Yo me alegro de esto todavia, aunque acaso debiera sentirlo; porque aborrezco de muerte todas las leyes escritas, y necesito de toda mi fé para no aborrecer tambien las reveladas.

(*Continuará.*)

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

UN RETRATO PARECIDO.

Cuando un inglés no es cartista, ni *repealista*, ni whig, ni tory, ha de ser cualquiera otra cosa, y generalmente, para ocuparse en algo y evitar la murria que llaman *spleen*, adopta la profesion de *díscolo*.

A este género de entes pertenece sir William Brown, caballero rico, pero muy feo, que pasa dulcemente su vida renegando de cuanto existe en el mundo. El dia que Mr. Brown se viese obligado á admirar ó elogiar cualquiera cosa, aunque fuese una de las siete maravillas, es seguro que se pegaria un tiro ó moriria de desesperacion; y á tal estremo llega su furor de *despreciomania*, que ha elegido por esposa una muger fea, de carácter áspero y de una condicion baja, únicamente con el objeto de estar siempre en contradiccion con su familia, y poder echar en cara á su costilla todas sus imperfecciones físicas y morales.

Este delicado tipo del inglés impertinente ha hecho comparecer ante el juez de uno de los tribunales correccionales de Londres, á un jóven pintor llamado Mr. Francis Cornhill, que goza de alguna reputacion; pero ni aun delante del magistrado quiso renunciar Mr. Brown á su costumbre de contrariar, y á pesar de que se le invitó mil veces á que espusiera los hechos que habian motivado su queja, se negó redondamente, por lo mismo que se le exigia; por último, el pintor tomó la palabra y se espresó en estos términos:

—Mr. Brown me habia mandado hacer su retrato, y como, segun decia, queria que la semejanza fuese exacta, le dije que necesitaba tener el original delante diez veces, dos horas cada vez. No me es posible decir lo que he sufrido en estas diez veces.

SIR W. BROWN. ¿Y qué, amigo, le parece á V. que estaba yo tan divertido en su abominable cuartucho?

CORNHILL. ¿Lo oyen Vds., señores? Asi es como habla del estudio de un artista. Los colores de mi paleta le parecian malos, la tela pésima; hasta la luz decia que era horrorosa...

SIR W. BROWN. Y es verdad; la luz de su cuarto de V. es tan mala que en diez dias no he visto el sol.

CORNHILL. Era en el mes de marzo, y todo el mundo sabe que en esa época del año no se ve el sol en Londres.

SIR W. BROWN. Eso no importa; los pintores deben tener siempre sol... A mí me gusta...

CORNHILL. Si me lo hubiera V. dicho, le hubiera mandado á hacer uno. (*Risas.*) Sufrí las penas del purgatorio para contenerme, cada vez que oia á este hombre rebajar la dignidad del arte. No fué asi, decia para mí, como se trató á un Rafael, á un Miguel Angel. Los mismos reyes se inclinaban ante el genio; Cárlos V se tuvo por feliz cuando lo retrató el Ticiano; y yo, desgraciado de mí, tengo que sufrir las majaderias de este hombre!... De suerte, que cuando llegó el último dia, bendije mil veces al cielo porque me iba á ver libre de amarguras... pero Sir W. Brown estuvo por lo mismo mas impertinente que nunca...

SIR W. BROWN. Impertinente!... pórque entiendo de pintura...

CORNHILL. Despues que dí las últimas pinceladas, le pedí su parecer.

SIR W. BROWN. Y dije que el retrato era detestable.

CORNHILL. Pero, hágame Vd. el favor de decir en qué.

SIR W. BROWN. En todo... ¡Cómo habia yo de dar veinte guineas por aquella chapuceria!.. Bha!.. por cuatro chelines hubiera podido tener un daguerreotipo.... Ahí, ahí tiene V. una invencion magnífica.

EL JUEZ. Pero en fin, ¿qué defecto le pone V. al retrato que ha hecho el señor?

W. BROWN. Que no se parece á mí!

CORNHILL. En efecto, tantas veces me repitió esto mismo, que no pudiendo ya contener mi cólera, cogí el cuadro y le metí el lienzo por la cabeza, diciéndole al mismo tiempo:

«¡Ahora se parecerá V. mas!» Y asi sucedió, porque la cabeza de sir W. Brown atravesó el lienzo y reemplazó de una manera muy fea la que yo habia pintado antes haciéndole favor. (*Risas.*)

El juez no encontró en todo esto motivo para castigo, y así absolvió al pintor y mandó á Sir W. Brown que le pagase la mitad del precio que habia estipulado por el retrato.



SIR W. BROWN. ¡Bueno! puesto que se me condena, yo me vengaré y resarciré mis diez guineas á puñetazos.

EL JUEZ (*con severidad*). Tenga V. entendido que le prohibimos toda clase de injuria ó via de hecho contra el señor Cornhill.

SIR W. BROWN (*retirándose con calma*). Entiendo... en cuanto salga le sacudo el polvo.

LA CRUZ DE PIEDRA,

Leyenda de la edad media.

(Conclusion.)

Quizá se alivien tus penas,
Esforzado campeon,
Que ya en luz tintas apenas

Se divisan las almenas
De la gótica mansion.
Sin duda piensas ¡ay triste!
Que va á calmarse tu afan:
La flor que galana viste,
Pobre doncel, ya no existe,
Que la tronchó el huracan.
Entra y con planta segura
Cruza altivo su dintel;
Y que admiren tu bravura
Al crujir de tu armadura
Al trotar de tu corcel.

IV.

En retirado aposento
Que ornar el orgullo quiso
De escudos, de armas y timbres,
Cabizbajo y pensativo
El buen conde se pasea;
Y en aquel triste recinto,
Que débil lámpara alumbra,
Tan solo se escucha el ruido
Que alzando van sus pisadas.
Ya en tierra los ojos fijos,
Inmóbil un tiempo queda
Cual si un recuerdo aflictivo
Brotado hubiera en su mente:
Ya cruza despavorido
A grandes pasos la estancia,
Cual si un fantasma enemigo
En torno de él se meciera.
Ya lanza agudos suspiros
Del corazon arrancados:
Sin duda que hondo martirio
Le está desgarrando el alma.
Súbito, sordo bullicio
Cerca de la estancia suena,
Y á la puerta de improviso
Presuroso se presenta
El paje mas favorito
De cuantos el conde tiene.
—¿Que sucede, voto á brios?
—Señor, responde, un guerrero
Que há poco llegó al castillo,
A viva fuerza pretende
Penetrar hasta este sitio.
Dice que es noble.
—Eso basta.
Dile que entre, y está listo
Por si acaso.
—Esta bien.
—Véte.—
Y á poco con aire altivo
Entró cubierto de acero,
El paladin atrevido.
—Dios guarde al conde.
—Y á vos.
Caballero, si es que asilo
Buscais en esta morada,
Sabed sois en mis dominios
Arbitro y dueño de todo;
Que soy noble y nunca olvido
Lo que á otro noble se debe.
—(*Ap.*) No me conoce.
—El camino
Fatiga mucho, sentaos.
—Gracias.
—(*Ap.*) Esa voz ¡Dios mio!
Y ¿no me es dado saber
Cómo se llama el amigo,
Que viene así y encubierto
A honrar mi pobre retiro?
—¿Y mi voz, no os lo revela?
—No es posible.
—Por lo visto
Me desconoceis: ¿y ahora? *(Alzándose la visera.)*
Miradme.
—¡Ricardo!
—El mismo,
El que fué vuestro pechero:
Erraron el golpe, aun vivo.
¿Por qué escogisteis, buen conde,
Tan cobardes asesinos?
Pensabais sin duda alguna,
Que aun en las armas novicio,
Al filo de sus puñales
Doblara la sien sumiso.
Dios robusteció mi brazo,
Huyeron; y yo tranquilo
Abandoné vuestras tierras
Seis años há.
—Yo deliro!
—Fuí á la guerra; en las lides
Nunca desmayó mi brio;
Que cual le cumple á un guerrero
Contra el moro he combatido.
Cien batallas me miraron
Frente á frente del peligro,
Y á mi rey salvé la vida
En el suelo granadino.
Renombre alcancé; el monarca,
En premio de mis servicios,
Alzó mi frente del polvo
Y noble y feliz me hizo.
Ya, conde, somos iguales,
Ya solo ante el rey me humillo.
Cumplí mi promesa: ahora
Cumplid la vuestra, lo exijo.
¿Dó está Leonor?
—(*Ap.*) ¡Qué tormento!
Nada sabe.
—Si es preciso
Sabré arrancaria en mis brazos
De esta mansion.
—No vacilo
En cumplir mi juramento.
Al pié de la cruz...
—¡Que oigo!
¿Me aguarda allí? ¡que ventura!
¿Como pagar su cariño?
Tanto amor: ¡oh! voy á verla
Y arrojarme en mi delirio
A sus piés.
—Pero, Ricardo,
Quizá ignorais...
—Os suplico
Que no acibareis mi dicha.
Conde, volveré á pediros
La bendicion; hasta luego.—
Y el jóven de gozo henchido
La estancia al punto abandona,
Mientras con rostro sombrio,
—Yo la maté, esclama el conde.
¡Maldito orgullo, maldito!—

V.

Dormida entre rosas descansa natura
Cual cándida vírgen que inclina la sien;
Las auras se aduermen allá en la espesura
Y el sueño á las aves arrulla tambien.
Las flores derraman mas puro su aroma
Y rasga la noche su negro capuz,
Que tibia la luna ya plácida asoma
De estrellas seguida, radiante de luz.
¿Quién rápido cruza la vasta alameda
Que ostenta el castillo, tendida á sus piés,
Cual pálida sombra, fantasma que rueda,
Aborto del miedo, del aire al través?
La arena no toca su potro arrogante
Que nubes de polvo levanta en redor;
El es, es Ricardo, que corre anhelante
En pos de su amada, su fiel Leonor,
Ya late su pecho, que se alza vecina
La cruz do le aguardan ventura y placer;
Mas súbito encanto, vision repentina
Deslumbra sus ojos, embarga su ser,
Y ciega su vista la luz que á torrentes
En torno ilumina risueño jardin,
Do trinan las aves y corren las fuentes
Formando espumosas cascadas sin fin.

Allí está la adelfa, la púdica rosa,
La blanca azucena y el rojo clavel;
Allí se levanta la acacia olorosa
Y estiende sus ramas el noble laurel.
Y flotan en torno, besando su frente,
Balsámicas auras que embriagan de amor:
Do quier la natura se muestra riente
Tendiendo su manto de gala y verdor,
Celeste armonía los aires poblando
El alma adormece y alegra el pensil;
Y rápidas cruzan veloces girando
Mil vírgenes bellas, de talle gentil.
Y el mágico cuadro que en goces fecundo,
Ante él se despliega, estático ve:
Sin duda imagina que lejos del mundo,
De Dios la morada ya huella su pié.
Radiante de hechizos, cubierta de flores,
Prendido á los hombros nevado cendal,
Cual ángel que vela los castos amores,
Ricardo divisa muger celestial.
Es ella, su esposa, que cándido lirio
Amante le aguarda al pié de la cruz.
—¡Leonor!—grita al punto—¡Leonor, mi delirio!—
Y á aquel mar se lanza de vértigo y luz.

Y á sus plantas
anhelante,
fiel amante
se arrojó.
Y su amada
contra el seno,
de amor lleno,
le estrechó.
—¡Qué ventura,
ella le dice:
soy felice,
mi doncel!
Que há seis años
que te aguardo,
mi Ricardo,
siempre fiel.
Desvalida,
sin consuelos
á los cielos
me subí.
Que tu muerte
me contaron;
me engañaron
¡ay de mí!
Dios no quiso
que en el mundo,
tan fecundo
en falsedad,
nuestra dicha
se cumpliera,
que allí impera
la maldad.
Aquí puro
el aire vaga,
y embriaga
y da solaz:
aquí eterna
goza el alma
blanda calma,
dulce paz.
Ya nos prende
dulce lazo,
su regazo
nos da amor.
Ven, gocemos,
mi consuelo,
de este cielo
encantador.—
Y frenética
á la danza
se abalanza
con afan,
do mil sílfides
esbeltas,
raudas vueltas
dando van.
Y allí crúzanse,
se estrellan,
se atropellan
sin cesar.
Y es un vértigo
anhelante,
incesante
delirar.

VI.

Huyó la noche; la risueña aurora
Tiende su manto de rojizo tul;
La cruz de piedra con sus rayos dora
El sol que trepa á la region azul.
Vida recobra la natura muerta
Que se empapa en rocío bienhechor;
Y atónito Ricardo se despierta
Asustado al mirar tanto esplendor.
Aun en su oido la algazara zumba,
Aun se mece en los brazos de su bien,
Cuando divisa al pié modesta tumba
Do adormecido reclinó la sien.
La vista en torno cual demente gira,
Y saltársele siente el corazon:
Que: *Aquí yace Leonor*, escrito mira,
Que todo ensueño fué, mera ilusion.
Gruesas lágrimas surcan sus mejillas,
Mil recuerdos le asaltan en tropel,
Y ante su Dios cayendo de rodillas:
—¡Llevadme á mí tambien!—gritó el doncel.

CONCLUSION.

Unos dicen que allí mismo,
Cual en premio de su fé,
Dios le concedió la muerte
Y el alma subió al Eden.
Otros quieren que viviera
De un desierto en la aridez,
Trocando por un cilicio
De este mundo el oropel.
Quién acierta ó quién se engaña,
A fe mia no lo sé;
Que estoy harto de cronistas
Y es ya mucha pesadez
Tantos lances y sucesos
Estampar en el papel.
¿Y el buen conde? lo olvidaba.
Dicen que en larga vejez
Vió pasar años tras años
Llenos de luto, de hiel.

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

La luz de mi amor.

¿Por qué triste me miras,
dulcísima paloma,
y lánguida suspiras?
¿Por qué á tus ojos trasparente asoma
esa lágrima pura,
de tu pesar indicio y tu ternura?
¿Causa tu pena mi dolor profundo?
pues oye, vida mia;
¿Quieres trocar mi duelo en alegría?
No llores, no, por mí; plácida ríe:
pues si en mi lecho mismo de agonía,
tu sonrisa hechicera,
luz de mi amor, yo viera,
presumo que á la vida tornaría.

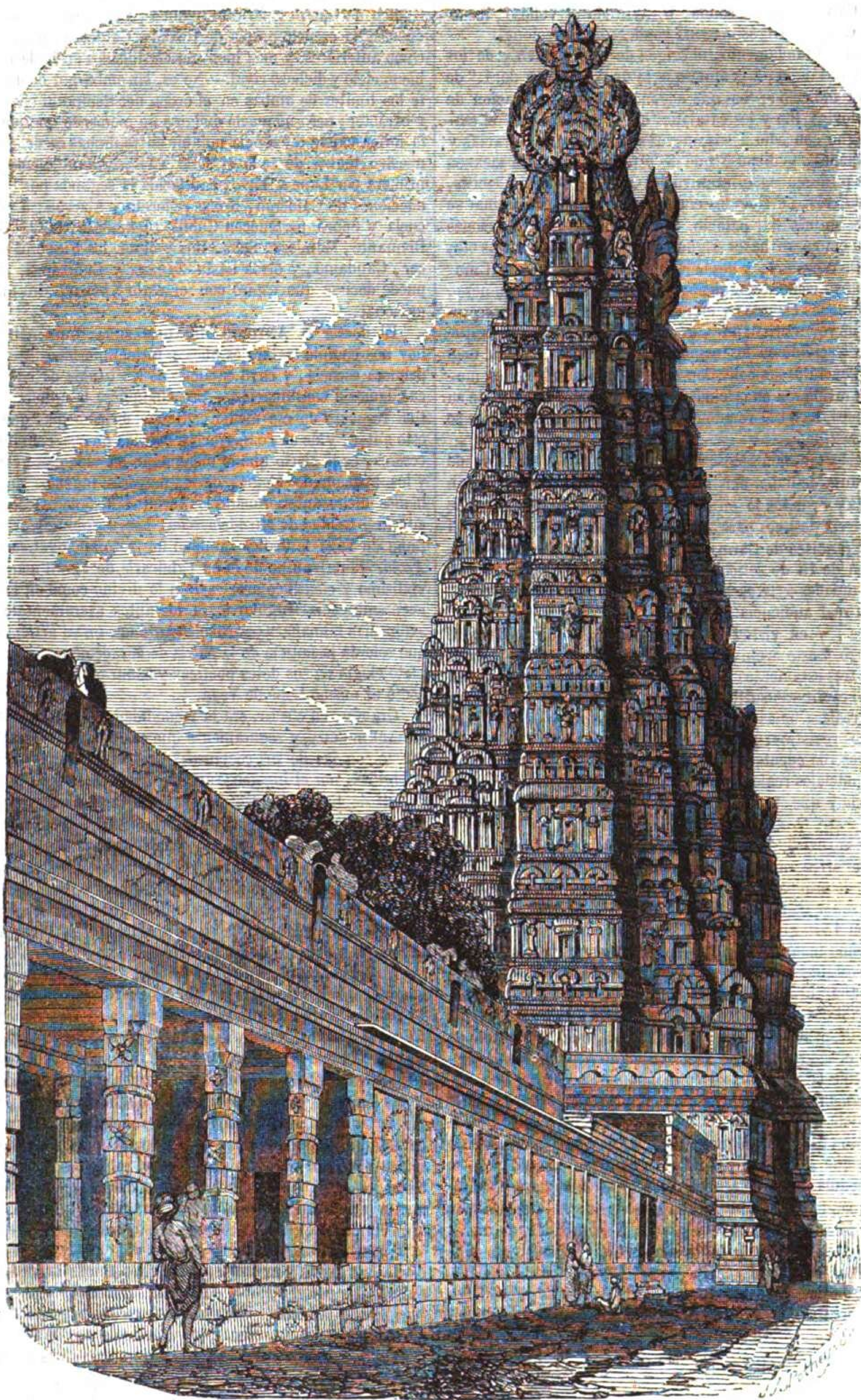
FRANCISCO J. ORELLANA.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 9.

El amor de la gloria hace las grandes fortunas entre los pueblos.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.



(Gran torre de la Pagoda de Jagrenatha.—MITOLOGIA ILUSTRADA.)

ARCHIVO REAL Y GENERAL DE LA CORONA DE ARAGON.

En opinion de varios escritores goza este establecimiento diplomático la preferencia entre todos los conocidos en el orbe literario, no solo por la originalidad, interés, órden y conservacion de los documentos que encierra, sino tambien por su larga y no interrumpida serie de los diez siglos de existencia que acreditan sus mismas datas.

Custodia sobre veinte y tantas mil escrituras en pergaminos sueltos; unos ocho mil tomos en folio voluminosos de registros de infinitas escrituras diplomáticas; mas de novecientas bulas pontificias originales, sin otra multitud de papeles auténticos y curiosos, divididos en colecciones y colocados cronológicamente por reinados y materias, en cinco grandes salas, todo perteneciente á los condados de la marca española de Barcelona, Ausona, Gerona, Besalis, Urgel, Rosellon, Provenza, Carcasona y Cerdaña; á los reinos de Aragon, Valencia, Mallorca, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Córcega, señorío de Montpeller y demás estados que formaban las antiguas colonias de Barcelona y Aragon reunidas. Se estiende el establecimiento desde la época y gobierno de los primitivos condes de Barcelona, á mediados del siglo IX,

en que empezó su soberanía con la remision del feudo hecha por el emperador Carlos el Calvo al primer conde, D. Wifredo el Velloso, hasta Doña Isabel II de Castilla, trigésimanona condesa de Barcelona.

Se atribuye, no sin fundamento, el orígen de este archivo y de los tres estamentos de Cataluña, á la famosa acta de Aquisgran de 1.º de enero de la octava indiccion, en que despues de la restauracion de Barcelona por Ludovico Pio y los catalanes de la Septimania, el emperador Carlo-Magno concedió á sus nuevos súbditos varias gracias y privilegios ó libertades, y dispuso que de este documento se sacasen tres traslados y se pusiesen en el archivo del Obispo, en el del conde, gobernador y caballeros, en el de los ciudadanos, y que el original se custodiase en el de su imperial palacio. Sin embargo, las colecciones de documentos no empiezan hasta algunos años despues de esta acta, en el condado de D. Wifredo I; y desde este conde hasta el actual monarca, todos tienen su coleccion cronológica, mas ó menos voluminosa, con índices mas ó menos estensos y metódicos, de sentencias, procesos de cortes, cartas de reyes cristianos y árabes, y otros documentos que se han espedido y recibido en los respectivos gobiernos: siendo mas completas y mas generales las colecciones de la época en que los monarcas de Aragon residieron en la ciudad de Barcelona, despues de su enlace con los condes, hasta la reunion de los Reyes Católicos, que se establecieron en Castilla.

Ha sido conocido tambien este establecimiento por el nombre de Archivo Real, á causa de haber existido por espacio de nueve siglos en el palacio Real Mayor, situado en la plaza del Rey de la ciudad de Barcelona, que sirvió despues para inquisicion, de donde á instancia del archivero D. Francisco de Garma y Duran, el señor D. Carlos III, por real resolucion de 15 de setiembre de 1766 lo mandó trasladar con las mayores formalidades á la casa de la antigua diputacion de Cataluña, hoy dia de la real audiencia.

Posteriormente, y en virtud de real órden de 8 de noviembre de 1827, se agregó á este archivo general el de la referida y antigua diputacion de los tres estamentos ó brazos del principado, que consta de mas de seis mil escrituras sueltas en pergamino; siendo muchas de ellas concesiones reales, bulas pontificias y contratos, y á mas unos tres mil seiscientos registros, procesos de cortes, dietarios, visitas de diputados y oidores, de cuentas, gastos de embajadas y juramentos de reyes, vireyes y oficiales reales, con otra multitud de papeles de no menor importancia, que todos gozan de índices alfabéticos y de materias.

Aunque de hecho existe el precioso archivo de la corona de Aragon, ya desde el mismo orígen de la soberanía de los condes de Barcelona, con todo no hubo determinada persona que le cuidase y arreglase, hasta el reinado del señor D. Pedro el Ceremonioso, de Aragon, que confió este encargo en 1346 al escribano de su corte Pedro Paseya, primer archivero. El mismo monarca en 1334 dió tambien la pragmática de Tamarit, en que estableció varias reglas para la conservacion, arreglo y aumento del real archivo, ordenando que en adelante fuese archivero uno de los escribanos de mandamiento de su cancillería, lo que así se observó hasta despues de la guerra de sucesion, que con motivo de haber estinguido el señor D. Felipe V el consejo de Aragon, y por consiguiente su cancillería y escribanía de mandamientos, tuvo que encargarse interinamente del archivo el secretario, de acuerdo de la nueva real audiencia de Cataluña, D. Salvador Brate y Matas. Posteriormente, deseoso el mismo monarca de sacar á este establecimiento del abandono en que se hallaba por falta de dotacion y operacion, le elevó, por real cédula de 27 de setiembre de 1738, á la clase de oficina pública, asignándole un archivero, tres oficiales y un portero, sin otra ocupacion; dotando esta nueva oficina con el producto del derecho de sello de la real audiencia de Cataluña, que habiendo quedado insignificante á consecuencia del real decreto de 2 de febrero de 1833, por la franquicia de derechos que establecia en los títulos para oficios de república, ha motivado que S. M. se haya dignado mandar en real órden de 15 de octubre de 1834, que en adelante se paguen por el real tesoro los sueldos y asignaciones de este archivo, con cargo al ministerio de la Gobernacion.

El objeto de este real archivo es principalmente el de su misma conservacion y arreglo, en que se ocupan incesantemente seis empleados, formando nuevos índices razonados, alfabéticos y de materias, á fin de poder facilitar con la mayor prontitud posible al gobierno, á las autoridades, corporaciones científicas y personas particulares, los infinitos documentos y noticias de todas clases de que es susceptible el establecimiento.

TEATRO DE MIRADEMESCUA.

Dijimos en el artículo anterior que de todos los autores que brillaron al lado de Lope de Vega, ó siguiendo fielmente sus huellas (además de Tirso de Molina y Montalvan), solo podrian citarse producciones bastante numerosas para formar un repertorio, de Velez de Guevara, Guillen de Castro y MIRADEMESCUA; y aunque los tres alcanzaron la época y la escuela propia de Roxas y Calderon, pasan por lo general como anteriores, y mas bien son clasificados en la de Lope, su indudable modelo y dichoso rival.—No es, sin embargo, fácil fijar exactamente los límites de ambas en el órden del tiempo ni en su misma índole y carácter; pero no puede dudarse un momento que por la fecha y por la forma existe diferencia notable entre dichas escuelas, que formaron nuestro teatro de todo el siglo XVII, brillantemente inaugurada la primera por Lope y Tirso, enaltecida la segunda por las insignes producciones de Calderon, Roxas, Moreto y Alarcon: á esta segunda escuela y época pertenecen Cubillo, Belmonte, Leiva, Zárate, Matos, Diamante, Mendoza, Solís, Hoz y Mota, los Figueroas, Salazar, Cáncer, Candamo, y otros hasta Zamora y Cañizares, en cuyas manos puede decirse que espiró con el siglo XVII nuestro magnífico teatro nacional

El doctor D. ANTONIO MIRADEMESCUA, ó DE AMESCUA, de quien hoy nos cumple tratar, es pues el último que consideramos de aquella primera escuela, y cuyo catálogo de los títulos de sus obras dramáticas damos á continuacion.—Sea cualquiera la opinion de la crítica actual respecto de ese medio centenar de comedias que conocemos de este autor, y de su comparacion con las de sus contemporáneos y sucesores, es lo cierto que le merecieron en vida una grande celebridad, y los apasionados elogios de los mayores ingenios de la época.—Ya hemos dicho anteriormente los términos lisonjeros con que Cervantes cita *la gravedad de Mirademescua, honra singular de nuestra nacion.* Lope de Vega le dedica tambien un trozo apologético en su *Laurel de Apolo*, Montalvan no duda en calificarle de «gran maestro de este nobilísimo y científico arte, así en lo divino como en lo humano, pues »con eminencia singular logra los autos sacramentales y acierta las »comedias humanas»; y Nicolás Antonio, en su artículo biográfico (en que solo da la noticia de la patria de Mirademescua), estampa un completo elogio de sus dotes poéticas y cómicas, en que solo, segun dice, cedió al mismo Lope de Vega.

Grande, en efecto, era la fecundidad, la gala y lozanía del doctor MIRADEMESCUA, y seguramente que sus comedias (comparadas por supuesto con las de sus coetáneos) presentaban justos títulos á su gran celebridad, por el ingenioso artificio, la brillantez de su forma, y aquel énfasis de diccion que entonces estaba tan en boga, y del que seguramente se dejó arrastrar algo mas que debiera. Pero hoy, consideradas á la luz de una sana crítica, y comparadas con las de otros autores posteriores, han debido naturalmente ceder el puesto y el aplauso popular, y quedar relegadas á las bibliotecas y estudios de los eruditos. Merecen sin embargo ser leidas, por contener respectivamente circunstancias recomendables, ya en la invencion y estructura del argumento, ya en la pintura de los caractéres, ó ya en fin en el estilo poético, las tituladas *Galan, valiente y discreto*, *La fénix de Salamanca*, *No hay burlas con las mugeres*, *El rico avariento*, *La rueda de la fortuna*, *El palacio confuso* (imitada por Corneille en *Don Sancho de Aragon*), *El conde Alarcos*, *Amor, ingenio y muger*, *La tercera de sí misma*, y alguna otra que no recordamos.—De todas ellas pudieran citarse grandes bellezas al lado de frecuentes y lamentables descuidos; trozos y escenas llenos de pasion, de verdad y de fuerza cómica, y otros envueltos en aquella nube de hipérboles y metáforas del gusto Gorgorino ó del estilo apellidado *culto*, á que todos los poetas rendian tan frecuentemente vasallaje; al mismo tiempo que en la eleccion y artificio de los argumentos y en la pintura de los caractéres se conoce indudablemente la influencia, ó mas bien la tiranía del mismo Lope y su teatro. Y ciertamente que no se concibe tan opuesto maridaje entre la verdad y la mentira, entre el buen sentido y el gusto depravado; pero es lo cierto que existe y existió en este y los demás autores de la época, y autorizados por el ejemplo de su colosal modelo y por los aplausos insensatos de la plebe.—Llenaríamos muchas páginas si queriendo probarlo en la ocasion presente, y tratando de uno de los poetas mas celebrados de entonces, el doctor MIRADEMESCUA, nos complaciéramos en citar escenas inverosímiles, trozos de estilo hinchado y campanudo que oscurecen y afean hasta sus mejores comedias; pero preferimos optar por alguno de aquellos momentos felices en que se descubre al poeta fácil, natural y cadencioso, al ingenio sutil y peregrino. La casualidad nos trae, por ejemplo, á la mano la comedia titulada *El pleito del diablo con el cura de Madridejos*, en cuya jornada tercera (obra de MIRADEMESCUA) hallamos estas preciosas quintillas en boca de un pastor.

LORENZO.— Deja espantos y temores,
Catalina; ¿qué te falta?
que en alas de mis amores
iré á la sierra mas alta
por metales ó por flores.
¿Quieres que trepando vaya
por los brazos de esa haya,
y baje de sus pimpollos

de una tórtola los pollos
á que jueguen en tu saya?
¿Quieres que descienda á un rio
hijo de un risco de Cuenca,
y en él mi valiente brio
no deje anguila ni tenca,
ni pez argentado y frio,
Que no venga á palpitar
sobre esta yerba y á dar
un salto y otro del suelo
pensando que coge vuelo
para arrojarse á la mar?
¿Quieres que á ese girasol
bajen las aves pintadas
que vuelan en caracol,
y parecen remontadas
que son átomos del sol?
Si quieres que en este prado
se crucen arroyos bellos
de leche y humor cuajado,
esprimiré alegre en ellos
las ubres de mi ganado.
Si quieres ver el enero
hecho octubre placentero,
viertan mis cubas su mosto,
y si quieres verle agosto
desataré mi granero.

Ciertamente que este trozo, puramente lírico, no es el mas propio de la comedia; pero es tan bello, que en todas ocasiones debió sonar bien á los oidos de un público español. Como este abundan otros en las obras dramáticas de **Mirademescua**, en que se ostenta mas bien el eminente poeta lírico, autor de aquella bellísima cancion (que envidiaria el mismo Garcilaso), que empieza:

«Ufano, alegre, altivo, enamorado»

y que no copiamos aquí por ser tan conocida y citada como una de las joyas mas estimables de la lira española. A veces tambien el estilo dramático ocupa su lugar propio, y ofrece escenas y diálogos animados, ó cuadros llenos del chiste y naturalidad característicos de Talía: sirva de ejemplo el siguiente, que tomamos al acaso de la comedia titulada *La tercera de sí misma.*

Galceran. ¿Dónde tomaste posada?
Solano.... Junto al Cármen.
Gal........ ¿Preveniste
la cena?
Sol......... Si.
Gal......... ¿Qué trajiste?
Sol......... Un capon, una empanada,
dos perdices...
Gal......... Bien, las como.
Sol......... Medio cabrito estremado,
dos gazapos...
Gal........ ¡Regalado
plato!
Sol......... ¡Tiene tanto lomo!
Un gigote de carnero...
Gal......... Si está manido, no es malo.
Sol......... Un jamon.
Gal......... ¡Gentil regalo!
has hecho buen despensero...
Sol......... De clarete y moscatel
tres azumbres, que sin vino
está en la mesa el tocino
como cautivo en Argel.
Gal......... ¡Ya tengo bien que cenar!
Sol......... ¿Qué es buena cena?
Gal......... ¡Estremada
Sol......... Pues ven la verás pintada
que no hay mas que desear
en esta calle primera,
que parece que el pintor
dió á los gazapos sabor
y sazon á la ternera.
¿No me dirás por tu vida
qué bolson diste á Solano
para que te tenga ufano
mesa y cama prevenida?
Gal......... ¿Luego no tienes dineros?
Sol......... ¿De qué los he de tener,
Galceran, si desde ayer
estamos los dos encueros?
Gal......... ¿No te dí trescientos reales
en Valencia?
Sol......... No lo niego;
mas oye la cuenta y luego
podrás ver si estan cabales. (*Saca un papel*).
«Cuenta de lo que Solano
ha gastado en el camino.»
Gal......... Y dila tambien del vino.
Sol......... A fé que está en buena mano. etc.

Aquí terminamos las citas de este autor notable, á quien los aficionados á nuestro teatro tienen aun bastante que estudiar. Por fortuna pueden hacerlo en la mayor parte de las comedias que comprende su repertorio abajo indicado, y que reimpresas suelen hallarse sueltas, pues ni en su tiempo ni despues se publicó coleccion de todas ellas. De la vida del doctor **Mirademescua** quedan apuntadas las únicas noticias que sabemos, esto es, que fué natural de Guadix, presbítero y capellan de los Reyes en Granada.

R. de M. Romanos.

COMEDIAS

ATRIBUIDAS AL DOCTOR MIRADEMESCUA.

Adúltera (la) virtuosa.
Adversa fortuna de Don Bernardo Cabrera.
Amor, ingenio y muger.
Amparo (el) de los hombres.
Caballero (el) sin nombre.
Carboneros (los) de Francia.
Circe y Polifemo. (Con Montalvan y Calderon.)
Conde (el) Alarcos.
Confusion (la) de Hungría.
Cuatro milagros de amor.
Desgracias del rey Don Alonso el Casto.
Duque (el) de Momoranci.
Ermitaño (el) galan, y Mesonera del cielo.
Esclavo (el) del demonio.
Fénix (la) de Salamanca.
Fé (la) de Hungría, auto.
Galan, valiente y discreto.
Galan (el) secreto.
Harpa (el) de David.
Hija (la) de Carlos V.
Hombre (el) de mayor fama.
Hero y Leandro.
Inquisicion (la), auto.
Lises (las) de Francia.
Lo que puede el oir misa.
Lo que puede una sospecha.
Lo que toca al valor, y Príncipe de Orange.
Mayor (la) soberbia humana de Nabucodonosor, auto.
Marqués (el) de las Navas.
Mas vale fingir que amar.
Mártires (los) del Japon, auto.
Mártires (los) de Madrid, auto.
Monte (el) de piedad, auto.
Negro (el) del mejor amo, San Benito de Palermo.
No hay burlas con las mugeres.
No hay reinar como vivir.
Nuestra Señora de los Remedios, auto.
Obligar contra su sangre.
Pastor (el) lobo, auto.
Palacio (el) confuso.
Pedro Telonario, auto.
Prodigios (los) de la vara, y Conquista de Israel.
Príncipe (el) de la paz, y Trasformaciones de Celia, auto.
Reina (la) de Sevilla.
Rico (el) avariento.
Ronda y visita de la cárcel, auto.
Rueda (la) de la fortuna.
San Lázaro, auto.
San Ramon, ó Santo sin nacer y mártir sin morir.
Sol (el) á media noche, y Estrellas á mediodía, auto.
Tercera (la) de sí misma.
Vida y muerte de la monja de Portugal.

ISLAS DE FERNANDO PÓO Y ANNOBON.

Lo mucho que en estos últimos tiempos se ha hablado de las islas de Annobon y Fernando Póo, me parece hará curioso é interesante el referir cómo estas islas llegaron á ser de la monarquía española, y qué

alternativas han tenido desde que están en nuestra dominacion. Esta



(Templo de Minerva.)

relacion será tanto mas instructiva y digna de atencion, cuanto que es-



(Estatua de la Vírgen de Ntra. Sra. de Montferrat.)

tá sacada de un diario original de uno de los que fueron á tomar pose-



Animales.

sion de ellas, diario que nunca ha visto la luz pública.

Por los tratados de paz que en el siglo pasado se hicieron con Por-



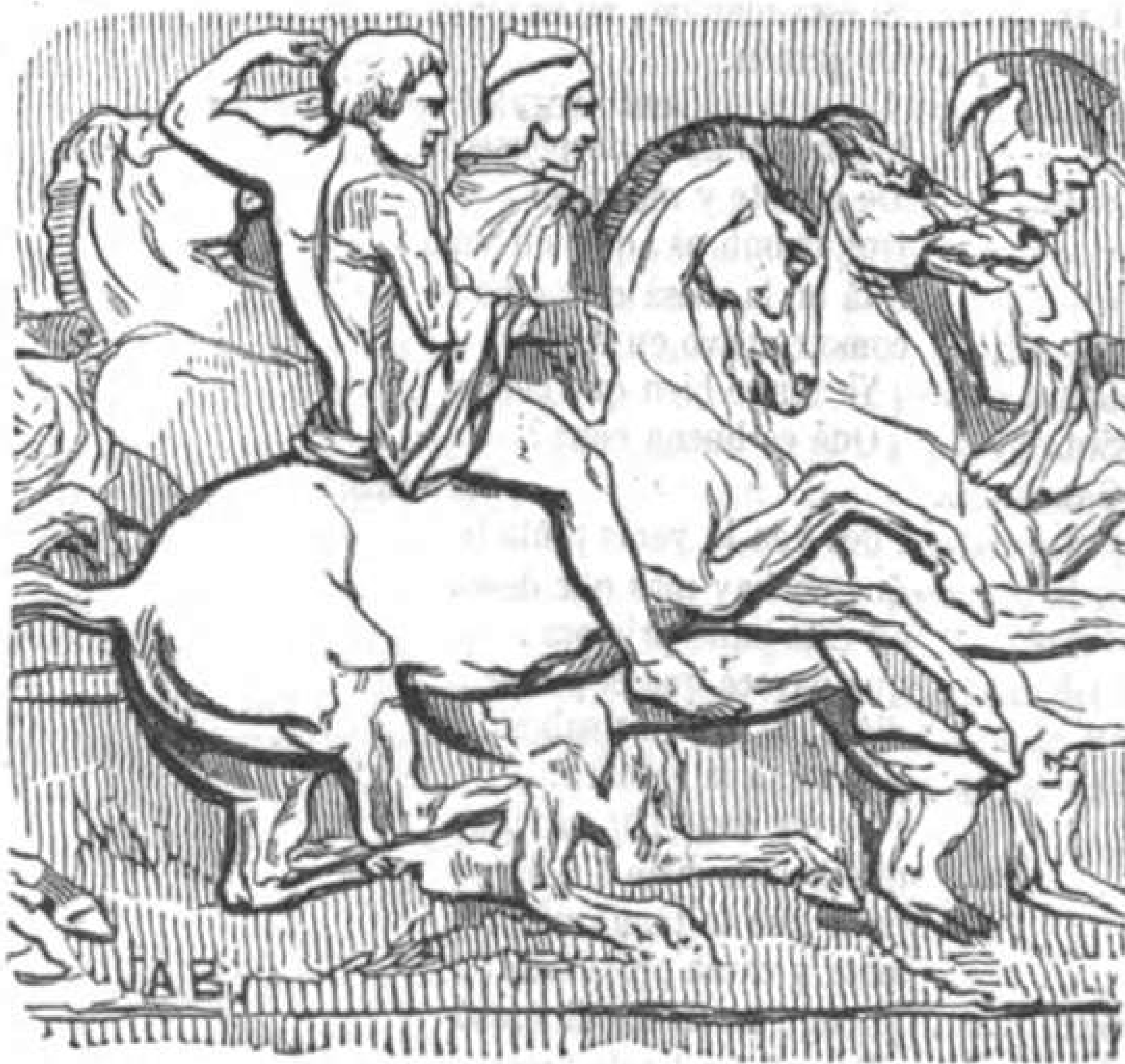
(San Miguel.—Cuadro de Rafael.)

tugal, se cedió la propiedad de estas islas á la corona de España. El



(El Ticiano.)

dia 17 de abril de 1778 salió D. José Varela con las fragatas *Santa Catalina* y *Soledad*, y el paquebot *Santiago*, de Rio de la Plata, con ór-



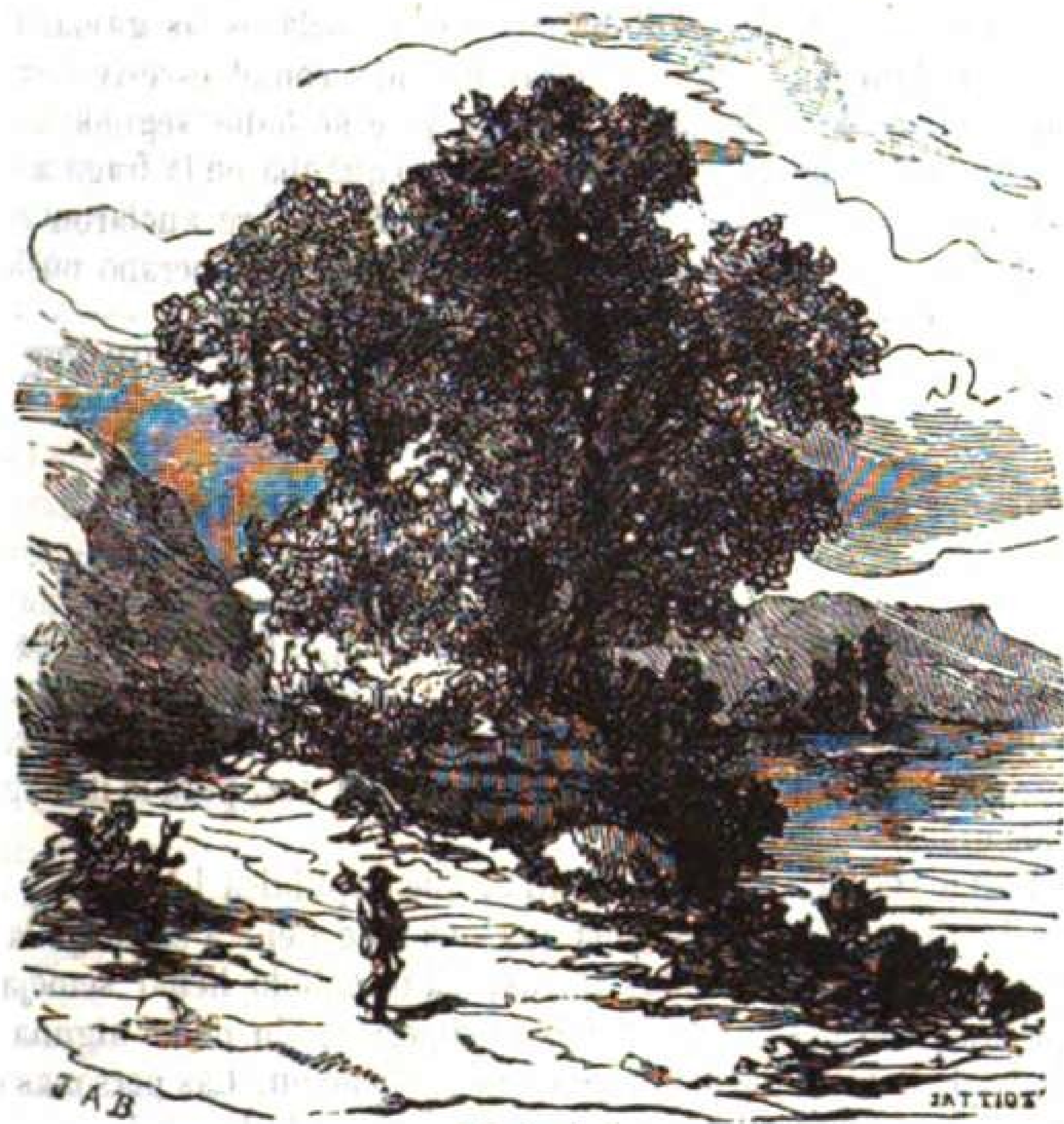
(Bajo relieve.)

denes de nuestro gobierno; y despues de descubrir la costa de Africa,



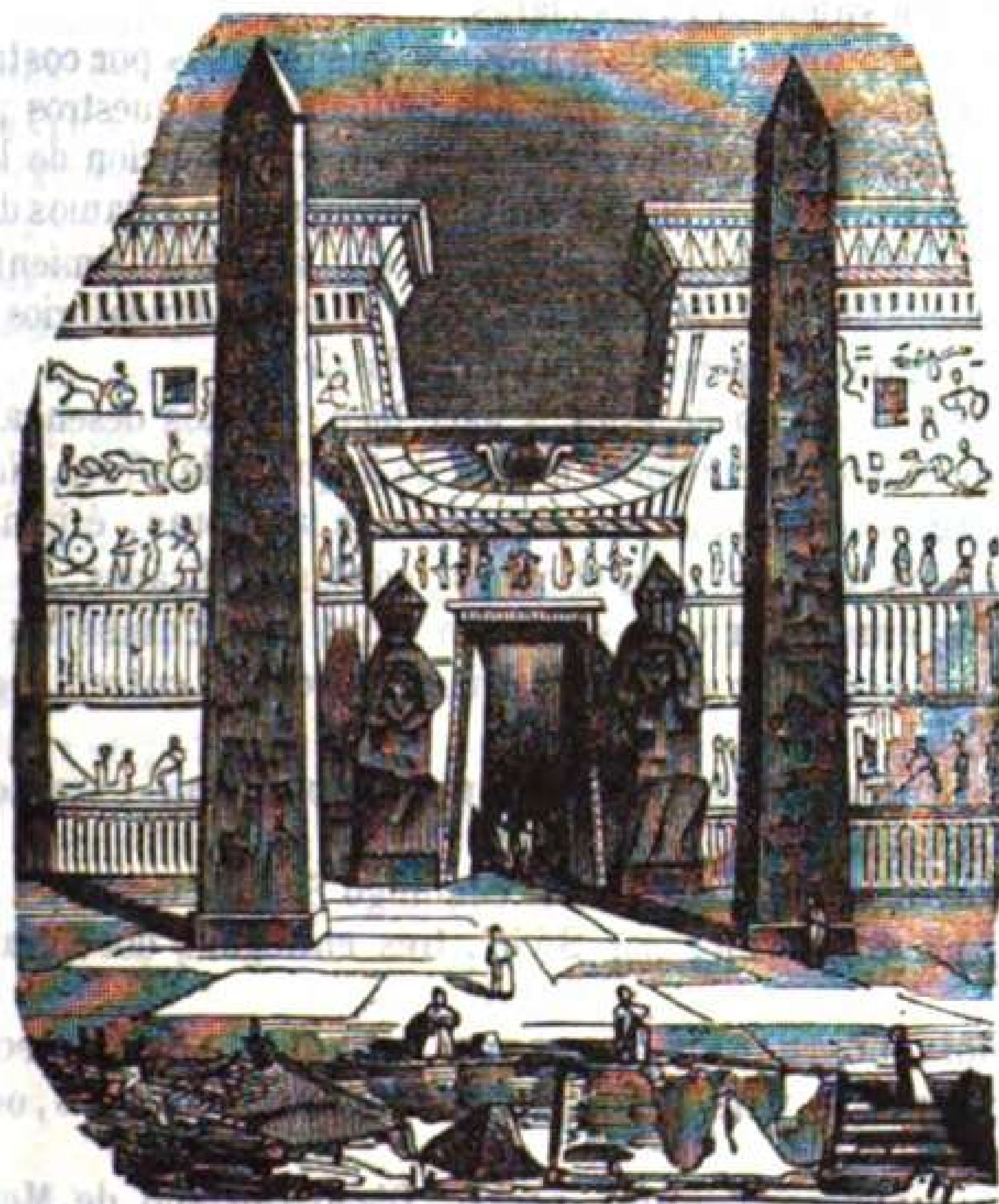
(Marina.)

esperimentando muchas calmas y algunas ventolinas, avistó el 25 de



(Paisaje.)

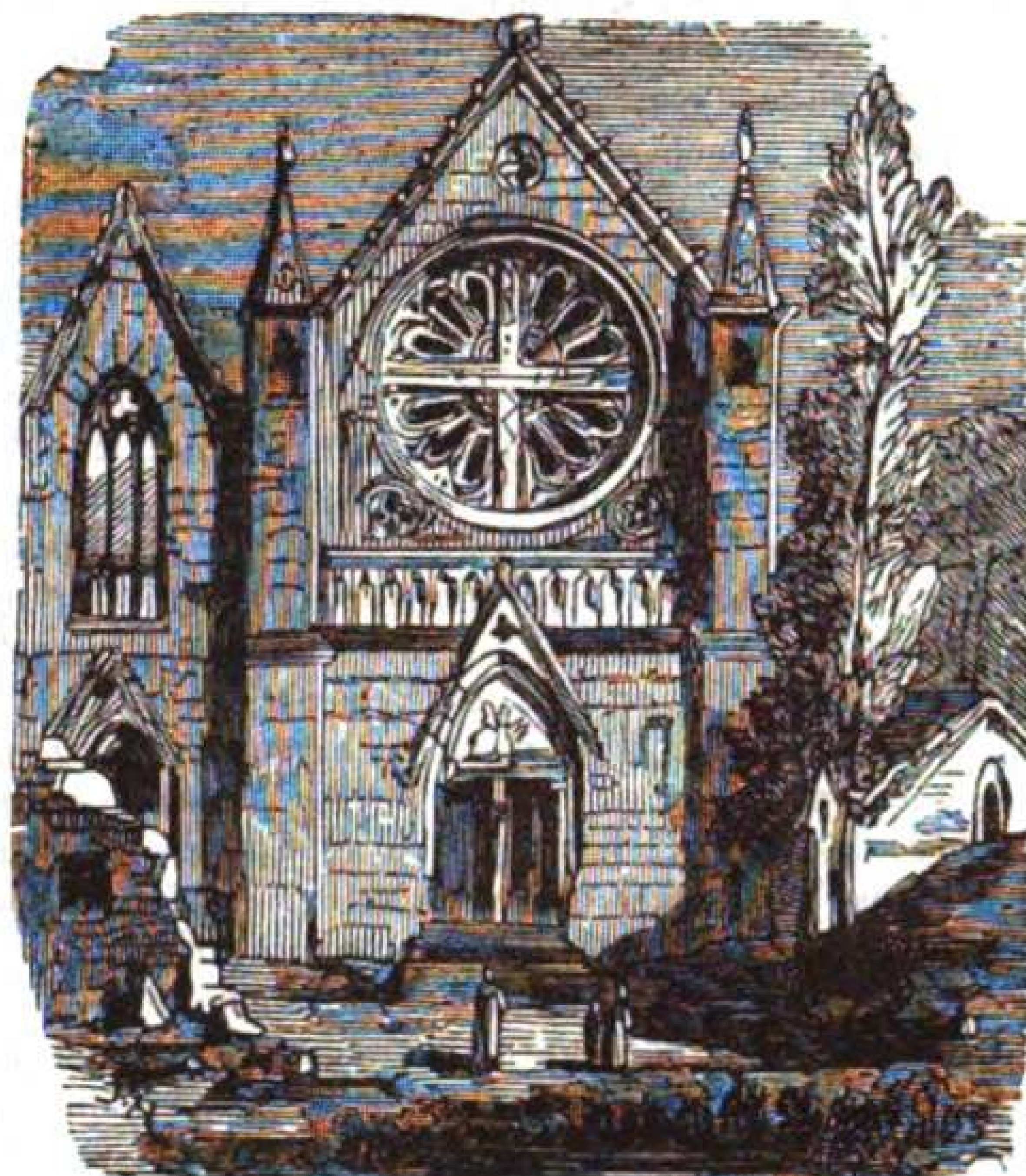
unio las sierras del Espíritu-Santo; el 25 el cabo de Lope Gonzalvo, y



(Arquitectura egipcia.)

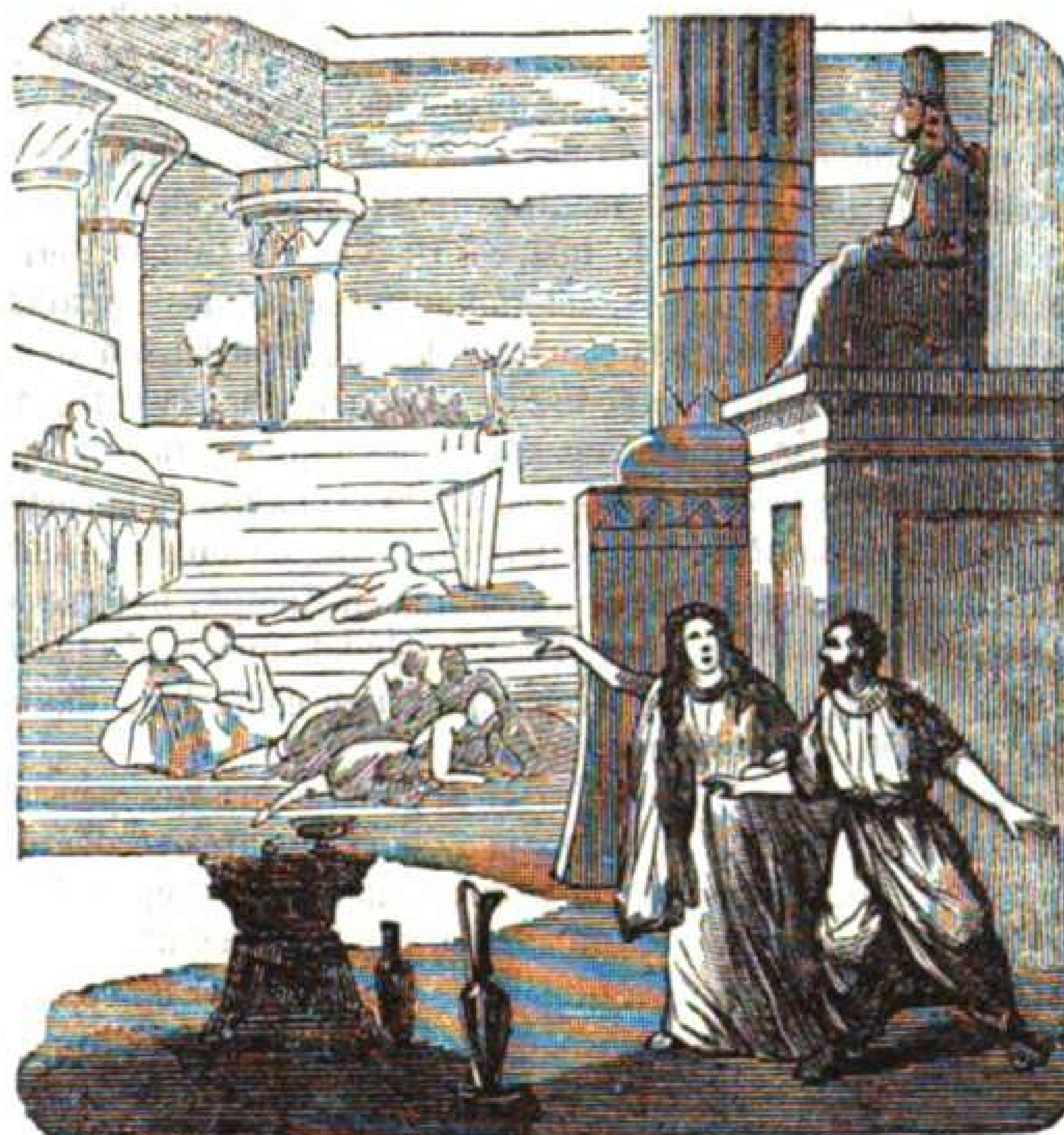
el 29 dió fondo con las dos fragatas en el puerto de la isla de Príncipe;

el paquebot *Santiago*, que se habia sotaventado, tuvo que entrar des-



(Arquitectura gótica.)

pues amarrado á la fragata *Santa Catalina*.



(Opera.)

En la del mando de Varela, que era la *Soledad*, iba el conde de



(Esfinge.)

Argelejo, brigadier de ejército, con el encargo de presentar varias ór

denes de la corte de Portugal al gobernador, que se llamaba D. Vicente Gomez Ferreira, quien manifestó mucha alegría de que se hubiese hecho la paz entre España y Portugal, y dijo que franquearia la entrada del puerto luego que se le mostrasen las órdenes de S. M. Fidelisima. En estas se prevenia al gobernador y cámara de la isla, que teniendo cedidas al gobierno de España las islas de Annobon y Fernando Póo, iba autorizado el capitan de mar y guerra D. Bernardo Ramirez Esquivel, para que en la fragata de que era comandante hiciese la entrega al comisario ó comisarios de S. M. Católica; y se prevenia que las embarcaciones españolas de guerra ó mercantes que en lo sucesivo hiciesen escala en esta isla ó la de San Tomé, fuesen tratadas en los propios términos que se acostumbra con la nacion mas favorecida. Resolvió pues la cámara que se franqueasen á los españoles comisionados todos los auxilios necesarios para subsistir en el golfo de Guinea; y que para la entrega de las islas se esperase á Ramirez Esquivel, del cual no habia noticia alguna en aquellos mares.

Este no parecia. Despachóse el paquebot *Santiago* á ver si adquiria noticias, y para conducir carne y otras provisiones que no se encontraban en la isla del Príncipe. Las tripulaciones y guarniciones de los buques comenzaban á adolecer de fiebres malignas, efecto de la intemperie del clima; y al ver estos estragos se presentó un escrito al gobernador y cámara de la isla, pidiéndoles en términos muy estrechos que en atencion á la mucha tardanza de la fragata portuguesa, al sigilo recomendado por las cortes sobre el objeto de la comision, al consumo de víveres que se estaba haciendo, y á las averías que se notaban en ellos, nombrasen un comisario para que con sus órdenes é instrucciones entregase las islas de Annobon y Fernando Póo, en los términos que espresaba la órden de S. M. Fidelisima; y el gobernador contestó que puesto que no podian salir de allí sin la venida del paquebot, se juntaria la cámara luego que llegase, para deliberar sobre el asunto. El comandante del paquebot, D. José de Grandellana, ofició entre tanto á D. José Varela hallarse en la isla de San Tomé bloqueado por tres fragatas inglesas, la una de porte de 20 cañones, la otra con 8 y la tercera con 18; y este, despues de instar á D. Vicente Gomez Ferreira para que contestase á los oficios, determinó ir con las dos fragatas en busca del paquebot. Reunióse la cámara y decidió á pluralidad de cuatro votos contra dos, que se nombrase un comisario para la entrega de las islas, con la precisa circunstancia de esperar quince dias mas para ver si llegaba la fragata portuguesa, ó algun otro aviso de la corte de Lisboa, resolviendo tambien que la entrega fuese de ningun valor si por los accidentes que podian haber ocurrido en Europa, hubiese mudado de parecer S. M. Fidelisima. Pero pidiéndole que se efectuase el anterior acuerdo, manifestó suma repugnancia en contestar, dilatando con subterfugios el cumplimiento de lo pactado.

El 19 de agosto avisó D. José Varela al gobernador, que pensando ir á San Tomé en la fragata de su mando podia embarcarse con él el sugeto que encargase de sus órdenes para aquella isla; y aceptando este cargo el capitan de la guardia, fué á bordo con gran séquito de esclavos. Llegados á San Tomé, este desposeyó con la mayor ignominia al gobernador de esta isla, Gregorio Alvarez Pereira, no por otro delito á lo que pudo entender Varela que por haber agasajado al comandante del paquebot español, y haberle advertido la resolucion tomada por los ingleses de apresarle luego que se diese á la vela. El 31 de agosto se restituyó á bordo el capitan de la guardia, y dijo á Varela que estaba pronto para hacerse á la mar, y enteramente evacuados los asuntos que habia ido á tratar á la isla de San Tomé, y en consecuencia los buques españoles volvieron con la sumaca portuguesa á la isla del Príncipe.

La cámara de la isla, tomada declaracion al comandante de la sumaca, determinó que por ningun pretesto se nombrase comisario para la entrega de las islas; y viendo D. José Varela y el conde de Argelejo el aciago fin que habian tenido sus solicitudes, determinaron en junta reservada, en union con la comandancia de los demás buques y con presencia de los antecedentes, de las escaseces de víveres en que se hallaban, de los rápidos progresos que iban haciendo las fiebres en los equipajes, de los pocos auxilios que suministraba aquella isla, que no era tan fértil y abundante como se suponia en Europa, y de los rumores de guerra que se habian esparcido en Guinea, que sin perder tiempo se trasbordasen á las dos fragatas la artillería y demás efectos que estaban en el paquebot, y que este se habilitase prontamente para hacer viaje á España, á fin de enterar al rey de todo lo acaecido, para que determinase lo que juzgase oportuno. Las fragatas españolas quedaron en la isla del Príncipe, donde sufrieron muchas incomodidades é insultos de los súbditos del gobernador Ferreira. Llegó por fin la deseada fragata portuguesa, al mando de D. Frey Luis Cayetano de Castro, capitan de navío de la armada real, quien envió inmediatamente al brigadier conde de Argelejo una carta del señor ministro de Indias, en que se le prevenia que, á pesar de haber nombrado la serenísima reina de Portugal al capitan de mar y guerra Bernardo Ramirez de Esquivel por su comisario para la entrega á los españoles de las islas de Annobon y Fernando Póo, habia determinado despues hacer este encargo al referido D. Luis Cayetano de Castro, autorizándole para el efecto con nuevas órdenes enviadas al gobernador y cámara de la isla del Príncipe.

Por ellas se mandaba al capitan Castro ir desde Príncipe á Annobon y desembarcar allí: convocar á sus habitantes y manifestarles que habiendo cedido S. M. Fidelisima aquella isla al rey de España, era preciso que le proclamasen por soberano prestándole obediencia y vasallaje. Concluido esto y arbolada la bandera de España en la poblacion, se le encargaba que fuese á la iglesia á dar gracias á Dios por todo lo actuado, pero con la advertencia de que si entonces se retirasen los habitantes al bosque, intimidados de las armas españolas, no era su obligacion volverlos á juntar, bastando en este caso hacer presente al comisario español, que á él, que quedaba en la isla, correspondia reducir y civilizar aquellas gentes. Tambien se le autorizaba para que hiciese la entrega de Fernando Póo en la ciudad del Príncipe, sin mas formalidad que la de pasar á mano del comisionado español un certificado por el cual constase que la isla pertenecia desde entonces á los dominios del rey Católico.

No consintió en esto Varela, viendo que se oponia directamente al espíritu de sus instrucciones, en que se le mandaba examinase las costas, surgideros, producciones y carácter de los habitantes de Fernando Póo, antes de su regreso á España. El comisario portugués se sorprendió algo y procuró retraerle de esta determinacion, haciéndole ver que los indígenas de aquella isla eran tan indómitos que no reconocian vasallaje alguno, y que la salud peligraba en ella, por estar situada en la parte mas profunda del golfo de Guinea; pero insistiendo los españoles en el cumplimiento de las órdenes de su rey, convino en acompañarlos, manifestando que de su parte era una condescendencia política y amistosa, por cuanto no se le advertia en las instrucciones; y despues de algunos contratiempos, entre ellos el de haberse hecho pedazos las gavias de la nave *Santa Catalina*, que se habian podrido con el escesivo calor y continuas lluvias de aquel clima funesto, y de no haber seguido la verdadera derrota por la ignorancia del práctico que iba en la fragata portuguesa *Nuestra Señora de Gracia*, el 21 de octubre anclaron en el puerto de Fernando Póo, al cual en obsequio de su soberano pusieron los españoles el nombre de San Carlos.

E. F. de Navarrete.

LIBROS PARA LA INFANCIA.

Pocas y no muy escogidas son las lecturas que hasta ahora se han puesto en España al alcance de la infancia: no se esplica en verdad cómo en una época en que tanto se imprime, se ha cuidado tan poco de procurar pasto variado, instructivo y ameno á la vez, para la inteligencia de los niños.

La Biblioteca Universal Diaria, que se publica hace año y medio bajo la direccion de la misma persona que tiene á su cargo la del Semanario, y que escribe estas líneas, ha intentado llenar semejante vacío, alcanzando desde luego un éxito superior, sin duda alguna, al desempeño de la idea que dió orígen á la publicacion. Las personas que nos han prestado su apoyo, han tenido en cuenta la bondad incuestionable del pensamiento, y han disculpado los defectos, en gracia de los esfuerzos que hemos hecho para llevarle á cabo, y de los buenos deseos que hemos demostrado tan á las claras.

Sentado como queda, con la franqueza que tenemos por costumbre, que somos nosotros mismos los que nos ocupamos de nuestros propios trabajos, dicho se está que no pretendemos fijar la atencion de los lectores del Semanario con elogios de la coleccion que estamos dando á luz, y esto no debe atribuirse á modestia, sino al convencimiento profundo que tenemos de la ineficacia de esos párrafos laudatorios que se dedican á cuanto se imprime, y que de nada sirven.

El público no se cura de ellos, y hace bien; hartos desengaños ha llevado: hoy quiere juzgar por sí mismo de lo que se le ofrece. Nosotros nos contentamos con anunciarle simplemente las obras, é invitarle á que las examine. Hé aquí pues el catálogo de las publicadas:

Arte de brillar en la sociedad y de conducirse en todas las circunstancias de la vida, cuatro entregas, cuarenta grabados, 6 rs.

Una mártir desconocida ó la hermosura por castigo, por D. J. E. Hartzenbusch, GRATIS.

Los huevos de pascua, por el canónigo Smith, GRATIS.

Viajes de Gulliver, por Swiff, tres entregas, doce grabados, 3 reales.

Mitología ilustrada y pintoresca de todos los tiempos, de todas las lenguas y de todos los pueblos, seis entregas, ochenta grabados, 6 rs.

El Lazarillo de Tormes, por D. Diego Hurtado de Mendoza, GRATIS.

Cuentos de Cárlos Perrault, una entrega, seis grabados, 1 rl.

NOVELAS GINEBRINAS, por Topffer, van publicadas cuatro entregas.

A estas obras seguirán las que anunciamos á continuacion; séanos permitido advertir que las tituladas EL ARTE DE BRILLAR EN LA SOCIEDAD, LA MITOLOGÍA ILUSTRADA, ambas repartidas ya, y las que se denominarán LAS BELLAS ARTES ILUSTRADAS, LOS GRANDES GUERREROS DE LAS CRUZADAS, LOS JUEGOS, LOS MONUMENTOS ERIGIDOS Á LA GLORIA MILITAR, LA VUELTA DEL MUNDO Á VISTA DE PÁJARO, LOS RECREOS CIENTÍFICOS, EL UNIVERSO HISTÓRICO ILUSTRADO, Y ARTES Y OFICIOS AL ALCANCE DE TODOS, son una coleccion metódica de tratados sobre todos los conocimientos humanos, redactados bajo un mismo plan en forma de diccionarios, y adornados con láminas que hacen juego, de modo que los diez libros forman una enciclopedia de todos los conocimientos humanos, lenguaje, literatura, historia, biografía, ciencias, bellas artes, geografía, moral, religion, artes y oficios, etc., etc. Esta recopilacion, por su plan, su forma y su confeccion ofrece medios, no solo de aprender los conocimientos generales sobre las materias mas importantes, segun los gustos, las ocupaciones y los intereses de cada cual, sino tambien de reparar, reconstruir y completar el edificio mas ó menos sólido de la educacion recibida. Los numerosos grabados, que no solo ilustran el testo, sino que contribuyen poderosamente á hacerle comprender, son esmerados; no tememos que nuestros lectores los juzguen de otro modo; sirvan de muestra los que estampamos en este número, el primero perteneciente á LA MITOLOGIA ILUSTRADA, y los de las planas cuarta y quinta á LAS BELLAS ARTES ILUSTRADAS, que se está imprimiendo, y la de la última página á las NOVELAS GINEBRINAS

Cada tratado forma un todo completo é independiente de los demás. Hé aqui el catálogo de todas las producciones preparadas:

LA MÚSICA, EL DIBUJO, LA PINTURA, LA ESCULTURA, EL GRABADO Y LA ARQUITECTURA AL ALCANCE DE TODOS.—Términos facultativos.—Esplicaciones.—Apreciacion bajo el punto de vista artístico y pintoresco.—Parte anecdótica.—Reproduccion exacta de obras artísticas.

EJERCICIOS DEL CUERPO Y DEL ESPÍRITU.—Equitacion.—Baile.—Esgrima.—Gimnasia.—Juegos para todas las edades.

LOS GRANDES GUERREROS DE LAS CRUZADAS.—Historia.—Biografía.—Vida privada.—Anécdotas, etc.

MONUMENTOS ERIGIDOS Á LA GLORIA MILITAR.—Columnas.—Fortalezas.—Arcos de triunfo.—Puertas.—Acueductos.—Obeliscos.—Castillos.—Pirámides.—Arsenales.—Puentes.—Sepulcros.

VUELTA Á VISTA DE PÁJARO EN TORNO DEL MUNDO.—Geografía.—Viajes.—Naufragios.—Descubrimientos, etc.

RECREOS CIENTÍFICOS.—Historia natural.—Química.—Física recreativa.—Astronomía, etc.

EL UNIVERSO HISTÓRICO ILUSTRADO.—Historia antigua.—Moderna.—De la edad media.—De religiones y sectas —De las cruzadas.—De las herejías.—De la inquisicion.—De los diversos paises, etc.

ARTES Y OFICIOS AL ALCANCE DE TODOS.—Esta obra formará varias secciones, armonizando entre sí las profesiones, artes y oficios.

FUNDAMENTOS DE RELIGION, por el abate Paral.

AVENTURAS DE ROBINSON, por Campe.

COLECCION DE FÁBULAS, de Florian.

COLECCION DE CUENTOS, por Mad. D'Aulnoy.

CURSO COMPLETO DE EDUCACION PARA LAS NIÑAS.

TARDES DE LA GRANJA.

GRAMÁTICA GENERAL, aplicada á la lengua española.

EJERCICIOS Y MODELOS DE ESTILO.

ELEMENTOS DE LITERATURA.

ELEMENTOS DE ARITMÉTICA Y GEOMETRIA.

CONSEJOS Á LOS PADRES sobre el modo de dirigir por sí mismos la educacion de sus hijos.

MANUAL DE INSTRUCCION PRIMARIA, ELEMENTAL Y SUPERIOR, por Lefranc.

La BIBLIOTECA UNIVERSAL DIARIA, que está dividida en diferentes séries, segun las diversas materias á que se consagra, publica una entrega semanal de la de Educacion. Toda entrega de la BIBLIOTECA contiene la materia de un tomo en 8.° con grabados, y cuesta un real en Madrid, y real y medio en provincias: nuestros suscritores pueden ver las publicadas, en los mismos puntos en que se admiten abonos al SEMANARIO.

LA PROTECCION DE UN SASTRE,

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

Siento en el alma que Rafael no sea un modelo de virtud; pero por lo visto, segun tres ó cuatro cosas que le hemos oido decir, desde que está hablando no es su corazon, ni todo lo blando ni todo lo sencillo que nosotros quisiéramos. Nosotros, es decir, los lectores y yo, que todos en general y cada uno en particular somos indudablemente todo lo virtuosos que podemos ser, aunque no perfectos, que es nuestro gran sentimiento; y debe serlo mucho mayor con respecto á las mugeres, porque quitan toda la esperanza de perfeccion en ellas, aquellas palabras de las sagradas letras, que dicen: *¿Mulierem fortem quis invenet?* ¿Quién dará con la muger fuerte? Yo he dado con muchas mugeres fuertes, y la mayor parte de ellas lo son; pero no es sin duda de esta fortaleza de la que se habla.

—Mi padre murió, siguio diciendo Rafael, sin que yo me hubiera determinado á nada, y nos quedamos Luisa y yo solos en el mundo. Pasamos dos ó tres meses en la mayor tristeza, y aunque muchas veces nos parecia mentira que nuestro padre habia muerto, su sitio vacío en la mesa y otra porcion de tristes verdades, venian á desgarrarnos el corazon, y entonces llorábamos juntos al principio, y despues cuando ya el tiempo iba cicatrizando nuestra herida, no llorábamos, pero sentiamos un amor tan grande á la muerte, que era quien únicamente podia reunirnos con nuestros padres, y una especie de imposibilidad de vivir sin ellos, que yo no sé cómo ni por qué, no nos perdonó entonces la vida los crueles martirios que nos daba. Todavia no puedo yo concebir cómo un hijo no muere al mismo tiempo que su padre. Siempre que pienso en esto, caigo en una especie de enajenamiento en que no sé ni qué soy yo, ni qué es este mundo, ni qué es el otro, ni qué es Dios: al fin, no sé sino que padezco horriblemente, y que hay en mí tal impotencia y debilidad, que si alguno me atormentase así, con voluntad de atormentarme, tendria que ser cruel, y bárbaro, y cobarde, y...

—Ea, dijo D. Ramon, que veia que los ojos de Rafael se iban animando con una energía amenazadora; sígame V. contando su historia. ¿Que hizo V. despues que murió su padre?

—Despues, dijo Rafael, á quien esta ligera interrupcion habia cortado el revesino; despues que pasó este tiempo, un dia, despues de muchos que habian pasado lloviendo, amaneció tan claro, tan hermoso, el sol bañaba con una luz tan alegre los verdes campos cercanos y las azules crestas de las montañas que se perdian en el horizonte, que estando yo asomado al balcon de mi cuarto, empecé á respirar, envuelto con el aire suave y aromático que besaba las mas delicadas flores del jardin sin moverlas apenas, una alegría, una confianza en mí mismo, una cosa en fin que no sé lo que era, que se apoderó de mí, y llenándome de esperanzas vagas, me hizo concebir la idea de entregarme á la suerte. Ese sol, ese aire, ese cielo, todos estos pensamientos, mas hermosos aun que el sol, el aire y el cielo, ¿no son mios? me decia yo á mí mismo. La suerte, ¿podrá menos de ser madre amorosa de quien tanto y tan inocentemente goza? Yo he nacido para ser feliz, mi felicidad no está aqui, corramos en pos de ella.

La consecuencia que yo saqué de esta felicidad, que me habia hecho sentir la hermosura de la naturaleza y de la soledad, porque desde mi balcon tenia á la vista un tranquilo y solitario campo; la consecuencia que yo saqué, sin que despues haya podido adivinar el por qué, cuando he pensado en ese dia, fué que la ventura mia estaba en la sociedad y en el tumulto. Fija ya esta idea en mi imaginacion, no me costó mucho trabajo el convencer á Luisa de que era buena. La hablaba yo con un convencimiento tan íntimo, con una verdad tan grande, que logré inspirarla mi misma confianza, y consintió en acompañarme á Madrid, desde donde, la decia yo, iriamos á visitar otros paises; porque yo así lo creia, aunque no sabia el cómo. No teniamos nadie que nos estorbara, ó que nos aconsejara, que entonces hubiera sido lo mismo: por consiguiente, en muy poco tiempo estuvimos en disposicion de emprender nuestro viaje. Vendimos los muebles que nos quedaban; y entre el dinero que nos produjeron, y el que teniamos, vinimos á reunir unos mil duros. Desde luego nos pareció poco dinero, pero el bastante, segun mis cuentas, para lo que necesitábamos.

Teniamos tambien una casuca con una huertecilla, pero no la quisimos vender, y se la dimos á una pobre muger que la habitaba, que era viuda y tenia una porcion de hijos. Aquello no valia mas que cuatro ó cinco mil reales; pero era para la pobre muger la felicidad de toda la vida, y á nosotros nos aumentaba bien poco el caudal. No hay dinero en el mundo que pague la sensacion que esperimentamos al ver las lágrimas de agradecimiento que derramaba aquella pobre gente. Desde el umbral de esta casa montamos en nuestro carruaje, porque

no quisimos dar esta buena nueva á aquellos pobres hasta el último momento. En esto hubo en mí cierta especie de superstición, porque creia yo que la bendicion de aquella familia en el principio de nuestro viaje, era de buen agüero y valia tanto por lo menos como una bendicion papal. Llegamos despues de un corto viaje á Madrid, y aquí ha sido donde yo he aprendido que las bendiciones no sirven de nada, si no van acompañadas de otras muchas cosas. Los primeros dias no dejó de ocurrírseme algunas veces que nada tenia de bueno nuestra posicion; pero esto solo se me ha ocurrido en dos temporadas de nuestra estancia aquí, al principio en que la falta de relaciones me hacia considerar temblando nuestro aislamiento, y ahora al último, cuando he visto que todas las relaciones contraidas no se oponen de ninguna manera á que uno pueda estar aislado tanto como guste. Ya me cansaba yo de estar solo en medio de tanta gente, cuando á los cuatro ó seis dias de nuestra llegada, encontré afortunadamente á un teniente coronel, muchacho de escelente carácter, que habia parado en una de sus espediciones quince dias en nuestro pueblo, donde nos habiamos hecho muy amigos. Uno y otro nos alegramos mucho de encontrarnos, y desde aquel dia empezó para mí una vida nueva. Tenia mi amigo mas de trescientos, y bien pronto tuve yo otros tantos. Entonces ya no me acordé de otra cosa sino de divertirme; y aunque no me olvidaba de nuestra crítica posicion, sin embargo, siempre que esta idea me venia á las mientes, me decia yo á mí mismo: ya destinaré yo un rato á pensar seriamente en esto, y lo que es seriamente nunca llegué á pensar.

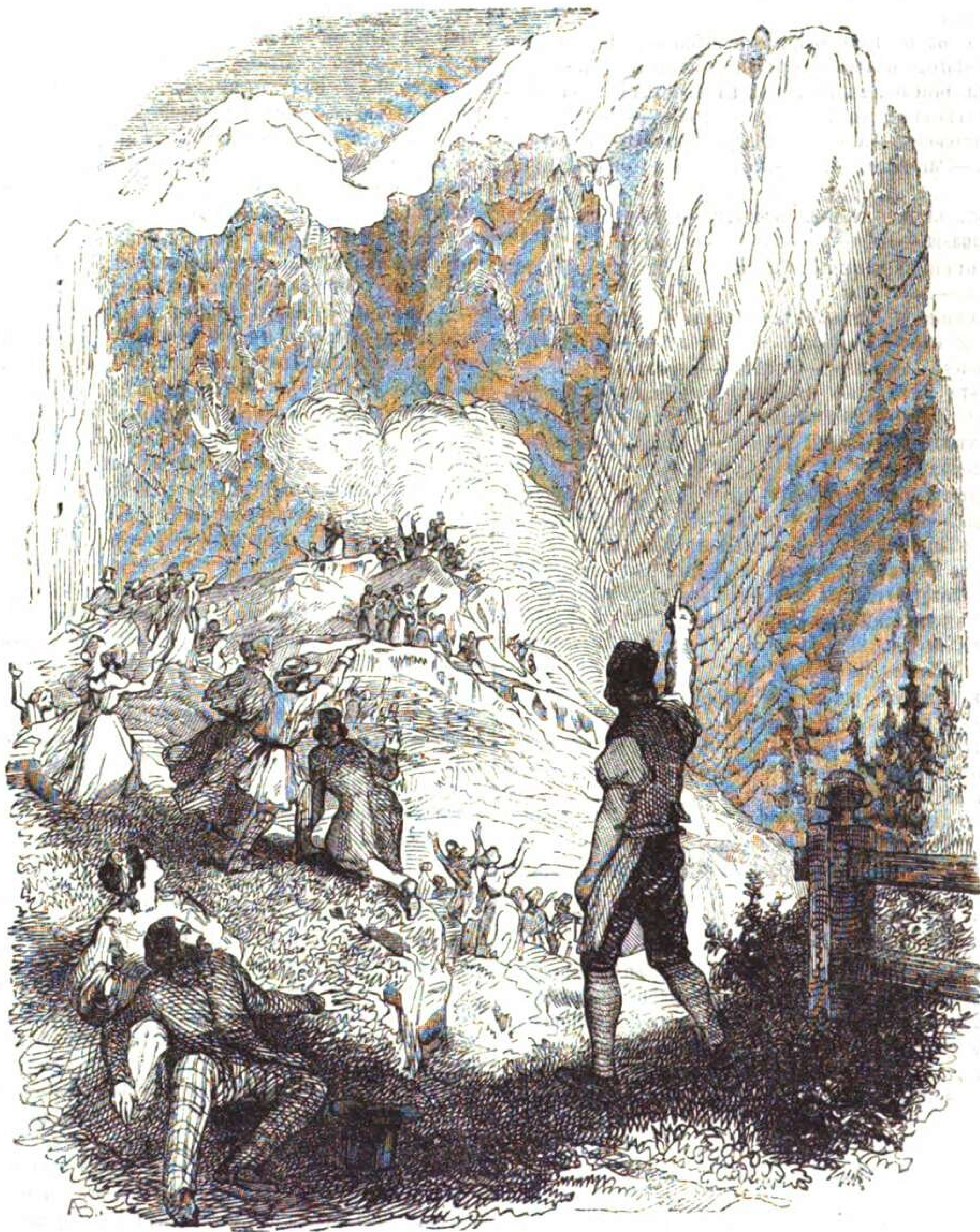
Luisa me preguntaba muchas veces qué tal iban mis asuntos, y yo la respondia que perfectamente, y se lo probaba contándola una por una todas las carreras que un hombre de mi talento podia emprender cuando le diera la gana. Mucho me quitaron el tiempo para pensar en otra cosa unos amores que tuve, y que todavía tengo, con una hermosísima muchacha de quien me enamoré—¡me acordaré toda mi vida!—la primera tarde que fuimos á paseo al Prado. Lo primero que hice, así que tuve amigos, fué buscar uno que me llevara á casa de mi querida, que vive con una tia suya, porque han muerto sus padres. No se pasaron cuatro dias, cuando ya nos queriamos los dos con todo el amor que hay en el mundo, con un amor!...

Calló aquí Rafael y estuvo largo rato embebido en sus pensamientos. En medio de toda su ligereza, yo tengo para mí que aquel muchacho habia de amar con todo su corazon, y que el pobre padeció con el recuerdo de sus amores, lo que solo sabe el que haya padecido de este achaque. Yo no sé si he padecido, y me guardaré muy bien de decir una palabra de lo que yo me figuro que sentiria Rafael, temeroso de descubrir la mucha frialdad ó el mucho calor de mi corazon, ó mi poca esperiencia.

Y ya que se habla aquí de esperiencia en amores, quiero decir que me parece á mí que esta esperiencia, entre todas las esperiencias del mundo, siendo la mas amarga, es la que mas ingrato sabor deja en el corazon.

(Continuará.)

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.



(Lámina de las NOVELAS GINEBRINAS.)

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.



LA ROCA DEL URLEY.

Cerca de Saint-Goar y de Oberesel se oscurece el Rhin; despojadas de verde sus riberas, se levantan formando áridas colinas, que ocultan los valles vecinos; sus sombras se dibujan profundamente en el rio, ennegreciendo sus aguas. Una roca áspera, escarpada y que parece formada de bastas escamas, se destaca avanzando como una fantasma sobre uno de los recodos del Rhin: tal es la Lurlápersen. En su base se estrellan las ondas espumosas y alborotadas; si el viajero exhala un grito, el eco lo repite quince veces, que parecen otras tantas voces irónicas ó amenazadoras. Bajo un cielo sombrío, cuando el viento silba agitando las ondas, se siente una estraña impresion al oir estas voces vibrantes que parecen salir de las profundidades de la roca. La imaginacion de nuestros antepasados no podia dejar sin esplicacion este fenómeno tan admirable. Refiere la leyenda haber sido habitada esta roca por una bella jóven; al aproximarse la noche, durante las tempestades, sentábase sobre la roca, adornada de ricas vestidura; y uniendo á los rumores de la tempestad y de las aguas cantos maravillosos, atraia á los imprudentes al abismo, en donde les esperaba la muerte.

Quién era esta impiacable sirena? unos dicen que una ondina: otros que la hija de un conde maldecida por su madre.

Refiérense otras muchas apariciones semejantes en las montañas del Norte, en donde cada roca posee una leyenda.

Cerca de Annaberg, en la Misnia, se eleva ante la poblacion una alta montaña llamada el *Piel-Berg*. Al mediodia, hora en que no es costumbre pasear por tales sitios, aparece una hermosa jóven, suntuosamente vestida, y con una magnifica cabellera rubia que cubre su talle.

En el Schlossberg, no lejos de Ordruf, en la Thuringia, se ve á una jóven que lleva un manojo de llaves suspendidas de la cintura. Dícese que á la hora del mediodia desciende de la montaña, y dirigiéndose á la fuente de *Hærling*, situada en el fondo del valle, se baña en ella, remontándose despues á la cima del Schlossberg.

Cerca de Eisenach, en el centro de una caverna abierta en el flanco de las rocas, aparece algunas veces una jóven, que no podrá recobrar la libertad hasta que alguna persona, al oir tres estornudos, grite tres veces «Dios os bendiga!»

Sobre el Harz, cerca de Zarg, aldea del territorio de Braun-Schweig, en un punto de Staufenberg, en donde antiguamente existió un fuerte castillo, se muestra la huella de un pié humano: dícese que es de la hija del antiguo señor del castillo, que estampó tal huella en aquel sitio solitario, en donde la agradaba detenerse: se encuentra bajo el poder de un encanto, y se aparece todavía de tiempo en tiempo con sus cabellos rubios y rizados.

Así es que los pueblos del Norte están llenos de estas quimeras: la edad media no ha hecho mas que continuar las tradiciones de la antigüedad. La razon ha disipado estas figuras fantásticas, como la luz disipa las sombras: tales fantasías pertenecen á la ciencia de hacernos volver á las nobles sorpresas que hemos perdido, con las emociones poéticas. Ellas contribuyeron á engrandecer con el poder del hombre su admiracion á Dios.

ISLAS DE FERNANDO PÓO Y ANNOBON.

ARTICULO SEGUNDO.

Con acuerdo de D. José Varela, el conde de Argelejo habia determinado formar el establecimiento general en Fernando Póo, por las ventajas que ofrecia para el tráfico de la costa fronteriza; y por lo que respecta

á Annobon habia pensado guarnecerla con 20 ó 25 hombres que le parecian suficientes para la subordinacion de los habitantes en tiempo de paz, no tratando de hacer otra cosa por ser isla pequeña, de terreno árido, sin puerto ni abrigo. Reconocido el terreno del puerto de San Carlos, se trató de hacer el establecimiento sobre la punta del N. E., donde habia un riachuelo, buena playa de arena, y abrigo para lanchas y botes, y se aprontaron las tiendas de campaña y útiles necesarios para el trabajo, como hachas, picos, palas etc.; pero luego mudó de dictámen el conde, previniendo que no se procediese á la descarga hasta haber tomado posesion de la isla.

La entrega se verificó el dia 24 por la mañana, bajando los dos comisarios á tierra con tropa portuguesa y española, y el conde de Argelejo proclamó entonces por soberano de la isla al rey de España, arbolando su bandera, que se saludó; pero en dicha isla habia seis ó siete mil personas, que gozaban de una entera libertad, sin haber reconocido nunca por soberano al rey de Portugal, y abandonaron el puerto desde el dia que la espedicion entró en él; el conde de Argelejo se contentó con tomar posesion de los campos y de los árboles, sin preguntar por los montaraces súbditos de S. M. Fidelísima, á pesar de haberle dicho Varela que no admitiese la entrega ínterin que el señor Castro no redujese á los habitantes á recibir la dominacion española; y vuelto á bordo avisó á Varela que la isla quedaba por el rey nuestro señor, y que en este concepto podian hacer derrota á Annobon cuando le pareciese conveniente, declarándole al mismo tiempo que se creia obligado á desistir del empeño de establecerse en el puerto de San Carlos, porque estando cubierto el terreno de un bosque impenetrable, se necesitaba para desmontarlo gente que no tenia; pues de los 100 hombres que venian á su cargo habia 53 enfermos y 22 convalecientes; porque la punta del N. E., que por su situacion parecia la mas á propósito, era pantanosa y húmeda, de suerte que antes de ponerse á cubierto, era de temer que enfermasen los albañiles y gente que aun no habia sufrido las fiebres, en cuyo caso se verian espuestos á insultos de parte de los habitantes de la isla; y por último, porque el comisario portugués se ofrecia á entregar en Annobon con la obediencia del pueblo los edificios necesarios para almacen de pólvora y pertrechos, cuartel y hospital.

Pareciendo sólidas estas razones á D. José Varela, determinó seguir su derrota. En la tarde del 24 de octubre fué á bordo un oficial del ejército con un negrito de catorce á quince años, que se prestó á seguirle, despues que se le dieron todas las seguridades necesarias de dejarle en el mismo sitio para que se incorporase con una tropa de hombres y mugeres que desde lejos espiaba el trabajo de la marinería. Agasajáronle mucho, y el conde le regaló varios objetos de quincalla, entre ellos seis cuchillos flamencos y un paquete de anzuelos, que recibió con gusto estraordinario. Era muy atezado, bien fornido y de mediana estatura; estaba vestido con un tapa-rabo de hojas de árboles que le llegaba hasta el muslo, y en la cabeza llevaba una peluca de lana negra, y sobre ella un canastillo de cañas trabajado con primor. Los negros del puerto y algunos esclavos de la costa que estaban á bordo, no entendieron su lenguaje. Pusiéronle delante algunas banderas de varias naciones, y de ellas solo conoció la francesa y la inglesa, manifestando suma alegría al ver esta última, y haciendo un desprecio notable de las demás, sin esceptuar la portuguesa, que le enseñaron en la fragata *Nuestra Señora de Gracia:* tal era la idea de S. M. Fidelísima que tenian los habitantes de Póo. Restituido el negro al paraje en que se habia embarcado, corrio precipitadamente al bosque, sin hacer caso de las señales de amistad con que le despedia el oficial y gente de la tripulacion.

Al dia siguiente por ta tarde salieron del puerto de San Carlos, con una brisa de tierra que fué calmando á medida que se separaban de la costa. Hasta el 29 no perdieron de vista las tierras altas de Fernando Póo: y el dia 30 se descubrió la parte septentrional del Principe, al O., distante 12 leguas. El 3 de noviembre avistaron al mismo rumbo la isla de San Tomé, y de acuerdo con el comisionado portugués entraron en el puerto, á fin de surtirse de los víveres necesarios para su regreso á España, y de algunas dietas para los enfermos de la *Soledad*, que entonces ascendian á 70. Hecho el embarque, se pusieron luego en derrota para Annobon, donde habian de encontrar graves dificultades para reducir la isla. El viaje no fué feliz. El 14 murió el brigadier conde de Argelejo, y á los dos dias avisó esta noticia D. José Varela al teniente coronel de artillería D. Joaquin Primo de Rivera, que se hallaba en la *Soledad*, previniéndole que se hiciese reconocer por jefe principal de la espedicion. Tuvieron luego una horrorosa tempestad de relámpagos, rayos y truenos, con tal oscuridad que no se veian las embarcaciones, lo cual los ponia á gran riesgo de abordarse, porque á cada instante cambiaba el viento, y era preciso virar de bordo. Al cabo de una hora vieron la fragata *Nuestra Señora de Gracia* desarbolada del mastelero mayor. D. José Varela mandó entonces echar el bote al agua, y envió un oficial á la fragata del señor Castro, para que le ofreciese de su parte cuantos socorros pudiese darle. Lo agradeció este caballero, y le envió á decir que durante la tormenta le habian caido dos rayos: uno á popa que habia lastimado el brazo al centinela, y otro que habia hecho astillas el mastelero mayor, pero sin causar el menor daño á los gavieros, que los dos estaban en la cofa. Pusiéronse pues á la capa, dando lugar á que el comandante portugués asegurase el palo mayor y arbolase despues el mastelero de respeto, y siguieron el viaje con buen tiempo y sin otra avería.

El dia 26 á las cinco y media de la tarde llegaron á Annobon, dando fondo en la ensenada que estaba á la banda del Norte, como á media milla de la poblacion de Parea, que es la principal de la isla. Al dia siguiente arreglaron los dos comisarios algunos puntos relativos á la entrega, y para que esta se hiciese quieta y pacíficamente, previno el señor Castro por uno de sus oficiales á D José Varela, que tomase las providencias necesarias para que por medio de sus súbditos no llegasen á penetrar los isleños el objeto del viaje; y aunque esta proposicion pareció á Varela poco digna de parte de un sugeto que estaba autorizado para trasmitirle los derechos y posesiones de su gobierno, tomó sin embargo el partido; ocultó el asunto, á los negros que fueron á su bordo les regaló vino, aguardiente y tabaco del Brasil para ganar su confianza, y envió al que hacia de *Capitan Mor* una pieza de cotonia de la India, y una abundante provision de licores de Europa. El dia 28 por la mañana bajaron los comisarios á tierra con una escolta portuguesa y un lucido acompañamiento de oficiales de marina y del ejército de ambas naciones. Al tiempo de entrar en el pueblo se les presentó el capitan Mor y los condujo á la iglesia, en cuyas inmediaciones habia una multitud de mugeres que formaban la mas estraña perspectiva. Estaban todas de rodillas con guirnaldas de hojas de árboles en las cabezas, y con cruces y rosarios en las manos, en señal de que profesaban el Cristianismo.

Entraron los comisarios en la iglesia, y despues de haber dicho misa con las solemnidades y decencia posible uno de los capellanes de la fragata, llamó el señor Castro al capitan Mor y al sacristan, que era uno de los personajes de mas consideracion de la isla, y les mandó que convocasen al pueblo para intimarle las órdenes de S. M. Fidelísima. Juntos los habitantes de Annobon en una plazuela próxima á la iglesia, les habló en estos términos: «Informados el rey y la reina nuestros señores y soberanos de que los ingleses quieren venir á tomar esta isla, y no pudiendo defenderla por tener otras tierras de que cuidar, han resuelto cederla con todos sus derechos y dominios al rey de España, y así le debeis pura fidelidad y obediencia, como nosotros lo ejecutamos.» Puso entonces la mano sobre los Santos Evangelios que tenia abiertos un capellan, é instó á D. Joaquin Primo y á los demás españoles para que hiciesen lo mismo.

El capitan Mor y el sacristan estuvieron un rato suspensos, y empeñándose el señor Castro en que prestasen el juramento, dijeron que no tenian noticia del rey de España, pues nunca habian oido hablar de semejante príncipe. Respondió el señor Castro que el rey de España y el de Portugal eran hermanos, y á fin de que lo creyesen, les aseguró que siendo vasallos del primero tendrian que comer y que vestir, y el capitan Mor seguiria en su empleo, con la circunstancia de que despues de su muerte se elegiria otro habitante de la isla para que le sucediese. Nada logró con tan lisonjeras promesas, insistiendo el capitan Moz y el sacristan en que no conocian al rey de España, en que la isla era pequeña y estéril, y que si la ocupaban los blancos, quedarían ellos esclavos, á lo cual no podian asentir aunque les cortasen las cabezas. D. Luis Cayetano de Castro les ofreció una y mil veces que serian libres con los españoles; pero viéndolos tenaces en su resolucion, corrido y consternado volvió á entrar en la iglesia, donde iba á celebrar otra misa el capellan de la fragata *Santa Catalina*. Sin embargo, no se desistió en las diligencias para la reduccion de la isla, como verá el que tuviere la paciencia de seguirnos en el artículo siguiente.

E. F. de NAVARRETE.

LA PROTECCION DE UN SASTRE,

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

¡Feliz tú, amante no esperimentado, es decir, aun no engañado ni vendido: estate quieto y no te apresures! ¡Feliz tú si siempre fueras inesperto! Pero, amigo, no será así, porque la esperiencia es muy necesaria sin duda á los hombres, y no te ha de querer tan mal á quien tú quieras bien, que engañándote y vendiéndote no te regale esa cosa tan necesaria. Especialmente, ¡oh tú, amante á quien me dirijo, si eres hombre pierde cuidado, que á cargo de las mujeres queda el colmarte del precioso don de la esperiencia! Ellas te harán probar los encantos de su inocente falsedad, las delicias de su infantil ligereza, la suavidad de su cándida y amable hipocresía, y los gozos de su pueril malicia. Ellas te enseñarán las reglas de su buena fé, y te acos-

tumbrarán poco á poco á la inseguridad de sus palabras, que no son de caballero, como tú podias acaso pretender, contra la voluntad de Dios, que ha hecho á los hombres para caballeros, y á las mugeres para mugeres; ellas harán contigo, en fin, una porcion de cosas que no estan escritas, y con esto, amado amante, te hallarás tan esperimentado, que no podrás, gracias á tu esperiencia, volver á los pasados momentos de inesperiencia y de felicidad.

Pero dejemos esto y volvamos á nuestro cuento, que me interesa mas que todo.

Despues de haber suspirado profundamente siguió diciendo Rafael.

—Me amaba Inés, y su tia me queria mucho y se divertia oyéndome hablar. En su casa pasaba yo las noches, cuando no iban á otras sociedades ó al teatro. Estas últimas íbamos tambien al teatro Luisa y yo. Las otras noches andaba yo por ahí de salon en salon detrás de Inés, y la pobre Luisa se quedaba en casa; porque para presentarla en sociedad aguardaba yo á tener coche, y una casa donde pudiera mi hermana recibir las aristocráticas visitas de mis amables amigos. Esta fué mi vida durante algun tiempo; pero no duró mucho, porque empezó á hacérseme sentir la necesidad de dinero, y entonces fué cuando traté de veras de hacer algo; pero yo con mi carácter orgulloso á nadie dije mi verdadera posicion, y eran además mis pretensiones algo elevadas para que pudiera conseguir pronto lo que deseaba. En esto cayó gravemente enferma mi hermana, y crecieron mis apuros de manera que me ví precisado á vender todas nuestras alhajas, que valian bien poco, á los quince dias de su enfermedad, porque se habia ya concluido nuestro dinero. La enfermedad hacia cada dia nuevos progresos, y como yo no perdonaba gasto ninguno, bien pronto ví que nos íbamos á ver otra vez sin un cuarto. Creo que no necesito decirle á V. los dolores que entonces pasé, y los arrebatos de desesperacion que bajo mil formas me acometieron. Yo fuí entonces un loco, y en vez de acudir á alguno de mis amigos, que acaso hubiera partido conmigo su caudal, cegado por mi orgullo, me decidí á todo, antes que pedir á nadie un ochavo.

Desde un principio habia dicho á todos mis amigos que no fueran á mi casa, hasta que tomara una en que mi habitacion estuviera absolutamente independiente de la de mi hermana; por consiguiente durante la enfermedad de Luisa nadie fué á vernos, y yo estaba enteramente separado de todo el mundo, menos de Inés, á quien solia ver alguna que otra noche. En fin, aun no estaba Luisa en estado de levantarse de la cama, cuando se nos acabó el dinero; entonces lo primero que se me ocurrió fué vender casi toda nuestra ropa. Yo me quedé con esta levita que tengo puesta, y mi hermana con dos vestidillos miserables. A mí ya se me habia acostumbrado el corazon á penas, y por consiguiente, aunque nuestro estado no podia ser peor, tenia la energía suficiente para esperar que se mejoraria, aunque sin saber á punto fijo cómo. Mi hermana se puso por fin buena; pero á este tiempo iba en horrible decadencia nuestro pobre bolsillo, en el que se encerraban nueve onzas. Fuese disminuyendo este caudal, hasta que llegó un dia en que pagada la casa, pesaba nuestra fortuna, sin contar con la preciosa bolsita en que estaba metida, entre una onza de oro, y ocho de plata, las mismas nueve onzas que antes, pero con alguna diferencia en su valor. Yo no habia dejado de tener voluntad de dar algunos pasos; pero como cuando vendí la ropa no habia vendido con ella los lujosos atavíos de mi alma, que entonces era mas orgullosa que nunca, sentia una invencible repugnancia á presentarme mal vestido, porque esta levita era lo peor de mi baul, y esto me hacia casi hasta huir de mis amigos, entre los cuales los que podian servirme que no eran muy íntimos, tenian mucho en que pensar para acordarse de mí, á menos que yo mismo no les obligara á ello, siendo acaso importuno. Al fin, ni yo era grande amigo de nadie, ni nadie era grande amigo mio.

Tanto me ataba la pobreza de mi equipaje, que apenas veia á Inés, con quien me disculpaba como mejor podia, alguna noche que, haciendo un grande esfuerzo sobre mí mismo, iba á su casa. Ella padecia con esto muchísimo, pero yo padecia mucho mas.

Al fin para acabar pronto, un dia que Luisa y yo estuvimos hablando largo rato acerca de nuestra posicion, viendo que si estábamos así sin hacer nada, no solo se nos iba á acabar el dinero, sino que íbamos á endeudarnos en la casa en que viviamos, que nos costaba mucho, determinamos buscar una casa en un barrio cualquiera que fuera malo, con lo que conseguiriamos no vivir en Madrid, hasta que la suerte mejorara, y vivir muy barato, y cuanto mas barato mejor, porque no teniamos mas que veinticuatro duros, y esta era toda nuestra vida. Entonces yo, que he adquirido cierto valor con tan repetidas desgracias, busqué casa, y encontré esta, donde segun mi ajuste podemos vivir sin temor de deudas, á las que temo yo mas que á la muerte y mas que al diablo, unos tres meses. Antes de venirnos á vivir aquí, me despedí de Inés y de su tia, diciendo que asuntos de familia me llevaban á mi pais por una temporada. Aquella noche ha sido una de las mas felices de mi vida, al mismo tiempo que de las mas penosas. Llena de pesadumbre Inés, y ansiosa de despedirme sin la fria y atormentadora indiferencia que delante de su tia tenia que fingir, halló medio sin que nadie lo notara de darme un billete, y en él una cita para aquella misma noche. Nos despedimos los dos tiernísimamente, y jurándonos una y mil veces un eterno amor.

¡Desgraciado de mí, que acaso tendré que renunciar á él para siempre!

Calló Rafael, y encendiendo un cigarro, se puso á fumar aparentando mucha tranquilidad y sangre fria. D. Ramon, con una sonrisa entre áspera y cariñosa, dijo entonces:

—¡Cuidado, amiguito mio, si ha hecho V. disparates y tonterias! Si no viera en V. una porcion de cosas que me prueban lo contrario, creeria que era un loco rematado. ¿Y dígame V., á qué ha venido esa despedida y ese viaje supuesto?

—Eso lo he hecho, respondió Rafael, porque no he hallado otro medio de ocultar mi verdadero estado. Ahora pienso estarme encerrado en casa hasta ver si la suerte se enmienda.

—¿Y hace V. ánimo ahora tambien de aguardar á que la suerte venga, sin llamarla tan siquiera?

—No señor, estoy ya corregido; ahora voy á trabajar, voy á traducir del inglés algunas obras, y me parece imposible, segun el mérito que ellas tienen, que no me produzcan lo suficiente para salir poco á poco de aquí, y una vez que me vea fuera, cosas he aprendido que no se me olvidarán, y que me servirán de mucho.

—Hágalo Dios, dijo D. Ramon; y en estas y otras palabras estuvieron largo rato entretenidos, hablando de los sucesos que habia contado Rafael, hasta que cada uno se fué á su cuarto, D. Ramon á dormir, y los dos hermanos á padecer, despiertos; ó á soñar padecimientos, dormidos, que es casi lo mismo.

VI.

Por quien soy te juro, amado lector, que nunca me hubiera podido entrar en la cabeza que pudiese existir un hombre tan desatinado como Rafael. En el simple modo de contar su historia se echa de ver, sin mas exámen, que es el tal jóven un belitre cabeza de chorlito, con menos sesos que un grillo.

Por quien yo siento todas estas cosas es por su pobre hermana, aunque tambien tiene su parte de culpa, por haber confiado en las locas palabras de su hermano. Pero por mas que lo sienta, no dejo de conocer que los dos tienen bien merecida su suerte.

¿Qué plan de vida tenian estos muchachos? ¿En qué pensaban?

Ni tenian plan de vida, ni pensaban en nada sino en imposibles.

¿Y habrá un solo hombre sensato que no condene esta conducta, y que no se alegre de ver el escarmiento que como consecuencia inmediata trae? No, hombres sensatos, no; no os separeis ni por un momento de vuestra sensatez, que tanto valdria simpatizar con estos desgraciados. Nosotros, los hombres sensatos, antes de tener lástima á un infeliz, debemos discurrir así:

Hay dos géneros de desgracia, una voluntaria, por decirlo así, y otra forzosa: aunque los desgraciados de ambos géneros padecen las mismas penas y los mismos dolores, sin embargo, hay que tener gran cuenta con el orígen de su desventura. Si el desgraciado tiene la culpa de su desgracia, está en el caso de la desgracia voluntaria, y entonces allá se las haya con sus tormentos, que bien merecidos los tiene. Si está en el caso de la desgracia forzosa, ó por mejor decir, inevitable; porque la desgracia fuerza tanto á unos como á otros desgraciados, sin que haya ejemplo de que nadie se haya dejado poseer por ella, sino cediendo á una bestial violencia; si está en el caso de la desgracia inevitable, entonces es otra cosa; ya podemos interesarnos por él, con sensatez.

Así es que en el caso, y vaya un ejemplo, de un pobre baldado que pida limosna, el hombre sin cálculo le dará acaso guiado por su corazon, y sin exámen, si es muy generoso, cuatro ó seis cuartos; pero el hombre sensato, para darle limosna procurará primero saber el orígen de la desgracia de este pobre impedido. Por lo pronto ya sabe que está baldado, y que no hay baldado que le gane en cuanto á padecer. Pero no se contentará con esto y averiguará:

1.° Si este hombre tenia ó no precision de salir de su casa en el dia y á la hora en que corria el viento que causó su enfermedad.

2.° Si la causa porque salió fué causa admisible ó no.

Si este pobre, pues, salió de su casa á trabajar, pero pudo no haber salido, ya el hombre sensato puede tener menos lástima de él, porque hasta cierto punto tiene la culpa de su desgracia; pero si la causa que le sacó de casa no fué el trabajo, sino una mala causa, como por ejemplo el juego ó cosa así, en este caso el pobre, lejos de merecer limosna, no merece sino la indignacion del hombre sensato. Si despues de este exámen resulta por el contrario que la desgracia del baldado ha sido inevitable, entonces el hombre sensato, es verdad que ha gastado algun tiempo en sus investigaciones, pero tambien en cambio, si el otro le daba al pobre cuatro ó seis cuartos, él le da seis ó siete.

Y volviendo ahora á Rafael y á Luisa, ¿quién ha tenido la culpa de sus desgracias sino ellos mismos? Pues qué ¿me quieren decir á mi que no hubieran podido ser felices si ellos se hubieran arreglado? ¿No habian llegado á Madrid con catorce ó quince mil reales? Pues con esto podian haber vivido lo menos dos años, y en este tiempo haber trabajado uno y otro, que es bien seguro que no hubieran dejado de hallar en qué.

Y para probar que podian haber vivido dos años, voy á echarles yo la cuenta, y veremos si tengo ó no razon.

En primer lugar, quito de sus gastos la enfermedad de Luisa, porque estoy seguro de que no la hubiera tenido si hubiera hecho una vida menos regalada y poltrona, y en seguida paso á decir lo que debieron hacer y cómo debieron vivir.

Asi que llegaron debieron alquilar un cuartito amueblado, que como ellos hubieran traido sus camas correspondientes, les hubiera costado echando por largo, seis reales: bueno. Esto ya arreglado, echando siempre por largo, yo les sacaré la cuenta diaria, y sabremos lo que les hubiera costado su manutencion.

Empezaré por el desuyuno y se le daré de chocolate, que es al que estarian acostumbrados. En esto no quiero yo que sufran privacion ninguna. Yo quiero que tomen su chocolate correspondiente, si no tan bueno como el que hasta allí habian tomado, por lo menos arreglado á su posicion, que no era ya la de antes. Pues bueno; en este supuesto, dos onzas de chocolate á ocho reales libra, importan un real.

Pero mejor será poner aqui la cuenta diaria, como ellos debieron haberla arreglado.

	Cuartos.
Chocolate.	8 ½
Bollos.	4
Pan.	12
Carne.	25 ½
Tocino.	8 ½
Garbanzos.	5
Verdura.	2
Huevos.	5
Aceite.	10
Velas.	2
Postres.	4
Para especias, sal y otros gastos. . .	5
Suma.	87 ½

Importa todo ochenta y siete cuartos y medio, que hacen diez reales y dos cuartos y medio, que unidos á los seis reales de cuarto, hacen diez y seis reales y dos cuartos y mèdio todos los dias, que yo quiero que importen al mes, por el pico de los dos cuartos y medio, que bien podria economizarse, quinientos reales justos.

Hé aqui demostrado *matemáticamente*, y cuidado que en las *matemáticas* no cabe engaño, hé aqui demostrado que pudieran haber vivido Rafael y Luisa el tiempo que yo he dicho, aun cuando no hubieran ganado un cuarto, cosa imposible si ellos hubieran trabajado como debian haberlo hecho.

Ellos probablemente hubieran respondido á estos sanos consejos mios, que no habian nacido para esta vida miserable. Pero yo les hubiera contestado, que nadie ha nacido para nada sino para vivir, y que el vivir se consigue comiendo, y que el comer es por sí una necesidad tan grosera, que ni la pueden ennoblecer los mas regalados manjares de los reyes, ni la pueden humillar los deslavados potajes de los pobres.

Ellos me hubieran replicado, que dejando aparte la comida, ellos habian nacido para gozar de otras satisfacciones, en una palabra, para hacer otro papel en el mundo. Y yo les hubiera vuelto á contestar, que esos papeles vienen ya repartidos, yo no sé por qué primer galan, á este teatro del mundo, y que puesto que á ellos por lo visto no les habia tocado buen papel, no tenian otro remedio que seguir representando el que tenian, porque la comedia estaba ya empezada, y el director ese de escena, no se curaba del gusto ó disgusto de los representantes, sino de que siguiera la funcion.

Ellos entonces, jóvenes, llenos de deseos, de esperanzas, de ambicion, considerándose y siendo en efecto capaces de desempeñar el papel que apetecian, mejor que el que les habian dado, ó no me hubieran creido, y entonces de cien veces noventa y nueve les sucede lo que ahora, ó me hubieran creido, y entonces viendo cara á cara la verdad, hubieran empezado por quejarse del director de escena, y despues de mil pasos que hay para llegar á esto último, me hubieran pedido una soga para ahorcarse, y yo se la hubiera dado, y ellos hubieran hecho lo que hubieran querido, aunque yo creo que habiendo tenido la fortuna de olvidarse nada mas que un momento de estas verdades secas, no hubieran hecho nada en contra de sus almas.

Por supuesto que todas estas cosas no vienen aqui á pelo, y mucho menos cuando yo sé ya todo lo que les sucedió de aqui en adelante á Rafael y á Luisa; pero á mi entender la moral siempre viene á pelo, de donde yo saco en consecuencia que la inmoralidad, su contraria, por ser en todo de ella diferente, ha de montar en silla, y no muy dura. Pero fuera de broma, y dejando aparte estos juguetes de palabras, que no son mas que despropósitos, yo creo que el que escribe, donde quiera que le venga bien, debe sin detenerse arrojar todo lo que de bueno se le ocurra concerniente á la buena moral; porque, y vaya otra digresion, hay tambien moral mala, que es peor si puede ser que la inmoralidad, y tanto menos evitada cuanto menos conocida. Lo bueno por supuesto que en todo tiempo es bueno, y á la moral buena le sucede lo mismo.

Hay sin embargo un codiguillo de recetas para hacer ó no hacer, decir ó no decir una porcion de cosas, y á estas recetas quieren llamarlas moral, y á esta moral quiero yo llamarla moral vieja, y quiero tenerla tanta rabia, que se la tengo y no me falta mas que ayuda para echarla á puntapiés á los infiernos, con todos los empíricos menguados, que armados de su recetario andan por ahí molestando y aullando, y no mordiendo á todo el mundo, porque para el valor no hay receta, y ellos no tienen corazon para hacerle. ¿Y si no tienen corazon, quién inspira á esa gente las buenas acciones? Nadie se las inspira, y por eso no las ejecutan; y si no obran mal, que es la única bondad que en ellos tal vez se encuentra, á la debilidad de su miserable organizacion se lo debemos: el miedo solo, no la virtud, los contiene, los embaraza y los sujeta. Su cabeza calculista les inspira en cambio infinidad de buenas palabras; pero estas palabras salen de su cabeza heladas, porque su cabeza, privada del amoroso calor del corazon, no es mas que una sucia cobertera de un vaso tan sucio como ella, no es mas que el remate de un mueble cualquiera, el remate de una estufa sin fuego.

Las estufas sin fuego, los órganos sin aire, los hombres sin corazon, y otra porcion de muebles por este estilo, á los que falta lo que esencialmente les hace servir de algo, son los mas inútiles de todos. Yo, teniendo frio, daria la mas rica estufa sin fuego, por unos guantes de lana; daria el mejor órgano del mundo sin fuelles, por un pito; y daria treinta hombres sin corazon, por cada perro de estos que hay cariñositos y tratables.

Si todo esto que voy diciendo pareciere inoportuno, incoherente y desatinado, quisiera que los lectores me lo perdonasen; y para interesarlos á mi favor quiero decirles yo mismo que por todo lo demás soy un buen muchacho, y que bien sabe Dios que soy capaz de morirme de sentimiento si dan en ponerme faltas. Ni puede ser de otra manera, porque yo escribo solo por la negra honrilla de ganar gloria; y por ver logrado este devorador deseo que se ha engendrado en el sitio mas caliente de mi alma volcánica, causándome desvelos notables y otros perjuicios, seria capaz de poner cualquier empeño con mis lectores, para que yo les gustase.

Con algunos ya he puesto yo á costa de una porcion de pasos que he dado, buenas recomendaciones por medio, y han quedado en servirme.

En cuanto á los que yo no haya podido obligar con mis buenos modos, no puedo hacer otra cosa sino ofrecerme como su mas agradecido ahijado, y decirles que soy capaz, por atraerme su benevolencia, de ser amigo suyo, que no es poco sacrificio, atendiendo á que entre ellos habrá mucho tonto, mucho necio y mucho hombre inaguantable y fastidioso á mas no poder.

Todas estas cosas que parecen insultos, no son mas que purísima broma y ganas que yo tengo de chancearme.

¿Y quien mas afortunado que yo si quisieran ser amigas mias todas mis lectoras? ¡Por ellas sí que estoy yo dispuesto á dar mas pasos que por mi gloria! Y puesto que tengo esta proporcion, sea testigo todo el mundo á cuyos ojos lleguen estas letras, de como me ofrezco por amigo de todas las mugeres mis contemporáneas, desde los nueve años hasta los noventa inclusive, descontando solo un treinta y tres y medio por ciento, que podré aceptar ó no aceptar, pues para ello me reservo este derecho. No faltará quien no conciba por qué hago el sacrificio de ser el amigo de tanta niña y de tanta vieja: yo echo mis cuentas, y cargaria gratuitamente despues de la rebaja que el uso de mi derecho concede, con las viejas, las feas y las niñas que pudieran entrar aun en el ciento; con las viejas para aconsejarme, con las feas para echarlas como perros á mis enemigos, y con las niñas para educarlas de manera que al ser yo viejo, tuviera todavía amigas lindas, que ya que no con amor, suavizaran con cariño la rabia que yo deberé tener de no haberme muerto, si la vida se empeña en divertirse conmigo, haciéndome pasar por todos sus fastidiosísimos estados. Al fin, háganse amigas mias todas mis contemporáneas, que lo demás corre de mi cuenta.

¡Oh mugeres! yo bien conozco que me ha de perder el demasiado amor que os tengo; pero no lo puedo remediar, porque sois la única cosa casi buena que encuentro por acá abajo, y acaso, ¡desgracia lamentable y digna de toda atencion! acaso el único lazo que me ata á la vida.

He observado en algunos ratos de ocio en que paso el dia, he

observado con bastante disgusto, que todas mis pocas esperanzas de felicidad, tanto las alegres y ligeras, como las concienzudas, graves y profundas, como las de todas clases, cantan y danzan, ó hablan y se pasean por la cabeza ó por el corazon, ó yo no se por dónde, hasta que ya cansadas aduérmense siempre entre faldas, y protegidas y arrulladas y acalladas por una muger. Esto me da á mí muy mala espina, porque mucho me temo que el mejor dia del año, en alguno de esos súbitos y ligeros movimientos tan peculiares á la muger, deje caer al suelo, la que las tenga dormidas en su regazo, mis pobres esperanzas y me las estrelle. Quiere decir que cuando esto suceda me desesperaré, y este es un gran trabajo para mí; pero desde ahora hasta entonces, sabed, hermosas mias, que soy vuestro mas atento, fino, reverente, rendido servidor, amigo, esclavo, amante, todo lo que querais, menos tercero, quitado el cual encargo y algunos otros, me teneis siempre complaciente y á vuestra disposicion. Vivo en la calle de... pero será mi mayor placer decirselo de palabra á cualquiera de vosotras que quiera saberlo.

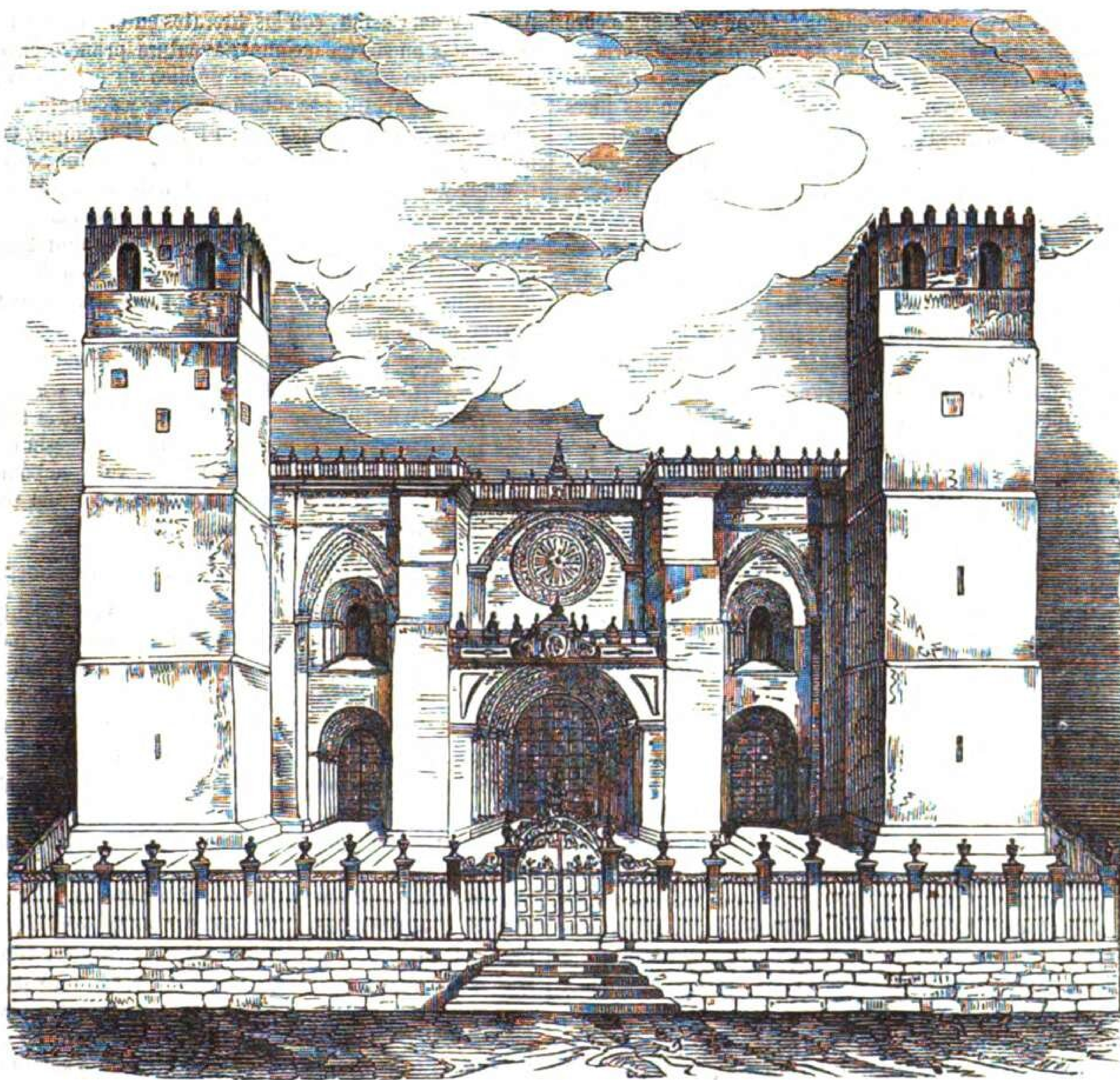
Ahora, disculpado ya de mi inoportunidad, incoherencia, etc., etc., volveremos con gusto á mis reflexiones, que es necesario desengañarse, nunca están demás las reflexiones juiciosas para inculcar en los ánimos, sobre todo de los jóvenes, el amor á la vida metódica y arreglada, y el odio al desarreglo y al poco juicio, moralidad que se saca del sucedido de Rafael y Luisa.

Pero á fé que me canso ya de escribir, y voy á dejarlo, porque me parece que no vale esto la pena de estarme aquí encerrado, por el bien del género humano, que es lo que yo aquí me propongo, cuando lo mismo le da al género humano que yo le corrija despues, que ahora.

Voy pues á distraerme de mis profundas meditaciones, entregándome á los placeres con que convida esta escelente corte de Madrid, centro de toda diversion inocente, contando entre ellas el divertido liceo artístico y literario, estremo de civilizacion y de buen gobierno, y medio de irse un hombre, viviendo en ella, ó al infierno derecho y desesperado, ó al cielo tambien derecho, si muere con todos los sacramentos y ha llevado con paciencia una porcion de cosas. Corte es esta en fin, que si se quemara... se quemaria, y nada mas.

(*Continuará.*)

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.



(Catedral de Sigüenza.)

INDUSTRIA DE LA CAPITAL.

Hay mentiras afortunadas, que echadas á volar al acaso y tal vez sin la menor intencion de hacerlas valer, arraigan, prenden y fructifican en la mente del vulgo, anulan y contradicen su razon, ofuscan sus sentidos, y se apoderan, en fin, de la pública opinion en términos que no hay ya antorcha posible que la ilumine, ni hecho material que logre desengañarla de su querido error: tal es para el hombre la fuerza de la costumbre y la cómoda inclinacion á pensar lo que le dejaron pensado, á repetir lo que le repitieron, á mirar por los ojos agenos y á juzgar por la agena razon.

Una de estas vulgaridades añejas, una de estas absurdas paradojas que han hecho fortuna en la mente de nuestro vulgo (y cuenta que para nosotros hay mucho vulgo de guantes pajizos y casaca bien cortada), es la que de tiempo inmemorial se viene repitiendo respecto á la nulidad ó insignificancia industrial de nuestro heróico Madrid; en términos que al decir de las gentes, la capital de la monarquía española es una poblacion parásita é improductiva, tan estéril como un arenal, tan sin consecuencia en la riqueza pública como una discusion parlamentaria ó como una ley electoral.

Pero, perdonen los que tal aseguran, que dicen un solemne disparate y asientan una estupenda falsedad. Queremos sin embargo concederles que la poblacion matritense no sea muy fuerte, que digamos, en esto de la mecánica ni de la física, ni entienda cosa mayor de tórculos y cilindros, ni alcance á manejar la lanzadera ni el crisol, ni sepa en fin qué cosa sean fuerza motriz, materia primera, hornos de reverbero, bombas hidráulicas ni máquinas de presion; ni conozca, en fin, alguno de los términos de la tecnología fabril: pero en cambio no podrá negársenos que posee y domina otros medios industriales, otros agentes ó móviles poderosos, que por lo productivos y satisfactorios no les van en zaga á las ruedas, máquinas y demás agentes industriales. Nos esplicaremos.

¿Qué cosa es industria?—A ver el Diccionario de la lengua, que no puede engañarse ni engañarnos.—«La maña y destreza para hacer

alguna cosa.»—Luego si probamos que Madrid es un pueblo donde se emplea y gasta mucha maña y mucha destreza para hacer muchas cosas, razon habremos tenido para dar por sentado que la heróica villa es una poblacion eminentemente industrial. Si por consecuencia dedujéramos que esta industria produce pingües fortunas y enormes rendimientos, quedará tambien asentada la importancia de Madrid en la balanza mercantil.—Veamos pues en qué consisten aquellas primeras materias de produccion, en qué se ejercita esta fuerza motriz, á qué especie de producto viene á reducirse esta industria indígena, esta riqueza comercial, que pone á nuestro pueblo al nivel de los mas industriales de Europa.

La fabricacion mas importante en la villa capital, ya se considere como materia primera para aplicaciones sucesivas, ya como producto elaborado y de uso cómodo é inmediato, es la *fabricacion de reputaciones;* fabricacion tan ámplia que no solamente sirve al surtido de la corte y sitios reales, sino que estiende su comercio y abastece por lo general todos los mercados del reino. Esta poderosa industria, *esplotada* en grande en Madrid, tiene por ricos veneros y por activos talleres la tribuna, la imprenta y la plaza pública.

Además cuenta como poderosos auxiliares, con las tijeras del sastre, el capricho de la moda, el lujo y elegancia de la capital, auxiliares no tan indiferentes que no hayan hecho producir á algun filósofo célebre en esta profunda máxima:—«Lo mas difícil de adquirir en materia de reputacion es un vestido nuevo.»—Todos estos y otros medios poderosos, aplicados á la fabricacion de reputaciones, han recibido con las luces del siglo una estension prodigiosa, han multiplicado infinitamente sus elementos de accion, y hecho aplicaciones de procedimientos absolutamente nuevos y desconocidos á nuestros cándidos mayores en tiempos ominosos, ignorantes y semibárbaros, en que no se habian inventado aun la prensa periódica y las arengas tribunicias; las publicaciones á real la entrega, y las academias á duro al mes; las cerillas fosfóricas, ni el alumbrado de gas; ni otros muchos descubrimientos de este siglo creador, aplicados despues por la mecánica intelectual á la fábrica de reputaciones patrióticas, heróicas, científicas, literarias, en prosa y en verso, lumíneas, fosfóricas, eléctricas, vaporosas y pirotécnicas.

En aquellos tiempos menguados de que íbamos hablando, para hacerse un cristiano con su poco de reputacion de surtido, preciso le era sudar la gota tan gorda para averiguar primero los sitios en que se despachaba de tapadillo y con receta, por tal cual aficionado ó empírico vergonzante (la fabricacion todavía no estaba autorizada legalmente), el cual sitio solia ser la sucia celda de algun padre grave, ó el aseado cuarto de alguna vieja camarista; la sala de juntas de tal cual piadosa cofradía, ó la modesta tertulia de algun ex-consejero de la ex-hacienda; y luego que nuestro neófito en la corte hallaba entrada en aquellos benéficos laboratorios, en aquellos santuarios de la fama, si queria iniciarse en sus misterios, participar de sus dones y labrarse á gran costa su poquito de opinion, forzoso le era asentar su nombre y contribuir con sus servicios y sus limosnas á las necesidades del convento ó de la cofradía, acompañar á sus devociones á la camarista pergaminosa, ó hacer la partida de tresillo al consejero secular; y ¡quien sabe si alguna hermana fiambre de aquella, ó alguna sobrina trasnochada de este, no le reservaba con su blanca ó negra mano, y por via de arras matrimoniales, una reputacion completa, intacta y dispuesta á servir al portador! Esto y mas solia obtener la medianía perseverante, el continente modesto, el lenguaje melifluo y lisonjero, y cierta flexibilidad elástica en la espina dorsal. Pero una vez llegando á adquirir nuestro hombre su correspondiente título de *mozo de provecho*, espedido por aquellas cancillerías, ya era apto para empuñar una vara, ó para regentar una cátedra, para lucir un baston de intendente ó los bordados de la covachuela.

Hoy, bendito Dios, es otra cosa; y la fabricacion de reputaciones se verifica públicamente, sin sujecion á estancos ni monopolios, á puerta abierta, á cielo raso, y sin adminículos de títulos y diplomas. Las innumerables columnas de los periódicos, la tribuna del parlamento, los salones políticos y aristocráticos, las asambleas científicas y literarias, las mesas de los cafés, el escenario de los teatros, las sillas del Prado, las tiendas de la calle de la Montera y los corrillos de la Puerta del Sol; todos estos y otros muchos sitios son otros tantos infatigables y públicos talleres de reputacion á precio y periodo fijo, por años, por meses, por dias y hasta por horas, fabricada á la mecánica ó al vapor, pregonada á grande orquesta ó con el solo obligado de bombo, confeccionada de pacotilla ó de superior calidad, v. g.:

Aparece en cualquiera de nuestras provincias un mancebo despierto y lenguaraz, que despues de haber cursado bien ó mal sus diez años en cualquiera de nuestras mil y una universidades, y aprendido lo que en ellas se aprende, se encuentra á los veinte y cinco con que si ha de utilizar su talle y su despejo en pro de su fortuna, si ha de conquistar con ellos una ventajosa posicion social, tiene, si es jurista, que encerrar[illegible]ndio práctico de un letrado, que envolverse en el fárra[illegible] en las cláusulas estrambóticas del foro; si médico, ha de asistir diariamente á las salas del hospital, á los anfiteatros anatómicos, á la cabecera del moribundo; si pretende juzgar á sus semejantes armado con la vara de la justicia, forzoso le será emprender la larga y dudosa carrera del pretendiente; si aspira á lucir sus conocimientos en la enseñanza, ó desea en fin abrazarse con la santa madre Iglesia, y ocupar un puesto en un capítulo, tiene (segun el antiguo régimen) que *hacer oposicion* á la cátedra ó á la prebenda.—Todo esto es muy largo, difícil y de dudoso éxito para quien ha nacido bien entrado ya este siglo de las luces eléctricas, y para quien siente en su alma el gérmen de la elevacion y el *instinto gubernamental*. Pero reconociendo que no es bastante el que él lo sienta, sino que es preciso, absolutamente preciso, que así lo reconozcan los demás;—¿qué hace nuestro mancebo?—Coge y se embaula en uno de los carruajes de las diligencias postas generales, y al cabo de algunas horas de tumbos y trasnoches, da fondo en plena calle de Alcalá de nuestra villa capital; y desde la mañana siguiente entabla *al pié de fábrica* el negocio de su reputacion. Para ello empieza por visitar y atraerse la voluntad de sus paisanos y condiscípulos (alguno de los cuales por fuerza ha de ser ministro, ó haberlo sido, ó esperar serlo), introdúcese en las reuniones políticas y cortesanas, asiste diariamente á las discusiones de las cámaras, se hombrea y esplica con los personajes históricos en las salas del Ateneo y del Casino, con los literatos en el café del Príncipe y con los periodistas en sus redacciones; aventura primero en ellas algun suelto ó comunicado para notificar al público su existencia; cultiva luego el folletin ó la gacetilla; se sube á mayores y acomete el artículo de fondo; crécese en él de dia en dia, y su reputacion empieza á hacer espuma; hierve por fin y se desborda *haciendo la oposicion;* pero no la oposicion meliflua y compaseada de que antes hablábamos á cátedras y prebendas, sino la oposicion tormentosa, la oposicion gigantesca y osada, *la oposicion al poder*. Y á dos por tres héte aquí á nuestro reciente é ignorado colegial, convertido, como quien nada dice, en una notabilidad política, en un hombre grande, y metamorfoseado en ministro, ó cuando menos menos embajador ó consejero.

Pues quiero que no sea aspirante á empleos, ni estudiante de letras, sino que su inclinacion le llame al positivismo y á la fortuna material. Llovido como de las nubes en medio en medio de la Puerta del Sol,—de esta gran fábrica de reputaciones y de gloria,—sin mas camisa que la puesta, ni mas bolsa que la del prójimo, yo no sé cómo ni á qué precio encuentra quien le administre las primeras dosis de reputacion; pero sí que con ellas le vemos de la noche á la mañana

«Estenderse, crecer, tocar las nubes»

y arriesgar en la Bolsa operaciones fabulosas, y contratar con los gobiernos de vecino á vecino, y arrastrar coches, y habitar palacios, y brillar en fin como uno de los astros del mundo *financiero*.

La industria madrileña, la fábrica de famas al portador hace á veces prodigios, y no solamente se ocupa en crear posiciones y en levantar fortunas, sino que hasta se puede decir que da vida, valor y animacion á la misma figura material.—Tal jóven, por ejemplo, que con el modesto traje del campo ó de la aldea pasaba desapercibido en ella, y cuando mas mas atraia las miradas del ama del cura ó de la maestra de niñas, viene á Madrid á pretender acomodo, y gracias á la sábia tijera de Utrilla ó de *Peré* (grandes fabricantes de reputaciones en-corte), gracias á los guantes del *regenerador de la camisa*, gracias á las pomadas de *Miró* ó al peine civilizador de *Reigon*, vémosle salir de sus manos hecho un Apolo de Belvedere; servir á las damas de objeto visual en teatros y paseos, de envidia á los mancebos en el asalto, en el picadero y en el café.—Pues merced á esta brillante aureola, hija legítima de la calle de la Montera, nuestro mozo alcanza á usufructuar la vitalicia prebenda de una vieja marquesa, ó inflama el corazon juvenil de una rica heredera, que acaba por entregarle en posesion su blanca mano y su dorado capital.

Y si el ejemplar recien venido á la villa del oso y del madroño pertenece al sexo que por pura galantería llamamos bello, ¡cuántas beldades oscurecidas en un rincon de Aragon ó de Castilla, cuántas flores ajadas ya y pasadas de moda en las campiñas y salones de Andalucía y de Valencia, no vemos renacer ó retoñar de nuevo con mayor esplendor, merced á la fama vocinglera de los infatigables talleres del Salon del Prado, en fuerza de la cooperacion benéfica de *Madame Perrard* de *Monet y Armstrong!*—La industria madrileña obró tambien aquel fenómeno, señaló y analizó aquella estrella, descubrió y puso en evidencia aquel tesoro escondido hasta entonces á las márgenes del Ebro ó del Turia, del Eresma ó del Guadalquivir.

El alma, no comprendida en su modesto pueblo, viene tambien á revelarse al país por medio y con el mágico auxilio de la trompa matritense. Cincuenta *meditaciones* y doscientos *fragmentos* producidos por una tierna lira, no habian logrado llamar la atencion ni fijar las miradas de los indiferentes ó incapaces convecinos de nuestro vate; y su espíritu ideal é hiperbólico estaba reducido á la triste condicion de pensar en las buenas ó malas cosechas, de calcular sobre la venta de

las lanas ó del ganado, de combinar los mecánicos aparatos del taller. Pero llega á Madrid, y recibido incontinenti de literato en cualquiera de nuestros cafés, ó en el vestuario del teatro, brota el raudal de su inagotable vena, é inunda revistas y folletines; traduce comedias, hace la censura de las obras que otros escribieron y el no entendió; y á fuerza de repetir su nombre por las cien bocas de la fama y los cien mil caractéres de la imprenta, logra imponerle á la sociedad como una pesadilla inevitable, monótona, fantástica y perpetua; logra salvar los límites de Madrid y su rastro, volar por los campos y penetrar en las poblaciones, inclusa la apartada y modesta aldea donde vió la luz primera, y que en todo pensaba menos en sospechar que en aquel engendro mezquino y casi ignorado de ella, habia hecho á la patria el regalo de un genio mas.

Por este estilo prolongariamos indefinidamente las citas ó indicaciones de los maravillosos *artefactos* de la industria matritense, poderoso zahorí que penetrando con certera vista las capas superficiales de la inteligencia humana, descubre los tesoros escondidos bajo un vulgar esterior; fecundo manantial que sabe convertir en campo fructífero y frondoso el arenal estéril; admirable artista que acierta á sacar del barro tosco é inanimado, del tronco de piedra bruta, la estatua colosal y perfecta que nadie adivinó; y maravilloso Proteo que convirtiéndose luego en vehículo de comunicacion instantánea, trasmite y pregona hasta el último confin de la Península sus admirables descubrimientos, sus altísimas elucubraciones, los sorprendentes resultados de su potencia industrial.

¿Y habrá todavía quien niegue á Madrid el rango que le corresponde entre las poblaciones fabriles por escelencia? ¿Habrá quien nos pretenda encarecer los productos de la prosáica industria de otros pueblos de España, en competencia con la sublime especialidad que dejamos asignada á la capital? ¿Hablará Barcelona de sus blondas y tejidos, Valencia de sus sedas, Vizcaya de sus hierros, de sus vinos Jerez ó Valdepeñas, de sus paños Tarrasa, de sus armas Toledo, de sus lanas Estremadura, ó de sus productos agrícolas Andalucía, Castilla y Aragon? ¿Pero qué son todos estos frutos perecederos de una industria material, comparados con los inmortales y sublimes de la industria matritense, de la esplotacion de la fama, y del beneficio del campo de la gloria? ¿Qué son, por ejemplo, una máquina ó un delicado tejido, producidos por la invencion y el trabajo de los hijos de Barcino, al lado de uno de nuestros sabios en corte, políticos y literatos, improvisados al menor giro de la gran máquina de reputaciones de la Puerta del Sol? ¿Qué significa el descubrimiento de un nuevo y argentado venero, hecho por la perspicacia é inteligencia de un afortunado ingenio, en comparacion del de una notabilidad parlamentaria, del de un nuevo poeta, regalado á nuestra patria por las activas prensas de la capital? Sevilla y Toledo presentarán sus fundiciones y construccion de armas guerreras; Asturias y Vizcaya sus nobles alcurnias y rancios pergaminos; Salamanca y Sevilla los aprovechados hijos de sus escuelas; Barcelona y Valencia los libros de sus prensas, y los variados productos de sus talleres; á todo puede contestar Madrid con ventajas con la fabricacion indefinida de genios y de hombres grandes para el surtido de todo el reino, de oradores, de literatos, de poetas para todo el resto de los españoles, de héroes y generales para todos los ejércitos de Europa, de títulos y próceres para todos los estados del mundo; y á todos los resúmenes industriales de aquellos pueblos, podrá contestar ufano con el espléndido balance anual de la inmensa fábrica cortesana, ¡con la *Guia de forasteros*!

EL CURIOSO PARLANTE.

EL ANGEL DE LA MELANCOLIA.

INTRODUCCION.

Ven á mí, ven á mí, que estoy sediento
De ver el resplandor de tu belleza,
De aspirar el aroma de tu aliento,
De percibir tus himnos de tristeza.
¡Hé aquí mi corazon! ¡Hé aquí mi lira!
Baja pues como en noche del estio
Rayo de luna que consuelo inspira,
Refrigerante lluvia de rocío.
Rico de amor, y con el alma llena
De misterioso afan y de amargura,
Anhelo descubrir tu faz serena
Por encontrar consuelo en su ternura.
¿Dónde, espíritu, estás? ¿Será que en vano
Te llamarán mi llanto y mis gemidos?
¿Nunca verán tu rostro soberano
Mis tristes ojos en tiniebla hundidos?
Mas, ¡oh! Ya suena por el ancho cielo
El sonoro murmullo de tus alas...
Oigo cerca de mí tu blando vuelo...
Siento el aroma celestial que exhalas...
Ya distingo tu blanca vestidura
Entre la roja tinta del ocaso...

EL ÁNGEL.

¿Qué me quiere la voz de la amargura?
¿Soy yo la dicha del mortal acaso?

¡Oh tú que así me llamas
en lágrimas deshecho,
pues mis consuelos amas,
yo bajaré á tu pecho,
velado en la luz cárdena
del moribundo sol;
Y enjugaré tu llanto
de amor y desconsuelo;
te inspiraré mi canto,
y huiré cuando en el cielo
muestre la aurora angélica
su azul y su arrebol.
Yo tengo entre la sombra
mi incógnito palacio,
que tiene por alfombra
las nubes del espacio,
donde con voz dulcísima
habla la soledad.
El duelo y la amargura
no pasan sus umbrales:
la paz y la ternura
lo habitan inmortales,
vertiendo dulces lágrimas
de amor y de piedad.
No tienen mis jardines
vistoso mar de flores,
ni sueltos colorines,
ni alegres ruiseñores,
ni los arroyos límpidos
murmuran á mis piés.
En ellos solitaria
nace la sensitiva,
la dulce pasionaria,
la tierna siempreviva,
y como doble símbolo
la palma y el ciprés.
Allí van los lamentos
del alma atribulada,
que sufre en los tormentos
y espera resignada:
allí suben las súplicas
del infeliz mortal;
Y en vez de bulliciosos
cantares de alegría,
los ayes amorosos
que la tristeza envia,
son la apacible música
que suena celestial.
Y ya que dirigiste
á mí tu voz doliente,
como el lamento triste
del huérfano inocente,
yo enjugaré tus lágrimas,
yo te daré mi amor.
Y en cariñoso empeño
te velaré de dia,
y arrullaré tu sueño
cantando al arpa mia
la gloria de los míseros,
el triunfo del dolor.

EL ALMA.

¡Oh, sí: ven á mí, ven! Tan solo quiero
Sentir con fé tu dolorido canto,
Como divino acorde lastimero,
Que me viene á inspirar en estro santo.
¡Así tu aliento celestial me inflame
Para que noble ardiendo el alma mia,
Por las cuerdas del arpa se derrame
En undoso torrente de armonía!

Mas, ah! ¿Qué sueño de feliz reposo
Por mis cansados miembros se difunde?
¡Brilla á lo lejos horizonte hermoso!
¡Fuego divino por mis venas cunde!
Y llegan hasta mí cantos henchidos
De una vaga esperanza de victoria...
Mezclados van con llanto y con gemidos...
¿Serán tal vez los ecos de tu gloria?
¡Son himnos de dolor y desconsuelo!
¡Son la voz de los tristes! ¡son su llanto!
Espíritu de amor, baja del cielo...
¡Yo tambien á su voz uno mi canto!

Agosto 1851.

ANTONIO ARNAO.

MADRIGAL.

No pidas á mi labio balbuciente
El nombre celestial de la que adora:
Amor es niño y huye de la gente;
Derramado el perfume se evapora.
La flor, del beso de las auras vive,
La quema el rojo luminar del dia;
De tu aliento mi amor vida recibe:
Mi aliento es un volcan: lo quemaria.
Tú con instinto sabio
Hallas del corazon siempre las llaves.
Deja callar al labio,
Para saber mi amor harto ya sabes;
Porque el amor que calla,
En gritos mil dentro del pecho estalla.

V. BARRANTES.

MUERTE DE GUILLERMO EL CONQUISTADOR.

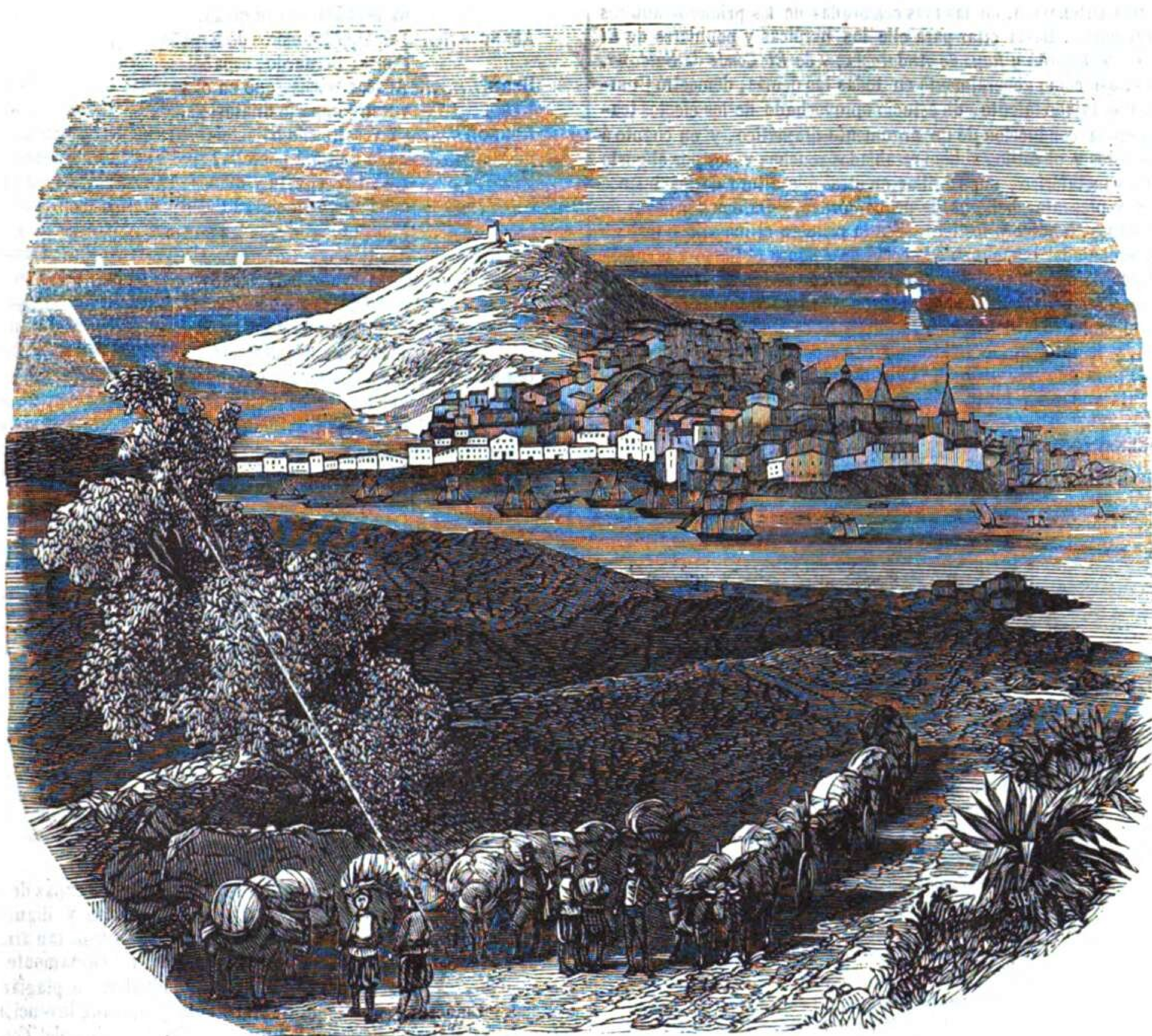
Guillermo I de Inglaterra estuvo frecuentemente en guerra con Felipe I de Francia, envidioso con esceso de un enemigo que poseia á la vez el ducado de Normandía y el cetro de Inglaterra. Cuando Guillermo entró en edad se puso demasiado grueso, y deseando enflaquecer, se sometió á un riguroso plan higiénico que le obligó á hacer cama por algun tiempo. Habiendo llegado esto á oidos de Felipe dijo irónicamente: «El rey de Inglaterra está de parto.» Se le contó esto á Guillermo, quien dijo enfurecido: «Sí, y cuando salga á misa, haré que las velas ardan lo bastante para que alumbren toda la Francia.» No bien estuvo en disposicion de montar á caballo cuando entró en el territorio francés destruyendo y devastando cuanto encontraba por delante. Llegó hasta Nantes, á quien puso inmediatamente fuego; pero como cabalgaba por medio de las calles para ver el incendio, herido su caballo por algunos objetos encendidos, principió á botar hasta arrojar al rey con tal violencia que recibió un fuerte golpe con el arzon de la silla, que le obligó á que le llevaran á Rouen, donde murió poco despues.



(La pradera.)

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.



VISTA DE LA CORUÑA.

La Coruña es uno de los puertos mas importantes del N. O. de España. Se halla situado en el antiguo reino de Galicia, que es como la Auvernia de la peninsula ibérica.

Mas poblada que las demás provincias, habitada por una raza pobre, robusta y laboriosa; Galicia envia todos los años á otras comarcas de España y á Portugal cerca de diez mil trabajadores: todos estos vuelven á la tierra con un pequeño peculio, que les permite comprar tierras ó comerciar por su cuenta.

Los gallegos tienen fama de sobrios y de honrados.

La bahía de la Coruña es una de las mas hermosas de Europa, y se halla defendida por dos castillos, llamados de San Antonio y de San Amaro. Se enseña allí un faro, cuya construccion atribuyen algunos anticuarios á los fenicios.

En la Coruña hay grandes fábricas de jarcias, y se trabajan velas para buques, de las cuales se hace gran consumo. Tambien sostiene un gran comercio de sardina, y su importacion de la Habana y otros puntos de América es considerable.

Por lo demás, al paso que algunos distritos de España parece que van declinando de dia en dia, en cuanto á poblacion, industria y bienestar, Galicia sigue una marcha enteramente contraria, fomentando sus intereses materiales, en los cuales estriba la verdadera riqueza de los pueblos.

TEATRO DE CUBILLO.

El genio privilegiado de Calderon, recibiendo directamente de manos del gran Lope de Vega el cetro de la escena española, acertó á completar dignamente la obra colosal de aquel, perfeccionándola todavía con mayor juicio, estudio y gusto. Dueño de todas las cualidades poéticas que hasta entonces habian aparecido dispersas entre sus muchos antecesores, brillando por fortuna en una época ya mas adelantada en inteligencia y gusto, y en medio de una corte esplendorosa y poética, al lado y bajo la especial proteccion de un monarca entusiasta por el arte, autor él mismo, y á quien sus detractores políticos no podrán negar por lo menos la cualidad de protector de las letras y las artes; no solo eclipsó Calderon, y aun hizo olvidar del todo las glorias de sus antecesores, sino que á impulso de su gran génio, de su original talento y de su mágico pincel, atrajo á su escuela y á su estilo á los que aun en el segundo tercio del siglo XVII quedaban fieles á las banderas de Lope: á Montalvan y á Velez, á Miirademescua y Tirso de Molina; y permitiendo alzarse á su lado (sin por esto eclipsarle) los brillantes genios de Roxas, Moreto y Alarcon, imprimió ó impuso su sello característico al teatro nacional, dirigió poderosamente el gusto público, y por todo el resto del siglo consiguió que nuestra escena quedase ámpliamente servida por él mismo y sus discípulos ó imitadores.

El número de estos, calificados por la crítica entre los escritores de segundo órden, es infinito, y seria interminable nuestro trabajo si hubiéramos de hablar de todos los que aventuraron su pluma á cultivar la escena en la segunda mitad de aquel fecundísimo siglo; pero entre ellos los hay de tal mérito y nombradía, y que contribuyeron de tal modo con sus numerosas obras á formar el admirable y espléndido repertorio del teatro Calderoniano, que seria sobrada injusticia y no cumpliríamos nuestro objeto, si no consignásemos por lo menos los títulos de su merecida celebridad.—Tales fuéron Cubillo, Matos, Belmonte, Leiva, Diamante, Mendoza, Solís, Hoz y Mota, Zárate, Candamo, y algun otro hasta Zamora y Cañizares, que aunque escribieron ya en el siglo XVIII, fuéron sin embargo los últimos representantes del anterior.

D. Alvaro Cubillo de Aragon, poeta granadino, es uno de aquellos cuyo nombre y cuyas obras acertaron á brillar en aquella esplendente corte de esclarecidos ingenios: y en el catálogo de sus obras dramáticas que damos á continuacion (algunas de las cuales han llegado hasta nosotros favorecidas siempre por el aura popular), las hay que no desdicen por su invencion peregrina, por su discreta forma y por

su poética entonacion, de las mas celebradas de los primeros autores contemporáneos. Basta citar para ello las heróicas y populares de ***El Genizaro de España y Rayo de Andalucía***, y de ***El Conde de Saldaña.*** En ellas, así como generalmente en todas las demás, demostró CUBILLO un aventajado talento, un estudio aprovechado de los efectos teatrales y en la conduccion de un argumento dramático, y en cuanto á los caractéres y el estilo, si bien resabiados muchas veces por el gusto afectado y metafórico, supo brillar en otras á la altura de los buenos modelos y presentar bellezas de primer órden.—Daremos pruebas de ambos estilos, heróico y festivo.—Sea la primera el magnífico diálogo entre el embajador musulman á la corte de Alfonso el Casto y el intrépido Bernardo del Carpio, mancebo, tipo verdadero de la temeridad histórica, de la entonacion arrogante de nuestros antiguos paladines. Acaba el embajador de esponer largamente su mision en unas bellas octavas, y le interrumpe el atrevido mozo con una osada respuesta, tomando para ello, sin pedirla, la voz del monarca, que parece absorto de tanta audacia y bizarría.

BERNARDO.... Dile á tu rey que se engaña
ó que le engañó el traidor
que imputó al rey mi señor
que quiere entregar á España;
y que tambien se condena
á otro engaño, en entender
que puede ser su muger
la infanta Doña Jimena.
Dos veces su engaño sienta
si necio por él suspira,
que lo primero es mentira
y lo segundo es afrenta.
Con esto te he respondido,
y cuando hacer guerra intente,
dile que junte su gente,
dile que marche atrevido;
pero que si en Francia acaso
nos juntaremos yo y él,
partiremos el laurel
impidiendo á Francia el paso;
y que seremos amigos
contra la furia francesa;
pero acabada la empresa,
tiranamente enemigos;
porque atento á mi valor
confiese España despues,
que la defendí al francés
y la libré de Almanzor.
Y puesto que aqui has andado
arrogante y atrevido,
el castigo merecido
á tus locuras no he dado,
porque embajador no ofendes,
y enojado contra Francia,
te perdono la arrogancia
por lo que á España defiendes.
ABENGUSEF... Mi embajada deslució. (*Aparte*)
BERN.......... Vete, goza de la ley,
y si pregunta tu rey
quién la respuesta te dió,
di que con pecho gallardo
respondió á su desatino
del Rey Alfonso un sobrino
y que se llama Bernardo.
¿No te vas?
ABENG........ ¡Graves respuestas!
BERN.......... ¿Aguardas á que me enoje
y que enojado te arroje
por una ventana de estas?
ABENG......... Peso yo mucho, Bernardo,
y es mi rey muy poderoso.
BERN.......... Huélgome que seas brioso.
ABENG......... Huélgome que seas gallardo.
Cuando en presencia del dia
resplandece alguna estrella,
señal es que toca en ella
del sol la ardiente armonía:
y pues tú brillando mas
en presencia del sol, creo
que es conforme á su deseo
la respuesta y luz que das.
BERN.......... No de un sol, de muchos soles
un español se acompaña.
ABENG........ Tambien los moros de España
somos, Bernardo, españoles.
BERN.......... Africanos sois, que en ella
vuestro imperio dilatasteis.
ABENG........ ¿Y vosotros no bajasteis
de la Scitia á poseella?
Aliento, espíritu y manos
nos influye un cielo á todos;
¿qué tuvieron mas los godos
que tienen los africanos?
BERN.......... Ganarla al romano arnés
nuestras valientes espadas.
ABENG........ Y nosotros á lanzadas
os la quitamos despues.
BERN.......... Que fué á lanzadas conoces
mucha sangre derramando,
mas yo la iré restaurando
á bofetadas y á coces.
ABENG........ Tira, y te responderá
aquella abrasada aroma,
aquel carbon de Mahoma,
aquel pebete de Alá,
aquel adusto tizon
y abrasante maravilla,
que dominando á Castilla
á sus piés puso el leon.
BERN......... ¡Arrogante moro estás!
ABENG........ Toda la arrogancia es mia.
BERN......... Yo te buscaré algun dia.
ABENG........ En el Carpio me hallarás.
Alcaide del Carpio soy.
BERN......... Ya dudo que en él me esperes.
ABENG........ ¡Ay de tí, si al Carpio fueres!
BERN......... ¡Ay de tí, si al Carpio voy!

Con esta sola cita bastaria para probar que quien era capaz de escribir tan magnífica escena, de pintar con tanto acierto y dignidad elevados caractéres, de producir sus sentimientos en versos tan armoniosos, elegantes y llenos de vigor y poesia, no era ciertamente un poeta vulgar, ni tampoco uno de los infinitos imitadores ó plagiarios de Rojas y Calderon.—Que tenia CUBILLO dotes propias de invencion y aptitud para el drama heróico, lo prueban dichas comedias del ***Conde de Saldaña***, las de ***El rayo de Andalucía***, y ***La honestidad defendida*** y otras, y á pesar del desarreglo en la combinacion de sus planes (desarreglo por otro lado tan general en nuestro teatro heróico que parece calculado de intento), no pudo menos de cautivar la estimacion y simpatía del pueblo, cuyos héroes favoritos sabia presentar en la escena con todo aquel brillo, aquella majestad que su imaginacion les concede en la historia, y poner en su boca las mas elevadas máximas de virtud, de valor y patriotismo. ¡Qué le importaba al público español que CUBILLO y sus contemporáneos no guardasen en sus argumentos las famosas unidades dramáticas, ni que, por ejemplo, en las ya citadas comedias se trasladase el sitio de la accion desde el Alcázar de Leon, al castillo de Luna ó al del Carpio, desde la corte de Carlo-Magno al desfiladero de Roncesvalles, si en todas partes hallaba en su primer término la simpática, noble y gigantesca figura de Bernardo, hablando y obrando con la temeridad y desenfado que nuestros romanceros le atribuyen! ¡Qué inconveniente hallaba en ver en la primera escena al jóven y bizarro conde de Saldaña regresando del campo de la victoria para rendir sus laureles á los piés de su rey y de su Jimena, y hallarle luego viejo, ciego y cargado de hierros en el castillo de Luna por órden del mismo Alfonso y en castigo de haber osado merecer el amor de la hermana de su rey, prorumpir desconsolado en aquellos sentidos versos:

«Cuando entré en este castillo
apenas tenia barba,
y ahora por mi desdicha
la tengo poblada y canas:»

si todo esto le producia el mas vivo interés, la mas profunda sensacion, en las bellísimas escenas del encuentro y reconocimiento de Bernardo y de su padre, en la lamentosa muerte de este en el momento de sonreirle la fortuna! Quizás á esta comedia ó á otra de las muchas que con admirable *efecto* y con igual *desarreglo* escribian nuestros autores del siglo XVII, quiso aludir el cáustico Boileau, en sus tantas veces repetidos versos.

«Un rimeur sans peril de la des Pirénnées
Sur la scene en un jour renferme des annés

Lá souvent le herós d' un spectacle grosier
Enfant au premier acte, est barbon au dernier.

Pero esto no prueba mas sino que Boileau no conocia nuestro teatro, y que Moliére y Racine seguian otro camino de los muchos que por fortuna conducen al templo de la gloria.

Nuestro Cubillo sabia tambien, en las ocasiones en que lo creia oportuno, apropiar su argumento á cierta regularidad y mesura, meditarlo y desenvolverlo con raro ingenio y destreza. De ello pueden servir de ejemplos las lindas comedias de *La perfecta casada*, *Las muñecas de Marcela*, y *Amar despues de la muerte*, en las cuales hay intencion moral, economía de accion, pintura viva de los caractéres, gracia y chiste en la elocucion. De estas últimas circunstancias podriamos presentar muchas pruebas que dan á conocer que Cubillo poseia la *vis cómica* y el halagüeño colorido propio del drama de costumbres; pero debiendo no alargar demasiado este artículo, no queremos apartarnos de las ya citadas de *El Conde de Saldaña*, y buscaremos en su *segunda parte* un chistoso diálogo en que el gracioso Monzon esplica á su modo los primores y adelantos de los parisienses de aquel tiempo; dicen pues asi:

Monzon....... Ya que no me has preguntado,
Inés, á fuer de criada,
el chisme de mi jornada
ni lo que en Francia ha pasado,
yo, que rabio por decirlo
te llamo á la relacion.
Inés........... Estímolo yo, Monzon,
y hago lugar para oirlo.
Monz.......... A la corte del francés
vienen naciones remotas,
y todos se calzan botas
en la cabeza y los piés.
Inés.......... Cómo es eso?
Monz......... Yo imagino
que es contra los frios treta,
en los piés son de baqueta
y en la cabeza de vino.
Anda el brindis á porfía
haciendo un alegre trueco
lo de Candia con lo Greco
lo del Rhin con Malvasia;
y cuando ya la cabeza
anda por dar de través,
se arrojan, sacando piés,
un socorro de cerveza.
Al español por mil modos
le pretenden derribar,
pero suelen encontrar
con quien los derriba á todos.
Al entrar á una hosteria
dice una gabacha hermosa:
¿cual qué cosa? ¿cual qué cosa
volete su señoria?
Aqui está el pavo, el faisan,
el capon, el francolin,
la vitela de Esterlin,
el chorizo de Amsterdan,
el pernil de Algarrobilla,
la lamprea del Rhodano,
el formache Parmesano,
la aceituna de Sevilla;
y apenas yo la replico',
cuando al asador clavada
sale una perdiz asada
con un limon en el pico:
uno por aquí: anda apriesa
otro allí dice: volando,
y sin saber cómo ó cuando
me hallo sentado á la mesa.
De suerte es su proceder
y su cortesana arenga,
que harán comer á quien tenga
poca gana de comer.
Yo, que siempre la tenia
abierta de par en par,
con dejarme regalar
pagaba su cortesia.
¡Paris, lugar de los cielos,
solo eché menos en él
aquella fuente de miel
y el árbol de los buñuelos!
Inés........... ¿Y eso se da sin dinero?
porque de tu relacion
lo que importa mas, Monzon,
te dejas en el tintero.
Monz.......... No, mas no es tan grande el gasto
como lo es en otras partes:
con tres sueldos y dos liartes,
comerás á todo pasto:
mas tambien te sé decir
que es su ingenio tan delgado,
que todo lo que ha sobrado
hacen que vuelva á servir:
y con no poco trabajo
zurcen de un pollo el alon
á las piernas de un sison
ó á las pechugas de un grajo:
y forman un ave entera
con todos sus adherentes
mas de cuatro diferentes
linajes, como primera, etc.

Algo de esta chistosa descripcion pudiera aplicarse á contestar metafóricamente al apasionado satírico antes citado del teatro español del siglo XVII, que tan bien supieron esplotar y acomodar á su cocina los primeros ingenios de aquella nacion.

Las comedias de Cubillo no fuéron impresas en coleccion de tomos ó partes, y sí sueltas, y alguna de ellas atribuida á otros autores, como *La del Señor de noches buenas*, que se incluyó entre las de Mendoza. Solo el mismo Cubillo publicó diez (que son las que van señaladas en el catálogo) en el libro de poesias varias que dió á luz en Madrid en 1654 con el estraño título de *El Enano de las Musas*: en él se encuentra un poemita no escaso de mérito titulado *Las cortes del Leon y del Aguila*, y muchas composiciones sueltas, dirigidas á diferentes magnates y sobre varios asuntos, algunas curiosas por revelar circunstancias que dan alguna luz sobre la vida del autor á falta de otras noticias de que absolutamente carecemos; pues los biógrafos no nos han trasmitido mas que la de que fué natural de Granada; pero de dicha obra se infiere que siguió la carrera forense, y que tal vez no siéndole en ella favorable la fortuna, se dedicó esclusivamente á la vida de poeta; se vino á Madrid, donde se hallaba á la mitad del siglo, siendo obligado surtidor de versos y alabanzas á los reyes, á su poderoso valido, á los grandes y magnates, cosa que si no hace grande honor á su fama, le producia por lo menos para mantener á su numerosa familia; pero oigámosle en algunos trozos de dicha obra, y él nos revelará estas circunstancias, no sin cierto chiste y naturalidad. Dice en el prólogo:

Lector, yo soy *un ingenio*
de fortuna (Dios delante),
que para uno y otro agüero
no es menester mas achaque.
Hiciéronme conocido
cuando muchacho las clases,
cuando jóven las audiencias,
cuando adulto los corrales.
Y para ser desgraciado
en aquestas tres edades,
la mayor maña que tuve
fué buscar los consonantes.
Hice versos (Dios nos libre),
Hice coplas (Dios nos guarde);
que de cien comedias, ¿quién
sino Dios podrá guardarme?
Ciento corrieron fortuna
en España á todo trance,
donde la mosqueteria
es milicia formidable.
Perdonóme muchas veces
en medio de los embates
de Lopes y Calderones
de Velez y Villaizanes.
Que no hay bala despedida
del salitre, que se ignale
á la censura de aquellos
que hilan el mismo estambre, etc.

Esto mismo de *mas de cien comedias* que habia dado al teatro, lo repite despues mas sériamente en la dedicatoria de este libro; pero á nuestros tiempos no ha llegado noticia mas que de las que abajo damos como suyas.

Mas adelante, é interpoladas con las diez comedias ya dichas, inserta el autor multitud de composiciones mas ó menos apreciables, todas laudatorias del Rey Felipe IV, de las reinas Isabel y Mariana, del conde-duque, del almirante de Castilla y de otros magnates, en cuya recompensa cifraba á lo que parece el pobre Cubillo su esperanza; pero tan resueltamente y sin rebozo, que á continuacion de un soneto (por cierto bien mediano) que dirigió á la reina Doña Mariana de Austria, y que hubo de darla, segun él mismo cuenta, ***en la carrera de Atocha un sábado por la tarde***, estampa un romance y unas coplas pidiendo al rey (que parece fué quien lo cogió al vuelo de las manos del autor) el premio de dicho soneto, premio material que no se hizo esperar mucho, segun vemos en otra composicion inmediata, en que dice:

«Yo escribí un epígrama ó un soneto
Corto en lo numeroso y el conceto,
A la feliz estrella
De la reina de España, augusta y bella.
Díle en su mano al rey, y agradecido
(Como si cualquier cosa hubiera sido),
Atento á su decoro,
Volvió á la mia la respuesta en oro.
Por *catorce renglones*
Me dió su majestad *quince doblones*:
¿Qué mas hiciera un lince
Que brujulear catorce y ganar quince?»

Esto prueba la humilde posicion de Cubillo entre los poetas que figuraban en la corte de Felipe, su modesta ambicion y escasa ventura. A la verdad que no era indigno de otra mejor el autor de las dramáticas creaciones de Mudarra y de Bernardo, y el poeta que sabia espresar una idea filosófica en versos como los del siguiente soneto que le inspiró un retrato suyo:

«Agradece al pincel ¡oh sombra vana!
Tanto esplendor, que á breve lienzo fia,
Exento á la cobarde valentia
De aquel que huyendo, mi verdor profana
Hoy me parezco á tí, mas no mañana;
¡Dichoso tú que naces cada dia,
Y el tiempo no podrá con su porfía
Poner en tí una ruga ni una cana!
¡Dichoso tú que el curso fugitivo
De su voraz carrera despreciando,
Siglos apuestas á vivir no vivo!
¡Y sin ventura yo, que siempre dando
Cada paso á la muerte, fugitivo
Sé que no vivo, y muero no sé cuándo!»

R. de M. ROMANOS.

COMEDIAS

DE D. ALVARO CUBILLO DE ARAGON.

* Amor (el) como ha de ser.
Amazona (la) de España y mas hidalga hermosura.
Añasco (el) de Talavera.
Bandolero (el) de Flandes.
Casados (los) por fuerza, y ejemplo de desdichas.
Conde (el) de Saldaña, primera y segunda parte.
Conde (el) de Irlos.
Corona (la) del agravio.
* Desagravios (los) de Cristo.
Entre los sueltos caballos.
Ganar por la mano el juego.
* Genízaro (el) de España y rayo de Andalucía, primera y segunda parte.
* Honestidad (la) defendida, ó Elisa Dido, reina de Cartago.
* Invisible (el) príncipe de Baul.
Justo (el) Loth.
Mayor (la) venganza, honor.
Manga (la) de Sarracino.
Mejor (el) Rey del mundo.
Mentir por razon de estado.
* Muñecas (las) de Marcela.
Muerte (la) de Froilan, auto.
Nuestra Señora del Rosario, auto.
Perderse por no perderse.
Perfecta (la) casada, prudente, sábia y honrada.
Rey (el) Seleuco en Asia, auto.
* Señor (el) de noches buenas.
* Tragedia (la) del duque de Berganza.
* Triunfos (los) de San Miguel.
Vencedor (el) de sí mismo.

ISLAS DE FERNANDO PÓO Y ANNOBON.

ARTICULO TERCERO.

Concluida la segunda misa salió D. Luis Cayetano de la iglesia, y volviendo á convocar nuevamente al capitan Mor, al sacristan y demás principales del pueblo, volvió á exigirles que hiciesen juramento de fidelidad al rey de España, amenazándolos que sino lo hacian por bien lo harian por mal; y para intimidarlos mandó á la tropa que estaba en la plazuela que cargase las armas. Apenas vieron esto los isleños, se alborotaron creyendo que los iban á asesinar. El sacristan *con mas presencia de espíritu*, diz la relacion original, *de lo que era de esperar de un negro*, dijo al comisario portugués que si querian matarlos allí estaban, y dando gritos á sus compañeros, acrecentó el alboroto, al cual siguió una procesion de mugeres, particular por su aparato y circunstancias. Formaban dos ó tres filas, unas con crucifijos, otras con cruces grandes de madera, otras con imágenes de santos, y la mayor parte con calaveras y huesos de difuntos. Llegadas á la iglesia, hincaban la rodilla con ademanes y contorsiones propios de la ignorancia y supersticion; y retirándose despues á una eminencia que estaba cerca, volvian con mas santos, cruces y calaveras que la primera vez.

El portugués quiso dejar á los españoles que se entendiesen como pudiesen con esta confusion, y aproximándose á D. Joaquin Primo de Rivera le dijo:

—Mi comision está desempeñada; lo demás corre de vuestra cuenta.

Sorprendido D. Joaquin de semejante resolucion le respondió:

—Aun no lo está; mi soberano me ha encargado que tome posesion de la isla sin hostilizar á sus habitantes, y yo no puedo quedarme aquí á menos que hagan el juramento al rey de España, segun lo dispuesto por vuestra reina.

Llamó entonces D. Luis Cayetano al sacristan; y ¿qué repugnancia encontrais, le dijo, en reconocer al rey de España?

—Señor, de nada vale que yo y el capitan Mor lo reconozcamos, si el pueblo no hace lo mismo.

—Intimádselo y decidle que el rey de España y el de Portugal son hermanos.

El sacristan hizo al pueblo un breve discurso, cuyas cláusulas le fué dictando el comisario portugués. Reinaba gran silencio en la asamblea, y viéndola este tan tranquila, le hizo preguntar si reconocian al rey de España.

—No! no! contestaron entonces á voces todos los circunstantes, haciendo la misma demostracion negativa con la cabeza, los brazos y las contorsiones de todo su cuerpo.

—Insistís en vuestra negativa? volvió á preguntar el sacristan obligado por el comisario portugués.

—Insistimos, contestaron todos; la isla es muy pequeña, ¿para qué la quieren los españoles? No tiene bueyes, vacas ni puercos, ni otros frutos que puedan escitar su codicia; y sobre todo, es nuestra y no consentirémos que nos la quiten los blancos.

Aburrido D. Frey Luis Cayetano volvió á las naves, y con él los castellanos y portugueses. Encargó al sacristan y capitan Mor que deliberasen con los habitantes, en la inteligencia de que dentro de pocas horas enviarian por la respuesta; y para que esta fuese favorable, dejó en la poblacion uno de los capellanes, hombre sagaz y á propósito para el intento. D. José Varela llenóse de disgusto con las noticias anteriores, al considerar que despues de los trabajos que habian sufrido desde su llegada al golfo de Guinea, no conseguian aun ver puestas en planta las ideas de su soberano. Mandó luego que los botes atracaran á tierra, preparando la artillería para saludar la bandera del rey al tiempo que se arbolase en la poblacion, cuya diligencia quedó hecha para el dia siguiente por si las cosas mudaban de semblante; tambien previno un convite para obsequiar á los comisarios, pero en circunstancias tan amargas, le pareció imprudente convidar al portugués. Este fué á las dos de la tarde á su fragata á darle satisfacciones de lo sucedido, y á asegurarle que los isleños se reducirian por bien ó por mal. Varela le reconvino ágriamente sobre el fraude con que habia procedido la corte de Lisboa en los tratados de paz, aparentando unos derechos á las islas de Fernando Póo y Annobon que no tenia, y que solo habian existido en la mente del señor Gomez Ferreira, digno por esta causa y por los falsos informes dirigidos al ministro de Portugal, de severísimo castigo; á lo cual no sabiendo qué responder, pretestó para marcharse que tenia que hacer en su buque.

La venida del capellan que por la mañana se habia quedado en tierra, dió algunas esperanzas de mejor éxito, pues dijo que habia sido bien tratado de los negros, y que habia conferido el bautismo á gran número de personas, y puesto en libertad á dos mugeres falsamente acusadas de hechicería: añadió que en cuanto á la entrega, el pueblo estaba dispuesto á recibir á los españoles á pesar de algunos sediciosos que se opo-

nian por ignorancia ó por capricho. A pesar de oir Varela todo esto de boca del capellan, no se atrevió á darle entero asenso, en vista del poco respeto que manifestaron los isleños á las órdenes del gobierno portugués: no obstante, quedó esperando el resultado para salir de tanta confusion.

El 29 á las ocho de la mañana bajó á tierra acompañado de D. Joaquin Primo de Rivera y del comisario de Portugal, llevando para su seguridad un destacamento de 25 hombres de marina, y otro de 15 de tropa de ejército que iba en la *Soledad*. Salió á recibirlos el capellan de la fragata *Nuestra Señora de Gracia*, y los fué guiando hácia la iglesia, donde estaban repicando las campanas; pero entorpecian el paso gran multitud de hombres y mugeres que se interponian, manifestando con sus gritos y amenazas la repugnancia que les causaba el que entrasen en la poblacion. Al frente de la iglesia habia un féretro con cinco calaveras en cada ángulo, y otra en medio; y mas adelante muchos huesos de difunto en una estera de palma, y muchas luces en candilejas hechas de coco. El señor Castro, incomodado con tal espectáculo, mandó inmediatamente á los marineros de su bote que llevasen á la playa el féretro y la estera de palma; pero los habitantes corrieron á estorbarlo, y lo consiguieran á no detenerlos los fusiles y bayonetas de la tropa que se habia formado en la plazuela de la iglesia. El alboroto fué creciendo por momentos: las mugeres seguian formando sus procesiones, besando con frecuencia los huesos y calaveras que llevaban en las manos. ¡Estraña ceremonia que manifestaba la grosera supersticion que tenian hácia sus manes aquellas gentes!

D. Luis Cayetano de Castro, irritado de ver que no bastaban las razones para contener á los alborotados, sacó la espada y dió varios golpes á cuatro ó cinco que parecian los magnates, y los oficiales y soldados, tambien á su imitacion, fiaron á las armas la persuasiva. Los jefes españoles eligieron un medio opuesto. Llevaba D. Joaquin Primo de Rivera un cajon, que le entregó el rey, con sartas de abalorios, medallas, cruces, espejos y otras fruslerias de esta clase, y D. José Varela dos barriles de aguardiente, dos rollos de tabaco del Brasil, y 60 piezas de tela de benin, que de su cuenta habia comprado en San Tomé, con el objeto de hacer algunos regalos á los isleños, á fin de granjearse por este medio su aprecio y su amistad. Todos estos objetos se les pusieron delante instándoles á que tomasen lo que quisiesen, y tal fué su teson, que ni aun á aquellos que dos dias antes se habian embriagado en la fragata de Varela, se les pudo hacer beber una copa del aguardiente.

Entraron españoles y portugueses en la iglesia á implorar los favores del cielo: se dijo una misa, y concluida se renovaron las proposiciones: tambien fué infructuoso: los gritos desaforados de la multitud ahogaban las voces de los que hablaban. Ciego de cólera el capellan portugués pronunció contra ellos un anatema, y por su propia autoridad arrojó á los infiernos la isla y los isleños, diciendo: *Deito ao inferno, homes, mulheres é a ilha tuda.* Mas no se aterraron por eso y siguieron acusando á S. M. Fidelísima de tirana é injusta, por haber cedido á los españoles una isla en que no tenia dominio alguno, y preguntaban á estos por qué no iban al Príncipe y San Tomé que ocupaban los portugueses. Al oir esto el señor Castro acudió á ellos con espada en mano, de cuyas resultas huyó á los montes el capitan Mor, y no volvio á parecer. Tambien huyó el sacristan, pero cogido por un criado de Don Luis Cayetano que lo presentó á su amo, fué maltratado por este con gran escándalo de los negros, que clamaban: El *¡sacristao! sacristao ministro de Deus!* pero á pesar de este sentimiento y de que se hallaban armados de piedras y cuchillos, no hicieron demostracion alguna ofensiva. Llevó D. Luis á la puerta de la iglesia al sacristan, é instándole á que redujese al pueblo, el astuto é hipócrita negro se puso de rodillas diciendo: Señor, yo nada valgo; si quiere matarme, máteme; moriré por nuestro Señor Jesucristo, dominador del cielo y la tierra. D. Frey Luis Cayetano, viendo que no se podia sacar de él ningun partido, tomó la determinacion de dejarle.

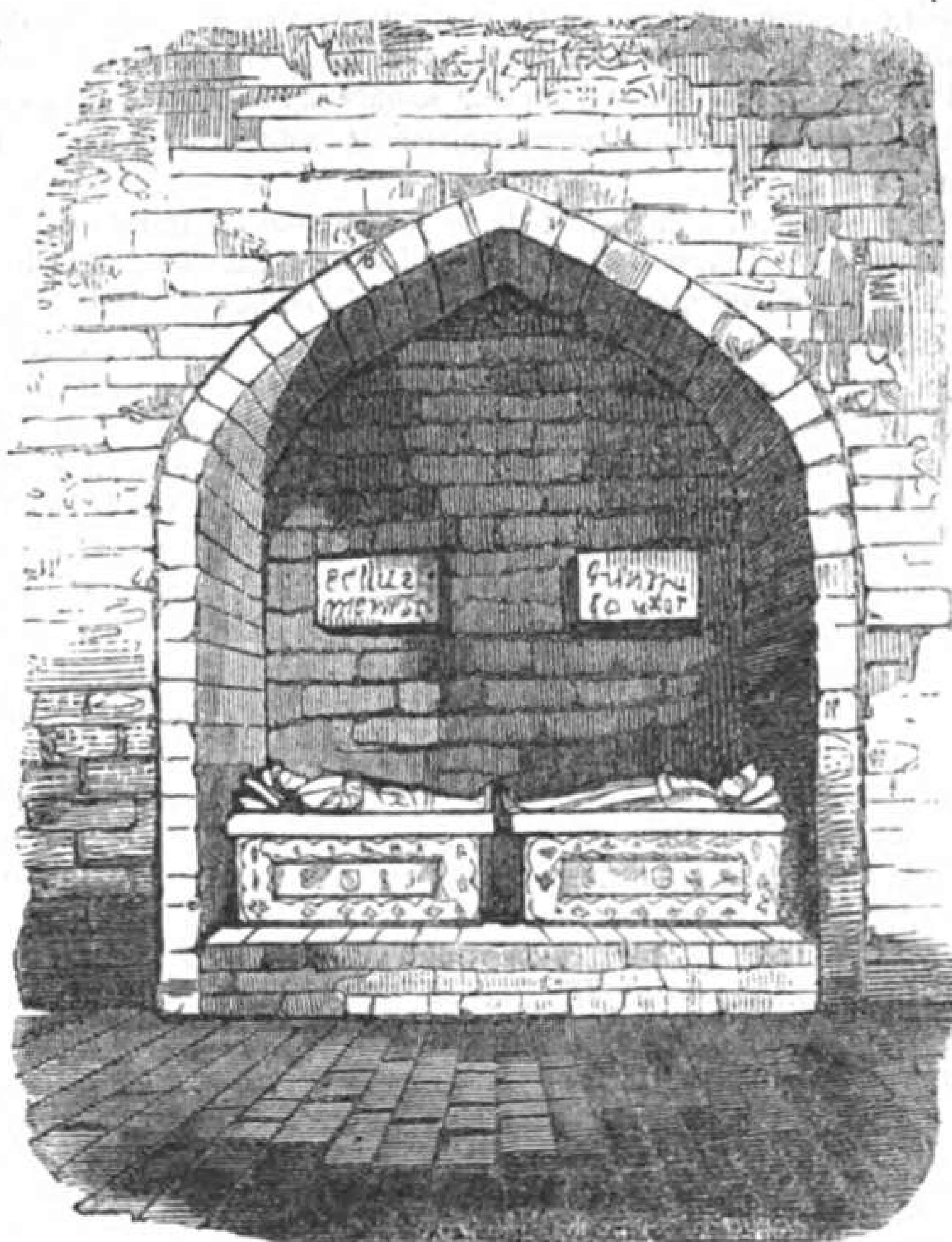
Los jefes españoles diéronse por satisfechos de las diligencias que el comisario portugués habia hecho; pero no siéndoles posible tomar posesion de la isla, respecto á que los habitantes negaban pertenecer á la jurisdiccion de Portugal, volvieron á bordo. A tiempo de embarcarse vieron una ceremonia repugnante y ridícula, con que las mugeres solemnizaban su victoria, haciendo escarnio de los portugueses; y fué acudir á la playa, y lavándose muy bien desde la cintura para abajo, presentarles las espaldas, y volverse corriendo á la poblacion. El comisario portugués hizo arrestar á los mas sediciosos de los isleños; pero persistiendo estos con franqueza y resolucion en que el rey Fidelísimo no era monarca, sino solo protector de la isla, los puso luego en libertad, porque no le gustaba oir estas verdades. Con esto creció la audacia de los negros: apedrearon al capellan de la fragata *Nuestra Señora de Gracia*, á un oficial y ocho soldados que por órden suya estaban en tierra; y para castigar este atentado, disparó contra la poblacion algunos cañonazos. En fin, Varela y Primo de Rivera conocieron la inutilidad de nuevas tentativas, y determinaron que la fragata del mando de aquel, diera la vuelta á España á enterar al rey, y la *Soledad* quedase en la isla de San Tomé hasta nueva órden, con la tropa, artilleria y pertrechos.

Como habian quedado en buena correspondencia con el comisario portugués, le manifestaron su resolucion, y el la aprobó, y les dijo que tenia determinado ir a la bahía de Todos-Santos á carenar la fragata, que hacia 80 pulgadas en 24 horas, y á remediar las averías que habia causado el rayo en el palo mayor, despues de lo cual volvería al golfo de Guinea, á ver qué mandaba S. M. Fidelísima hacer con los habitantes de Annobon, dignos por su rebeldía de riguroso castigo. Hablaron entonces de los artículos reservados que habia en la instruccion que el ministro de Marina de España habia dado á sus comisionados. En ellos se decia que los portugueses conducirian al gobernador y D. José Varela á los puntos de la costa que espresaban los artículos, y pasaron un oficio al comisario portugués, preguntándole qué tenia dispuesto su corte sobre el particular, á lo que contestó con un certificado concebido en estos términos.

«D. Frey Luis Cayetano de Castro, caballero profeso en la religion de San Juan, capitan de navío de S. M. Fidelísima, certifico: que salí de Lisboa con órden de hacer viaje al golfo de Guinea, para entregar las islas de Annobon y Fernando Póo al comisario del rey Católico, y regresar á aquel puerto luego que esto se verificase.»

Hecho esto volvieron á San Tomé, donde quedó el señor Primo de Rivera, y Varela partió para España. El manuscrito original hace una relacion de su viaje; pero ¿para qué hemos de cansar á nuestros lectores con un minucioso diario de navegacion? Baste saber que despues de tres meses de haber salido de la referida isla, llegó á Cádiz el dia 5 de marzo de 1779.

E. F. DE NAVARRETE.



Las tumbas de Matallana.

Vaga entre las nebulosas tradiciones de la antigua *tierra de campos* una figura imponente y misteriosa, preocupando la imaginacion del vulgo con fantásticas reminiscencias. Revestida con esa poesía vaporosa que circunda los horizontes de lo pasado, flotante entre los romancescos prestigios de la antigüedad caballeresca, el prisma del tiempo y la óptica de la fantasía la prestan desusadas proporciones y un colorido indefinible de arcano y de ilusion. Pudiera ser comparado este deslumbrador efecto al de las sombras de la linterna fantasmagórica, que cuanto mas se alejan del lienzo visual, mas crecen y se desarrollan en resplandor y magnitud.

Cada pais tiene por consecuencia algunas de estas sombras en la cámara ardiente de su imaginacion. En España es muy comun esa poetizacion de las figuras históricas; porque nosotros tenemos en las venas sangre de los primitivos pueblos del Norte, y alli, en las selvas de Escandinavia, entre las rocas del Tirol, y por las márgenes del Oder,

se muestra el genio espiritual de la leyenda y de la poesía feudal. Por eso la literatura alemana siempre conserva ese sello sombrío y romántico, ese velo misterioso y fascinador. Goethe y Hoffman cifran en este punto toda su psicología, el tipo de su nacionalidad. Si entre nosotros ha quedado esa tendencia á lo ideal, dentro de límites menos exagerados, débese á causas escepcionales. El clima, el temperamento, la naturaleza del país, la mezcla de razas y dominaciones, el humor nacional y otras varias, neutralizaron los efectos de la incardinacion germánica. Pero la civilizacion árabe, la fusion insensible de su existencia con la nuestra, y mas conforme que la teutónica con el genio brillante y ardoroso carácter de esta nacion, fuéron acaso el mayor contrapeso al fantasmagorismo aleman. Verdad es que la inspiracion Oriental y la Septentrional son dos cosas tan opuestas como su significacion topográfica. Aquella se compone de esferas de luz, alcázares de cristal, vergeles de mágica decoracion: y esta no tiene mas que lagos silenciosos, montañas melancólicas, escenas de niebla y de vapor. Las dos influyen á su vez sobre nosotros; pero contrastándose mutuamente, ninguna nos llegó completamente á asimilar. Por eso no somos fisiológicamente ni del todo árabes, ni del todo germánicos. No somos esto, porque, como dice un poeta contemporáneo, los fantasmas vaporosos del Rhin se deshacen al sol ardiente del Tajo, como la nieve de sus montañas. No somos lo otro, porque el principio metafísico del Cristianismo nos eleva sobre el sensualismo asiático. Tenemos pues algo de ambos elementos, que fundidos felizmente forman un nuevo tipo, tan apasionado como espiritual, tan brillante como profundo.

Así nos esplicamos la propension de nuestro pueblo á poetizar las añejas reminiscencias. De ahí, á nuestro ver, los cuentos y consejas de las gentes sencillas, que perpetúan bajo romancescos atavíos las huellas de la tradicion. Basta que entre la remota penumbra de los siglos asome el perfil indeterminado de algun actor memorable en el drama del mundo, para que la imaginacion popular le matice con apasionado y quimérico colorido. Por eso en las nocturnas veladas de nuestros *campesinos*, se repite en son de misterio y admiracion el nombre histórico de D. TELLO DE MENESES. Porque la sombra centenaria del antiguo *señor del Infantazgo*, descuella solemnemente sobre la tradicional lontananza del país.

Si con nosotros hubiera el lector atravesado las melancólicas llanadas de los *Campos Góticos*, y sentádose á reposar en el ribazo de una heredad, probablemente habria oido al crédulo labriego alguna aventura novelesca, en que aquel opulento prócer desempeñara bizarro papel. Parad sino al pié de aquel blanquecino alcor, y preguntad á la anciana campesina que cruza la tortuosa vereda, cúyos fuéron aquellos descuidados torreones, y la escuchareis murmurar el nombre misterioso del ilustre castellano con un acento sentimental. Y si la caida del crepúsculo os sorprende junto á sus desmoronados hogares, vereis á los pastores alejarse de aquellos restos inertes de falaz grandeza, como si entre sus sepulcrales paredones resonase el eco de la eternidad.

No es estraño. EL SEÑOR DE MENESES fue, tiempo há, el primer blason de *Campos*, y aquella grandeza refleja vagos destellos sobre la distante posteridad. Y estas desconocidas ráfagas alumbran los monumentos de su poder, cual metéoros melancólicos que velan la olvidada tumba de su magnífico señor. Y el castillo de Montealegre, colocado á corta distancia de su monástico panteon, parece un sarcasmo acerbo contra la vana aspiracion de las pompas de la vida!...

D. TELLO PEREZ DE MENESES, DE SAHAGUN, DE LEON DE CAMPOS, SEÑOR DE MENESES, DE VILLANUEVA, SAN ROMAN, POBLACION, CARRION, CABEZON, PORTILLO, MOJADOS, CELA Y RIVAGORZOS EN EL ALFOZ DE CEA, SEÑOR DEL INFANTAZGO DE MATALLANA Y DE MALAGON, es la primera figura histórica de las crónicas de *Campos*. Tuvo asiento su casa solar en la villa de Meneses, cabeza del *Adelantamiento de Campos Godos*. ¡Coincidencia singular! ¡Llevar el señorío el mismo sobrenombre del señor! ¿Le tomaria este de aquel? Nos inclinamos á sospecharlo.

Pero no busqueis al campesino prócer en sus derruidos palacios ni en sus solitarias fortalezas. Buscadle en aquella tumba antiquísima y glacial. ¡Venid, descended conmigo desde los alcores de la murada Villalva al humilde valle, donde alza su severa mole el monasterio de Matallan, á la sombra de los añosos negrillos y pomposos fresnos, que guarnecen su dórica portada, que baña con perezosas aguas el desconocido Mijares! En esa soledad hallareis solamente algunos pastores, apacentando sus corderos al son de sentida y rústica tonada. Entrad en ese templo vastísimo, recorred con ojos indecisos ese crucero clásico de pintorescos aljimeces, sostenido por haces de atrevidos pilares, y cuyas ojivales galerías coronan aéreas y fugitivas bóvedas. Y revistad esas líneas de tumbas centenarias, que escuchan inertes el vuelo de la eternidad. Fijaos en aquella hornacina elíptica, de sencillo aspecto y ruda decoracion. Ya lo veis! No se diferencia de las demás. Un arco apuntado, sin orla ni filete, incrustado en la sillería del presbiterio, al lado del Evangelio; y bajo este dosel de granito dos lucillos cuadrángulos, con toscas cenefas y bajos relieves en su faceta esterior, y sendos vultos berroqueños sobre la lápida sepulcral. Ahí descansa D. TELLO DE MENESES. Esa es la tumba del opulento y celebérrimo señor! Eso queda de su grandeza y su poder!...

Pulvis et umbra sumus!...

Mirad su polvorosa estatua, de toscas pero enérgicas formas, ceñido el bélico arnés, calado el ponderoso capacete, y empuñado sobre su pecho el fornido mandoble, que tantas veces vibró en los campos de victoria contra los enemigos de su Dios! Y á su lado tambien, velada de monjil tocado, yace representada por la indócil mano del feudal artista, la rica-fembra dichosa que partiera el tálamo con el regio infanzon, y que ahora comparte tambien el fúnebre honor del último reposo. Terrible compensacion!

Pero duermen entre los recuerdos de su piedad. *Matallana* es obra suya. Les cobija la sombra de su altar. Ellos prodigaron sus tesoros para erigir ese Alcázar del Cistel, en cuyas opulentas bóvedas siete siglos ha resonado la alabanza del Altísimo, y la plegaria por el magnífico bienhechor. ¡El salmo de la penitencia se habrá mezclado muchas veces al viento de la noche, en aquella sagrada y funeraria soledad!

EL SEÑOR DE MENESES no yace solo con su desposada GONTRODA en aquella necrópolis monástico-feudal. Los príncipes que tan insigne proteccion la dispensaron en vida, parece que hasta mas allá de este mundo quisieron llevar la piadosa benevolencia, pues al frente de aquel enterramiento, y en un panteon de iguales formas y circunstancias, duermen el sueño eterno el *Infante D. Alonso de Molina*, hijo del Rey D. Alfonso, y su consorte *Doña Maria Mendez*, que fué hija de *Per Alvarez de las Asturias*. Pero estos personajes, y todos los demás que pueblan los mausoleos del templo monacal, quedan olvidados ante la sombra de D. TELLO, que colosal y fantástica descuella sobre aquella melancólica mansion.

Pero el materialismo especulador tambien ha descargado su ariete sobre estas venerables memorias de la antigüedad artística y heróica. Las góticas molduras, las escultaciones primitivas del artífice germánico, han caido ciegamente pulverizadas bajo el martillo voraz del obrero mercenario. Los relieves, que eran una página viva para la historia del arte, fuéron borrados por el rústico picapedrero, para el peldaño de una escalera ó la repisa de un balcon. Las dovelas góticas han sido abismadas en los hornos de cal. Las bóvedas arrogantes, las pilastras bizarrísimas, han caido con estrépito desde la aérea altura en que las colocó el genio de las artes. LAS TUMBAS DE MATALLANA no tienen piedra sobre piedra, como las murallas de la desolada Jerusalen.

V. GARCIA ESCOBAR.

LA PROTECCION DE UN SASTRE,

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

VII.

Cuatro ó seis dias despues de la noche en que Rafael contó su historia á D. Ramon, entró este un dia muy contento en casa, fuese derecho al cuarto de Rafael, y le dijo:

—Amiguito mio, que el diablo me lleve si antes de muy poco tiempo no es V. feliz.

—¿Pues qué hay, dijo Rafael con una espresion de anhelo infantil, dejando la pluma en el tintero y levantándose de la mesa en que el pobre estaba traduciendo.

—Qué ha de haber? respondió D. Ramon, nada, sino que se me ha ocurrido un medio por el cual puede V. salir de esta situacion.

—No le veo, dijo Rafael perdiendo toda su alegria, al oir que no habia nada de positivo, sino un medio de salir de su situacion, es decir, una esperanza. La esperanza era una cosa que desde que habia visto tantas burladas, le causaba mas dolor que placer, y si hubiera podido hacer, aun cuando hubiera sido con sangre suya, una esperanza material y sensible, la hubiera hecho para tener el placer de patearla y escupirla.

—Pues yo sí lo veo, dijo D. Ramon. Ante todas cosas dígame V., Rafael, ¿está V. seguro del cariño de Inés.

—¿Y qué tiene que ver Inés ni su cariño con mis desgracias? ¡Ah! ese mismo cariño es la mayor de todas ellas... mi corazon...

—Vamos, dejémonos de corazones; responda V. á mi pregunta: ¿está V. seguro del cariño de Inés?

—Si señor, bien ¿y qué?

—Allá voy, señorito, allá voy, vamos por partes. Y dígame V. ¿si V. quisiera casarse con ella, querria ella casarse con V.?

Quedóse un rato suspenso Rafael, y por fin dijo:

—Hasta ahora no se me habia á mi ocurrido otra cosa mas que amarla.

—Nada tiene eso de particular, porque á V. no se le ha ocurrido nada bueno en toda su vida; pero ahora que se me ha ocurrido á mí, ¿dígame V., se casaria V. con ella?

—Eso es imposible, señor D. Ramon.

—Pero si fuera posible, ¿se casaría V. con ella?

—Yo la quiero con todo mi corazon...

—Pues bien, ahora es necesario que la quiera V. tambien con la cabeza, y trate V. con mucho juicio de casarse con ella. Ella es rica, ¿no es verdad?

—¡Señor D. Ramon! eso es indigno de mí, yo jamás...

—Pues, señor D. Rafael, quede V. con Dios, y puesto que es V. un niño incorregible y empeñado en ver otro mundo del que hay, con su pan se lo coma, y no vuelva V. á fastidiarme con sus quejas.

Hizo un movimiento para marcharse D. Ramon, y Rafael le detuvo diciéndole:

—¿Pero no conoce V. que por mas que yo quisiera seguir su consejo, me es absolutamente imposible en mi estado actual?

—¿Y cuál es ese estado, criatura? le dijo con cariño D. Ramon.

—¡Cuál es! respondió Rafael echándose á sí mismo una ojeada; mi estado actual es este, el de no tener mas que este traje, el de no tener nada de lo necesario para salir de casa, como no sea por la noche, y aun así hay momentos en que al ver mi sombra, se me enciende la cara de vergüenza bajo el embozo sucio de mi capa raida. ¡Mi estado actual es este! ¡este! ¡este! el de estar desesperado cuando no me olvido de él; el de estar desesperado ahora que V. me lo recuerda! ¿Y quiere V. que así vuelva á ver á Inés? Quieré V. que así la pida en matrimonio, para que me den en su lugar una limosna, y tenga yo que aceptarla, porque á eso voy, á pedir una limosna! ¡y nada mas que á pedir una limosna! Nunca, nunca lo haré; no puedo hacerlo; mi corazon que la adora, es un corazon bueno, generoso, un corazon que me haria seguirla, si ella fuera desgraciada, al través de todas las miserias de la vida; pero un corazon que jamás la seguirá en su felicidad, á costa de tener que olvidar sus sentimientos purísimos para acordarse, ni por un momento, de la mas despreciable de todas las cosas, de la riqueza.

—V. es un niño que se exalta por cualquier cosa, le dijo D. Ramon con cierta severidad desdeñosa. Nada de todo eso que está V. ahí diciendo viene al caso, y estoy yo tan lejos de aconsejarle á V. eso, que por el contrario, solo en gracia á los sentimientos nobles que V. ha manifestado, le perdono la ofensa que me ha hecho, suponiendo en mí ideas que ni jóven ni viejo he tenido, ni tengo, ni tendré jamás. Pero dejemos esto, que ha sido en V. un olvido de que yo soy tambien un caballero, y hablemos sin acalorarnos.

—Señor D. Ramon, le dijo Rafael, que habia escuchado con una satisfaccion indecible las sosegadas palabras del buen militar; nunca he creido yo que V. pudiera aconsejarme nada indigno de V.: mis palabras iban dirigidas á mí mismo, á mi mala suerte, y quisiera poderle á V. probar en lo que le estimo para...

—Ea, dejemos eso, dijo D. Ramon volviendo á su estado de calma benigna, y apretando la mano de Rafael. V. es un jóven bueno, noble, todo lo que V. quiera; pero tiene V. un defecto, y es que por falta de esperiencia no mira V. por todos sus lados las cosas, antes de juzgarlas buenas ó malas. En este caso estamos ahora precisamente. Lo que yo le he propuesto á V., tomado como V. lo ha tomado, es todo lo malo que puede ser; pero hay otros lados por donde mirarlo, por los cuales no se presenta con tan sucio aspecto. Escúcheme V. y verá cómo tengo razon. El amor que V. tiene á Inés es generoso, es grande, es todo lo que V. quiera, pero todo esto está á mi favor, porque no sé yo qué es lo que va V. á hacer de tanto y tan buen amor, si V. no se casa con la muger á quien así ama. El simple amor, amiguito mio, es decir, el amor no mezclado con una porcion de cosas de que se hace el matrimonio, es acaso el amor menos simple; pero le sucede lo que á los perseguidos por la justicia, que siempre tienen que andar ocultándose, si no quieren ser molestados por los varones justos. Hay además de esto en este amor una parte muy grande de pecado, y no creo yo que á sabiendas, y por quitame allá esas pajas, vaya V. á indisponerse con la corte celestial, cuando tan fácil le es á V. hacerlo todo bien con arreglo á las leyes divinas, que, aunque sin el visto bueno de Dios, son tenidas por auténticas, como publicadas por su apoderado de negocios. El mejor modo pues de dar giro á ese amor es el que yo le propongo á V., es el de casarse con Inés. Para esto no necesita V. humillarse ni cometer ninguna bajeza, ni cosa que lo valga; no necesita V. sino decidirse á acometer una de las mas grandes empresas que el hombre acomete, decidirse á tener una muger por inseparable compañera. Esto además es para V. un remedio como otro cualquiera; enfermo hay que tiene que llevar toda su vida una cataplasma en el estómago. Siento mucho que le repugne á V. este lenguaje, pero esto lo digo porque pudiera muy bien suceder que V. tuviera alguna repugnancia al matrimonio. Desengáñese V., Rafaelito mio; este es el único medio de que V. consiga ser feliz, tanto espiritual como corporalmente. Es necesario que dejándolo todo á un lado se case V. Qué diablos! ¿No quiere V. á esa muchacha? Si V. no la quisiera, entonces habria bajeza en casarse con su dinero, pero amándola de todo corazon, ¿tiene V. mas que no acordarse de nada sino de su amor? Dígame V. ¿si V. fuera rico y ella pobre, no se casaria V. con ella?

—Mil veces! respondió Rafael con entusiasmo.

—Pues entonces, prosiguió D. Ramon, ¿dónde está la bajeza?

—Pero bien, dijo Rafael mordiéndose las uñas, aun cuando mis sentimientos sean los mas nobles, en el estado en que estoy, ¿no tendria razon el mundo para desconocer su pureza?

—Del mundo, querido mio, espere V. de todas maneras mil injusticias, y haga V. todo lo posible por no ser pobre, porque sino, no solamente será con V. injusto, sino que añadirá á su injusticia la crueldad mas refinada.

—Al fin, señor D. Ramon, dijo Rafael, como queriendo terminar la conversacion, hay además de todo esto una razon, que será pequeña y todo lo que V. quiera; pero que me sujeta, y que me forzaria á renunciar á todas las felicidades del mundo. Antes de presentarme yo á Inés con esta facha, me dejaria ahorcar cien veces. Para llevar amor á una muger es necesario que vaya rodeado de ricas telas, elegantemente perfiladas, y envuelto en una nube de delicadísimas esencias; pero así como yo estoy, lo que se la inspira á una muger es desprecio, y nada mas que desprecio, porque no estoy bastante destrozado para inspirar compasion.

—Yo quiero, dijo D. Ramon, que sea verdad lo que V. dice, que tambien puede ser mentira; pero dígame V., ¿y si pudiera llevar su amor envuelto en todas esas zarandajas?

—Eso es imposible.

—Pues no hay nada mas fácil. Oigame V. Si yo tuviera dinero, desde luego se lo daria á V., pero no le tengo, y lo único que puedo darle es buenos consejos, y un medio que se me ha ocurrido para salir de todas estas dificultades.

Pues, señor, al pasar hoy por una calle, ví que se apeaban de un lindísimo landó, una lindísima muger y un barbarote de un muchacho de unos veinte y seis años, mas feo que Picio, y mas innoble que los lacayos. Desde luego me chocó el contraste que hacian con las delicadas formas de la muger, los abultados y torpes miembros del hombre, que iba echando á perder con su sudor, un riquísimo traje, que perdia todo la elegancia de su forma, inutilizando los desvelos del desventurado sastre, al caer sobre el molde antisocial de aquel zoquete. Figuréme que aquella desigual pareja serian marido y muger, y siguiendo mi camino, iba pensando en una porcion de cosas concernientes al matrimonio y al amor, y á la brutalidad y á la fealdad que van en coche con la elegancia y con la hermosura. Como siempre que pienso en el trastorno de la sociedad, me acuerdo de VV. desde que sé su historia, se me vinieron al momento á la imaginacion ahora tambien sus aventuras. Empecé comparando la figura de aquel bruto con la de V., y de aquí fuí sacando consecuencias, hasta que vine á parar en la consideracion de que llevándole V. á aquel bárbaro feliz, todas las ventajas que puede llevar un arcángel á una rana, estaba V. sin embargo condenado á envidiar su coche, su muger y sus galas. ¿Es posible, me decia yo á mí mismo, que mientras el pobre Rafael está metido en casa muriendo de fastidio y de inaccion, ande por ahí un bárbaro como este, autorizado con su frac para parecer caballero? Esta idea del frac me trajo á la memoria el amor que V. tiene al lujo, y el odio con que mira á esa desgraciada levita. Y en verdad que el mayor disparate que V. ha hecho ha sido vender toda la ropa.

—Cuando la vendí, dijo Rafael, mi único pensamiento era el dinero, y aunque despues conocí que la ropa es poco menos necesaria, para andar por el mundo, que las piernas, y pude haber mandado hacer mas al mismo sastre que me habia hecho aquella, con quien ya tenia yo derecho para contraer una deuda, por haberle hasta allí pagado puntualmente; sin embargo, no lo hice por temor á las trampas, que están opuestas á mi carácter. Pero volviendo á nuestro asunto, á la verdad que no sé en qué puede venir á parar todo eso que V. me cuenta.

—Paciencia, señorito, que á mí me gusta mucho ser ordenado en todas mis cosas, y por nada de este mundo cambiaria yo mi lógica. Todo esto viene á parar, en que de resultas de haber visto á aquel hombre tan feo y de tan mal tono, que merced á su dinero, tenia sin duda en la sociedad todo lo que en ella se puede tener, es decir, trato de gentes, una muger bonita y medios de trasporte, cosas todas despreciabilísimas para mí, que tengo, esto que se llama trato de gentes, por un castigo del cielo, porque no nací para mercader, y en este trato como en todos solo se trata de comprar y vender como en las ferias, donde hay trato de bestias, sin mas diferencia que la de ser allí comprados y vendidos caballos, mulas y otros animales, y hacerse todas estas cosas en el trato de gentes, con hombres, que para el caso es lo mismo. Para mí, como iba diciendo, que aborrezco el trato de gentes, para quien las mugeres feas ó bonitas no pasan de ser unos chismes inútiles, no valen nada todas estas cosas, que son una especie de antojo de embarazada para

algunos hombres, como V. por ejemplo. De resultas pues de haber visto á aquel hombre, que tenia todas estas cosas contra todas las leyes de la naturaleza, vine á deducir que V. podia tenerlas con justicia, y que para ello no le faltaba á V. mas que dinero. Al momento me acordé de los amores de Inés, que tenia lo que á V. le faltaba. Si logra casarse con ella, pensaba yo, cosa que no es dificil puesto que ella le quiere y es casi dueña de su voluntad, porque á una tia y á un tutor, ó se les compra, ó se les da un puntillon en caso necesario, ya tenemos á Rafael fuera de todas sus desgracias y en su puesto. No crea V. que dejé de pensar en todos esos inconvenientes que V. ha encontrado, porque le conozco á V. y le quiero de veras. Me puse pues á pensar en el medio de que en todo esto no hubiera para V. mas que amor. Despues de mil reflexiones, hallé que lo peor de todo era que V. estaba separado de la sociedad en que se habia V. colocado al principio, sociedad que por lo mismo que era alta y poderosa, no le servia á V. de nada, ahora que V. estaba muy bajo y muy débil; porque es la sociedad una especie de cuerda tirante, que cuanto mas alta está, mas fuerzas necesita el pobre titiritero para bailar en ella. Medité un poco sobre esto, y hallé que en la sociedad de V. la fuerza mas poderosa, el balancin indispensable para guardar el equilibrio, eran unos cuantos trapos, cortados de este ó del otro modo, y acomodados sobre el pobre cuerpo humano, que desnudo y por si parece que no vale cosa. Entonces me di á mi mismo la razon de cómo V., á pesar de todas sus disposiciones y facultades, habia venido á caer, rompiéndose el alma, desde su tabladillo, habiéndose imprudentemente quedado sin ropa, sin balancin para guardar el equilibrio y seguir haciendo sus piruetas en la cuerda en que bailaba. Lo mismo le sucedió á un aprendiz de volatin de que nos habla una fábula. Los aprendices de todas las cosas siempre son confiados, como ignorantes que están de lo que una causa mezquina puede valer en su arte.

No hay cosa en este mundo que no esté enlazada esencialmente con alguna pequeñez; y si así sucede, qué se ha de hacer, paciencia y barajar. Razon tiene V. para impacientarse: verdad es que estoy un poco pesado, pero este es mi carácter, y además quisiera yo enseñarle á V. á meditar un poco mas sobre todas las cosas, y á no ser tan ligero de cascos.

Pues, señor, como iba diciendo, al momento conocí que estaban enteramente cortadas todas las comunicaciones entre V. y su sociedad. Vea V., quién lo diria? por la simple falta de ropa! A este muchacho, me decia yo, no le falta ni carácter, ni querida, ni amigos, ni protectores le faltarian tampoco, si su orgullo no necesitara ir protegido por un frac, para no estar ni un punto mas abajo, á su parecer, que aquel que le protegiera. Maldito orgullo! pero al fin, le tiene, y es necesario ver cómo con él y todo le sacamos adelante. Me parece que no puede V. pedir de un viejo como yo sino que transija con las faltas que hay en el carácter de V. Pues, señor, sabido ya todo esto, me di el parabien de haberlo averiguado, y al momento se me ocurrió que era sencillísimo el medio de que V. volviera al mundo á tentar fortuna, pues aunque le falten á V. todos sus amigos, tiene V. la otra esperanza de su querida, y si le falta á V. todo, entonces quiere decir que está V. predestinado á ahorcarse, y en ese caso se ahorca, y Cristo con todos, que para eso no le ha de faltar á V. proteccion; al contrario, la tierra, el cielo, y sobre todo los hombres, le convidarán á V. amablemente á hacerlo del modo que V. encuentre mas suave, y mas blando, y mas regalado. Pero yo tengo esperanzas de que hemos de lograr nuestro objeto. No hay mas que hacer sino ponerse muy majo, y con esto, y con lo que su desgracia, que es gran maestra, le pueda haber á V. enseñado, aprovechar el tiempo, y no dejar que la cabeza se vaya á pájaros, sino sujetarla á que piense en una sola cosa, y obligarla á que aplique toda la energía que pierde en una porcion de pensamientos vagos y aéreos, á un objeto macizo, con su correspondiente latitud, longitud y profundidad, capaz por consiguiente de peso y medida, como lo es el matrimonio, que es en lo que yo quiero que piense V. ahora. Para esto hay la fortuna de que ni aun tiene V. que acudir á su antiguo sastre, que puede que por no mandarle hacer nada sin poderle pagar á tocateja, fuera V. todavia tan niño y tan pobre hombre que anduviera dudando, sin pensar en que al bienestar de un hombre como V., pueden sacrificarse sin remordimiento de veinte á veinte y un mil y quinientos sastres, con todas sus familias, herederos y sucesores.

Yo creo que rebajado el pico, hay justicia en lo que dice D. Ramon. Apuradamente nunca pagarán estos malos cristianos lo que hacen padecer al mundo con sus equivocaciones, con sus enmiendas, con sus mentiras y con sus cuentas, que son tan exorbitantes y tan disparatadas como las del Gran Capitan al Rey Católico, que merecia mejor por su mezquindad y real ingratitud estas pesadas bromas de su generoso caudillo, que no un pobre parroquiano, de su sastre, que nada ha hecho por él sino hurgarle, medirle y cincharle, y otra porcion de judiadas, sin darle reinos ningunos, sino tormentos, rabietas y sinsabores. Estoy de tan buen humor, que si no fuera porque tengo gana de concluir el cuento, que ya me va á mi mismo fastidiando, habia de poner aquí una especie de legislacion escepcional, con la cual creo yo que se conseguiria que los sastres sirviesen mejor á los hombres.

No quiero personalidades, y así advierto que si algo malo digo de los sastres, no es de los sastres presentes, sino del ente moral sastre, pues ni por el pensamiento puede pasárseme hablar mal de los sastres vivos, entre los cuales confieso que hay quien tiene tanta y tan merecida reputacion, que apenas la aumentara aquí mi pluma, entregando los nombres célebres, con mi obra, á quien los quiera coger despues de salidos por las yo no sé cuántas bocas, de las yo no sé cuántas trompetas de la fama, prostituta indecente que se vende de mil maneras, y que ahora se venderá con el cuerpo de mi cuento, que es este cuadernillo, en las mismas librerias en que él se venda: y digo el cuerpo, porque el espíritu quedará en mi poder para no venderle nunca, ni con fama, ni por separado.

¡Oh tú, Utrilla, querido sastre mio! Recibe la enhorabuena que te doy de tus poco comunes talentos! Bien sabe el mundo elegante cuánta es tu superioridad en el arte, al resto de tus compañeros! Y bien sabe Dios que á ponerte á la cabeza de todos, no me mueve á mi el amor de parroquiano, no, muéveme solo el amor á la justicia que debe hacerse á tu mérito intrínseco. ¿Quién posee como tú el secreto de que la ropa se ciña al cuerpo como... cómo diré yo? Pero teniendo esta entonacion algun carácter poético, creo que no haré mal en decir etc., etc., etc., se ciña al cuerpo como la yedra al olmo. ¡Tú, que con esto logras que las piezas salidas de tu taller, tengan toda la elegancia que en tus artísticos sueños imaginas, sin el amaneramiento que tanto se opone á la verdadera elegancia! ¡Tú, en fin, tú, á quien yo ahora me dirijo, tú eres casi el bello ideal del sastre! ¡Tú te has hecho superior á este siglo en que se está cerniendo el porvenir del mundo: este siglo que no hace mas que prometer sin cumplir; y separando tu causa de la de todos tus compañeros, que mienten con el siglo, que los envuelve en su marcha, así como á los gobiernos, que tambien van envueltos como los malos sastres en los embustes de la época; separándote del siglo, de los sastres y de los gobiernos, cumples tú religiosamente tus palabras, portándote como debes y sin atender á mas!

Pero, ¿qué puedo yo decir de tí, famoso Utrilla, que no se haya dicho ya en los pocos salones que en la corte tenemos, donde se introduce el delicado y pulcro espíritu tuyo, que reside en todo cuanto corta tu angelical tijera, sobre los cuerpos de los pocos elegantes que tenemos en la corte? Allí es donde absolutamente reinas, y donde por unanimidad y sin contradiccion eres respetado como rey del arte.

Sabe, amigo mio, que no á todos los reyes les sucede lo mismo; pero es sin duda porque no presentan al público obras tan buenas y tan acabadas como las tuyas.

Adios, Utrilla, adios; que á quien con justicia pueden tributársele las anteriores alabanzas, no he de ir yo á ponerle el pequeñísimo defecto de que por vanidad y despreciándole, no quiere poner en su corona el floron bellísimo que podia añadirla, si cortara él mismo con cuidado, los tan necesarios y por él tan desatendidos pantalones.

Tambien de ti me acuerdo, caro y carísimo Rouget; pero sigue vendiéndote caro, que bien lo merecen tus ricas telas, y yo entre tanto me vuelvo á mi cuento, que por desatendido estoy viendo que me va á salir como los pantalones, en que Utrilla no se interesa.

(Continuará.)

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

JEROGLIFICO.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.



LA VUELTA A LA ESCUELA.

El sol inunda las praderas con sus brillantes resplandores; las aves gorjean en la espesura y las abejas revolotean de flor en flor, libando su perfumada sustancia.

Peters no ha podido resistir á tan repetidos encantos: separándose del camino de la escuela, con su hermanito Williams, se ha metido en los senderos inmediatos á los trigales, y atravesando el riachuelo, se entretiene en buscar nidos entre las ramas, mientras Williams solo se ocupa en coger flores.

Sus esfuerzos obtienen por fin la merecida recompensa, porque acaba de sorprender el asilo de un gorrion que ha huido chillando. Dueño de su presa, empieza por la destruccion, como todos los conquistadores, y destroza el musgo y esparce la lana de que se compone el albergue de la futura familia. Los huevos verdosos se encuentran ya ensartados en una larga paja, y nuestro vagamundo se aleja rápidamente, como un soldado cuando vuelve del merodeo.

En medio de sus placeres furtivos, se ve acosado por el temor y por el remordimiento. La campana de la iglesia ha sonado ya, recordándole que debe volver á la escuela. Piensa en el enojo de la maestra, en el descontento de sus padres y en la doble responsabilidad que ha contraido por su falta y por la de Williams. Su primera audacia desaparece, y en su rostro se revela la inquietud: apresura el paso, vuelve á atravesar el camino y llega á la escuela.

Su corazon palpita con mas fuerza, se adelanta rozando la pared y con la mano en el sombrerete, semejante al culpable que quiere disminui: su falta por medio de la humildad.

Los dos hermanos se deslizan hasta la puerta: el gato está acurru-

cado en el dintel: la maestra, al paso que toma las lecciones, se rinde al calor del dia, y... acaba de quedarse dormida.

Peters atraviesa paso á paso la escuela, se sienta en los últimos bancos, coloca su sombrero y los huevecillos de gorrion, abre el libro y hace como que estudia.

Inútil subterfugio! Se despertará la maestra y será preciso sufrir algun castigo.

Acéptalo, Peters, por tu hermano y por tí, porque ese es el principio de la vida. Debes alegrarte si aprendes desde tus primeros años que una falta no puede permanecer oculta mucho tiempo, y que la astucia se humilla ante la espiacion.

Mas tarde buscarás con ánsia los placeres y tal vez sacudirás el yugo social. Pero la esperiencia te hará prudente, y conocerás que en todas partes y en todas las épocas de la vida, el hombre encuentra una maestra de escuela, á cuyo castigo no puede sustraerse, y que esa maestra se llama Ley, Opinion Pública ó Conciencia.

ISLAS DE FERNANDO PÓO Y ANNOBON.

(Conclusion.)

ARTICULO CUARTO.

Enterado el gobierno del resultado de su espedicion, trató de entrar en nuevas negociaciones con los isleños de Annobon, que no tuvieron otro recurso que darse á partido. Ahora querrán los lectores que han tenido la paciencia de seguirnos en nuestra larga narracion, que les digamos cuál es la posicion de estas islas, cuál su estension, su clima y sus productos, y qué ventajas pensaban sacar los españoles de su ocupacion y dominio. Satisfaremos esta curiosidad con la mayor brevedad posible.

La isla de Fernando Póo es la mas grande del golfo de Guinea, y la mas bien situada para hacer el comercio del Calabar, del rio del Rey, del rio de Camarones, del rio de Campo y del rio de San Bento: el número de habitantes ascendia á tres ó cuatro mil, sin contar multitud de esclavos fugitivos del Príncipe y San Tomé, que se habian establecido en la parte meridional: unos y otros vivian en los montes, y mudaban de domicilio cuando lo juzgaban conveniente.

Los portugueses no tenian mas derecho á esta isla que el de descubridores, porque nunca se habian establecido en ella ni hecho comercio con sus habitantes. En la banda del E. de la isla, hay una escelente ensenada, donde fondeaban los ingleses, franceses y holandeses cuando iban allí á comprar *yame* para los esclavos, en cambio de hierro, cascabeles y otras bujerías; pero los naturales no gustaban de ver á los estranjeros en la playa y mucho menos penetrar tierra adentro. Los habitantes tienen un dialecto particular que no le entienden los de las otras islas del Príncipe y San Tomé.

Segun las noticias que dieron á los españoles los vecinos de esta última isla, los negros de Annobon eran sagaces y laboriosos, el clima saludable, y la tierra producia los mismos frutos que en las islas contiguas; criaba de toda especie de ganado, escepto vacuno, y tenia cerca de tres mil personas en dos poblaciones, situada la una á la banda del E. y la otra á la del N. E. Los portugueses no tenian en ella ni establecimiento, ni fuerte, ni obra alguna que manifestase el dominio portugués, y la dependencia ó vasallaje de los habitantes, que se consideraban libres, y como tales, habian insultado años antes á una corbeta de Portugal en que se hallaba Andrés Gonzalvez, vecino de San Tomé, que estuvo en grave riesgo de que le quitasen la vida por haber hablado con un poco de arrogancia. Annobon tiene un surgidero en la banda del N. E., pero hay en él mucho fondo, poco abrigo y mar bravío.

El comercio que los portugueses ofrecian á los españoles con la adquisicion de la isla de Fernando Póo, era el de los puertos de la costa inmediata, como cabo Hermoso, rio de Camarones, rio de Santo Domingo y rio Gabon. Pero esta cesion era de pequeñísima importancia, siendo casi nulo el comercio que hacian ellos, y que los nuevos dueños podian hacer con estos puntos. En cabo Fermoso no habia establecimiento de europeos ni de gente de la costa, ni iba allí embarcacion alguna, ni se habia hecho trato de negros. El comercio de rio Camarones era tan despreciable, que apenas iban allí los ingleses (á pesar de ser suyo el nuevo y antiguo Calabar), porque se necesitaban cuatro ó cinco meses para comprar treinta esclavos: fuera de esto, la barra era peligrosa, y no se podia pasar sino en embarcaciones pequeñas, espuestas á mil accidentes de parte de los negros. El rio de Santo Domingo no existia en la costa, á no ser que tuviese otro nombre, lo cual se dudaba, porque ni en las cartas ni en los derroteros se hacia mencion de él. El comercio de Gabon era libre, y lo hacian franceses, holandeses y otras naciones. El de Lope Gonzalo estaba algun tiempo hacia en poder de un inglés llamado Mr. Gone, que se habia establecido en la isla de Bristol; era hijo del factor de Jude, y manejaba los intereses de su padre, que le enviaba remesas de los géneros de mas despacho. En sustancia, los únicos portugueses que iban á la parte de costa comprendida entre cabo Fermoso y Lope Gonzalvo, eran los habitantes del Príncipe y San Tomé. Cada una de estas islas, con dos goletas de veinte toneladas, hacian una sombra de comercio, y eso huyendo siempre de los ingleses que les sacaban los negros de á bordo, dándoles en cambio mercancías de que no podian tener salida. La bandera portuguesa era despreciada y aborrecida en la costa; ¡y los portugueses se ofrecian á conducir y dar á conocer á los españoles en ella, dándose ciertos humos de autoridad!

La isla de Fernando Póo, teniendo una ensenada en que podian parar con alguna seguridad los buques, estando cerca del Calabar y demás puntos de la costa nombrados, de suerte que era fácil aprovechar todos los momentos para la compra de esclavos, cera y palos de tinte; y en fin, siendo isla grande, que podia producir mas frutos de los que se necesitaban para la subsistencia de los habitantes, en cuyo caso seria muy posible que los tratantes de Juda fuesen á proveerse á ella, era mucho mas á propósito para el comercio que la de Annobon. Pero el comercio que podia hacerse en aquellas costas, opinaba D. José Varela no ser bastante á sufragar los gastos de los dos establecimientos, á menos que por la estraccion de esclavos se cargasen unos derechos exorbitantes, en cuyo caso pocos se arriesgarian á ir allí. Suponiendo pues que los derechos fuesen de ocho pesos fuertes, como entre los holandeses, portugueses, etc., se necesitaba la estraccion anual de quinientos sesenta y dos negros, para que el rey reembolsase el sobresueldo que se habia señalado al brigadier conde de Argelejo y á su segundo D. Joaquin Primo de Rivera, y los sueldos que se estaban pagando al factor D. Miguel de Luca, y á D. Luis Enriquez, encargado del manejo y distribucion de caudales. Incluyendo en este cálculo los salarios de albañiles, carpinteros y demás oficiales y empleados, tenia que ser mucho mayor este número; y como eso por lo pronto no podia verificarse, tenia que salir perjudicado el erario.

Si las miras del comercio se limitaban á los derechos cedidos por los portugueses, no se podia contar con ciento cincuenta esclavos cada año. El mejor arbitrio para salir de este empeño, era emprender un establecimiento en el rio Gabon, y otro en la ensenada de Lope Gonzalvo, por cuyo medio podian los españoles apoderarse de todo el comercio que se hacia allí, é irse estendiendo al S. y al N., de suerte de hacer un tráfico esclusivo. Esto aconsejaba D. José Varela, manifestando que la isla de Loros, situada en la embocadura del Gabon, estaba desierta y en muy buena disposicion para establecerse en ella, y en Lope Gonzalvo habia distintos parajes á propósito para el intento, aunque ignoraba las dificultades que podian ocurrir en la práctica, por no haber examinado el terreno por sí mismo.

Ninguna embarcacion estranjera procedente de la India llegaba á aquellos mares, sino alguna portuguesa que iba á San Pablo de Loanda, por evitar los gastos que ocasionaba la recalada al cabo de Buena Esperanza. Si en Annobon hubiese los recursos que en Loanda, tambien podian ahorrarse las embarcaciones españolas de recalar en el cabo. Las fragatas de Manila solo traian zarazas y pañuelos: si la corte determinaba que en lo sucesivo trajesen un surtido regular de los demás géneros que se necesitaban para el tráfico de negros, podia convenir que recalasen en Annobon. Pero sin tal motivo, ni esta isla ni Fernando Póo convenian para escala de los buques que regresaban de Filipinas, porque en todo el espacio comprendido entre cabo Negro y el cabo de las Palmas, reinaban constantemente los vientos del S. al S. O., con los cuales era muy difícil la navegacion del archipiélago Filipino á las costas de España, y no era justo arrostrar estos peligros, para arribar á puntos donde no habia los recursos para refrescar las tripulaciones, que llegaban al golfo de Guinea débiles y estenuadas con las fatigas de tan larga travesía.

La poca utilidad que suministraban estas islas y la insalubridad de su clima, que causó gran mortandad en los españoles, fuéron causa de que la abandonaran en 1782. Pero sin embargo de este abandono, no variaron de dominio, y así lo reconocieron los ingleses, despues de ventiladas estas cuestiones en derecho diplomático en 1827 y 28, pues el rey de España dirigió una cédula real al de Inglaterra, permitiendo que los vasallos de este monarca pudiesen establecer en ellas, espresando entre otras condiciones, que si llegaba el caso de abandonarlas, habian de quedar al dueño del terreno, el rey de España, los establecimientos, edificios y obras que se hubiesen hecho. El deseo que los ingleses manifestaban en establecerse en estas islas, era por vigilar sobre sus tratados de la abolicion del tráfico de negros; pero despues tambien las quisieron abandonar.

D. Ricardo Dillon se dirigió últimamente en Lóndres al ministro de la corte de España D. Juan Vidal, solicitando su intervencion para con su gobierno, á fin de autorizar por escrito al señor Juan Becroft, agente de la cámara de Lloyds en la isla de Fernando Póo, donde tenia á su mando ciento veinte voluntarios bien armados y disciplinados, para ayudar á proteger el comercio lícito y justo, y cuidar de dicha isla,

impidiendo que se haga guarida de piratas, traficantes sin principios, hasta que el gobierno de España tuviese por conveniente hacer allí un establecimiento.

Vial remitió esta esposicion al señor ministro de Estado, añadiendo que Dillon habia asegurado que el gobierno inglés tenia intencion de abandonar aquella colonia, por no serle de utilidad alguna; pero que seria ventajosa á los españoles, por servir de escala á los buques que se dirigian á las Indias Orientales, porque abandonada la isla de Fernando Póo por los gobiernos europeos, seria una guarida para buques negreros y piratas, ó caeria en poder de las repúblicas americanas, con daño grande del comercio español. Si estas razones fuesen fundadas, añadia el señor Vial, podia aprovecharse de ellas el gobierno de España, al entablar las negociaciones sobre la ampliacion del tratado para abolir el tráfico de negros que deseaba el gobierno británico.

Pidióse informe á D. Martin Fernandez de Navarrete, el cual dijo que en la secretaría de Estado debian existir todos los antecedentes de este asunto, para poderle resolver con acierto en la parte diplomática; que por lo que concernía á la marina, estaba conforme con el señor Varela y con los otros oficiales y pilotos, en que no son á propósito dichas islas para escala de nuestras navegaciones al Asia y á la América Meridional, y que serian gravosas al erario estas colonias con solo este objeto.

E. F. DE NAVARRETE.

VERSOS DE FELIPE IV.

Hay en la historia literaria y politica de España una constante tradicion de que el rey Felipe IV rindió culto á las musas, y que escribió muchas comedias, encubriendo su nombre y dignidad bajo el modesto título de *un ingenio de esta corte*. Pero son tantas las que hay impresas de este modo, que todas no pudieron escribirse por aquel monarca. Asi es que los críticos no han tenido pruebas para puntualizar cuáles son y cuáles no las que se deben á la pluma de Felipe IV. D. Antonio Gil y Zárate, en sus *Lecciones de literatura española,* manifestó que entre las atribuidas á este rey, era una de gran mérito intitulada *Dar la vida por su dama y el conde Essex*. Con efecto, ediciones hay de esta comedia en que se dice obra de *un ingenio de esta corte*. Pero hay otras en que se afirma ser escrita por *D. Antonio Coello*. Este Coello compuso con Calderon, con Roxas, con Velez de Guevara y otros autores notables del siglo XVII, muchas obras dramáticas.

No sé si la aficion de Felipe IV á la poesía fué engendrada por sus maestros, ó nació en él naturalmente. Y digo esto, porque el infante D. Carlos, su hermano, que se crió con él, tambien escribió versos. Una de las mejores de sus poesías empieza así:

O rompa ya el silencio el dolor mio,
O salga de mi pecho desatado,
Que sufrir los rigores de callado
No puedo yo ya mas aunque porfío.

Así empieza un soneto que trae Gracian en su *Agudeza y arte de ingenio*, y que Sedano puso en el *Parnaso español* como obra de Carlos II el Hechizado, escrita siendo príncipe. Con tanta ligereza hablaban de las antiguas obras nuestros eruditos.

Poco se conserva de los versos líricos de Felipe IV, y entre lo poco hay unas décimas que compuso para llorar la muerte de su muger Isabel de Borbon, terminando cada una en el título de una comedia. Esta curiosa poesía es como sigue:

Murió la Reina, oh pesar!
¿cómo no acabas mi vida,
si no al golpe de la herida,
de mi tormento al penar?
Sin duda me quieres dar
á entender, que aunque en el suelo
sin alma quedé y consuelo,
tengo vida en que vivir;
porque llegue á discurrir
Lo que son juicios del cielo.

Si gozas eterna vida
con aumentos de mas gloria,
no atormente á mi memoria
de tu ausencia la partida.
En calma esté suspendida
mi pena sin exhalarse:
cobre para mitigarse
mi pasion alivio, pues
faltar á mis ojos es
Mudarse por mejorarse.

Que el deberte lo afianza
la fe que nunca depongo,
porque católico pongo
solo en Dios la confianza.
No pierda, no, la esperanza
mi amor, de que su desvelo
amante logre su anhelo;
porque vivo confiado,
que hemos de ser lado á lado
Los dos amantes del cielo.

Para despues de la muerte,
tengo amor qué dedicarte;
que no me obliga á olvidarte
lo que me obligó á perderte.
Leal siempre he de quererte,
sintiendo el golpe fatal
que fué la causa total
de tu ausencia; con que doy
bastante indicio que soy
El amante mas leal.

Abismo es mi corazon
entre el amar y el sentir,
sin que morir ó vivir
pueda de una ó de otra accion.
El sentir me da ocasion
para vencerme á mí mismo;
el amar, del parasismo
me vuelve, y consuelamé
ver en tanto abismo, qué
Tambien se ama en el abismo.

Sentir y amar se ha de ver
en mi incesable porfía;
porque firme la fe mia
á uno y otro ha de atender.
Al llanto no ha de esceder
mi amor las demostraciones;
porque saben mis pasiones
amando y sintiendo igual,
dividido en cada cual
Cumplir dos obligaciones.

Antorcha mi amor constante
siempre á su vista lució;
porque tu forma le dió
materia á su luz bastante.
Tanto que aunque estás distante
en mí brilla su fulgor,
sin eclipsar el rigor
del riesgo en que me quedé
á mi firme amor, porque
En riesgos luce el amor.

En mi pecho has de reinar
contínuamente asistiendo,
y cuanto fueres pidiendo
al punto he de ejecutar.
Que aunque en distinto lugar,
mi bien, te veo asistir,
mandar puedes y pedir
á tu anhelar y querer,
que en tí solo se ha de ver
Reinar despues de morir.

Mas témplese ya el disgusto
que á todas horas me aqueja,
que no halla alivio la queja
adonde no encuentra el gusto.
Con la voluntad me ajusto
de Dios, sin formar querellas:
gocen dél tus luces bellas
y cesen mis ojos ya,
que si porfío, será
Oponerme á las estrellas.

Pero imposible es, Dios mio,
que la parte de mortal
deje de sentir el mal
que me causó su desvio.
Si no es que tú, en quien confío,
antídoto superior,
le das remedio á el rigor
que hace mi pena insufrible;
porque solo á tí es posible
Hacer remedio el dolor.

Depongan la seriedad
mis sentidos en tal caso,
llorando en fúnebre ocaso
de mi esposa la beldad.
No use de la majestad
mi pecho en pena tan dura;
todo se haga á la ternura
que fué mi esposa querida,
y es prenda para sentida
La mas hidalga hermosura.

Se halla en un códice de la Biblioteca Provincial de Cádiz, y hasta ahora ha estado inédita.

Por ella se comprenderá el ingenio de aquel monarca que empeñó á España en guerras temerarias contra Europa, y de las cuales ningun fruto provechoso sacó nuestra patria.

Todos contra nos y nos contra todos era el proverbio que usaba Felipe IV. No hay duda en que su talento político corria parejas con su talento literario, y que España no puede gloriarse del uno ni del otro.

ADOLFO DE CASTRO.



D. Antonio de Solís.

D. Antonio de Solís y Ribadeneyra, hijo de D. Gerónimo de Solís y de Doña Mariana de Ribadeneyra, ambos de familias ilustres, nació en Alcalá de Henares á 18 de julio del año de 1610. Sus padres por la prontitud con que aprendió á leer y escribir, y por la agudeza de sus chistes, le dedicaron á la carrera de las letras. Desde su patria, en donde estudió las humanidades y la dialéctica, pasó á Salamanca, en cuya universidad cursó no sin aplauso la jurisprudencia. Pero como naturaleza le habia criado para poeta, esta prenda, llamando ya su cuidado desde la mas temprana edad, le movió en la de diez y siete años á componer la comedia de *Amor y obligacion*, que fué del público muy bien recibida: y amenizaba con esta recreacion la austeridad de los estudios mayores; como conociese luego que solos ellos, segun de ordinario se toman, no bastan para sacar ciudadanos capaces de servir con utilidad y lustre á su patria, á los veinte y seis años se dió á la ética y política con el aprovechamiento que todos sus escritos testifican. No le faltaba mas para comparecer en el mundo político, que el apoyo de algun Mecenas de los que todavia en España hacian gala de apreciar las letras, y luego le halló en D. Duarte de Toledo y Portugal, conde de Oropesa, virey que fué de Navarra y Valencia, y presidente de Castilla. Este ilustre caballero, cuyo nombre será inmortal por D. Antonio de Solís, le hizo su secretario, y debió de proporcionarle la honra de serlo del señor Felipe IV, que le añadió la gracia de oficial de su primera secretaría de Estado; y aunque por hacer favor á un deudo suyo le cedió esta plaza, generosidad que tendrá pocos ejemplares, la reina madre volvió á nombrarle en el año de 1661 oficial de la misma secretaría, y le hizo además cronista mayor de Indias por muerte del erudito Antonio de Leon Pinelo. Sin duda fué hasta aquella época cuando escribió las comedias y demás poesías publicadas con su nombre, que siempre serán apreciadas por la agudeza de pensamientos y cultura del estilo. Y por lo que hace á las comedias, fuera de que la del *Amor al uso* guarda admirablemente el carácter de este drama, y se ajusta mucho á las reglas prescritas por la naturaleza y el arte, y de que la *Gitanilla de Madrid* siempre será escuchada con placer; todas manifiestan el elevado y culto ingenio de su autor, que de los hombres mas doctos fué tenido justamente por el mejor poeta de su tiempo, sin que se le conozca igual en el feliz uso de los chistes y los equívocos. En medio de estos aplausos renunció de todo punto á los ocios poéticos, tanto que no fué posible obligarle á concluir una escelente comedia que dejó empezada, porque ya su piedad le hacia aspirar á otra vida mas perfecta. Así á los cincuenta y siete años se ordenó de sacerdote, y tuvo despues en todo una conducta muy conforme á esta vocacion, y al esmero con que se propuso servir su empleo de cronista. Verificando, pues, las grandes esperanzas que el público habia concebido, en 1684 sacó á luz su *Historia de la conquista, poblacion y progresos de le América Septentrional*, conocida por el nombre de la Nueva España: elogio elocuente, y digno del esclarecido héroe á quien se dedicaba. Porque como las hazañas de Hernan Cortés no estuviesen escritas segun su merecimiento para durar eternas en la memoria de los hombres, D. Antonio de Solís se propuso revestir su relacion de los adornos y gracias de que revistió Quinto Curcio la de los hechos de Alejandro, para que como ella fuera con gusto leida en todas las edades. Asique la *Historia de Méjico*, sin carecer de aquella elegancia y agudeza, ni de aquella facundia en las oraciones, que granjeó tanta celebridad al historiador del grande Alejandro, se aventaja en la copia de reflexiones políticas y morales, profundas y oportunas. Propúsose escribir segunda parte, y aun el título mismo lo exigia; pero la muerte atajó sus intentos en 19 de abril de 1686, á los setenta y cinco años y nueve meses de su edad. Fué de buena presencia, alto, y bastante grueso. En su trato fué afable y modesto, y aunque amante del retiro, no por eso de humor adusto, sino alegre y esparcido; y sobre todo fué muy tierno y buen amigo, como lo testifican sus cartas. Yace en la iglesia del monasterio de San Bernardo de la corte de Madrid, en la capilla de Nuestra Señora del Destierro.

LA PROTECCION DE UN SASTRE,

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

D. Ramon, que hablaba á Rafael de que no necesitaba mandar hacer la ropa á su sastre, siguió diciendo asi:

—Afortunadamente tengo yo un amigo, á quien nunca hubiera conocido acaso si mi desgracia no me hubiera traido á vivir á este zaquizamí, y este justamente es el que nos ha de servir mas que todos los amigos que hemos V. y yo tenido en nuestros buenos tiempos. En el piso principal de esta casa vive un buen viejo, con quien yo he contraido casi intimidad de resultas de ser vecinos. Es un buen hombre, que ha sido sastre, y que cuando se ha hecho rico ha dejado el taller á un hijo suyo, y él se ha retirado á vivir independiente con su buena muger á esta casa, que es suya, donde estan los dos tan á sus anchas y tan contentos como nosotros en un palacio. Yo con mis tres galones y todo, les he hecho algunas noches la tertulia, y me he sentado á su brasero, que por mas señas es mejor que el nuestro. Son unos buenos viejos, muy honrados, muy temerosos de Dios, y yo le aseguro á V. que he pasado muy buenos ratos en su salita abrigada y adornada con sus escaparates del Niño Jesus y de la Divina Pastora en los rincones, con su mesita de nogal con embutidos en medio, con su reloj de pared sin caja, y con su sofá y sus sillas antiguas de damasco encarnado. Algunas veces les he envidiado en medio de la paz que allí reinaba, y solo me he consolado con el pensamiento de que los tres éramos tres pobres viejos. Pues, señor, con estos viejos, por la parte que tengo de viejo, he hecho tan buenas migas, que todos tres nos queremos como buenos amigos. El señor Lucas y la señora Josefa, tienen casi su vanidad en ser amigos del señor coronel D. Ramon, que es para ellos un hombre muy llano; y el señor coronel D. Ramon los quiere tambien mucho, y habla pacíficamente con ellos del bueno y mal tiempo, de las cosechas y de otras cosas asi. Los niños y los viejos se hacen muy pronto amigos: los unos empiezan la vida y buscan con quien pasarla, los otros la acaban y se reunen fácilmente como buenos compañeros de viaje. A mi buen amigo el señor Lucas pienso recurrir ahora, y estoy

seguro de que me servirá. Haré que hable á su hijo, que es uno de los mejores sastres de Madrid, y se hará V. toda la ropa que necesite, al fiado. Como tengo tanta confianza en que esto ha de producir buenos resultados, yo salgo por fiador con el señor Lucas de que V. pagará á su hijo fiel y religiosamente, cuando tenga dinero. Yo inventaré cualquiera historia, y se la contaré para que V. no haga aquí el papel del pobre. Me parece, amigo mio, que no puede V. desear mas. Entre todos los viejos de este mundo puede que no haya tres, que despues de saber lo que V. ha hecho, comprendan tan bien como yo su carácter y su posicion. Gran fortuna ha sido la de V. en dar conmigo, que puedo con todos mis años ponerme al nivel de V., y prestarle al mismo tiempo toda la esperiencia y conocimiento del mundo que á V. le faltan. Si V. despues de esto quiere seguir mi consejo, yo le ofrezco á V. mi ayuda para guiarle en el asunto del matrimonio, en el caso de que haya obstáculos que vencer. En los matrimonios, despues del amor intervienen padres, parientes, tutores, escribanos, curas, sacristanes y monacillos. V. solo tiene que entenderse con el amor, que es de lo que puede saber algo; de la otra parte positiva sé yo mas, y si fuere necesario le ayudaré á V. á burlarse de ella, con mis buenos consejos de viejo corrido.

Con atencion habia escuchado Rafael lo que el buen coronel le habia dicho, y hallando en todo ello un fondo de verdad y un cariño grandísimo de párte de quien tanto habia pensado en su provecho, por conviccion y por agradecimiento adoptó el plan de D. Ramon, y se propuso salir con sus esperanzas cuerdas, del estado á que le trajeron sus esperanzas locas.

Llamólos á esta sazon para comer, Luisa, que tenia la pobre los ojos hinchados de trabajar.

¡Desgraciados cuanto hermosos ojos negros! vosotros habiais nacido para ser agitados tan solo por el placer ó por el dolor!

VIII.

No habia pasado mucho tiempo, aunque sí con el irritante paso de la tortuga para Rafael, desde que le dejamos, cuando un dia, á eso de la una de la mañana, estaba muy afanado al espejo, viendo el modo mas elegante de juntar en un lazo las dos puntas de su corbata. Pudo lograrlo al fin, y despues de puesto un delicadísimo chaleco y un amable frac, quedó con su rica camisa de batista, porque lo que es de ropa blanca no habia vendido ni un hilo, quedó nuestro Rafael que no habia mas que pedir, ni de nobleza, ni de elegancia, ni de nada. Apenas se hubo vestido, cuando salió de casa, y dejó á su hermana leyendo, no trabajando, porque desde que habian empezado todas estas cosas, ni Rafael habia vuelto á su fastidiosa traduccion, ni habia permitido que Luisa se echara á perder, atareada en sus labores, á las que se dedicaba la pobre sin melindres, con cierta paciencia y resignacion de buen tono, pero que indudablemente la eran odiosisimas y la secaban el alma.

No dejó Rafael de notar, suspirando, el ridiculo que habia en salir tan elegante de una casa como aquella, siendo la tal casa la vivienda del elegante; pero bien pronto su disgusto se trocó en una risita jocosa y amarga, con la cual aceptaba este y otros muchos ridiculos. Tomó con esta risita el camino... ¿qué camino habia de tomar, sino el de la casa de Inés?

No fué poca la inesperada alegria que ésta tuvo al verle, comparable solo con el profundo gozo que él esperimentó.

Las mugeres no suelen tener gozos profundos; todas sus sensaciones de placer son pura alegría. Esto es lo que á mi me parece, porque lo que es de positivo, ni yo ni ningun hombre sabemos nada acerca de su parte moral. Quiero tanto á las mugeres, que no está en mis manos el no tratar de analizarlas y pensar sobre ellas, siempre que se me presenta ocasion.

Alegróse pues nuestra niña, y mientras ella en su alegría no pensaba en otra cosa sino en mirar la bonita figura de Rafael, su tia le preguntaba la causa de su tan pronta vuelta, cómo estaba su hermana, á quien ella no conocia, y otra porcion de cosas que en resumidas cuentas nada la importaban. Rafael, que ya habia pensado en todas estas preguntas, fué colocando las respuestas que habia imaginado en su lugar correspondiente, ensartando una tras otra una porcion de mentiras que era un cargo de conciencia, y entre ellas la de que habia venido solo, y que su hermana no vendria hasta despues de uno ó dos meses. Nada mas hubo de particular en esta visita, si no se quiere que deje de ser general el que Rafael é Inés, aprovechando un momento en que la tia buscaba yo no sé qué cosa por la sala, se dieron un beso suavísimo y mudo.

Si algo de malo hay en esto, que yo creo que sí, preciso es decir que Rafael tuvo toda la culpa, porque la pobre Inés, cuando quiso recordar, ya tenia los labios del atrevido muchacho sobre los suyos, y habia soltado el beso.

Salió de allí Rafael lleno de esperanzas y completamente feliz de presente. Al volver á su casa encontró á algunos amigos por las calles. Fué repitiendo á todos sus mentiras, y en cuanto al fatal secreto de su casa, solo dijo que vivia en la de un compañero de viaje que tenia casa de huéspedes; pero que era muy mala y que se iba á mudar de un dia á otro.

Mucho habia aprendido Rafael en poco tiempo de desgracia. Yo tengo para mí que si algo de cierto tiene eso que suele decirse, de que los hombres de talento son pobres, consiste en que todos los pobres son hombres de talento, como quien tan en juego tiene siempre su imaginacion para hallar recursos y espedientes de vida. Lo cierto es que Rafael, que no habia sido nunca tonto, era ahora discretísimo, y que durante una buena temporada, en que se vió precisado á desenvolver cierto carácter embrollon para salir de una porcion de apuros en que le ponia su situacion, se portó como si toda su vida se hubiera visto en ello.

Cuando entró en su casa, le esperaba con impaciencia D. Ramon para preguntarle lo que habia sucedido. Le llamó Rafael á su cuarto, porque desde un principio, con la delicadeza de su carácter, no habia querido que Luisa supiera ni una palabra de esta trapisonda, y allí le dijo todo lo que habia pasado, incluso el beso, que tantas esperanzas le daba.

Es verdad que esto se lo dijo muy de paso, así como escapado en medio de su entusiasmo amoroso; pero con todo fué muy mal hecho, y harto será que no fuera malo, como amante, el carácter de Rafael.

Fuéron despues á comer, y en la mesa, para engañar á Luisa, habló tambien Rafael de mil mentiras, que ella acaso no creia, pero que la ocultaban la verdad. En esto daba Rafael una prueba de respeto á su hermana, que le hace mucho favor, pues conocia que hay negocios que aunque nada de particular tienen para los hombres, no pueden llegar á las mugeres sin vulgarizarlas. Su hermana era una señora, y no queria él que ni aun la desgracia la rebajara de aquel rango.

Aquella misma noche vió otra vez á Inés en una sociedad, donde Rafael se divirtió todo lo que podia divertirse, porque á pesar de que él se habia decidido á cambiar de carácter en una porcion de cosas, todavía sin embargo sentia de cuando en cuando sus punzadas, de lo que Don Ramon hubiera llamado tonteria. Pero en fin se divirtió, habló mucho, se vió hasta obsequiado por sus antiguas amigas, y no contribuyó esto poco á que Inés se manifestara mas amorosa, y á que, á pesar de todos los inconvenientes, que no son pocos para los pobres amantes, delante de gente, tuvieran una conversacion que habia sido acaso la mas positiva que hasta allí habian tenido. Toda la felicidad del amor le estaba entrando á cántaros á Rafael, por los oidos, por los ojos y por el olfato, y no por los otros sentidos, porque el gusto y el tacto son mas exigentes, y no se contentan, ni con palabras, ni con reflejos, ni con aromas.

Mientras de tanta felicidad gozaba Rafael, es de suponer que el buen sastre que indudablemente se la habia dado, estuviera, *trrin trrin, tris tras*, con sus tijeras, sin conciencia de lo que hacia, ni de lo que podia hacer.

A todos los genios les sucede lo mismo.

Se acabó la fiesta, y volvió nuestro elegante y obsequiado Rafael á su pobre casa, costándole no poco trabajo escaparse á su rincon, contestando á algunos de los que con él salian, que le preguntaban:—¿Adónde está su casa de V.? ¿vamos por el mismo camino?—No, decia Rafael, no voy ahora á casa, voy...

—Pues... le interrumpian, va V. por ahí: amigo, feliz V., quién fuera como V. ¿Y quién es ella, porque Inés no será? no, pues yo le voy á seguir á V. los pasos.

Y por este órden oia Rafael otra porcion de tontísimas bromas, insípidas y sin gracia, que tanto abundan entre la gente que se llama de buena sociedad, en la cual hay cada tonto y cada impertinente y cada hombre sin educacion de caballero, que yo no sé cómo puede ser buena. Al fin lo mismo esta noche que todas las demás, logró Rafael safarse haciéndose el indiferente y huyendo como del fuego de las amistades íntimas.

Siguió haciendo esta vida una porcion de dias, siempre muy elegante, y casi casi con lujo, porque nuestra sociedad es mas pobre que la de otras partes, y con seis ó siete mil reales que importaria la cuenta del sastre, estaba al nivel del mas pintado, pues afortunadamente no se acostumbra á llevar puesto mas que un traje, y no se ha dado en la moda de llevar los elegantes dos ó tres mulos cargados detrás de sí, con el resto de su numeroso equipaje. No llevaba diamantes, ni cadenas, ni sortijas; pero ya tenia él buen cuidado de hablar, siempre que se ofrecia ocasion, muy mal de todos estos enredos, como indignos de la sencillez con que debe vestirse un hombre de buen tono.

No creo yo que los diamantes y otras cosas asi, colocadas con buen gusto, esten reñidas con el buen tono; pero todo el que no las tenga debe ser de la opinion de Rafael, porque menos le cuesta esto, que comprarlas.

Poco á poco, ó por mejor decir, mucho á mucho, fué menudeando nuestro jóven las visitas á casa de Inés, y ya lo llevaba todo muy

adelantado con ella, y á decir verdad sin haberse acordado mas que de su amor, cuando un dia, su tia, que era una de estas tias vulgares, aunque con sus pretensiones de aristocracia, le llamó aparte y le preguntó,—pregunta formulada para tales casos lo menos hace ya treinta siglos, entre la gente honrada,—le preguntó, con cierto aire de reprension, que con qué intenciones iba á su casa.

Amante ha habido que estando un poco fastidiado de la niña y de su familia, y no pensando en el matrimonio, por no mentir ha respondido la verdad, y ha dejado helado con su pecadora franqueza al virtuoso preguntante. Pregunta es esta que ha venido á importunar á mil amantes menos decididos y que no sabian cuáles eran sus intenciones.

Afortunadamente Rafael tenia sus intenciones correspondientes, y por la santidad de su fin podia confesarlas sin ruborizarse. Así es que respondió con sencillez:

—Nuestras intenciones, señora Doña Isabel, son las de casarnos.

—¿Con que ella tambien?... ¡Oh tonta de mí, que por mi indiferencia tengo la culpa de todo! Pues no! no será, no! no será! V. es un seductor!... esclamó la buena de Doña Isabel con una rabia que daba risa.

A Rafael, que estaba muy sereno, gracias á las instrucciones que D. Ramon le habia dado para esta esperada escena, le hizo mucha gracia aquello de llamarle seductor.

(Continuará.)

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.



Regadores de la India.

No existiria la agricultura en la India sin riegos abundantes y bien ordenados, de modo que el establecimiento de acequias y canales parece haber sido contemporáneo del primer cultivo en aquellas regiones. Esos auxiliares son los que hacen producir á su suelo árboles frutales, arroz, que es el alimento principal de sus poblaciones, cañas de azúcar, etc., etc.

M. Jaubert de Passa, sabio tan laborioso como agrónomo distinguido, ha reunido en sus *Observaciones sobre el riego en los pueblos antiguos*, una serie de hechos que prueban su antigüedad en la India. La ley de Manon, las epopeyas tradicionales y todos los trabajos hidráulicos sobre el continente indiano, lo patentizan igualmente, y los escritores griegos tampoco ignoraban este hecho. Diodoro de Sicilia habla de los riegos y de los canales derivados de los rios; Estrabon asegura que el cultivo del arroz exigia contínuos riegos en la Bactriana, en Babilonia y en otras regiones de Oriente, y hablando de la India añade: «Los magistrados inspeccionan los rios, miden las tierras, y tambien cuidan de los canales cerrados con compuertas, á fin de conservar el agua necesaria para los riegos y distribuirla equitativamente entre los cultivadores, como se practica en Egipto.»

En la ley de Manon se halla en efecto, entre los funcionarios notables, el *distribuidor* de agua para el riego. Tal es la estabilidad de las instituciones indianas, sobre todo respecto á la agricultura, que el *distribuidor* percibe un honorario en granos ó en tierras laboreadas.

Una inscripcion que se conserva en Bengala enumera treinta empleos superiores, entre los cuales está el superintendente de agricultura, esto es, el encargado de los canales de riego. Existia pues hace muchos siglos una organizacion regular, una jerarquía que no pertenecia esclusivamente á la India. El profeta Daniel figuró en la corte del rey de Persia como intendente de las aguas, y hoy se conservan todavia sus funciones con el título de *myr-ab*, ó príncipe de las aguas, desempeñándolas el sétimo ministro de la monarquía.

M. Jaubert de Passa refiere acerca de los cargos el hecho siguiente, que caracteriza la administracion civil de los indios:

«Despues de la guerra de los Pindarrios terminada en 1817, los paisanos se pusieron en marcha para volver á sus pueblos destruidos, llevando en triunfo á los hijos ó descendientes de sus jefes agrícolas. Llegados á su destino, cada uno de ellos, acompañado por el medidor, tomó para sí la porcion de terreno que habia pertenecido á sus antepasados, y todo se hizo sin ruido, sin contestaciones, sin la intervencion del gobierno, y en el espacio de pocos dias. Aquellos desterrados volvian de lejos, de puntos diversos, despues de una ausencia de treinta años, pero ni uno solo alegó pretensiones contrarias á los intereses comunes. El medidor encontró lotes vacantes, porque la guerra habia destruido ó dispersado muchas familias, y los jefes no quisieron venderlos, á fin de que si volvian algun dia los herederos de los antiguos colonos, pudiesen reclamarlos.»

El riego no siempre se hacia por medio de canales que conducian las aguas de los rios inmediatos. Cada pagoda tenia su recipiente para las purificaciones, pero el esceso de las aguas se aplicaba á la agricultura. Los brahmanes sacarian sin duda buen partido de estas concesiones; pero lo cierto es que la existencia de dichos recipientes artificiales era inseparable de un cultivo estenso y productivo. Los mas grandes que se conocen son hoy un don ó una especulacion del príncipe reinante: entre los demás, los hay abiertos á espensas de asociaciones, de municipalidades, de ciudades ó de provincias, y el mayor número se atribuye á fundaciones piadosas.

Manon recomienda que se abran estanques, y prohibe al rey la destruccion de los recipientes de sus enemigos; castiga con multas á los que tuercen el agua de un estanque, y manda que se ahogue al que rompa un dique. Los monumentos de Salseta tenian en sus dependencias muchos recipientes ó estanques sagrados.

Sin duda se habrá derivado de alguno de ellos, por conductos subterráneos, el hilo de agua que alimenta la balsa ó charca poco profunda representada por nuestro grabado. Provistos de un canasto que acaban de zambullir en el agua, y que sacan con una cuerda doble que forma asas flexibles, dos cultivadores se preparan á esparcir en su campo el precioso líquido. El aparato que emplean es, á la verdad, muy imperfecto, y preferirian que el riego se verificase directamente por medio de canales: tambien podrian valerse de otros utensilios. Un achicador holandés, por ejemplo, les ahorraria tiempo y les proporcionaria mayores ventajas. Pero no exijamos tanto á aquellos cuyo traje revela una simplicidad candorosa: pensemos mas bien en lo que nos falta á nosotros mismos, y en los esfuerzos que tenemos que hacer para apropiarnos sistemas de riego, que há mucho tiempo se usan en otros países, y que serian utilísimos para nuestra agricultura.

LA BALTASARA.

APUNTES HISTORICOS.

«Todo lo tiene bueno
la Baltasara;
todo lo tiene bueno,
tambien la cara.»

Así cantaba el pueblo la belleza y habilidades de la célebre actriz que figura como protagonista en el drama de los señores Príncipe, Gil y Zárate y García Gutierrez, que se ha estrenado por estos dias en el teatro de la calle de Valverde. Con motivo de ser esta obra vista de todos y de que naturalmente debe engendrar algun interés por la que le da título y asunto, nos parece no estarán fuera de propósito los siguientes apuntes, únicas noticias que nos quedan de la que fué por tanto tiempo delicias de los teatros de España, y rivalizó con la incomparable Amarilis y la *gallarda* Josefa Vaca, como la llama Lope en *Las almenas de Toro*.

A mediados del reinado de Felipe IV, reinado tan feliz para las letras españolas como desgraciado para la política y las armas, se agrupaba una tarde la muchedumbre delante de uno de los corrales de la villa, haciendo esfuerzos cada cual por traspasar las puertas, que acababan de abrirse. Cualquiera que sin conocer las costumbres de nuestro pueblo hubiese visto de lejos aquel grupo compacto de que partian tantos ayes mezclados con votos y juramentos, y en que todos se estrujaban y codeaban sin compasion por adelantar un paso, cre-

yera que allí tenia principio algun motin en que cuando menos iba á pedirse la cabeza del favorito, á quien la nacion en masa profesaba un odio tan profundo, que sin que el trascurso del tiempo haya sido parte á borrarlo, su nombre se pronuncia todavía con execracion en nuestros tiempos. Sin embargo, no era una asonada lo que atraia á la multitud: tratábase solo de oir una comedia nueva de tres célebres ingenios, cuyo solo anuncio habia puesto en conmocion al pueblo y á la corte, retirados mucho tiempo hacia de los teatros.

Dejemos á corchetes y alguaciles que se las avengan en la puerta con la muchedumbre, y entremos en el interior del corral. Lo mas escogido de la brillante corte del rey poeta llenaba las ventanas y aposentos, y henchidos de gente como ellos, aunque de menos elevada clase, gemian bajo el peso de los espectadores bancos, gradas, desvanes y barandillas, mientras que en el patio comenzaban á rugir sordamente los mosqueteros. Los vendedores de aloja, frutas y dulces, bullian por todas partes ofreciendo sus géneros, que el público compraba para entretener de algun modo su impaciencia, ínterin no descorrian la cortina, preguntando con curiosidad, entre bocado y bocado ó entre sorbo y sorbo, por la comedia que iban á representarle dentro de breves instantes. ¿Qué obra era esta que de tal manera llamaba la atencion de todos? Para que pueda comprenderse su ansiedad, necesitamos referir una historia.

Hácia los últimos años del reinado de Felipe III y primeros del de su hijo, era la reina de la escena española Francisca Baltasara, la esposa del célebre gracioso Miguel Ruiz, cómica de singular talento y belleza, que como la Bárbara Coronel y la Micaela Hernandez, representaba con igual perfeccion los papeles de damas y de galanes. Era de ver la gentileza y sin par donosura con que ora en hábito de hombre guiando por el tablado un brioso caballo echaba retos y blandia la espada, ora con arreos femeniles lloraba las ausencias de algun gallardo mancebo, á quien habia hecho dueño de su corazon. Todas las afecciones, todos los instintos, desde el salvaje arranque de cólera del soldado hasta la mas tierna y dulce espresion del amor, encontraban en ella un fiel intérprete. Era siempre el alma de la cuadrilla, y cuando por algun evento tenia que abandonarla, no quedaba quien *desempeñase sus arcas*, segun la espresion de un conocido escritor.

Pocos datos nos quedan de la vida de esta muger singular. Ajustada con su marido en la compañía de Heredia, recorrió con él las prncipales poblaciones de España, siendo en todas el asombro y embeleso de cuantos tenian la dicha de escucharla. Vino á Madrid, y es fama que jamás la mano de ningun mosquetero llevó á su boca la insolente llave, cuando ella representaba, para lanzar el agudo silbido que tanto pavor ponia en los pechos de ingenios y farsantes (1), con lo que adquirió tan gran reputacion, que no habia asiento vacío para comedia en que tomase parte. Es innegable que debió estrenar muchas de Lope, aunque no nos quede noticia de ello, sabida la amistad que unia al autor de su cuadrilla con el fénix de los ingenios de que nos habla Micer Rey de Artieda en este terceto, que tras de una invectiva contra las obras dramáticas de su tiempo, escribe:

Como estas cosas representa Heredia
A peticion de cierto amigo suyo,
Que en seis horas compone una comedia.

(1) Por este tiempo principió á generalizarse en España la invencion de los pitos y llaves, para reprobar con silbidos lo que se hallaba de malo en las comedias ó en su representacion. Puesto el cetro teatral en manos del patio, que por el mucho ruido que armaba, comenzó á llamarse *mosquetería*, y de aquí el decir mosqueteros á los que le ocupaban, gente ignorante y de clase ínfima, la escena estuvo á pique de morir. Apenas hay escritor de aquella época que no se queje de esta costumbre, distinguiéndose entre ellos el sublime y desventurado poeta D. Juan Ruiz de Alarcon, cuyas magníficas obras es fama que fuéron silbadas todas, á no ser la que compuso con Tirso de Molina. Cuando la plebe llegaba á tomar ojeriza á un ingenio, bien podia este retirarse de las letras. La contrahecha y desgraciada figura del vate de *La verdad sospechosa*, y tal vez otras causas que no nos son conocidas, inspiraban tal antipatía al pueblo, que conociendo los cómicos que esto solo era lo que hacia desagradables sus comedias, las representaban con el nombre de Lope, con lo que eran aplaudidas y apreciadas en su justo valor. De esto se queja amargamente el desgraciado poeta en el prólogo de su coleccion. En la riquísima que de nuestros antiguos dramáticos posee nuestro amigo el jóven escritor D. Diego Luque, hemos visto un ejemplar de *El exámen de maridos*, impreso á nombre de Lope, lo que prueba con cuánto motivo se lamentaba Alarcon de que sus obras fuesen *plumas de otras cornejas*.

El citado autor hace decir á Fabio en su bellísima comedia *Todo es ventura* estos versos, que copiamos porque muestran bien á las claras cuál era la situacion del teatro, dominado por las llaves de los mosqueteros.

DUQUE............ Tú, Fabio?
FABIO............ Yo en la comedia.
DUQUE............ ¿Pareció bien?
FABIO............ No señor,
con ser divino su autor;
porque si no se remedia
esta nueva introduccion
de los silbos, es forzoso
que pierda el mas ingenioso
á los versos la aficion.

A pesar de que Alarcon la llama nueva, ya Rojas en *El viaje entretenido* habla de ella, derivándola de los griegos y romanos, y lamentándose de las demasías del público.

Por mucho tiempo brilló este astro teatral en la corte, siendo las delicias de todos, la perla de la escena, como hoy seguimos llamando muchos á otra actriz no menos célebre y eminente. Colmada de laureles, adulada de los grandes señores y aplaudida del pueblo, la vida de la Baltasara era una serie no interrumpida de glorias, que podian contarse por las tardes en que trabajaba. Nada de cuanto pudiese halagar su orgullo de muger y artista parecia faltarla, cuando de repente, sin que nadie se esplicase el motivo, desapareció de las tablas, dejando libre el campo á las rivales que acababa de vencer.

Pocos dias despues de este acontecimiento, que dejó huérfanos los teatros de la corte, aparecieron en Murcia una dama de singular hermosura, en cuyo rostro se veia pintada la mayor tristeza, y un caballero de no mal parecer que constantemente la acompañaba.

La bella incógnita pasaba los dias enteros en la catedral orando ante la imágen de Nuestra Señora de la Fuen-Santa, aguardándola el desconocido de pié y algo mas retirado, pero siempre solo y silencioso. Así pasó mucho tiempo, hasta que una mañana las campanas de la catedral comenzaron á atronar la poblacion. Nadie se figuraba lo que aquello pudiera ser, y los muchos que curiosos de averiguarlo corrieron á la iglesia, supieron que una célebre cómica que por espacio de algunos años habia sido el alma de la escena española, cansada del mundo y sus vanidades, dejaba las coronas y los aplausos para retirarse á una ermita, donde pretendia concluir su vida en la penitencia, cuya santa idea celebraba con una funcion á la patrona de Murcia.

En los archivos de la catedral se conservan aun noticias de esta solemnidad religiosa, y no hace mucho existia aun un magnífico traje de tisú de oro que la dama incógnita cedió para la Virgen. Dícese que este fué el que solia vestir en una de las comedias que mas triunfos la habian conquistado. La dama y el caballero eran Francisca Baltasara y Miguel Ruiz.

A corta distancia de Murcia, pasando el risueño pueblecito de Algezares, se halla asentado sobre una elevada sierra, desde la cual se domina toda la huerta, el poético eremitorio de la Vírgen de la Fuen-Santa, al que se llega por una escarpada vereda cubierta de verdes y corpulentos árboles. Nada mas bello que aquella soledad llena de melancólico misterio, donde todo parece estar convidando á la meditacion. Cuando hayais caminado veinte ó treinta pasos por esta vereda, torced á la derecha y seguid esa senda mas escarpada aun que se presenta á vuestra vista; pasad ese puentecillo bajo el cual corre en el invierno un impetuoso torrente, producido por las aguas que se precipitan desde las montañas inmediatas, y penetrad á través de esos chopos y esos álamos blancos, que con tan dulce murmullo se mecen á las ráfagas de la brisa. Allí, tras de los árboles, cerca de esa rústica fuentecilla, se ve una grosera puerta que sin duda cubre la entrada de alguna gruta, que á la naturaleza plugo fabricar en la montaña. Hace algunos años, ningun obstáculo se oponia á la curiosidad del viajero que visitaba aquellos lugares para contemplar las estaláctitas de la cueva, y hacer su provision de melancolía con las bellas memorias que encierra: hoy, una familia de pastores la ha elegido por habitacion, lo cual tiene la ventaja de que se puedan oir de boca de esta sencilla gente las tradiciones que atesora aquella concavidad de la sierra.

Nada de notable tiene la gruta, que encierra otras dos en su seno, á no ser un nicho abierto en la roca como para colocar una imágen, y groseramente revocado con el yeso de las estaláctitas que penden de la bóveda, en el que está perfectamente estampada una mano de muger. Esta gruta se llama en el pais *La cueva de la cómica*: aquella huella es la que dejó estampada la mano de la Baltasara. Allí os señalarán dónde dormia, dónde se arrodillaba, dónde murió: allí os dirán que era hermosa como un ángel, que pasaba su vida entre los pobres y sus oraciones, y que al cerrar la tarde, cuando el sol se ocultaba en Occidente, salia á la puerta de la gruta, y apoyada contra uno de los álamos que al lado habia, contemplaba con los ojos arrasados en lágrimas el hermoso panorama que se desplegaba bajo sus piés, en que el Segura corre por medio de una deliciosa campiña, dividido en mil canales que á la vaga luz del crepúsculo parecen otras tantas serpientes de plata. Su marido permanecia á su lado siempre triste y distraido, siempre sombrío y silencioso. ¿Qué estraño misterio habia en la existencia de aquellos dos seres, que así se separaban del mundo? Nunca se ha podido averiguar.

Una mañana la anacoreta no fué á la ermita de la Fuen-Santa como solia, ni á las cabañas inmediatas, adonde siempre llevaba socorros y consuelos. Las gentes de las inmediaciones, que la veneraban como á una santa y la querian como á una madre, volaron á la gruta. En medio de ella se hallaba el cadáver de la Baltasara, cuyo rostro risueño hacia creer á primera vista que estaba dormida, desvaneciendo toda idea de terror: á su lado Miguel oraba de rodillas, ahogando los sollozos, con los ojos fijos en su muger. La tradicion asegura que las campanas de las ermitas inmediatas doblaron sin que ser humano las tocase, cuya conseja se ve tambien confirmada por el libro del cronista histriónico, que existe manuscrito en la Biblioteca Nacional.

Al dia siguiente, Miguel, despues de regar con lágrimas la tumba de su esposa, y echar una última mirada á la gruta que por tanto tiempo le habia servido de habitacion, se alejó llorando de aquellos lugares, que tan dolorosos recuerdos despertaban en su alma, para no volver á verlos jamás.

Pellicer en su *Historia del Histrionismo* dice, que la Baltasara murió en una ermita dedicada á San Juan Bautista, distante media legua de Cartagena, fundándose sin duda en lo que en la comedia que de la célebre actriz se compuso, ponen los autores en boca de su marido. Pero el nombre de la gruta y la tradicion murciana nos parece que bastarian á destruir este aserto, si la consideracion de que en el drama se trataria de ocultar el sitio donde reposaban los restos de la que murió en opinion de Santa, no fuese suficiente á destruirlo.

Volvamos á anudar el hilo de nuestra historia. Por mucho tiempo nada se supo de Miguel Ruiz. Pero un dia leyeron con sorpresa los vecinos de la coronada villa, el siguiente anuncio teatral que se veia en todas las esquinas:

LA BALTASARA.

Comedia famosa.—La primera jornada de D. Luis Velez de Guevara; la segunda de D. Antonio Coello; la tercera de D. Francisco de Rojas.

Y para mas escitar la curiosidad, corrió la voz de que el viudo de la eminente farsanta, se encargaba de representarse á sí mismo en ella. Esta era la causa que tan numerosa concurrencia habia atraido al corral, el dia á que se refieren nuestros primeros renglones.

Estraña coincidencia! Hácia mediados del siglo XVII, los teatros de Madrid arrastraban una existencia miserable por la falta de una actriz y un actor. El que entonces los dirigia, para salvarlos de su inminente ruina, llamó á tres esclarecidos ingenios, y les encargó componer una comedia en que figurase en primera línea la Baltasara. Dos siglos despues, el teatro Español moria, tal vez porque el público echaba tambien de menos alguna actriz y algun actor justamente célebres, y su director recurrió al mismo medio de encargar á tres poetas la composicion de un drama. Tambien estos eligieron á la Baltasara para protagonista de su obra, que por circunstancias especiales no se representó cuando debiera, lo que tal vez contribuye á que no agrade tanto como hubiese podido en el tiempo que fué escrita, cuando *Adriana* aun no estaba traducida al castellano. Mas parece que vamos á hacer un juicio crítico de esta obra, y eso no cumple á nuestro objeto. Dejemos el drama de los tres poetas, para decir algunas palabras sobre la comedia de los tres ingenios.

Comencemos por la portada, porque la lista de *las figuras que hablan en ella*, basta por sí sola á dar una idea del cúmulo de disparates que debe encerrar. «Personas: D. Rodrigo, D. Alvaro, El Saladino, Jafer, Un Capitan, Miguel Ruiz, El Demonio, Baltasara, Jusepa, Leonor, Un vejete.» La accion pasa en Europa y Asia, y como dice D. Casiano de Pellicer, poco falta para que sea tambien en Africa, aunque donde principalmente se representa es en el corral de la Olivera de Valencia.

Imposible nos parece seguir el desatinado argumento de esta obra, en la que bien se conoce que son tres á disparatar: baste decir, que la Baltasara que hecha una amazona se ha trasladado al Asia con armas y caballo, buscando aventuras á guisa de caballero andante, aparece casada con el Saladino frente á las muros de Jerusalem, capitaneando un ejército que pretende arrancar la ciudad santa de manos del heróico Godofredo de Bullon. En esto oye, no recordamos que voz misteriosa, que la hace reparar en sus errores, con lo que vuelve al teatro de Valencia olvidando á su marido el sultan; y de allí se retira á una ermita, donde poco despues muere, acompañándola en su última hora Miguel, y Jusepa, la graciosa de la compañía de Sotomayor.

Los estravagantes episodios de esta obra, que corren parejas con la accion principal en ridículos anacronismos, entre los cuales merece particular mencion el de hacer vivir al Saladino y Godofredo en el siglo XVII, harian que esta comedia fuese una de las peores de nuestro teatro, y que confundiésemos á sus autores con el buen Luciano, si la consideracion de ser una obra de circunstancias, hecha para atraer gente, en la que era necesario poner escenas de guerra, de esas en que tanto sobresalia la eminente actriz, no viniese á abogar en favor de los tres ingenios, que sin embargo no dejan de ser bastante culpados.

Estraño parece en nuestros tiempos el tránsito de las tablas á la ermita; pero no deberia serlo tanto en aquellos, si hemos de creer lo que de casos parecidos nos refiere la historia de nuestro teatro. Catalina Hernandez (conocida por Eufrasia Maria de la Reina), Damiana Lopez, Clara Camacho y otras muchas nos presentan ejemplos semejantes, sin que necesitemos recurrir á la superiora del convento del Valle de Utande, la madre de D. Juan de Austria, la hermosa Maria Calderon, no menos célebre por sus talentos dramáticos, que por sus desdichas y aventuras. ¿Qué estrañaremos que la Baltasara concluyese sus dias en el retiro, si casi al mismo tiempo lo hizo la muger de quien el almirante de Castilla, D. Alonso Enriquez de Cabrera escribia:

«Un fraile y una corona,
un duque y un cartelista,
anduvieron en la lista
de la bella Calderona»?

Francisca, como la hermosa Maria Riquelme, fué tenida por santa despues de su muerte; y no sin motivo se enorgullecian los actores de que esta estraña muger hubiese seguido una profesion tenida entonces por tan baja y poco digna.

Concluiremos estos apuntes con una noticia que, aunque de poco valor, no debe despreciarse donde tan pocas hay. Existen en la Biblioteca Nacional tres sátiras de autor anónimo (aunque se sospecha con motivo que sean de D. Vicente Ponce de Leon), contra las comedias, los autores y las farsantes, que parecen haber sido escritas por el año de 1649, dedicadas á D. Luis de Sarabia, yerno del presidente de Castilla, D. Juan de Chumacero, en la última de las cuales dice una muchacha á quien intentan persuadir á que desista de la idea de dedicarse al teatro, pintándole los muchos males, mala opinion y poca ventura que de esto ha de resultarle:

«Pero, amigas, amemos y vivamos
Mientras la edad por mozas nos declara,
Que despues querrá el cielo que seamos
Lo mismo que ayer fué la Baltasara.»

Estas son las noticias que nos restan de esta singular actriz, cuya vida y aventuras han dado ya lugar á dos comedias. Añadiremos que en la huerta de Murcia sigue siendo popular la copla con que encabezamos este articulo, como prueba de que el pueblo es justo, y nunca olvida las celebridades que se le confian.

LUIS DE EGUILAZ.

EN EL ALBUM DE UNA MALAGUEÑA.

Si vas, hermosa, á la ciudad querida
Que en jazmin y azahar labró tu cuna,
Dile que paso en lamentar la vida
Que de ella me separe la fortuna.
Dile que precio en mas la rota piedra
De sus adarves y castillos moros,
Que ostentan por pendon ramos de yedra,
Donde el vulgo falaz sueña tesoros;
Y mas el ola que á robarla llega
De su Guadalmedina la corriente,
Y mas las flores que en su angosta vega
No bien nacen, marchita seco ambiente;
Que el alcázar real, gloria de España,
Y el rumor de la corte esplendorosa,
Y las aguas del gran Tajo que baña
Ricos verjeles y arboleda umbrosa.
Y dile que en mí está la golondrina
Que al sol de estío busca nuestro cielo,
Mas de nuevo á su patria el ala inclina
Cuando Pirene se corona en hielo.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

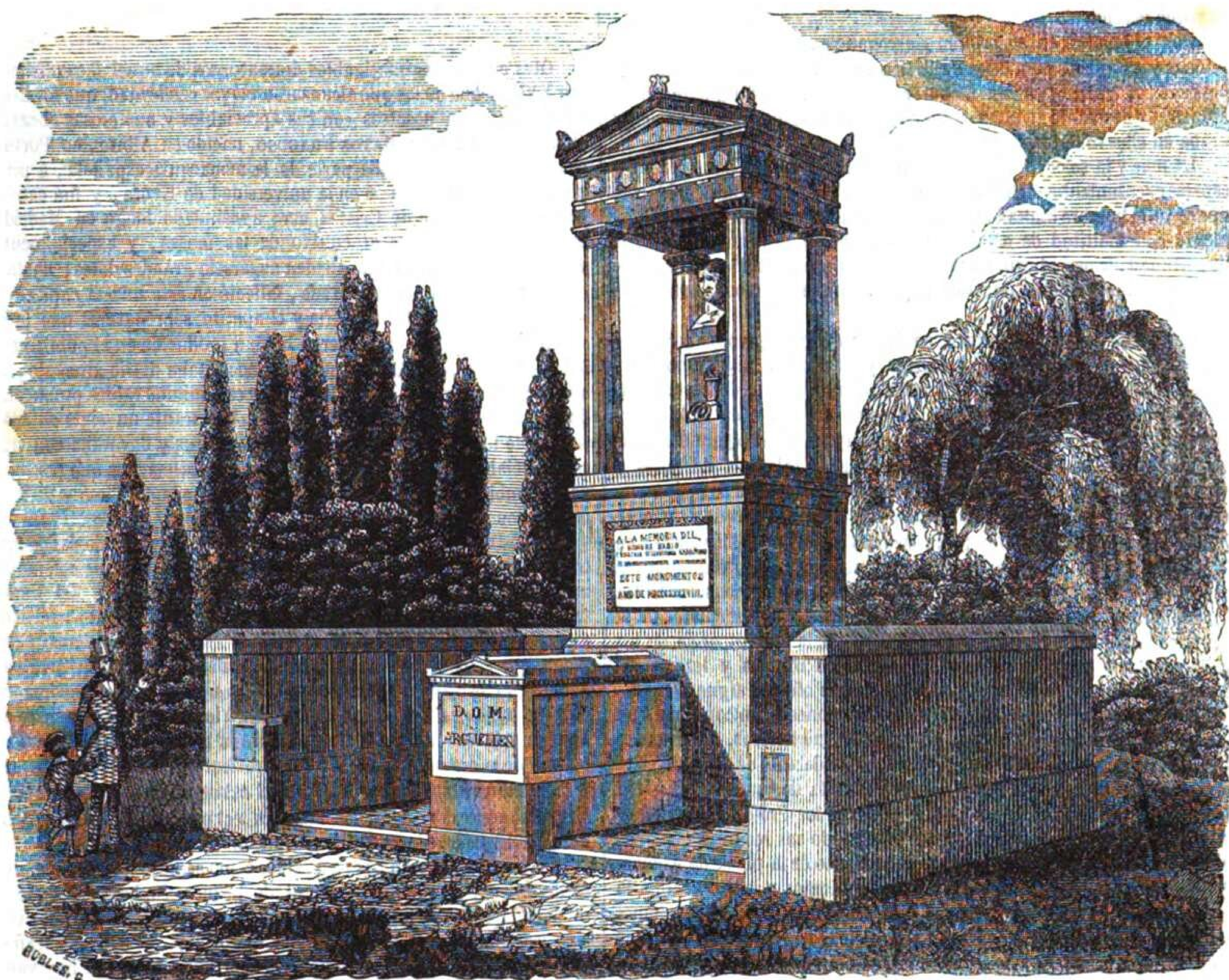
SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 13.

Las ciencias siempre son atendidas por los reyes.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.



PROYECTO DE MONUMENTO PARA DEPOSITAR LOS RESTOS DE DON AGUSTIN ARGÜELLES.

La lámina que encabeza estos renglones representa el sepulcro proyectado para encerrar los restos del hombre virtuoso entre los virtuosos, del patricio famoso, del orador insigne á quien España rinde culto de respeto y admiracion, y cuyo nombre es uno de los pocos que se elevarán del fango de nuestras luchas políticas, para pasar á la mas remota posteridad puro y sin mancha, como modelo de hombres públicos.

El proyecto de que nos ocupamos, elegido por la Academia de San Fernando entre los varios que se presentaron, es de D. Antonio Zavaleta, uno de los muy contados arquitectos de verdadero mérito que cuentan las artes en España en la época presente.

Ahora que cumple un aniversario de la muerte de Argüelles, hemos creido oportuno presentar un recuerdo de ese proyecto, que, como sucede con otros muchos en nuestro pais, corre peligro de que pasen años y años sin que se realice.

¡Ojalá que esta indicacion nuestra fuera parte para que se empezara una obra que nuestra augusta Reina, por uno de esos impulsos generosos de su corazon, se ofreció espontáneamente á levantar á sus espensas, en obsequio á quien tuvo la honra de ser nombrado su tutor, desempeñando tan lealmente este cargo y administrando el patrimonio con el acierto y equidad que son bien notorios!

LA MONTAÑA DE SANTA CATALINA EN GIJON.

Una de las vistas mas bellas que ofrece este pueblo, es por la parte del Norte, desde la cima de la montaña de Santa Catalina. Allí se presentan las inmensas y azuladas llanuras del mar Cántabro, que se confunde en lontananza con el horizonte; á uno y otro lado aparece la costa. Esta montaña fué mas estensa antiguamente; pero á causa de los incesantes embates de aquel fiero elemento, se ha ido minorando, y en la actualidad se halla casi toda rodeada de peñas y rocas, que la hacen inabordable. Ella es el antemural de la poblacion, especie de ciudadela que la domina; atalaya de cuya eminencia se descubren las hermosas laderas de Somió y la campiña de Tremañes; se parece á un monstruo colosal que se avanza sobre el Océano, y está luchando con él por la posesion de este puerto. Hay ciertos dias en que desde aquel sitio se goza de un espectáculo grandioso y aterrador, sobre todo mirando hácia el Nordeste y hasta el arenal de San Lorenzo, que forma una especie de golfo, adonde no arriba ninguna embarcacion, no siendo alguna lancha pescadora en dias muy bonancibles. Esa gran masa de aguas se levanta, brama agitada y tempestuosa, convirtiendo su superficie en encrespados surcos que se empujan sucesivamente, y coronados de blanca espuma se rompen con estrépito contra los arrecifes y peñascos, cambiando mil caprichosas figuras. En medio de este imponente aparato, ni un buque se percibe, ni se oye el murmullo de las faenas marineras; solo resuenan el rugido de las olas y el estampido del trueno, que interrumpen el silencio solemne y siniestro que reina en esta playa solitaria.

Al contemplar esta mar embravecida, se agolpan á la imaginacion ideas sublimes acerca del poder del Criador y del universo, al frente de la debilidad de los mortales.

En efecto, enumerad los sucesos mas grandes de la sociedad, los espectáculos mas imponentes de los hombres, y vereis siempre un no sé qué de pequeño y miserable, que revela nuestra impotencia. Un suntuoso festin, una brillante parada militar, la apertura de una cámara legislativa, la inauguracion de un congreso diplomático, la coronacion fastuosa de un príncipe, la entrada triunfal de un guerrero famoso. Entre todo este lujo y esplendor, surge cual fantasma aquel pensamiento fatídico de Shakespeare en ***El Macbeth***:

> ....*Life is a tale*
> *told by an idiot: full of sound and fury*
> *signifying nothing.*

¿Y qué valen esos acontecimientos comparados con una gigantesca mole de nieve que se desploma y todo lo inunda con sus torrentes arrebatadores? ¿Con una catarata que se precipita con horrísono estruendo; una erupcion volcánica que esparce el terror y el esterminio en una dilatada comarca; el rayo que lanza súbitamente la muerte; el huracan que arranca los árboles mas firmes y derroca los mas sólidos edificios; el naufragio que sepulta en el ancho abismo á los angustiados navegan-

11 DE ABRIL DE 1852.

tes? En estas escenas todo es verdaderamente grande y sublime; nada hay que sea ridículo.

Pero el hombre en su orgullo y arrogancia, levanta obeliscos, columnas y estatuas, para dejar en la tierra una memoria de su tránsito pasajero, y pretende hasta disputar á la muerte el fatal derecho de igualarlo y destruirlo todo; por eso construye magníficos mausoleos, y graba en ellos soberbias inscripciones.

La mar y la soledad de consuno preparan el ánimo para recibir y espresar sentimientos delicados y profundos. En las grandes poblaciones se ve el hombre limitado por todas partes: se encuentra constantemente con multitud de ociosos, de intrigantes que le incomodan, le importunan, le perjudican. Cada uno de estos centros tiene cierta similitud con un estanque infecto en que se mecen y rebullen infinitos reptiles.

Verdad es que en las cortes y en las capitales populosas hay estímulos, hay sensaciones mas fuertes y variadas, hay ejemplos y modelos que imitar, hay mayor y mas rápido desarrollo de facultades. Pero en la soledad, en el silencio se reconcentra uno en sí mismo y adquiere un poder superior. Así el poeta rehuye el bullicio para describir con vivo colorido una mañana de primavera, angalanada de flores y arrullada por un ambiente apacible; imágen de esa edad de la inocencia cuyo recuerdo nos asalta durante el resto de nuestra vida, ó para pintar con negras tintas una tarde oscura y nebulosa del invierno, en la que los árboles deshojados representan al hombre sin ilusiones, y el aspecto tétrico del horizonte es el reflejo de un alma desconsolada. Así Chateaubriand nos entusiasma al hablar de los bosques seculares de la América Septentrional, y de esas noches en que la luna esparcia su luz melancólica y amarillenta sobre la vegetacion robusta y lozana del Nuevo Mundo: noches serenas y encantadas que ofrecen alguna analogía con la felicidad de dos amantes cuyos corazones laten con igual ternura, cual arpas eólias pulsadas por vírgenes mistoriosas. Así Lamartine, con su imaginacion deslumbradora, pone delante de nuestra vista esa costa borrascosa de la Siria, esa tierra santa de tan honda y grata memoria, esos montes sagrados que cantaron los Profetas. Y muchos siglos antes, ahí teneis á Demóstenes ensayando sus recursos oratorios á las orillas del mar Focio, huyendo del tumulto de la plaza de Atenas. Ahí teneis á Ciceron que estampa sus pensamientos y los trasmite á la posteridad, desde su retirada mansion de Tusculum. Y en todos tiempos y épocas, ¿desde dónde se lanzaron á la sociedad las ideas mas atrevidas é innovadoras? ¿dónde se terminaron obras clásicas que inmortalizan á sus autores? ¿dónde en fin el genio del hombre ha llegado al mas alto punto de creacion y de gloria? En el aislamiento de los campos, en el retiro del gabinete, en la lejanía de las distracciones: á menudo tambien en la oscuridad de un calabozo, en el abandono del destierro, entre las privaciones y la desgracia.

El genio! Ah! esa fuerza de voluntad y energía que se revela desde edad temprana, así como Hércules, que ya en la cuna desgarraba los monstruos: ese destello resplandeciente que alumbra al universo cual una antorcha inmensurable: esa planta vigorosa que crece y se desarrolla espontáneamente: ese *quid divinum* que eleva á quien lo posee á á una region ideal: ese raro privilegio que la ventura ó el infortunio dispensa con mano avara, no aparece en la tierra mas que para padecer: se diria que trae impreso sobre su frente un sello de maldicion! Sea el genio de la tribuna que con su palabra elocuente fulmine el rayo como Pericles, y que pase con su fugaz carrera á semejanza de meteoro luminoso; sea el genio del escritor, que con su pluma como tremenda palanca, conmueva las masas y engendre las revoluciones; ora el genio militar que deposite en los altares de la patria los trofeos de sus espléndidas victorias; ora el genio de las ciencias y de las artes que arranca á la naturaleza sus mas recónditos arcanos; el genio está condenado á la desventura. En vano ceñirán sus sienes laureles y coronas; en vano su nombre resonará de pueblo en pueblo y de gente en gente, sirviéndole aun despues de la muerte y en su losa funeraria de pomposo epitafio; en vano ocupará una dorada página en los anales de la humanidad, siendo la admiracion de las generaciones venideras: su vida tiene que ser sin embargo mortificada por amargas lecciones y funestos desengaños, por la maledicencia y la envidia, que son el patrimonio de las almas bajas y de las medianías impotentes. Ved sino á Belisario demandando el óbolo, al Tasso confundido con los dementes, á Cervantes gimiendo en una cárcel, á Camoens muriendo en un hospital, y á otras muchas celebridades, timbre y orgullo de nuestra raza, cuya enumeracion sería interminable y desconsoladora.

Al recorrer las hojas enlutadas de la historia, y al observar una serie contínua de contratiempos y calamidades, no podemos menos de esclamar con el distinguido orador D. Joaquin María Lopez al pié de la tumba del malogrado Espronceda: ¡Qué triste es nuestro destino sobre la tierra!!!

Gijon Marzo 8 1852.

ANTOLIN ESPERON.

TEATRO DE MATOS FRAGOSO.

Otro de los mas infatigables dramaturgos de aquel fecundísimo siglo XVII, y uno de los que alcanzaron mayor celebridad, que ha llegado justificada hasta nosotros con sus apreciables y numerosas obras, fué el caballero D. JUAN MATOS FRAGOSO, nacido en Albito, en Portugal, cuando este reino formaba parte de la monarquía española, á principios de aquel siglo. Cursó en la universidad de Evora, y fué caballero profeso de la órden de Cristo; pero avecindado luego en Madrid, se dedicó esclusivamente al cultivo de las musas, y especialmente la dramática, para la cual no pueden negársele grandes dotes; hasta que en 1692 y de edad muy avanzada, falleció en esta misma capital.

La escitacion estraordinaria y el apetito sobrenatural que la inagotable vena de Lope y Calderon habian producido en el público español hácia los espectáculos escénicos, necesitaba diario alimento, infinita y contínua variacion; y aunque las casi innumerables producciones de aquellos dos colosos, bastarian á surtir durante un siglo entero los teatros de toda Europa, el nuestro los consumia y devoraba con nueva sed insaciable, que no alcanzaban apenas á calmar los que por centenares tambien le brindaban las fecundas plumas de Tirso y de Roxas, de Alarcon y de Moreto.

Hemos dicho ya que al lado de estos grandes y privilegiados maestros del arte, crecieron respectivamente otros muchos que con mayor ó menor fortuna lucharon en aquel espléndido palenque del ingenio, contribuyeron á la ereccion de aquel suntuoso monumento nacional, y alcanzaron laureles mas ó menos inmarcesibles y duraderos. Ciertamente que estos hubieran sido menos fáciles si el gusto del público de aquel siglo, estraviado por los magníficos errores de sus primeros ingenios, no hubiera abierto tan ancha puerta á la irrupcion de las medianías, hubiera sujetado á mas difíciles pruebas la ostentacion del ingenio y el cultivo de la dramática poesía. Nuestro teatro entonces no sería seguramente tan rico, ni tan abundante el catálogo de nuestros dramaturgos; pero en cambio tampoco estarian eclipsados sus primores en la nube de desaciertos que ofusca y contradice su belleza.

Pero en fin, ello no pasó así, sino, como es notorio, con su abundoso desórden y su sublime y encantado primor. No hay pues que medir aquella época y aquel gusto con arreglo á nuestras actuales ideas, sino estudiar uno y otro conforme fuéron, y confesar francamente que, sea cualquiera la ilustracion de la crítica actual, no hay vara en ella para medir el talento de los Lopes y Calderones.

Pero como en todas las obras humanas nace el abuso al lado de su mayor perfeccion, así sucedió con el cultivo del teatro español en la segunda mitad del siglo XVII, habiéndose reducido á una especie de oficio (que no sabemos si era bastante lucrativo), y nuestra corte á un infatigable taller dramático, en que el mismo monarca daba el ejemplo y producia bajo el anónimo de *un ingenio de esta córte*, obras por cierto no las mas incorrectas; seguíanle el gusto y dramatizaban tambien sus grandes cortesanos y favoritos, los Squilaches y Rebolledos, Humanes, la Roca y la Coruña, Puñonrostros, Salinas y Siruelas, Auñones, Mondéjares y Jabalquintos; los ministros y embajadores, los prelados y consejeros, los predicadores, los religiosos, y hasta las monjas; todos alternaban con el laborioso enjambre de poetas que á las órdenes de Felipe y del Conde-Duque trabajaban para surtido de los coliseos del Buen-Retiro, del Pardo y la Zarzuela, ó cotizaban sus obras en la bolsa poética apellidada *El mentidero de los comediantes* (á la entrada de la calle del Leon por la del Prado), con destino á ambos *corrales* del Príncipe y de la Cruz.

Entre todos estos infatigables artífices, descollaba Moreto, como el mas ingenioso y agudo de los fabricantes de piezas teatrales; y no bastando á su estremado ardor su invencion propia y su admirable ingenio, echaba mano de las obras de los demás para adoptarlas, reformarlas ó refundirlas, mejorándolas ciertamente en sus discretas manos (como ya observamos en su artículo), aunque renunciando á su propia espontaneidad y á una buena parte de su crédito y fama. Esto, que hoy le arguye la crítica, ya se lo echaron en cara sus contemporáneos, y muy especialmente el poeta Cancer, que en su *Vejámen poético* dice así: «Y en medio de este peligro reparé que D. Agustin Moreto estaba »sentado, y revolviendo unos papeles, que á mi parecer eran come»dias antiquísimas, de quien nadie se acordaba. Estaba diciendo entre »sí: esta no vale nada; de aquí se puede sacar algo: mudándole algo á »este paso, se puede aprovechar. Enojéme de verle con aquella flema, »cuando todos estaban con las armas en las manos; y díjele que por »qué no iba á pelear como los demás. A lo que me respondió: Yo peleo »aquí mas que ninguno, porque aquí estoy minando al enemigo. V., »repliqué, me parece que está buscando qué tomar de esas comedias »viejas. Eso mismo (me respondió) me obliga á decir que estoy minan»do al enemigo, y échelo de ver en esta copla:

«Que estoy minando imagina
»cuando tú de mí te quejas,

»que en estas comedias viejas
»he hallado una brava mina.»

No contento Moreto con aquella exhumacion y apropiacion de muchas obras de los poetas anteriores, formó, á lo que parece, para atender al surtido con otras nuevas, una especie de asociacion en comandita, por el estilo de la que recientemente ha renovado *Eugenio Scribe* en el moderno teatro francés; y lo mas gracioso es que el mismo Cancer, que ya hemos visto le zahería, fué despues el mas intrépido y consecuente de sus asociados ó colaboradores, y tanto, que no conocemos comedia alguna esclusivamente suya, sino en concurrencia con Moreto, Matos, Villaviciosa, Zavaleta, los Figueroas, Rosete, etc.

En esta estraña sociedad trabajó muy activamente nuestro MATOS FRAGOSO, como puede verse en muchas de sus obras dramáticas, tales como *Caer para levantar*, *Amor hace hablar los mudos*, *El Príncipe prodigioso*, *El Redentor cautivo*, *Solo piadoso es mi hijo*, *Oponerse á las estrellas*, *El mejor par de los doce*, *El letrado del cielo*, *El bruto de Babilonia*, *El vaquero emperador*, y otras en que tiene una ó dos jornadas; tambien imitó á Moreto (aunque no con igual éxito, por ser muy inferiores sus fuerzas) en la censurable adopcion de pensamientos, planes y caractéres agenos, de que se ofrecen entre otros ejemplos las de *Ver y creer*, y *El hijo de la piedra*, imitadas, ó mas bien plagiadas de las de Tirso de Molina, *La firmeza en la hermosura*, y *La eleccion por la virtud*. Pero á vueltas de todos estos justos cargos que pueden dirigirse á MATOS, hay que reconocer en él una gran dosis de ingenio y de invencion propia, que le permitió producir por sí solo medio centenar de comedias, en las cuales brilla su talento despejado, su rica imaginacion y su vena poética.

Muchas, es verdad, la mayor parte de aquellas producciones, estan ofuscadas por aquel mal resabio del gusto gongorino, contra el que todos los poetas clamaban, y á que todos, y MATOS muy principalmente, rendian tributo, sin duda por complacer al público, que debia saberle bien lo que no entendia; muchos de sus argumentos son en estremo disparatados y estravagantes; muchos de sus caractéres inverosímiles; muchos de sus razonamientos alambicados é imposibles de comprender. Pero en cambio de estos achaques, comunes á todos los escritores de aquella época, é hijos del mal ejemplo de Lope y de su *Arte nuevo de hacer comedias*, pueden escogerse hasta una docena de las de MATOS en que campea su despejado ingenio con mas regularidad, en que brillan sus dotes poéticas en toda su lozanía y vigor. Estas comedias son las tituladas *El sabio en su retiro y villano en su rincon*, *Lorenzo me llamo y carbonero de Toledo*, *El yerro del entendido*, *Con amor no hay amistad*, *La venganza en el despecho*, *El traidor contra su sangre y siete infantes de Lara*, *El galan de su muger*, *Poco aprovechan avisos*, *La dicha por el desprecio*, y alguna otra que no recordamos.

En especial la primera, de *El sabio en su retiro*, es á nuestros ojos una bellísima produccion, que bastaría por sí sola á enaltecer el nombre de su autor; la novedad del argumento, la creacion del singular carácter de Juan Labrador, la discreta combinacion del plan, y la poética belleza del estilo, se reunen en esta comedia para hacerla una de las mas notables, si no la primera, de nuestro teatro de segundo órden. No es acaso menos rica en originalidad é ingenio la de *Lorenzo me llamo*, ni las ceden en combinacion y enredo las demás citadas; pero como no es posible en este artículo descender á su análisis crítico, ni aun dar una idea del plan y desempeño de ellas, nos contentaremos con ofrecer muestras del estilo poético, en las cuales veremos que si el poeta MATOS adolecia frecuentemente de la enfermedad del culteranismo dominante, tambien ostentaba á veces una facilidad, una gracia y energía de espresion, que le colocan en este punto á la par de nuestros mas felices autores.

Refiriéndonos á la primera de aquellas comedias, *El sabio en su retiro*, nos seria difícil escoger trozos, razonamientos ó diálogos que dieran á conocer su estilo poético, porque siendo demasiado abundantes y estensos, corriamos el riesgo de copiar todo el drama, y tambien porque la principal belleza de él consiste en la disposicion del argumento, en el giro de la accion y en la animada lucha de los caractéres. Baste decir que muchas de sus halagüeñas escenas no desdicen de las mas celebradas del *García del castañar* y del *Rico hombre de Alcalá*, con las cuales tienen mucha semejanza en la situacion; especialmente la visita que hace el rey disfrazado al honrado Juan, que toda su vida habia rehusado verle. Pero no podemos resistir á la tentacion de trasladar los consejos que el mismo Labrador da á su hijo al tiempo de despedirle para la corte. Dicen así:

A la corte vas, Montano,
rico y mozo, y será justo
que con la sonda en la mano
navegues mar tan profundo.
La primer plana del arte
en que prudente te industrio,
es la virtud, que esta sola
es de todo riesgo escudo.
Mide el gasto con la renta;
no te empeñes con recurso
de que al tiempo de la paga
se cumple tambien el juro.
Caudal se llama el talento
y caudal la ciencia; juzgo
que lo tiene solo aquel
que lo tiene todo junto.
Es ruindad el ser escaso;
ser perdido es riesgo sumo;
lo que gastas, te hace falta;
lo que guardas, te hace mucho.
Al fin consiste el acierto
en saberle dar su punto,
de suerte que te conserves
siempe ageno y siempre tuyo.
Con agrado y con sombrero
gana el afecto del vulgo:
sé bien quisto, que esto solo
poco cuesta y vale mucho.
Aunque no aplaudas á todos,
no murmures de ninguno;
que lo nota el que te escucha
sin tenerte por mas que uno.
En lo que toca á mugeres
ni te aconsejo ni apuro,
con Constanza eres casado,
que harás lo mejor presumo.
Pero tampoco te quiero
con las damas tan sañudo,
que pase el chiste á desaire,
ni lo cortés á lo rudo.
Acompañarte procura
con hombres de honra y de punto,
que aunque seas tú quien fueres
como los otros te juzgo. etc.

En la del *Carbonero de Toledo*, aunque menos verosímil y correcta, hay tambien un carácter bello y singular, que es el del aventurero Lorenzo, encumbrado por su valor y por sus generosos sentimientos á los cargos elevados de la milicia y á la nobleza de caballero. Véase con qué dignidad y energía está reasumido y presentando este carácter en los siguientes versos que el mismo Lorenzo contesta á su general, que pretende premiar sus hazañas con el hábito de Santiago.

LORENZO..... Señor, diciendo verdad,
no tengo mas calidad
ni padre mas generoso,
que este brazo y esta espada.
Soy un pobre labrador
que no tuve mas honor
que el arado y el azada;
pero muy cristiano viejo
por vida del rey; que no hay
en las tiendas de Cambray
cristal de mas puro espejo.
De esta manera nací,
si es que la virtud se alaba,
que como en otros acaba
mi linaje empieza en mí:
porque son mejores hombres
los que sus linajes hacen,
que aquellos que los deshacen
adquiriendo viles nombres.
Hay una gran necedad
en el mundo introducida:
en viendo en alto subida
la virtud sin calidad,
todos afrentarla intentan;
y á los que miran perdidos
alaban por bien nacidos,
cuando su linaje afrentan.
No me dieron á escoger
padres, gran señor, y así
donde quiso Dios nací,
que por mí comienzo á ser.
Lo que soy no es heredado;
que nadie me agradeciera,
si yo mismo no me hiciera,
lo que otro me hubiera dado.

Y no he de volver atrás;
de hoy mas, con favor de Dios
lo que fuere, á Dios y á vos
y á mi lo debo, no mas.

Esto baste para apreciar la elevacion de sentimientos, la gravedad del estilo de que muy frecuentemente solia hacer ostentacion la pluma de MATOS FRAGOSO. Si se quiere una muestra de su estremada facilidad en versificar, de la ligereza y gracia de su espresion cómica, léase la siguiente disculpa que da el gracioso, sorprendido en cierta casa, en la comedia titulada *Con amor no hay amistad.*

Ya sabes las tentaciones
que tiene la carne humana,
y que es muy amigo el cuerpo
del enemigo del alma.
Yo vi á Inés y enamoreme;
y aunque no es buena su cara
y ella es un diablo, imagino
que por eso me tentaba.
Dijela mi amor, y como
por lo que tiene de blanda
para muger de un cerero
valia lo que pesaba,
porque harán cera y pabilo
de ella con una palabra;
me respondió que esta noche
la viese, y cuando yo estaba
en lo que Dios no es servido,
tú, que entraste por la sala,
yo, que maté la bujía,
tú, que sacaste la espada,
yo, que me escondí aquí dentro,
Inés, que me dió la traza,
tu hermana, que oyó el ruido,
mi zapato, que resbala,
tú, que caiste en la cuenta,
y yo que caí en la trampa...
Esta es la verdad, y juzgo
que aquí no he pecado nada,
aunque á no venir tan presto
pudiera ser que pecara.

Especialmente en los graciosos solia colocar MATOS tan crecido número de cuentos, chistes y agudezas, que en este punto no le llevan ventajas los mismos de Moreto y Calderon. Véanse aquí algunos de los muchos que pudiéramos citar, y que se hallan en las comedias tituladas *Ver y creer*, *El Redentor cautivo*, *La corsaria catalana*, *El marido de su madre*, y *La dicha por el desprecio.*

I.

De limosna y sin dinero
la barba hacía á un pastor,
con la navaja peor,
desazonado un barbero.
Como la navaja estaba
con mil mellas que tenia,
el cabello no partia,
mas el rostro desollaba.
Conoció el pastor el yerro,
y sin poder estorballe:
en este tiempo en la calle
daban de palos á un perro.
«¿Qué será aquello?» decia
el barbero á sus oidos,
viendo que con alaridos
el perro los aturdia.
Respondió el pastor. «Allí
á aquel perro que se escarba,
deben hacerle la barba
de limosna, como á mí.»

II.

Mira, la fortuna es una
dama de gallardo cuerpo,
llena de joyas y galas,
que causa á todos respeto.
Esta anda entre los concursos
mayores del universo;
y los discretos que ven
venir con garbo y despejo
una muger tan bizarra,
como corteses y atentos,
á los lados se retiran
porque ella pase por medio
haciendo como entendidos:
y como los majaderos
no hacen caso ni se apartan,
y se estan quedos que quedos,
la fortuna, que va andando,
es fuerza topar con ellos.

III.

Un barbero en un cuartago
visitaba cierto enfermo,
que tenia una apostema
con unos dolores fieros.
Alargábase la cura
y el paciente echaba verbos.
«Hermano, tened paciencia,
(decia el quirurgo diestro);
que este achaque va despacio,
que en el hipocondrio interno
teneis una hidropesía:
alcanzadme ese tintero,
porque quiero recetaros
un nuevo eficaz remedio.»
Al darle el pobre la pluma,
el caballo, que era inquieto,
asentóle la herradura
y le reventó el divieso,
con que cesaron al punto
los dolores del enfermo.
Sintiéndose mejorado,
empezó á voces diciendo:
«Vive Dios, que mejor cura
el caballo que el maestro!»

IV.

A un discreto que enviudó
en breve tiempo dos veces
de dos mugeres, parece
que un necio le preguntó,
que de qué hechizos ó estrellas
para enviudar se ayudaba,
y él respondió, que no hallaba
mas ocasion que querellas.
En llegando á aborrecer
de su estado aborrecido
á su muger un marido,
hace eterna á su muger.
Enviudar nadie pretenda,
y cualquiera que aspiró
á este fin, que se casó
con Matusalen entienda:
que una muger es demonio
que del *requiescat in pace*
dos siglos huyendo, se hace
momia con el matrimonio.

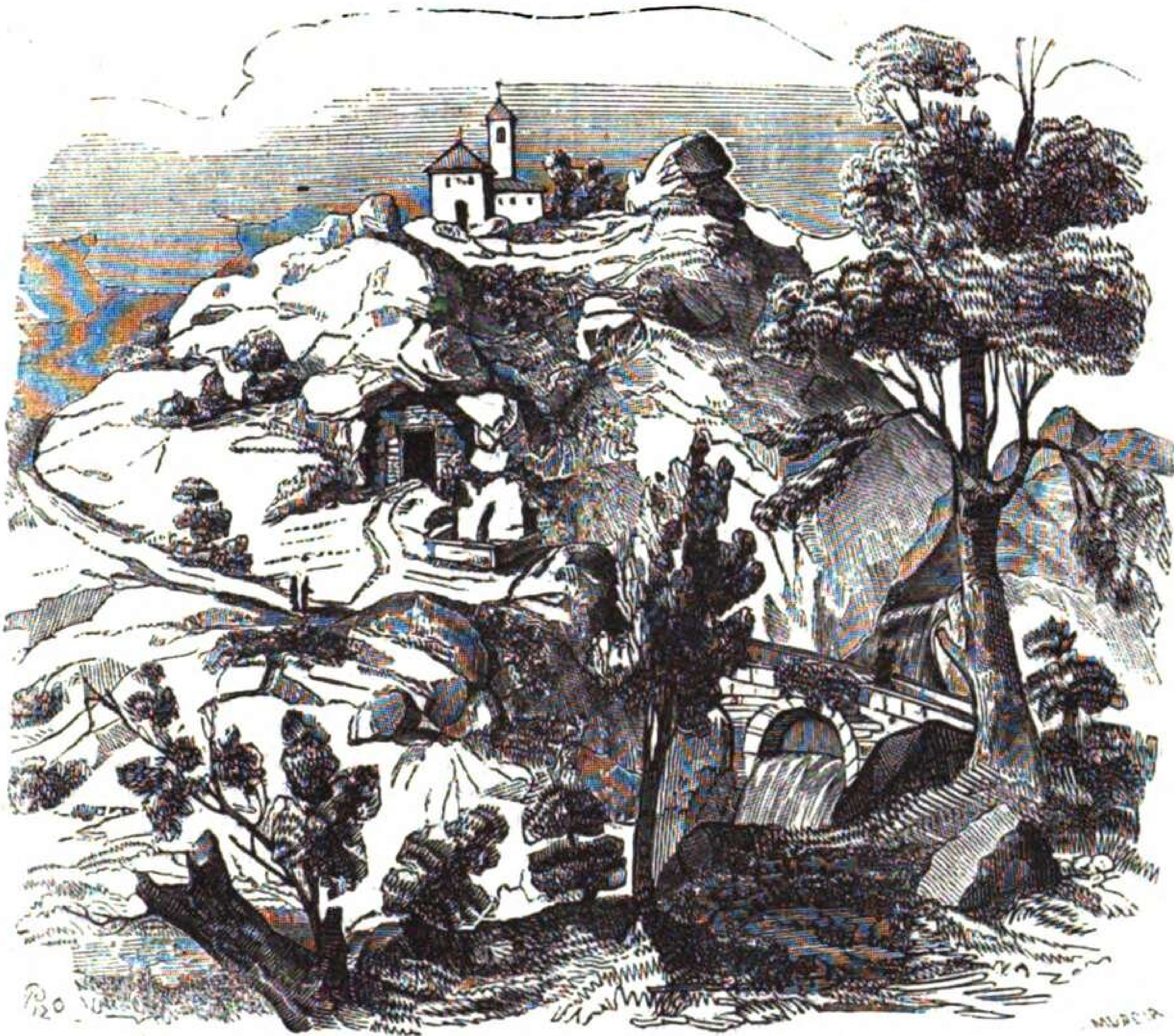
V.

Calla, que no has advertido
el mal que pasa un marido
al remo de su muger.
Si acaso es gorda, no entra
sin peregil al tragalla;
si es chica, nunca se halla,
si es alta, siempre la encuentran;
si es muy callada, es gran daño;
si preguntona, cruel;
si es celosa, dígalo el
que la sufre todo el año.
Si paridera, es rigor;
si estéril, nunca hay regalo;
si come mucho, es muy malo;
si nada come, peor.
Si rica, ha de obedecerla;
si es pobre, ha de sustentarla;
si es hermosa, ha de celarla;
y si es fea, ha de temerla.
Y así en la varia fortuna

que enseña el norte de amor,
imagino que es mejor
no casarse con ninguna.

VI.

Hay en los campos de Oran
unos moros, Inés bella,
á quien llaman *Benarages*,
que aquella noche primera
que se casan, á la novia,
ya que desnuda se acuesta,
en vez de dulces amores
azotan con unas riendas.
Y preguntando la causa
un cautivo de mi tierra,
le dijo un moro: «Cristiano,
esto se hace para muestra
de valor y bizarría;
porque si con tal fiereza
tratan lo que mas adoran,



(Vista de la cueva donde se retiró y murió la Baltasara, y de la ermita de la Fuen-Santa.—Murcia.—*Véase el número anterior.*)

hieren lo que mas desean,
¿qué harán con sus enemigos
cuando vayan á la guerra?

Por este estilo pudiéramos prolongar indefinidamente las citas de trozos igualmente felices de que estan esmaltadas aun las peores comedias de MATOS; pero bastan los dichos para dar una idea de su agudo ingenio, de su facilidad y gracia para manejar nuestro idioma y poesía. Las comedias que abajo van señaladas como suyas, no son seguramente todas las que escribió; pero son las que han llegado hasta nosotros impresas, aunque no en coleccion, pues de ellas solo se publicó un tomo ó parte primera en Madrid en 1658. Las demás se hallan sueltas.

R. DE M. ROMANOS.

COMEDIAS

DE D. JUAN MATOS FRAGOSO.

Amor, lealtad y ventura.
Amor (el) hace valientes.
Amor hace hablar los mudos. (Con Villaviciosa y Zabaleta.)
Aristómenes Mesenio. Quitar el feudo á su patria.
A su tiempo el desengaño.
Allá se verá.
Bruto (el) de Babilonia. (Con Moreto y Cancer.)
Bandos (los) de Ravena, y fundacion de la Camandula.
Callar siempre es lo mejor.
Caer para levantar. (Con Cancer y Moreto.)
Con amor no hay amistad.
Corsaria (la) catalana.
Crisol (el) de la lealtad, ó Pocos bastan si son buenos.
Devocion (la) del santo Angel de la Guarda.
Defensor (el) de la fé y Príncipe prodigioso. (Con Moreto.)
Delincuentes (los) sin culpa, y Bastardo de Aragon.
Dos (los) prodigios de Roma.
Dicha (la) por el desprecio.
Divino (el) calabrés, San Francisco de Paula.
Estados mudan costumbres.
Fénix (el) de Alemania, Santa Cristina.
Fortunas (las) de Isabela.
Galan (el) de su muger.
Genízaro (el) de Hungría, ó Aleman Federico.
Hijo (el) de la piedra, San Félix.
Indicios (los) sin culpa.
Imposible (el) mas fácil.
Inocencia (la) perseguida.
Job (el) de las mugeres, ó Santa Isabel, Reina de Hungría.
Letrado (el) del cielo. (Con Villaviciosa.)
Lorenzo me llamo, ó el Carbonero de Toledo.
Marido (el) de su madre, San Gregorio.
Mayor (el) casamentero.
Mas (la) heróica fineza, y fortunas de Isabela. (Con los Figueroas.
Mejor (el) par de los doce. (Con Moreto.)
Muger (la) contra el consejo.
Mudable (el) arrepentido.
No está el matar en vencer.
Nuevo mundo (el) en Castilla.
Ocasion (la) hace al ladron.
Oponerse á las estrellas. (Con Moreto y otros.)
Poco aprovechan avisos cuando hay mala inclinacion.
Razon (la) vence al poder.

Redentor (el) cautivo. (Con Villaviciosa.)
Riesgos y alivios de un manto.
San Froilan, el segundo Moisés.
San Gerónimo.
Solo piadoso es mi hijo. (Con otros.)
San Gil de Portugal.
Santa Isabel, Reina de Portugal.
Sabio (el) en su retiro y villano en su rincon, Juan Labrador.
Tia (la) de la menor.
Traidor (el) contra su sangre, y siete infantes de Lara.
Vaquero (el) emperador ó Tamorlan de Persia. (Con Diamante y Gil.)
Ver y creer.
Venganza (la) en el despecho, y tirano de Navarra.
Yerro (el) del entendido.

LA PROTECCION DE UN SASTRE,

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

¡Oh pasiones, y cómo trastornais el sentido de los humanos! ¡Seductor un hombre que trata de llevar al pié de los altares y desde allí á su casa, á la querida de su corazon! ¡Seductor un pobre hombre que ha sido seducido hasta este punto por una muger, que sabe Dios cómo le saldrá! ¡Seductor á quien por el contrario le cae la mala suerte de estar siempre velando, si no quiere que su muger sea seducida por un verdadero seductor, á quien todas las mugeres casi se rinden, bien sabe Dios que contra su voluntad, y contra lo que su obligacion las pide, pero á favor de lo que las piden otra porcion de cosas suyas! No hay valor para sufrir, ni aun en chanza, esta infernal injuria que Doña Isabel arrojó sobre el pobre Rafael, que es bien seguro que á no haber estado enamorado como un tonto, ni por todos los tesoros del mundo hubiera vendido su libertad, empeñando al mismo tiempo su honor en manos de una muger, criatura débil, delicada, temerosa, asustadiza, inocente y simplecilla, cualidades todas que se estan brindando á que un hombre, criatura por el contrario, fuerte, grosera, impávida, serena, dañina y compuesta de otra porcion de cosas, venga y se lleve por delante el honor y la muger y todo lo que encuentre.

No se enfadó, con todo, Rafael, sino que suavemente y guardándola mil consideraciones, trató de convencer á Doña Isabel de que aquello no era una seduccion, sino todo lo contrario. Hablaba en fin con tanto comedimiento, se vió ella tan apurada para dar razones en contra del matrimonio de su sobrina con un muchacho tan guapo, tan atento, tan cortés, tan caballero, y por su porte tan bien acomodado, que en vez de prohibirle la entrada en la casa, como al principio habia dicho, esto quedó reducido á que no volviese tan amenudo, y en cuanto al matrimonio, dijo Doña Isabel, que ella estaba bien segura de convencer á su sobrina de que era un disparate, y de que se dejara de sus amores.

En medio de todo no deja de ser amable la simpleza de esta buena tia, que sin quitar al amante de en medio, creia poder concluir los amores de la sobrina. Es verdad que su intencion fué la de que Rafael no volviera á su casa; pero este se portó aquí como un hombre muy pegajoso y muy dificil de echar de cualquiera parte. Hubiera necesitado Doña Isabel tener mucho talento, ó ser idiota, para negarse á convenir en una porcion de razones suavísimas que el buen jóven decia. Sin embargo, esta escena, que no deja de ser interesante en la vida de Rafael, ó no se hubiera representado, ó hubiera tenido resultados muy diferentes, sin el pasaporte de rico que Rafael llevaba en su traje. El sabia lo que pasaba en su casa; pero la ropa, que no tenia nada que ver con esto, hacia y decia por él una porcion de cosas, que él no se hubiera atrevido á decir por no ser fanfarron.

Entre tanto el autor de aquella elocuencia, entre tanto el bueno del sastre seguia *trrin trrin, tris tras*, con sus tijeras, cortando sus fraques, sus levitas, sus chalecos y sus pantalones, cantando tal vez unas seguidillas, como quien no se da importancia.

No dejó Rafael de contar á D. Ramon, con todos sus pelos y señales, la importante conversacion que habia tenido con la tia de Inés, y y el buen viejo, que era sin duda algo grosero, y que en todas las cosas de este mundo, cuando ellas son tan limpias, como se puede probar, veia algo de sucio y de indecente, creyó notar en las razones de Doña Isabel cierto miedo de perder con su sobrina ciertas cosas que sin duda ella no tenia por sí.

—Pondria las orejas, dijo, á que esa buena tia es pobre, y en ese caso hemos ganado el pleito, porque la sobrina es rica y bien puede V. ser generoso con Doña Isabel y darla lo que quiera. Estoy seguro de que V. haria esto de todas maneras; pero no basta, porque Doña Isabel sabrá eso de que no hay que fiarse de nadie; pero tampoco dejará de saber que hay recibos, escrituras y otra porcion de obligacioncillas en que entra papel sellado, y que son promesas firmes y valederas. Ea, no hay que hacer aspavientos; lo que hay que hacer es ver si es cierto lo que yo digo, y asegurarla su parte en la ganancia á esa buena muger.

Le quemaban estas cosas de D. Ramon á Rafael.

—Pero por si esto no fuere como yo lo pienso, es necesario que no deje V. de tener sus citas con Inés. Como ella esté firme, no tenga V. ted cuidado de nada, porque sin embargo de que los padres ó los que están encargados de los menores, son personas racionales, como cada hijo de vecino, sin embargo, cuando la gente se quiere casar, suelen adolecer de un achaque que se llama *irracional disenso;* y entonces hasta los hijos, cuanto mas los que no lo son, publican la *irracionalidad* de sus padres y se salen con su gusto, porque las leyes protegen á los racionales contra los padres así y otras bestias fieras.

No hubiera necesitado Rafael del consejo de D. Ramon para ver á Inés, y asi es que no se descuidó y la vió, aunque no muy á sus anchas, como mejor pudo, siempre que ella le proporcionaba una cita por la noche, que fué algunas veces.

Voy ya muy de prisa, y quiero concluir pronto, que sino habia de describir estas citas de tal modo, que á todo el mundo le entraran ganas de estar en ellas, y de citarse un dia sí y otro no, ó de tres en tres dias, que es mas prudente para no perder la salud, perdiendo el sueño tan á menudo.

En cuanto al otro consejo, tampoco dejó de tomarle, por mas que le repugnara el suponer sentimientos tan bajos en la pobre Doña Isabel. Esta procuraba por todos los medios posibles que los dos amantes no se vieran, y era, desde el dia en que la dejamos, casi casi hasta cruel con su sobrina, á quien imponia una porcion de privaciones, privaciones que sufria Inés con resignacion, porque así se lo aconsejaba el mismo hombre de quien su tia queria separarla, que en cambio de tan mal tratamiento, se tomaba la incomodidad de verla, con peligro y á hurtadillas, solo por aconsejarla que tolerase con paciencia los caprichos de esta tia.

¡Oh tia ingrata, corazon de mármol, compara esta conducta con la tuya! No sabia esto, es cierto, pero si lo hubieras sabido, puede que no hubieras sabido agradecerlo!

El primer dia que Rafael fué á casa de Inés, le recibió Doña Isabel sola. Nuestro muchacho trató de observar si era ó no fundado el juicio de D. Ramon, y sin embargo de que ella no queria hablar de tal cosa, él la fué poco á poco metiendo en conversacion, y poniendo en juego todo su talento la arrancó en fin espresiones que no le dejaban duda de las ruines miras de la pobre Doña Isabel. Entonces él, despues de manifestarla un cariño y una ternura de hijo, despues de hacerla mil protestas de que moriria de amor, si ella no consentia en aquel matrimonio, porque él contra su voluntad no hacia nada, despues de otra porcion de cosas por el estilo, con la mayor delicadeza posible, y con tanta, que yo tengo para mí que ni la merecia ni la necesitaba Doña Isabel, sino que era hija de que el pundonoroso Rafael no concebia cómo se hacian ciertas cosas; con toda esta delicadeza, pues, empezó á hacer promesas de alguna cosa mas positiva que el cariño.

No quiero entrar en los pormenores de la conversacion: baste saber que en aquella conferencia quedaron acordes Rafael y Doña Isabel, y contratada por esta buena tia su querida sobrina. ¿Pero no fué mas bien en vista de las buenas cualidades de Rafael, que por otra cosa, por lo que cedió Doña Isabel? ¿Hubiera cedido tambien á un hombre perverso por el mismo precio? No señor, es necesario confesarlo: á un hombre perverso le hubiera llevado mas, porque algo habia de valer el sentimiento de hacer infeliz á su sobrina.

Algunos apurillos pasó todavia Rafael, porque estaba muy falto de dinero y se habia cerrado en no pedir un cuarto á nadie, sin que para esto bastaran los consejos de D. Ramon; pero estos apuros todos fuéron pequeños y graciosos, que podrian divertirnos un rato si yo no tratara de acabar pronto, diciendo solo lo puramente necesario.

Despues que Doña Isabel estuvo ya de parte de nuestro jóven, todo fué cuesta abajo, porque el tutor de Inés era casualmente amigo antiguo de su tia. Ni le perjudicó su pobreza, porque Inés ya la sabia hacia mucho tiempo. Es decir, sabia que no tenia lo que se llama bienes de fortuna, porque él fué esto lo primero que la dijo apenas imaginó casarse; pero lo que es de su pobreza en detalle, de su patrona, de su mala casa, de sus apuros de dos ó tres pesetas, de eso no la dijo ni una palabra. La falta de bienes de fortuna tampoco la importó mucho á Doña Isabel, cuando lo supo, que fué mucho despues, porque como ella decia, su sobrina era rica por los dos, y él era un muchacho de muchísimas esperanzas, y sobre todo noble y de muy buena familia.

En fin, despues de todo arreglado, se casaron Inés y Rafael, sin bulla y sin jarana, porque habia dado Rafael cierto aire de indiferencia á aquel matrimonio, no en cuanto al amor, sino en cuanto á esas tonterias que suelen hacerse cuando la gente se casa.

Despues de ya casados, fué cuando sin contarla pormenores, se lo dijo á Luisa, que siguió todavía viviendo en aquella casa algunos dias,

hasta que Rafael por fin, despues de haberla dicho cuatro mentiras, que la probaban la necesidad que habia de hacer aquello, dispuso que ella y D. Ramon, que desde luego se prestó á acompañarla, tomaran la diligencia de Andalucía, estuvieran por allá ocho ó diez dias, y se volviesen despues, escribiéndole su llegada, para salir á recibirlos. Todo esto no era absolutamente necesario, pero cuando Rafael lo hacia bien sabria por qué. Luisa, con su carácter angelical y con su costumbre de seguir los caprichos y rarezas de su hermano, aunque rabiaba de curiosidad, se tuvo que contentar con la esperanza de que sabria con el tiempo todas estas trapisondas. Emprendieron con efecto ella y D. Ramon su viaje, del que bien pronto estuvieron de vuelta, y fuéron recibidos por Rafael, Inés y su tia. Luisa fué á casa de su hermano, y D. Ramon se volvió á la suya, porque nunca quiso admitir las ofertas que Rafael le hizo para que fuera á vivir con él. Un dia, de allí á algun tiempo, fué á verle el millonario Rafael, y le pidió por todos los santos del cielo que aceptase una considerable suma de dinero.

—Lo mas que haré, le respondió D. Ramon, será gastar con un poco menos de economía unos cuantos miles de reales que acabo de heredar: si algun dia me falta dinero, cuente V. con mi palabra de caballero, se lo pediré á V.

No quiso ofender Rafael su pundonor, haciéndole mas instancias.

Lo que hizo D. Ramon fué, como quien ya estaba en mas anchuras, mudarse á una casa buena, cerca de la de nuestro muchacho, donde comia algunos dias y tomaba todos el café. No sé á punto fijo si siguió disfrutando de la mesa de su amado hermano, un domingo sí y otro no. Lo que sí hizo fué renunciar generosamente á la peseta diaria, conociendo que esto era en perjuicio de sus sobrinitos, á quienes su padre queria entrañablemente.

(Concluirá)

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

LA FLEUR DE L'AIR ET LE VOYAGEUR [1].

HOMMAGE A MR. LE MARQUIS DE NIBBIANO.

A LA MEMOIRE DU GRAND NATURALISTE FELIZ DE AZARA.

Un soir, sur le lointain rivage
De ces fleuves majestueux
Dont l' onde reflète l'image
Et d' un nouveau monde et des cieux,
Un voyageur, à l'ame pure,
Errant sur son léger coursier,
Sous le charme de la nature
S'arrete á l'ombre d'un palmier:
Non, rien ne trouble son extase!
La terre exhale un divin son,
Des chants qui remplirent l'espace
Au jour de la création!
Oui, cette touchante harmonie
L'hymne du céleste jardin
Présage de l'éternelle vie
Echó d'un éternel matin!
Enivrés de ce doux vertige
Ses yeux contemplent une fléur,
Qui, se balanzant sur sa tige
De parfum inonde son cœur.

LE VOYAGEUR.

Blanche fleur, dit-il, fleur amie,
Oh! rien n'égale ta beauté.
Dis-moi ton nom, je t'en supplie!
Serais-tu l'immortalité?

LA FLEUR DE L'AIR.

Ami, je suis simple et sans charme;
Je vis des baisers du Zéphir
Helas! je naquis d'une larme,
Oui, d'une larme et d'un soupir.
Non, je ne dois rien à la terre;
Je ne suis pas comme mes sœurs:
Du jour il me faut la lumière
Et de la nuit les tendres pleurs.
Brûlants d'une secrète flamme,
Deux amants, jaloux de leur foi,
Heureux, partagérent leur ame,
Jadis entre le ciel et moi.
Depuis ce jour, dans la vallée,
Sans peur du vent ni de l'éclair,
Je vis solitaire, isolée,
Et tous m'appelent fleur de l'air!
Quand du hameau les jeunes filles
Viennent se conter leurs amours,
J'aime á les voir, sous ces charmilles
Les folles! me cueillant toujours.
Le soir sur leur sein je repose;
Point de rivale á mon destin:
A mes pieds s'inclinent la rose,
La violette et le jasmin.

LE VOYAGEUR.

Oui, je t'adore, ó fleur charmante!
Ton parfum enivre le cœur,
Je veux t'emporter sous ma tente
La-bas dans un monde meilleur.
Déjá pour toi mon áme rêve
Des beaux Palais dans nos climats:
Palais oú la brise se lève,
Oú n'entrent jamais les frimats.
Je veux que devant toi pálisse
L'orgueilleuse fleur de nos champs:
Et que la beauté te choisisse
Pour triompher des inconstants.
Je veux te faire souveraine
D'un empire jaloux de toi,
Et qu'au sein de plus d'une Reine
La perle obéisse á ta loi.
Plus tard ton haleine embaumée
Protégeant mon dernier sommeil,
Consolera ma bien-aimée
Dans l'attente du doux réveil.

LA FLEUR DE L'AIR.

Comment! á ma terre natale
Ose tú m'arracher, cruel!
Ici je régne sans rivale.
Plus loin l'envie a son autel.
Laisse moi dans ma solitude,
Je suis fille de ces vallons;
Ici, rien, point d'inquiétude
La-bas soufflent les aquilons.
Ici la beauté m'est soumise,
L'amour me doit plus d'un lien,
Veux-tu que mon sceptre se brise
Et que je meure sans soutien?
Poursuis ta course pacifique,
Emporte, si tu veux, notre or;
Laisse á la vierge d'Amérique
Sa fleur de l'air pour tout trésor.
Que suis je moi, pauvre etrangère,
Pour orner ton noble tombeau?
Une autre fleur, moins éphemere,
Doit protéger ce nom si beau...
Mais déjá je vois dans l'histoire
De ton nom l'illustre héritier,
Pour ta tombe, au nom de la gloire,
Cueillir la feuille de l'aurier.

Madrid 24 fevrier 1852.

JUAN THOMPSON.

[1] La siguiente composicion pertenece al distinguido escritor argentino D. Juan Thompson, que escribe con tanto acierto y elegancia en frances, como en castellano, su nativo idioma. Invitado el señor Thompson para concurrir, con otros poetas españoles y estranjeros, á la formacion de la CORONA POÉTICA de los ilustres hermanos *Azara*, creyó con sobrado fundamento, que nada era mas propio para solemnizar la memoria del célebre naturalista D. Felix, que buscar entre las flores de América, y principalmente del Rio de la Plata, esplorado y descrito por aquel sabio, la mas bella y digna: la FLOR DEL AIRE; rara flor de esquisita fragancia, que crece entre las enredaderas de los arboles, y que vive con efecto del ambiente del aire, y sin auxilio de la tierra. Se ha tratado de aclimatarla en Europa, y hasta ahora no ha podido conseguirse.

LA FLOR DEL AIRE Y EL VIAJERO.

OFRENDA A S. E. EL MARQUES DE NIBBIANO.

A LA MEMORIA DEL GRAN NATURALISTA D. FELIX DE AZARA.

Una tarde, en la ribera
de esos rios gigantescos,
cuya onda pinta la imágen

de un nuevo mundo y los cielos,
Sobre ágil potro, vagando
á la ventura un viajero,
de una palmera á la sombra
se para y queda en silencio:
Nada perturba su éstasis...
la tierra murmura acentos
divinos como los cantos
que el mundo, al brotar, se oyeron.
¡Indefinible armonía,
himno del jardin escelso,
de inmortal vida presagio,
y de eterna luz destello!
Una rara flor contemplan
Sus ojos con embeleso;
flor que al mecerse en su tallo,
de aroma inunda su pecho.

EL VIAJERO.

Blanca flor, esclama, espléndida
flor de hermosura modelo,
dime tu nombre ¿Quién eres?
¿La inmortalidad, el genio?

LA FLOR DEL AIRE.

Sencilla, humilde, escondida,
vivo del aura á los besos,
y á un suspiro y á una lágrima
mi triste existencia debo,
Y nada á la tierra: á otras
flores yo no me parezco:
luz tan solo al dia pido,
y á la noche dulce riego!
De su fé y amor celosos,
dos fieles amantes tiernos,
entre mí y el cielo un dia
su alma pura dividieron.
Desde entonces en el valle
sin temer rayos ni vientos,
sola vivo, y me apellidan
Flor del Aire cuantos veo.
Cuando vienen á contarse
sus amantes devaneos
las zagalas, gozo al verlas
cogerme y pasar riendo.
Sin rivales, por la noche
en su blanco seno duermo,
y lirios, violetas, rosas,
caen marchitas á mi aliento.

EL VIAJERO.

Yo te adoro, flor divina,
Y embriagado con tu incienso,
llevarte bajo mi tienda
á un mundo mejor anhelo.
Ya para tí forja el alma,
allá en otro clima, un bello
palacio, dó el arte vence
el huracan y los hielos.
Nuestras flores mas altivas,
que ante ti se humillen quiero,
y para triunfar de ingratos
que te escoja el bello sexo.
Quiero hacerte soberana
de un rico estendido imperio,
y que eclipses los diamantes
En mas de un augusto pecho.
Y luego tu dulce aroma
velando mi postrer sueño,
consolará á mi adorada
en tanto que yo despierto.

LA FLOR DEL AIRE.

Cómo! ¿á mi natal ribera
quieres arrancarme fiero?
aquí mando sin rivales,
allí hay á la envidia templos.
Ah! déjame en mi retiro;
hija del valle modesto,
aqui venturosa vivo,
allí airado ruge el viento.
La belleza aquí me acata,
duerme el amor en mi seno:
¿quieres que en tu helado clima
cetro y vida pierda á un tiempo?
Sigue tu marcha, y si quieres,
nuestro oro llévate; pero
deja á la virgen de América
su Flor del Aire á lo menos!
Quién soy yo, pobre estranjera,
para ornar tu noble féretro?
Otra flor mas alta debe
Ceñir un nombre tan bello.
Oh! sí, ya miro en la historia
de tu nombre al heredero,
con la gloria en tu sepulcro
hojas de laurel vertiendo!

Madrid marzo 14 de 1852.

A. MAGARIÑOS-CERVANTES.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imprenta del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.



BOABDIL.

(La corona es de oro, con pedreria de rubí y esmeraldas; la marlota, la mitad es de color carmesí, y la otra mitad verde con adornos dorados. El fondo es oscuro con pintas de oro.)

RETRATO DE BOABDIL.

(1483.)

ADVERTENCIA.

Boabdil, último rey moro de Granada, habiendo en la batalla de Lucena caido en poder de D. Diego de Córdoba, conde de Cabra (21 de abril de 1483), estuvo algun tiempo prisionero en su castillo de Baena.

Durante el cautiverio fué retratado, y de esta pintura habla (aunque cien años despues) con estraordinario elogio D. Francisco Fernandez de Córdoba, abad de Rute, autor de la *Didascalia múltiplex*, en su *Historia de la descendencia y familia de la casa de Córdoba*.

El autor del cuento que insertamos posee tan peregrino retrato, monumento preciosísimo de nuestras glorias y de nuestras artes en el siglo XV. El le ha inspirado la ficcion que encierra el presente rasgo, imitacion del lenguaje popular de aquellas calendas, y donde no se rechazan la historia, la tradicion y la novela.

Verlas tan hermanadas hizo decir á uno de nuestros mas grandes literatos: «¡Lástima que tambien no sea verdad este papel, teniendo todas las vislumbres de antiguo!»

La tabla, de diez y siete pulgadas de alto por doce y tres líneas de ancho, presenta la singularidad de no haberse pintado inmediatamente sobre ella, sino sobre un pergamino que le está fuertemente asido. Este recibió una preparacion de yeso, y esceptuando el sitio que habian de ocupar el rostro y cabellera, fué toda la estension del cuadro dorada y bruñida antes que el pincel fijase los colores, y el punzon labrase la corona, las ropas y la cadena.

Por la pintura se ve que era moreno el rostro de Boabdil, verdes los ojos, el mirar dulce y melancólico, sonrosados suavemente los labios, castaños y finos sobremanera el cabello y la barba.

Esmeraldas y rubíes engarzan la corona, que asienta sobre un bonetillo de tisú verde. La jaqueta, mitad es de un color mitad de otro: verde, recamada de lises de oro; carmesí, recamada de rosas del propio metal; tiene tomado el escote con un vivo de terciopelo, y por el lado derecho bajan botones de azabache. Déjase ver la camisa, bordada y pespunteada de encarnado.

La cadena es de bronce. El fondo del cuadro muy oscuro, tachonado de oro.

De Boabdil no se conocia verdadero retrato ninguno, sabiéndose por el testimonio del abad de Rute su existencia. En el *Geneacarife* de Granada existe un lienzo, obra de mediado el siglo XVII, conocido por retrato del *Rey Chico*. Es equivocacion notoria: tuvo el pintor cuidado de advertir en una larga inscripcion el nombre del personaje: quiso representar á *Aben Hut*, descendiente de los antiguos reyes de Zaragoza.

¶ Papel

intitulado

Flor de Amores,

en el qual, con muy pulido é apacible estilo, se cuentan verdaderas historias, é se notan muy provechosos advertimientos. Compuesto por el honrado caballero Pero Fernandez, é enderezado á la muy noble señora doña Elvira de Velasco.

¶ E pues me ordenades, discreta señora, que os fable de amores, fablaros vos quiero de Baudilin el rey postrero de Granada, é de toda la gente mora de Andalucia, de cuyos sospiros non se dolieron las paredes deita cuadra de que facedes vueso aposentamiento, é cuya semblança falleredes al respaldo dese sancto rostro que á vuestra madre donó Doña Francisca ántes que profesasse.

¶ E digo vos que cuando el conde D. Diego de Córdoba, señor de Cabra é Baena, prendió en batalla junto al arroyo de Martin-Gonçalez

á Mahomad Baudilin el Chiquito, vigésimo rey moro de Granada, é le truxo á esta su villa, como saliesse á la cava á les rescibir la condesa Doña Maria con todos sus fijos é fijas é servidores et escuderos, é viesse el rey Chiquito á la fija mayor de la Condesa, fembra de muy grand fermosura, é muy granada é cumplida, fincó más pobre é lacerado, preso en los amores de la doncella, que lo fuera con los hierros é desdichas de la captividad. E como le tomasse gran tristura é pena luego que fué puesto á recaudo en esta torre del Homenaje, el conde Don Diego le facia muy grand cortesia é placer por le consolar é animar en su desventura, diciéndole que las malas suertes é las buenas eran como las pluvias de verano, que tan pronto venian como se iban, ó como yerbecicas de los oteros, ántes secas que nascidas: é de esta guisa le daba muy grand consolacion con falagueras razones: é por facelle toda honra é merced le llevaba á la cámara de la condesa Doña Maria, que era muy gran señora é muy entendida. Acontesció una noche que como Baudilin se veyesse en su cuadra é contemplasse quán aviesa le iba la fortuna, é recordasse en su reino desamparado, é á los sus parciales muy apretados é perdidos, començó de sospirar tan tiernamente que daba muy grand compasion á los que le oian. E como quier que non podiese dormir, é la noche fuesse muy clara con la luna que parescia en el cielo, é le viniessen á las mientes las visiones de aquel amor que otrosí le tenia mucho acoitado, forçaba por se asomar á las lumbreras é finestras de la torre por se consolar con las de aquella donde se aposentaba la doncella. E como Gallegos se oviesse imaginado que el cativo se iba á fuyir, preguntóle qué facia, é díxole que parasse mientes que más forzado era hí por su palabra que por los cerrojos é candados, é que no complia á los varones fuertes la furia del basilysco cuanto la prudencia é el sufrimiento, ca fuera mejor caballero quien sopo sufrir. Baudilin le replicó que non era de sesudos nin de cuerdos hombres afrentar al caballero que no se podia valer por su mal andança, et díxole que un rey non facia nunca desaguisado por ende perdiesse su honra. E como Gallegos acatasse las razones del rey Chiquito, y le apretasse á que le descobriese sus penas, prometiéndole servir en todo, el Rey se las descobrió: é Gallegos fiço en adelante por que el rey Chiquito fablasse con Doña Francisca la fija del Conde, que era muy fermosa, é muy buena otrosí, é mucho honrada: et estaba á esta sazon el Conde en Córdoba. E acontescia que la doncella é Baudilin començaban de quistionar en las vistas, et en burlas, la doncella porque el rey Chiquito se convirtiesse á nuestra sancta fée cathólica, é rescibiesse el agua del sacro baptismo, et el rey porque Doña Francisca se tornase mora, prometiéndola facer reina del Alhambra, é Xenealarife et el Xaragüi, é los floridos Alixares: é les placia fablar é volver á ello, é tanto que las burlas se tornaron veras, é quedó tan cativa la señora como el rey desleal, é falso, é mozo mal aconsejado; ca el amor no es en poder del hombre.

¶ Doña Francisca, pugnando con su passion é con la ofensa que facia á Dios, se quiso confiar de la su hermana Doña Brianda, que despues casó con D. Diego Ramirez de Guzman, é fué condessa de Teua: é tanto se comprimió el corazon de Doña Francisca con los consejos é advertimientos de la su hermana más pequeña, é con que Doña Brianda lo oviesse contado todo á Doña Marina, vuestra madre, que cayendo en el lecho asaz doliente, llegara á punto de morir de muy apretada malatía, si Doña Brianda no le dixesse que aquel non era fecho de cristiana y honrada, é que lo descobriria todo á la condesa Doña Maria, si non pusiesse remedio. E como ya fuera muy andada la luna, é los campos se avian cobierto de verduras é de flores, et el vientecico traia sus olores muy dulces, Doña Francisca dábase prisa á convalescer y á se alegrar en las huertas é alcarias que se parescen por bajo de Luque, é en las fontecicas que hí corren de muy claras é frescas aguas, entre los almendros é olivas é jarales. E como quier que non le pudiese parar la memoria de los sus amores, é otrosí le oviessen venido nuevas de que el jueves en aquel dia llevarian á Córdova á Baudilin, é que non le volveria á ver por aventura, llamó una siesta á Gallegos, é le encomendó que le sacasse la semblança de Baudilin con el mesmo vestido é ropas que tenia en la batalla en que fué cativado, ca Gallegos era muy diestro en el arte de la imagineria: é Gallegos ge lo ofreció mucho honradamente, é fué á Baena, é ge lo demandó del rey Chiquito, et plógole grandemente á Baudilin, mas non se pudo facer la semblança, ca fué llevado el rey á Córdova, é dende allí á Porcuna, fasta que se acordaron los pactos.

¶ Doña Francisca non quiso tornar á Baena, é pasaba los dias en aquellas huertas é alcarias asaz malencólica, fasta que una alborada vido que los ginetes de Luque corrian por los campos et el castillo facia la salva, é que llegaron mandaderos á la Condesa á facerle saber cómo el rey de Granada le queria besar las manos ántes de seguir la via que para su reino facia, ca se fallaba libre é desembarazado de su captividad por largueza de los señores Reyes Cathólicos D. Hernando é Doña Isabel. La Condesa le fizo muy grand cortesia é mucha honra, et el Rey le fizo presente de muy ricos paños, et de alambar et algalia é de otras buenas especias, et de muy buenos olores, et de sendos briales de muy grand obra para las fijas de la condesa: et otrosí para Doña Francisca una tabla con un sancto rostro de nuestro Redemptor Jesu-Christo, é la cobrian cendales é brocado: et el rey Chiquito dixole á Doña Francisca que aquel don no era de moro, antes de cristiano caballero, et que esto ficiera por más le servir et le monstrar lo que sabia facer. Doña Francisca gelo agradesció como podedes entender que podria lo agradescer; é fincó que le arrancaban el alma, segund era el dolor que sintió con la venida de Baudilin, et las nuevas de su partida, ca más le plugiera tenerlo preso en la torre: et estuvo á punto de caer sin sentido.

¶ Luego que partió el Rey é se perdieron los zagueros por las sierras de Luque, Gallegos dijo asaz recatadamente á Doña Francisca que levantasse los paños que cobrian el sancto rostro; é la doncella fincó espantada con la semejanza de la pintura, ca en el respaldo del sancto rostro avia trasladado maese Antonio en Córdova la semblança de Baudilin, con los arreos que dixiera la doncella. E desde aquel dia la doncella comenzó de adolescer muy mal, é todo su cuerpo fué covierto de llagas que gafedad parescian, con muy gran dolor é queja: é como quier que entendiesse que non podia escapar de la muerte, fizo llamar á Doña Marina de Velasco, vuessa madre, para que fablase con un fraile de la órden de Sant Agustin, que era muy gran siervo de Dios: et el fraile dixo que la enfermedad de Doña Francisca era por pecado que ficiera: et Doña Francisca lloró muy fieramente, et pidió al conde é á la condesa, la metiessen monja en Sancto Domingo, é antes fizo que Gallegos pintase una argolla al cuello de Baudilin, ca el conde Don Diego le habia vencido en batalla, é la christiana doncella habia vencido los encantamientos que ficieran en la semblança del rey Chiquito: y non la fizo quemar ca la semblanza habia tomado iglesia en el sancto rostro del Redemptor del mundo. ¶ E dió otro sí la tabla á vuestra madre para que la guardase: é pidió al Conde que echasse á Gallegos de la tierra, é que non volviesse más. Et el mesmo dia que professó la doncella, fué sana, ca trocara la muerte é la mentira por la vida é la bienaventuranza.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

GUSTOS QUE MERECEN PALOS.

De gustos no hay nada escrito, dice el refran, y es una solemne mentira, autorizada como tantas otras por una convencion tácita del vulgo; pero por si fuese cierto, y no hubiese nada dicho sobre la materia, yo voy á escribir, yo voy á consignar mi opinion; y no hay que taparme la boca con aquel otro apotegma no menos vulgar de que *Sobre gustos no hay disputa*, porque me atreveria á demostrar su falsedad evidente, como que todas las disputas son precisamente ocasionadas por diversidad de gustos, y digan lo que quieran los *Diccionarios* y *Panlexicos* mas corrientes y autorizados, y la *Filosofía vulgar* de Malara, y los *Refranes* de Nuñez, y los *Sinónimos* de Huerta, y el *Tesoro* de Covarrubias, y las *Etimologías* de Cabrera, esta es la verdad, y así me convencerán de lo contrario, como por los cerros de Ubeda. Punto y aparte.

Ibamos diciendo que la variedad de los gustos ó inclinaciones ocasiona las diferencias sustanciales entre los caractéres humanos, así bien como la disparidad de las facciones imprime diversos aspectos á su fisonomía. De esta infinita variedad física y moral de la especie humana, procede en último resultado su equilibrio y perfecta armonía; porque no hay duda que si todos naciéramos inclinados á una misma cosa, y esta cosa fuese solo una, entonces sí que serian mas serias las disputas sobre su gusto y posesion; y si todos y todas fuéramos tambien idénticos en figura, bastaba á cada cual contentarse con la suya, y quedaba destruida por su base la afinidad, la atraccion, la fuerza centrípeta... Pero nos vamos estraviando en la ideología... *Retournons à nos moutons.*—Volvamos á nuestros borregos.

Aquí no se trata de disputar sobre el gusto en general (que es lo que sin duda quiso prohibir el refran), sobre lo cual desde Aristóteles, y muchísimo antes, hasta Rabadan, y muchísimo despues, se han dicho y escrito muchas y buenas cosas; tampoco vamos á mirar la materia en su aplicacion á la cocina, pues nada podriamos añadir á la espiritual y sabrosa *Fisiología del gusto* de Brillat Savarin; ni bajo su mas sublime y dramático aspecto, del amor; lo cual no podriamos intentar sin ofender la memoria del vetusto Ovidio y del moderno Balzac: ni, en fin, pretendemos engolfarnos en el estudio y análisis de las pasiones, como Alibert ó el padre Huarte, ni aun siquiera en calcular sus fundamentos físicos, con la *Craneoscopia* del doctor Gall, ó la *Frenología* de Cubí en la mano.—Nada de eso: nuestra *mision* es mas modesta, muchísimo mas reducida: tomamos por hoy de los gustos humanos una

módica racion, y salpimentándola como Dios nos dé á entender en nuestra cocina, intentaremos servirla calentita al respetable público que tiene la bondad de honrarnos con su confianza,—y pare V. de contar.

Quede pues sentado que la materia es vasta, inmensa, infinita; que sobre ella se ha dicho mucho y se ha disputado grandemente, y que á pesar de los adagios vulgares, todavía dará mucho que decir, muchísimo y recio que disputar; que hay gusto bueno, gustos naturales, heróicos, sublimes y adorables; mal gusto, y gustos ridículos, necios y estravagantes; gustos que reclaman admiracion y respeto; gustos que requieren estudio; gustos que piden imitacion; gustos, en fin, que merecen palos.—De estos últimos, amados oyentes, tomamos argumento para dirigiros hoy nuestra palabra fraternal.

Nadie de vosotros negará el libre albedrío, por ejemplo, á mi vecino D. Pánfilo, que disponiendo de una buena renta y salud cumplida, de un humor alegre y una cierta edad (la mas incierta de las edades, segun el poeta inglés), prodiga sus riquezas en espléndidos festines, en magníficas *soirees* á que convida todo el mobiliario manducante y saltarin de nuestros salones aristocráticos, sin duda por la satisfaccion que debe causarle el ver citada su casa en las gacetillas de los periódicos ó en los *Souvenirs* de las coquetas; pues este gusto que proporciona á sus amigos y aficionados, además de los goces consiguientes al disfrute de las fiestas del amable Anfitrion, el placer inefable de comentar su vanidad, mofarse de su petulancia y ridiculizar su magnificencia, si van VV. á oir á sus herederos, á sus acreedores y á sus vecinos, es una usurpacion que comete contra sus esperanzas y derechos, una perturbacion de su reposo, y atentado contra su tranquilidad. Segun los primeros, el gusto de nuestro D. Pánfilo es acreedor á encomios, flores y gacetillas; segun los últimos merece palos; y como yo soy de los comprendidos en esta categoría, no hay que preguntarme á cuál de los pareceres me inclino.

A la señora Doña Dorotea Ventosa y Panza-al-trote, viuda de no sé qué título amortizado, la da por el contrario el gusto y la mueve en otro sentido la inclinacion.—No recibe en su casa, pero recibe y admite los agasajos que la hacen en las agenas; no es caritativa en el sentido directo de la palabra, ni se desprende de una parte de sus bienes en beneficio ageno; pero es filantrópica á la moda: dirige juntas y comisiones de barrio; inventa rifas caseras, y espende voluntariamente por fuerza sus billetes y acciones entre todos sus amigos y allegados; no costea las funciones religiosas, las comidas de los pobres, ni la cura de los enfermos; pero pide á la puerta de la iglesia, y cobra, en pro de aquellos objetos sagrados, el portazgo de todo prójimo que pisa sus umbrales; no dispensa favores ni proteccion propia á ningun necesitado; pero recomienda á todo el mundo por medio de cartas á sus conocidos, y á los mas remotos conocidos de sus amigos; asiste á las audiencias de los ministros cargada de esquelas y memoriales en nombre de quien quiera que le confie su pretension; visita á los jueces, y les habla en pro de cualquiera causa que oyó relatar; va á llevar informes oficiosos y apologéticos de los criados que buscan acomodo; memorias autógrafas de la condicion y circunstancias de los novios presuntos ó deseados; noticia de las enfermedades y posibles muertes, á los herederos; de mudanzas probables, á los que buscan habitacion; de almonedas y gangas, á los que andan á casa de ellas; de remedios caseros é infalibles, á todo el que padece cualquier achaque; de aniversarios, bodas y bautizos, á los músicos festeros de la murga. —No puede negarse que esta activa matrona es en cierto sentido una *utilidad social*, y que su gusto é inclinacion aparente son dignos de elogio y gratitud; pues con todo eso, no faltan autores que las colocan entre los gustos que merecen... otra cosa.

¿Y qué recetaremos al del otro ciudadano que sin mas estudios ni opinion propia sobre la ciencia política que los que le suministra cuotidianamente el periódico á que está suscrito, se lanza en los mares borrascosos de la oposicion sistemática contra todo lo existente, de la controversia de todo lo posible, de la propaganda de todo lo hiperbólico ó ideal?—En vano su familia, su casa y sus propios intereses, reclaman su tiempo y atencion; en vano suscita en contra suya las enemistades políticas, los sinsabores y las persecuciones; en vano sus amigos huyen de su incansable locuacidad y su frenético entusiasmo; en vano sus contrarios pretenden convencerle con las armas del raciocinio. Las tribunas de las cámaras, las redacciones de los periódicos, las mesas de los cafés, las sillas del Prado, los salones del Ateneo, del Casino y de las sociedades privadas, las tiendas de la calle de la Montera, y los corrillos de Puerta del Sol, son los teatros cuotidianos, eternos y obligados de sus discusiones y peroratas; los talleres donde produce sus noticias; las fábricas donde elabora y espende gratis sus opiniones; y entre tanto sus enfermos (si es médico), se están muriendo á toda prisa, y reclamando á voces su asistencia y solicitud; sus litigantes (si es letrado), se presentan huérfanos de defensa ante la formidable acometida de la parte contraria; sus discípulos (si maestro), esperan en vano sus lecciones sobre el Fuero Juzgo, la obstetricia, ó la pila galvánica; sus comensales (si fuese negociante), el éxito del recibo de sus géneros, del giro de sus letras ó de la colocacion de sus fondos; sus parroquianos (si almacenista), que abra la tienda para surtirse del azúcar ó el almidon.—Ahora díganme VV. si en conciencia este gusto de disputar impolíticamente de política, es de aquellos de que dispensa el refran, ó de los que merecen mas bien el epígrafe de este artículo.

Pues quiero que no sea tan vago ó indeterminado el objeto de otro *quidam* en la agitacion febril de su existencia y medios de accion; quiero tambien que menos bilioso y acerbo se incline tambien á mirar los negocios públicos por el lado favorable; que su entusiasmo brote espontáneo á la vista de cualquier magnate, ó con la simple lectura de cualquier acto del poder; que nuevo Panglós crea firmemente que todo sucede por el bien, y que este mundo es el mejor de los mundos posibles; que la eterna sonrisa de sus labios, en fin, y la movilidad elástica de su espina dorsal, den á conocer á primera vista la ductilidad de sus opiniones, la moderacion de sus deseos y la actitud curvilínea del humilde pretendiente.—Mueble obligado de toda antesala, adorno exótico de toda escalera, y figura saliente de todo tapiz, nuestro tipo (á quien para ser mas original suponemos poseedor de una regular fortuna, de una independiente y dorada medianía) espía desde aquellos modestos recintos el semblante y las acciones de los ministros y magnates, sonríe á su ceño ó soporta impávido las inequívocas muestras de su desden; su cabeza y su móvil fisonomía aprueban de antemano, antes de haber sido emitidas, las palabras del poderoso; su mano alarga indistintamente á todas las opiniones su estereotípico memorial—¡.Y todo ello para obtener una condecoracion ó un uniforme con que realzar su persona; un título fantástico con que disfrazar su nombre, ó un sueldo mezquino con que trocar su independencia y tranquilidad!—Este gusto es un gusto como otro cualquiera (se nos dirá):—Verdad es; pero en nuestra humilde opinion merece palos.

A otro le suele dar por ocupar su vida en la controversia forense, y repartir entre los ávidos curiales *que han hambre y sed de justicia*, su tiempo, sus bienes y su inmensa é incansable actividad.—Contra estos busca-ruidos no hay derecho seguro, no hay posesion tranquila, no hay independencia asegurada de su furor. Pleiteará con sus vecinos sobre gabelas y servidumbres caseras, con sus arrendatarios por sus condiciones, con su casero por sus plazos, con sus amigos por sus opiniones, con sus criados por sus cuentas, con sus hijos por sus legítimas, y con su muger por su carta dotal. Hallará comentarios que hacer sobre las palabras de todo contrato, evasivas contra toda obligacion, refugios contra todo compromiso, pretestos para toda querella, argumentos para toda demanda, y fruicion en todo intrincado laberinto curial. A falta de familia y relaciones íntimas, y no teniendo á la mano sugetos sobre que ejercitar su accion y demanda, los buscará y provocará por todas partes: en las reuniones, en los espectáculos, en las calles y paseos; reñirá con este por haberle quitado la acera, con aquel por no haberse descubierto al saludarle, con el otro porque le miró fijamente, con el de mas allá porque le volvió, sin mirarle, la espalda. Si tambien llegasen á faltarle cuestiones ó motivos propios sobre que reñir, se mezclará é identificará con los agenos, apadrinará á uno de los contendientes, escribirá los carteles, ó arreglará las condiciones del encuentro, y como el maton que pinta Roxas:

«Si el duelo en dos llega á oir
que satisfecho no está,
aunque esté acabado ya
los hace otra vez reñir.»

Hay quien mas apacible y armónico, limita sus gustos al placer de no hacer nada, ó á hacer visitas de cumplido (que para el caso es lo mismo); á instalarse todas las noches en un café, ó á pasar todos los dias en pié á la puerta de una tienda; á formar corro delante de cualquier músico ambulante ó perro saltarin; á dar á todo el mundo la razon, y aplaudir todo lo que miran; á pescar con caña en el legamo del Canal, ó á cazar gorriones en las alamedas de Chamartin.—Hay tambien quien toda su atencion convierte hácia el estudio de las modas, y para quien es un suceso el descubrimiento de un nuevo lazo en la corbata, ó de un corte nuevo del pantalon.—Y quien consagra su inteligencia y entusiasmo juvenil á componer nuevos apóstrofes á la luna, y á escribir billetes apasionados á la muger que no los comprende, ó composiciones festivas al público, que tampoco los quiere comprender.-Para estas existencias bienaventuradas no hay anatema posible; contra estos gustos inofensivos no hay armas en nuestro arsenal: pero el lector juzgará si es afectada nuestra reticencia, ó si en realidad pudiera ser aplicable á ellos el consabido remedio.

De *aficiones inocentes* son tambien calificadas las de aquellas jóvenes doncellas melindrosas y traviesas, que reparten su vida entre los cuidados de su tocador y los cariños del falderito habanero ó del gatito de Angola; entre la enseñanza del loro indiano, del pintado ruiseñor ó de la rústica codorniz, y el riego de sus macetas ó el telégrafo del bal-

con; que se pasan las noches de claro en claro entre un tomo de Zorrilla y una entrega de Eugenio Sué, y los dias de turbio en turbio alarmando constantemente á la vecindad con los *rinforzandos* de su piano, ó las *fermatas* de su garganta; que sostienen una activa correspondencia con medio café Suizo, y medio Casino, ó que saben de memoria el escalafon del ejército, y tienen abierta á cada oficial su hoja particular de servicio; que provocan continuamente á músicos, pintores y poetas á pagarlas tributo en su *Album* correton; que son indispensable acompañamiento y precisas operarias en todo simulacro militar, en toda procesion religiosa, en todo paseo, asonada ó reunion popular; que, prospectos vivos de las modas parisienses y muestrarios ambulantes de fábricas y almacenes, ofrecen á sus aficionados (*amateurs*) sus agraciadas personas, *ilustradas* con toda clase de dibujos y caprichos, grabadas con todo el primor del arte por sus manos mismas, y estampadas en el papel continuo de su gracia coquetil.—Ediciones populares y económicas, aun mas que las de las Bibliotecas á real la entrega, pues que se ofrecen á nuestro estudio y á nuestras miradas *gratis et amore*, «con gracia y con amor,» que traduciria libremente alguno.—¿Quién ha de ser el cruel que decrete castigo, y castigo tan cruel, á tanta filantropía? ¿quién el que enarbole el látigo de la sátira contra gustos tan humanitarios? Seguramente que á ellos sí que no pega lo de los palos, pero por si pega ó no, bueno será consignar aquí la duda.

Algo menos indulgentes pudiera ser que nos mostrásemos con la vetusta matrona, que no sabiendo ó no teniendo á mano á quién darse



Viajero del siglo XV, contando las aventuras de Homero.

(despues que el mundo y la carne la abandonaron, y hasta el diablo la volvió la espalda asustado de su rugosa faz), está dada á perros y á gatos, y cuida amorosa y maternalmente hasta una docena de ellos, en cuyo sustento y educacion científica emplea las tres cuartas partes de su módica viudedad; ó la que convirtiendo su persona en *ánima vili* de esperiencias médicas, busca alternativamente á sus soñadas dolencias remedios infalibles en los glóbulos homeopáticos ó en los pases magnéticos, en los baños de la hidropatía, ó en el vomi-purgante de Le-Roy, bello ideal de médicos y boticarios, y á quien de seguro no recetarán estos el remedio que cuelga por cabeza de este artículo:—tampoco la Hacienda nacional tendrá motivos de queja contra la otra, cuya nariz, bomba aspirante de rapé, contribuye largamente con esta indirecta al sostenimiento de la industria cubana;—ó de la que infatigable cabalista de ambos y ternos, cambia cada quince dias sus doblones positivos por los fugaces papelitos de la renta;—por último, nada diremos de la que abandona la aguja y el dedal por la pluma y el tintero, y escribe coplas eléctricas á mil oscilaciones por minuto, ó novelas vaporosas de la fuerza de cuarenta caballos, porque para estas no sabemos si seria bastante el consabido remedio, á no ser propinado en el nuevo establecimiento de Leganés.

Llamaremos, en fin, la atencion del lector hácia los gustos y aficiones igualmente *inocentes* del honrado ciudadano, «buen padre, buen esposo, y buen salchichero,» que le da por mangonear en cofradías y en hermandades, por disponer ó presidir entierros, por concertar y repartir candidaturas para las elecciones, por intrigar, tal vez en nombre propio, para servir una carga concejil.—Consignaremos *exprofeso* el gusto del otro individuo-ómnibus, que á trueque de que se lo llamen, sirve de *hombre bueno* en todos los juicios conciliatorios, ó por parecer actor hace de *persona que no habla* en todas las comedias caseras;—el del autor novel que acomete á todo viviente con la lectura de sus mamotretos;—el del aplaudidor gratuito de todo espectáculo, del convidado de piedra á todo festin, del poeta repentista de todo brindis, del cantor aficionado de todo desconcierto musical;—respetaremos el gusto del pretendido numismático que trueca las monedas áureas isabelinas por roñosas medallas celtíberas, acuñadas en la fábrica de Segovia; el del aficionado que llena sus galerías de Rafaeles y Murillos póstumos; el del erudito que anda á caza de libros, impresos antes de Gutemberg.—Muchos de estos bibliógrafos, cuadrófilos ó medallívoros no tienen otro objeto en sus colecciones que obedecer á su instinto de colectividad, ó cultivar la ciencia; en tal caso no hay para qué decirles una palabra, tanto mas cuanto que en el pecado llevan la penitencia; pero los hay de ellos que con sus monedas y antiguallas pretenden comprar la opinion de sabios profundos, de inteligencias fósiles, y organizaciones antidiluvianas; hay tambien quien llena sus aristocráticos salones de aquellos magníficos mamarrachos, con el objeto ostensible de pasar por artistas y Mecenas espléndidos; y quien diligente escudriñador de

libros y mamotretos viejos, los reune y apila con el único objeto de substraerlos á la circulacion, de monopolizar su disfrute, de estancar en sus manos su anhelada propiedad; verdadero Harpagon literario, que ya nuestro Quevedo adivinó cuando dijo:

«No es erudito, que es sepulturero
quien solo entierra cuerpos cada dia:
bien se puede llamar libropesia
sed insaciable de pulmon librero.»

A estos y otros gustos por el estilo pudiera aplicar su teoria el célebre y discreto autor de la *Apología de los palos.*

Por lo que á nosotros toca, y á pesar del título demasiado brusco con que hemos encabezado este artículo, ya se sobreentiende que no fué nuestra intencion aplicarle en su sentido estrictamente vegetal, ni diria bien con nuestra suave condicion y blanda correa, tan material y grosera demostracion; quisimos decir cuando hablamos de palos (y no se entienda por esto que vamos á entonar la palinodia), que hay refranes para todo; y que si hay uno que dice que *Sobre gustos no hay disputa*, hay otro que responde; sí, pero *Gustos hay que merecen...* las gracias por habernos dado materia para probar que se puede escribir sobre ellos.

EL CURIOSO PARLANTE.

LA PROTECCION DE UN SASTRE,

NOVELA ORIGINAL.

(Conclusion.)

IX.

Pasó algun tiempo sin que nada de particular sucediera, hasta que en uno de los últimos bailes de máscaras, se encontró Luisa sin saber cómo, con Carlos, en uno de los ángulos del salon.

Este Carlos es aquel Carlos, que no tendrá nada de particular que hayan olvidado los lectores, que con tan poco temor de Dios, creyendo firmemente que Rafael y Luisa eran marido y muger, se atrevió contra un matrimonio, y encontró una viuda honrada, que estando en la misma creencia, se atrevió tambien á dar una carta del amante á la para ella inocente esposa de su huésped, pues como acabados de llegar entonces nuestros jóvenes, ni sabia la buena muger quiénes eran ni quiénes dejaban de ser.

La carta aquella habia seguido su curso ordinario; pero aun cuando con ella habian tomado un poco mas de carácter los amores, sin embargo no hubo tiempo para que crecieran mucho, porque á lo mejor tuvo que marcharse Carlos, y aunque muy enamorado, no tuvo mas remedio que dejar en Madrid su corazon y su querida, sin despedirse tan siquiera de ella, merced al trato escepcional entre los amigos hombre y muger, que varia un tanto cuanto del trato del hombre con el hombre.

Acababa pues ahora Carlos de llegar, y lo primero que habia hecho apenas sacudido el polvo del viaje, habia sido irse á las máscaras, donde por su fortuna la primera muger que vió fué Luisa. No era el fuerte del buen muchacho amar de todo corazon y de buena fé; pero en esta ocasion apenas se encontró con Luisa, cuando le dió un vuelco el corazon, sintió una especie de frio nervioso, y no tuvo tiempo en medio de su éstasis, para otra cosa sino para que se le entrase toda entera en el alma, la dedicada imágen de la hermosísima Luisa. No sé si á ella la sucedió lo mismo: lo cierto es que los dos se miraban suspensos, y no se acordaban de que las personas bien educadas se dicen algo cuando están juntas.

Por fin Carlos, sacando fuerzas de flaqueza, y venciendo lo que para él en otro cualquiera hubiera sido cobardía de señorito tonto, empezó á hablar, y habló tan mal, pero con tanta espresion, que no quiera Dios que yo me meta á decir aquí lo que él dijo allí, con los ojos y con todo el semblante, mas que con la boca; yo pobre de mí que no tengo mas ojos que enseñar á mis lectores que los de mis garrapateadas letras.

El baile seguia: Rafael estaba cenando con una porcion de amigos que no se hubieran alegrado poco de ver á Carlos, pero él, que estaba ocupado, tuvo buen cuidado de huir de ellos, y no habiendo tenido la fortuna de ser visto, antes de tenerla, se envolvió en un dominó, y échele usted galgos. Luisa estaba con Inés, que como muger casada y virtuosa y jóven, estaba enteramente á disposicion de su hermana, que se sentaba y se levantaba cuando queria. Eran las dos muy bonitas para que las faltasen moscones, pero todos en fin, viendo y respetando la tenacidad de nuestro dominó, se fuéron con sus bromas al lado de Inés, y hicieron un gran favor con sus risas y su murmullo á Carlos, y yo creo que tambien á Luisa, que hablaban entre tanto como si estuvieran solos.

Yo no sé lo que se dirian; pero muy marcada debia estar la simpatía entre ambos porque habia hasta en el sonido de sus acentos un acorde de amor maravilloso. ¡Felices los cantantes que sin divertir á nadie se divierten ellos en tan sentido duo!

Seguia en tanto el baile, en el cual mucha gente habria mas fastidiada que la de nuestra historia.

Llegó por fin Rafael al corro de su muger y de su hermana, y entonces Carlos llamóle aparte, quitóse la careta, y dejando ver un rostro lleno de entusiasmo y de hermosura, porque es de saber que el amor es un gran cosmético y el mejor afeite que se conoce, le dió un abrazo estrechísimo, que fué contestado con placer, y sin andarse en mas rodeos le dijo:

—Chico, se acabó, estoy decido á casarme con tu hermana, me la das?

Echóse á reir á carcajada tendida Rafael, y le contestó:

—Pues no te la he de dar! tú serás quien no la tomará, enemigo declarado del matrimonio.

—Qué quieres apostar á que me caso? dijo Carlos poniendo las dos manos sobre los hombros de Rafael, ea, hacemos una apuesta?

—Pues, señor, cásate en hora buena, que aunque tú no eres muy de fiar, sin embargo me parece que una muger tan linda, y hermana mia, te ha de poder sujetar; además de que, chico, nosotros hacemos buenos casados á pesar de todo. Pero oye, ¿ella te quiere, eh? Ya yo me presumia algo de esto. Y vamos, dime, cuando has venido? Cuéntame, cuéntame.

—Chico, mira, no estoy para cuentos, dame una prueba de amor dejándome hablar con tu hermana, y no digas á nadie que estoy aquí, porque me molestaria ahora cualquier amigo tanto como una vieja.

Le apretó la mano Rafael, volvióse á poner la careta Carlos, y el uno cogiendo el brazo á Inés, y el otro á Luisa, anduvieron por allí viendo cómo seguia el baile, que seguia bastante bien.

Pues, señor, hé aquí que tenemos colocados á los dos hermanos, y á los dos muy bien, porque Carlos era un título riquísimo de Castilla, que aunque tenia padres, es bien seguro que no se opondrian á este casamiento, porque querian mucho á su hijo, y con solo verla, querrian tambien á Luisa, por aristócratas que fueran, como no fueran avaros, que no lo eran, y si padres amantísimos de su hijo.

Todo este fortunon se debia en la mayor parte al bueno del sastre, que *trrin trrin, tris tras*, dale que le darás con sus tijeras, seguia indiferentemente el camino de la vida.

Todo iba á las mil maravillas, y ya era seguro que no habia sido una calaverada del momento la proposicion de Carlos.

Una sola cosa, pequeñísima en medio de tantas grandes, sucedia, y era, nada para el caso, que tenia una tosecilla ligera la hermosa Luisa, de resultas de un constipadillo que cogió la noche aquella de las máscaras. Para curársela de una vez se metió en cama por uno ó dos dias, pero ya habia estado un mes enferma sin que Carlos la hubiese dejado apenas un momento, cuando un dia en que estaba á su cabecera, se incorporó Luisa en el lecho, pasó con blandura la delicada, blanquísima y casi trasparente mano por los aromados rizos de Carlos, dijo con un acento modulado suavísimamente, y con toda la celestial ternura de la esposa del cantar de los cantares. —«¡Cuánto amor, Carlos! Carlos mio!» Le dió un beso, y se murió.

Quedó por un momento Carlos como bajo la influencia de un sueño, al que daba un carácter de idealidad y de trasparencia el espíritu vagaroso de aquella muger dulce y amorosa como un suspiro, que sin duda acariciaba todavía al alma engañada de Carlos, que dejó entonces al cuerpo inanimado é inmoble, inclinado sobre los amados labios, que nada habian perdido de su delicado color. Salió en fin de aquel estado, para caer en el dolor mas sombrío, en la mas desalentada desesperacion, y en la mayor amargura y desconsuelo que pueden apoderarse de este pobre corazon humano, que tan positivamente choca y se quebranta con los males, como con vaguedad aspira en algunos momentos, casi siempre sin conseguirlo, á tocar los bienes, ligeramente y de pasada.

Fuéron muy profundos los dolores de Carlos para que yo pueda contarlos uno por uno, y tan grandes, que ante ellos se pierden los de Rafael, que estaba loco de pesar, y los de Inés, por lo que se quedarán mis lectores sin noticia circunstanciada de lo que estos desgraciados padecieron; y si quieren sentir con ellos, sentirán mas en un minuto que se coloquen en su posicion, que en cinco horas de lectura interesante. Solo contaré los hechos que bastan para probar la naturaleza de sus desgracias.

Carlos, atolondrado, alegre, al parecer no muy tierno, que hasta entonces no se habia enamorado de ninguna muger; una vez probada la compañía que en el mundo hace al hombre el amor, no pudo acostumbrarse á marchar solo por este fastidioso arenal, donde tan pocos consuelos halla el que no los lleva dentro de sí mismo ó en el corazon de una muger querida.

Es verdad que hay una edad en que el hombre no ve en el amor la felicidad; pero Carlos estaba justamente en la época en que se ve en

el amor la felicidad, toda la felicidad, el único objeto de la vida; cuando se tiene un corazon tan lleno de deseos como vacío de goces, si le falta amor, amor, eso que es tanto y que no es nada, lo mismo que el alma del hombre.

Carlos no dormia, no lloraba, no hablaba, solo se ocupaba en responder en lo íntimo de su corazon cariñosamente, á una mirada que allí habian dejado impresa los ojos suaves, amorosos y espirituales de Luisa. Rodaba por su cabeza la figura alta, delicada, vaporosa de su querida, andando con aquella negligencia que tan misteriosamente convidaba al amor á seguir el inseguro compás de sus pasos, cuando vivia, cuando pasaba por delante de los ojos de Carlos, lo mismo que ahora por su imaginacion. Yo no sé si sabiendo lo que esto podia atormentarle, habrá alguien que se niegue á rezarle un padre nuestro, detestándole como á un impío suicida: yo por mi parte le rezaré trescientos para que, si ser puede, salve Dios esta pobre alma de la pena eterna á que la condujo tan sin ella saberlo, un pobre sastre, que sin saber lo que hacia, puso á Rafael y á Luisa en disposicion de que todas estas cosas sucediesen, porque si no hubiera sido por él, es casi cierto que Rafael, aunque se hubiera desojado sobre sus traducciones, no hubiera pasado de ser un pobreton indecente; no se hubiera casado, y sobre todo no hubiera vuelto á ver acaso Carlos á Luisa, la que tampoco hubiera ido al baile en que cogió el mortal constipado, ni cosa que lo valga. Al fin yo no diré que la culpa del sastre fuera tan positiva que se le pudiera formar causa, pero mediata ó inmediatamente, de su taller habian salido las penas que aguaron la felicidad de Rafael, los atroces tormentos del pobre Carlos, la profunda pena de sus padres, que no volvieron á tener un dia alegre, y en fin, tantas cosas como ahora mismo estarán sucediendo de resultas de esto.

El bueno del sastre entre tanto, *trrin, trrin, trrin, tris tras*, con sus tijeras, á sus levitas, á sus fraques, á sus chalecos y á sus pantalones.

Un sastre dió la felicidad á Rafael, tal será la felicidad cuando la puede dar un sastre: pobre género humano! eso que llamas felicidad, es una cosa que puede deberse á cualquiera, pero la verdadera felicidad solo se debe á Dios, que es el que dispone de los sentimientos de los hombres; cuando él quiere que uno sea feliz, le hace tonto y se concluyó.

Como es costumbre generalmente recibida por los que se proponen algun objeto en sus obras, encerrar en los últimos renglones el resultado de lo que ellos creen que han dicho, y como yo no me propongo ningun objeto en mis obras, sino el de malgastar mi tiempo, y como los últimos renglones de esta cosa, parece que dicen que la felicidad está en ser tonto, añado por posdata estas líneas para advertir á los que lo sean que no vayan á creer que esto es lo que se deduce de todo lo escrito. De todo lo escrito no se deduce nada, ni puede sacarse ningun fruto malo ni bueno, porque todo lo escrito está escrito al buen tum, tum, sin ningun gran pensamiento fundamental, sin ningun sistema, ni filantrópico, ni misantrópico, ni nada; al fin, escrito para entretener, no para enseñar, porque á ser este mi objeto, tendria que aguardar á que los años y el estudio madurasen mis ideas, y entonces haria un gran servicio á la sociedad, y si tenia la ciencia y toda la profundidad necesarias para imitar algun modelo de esas obras filosóficas que enseñan y dirigen, escribiria, no un cuento, sino un libro de los niños, que aunque de lejos, seguiria en cuanto mis fuerzas me lo permitieran los luminosos principios y las sublimes cuanto sencillas ideas, de algun libro de estos que hay ya escrito, y que á mi entender, hará la felicidad futura de esta nacion, asi como la de todas, si á sus diversas lenguas se traduce.

Con que quedamos, en que ni digo, ni quiero decir nada de bueno ni de malo en este cuento, cuya única intencion es la de añadir paja al inmenso monton de obras que no sirven para otra cosa, sino para matar tiempo, enemigo tan fastidioso por lo menos como los ratones, y contra el cual, lo mismo que contra estos, se han inventado prodigiosamente variadas, infinidad de ratoneras, se han inventado infinidad de pasatiempos, entre los cuales están los literarios, y entre estos, sin mas pretensiones que las que pueda tener en mecánica el autor de una ratonerilla de mala muerte, coloco yo esta dosis de letras, de palabras, de oraciones, de periodos, de párrafos y capítulos, tósigo bastante para matar un par de horas de tiempo, si el que use de él se aviene á matarle sin provecho propio y solo por matarle.

Nadie ha pensado en sacar partido ninguno de los ratones muertos, porque muertos ellos y limpia la casa es todo uno, y esta es la ventaja que se busca y no la de aumentar la racion de carne en la olla. Perseguido, pues, por mí el tiempo, como se persigue á los ratones, y nada mas, claro está, que si aquel á quien yo dé esta receta casera: «léase lo anteriormente escrito y mataránse un par de horas, y es probado;» se encuentra con que habiendo hecho uso de ella, efectivamente ha matado ese tiempo, aunque sin instruirse, tiene tanto derecho para quejarse, como el que despues de ver limpia su vivienda de indecentes animaluchos, de que para nada le servian, se lamentara.

FIN.

Posdata.

Escrita hoy 18 de abril de 1852, para que el blando lector quede aun mas blando, si acierta á empaparle el autor en las penetrantes razones que se le ocurren para disculparse de su pobre obra.

Se ha publicado esta novela en 1840, escrita á los veinte años, por quien á los treinta y tres que le trabajan há ya tiempo el cerebro, tiene aun bien poco sólidos los cascos. Mire el lector si no es para él una ventaja perdonarme por niño, cuando podria muy bien suceder, que hombre y todo como hoy me estoy, tuviera aun que perdonarme: y gracias, que peores pasadas le habrán hecho.

Ni se ha quitado ni se ha puesto un punto en la reimpresion, porque yo escribo con la honrada intencion de ser autor clásico y de estudio, y quiero que en los tiempos venideros, en los cuales yo he de vivir, aunque no sea mas que por vengarme de lo muerto que estoy ahora, puedan observar las estudiosas generaciones futuras, todos los malos pasos que va dejando atrás un escritor, antes de llegar á bueno. Con esto han de cobrar aliento los jóvenes, considerando con qué principio de borrones, por ejemplo los de este cuaderno mio, puede llegarse al fin de la inmortal claridad; v. g., las páginas que yo he de escribir pocos dias antes de mi muerte. Sea bueno el lector de ahora, y por amor de su descendencia, déjeme por lo menos seguir en paz mi camino, que él verá que no ha hecho mal, cuando esté en el cielo y hablemos de eso.

Esta de que me voy á confesar ahora es la mas negra, y con no merecer perdon no habrá mas que perdonármela, ó matarme, porque es manía. Cuentan que yo no sé que célebre literato francés, amigo y medio preceptor de *Madame de Sevigné*, que como el lector sabe, es acaso la única muger que ha escrito amablemente; cuentan pues, que este amigo la dijo entre otras cosas, *je suis malade* (estoy malo), y ella respondió; *je la suis aussi* (tambien yo *la* estoy), y que por ninguna razon del mundo pudo convencerla aquel sabio, de que debia decir *je le suis* (yo lo estoy), so pena de uno de los mas graves desacatos á la gramática. A esto respondia la bella marquesa, que decir de ella misma, que se sentia femenino á no dudarlo, *je le suis*, y verse como por encanto con la cara poblada de barbas, era todo uno, y que antes era su conciencia de muger que todas las gramáticas.

Con un poco mas de razon que á ella, me sucede á mí lo mismo en otro caso.

Por mas esfuerzos ideológicos que hago, no puedo ver el pronombre *le* aplicado á un dativo femenino, sin que al pobre femenino le salgan barbas, que es un dolor.

Mi amor al femenino es lo primero de todo, y en dativo como en acusativo, escribo y escribiré siempre *la*, y mi oido quedará contento y mi corazon mas, y con su pan se lo coma el que no comprenda mi ternura.

De faltas voluntarias como esta, de faltas de correccion, no mas forzosas, y de faltas cometidas contra toda mi voluntad por purísima ignorancia, no seré yo el que dé disculpa. Con el perdon del lector me contento, y me basta y aun me sobra. Yo le prometo enmendarme, menos de mis manías, porque soy voluntarioso, de todos los demás efectos de mi poco saber, si con la ayuda de Dios puedo saber mas.

Ya que estoy mano á mano con el lector, y ocupándole de mis cosas, sin duda porque yo me ocupo de las suyas, no quiero dejar de confesarle otra manía que yo tengo. Tengo la manía de que el lector no sabe cómo me llamo, en lo cual él no pierde nada, pero yo pierdo nada menos que mi personalidad. Todos los que me llaman Santos ó Santos Alvarez, me hacen dudar de mi individuo mil veces al dia, y al oirlos juro que me quedo sin saber quién soy, porque yo estoy acostumbrado á llamarme á mí mismo ó por el santo de mi nombre, que es el beato Miguel de los Santos, ó por mi apellido. Llámeme pues el lector que me ame, Miguel; el que me ame un poco menos, Alvarez; y el que con amor hácia mí ó sin él, tenga saliva larga que gastar,

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

UNO DE TANTOS.

Hoy va ante usted, señor público,
uno que aspira á ser hombre,
menor de edad para palos,
mayor de edad para azotes.
Poco he escrito, pero bueno,
y es la modestia mi norte,
cualidad que en este siglo
es muy propia de escritores.
Poco he escrito en prosa y verso,
pocos mis obras conocen,

y jamás en letras gordas
se vió en las calles mi nombre.
Ni el público ni la prensa
me han dado aplausos y honores:
la santa amistad tan solo
mis pobres romances oye.
No soy poeta de tumbas,
ni escribo en admiraciones:
las risas son mi embeleso,
no quiero que nadie llore.
Que es feo ver á una bella
verter, si el hocico encoge,
perlas en forma de babas
y aljófar en lagrimones.
Mejor es hacer que enseñe,
á manera de quien come,
los adoquines de nácar,
la boca y sus interiores.
Niñas, soltad carcajadas,
hombres, torced los bigotes,
viejas, ó gracias que fuéron,
reid al ver mis renglones.
Que he de darlos en un tomo
con portada de colores,
aleluyas en acero
y al frente mi *coram vobis*.
Haré sábanas carteles
y prospectos á millones,
y los venderá el librero...
si hay alguno que los compre.
O consiento en que otro sea
padre, *gratis et amore*,
del producto de mi númen,
por verme en letras de molde.
Si es corto pronto lo alargo,
si es largo le doy un corte;
que genios de goma elástica
son encanto de editores.
O doy mis versos á un mísero
papel de esos que se esconden,
ya por su mucha modestia,
ya por sus pocos lectores.
O á los ciegos bullangueros
por tener el gusto enorme
de que en portales y esquinas
se deletreen y glosen.
Y serán placer de astures
de agua, de lomo y de coche,
y en Madrid no habrá fregona
que no los sepa y entone.
Y se venderán por resmas
á tenderos *in utroque*,
para envolver escabeche,
azúcar y cañamones.
¡Oh Gloria! por todas partes
te voy á asir del cogote,
y habrás de llenar mi casa
de laurel, de oro y de cobre.
Darán pronto mi apellido
á un callejon de la corte,
y me veré en las petacas
y cartuchos de bombones.
Lo espongo á usted, señor público,
porque luego no se asombre
y diga que no merezco
tantos y tales favores.

ROMANCE MORISCO.

Con ambas manos cubriendo
Moraima el rostro de nieve,
del Alhambra maldecia
las solitarias paredes.
Y asomada á un mirador,
con sus lágrimas ardientes
agostó las yerbecillas
que al pié de los muros crecen.
Miraba la fértil vega,
sus ricas alfombras verdes,
y el Genil, que de su padre
guardó el cadáver inerte.
Miraba el cielo azulado
que allá á lo lejos se estiende,
y las libres avecillas
que en el espacio se pierden.
«Avecicas amorosas,
clamaba con voz doliente,
volad, volad á Baena
y nuevas suyas traedme.
Llevad al triste monarca
mi pensamiento y mi mente:
¡ay, si á sus brazos con ellos
el cuerpo volar pudiese!
¡Cuán rápida cruzaria
esas praderas alegres,
tan tristes para el cautivo
que en la prision desfallece!
¡Oh, cuál hallara en su boca
palabras de amor cual siempre,
vida y encanto en sus ojos,
y entre sus brazos placeres!
¡Cuál con mi llanto ablandara
aquellos hierros crueles;
que ante una muger que llora
hierros y cadenas ceden.
Boabdil, Boabdil, esas auras,
cuando tu rostro refresquen,
entre sus alas la vida
te llevarán de quien muere.»
Calló la triste sultana;
y el aura su confidente
al alcázar de Baena
llevó su aliento celeste;—
Y bañada en los perfumes
de lirios y de claveles,
bálsamos vertió amorosa
en el pecho del zenete.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

TELÉGRAFOS DE LOS ANTIGUOS.

Quien dude si nuestros cándidos y benditos antepasados tenian conocimientos del arte telegráfico, pronto saldrá de confusiones leyendo un papel curioso del tiempo de Felipe V, en que se particularizan los signos que con los pañuelos solian hacerse los amantes para manifestar sus pensamientos en las barbas del mas severo padre, del mas rígido hermano, y de la mas impaciente y grave tia. Con dos pañuelos solamente se combinaban muchas maneras de decir, segun se prueba del papel mencionado, que es como sigue:

CIFRA DEL PAÑUELO.

Dama y hombre deben estar siempre prevenidos de pañuelos, blanco y de color, que con ambos se ha de jugar ó hablar, teniendo cada uno su diferente significado.

Tremolar la dama el pañuelo blanco, es preguntar si la quieren; y el hombre pasándole por la cara.

Decir que si, ha de ser arrollando el pañuelo entre las manos; y el decir que no, dejando caer el pañuelo al suelo, como que es casualidad.

Significar que están buenos, se demostrará estendiendo el pañuelo; y que enfermo, aplicándole á un lado de la cara.

Decir que se esté quieto ó quieta, torciendo el pañuelo á lo largo.

Decir que se ausente, doblar el pañuelo como nuevo.

Que volverá dentro de poco, lo significará el hombre asomando el pañuelo por debajo de la capa, y á su falta, de la casaca, y la dama echarse el pañuelo torcido al cuello.

Que tiene uno ú otro que hablarse ó darse algun papel, será torciendo el pañuelo al brazo.

La mañana, se significa poniendo el pañuelo delante del pecho; la tarde, de la cintura; y la noche, liándose una mano con él.

Para nombrar la compañera, será mordiendo el pañuelo blanco; el criado ó criada, mordiendo el de color.

Querer la dama que la sigan, lo dirá teniendo ambos pañuelos de la una mano.

Los celos los dirá con limpiarse la cara con el pañuelo de color. La satisfaccion de ellos, será poniendo doblado el pañuelo de color, delante de la garganta.

Que mude de sitio, doblando el pañuelo de color como si fuera nuevo. Que no puede asistir á la cita, ha de ser fingiendo que se va á sonar con el pañuelo de color.

Si hay alguna novedad triste, se significa dejando caer al suelo ambos pañuelos á un tiempo; si alegre, se arrollarán dichos pañuelos juntos.

El padre, cruzar las manos; la madre, los brazos; el hermano, cruzará un brazo por el pecho hasta el hombro contrario; y la hermana, la misma accion, y ambas con el pañuelo liado á dicho brazo.

No querer que se haga una cosa, lo significará pasándose toda la mano por la cara.

La forzosa ausencia, se notará atando los dos pañuelos; y los dias que esta dure, serán cuantas veces cerrare la mano.

Nótese que cuando no se nombra sino pañuelo, se entiende que ha de ser el blanco.



LAS RANAS DE SARTILLY.

Cuando Mr. de Kerangal combatió en la Asamblea constituyente de Francia los derechos señoriales, y citó entre estos la obligacion impuesta á ciertos aldeanos de golpear con palos en los estanques para hacer callar á las ranas, una parte de la Asamblea se indignó contra dicha obligacion pueril y degradante. Hallábase entonces la nacion francesa en una época que hacia mirar todas las cosas por el lado serio; los hechos pues tomaban la magnitud del principio que los producia. No se habia inventado aun esa burla sistemática, que despues se ha apoderado de sus reuniones públicas, y que hace imposible que se pronuncien ciertas palabras ó que se toquen ciertos hechos, porque el sarcasmo está siempre pronto para apoderarse de su presa y despedazarla.

Así pues, si entre los privilegios señoriales hubo alguno inofensivo, seguramente fué el del aporreamiento de los estanques. Los villanos cumplian con él, más como un placer que como una carga, y nunca lo llevaban á cabo, dice un autor antiguo, *sin canciones y sin estrépito de dicharachos y carcajadas.* Se conserva con este motivo una tradicion graciosa, consagrada por un refran, que justifica esa alegría sarcástica, tan natural del pueblo normando.

Sartilly, situado en el departamento de la Mancha, tenia, segun parece, en la edad media grandes estanques llenos de cañaverales. Estos formaban unos verdaderos bosques, cuya caza se componia de ranas, caza alborotadora por cierto, cuya destruccion se permitia á los aldeanos, quienes se dedicaban poco á ella, porque la buena gente de Sartilly, segun la tradicion, era mas aficionada á comer callos y beber sidra que á aniquilar ranas.

Sucedió, sin embargo, que cierto verano la *Castellana*, estranjera que *habia llegado de Francia*, seductora y coqueta hermosura, ciega por la música y el baile, se halló fuera de su centro por la vecindad de los músicos acuáticos. Las ranas no la dejaban dormir, turbaban su canto, cansaban su paciencia (todavía las damas no habian inventado los nervios), y en una palabra, tanto hicieron que no pudo menos de suplicar á su señor, que era su esclavo, que hiciese callar á todo trance á las malditas ranas.

El señor de Sartilly convocó en consecuencia á todos los aldeanos, para que sacudiesen las tranquilas aguas, á fin de imponer silencio á la turba cenagosa. Los villanos se reunieron armados de largos garrotes y empezaron á aporrear el estanque, no sin soltar algunas chanzonetas sobre el capricho de la dama. Sus garrotes destrozaron todo el bosque de cañas, que se trasformó en un llano inmundo y asqueroso, de modo que la castellana, no pudiendo aguantar sus pestilentes olores, cayó enferma. Se llamó á todos los curanderos de las cercanías, los que se dedicaron tres meses consecutivos al cuidado de la castellana, y esta fué de mal en peor, hasta que la dejaron en paz declarando su mal incurable, de cuyas resultas se puso buena. Esto no obstante, como todavía se hallaba convaleciente, se le antojó hilar, para lo cual envió á buscar una rueca verde, pues las cañas de Sartilly servian para este uso; pero cuando trataron de cumplir el deseo de la castellana, se encontraron con que los villanos, al aporrear el estanque, habian hecho añicos todas las ruecas: la dama entonces se incomodó mucho con ellos; pero uno de los mas osados contestó, dando vueltas á la montera entre sus manos, que en su entender,

Quien mal de ranas sufria,
Ruecas menester no habia.

Este dicho se hizo allí proverbial, y hoy se aplica á todas las mugeres demasiado delicadas ó habitualmente ociosas, que se dan al trabajo por casualidad.

REYES QUE HAN MUERTO EN LA CAZA.

Favila y el infante D. Sancho, hijo de D. Fernando II, rey de Leon, fuéron muertos por los osos: á Felipe el Hermoso de Francia, le mató un jabalí, y D. Juan I de Aragon pereció en la caza de lobos. El emperador Adriano se rompió una pierna en la caza, y D. Dionis de Portugal se libró milagrosamente de un oso.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.



EL DIARIO DEL ABUELO.

Sí: el abuelo lo lee desde el principio hasta el fin sin omitir una línea, porque su casa rústica, situada en la frontera, se une á la patria por medio de la prensa: este es su único lazo de comunicacion con el mundo, el telégrafo eléctrico que enternece su corazon con el sentimiento de las desgracias comunes, y que lo sublima al saber los triunfos de su país. No temais que deje de recorrer hasta el último anuncio.

Pero un ruido llega á distraerle en su tarea: la carreta en miniatura se acerca, y con ella rodea al abuelo un enjambre de nietos. Los ojos del primero se separan de las columnas del periódico, y contempla con placer aquellos rostros frescos y joviales, que tantas esperanzas ofrecen para el porvenir. Ya no se acuerda de la política; los intereses de las naciones han desaparecido de su imaginacion. El abuelo renace en sus nietos, y es feliz con sus juegos infantiles.

EL MARQUÉS DE CASA-PIZARRO.

El teniente general D. Ramon Garcia de Leon Pizarro y Zaldua de Gamboa, marqués de Casa-Pizarro, vizconde de la Nueva-Oran, caballero de la órden militar de Calatrava, gran cruz de Isabel la Católica, etc., nació en Oran, y á los diez y ocho años de edad empezó la carrera de las armas, conociéndose desde sus primeros años su firmeza de carácter y el talento que le adornaba, siendo el modelo de sus compañeros. Muy escasos son los límites de un artículo para la exacta descripcion de los grandes hechos que inmortalizan la memoria de este español ilustre.

PRIMERO.

Siendo intendente, gobernador y capitan general de la provincia de Salta del Tucuman (América Meridional), llevado de su generosidad heróica, grandeza de alma y acrisolada lealtad, fundó á su costa, sin el menor gravámen del erario y ninguna ventaja propia, en uno de los estremos de aquella estensa provincia, en que la feracidad del terreno, sus abundantes aguas, sus muchas y esquisitas producciones de distintos géneros, su situacion, clima, rios, montes, bosques y demás, la hacian estar en una posicion ventajosa, la ciudad de San Ramon de la Nueva-Oran, en la frontera del Gran Chaco Gualamba, reduciendo á la fé de Cristo y obediencia del rey de España, á los salvajes é indios pobladores de aquellas comarcas, que estaban siendo hacia mas de dos siglos el terror de los españoles confinantes, en cuya poblacion invirtió considerable parte de sus cuantiosos bienes de fortuna. En esta grande y magnánima obra fué el solo fundador y poblador generoso: la comenzó en 1793. Empresa gloriosa, dictada por un corazon amante de la verdadera prosperidad de su patria, al par que ilustrado.

Las tierras que repartió, los solares que en la ciudad fundada por él distribuyó, los pingües y costosos donativos y mercedes que hizo al suntuoso templo, que tambien á sus espensas erigió, plantando en medio de la mas arraigada idolatría la cruz del Redentor del mundo, para que en la Nueva-Oran tremolase con las armas de Castilla el glorioso pendon y hermosa enseña de Jesucristo, serian de muy prolija enumeracion, pero constan todos detalladamente en el Archivo de Indias. Por lo tocante á la iglesia matriz, el magnífico fuerte de piedra que lleva su nombre, situado á diez leguas de la ciudad, en una campiña á que puso el nombre de Zaldua, dotándole de su correspondiente guarnicion á sus espensas, hospital, cementerio, cárcel, casas consistoriales, dos puentes, y otros útiles establecimientos públicos, baste recordar que desde la cruz de la cúpula hasta el mas hondo cimiento de dichos edificios, y desde el oro de los altares hasta la última prenda de las destinadas á las necesidades del culto, todo fué desinteresada ofrenda costeada del propio y particular peculio del generoso fundador. El camino desde Salta, para carruajes, de ochenta y nueve leguas de estension, obra suya tambien, además de los beneficios que reportaba á la poblacion, facilitaba la circulacion recíproca, con fomento del comercio de todos los frutos territoriales de la provincia del Para-

guay y partidos de Santa Fé, haciendo la suerte de tantos infelices colonos, que de indigentes algunos de ellos se miraban despues con todas las comodidades necesarias á la vida humana, asegurando aquella frontera de toda invasion de infieles, y obligando á los neófitos á la vida civil, al trabajo y doctrina.

En cuanto al raro y noble desinterés con que procedió en el repartimiento de las tierras que pobló, baste decir para probar el celo que desplegó, que despues de haber acomodado en Nueva-Oran á mas de doscientos cincuenta vecinos cabezas de familia, y repartido una estension de terreno de cien leguas en cuadro, no se reservó para sí, á pesar del ámplio derecho que le concedia la ley de Indias, *mas que siete palmos de tierra para su sepultura* en una capilla de la misma iglesia matriz que edificó, de la que era patrono. Formó de los colonos un escuadron de dragones de tres compañías de cincuenta plazas, el que aumentándose mas tarde, segun fué tomando incremento la poblacion, se llegó á formar un regimiento que se llamó del Nuevo-Oran; les distribuyó de su cuenta caballos, armas y arreos, y les nombró sus jefes, para que resistiesen cualquier tentativa de los indios enemigos; nombró cabildo, ayuntamiento, y formó acertadamente las ordenanzas que les habian de regir. Por último, despues de arrostrar grandes dificultades, que venció con un teson y perseverancia estraordinarias, concluyó tan grande obra, y para conocer la importancia de esta fundacion, no hay mas que decir sino que en el término de un año se compuso la ciudad de 1,757 almas, se contrajeron sesenta y tres matrimonios y setenta y dos bautismos, se concluyeron doscientas cincuenta haciendas de labor, dos molinos de agua á setecientas varas de la ciudad, dos tahonas y otras muchas tiendas.

Sirvió al rey por espacio de sesenta y seis años en el ejército, y por mas de cuarenta y cuatro en mandos político-militares en América, en los cuales hizo notables servicios, especialmente en los de Maynas, Hacha, Guayaquil, que le debe su magnífica fortificacion, Salta del Tucuman, Charcas la Plata. Fué el que fijó los límites entre España y Portugal por la provincia de Quito y rio Marañon, y el que batió á los ingleses en las costas de Guayaquil. En tan dilatada carrera militar y política, dió las mayores pruebas de valor, inteligencia y actividad, distinguiéndose en muchas acciones de guerra, tanto en las que mandó como en las que era oficial; promovió los intereses del estado con el mayor ardor y acierto; hermoseó las capitales de su mando; cuidó de todos los ramos de policía, especialmente en dar ocupacion útil á los huérfanos y vagos; limpió sus provincias de malhechores; estableció colegios y seminarios, y erigió muchas poblaciones, además de la interesantísima de la Nueva-Oran. La Plata en particular le debe un sin número de grandes beneficios: por sí mismo descubrió un manantial de agua, y mandó empezar la obra para llevarla á la ciudad; pero habiéndose concluido los fondos de propios antes de acabarse aquella, inconsolable con esta falta, libró contra sus administradores particulares, hasta su completa conclusion. A estos esfuerzos poco comunes y dignos de un alma grande, le debe aquella capital un bien tan singular. Construyó paseos con obeliscos y vertederos de agua, enlosó todas las calles é hizo monumentos que la hermoseaban, y que segun el estado comun de todas las poblaciones de América, gozaba la ciudad de la Plata la prerogativa de contarse singular y única en su superioridad. Por estas y otras razones que se omiten en obsequio de la brevedad, consiguió que la poblacion en el tiempo de su mando se aumentase de doce á catorce mil almas mas, creciendo proporcionalmente todos los ramos de industria y artes, agricultura y comercio, opulencia de las rentas eclesiásticas y civiles. Pero lo que mas llamaba la atencion, era el modo suave y decoroso con que llevaba á efecto las empresas mas difíciles, visitando las obras, premiando con largueza á quien lo merecia, examinando por sí hasta los abastos de la ciudad, con igual vigilancia y acaso mas atenta menudencia que la que puede emplear un diligente padre de familia en los cuidados de su casa. Administraba pronta justicia, sazonada con la mas esquisita prudencia, sin escepcion de personas, y era tan querido que habiendo enfermado en marzo de 1807 con riesgo de alguna gravedad, no se oian mas que clamores, plegarias de los pobres á quienes diariamente socorria con la mayor liberalidad, rogativas y enternecidos votos por su salud, á las que inmediatamente sucedieron acciones de gracias en todas las iglesias en testimonio del universal regocijo de aquella populosa capital y provincia de su benéfico mando. En el año de 1804 gravó por todas aquellas provincias una calamidad tan general de hambre, y en algunas tambien de peste, que solo en Potosí perecieron trece mil personas. Por todas partes clamaban por pan, y sabiéndose en las provincias inmediatas á Charcas que en esta dichosa ciudad, su presidente Pizarro con sus acertadas medidas, energía, desvelos y socorros, mantenia á todo el vecindario con abundancia de todo género de comestibles, iban á bandadas los artesanos, pordioseros, y muchas familias á su capital para escapar de una muerte segura, hasta el estremo que entrando estos agonizantes emigrados, por la ciudad, caian de rodillas dando enternecidos gritos de alegría delante de los abundantes pilones de pan que tenian los vendedores en los parajes de sus ferias. Como cada vez iba dando mas espansion á los dominios de S. M., conquistando nuevos terrenos de indios infieles, en una espedicion hecha á este objeto, se hizo el descubrimiento de una rica mina de oro llamada La Pola, situada en la cordillera y á corta distancia del rio Picolmayo. Se sabe por tradiciones que los primitivos incas del Perú trabajaron esta mina, y de ella sacaron mucho oro para sus templos y palacios, habiendo quedado oculta en tiempo de la conquista, hasta que por el mencionado motivo se descubrió.

Pero donde mas han brillado sus virtudes cristianas y políticas, ha sido en los años de insurreccion. Firme como una roca en medio de las ondas irritadas contra toda seduccion y ultrajes, dió pruebas notables de su fidelidad, resistiendo al impulso revolucionario con un valor de que no hay ejemplo en aquella época tan fecunda en heroicidades y desastres. Consta documentadamente que Pizarro fué un militar valiente, un general entendido y prudente, un escritor célebre (escribió varias obras literarias, además del *Viaje histórico á la América Meridional)*, un matemático sobresaliente, un juez recto é intachable y de probidad nada comun; un fundador sabio, previsor y cauto; un jefe bondadoso, y paternal; un súbdito leal hasta el heroismo, sufrido hasta el martirio; un padre tierno, un esposo amante, un español digno de este nombre.

II.

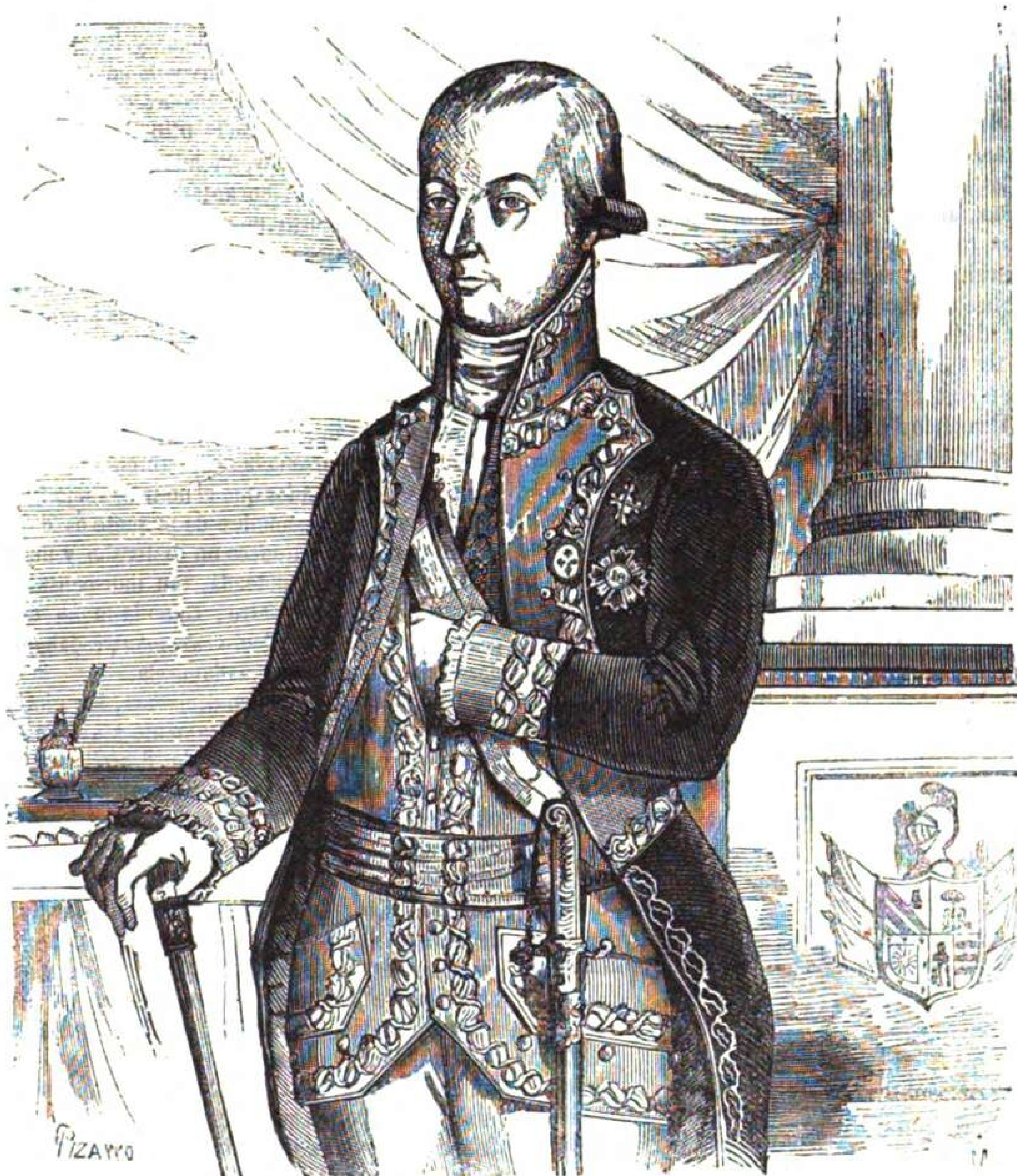
Llegaron los aciagos dias de la revolucion de América. Pizarro, despues de cuarenta y cuatro años de mandos en aquel continente, se hallaba de gobernador y capitan general de la Plata, presidente de la real audiencia de Charcas, cuando estalló la sublevacion y el famoso motin de la noche del 25 de mayo de 1809, á cuyo impulso tuvo este ilustre varon que sostener los sagrados derechos de España, y el mando que con tanta gloria habia desempeñado. Defendió desesperadamente la autoridad que ejercia en nombre de S. M., y su casa palmo á palmo por tres dias consecutivos; despues, perpetrada la insurreccion, le deponen del mando ignominiosamente, poniéndole preso con centinelas de vista, como un reo de estado, por espacio de siete meses, en un cuarto húmedo y desmantelado, en la cruda estacion del invierno, á pan y agua, dando órden á la guardia que lo custodiaba, de que se le disparase un tiro si se llegase á ver alguna tropa de las provincias limítrofes en su socorro. En una palabra le hicieron pasar cuantas degradaciones, zozobras y sinsabores son imaginables. Los asalariados penetran en su palacio, le saquean todos sus bienes, despojándole de la autoridad bajo de la máscara engañosa de que así lo queria el pueblo; alzan el grito y difunden por toda la América que Pizarro era un traidor, calumniándole de que estaba en convenio con la serenísima señora infanta Doña Carlota Joaquina, princesa del Brasil (hermana del rey), en entregar aquellos dominios á portugueses y franceses. Al recordar aquellos infaustos dias de Chuquisaca, habrá de llorar la América para siempre que esa primera hoguera del 25 de mayo de 1809 hubiese estendido sus llamas devoradoras sobre la ciudad de la Paz el 16 de julio siguiente, sobre Quito el 9 de agosto, sobre Lochamba el 25 de setiembre, sobre Buenos-Aires el 25 de mayo de 1810, y progresivamente sobre todo el continente, haciendo correr torrentes de sangre.

En aquel estado el virey de Lima, teniente general D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, intimó por tres veces su soltura, disponiendo que el mariscal de campo D. Vicente Nieto marchase con una division, de juez pesquisidor de tan escandalosos atentados; á su aproximacion á la Plata temieron á su superioridad los insurrectos, y obedeciendo, ponen en libertad á Pizarro; pero asegurando seria víctima del pueblo, pues le odiaba; mas ¡qué testimonio tan diferente y auténtico de veneracion y amor le tributó aquel pueblo, conduciéndole con vivas y aclamaciones, iluminando las casas, protestando que han sido engañados, y admirando con cariñoso respeto la persona de su infatigable bienhechor, que entre los muchos bienes que les hizo, les redimió del hambre general que gravó aquellos paises, siendo la única provincia que se libró de este azote! Con esta conducta y subsiguientes averiguaciones, quedó probada la falsedad é intriga de sus enemigos, y declarados reos, y en prision los principales motores, entre los cuales, ¡vergüenza es decirlo! se contaban algunos oidores de aquella real audiencia. Estándose concluyendo el proceso por Nieto, llegaban ya las tropas de los disidentes de Buenos-Aires á pisar el Perú, mandadas por el sanguinario cabecilla Castelli, cuando Nieto remite apresuradamente los reos á las órdenes del virey de Lima, por no esponerlos á la suerte de una batalla; pero este desventurado y valiente general, al frente de sus pocas y no seguras fuerzas, tuvo la fatal suerte de ser batido por Castelli, inmolándole brutalmente como primera víctima, por lo que empezó para Pizarro otra era de infortunios.

Al año cumplido del tumulto escandaloso de Charcas, cuando Buenos-Aires levantó el estandarte de la insurreccion, Pizarro se declaró abiertamente por uno de los mas acérrimos enemigos de los insurgentes, y por el mas adicto defensor de su nacion y su rey, por cuyo motivo

se atrajo contra sí todo el odio y conjuracion de los rebeldes, de modo que en las distintas ocasiones que subyugaron aquellas provincias, siempre fué maltratada y vejada su persona, saqueados los bienes que le habian quedado, y puesto en horrorosas prisiones, pues cada vez acreditaba mas la entereza propia de su carácter, no doblegándose ni á escuchar las proposiciones de oro y mando con que le brindaban sin cesar los insurgentes.

En la segunda vez que estos evacuaron la ciudad de la Plata, le hizo el cabildo y el pueblo que se encargase del mando, é inmediatamente se tomó la plausible resolucion de mandar quemar á su presencia, por mano del verdugo, públicamente en la plaza las armas antimonárquicas. En esto dió otra prueba mas de la calumnia de su union con la infanta de España. La misma ciudad de la Plata, que sacándolo en triunfo de su prision le nombra por su presidente, Liniers, víctima tambien sacrificada en las aras de la patria, Cisneros, depuesto y espulso, Nieto, bárbaramente asesinado, Abascal, Guaqui, Vallehermoso, Concordia, Tacon, Pezuela y toda la América, calificó de impostura atroz de los enemigos de España, de la infanta y de Pizarro, la especie monstruosa que inventaron para conseguir tan detestable fin, pues siempre fué uno de los jefes que con mas teson se sostuvieron, y que con mas valor derramaron su sangre.



(El general Pizarro.)

Este hecho, que bastaria para hacer grata su memoria, condenado en el foco de la mayor fermentacion, escitó de nuevo contra sí todo el encono y atroz venganza de los feroces insurgentes, pues apenas ocuparon la tercera vez aquella capital, donde se vió precisado á permanecer por no poder emigrar á causa de la avanzada edad de cerca de noventa años, la distancia, de mal camino y quebrado, y tener que pasar muy cerca de los enemigos, sin fuerzas suficientes, cuando el caudillo Rodriguez, intruso presidente, despues de quemarle la magnífica hacienda de la Media-luna, y despues de exigirle 20,000 pesos fuertes y el coste de las armas antimonárquicas, le sacó á viva fuerza de su retiro, conduciéndole á la plaza, donde se encontraba la tropa enemiga sobre las armas, y una hoguera preparada, obligándole á presenciar la quema del retrato del rey y armas españolas por mano del verdugo, paseándole despues afrentosamente con una soga al cuello con aspecto de reo á la vista del populacho, teniendo colgado su retrato con un perro muerto en la horca que habian puesto, concluyendo con la hipócrita espresion de que por la estimacion de sus canas no lo hacian con él, siendo así que el no haberlo ejecutado fué tan solo por captarse la voluntad del pueblo, al cual debió únicamente Pizarro su existencia, pues el amor y respeto que todos aquellos habitantes conservaron siempre á su anciano y antiguo jefe, hizo que los insurgentes no se atrevieran á atropellar con el último escándalo de su suplicio público; pero aunque no mancharon por el pronto sus manos con la sangre de esta víctima, no son menos culpables en su trágico fin.

El terrible lance de ver por sus ojos arrasar unos signos representativos de la augusta persona por quien tanto habia padecido desde el 25 de mayo de 1809, le conmovió en un estremo, que sobreviniéndole un temblor estraordinario, tuvo que hacer cama. Estaba postrado en ella, cuando los insurgentes, sin el menor miramiento á sus canas, elevada posicion y quebrantada salud, le arrancan del lecho violentamente, poniéndole preso en una asquerosa é inmunda pesebrera de la casa de la presidencia, donde habia estado mandando doce años, y le tienen allí desde las dos de la tarde hasta la una de la noche, que le notifican tiene que salir en el momento á pié, desterrado á las provincias de Abajo. Este cuadro no puede presentar todo su color, omitiendo el tropel de angustias y afrentas que le rodearon, hasta creerse no volvia del parasismo que le acometió. Pero ni este fatal accidente, ni sus achaques y senectud, fuéron parte á reformar tan bárbara providencia, y seguramente hubiese sido víctima á los pocos instantes de su salida, si otros compañeros de su suerte y confinacion no hubiesen recabado del perjuro Rodriguez el rescatarse con oro, eximiéndose de este cruel destierro á favor de mas alzada cantidad que la anterior, y al entregarla dijo al oficial que no le *quedaba consigo mas que un espadin de oro para su Rafael;* y los pérfidos ladrones, abusando de su candor y buena fé, se lo roban acto continuo.

Se retiró en seguida al convento de San Felipe Neri, adonde le siguieron sus implacables enemigos, escarneciéndole, amenazándole quitarle la vida, hiriéndole cruelmente y sin piedad; y recogiéndose despavorido á la Iglesia del mismo, defendiéndose, sin alimento y solo recostado en un pellon que por compasion le suministraron á las pocas horas, no pudo resistir á la tortura que padecia, y se le encontró

muerto al pié del altar del oratorio parvo, fijos los ojos en el Santo-Cristo que se venera en aquella capilla, á cuyos piés quedó cadáver el dia 6 de diciembre de 1815, á los ochenta y seis años de edad. Los insurgentes se apoderaron inmediatamente de los pocos bienes que le habian quedado, y que encontraron ocultos en los claustros, sin haber querido entregar á los padres del convento lo preciso para su funeral y entierro, de suerte que este bizarro y sabio general español, fué sepultado lejos de su patria, sin ninguno de los honores que le correspondian.

Tal fué el desastroso fin de este hombre, el decano de los jefes de América, abandonado, sin familia (pues su hijo único se hallaba en España y llegó á los pocos dias de su fallecimiento), sin auxilio, víctima de su fidelidad y de su honor, escarnecido, formando en su respetable persona un simulacro ignominioso del vilipendio, perdiendo, tanto él, como su familia, los grandes bienes que formaban su rico patrimonio, dejándole reducido á una decrepitud colmada de padecimientos y amarguras. Esta es la segunda parte del triste dia del 25 de mayo de 1809: los seis años que sobrevivió á este fatal acontecimiento y á la revolucion, al paso que fuéron nefastos para aquella region remota, fuéron una continuada cadena de hazañas y desgracias para este ilustre general. No pudiendo los sediciosos, que despues hollaron y esquilmaron aquella floreciente provincia española de Perú, vencer ni con promesas ni dádivas su indómita constancia, le calumniaron con la madre patria, ¡por la que tanto habia trabajado! contando con que podrian sofocar la justificacion del inocente, una vez cautivo él, así como Fernando VII lo estaba, por Napoleon, y las provincias americanas declaradas independientes. Las últimas angustias, desamparo y muerte de tan anciano general, que ni aun llegó á saber el agradecimiento de S. M., al paso que son un timbre ilustre para su familia, es un memorable ejemplo de lealtad para los buenos servidores de su patria, y de resignacion y firmeza cristiana en las adversidades de la vida. Por último, la conducta del digno sucesor de la familia de Francisco Pizarro, del teniente general marqués de Casa-Pizarro, en setenta y cinco años que sirvió al estado, desde Felipe V hasta Fernando VII, es un tejido de hechos estraordinarios.

La memoria de españoles como Pizarro honran á la España, y son un vivo cuadro de la hidalguía castellana.

Los grandes servicios de este ilustre general y sus muchos padecimientos por conservar pura é ilesa su fidelidad, dan honor á su nombre.

A.

LA ALAMEDA DEL PEREJIL,

NOVELA GADITANA.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA QUIMERA.

Porque Ganchoso hecho un perro,
desabrigando el sobaco,
le tiró dos tarascadas
al cofre de lo mascado.
(*Quevedo.*)

En el campo de los Cuarteles, frente á la denegrida tapia que debió ser fachada del parque de artillería, se eleva un edificio circular, en cuyo cuerpo avanzado se descubre aun, si bien maltratado por el tiempo y por las pedradas de los muchachos, un frontispicio dórico sostenido por cuatro columnas del mismo órden, cuyos fustes socavados y en la mas completa degradacion, adornan al que cualquiera creeria ingreso principal de aquel edificio; pero en vez de puerta solo hay allí un nicho, cuya frágil estatua há mucho tiempo que, como la célebre de Nabucodonosor, fué derrocada por una piedra. Este hueco, trasformado años despues en escenario de pulchinelas, sirve hoy para menesteres harto menos limpios, y los amontonados sillares destinados á la obra de la brecha que encombran sus inmediaciones, favorecen singularmente el nuevo destino que se ha dado á aquel sitio, en otro tiempo uno de los mas públicos de Cádiz.

Este templete de dos cuerpos, terminado por una cúpula octógona, no encierra en su recinto, como pudiera creerse por su aspecto, ninguna divinidad gentílica, sino solamente una noria ó rueda hidráulica destinada á elevar las aguas para una fuente que allí junto existia, así como para proveer á la del Hércules de la Alameda, que aun en estos últimos años hemos visto correr tal cual dia de clásica celebridad, con notable admiracion de los gaditanos.

Pero no siempre un monton de escombros, con honores de muladar, fué el único compañero de esta noria, ni solitaria y aislada siempre, como el ave del desierto, ostentó aquella obra sus griegas formas sobre el parapeto de la arruinada muralla que le es contigua; en otro tiempo, por el contrario, servia de centro á un paseo adornado con glorietas circulares rodeadas de árboles, los cuales se prolongaban además formando calle hasta mas allá del castillo de Santa Catalina. Este paseo de efímera existencia, y del cual hoy ya no queda vestigio alguno, es el mismo que la voz del vulgo bautizó de propia autoridad con el nombre de *Alameda del Perejil.*

Era una tarde de verano del año de gracia de 1799: es decir, que espiraba para Cádiz el siglo de las flotas y de la botija, para hacer lugar á otro cuya escena debia abrirse con una epidemia mortífera, preludio de la maléfica influencia que estaba destinado á ejercer sobre la entonces opulenta y feliz ciudad de Hércules. El buen humor, casi siempre compañero de la abundancia, prestaba en aquella época, mas lejana de nosotros por las circunstancias que por los años, una animacion casi inusitada en nuestros dias; y las reuniones, los toros, los paseos, todo en fin aparecia envuelto en una atmósfera de magia, producida sin duda por las emanaciones del precioso metal, que, con perdon de algun filósofo, es sin duda utilísimo en el mundo.

Merced á todo esto, la nueva Alameda presentaba el dia de que hablamos un aspecto encantador, á que contribuia la apacibilidad de la tarde. Un concurso numeroso obstruia las calles del paseo, ostentando en sus trajes tanta y tan prodigiosa variedad de formas y de colores, que con razon quizá pudiera merecer hoy el anatema, ó cuando menos la burlona sonrisa de nuestros jóvenes elegantes de uno y otro sexo, harto mas sombríos que sus padres en el estrepitoso adorno de sus personas. Consistia esto en que la majeza, episodio un tiempo de la elegancia, habia acabado por amalgamarse con ella en términos que la juventud de aquella época, como el Proteo de la antigüedad, se veia obligada, por sancionada costumbre, á mudar de forma en determinados actos y dias, en los que el no ir de majo fuera un crimen de lesa petimetreria (pues el nombre de paquete es de creacion mas moderna), siendo por tanto entonces un castoreño y un capoton con alamares y embozo de franela moteada, tan indispensables en el guardaropa del mas almibarado petimetre, como la moña de flecos, que á par del grave *catafalco* y la alegre *caramba*, rodaban sobre el fragante tocador de la mas meliflua madamisela.

Obstruian, pues, como deciamos, las glorietas del paseo, multitud de personas mas ó menos ricamente ataviadas, entre las cuales, segun en todos tiempos ha acontecido, descollaban algunas jóvenes, que ora por su natural garbo y ora por su escrupulosa adhesion á los caprichos de la moda, se llevaban tras sí los ojos de todos, y aun el corazon de algun boquirubio del siglo pasado, siglo ciertamente no el menos fecundo en ellos. Una entre tantas, la bella Rosita, si no brillaba sobre todas las demás hasta el punto de eclipsar tantos astros de gracia y de belleza, era por lo menos muy suficiente á dejar indeciso al mas entendido Paris de coleta y chupa, si se viese forzado á adjudicar la manzana de la hermosura en la Alameda del Perejil. Llevaba pues nuestra Rosita, con quien es justo hagamos desde luego conocimiento especial, una estrecha y corta saya de red negra, á la que servia de viso otra, negra tambien, por supuesto, y ambas ceñidas de tal modo al cuerpo, ya por su corte y ya por la elasticidad de la red, que dejaban algo mas que adivinar unas formas verdaderamente andaluzas: tres anchos flecos de madroños pendian sucesivamente en órden progresivo; pero el mas bajo de ellos tenia muy buen cuidado de no ocultar una lustrosa media de seda, y mucho menos un pulido zapato del mismo color que el nombre de su dueño, primorosamente bordado de plata: de seda rosa era asimismo el corto monillo de gran descote y espalda figurada, con dimensiones tales que hacia llegar el talle no mas de cuatro dedos por debajo del brazo: la manga oprimidísima y larga, con hombreras y bellotas negras, y adornos de lo mismo en el golpe de la bocamanga: relicario como un pastel, pendiente de una ancha cinta de raso: la mantilla, mas modesta que la saya, bajaba hasta los piés en dos prolongados y agudos picos, y en ellos fornidos lazos de cinta, igual en color á los demás cabos: esta misma subia formando ribete en uno y otro lado de la ya citada mantilla, que era de muselina blanca, bordada y prendida á la parte superior de la cabeza con un moño colosal, adornado de largos flecos de hilo de plata: el peinado, llamado entonces á lo nene, consistia en el pelo corto por delante, y dejado caer sobre la frente, á la que del todo cubria, con harta mengua de la belleza inherente á aquella importante parte del rostro; pero tal cual se llevaba no era suficiente á ocultar dos arqueadas y movibles cejas, graciosos episodios de un par de ojos árabes, cuyo único defecto consistia en el abuso que hacia su dueño de los singulares dotes con que los favoreció naturaleza, puesto que á fuerza de celebrárselos habia llegado á hacer de sus miradas tan minucioso y exagerado estudio, que ora altivas y penetrantes, ora lánguidas ú ora desdeñosas, descubrian siempre un fondo de afectada importancia, que hubiera afeado tal cual vez aquellos ojos, á ser ellos menos buenos de lo que eran. Una boca cuya sonrisa y cuyos dientes hacian perdonar algunas líneas de mas en sus dimensiones, formaba agradable maridaje con una regular nariz, cuyas facciones todas resaltaban bastante bien sobre unas mejillas algo menos que trigueñas y muy ligeramente sonrosadas. En suma, Rosita, si no

era en todo y por todo semejante á la flor de su nombre, pudiera no obstante ser la gala y el adorno del mejor jardin de Andalucía.

Caminaba al par de la niña una señora de respetable aspecto y cara de pocos amigos, que el menos lince hubiera desde luego calificado de madre, y asi era en realidad. Su larga basquiña negra de mué, su talle bajo, su frente depejada, pelo recogido, castaña en la nuca y manton guarnecido de blonda, le daban una apariencia muy análoga á las elegantes del dia, salvo el uso de los polvos, con que la moda acudia solícita entonces, á cubrir los estragos de las canas en la cabellera del bello sexo.

Aunque la aparicion de dos personas mas donde tantas habia, no parece debiera ser asunto de ulteriores consecuencias, ello es que el hado lo habia dispuesto muy de otro modo, segun se verá en el curso de esta verdadera historia. Era pues el caso que entre los petimetres que suspiraban por la graciosa Rosita, habia dos que por su tenacidad, ó si se quiere, por los mayores quilates de su amor, si bien diferentemente recompensado, merecen de suyo una mencion especial en este capítulo. Era el primero el señor Currito, majo maton, de poblada y negra patilla, grandes y rasgados ojos, fornida trenza de pelo y grueso puro en la boca: sujetaba su calzon corto de raso carmelita, adornado por la costura de botones de filigrana, un ceñidor de tafetan amarillo, apenas cubierto por el rico chaleco de lama de plata; la corta y estrecha chupa, de la misma tela que el calzon, casi desaparecia bajo la plata de los alamares y la profusion de la botonadura, perfeccionando su adorno la hombrera de red sembrada de borlas y bellotas del ya citado metal: sutil capa de seda color de fuego pendia de uno de sus hombros, recogida su estremidad bajo el brazo izquierdo. Un pañuelo amarillo, anudado neglijentemente al cuello, y sobre la moña una montera cuyos numerosos caireles pendian sobre el ojo derecho de nuestro personaje, completaban su ajuar, bastante á declararlo por el prototipo de la majeza. El señor Currito era por otra parte un ser misterioso y como llovido del cielo; pero aunque aquel siglo fuese algo mas escrupuloso que el nuestro en punto á caballeros de industria, sin embargo, su buen vestido, su jaquetonería y algunas onzas de oro que tal cual vez hacia brillar oportunamente, abonaban su persona hasta el punto de haber hecho olvidar sus oscuros antecedentes.

El segundo aspirante era D. Pepito, petimetre de otra diversa categoría: su pelo castaño y cuidadosamente empolvado, terminaba en una corta y sutil coleta: el ancho frac de seda verde de tornasol se prolongaba por delante en dos larguísimas solapas, que casi llegaban hasta el muslo, y por detrás, en un par de enormes faldones, cada uno como un biombo de tela: boton redondo y de gran calibre, chaleco de seda color de junquillo bordado, calzon corto con charretera de oro, y hebilla en el zapato, de oro tambien. Llevaba en la cabeza un sombrero cónico, de los llamados entonces de copa alta, si bien no escederia de ocho á diez dedos, de los cuales casi la mitad ocupaba la cinta que se dejaba ver sobre su estrecha ala. Dos relojes con anchas cadenas de oro terminadas en varios primorosos dijes pendian á uno y otro lado de la pretina, y con tal equipaje pudiera este considerarse como el *tu autem* de la petimetrería, como el otro era ya el *non plus ultra* de la majeza. El vestido por otra parte no pudiera haberse hecho para persona mas á propósito: D. Pepito, de veinte años de edad, con regulares ojos pardos, mas grandes que interesantes, y una figura en general mas bien buena que mala, reunia entonces condiciones suficientes para no juzgar como esceso de amor propio el atreverse á la conquista de una muchacha bonita, pero no rica; pues aunque la viuda Doña Estefanía, madre de Rosa, disfrutaba á Dios gracias de un decente y aun cómodo pasar, no se hallaba en el caso de dar á su hija dote alguno; y esto, en tiempos tan mercantiles como aquellos, era no leve dificultad para hallar novio por ante el cura.

Anudando pues el roto hilo de nuestra historia, diremos que de ella no se colige que Rosita hubiese hecho alto jamás en las importunidades de D. Pepito: sus tiernas miradas, confundidas con las de tantos otros, no habian obtenido ni aun el triste consuelo de haber sido reparadas por el dulce objeto á quien se dirigian; y si esto hasta cierto punto pudiera ser originado por un efecto del hábito en producir tales sentimientos, forzoso es confesar que otra causa mas poderosa influia en la conducta de la graciosa niña. Los mudos obsequios del señor Currito (á quien se suprimia el Don por juzgarlo asi mas en armonía con su majeza) habian llegado á interesar el corazon de Rosita; cosa á la cual contribuia poderosamente la tenaz y sistemática oposicion de Doña Estefanía. Merced á esto, ni una palabra, ni siquiera un billete habia logrado entablar entre ambos unas relaciones vigorosamente combatidas por la autoridad materna; autoridad algo mas despótica y algo mas acatada entonces que ahora.

Como consecuencia precisa de estos antecedentes, desde luego se imaginarán mis lectores que los ojos de Doña Estefanía centellearon de cólera al ver al osado galan, cuyas correspondidas miradas acabaron de dar al traste con su escasa paciencia: no pudiendo vengarse en ambos, fácil es suponer que la nube descargó esclusivamente sobre la víctima que tenia á su disposicion, y volviéndose á ella le dijo con tono acre y destemplado:

—¿Qué es esto, niña, es posible que ese mono perdulario ha de ser nuestra sombra en todas partes?

—¿Y cómo puedo yo remediarlo? contestó Rosita, evadiéndose de la verdadera inculpacion.

—Si V. no puede remediarlo, yo lo remediaré. Vamos á casa, replicó alterada la madre.

Oh vosotras, las que teneis novios y las que no los teneis, si tales palabras en iguales circunstancias habeis oido, si habeis visto perder con ellas las ilusiones de vuestro tocador y el tiempo empleado en vuestro adorno; vosotras sois las que podeis comprender lo que pasó en aquel punto por la casi insurreccionada hija: resistióse con mas valor que fortuna; pero al fin, vencida por el último argumento, que fué un pellizco digno de una bruja, enfiló tristemente por la plaza de la Cruz de la Verdad, no sin arrojar antes una mirada de amor y de resignacion á su amante, que pateaba de ira al ver aquel abuso del poder doméstico.

Hemos visto cómo Doña Estefanía, no pudiendo vengarse en el verdadero agresor, descargó su rabia sobre quien tenia mas á mano. Este mismo principio, tan inherente á la naturaleza humana, produjo iguales resultados en el burlado amante, el que mohino además por las persecuciones de D. Pepito, se dirigió hácia él, y dándole con la mano en el hombro, le saludó diciendo:

—Mocito... palabra.

Apartados pocos pasos de allí, le contestó el interpelado:

—¿Se le ofrecia á V. algo?

—Algo; sí señor. Esa moza es prenda para mí, y no para V.; asi le advierto que no la mire, porque no quiero yo.

—¿Y con qué derecho me hace V. á mí prohibiciones? replicó Don Pepito. Sepa V. que haré lo que me parezca, y escuse en adelante advertencias impertinentes.

La mina estaba muy cargada, y forzosamente habia de reventar; así fué que no bien nuestro jaque oyó las terminantes palabras de su adversario, cuando haciéndose algunos pasos atrás, envolvió la capa en el brazo izquierdo, sacó con la derecha una navaja, la abrió con los dientes, y echando fuego por los ojos, saltó sobre su enemigo, el que, enarbolando un grueso baston, se preparaba á la defensa. Entre tanto algunos curiosos, atraidos por las primeras palabras, se dirigian apresuradamente hácia el sitio, y entre ellos un rosquetero, muy comunes entonces en los paseos, quien asustado al ver brillar el hierro, y aturdido por su propio miedo, creyendo huir del peligro se metió entre ambos contendientes, lo que dió ocasion á que el señor Currito, al dar el salto mortal sobre su víctima, tropezase con el canasto, y viniese al suelo entre rosquetes, almendrados y mostachones. No se descuidó el caballero del fornido palo, y asiéndolo á dos manos iba á descargar sobre la cabeza del caido, que enredado en la capa no acertaba á levantarse, cuando alzando repentinamente la vista, se quedó como inmóbil y petrificado; arrojó lejos de sí el baston homicida, y dió á correr por el campo, hasta que guarecido por el callejon de Santa Rosalía, desapareció á poco entre las sucias callejuelas del Campillo de los Coches.

(Continuará.)

FRANCISCO FLORES ARENAS.

LA CASA DEL AHORCADO.

TRADICION.

I.

Dividida tenian á Castilla las parcialidades de D. Pedro, llamado el Cruel, y de su hermano D. Enrique. Apenas habia una ciudad que no hubiese tomado una parte activa en la guerra, que mas ó menos declarada sustentaban los dos hermanos.

Gran parte del pueblo se inclinaba á D. Pedro, porque sus actos de estrepitosa justicia le habian dado á conocer como irreconciliable enemigo de la nobleza; y esta, por su parte, conociendo que las intenciones del rey eran robustecer por todos los medios el poder de su trono, á costa del poder feudal, se declaró con cortas escepciones por Don Enrique, que con tal de ceñir la corona, prometiera á los nobles franquicias y privilegios, que mas tarde al cumplirlos le granjearon el título de *D. Enrique el de las Mercedes*.

A pesar de esto, habia ciudades amigas de D. Enrique, y nobles acérrimos partidarios de D. Pedro: esto consistia las mas veces en que algunos señores adquirieran sobrado ascendiente sobre sus conciudadanos para dirigirlos á su antojo, al paso que otros, fieles al principio de la legitimidad, veian en D. Pedro el único verdadero representante de la autoridad real.

Una de las ciudades declaradas por D. Enrique era Ubeda, plaza fronteriza y muy importante en aquella época, porque además de su posicion en la cumbre de la famosa Loma, desde donde domina los dos rios que corren al pié de esta, habia llevado con glorias varias veces su bandera hasta la misma vega de Granada.

El mas poderoso de los señores de la ciudad era D. Rodrigo de Chaves, caballero de antiguo solar y cuantiosas riquezas, el cual con el prestigio que estas le daban, y con el apoyo de sus vasallos y colonos, imponia sus leyes en aquella tierra. Enemigo de D. Pedro y partidario por consiguiente del de Trastamara, hizo que no solo la ciudad, sino los lugares del contorno abrazaran la causa de D. Enrique.

Solo se atrevió á resistir sus órdenes un noble doncel del rey que obtuviera de este la merced de un pequeño castillo á una legua de Ubeda, y al que se le daba el modesto título de *La Torre*. Mas tarde dió nombre su alcaide á la reducida fortaleza, y hoy es el de una villa fundada á su pié, conocida con el nombre de *La Torre de Pero Gil*.

Era este doncel querido en estremo por el corto número de sus vasallos, los cuales, viéndole declararse por el rey y conociendo los peligros de que se hallaba rodeado en tierra enemiga, espuesto al furor de los defensores de D. Enrique, y sobre todo al del implacable D. Rodrigo, temian á cada instante por su vida, y mas aun cuando los centinelas le veian en las altas horas de la noche montar en su caballo favorito, y mandándoles bajar el puente, tomar á galope el camino de Ubeda. Diversos comentarios se hacian en La Torre sobre aquellas salidas nocturnas: quién decia que Pero Gil tenia inteligencias secretas en la ciudad, y con las cuales esperaba lograr en aquella comarca el triunfo de las armas del rey; quién que iba á verse con D. Rodrigo de Chaves, seducido por las promesas que este le hiciera en nombre de D. Enrique; y no faltó un soldado viejo que dijo, que todo el secreto consistia en que una hermosa dama le esperaba tras de misteriosa celosia.

Sentados estos preliminares para inteligencia de lo que sigue, damos principio á nuestra historia.

En una de las habitaciones de La Torre, alumbrada con una lámpara de hierro, á cuyo reflejo brillaban las armaduras de la guarnicion, colgadas simétricamente á lo largo de las paredes, se paseaba Pero Gil á paso lento, con la cabeza inclinada sobre el pecho y mostrando en la irregularidad de su marcha lo absorto que se hallaba en sus meditaciones. Profundas arrugas cruzaban su frente, sombreada por negra cabellera, y con los ojos clavados en tierra y los brazos echados á la espalda, revelaba que alguna cosa importante le sucedia, ó que algun vasto proyecto estaba resolviendo en su mente. Era un hombre como de treinta años, de alta estatura y erguido talle, y que habia atraido mas de una mirada de las damas de la corte, cuando montado en su soberbio corcel paseaba al lado del rey por las calles de Sevilla: citábase entonces por el mas alegre, asi como el mas apuesto de los cortesanos de D. Pedro; y mas de una tapada le buscó para llevarle donde una hermosa dama le aguardaba. Mas aquella época de placeres debe haber concluido para él, porque en sus facciones se advierte una gravedad impropia del audaz galanteador, y una nube de tristeza y de inquietud ha borrado ya de su rostro la alegría de sus primeros años.

—Esta noche está mas agitado que otras veces, se dice á si mismo un viejo soldado que le observa y que tiene vivisimos deseos de preguntarle: mas que contiene su lengua temiendo incomodará su señor. A fé, continuaba en sus adentros, que cada dia le encuentro mas cambiado. Desde que el rey le concedió este castillejo, en el cual nos hallamos como en una ratonera, no sé qué pensamientos le asaltan... Oh! si su padre, que Dios guarde en el cielo, viese que D. Pedro dudaba de la fidelidad de su viejo servidor, jamás se lo perdonaria... ¡qué diablos! yo voy á preguntarle: nunca se ha enojado conmigo, y menos lo hará ahora, si conoce que mi curiosidad es hija de mi celo.

—Señor, dijo alzando la voz, si os incomodais por lo que voy á preguntaros, mandad á los ballesteros que me tiren por la muralla abajo; pero no me tengais mas tiempo en esta incertidumbre.

—¿Pues qué sucede, Hernando? dijo parándose el caballero.

—Qué sucede? que ocultais un secreto al mas fiel de vuestros vasallos: que vais de noche á la ciudad sin dejar que os acompañe el viejo Hernando, para defender vuestra vida ó para morir con vos si fuese necesario.

—Gracias, Hernando, ya sé tu fidelidad y el cariño que me tienes.

—Ya; pero eso no esplica...

—Pues bien, escucha mi secreto: es la primera vez que sale de mis labios; pero sé que puedo confiártele.

—Ahora es cuando me haceis justicia.

—Hay en la ciudad una muger hermosa, Hernando, sobre todo encarecimiento, discreta cual ninguna y pura como el alma de mi madre: la vi una vez, y desde entonces quedó mi destino unido al suyo para siempre.

—La habeis hablado?

—Un dia tuve esa dicha: llegué á ella con el mismo respetuoso temor con que un vasallo fiel se presenta á su rey; pero aunque temblando, articuló mi lengua algunas palabras que la mostraron lo que en mi corazon sentia.

—¿Y ella correspondió á vuestro cariño?

—Ella es un ángel, Hernando, que ha mandado Dios á la tierra para hacerme conocer la felicidad. Apenas llega la noche, salvo con un galope de mi caballo el espacio que me separa de la ciudad, y entrando por un postigo que me franquea un centinela, á quien ganó mi oro, voy al pié de la reja donde me aguarda Elvira, cada vez mas amorosa y mas resuelta á ser mia.

—Pero entonces, ¿por qué esa inquietud?

—Porque ahora ha dado en galantearla D. Rodrigo de Chaves: no temo que me arrebate el corazon de Elvira; pero es poderoso, al paso que yo no poseo mas que este castillo, debido á la generosidad del rey. Si su madre la obliga á dar su mano á mi rival...

—Otro mayor mal temo yo.

—¿Cuál puede ser mayor?

—D. Rodrigo os odia de muerte porque habeis permanecido fiel á D. Pedro, y si supiese vuestros amores...

—Ojalá que viniese á buscarme! mi espada me libraria entonces de un rival aborrecido.

—Si os buscara solo nada temeria por vos; pero acompañado de sus gentes...

Interrumpe la conversacion un ruido precipitado de pasos, y un instante despues se presenta en la puerta de la estancia un hombre, que entrega un papel á D. Pedro, diciéndole al mismo tiempo que una dama se habia asomado á su reja, y le habia suplicado que sin demora lo entregase al señor de La Torre.

Abrió D. Pedro la carta, y la mas viva sorpresa, mezclada con ira, dolor é inquietud, se pintó sobre su rostro. A las repetidas preguntas de Hernando contestó leyendo con voz sofocada:

«D. Rodrigo ha penetrado en mi casa con sus gentes con ánimo de »robarme: lo conseguirá, porque me encuentro sola y sin amparo: me »ha concedido algunos momentos para que me decida á aceptar de gra»do su amor: yo los he empleado en escribirte para que sepas que, cual»quiera que sea mi suerte, será siempre tuyo el corazon de tu fiel

ELVIRA.»

—A caballo, Hernando, á caballo! gritó D. Pedro despues de haber leido la carta; que se reunan todos mis soldados: quede abandonado el castillo, no importa, libremos á Elvira castigando á su infame raptor.

Un instante despues las gentes de La Torre, con Pero Gil á la cabeza, corrian á rienda suelta por el camino de Ubeda.

II.

Existia á tres leguas de Ubeda, sobre una alta sierra que se eleva á la orilla del Guadalimar, un antiguo castillo feudal, cuyas ruinas recuerdan al vulgo pavorosas consejas de hechos sucedidos en aquella fortaleza. Llamábase el castillo de Gil Ibañez, y su dueño estaba ligado á D. Rodrigo con los lazos de la amistad, tanto por la semejanza de sus caractéres, cuanto porque ambos abrazaran el mismo partido en las revueltas de Castilla.

Medio desmayada y vertiendo un mar de lágrimas, estaba Doña Elvira en una de las mas apartadas habitaciones de aquella fortaleza.

Su roto vestido, sus cabellos destrenzados y la descomposicion del hermoso semblante, mostraban bien claro la lucha que habia sostenido, antes que su raptor lograse separarla del lado de su madre.

Lloraba la infeliz en silencio, mientras D. Rodrigo, de pié delante de ella, miraba uno por uno todos los encantos de la hermosa jóven; y ni le conmovian sus lágrimas, ni salia de sus labios una palabra de disculpa por su indigna conducta, ni de consuelo para su pobre victima.

Interrumpian tan solo el silencio de aquella escena los sollozos de Elvira, ó el crujir de las armas de D. Rodrigo, si impaciente se paseaba por la habitacion.

Al fin Elvira, con voz entrecortada por los sollozos:—Señor, esclamo: por lo mas sagrado que venereis, por el recuerdo mas querido que conserveis en vuestra alma, os ruego que me volvais al lado de mi madre.

—Accede á mis deseos, Elvira; solo á este precio conseguirás la libertad.

—Jamás, señor, jamás! Habeis podido separarme de una madre querida, arrancarme violentamente de mi casa; pero lo que no conseguireis nunca, será que Elvira olvide los santos deberes que la han enseñado.

—¿No sabes que lo que de grado no se consigue, suele lograrlo la fuerza?

—No temo la vuestra, D. Rodrigo, porque Dios me concederá la suficiente para arrojarme en el abismo que hay debajo de esa ventana: mirad, no tiene hierros: encontraré una muerte segura; pero me libra-

ré de la deshonra que me preparais; y la infeliz señalaba orgullosa el abismo que tenia delante.

—Qué poco me conoces! la dijo D. Rodrigo con indefinible sonrisa: ¿crees que hubiera yo arriesgado mi reputacion, convirtiéndome en raptor de una muger, á no estar muy seguro de mi triunfo?

—¿Pero vos no contais con que hay un Dios, que me ha inspirado la resolucion de preferir la muerte á la afrenta?

—¿Acaso cuentas tú con el castellano de la torre?

—Cómo! sabeis?...

—Pero ese doncel que al pié de tu reja escuchaba por la noche tus amorosos juramentos, no tardará mucho tiempo en estar en mi poder. A haber yo sabido antes sus amores...

—Pues bien, D. Rodrigo, le amo, le amo á él solo, lo entendeis? nada podrá hacer que olvide los juramentos que le hice; y él, estad seguro, sabrá librarme de vos, ó vengarme á lo menos.

—Ya verás la suerte que le preparo el dia en que obteniendo la victoria las armas de D. Enrique, quede libre Castilla del tirano que la deshonra. En cuanto á ti, Elvira, creeme: renuncia á un amor imposible, antes que llegue un tiempo en que tengas que recordar con dolor cuánto te hubiera importado tenerme por amigo.

—Ya os he dicho que desafio vuestro poder.

—Señor, señor, entró gritando apresurado un escudero: Pero Gil ha entrado en Ubeda por la traicion de un centinela, proclamando á D. Pedro, y buscándoos por todas partes: su furor no ha tenido límites al ver que no os hallaba, y mientras os encuentra, para saciar, segun dice, su venganza, ha mandado á sus gentes, que para que no quede ni memoria de vuestra raza, peguen fuego á todos los archivos de la ciudad.

—Y lo han hecho?

—Todo ha quedado reducido á ceniza.

—Partamos, Sancho, gritó D. Rodrigo temblando de cólera: Ordoño se quedará para guardar á la cautiva. Vuélvese hácia Elvira para lanzarla su última amenaza, y ve que está vacío el vaso de agua que su víctima tenia delante. Devorada por la sed, habia apurado hasta la última gota.

—Sancho, dice entonces, parte á Ubeda con mis gentes, que yo hago falta aqui todavia.

Y un rayo de feroz alegría brilló en los ojos de D. Rodrigo.

III.

Dos dias han trascurrido desde que Elvira, arrebatada de su casa, fué conducida al castillo de Gil Ibañez, y en solo dos dias, ¡qué mudanza se nota en sus facciones, descompuestas por el dolor y la desesperacion! Qué la ha sucedido? D. Rodrigo ha cesado de atormentarla, porque ha salido con sus gentes en busca de su rival. Sin embargo, la cautiva llora noche y dia, y en la espresion de sus ojos hinchados por el continuo llanto, se ve que no abriga la menor esperanza.

Acaba de ocultarse el sol: las sombras de la noche principian á estenderse por el valle, y Elvira, sentada junto á la ventana de su prision, mira sin ver el pais que despliega ante sus ojos su hermosa perspectiva. En vano se ofrecen á su vista los limpios contornos de Sierra-Morena, que eleva sus montes de caprichosa forma bajo el purisimo cielo de Andalucia; nada llama su atencion, absorta como está en sus penosas meditaciones.

Animanse sin embargo sus ojos, al ver un hombre que va trepando penosamente por las rocas que sirven de base al castillo. La distancia y la falta de luz la impiden conocer al atrevido que desafia la muerte en aquel espantoso precipicio; pero cuanto mas se va acercando, palpita su corazon con mas violencia.

Reconoce por fin á su amante en el momento en que llegando al pié de la reja la tira una escala con espresiva seña. Elvira la ata en silencio y acometida de un temblor convulsivo. Ni la mas leve espresion de alegria se ha dibujado en su rostro, que se ha vuelto lívido desde el momento en que ha reconocido á D. Pedro. Pocos instantes despues se hallaba este á su lado.

—Elvira mia! esclamó con voz sofocada por la felicidad: por fin te encuentro.

He corrido hasta ahora en vano por estas comarcas: dos dias y dos noches te he estado buscando sin cesar, y mi desesperacion crecia al ver que no te hallaba; pero el cielo, compadecido de nosotros, me ha guiado cerca de ti.... Oh! contempla mi ventura, y conoce ahora cuánto te amo!

Escúchale Elvira sin pronunciar una palabra: su mano permanece helada entre las de D. Pedro, que se la estrecha con efusion.

Al fin conoce este aquella mudanza, y la reconviene dulcemente porque no corresponde con otros iguales á los trasportes de su alegria y su ternura: ella sin embargo permanece silenciosa y abatida, aunque cada vez mas agitada: vagas palabras se escapan de sus labios, pero no satisface la ansiedad del fogoso amante. Piérdese este en conjeturas, y de pronto, herido por una idea que le aterra, Dios mio, esclama: se ha vuelto loca!

—Ojalá! contesta Elvira saliendo de su estupor: la locura suele ser un bien, porque borra de la mente los recuerdos.

—¿Pero qué recuerdos debes tener, cuando esa escala nos abre el camino de la libertad? Mucho habrás padecido, mi pobre Elvira, pero ven, voy á llevarte en mis brazos hasta donde el fiel Hernando nos aguarda; dos horas nos bastarán para llegar á La Torre, y en ella un sacerdote me dará el derecho de llamarte mia ante Dios y los hombres. No temas que alcance hasta allí el poder del miserable Chaves. ¡Ay de él si se atreve á acercarse al sitio donde vive mi Elvira!

—Escuchad, D. Pedro: nada me pregunteis; pero existe en mi corazon un secreto que lo está haciendo pedazos: secreto que á nadie revelaré... Huid solo antes que os descubran, y tenga yo que llorar un doble infortunio... Huid, D. Pedro; pero antes de acusarme porque no os sigo, sabed que os amo mas que nunca: sabed que si no acepto vuestros juramentos, es porque el destino conjurado contra nosotros nos veda toda felicidad.

—Elvira!

—En fin, continuó la jóven haciendo un penoso esfuerzo sobre si misma: olvidad si podeis á la muger que tanto os ha amado... Los sueños de ventura que algun tiempo acariciaron mi mente, se han desvanecido para siempre: los recuerdos de nuestros purísimos amores servirán solo de hoy mas para atormentarme... Se han roto los lazos que nos unian: todo ha concluido entre nosotros!

Un rayo que hubiese caido á los piés del doncel, no le dejara mas aturdido; mas reponiéndose un momento despues, pregunta, suplica, importuna á Elvira para que le revele la causa de tan terrible resolucion. Todo en vano: Elvira guarda un tenaz silencio, y en la espresion de sus ojos, cargados de lágrimas, muestra cuánto la atormentan las palabras de su amante. Este, desesperado ya, empieza á creer que la cautiva ama á D. Rodrigo, y entonces no tiene límites su ira: en el esceso de ella la prodiga los mas odiosos epitetos; pero la mirada de Elvira le hace bajar los ojos, y arrodillado vuelve á suplicarla. En fin, viendo que no puede vencer aquella resistencia:

—Oye, dice, mi última resolucion: voy á llamar para que vengan las gentes del castillo; acaso alguno sepa tu secreto, y á costa de mi vida saldré de la ansiedad que me atormenta.

Y su mano tocaba ya la puerta de comunicacion.

(Concluirá.)

Francisco AGUILAR y LORA.

FIESTAS DE TOROS EN EL SIGLO XVII.

Las fiestas de toros fuéron prohibídas por la corte romana en el siglo XVI: cosa que habian solicitado con vivas ánsias muchos teólogos insignes, por considerar este espectáculo como sanguinario, cruel, y sobre todo *gentilico*.

Pero al cabo de ocho ó diez años, el papa Gregorio XIII levantó la prohibicion, dando permiso para las corridas de toros, con tal que no se hiciesen en domingos y dias festivos, sino solamente en aquellos que estaban señalados para solemnizar de este modo á tal ó cual santo por voto de los ayuntamientos. De forma, que el lidiar toros en aquellos siglos de falsa piedad se tenia por materia de devocion y de descargo de las conciencias. Por voto de la villa de Madrid, corrianse toros en el dia de San Isidro, y asi en los de otros santos en las demás poblaciones de España.

Entónces no habia edificios construidos espresamente para este festejo, y por eso se hacia en las plazas principales de las ciudades, para lo cual mandaban levantar los ayuntamientos multitud de palenques y tablados.

Lo poco seguro de estos y lo mal acondicionados, daba lugar en muchas ocasiones á casos desgraciados y aun estravagantes. Sirva de ejemplo lo que dice Gerónimo Cortés en su *Tratado de los animales terrestres y volátiles* (Valencia, 1669):

«En el año de 1561 sucedió un caso notable en un buey, y fué que habiendo juego de toros en una villa del reino de Valencia, llamada Pego, sacaron á uno para correrlo en la plaza, en donde hay una escalera muy ancha, por la cual suben á la sala que dicen de los jurados. Y en esa escalera se retraen muchos de los que corren toros. Habiéndose pues embravecido el dicho buey, huyeron algunos á la escalera, y subiendo por ella entraron hasta la sala de los jurados, y el animal tras de ellos persiguiéndolos. Uno de los fugitivos se acogió á una ventana, y asiéndose del bastimento mas alto, se estaba colgado, teniendo el cuerpo medio fuera y medio dentro. Viéndolo allí el animal, arremetió con furia para derribarlo: pero el hombre alzó los piés y el

cuerpo para arriba, con lo cual el buey cayó por la ventana abajo quebrándose las piernas.»

Esto refiere Gerónimo Cortés entre otros muchos lances semejantes, ocasionados por las poquísimas precauciones que se tomaban en las plazas de toros para la seguridad de los espectadores y de los que habian de lidiar las fieras.

Hoy solo se acostumbra correr ocho toros: entonces entraban cuarenta en las plazas y casi todos morian. La mitad se corrian por la mañana y la otra mitad por la tarde (1). Este número de toros seria escesivo para el modo con que en nuestros tiempos combaten los toreros á los animales mencionados. Pero en aquellos, donde la gala y bizarría de los caballeros estaba en dar presta muerte á los toros, el número de cuarenta para el festejo era á la verdad muy corto.

Los lances, ya desdichados, ya ridículos, que acontecian á los caballeros que entraban en las plazas á correr toros, daba casi siempre ocasion á las hablillas y murmuraciones del vulgo, y muchas veces á las picantes sátiras de los poetas. Cuéntanse del conde de Villamediana muchas harto donosas. Una vez entró en la plaza de Madrid cierto caballero, de quien los maldicientes decian que era descendiente de judios. A este pues lanzó en presencia de muchas personas el epigrama que sigue:

«¿Ves aquel que viene allí
del tribu de Zabulon?...
¡Qué mal que trae el rejon!
la lanza y la esponja si.»

Otras veces el mismo conde perseguia con sus sátiras mordaces á los alguaciles de corte, que corrian á caballo las plazas. De uno de estos, llamado Vergel, decia en cierta ocasion:

«¡Qué galan que entró Vergel
con cintillo de diamantes!
diamantes que fuéron antes
de amantes de su muger.»

La impericia de los alguaciles que por obligacion habian de asistir á la plaza, daba lugar varias veces á embestidas de los toros, de las que en pocos casos salian bien parados, pues ignoraban ciertamente el arte de pelear á caballo con tales fieras. En algunos lances la fortuna se ponia de parte de ellos, y los sacaba no solo á paz y á salvo, sino tambien saliendo del peligro con honra, y escarmentando á los toros. A cierto alguacil, vencedor de uno de estos, compuso el mismo conde de Villamediana, con su mordacidad inimitable, la siguiente poesia, inédita hasta ahora:

Á D. PEDRO VERGEL, ALGUACIL DE CORTE.

«Fiestas de toros y cañas
hizo Madrid á su rey,
y por justísima ley,
llenas de ilustres hazañas.

La suma de todas ellas
con ardimiento gentil,
engrandeció un alguacil
con mil circunstancias bellas.

En el caballo novel,
valiente, bravo y furioso,
se ha presentado en el coso
florido como un Vergel.

Sus galas son peregrinas;
porque le hacen contrapeso
á martinetes de hueso,
cintillo de cornerinas.

Miró al toro con desden
Vergel, y el toro repara
que ve con cuernos y vara
un retrato de Moisen.

Duda el toro en la batalla,
y no sabe en tanto aprieto
si ha de guardar el respeto
al rey de la cornualla.

El toro tuvo razon
de no osar acometer;
pues mal pudo él oponer
dos cuernos contra un millon.

Mal gobierno fué por Dios,
sabiendo que se embaraza
la fiesta, echar en la plaza
los toros de dos en dos.

No causes tan grande inopia
al mundo, toro cruel;
que si matas á Vergel,
destruirás la cornicopia.

Pero no saldrás con lauro:
huye, toro, que te atajan,
mira que sobre ti bajan
Aries, Capricornio y Tauro.

Guarda, Vergel, el decoro;
que la presencia del Rey,
al que antes fué manso buey
ha trocado en bravo toro.

De otras armas te apercibe,
toro, para tu defensa,
que á Vergel no hacen ofensa
cuernos, pues con ellos vive.

Arremetió el toro infiel
á Vergel, que con destreza,
por cima de la cabeza
le dió la vuelta á Vergel.

Lleno de coraje acerbo
se levanta y mete mano:
animoso, si no ufano,
y ligero como un ciervo.

Conseguirás lauro eterno,
Vergel, con sumo tesoro;
pues venciste toro á toro,
peleando cuerno á cuerno.

Por Dios que admiro el indicio
en enemistad tan grave,
si no es lo que el mundo sabe,
que son ambos de un oficio.

Su político gobierno
honor en los hombres labra:
en todos por la palabra,
pero en Vergel por el cuerno.

Mercedes esperar pudo
con que á todos se anteponga
Vergel; pues le dan que ponga
el mismo *Tauro* en su escudo.

De estos peligros eternos
cuál sea el mas grave ignoro,
verse en los cuernos del toro,
ó en el toro de los cuernos.

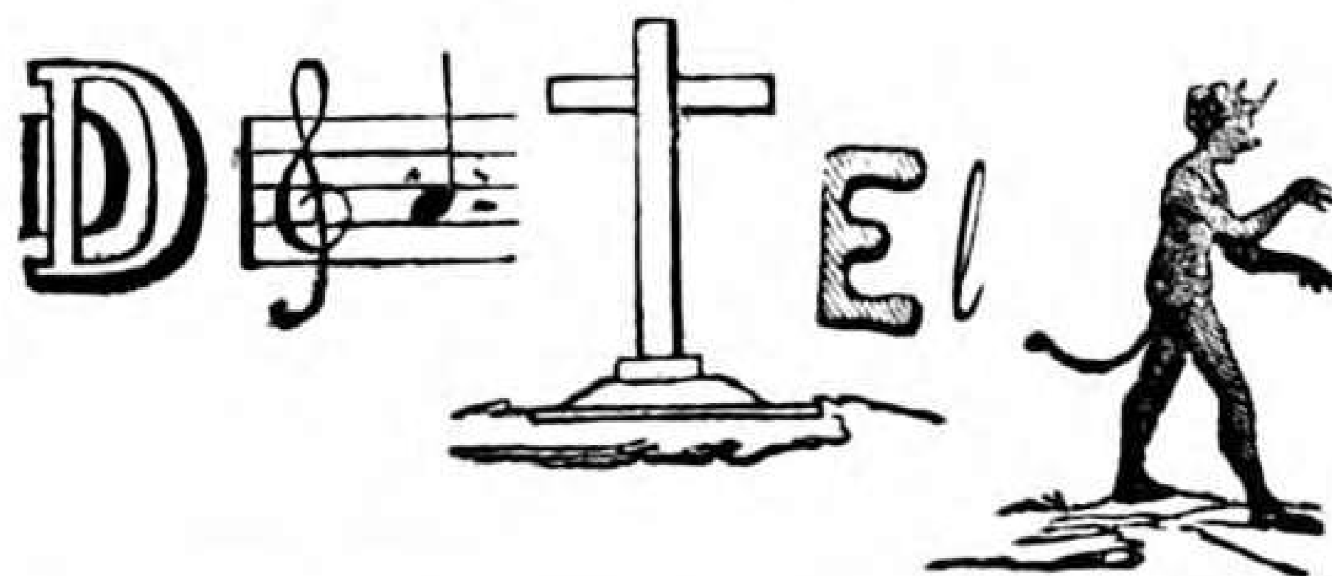
En ocasion oportuna
anduviste, Vergel, hombre,
y colocaste tu nombre
en los *cuernos de la luna.*

Con respecto á las fiestas de toros, tales como se usaban en el siglo XVI, no nos parece fuera de propósito insertar en este lugar lo que refiere Francisco Nuñez de Velasco en sus *Diálogos sobre contencion entre milicia y ciencia* (Valladolid, 1614):

«Muley Amida, rey de Tunez, habiendo visto en Valladolid un juego de cañas y toros que de propósito se hizo para alegrarle, dijo que *para burla le parecia veras, y para veras burlas.*»

ADOLFO DE CASTRO.

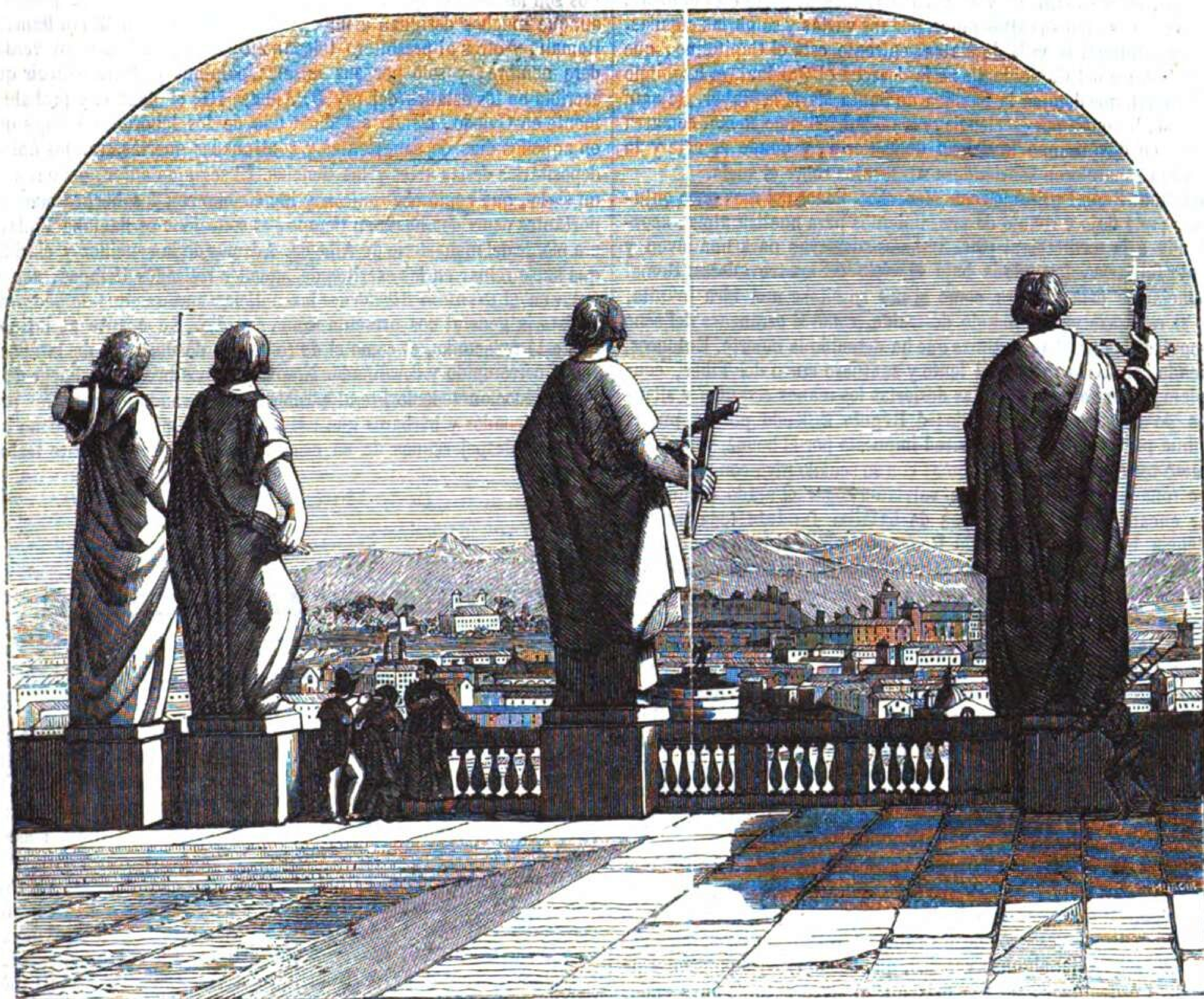
JEROGLIFICO.



(1) Véase la obra de D. Francisco Santos, intitulada *La tarasca de parto en el meson del infierno, y dias de fiesta por la noche.*--En Valencia, por Francisco Antonio, año de 1696.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.



VISTA DE ROMA DESDE PALESTRINA.

Tomamos este artículo del tomo I de los *Viajes por Italia con la espedicion española*, del señor Gutierrez de la Vega:

«Los pocos momentos que permanecimos en Palestrina, cuya poblacion asciende á cinco ó seis mil almas, los consagramos á visitar el magnífico palacio del príncipe Barberini, enclavado, por decirlo así, sobre una enorme montaña que domina perfectamente á la ciudad. Aun no habiamos ganado toda esta considerable altura, cuando al hacer un ligero descanso, dirigimos la vista hácia la grande y hermosa campiña que se estiende desde la falda de la montaña. Los rayos horizontales del sol empezaban á alumbrar á lo lejos una masa blanca, que aunque de forma confusa al principio, se destacaba claramante sobre el inmenso manto de verdura que se prolongaba, al parecer, hasta confundirse con los horizontes de azul y grana.

»Al poco tiempo vimos tambien una elevada cúpula perdiéndose entre las nubes: era la soberbia cúpula de San Pedro; porque la masa blanca no era otra cosa que la ciudad eterna, la corte de los Césares, la Roma tan celebrada por los artistas y los poetas, la querida de Horacio y de Virgilio, la Roma del Imperio, de los cónsules y de los oradores. Sola, sin un arbusto que la acompañe, sin un cedro que la dé sombra, sin un ciprés que llore sus desgracias, la ciudad augusta se levanta sobre aquella alfombra verde como un esqueleto que saliera de un desierto cementerio. Aquella yerbecilla inculta no hace mas que lamer su planta egregia, porque la tierra aun permanece como la dejó el arado de Cincinato, y con las huellas de la última yunta romana.

»Esos reinos vacíos, *inania regna;* esa tumba, de en medio de la cual parece levantarse Roma, para valernos de las palabras del vizconde de Chateaubriand, aumentan sin embargo la grandeza de la metrópoli del mundo cristiano, y la rodean de un sentimiento de ternura que conviene mejor que una cercania risueña y frondosa al espectáculo de Roma y de sus grandiosos recuerdos.

»¡Salve, tierra fecunda en otros tiempos en fruto y fértil en conquistadores! Esclamamos con Virgilio. ¡Salve, campiña de Roma, donde con todo su orgullo descansa la nada de la criatura! ¡Salve, lugares famosos por sus grandes hombres, llenos de sublimes recuerdos y de elocuentes lecciones! ¡La mano del tiempo va dispersando vuestros preciosos monumentos, destruyendo templo sobre templo, como dice Delille, y sepulcro sobre sepulcro!

»A la vista de tan sublime espectáculo, y poseidos de las mas melancólicas ideas, hojeamos algunas páginas de varios viajeros ilustres.

»Son las seis, esclamamos con uno de ellos; el tiempo es hermoso: recorren el horizonte algunas ligeras nubes, y esparcen sobre la escena muchas sombras vaporosas. Estamos pisando verdes colinas, brillantes con su rico esmaltado. Forman una cordillera de las montañas de los sabinos, que contienen como dentro de un cuadro la parte oriental del panorama que se estiende á nuestros piés. La luz forma infinitos juegos sobre los planos de ese cuadro admirable. Al norte está el Soractes, el Soractes de Claudio Loreneso, el Soractes de Ovidio y de Prospercio, el Soractes de todo hombre de mediana educacion, y que tenga un alma capaz de sentir. Al oeste, las montañas azules de la Etruria limitan nuestra vista con su anfiteatro pintoresco. Al sur, el cielo y el mar se confunden detrás de una masa de nubes, montañas de oro y púrpura que parecen aglomeradas por una mano mágica. En medio de un inmenso estanque, que tal puede llamarse, segun es el efecto que hace, serpean las amarillas aguas del Tiber. La llanura, árida en toda su estension, semejante por las ondulosas vertientes del terreno á un vasto lago agitado, está atravesada por largos acueductos que se estienden hasta mucha distancia: se dirá que son otros tantos puentes gigantescos que conducen á la capital del mundo cristiano. ¡Qué solidez tan imponente! ¡Qué silencio de muerte! Los sepulcros que á uno y otro lado se descubren, indican las vias antiguas. De tiempo en tiempo una nube de polvo, enriquecida por los rayos del sol, anuncia el tránsito de una silla de posta de ingleses, ó el pesado carro (tirado por bueyes de afilados cuernos) de algun aldeano que se dirige á la ciudad. Unos tonos vagos de luz se estienden sobre estos objetos como si estuviesen cubiertos con trasparente velo. Todo ello parece que está nadando en una atmósfera de vapor. Pero el sol inunda ese brillante espectáculo con rayos de púrpura, y auméntase de repente la claridad, disípase la lejana niebla, y vese distintamente la cúpula de San Pedro, y la ciudad eterna edificada sobre siete colinas. Levántase San Pedro sobre el monte

2 de Mayo de 1852.

Vaticano, entre el Janículo y el Aventino: mas al norte está el monte Celio: se conoce por sus altos pinos, por sus vastas y sombrías cúpulas, que dan sombra á la villa de Mates; enfrente está el Capitolino, que corona la torre del Campidoglio: á la derecha el Quirinal, el Esquilino y el Viminal, que domina la basílica de Santa María la Mayor. Hé aquí esa Roma, hermosa por escelencia, ***rerum pulcherrima Roma***, comarca que fué en otro tiempo la delicia de la tierra, y donde el arte y la naturaleza esparcieron sonriéndose sus tesoros sobre el suelo.

»¡Roma! Roma! gritamos con Menerbes, llenos del mas puro entusiasmo; ¡qué flujo y reflujo de pensamientos para nuestra alma, acostumbrada á la meditacion! ¡Qué visiones sucesivas para una jóven y ardiente fantasía, fecundada bajo el cielo de los trovadores! Roma! Pronunciamos esta palabra como si nos suscitase una idea infinita, como si realizase ya un mundo destruido, como si arrancase del seno del sepulcro las muchas víctimas que ha detenido la muerte. Entonces, siguiendo con ávida mirada el lento y suntuoso curso del Tíber, contemplamos sobre aquellas orillas desiertas los manes errantes y silenciosos de Horacio y de Virgilio; á Régulo saliendo por la puerta Flaminia para volver á la esclavitud impuesta por el honor; vimos desplegarse toda la grandeza de Roma, con su senado rey, con sus labriegos coronados de laureles, que volvian á coger el arado despues de haber encanecido en los campos de batalla. Durante toda nuestra existencia habíamos soñado con Roma, como con el cúmulo de todas las bellezas; nos habíamos familiarizado con sus nombres célebres, y habíamos hecho consistir toda nuestra felicidad en verla. A poco, una profunda melancolía se apoderó de nosotros. ¿Qué queda de tanta grandeza, de tanta gloria? ¿Qué ha sido de esos hombres tan famosos? Meteoro pasajero y efímero, la gloria de Roma ha desaparecido, se ha eclipsado. Sus grandes hombres han caido unos en pos de otros, como las hojas de otoño que arrebata el viento. ¡Sepulcros arruinados! ¡Huesos blancos! Hé aquí lo que de Roma queda en lo material; en la parte moral, los recuerdos; ¡nada mas que recuerdos! Estábamos como oprimidos por estas tristes reflexiones, cuando por un estraordinario movimiento nos lanzamos gritando fuera de nosotros mismos. ¡Capitolio de Roma! ¿Dónde está tu Júpiter?

»Creese, dice Chateaubriand, estar oyendo la maldicion del Profeta: ***Venient tibi duo hæcin die una subito, sterilitas et viduitas.*** Dos cosas caerán sobre tí á la vez: la esterilidad y la viudedad. A uno y otro lado se descubren vestigios de los caminos romanos, en parajes por donde no pasa nadie: algunas veredas, que desde lo lejos parecen sendas muy frecuentadas, no son mas que el álveo seco de unas ondas tempestuosas que han pasado, como pasó Roma. A menudo, en una vasta llanura, hemos creido encontrar ricas mieses; pero al acercarnos, vimos que unas yerbas secas nos habian engañado. Otras veces, debajo de algunos arbustos, se perciben los restos de una antigua cultura. No se ven pájaros, labradores, movimiento campestre ni aldeas, y no se oye siquiera el balido de una oveja. Aparecen algunos cortijos sobre los desiertos campos, pero las puertas y las ventanas están cerradas, y no salen de ellos humo, ruido, ni habitante alguno.

»Hé aquí las melancólicas reflexiones que oprimian nuestra cabeza, cuando el sonido de las cornetas y de los tambores nos dió á entender que la division española no podia cuidarse de estos recuerdos, y que pronto ibamos á continuar la marcha, despues de un ligero descanso que habiamos tomado. Entonces subimos corriendo la escalinata griega, á manera de antiguo anfiteatro, que da entrada al palacio de Barberini, con el objeto de consagrar á las curiosidades que encierra, los pocos instantes que ya podiamos permanecer en Palestrina. . . . . .

. . . .

»Al bajar á la ciudad dirigimos otra vez una mirada á Roma, y al recordar sus conquistas religiosas, sentimos que los poetas no hayan cantado con el mismo fuego que cantaron á sus dioses, la gloria de su apostolado y el triunfo de sus mártires.»

José GUTIERREZ de la VEGA.

Entre los curiosos monumentos literarios que nos recuerdan los antiguos tiempos y los sucesos de los pasados héroes, escogemos hoy para presentar á nuestros lectores el muy preciado ***Cronicon*** titulado ***Albeldense***, escrito en el siglo IX, porque fué el primero que apareció en España despues de la formacion de la monarquía cristiana de Asturias, y el que corrió el tupido velo que envolvia la historia de los primeros dias de la gloriosa restauracion nacional comenzada en Covadonga. El nombre con que se distingue esta notable escritura, procede de haberse encontrado inserta en un viejísimo códice del monasterio de Albelda (1), que se conserva hoy en la biblioteca del Escorial.

(1) Sancho-Abarca, rey de Navarra, lo fundó y dotó en 923 en la villa del mismo nombre, á dos leguas de Logroño. Hoy subsiste convertido en colegiata, y bajo su antigua advocacion de San Martin.

Dos son los autores que tuvieron en ella parte: en cuanto al primero, aunque muchos designan á un cierto religioso de San Millan llamado Roman, y otros al presbítero toledano Dulcidio, se ignora su verdadero nombre, y solo por sus mismas palabras podemos colegir que escribia en los estados del rey D. Alfonso III, el Magno, y probablemente en Oviedo, siendo sin duda uno de los laboriosos monjes que en aquellos dias de sangrientas y continuadas guerras eran los únicos depositarios de las artes y las ciencias. El segundo autor, posterior en un siglo, que copió el ***Cronicon*** y lo adicionó con los hechos mas importantes ocurridos hasta su tiempo, es conocido: se llamaba Vijila, y era monje del monasterio de Albelda. Además de la sencillez y claridad que suele reinar en los escritos de aquellos retirados tiempos, son de notar en el ***Cronicon Albeldense*** las noticias curiosas que de geografía é historia general nos presenta como exordio. En cuanto al latin en que está redactado, es como el de todos los documentos de la época: rudo, corrompido y desaliñado. Nosotros hemos procurado hacer de él una traduccion todo lo literal posible, conservando los nombres propios anticuados y bárbaros que usa el cronista, puesto que de no hacerlo así despojaríamos de su originalidad á este interesante trabajo histórico.

Nicolás Castor de CAUNEDO.

CRONICON ALBELDENSE.

DESCRIPCION DE TODO EL MUNDO.

I.—Todo el Mundo está descrito, desde el tiempo de Julio César, por varones sapientísimos, como Nicodoso, Didimito, Teodoto y Policlito. En medir el Oriente se emplearon XXI años, II meses y VIII dias. En el Occidente XXVI años, III meses y XVII dias. En el Septentrion XXIX años, II meses y III dias. En el Mediodía XXII años, I mes y XXX dias.

II.—El Oriente tiene VIII Mares, VIII Islas, VII Montes, VII Provincias, LXXV Ciudades, XVII Rios, y XLV Naciones. El Occidente consta de VIII Mares, XIX Islas, XV Montes, XXVII Provincias, LXXV Ciudades, XVI Rios y XXV Naciones. En el Septentrion hay XII Mares, XXV Islas, XIII Montes, LVIII Ciudades, XVIII Rios, XXIX Naciones y XVII Provincias. En el Mediodía hay II Mares, XVII Islas, VI Montes, XIII Provincias, LXII Ciudades, VI Rios y XXIV Naciones. En tiempo de Julio Augusto se contaban en todo el Mundo XXX Mares, LXIX Islas, XLI Montes, LXIV Provincias, CCLXX Ciudades, LVII Rios y CXXIII Naciones.

DESCRIPCION DE SPANIA.

III.—Primeramente por Ibero, se llamó Iberia; despues por Ispalo, Spania.—Tambien se dijo Hesperia por la estrella Occidental denominada Espero.—Su situacion es entre Africa y Galia: al Septentrion la cierran los Montes Pirineos, y por las demás partes está rodeada de Mares.—Es fecunda en todo género de frutos, y riquísima en toda especie de metales y piedras preciosas.—Tiene VI Provincias con Sedes Episcopales.—Los Rios de Spania IV. El Betis corre CCCCX millas, el Tagus corre DCII, el Minius CCCXIII, y el Iberus CCCIV.

DE LAS SIETE MARAVILLAS DEL MUNDO.

IV.—I el Capitolio de Roma. II el Faro de Alejandría. III el Belerofonte de Esmirna. IV el Teatro de Heraclio. V el Coloso de Rodas. VI el Templo Quicicio. VII Tetrapulum-Emetis, ó mejor dicho la Iglesia de Santa Sofía en Constantinopla.

DE LAS PROPIEDADES DE LAS NACIONES.

V.—I De los Griegos la sabiduría. II De los Godos la fuerza. III De los Caldeos el consejo. IV De los Romanos la soberbia. V De los Francos la fiereza. VI De los Bretones la ira. VII De los Escoceses la sensualidad. VIII De los Sajones la dureza. IX De los persas la codicia. X De los Judíos la envidia. XI De los Etiopes la paz. XII De los Galos el comercio.

COSAS CÉLEBRES DE SPANIA.

VI.—Trigo floreal de Narbona.—Vino de Vilarz.—Higos de Biatia.—Trigo de los Campos-Godos.—Mulos de Hispali.—Caballos de Tierra de Moros.—Ostras de Mancario.—Lampreas de Tatiber.—Lanzas de Galia.—Escanda de Asturias.—Miel de Galicia.—Disciplina y Ciencia de Toledo.—Estas eran las cosas principales en tiempo de los Godos.

DE LAS LETRAS.

VII.—Las letras A, E, I, O, U, se llaman vocales porque se emiten sin violencia y forman la voz por un impulso natural de las fauces.

Son semivocales F, N, L, M, S, R, porque comienzan con la E vocal, y dejan un sonido suave.

Las letras B, C, D, T, P, Q, G, son mudas, porque no pueden pronunciarse sin el auxilio de las vocales.

COMIENZA EL ÓRDEN DE LOS AÑOS REFERIDO BREVEMENTE.

VIII.—Desde Adan hasta el diluvio, MMCCXLII.—Del diluvio á Abraham, DCCCCXLII años.—De Abraham á Moisés, DV.—De la salida de los Israelitas de Egipto, hasta su entrada en la tierra de Promision, XL años.—Desde esta entrada hasta Saul, primer Rey de Israel, despues de los Jueces, CCCLVI.—Saul reinó XL años.—Desde David hasta que se dió principio á la construccion del Templo, XLIII años.—Desde la primera edificacion del templo hasta la trasmigracion de Babilonia, hubo Reyes por CCCCXLIII años.

El año LXX de la cautividad del Pueblo y desolacion del Templo, fué éste restaurado por Zorobabel.—Desde la restauracion del Templo hasta la Encarnacion de Cristo, transcurrieron DXL años.

Dedúcese de lo espresado que todo el tiempo, desde Adan hasta la venida de Cristo, fué de VM.CXCVIIII.

De la Encarnacion de N. S. Jesucristo al primer año del reinado del Príncipe Wambano, DCLXXII.

Del tiempo de Wamba hasta el nuestro, que es la Era DCCCCXXI, pasaron CCXI años.

De todo lo que ciertamente se colige, que todo el tiempo, desde el principio del Mundo hasta la Era presente, DCCCCXXI, y XVIII año del reinado de nuestro Príncipe Adefonso, hijo del glorioso rey Ordonio, fué de VIMLXXXII años; y de la Encarnacion del Señor hasta nosotros DCCCLXXXIII.

DE LAS SEIS EDADES DEL MUNDO.

IX.—Primera edad: de Adan hasta el diluvio, MMCCXLII años.

Segunda edad: del diluvio hasta Abraham, DCCCCXLII años.

Tercera edad: de Abraham hasta David, DCCCCXLI años.

Cuarta edad: desde David hasta la trasmigracion de Babilonia, CCCCLXXXVI años.

Quinta edad: desde la trasmigracion hasta Cristo y el Emperador Octaviano, en cuyo tiempo de la Virgen Maria y del Espíritu Santo nació Cristo.

Sesta edad: que empieza desde Cristo, tiene ahora, en la Era DCCCCXXI, DCCCLXXXIII años.—Cuanto sobre esto se pretenda saber, solo á Dios es conocido, para nosotros oculto, como lo dice el Señor en el Evangelio: «No es á vosotros conocer los tiempos, ni los »momentos que el Padre conserva bajo su potestad.»

AVERIGUACION DE LAS MILLAS DE UNAS CIUDADES Á OTRAS.

X.—Desde Gadis hasta Córdobam CC millas.—De Córdobam á Toleto CCXX.—De Toleto á Cesaraugusta CCC.—De Cesaraugusta á Oscam LX millas.—De Oscam á Illerdra LXXX millas.—De Illerdra á Gersona L millas.—De Gersona á Gerunda CXXX millas.—De Gerunda á las fronteras XL millas.—De las fronteras á Ruscilion XX millas.—De Ruscilion á Narbona XL.—De Narbona á Biterris XV.—De Biterris á Neumasia LXXV.—De Neumasia á Avinion XXV millas.—De Avinion á Valencia CII millas.—De Valencia á Turnos CCL millas.—De Turnos á Mediolano CLXX.—De Mediolano á Roma CCCXVI.—De Roma á Thesalónica DCCCXLII.—De Thesalónica á Heráclea CCCXVI millas.—De Heráclea á Constantinopla CXXX millas.

Hacen IIIM.CCLXXXI millas.

NOTICIA DE LOS OBISPOS Y SUS SEDES.

XI.—La Sede Real (1) la ocupa Hermenegildo.—Flaiano á Bracara, y sucedió á Lupo y á Recaredo.—Tudemiro tiene las de Dumio y Mendunieto.—Sisenando la de Iria en San Jacobo.—Naustio tiene la Sede en Coimbra.—Branderico en Lamego.—Sebastian en Auriense.—Justo en Portucale.—Alvaro en Velegie.—Felmiro en Oxima.—Mauro en Legion, y Ranulfo en Astorica.

Los referidos Prelados resplandecieron en la Iglesia por la proteccion del Rey.

Tambien el Rey Adefonso, de que ya hemos hablado, se hizo esclarecido por todo el mundo; encumbrado al Solio, fué habil en la guerra, esclarecido para con los Asturianos, fuerte y valeroso con los Vascones, castigó á los Arabes y protegió á los Ciudadanos. A este Príncipe, favorecido por el Capitan Cristo, le fué concedida la sagrada victoria. Sea por siempre esclarecido, triunfe vencedor en el siglo, y resplandezca en el mismo cielo. Consagrémosle aquí este triunfo, ya que se le despojó allí del Reino. Amen.

COMIENZA EN LA SIGUIENTE CRÓNICA EL ÓRDEN DE LOS ROMANOS.

1. En Roma reinó primero Rómulo XXXVIII años. Este edificó á Roma.

Tito-Tatio, Rey de los Sabinos, V años.

Numa-Pompilio, XXXII años. Este fué el primero que ordenó el año en XII meses.

Tulo-Hostilio, XXXIII años. Este fué el primero que vistió la púrpura.

Anco-Marcio, reinó XXVIII años.

Tarquino-Prisco, reinó XXXVIII años. Este hizo el Capitolio.

Servio-Tulio, reinó XXXVIII años. Este fué el primero que estableció el censo.

Tarquino el Soberbio, reinó XXV años. Este fué espulsado del Reino porque lo mereció.

Hubo Cónsules por CCCLXXVI años.

Los Decemviros I año.

Desde Rómulo y la fundacion de Roma, hasta Cayo-Julio-César, DCXCVI años.

Primeramente Cayo-Julio-César gobernó IV años. Este peleó con Pompeyo por el Imperio.

En seguida comienza la edad VI.

2. Octaviano, reinó LVI años. En el XLII de su reinado nació Cristo. Este solo, gobernó á todo el Mundo.

Tiberio, hijo de Gaio, reinó XXIII años. En el XVIII fué crucificado N. S. Jesucristo. En tanto que Tiberio, por codicia, cautivaba á los Reyes que á él se acogian, muchas Naciones se apartaban del Imperio Romano.

Gaio-Calígula, reinó IV años. Fué avaro, cruel, y esclavo de la lujuria. Por este tiempo S. Mateo Apostol fué el primero que escribió el Evangelio en la Judea.

Claudio, reinó XIV años. En esta época vino á Roma S. Pedro Apóstol, y S. Marcos escribió su Evangelio en Alejandría.

Nerón, fué muy cruel, reinó XIV años, y se entregó á la lujuria. Pescaba con redes de oro. En este tiempo S. Pedro y S. Pablo fueron muertos: el uno en una cruz, y el otro por golpe de espada.

Vespasiano, reinó VIII años, XI meses y XXII dias; olvidó las injurias, y el II año de su reinado, Tito se apoderó de Jerusalen, donde perecieron de hambre y á filo de espada, once veces cien mil Judios, y cien mil fueron vendidos públicamente.

Tito, reinó II años. Fué afable, piadoso, y amado de los hombres.

Domiciano, hermano de Tito, reinó XVI años. Ensoberbecido mandó que le llamasen Dios, mató á los Senadores, y entabló la persecucion contra los Cristianos. Durante su imperio fué el Apóstol S. Juan desterrado por cuatro meses á la isla de Patmos.

Nerva, varon moderado en su imperio, reinó I año. En su tiempo S. Juan Apóstol vino á Efeso: y recien llegado, y á instancias de los Obispos del Asia, publicó su Evangelio.

3. Trajano, reinó XIX años y VII meses. En este tiempo murió S. Juan Apóstol.

Adriano, reino XXI años. Este restauró á Jerusalen, y por su nombre se llamó Aelia.

Antonino el Piadoso, reinó XXII años. Fué muy clemente, y mereció el nombre de Padre de la Patria. Galeno, médico, oriundo de Pérgamo, florece en Roma.

Antonino el menor, reinó XVII años. Fué vencedor.

Commodo, reinó XIII años.

Helvio-Pertinaz, reinó contra su voluntad durante I año, y rehusó llamar esposa á Augusta.

Severo Pertinaz, reinó XVIII años. En este tiempo, Origines se instruyó en Alejandría.

Antonino Caracalla, hijo de Severo, reinó VII años. Fué libidinoso, y se casó con Nuberca.

Macrino, reinó I año. Nada hizo digno de memoria.

Aurelio Antonio, reinó III años. Fué muerto en una sublevacion militar, porque lo merecia.

Alejandro, reinó XIII años. En este tiempo brilló Origines en Alejandría.

Maximiano reinó III años, persiguió á los cristianos.

4. Gordiano, reinó VII años. Murió por asechanzas de los suyos.

Filipo, reinó VII años. Este fué el primer emperador Cristiano, y su conversion tuvo lugar el año milésimo de la fundacion de Roma.

Decio, reinó I año. Fué perseguidor de los Cristianos, y en su

(1) Esta era Oviedo.

tiempo floreció en Egipto S. Antonio Monge, el primer fundador de Monasterios.

Galo y su hijo Vilasiano, reinaron II años.

Valeriano con Galerio, reinó XV años. En esta época, S. Cipriano Obispo, recibe la corona del martirio.

Claudio, reinó dos años. Venció á los Godos que desolaban la Iliria y la Macedonia.

Aureliano, reinó VI años. Persigue á los Cristianos, le aprisiona el Rey de los Persas, y envejece y muere en la prision por el sentimiento que le causó su deshonra.

Tacito, reinó I año.

Probo, reinó VI años. Fué valiente en la guerra, y alcanzó esclarecidas victorias.

Caro, reinó dos años, y herido de un rayo, pereció.

Diocleciano y Maximiano, reinaron XX años. Diocleciano persiguió á los Cristianos, y fué el primero que mandó que en el vestido y calzado se llevasen piedras preciosas, pues hasta allí los Príncipes usaban únicamente la púrpura. Habiendo ambos dejado el imperio, vivieron como particulares.

Galerio, reinó dos años.

5. Constantino, reinó XXX años. Habiéndose convertido al cristianismo, toleró á los Cristianos. Por esta época, Elena, su madre, encontró la Cruz del Señor. Mandó que se celebrase el Concilio Niceno como decimos en otro fóleo.

Constancio y Constante, reinaron XXXIII años. Constante, Arriano, y cruel por sus costumbres, persigue á los Cristianos. Su amigo Arrio, muere en Constantinopla. Brilla Hilario por su doctrina. Donato, que floreció en Roma en el arte de la gramática, muere allí por este tiempo. Antonio Monge, tambien murió entonces. Los huesos de los Santos Apóstoles Andrés y Lucas, se trasladan á Constantinopla.

6. Juliano, reinó II años. Primero clérigo, y luego Emperador; y Pagano, adoró los ídolos, prodigó el martirio á los Cristianos, y en odio de Cristo, mandó restaurar á los judíos el templo de Jerusalen; mas el Señor no lo permitió, y Juliano murió asaeteado por los persas.

Joviano, reinó I año. Este, siendo Cristiano, rehusó tomar las riendas del gobierno, y solo accedió á los ruegos del ejército, cuando este se convirtió al cristianismo. Al punto, devolvió á los Cristianos sus libertades y privilegios, y mandó cerrar los templos de los ídolos.

Valentiniano y su hermano Valente, reinaron XIV años. Los Godos se dividen en dos porciones, mandadas por Atanarico y Fridijerno. Alarico se sobrepone; Fridijerno con el auxilio del Emperador Arriano, Valente, y por la influencia de este, abraza el arrianismo con todos sus Godos. Golfila, Obispo, les enseña el uso de las letras.

Graciano con su hermano Valentiniano, reinó VI años. Florecen Ambrosio, Obispo de Milan, y S. Martin, Obispo Turonense, señalándose este por sus milagros en las ciudades de la Galia.

7. Valentiniano con Teodosio, reinó VII años. Celébrase un sínodo en Constantinopla, compuesto de CL Obispos. El presbítero Gerónimo, florece en Belem, y en todo el mundo. La cabeza de S. Juan Bautista, es trasladada á Constantinopla, y enterrada á VII millas de la ciudad. Teodosio derriba el templo de los ídolos.

Teodosio con Arcadio, reinó III años. Por aquel tiempo, el Anacoreta Juan, brilló por sus milagros.

Arcadio con su hermano Honorio, reinó XIII años. En esta época, S. Agustin Obispo, resplandecia con la sabiduría de su doctrina, y Donato, Obispo de Epiro, se señalaba por sus virtudes. Este, mirando á un enorme dragon, y escupiéndole en la frente, lo mató; y ocho yuntas de bueyes, apenas podian arrastrarle á la hoguera en que se quemó. Por el mismo tiempo, los cuerpos de los Santos Profetas Habacuh y Micheas, son descubiertos por revelacion divina. Florece Teófilo. Los Godos acometen la Italia, y los Vándalos y los Alanos, las Galias.

8. Honorio con Teodosio menor, hijo de su hermano, reinaron XV años. Durante el imperio, los Godos se apoderaron de Roma, y los Vándalos, los Alanos y los Suevos, ocupan las Spanias. Celébrase en Cartago un concilio compuesto de CCXIV Obispos.

Cirilo, que lo era de Alejandria, se señala particularmente.

Teodosio el Menor, hijo de Arcadio, reinó XXVII años. Los Vándalos pasan desde España al Africa, y arruinan allí la fé católica con la impiedad arriana. Reúnese en Efeso un concilio de Obispos contra Nestorio. Por el mismo tiempo, el diablo, apareciéndose en Creta á los judíos en figura de Moisés, les promete conducirlos por mar á pié enjuto á la tierra de promision, pero habiendo muerto muchos, se convirtieron otros al cristianismo.

9. Marciano, reinó VI años. Al principio de su reinado, se celebra un concilio en Calcedonia. Teodorico, Rey de los Godos, á la cabeza de un numeroso ejército, entra en Spania

Leon Mayor, con Leon Menor, reinó XVI años.

Zenon, reinó XVII años. En aquel tiempo, y por revelacion de el mismo, se encontró el cuerpo de S. Bernabé Apóstol y el Evángelio de S. Mateo.

Anastasio, reinó XXVII años. En esta ocasion, Fulgencio Obispo, resplandeció por su sabiduría y doctrina. Nacen muchas herejías.

Justino Mayor, reinó VIII años. Partidario del Sínodo Calcedoniense, abjura la herejía de los Acéfalos.

10. Justiniano, reinó XXXIX años. Poniéndose al frente de los Obispos, partidarios del concilio de Calcedonia, condena la herejía de los Acéfalos. Los Vándalos son destruidos en Africa por el patricio romano Belisario. Tambien Adrila, Rey de los Ostrogodos, es vencido en Italia por Narses, patricio Romano. Atanagildo, tiraniza en Spania el imperio de Ajilano. Por el mismo tiempo, el cuerpo de S. Antonio Monge, encontrado por divina revelacion, es llevado á Alejandria y enterrado en la iglesia de S. Juan.

Justino Menor, reinó XI años. Este destruyó todo lo que se habia hecho por los adversarios del concilio Calcedonense, y mandó que el pueblo cantase el salmo CL al tiempo del sacrificio de la misa. Entonces fué cuando los Armenios abrazaron la fé de Cristo, y floreció Martin, Obispo de Bracara, que por su prudencia convirtió á los Suevos de Galecia al catolicismo.

11. Tiberio, reinó VII años. Los Longobardos, arrojados de Roma, invaden la Italia. Los Godos, divididos en partidos por Hermenegildo, hijo del Rey Leovigildo, se destruyen y matan mutuamente.

Mauricio, reinó XXI años. Los Suevos son dominados y sometidos por Leovigildo, Rey de los Godos, y estos se convierten á la Fé Católica por medio del piadosísimo Recaredo su Rey. En aquel tiempo florece el esclarecido Leandro, Obispo Hispalense, que contribuyó á la conversion de la Nacion Goda.

Focas, reinó VIII años. Levantado Emperador por una sublevacion militar, dió muerte á Mauricio Augusto, y á muchos nobles. Tambien los Persas movieron grandes guerras á la República, y vencieron á los Romanos.

12. Heraclio, reinó XXVII años. Los Esclavones entregaron á los Romanos la Grecia, y los Persas la Siria y el Egipto. En Spania, Sisebuto, Rey de los Godos, se apoderó de varias ciudades que aun poseia el ejército Romano, y convirtió á la Fé de Cristo á sus vasallos judíos. Tambien fundó en Toledo una admirable iglesia dedicada á Santa Leocadia. Despues, el Príncipe Suintila, acabó de arrojar del Reino á los Romanos; y con una pequeña victoria, se enseñoreó de toda Spania. Tambien durante el Imperio de Heraclio, tuvieron por Reyes los Godos á Suintila y Chintila.

Constantino, reinó IX años. En su tiempo reinaron en Spania por IX años tambien, Tulga y Chindasvinto, uno en pos de otro.

13. Constante, reinó XX años. Entonces, Recesvinto, gobernó en Spania por espacio de XX años, y les sobrevivió III.

Constantino el Jóven, reinó XVI años. El ya nombrado Recesvinto, III años. Wamba, IX años. Hervigio V, y sobrevivió II años y XV dias.

Justiniano, reinó XI años. El ya nombrado Hervijio II. Ejica IX, y sobrevivió VI.

Leon, reinó VII años. Ecija ocupó el trono de Spania VI. Despues de él, su hijo Witiza I.

Tiberio, reinó VIII años durante el gobierno de Witiza.

Roderico, reinó III. En aquel tiempo, los Sarracenos se apoderaron de Spania, y esterminaron á los Godos deste Reino en la Era DCCLII.

(*Continuará.*)

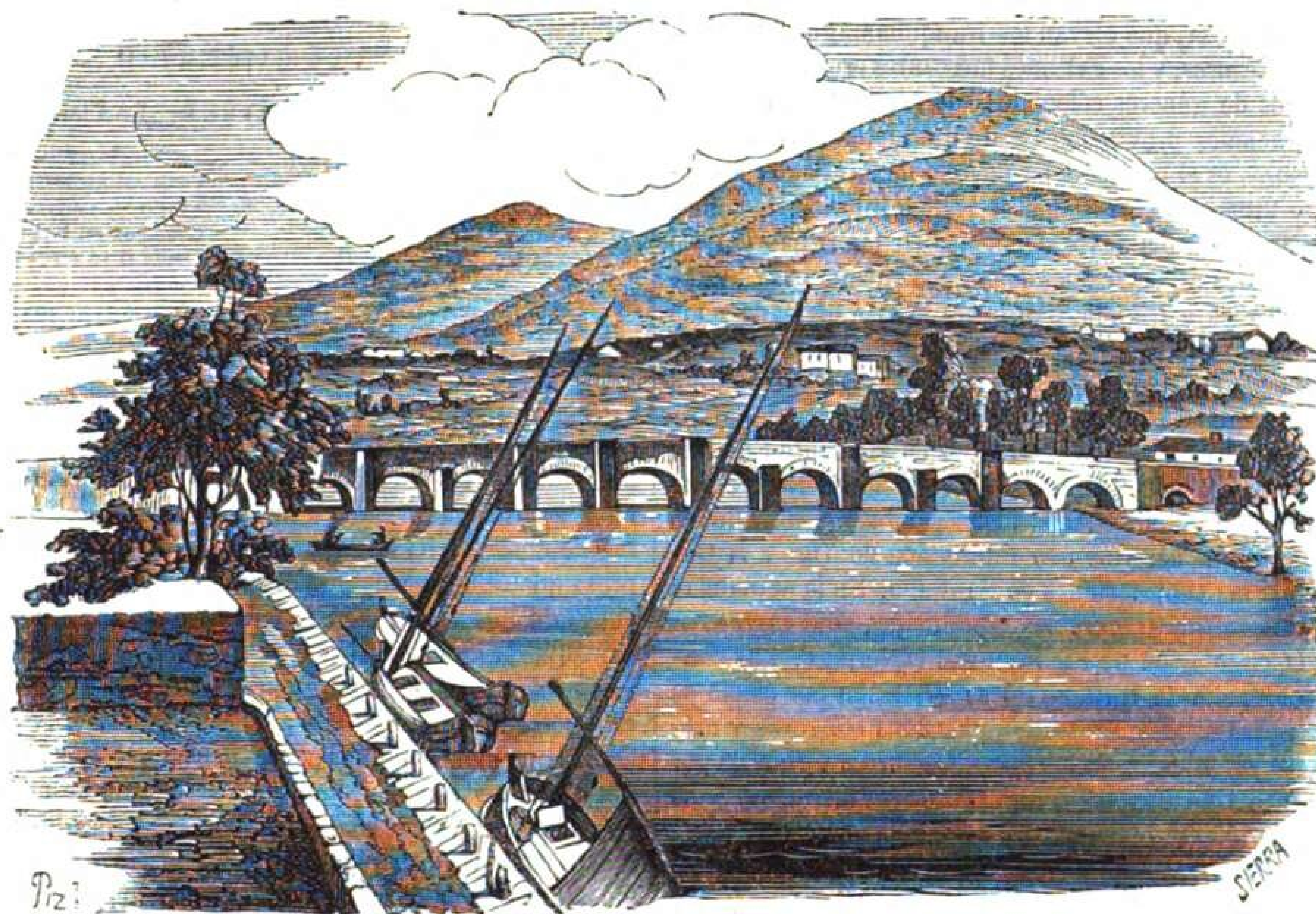
EL PUENTE CESURES.

Un distinguido pintor español contemporáneo, el Poussin de las ruinas, con cuya amistad nos honramos, nos dirigia á mediados del año pasado las siguentes lineas, escritas con el estilo familiar de la confianza:—«El dia que comprendan en Galicia lo mucho que valen sus hermosos bosques, rios y praderas; el dia que se cubra el suelo de fábricas y de ingenios; el dia en fin en que arrojen á todos sus escribanos, quemen sus foros y digan: *adelante Galicia*, me atrevo á asegurar que ninguna region de Europa tiene elementos mas favorables para el desarrollo de una colosal riqueza... Galicia empieza á ser conocida; ya se emprenden viajes para verla, y sino fuera por sus malas posadas, caminos é insectos, seria el punto de reunion de la buena y rica sociedad de España. Asturias es mas prodigiosa que la Suiza; Galicia es mas graciosa que l'Abergne.»

En verdad Galicia es el país de las montañas severas, de las vertientes apacibles, de los saltos espumosos de agua, de los tajos gigantescos, de los remansos tranquilos, de los valles serenos, de los bosques seculares, de las decoraciones sorprendentes y de los rios caprichosos; país de una poesia íntima y meditabunda, país de una pródiga naturaleza, donde el arte no establece la competencia de sus lineas arquitectónicas con los rasgos espontáneos de una vegetacion exhuberante. En el fondo

de un precipicio árido y descarnado se agita en el agua una mezquina choza ennegrecida por la lluvia, que suelta por su ancho cauce una blanca polvareda, como el delfin acosado arroja por sus fauces la espuma del mar; es el molino de la comarca, cuyos moradores cruzan á media noche un mezquino puente de tablas desiguales que los sostiene sobre una bulliciosa cascada. En la nebulosa línea del horizonte, la llama voraz y devoradora de una *estivada*, escala á la caida de la tarde, como una serpiente de fuego, la escabrosa cumbre de una montaña, recogiendo la luna su luz tibia y melancólica sobre el reflejo de este humoso incendio. En el apartado lago formado por las aguas que caen de las sajaduras abiertas por la intemperie en las entrañas calcáreas de una eminencia, apagan su sed los lobos de las sierras y los buitres de las ruinas. A orillas de los rios, en medio de la espesura de los bosques, sobre las cristalizaciones seculares de los *castros*, se conservan los escombros de castillos señoriales, deshechos sus muros, quebradas sus torres, desportillados sus cubos, abiertas sus paredes y francas sus barbacanas para las fábulas y los cuentos. El misterio es la leyenda del vulgo. Sombras fatídicas discurren á media noche por los subterráneos de las antiguas fortalezas. Donde no se teme el *sábado* de las brujas, se espia la salida de los *moros* que llevan sus caballos á beber en la fuente rústica ó en el remanso murmurador. Las quiebras de las montañas y las *sabanas* de los valles improvisan grutas silvestres, chozas primitivas, alquerias misteriosas, florestas poéticas, paisajes melancólicos, panoramas inesperados, horizontes multiplicados, islotes floridos, balsas naturales, ecos ruidosos, murmullos apacibles, auroras nebulosas, ocasos deslumbradores... La poesía de una naturaleza espontánea y caprichosa.

El arte ha aprovechado los valles y las sierras para sus ermitas, sus casas solariegas, sus calzadas y sus puentes. Si buscais la huella titánica del imperio romano, el *Monte-Furado* os deja registrar sus cavidades sombrias, humedecidas por el rio Sil, ó los *codos de Larouco* os presentan sus escarpadas cimas escaladas por la palanca del legionario



(Puente de Cesures.—Galicia.)

conquistador. Si deseais sorprender los sacudimientos hercúleos de las rocas heridas por el rayo y removidas por la tempestad, el *paso de San Juan da Cova* entrega á la intemperie el asiento granítico de sus rocas ó la *cascada del Loja* remueve el glúten de las peñas, hacinando los escombros de los aluviones en las grietas de una montaña, como las gárgolas naturales de este *salto de aguas*. Si vuestra poética imaginacion busca las inspiraciones de la naturaleza pródiga y floreciente, los valles de *Ouro*, *Lerez*, *Mariñas* y *Ulla-baja* presentan sus emparrados tendidos al sol, sus frutos abigarrados, sus espalleres espontáneos, sus perfiles umbrios, sus arroyos murmuradores

. . . .
sobre el cascajal bullendo
. . . .
(JUAN DE LA ENCINA.)

y sus mieses doradas; embellecidos por las canciones del aldeano, los ecos de la romería, el gorjeo de los pájaros, el susurro de los insectos y las corrientes del agua, en cuyas linfas dulcemente murmuradoras se escarcha la luna en blancas y menudas perlas. Si vuestro ingenio, estimulado por los recuerdos de la historia, vuelve á la edad media, á los siglos de la verdadera fé en las obras del artista y en las conquistas del guerrero, y evoca el entusiasmo popular en sus correrías caballerescas y sus cruzadas fronterizas, las catedrales de *Santiago*, *Orense* y *Mondoñedo*; las ruinas de *Sobrado*, *Dumio* y *Celanova*; las ermitas restauradas de la *Coruña* y *Pontevedra*, y los castillos señoriales de *Altamira*, *Sandias* y *Andrade*, agrupan en vuestro derredor la rogativa pública, la austeridad monástica, la devocion espontánea y el cortejo marcial. Si interrogais á lo pasado, la civilizacion de esta comarca, distinguiendo en su suelo las huellas de los pueblos conquistadores y proscriptos, encontrareis la sociedad celta en los *castros*, la sociedad normanda y árabe en las ruinas de las *torres de Oeste* y en las reconstrucciones de la metrópoli compostelana, la sociedad romana en el mosáico del antiguo *convento-jurídico* de Galicia y en los puentes de *Lugo*, *Orense* y *Cesures*, respetados por los siglos; la sociedad judia en su antiguo cementerio de *Allariz*, y en la tradicion de sus sederias en *Monforte* y la sociedad completamente española, en el hospital de *Santiago* y en la *palloza de la Coruña*.

En la presente ocasion fijaremos nuestra planta sobre los restos de la dominacion romana y presentaremos á nuestros lectores la descripcion del remoto *Pons Cesaris*, cuya vista estampamos al frente de este artículo.

A una milla de Padron, en la carretera de Santiago á Pontevedra, se encuentra el puente Cesures, que ha dado nombre á algunas casas y factorías construidas cerca de sus pilares. La fundacion de este monumento romano es contemporánea de la *via militar* de Braga á Astorga, por la costa, que empezaba en *Aquis Celonis* (Faon), y llegaba hasta *Interannio* (Bembibre). Entre *Vico Spatorum* (Vigo) y *Glandimiro* (Cantomir), se reconocia el marco de *Ad duos pontes* (segun algunos geógrafos, el puente San Payo), donde se consignaba implicitamente la localidad del puente de Cesures. Su advocacion es el comprobante irrecusable de su antigüedad: al perpetuar la época de su fábrica, ha trasmitido á la posteridad una página arquitectónica de la dominacion romana en Galicia. El puente Cesures de nuestros dias es el antiguo *pons Cesaris*, cuyo titulo fué adulterado por el latin inculto de las crónicas de la edad media, y españolizado por las generaciones venideras. El *pons Cesaris* del imperio romano ha sido el *pons de Cessuris* de los siglos X y XI, y el puente Cesures de nuestros tiempos.

En Galicia aun se conservan los nombres de algunos pueblos de escaso vecindario, como la revelacion auténtica de la dominacion imperial. La administracion y gobierno de los Césares no solo se encuentra en las obras monumentales, sino tambien en las apartadas localidades de las montañas y de los valles. En la provincia de Lugo existen, la aldea de César, en la parroquia de Cortopezas, la feligresia de *San Salvador de César* y la aldea de *César de Seta*, en la jurisdiccion de Camba. En la provincia de la Coruña se descubren las feligresias de *San An-*

drés de César, *San Clemente de César* y *Santa María de César*, situadas en la márgen izquierda del rio Tambre.

En la *Historia Compostellana*, escrita en el siglo XI (1), se hace mencion del puente Césares, cerca del cual se habian construido las torres de Oeste para la defensa del territorio. Al mencionar la entrevista habida entre el arzobispo de Santiago D. Diego Gelmirez y el conde D. Fernando, fija el lugar de este reconocimiento en los términos siguientes: *ad ulice fluminis* PORTUM *qui de Cessuris apellatur*. El padre Florez esplica por medio de esta advertencia el verdadero sentido de las palabras citadas: *Pontem lege de Cessuris qui etiam hodie nomen retinet super ullam ad Iriam.* Si lo que ha tomado por una equivocacion el erudito agustino, ha podido ser una verdad; si el puente Cesures ha dado nombre á un embarcadero de numerosa concurrencia, la apreciacion imparcial de su localidad y la investigacion arqueológica y topográfica de sus alrededores determinarán la importancia del puerto marítimo de la edad media. En nuestros dias aproxima las importaciones estranjeras, sostiene el tráfico interior con Carril y Villagarcía, y pone en circulacion los cereales de la provincia. Las mareas vivas de la ria de Arosa, que elevan las tranquilas aguas del Ulla, suben hasta el puente Cesures, y los galeones mercantes cruzan su agitada corriente, cargados de géneros coloniales, de artefactos ingleses y franceses, de elaboraciones provinciales y de productos agrícolas del pais. El puente Cesures es el muelle del comercio de Santiago: los armadores de Carril y Villagarcía sostienen el tráfico interior, por medio de la conduccion realizada favorablemente en las aguas del rio Ulla (2). Las proverbiales esportaciones de ganado vacuno para Inglaterra, así como de maiz para Irlanda, han buscado este mercado como necesario y conveniente para las transacciones comerciales. Las antiguas factorías, cuyos edificios conservan sus nombres, consagradas ahora á las condiciones del arriendo particular, revelan las proporciones favorables de la importacion y esportacion celebradas en el puente Cesures.

Su situacion topográfica es conveniente al comercio interior de Galicia. Colocado entre Carril y Padron, acelera los cambios, y empalmado en la carretera general que describe una intercesion de Vigo á la Coruña, sirve de puerto á las transacciones de Santiago. En la actualidad no se construyen *vias militares* para las conquistas, sino *carreteras provinciales* para la circulacion de los intereses materiales. Las conquistas se hacen por medio de tratados, ó se sostienen por medio de alianzas: los intereses materiales, acostumbrados á los convoyes y máquinas de presion, se amontonan en los estrechos surcos formados por las llantas de los carros de trasporte. De esta suerte el remoto *pons Cesaris*, el antiguo *pons de Cessuris* no es apreciado como una antigualla histórica ó un recuerdo monumental: es un almacen, un martillo, un mercado. En la edad media, el arzobispo de Santiago dejaba caer las cadenas señoriales sobre las aguas del Ulla; era mas bien la posesion de un feudo que la imposicion de un portazgo. Entonces las carabelas de los pescadores vendian mariscos y barbos. En nuestros dias la administracion pública ha trasladado la aduana de Villagarcía al puente Cesures, para facilitar las guias comerciales á la conduccion interior. Los galeones de los marineros trasportan los fletes de fardería, quincalla, fundicion y peletería.

El puente Cesures presenta un paisaje ameno y pintoresco. No le anuncian espaciosos andenes y sólidos machones. El rio Ulla atraviesa sus arcos lentamente, apercibido de las avenidas del invierno, que desata sus hirvientes aguas sobre la campiña, fecundada con las algas marítimas arrastradas por la corriente. No eleva sus petriles, y ensancha sus arcos para repeler las mareas vivas de la ria. Es el puente de un rio de reposada corriente, que anuncia en señaladas horas su consorcio con las aguas del mar. Es el lindero de la agua dulce y de la agua salada. El viajero divisa á la izquierda los grupos de lavanderas y los botes encallados en el limo, y á la derecha presencia el atalaje de los galeones envejecidos en el trasporte. A un lado, el susurro de los árboles, el eco de las canciones y el son monótono de las madejas de lino sacudidas sobre las piedras para el blanqueo; al otro lado, los gritos de los pescadores, las rivalidades de los marineros, el rudo crujir de las velas latinas, y el acompasado movimiento de los remos, que se asemejan en lontananza á las alas gigantescas de un monstruo marino. La antigüedad se rejuvenece con la concurrencia, y el comercio no ha podido alcanzar mas bella y poética perspectiva para sus transacciones mercantiles.

El puente Cesures, que ocupa de este á oeste una estension de 510 piés, presenta trece arcos mayores y menores, cegados en invierno por la violenta respiracion de las avenidas. Sobre el nivel del rio Ulla se eleva 21 piés, y ofrece al viajero la latitud de 12 piés.

El anticuario no encuentra en este monumento arqueológico la lápida votiva, ó la inscripcion pretoriana. Las reconstrucciones arquitectónicas habrán emparedado sus líneas, ó los años habrán gastado sus letras. La tradicion conserva su nombre como el recuerdo de una fundacion imperial. Su antigüedad está justificada por su advocacion. El *pons Cesaris* de los romanos habrá cambiado sus hiladas de piedra y renovado sus cimientos de argamasa: en cambio ha conservado su localidad y trasmitido su nombre, como el lindero de una civilizacion omnipotente.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

Santiago 14 Enero 1852.

(1) Lib. 1, cap. LXV. pág. 119.—Edic. de la *Esp. Sag.* del P. Florez.

(2) En el primer semestre de 1851 se han esportado en el puerto de Carril 59,063 fanegas de maiz en cuatro bergantines ingleses, uno español, quince goletas inglesas y dos queches del mismo reino, las que unidas a mas de 11,000 conducidas á las provincias meridionales de España, completan el total de 70,063 fanegas. La aduana del Carril ha producido en el primer trimestre del mismo año, la cantidad de 157,789 rs. y 29 mrs., en la que se cuentan 3,556 rs por derecho de navegacion á los buques de esportacion.

LA ALAMEDA DEL PEREJIL,

NOVELA GADITANA.

CAPÍTULO II.

EL PRIMER FAVOR.

¡Qué de medias noches
Canté en mi instrumento:
«Socorre, señora,
Con agua mi fuego!»
Donde si tú no
Socorriste luego,
Socorrió el vecino
Con algun caldero.
(*Góngora.*)

Mientras esto pasaba en la Alameda del Perejil, venian por el campo adelante, y en ademan de cuidarse muy poco de aquel paseo y aun de todos los del mundo, dos caballeros punto mas que sesentones, cuya apariencia revelaba á primera vista que el que mas y el que menos de ellos dejaba en casa un bien provisto arcon y un buen perro de presa que se lo guardase. Vestian largas casacas redondas, cuyos anchos faldones abanicaban dulcemente entrambos tobillos; largas chupas de seda cubrian sus fornidos y abultados vientres, que á la legua mostraban no estar criados con el flatulento frijol ni con la leve espinaca: holgado y alto zapato, sobre el que se elevaba una apelmazada hebilla, no menor que un pavés moruno; empolvada peluca con cañones á babor y estribor, y encima de ella un desmantelado sombrero de tres picos. Llevaban además en las manos larguísimas cañas de Indias de dos cuerpos, con su regaton de á tercia y su puño de oro de á medio palmo; en suma, ellos eran el perfecto *fac simile* de los comerciantes de aquella época. El paso era grave y pausado, lo que unido á las frecuentes paradas que hacian para hacer corro y estrechar mas y mas el círculo de su conversacion, ocasionaron el que hasta mucho rato despues de haber terminado la ruidosa escena de que se habló en el anterior capítulo, no llegasen nuestros interlocutores al punto objetivo de su cotidiano paseo, el cual no era otro sino el sitio conocido con el nombre de *Los cueros;* porque, en efecto, allí se hallaban muchos de ellos colocados en ordenadas pilas, y dejando entre unas y otras regulares calles que servian de solaz á las personas que hablamos, preferian la vista y el olor de un género colonial, á la improductiva fragancia y á la estéril belleza del mejor jardin de Aranjuez.

Llegados que fuéron al predilecto lugar, que como se sabe era el mismo en que años despues se edificó la hundida plaza de los toros, uno de los caballeros, volviendo sin duda á anudar alguna anterior conversacion, comenzó de esta manera:

—Convengamos, amigo D. Braulio, en que los jóvenes del dia son unos verdaderos pillos, sin pizca de temor de Dios, y que así se cuidan de tomar el buen ejemplo de sus padres, como yo me cuido del gran turco. Vea V. ahí el escándalo que hemos presenciado al pasar junto á esa alameda nueva, y que tan caro pudo costar á uno de ellos, segun nos dijeron allí, pues el perillan habia desaparecido cuando llegó la guardia del cuartel de la Bomba, y solo vimos conducir al vivac por los soldados al otro maton de las patillas y de la navaja guadijeña.

—Solo una cosa puede sentirse en todo eso, contestó D. Braulio, y es que el otro tuno de la quimera no haya ido tambien á dormir á la cárcel; pues aunque ya nosotros no alcanzamos á verle á causa de sus buenos piés, es de presumir que seria otro que tal. Vaya, ¡alborotar así un paseo público! ¡Ah, si yo fuera gobernador!

—Supongo, replicó D. Canuto, que todo ello habrá sido por alguna mozuela de estas de moños y arrumacos; y hé aquí, amigo mio, por lo que me lleva el diablo. ¡Pelearse por una muger, que es el género de mas merma y avería que tiene el comercio!...

—Peste en todas ellas, interrumpió el otro con destemplada aspereza: V. sabe, D. Canuto, que tengo un hijo ya mozuelo, á quien he criado poniendo en práctica nuestro antiguo adagio, que dice: «Quien bien te quiera te hará llorar:» pues bien (continuó blandiendo la caña

y frunciendo su poblado entrecejo sobre su cara de vinagre), si este hijo me anduviese en esos picos pardos; si Pepito (pues con efecto Don Braulio era su padre), se atreviese á enamorar esas mozuelas petimetras y á dar escándalos como el de esta tarde, por Dios que no me habia de contentar con romperle el baston en las costillas, sino que tambien le habia de echar la casaca del rey, y ya no tenia que acordarse en su vida de que tenia padre; y cuenta que esto mismo se lo digo á él todos los dias.

Despues de una breve pausa, que serenó algun tanto su rostro naturalmente áspero y desabrido, prosiguió en estos términos:

—V. me dirá que yo tambien me casé; pero la cuestion no es la misma por cierto. Habia yo ya cumplido mis cuarenta y tantos del pico, cuando el padre de mi difunta, que era corresponsal mio, me propuso esta boda: tomé á mi muger al precio de factura, y ella no fué en mi casa sino un zurron de añil mas, cuya partida senté en mi libro maestro, llevándole su cuenta corriente hasta del agua del aljibe que bebia al año. Dios se la llevó antes del segundo, y la sentí porque casualmente era buena; pero no por eso le dejé de hacer su balance, y de ello saqué con la pluma en la mano, y despues de tirar mi cuenta de compañía, que yo habia hecho bien en casarme. Hé aquí, amigo mio, cómo se deben hacer las bodas; pero esto de casarse un muchachuelo sin barbas por esa necedad que dicen que se llama amor, esto es lo que no he entendido en mi vida, y cuando á mi fecha no lo entiendo, probable es que tampoco lo llegue á comprender nunca.

En esto apareció entre ambos un tercer interlocutor: era este el mismo Pepito, que para asegurarse completamente y desvanecer las sospechas que su padre hubiese concebido acerca de su participacion en el ruidoso lance de la alameda, vino á buscarle á su favorito paseo. Segun la costumbre de aquella época, pidió humildemente el jóven la mano á su padre, y este se la alargó con un prolongado gruñido, que en él no era manifestacion hostil, y si un efecto de su acre condicion, y del principio de terror, bajo el cual hemos visto que criaba á su hijo: gruñido, por mas señas, felizmente interpretado por este; pues conocia muy bien que á haber tenido la mas leve idea del negocio, no hubiera sido la mano, sino el regaton de su caña de Indias lo que le hubiera dado á besar. Rezáronse devotamente y en coro las oraciones en latin, porque con efecto tocaba á ellas la iglesia del Hospital, y en seguida se dirigieron todos juntos hácia las respectivas casas, quedando primero en la suya D. Canuto, y llegando finalmente padre é hijo á empuñar á poco tiempo el grueso aldabon de su guardada puerta.

De lo dicho habrán podido colegir mis lectores el raro humor de nuestro D. Braulio; hombre esclusivamente mercantil, ageno é incapaz de pasiones tiernas, y por lo tanto acérrimo enemigo de todo lo que era menos positivo que sus talegos, hubiera sacrificado cien veces y de la mayor fé del mundo, la felicidad y el porvenir de su hijo único, á imaginar siquiera que otros pensamientos que no fuesen los del escritorio y el tanto por ciento bullian en la cabeza de un jóven de veinte años. Tenaz y áspero por carácter, era tan conocido en el comercio por la responsabilidad de su firma como por su endiablado genio. Por otra parte, sus negocios eran vastos y mucha su riqueza; de forma que á haber vivido en este siglo de nueva nomenclatura, hubiese sido considerado como una *notabilidad* del cacao y del añil. Júzguese pues si con datos de esta especie estuvo en su lugar el terror pánico que se apoderó de nuestro D. Pepito, al ver cerca de sí á su padre, en el momento en que iba á descargar el brazo sobre su agresor; y considérese si teniendo que luchar con un carácter tal y en unos tiempos en que la autoridad paterna era tan omnipotente como acatada, tuvo razon nuestro héroe de preferir una honrosa fuga, al rancho del cuartel y al casacon blanco de soldado, con que, á guisa de sambenito, lo amenazaba el viejo cada hora, amen de la paliza; y lo que es peor, con propósito firme de llevar á cabo ambas cosas mucho mejor que lo decia.

Los enamorados son muy dados á soliloquios: así fué que no bien se halló solo en su cuarto el triste mancebo, cuando comenzó á discurrir consigo mismo de esta manera.

«Bien mirado, yo me tengo la culpa de que Rosita no haga alto siquiera en mis miradas tiernas y en mi infructuosa persecucion; porque dicho está que á quien no habla, Dios no le oye, y apuesto que ese animal de D. Currito no lo habrá sido tanto como yo, y que á estas horas le llevará dadas sus serenatas de estilo; y hé allí una buena ocasion para darse á conocer, y para entablar por la reja aquellos dulces ratos de sabrosa plática que serian el colmo de mi felicidad. Por lo menos así se hacen méritos, cosa que tanto agrada á las mugeres, y así se las lisonjea; pues ¿cuál de ellas no gusta de verse celebrada, y de que las muchachas de la vecindad oigan llenas de envidia en el silencio de la noche los suspiros de un amante y las alabanzas de su hermosura?... Por otra parte, forzoso es confesar que la ocasion se me ha venido á las manos. Ese soez de mi rival ha sido conducido á la cárcel por habérsele hallado en la mano un arma prohibida: es decir, que por ahora no tengo quien me inquiete en mi proyecto.»

—Meditó en seguida un poco, y dando en fin una palmada de alegria, esclamó:

—Bien pensado! Esta noche cantaré á la guitarra bajo sus rejas una cancion que para estos casos tengo prevenida: me oye: baja á la ventana, y... ¡soy el mas feliz de los hombres!

(Continuará.)

FRANCISCO FLORES ARENAS.

LA CASA DEL AHORCADO.

TRADICION.

(Conclusion.)

—Detente, gritó Elvira, detente!

—Una palabra no mas: niégame tu secreto otra vez, y me verás en poder de mis enemigos.

—Todo lo sabrás, contestó la jóven cayendo medio desmayada en un sillon.

—Habla.

—Me arrebataron á la fuerza... Me trajeron aquí... Yo mostré á Don Rodrigo esa ventana como el único puerto capaz de salvarme de sus odiosas tentativas... El se reia de un modo estraño, y su mirada infernal me aterraba.

—Continúa, Elvira: me estoy ahogando de impaciencia.

—En fin, dijo esta cubierta de rubor y con voz que apenas se entendia: devorada por la sed, bebi un vaso de agua que estaba á mi lado... caí sin saber cómo en un sueño profundo, y D. Rodrigo... el miserable! pasó la noche en el castillo.

Mira D. Pedro con ojos espantados á la cautiva, y su mirada la interroga todavía, porque su razon se niega á comprender lo que acaba de oir.

—Huye, continúa Elvira: por el recuerdo de nuestro puro amor te lo suplico: dentro de un momento pueden venir... Ay! qué seria de mí si te encontrasen! Huye: déjame aqui morir sola... No quiero que el mundo me vea despues del horrible suceso que cubre de rubor mi frente... No puedo aceptar tus juramentos: ya la pobre Elvira es indigna de ti... Si, pronto la muerte me librará del peso de la vida! ¿para qué quiero una vida que no puede ser tuya?

Hace Elvira á su amante una señal de despedida, y no pudiendo sufrir mas la fuerza de su dolor, cae sin sentido ante D. Pedro, que la contempla con la mirada fija y los puños crispados por la cólera; mas tomando de pronto una resolucion: ¡Hay un Dios en el cielo y una justicia en la tierra! murmura con ahogado acento: yo rogaré á Dios é invocaré esa justicia.

Dice, y tomando á Elvira en sus brazos, desciende con ella por la escala.

IV.

Ocho dias despues de los sucesos referidos en el capítulo anterior, se halla D. Rodrigo en un suntuoso aposento de su casa de Ubeda, acompañado tan solo de uno de sus mas intimos confidentes.

Está triste, pensativo, y brillan sus ojos con un fuego mas siniestro que de ordinario. Algunas veces, sin saber él mismo por qué, se estremece y mira espantado en derredor, cual si temiese la aparicion de su mas mortal enemigo.

—Sancho, dice con voz ronca; nadie viene! ¿Qué se han hecho los caballeros que á todas horas me acompañaban? Huyen de mí acaso? ¿Tánto habrán influido en sus ánimos los últimos sucesos, que se apartan desdeñosos del que hasta ahora miraran como jefe?

—Señor, me permitís que os diga la verdad?

—Habla.

—La ciudad está consternada: el rapto de Elvira se ha hecho público, y las gentes os miran con horror: dicen que se avergüenzan de que en la ciudad se haya cometido tan odioso crimen, y maldicen á su autor.

—¿Serán tan imbéciles que se atrevan á desafiar mi cólera?

—Lo temo, señor, porque todos los hidalgos y caballeros dicen, que por haber vos provocado la cólera de Pero Gil, han perdido sus titulos de nobleza y los que aseguraban la posesion de sus heredamientos. Sus quejas aumentan el descontento de la ciudad, y ya se habla de mandar á Jaen un mensajero...

—Cómo! ¿tratarian de ponerse en manos del rey D. Pedro?

—Eso pretenden.

—Por Santiago, que es mucha audacia en los hidalgos el pensarlo siquiera! Poco conocen á D. Rodrigo de Chaves, si creen que mientras viva ha de tremolar en estas torres otro pendon que el de D. Enrique! No es ese á fe mia el peligro que amenaza á la ciudad: ha sido imposible descubrir al traidor que abrió las puertas á las gentes de La Torre:

ese podrá hacerlo de nuevo, y no sé entonces cuáles serán las consecuencias. Los sucesos me han hecho ver que Pero Gil, á quien yo despreciaba, es mucho mas importante de lo que yo creia. Elvira se ha escapado, y nadie puede haberla dado libertad sino ese audaz mancebo... Oh si hubiera podido encontrarles! pero todas mis diligencias han sido vanas: y á ti solo, Sancho, lo confesare: temo su venganza.

Oyese en el corredor un ruido de pasos precipitados: ábrese con estrépito la puerta del salon, y se lanzan dentro cuatro ó cinco, embozados hasta los ojos; pero debajo de las capas se dibujan largas espadas, y crujen al andar las aceradas cotas. Una muger cubierta con un velo se oculta entre ellos, y detrás de todos, relumbran las armas de los soldados que llenan la estensa galería.

Don Rodrigo mira sorprendido á los recien llegados, y un vago estremecimiento le agita, pues aunque no ha conocido á nadie, su instinto le dice que se halla cerca de su mas mortal enemigo, y que este es mas poderoso.

Recobra sin embargo su audacia, y volviendo á tomar el altanero continente que le es habitual:

—Qué me quereis? esclama: quiénes sois vosotros que teneis la osadía de invadir mi casa? Salid, salid al momento, ó á una señal mia, armados los habitantes de esta ciudad, os harán conocer á cuánto se espone el que provoca mi venganza.

Nada contestan los embozados; pero saliendo uno de ellos del grupo, se adelanta hácia D. Rodrigo y se descubre en silencio. Chaves le mira, palidece, y por un movimiento maquinal descubre su cabeza, murmurando con acento sumiso:

—Perdonad, señor, no os habia conocido.

—Oh! no me conoces lo bastante, le contesta su misterioso interlocutor: dentro de poco sabrás positivamente quién soy.

—Señor!...

—¿Cómo ahora tan humilde el fiero partidario del Bastardo? Pero no se trata de eso. Acercaos, Pero Gil, y decid vuestra queja: ha llegado el momento de la justicia.

—Señor, dice D. Pedro, mientras su rival con la boca entreabierta y lívido el rostro de espanto y de cólera, se encuentra en la situacion de un hombre presa de horrible pesadilla: yo amaba á una jóven, ó por mejor decir á un ángel; jamás cruzó por mi mente un pensamiento que pudiese manchar su virginal pureza; dentro de pocos dias iba á darla mi nombre y mi fé al pié de los altares... Pues bien, señor; D. Rodrigo de Chaves la vió; concibió por ella una pasion violenta; la arrebató una noche del lado de su madre, y con el auxilio de un narcótico triunfó de la triste víctima, que le amenazara con arrojarse á los fosos del castillo, antes que acceder á la deshonra que le proponia...

—Mentis! esclamó D. Rodrigo: ¿dónde están las pruebas de lo que acabais de decir?

Pero Gil llevó la mano á la guarnicion de su espada; pero se contuvo á una seña del que parecia su jefe. Este atravesó el grupo que tenia á su espalda, y un momento despues volvió á aparecer llevando á Elvira por la mano.

—No querias pruebas? dice á D. Rodrigo: será esta suficiente?

Retrocede Chaves espantado, y bajando los ojos tartamudea algunas palabras de disculpa.

—Nada encontrarás que pueda reparar el mal que has hecho; le dijo el que se habia convertido en su juez.

—Señor, disponed de mí: estoy pronto á obedeceros.

—Pues bien: el honor de esta jóven ha sido ultrajado; le debes una reparacion que el mundo exige: esta noche le darás la mano.

—Estoy pronto á obedeceros, dijo D. Rodrigo respirando mas tranquilo al verse libre tan á poca costa.

—Señor, esclamó D. Pedro con voz suplicante: os olvidais de mi? no sabeis que la amo con toda mi alma?

—Jamás consentiré, decia Elvira al mismo tiempo.

—Silencio los dos: silencio, vive el cielo! Os prometí haceros felices: ¿quién hay aquí capaz de dudar de mi promesa?

—Señor, mi único anhelo, mi sola felicidad...

—Pero Gil, le contestó con voz de trueno; ¿cuándo has aprendido á replicar en mi presencia?

El doncel retrocedió espantado, mientras D. Rodrigo le miraba con aire de triunfo, pues en medio de su propia humillacion, gozaba con la humillacion de su rival; y para aumentarla al mismo tiempo que sus celos:

—Señor, dijo, la órden que me habeis dado como en castigo por mi conducta pasada, es favor en vez de pena; y ya anhelo que la hermosa Elvira se digne concederme el derecho de llamarla mia.

—Pues bien, todo está preparado: un sacerdote os aguarda en la capilla, marchad. Id vos con ellos, Padilla, añadió dirigiéndose á uno de los caballeros que le acompañaban, y cuidad de que se ejecuten mis órdenes. Y vos, Elvira, recordad que vuestro padre os dejó al morir un nombre puro: ¿quereis que ese nombre quede infamado para siempre? el honor os manda dar la mano á D. Rodrigo: obedeced. Y con imperioso gesto y el brazo estendido, la señalaba la puerta donde Chaves la estaba esperando.

Elvira, aturdida y sin saber lo que hacia, salió dirigiendo á su amante una de aquellas miradas que en vano se intentaria pintar, y en las cuales está reconcentrada toda una existencia.

—Pero Gil, dijo el embozado cuando se quedó solo, haced entrar á los caballeros de la ciudad.

—Vive Dios, añadió mirando al doncel que se alejaba, está mas enamorado que nunca! En este momento me maldice, y tal vez está formando proyectos de venganza... Así son todos! he nacido para hacer ingratos: todos me aborrecen porque no les es dado comprender mi alma. Por eso me llaman tirano; por eso no viven sino de la rebelion... Imbéciles! Porque quiero hacerles dar un paso en la marcha de las generaciones, oh! llegarán hasta ultrajar mi memoria; pero así que los siglos hayan rodado sobre mi tumba, lucirá para mi nombre el dia de la justicia.

—Entrad, caballeros, entrad, añadió viendo que se acercaban los hidalgos que habia convocado: los títulos de vuestras propiedades se han destruido: vuestras cartas de nobleza sufrieron la misma suerte: el mal es irremediable; pero mañana se juntará el pueblo en la plaza á voz de pregonero, y designará cuáles son vuestras propiedades, quién tiene el alto honor de llamarse caballero: este acto será conocido con el nombre de *la sentencia arbitraria*.

Todos se inclinan en silencio y salen con el asombro y el respeto marcados en el rostro; mientras D. Pedro, ageno á cuanto pasaba y con la vista fija en la puerta por donde salió Elvira, parecia la estatua de la desesperacion.

Reina en el salon un profundo silencio, hasta que entró Padilla, y acercándose al oido de su jefe:

—Señor, dice, vuestras órdenes están cumplidas.

—Todas?

—Todas.

—Sin resistencia?

—Nada se opone á la fuerza de los ballesteros.

—Pero Gil, asómate á ese balcon y dime lo que veas.

El doncel obedeció maquinalmente; pero al apercibir lo que pasaba dió un agudo grito: acababa de ver á D. Rodrigo colgado de uno de sus balcones y luchando aun con las últimas convulsiones de la agonía. Un pueblo inmenso contemplaba mudo y aterrado aquella horrible escena.

—¡Señor, señor, clamó Pero Gil cayendo de rodillas, perdonadme, habia dudado de vuestra justicia!

—Ya lo habia leido en tus ojos; pero te perdono, porque te disculpa la fuerza de tu pasion. Está consumado el castigo; ahora, añadió viendo entrar á Elvira pálida y conmovida, ha llegado el momento del galardon por tu fidelidad pasada: Pero Gil, ¿quieres unirte á la viuda de D. Rodrigo de Chaves?

—Señor, contestó el caballero besándole la mano, sois el mas justo así como el mas grande de los hombres! Permitidme ahora que anuncie al pueblo vuestro nombre ilustre para que lo bendiga.

—Y corriendo al balcon, debajo del cual se agitaba numerosa muchedumbre, gritó con acento de entusiasmo, levantando los brazos al cielo: Viva el rey de Castilla! Viva D. Pedro el Justiciero!

Hace dos años que existia en Ubeda un antiguo solar casi demolido, y que se conocia con el nombre de *La casa del ahorcado*: la historia que acabamos de contar es, segun una tradicion del país, el origen de tal denominacion.

FRANCISCO AGUILAR Y LORA.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 17.

Detrás de la cruz el diab'o.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.



LA MUSICA EN EL CAMPO.

—¿Qué hará Jeny? se preguntan los moradores de la quinta, señalando con el dedo á la jóven doncella que vuelve del campo.

Jeny no puede contestarles, porque colocada entre dos destinos, ignora cuál ha de elegir.

Divisase en lo mas escarpado del monte una pobre cabaña habitada por su madrina y por Williams, hijo de la buena anciana. Allí es donde desea conducir á nuestra jóven la muger que ha reemplazado á su madre. Muchas veces la ha llamado, y Williams ha ido á buscar la respuesta; pero Jeny no sabe qué resolver. ¿Abandonará la gran quinta de Jorge por la humilde choza en que se crió? ¿Cambiará los goces de la riqueza por las privaciones de la indigencia?

La jóven vacila, aunque su naturaleza la arrastra hácia el lujo y los placeres. Pensativa, casi triste, llega á la quinta, y deja su cayado junto á la puerta, donde la recibe la hermana de Jorge, que ya la espera con impaciencia. Las dos jóvenes hablan en voz baja: una de ellas con alegre volubilidad; la otra turbada é indecisa.

De pronto llega á sus oidos una tocata: Jeny se estremece y vuelve la cabeza.

Williams, que ha llegado á la quinta, deja tambien su cayado, se sienta sin pronunciar una sola palabra, y hace sonar su dulce caramillo: su fiel mastin parece absorto al escuchar tan rústicas melodías.

Jeny tambien las oye y se enternece: en cada tocata hay para ella un recuerdo. Todas las imágenes de un tiempo pasado se reconcentran en su memoria, y con la cabeza inclinada sobre el pecho, asiste á esta evocacion mágica de sus primeros años.

Se considera débil y tímida, trepando por las crestas de las montañas sostenida por Williams. Despues... ya ha adquirido fuerzas y puede seguir á su jóven compañero. ¡Cuántas atenciones mutuas! ¡Cuántos servicios recíprocos! La pobreza del hijo y de la madre, sabia convertirse en opulencia para la huérfana... La sortija de plata que ha conservado, la cruz de oro que estrecha entre sus manos, las hermosas cintas con que se adorna, ¿no provienen de sus amigos?

¡Y cuando estuvo enferma! ¡Cuántas noches velaron para disputársela á la muerte! ¡Qué regocijo al verla restablecida! ¿Hay en el mundo gratitud bastante para pagar estas pruebas de acendrado cariño?

Oh! toca, Williams... toca el caramillo, porque cada uno de sus sonidos hace comprender que la felicidad de esta vida no estriba en la riqueza, sino en los dulces afectos del corazon. Toca, Williams, porque ella se acuerda de que desde su infancia has seguido sus pasos para protegerla: toca, Williams, porque las lágrimas inundan su rostro, porque los recuerdos del corazon nunca se borran, y porque... no volverás solo á tu pobre cabaña.

Tu madre tendrá mañana dos hijos.

CRONICON ALBELDENSE.

(Continuacion.)

ÓRDEN DE LOS REYES GODOS.

14. Atanarico, el primero de los Reyes Godos, reinó XIII años. El fué tambien el primero que con toda la Nacion abrazó la herejía Arriana por influencia del Emperador Valente. En su reinado, los Godos comenzaron á tener leyes y literatura, y fuéron con él mismo arrojados de su pais natal por los Hunnos. El Rey murió en Constantinopla siendo Emperador Teodosio.

15. Alarico, reinó XVIII años, y para vengar la matanza de CC mil Godos que acaudillaba el Scita Radagaiso, marchó con su ejército sobre Roma, y la tomó, apresando con todas sus riquezas á Placidia, hija del Emperador Teodosio. Despues, bajo el Imperio de Honorio y Arcadio, murió Alarico en Italia.

16. Ataulfo, reinó VI años. Se casó con la espresada Placidia, y en el V año de su reinado, marchó desde Italia á las Galias. Habiendo venido á España, fué muerto por los suyos en Barcinona, siendo Emperadores Honorio y Arcadio.

17. Sijerico, reinó I año. Queriendo hacer la paz con los Romanos, fué muy pronto muerto por los suyos bajo el imperio ya dicho.

18. Ballia, reinó III años. Fué guerrero, hizo la paz con el Emperador Honorio, y le restituyó su hermana Placidia. Habiendo penetrado en el interior de Spania, destrozó en la Bética á los Wándalos y

Silnigos, y redujo á la nulidad á los Alanos. Dispuso una escuadra para pasar al Africa, pero el mar Gaditano se lo impidió. Volvió á las Galias, y alli murió siendo Emperador Honorio.

19. Teodoredo, reinó XXXIII años. Mató á muchos miles de Romanos, y á su general Listorio. Tambien hizo á los Hunnios una matanza de CC mil hombres, y peleando con ellos murió durante el Imperio de Teodosio menor.

20. Turismundo, su hijo, reinó I año. Siendo cruel y enemigo de todos, le dieron muerte sus hermanos Teuderico y Friedario, cuando era Emperador Marciano.

21. Teuderico, reinó XIII años. Este con sus Godos auxilió á Avito para apoderarse del Imperio, por lo que, y con licencia del mismo Avito, entró en Spania con grande ejército, y á las XII millas de Astúrica, cerca del rio Urbico, venció á Ricciario, Rey de los Suevos, y persiguiéndole, le apresó en Portucale y le dió muerte. Se apodera de Bracara, y en seguida, atravesando la Lusitania, regresa á las Galias. Alli es asesinado por su hermano Eurico, imperando Leon.

22. Eurico, reinó XXVI años. Devastó la Lusitania, se apoderó de Pampilona y Cesárea Augusta. Fué el primero que dió leyes á los Godos. Murió en Arles, siendo Emperador Cenon.

23. Alarico su hijo, reinó XXIII años. Huduhildo (Clodoveo), Rey de los Francos, le dió muerte en una batalla cerca de Pictaven. Teodorico su suegro, Rey de Italia, le vengó derrotando á los Francos, y restituyó á los Godos el reino íntegro, imperando Anastasio.

24. Gesalaico, hijo de Alarico, reinó III años. Vencido en Narbona por Gundebando, Rey de los Burgundiones, se refugió á Barcinona. Desde aqui se dirigió al Africa á pedir auxilio á los Wándalos, pero no lo alcanzó. A su regreso fué muerto en Barcinona por un general de Teodorico, Rey de Italia.

25. Despues de muerto Gesalaico, el citado Teodorico obtuvo el Reino de los Godos por espacio de XV años, y lo dejó á Atalarico su nieto, que le sobrevivió. Despues volvió á Italia, y alli murió en el imperio de Justiniano.

26. Amalarico, reinó V años. Vencido en Narbona, es muerto por Childeberto, Rey de los Francos, imperando Justiniano.

27. Tudis, reinó XVII años. Aunque hereje, dió la paz á la Iglesia, y permitió á los Obispos que celebrasen concilios en la ciudad Toletana. En Spania alcanzó ventajas en la guerra contra los Reyes Francos, y un fingido loco lo mató en su palacio, siendo Emperador Justiniano.

28. Teudiselo, reinó I año. Habiendo manchado el tálamo de muchos y proyectado darles muerte, fué él mismo degollado en Spali, estando en un banquete, y siendo Emperador Justiniano.

29. Agila, reinó V años. Peleando cerca de Córdoba, y profanando en desprecio de Cristo el sepulcro del santo Mártir Acisclo, perdió alli á su hijo, que fué muerto con muchos de los suyos, y todo el tesoro real. Se refugió á Mérida, y alli le dieron muerte los suyos en el Imperio de Justiniano.

30. Atanagildo, reinó XIV años. Guerreó largo tiempo contra los soldados del Emperador Justiniano, que vinieran en su auxilio contra Agilano y los destruyó. Falleció de muerte natural en Toledo.

31. Liuva, reinó III años en Narbona, y dió el gobierno de Spania á su hermano Leovigildo, conservando para sí el de las Galias.

32. Leovigildo, reinó en la Galia y la Spania XVIII años. Ardiente defensor de la herejía Arriana, persiguió á los Católicos y quitó á las Iglesias sus privilegios. Fué tirano con los suyos, condenó por su antojo á muchos poderosos, venció á los Suevos, y unió al reino Godo el de Galecia. Fué el primero que se cubrió con el manto real, y se sentó en el trono. Fundó una ciudad en la Celtiberia, y la dió el nombre de Recópolis. Antes habia corregido las leyes Godas. Murió de enfermedad en Toleto, siendo Emperador Mauricio.

33. Recaredo, su hijo, reinó XV años. Al principio de su reinado, abrazando la Fé Católica, volvió al verdadero culto á toda la Nacion de los Godos, y en un sínodo compuesto de Obispos de Spania y Galia, confirmó la Fé Católica. En una guerra en Spania, derrotó á LX mil enemigos francos. Resplandeció por su bondad en todos los tiempos de su reinado, y murió pacíficamente en Toleto imperando Mauricio.

34. Liuva, su hijo, reinó II años, y fué muerto por Witerico, el que usurpó el trono durante el Imperio de Mauricio.

35. Witerico, reinó VII años, y aunque poco belicoso, alcanzó victorias. Fué asesinado en un banquete en el Imperio de Focas.

36. Gundemaro, reinó II años. Hizo una espedicion contra los Vascones, y los destruyó. Falleció naturalmente en Toleto, siendo Emperador Eraclio.

37. Sisebuto, reinó VIII años. Obligó á los Judios á adoptar la Fé de Cristo, y fundó á sus espensas la Iglesia de Santa Leocadia. Humilló y persiguió en los montes á los rebeldes Asturos y Vascones. De una enfermedad, y cierta pócima que tomó, le encontraron muerto siendo Emperador Eraclio. En la misma época que el abominable Mahomat predicaba á los pueblos de Africa su maldecida ley.

38. Suintila, reinó X años. Fué grande en la victoria y en el Consejo. Destruyó á los Vascones, hizo prisioneros á dos patricios Romanos; reunió bajo su cetro á toda Spania y la Galia, y hizo digno del nombre que se le dió de *Padre de los pobres*. Falleció de enfermedad en Toleto siendo Emperador Eraclio.

39. Sisenando, reinó IV años. Convocó un sínodo de Obispos. Fué sufrido y permaneció fiel á las leyes Católicas Ortodoxas. Acabó su vida en Toleto siendo Emperador Eraclio.

40. Chintila, reinó III años. Reunió muchos sínodos de obispos en Toleto, y afirmó la Fé en su reino. Murió en Toleto imperando Eraclio.

41. Tulga, reinó III años. Fué débil en todo.

42. Chindasvinto, reinó solo VI años, y con su hijo Recesvinto IV. En todo este tiempo Spania reposó tranquila, y por medio de sínodos, ilustró la Iglesia. Falleció en Toleto siendo Emperador Constantino el Jóven.

43. Wamba, reinó IX años. En el primer año se le rebeló el duque Paulo con una parte de Spania, y toda la provincia de la Galia, y el Rey con auxilio de la Spania, venció primero á los feroces Vascones en los confines de la Cantabria, la que arrasó, y luego cayendo sobre las ciudades de la Galia Gótica, apresó á Paulo en la ciudad Neumausense (1), y sujetó á aquel pais con tan célebre triunfo. Despues fué desposeido por Ervigio, siendo Emperador Constantino el Jóven.

44. Ervigio, reinó VI años. Convocó muchos sínodos de Obispos en Toleto, y dió su hija por esposa á Ejicano. Murió en Toleto durante el Imperio de Justiniano.

45. Ejica, reinó XV años. Cuando subió al trono tomó la hija de Ervigio con juramento de someter á Wambano. A su hijo el Príncipe Vitizano le asoció al reino. Murió en Toleto siendo Emperador Leon.

Vitiza, reinó X años. En vida de su padre residió en Tudem, ciudad de Gallecia. Alli el Duque Fatilano, padre de Pelagio, á quien el Rey Ejica habia desterrado, murió de resultas de un golpe que Vitiza le dió en la cabeza á causa de su muger, y luego que Vitiza sustituyó á su padre en el trono, Pelagio, hijo de Fatilano, que despues se levantó con los Asturianos contra los Sarracenos, fué tambien desterrado de la ciudad real por el motivo de su padre que arriba hemos dicho. Vitiza acabó su vida en Toleto, siendo Emperador Tiberio.

46. Ruderico, reinó III años. En este tiempo, Era DCCLII, llamados traidoramente los Sarracenos, ocupan las Spanias y se apoderan del reino de los Godos, el que desde entonces hasta ahora poseen en parte; guerreando con pertinacia con ellos los Cristianos dia y noche, y sufriendo cada dia nuevos conflictos hasta que la Providencia divina quiera arrojarlos cruelmente. Amen.

SIGUEN LOS NOMBRES DE LOS REYES CATÓLICOS LEGIONENSIS.

47. Pelagio, hijo de Veremundo, sobrino de Roderico, Rey Toledano. Fué el primero que vino á los montes de Asturias, y se ocultó en la cueva de Anseba.

Despues su hijo Fabila.
Despues Alfonso, yerno de Pelagio.
Despues de él, su hijo Froila.
Despues Aurelio.
Despues de él, Alefonso el Casto, que fundó á Oveto.
Despues de él, Nepotiano su pariente.
Despues de Nepotiano, Ranimiro.
Despues de él, su hijo Ordoño, que venció en Albailda.
Despues su hijo Alefonso, que venció en Ebrellos.

48. Despues de él, su hijo Garsea.
Despues Ordoñio.
Despues su hermano Froila.
Despues su hijo Alefonso.
Despues Sancho, hijo de Ordoñio.
Despues Alefonso, que cedió su reino y se convirtió á Dios.
Despues su hermano Ranimiro.
Despues su hijo Ordoñio.
Despues el hijo de Sancho Ranimiro.

SIGUEN LOS NOMBRES DE LOS REYES PAMPILONENSES.

49. Sancho, Rey, hijo del Rey Garseano, reinó XX años. Murió en la Era de DCCCCX̃IIII (2).

Garsea, hijo de Sancho, reinó XL años y algo mas.

SIGUE EL ÓRDEN DE LOS REYES GODOS OVETENSES.

50. El primero que reinó en Asturias, fué Pelagio, que residió en Canicas XIX años. Espulsado de Toleto por el Rey Vitizano, entró en Asturias despues que los Sarracenos ocuparon á Spania. Reinando

(1) Nimes.
(2) La virgulilla cuatriplica el valor de la X, de modo que la era que aqui se indica, es la de 944.

Juzeph en Córdoba, y Mounuza en la ciudad de Gegio (donde le pusieran los Sarracenos para dominar á los Asturianos). Pelagio se rebeló antes que otro alguno en Asturias. Destruyó á los Ismaelitas, quedó muerto su general Alcamano, y prisionero el Obispo Opa. Por último, Mounuza tambien perdió la vida, y el pueblo Cristiano recobró la libertad. Los que del ejército Sarraceno escaparon de la espada, fueron por juicio de Dios oprimidos y sepultados por el monte Libamina, y el reino de los Astures quedó erigido por la divina Providencia. Murió el referido Pelagio en el lugar de Canicas en la Era DCCLXXV.

51. Fafila, su hijo, reinó II años. Por su imprudencia, fué muerto por un oso.

52. Adefonso, yerno de Pelagio, reinó XVIII años. Era hijo de Pedro, Duque de Cantabria, y cuando vino á Asturias tomó por esposa á Bermesinda, hija de Pelagio, con beneplácito de este. Cuando ascendió al trono, hizo la guerra con la ayuda de Dios. Invadió victorioso las ciudades de Legio y Astorica, que los enemigos poseian. Arrasó los campos que llaman Góticos hasta el rio Dorio, y estendió el reino de los Cristianos. Fué agradable á Dios y á los hombres. Falleció de muerte natural.

53. Froila, su hijo, reinó XI años. Alcanzó victorias, pero fué bárbaro en sus costumbres. Mató á su hermano Vimarano, porque no aspirase al Reino. El, despues, á causa de su fiereza, fué muerto en Canicas en la Era DCCCVI.

54. Aurelio, reinó VII años. En su reinado se rebelaron los esclavos contra sus señores, pero con su astucia fuéron sujetados y reducidos á su antigua servidumbre. Tambien en su tiempo el futuro Rey Silo, tomó por esposa á Adosinda, hermana del Rey Froila, y por ella obtuvo despues el trono. No cabe duda que Aurelio falleció naturalmente.

55. Silo, reinó IX años. Cuando ascendió al reino, fijó su solio en Pravia. Por la influencia de su madre tuvo paz con la Spania (1). Murió naturalmente, y no dejó prole alguna.

56. Maurecato, reinó V años.

57. Veremundo, reinó III años, en los que fué clemente y piadoso. Durante este tiempo se hizo la guerra en Burebia. Despues renunció voluntariamente el reino.

58. Adefonso, el Grande, reinó LI años. Al undécimo de su reinado, fué espulsado del trono por tiranía, y encerrado en el monasterio de Abelania. De allí fué sacado por un tal Teudano y otros vasallos fieles que le restituyeron el reino de Oveto en todo su poderío. Aquí fundó con pedernal y cal y de un modo admirable, el Templo del Santo Salvador y los XII Apóstoles, edificó la Iglesia de Santa María, con III altares, y puso tambien los cimientos de la Basílica de San Tirso, la que tiene muchos ángulos. Todas estas casas de Dios las adornó con plata, oro, arcos y columnas de mármol. Tambien embelleció y adornó con diversas pinturas los Palacios reales. Así en la Iglesia como en el palacio de Oveto, adoptó todo el órden y ceremonial que los Godos habian usado en Toleto. Alcanzó muchas victorias sobre los Ismaelitas. A las huestes de los Getulos, venció una vez en Asturias en el lugar de Lutos, y otra en la provincia de Gallecia en el lugar de Anceo. En este tiempo, un tal Mahamut de Spania, huyendo del Rey de Córdoba con varios secuaces, se refugió en Asturias bajo el amparo de este Príncipe. Despues este perverso se reveló en Gallecia en el castillo de Santa Cristina, pero el Rey le dió allí muerte en una batalla, y se apoderó del mismo castillo con todos sus despojos. Vivió castísimamente y sin esposa, y del reino de la tierra pasó al reino del cielo. El que vive en paz, en paz muere. Al pié de los Santos Altares que aquí fundó, tiene su sepulcro.

59. Ranimiro, reinó VII años. Fué inflexible en la justicia. A los ladrones les quitó los ojos. A los mágicos castigó con el fuego, y esterminó con estrema celeridad á todo género de tiranos. Primeramente venció á Nepociano en el puente del Narcea, y así alcanzó el reino. En aquel tiempo los Nortmandos vinieron por primera vez á Asturias. Despues al mismo Nepociano y al tirano Aldroito, les mandó quitar los ojos. Tambien venció y dió muerte al soberbio Piniolo. En el lugar llamado Ligno, edificó Iglesias y Palacios de admirable construccion y de fortísimas bóvedas. Falleció en el dia de las Kalendas de febrero, Era DCCCLXXXVIII, y descansa en su túmulo de Oveto.

60. Ordonio, su hijo, reinó XVII años. Con la ayuda de Dios estendió el reino cristiano. Pobló á Legion, Asturica, Tude y Amaia, y fortificó muchos castillos. Consiguió victorias sobre los Sarracenos. Se apoderó de la ciudad de Salamanca por la fuerza de las armas, y á su Rey Mozeror, allí cogido, le permitió con su muger Baicaiz marchar libre á Petra-Sacra. Igualmente con las armas se hizo dueño de la fortísima ciudad de Albailda. Su poderoso Rey, llamado Muza, fué cogido por asechanza en el monte Laturcio, y su ejército destruido por la espada, y el mismo Muza, herido de un dardo, debió su salvacion á un amigo que lo condujo en su caballo á un lugar seguro. En aquel tiempo los Nortmandos aportaron por segunda vez á las costas de Gallecia, y dieron muerte al conde Pedro. Los moros llegaron en sus naves al Golfo Gaditano, y fuéron derrotados. Fué tanta la benignidad de alma de este Príncipe, tanta su misericordia, tan piadoso para todos, que mereció ser llamado el padre de las gentes. Murió en paz en Oveto en el dia VI de las Kalendas de junio en la Era DCCCCIII.

61. Alefonso, su hijo, entró á reinar á los XVIII años. En la primera flor de la adolescencia y primer año de su reinado y XVIII de su nacimiento, fué privado del reino por el apóstata y tirano Froilano, Conde de Gallicia: el mismo Rey hubo de refugiarse en Castella, y poco tiempo despues fué muerto en Oveto el tirano Froilano, Rey infausto, por los que permanecieron fieles á nuestro jóven y glorioso Príncipe, el que despues de su vuelta de Castella, reinó felizmente en el patrio suelo. Desde el principio de su reinado consiguió victorias sobre sus enemigos. Por dos veces humilló y domó con su ejército á los feroces Vascos. Pasado algun tiempo vino á las manos en legiones, con las huestes de los Ismaelitas, cuyo general era Abulmandar, hijo del Rey Abderahman, y hermano de Mahomat, Rey de Córdoba. Mas por donde vino este, volvió con la pérdida de muchos centenares de soldados, y el resto de su ejército fugitivo. En los mismos dias, otras huestes entraron hasta Bergidum, sin que nadie les interrumpiese: y se aumentaron con otros muchos enemigos que salieron de sus términos. Se apoderó el Rey del castillo de Deza, y adquirió pacíficamente á Atienza. Tomó á Coimbra, que poseian los enemigos, y la pobló con Gallegos. Se hizo tambien dueño de otros castillos.

62. En su tiempo floreció la Iglesia y se estendió el reino. Las ciudades Bracarense, Portucalense, Ancensis, Eminensis, Vascensis, y Lamencense, fuéron pobladas por Cristianos. Fué victorioso en Coria y Ejitania, límites de la Lusitania, y con la espada y el hambre, arrasó desde Emerita hasta los confines del mar. Esto sucedió en la Era DCCCCXV. Abohalit, Cónsul y Consiliario de Mahomat, Rey de Spania, fué apresado en una batalla en los confines de Gallecia, y entregado á nuestro Rey en Oveto. Presentóse despues con dos hermanos suyos, hijo y sobrino, y dió al Rey por su rescate cien mil sueldos de oro.

63. En la misma época y en la Era DCCCCXVI, Almundar, hijo del Rey Mahomat, con el general Ibenjamin y huestes de Sarracenos, vino desde Córdoba hasta Asturica y Legion. Mas otra hueste procedente de Toleto, Talamanca, Vathelbara y otros castillos, y que comprenderia como trece mil hombres, perseguida por el ejército, fué vencida por nuestro Príncipe en el lugar de Polboraria, cerca del rio Urbico. El mismo Almundar, intentando apoderarse del castillo de Sublancia, conoció que allí se repetiria la derrota de Polboraria, pues que nuestro Rey le aguardaba vigilante con todo su ejército, en el mismo castillo de Sublancia, para pelear con él, y emprendió la fuga antes de venir el dia. Despues, gobernando Abuhalit, hubo paz por tres años entre ambos Reyes.

64. Continuando despues nuestro Rey la guerra con los Sarracenos, entró en Spania en la Era DCCCCXIX; y pasando por la provincia de Lusitania, atravesó el rio Tajo, tomó á su paso el castillo de Nepza, y á diez millas de Emerita, pasó el rio Anaa, y llegó hasta el monte Oxifero, donde no habia osado ningun otro Príncipe. Allí triunfó con gloria de los enemigos, dando muerte á quince mil. Desde aquel sitio, dió vuelta nuestro victorioso Príncipe á su trono.

65. Todos los Templos del Señor son restaurados por este Príncipe, y en la ciudad de Oveto edificó un Palacio. Era instruido en las ciencias, de alta estatura, y de rostro agradable. Sumiso siempre al Señor, rigió piadoso al pueblo, y tras un luengo reinado, pasó del reino de la tierra al del cielo.

66. Gobernando el referido Príncipe, y en la Era DCCCCXX, el ya nombrado Almundar, hijo del rey Mahomat, por órden de este, y con un ejército de LXXX mil hombres mandado por el capitan Abuhalit, partió de Córdoba y se dirigió á Cesaraugusta, donde estaba Zmael-Iben-Muza, su enemigo. Cercó con su hueste la ciudad, y la combatió por espacio de XXV dias, mas no logró victoria. Marchó desde allí contra el castillo de Tutela, que defendia Fortunio-Iben-Muza, pero tampoco obtuvo ventajas.

67. Entonces Abadella y Mahomat-Iben-Lupia, que siempre fué nuestro aliado, así como su padre, á quien el Rey Ordonio habia confiado la educacion de su hijo, hizo la paz con los Cordobeses, y obligado por ellos, nos declaró la guerra. Por lo mismo las huestes de los Caldeos entraron en nuestro reino y combatieron el castillo de Cellorico, pero no lograron sino una gran pérdida.

68 Vigila-Ximenez era á la sazon Conde de Alava, y llegando con su hueste hasta el confin de Castella, y al castillo nombrado Pontecurbo, guerreó por tres dias, pero no consiguió victoria alguna, y muchos de los suyos fueron víctimas de la espada vengadora.

69. Didaco, hijo de Roderico, era Conde en Castella, y á la venida de los Sarracenos abandonó el castillo de Sigerico, que no estaba fortalecido, á Munio, hijo de Nunnio.

(1) Aquí da este nombre el cronista al país que ocupaban los moros.

70. Nuestro Rey esperaba á la misma hueste en Legio rodeado de todo el aparato de la guerra, y apoyado por la ciudad; y atemorizada aquella al saberlo, y que nuestro Rey aumentaba mas y mas sus fuerzas y la aguardaba animoso para castigar á Habuhalit, retrocedió pasando el rio Extora á XV millas de la ciudad; Habuhalit, irritado, dejó tropas en Castella y marchó del campo de Alcupa al rio Urbico, y solicitó de nuestro Rey por medio de emisarios, el rescate de su hijo Abulkazem, que estaba aprisionado. Zmael-Iben-Muza, que viniera por órden de su padre para tratar de la paz, juntamente con Fortun-Iben-Mazela, al que habian aprisionado por sorpresa, envió á nuestro Rey muchos regalos por medio de Habualit, y este recuperó á su hijo. Desde el rio Urbico marchó á Zela, y en el mes de setiembre regresó á Córdoba, de donde saliera en marzo. Despues nuestro Rey devolvió tambien, y sin rescate, á Benikazi, que quedára en rehenes por el hijo de Habuhalit, y á sus amigos.

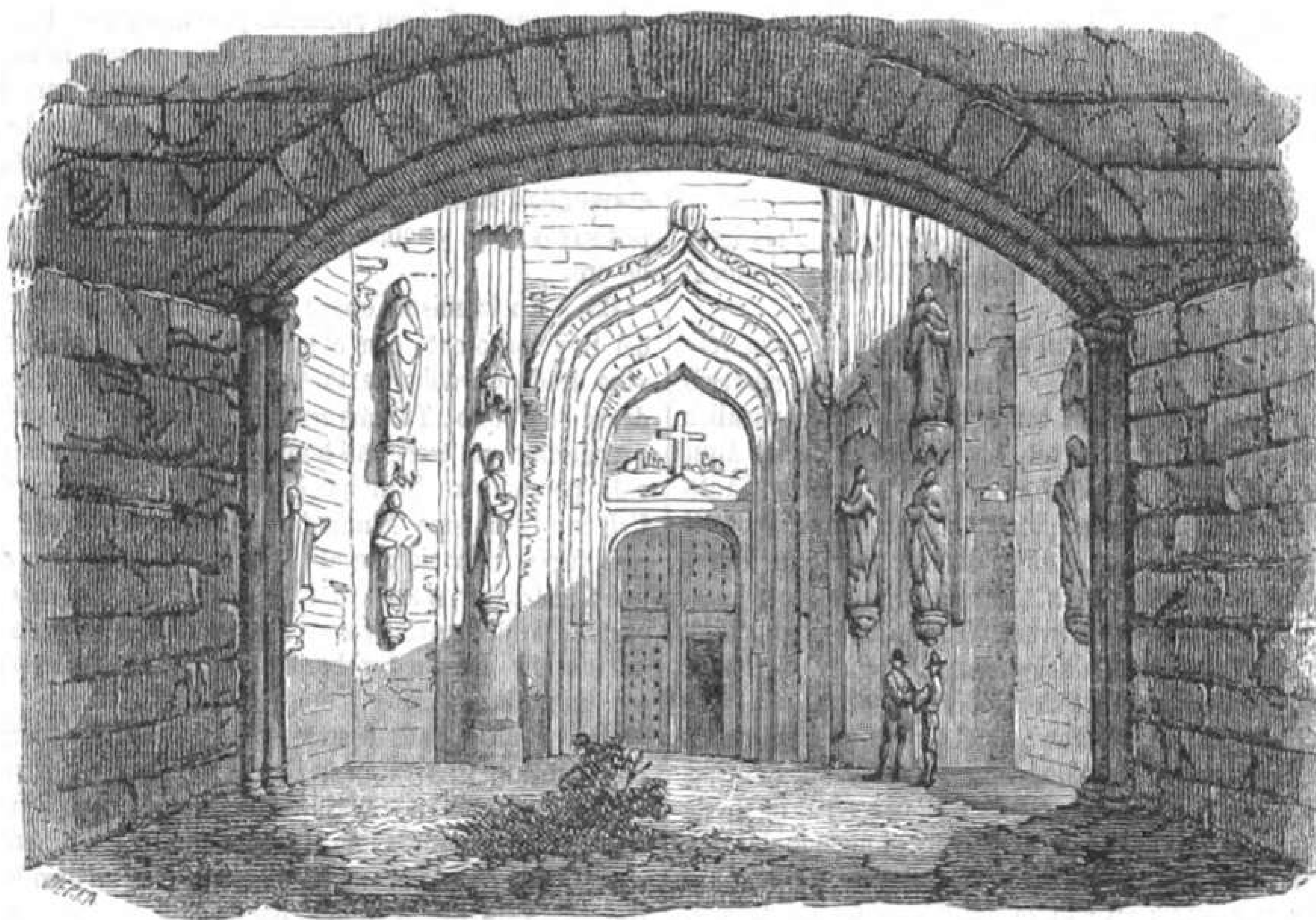
(Continuará.)

EL CONVENTO DE SANTO TOMÁS DE AQUINO.

(EN LA CIUDAD DE ÁVILA.)

Cada siglo se distingue por su fisonomía propia, conforme con las deas que dominaron en el mismo. Así se comprende fácilmente, que en el movimiento de rotacion del mundo, al fanatismo religioso del siglo XV siguió el entusiasmo político del siglo XVIII, y al fanatismo político de principios del siglo XIX está indicado ya, por desgracia de la sociedad, que le sucederá el *indiferentismo*. Las soberbias torres que coronan los castillos feudales, y que al través de los tiempos ostentan con grandeza sus ruinas, fuéron reemplazadas, despues de la guerra de las Cruzadas, con los templos suntuosos y monasterios, cuya historia ha quedado escrita en páginas de piedra. La generacion presente, mas inclinada á los goces materiales que á los objetos de vanidad, por perpetuar un nombre señorial, responderá en el porvenir, cuando se trate del siglo XIX, con sus teatros, con sus caminos de hierro y con otras obras propias de los adelantos de la civilizacion.

En los estudios investigadores que ofrecen á la curiosidad pública las crónicas antiguas, no deja de encontrarse interés en muchas de ellas, pues nos revelan, cuando menos, que la época en que se levantaron mas conventos en España, fué indudablemente en el reinado, por muchos títulos memorable, de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel I. Esta gran reina, dotada de un talento claro y de un fondo religioso sin hipocresía, quiso dejar sus mayores glorias consignadas para perpetua memoria en *San Juan de los Reyes*, en Toledo, *San Gerónimo*, de Granada, y otros célebres monasterios. Tal es el de *Santo Tomas de Aquino*, que nos ocupa, el cual, si bien no adquirió el interés artístico de los ya citados, sin embargo es una obra muy notable, y fué uno de los conventos mas nombrados al finar el siglo XV; monasterio, en fin, de grande interes histórico por su riqueza y por las noticias que nos han dejado de él las crónicas.



(Fachada principal de Santo Tomás.—Avila.)

El pontífice Sisto IV, á ruego de los Reyes Católicos, espidió la bula de fundacion de este convento en el año de 1482. Fray Tomás de Torquemada, tristemente célebre por el nombre que nos ha legado, es su fundador. Se encontraba entonces rigiendo el priorato del convento de dominicos de Santa Cruz de Segovia, y elevado á la alta dignidad de confesor de los Reyes Católicos, bajo el patronato real, concibió el pensamiento de su construccion, ayudándole en la empresa el vicario fray Alonso de Balisa, encargado de la direccion de las obras. La reina Isabel, que tuvo la idea de constituir á la ciudad de Avila en sitio real de verano, para levantar el edificio, hizo merced de los cuatro millones setecientos mil maravedises donados por Doña María de Avila al tiempo de marchar con su esposo, D. Fernando de Acuña, á tomar el mando del vireinato de Sicilia: tambien se aplicaron parte de los bienes confiscados á los judíos. Y este célebre monasterio se dió concluido el 3 de agosto de 1493, á los once años justos de haber empezado los cimientos, en cuya obra se invirtieron capitales inmensos.

Dice la crónica que fué una de las maravillas de aquel tiempo; y es suntuoso ciertamente, aun en el dia, pues el plano del edificio, con la huerta de recreo que contiene, ocupa un terreno de mas de un millon ochocientos mil piés. Su distribucion interior comprende un hermoso *atrio*, grande *iglesia* y cuatro patios conocidos por el de los *reyes*, *universidad*, *noviciado* y la *galería gótica*. Todo el edificio es de piedra granito parecida á la berroqueña, del mejor gusto gótico, tocando en el renacimiento.

Los dos claustros grandes llaman la atencion de los artistas, asi por la igualdad de sus líneas como por su elegante arquitectura, principalmente el mayor, conocido con el nombre de *el silencio;* pero toda esta grandeza vino á quedar despues oscurecida con otros conventos y monasterios mas ricos en artes, que se edificaron en memoria de la conquista de Granada y de la gloriosa batalla de San Quintin (1).

Sin embargo, el convento de Santo Tomás de Avila fué autorizado por los pontífices Sisto IV, Inocencio VIII y Alejandro VI, con el nombre de *insigne monasterium* (2). Y pareció á los Reyes Católicos tan suntuosa la nave de su iglesia, que habiendo muerto en Salamanca á la edad de diez y nueve años el hijo único varon que tuvieron, el príncipe D. Juan, determinaron que se fabricase en el crucero de la capilla mayor el mausoleo adonde se depositara el cuerpo del que fué heredero de los reinos de Castilla.

La obra de este sepulcro, ejecutado en Italia por el año 1497, es acabadísima, y tan elegante, que tiene mucha semejanza con el del cardenal Cisneros en Alcalá de Henares, y el de los Reyes Católicos en Granada. Es de alabastro: al príncipe D. Juan de Castilla se le representa echado sobre la urna, vestido con armadura y un manto sobre los hom-

(1) San Juan de los Reyes, en Toledo, y San Lorenzo del Escorial.

(2) Segun Vanhalen, en su publicacion *la España pintoresca*, se encuentra en el dia casi desmantelado la mayor parte del edificio: y segun Madoz en su *Diccionario histórico estadístico de España*, ha sido enajenado en la venta de los bienes nacionales.

bros. Los cuatro grifos que lo sostienen en sus ángulos y las guirnaldas y cresteria que lo coronan, están talladas con esmerada delicadeza, así como los grupos de ángeles, santos y virtudes que lo rodean (1). Felipe II cuando vió este monumento lo juzgó tan magnífico, que no quiso trasladar el cuerpo del príncipe al monasterio del Escorial. El epitafio que contiene dice asi.

JOANES HISPANIAR. PRINCEPS, VIRTUTUM OMNIUM, BONARUM CRISTIANE QUE RELIGIONIS, VERUS CULTOR PATRIE, PARENTUM QUE AMANTÍSIMUS QUI PAUTIS ANNIS, MAGNA PRUDENCIA, PRONITATE, PIETATE QUE, MULTA BONA CONFECIT, CONDITUR HOC TÚMULO, QUEM FERDINANDUS CATOLICUS REX INVICTU, ECLESIE DEFENSOR, OPTIMUS PIUS, PATER CONDERE IMPERAVIT, GENITRIX VERO ELISABETH, REGINA PRUDENTISIMA ET OMNIUM VIRTUTUM ARMARIUM, TESTAMENTO FIERI FUISIT. VIXIT ANNIS 19 OCT. 1497.

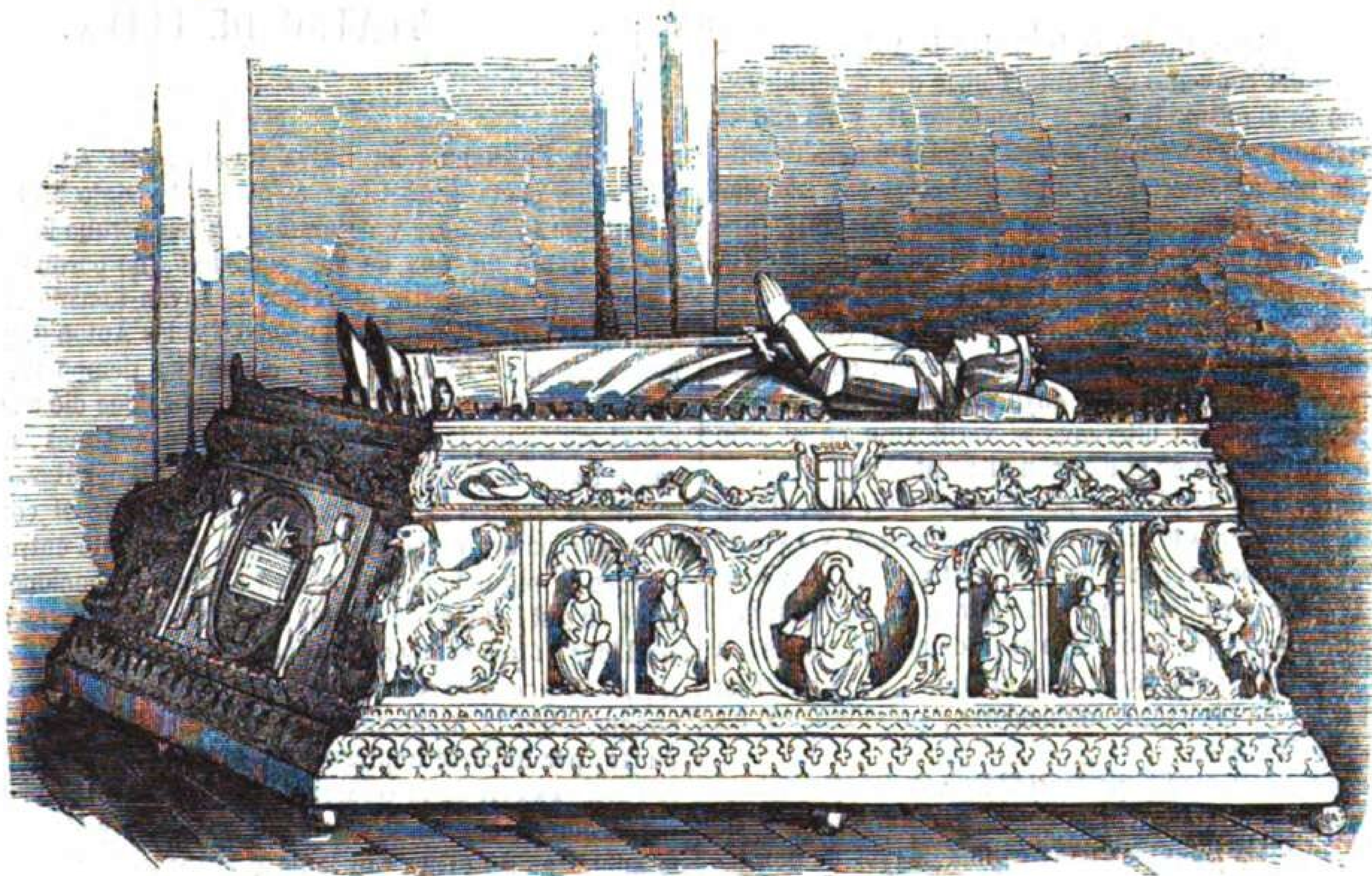
La techumbre del refectorio está sostenida por diez arcos de una figura singular, tanto que á la simple vista parece que se van á desplomar. Son derechos y delgados; no tienen mas estribo que las paredes madres, las cuales distan una de otra mas de veinte y ocho piés. El escudo de armas reales se encuentra en la escalera, en los claustros é iglesia, y tambien en la notable sillería del coro, tallada en madera de nogal, con adornos de granadas, manojos de saetas y yugos, distintivo de los Reyes Católicos, y con otras labores de gran trabajo en escultura.

Las dos sillas reales están coronadas con un torreon de filigrana, desde las cuales oyeron muchas veces *D. Fernando* y *Doña Isabel* los oficios divinos. Se conservan intactas despues de los trescientos cincuenta y nueve años que van transcurridos, así como el resto de la sillería, graciasá que el comprador es persona ilustrada, y no ha comerciado con objetos artísticos de tanto interés.

El convento de Santo Tomás, en Avila, que describimos, mas que por su riqueza artística, pertenece á la historia por los sucesos que en él tuvieron lugar; y decimos que pertenece á la historia, por cuanto bajo las bóvedas de este notable edificio falló sus sentencias terribles el primer tribunal de la Inquisicion en Castilla, al mando de *Torquemada*.

Muchos historiadores, tanto nacionales como estranjeros, declaran que la creacion de la Inquisicion es el único lunar que empaña la diadema de Isabel I. Pero haciendo justicia á esta gran reina, que llevó el pendon de Castilla á dominios donde nunca se pone el sol, creemos que en su claro talento y natural clemencia, no pudo concebir jamas que se hubiera abusado hasta el punto que se hizo de la institucion del llamado *Santo Oficio*. Parece que justifica algun tanto aquella medida la necesidad de destruir las sinagogas hebreas y del islamismo, sembradas por toda España, salvando de este modo la unidad católica de las guerras intestinas que trajo poco despues el protestantismo, y que destrozaron la Francia, la Inglaterra y la Alemania.

Mas, sin embargo, nunca puede justificarse el fanatismo del inquisidor general *fray Tomas de Torquemada*, nombrado por el papa Sisto IV, el cual con su inaudito proceder desvirtuó la primera institucion. Estéban de Garibay, en su *Historial Compendio*, tomo II, capítulo XII, y Gonzalo de Illescas en la segunda parte de la *Historia Pontifical*, libro VI, quieren suponer que el primer inquisidor en Castilla fué



(Sepulcro de D. Juan II de Castilla, en Santo Tomás.—Avila.)

D. Pedro Gonzalez de Mendoza, arzobispo de Sevilla; mas no resulta asi de la bula apostólica inserta en un cronicon que ha llegado á nuestras manos, cuyo testo en latin y castellano ponemos á continuacion, por la curiosidad histórica que ofrece este documento.

Dilecto filio Thome de Turre-Cremata, ordinis Predicatorum, regio confesori, heretize pravitatis in Regnis Hispaniarum generali Inquisitori.

Sixtus P. P. IV.

Dilecte fili salutem, et Apostolicam benedictionem. Supplicari novis fecerunt charisimi in Christo fili nostri Castelle, legionis, et Aragonum Rex, et Regina illustres: ut te in eorum Aragonum, et Valentie regnis, ac principatu Catalonie Inquisitorum heretize pravitatis deputare vellemus. Nos igitur qui de circunspectione, pronitate, ac integritate tua plurimum confidimus, ut chetorum Principum desiderio simul, et nostro pastoralis offici que debito satisfaciamus: Te indictis Aragonum, et Valentie, Castelle regnis ac Principatu Catalonie prefato Inquisitorem heretize pravitatis tenore presentium deputamus, constituimus, et ordinamus, et quia te multis implicatoren negotis non ignoramus tibi earumdem tenore concedimus et indulgemus, ut idem officium per virum idonèos, suficentes ac probatos in sacra Theologia magistros quos ad id deputandos, ac sustituendos duxeris, gerere, et exercere nons, et valeas. Inhivemus tamen tibi exprese per presentes ne iniquita-

Querido hijo Tomás de Torquemada, del órden de Predicadores, confesor de los Reyes é Inquisidor general contra la herética pravedad en los reinos de España.

Sisto Papa IV.

Querido Hijo: salud y bendicion apostólica. Nuestros queridos hijos en Jesucristo los ilustres rey y reina de Castilla, Leon y Aragon, hicieron se nos suplicase que tuviésemos á bien señalar Inquisidor contra la herética pravedad en sus reinos de Castilla, Aragon, Valencia y en el principado de Cataluña. Nos que confiamos en gran manera de vuestra circunspeccion, probidad é integridad, y para satisfacer por una parte el deseo de los dichos príncipes, y por otra lo que debemos á nuestro oficio pastoral: por el tenor de las presentes os deputamos, constituimos y ordenamos *Inquisidor de la herética pravedad* en los dichos reinos de Castilla, Aragon y Valencia, y principado de Cataluña. Y porque sabemos los muchos negocios que os ocupan, por el tenor de las mismas, os concedemos y permitimos que podais practicar y ejercer este mismo oficio por medio de varones idóneos, suficientes y aprobados, maestros en sagrada teología, que creyereis conveniente deputar y sustituir para esto. Sin embargo, te prohi-

(1) Lástima es, dice Vanhalen, que esta produccion rica del arte, por su admirable escultura, se encuentre mutilada por muchas partes, arrancada la cresteria, y lo que es mas, se duda tambien de la existencia dentro del sepulcro de la caja con los restos del Principe.

tes filium Christoforum Bualbes, quem paulo ante obsua demerita ab-eodem inquisicionis officio quod in Regno Valentie exercebat amovimus, illi que etiam predicationis officio inter diximus, ad id substituire aute deputare quoquo modo valeas. Te autem exhortamur in Domino, ac districte precipiendo mandamus: ut semper Deum pre oculis tuis id tan diligenter, atente ac solicite geras, velgeri facias, quantum ipsius offici, dignitas, magnitudo, et importancia videntur expetere. Datum Rome apud Sanctum Petrum sub anulo Piscatoris die 17 octobris anno Domini 1483. Pontificatus nostri anno 13.

bimos espresamente por las presentes que no podais de ningun modo sustituir y deputar para este oficio al hijo de iniquidad *Cristobal Bualves* (1), á quien poco antes por sus malas obras separamos del mismo oficio de Inquisidor que ejercia en el reino de Valencia, prohibiéndole tambien el ejercicio de la predicacion. Te exhortamos pues, en el Señor y con toda nuestra autoridad te mandamos, que teniendo siempre delante de tus ojos á Dios, practiques ó hagas practicar este oficio con tanta diligencia, atencion y solicitud cuanto la dignidad, grandeza é importancia del mismo oficio piden de suyo. Dado en Roma, en San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el dia 17 de octubre del año del Señor 1483, de nuestro Pontificado el año 13.

Revestido el inquisidor Torquemada de autoridad tan lata, y con potestad de poder sustituir la jurisdiccion del *Santo Oficio* en varones idóneos y maestros en sagrada teología, creó tribunales especiales en todos los obispados y capitales de España, nombrando ministros, notarios y familiares que instruyesen los procesos é imprimieran en ellos el carácter legal, para castigar mas de una vez el talento, deshaciéndose de hombres eminentes en ciencias, por la ignorancia de aquellos tiempos.

El tribunal supremo fué constituido en la ciudad de Avila, precisamente bajo los techos del convento de Santo Tomás que describimos: tambien se estableció en el mismo la cárcel inquisitorial, y en ella se encerraban á los delatados por heréticos; de modo que este notable edificio estuvo ultrajado por algunos años, ahogando entre sus bóvedas los hondos suspiros de los desgraciados. Y la era ó el mando de *Torquemada* ha quedado ya en proverbio, pues este nombre se pronuncia siempre como sinónimo de *fuego*.

El primer auto de fé, refiere la historia, tuvo lugar con grande ostentacion en el atrio de San Pedro, del mercado grande, en donde se quemó á una persona notable de Castilla, cuyo nombre ha quedado en el olvido.—Todas las ejecuciones ulteriores se verificaron en el sitio de la gran dehesa, conocido, aun en el dia, con el nombre de *el brasero*. —Y llegó á tal punto el rigor desplegado por *Torquemada*, que, dice la crónica, ascendieron á *ciento dos* el número de los quemados, y á *setenta y dos* los en sambenitados; algunos de ellos víctimas de la fábula que se inventó en el proceso ruidoso de Benito Garcia de las Mesuras, en el cual se pretendió probar que habia sido enviado por los judios con el memorable corazon del Santo Niño de la Guardia, para hacer un hechizo con el cual rabiasen los padres inquisidores, prevaleciendo los cristianos en la ley de Moisés.

Y para que fueran trasmitidos á la posteridad los autos de fé celebrados en Avila, quedaron estos consignados, como recuerdo histórico, en pinturas en lienzo y en tabla colocadas en la capilla mayor de la iglesia de Santo Tomás, cuadros muy interesantes, puesto que en el del colateral del Evangelio se representan las sentencias de los quemados, con los capuces y escapulario que llevaban, y en el de la epístola los en sambenitados.

Tanta inclinacion demostró Torquemada á este convento que al tiempo de morir, en 16 de setiembre de 1498, legó todos sus bienes al mismo; habiendo sido enterrado en la sala de capítulo con una losa de alabastro encima y su correspondiente epitafio.—En 1684 fué colocado junto al altar de dicho capítulo en un mausoleo labrado en piedra franca, como de una vara de alto, cuyo frente tapaba un retablo de pinturas al oleo representando en medio á la Vírgen, y á los dos lados á Sto. Tomás de Aquino, Sto. Domingo, S. Pedro mártir, el retrato de la reina Isabel y el del inquisidor fray Tomás de Torquemada. —Otros sepulcros de personas notables, como el de D. Juan Dávila y su esposa Doña Juana Velazquez, hay en la iglesia de este convento; pero resaltando sobre todos el de D. Juan de Castilla, cuya vista reproducimos en el grabado que acompaña á este articulo.

Para concluir, diremos que este convento adquirió grandes preciosidades en reliquias y pedrería por las donaciones que le hizo la princesa Doña Margarita, esposa del primogénito de los Reyes Católicos, el príncipe D. Juan.—Tambien fué muchos años universidad literaria.

Y para que se juzgue friamente lo que pueden las ideas y el tiempo, baste manifestar á nuestros lectores, que un edificio notable, cuyo coste no bajaria de veinte millones de reales, y que ocupa todo él con su huerta de recreo, una estension de 1.835,911 piés, ha sido vendido por la nacion en unos sesenta mil reales efectivos, cuando pudo aprovecharse para casa de venerables decrépitos, hospital, ú otro objeto de beneficencia pública.

No obstante, el comprador, D. José Bachiller, persona de estimacion en la provincia de Avila, ilustrada y celosa por conservar los monumentos histórico-artísticos de su patria, lejos de haberlo demolido para vender codiciosamente las maderas, la piedra y el hierro, como generalmente han hecho muchos compradores ignorantes, sabemos con satisfaccion que lo ha retejado y reparado en lo posible, abriendo la iglesia al culto público. De este modo ha salvado de la piqueta destructora un edificio suntuoso, de cuya descripcion artística se han ocupado hasta los periódicos ingleses.

Honra ciertamente al señor Bachiller este generoso desprendimiento: y no faltará algun escéntrico inglés y viajeros curiosos que vayan á admirar el hermoso convento de Santo Tomás, de que es propietario en el dia, tanto por ser notable en su construccion gótica, con principios del renacimiento, cuanto por el recuerdo histórico que en él ha dejado la Inquisicion en España, abolida para siempre en el reinado del señor D. Fernando VII, con aplauso universal de los pueblos.

JULIAN S. MILANES.

TEATRO DE LEIVA.

De D. FRANCISCO DE LEIVA RAMIREZ DE ARELLANO, natural de Málaga, y poeta dramático á mediados del siglo XVII, nada mas sabemos que su nombre y naturaleza, y eso porque los vemos estampados al frente de una de sus comedias, no porque los biógrafos ni historiadores de nuestra literatura se hayan tomado el trabajo de darnos noticias de él, incluso el mismo Nicolás Antonio, que ni siquiera le menciona. Esto no quita para que en su tiempo obtuviera, á lo que parece, cierta fama, merced á las comedias que dió á la escena, y cuyo repertorio, aunque escaso, segun hoy le conocemos, no carece de mérito y títulos bastantes al aprecio de los inteligentes.

No le creemos, sin embargo, por lo que de él conocemos, que es la mayor parte, digno de un puesto preferente entre los de nuestros autores de segundo órden, si bien algunas escepciones le hacen aceptable en esta categoría. Estas escepciones honrosas son las comedias tituladas: *Cuando no se aguarda y Principe tonto, La dama presidente, No hay contra un padre razon*, y *El socorro de los mantos*: y aunque sobre la propiedad de esta última pudieran suscitarse fuertes dudas, por hallarse impresa bajo el nombre de D. Carlos Arellano, en la Parte XXXVII de la coleccion de Morrás, y tambien suelta, queremos seguir la opinion de García de la Huerta y otros cataloguistas que la adjudican á LEIVA, con tanta mas razon cuanto que en su enredo y estilo se advierte cierta semejanza con otras del mismo, y que además en ningun catálogo, biografía ni escrito sobre nuestro teatro, vemos aparecer un autor llamado D. Carlos Arellano, siendo por otro lado este el segundo apellido de nuestro LEIVA, que pudo usar en esta ocasion por razones que ignoramos.

Las comedias de *La dama presidente* y *No hay contra un padre razon*, que han sido las mas conocidas y citadas de LEIVA, no nos parecen por cierto dignas de semejante distincion: en ambas domina aquella inverosimilitud y desconcierto de plan y caractéres que tanto abundaban en nuestro teatro; en la primera vemos una dama letrada que desdeña y aborrece á los hombres, y á renglon seguido acaba por entregarse bajo su palabra á un galan aventurero; y que burlada luego por este, parte en su persecucion, disfrazada de hombre, á la corte de Florencia, donde por sus grandes talentos es nombrada presidente ó magistrado supremo, lo cual la pone en el caso de juzgar en causa propia, y reducir á su pérfido engañador.—En la segunda aun es mas repugnante el espectáculo de no sabemos qué soberano de Grecia, entretenido en confeccionar, disponer y propinar por sus propias manos un veneno mortal á su hijo primogénito, sin mas razon que la de poder dejar el cetro al segundo, y todo esto embrollado con una buena dosis de episodios y personajes exóticos, además del indispensable *gracioso*, que con el nombre español de Garibay, habla en la corte griega del *alma de su apellido*, y dice refranes de misas, y cuenta cuentos de predicadores franciscanos; todo á poco tiempo de hacerse referencia de los oráculos de Marte y de las iras de Júpiter.

(1) Cristóbal Bualves, fraile dominico, natural de Barcelona, fué uno de los mas ardientes defensores de D. Carlos, príncipe de Viana, cuyas virtudes ensalzaba desde el púlpito.—Tambien contribuyó mucho á la insurreccion de Cataluña en tiempo de D. Juan II de Aragon, padre de D. Fernando el Católico.—Encontrándose en Córdoba este monarca, en 20 de mayo de 1485, mandó al comendador Gonzalo de Beteta que pasase de embajador á Roma para suplicar á Su Santidad que revocase la comision de inquisidor que desempeñaba Bualves; lo cual se verificó segun resulta de esta bula.—Zurita, *Anales de Aragon*, tomo IV, pag. 115 y 323.

No hablemos de las comedias heróicas de *Mucio Scévola* y *Albania tiranizada*, ni de la caballeresca de *Amadis y Niquea*, ni de la religiosa de *Nuestra Señora de la Victoria*, porque sus mismos títulos y argumentos dicen lo que pueden ser. Pero en la del género llamado de *figuron*, que es titulada *Cuando no se aguarda y Príncipe tonto*, sobresale y campea tan desahogado el genio verdaderamente cómico de LEIVA, brillan de tal manera su originalidad, el chiste y gracejo de su espresion, que habremos de confesar que este es uno de los ingenios *malogrados* por la moda de los dramas heróicos, de las comedias famosas, de los héroes imposibles, del estilo endiablado y culto. ¡Cuánto mas le hubiera valido para su fama cultivar su verdadero talento, dar rienda suelta á su natural invencion, á su sabroso estilo, y dejar, aunque no fuesen tantas, algunas comedias mas por el estilo de *Cuando no se aguarda*, y *El socorro de los mantos!*

Hemos dicho arriba que la primera de estas dos señaladas producciones pertenece á la categoría de aquellas que, conocidas por el epíteto *de figuron*, parecen no tener otro objeto que el de escitar la risa del espectador, con la personificacion de un tipo *caricato*, desenvuelto en un argumento festivo é ingenioso. Pero una vez admitido el género, y no puede menos de serlo un drama tan esencialmente cómico y popular, y que á tan alto punto llevaron nuestros mas distinguidos autores, desde Calderon, que no desdeñó emplear su pluma en la grotesca pintura de *Don Toribio Cuadradillos*, Roxas en la de *Don Lucas del Cigarral* (presentado recientemente en nuestro teatro con gran contento del público), Moreto en las de *El lindo Don Diego*, *El licenciado Vidriera*, *La fuerza del natural* (que viene á ser una imitacion de la de LEIVA), Solis en *El doctor Carlino*, y otros muchos autores, hasta Zamora y Cañizares en *El hechizado por fuerza* y *El dómine Lucas*, fuerza será confesar que *El príncipe tonto*, de LEIVA, no desmerece en nada, y aventaja á muchas de aquellas grandes muestras del género cómico, teniendo sobre casi todas ellas la circunstancia de ser anterior. —Es imposible, en efecto, imaginar un carácter mas ingeniosamente cándido y simple que el del supuesto príncipe de Tracia, idear unas escenas mas cómicas y halagüeñas para desenvolverle, valerse de una espresion mas oportuna y chistosa para pintarle con sus propios colores. Es un cuadro acabado, un tejido completo de chistes y primores, que necesita ser visto y apreciado en conjunto por su ingeniosa trabazon y mecanismo, y del que no nos atrevemos á descartar trozo alguno para ofrecer á nuestros lectores, por el riesgo de debilitar su valor separándolo de su oportuna colocacion y sitio propio.

La comedia *El socorro de los mantos*, es un ingenioso y complicado enredo de los apellidados *de capa y espada*, que reconocen á Calderon por su mas privilegiado autor: la intriga y las situaciones se semejan notablemente á las que de ordinario dejó trazadas aquel gran maestro: los caractéres participan de la originalidad de los de Roxas y de Alarcon, y su espresion de la fuerza cómica y gracejo de Lope y de Moreto. En comprobacion de estas últimas cualidades, no podemos menos de trasladar aquí la bellísima *relacion* del descreido calavera, que tantos aplausos granjeaba al grande actor Isidoro Maiquez, cuando la recitaba, transportada á la comedia de Villaviciosa y Avellaneda que lleva el título de *Cuantas veo tantas quiero*. Oígala pues el lector, y vea si es posible dibujar con mas maestria un carácter atrevido, si es fácil hallar en nuestra poesía una diccion mas correcta y vigorosa.

FERNANDO.... Escuchad un breve rato,
amigo, por vida vuestra,
del modo que yo procedo
con las mugeres; que si esta
doctrina, en lo fervoroso
de vuestras llamas severas
no pudieseis observarla,
no os pesará de saberla.
Con las mugeres me porto
sin amor, mas con decencia;
el sombrero doy á todas,
el alma á ninguna de ellas;
que es atencion muy cortés
y seguridad muy diestra,
ser amante de ninguna
y ser galan de cualquiera.
Estimarlas ha de ser
costumbre; pero quererlas
ha de ser comodidad
y ha de parecer fineza.
Yo juzgo que la muger
de mas robadoras prendas,
no es buena para cuidado,
solo para gusto es buena.
La que por lo lindo mata
rayo á rayo y flecha á flecha,
con solo un «Dios te bendiga»,
me libro de su belleza.
La que pide, será hermosa;
que aunque tenga desvergüenza,
yo sé que no tendrá cara
para pedir una fea.
Y así doy á las que piden,
diamantes, rubíes, perlas;
pero es cuando en un romance
las hago auroras ó estrellas.
No las busco despulsado,
los acasos las ofrezcan;
gusto que ha de ser pesar
no ha de costar diligencia;
si bien aunque no pretendo,
alcanzo, que mi entereza
no deja de conseguirlas
aunque de seguirlas deja.
El bien, si viene, admitirle;
el mal, huirle aunque venga;
la muger es bien y es mal;
admítola, y huyo de ella.
Porque esto de enamorarse
solo se usa en las comedias,
ó en las selvas encantadas
de *Don Belianis de Grecia*.
¿Quién habrá que no condene
por facilidad muy tierna,
que porque la otra sea hermosa
se muera un necio de pena?
Si es hermosa, si es bizarra,
si es un ángel, que lo sea;
¿han de ser en mi desgracias
lo que son gracias en ella?
Y, hombre, siendo dama arpía
lo que tanto te enajena,
¿cómo te ha dado en el alma
si tira á la faltriquera?
Tiemblo el yugo de casado,
porque es muy costosa empresa
obligarse un hombre á ser
de una muger dueño y dueña.
Es la muger un enigma
que aunque despues salga buena,
el que con ella se casa
la adivina, no la acierta.
Muger, dos veces muger,
un mártir marido lleva,
que pesa cuando es pesada,
y cuando es liviana, pesa.
Y porque haya distincion
entre lo que hay diferencia,
á cada una en su estado
graduo de esta manera:
No codicio las casadas,
que cuando á franquearse llegan,
son ya sobras de otro gusto,
platos de segunda mesa;
y no es es bien que cada noche
con todo un marido duerman,
y que á la mañana yo
lleno de escarcha amanezca.
No apetezco las viudas,
porque sin razon ostentan,
en madureces de otoño
resultas de primavera;
y alhaja que cuando muere
el marido, aun no la deja
por manda, ¿quién ha de haber
que la acepte por herencia?
Iba á decir que me tiran
mas las señoras doncellas;
pero estan fuera del mundo,
y no hay quien hallarlas pueda.
Las solteras no me prenden,
porque se andan ya tan sueltas,
que ellas se mueren por todos,
¿quién se ha de morir por ellas?
Madrugue, pues, el cuidado
donde el peligro se acerca;

que en el golfo de Madrid
hay atractivas sirenas.
Y asi el que con ellas cauto
y cortés seguir intenta
seguro rumbo, negado
á fatales inclemencias,
ni estremo sea en amarlas,
ni estremo en aborrecerlas;
ni viva con ellas mucho,
ni viva mucho sin ellas.

Mucho sentimos que la brevedad del espacio de que podemos disponer nos prive del placer de trascribir, además de esta magnífica relacion, que pudieran envidiar los mas privilegiados y correctos de nuestros antiguos y modernos dramáticos, la no menos bella puesta en boca de la dama altiva y desdeñosa tambien, y otras con que las acompañan y comentan los graciosos, con otros trozos y diálogos de la misma, que prueban bien el ingenio festivo y altamente cómico de su autor.

Tambien podriamos tomar de otras suyas varios cuentos y apólogos ingeniosos con que esmalta sus escenas, tal como el del predicador que por un descuido imperdonable, de que nos apresuramos á pedir escusa, achacamos á Cubillo en su artículo, siendo asi que se halla en la comedia de LEIVA *No hay contra un padre razon;* así como el del loco del podenco, de Cervantes, puestos ambos en boca del gracioso Garibay, aunque con el anacronismo de algunos siglos y en la corte de Grecia; pero nuestro deseo de terminar sabrosamente este artículo, nos obliga á repetir aquí uno de los mas populares, colocado por LEIVA en la comedia de *La dama presidente.*

Un mozo enfermo tenia
de los ojos á su padre
y curarle pretendia,
que en efecto, le queria
como si fuese su madre.
El remedio procurando
en un libro que se halló
de medicina, hojeando,
un capítulo encontró,
de lo que andaba buscando.
Abrojos para los ojos
el primer renglon decia:
y sin leer mas, sus arrojos,
como estrella que Dios guia,
fué al campo á buscar abrojos.
Dos almorzadas muy buenas
trajo; y que quiso ó no quiso,
al padre, que ve en sus penas,
en los ojos al proviso
le puso un pár de docenas.
Un lienzo muy apretado
encima le puso luego,
con que al padre desdichado
le saltaron de contado
los ojos, y quedó ciego.
A leer volvió con enojo
los renglones, y al mirarlos
despacio, vieron sus ojos:
Para los ojos, abrojos
son buenos para sacarlos.

R. DE M. ROMANOS.

COMEDIAS

DE D. FRANCISCO DE LEIVA.

Albania tiranizada, ó Los hijos del dolor.
Amadis y Niquea.
Amor, astucia y valor.
Cuando no se aguarda y Principe tonto,
Cueva y castillo de amor.
Dama (la) presidente.
Fineza (la) acreditada, ó La infeliz aurora.
Honor (el) es lo primero.
Mayor (la) constancia de Mucio Scévola.
No hay contra lealtad cautela.
No hay contra un padre razon.
Nuestra Señora de la Victoria y Restauracion de Málaga.
Socorro (el) de los mantos.

QUINTILLAS.

Vida, pues ya nos cansamos
De andar uno y otro juntos,
Tiempo es ya de que riñamos,
Y en el trance á que llegamos,
Vamos riñendo por puntos.

En el punto del nacer,
Que es mi mayor sentimiento,
¿No me quisiste ofender
Cuando tú me diste el ser,
Sin perder yo el nacimiento?...

Dejárasme tú en buen hora
Alli donde yo estuviera,
Y á buen seguro que ahora
No llorara como llora
Rostro que rostro no fuera.

Ni sintiera el corazon,
Que entonces no lo seria,
Esa angustiosa afliccion,
Que no tiene ton ni son,
Y llaman melancolia.

Y el tono vil con que te hablo,
Es desprecio, que no es chanza;
Que no hace alto en un vocablo,
Quien está entregado al diablo
Y ha perdido la esperanza!

Y acaso bajo este tono
Sale envuelto mas veneno,
Y mas rabia y mas encono,
Con este amargo abandono,
Que en el mas pulido y bueno.

A mas que ya estoy cansado
De quejarme con mesura,
Y quiero darme al airado
Contento desesperado
De entregarme á mi locura.

Y maldiciéndote, ¡oh vida!
Con osada voz y fuerte,
Quiero dejarte ofendida,
Ajada y escarnecida
En los brazos de la muerte.

Si ahora que eres hermosa,
Y tan jóven, tal me aquejas...
¿Qué será cuando asquerosa,
Estés torpe y fastidiosa
Como las mugeres viejas?

Antes de seguir contigo
En tan sucio matrimonio,
Reniego de ti y maldigo,
Y contra ti busco abrigo
En el seno del demonio.

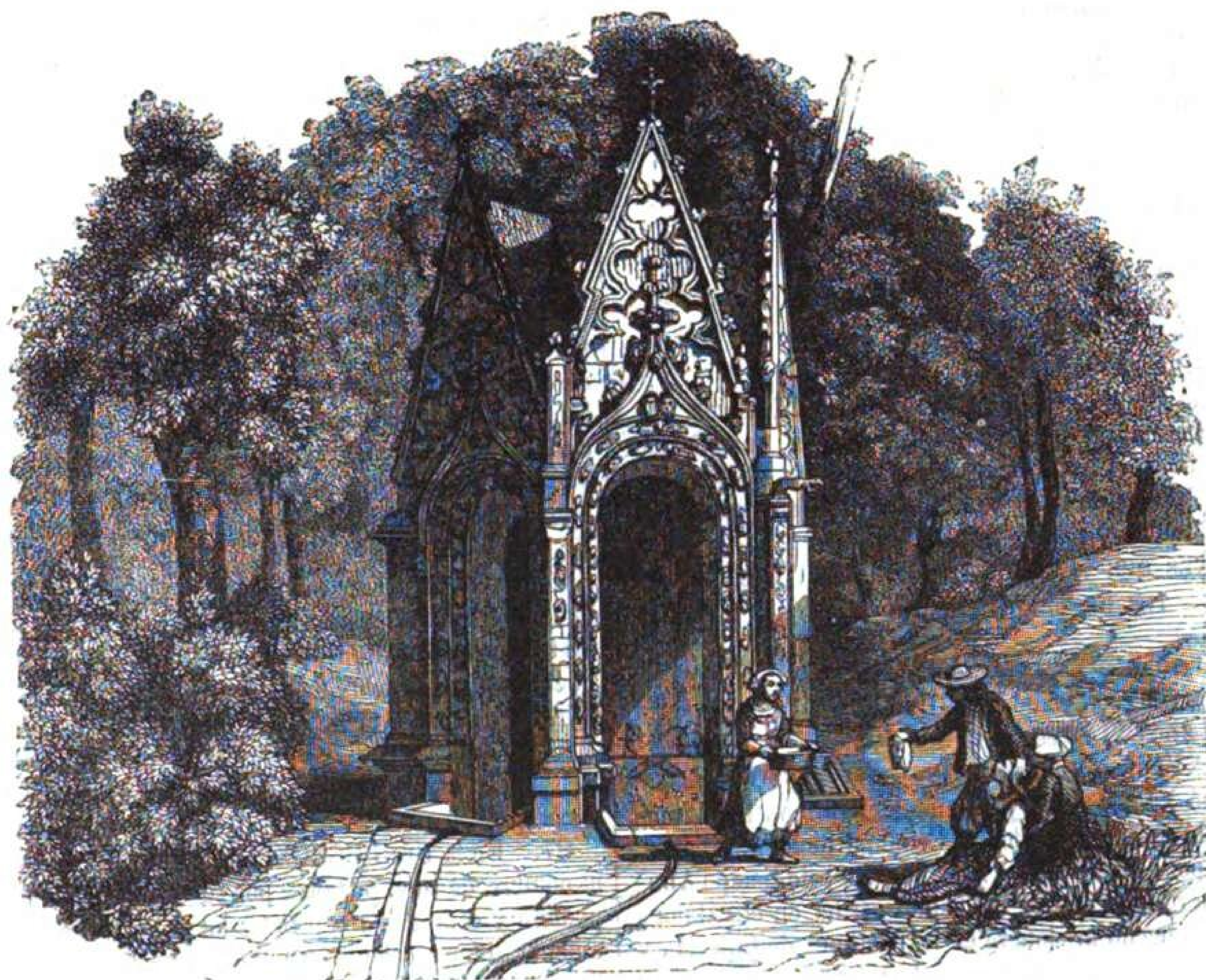
Mas quejas tengo que darte
De mi amargo sufrimiento,
Pero me ahoga al hablarte,
La rabia por una parte
Y por otra el desaliento.

Ea!... vida, marchaté
Con dos mil pares de cuernos!...
Porque sino te daré
Tan furioso puntapié
Que pares en los infiernos!...

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.



Capilla de San Honorato en Bretaña.

CRONICON ALBELDENSE.

(Conclusion.)

71. El ya nombrado Abadella, hijo de Juph, por bienquistarse con los cordobeses, se declaró en pugna contra sus tios y hermanos, pero en el mismo invierno por tenacidad del citado Abadella, su tio Imael y el primo de este Imael-Iben-Fortum, levantaron un ejército de cerca de siete mil hombres para hacerle la guerra. Abadella les aguardaba en un monte fragoso, en el que sin reflexion se ocultaron ambos Imaeles con algunos siervos y hombres de armas. Abadella cayó sobre ellos de improviso, y al huir Imael-Iben-Fortum, fué derribado del caballo y hecho prisionero. Del mismo modo Imael-Iben-Muza, queriendo libertar y defender á su pariente, fué cogido, como tambien muchos de los valientes de Benikazí. El resto del ejército que estaba en la llanura huyó.

72. El victorioso Abadella envió sus prisioneros encadenados á su castillo de Beccaria. Marchó sobre Cesaraugusta, la tomó sin oposicion, y la sujetó á sus leyes. En seguida envió á Córdoba sus emisarios, que alcanzaron del Rey la paz que observó con fidelidad. Mas como aquella ciudad fuese reclamada por el Rey de Córdoba, y no conviniese en ello Abadella, se conmovieron los Cordobeses, pero en breve se hicieron todos amigos. Abadella libertó á su tio, se apoderó del castillo de Balterra, dió tambien libertad á su primo, tomó de este á Tutela y al castillo de San Estéban, y conservó á Cesaraugusta.

73. En los mismos dias, Didaco, conde de Castella y Vigila de Alava, sostuvieron muchos combates con Abadella, el que viéndose muy estrechado, envió legados á nuestro Rey para proponer la paz, pero aquel no la aceptó. Continuó sin embargo en amistad con nosotros, aunque nuestro príncipe nunca consistió en ella.

74. Despues en la Era DCCCCXXI, que es el presente año, el referido Almundar, hijo del Rey Mahomat, con el capitan Albohalit, y todo el ejército de Spania, se dirigió por mandado de su padre á Cesaraugusta, donde encontró á Abadella que habia vuelto allí. Solo dos dias guerreó pero en tan corto tiempo arrasó los campos y los árboles, no solo en Cesaraugusta, sino en toda la tierra de Benikazí. Tambien entró y destruyó en la parte de Degium (Deza), mas no pudo hacerse dueño de ninguna de las ciudades y castillos recientemente poblados. Poco tiempo despues invadió la misma hueste los dominios de nuestro Rey, y peleó primero en el castillo de Cellorico, donde perdió muchos de los suyos. El conde Vijila lo defendia.

75. Llegó despues al castillo de Pontecurbo, en los linderos de Castella, é intentó tomarlo; pero al tercer dia, viendo eran inútiles sus esfuerzos, se retiró. Era su defensor el conde Didaco. Tampoco logró apoderarse del castillo de Sijerico, que estaba á la sazon muy fortificado. Por el mes de agosto avanzó Almundar hasta los términos de Legio. Mas habiendo llegado á sus oidos que estaba nuestro Rey en aquella ciudad dispuesto á defenderse y á combatir en el castillo de Sublancia, partió de noche desde el rio Zela y llegó al lucir el dia al mismo castillo antes que nuestro ejército pasase el rio, pero encontró desiertas las casas. Al dia siguiente estaba nuestro Rey aprestado para la batalla, pero la referida hueste de los enemigos, no solo no llegó á Legio, sino que retrocedió sin atravesar el rio Estora por el castillo de Coyanka y Zejam, arrasando á su paso hasta los cimientos la casa de los santos Facundo y Primitivo (1). Continuando entonces la retirada, entraron en Spania por el puerto que llaman de Balatcomalti. El mismo Albohalit, cuando se hallaba en las cercanias de Legio, rogó repetidas veces con la paz á nuestro Rey. Este nombró al efecto por delegado á Dulcidio, presbítero de la ciudad de Toleto, que partió con cartas para el Rey de Córdoba en el mes de Septiembre, y aun no regresó en el corriente mes de Noviembre.

76. El ya referido Abadella, no cesa de instar con la paz y amistad á nuestro Rey, pero aun no sabemos lo que Dios dispondrá.

ENTRADA DE LOS SARRACENOS EN SPANIA.

77. Como ya dijimos arriba, reinando el Godo Roderico en Spania, se movió escision entre los hijos del Rey Vitizano, que deseaban destruir el Reino con la ayuda de los Sarracenos que habian entrado en Spania en el tercer año del reinado de Roderico el dia III de las idus de Noviembre, Era DCCLII. A la sazon reinaba en Africa Ulit Amisalmuminin, hijo de Abdelmelic, y corria el año C de los Arabes. El primero que entró en Spania con lo mas escogido de los moros, fué Abzuhura, que estaba á las órdenes de Muza, general en Africa.

78. En el siguiente año entró Jarik. En el tercero, continuando la guerra de Jarik con Roderico, entró Muza-Iben-Muzeit, y entonces acabó el reino de los Godos su honra y su gloria por el terror y el hierro.

De el fin de este Rey Roderico, nada se sabe hasta el dia de hoy.

AQUÍ SE ESPRESAN LOS CAUDILLOS DE LOS ÁRABES QUE REINARON EN SPANIA.

79. El referido Muza-Iben-Muzeir que entró en Spania, reinó I año y III meses.

(1) Era esta el monasterio de Sahagun.

Abdelaziz-Iben-Muza, reinó II años y VI meses.
Aiub, reinó I mes.
Alhor, reinó II años y X meses.
Zama, reinó III años.
Abderahaman, reinó I año.
Hodera, reinó I año.
Jahia, reinó I año y VI meses.
Hodiffa, reinó VI meses.
Autuman, reinó IV meses.
Geleitam, X meses.
Abdelmelic, reinó II años.
Aucuba, reinó IV años, V meses.
Abdelmelic, tambien reinó I año y I mes.
Abul-Hatar-Iben-Dimari, reinó II años.
Tauba, reinó I año II meses. Total XXVII años y XII meses.

Estos caudillos permanecian poco en el gobierno, se sucedian unos á otros segun disponia el Amiralmauminin. Ninguno de ellos fué gobernador vitalicio, hasta que vinieron á Spania los Venihumeia.

SIGUEN AQUÍ LOS REYES QUE REINARON EN CÓRDOBA, DESCENDIENTES DE BENIHUMEIA.

80. Juzef reinó XI años.
Abderrahaman-Iben-Mavia, reinó XXXIII años.
Eiscam, reinó VII años VI meses.
Alhacam, reino XXVI años VI meses.
Abderahman, reinó XXXII años y VI meses. Este consiguió muchas victorias reinando en Spania Ordonio, Principe de los Cristianos.

Mahomath, reinó por espacio de XXXII años. En este tiempo Abuhalit, general de su ejército, como ya indicamos arriba en el catálogo de nuestros Reyes, fué hecho prisionero en los confines de Galecia, y presentado á nuestro Rey Alefonso en Oveto. Los Cristianos alcanzan muchos triunfos en Spania.

Los años de la dominacion de los Arabes en Spania CLXVIIII, y en el dia III de las Idus de noviembre, principia el ciento setenta de la predicacion del inicuo Mahomat en Africa; son CCLXX en la Era que corre de DCCCCXXI.

81. Desde que los Sarracenos entraron en Spania hasta la presente Era ĪXIIII (1) pasaron CCLXII. Desde el reprobado profeta Mahomat hasta la presente Era MXIIII pasaron CCCLXIII años.

ORÍGEN DE LOS SARRACENOS SEGUN ELLOS LO REFIEREN.

82. Los perversos Sarracenos creen proceder de Sarra, pero la verdad es que se llaman Agarenos por Agar, é Ismaelitas por Ismael.

Abraham en Agar, enjendró á Ismael.—Ismael enjendró á Kaldar.—Kaldar enjendró á Nepti.—Nepti enjendró á Alhumesca.—Alhumesca enjendró á Eldano.—Eldano enjendró á Muneher.—Muneher enjendró á Excip.—Excip enjendró á Jamán.—Jamán enjendró á Autith.—Autith enjendró á Atinán.—Atinán enjendró á Mahat.—Mahat enjendró á Nizar.—Nizar enjendró á Muldar.—Muldar enjendró á Hindaf.—Hindaf enjendró á Mutirik.—Mutirik enjendró á Humeia.—Humeia enjendró á Kinana.—Kinana enjendró á Melik.—Melik enjendró á Fehir.—Fehir enjendró á Galib.—Galib enjendró á Juhei.—Juhei enjendró á Murra.—Murra enjendró á Kelib.—Kelib enjendró á Cuztei.—Cuztei enjendró Abdilmelef.—Abdilmelef enjendró dos hijos: Escim y Abdiscemiz: Abdiscemiz y Escim fueron hermanos. Escim enjendró á Abdelmutalib.—Abdelmutalib engendró á Abdella.—Abdella enjendró á Mahomat, que fué mirado como Profeta por los suyos.

Abdiscemiz, hermano de Escim, enjendró á Humeia.—Humeia enjendró á Abilaz.—Abilaz enjendró á Accam.—Accam engendró á Maroam.—Maroam enjendró á Abdelmelic.—Abdelmelic enjendró á Iscem.—Iscem enjendró á Mavia.—Mavia enjendró á Abderrahaman.—Abderrahaman enjendró á Mahomat.—Mahomat enjendró á Almundar.

84. Este Mahomat reinó en la referida Era de DCCCCI, y guerreó con el Rey Ovetense, llamado Adefonso. Permita la divina clemencia que los Ismaelitas sean espulsados de nuestras provincias hasta mas allá de los mares; que su nombre sea olvidado, y que su reino sea perpetuamente concedido á los fieles de Cristo!—Amen.

ESPLICACION DEL ORÍGEN DE LA NACION GODA.

84. De Gog tomaron el nombre los Godos. Y asi como por toda la nacion de los Ismaelitas solo se escribe Ismael, como se deduce de aquellas palabras del Profeta: pon tu rostro contra Ismael; por toda la nacion Goda, solo se escribe Gog, de quien proviene y de quien tomó nombre. Ya unque San Isidoro en su Crónica al afirmar que esta nacion es antiquisima, dice se origina de Magot hijo de Jafet, es lo mismo, pues Magog y Gog son un solo nombre, como se deduce del Profeta Ecequiel. Tambien lo asegura el Génesis cuando espresa que de Magog hijo de Jafet, tomaron el nombre los Godos, la Gotia y la Scitia.

(1) 1014.

85. Tambien cuando los Sarracenos poseian toda la tierra de los Godos, encontramos cumplida aquella profecía del libro de Ecequiel: »Tú, hijo del hombre, pon tu rostro contra Ismael y háblales diciendo: »Te entregué naciones fortisimas; te multipliqué, te ayudé y armé tu »diestra con la espada y la siniestra con saetas, para que destruyeras »las naciones que se rindieron ante tu faz como la paja seca ante el »fuego, y entrases en la tierra de Gog con planta firme y matases á »Gog con tu espada, y pusieses el pié sobre su cerviz, y hicieses á sus »vasallos siervos y tributarios tuyos.»

86. Todo esto ya lo vimos realizado. La tierra de Gog llamada Spania estaba bajo el dominio de los Godos, mas por los delitos entraron en ella los Ismaelitas, y les dieron muerte con la espada, y los hicieron tributarios como se vé en el tiempo presente. Lo mismo repite el citado Profeta cuando vuelve á decir á Ismael: «Porque olvidaste á tu »Señor te olvidé yo, y te entregué en manos de Gog, y te contristé »por CCLXX tiempos, haciendo contigo lo que tú hiciste con otros.» Nuestra esperanza es en ti ¡oh Cristo! para que cumplido este tiempo de CCLXX años desde que entraron los enemigos en Spania, sean reducidos á la nada y restablecida la paz de su Santa Iglesia (porque los tiempos se reputan por años). Permítalo asi Dios omnipotente para que humillada la soberbia de sus enemigos, se acreciente y prospere la Iglesia Católica. Amen.

ADICCION DE LOS REYES PAMPILONENSES.

87. En la Era DCCCCXLIII, Sancio Garseano tomó en Pampilona el nombre de Rey. Señalose por su veneracion á la fé de Cristo, y fué piadoso y compasivo con todos los fieles y oprimidos Católicos. ¿Qué mucho? Si fué escelente en todos sus hechos. Batallador con los Ismaelitas enemigos, hizo en sus tierras repetidos estragos. Dió principio por Cantabria, y desde la ciudad de Nájera hasta la de Tudela les tomó todos los castillos. Poseyó la tierra que dicen Degensem con todas sus ciudades. Tambien sometió á sus leyes á la fuerte Pampilona, y se apoderó de todas las fortalezas del territorio Aragonés. Despues de espulsados los enemigos, murió violentamente el año XX de su reinado. Fué sepultado en el pórtico de San Estéban, y reina con Cristo en el Cielo.

Su hijo Garsea reinó XL años; fué benigno y ganó muchos triunfos á los Sarracenos, y asi murió. Su sepulcro está en el Castillo de San Estéban.

Sucediéronle en el Reino sus hijos Sancio y Ranimiro, á los que Dios omnipotente conserve por mucho espacio de años. Amen.

Corriendo la presente Era MXIIII.

FIN.

VIAJE AL SAHARA.

Siempre encontramos novedad en las noticias que nos traen de Africa los viajeros. Aun hoy que se conocen tan detalladamente las costumbres y el caractér de casi todos los pueblos del mundo, no dejan de encontrar algo nuevo y muy curioso los que visitan el gran desierto del Sahara. En esta parte del Africa hay muchos pueblos y multitud de tribus cuyas costumbres y hasta existencia ignoramos. En 1845 emprendió M. Jauces Richardson un viaje desde Tripoli á Ghrat y Ghradames, en que invirtió ocho meses.

Hé aqui algunas noticias con respecto á este último punto.

Desde Tripoli á Ghradames, dice M. Richardson, hay por el camino mas directo unas 150 leguas. El calor en aquel pais es terrible, no dejándome ni aun conciliar el sueño, y aun llegué á creer que moria sofocado. Por fin, el 26 de agosto descubrimos la poblacion, que se presentó á mi vista como una linea negra en el horizonte: esto era el efecto de un dilatado bosque de palmeras.

La llegada de un cristiano es alli un acontecimiento; asi es que bien pronto me rodearon contemplándome. Entramos en la ciudad por la puerta meridional, que parece tener unos diez siglos de antigüedad, y se encuentra casi destruida.

Rodeado de la multitud que repetia, *Es-slamah! Es-slamah!* salud! salud!, me dirigi á casa del gobernador, que me recibió cordialmente y me hizo tomar café.

La casa que se me habia preparado era muy cómoda y limpia, y estaba situada en un barrio próximo á la habitacion del gobernador. Procuré dormir, pero me fué imposible. Entonces pasé á bañarme en el manantial, genio creador de esta poblacion, y que la ha levantado en medio de un monton de piedras y arena. Alli vi por primera vez á los Touareg, que en su mayor parte habian ido para asuntos de comercio.

Si grande fué mi asombro, mas fué el suyo, y aun oí esclamar á algunos de ellos: Alá! Alá! ¿cómo ha venido aquí un infiel? Despues de comer dí un paseo por la ciudad, que me agrado bastante: es mucho mejor que Tripoli. En sus calles no se ven mendigos, y el pueblo está bien vestido; bien que á la llegada de una gran caravana se ponen sus trajes de fiesta.

Todo europeo es un médico para las poblaciones orientales, y no bien hube llegado cuando me fué preciso recibir algunas consultas y recetar medicamentos. Felizmente no necesitaba gran ciencia, porque solo tenia que curar males de la vista, que son allí las enfermedades dominantes.

Los mahometanos creen que los cristianos deben apoderarse un dia de los paises que ocupan; pero que en seguida, con la ayuda de Dios, volverán ellos á recobrar lo perdido. Por esta razon se miró allí mi pre-



(Sahara.)

sencia como un pronóstico de la ruina del poder musulman en Ghradames. Creian que yo era un espia, y otros que profanaba la santa ciudad. Se me convidó á comer tres dias por el gobernador, siguiendo la costumbre establecida.

Por la mañana temprano dí vuelta á la ciudad, y emplee en ello, con un paso regular, hora y media. ¡Qué horrorosa escena de desolacion presentan sus cercanias! ni un arbol, ni una yerba, ni una criatura viviente! Se habla de los polos, pero aquí hay menos vida. Al oeste se estendian los grupos de colinas de arena, resplandecientes como la luz, y que á veces dejan de verse por sus brillantes reverberaciones. A mi vuelta, el gobernador me dijo hablando de los habitantes de Ghradames: «Estos pobres tontos creen que no hay otra ciudad como la suya: ¡qué dirian si viesen á Stambul! Los que no han visto á Stambul no han visto el mundo!» Las murallas de la ciudad estan hechas de ladrillos cocidos al sol, y de piedras; pero se encuentran en bastante mal estado, aunque los estrechos senderos que forman en el interior los cercados de los jardines son una buena defensa. La palabra *jardin* se aplica allí á la reunion de campos de cereales y plantaciones de olivos.

La poblacion paga al gobierno turco 6,000 mahbubs (unos 140 reales) cada año. Es poca cantidad para un punto de comercio; pero hay poco dinero, porque casi todo lo tienen los mercaderes de Trípoli.

El mercado es muy pobre, y la carne apenas se encuentra: suelen reunirse varias personas y entre todos compran un carnero que matan y dividen entre sí. La vista de algun ave es allí un objeto de curiosidad.

Cuando visité la casa de mi intérprete, vi que tenia en pequeñas habitaciones unos cuantos carneros. Estos animales son para los habitantes de Ghradames lo que los puercos para los pobres irlandeses: verdaderos dioses penates. En el piso bajo tenian los almacenes: en el primero los dormitorios, y sobre este el terrado. Todo escesivamente pequeño. Unas escaleras de piedra conducen á los pisos. Todas las casas estan distribuidas de la misma manera, con la diferencia de ser mas ó menos grandes.

POBRES VERGONZANTES.

Hay en Madrid ciertas profesiones ú oficios, que no por no estar sujetos á la contribucion industrial, ni obtener patente de invencion, ni cédula de usufructo, dejan de ser mas ó menos lucrativos, y de bastar con su producto al sustento, y hasta al regalo de los que en ellos se ejercitan. Su escala es infinita; el campo que benefician inmenso; desde el tributo modesto que arrancan á la pública caridad, hasta los regios favores del poder y de la fortuna; desde la mezquina sobra de la mesa del pobre, hasta la brillante carroza y el espléndido festin del magnate; desde el umbral humilde del asilo de San Bernardino, hasta las mismas cámaras del Palacio Real.

A esta industria colosal, aunque clasificada en diversas jerarquías y condiciones, se acogen y agrupan, segun su respectivo instinto, medios y ventura, aquella inmensa cohorte de individuos que sin mas facultades que las tres del alma, sin mas oficio que el de vivir, sin mas porvenir que el del presente dia, amanecen en todos ellos sin saber á punto fijo si comerán ó no, dónde y á qué hora, se preguntan si llegada la de acostarse tendrán para reclinar su cabeza alguna cosa mas blanda que los soportales de la Plaza, ó los bancos del paseo del Prado; y sin embargo aquel dia pasa y se encuentran con la agradable certidumbre de que han almorzado, comido y cenado á costa agena, que han lucido sus personas (muchas veces en coche) por calles y paseos, que han asistido á espectáculos, á bailes y tertulias, que han disfrutado, en fin, de los mismos placeres y regalos que los duques de Osuna ó de Medinaceli.—No todos, es verdad, pueden prometerse tan lisonjero resultado de sus *trabajos;* pero tampoco todos tienen tantas necesidades, tantas exigencias propias, mas ó menos involuntarias, que satisfacer; no todos disponen de un capital igual de ingenio y ventura que aplicar á aquel juego; pero todos ó casi todos, por escasos que sean sus medios de accion, consiguen imponer el censo de su existencia sobre la debilidad ó el orgullo ageno; todos estan seguros de alimentarse aquel dia, seguridad que no tiene muchas veces el laborioso jornalero, ó el honrado menestral. La indigencia para ellos es un estado: los dones indiscretos de la vanidad y del orgullo hacen florecer su mendicidad.

Los mas numerosos y modestos de estos vividores impertérritos, se colocan francamente en la posicion de *pobres vergonzantes*, ó «mendigos encubiertos y pudibundos» (segun la definicion del *Diccionario de la lengua*), escogiendo una actitud mas ó menos patética para implorar la caridad agena.—Un militar retirado ó de reemplazo, cubierto de cicatrices mas ó menos honrosas, tuerto de una pierna y manco de un ojo, con un muestrario en el pecho de cintas mas ó menos verdes, azules ó encarnadas, se presenta, v. g., muy de mañana en vuestro despacho con cierto continente marcial y cierto desembarazo de campaña, y os hace presente que á la hora que corre (son las ocho y media) aun no se ha desayunado ni fumado un cigarro; y vosotros que á la sazon os hallais, por ejemplo, en bata y chinelas, sentados en una cómoda butaca entre la chimenea y el velador, y sobre este despachais, que supongo, el complicado espediente del chocolate ó del café, no teneis que contestar á una interpelacion tan oportuna, no podeis resistir al espectáculo de tan acerbo infortunio, y acabais por alargar la cafetera y la petaca á aquel héroe no comprendido, á aquel

Belisario de pié y medio;—O bien una encubierta dama, viuda de no sé qué intendente del Cuzco (en tiempo en que habia Cuzco y se estilaban tambien intendentes), entra sin anunciarse, y os regala la historia de las conquistas de América desde Cristobal Colon hasta Lola Montes, y los méritos y servicios del que Dios tenga en descanso, en la sorpresa de Buenos-Aires ó en el sitio de Panzacola; todo para deducir que la debeis dar un duro porque ponga un término á su histórica narracion y os deje en paz.—Ya es un patriota desdichado, víctima de la revolucion ó de la política, cuya manutencion pesa como un censo enfitéutico á cargo del partido á que dice que perteneceis, segun el boletin de suscricion que os presenta, cubierto de las firmas mas respetables y eufónicas, y al que llamariamos el *Album del infortunio*, si no estuviera tan sucio por los borrones agenos y por las manos cigarrosas del poseedor.—Ya es un mal parado cesante, rueda descompuesta ó averiada de la máquina administrativa, que os recuerda vuestras antiguas relaciones infantiles de la escuela, que os viene á encarecer vuestro mérito, vuestra fama, vuestra bondad de corazon, y que acaba por exigiros el debido tributo de tanta gloria, convidándose á comer en vuestra compañía, ó prestándose á admitir cualquier otro agasajo igualmente *voluntario* que le hagais.—Ya, en fin, nuevo anacoreta perseguido, teneis que hacer frente á una funesta tentacion disfrazada bajo la forma de dos gentiles doncellas, hijas de viuda enferma é imposibilitada de acompañarlas, que vienen en alas de vuestra buena fama, y atraidas por el iman de vuestro tierno corazon, á desahogar con vosotros su angustiado pecho, á interponer su belleza, sus lágrimas y ternura en favor de la orfandad y de la miseria, á dejaros las señas de su triste retiro, las horas en que podeis acudir á remediar su desconsuelo, las bases del arancel á que podeis obtener sus mas tiernas simpatías.—Y vosotros (que supongo no estareis á la altura de fortaleza de un Antonio ó de un Gerónimo, y que no teneis á mano un guijarro con que castigar el pecho para distraerle de aquella formidable embestida) tomais la tarjeta de la casa, os informais de las horas de recibo, y estudiais el arancel de su gratitud; y trocando los papeles os dirigis *vergonzantes* á solicitar los favores de aquellas pobres recatadas.



Tipo de Sahara.

No es solo el sexo débil y hermoso el que pone sus gracias y mérito personal á esta industria lucrativa; tambien el hombre, sobre todo si es buen mozo, sabe sacar partido de los favores que le prodigó la naturaleza, en desquite de lo que le negara la fortuna. Esta posicion de hombre-alhaja, de galan vergonzante, de pasion de lujo, empieza en la equívoca categoría de el *chulito de á pié*, jóven travieso y agraciado de Lavapiés ó Maravillas, que acumulando ostensiblemente los oficios de vendedor de fósforos, ó de fresas, de billetes de teatro, ó de abanicos y sonajeros, no es nada de esto en realidad, sino el señor feudal de ciertas infames mansiones, el sultan secreto de ciertos públicos harenes, el baratero de cierto juego industrial, el tirano, en fin, seductor y traficante de ciertas infelices mugeres, que le sacrifican su belleza, su juventud y hasta el precio de su infamia, á cambio de un amor que las mas veces se esplica por medio del garrote y la navaja, á trueque de una posesion que casi siempre acaba por conducirlas á la cama de un hospital.

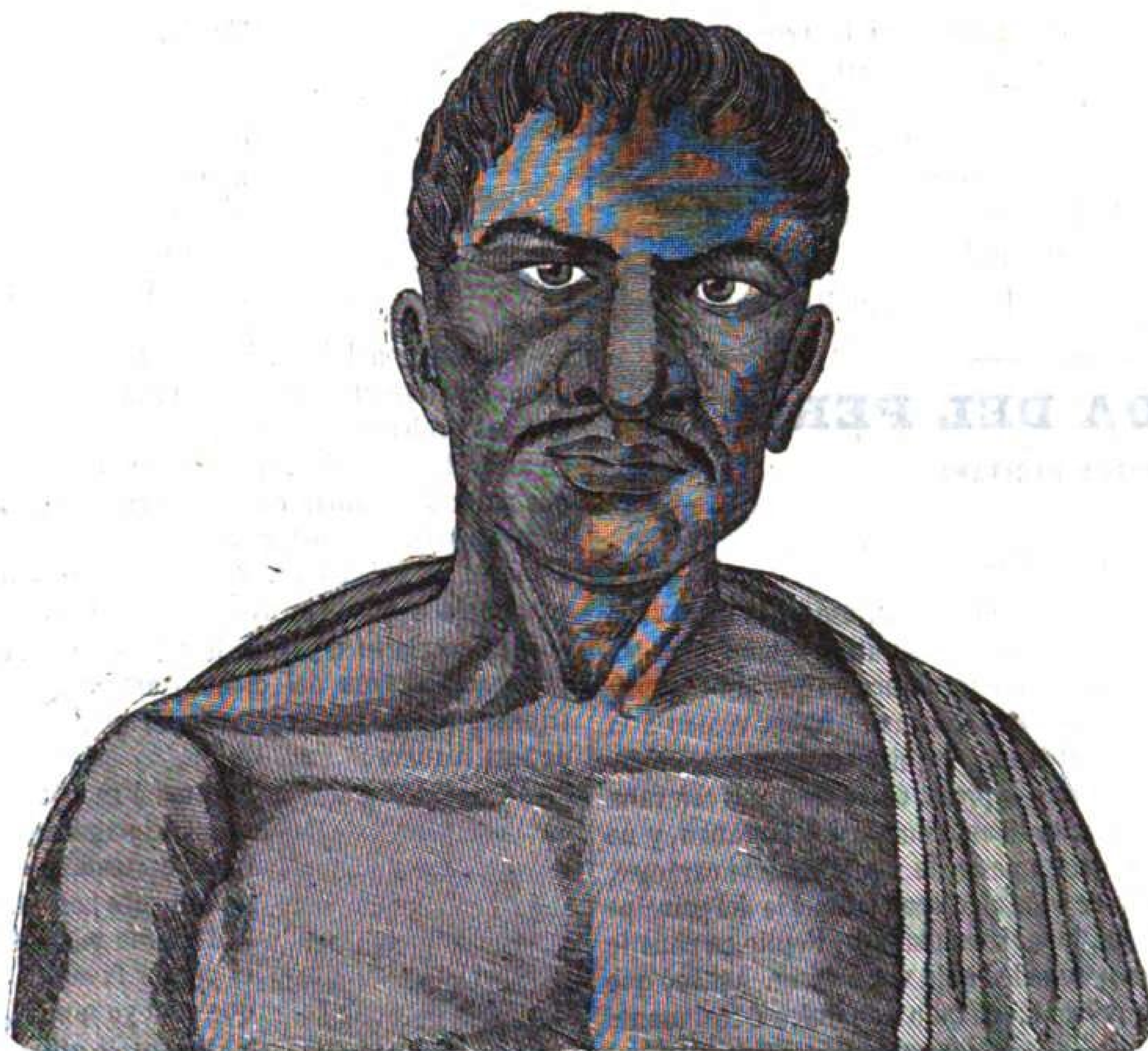
Desde este primero y sucio escalon de la categoría de galanes vergonzantes, hay infinitos que recorrer hasta lo mas alto de la escala, pudiendo citarse entre otros el magnífico cazador, ó hermoso lacayo, cuyas hercúleas formas y despejado continente llamaron la atencion de su aristocrática señora; el esbelto mancebo y elegante abonado del paseo, del teatro y de la sociedad, que sirve de prospecto vivo á los sastres y peluqueros, de muestrario ambulante á las fábricas y almacenes; el jóven simpático y arrogante, el apuesto ginete, el intrépido luchador, el desenfadado ingenio, el calavera en fin, de buen tono, que arrebata la atencion de las mugeres con sus gracias y gentileza, que causa la envidia de los hombres con sus triunfos, su boato y esplendor; y que sin embargo, pasadas las horas de su representacion teatral, se ve reducido á la condicion de galan vergonzante, de humilde y forzado adorador de una ex-deidad del pasado siglo, que vierte sobre su protegido el tesoro de sus gracias y las gracias de su tesoro.

Los hay de estos dorados mendigos que no pueden sin embargo decidirse á encuadernarse en pergamino ni á vender completamente su posesion; pero su deseo de figurar en el gran mundo, de satisfacer las crecidas exigencias de su vanidad, les inclina á esplotar una parte de sus talentos y aptitud, les impele irresistiblemente hácia las altas cla-

ses, hácia las elevadas personas, hácia los magníficos salones y opulentas cocinas.—Estos parásitos infatigables, perpetuos vividores, convidados de piedra á todo festin, asistentes gratuitos á todo espectáculo, comensales de toda sociedad, testigos de toda boda, padrinos de todo desafío-almuerzo, muebles de todo palco, y precisos operarios de todo tocador, tienen la dosis suficiente de ingenio para hacerse, no solo tolerables, sino hasta precisos en ciertas casas, y el cálculo suficiente para buscar solo y cultivar la amistad de ciertas personas, para oler de una legua el olor de ciertas mesas; para anunciar desde dos su mérito, su utilidad y su música celestial. Los franceses apellidan á este tipo *un viveur*, un *pique-assiette;* los españoles solemos designarle con los no menos espresivos de *cata-caldos* y *panzas al trote*, ú otros así; pero á nuestro objeto presente cumple calificarlos con el de *vergonzantes de buen tono.*

No lejos de esta categoría de existencias enigmáticas de *caballeros delmilagro*, como se decia en los pasados tiempos, se puede colocar la de los adoradores del albur, desde los que le sacrifican al aire libre en los druídicos altares de las afueras de la puerta de Toledo ó de las alturas de Chamartin, hasta los que llevan la voz y el compás en los áureos salones y perfumados gabinetes. Este género de industria es epiceno, ó comun á entrambos sexos, y comprende, además de los jugadores, diversos papeles y condiciones, desde el bravo temeron que cobra el barato en las briscas de la Virgen del Puerto, hasta la reverenda matrona que franquea su habitacion para el sacrificio: y concluido este á las altas horas de la noche, recoge el tributo que los fieles han depositado debajo del candelero.

A propósito de esta, cuando era mas jóven y podia contar con otro capital de gracias, tambien su fortuna estaba *en el candelero*, tambien su altar rebosaba de adoradores, tambien su boato eclipsaba el de las clases mas elevadas. Y sin embargo nadie la conocia fincas ni rentas de ninguna especie, nadie la sospechaba herencia alguna de su difunto esposo, que al decir de las gentes murió en la cama de un hospital. Nadie tenia por otro lado tacha alguna que oponer á su conducta; la numerosa sociedad que frecuentaba sus salones, era lo mas escogido y brillante de Madrid; no habia todavía en ellos discretos gabinetes cerrados con puerta de espejo, ni escaleras privadas, ni veladores con verde tapiz; allí solo se trataba de pasar las horas apaciblemente en sabrosas pláticas, en amorosos suspiros, en ligeras danzas ó en conciertos espléndidos y armoniosos. La señora de la casa, *hacia los honores de ella* con aquella amabilidad estereotípica de las gacetillas y revistas matritenses, y todas las semanas lograba la satisfaccion de ocupar una buena columna de aquellas con la reseña de la última *inolvidable soirée* de la amable señora de *tres estrellas*, amenizada con un catálogo razonado de toda la pléyade de bellezas de aquel cielo: catálogo por otra parte idéntico al de la noche anterior, que empezando en la hermosísima y gentil persona de la marquesita de A... seguia por todas las letras del alfabeto hasta concluir con la fantástica belleza de la condesita de Z...—A toda esta música celestial de los gacetilleros y cronistas de tocador, algun indigesto lector solia esclamar:—«Todo esto está muy bueno, ¿pero quién es esta brillante dama, qué y con qué medios cuenta para sostener todo este lujo, y para reunir y obsequiar á tan alta sociedad?»—Nadie por entonces hubiera tenido la ocurrencia de calificarla de *pobre vergonzante*, y sin embargo lo era; pero tan solo á ciertas horas del dia, y en presencia de un personaje que por su gracioso conducto tenia la bondad de dispensar los favores, los empleos, los honores y demás gracias al sacar, á aquellos otros vergonzantes pretendientes que preferian sacrificar una suma cualquiera á frecuentar antesalas años enteros, que hallaban mas cómoda esta via reservada del favor que el difícil camino real de su merecimiento y su ventura.



Esclavo en Sahara.

Otra posicion no menos equívoca del pobre vergonzante, es la que suele ofrecer el *hombre de paja*, el *ente de razon* de los grandes empresarios, de los grandes políticos, de los grandes industriales, y hasta de los grandes escritores y publicistas: y al revés que á la dama arriba descrita, á quien no se la sospechaban los fundamentos de su fortuna, á estos suelen concedérseles otros de que carecen en realidad; representan empresas colosales, capitales inmensos, trabajos magníficos; pero detrás de todo aquel aparato de decoracion esterior, solo se encuentra el vacio y la indigencia, la miseria de frac negro y del anteado guante, la perspectiva de las injurias, de las persecuciones, de los procesos, y de las cárceles con que pagan en cabeza propia las especulaciones, los honores, y la grandeza del feliz mortal que pudo comprar un *testaférreo.*—A este rango corresponde el que prestó su nombre á la monstruosa contrata del capitalista con el gobierno, y que sufre con paciencia las diarias invectivas de los periódicos; el *gerente* de una sociedad de industriales, que á trueque de un mezquino sueldo autoriza con su firma los embolismos de aquellos; el *editor responsable* de un periódico, que tiene que desagraviar á la ley por un artículo que la ley le dice que ha escrito, y que ni siquiera sin embargo sabe leer; el otro padre putativo que recibe á beneficio de inventario con la blanca mano del ama de llaves dos ó tres parvulillos nacidos en la casa, ahijados del señor, y que reclaman tambien ante la ley un responsable editor.

No solo la miseria efectiva es la que constituye al hombre en el estado de pobre mas ó menos vergonzante, sino la exigencia propia, la ambicion, el lujo y la vanidad.—Uno de nuestros mas célebres dramáticos antiguos dice muy acertadamente:

«Que no el tener cofres llenos
la riqueza en pié mantiene;
que no es rico el que mas tiene,
sino el que há menester menos.»

cuya exactísima observacion, contraida á nuestro propósito, podriamos volver por pasiva de este modo:

No es pobre el que poco tiene,
sino el que há menester mas.

Con efecto, nadie puede fijar absolutamente los límites entre lo necesario y lo supérfluo; para unos caractéres todo lo que pasa del

preciso sustento, del modesto vestido y del mezquino lecho, es lo segundo; para otros todo lo que falta del régio palacio, de la dorada carroza, del suntuoso festin, es lo primero.—Mendigos vergonzantes, ó inconfesos, son los que á vueltas de una patética relacion, y por precio de una lamentable historia, se contentaron con una sobra de vuestra mesa ó una prenda de vuestros vestidos; mendigos disfrazados los que poblaron los salones del magnate, ó las antesalas del poder para obtener titulos y honores de que tenian hambre y necesidad.—Pobre vergonzante el laureado poeta que dedicó las flores de su ingenio á un Mecenas que le pagó la impresion. Pobre menesterosa la jóven belleza que vendió sus gracias y sus favores á precio de una elevada prostitucion, de un rico palacio, de un brillante carruaje, y de un abono de palco en el teatro Real.—Mísero vergonzante el hombre político que mendigó la candidatura para poder ofrecer un voto mas al ministro de quien todo lo espera; como el fogoso orador que compró á precio de su seguridad, de su salud, de su existencia misma, esa aura popular, esa nube de gloria que mendiga todos los dias desde lo alto de la tribuna parlamentaria.—Pero en fin esta es ya otra clase de mendicantes, y aquí solo quisimos tratar de los calificados en el sentido recto de la palabra. Quizás otra ocasion dando otro giro, vuelo mas estendido al argumento, consideremos la cuestion en su alta esfera, nos las hayamos cara á cara con las sublimes aspiraciones vergonzantes; hoy nos contraemos á la modesta condicion del que *se ingenia* para vivir á costa agena sin trabajo ni sacrificio de ninguna especie, aunque si va á decir verdad, no les creemos por ello indignos de compasion, antes bien diremos con Bartolomé Torres Naharro en su *Propaladia*.

«Trabajo no es menester,
Que si bien quereis sentir,
harto trabaja el comer
quien lo tiene que pedir.»

EL CURIOSO PARLANTE.

LA ALAMEDA DEL PEREJIL,

NOVELA GADITANA.

(Continuacion.)

Salta en diciendo esto de la silla, y corre presuroso á buscar al viejo Juan, el portero, de quien hubieran podido los antiguos tomar la idea del Cancerbero de su mitologia. Era Juan un asturiano que sin tropezar en rama hacia veinticinco años que desde Cangas se habia venido á la casa-puerta de D. Braulio: por costumbre, y quizá tambien por simpatia, se hallaba identificado con el perro de presa, único ser que lo relevaba en su puesto á las horas de dormir: gruñian á duo, á duo ladraban, y no se sabe si tambien mordian; pero á pesar de aquel agreste carácter, engendrado quizá por una clase de vida algo semejante á la del príncipe Segismundo en *La vida es sueño*, todavia confiaba D. Pepito en ponerle de su parte, aunque solo fuese porque le habia visto nacer. Asi fué que no bien llegó á su mefítico zaquizami, cuando con dulce é insinuante voz le dijo de esta suerte.

—Mi querido Juan, es necesario que hagas una cosa por mí.

—Diga, señorito, contestó el otro. ¿Qué tiene que mandar su merced?

—Poca cosa. Es menester que esta noche á las doce me abras la cadena de la puerta; pero esto ha de ser sin que lo sienta mi padre, y de modo que no ladre el perro.

Abrió entonces Juan sus espantados ojos, y fijándolos en D. Pepito, le replicó entre sorprendido y enfadado:

—¿Qué diablos está su merced diciendo? ¡Abrir yo la puerta de la calle á las doce de la noche!... Paréceme que su merced quiere burlarse de mí. El perro y yo somos bien nacidos y no engañamos á quien nos da el pan, y yo por mí hace veinticinco años que como el del amo. Asi pues, señorito, dejémonos de bromas, pues ni yo ni el perro le hemos de decir otra palabra que la que fuere razon.

Convencido nuestro enamorado de que todas sus gestiones con respecto al perro y á Juan serian igualmente infructuosas, se retiró de nuevo á su cuarto, mohino y pensativo, dando al diablo además la importuna fidelidad de aquel par de animales bien nacidos; pero la idea que habia concebido era harto risueña para ser desechada por un obstáculo solo: asi pues reflexionó un rato, y asomándose al balcon con ademán de persona que busca traza, notó que este daba sobre una ventana, suficiente baja para temer poco el daño de una caida: Y por otra parte, decia él para sí, algo se ha de aventurar en una empresa amorosa. Resuelto en fin á escalar su propia casa, templó cuidadosamente la guitarra, se armó de una espada por lo que pudiese tronar, y embebecido en la contemplacion de sus dulces esperanzas, aguardó impaciente la temprana cena, y mas impaciente todavia la hora feliz de la media noche.

Sonaron en fin las doce apetecidas campanadas, y nuestro Don Pepito, con guitarra en mano comenzó á bajar por las rejas que estaban debajo de su balcon, si bien con la torpeza inherente á ejercicio por él tan desusado: así fué que enganchándose el pié en el último hierro (que esa fué su fortuna), vino al suelo con estrépito, aunque á dicha no se rompió pierna ni brazo. Al ruido gruñó el perro, y por consecuencia gruñó Juan; pero es fama que ni uno ni otro llegaron á romper en el ladrido, mientras el derrengado amante, que empezaba ya á padecer fisicamente por el amor, caminaba con toda la prisa compatible con sus recientes cardenales y desolladuras. Llegó con efecto frente á la ansiada y desierta ventana, y templando de nuevo el instrumento, participe tambien del batacazo de su señor, cantó la cancion siguiente, compuesta al efecto por un estudiante su amigo.

Ingrata señora
que sorda á mi voz,
con desdenes hieres,
matas con rigor;
airada ó risueña
mírame por Dios:
que sino yo muero,
yo muero de amor.

Tu dulce sonrisa
dó el cielo grabo
del placer la imágen,
de ángel el candor,
á tantos afanes
sea el galardon:
que sino yo muero,
yo muero de amor.

No bien concluia D. Pepito su segunda copla, cuando hé aqui que de una ventana baja de la casa, la cual se hallaba frontera al sitio en que suspiraba nuestro nocturno cantor, se oyó salir algun ruido como de abrir los cristales, apareciendo poco despues en la reja un bulto que parecia caminar con precaucion y mirar á todas partes con cautela. La noche era oscura, y la ventana elevada casi á la altura de un hombre: por otra parte, en aquel cuarto no habia luz alguna; dejándose solo traslucir que el recatado bulto llevaba puesta una cosa blanca, sin poder discernirse si por los hombros ó por la cabeza. Latió entonces de placer el corazon del dichoso amante; centellearon sus ojos con el triunfo, y con ademan mas que nunca amartelado, volvió á cantar de esta manera:

Mírame á tu reja
constante amador
exhalar suspiros
de ardiente pasion.
Ah! logren mis ánsias
el primer favor:
que sino yo muero,
yo muero de amor.

El animado y blanco bulto de la ventana, si bien permanecia en aquel mismo sitio, daba evidentes señales de impaciencia. Conoció por ellos D. Pepito que debia ya cesar en su canto, juzgando razonablemente que aquellas señas le indicaban el temor de que despertase la entonces burlada Doña Estefania; y así, aflojando la prima de la guitarra en señal de tregua, se aproximó con paso temeroso á la reja que le separaba del idolo de sus pensamientos, y con cortada y meliflua voz le dijo de esta suerte:

—Si este primer favor que obtienen mis ánsias, y que pagara gustoso con toda la sangre de mis venas, me autoriza, hechicera Rosita, á esperar de V. mas halagüeña correspondencia á una pasion que mis miradas han debido darle á conocer mucho tiempo há, forzoso es que ponga el sello á sus bondades permitiéndome que esta misma reja que ya adoro, sea testigo muchas veces de mi amor, y que á ella venga frecuentemente á cantar mis esperanzas, como esta noche ha escuchado sus desdenes. Sé que necesito llegar á merecer á V. á fuerza de fineza y constancia; pero si los cortos méritos de un cariño superior á los obstáculos, unidos á la pureza de mis intenciones, son de algun peso en el corazon de la perla de Cádiz, entonces no debo llevar la desconfianza hasta el punto de la desesperacion. Concluyo pues suplicando á V. se digne admitir este billete, y si logra por respuesta una letra de V., besaré mil veces los caractéres que me prometen la felicidad de mi vida entera.

Diciendo esto alargó la mano con el objeto de colocar en la de su querida la misiva de que era al propio tiempo portador, cuando saliendo de entre los hierros unas férreas y negras uñas, asieron de las narices al tierno enamorado, sacudiéndoselas con violencia tal, que sin ser parte

á contenerse, comenzó á dar lastimosos alaridos: á ellos soltó su presa la mano atenaceadora, y volviendo la espalda la fantasma á que pertenecia, diose á correr por el cuarto, dejando caer la tela blanca en que iba rebozada, y mostrando en su fuga el prolongado rabo de un feísimo y corpulento mico de Doña Estefania, el cual, rota la cadena, se habia envuelto en un pedazo de lona vieja que le servia de cama, y asomándose á la ventana atraido por la música que á deshora sonaba en la calle.

Entre tanto los agudos chillidos y el castañeteo de dientes del horrible mico, juntamente con los lamentos del desengañado amante, habian atraido al balcon á una vieja que vivia en un mirador de la casa de enfrente, la cual, mohina además porque los cantos de D. Pepito hubiesen interrumpido su sueño, vació sobre el malaventurado músico tal diluvio de líquidos de dudosa procedencia, que mi pobre mozo no tuvo otro remedio que volver malparado y hecho una sopa al abandonado hogar paterno. ¿Era este, dijo, aquel *primer favor* tan anhelado? Y echando una triste ojeada sobre su remojada persona, esclamó entre suspiros: «¡Ay amor, como me has puesto!»

CAPÍTULO III.

LA BUENA VENTURA.

Picatoste......................Esta es
de Lucigüela sin fé,
Don Claudio, la habitacion.
Claudio.—¡Válgame Dios qué mansion
tan cómo qué sé yo qué!
(ZAMORA, *El Hechizado por fuerza.*)

Bajo la fé del doble Argos que guardaba su ferrada puerta, reposaba D. Braulio la seculenta cena de la pasada noche, bien ageno de que su posteridad se cuidase tan poco de dormir, y menos aun de que anduviese á aquellas horas en sabrosas pláticas con un mico; asi fué que hasta bien entrado el dia no dió acuerdo de su persona. No sucedia lo mismo á nuestro D. Pepito, quien despues de haber tomado por asalto la casa paterna, entrado en ella harto mas mustio y remojado de lo que salió, procuraba en vano conciliar el sueño que huia de sus párpados. «Hé aqui frustrados, decia, todos mis halagüeños proyectos: héme aqui escarnecido por alguna impía bruja sin duda, y magullado por un inmundo animal, cuando creia tocar al término de mis limitadas esperanzas. Pero por otra parte, continuaba, ¿es esta suficiente razon para desistir de los proyectos que tengo formados, y que en vano trataria de abandonar? No por cierto: ni es tan corto mi cariño que desmaye por un revés, ni se han agotado todavia todos los recursos.» Meditó en seguida un rato, y prosiguió despues diciendo:

—Esa madre caribe es un obstáculo superior á las fuerzas humanas; pero aun esto seria lo de menos á conocer yo que Rosita me queria, y á la verdad, no puedo engañarme á mi mismo: ella, maldito el caso que hace de mí.

Esta última reflexion era en efecto tan cierta como triste, y su exactitud abatió de tal manera el ánimo de nuestro enamorado, que pálido y confuso salió de su cuarto apenas era de dia. El primer objeto que se presentó á su vista en quella desusada hora, fué la vieja Remigia, viuda desde el año del terremoto, y despues doncella de la difunta muger de D. Braulio. El entrañable cariño que profesaba á Pepito hizo que se asustarse al verle tan demudado y tan madrugador: y asi habiéndole dado los buenos dias, y preguntádole acerca de cómo habia pasado la noche, entró francamente en materia, diciéndole de este modo:

—Su merced sabe, señorito, cuánto le quiero, y cuánto quise á la difunta (que esté en gloria); por lo mismo no estrañará el interés que me tomo, asi en sus pesares como en sus aumentos. Yo sé lo que es el mundo, y aunque hace muchisimo tiempo que tuve veinte años, alcanzo lo que puede dar de si: en una palabra, su merced tiene amores, y no es tan bien correspondido como merece.

Asombrado se quedó el buen D. Pepito al oir aquel rasgo, que él creia de sagacidad, aunque en rigor solo lo fuese de la refinada malicia natural en las viejas; y como además un enamorado novel es capaz de ir á contarle sus penas á la bigornia de un herrador, de aqui fué que de pe á pa la puso al corriente de su estado, y de sus pocas, por no decir ningunas esperanzas.

Escuchole atentamente Remigia, y despues que hubo acabado, le dijo con tono solemne y misterioso: «Véo que lo que su merced necesita es saber si Doña Rosa está ó no dispuesta á quererle, y eso es asunto de poca dificultad. Yo conozco una gitana que es un prodigio, y que como sietemesina que es, no hay quien la eche el pié adelante en esto de decir la buenaventura. Iremos á su casa, y por un par de pesetas sale su merced de cuidados.»

La formalidad con que esto decia la vieja, impuso un poco al enamorado Pepito; pero luchando aun entre las preocupaciones en que habia sido criado y las prudentes dudas de su no muy bien cultivada razon, respondió á su consejera:

—Pues qué, ¿crées tú que pueda tanto la habilidad de una gitana que?...

—¡Y cómo si lo creo! contestó Remigia: por mis propios ojos he conocido á mugeres que han visto muchas veces en el pozo de la tia Blasa á sus maridos, que estaban en Indias, y otras cosas á este tenor; pero lo que no me podrá negar nadie es lo que sucedió á una cuñada mia, y que le contaré á su merced para que vea lo que sabe la gitana. Pues, señor, mi cuñada era muy pobre, y así la conocí yo hace años en el barrio de la Viña, cuando un dia, habiendo ido á que la tia Blasa le dijese la buenaventura, le pronosticó esta que pronto habia de tener dinero, y que la fortuna le habia de entrar en su casa por el rabo de un gato negro. Rióse la muger y volvió triste á su casa: ¡pero figúrese su merced cuál se quedaria cuando al entrar en ella vió en efecto un gato negro que dormia al lado del anafe! Así siguió por cerca de un mes, como si se hubiese criado allí desde chico, hasta que una tarde que el animal dormia junto al fuego, metió en él la punta del rabo, chamuscándoselo todo: con el dolor despertó el gato, y corriendo por la puerta afuera, se metió en una habitacion, desalquilada habia ya muchos años, trepándose en seguida por un rollo de esteras viejas que estaban arrimadas á la pared. Con el peso cayeron al suelo las esteras, y mi cuñada encontró dentro del rollo un bolson de cuero lleno todo de pesos duros: puso con ellos un puesto de aceite y carbon, y antes de dos años ya tenia una casa suya en la Viña. Esto yo lo ví, que no me llo contó nadie.

Los enamorados creen en brujas, porque creen en todo: así fué que vencido D. Pepito por el último argumento, y por el *yo lo vi* terminante que lo acompañaba, se volvió á Remigia y le dijo:

—Hoy mismo has de venir conmigo á casa de la tia Blasa. Pues tanto alcanza, quiero saber mi suerte; y si para hacerla propicia necesita de dinero, yo la pagaré bien.

—Asi sea, dijo la vieja, y dos horas despues ya estaban ambos en la calle.

Al lado de la puerta oriental de la antigua villa de Cádiz, hoy Arco de los Blancos, se descubren los viejos restos del castillo que la defendia, llamado un tiempo *de la Villa*, y muy posteriormente *de Guardias Marinas;* su robusta mole yace aislada en medio de estrechísimas, sucias y empinadas callejuelas, en las que cada paso es un precipicio, y las cuales positivamente no han sido jamás pisadas por la mayor parte de mis lectores, ignorando quizá muchos de ellos hasta su misma existencia. En una pues de estas, á quienes daremos si se quiere el nombre de calles, aunque mas parezcan vericuetos de cabras, y enfrente de uno de los torreones, que á despecho del tiempo y de la autoridad alzan todavia sus negras cabezas sobre aquel negro suelo, se ven aun las ruinas de algunas casas que el desnivel del terreno hace aparecer hundidas y como subterráneas, haciendo mas triste y asombradizo el aspecto de aquel lugar tan poca vez hollado por planta humana. Uno de aquellos arruinados casuchos, dice la historia, era por los años de 1799 la inmunda habitacion de la tia Blasa, y hácia él trepaban á buen paso, en el momento de que hablamos, la buena Remigia y el cándido Pepito: aquella llena de esperanzas y henchida de ilusiones, á que la autorizaba la memoria del rabo del gato; y este caminando por máquina y tropezando con todo el mundo, segun antiquisima y perjudicial propiedad de todo enamorado.

Era el templo de esta sibila del barrio de Santa María, un ahumado y sucio cuartucho, cuya natural lobreguez aumentaba el pardo color de unas paredes tan vírgenes de cal de Moron como preñadas de telarañas, jamás molestadas por la escoba, y cuya pacífica posesion disfrutaban de padres á hijos cien generaciones de aquellos asquerosos insectos. Hácia un rincon del lado de la estrecha puerta yacia en el suelo un roto anafe de yeso, que en algun tiempo debió de haber sido blanco, sobre el que se elevaba entre tres carbones medio apagados un desboquillado puchero, del que exhalaba su oriental aroma el flatulento potaje de lentejas. Sobre una silla coja, arrimada á la pared por una precaucion harto prudente, dormian con el tranquilo sueño de la infancia un gato maltés y un perro chino, como dormian Rómulo y Reno en la cueva de la loba del Tiber: otras dos viejas sillas, cuyas mugrientas aneas habian sido en parte reemplazadas por algunas ralas tomizas, y una alacena con puertas de celosía, colgada de dos clavos que habia en la pared, componian, amen de su persona, el ajuar ostensible de la tia Blasa.

Era esta una muger como de hasta cincuenta años; grandes y espantados ojos; cabello lacio, negro y lustroso como el ébano, cayendo en largas greñas sobre su espalda y á entrambos lados de su africano rostro. Unas anchas y cortas enaguas, verdes algun dia, pendian de su cintura, dejando la parte superior del cuerpo entregada á una esclusiva camisa, no tan exenta de respiraderos que no necesitase el auxilio de un viejo retazo de mantilla de francla, la cual, cruzados ambos picos sobre el pecho, venian á atarse á la espalda, tres ó cuatro dedos por cima del talle.

Al entrar Remigia y su jóven compañero en aquella estancia, donde

debia abrírseles el libro de los hados, hallaron á la sacerdotisa sentada en el suelo y mondando un pepino, destinado sin duda á amenizar el nocturno gazpacho; y aunque parezca que el ser sorprendida en ocupacion tan poco digna de un intérprete de las estrellas, debió haberla enojado. no fué así, antes al contrario, no bien oyó la salutacion de la vieja doncella, cuando alzando la cabeza, y separando con la una de sus descarnadas manos los prolongados cabellos que caian sobre sus ojos, contestó con un Dios guarde á sus mercedes, sin mudar por eso de postura ni abandonar el resto de un cuchillo sin mango que empuñaba para llevar á cabo su comenzada tarea. Entonces Remigia, dirigiéndose á ella, le habló de esta suerte:

—Señora Blasa, aquí le traigo á V. un marchante que pocos mejores habrá tenido en su vida: necesita de su ciencia en la buenaventura, y de los consejos que su mucho saber puede darle; porque el pobrecito, como V. habrá conocido ya en esa cara de dos palmos de largo que trae puesta, está enamorado como un borrico de una currutacuela de diez y ocho, que ha dado en la flor de no querer á mi señorito. Animo, y á él, señora Blasa, y cuenta con que no lo deje por ningun dinero, pues el hijo de D. Braulio Churrugaya merece eso y mucho mas.

En oyendo esto se levantó la gitana sobre sus chancletas, que dejaban descubrir buena parte de dos flacas y desnudas piernas, y acercándose al mozo, dijo, despues de mirarle con afectada atencion:

—¡Y que es como una perla! Dios lo libre de mal y lo guarde de tanta mozuela picarona como anda por ahí echando á perder á los hijos de familia. No tenga su merced cuidado, hijo mio, cuénteme todo, y confie en que se hará lo que se pueda.

Absorto estaba Pepito de cuanto veia y escuchaba; pero ya estaba dado el primer paso, y era repugnante el volverse atrás: por otra parte, ¿qué es lo que iba á aventurar en aquella nueva confesion? Asi fué que sentándose á ruegos de Blasa y con la necesaria precaucion en una de las desvencijadas sillas de aquel zaquizamí, comenzó á relatar ce por be todo cuanto ya saben mis lectores, á los que harémos gracia de esta segunda edicion de sus quijotescos amores y de sus lastimosas aventuras. Oyólo todo atentamente la sagaz vieja, y poniéndose despues en guisa de meditar algun grave proyecto, permaneció pocos instantes con la cabeza apoyada en la una mano, cerrados los ojos, y pronunciando en voz baja algunas palabras ininteligibles, al cabo de las cuales se levantó de nuevo, abrió la alacena, y sacó de ella una mugrienta baraja, algo semejante á la del honrado Rinconete: hecho esto, pasó entre ambos el siguiente coloquio:

—Dijo su merced que esa niña se llamaba Rosa: ¿no es verdad?

—Asi es en efecto; pero yo no entiendo qué tenga que ver...

Blasa entre tanto sin curarse de sus objecciones, puso la baraja en el suelo, alzó un naipe (era la sota de bastos), y sacando un alfiler picó con él en tres distintas partes de la figura, que fuéron entrambos ojos y la punta de la oreja izquierda, y poniendo en seguida el ya dicho naipe á la claridad, pareció como que observaba atentamente la respectiva distancia de las picaduras.

(*Continuará.*)

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Á ELISA.

¿Por qué en carmin bañada,
dulcísima doncella,
la faz ocultas candorosa y bella,
y en el tímido seno
doblas la frente, hurtando la mirada?
tal huye la paloma
y escóndese cobarde cuando asoma
la parda nube donde mora el trueno.

Oh! ven, no temas: fria
mi frente está, y sin lumbre
mis ojos, que al desmayo rinde el tedio;
y mas, Elisa mia,
no aguardo en mí remedio
si no es que en tu mirada amor vislumbre,
y aspire el ámbar que tu labio cria.

¿No sé ya que me adoras
y en sed de amor tu corazon suspira?
¿Pues qué tardas? Al rayo de la luna
conmigo ven risueña
donde no turbe sombra ó voz alguna
el largo paso de las blandas horas
en nube, ó fuente, ó desatada peña.
Mírame entonces, mira
la hoguera de mis ojos apagada,
incéndiala en tu amor, y arda la lira
con tu voz y mi voz entusiasmada.

Dejemos la arboleda
cargada en fruta y flores,
en cuyos troncos el jazmin se enreda,
cuyo ramaje pueblan ruiseñores;
allí la torpe muchedumbre ondea,
la mente hartando en fútiles antojos;
mas comprimido el corazon desea,
y brota en vano, de los labios rojos
que el azahar copioso perfumea,
amor, y amor de los sedientos ojos.

Dejemos la ignorada
húmeda gruta como noche umbría
donde nunca tocaron de pasada
ave, aroma de flor, ni luz del dia,
donde trémulo acude,
porque la negra soledad le escude,
el miserable adúltero que corre
la senda del placer con torpe planta,
aquel que en pena tanta
pide á la sombra que su dicha borre
y odia el recuerdo que la dicha encanta.

Libres somos tú y yo, como la hoja
que salta leve del robusto tronco,
y, ya camina por el aire ronco
de las nubes en pos, y ya se arroja,
detrás de la corriente
que lenta arranca del peñon la fuente.
¡Libres somos los dos! Y ni engañado
esposo en justo ceño,
ni padre amante, ni galan burlado,
turbarán el instante que halagüeño
des, Elisa, á mi pecho enamorado.

Dulce, eterna ventura
hallaremos tranquilos,
debajo de los tilos
que nos estan sus copas ofreciendo,
y en lecho de balsámica verdura,
solos los dos, mas de ninguno huyendo;
y en suspiros rompiendo
irá mi voz tras de tu voz querida,
y acorde oiremos su feliz conjunto,
mirándose en un punto
mi alma con tu alma confundida,
y mezclado en ardiente desvario
con tu cándido amor el amor mio.

¿Y aun te ocultas? ¿Aun velas el semblante,
y al pecho palpitante
juntas la blanda frente, y en rocío
de amargo llanto impío
conviértense, mi Elisa,
las dulces olas de tu dulce risa?
Qué tienes? ah! ¿te enoja el que te ame
tanto, ó quizá el acento dolorido
que tu desden me arranca,
ó que á frondosa soledad te llame,
y aquella, á cuyo rayo te convido,
cándida luna, silenciosa y blanca?
Dime, mi bien, qué tienes,
mira que solo en tí venturas creo,
y si á la voz de mi cantar no vienes
con lento afan me matará el deseo.

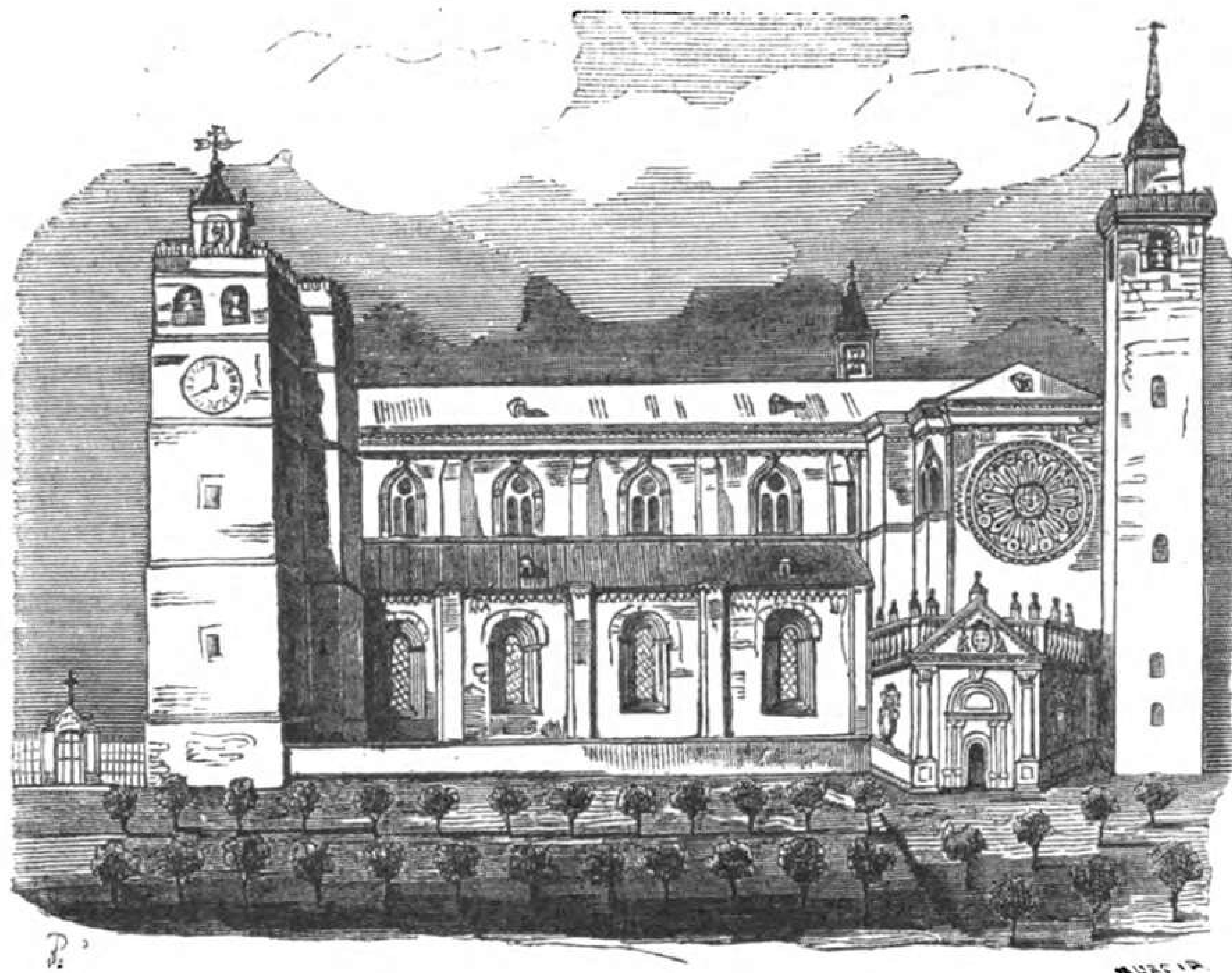
Pero ¡al cabo la pena
de tu sencillo corazon comprendo!
¡casto rubor tirano te encadena,
y al esplicarte mi pasion te ofendo!
ay! como quieras á callar me obligo,
mas ven, Elisa, por piedad conmigo.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

22 de Abril de 1852.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.



LA CATEDRAL DE SIGUENZA.

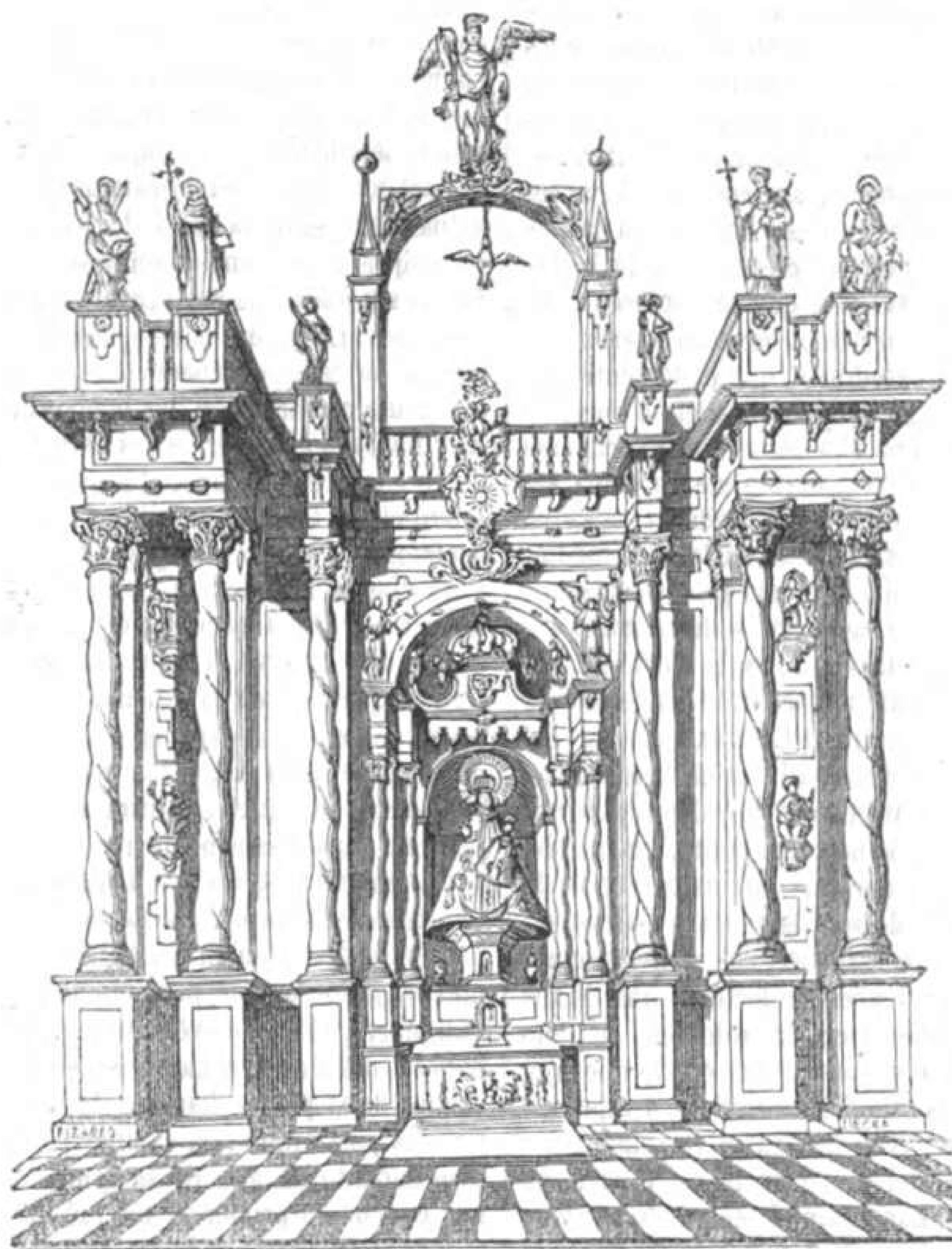
Imposible parece que en el trascurso de diez y siete años que hace se abrieron las páginas del SEMANARIO para que las artes pintaran sus bellezas y las ciencias consignaran sus adelantos, no se haya anticipado alguno á nuestro pensamiento, haciendo la descripcion del templo cuya fachada principal ofrecimos á nuestros lectores en uno de los números anteriores (1). Ni su magnificencia, ni su mérito artístico, merecian tan vergonzoso olvido, y sin embargo, ninguno ha contribuido á perpetuar su recuerdo; nosotros vamos á subsanar tan afrentosa falta, y á pagar un tributo de justicia debido á su gran mérito, antes que la accion destructora del tiempo acabe con este, como con tantos otros edificios que desgraciadamente ni aun se conservan en la historia. La vista solo de su fachada principal, y la que se representa en el grabado que ponemos al frente de este artículo, revelan desde luego esa majestuosidad de nuestras célebres catedrales, que justamente han merecido llamar la atencion del viajero, sirviendo de modelo á nuestros artistas modernos. Siendo la que nos ocupa una de las cuatro primeras de España que reunian mas pingües rentas, naturalmente debia ser tambien rica en su fábrica y adornos. La catedral de Sigüenza, ese vivo testimonio de la gloriosa historia de nuestras artes en la edad media, deberia verse, porque no es dado al lápiz ni á la pluma producir la emocion grata que se siente cuando por la primera vez se la contempla y admira; cuando damos vista á su magnífico atrio, y la elevamos á la grandeza de sus dos torres, se arroba el alma y se dirige sin pensarlo á la Divinidad. Increible parece que en una sierra de Castilla y en una ciudad tan humilde, exista un edificio tan notable. El viajero que por casualidad ó por curiosidad la visita, no se arrepiente de haber pisado esa nueva ciudad, fundada por los restos de la inmortal Sagunto, espanto del imperio romano. En la imposibilidad de dar una noticia detallada de esa ciudad llena de recuerdos históricos y de preciosidades artísticas, sin abusar del espacio de que nos es permitido disponer, nos contentaremos con hacer una ligera reseña, y ofrecer á nuestros lectores una de sus vistas principales. Situada en una pendiente colina, solo tiene en llano la moderna y vistosa calle de San Roque, construida, con lo que hoy es convento de Ursulinas, y otros varios edificios magníficos, á espensas del obispo señor Guerra, en los años de 1787 y siguientes. Sus simétricas casas de piedra sillería, tiradas á cordel y con anchas y espaciosas aceras, sobre ser sumamente cómodas, hacen muy buen efecto á la vista; indudablemente el que entra en la ciudad por la parte de Aragon y atraviesa el delicioso y hermosísimo paseo de la Alameda, y esta calle, se forma una idea muy aventajada de este pueblo. Las demás calles son generalmente estrechas y muy pendientes. En invierno la temperatura es sumamente fria, pero en cambio en la época de verano se respira una brisa fresca que hace agradable el país. Entre los muchos edificios notables que la embellecen y adornan, merece citarse en primer término el colegio de los Infantes, el de San Antonio, la casa de Misericordia, y el castillo ó fortaleza que la domina, y que ha servido de palacio á los obispos de la diócesis por espacio de muchísimos años, hasta que en la pasada guerra sirvió de fuerte, y de resultas quedó inutilizado para el objeto á que antes habia estado destinado; pero compuesto y reparado en el año último á espensas del gobierno y del ayuntamiento, ha vuelto á su antiguo destino, y actualmente se halla habitado: una de las torres de esta fortaleza se asegura sirvió de prision á la reina Doña Blanca, debiéndose á esta circunstancia sin duda que hoy sea conocida con el nombre de la torre de Mari-Blanca. Los lindos paseos, abundantes fuentes, sus jardines y sitios de recreo, su célebre acueducto, asombroso por su inmensa elevacion y arrogante construccion, los buenos alimentos, buenas casas, y el franco y honrado carácter de sus naturales, hacen sensible al que ha vivido en ella algun tiempo, el momento de abandonarla. La capital de la provincia no tiene tantos títulos ciertamente á serlo, como esta ciudad; decimos esto no por ser hijos y haber pasado en ella los primeros y mejores dias de la vida, ni por el cariño que nos inspira la tierra que guarda los restos queridos de las personas que nos dieran el ser, ni porque nos halague la esperanza de que se repare algun dia esta falta, sino porque toca en lo ridículo que una ciudad céntrica, con silla episcopal, con edificios capaces para oficinas, con milicia provincial á que dió nombre en su dia, y con tantas otras ventajas sobre la capital, sea subalterna de aquella, contra todo principio de justicia y de conveniencia. Mas insensiblemente nos íbamos alejando de nuestro propósito: nuestros lectores nos dispensarán esta digresion, y anudando el hilo de nuestra tarea, apartaremos por un momento la vista de la ciudad, para fijarla en su hermosa catedral. El frontispicio es uno de los mas majestuosos que presenta la arquitectura de nuestras catedrales antiguas, y si bien es verdad que apenas se notan en esta fachada las bellezas del cincel, como no sea en el medallon de S. Ildefonso, colocado encima de la puerta llamada de los Perdones, y algunas grecas de las puertas colaterales, en cambio el conjunto ofrece una magnificencia sorprendente. El año de su fundacion se ignora absolutamente, pues aun cuando su primer obispo fué Paulo Sergio, discípulo de S. Pablo, la ocupacion posterior de los godos y sarracenos ha envuelto su origen en la mas completa oscuridad, tanto mas, cuanto no habiendo quedado en la reconquista un solo morador, nos falta hasta el recurso de la tradicion. Sin embargo, en su construccion se advierten sus diversas épocas, y aunque. segun diremos despues, en una lápida sepulcral se nota que el año de su consagracion fué el de 1127, en tiempo de D. Alonso VII. La elevacion de su nave mayor es de 1488. Su órden es corin-

(1) Véase el número 12 del SEMANARIO.

tio, y su bóveda gótica, descansando en 24 columnas medias y enteras, que dividen sus tres naves; su forma es de cruz latina, y su estension de 342 piés de largo por 105 de ancho, y 150 en su crucero. La elevacion de la nave del medio es pasmosa, alcanza á 105 piés, es decir, poco mas ó menos que la de Sevilla. La capilla mayor, ese sagrado recinto donde se celebran los divinos oficios, y en donde se hallan sepultados todos los obispos que ha tenido la diócesis, es de una vista encantadora por su magnífica construccion, por su estension, doble que la de Sevilla, por la hermosa luz que recibe por once ventanas góticas que tiene, y por el elegante y majestuoso adorno de terciopelo carmesí con que se cubren sus paredes en cierta época del año. No es menos notable su magnífico retablo, construido en 1613 á espensas del obispo D. fray Mateo de Burgos; es de órden compuesto, participando del dórico y corintio: en su primer término pertenece al dórico, y en los dos restantes al corintio. Contiene ocho hermosísimos cuadros grandes de esbelto relieve, que representan los misterios mas grandes de nuestra sagrada religion. Los mas notables, á nuestro juicio, sin desconocer por ello el mérito de todos, y los que mas atraen la atencion, son el que representa la Transfiguracion, casi en tamaño natural, y el del *Ecce-homo*, mas pequeño que el anterior, que representa un grupo de judíos, pidiendo con su *tolle tolle* la muerte del Justo. Las demás capillas, aunque bien distribuidas en la estension del templo, se resienten de poca uniformidad, si bien su variedad hermosea. Entre sus cuadros se hálla el de Santa Ana dando leccion á la Santísima Vírgen, tan gracioso y tan encantador como todos los productos de nuestro célebre Murillo, de quien es. La capilla llamada del Jesus está llena de arabescos, y tan magnífica, que difícilmente se hallará otra semejante. La de Santa Librada, patrona de la ciudad, es bastante buena en su conjunto, pero de un mediano dibujo en su escultura y adornos: tendria indudablemente mayor belleza si se hallara colocada en el centro de su frente, y no hiciera ángulo con el sepulcro de D. Fadrique, que la rivaliza. En su retablo, todo de mármol blanco, se conserva guardado en una preciosa urna con tres cerraduras el cuerpo de la santa, y en el lado de la epístola se halla el sepulcro y busto del obispo D. Federico de Portugal, á cuyas espensas se hizo. La del trascoro es de jaspes; compite, si es que no aventaja, á las mejores de todas las iglesias de España; y si se hubiera concluido segun el proyecto, superaria á las mas celebradas de los estranjeros. Otra de las capillas, llamada antiguamente de Santo Tomás Cantuarense, y que hoy se halla dedicada á Sta. Catalina y S. Juan Bautista, fué fundada por D. Fernando de Arce, obispo de Canarias. Lo mas notable que contiene son los diferentes sepulcros de mármol, perfectamente labrados, y los bustos de las personas cuyos restos encierran. A la entrada, á mano izquierda, se halla el sepulcro y busto del fundador, vestido de obispo, y sobre el nicho una inscripcion en letra romana, que dice:

FERNANDUS DE ARCE
PRIOR OXONCENSIS ECCLESIE DEMUN
EPISCOPUS CANAREIS REGIE MAJESTATUS CONSILIARIUS. OBIT
ANNO MDXXII.

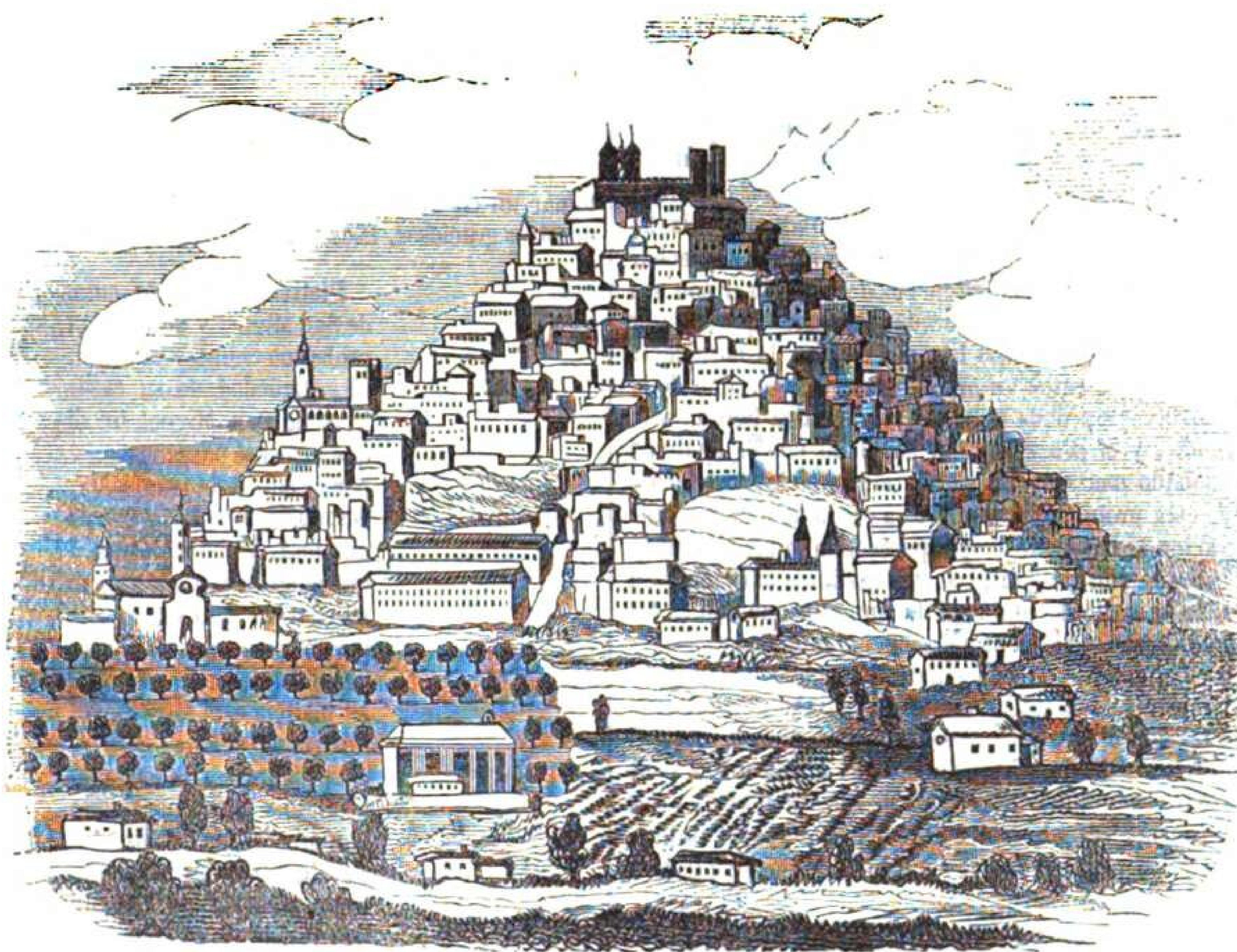
En el otro lado se ve otro busto de muchísimo mérito, recostado, en aptitud de leer, vestido de militar y con la cruz del hábito de Santiago en el pecho: tiene escrito en letra gótica: «Aquí yace D. Martin »Vazquez de Arce, caballero de la órden de Santiago, que mataron los »moros socorriendo al muy ilustre señor duque del Infantado, su señor, »en la vega de Granada; cobró en la hora su cuerpo Fernando de »Arce y lo sepultó en esta capilla. Año de MCCCCLXXXVI, en el que »se tomó la ciudad de Loja y las villas de Mora, Motril y Montefrío, en »las que se hallaron padre é hijo.» En el lado derecho hay otros varios sepulcros de la familia del fundador, tambien con inscripciones que espresan sus nombres y los años en que murieron; y en el pavimento de la capilla hay otros dos sepulcros unidos, labrados los bustos, armas y adornos con el mejor gusto: contienen los restos de D. Fernando de Arce, comendador de Mantua, y de Doña Catalina de Sosa, su muger, padres del fundador. En este mismo lado derecho se conservan dos banderas, y debajo de ellas se lee en letra muy antigua: «Estas dos banderas se ganaron de los ingleses á cinco dias del mes de »junio de 1589, estando sobre la ciudad de Lisboa su campo, por D. Sancho Brabo Arce de Lagunas, caballero de la órden de Alcántara, señor »de Molino de la Torre y capitan de caballos por el invictísimo rey Don »Felipe, nuestro señor, Segundo de este nombre, y como patron de esta »capilla las mandó poner en ella en el año de 1590.» En el interior del templo hay otros varios sepulcros, unos totalmente borradas sus inscripciones, y otros que se leen con dificultad, llamando especialmente la atencion por su buena construccion el de D. Bernardo, primer obispo de Sigüenza despues de la restauracion, que cercó la ciudad, reedificó



Retablo de Ntra. Sra. de la Mayor.

y bendijo la catedral, é instituyó en ella en el año de 1123 prior y canónigos reglares de San Agustin, siendo sumo pontífice Calisto II, y rey de Castilla y Leon D. Alonso VII. Estando ocupada toda la tierra por los Moros, salió en persona á la guerra, dejando ordenado que si moria en ella, le sepultaran en la iglesia, como se verificó en el año de 1143. Las demás capillas, esceptuando la de la Purísima Concepcion y la llamada de la Mora, que contiene doce preciosos cuadros que representan las Sibilas, no llaman la atencion, y en el dia no tienen uso.

Dando frente á la puerta principal de los Perdones, se halla el retablo de Nuestra Señora de la Mayor, que representamos en el grabado. El mal gusto del artista merecería justamente que no nos ocupáramos de su obra, á no ser por sus preciosas columnas de jaspe de una sola pieza, y por el gran mérito que tienen los cuatro evangelistas de bronce, de tamaño natural, colocados en la cornisa. La imágen es antiquísima: se cree que existia antes de la entrada de los sarracenos, y que se conservó oculta mientras ocuparon á España, aunque se ignora el sitio. Tomó el título que lleva de resultas de haberla colocado en el altar mayor de la Iglesia, que acababa de restablecer el referido obispo D. Bernardo, permaneciendo allí muchos años, hasta que el obispo señor Burgo costeó el retablo de la capilla mayor, se la trasladó á la del Jesus, y á muy poco tiempo otro de los obispos, el señor Brabo, mandó construir el retablo que hoy tiene, y se la colocó en él. Sobre todo lo que mas llama la atencion y admira en esta basílica es la sacristía mayor, llamada el Sagrario, en la que la arquitectura ha fijado todo el adorno del órden corintio en su bóveda, arcos y cornisas. En la primera, que es el asombro de cuantos artistas la han visitado, y la mas caprichosa que puede trabajarse, hay mas de cinco mil cabezas primorosamente concluidas, y con la circunstancia particular de no haber dos semejantes: la hizo el arquitecto Antonio de Covarrubias, y es indudable que fué una de sus mejores obras. Dentro de esta sacristía hay una capilla de un gusto esquisito, destinada á conservar infinidad de reliquias; una hermosa cajonería, una fuente, y varios cuadros y crucifijos de marfil perfectamente acabados. En la delicadeza y trabajo del púlpito del Evangelio se agotaron todos los encantos del arte; en vano busca el observador con ánsia el nombre del artista para tributar á su memoria el homenaje que reclama su mérito; su nombre se ha sepultado con él, y nuestras investigaciones no han producido resultado. Sus facetas representan la Pasion del Salvador, siendo admirables la belleza y perfeccion de sus formas, y el acierto del buril para dar á aquel cuadro descolorido la animacion y vida que se encuentra en él. Su pensamiento y su ejecucion es un portento del arte, y á juicio de los inteligentes que se han acercado á examinarlo, la mano del hombre no podia hacer mas. Las rejas de la capilla mayor y del coro son tambien magníficas; la sillería de aquel es gótica, de nogal, de variados y vistosos dibujos, distintos unos de otros; el lápiz se niega á seguir las infinitas labores de aquellos encajes de madera; se ignora quién la hizo, y solo se sabe que la costeó el cardenal Mendoza, y que se sentó en ella algun dia el cardenal Gimenez de Cisneros. El claustro cerrado que da paso á oficinas dependientes de la catedral es tambien gótico y de mucho mérito; incrustados en sus paredes se cuentan infinidad de nichos; en medio tiene un delicioso jardin; la bóveda es magnífica, y el pavimento de piedra de silleria perfectamente labrada. La fachada y puerta del Mercado, que va al frente del artículo, y la arboleda que en estos últimos años se ha planteado, presentan una vista encantadora; en la zanja que se abrió al intento se han encontrado varias lápidas sepulcrales labradas con bastante cuidado, infiriéndose de ellas, y de las noticias que se conservan en el archivo, que aquel sitio en lo antiguo estaba destinado á tumbas de los caballeros: una moneda que tambien se ha sacado es del año de 1300. La torre llamada del Santísimo, que se ve en la lámina á la derecha de la puerta del Mercado, tiene de elevacion 186 piés; de resultas de un terremoto quedó algo desnivelada y torcida, habiendo tenido necesidad de ponerla unos fuertes cruceros de hierro que la atraviesan y dan toda la seguridad que debió perder entonces; en el dia no tiene otro uso que avisar oportunamente á los campaneros de una de las otras dos torres el momento solemne en que el sacerdote eleva la hostia consagrada á la adoracion de los fieles: la torre principal repite la señal, y los habitantes suspenden sus labores por los momentos que dura el misterio que se está operando. Sería interminable este artículo si nos detuviéramos á reseñar la sala capitular, sus cuadros, el nuevo cementerio, su riqueza en estatuas, custodia, ornamentos, y otras muchísimas preciosidades que encierra este soberbio edificio, cuando no bastarian semanas para verlo y admirarlo.



(Vista de la ciudad de Sigüenza, por la parte septentrional.)

Nuestro propósito era solamente dar una breve noticia de este suntuoso templo, que seguramente es uno de los principales de España; era tambien una necesidad salvarlo de la mano asoladora que pudiera destruirlo; trasladándolo al SEMANARIO para que le recoja y guarde la historia como una bella creacion de las artes. Los que sin alejarse de nuestro suelo viajan por conocerlas, no deben olvidarse de visitar la catedral de Sigüenza, con seguridad de encontrar en ella prodigios y preciosidades que no hallarian tal vez en otros paises.

FRANCISCO GARCIA SOMOLINOS.

TEATRO DE BELMONTE.

Con LUIS BERMUDEZ BELMONTE, poeta famoso en el primer tercio del siglo XVII, sucede lo que con D. Guillen de Castro, que nadie hablaria hoy de ellos ni serian apenas conocidos, á no ser por una de sus producciones dramáticas, que salvando el trascurso de los tiempos y las alteraciones del gusto, han llegado hasta nuestros dias envueltos en una gran popularidad, y como muestras únicas del talento de sus autores.

En el artículo que consagramos á Guillen de Castro, llamábamos la atencion de los éruditos hácia el desconocido repertorio del autor de *Las mocedades del Cid;* hoy nos cumple consignar igual deber respecto del no menos raro y descuidado de BERMUDEZ BELMONTE, á cuya festiva y discreta pluma se atribuye con fundamento el drama tan popular aun hoy en nuestra escena, que lleva por títulos *El mayor contrario amigo y diablo predicador*.

La ingratitud y el desden que parecen haber pesado especialmente

sobre la memoria de este autor, no solo ha hecho rarisimos los ejemplares de la mayor parte de sus piezas dramáticas, hasta el punto de que solo hoy conocemos una media docena de ellas, sino que aun la ya citada, tan repetida y llena de aplausos, le ha sido disputada, y atribuida unas veces á un N. Bermudez (que era el primer apellido de BELMONTE), otras á un padre Damian Cornejo (que no sabemos quién fuera ni si existió), otras á D. Francisco Malaspina (que escribió otra con el mismo título), y las mas, en las numerosas reimpresiones que de ella se han hecho, ha salido anónima bajo el epígrafe de Un ingenio de esta corte.—Sin embargo de todo, la opinion general, fundada en razones dignas de crédito, la coloca hoy indisputablemente entre las comedias de BELMONTE, del discreto escritor de quien decia Montalvan «que habia continuado muchos años el escribirlas y acertarlas (que en el todo es uno), siendo en las veras heróico y en las burlas sazonadisimo.»

Sin duda lo atrevido del argumento de la comedia de *El diablo predicador*, y el desenfado y libertad de alguno de los caractéres en ella trazados, dieron causa á BELMONTE para encubrirse en el anónimo, previendo tal vez la prohibicion ó censura que dos siglos despues habia de sufrir; pero es lo cierto que durante todo el siglo XVII y el XVIII nadie descubrió en ella intenciones solapadas ni objeto pecaminoso, antes bien era mirada bajo el aspecto de una comedia religiosa, una especie de auto sacramental en que se encerraba nada menos que el apoteosis de la órden de San Francisco y de la caridad cristiana: todo el público aplaudia el original pensamiento del demonio, convertido por la voluntad divina en fraile predicador y catequista; todo el mundo simpatizaba con la donosa y grotesca figura del lego fray Antolin, sin sospechar que pudiera envolver la mas mínima intencion de ridiculizar con sus acciones y su estilo cómico la misma venerada institucion que el autor se proponia enaltecer.—Pero vinieron tiempos en que la suspicacia intolerante de ciertas clases, entonces prepotentes, se apercibió de la malicia que debia envolver sin duda aquella epigrámatica figura, y la comedia fué prohibida, y el pobre Antolin señalado con el anatema que nunca habia soñado merecer. Su popularidad sin embargo fué en aumento á pesar de esta prohibicion, y tal vez á causa de ella, y cuando la actual generacion la ha vuelto á ver aparecer en la esceea con su rústico desaliño, con sus chistosas salidas, sus instintos carnales y su franca locuacidad, le ha recibido con toda la simpatia que aun en los sugetos menos dignos suele escitar una persecucion infundada.

No entraremos en el análisis de esta señalada produccion, ni tampoco ofreceremos muestras de su estilo, porque siendo tan generalmente conocida, seria trabajo escusado, y si solo diremos que su original pensamiento y su atrevido desempeño, dan derecho á BELMONTE para ocupar un puesto entre los notables escritores de nuestro teatro, y nos han impulsado mas de una vez á buscar en las demás obras de su pluma nuevas pruebas de su original invencion, su ingenio y su festivo estilo.

Por desgracia nuestras investigaciones han sido infructuosas para obtener el conjunto de su rarisimo repertorio, y solo por las comedias tituladas *El principe villano*, *La renegada de Valladolid*, *El afanador de Utrera* y *El Principe perseguido*, únicas que hemos alcanzado á ver, podemos juzgar hasta qué punto fué merecida la fama y popularidad de BELMONTE en sus dias, y hasta dónde parece justo el olvido en que despues vino á caer. Igualmente deducimos de este exámen comparativo, que es el verdadero género á que su pluma era inclinada, y en él habremos de juzgarle, desentendiéndonos de las cualidades negativas que observamos para los otros.

La comedia, por ejemplo, que lleva por título *El principe villano*, y que por su argumento y estilo pertenece al genero heróico, nos demuestra claramente que no era por aquel camino por donde la musa de BELMONTE era llamada á marchar con desembarazo. Su oscura y complicada accion, sus amanerados caractéres, su estilo hinchado é hiperbólico, distan seguramente mucho de tener el valor que los mismos viciados modelos que sin duda se propuso imitar, y no merece ciertamente los honores del análisis y la crítica; y si hemos de juzgar por la muestra, suponemos que lo mismo sucederá con los dramas de iguales pretensiones de *El gran Jorge Castriotto*, *Los trabajos de Ulises*, *Las siete estrellas de Francia*, *El Triunvirato de Roma*, etc.—Pero en el de *La renegada de Valladolid* (comedia que envuelve un pensamiento religioso en un argumento mundano), hallamos ingenio, originalidad y filosofía: hay maestria en la pintura de los caractéres, y grande analogía entre ellos y su estilo con los de *El diablo predicador*. Por último, en la de *El principe perseguido* (cuya segunda jornada pertenece indudablemente al autor de aquella célebre comedia) se revela tan á las claras el genio cómico y epigrámatico de BELMONTE, lo sazonado de sus burlas (segun la espresion de Montalvan), que hay motivos para creer que en el resto de las comedias que hoy no conocemos, campearia de preferencia la gracia y el donaire que engalanan las ya citadas, y que parecen brotar naturalmente de su pluma.

Aun en la primera ya citada de *El principe villano*, entre el oscuro laberinto de sus escenas y el alambicado estilo de sus pensamientos, despunta siempre el sazonado chiste del autor, en boca del gracioso Perejil, como cuando prorumpe en el breve y discreto cuento ó epigrama que no queremos dejar de recoger.

Robáronle á Anton Llorente
su pollino: él con desvelo
hizo plegarias al cielo
mas humilde que impaciente;
pero viendo que el que aguarda
alcanza su gusto tibio,
vino á tomar por alivio
consolarse con la albarda.

Aun es mas donairoso y decidor el criado Naranjo de *La renegada de Valladolid*, y de este se puede decir como del de fray Antolin, que ocupa toda la escena y cautiva constantemente la atencion y la risa del espectador, desde que sale la primera vez diciendo:

Yo, mi señor capitan,
si el traje no lo embaraza,
quisiera sentar la plaza
aunque fuese en la del pan, etc.

Pero de sus muchos chistes y continuado gracejo, solo queremos tomar un cuento, que es sin duda de los mejores puestos en boca de nuestros graciosos. Dice pues así:

Pleiteaban ciertos curas
de San Miguel y Santa Ana,
probando el uno y el otro
la antigüedad de su casa.
Y el de San Miguel un dia,
que acaso se paseaba
por el corral de la iglesia,
descubrió mohosa y parda
una losa, y ciertas letras
que gastó tiempo en limpiarlas.
Dicen: *Por aqui selim;*
partió como un rayo á casa
del obispo, y dijo á voces:
Mi justicia está muy llana,
ilustrisimo señor;
esta piedra era la entrada
de alguna cueva por donde
el moro Selim entraba
para guardar los despojos
en la pérdida de España.
Quedó confuso el obispo;
pero el cura de Santa Ana
que estaba presente, dijo:
Vamos á ver dónde estaba
esa piedra tan morisca
que tan castellano habla.
Fuéronse los dos, y entrando
á la misma parte, hallan
rompida otra media losa,
y que juntándolas ambas
dicen: *Por aqui se lim-pian*
las letrinas de esta casa.

Donde se revela en fin cumplidamente el ingenio travieso, el donoso estilo del creador del lego fray Antolin, es en la amena pintura de la vida frailesca, que dejó consignada en la jornada segunda de *El principe perseguido*, comedia en que BELMONTE trabajó, segun Fajardo, con Martinez y Moreto, y que corre impresa con el anónimo de tres ingenios. Hé aquí esta graciosa escena entre el príncipe de Moscovia, Demetrio, y el criado Pepino, ocultos y disfrazados de religiosos.

PEPINO...... Padre, este cuarto al momento
manda barrer el guardian,
que diz que esperando están
á un príncipe en el convento.
DEMETRIO... Deme la escoba, fray Pablo.
PEP......... Tome su escoba, fray Pedro.
DEMET....... Esto á mi grandeza medro.
PEP......... ¿No se rie de esto el diablo?
DEMET....... ¿De qué quieres que se ria?
¿De ver que es á mi persona
tan fácil esta corona
y me desvela la mia?

PEP......... Dices bien, que es purgatorio
toda dicha comparada
á la de un fraile, cifrada
desde el coro al refitorio.
Tras gastar aquí á pasajes
la mañana en parabienes
de antífonas y de amenes
que hacen mas hambre que pajes.
Sin cuidar de otras marañas
cada cual su paso inclina
al olor de una cocina
que penetra las entrañas.
Entra al refitorio, y mira
mesa puesta sin afan;
servilleta, fruta, pan,
un tazon que ámbar respira;
mandando el refitolero
diez legos arremangados,
cuatro gatos diputados
con mas lomos que un carnero,
va andando la tabla llena,
y pone cada varon
las manos en su racion
y los ojos en la agena.
Luego empiezan los cuchillos
en los platos la armonía,
y la fuerte ferrería
de mascar á dos carrillos.
Solo se oyen placenteros
chiqui chaques de quijadas,
que hay runfla de dentelladas
que parecen caldereros;
y entre el sonoro ejercicio
que al bajar y subir crecen
tantas manos, que parecen
los cazos del Artificio;
prorumpe un fraile: «A obediencia
nos obliga este instituto;»
y al son de aquel estatuto
hacen todos penitencia.
Luego andan dos frailecillos
llevando con manos diestras
candeales en unas cestas,
molletes en los carrillos;
dos legos á jarrear,
vertiendo sangre de hinchadas
las caras, como tajadas
de carnero á medio asar;
comen, y de dos en dos
á quien se lo da alabando,
salen tosiendo y rezando
en honra y gloria de Dios.
DEMET....... ¡Cómo luego tu ignorancia
fué á la materialidad,
pues entre tanta abundancia
puso la felicidad
en la menor importancia!
¿Hay vida de tanta suerte
como esta, en que á la partida
vuelve el rostro el varon fuerte
y se encuentra con la muerte
sin que le asuste la vida?
¿Sirven demás á un Señor
los reinos y los estados,
que al buscarlos, dé sudor,
al tenerlos, dé cuidados,
y al perderlos, dé dolor?
Nadie se compare pues
á quien vive en este estado;
pues aunque pobres los ves,
estan mirando á sus piés
todo lo que han despreciado.

Véase con qué delicado ingenio y piadosa intencion opone el autor esta bella réplica del príncipe á la satírica pintura del gracioso, como para borrar la impresion que sin duda habia de haber causado en el ánimo del espectador; que es el mismo sistema que sigue en ***El diablo predicador***, donde á vueltas de los festivos y atrevidos arranques del lego, coloca siempre, como para servirle de contraste, las ideas mas elevadas de religion y de sana moral, las únicas, sin duda, que animaban á BELMONTE y los demás autores que, con mas ó menos desenfado, trataron estos asuntos en nuestro antiguo teatro.

R. DE M. ROMANOS.

COMEDIAS

DE LUIS BELMONTE.

Acierto (el) en el engaño.
Afanador (el) de Utrera.
Amor y honor.
Conde (el) de Fuentes en Lisboa.
Casarse sin hablarse.
Darles con la entretenida.
Desposado (el) por fuerza.
Diablo (el) predicador, y Mayor contrario amigo.
En riesgos luce el amor.
Fiar de Dios, ó San Plácido.
Fiestas (las) de los mártires: auto.
Gran (el) Jorge Castriotto.
Hazañas (las) de Don García de Mendoza.
Hamete (el) de Toledo.
Hortelano (el) de Tordesillas.
Legado (el) mártir: auto.
Mejor (el) testigo el muerto, y Fortunas de Don Juan de Castro. (Con Roxas y Calderon.)
Mejor (el) tutor es Dios.
Príncipe (el) perseguido. (Con Martinez y Moreto.)
Príncipe (el) villano.
Renegada (la) de Valladolid.
Robador (el) de su honra.
Sancha la Bermeja.
Siete (las) estrellas de Francia, ó San Bruno.
Satisfecho (el).
Trabajos (los) de Ulises.
Tres (los) señores del mundo, ó triunvirato de Roma.

LA OREJA DE LUCIFER,

CUENTO POPULAR ANDALUZ

RECOGIDO POR FERNAN CABALLERO.

(*Fernan*).—Vamos, tio Romance, cuénteme V. un cuento.

(*Tio Romance*).—Qué, señor D. Fernan, si los que yo sé no son mas que mormajos.

(*Fernan*).—No le hace, sepa V. que á los madrileños les gustan los cuentos andaluces y me dicen que se los escriba.

(*Tio Romance*).—¿Y qué, lo que le cuento á su mercé va á ser ***imprentado?*** ¡Ay qué gracia! Vea V., yo que pensaba que aquellas gentes tan ***estirazadas***, que todas van á escuela de principios, no les habia de gustar mas que la ***latinidad***. Pero anda con Dios, yo he de hacer lo que su mercé me mande, que el que te favorece te ayuda á vivir, y es deuda agradecer, que el que no es agradecido no es bien nacido. Yo iré relatando, su mercé irá apuntando y le quitará á la relacion mia los ***escuajos*** y barbaridades que diga yo, la pondrá repulida como cosa de imprenta, y podrá su mercé escribir á aquellos usías: «Entre mi oficial y yo hicimos este retablo; si está bueno lo hice yo, y mi oficial si está malo.» ¿Quiere su mercé un cuento de encantamiento.?

(*Fernan*).—El primero que se le venga á las mientes, y si V. lo inventa, mejor.

(*Tio Romance*).—Qué, señor, yo no sé inventar; eso de inventar son rayos que se vienen al sentido, y yo tengo el sentido tupido, señor D. Fernan; así, le contaré un cuento que sé desde que me salieron los dientes, y ya se me han caido, con que vea su mercé la fecha que trae.

(*Fernan*).—Mejor, los cuentos son como el vino, mientras mas viejos mas valen.

Pues señor, habia una vez un mercader muy rico que tenia un hijo que era un sol. Lo crió como si fuese hijo de un rey; le enseñó de todo como si se fuese á ordenar, y los ejercicios de caballero en que salió muy amaestrado. Habiase hecho un mozo muy bien plantado, muy jaque, muy bien empatillado, y guapo como no otro.

Un dia le dijo á su padre que aquel lugar le venia angosto, que no se hallaba y que queria irse.

—¿Y dónde quieres ir? le preguntó su padre.

—A ver mundo, contestó el hijo.

—Estás como el cigarron, dijo el mercader, que salta y no sabe dónde. ¿Cómo has de irte por esos mundos sin *conocencias?*

—Padre, quien tiene arte va por todas partes, respondió el hijo; y como el padre habia dejado criar muchas alas al pollo para poder retenerlo, cogió este sus armas, un caballo de los de punta, y echó á andar por esos mundos.

Al cabo de tres dias que anduvo por breñales y matuleras, se halló con un hombre que llevaba á cuestas una carga de tarama, como dos veces la que puede cargar una carreta, como que pesaba ciento cincuenta arrobas.

—Hombre, le dijo el caballero, cargas mas que un mulo matriz; ¿cómo te llamas?

—Me llamo Carguin, cargon, hijo del buen cargador, respondió el hombre.

—¿Te quieres venir conmigo?

—Asi fuera su mercé para llevarme como yo para irme, respondió Carguin.

Se apellaron, pues, y siguieron su camino.

Al cabo de una hora hallaron á un hombre que estaba soplando á dos carrillos, echando mas aire que los fuelles de la fragua de *Bucano*, que dicen fué un herrero gigante de los sonados.

—¿Qué haces ahi? le preguntó el caballero.

—Calle su mercé, contestó el hombre, que no puedo dejar de soplar, porque estoy haciendo moler con mi soplo cuarenta y cinco molinos.

—¿Y cómo te llamas?

—Soplin, soplon, hijo del buen soplador, contestó el hombre.

—Te quieres venir conmigo?

—Si que me voy, respondió Soplin, que estoy harto de soplar cuantos dias echa Dios al mundo.

Mas allá se hallaron á un hombre que estaba en acecho.

—¿Qué haces ahi? le preguntó el caballero.

—Aqui estoy en acecho, á ver cuándo oigo salir del mar una bandada de mosquitos.

—Hombre! si el mar está á cien leguas.

—Y qué, si los oigo.

—Y cómo te llamas?

—Oin, oidon, hijo del buen oidor.

—Te quieres venir conmigo?

—Si que me voy, que me ha hecho su mercé gracia; ya avisarán los mosquitos su llegada.

Echaron pues los cuatro á andar en amor y compaña, y llegaron á la vista de un castillo tan mustio, solitario y encapotado, que mas que vivienda de vivos, parecia sepultura de difuntos.

Conforme se acercaban se iba ahogando el cielo, de manera que cuando llegaron, estalló una tormenta de truenos y relámpagos, con unos aguaceros, que cada gota de lluvia parecia en el tamaño y el sonsonete un cascabel.

—Pierda su mercé cuidado, mi amo, dijo Soplin, que ahora verá dónde va la tormenta; y poniéndose en seguida á soplar, echaron á correr las nubes, los truenos y los relámpagos por esos cielos tan desatinadamente, que al verlos se quedó bizco el sol y la luna con la boca abierta.

Mas no fué esto lo peor, sino que cuando llegaron al castillo se hallaron que no tenia puerta, ni entrada, ni postigo, pero ni señal.

—Bien le dije á su mercé, dijo Oin que llevaba mas miedo que vergüenza, que ese castillo mal encarado, era solo para nido de urracas y aposentadero de mochuelos.

—Pero yo estoy fatigado y quiero descansar, le respondió el caballero.

—Pierda su mercé cuidado, dijo Carguin, que trajo en seguida un peñasco que arrimó al muro del castillo, y entraron por una ventana.

En las salas aquellas se hallaron unas mesas puestas con unos manjares de los famosos; sus licores, sus alcarrazas de agua, sus aceitunas y un pan como unas hostias.

Despues que se hartaron de comer hasta que no pudieron mas, quiso el caballero registrar el castillo.

—Señor, dijo Oin, para meterse en casas agenas es necesario tener conocencia para que no digan: ¿dónde va este bolo?

—Qué! dijo Carguin, acá no llevamos malos fines; y al que anda derecho, ¿quién le echa el arado atrás?

—Vámonos de aqui, mi amo, dijo Oin, á quien no se le pegaba la camisa al cuerpo; este castillo no está en gracia de Dios, y mire su mercé que debajo de tierra oigo ruidos que suenan como lamentos.

Pero el caballero no atendió á Oin, sino que echó á andar, seguido de sus criados, y se metieron por aquellos aposentos, corredores y pasadizos, que estaban todos mas intrincados que si los hubiese labrado un escribano, hasta que por fin vinieron á dar en un patio como una plaza de toros. Apenas entraron, cuando les salió al encuentro una serpiente de siete cabezas á cual mas fiera, con siete lenguas que parecian lanzas, y catorce ojos que parecian dardos. Carguin, Soplin y Oin, mas asombrados que rata que sale de vallado, echaron á correr que se desuñaban; pero el caballero, que era valiente como un Cid y esforzado como un Bernardo, sacó su espada, y con cuatro tajos y cuatro reveses, le cortó á la serpiente sus siete cabezas en un decir tilin; la mayor de las siete, despues de mirar al caballero con sus fieros ojos que echaban fuego y sangre, saltó en medio del patio, en el que se abrió un hoyo por donde coló.

Volvieron entonces á las voces del caballero los tres que habian huido, y se quedaron asombrados de la guapeza de su amo.

—Sabed, les dijo este mirando el agujero por el que habia colado la cabeza de la serpiente, al que no se le veia el fin; sabed que ahora vamos al campo por hojas de palma y esparto, para hacer un hicar tan largo que alcance al fondo de este pozo.

Asi sucedió, y estuvieron los cuatro cuatro años haciendo soga. Al cabo de este tiempo alcanzó por fin á dar en lo firme, y su amo le dijo á Oin que se descolgase por la soga, para que viese lo que habia allá abajo y se lo viniese á relatar. Pero Oin se plantó sobre sus sostenes como palma barranquera que nada menea, y le dijo que solo hecho pedazos bajaria.

El caballero le dijo entonces á Soplin que bajase; este se ató la soga al cuerpo, y empezó á descender de noche y de dia hasta que llegó abajo. Allí se encontró con un palacio de los mas famosos, y en una cama recostada á la princesa de Nápoles, llorando por su cara abajo cada lagrimon como un garbanzo; esta le contó que Lucifer se habia enamorado de ella, y la tenia allí presa y encantada hasta que se presentase alguno que la quisiese salvar, para lo cual tendria que batirse con él y vencerlo. Pues ya se halló el que va á acometer la empresa, dijo Soplin tomando resuello, y no bien lo hubo hecho, cuando se apareció Lucifer en propia persona. Al verlo fué tal el espanto de Soplin, que echó á huir y se encaramó sobre una puerta. Lucifer con su gran rabo le dió á la puerta un rabizazo que la desgoznó y cayó al suelo con Soplin, á quien quebró una pierna.

Dejemos á Soplin con esta hiel, y vamos al caballero, que viendo que no volvia á aparecer, le preguntó á Oin lo que sucedia allá en las entrañas de la tierra, y Oin se lo dijo todo, y cómo estaba oyendo á Soplin que se quejaba de una pierna que tenia rota. Envió entonces el caballero á Carguin, que le aseguró que cargaria con Lucifer, y se lo traeria aunque pesase mas que todo el plomo de la sierra Almagrera; pero punto por punto le sucedió á Carguin lo que á Soplin, solo que al caer fué un brazo el que se rompió.

—Allá voy yo, dijo el caballero cuando Oin le relató lo que oia, y al llegar al palacio y al ver á la princesa de Nápoles, quedó tan enamorado de su gran belleza, que se preparó con redoblados brios al combate con Lucifer.

—Cristianos! combate como sostuvieron el buen caballero y el maldecido de Lucifer, no se ha visto por el mundo; ya! cómo se habia de ver, si para combatir por acá arriba no viene nunca ese condenado á cara descubierta sino disfrazado en vicios. Mas el caballero se persignó, y como todo el que á Dios se encomienda vence á Lucifer, pudo mas el caballero, y le cortó una oreja.

—¡Cómo se quedaria Lucifer al ver su oreja en manos de un cristiano! déjolo á la consideracion del que me escuche. Los bramidos que daba hacian pegar á Oin cada repullo y dar cada salto, que parecia picado de tarántula.

—¡Dame mi oreja! gritaba Lucifer con una voz que parecia una bocina.

—Si la quieres, le dijo el caballero, ha de ser dándome por ella un buen rescate, como poderoso que eres, compadre Lucifer; que ganada la tengo en buen combate, como leal, y asi pongo tres condiciones que has de cumplir.

—Atrevido, insolente, envalentonado, dijo Lucifer.

—Si, echa por esa boca, respondió el caballero, pero te advierto que voy á meter tu oreja en salmuera y á enseñarla por dinero.

Lucifer pataleaba; ¿pues qué quieres mal nacido, mal criado y mal medrado? le dijo.

—Que pongas á esa noble princesa en su reino y en su palacio sobre la marcha; respondió el caballero.

Lucifer no tuvo mas que apencar, puso á la princesa en su real palacio, y en seguida dijo al caballero:

—Dame mi oreja.

—Ahora, respondió este, es preciso que me traspongas á la gran corte de Nápoles con mis tres criados, y que allí me tengas prevenido un albergue y un séquito regio, como compete á tu vencedor.

—No me dá gana, dijo Lucifer, que te diviertas y triunfes á espensas mias, so hampon.

—Pues á son de trompa voy á publicar, dijo el caballero, que te falta una oreja; veremos entonces cómo te disfrazas de escribano, abogado, usurero, de lechuzo ó de enamorado sin que te conozcan sobre la marcha.

—Dame mi oreja, gritó trinando Lucifer despues que hubo hecho lo que pedia el caballero, poniéndolo en Nápoles con muchos dineros y muchos trenes.

—Ahi la tienes, le respondió este, no la quiero, que huele á azufre;

pero falta que cumplas una de las tres condiciones que te puse.

—¿Cuál es, bribonazo macaroño?

—No te la quiero decir por ahora; entre tanto ten paciencia, que si á tí no te ha de servir para ganar al cielo, te servirá para rescatar tu oreja.

Lucifer se puso hecho un veneno: eres, le dijo á su vencedor, siete veces mas malo que yo; ¡por via de Napoleon! mas picardías se ven en la tierra que en el infierno; pero tú te acordarás de mí; te lo juro por mi rabo y por mis cuernos, y Lucifer se fué tirándose de su sola oreja, por ver cómo lo traia un cristiano guason.

Pues vamos á que cuando la princesa vió al caballero tan bien jateado y con tanto boato, lo reconoció y le dijo á su padre que era su salvador, y que lo que queria era casarse con él, lo que sucedió; y yo fuí y vine y no me dieron nada, bien que no me echaron de ver; porque me escurrí, teniendo presente aquello de á boda ni bautizado, no vayas sin ser llamado.

(*Fernan*).—Tio Romance, ¿y qué, se quedó Lucifer con una sola oreja?

(*Tio Romance*).—No señor, no señor, allá voy, que no soy escopeta. Lucifer emberrenchinado dió una vuelta por el mundo, y es fama que todo lo trastornó y volvió patas arriba.

(*Fernan*).—¿Y no sabe V. lo que hizo, tio Romance?

(*Tio Romance*).—Yo no señor, que yo no se leer, y así no leo gacetas que todo lo parlan, y solo me sé lo que cantan los ciegos.

(*Fernan*).—Pues yo se lo referiré, que impuesto estoy de ello, tio Romance. Lo primero que hizo fué inventar los caminos de hierro para ir mas de prisa; hizo y esparció el cólera, sistemas con uñas y garras como las suyas; fundó un ciento de periódicos, y compuso novelas tan largas como su rabo. Por todas partes hundió adarves y levantó muladares. La emprendió con el pobre del padre Quieto, que no halló el infeliz donde reclinar su cabeza. Alborotó el cotarro en Alemania, Portugal é Italia, donde hicieron subir á Pasquin al Capitolio. A la Hungría dió un tabardillo, y ella se lo dió al Austria. Dió á la pobre Francia una calentura republicana con convulsiones, espasmos y accesos de frenesí, hasta que cayó inerte. A Inglaterra inoculó una hidrofobia protestante espantosa, lo que dió al diablo tal alegría, que casi se consoló de la pérdida de su oreja.

De la arcádica Suiza hizo un feroz matamoros, que trocó el nombre de su Montblanc por el de Montrouge, y en un acceso de sublime filantropía quitó sus rentas al monasterio de San Bernardo.

En España introdujo una sed hidrópica de empleos, que hubo mayorazgo que abandonó sus dictados y casa solariega por meterse á portero de una oficina de desvinculacion.

En Asia los Shiks, los Sinds, los Burmes, los Affgars y los elefantes gritaron á son de trompa: *la India es nuestra*, y los hijos del reino poco unido, respondieron á cañonazos: *la propiedad es un robo*.

En Africa infundió á los cafres tal espíritu bélico y perseguidor, que se pusieron á dar caza con igual encarnizamiento á las girafas y á los ingleses, á los kangurus y á los escoceses, tratando de vender á los que cogian, á cambio de hierro viejo ó cuentas de cristal. Al general Smith no lo querian dar por menos de un espejito.

En América hizo brotar unos activos conatos de piratería, los que no habiendo tenido el apetecido resultado, para desahogar su actividad los acometidos hicieron un vapor, de que fué padrino Lucifer, de cabida de diez mil hombres, cuya caldera solo podia llenar la catarata del Niágara.

En Turquía la puerta dió portazos.

En Marruecos perdió el emperador la batalla de Isli; y no fué eso lo peor, sino que en ella perdió su parasol.

En China (¿quien lo diria?) no fué parte el opio á adormecer los impulsos guerreros que inspiró Lucifer á sus sabios sentenciosos y pacíficos habitantes, que trocaron lo celeste de su imperio con el rojo de la guerra civil.

En Atenas, donde enseñaron Sócrates y Platon filosofía, enseñó D. Pacífico el derecho de gente de Mister Bull.

Hubo en los floridos Trópicos casas de hierro, y en el nebuloso y frio pais del *spleen* un palacio de cristal, cuya hada fué la industria, que mandó á las demás hadas que fuesen á hilar, y que no perdiesen su tiempo como casquivanas.

(*Tio Romance*).—¡Jesus, señor D. Fernan, ¡qué está su mercé ahí diciendo! ¿todo eso hizo ese remaldito? mire su mercé que eso no lo sabia yo; pero me lo malicié. ¡Y todo eso por verse ese enemigo de Lucifer sin una oreja! ¡por una oreja, vea V! cuando tantos hay que darian las dos suyas hoy en dia por seis maravedís.

(*Fernan*).—Así pues, tio Romance, si en su cuento de V. acaba Lucifer por recobrar su oreja, conclúyalo V. cuanto antes, porque entre tanto estoy con una zozobra que no puedo parar.

(*Tio Romance*).—Pues á ello, mi amo, que ya que á Dios se dé lo que es de Dios y al rey lo que es del rey, dese al diablo lo que es del diablo. Pues señor, sabrá su mercé cómo despues de comerse el pan de la boda, se llevaban la princesa y el caballero como perros y gatos, porque como la muger habia estado tanto tiempo en poder de Lucifer, tenia un genio bragado y pintado por el lomo, que solo el demonio la podia aguantar. Así fué que cuando al cabo de algun tiempo se volvió á presentar Lucifer pidiendo su oreja, le dijo el caballero:

—Bien, te la daré; pero sabes que te queda que cumplirme la tercera condicion que te impuse por su rescate.

—Pícaro, truhan, dijo Lucifer, me habias de condenar si ya no lo estuviese. ¿Y cuál es esa condicion, perverso?

—La de que cargues tambien con mi muger, respondió el caballero, pues sois tal para cual, Pedro para Juan.

EL TIO SAN PEDRO.

CHASCARRILLO.

Habia en Sanlúcar de Barrameda una hermandad de San Pedro, que pensó en hacerle al santo en su dia una funcion de las buenas. Aviaron de un todo la iglesia, que pusieron como nueva; compraron la cera y apalabraron al predicador, á los cantores y á los músicos.

Estando la víspera vistiendo al santo, cate V. que se les cae de las manos y se hace pedazos, incluso el gallo, que se le quebró una pata y que se descrestó.

¡Aquí de los apuros! ¿qué se hacia? los hermanos estaban cuajados, ahilados, de manera que si se les hubiese puesto un papel en la boca se ahogaban. El hermano mayor, al que no se le iban las marchanas, propuso que se llamase á un zapatero de viejo, que por su perfecta semejanza con el santo, le habian puesto por nombre tio San Pedro, para que durante la funcion, vestido con la ropa del santo, ocupase su puesto en el altar mayor.

Cuando se lo propusieron al buen zapatero dijo que nones, porque mientras estuviese él llorando en el lugar del santo, no habia este de estar en el suyo remendando los zapatos que tenia que entregar.

Al fin, por una onza que le ofrecieron se convino: lo vistieron y lo colocaron en el camarin, y era tal la identicidad, que cuando acudió la gente á la funcion, nadie se pensó que el San Pedro de aquel año fuese de carne y hueso, y menos de que á cada uno de por sí le hubiese remendado los zapatos que llevaba puestos.

Todo fué bien al principio; pero poco á poco se iba cansando el tio San Pedro de estar en la misma positura; dábanle unas fatigas y unos mareos, que veia al predicador y al púlpito boca abajo, y no digo nada, cuando en el sermon, que acertó á ser muy largo, se le fué al predicador el santo al cielo y se atajó en el paso en que canta el gallo. Al tio San Pedro un sudor se le iba y otro se le venia. «Sí, hermanos, no lo dudeis, decia y volvia á decir el predicador, el gallo cantó.» Y V. cuándo acabará de cantar, que es V. mas cansado que un rano, le gritó el tio San Pedro, á quien se le habia acabado el aguante.

Al oir aquella reconvencion del santo, el predicador cayó accidentado, y las gentes echaron á huir atropellándose en la puerta y diciendo: ¡Jesus, vaya un genio que tiene San Pedro! y en tocándole á lo del gallo pierde su mercé los estribos.

LA ALAMEDA DEL PEREJIL,

NOVELA GADITANA.

(Continuacion.)

Volviéndose en seguida á D. Pepito tornóle á preguntar:

—¿Se acuerda el señorito de qué dia de la semana fué en el que se enamoró?

—Sí, ya me acuerdo, contestó el amante despues de pensar un rato, era sábado santo, puesto que fué en la feria de los carneros.

Frunció las cejas al oir esto la tia Blasa, y dijole:

—Carneros!... Tan engarabatado como sus cuernos está el signo de su merced: pero mayores zorras he desollado yo.

Pidióle finalmente la mano, cuyas rayas una á una examinó; concluyendo con decir de esta suerte con presuntuosa y risible gravedad:

—Dificultuso es el asunto; pero tengo esperanza de que se logre. Hoy nada puedo anunciar á su merced; pero de aquí á tres dias vuelva aquí á la misma hora, y si no se admira de lo que ha de ver, no me llamaré yo la señora Blasa.

Pagóle generosamente nuestro enamorado esta esperanza, por infundada que á él mismo le pareciese, y algunos momentos despues los dos forasteros estaban en la calle, mientras la gitana concluia de mondar el poco ántes olvidado pepino.

La escena de que acababa Pepito de ser testigo, y en la cual habia hecho además el papel de protagonista, le tenia admirado y verdaderamente confuso. Dudaba por una parte del poder sobrenatural atribuido á aquella sucia gitana; pero por otra se decia á sí mismo: ¿Y qué aventuro yo en ello? ¿Tengo acaso otros medios menos estraordinarios para saber cuál es mi buena ó mala fortuna? Pues entonces, pecho al

agua; iré á aquel lúgubre casucho así que se cumpla este misterioso plazo de tres dias que me ha sido designado por mi maldita bruja, y si nada consigo, este solo será un desengaño mas en la larga lista de los mios.

Por su parte Remigia alimentaba con la mejor fé las tibias ilusiones de su alumno, reanimando al propio tiempo sus casi muertas esperanzas; y aquellas palabras, unidas á las anteriores reflexiones, fuéron suficientes á hacer que el mancebo anhelase ya por verse segunda vez ante la fatal alacena que al parecer encerraba su porvenir entero, y sus tristes ó halagüeños destinos.

Cumpliéronse en fin los tres dias, y á la hora señalada pisaba el hijo de D. Braulio el escabroso umbral de la puerta de la gitana, no sin latirle violentamente el corazon en la incertidumbre del resultado de aquella escena.

El cuarto de la tia Blasa habia sufrido en aquel corto espacio una estraña trasformacion, y nuestro héroe, al entrar en él, casi habia dudado de que fuese el mismo. Veianse colgadas á uno y otro lado dos antiquísimas cornucopias de madera, que acá y acullá descubrian pocos y sucios restos del primitivo dorado, si bien una y otra demostraban á la legua no haber sido nunca gemelas: los pedazos de espejo que ambas conservaban dejaban ver á trechos escasos restos de azogue surcados profusamente por la mano del tiempo y la incuria de los hombres; y delante de ellos, en sus correspondientes mecheros de cobre, ardian dos desiguales cabos de velas de sebo. Corria asimismo de la una á la otra pared, dejando detrás suficiente espacio, un cordel elevado á la altura de poco mas de dos varas, del cual pendia en toda su longitud una viejísima sábana llena de girones y agujeros, cuyo pardo color apenas formaba ligero contraste con los negros muros de aquella caverna. Por lo demás, las mismas telarañas, el mismo gato maltés, el mismo perro chino y la mismísima vieja bruja que tres dias antes. Saludó esta al recienvenido con aquella misteriosa gravedad que indica el desempeño de alguna funcion elevada é importante, y que no deja traducir cuáles sean las miras ó los sentimientos de la persona que la ejerce. En suma, todo anunciaba que aquel acto se iba á verificar con una solemnidad desusada, como que en él iba á decidirse el destino de un señorito rico y enamorado. La tia Blasa, comenzando en fin su papel de pitonisa, colocó un gran lebrillo en el suelo, llenole de agua del pozo, y previno del modo mas terminante á D. Pepito tuviese los ojos fijos en aquel lebrillo, sin volverlos á otra parte alguna: hecho esto, quemó en el anafe un endiablado zahumerio, cuyo principal ingrediente era el azufre, y tomando con su mano un carbon medio apagado, trazó sobre la poco menos negra pared algunos caractéres estrambóticos, á cuya señal comenzaron á asomar por los multiplicados agujeros de la sábana, y á reflejarse por consiguiente en el agua, tal serie de caras feas, sucias y tiznadas, que no parecia sino que el infierno habia dado huelga á todos sus diablos, ó por lo menos que todos los fuelles y yunques de las herrerias del barrio habian sido abandonados á la vez para que los inquilinos tomasen parte en aquella festividad gitanesca. Horrorizábase nuestro cuitado mozo á cada nueva cara que veia, tanto porque en realidad eran endemoniadas, como porque el carácter sobrenatural que su ofuscada imaginacion prestaba á aquella escena, hacia redoblar el espanto que le inspiraban sus horribles visajes y malísimas cataduras; hasta que al cabo, en vez de un rostro infernal como esperaba, vió reflejarse en el barreño un enorme rabo de zorro, en cuya estremidad, y á guisa de bandera, tremolaba un pañuelo blanco; un grito de alegría arrojado por la tia Blasa le sacó de su espanto, y al volver la cara, halló ya en su mano el objeto que le habia llamado la atencion ondeando sobre el rabo del zorro. La vieja gitana, á quien centelleaban los ojos de placer, lo entregó á D. Pepito con toda la arrogancia del triunfo y con todo el orgullo de una gran dificultad vencida.—«Tome su merced, le dijo, y haga cuenta que se lograron sus deseos todos, y que esa Rosita tan adusta y tan desdeñosa es ya una malva para V. Dios los haga bien casados y les dé mas criaturas que mosquitos tuvo el rey Faraon.» Dudoso é incrédulo tomó el pañuelo nuestro héroe; cosa que le conoció al golpe tia Blasa, y así para resolver las dudas con que luchaba, continuó diciendo.—«No quiero que su merced me pague lo que he hecho por servirlo hasta que se desengañe por sus propios ojos. En este pañuelo bordado, que tiene marcadas las cuatro puntas, está toda la gracia del negocio. Vaya su merced esta tarde á la Alameda del Perejil, y haga que Doña Rosa vea el pañuelo: la señorita no dude su merced que irá sin falta á la tarde tambien. Llévela escrita una carta; pero ni la firme ni se nombre en ella: tampoco debe su merced procurar hablarle hasta que yo le avise; de lo contrario estábamos como ántes. Haga todo esto y mañana me lo dirá.»

El aturdimiento en que habian puesto á D. Pepito tales y tan estraños lances, le impidieron el hacer reflexiones sobre lo que acababa de oir. Dirigiose maquinalmente á su casa, esperó con impaciencia la hora de comer, se arrellanó en un asiento de la Alameda, y esperó una hora larga ántes que algun otro, enamorado tambien ó aburrido, se presentase á dividir con él la esclusiva posesion del paseo. Comenzó este por fin á poblarse de gentes alegres, de almibarados currutacos, de graciosas petimetras; pero entre ellas no parecia la bella Rosita; pasa todavía media hora, y no parece: desesperábase ya, cuando hé aquí que brillante como la flor cuyo nombre lleva, se presenta á los ojos del amartelado Pepito aquella por quien ha padecido bajo las impías garras de un tremendo animal, y por quien ha esperimentado los rigores de un impuro elemento, en mala hora llovido sobre un desdeñado amante: ella es; pero pasa, ni aun repara en él, ni hace alto siquiera en sus miradas y señas. Acuérdase entonces de su pañuelo, de su talisman, del que ya se habia olvidado, como se olvidaba del mundo entero cuando veia á su encantadora sirena. Sácale en efecto, y al pasar á su lado Rosita, lo agita con afectacion; ella lo ve, repara un poco, comprime un grito de alegría, y dirige al hasta aquí desdichado amante una primera y halagüeña sonrisa. En esto crecia el bullicio y la confusion en la Alameda del Perejil, por efecto del gentio que acudia á disfrutar del fresco de la tarde, y merced á esta circunstancia, y á que Doña Estefania, sabiendo la prision de Currito, vigilaba harto ménos á su hija, logra Pepito poner en sus manos un billete, segun le habia preceptuado la gitana: ella lo recibe con otra sonrisa aun mas encantadora, y volviendo por fin á casa nuestro dichoso enamorado, loco de placer y de esperanzas, creyendo en brujas á pié juntillas, y cumplidamente satisfecho de la tia Blasa y de su buenaventura.

(Continuará.)

FRANCISCO FLORES ARENAS.

A UNAS FLORES.

Á M...

No sin un beso mi alma agradecida
Aceptará estas flores:
Jamás de mí será desconocida
La blanda voluntad de los amores.
¡Grupo gentil, que junta un verde lazo
De rosas y jazmines,
Lleva, de la que te hizo en su regazo,
Mi beso con tu aroma, á los jardines!
¡Niña inocente, el cándido consuelo
Que amorosa me envias,
Te pague amor mezclando de su cielo
La hermosa luz, en tus hermosos dias!
Si de esa luz divina un solo rayo
Reflejara en mis ojos,
A colorar su pálido desmayo,
Feliz iria, entre tus labios rojos.
Mas no rayos de amor, si tibias brasas
De una muerta amargura,
Son la luz de mis horas, bien escasas
De claridad, de vida y de ventura!
Y de tus ojos el sereno encanto
No turbe no mi pena:
¡Vuela como el amor, tú, de mi llanto,
Por tu fortuna, á la razon agena!
¡Ni sepas nunca cómo pierde el alma
Anhelo y alegría,
Ni por qué cambia el entusiasmo en calma,
Y el vivo amor en dulce simpatía!
Tu tierna primavera al lindo juego
De amor, abre la mano,
Y vierte flores... ¡Un jardin, el fuego
Aplacó ya y la sed de mi verano!
¡Afortunada niña, así tu estrella
Siempre como hoy te guie,
Si no á un amante, que tu mano bella
Solo á un poeta su jazmin envie!
¡Tanta pureza y gracia y fiel ternura
Tu semblante divino,
Hieran de amor de ti, de tu hermosura,
Y celo den al perfido destino!
Y no sencillas flores, don que al cielo
Ofrece la inocencia,
Robe la falsedad, fingiendo el celo
Del santo amor, para beber su esencia.
Simple como el candor, la poesía
Ama tambien las flores,
Y aun triste, nunca desconoce impía
La blanda voluntad de los amores!

Paris, abril 1850. MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.



LA MUERTE DE UNA HERMANA DE LA CARIDAD.—(Cuadro de M. Pils.)

JUAN DE LA ENCINA.

Estaba próxima una época de grandeza y gloria para España; iba á principiar el feliz reinado de los Reyes Católicos, cuando uno de los poetas que mas brillaron, y de los que mas lustre dieron en el siglo XV á la literatura española, vino al mundo. En 1468, un año antes de que recibieran D Fernando y Doña Isabel la bendicion nupcial en la catedral de Valladolid, nació JUAN DE LA ENCINA en Salamanca.

Estudió este insigne varon en la célebre universidad que le viera nacer, protegido del maestrescuela D. Gutierre de Toledo, hermano de D. García de Toledo, conde de Alba. Aprovechó tanto en el estudio, que habiendo pasado á la corte, fué colocado antes de los veinticinco años de su edad en la casa y familia de D. Fadrique de Toledo, primer duque de Alba, y de su esposa Doña Isabel Pimentel. Al servicio de los duques permaneció mucho tiempo; no se sabe con qué motivo pasó á Roma, en donde residió algunos años, cultivando con esmero las letras y la música, en la que llegó á ser un eminente profesor. Por su mérito, el papa Leon X le hizo maestro de la capilla pontificia.

En el año de 1519, habiéndose ordenado antes de sacerdote, hizo un viaje á Jerusalem en compañía de D. Fadrique Enriquez de Rivera, primer marqués de Tarifa. Vuelto á Roma en aquel mismo año, continuó de maestro de la capilla, hasta que Leon X ó alguno de sus inmediatos sucesores premió sus méritos con el priorato de Leon. Volvió á España y murió en Salamanca cuando iba á cumplir sesenta y seis años de edad (1).

Fué JUAN DE LA ENCINA uno de los mas ilustres poetas del siglo XV, y el que perfeccionó en mucha parte nuestra poesia. Estudió con esmero el arte, y fruto de su estudio fué una *Poética*, de las primeras que existieron en castellano, y en la que se halla todo lo que podia escribirse en aquel tiempo. Por ella se conoce que ENCINA poseia el arte, y sabia muy bien las condiciones que deben adornar al verdadero poeta.

La primera coleccion que publicó de sus obras (2), cuando estaba al servicio del duque de Alba, y su *Tribajia*, que lo fué en el año de 1521, dan á conocer que se ejercitó en diversos géneros de poesía.

No se conservan todas sus composiciones; pero se sabe que sus caractéres distintivos eran la dulzura y naturalidad. Sobresalió particularmente en la letrilla, á la que dió gracia y facilidad, como se puede ver por la siguiente estrofa:

Ay! triste, que vengo
vencido de amor,
magüera pastor!
Mas sano me fuera
no ir al mercado,
que no que viniera
tan aquerenciado:
que vengo, cuitado,
vencido de amor,
magüera pastor, etc.

Tambien nos da muestra de su facilidad en la composicion que llamó *Eco*:

Aunque yo triste me seco,
Eco
Retumba por mar y tierra.
Yerra,
Que á todo el mundo importuna
Una.
Es la causa solo dello,
Ello.
Sonora siempre jamas,
Mas
Adonde quiera que voy
Hoy
Hallo mi dolor delante,
Ante
Va con la queja cruel
Él,
Dando á la amorosa, etc...

(1) Creese que está enterrado en el claustro de la catedral (llamada Vieja) de la ciudad en donde falleció.

(2) Diola el título de *Cancionero*, la dividió en cuatro partes, y la dedicó á los Reyes Católicos, al duque y duquesa de Alba, al príncipe D. Juan, y á D. García de Toledo, primogénito de los duques.

JUAN DE LA ENCINA, célebre por sus composiciones, adquirió aun mas renombre y fama, por ser el primero que introdujo verdaderas representaciones, y puede decirse que con él principió el teatro español.

Dió el nombre de *églogas* á la mayor parte de sus piezas dramáticas, y efectivamente no merecen otro. El argumento en todas es sencillísimo, y apenas ofrece enredo; se reduce á breves diálogos entre pastores, introduciendo, aunque rara vez, alguna zagala y personas de otra categoría.

Con el título de églogas se conservan ocho. Compuso tres espresamente para que fueran representadas en la noche de Navidad, y dos en la *carnal*, antruejos ó carnaval. Otras dos en las que dos pastores enamorados de una zagala la requieren de amores; una y otra tienen el mismo argumento, estan bien descritos los caractéres; su estilo es fácil y tienen buena versificacion. Véase el siguiente trozo de un villancico que pertenece á la égloga, en que finaliza el argumento.

Al amor obedezcamos
con muy presta voluntad;
pues es de necesidad,
de fuerza virtud hagamos:
al amor no resistamos,
nadie cierre á su llamar,
que no le ha de aprovechar.
Amor amansa al mas fuerte,
é al mas flaco fortalece;
al que menos le obedece
mas le aqueja con su muerte;
á su buena ó mala suerte
ninguno debe apuntar,
que no le ha de aprovechar.
Amor muda los estados, etc. (1)

Escribió otra égloga, á la que se puede dar el nombre de *Fileno y Zambardo* (2). Se diferencia de las anteriores en que está en coplas de arte mayor, única que ha quedado de ENCINA en este metro. En ella resalta el estilo y la pureza del lenguaje, y sus versos no carecen de mérito. El pasaje siguiente demuestra lo que acabamos de decir; en él Fileno declama contra los vicios de las mugeres.

Desde el comienzo de su creacion
Torció la muger el vero camino;
Que menospreciando el mando divino,
A sí y á nosotros causó perdicion;
De aquella en las otras pasó sucesion
Soberbia, codicia é desobediencia,
Y el vicio do halla mayor resistencia
Aquel mas seguir su loca opinion.
Discretas son todas á su parescer;
Si yerran ó no, sus obras lo digan.
¿Dime si viste en cosa que sigan
Mudanzas é antojos jamás fallescer?
Si aborreciendo nos muestran querer,
E si penando nos muestran folganza,
Yo, é los que en ellas han puesto esperanza,
Te puedan de aquesto bien cierto hacer.
El tiempo no sufre, etc.

Llamó *representaciones* á otras piezas que tenian por objeto poner en escena asuntos principales, ya religiosos ó ya profanos. De estas, una representaba: *La muy bendita pasion y muerte de nuestro precioso Redentor*. Otra *La resurreccion de Cristo*; y la tercera, que fué representada ante el príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Católicos, tiene por objeto demostrar la influencia que el amor ejerce sobre el corazon humano. Personificado el Amor en esta representacion, tiene un razonamiento lleno de facilidad y galanura, como puede conocerse por el siguiente trozo:

Yo pongo y quito esperanza,
yo pongo y quito cadena,
yo doy gloria, yo doy pena
sin holganza,
yo firmeza, yo mudanza,
yo deleites, yo tristuras
y amarguras,
sospechas, celos, recelos,
yo consuelo y desconsuelos,
yo ventura y desventuras.
Doy dichosa y triste suerte,
doy trabajo y doy descanso,
yo soy fiera y yo soy manso,
yo soy fuerte,
yo doy vida, yo doy muerte:
y cebo los corazones
de pasiones,
de suspiros y cuidados;
yo sostengo los penados,
esperando galardones, etc.

(1) En la Coleccion de Bohl de Faber se hallan estas dos églogas.
(2) No debe confundirse esta égloga con una comedia que tiene el mismo título.

El *Auto del Repelon* (que tituló ENCINA), en nada se diferencia de sus églogas, y no sabemos por qué le dió tal nombre: es acaso en este género su peor composicion; el lenguaje es en estremo grosero y desaliñado.

De su farsa de *Plácido é Vitoriano* solo se conserva el nombre. Se imprimió en Roma en el año de 1514. El autor de *El diálogo de las lenguas*, al hablar de ella, lo hace con elogio, y la prefiere á todas las demás de ENCINA. La Inquisicion prohibió esta farsa en 1559.

Todas las piezas dramáticas de que hemos hablado, se representaban en la casa del duque de Alba, ya en el oratorio cuando eran sobre asunto religioso, ó ya en algun salon alhajado al efecto cuando era el asunto profano. Asistian á estos espectáculos los principales personajes: el duque y duquesa de Alba, D. Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, D. Iñigo Lopez de Mendoza, duque del Infantado, el príncipe D. Juan, y los mas ilustres caballeros y damas de la corte. ENCINA mismo dirigia estas representaciones y solia tomar á su cargo algun papel.

Sus piezas, dijimos, ofrecian poco interés, porque en ellas no habia enredo; pero si por su mérito intrínseco no merecen demasiado elogio, JUAN DE LA ENCINA es acreedor al agradecimiento, que de justicia se le debe, por haber sido el primero que abrió el camino á los Lopes de Vega y Calderones. ENCINA, ya en sus últimas piezas dramáticas, toca muy de cerca la verdadera comedia. Sin embargo de que no llegó á este culminante punto, creemos que se le debe reputar como el primer poeta cómico español.

La coleccion de sus obras se publicó en Salamanca con el título de *Cancionero* en los años de 1496 y 1509, en Sevilla en 1501, en Búrgos en 1505, y en Zaragoza en los de 1512 y 1516. Se hicieron despues varias ediciones; pero todas han desaparecido, y es rarísimo el ejemplar que hoy se encuentra.

JUAN ORTIZ GALLARDO.

TEATRO DE MENDOZA.

D. ANTONIO HURTADO DE MENDOZA, nacido segun parece á fines del siglo XVI en un lugar de las montañas de Burgos, é hijo de muy noble casa, fué caballero comendador de Zurita en la órden de Calatrava, secretario de cámara y de justicia del rey D. Felipe IV y del consejo de la suprema Inquisicion. Su gran talento y erudicion, y su rica vena poética, unidos á lo ilustre de su cuna, le colocaron en tan brillante posicion en la esplendorosa corte del Buen-Retiro, que por muchos años compartió con Lope, Calderon, Quevedo y otros ingenios privilegiados, el favor del monarca, el aplauso de la corte y la estimacion del público. Conociasele por el dictado de *El discreto de Palacio*, ó como decia Góngora, *El aseado lego*, y casi todas sus obras líricas y cómicas, escritas espresamente, demuestran que aquel primer titulo equivalia al de poeta de cámara, con que fué largo tiempo considerado.

Indudablemente aparece de dichas obras la escelente disposicion de HURTADO DE MENDOZA para la poesía, su abundosa vena, su elevada entonacion y su variado estudio; pero dejose arrastrar mucho mas de lo que convenia de aquella exageracion y amaneramiento propios de la escuela gongorina, de aquella sutileza de conceptos, de aquel discreteo de la frase, que rayando muchas veces en lo incomprensible y tenebroso, era y es siempre ridículo á los ojos de la razon y de la crítica sensata.—Esta desdichada manía que arrastró á todos ó casi todos los grandes ingenios contemporáneos, á pesar de que todos la censuraban, tuvo en MENDOZA tan ferviente servidor, que apenas una ú otra de sus composiciones, especialmente líricas, pueden hoy leerse, y ni aun leidas pueden comprenderse sus altisonantes conceptos, por mucho que halague al oido su armoniosa entonacion.—Francamente lo decimos, no podemos llegar á comprender qué público y qué gusto eran aquellos que se entusiasmaban con tales primores, que comprendian tales laberintos, que simpatizaban con tan misteriosas imágenes, retruécanos y figuras. Lo cierto es que hoy por hoy no los acertamos siquiera á descifrar, y que ni aun nos tomaríamos el trabajo de leerlos, si sus autores no hubiesen dejado otras obras en que brilla despejado su talento, su inspiracion y su estudio.

De las obras líricas de MENDOZA nada mas debemos decir, sino que á pesar de aquellos esenciales desvaríos, y tal vez á causa de ellos, fuéron calificadas (como dice la portada de las mismas, impresas primero con su vida y posteriormente reunidas con sus comedias), de *suave, divino aliento de aquel canoro cisne, el mas pulido, mas aseado y mas cortesano cultor de las musas castellanas;* y en cuanto á sus piezas dramáticas, ya Montalvan habia dicho en su *Para todos*, que «DON ANTONIO DE MENDOZA era, si no el primero, de los primeros en esta clase de ejercicio, como lo confirman tantos aplausos repetidos en los teatros».

Prescindiendo pues de aquellas, cumple á nuestro objeto presente examinar y apreciar los títulos de MENDOZA como poeta dramático, y colocarle en el que á nuestro entender le corresponde entre el sublimado asiento á que le elevó en vida la adulacion cortesana, y el absoluto olvido á que le relegó luego la posteridad.

Una docena de comedias son las que forman todo el repertorio de este autor, y al menos en esta economía (que en diversos pasajes de ellas hizo constar) dió á entender su prudencia, y la timidez con que dejaba la lira para revestir la peligrosa máscara de Talía. No podia sin embargo desprenderse de su elevada entonacion y lírico estilo, y como por otro lado las escribia para ser representadas en los teatros del Buen-Retiro y de Aranjuez, ante aquella corte ceremoniosa, culta y académica, tomaba ocasion de cualquiera asunto, de cualquier situacion, de cualquier parlamento para soltar el torrente de su abundosa vena, para dar rienda suelta á su elevada fantasía, y colocar en boca de sus personajes una coleccion de odas y endechas, silvas, sonetos, quintillas y estrambotes, que faltaban las mas veces á la verdad, entorpecian la accion y ofuscaban los caractéres, pero que sin duda eran el estilo único y propio que debia resonar bajo los dorados artesones de aquellos regios palacios.—Especialmente en la comedia titulada *Querer por solo querer* (inmensa composicion que ocupa nada menos que ochenta páginas de impresion, y consta de unos seis mil y cuatrocientos versos), representada por las meninas de la reina en el palacio de Aranjuez con ocasion de una gran fiesta á los cumpleaños de S. M., encerró MENDOZA un tomo entero de poesías, á vueltas de un argumento fantástico y caballeresco, con sus gigantes y enanos corrientes, sus princesas Zelidauras y príncipes cautivos, Cupidos y endriagos, especie de menestra muy á propósito para merecer el anatema del cura y el barbero de Cervantes, pero muy del caso para lucir la pompa de la corte, las gracias y talentos de las damas de Palacio, y lo augusto y magnífico de la solemnidad. El mismo autor lo manifiesta así en el acto segundo de la misma comedia, lamentándose de que las meninas de Palacio le pedian

Un concepto en cada verso,
un desden en cada copla,
y á cada plana un soneto.

Y á la verdad que no podemos menos de compadecer á aquellas ilustres damas que tuvieron que aprender y recitar tan espléndido repertorio de sutilezas, y á aquel augusto auditorio que hubo de sufrir su representacion las cinco ó seis horas mortales que por un cálculo prudente debió durar.

Pudiéramos escoger infinitos trozos de dicha comedia como acabadas muestras del estilo alambicado, del gusto que se apellidaba cortesano, y algunas de verdadero mérito poético, como las sonoras octavas puestas en boca de la princesa Claridiana; pero preferimos optar por una sola que con mas claridad y tersura encierra un pensamiento noble y filosófico. Consiste en un bello soneto que dice de este modo:

Amable soledad, muda alegría
Que ni escarmientos ves ni ofensas lloras,
Segunda habitacion de las auroras,
De la verdad primera compañía;
Tarde buscada paz del alma mia
Que la vana inquietud del mundo ignoras,
Donde no la ambicion turba las horas,
Y entero nace para un hombre el dia;
¡Dichosa tú, que nunca das venganza
Ni de palacio ves con propio daño
La ofendida verdad de la mudanza,
La sabrosa mentira del engaño,
La dulce enfermedad de la esperanza,
Ni la amarga salud del desengaño!

Probablemente perteneceria tambien al género sublimado que se gastaba en palacio, otra comedia escrita por MENDOZA en union con Quevedo, que se representó con grande aparato en los jardines del conde de Monterey, en el Prado de Madrid, y fué parte de la fiesta con que obsequió á SS. MM. el conde-duque de Olivares la noche de San Juan de 1631. Segun la relacion de dicha fiesta, que inserta Pellicer en su *Tratado histórico sobre el origen de la comedia*, llevaba esta por título *Quien mas miente medra mas*, y fué escrita por dichos autores en solo un dia, lo cual no prueba mucho en pro de su bondad; pero de todos modos es sensible que no se haya conservado para que pudiéramos juzgarla ahora.

Mas merece quien mas ama, es tambien comedia heróica de príncipes Felisardos y princesas Fidelindas, y escrita tambien en el estilo que podremos llamar *de dia de fiesta* para MENDOZA. Pero en medio de sus laberintos y primores, hay un gracioso Buron que la echa de crítico literario, y en cuya boca pone el autor una sátira de estas mismas comedias fantásticas. Verdad es que á renglon seguido halla él mismo su disculpa en los consabidos descargos del gran Lope, y con su mismo ejemplo, á saber, el gusto del público y la abundancia de su vena poética.

«Un poeta celebrado
y en todo el mundo escelente,
viéndose ordinariamente
de otro ingenio murmurado,
de que siguiendo á un galan,
en traje de hombre vestia
tanta infanta cada dia,
le dijo: «Señor D. Juan:
si vuesarced satisfecho
de mis comedias murmura,
cuando con gloria y ventura
nuevecientas haya hecho,
verá que es cosa de risa
el arte; y sordo á su nombre,
las sacará en traje de hombre
y aun otro dia en camisa.»
Dar gusto al pueblo es lo justo,
que allí es necio el que imagina
que nadie busca doctrina,
sino desenfado y gusto.»

A pesar de la atrevida idea que espresa MENDOZA en los cuatro últimos versos, y á pesar de su compromiso oficial para el surtido de héroes y princesas á el palacio real, tenia demasiado talento para no ensayarse tambien en otro género mas importante y propio de la comedia, el género de costumbres, ó de *capa y espada*, como entonces se llamaba; y no solo lo hizo, sino que á nuestro entender, con notable acierto en las comedias de *Cada loco con su tema ó el montañés indiano; Los empeños del mentir, Los riesgos que tiene un coche;* y sobre todo en la notabilísima por mas de una razon, titulada: *El marido hace muger, y el trato muda costumbres.*

Muchos años hace que prendados de la oportunidad y filosofía del argumento que forma la accion de esta preciosa comedia, del ingenioso artificio, de la verdad y energía de los caractéres en ella desplegados, y hasta de la pureza, sobriedad y correccion de su estilo, emprendimos atrevidamente su refundicion con el objeto de poderla presentar á la pública escena, con aquellas condiciones de forma que el rigorismo clásico exigia por entonces. No es de este lugar el esplicar las razones por qué no llegó á representarse entonces ni despues, ni el original de MENDOZA, ni la refundicion. Tampoco parece del caso entrar á encarecer el escaso mérito de este trabajo, ni tampoco queda ya espacio suficiente para hacer de la bella creacion de MENDOZA el análisis que reclama. Unicamente diremos que la razon principal que además de su mérito intrínseco nos movió á exhumarla del olvido, fué un sentimiento de patriótico orgullo, por creer haber hallado en ella el modelo que tuvo presente el gran Molière, cuando escribió su celebrada pieza titulada *L'ecole des maris*, y el deseo de revindicar para nuestro antiguo teatro la gloria de la originalidad de tan escelente drama.

Su incomparable traductor, nuestro célebre Moratin, en el discreto prólogo que escribió para colocar al frente de su traduccion, indica que se creyó un tiempo que dicha comedia era una imitacion hecha por Molière de *La discreta enamorada*, de Lope; y á decir verdad, no sabemos cómo Moratin acogió esta idea, pudiendo comparar ambas comedias, y ver que solo en la escena cuarta del acto segundo, en que Doña Rosita se vale del conducto de su mismo tutor para corresponderse con su amante de una manera tan ingeniosa, es en la que Molière pudo haber tenido presente otra escena semejante de la de Lope.

Pero donde puede sospecharse que halló aquel gran maestro el verdadero modelo de su comedia, es en la que acabamos de nombrar de nuestro MENDOZA, *El marido hace muger, y el trato muda costumbres*, pues en ella no solo es idéntico el argumento, destinado á probar que la templanza y el cariño pueden mas con la muger que el rigor y los celos, sino que está tambien presentado del mismo modo, con el ejemplo de dos hermanos de opuestos caractéres, con casi idénticas situa-

ciones, con la misma economía de accion, con las propias ideas y razonamientos, y hasta con la coincidencia del nombre de una de las damas. Si tuviéramos el espacio necesario para ello, probariamos hasta la evidencia, con la comparacion de ambas comedias, que el gran Molière para escribir la suya tuvo muy á la vista la española, siendo esta otra de las ocasiones en que buscó en el inmenso arsenal de nuestro teatro armas bien templadas para lucir su ingenio y bizarría, como en el *Festin de Pierre*, *La princesse Elide* y *Les femmes savantes*, que no son mas que imitaciones mas ó menos felices de *El convidado de piedra* de Tirso, *El desden con el desden* de Moreto, y *No hay burlas con el amor* de Calderon.

Por último, y aun en el caso de suponer que Molière, tan aficionado á la literatura española contemporánea, ignorase la existencia de la comedia de MENDOZA, nadie podrá sin embargo negar á este la prioridad en haber trazado un argumento tan altamente cómico y moral, pues que dicha comedia fué representada en el palacio de Madrid en febrero de 1643, y la de Molière no apareció hasta diez y ocho años despues, estrenándose la noche del 12 de junio de 1661, en casa del superintendente de hacienda, Fouquet, con motivo de una fiesta que consagró este ministro á la reina de Inglaterra.

Dijimos arriba que el deseo de salir á la defensa de nuestro pabellon literario, y señalar ese ignorado trofeo, que con razon pudiéramos añadir á los muchos que forman su aureola de gloria, nos inclinó á sacar del olvido la escelente comedia de MENDOZA, y refundirla ó retocarla no mas que lo necesario para poder ser presentada con éxito en la moderna escena, lo cual no llegó sin embargo á verificarse. Posteriormente y habiéndolo sido con éxito en el teatro del Drama *La escuela de los maridos* traducida por Moratin, y en el del Príncipe *La Gabriele* de M. Augier, trasladada á nuestra escena por los señores Hartzenbusch y Rosell, con el título de *Jugar por tabla*, y que tambien gira sobre el mismo argumento, no pudimos resistir á la tentacion de llamar la atencion del público y de los eruditos sobre la ignorada y primitiva originalidad de nuestro MENDOZA; y al efecto dirigimos una carta á nuestros amigos los señores D. Manuel Cañete y D. Eugenio de Ochoa, ilustrados críticos de *El Heraldo* y de *La España*, haciéndoles presente aquellas sospechas, é invitándoles á entrar en esta agradable polémica, teniendo la satisfaccion de que ambos juiciosos y escelentes censores convinieran absolutamente con nuestras ideas en este punto, y aun añadieran nuevas y luminosas observaciones para corroborar la presuncion á favor de nuestro olvidado MENDOZA, y sobre el cual aprovechamos esta nueva ocasion para llamar la atencion y el aprecio del público.

R. DE M. ROMANOS.

COMEDIAS (1)

DE D. ANTONIO HURTADO DE MENDOZA.

* Cada loco con su tema, ó el indiano montañés.
Celestina (la).
Don Juan de Espina en Milan.
* Empeños (los) del mentir.
* Marido (el) hace muger, y trato muda costumbres.
* Mas merece quien mas ama.
* No hay amor donde hay agravio.
* Querer por solo querer.
Quien mas miente medra mas. (Con Quevedo.)
Riesgos (los) que tiene un coche.
Sucesos prodigiosos de D. Pedro Guerrero.
Zelos sin saber de quién.

EL ULTIMO PENSAMIENTO DE NAPOLEON.

«No pasarás de aquí. ¿Nadie en el mundo
»Te puso valladar? el pié yo asiento,
»Y... no pasas de aquí. Mi ronco acento
»Acalla tu rugido furibundo.
»Atrás! atrás! ¿no basta que iracundo
»Yo te lo mande, que quien soy me siento?
—»Quiero otra vez henchir el firmamento,
»*La frente en Dios, la planta en el profundo.*»
Así, como leon en calentura,
Orillas de la mar alborotada,
Gritó Napoleon en Santa Elena.
El dique de su indómita bravura
Quiso oponer al mar, y una oleada
Cadáver le arrojó sobre la arena.

V. BARRANTES.

(1) Las que van señaladas al márgen, son las que se comprenden en el tomo publicado en 1728, titulado: *Obras cómicas y líricas, divinas y humanas* de Don ANTONIO HURTADO DE MENDOZA.



NOTICIAS DEL PARNASO.

En la márgen de Hipocrene
peinándose el rubio Apolo,
gran tocador de guitarra
y literato de á folio,
Dábase á los traductores,
que es cual darse á los demonios,
porque al mirarse en las aguas
halló un desierto en su rostro.
«Júpiter, quiero patillas,
gritaba alzando los ojos;
que poeta sin bigotes
es como murga sin bombo.»
En esto oyendo alaridos,
voces, gritos y sollozos,
dijo: «Serán mis doncellas
que se sacuden el polvo.
Querer mugeres calladas
es pedir peras al olmo:
las mas bellas desde lejos
ó de cerca un rato solo.
Apuesto á que están ahora
con las faldas en el moño,
hechos guantes los zapatos,
medidos á piés los rostros.
Cada cual tiene un capricho
que defiende con encono,
y caprichos de mugeres
son humanos purgatorios.
Terpsícore la graciosa,
lengua larga y traje corto,
muy preciada de bolera
se empeña en bailar el polo.
Dice que nubes y gasas,
pantorrillas y accesorios
dando dinero al teatro,
quitan al hombre el meollo.
La alegre Doña Talia
sostiene que gusta á todos,

traducida para unos
y andaluza para otros;
Que ya enriquece la lengua
con galicismos muy gordos,
ó ya á fuerza de toreros
convierte en toril el foro.
La musa de las charangas,
organillos y piporros,
que hace ladrar á los perros
y dar saltos á los sordos,
La que á las chatas fregonas
(vulgo domésticos loros),
cobradoras de la sisa,
inspira dolientes tonos,
Doña Euterpe quiere un traje,
que ha de cansarla muy pronto,
hecho de tela gitana
y de *vaudevill* los forros;
Con él compondrá zarzuelas
que son, si no me equivoco,
tonadillas por buen nombre,
sainetes malos por otro.
Doña Clio está escribiendo
(porque aquí escribimos todos)
historias de diputados,
banqueros, grandes y cómicos.
Melpomene gime y llora
entre diez actos y un prólogo,
oliendo á sangre y puñales,
venenos y calabozos.
Dice que en traje andaluz
trocar quiso el manto propio,
y estaba como un *franchute*
que va de majo á los toros.
Doña Elocuencia Polimnia
nos hace hablar por los codos;
que charlatan y elocuente
se tienen hoy por sinónimos.
Doña Caliope, viuda
de militares heróicos,
está en las clases pasivas,
sufre mucho y come poco.
Y cual pobre vergonzante
suele pedir un socorro,
tan triste y desfigurada
que á veces no la conozco.
Erato, musa de amores,
zagales, prados y arroyos,
por acostarse con niños
salió cual sabeis vosotros.
Dió por su desgracia númen
á comilones de fósforos,
pretendientes de sepulcros,
abrazos, duelos y robos;
A mocitos holgazanes
con un cerebro de agosto,
que hacen versos á la muerte
y á las muchachas el oso.
Doña Urania la embustera,
musa de ciencias y astrólogos,
directora de compases,
niveles y microscopios,
Anda en un ferro-carril
con diez pares de anteojos,
no perdiendo la esperanza
de ver volar el eolo.»
Aquí llegaba Apolillo
cuando creció el alboroto
y oyó lo de «á mucha honra,»
con el «¿somos ó no somos?»
Por poder ver sin ser visto
se escondió detrás de un tronco,
palco que en tales funciones
era para el dios de abono.
Y alargando el *coram vobis*
rió de gusto y de asombro,
al ver un sol en el cielo
y en la tierra siete ú ocho.

José GONZALEZ DE TEJADA.

LA ALAMEDA DEL PEREJIL,

NOVELA GADITANA.

(Continuacion.)

CAPÍTULO IV.

LA RESOLUCION TEMERARIA.

Cuando se vieron cercados
de alguaciles y corchetes,
de plumas y de tinteros,
de espadas y de broqueles.
(*Quevedo.*)

Dejemos pues por un momento al dichoso Pepito entregado á sus dulces ilusiones, y pasemos á ocuparnos de la sin par Rosita, á quien nuestros lectores desearán ya conocer de mas cerca. Era esta jóven lo que puede llamarse una escelente muchacha, sin otro defecto (si es que tal se quiere que sea) que el tener diez y ocho años. Aquella edad, que en nuestros dias pudiera equivaler á algunos años menos en cuanto al conocimiento de ciertos fenómenos de la organizacion social, habia creado en su ardiente imaginacion ideas un si es no es novelescas, que no era poderosa á reprimir del todo la severa y rígida educacion peculiar á su siglo, y que se hallaba además en perfecta consonancia con el carácter de Doña Estefanía y con su edad, naturalmente poco propensa á la indulgencia para con la juventud. Rosita, como todas las que se hallan en su caso, se habia creado un mundo á medida de su deseo: á falta de conocer seres reales, tales cuales son, se habia forjado seres ideales, capaces de sentimientos puros y eternos, fieles á toda prueba y agenos de infamia y de mentira: era en suma lo que se llama un corazon nuevo, con todas aquellas ilusiones que marchita despues el desengaño; un corazon puro que no habia salido aun del limbo social. No es pues estraño que en su primer paso en el mundo creyese haber descubierto en Currito, á quien ya conocemos, aquel perfecto ente de razon que necesitaba su alma, entregándosela toda en cambio de ciertas apariencias cuyo verdadero valor no se hallaba todavía en el caso de saber apreciar suficientemente.

Creemos necesarios estos datos para hacer conocer á nuestros lectores que no pudo ser un efecto de lo que hoy llamamos coquetería su conducta en la pasada tarde, tan fecunda para ella en acontecimientos estraordinarios, y cuyo verdadero origen veremos mas adelante. Y ahora, continuando nuestra historia, diremos que con aquella impaciencia tan natural como disculpable en una jóven, esperó la llegada de la noche, y con ella la apetecida vuelta á casa: encerrose, una vez en ella, en su apartada habitacion, reconoció prolijamente las rendijas de la puerta, tapó con cuidado el agujero de la cerradura, abrió la carta, y leyó de esta suerte, no sin interrumpir muchas veces la lectura para volver á registrar de nuevo, al menor ruido que le pareciese oir.

«Adorable Rosita: Dudoso aun de que esta carta pueda llegar hasta V., no he vacilado sin embargo en escribirla, á cuyo atrevimiento me autorizan estraordinarias circunstancias. Por ahora me está vedado el hablarla; pero mi corazon, que es todo de la bella Rosita, si no se satisface cumplidamente con este medio, único que la suerte le concede, halla por lo menos en él aquel placer inefable de dirigirse al solo, al eterno objeto de un cariño á prueba de las dificultades, y superior á los humanos obstáculos. El genio protector que me dirige, y en cuyas manos fio mis esperanzas, no dudo que hará por mí todo lo que resta en una empresa que conceptuo todavía ardua y difícil. Finalmente, si algo puede con V. cuanto por su amor padezco; si me juzga digno de obtener una letra sola de consuelo en mi penosa incertidumbre, puede valerse del mismo medio que empleo para hacer llegar esta á sus manos, pues de ninguna otra persona me atrevo á fiar mi dicha.»

La carta, segun las instrucciones recibidas, no llevaba firma alguna.

El primer billete amoroso es un acontecimiento de aquellos que forman época en la vida de una jóven. Desgraciadamente nuestra Rosita no tenia amigas íntimas á quien enseñarlo, y nos persuadimos, con permiso suyo, de que esta última circunstancia debió de haberla mortificado: y decimos esto porque en aquella edad los placeres y las penas tienen un carácter comunicativo é ingenioso, que los hace parecer imperfectos sin la participacion, no siempre franca y sincera, de las personas que suponemos interesadas en nuestra felicidad.

Como mas larga detencion pudiera haber despertado sospechas en la harto suspicaz Doña Estefanía, guardó cuidadosamente el billete la inquieta Rosita, tomándose tiempo para meditar una respuesta, que ella juzgaba forzosa en vista de las circunstancias en que ambos se encontraban á la sazon: pasó pues á buscar á su madre, esforzándose á

reprimir la agitacion visible en que la habia puesto aquel primer paso, cuya imprudencia no se le ocultaba.

Imposible nos ha sido hallar copia alguna de la carta que, en contestacion á la anterior, puso Rosita en manos de su enamorado por el mismo medio que este la indicaba: lo único que nuestras esquisitas diligencias han podido averiguar, es que la dicha misiva, tal cual salió á luz despues de haber roto otras dos ó tres, contenia las mas halagüeñas esperanzas, si bien espresadas con aquella prudente reserva y decorosa circunspeccion que tan bien sientan al bello sexo, puesto que en ellas se funda el prestigio de su poder. Por lo demás, unos garrapatos por letras, una tinta confeccionada con borras y agua del pozo, una ortografía africana, y en la posdata un perdon por la mala pluma, constituian la parte accesoria de este billete, y quizá no la menos apreciable, puesto que todas aquellas cosas son para los enamorados un índice de los afanes, de los sustos, de los riesgos que cuesta su amor á la que es objeto de él; sabe que su querida padece por causa suya persecucion bajo el poder de aquel Diocleciano con enaguas, y esto es una escelente salsa para el cariño: hé aquí por qué afirmamos que los amantes dan un valor muy real y muy positivo á todas estas circunstancias; puesto que en cada una de ellas creen descubrir algunos nuevos quilates de valor en la joya á que aspiran.

Pasáronse así algunas semanas: tres ó cuatro cartas mutuamente recibidas, en nada podian alterar la estraña posicion de ambos jóvenes, y Dios sabe hasta qué punto hubiese llegado esta estéril correspondencia, si acaecimientos imprevistos no hubieran acelerado rápidamente el desenlace de estos embrollados amoríos. Sucedió pues que al cabo de este tiempo entró una mañana en casa de Doña Estefanía una muger de edad, algo menos que decentemente vestida, y habiendo obtenido el hablar á solas con la señora, pasó entre ambas el siguiente coloquio:

—Buenos dias, vecina (dijo la recien venida), V. estrañará mi visita; pero cuando se trata de la honra y buena opinion de las personas á quienes una aprecia, no ha de repararse en lo menos. Sepa V. pues, señora Doña Estefanía de mi alma, que las malas lenguas de Cádiz han dado en publicar los devaneos de su hija Doña Rosita, y que las gentes de razon y temerosas de Dios están escandalizadas al oir que una señora tan cristiana y tan buena como V. no tome sus providencias para que ese tuno de la montera no le quite por mas tiempo á la niña sus colocaciones, y no dé que hablar al barrio. Yo en todas partes saco la cara por V.; pero ayer en la novena no se hablaba de otra cosa, y en verdad que no le hacian á V. favor: dijose allí que Rosita recibia cartas de uno de esos muñecos, y en un duelo lo afirmó antes de ayer quien lo ha visto con sus ojos. En tal caso, he creido que los deberes de vecindad me obligaban á prevenir á V. de lo que sucede.

Sacó en diciendo esto su caja de cucarachero, y tomando con los cuatro primeros dedos un razonable polvo, esperó la respuesta de la irritada viuda.

No eran del todo nuevas para esta la mayor parte de las noticias que le daba la chismosa vecina; pero sabiale mal, sin embargo, el que se las viniesen á decir en su propia cara; y asi, tratando de eludir la principal cuestion, le respondió:

—Señora Petra, mal me estará el decirlo; pero la pura envidia es la sola causa de esos cuentos que V. dice andan por ahí con respecto á mi niña: ¡buena madre tiene ella para consentirle ni disimularle semejantes deslices! Así que puede V. decir en la novena, y en donde quiera que oiga hablar á esas gentes caritativas y temerosas de Dios, que la hija de Doña Estefanía no tiene mas falta que el ser bonituela y contar diez y ocho años: falta bien grande para algunas amigas de V.

—Paréceme que no está V. muy en lo cierto, replicó la otra despues de haber sorbido un polvo: una cosa es que yo tape los defectos de las casas agenas, y otra cosa es que los vea y los toque. Dígolo porque es obligacion mia, como cristiana que soy, el decirle á V. lo que hay aquí dentro, y hasta qué punto alcanzan las niñas de hoy dia. Pues, señora, quiero que V. sepa que habrá cosa de un mes, ó poco mas, hallándose una noche V. y su hija sentadas en el balcon, y dando sendas cabezadas por el sueño y por el fastidio, me pareció oir en la calle una tos seca que á la legua mostraba ser cosa de seña. Yo estaba casualmente en la ventana, como me sucede siempre que hay algo que ver en la vecindad, y á la luz de la luna descubrí que el fingido asmático era un majo que miraba atentamente al balcon: en aquel momento entró V. en la sala á tomar su abanico, y aprovechándose Rosita de este solo instante, se levantó, asomose á la baranda, y en el mismo punto voló hácia la calle una cosa blanca, aunque no sé si fué caida por casualidad ó arrojada adrede: recogiola el mozo, y vi entonces muy bien que era un pañuelo. Antes de un minuto ya estaba V. en su puesto, y él no parecia en toda la calle.

Por puntos encolerizábase al oir esto Doña Estefanía; pero á un terminante *yo lo vi*, toda réplica era infructuosa, y asi fué necesario cambiar el plan de defensa. Procurándose pues reponer un poco, le habló en estos términos:

—Quiero ser franca con V., vecina, y por lo mismo no le negaré que algo de eso, aunque no todo, se me habia alcanzado; pero, á Dios gracias, ese monuelo está preso hace dias y esto me tiene tranquila.

—Eso dijeron, contestó la señora Petra; pero la verdad, yo no lo creo, puesto que despues de su prision ha venido de noche á dar música á Rosita, y si no temiese hacer mal juicio diria tambien que habló con ella por la ventana.

—¿Pero V. qué es lo que vió? interrumpióle Doña Estefanía.

—Vi y no vi, porque aunque divisé dos bultos en la reja, uno por dentro y otro por fuera, la oscuridad no me permitió distinguir bien á nuestro hombre; pero ¿qué otro habia de ser? Yo irritada al verlo y al oirlo, y figurándome que hacia á V. un servicio, vacié sobre el atrevido enamorado... ya se figurará V. lo que vacié; con lo cual se alejó de allí á buen paso.

Marchose en diciendo esto la vecina, dejando á la burlada madre echando chispas por los ojos de pura cólera y meditando proyectos de venganza.

Borrascosa, como pueden figurarse mis lectores, fué la entrevista de Doña Estefanía con su hija, y en la cual no escaseó aquella ni las espresiones mas violentas ni los mas brutales maltratamientos. Resignada y paciente en la apariencia, sufria Rosita aquella tempestuosa escena; pero ¿qué alma hay que no se exaspere cuando así se abusa de derechos, que por mas sagrados que sean, tienen límites en la razon humana? Lo que la dulzura, unida á un saludable rigor, hubieran podido alcanzar, se hizo imposible ante un castigo desproporcionado á la falta; y aquel corazon, sobrado de altivez, no pudo menos de rebelarse en secreto contra la mano que la vilipendiaba. En fin, la madre vivamente irritada por el obstinado silencio de Rosita, la despidió con estas palabras:

—No quiero en mi casa ni á mi lado una hija mala y desobediente: dentro de ocho dias marchará V. al convento donde se ha educado, de donde no volverá sino para casarse con quien yo tenga por conveniente.

Dicho esto, cada una de ellas marchó á su habitacion respectiva.

Dejemos ahora en la suya á nuestra interesante niña llorar amargamente, y dejemos hervir su imaginacion en proyectos y en aventuradas resoluciones, para ocuparnos de D. Pepito, á quien los hados guardaban tambien un dia de desventura.

Sentado una mañana en el escritorio de su padre, con el libro de caja abierto sobre la carpeta por mas disimulo, leia por centésima vez la última carta amorosa que le habia entregado Rosita, haciendo por entonces un sabroso paréntesis al palo de campeche y á la calisaya, cuando oyó cerca de la puerta los acompasados pasos de D. Braulio: cerró precipitadamente el libro, arrimolo á un lado, y se puso á escribir una comenzada carta para el corresponsal de Guayaquil. En esto el viejo, á quien llevaban allí ciertas dudas sobre una especulacion, entró pausadamente, dirigiose al malaventurado libro de caja, y abriéndolo, topó, como era natural, con aquel inoportuno registro que Pepito habia dejado dentro: echó D. Braulio los ojos sobre el papel, y dijo:

—No conozco la letra de este corresponsal; de dónde és?

Un rayo que hubiese caido sobre el enamorado mozo, no le hubiera dejado mas atónito: trató de enmendar su yerro; pero era tarde, pues ya se afianzaban en las narices de su padre un par de férreos espejuelos, merced á los que pudo leer con harta dificultad estas primeras palabras: ***Bien mio: Puesto que debo fiarme en la honestidad de sus intenciones...*** Al llegar aquí soltó la carta D. Braulio como si le quemase los dedos, y volviéndose á su hijo le interpeló asi con voz de trueno y con entrecejo erizado de ira:

—¿Qué diablos de honestidad es esta en un libro de caja?... ¡***Bien mio*** en un escritorio!... Esto es una profanacion mercantil, y que yo castigaria tirándote el libro á la cabeza, si no fuera porque vale mas que tú...

A la amenaza hubiera indefectiblemente seguido la obra, á no ser por aquella reflexion del valor intrínseco respectivo que era para él tan poderosa, y porque Pepito, aprovechándose de este momento de incertidumbre, le replicó en estos términos:

—Pero, señor, esa carta no es mia, ni para mí, y yo no tengo la culpa de...

—Pues entonces ¿de quién es?

(*Continuará.*)

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

LA YERBA DE VIRTUDES.

Cuento.

I.

Ya que es preciso para satisfacer tu antojo que yo te cuente un cuento á cuyo arrullo puedas conciliar el sueño, que tenaz se niega á brindar su dulce bálsamo, prepárate á escuchar, querida mia, uno de los que allá en mi niñez oia de boca de mi abuela, cuando sentada en el rincon de la chimenea con la rueca en la mano, presidia y ameni-

zaba las reuniones de la familia, que cobijada por la inmensa campana de nuestras chimeneas estremeñas, confortada por el vivo calor que de sí arrojaba la media encina que en el hogar se consumia, atenta esperaba el toque de las ánimas, hora de la cena, del rosario y del reposo.

En aquella época en que el lamentable atraso de nuestra civilizacion no permitia las benéficas empresas literarias, que á dos cuartos el pliego de impresion nos proporcionan la dicha de obtener ***El judío errante***, ***La reina Margarita***, ***Las memorias del diablo***, y tantas otras novelas morales y recreativas con las cuales se instruye y solaza nuestra juventud, ya se sabia que á falta del ***Quijote***, el ***Gil Blas***, ***Las aventuras de Bertoldo y Bertoldino***, terminadas que eran las preguntas y respuestas acerca de las faenas del dia, amos y criados formaban el auditorio de la que entonces se llamaba la señora mayor, y á quien se le llama tambien hoy la señorita, aun cuando tenga mas años que Matusalen; que esta es otra de las ventajas que debemos al empuje dado al lamentable atraso de nuestra civilizacion.

Pero dejando á un lado digresiones que á tí te fastidiarán y á mí no me cuadran, oye uno de los cuentos que mi abuela nos contaba, y que llamaba la buena señora el de ***La yerba de virtudes***.

Pues señor, érase que se era una madre y un hijo. La madre se llamaba Cármen, el hijo Juan, y los dos vivian en una de las casas que limitan las de Badajoz por el lado del mediodía. Hijo y viuda de un pobre soldado que murió en las guerras que se trabaron cuando el francés y el austriaco se disputaban la corona de España, los pobres no tenian para vivir otra cosa que lo que daba de sí la soldada, que como pastor ganaba Juan, escasa para atender á sus necesidades ordinarias, é insuficiente para procurar los remedios que aliviasen á Cármen de la enfermedad que hacia mas de un año la aquejaba, y que la habia postrado hasta el punto de no poderse mover sin auxilio ageno de la silla que constantemente ocupaba en el rincon de la chimenea de su reducida casita.

Esta, como la mayor parte de las que habitan la clase jornalera estremeña, constaba de dos habitaciones: la cocina, que por un lado daba paso á la alcoba, y por el otro á la colada ó pasadizo, donde se depositan las herramientas de la labor, y que trasforman en dormitorio el jefe de la familia ó los demás hombres que hay en ella en los casos de enfermedad ó de multiplicacion de las mugeres. De la colada se pasaba al corral, el cual por medio de un cobertizo que tenia en uno de sus ángulos, era á la vez cuadra, jardin donde florecia un rosal, una mata de claveles y otra de alelíes ó de mejorana, y estercolero ó basurero de la casa.

En aquella de que á la sazon vamos hablando, á la débil y vacilante luz que despedia la llama de tres ó cuatro ramas de encina que ardian en el hogar, se veia á la pobre viuda acurrucada en un rincon acariciando á una cabra, que con las manos dobladas y descansando la cabeza en la falda de su ama, de cuando en cuando levantaba hácia ella su mirada, y parecia que con el aliento queria vivificar aquel cuerpo quebrantado, y animar aquella faz dolorida; y á un gato que envidioso de la predileccion que mostraba su ama por la cabra Azucena (como la llamaba el bueno de Juan), repetidas veces desalojaba el lugar que ocupaba nmediato á la lumbre, y pasando y repasando con el rabo empinado, arqueado el espinazo, rozándose con las piernas de su ama, en son de queja maullaba hasta que, despechado sin duda por lo vano de sus esfuerzos, se alejaba y volvia á ocupar su primitivo puesto, en donde con el hocico metido casi dentro del fuego quedaba en completa inaccion.

Entre tanto la noche se adelantaba fria y lluviosa. El aire que se estrellaba en uno de los ángulos de la chimenea, producia un sonido agudo y prolongado, y las tejas mal aseguradas, ó levantadas en algunos sitios para facilitar la salida del humo, al chocarse impelidas por el viento, imitaban el ruido que causan los huesos al tocarse unos con otros, contribuyendo á aumentar la confusion de sonidos que se oian, los que sonoros y chisporroteantes, formaban las gruesas gotas de la lluvia que por la chimenea encima de las brasas caian.

—Jesus! cuánto tarda mi Juan... Ya deben haberse cerrado las puertas de la ciudad. Dios mio! ¿si le habrá sucedido alguna desgracia?...

Tales fuéron las primeras palabras que pronunció la pobre viuda, al cabo de una hora larga que hacia se habia despedido de ella María, hija de una de sus vecinas, y jóven tan linda como honesta, que la acompañaba largos ratos durante el dia, que pasaba Juan cuidando de sus cabras.

Si la compañía que María la prestaba era solo una obra de caridad, ó si el verdadero móvil era un sentimiento mas egoista y profano, cosa es, querida mia, que no te sabré decir; pero es lo cierto que un dia en el que se habian encontrado en un baile Juan y María, porque esta bailó un fandango con otro mozo del barrio, Juan puso una cara como si á cuerno quemado oliera, y dicen que no se le volvió á ver sin ceño, hasta una mañana que al salir en busca de su ganado recibió de María un empellon, y el encargo de que la trajese una rosa para lucirla en el baile del domingo.

Por lo visto algo de lo que pasaba en el corazon de los muchachos debia haber sorprendido la pobre enferma, cuando recibia todos los agasajos y cuidados que la prodigaba María, sin espresarla de palabra su agradecimiento, que se revelaba sin embargo en unas miradas tan tiernas y tan espresivas, que ponian las mejillas de María del color de la grana, y la engendraban un humor mas alegre que unas castañuelas. Dios mio! esta tardanza no puede ser ya por bien... Vírgen de la Soledad! volvió á decir la madre Cármen, y sus ojos se humedecieron, y sus labios empezaron á moverse dando salida al susurro de una ferviente oracion.

Los pasos de una persona que por la calle se acercaba interrumpieron aquella, y el corazon de la pobre enferma saltó dentro de su pecho con el mismo brio con que la cabra levantándose sobre las piernas, salvó con un brinco la distancia que la separaba de la puerta, y empezó á arañarla con las pezuñas hasta que la sintió moverse sobre sus goznes, y dejar franco paso al bueno de Juan.

De tez morena, cara ancha, ojos negros y rasgados, patilla poblada, negra y lustrosa, talla mediana, ancho de pecho y espaldas, de piernas y brazos nervudos, rayaria Juan en aquel entonces en la edad de los veinte y cinco años. Su semblante, en el que ordinariamente brillaban la franqueza y la serenidad, revelaba en aquella noche una espresion de amargura y de rencor, que argüia en favor de la exactitud con que su madre habia presentido la ocurrencia de alguna desgracia; y con efecto, hondo pesar aquejaba sin duda al pobre mozo, cuando luego que hubo dado las buenas noches, y besado la mano de su madre, cayó desplomado en una silla tapándose la cara con las manos.

—¿Qué tienes, Juan, qué te ha sucedido, hijo mio, vienes malo? le preguntó afanosa la pobre viuda.

—Nada, madre, no tengo nada, estoy bueno, ojalá que ya me hubiera muerto!

—Juan, qué dices? Acaso te se ha ido el juicio!

—Quisiera Dios!... Así no me sucederia lo que me está sucediendo.

—Ingrato! Y entonces que seria de mí?

—Oh! pues si no hubiera sido por V... á la hora esta el que tiene la culpa puede ser que me las hubiera ya pagado... y con creces.

—Juan, hijo, qué pensamientos son esos! ¿Quieres que me muera de pesadumbre? Pero vamos, por los clavos de Cristo, di que ha sucedido?

—Que mañana no sé ya por dónde he de meter la cabeza para que comamos un pedazo de pan.

—Pues qué, tu amo?...

—Me ha despedido.

—Y por qué?

—Por qué!... como siempre se quiebra la soga por lo mas delgado, y unos se comen los higos y á otros se les ampolla la boca, yo he venido á pagar la diversion de ese señorito á quien llaman el indiano. Hoy iba cazando por donde yo estaba con el ganado, y en lugar de llamar á sus perros cuando vió que la tomaban con las cabras, empezó á azuzarlos, y... pues, qué habia de suceder? entre degolladas y perniquebradas, me han estropeado quince. Yo, como era razon, empecé á dar voces para que llamase á la recoba... pero sí, que si quieres... él se reia, se reia como un condenado... y porque vió que yo teniendo otro remedio, emprendí á palos con los perros, y le maté dos; él y su criado se vinieron encima con las escopetas... y gracias que la cosa no pasó mas adelante... Me atropellaron con los caballos.

—Ellos! Dios los perdone.

—Y como yo no pude echarle mano á las riendas, los señores se unieron, saliendo jurándomelas, y prometiéndome que me habia de ver en una galera. Despues el amo, cuando fuí á contarle la pasada, en lugar de ponerse de mi parte como era razon, me ha hartado de picardías, me ha puesto en la calle, y lo que es mas, me ha dicho que á cuenta de las cabras que le han matado, se queda con las seis nuestras... de manera que... qué hacemos mañana?...

—Allá veremos, hijo mio... Dios nos abrirá puertas de claridad; y para que veas que no nos ha abandonado, has de saber que hoy ha estado aquí la tia Colasa, aquella tan viejecita, ya te acordarás, y me ha dicho que con una yerba que se cria en el castillo junto al polvorin, me pondré buena al instante. Entonces seremos dos para ganarlo, y ya verás cómo salimos de ahogos.

—Una yerba? Y cómo es, madre?

—Es pequeñita, con la hoja rizada... Mira, esta es la muestra que me ha dado para que la podamos conocer.

—Lo malo es que si no se cria mas que en aquel sitio, no sé cómo nos hemos de valer para cogerla. El centinela no dejará arrimar á nadie.

—Bueno, mañana pensaremos lo que hemos de hacer: vámonos á acostar ahora, que buena necesidad tendrás de dormir.

Por mucha que fuera la necesidad que Juan tenia de reposo, fácil es comprender que los sucesos que por él habian pasado en espacio de pocas horas, escitaban su esperanza y aguijoneaban su rencor hasta tal punto, que lejos de dormir, inquieto y desasosegado se volvia y re-

volvia sobre su pobre cama, cual si acostado estuviera sobre una de espinas; y sin embargo, en favor del pobre muchacho debo decirte, que mas trabajaba en su imaginacion el deseo de encontrar los medios para facilitarse la yerba que habia de volver la salud á su madre, que el que sentia de vengar los insultos y daños que habia recibido del opulento indiano; asi es, que al fin concluyó por forjar el siguiente raciocinio.

La tia Colasa asegura que mi madre se pondrá buena con una yerba que se cria en el castillo... De dia no podré cogerla del sitio en que se cria, porque el centinela no me dejará... Habrá algun señor que mande allí, de fijo; pero como yo no lo conozco, me sucederá con él lo que con el centinela... Cogiendo la yerba, yo no le quito nada á nadie; pero como mi madre es así para ciertas cosas, si la digo que voy á cogerla sin permiso del que allí manda, no me deja, qué, ni por pienso, aunque supiera morirse... y ello es preciso que ella tenga la yerba al instante... no tengo mas remedio que ir á buscarla de noche... y mientras mas oscura sea, mejor... Esta noche está como boca de lobo... Pues, señor, lo que se ha de asar se frie; vamos á ello... Y diciendo y haciendo, en menos de un periquete se sentó, se vistió, cogió una azada, y despacio, callandito para no despertar á su madre, abrió la puerta, salió, la volvió á cerrar, se santiguó, y resuelto tomó por la calle arriba en direccion del castillo.

Aun en los tiempos felices que alcanzamos, en los cuales no podria darse una capital de provincia que no tenga alumbradas sus calles siquiera hasta las diez de la noche en el invierno, y las once en el verano; pasadas estas horas, y mas si es en aquella estacion, es bien seguro se logrará á veces recorrer toda la poblacion sin encontrar alma viviente: figúrate, querida mia, qué sucederia en los tiempos en que el buen Juan iba á buscar la yerba para su madre.

Entonces, tocadas que eran las ánimas, si alguno recorria las calles, provisto por supuesto de su correspondiente farol, bien se podia apostar á que era en demanda de algun galeno, ó del brebaje que él hubiese recetado; porque los galanteadores, cuando no salian en comandita á recrear con alguna rondeña los castos oidos de sus dulcineas, salian en las altas horas de la noche, envueltos en una sábana con una luz en la cabeza y dando espantosos alaridos que corroboraban á las crédulas gentes en la idea que tenian de que por tales ó cuales calles andaba un fantasma.

Por algo entraba en las sensaciones que esperimentaba Juan durante su camino, el temor de encontrarse con alguno: así es que cuando al desembocar en la calle del Cristo de los Afligidos vió la trémula y opaca luz que despedian los dos faroles que alumbraban la imágen divina que da nombre á la calle, notó que el sombrero no se ajustaba en la cabeza como siempre, y sintió que las mangas de la chupa le estaban mas anchas de lo que él creia. El conocimiento de la causa y el lugar alejaron de su alma el recelo, y confiado, si no sereno, se adelantó hasta llegar frente á la divina imágen.

En cualquiera otra circunstancia de su vida en que hubiera pasado Juan por aquel sitio, siguiendo la costumbre que aprendió de sus padres, se habria descubierto y rezado un Credo: en aquella, hincada la rodilla en tierra, con el sombrero en la mano, dió principio á una ferviente oracion.

Confortado por la palabra divina iba á emprender su camino nuevamente, cuando el débil lloro de un niño, que oyó junto á sí, lo dejó inmóbil, cual si sus piés hubieran echado raices en el suelo.

—Dios mio! qué es esto? dijo Juan; y su vista, despues de haber abarcado rápidamente todo cuanto le rodeaba, se fijó en una cesta colocada á pocos pasos delante de él, y dentro de la cual se distinguian las torneadas y graciosas formas de un niño.

—Angelito! ¡quién habrá sido el corazon de piedra que te habrá dejado aquí en un lugar tan solitario, y en una noche tan fria!

Y diligente corrió el buen Juan adonde estaba el niño, se desabrochó la chupa, y tapándolo con una de las solapas, empezó á besar su tierno semblante, que reanimado con el aliento y el calor del bueno de Juan, se sonreia con esa dulzura infinita con que solo sonrien los ángeles del Señor.

Pasados los primeros instantes, el primer pensamiento que se ocurrió al pobre mozo fué la duda de lo que habia de hacer con aquella criaturita.

—Pero, señor, ¿qué hago yo ahora con este ángelito... dónde lo llevo? A casa del señor cura... si lo entrego yo, me preguntarán mil cosas... no sabré decir mas que lo que sé, y quién sabe lo que me podrán hacer... Si llamo á la casa del señor cura, dejo el niño á la puerta y me voy corriendo, puede ser que figurándose otra cosa no quieran abrir, y el pobre niño se arreciria... Dejarlo donde lo he encontrado... eso no; primero me mate un moro... Caramba! si yo fuera hombre de posibles ya sabria lo que tenia que hacer... Pero si no tengo sobre qué caerme muerto, y mañana no sé dónde podré agenciarme un pedazo de pan... ¿con qué he de alimentar á este pobre niño?... Por vida!... Oh! y lo que es soltarlo á la buena de Dios, no lo suelto... Pero qué digo?... la Azucena... Sí, se acabó. Chiquillo, ya tienes madre, vamos á casa; la Azucena se encargará por ahora de ti, y mas adelante Dios nos abrirá puertas de claridad.

Y cargado con su niño, con el corazon mas ancho que si se hubiera encontrado la piedra filosofal, dió la vuelta hácia su pobre casita, en donde á él y al hallado los esperaba el amor de una madre y de una abuela.

(Continuará.)

DIAS EN QUE CELEBRAN SUS FIESTAS LOS MUSULMANES.

Primeramente celebran asamblea todos los viernes del año.

El dia 8 de *maharran*, primer mes, celebran por diez dias seguidos el asesinato de Ocein, grande iman de la Persia; y en este mes están prohibidas las hostilidades, pues hay suspension de armas si no hay grande urgencia.

El primer viernes de *safar*, segundo mes, se juntan los turcos para tratar de asuntos de guerra y sus preparativos. El cuarto miércoles de este mes celebran la santa noche ó la fiesta de la trompeta que convocará á juicio.

El dia 11 de este mismo mes, celebran la santa noche y fiesta del nacimiento de Mahoma: algunos califas la celebran seis dias despues.

El 5 de *rabié*, tercer mes, es la fiesta de la noche santa de la concepcion de Mahoma. El 16 celebran la santa noche de su ascension

El 15 de *schaben*, octavo mes, es la fiesta de la santa noche del exámen ó acciones de los hombres, escritas por los ángeles para presentarlas al divino tribunal.

El mes santo de *ramadan*, y noveno, es de ayuno riguroso, y no comen ni beben hasta despues de puesto el sol. En la tarde y víspera del primer dia del mes siguiente de *schabal*, empiezan á celebrar su pascua ó el gran *Bisrem*.

El 24 de *ramadan* celebran la noche santa de la omnipotencia ó revelacion de misterios de Dios á Mahoma. El 16 de *schah* celebran la victoria ó la batalla de Oud, dada por Mahomet á su propia tribu. El 20 de *scahal* la santa noche y fiesta de la particion de la luna por Mahoma, á que se atribuye el titularse el gran sultan *señor de la media luna*.

El mes *dul-kaden* es mes de descanso, y el siguiente *dul-kaden segundo* es el de las peregrinaciones; pues creen que en él fué determinada por Abraham la peregrinacion de Ismael su hijo y de Agar, por lo que se denominan como dependientes de Agar, agarenos, y de Sara, sarracenos. En el dia 8 de este mes celebran la fiesta de la aparicion de Dios al profeta.

Cálculos.

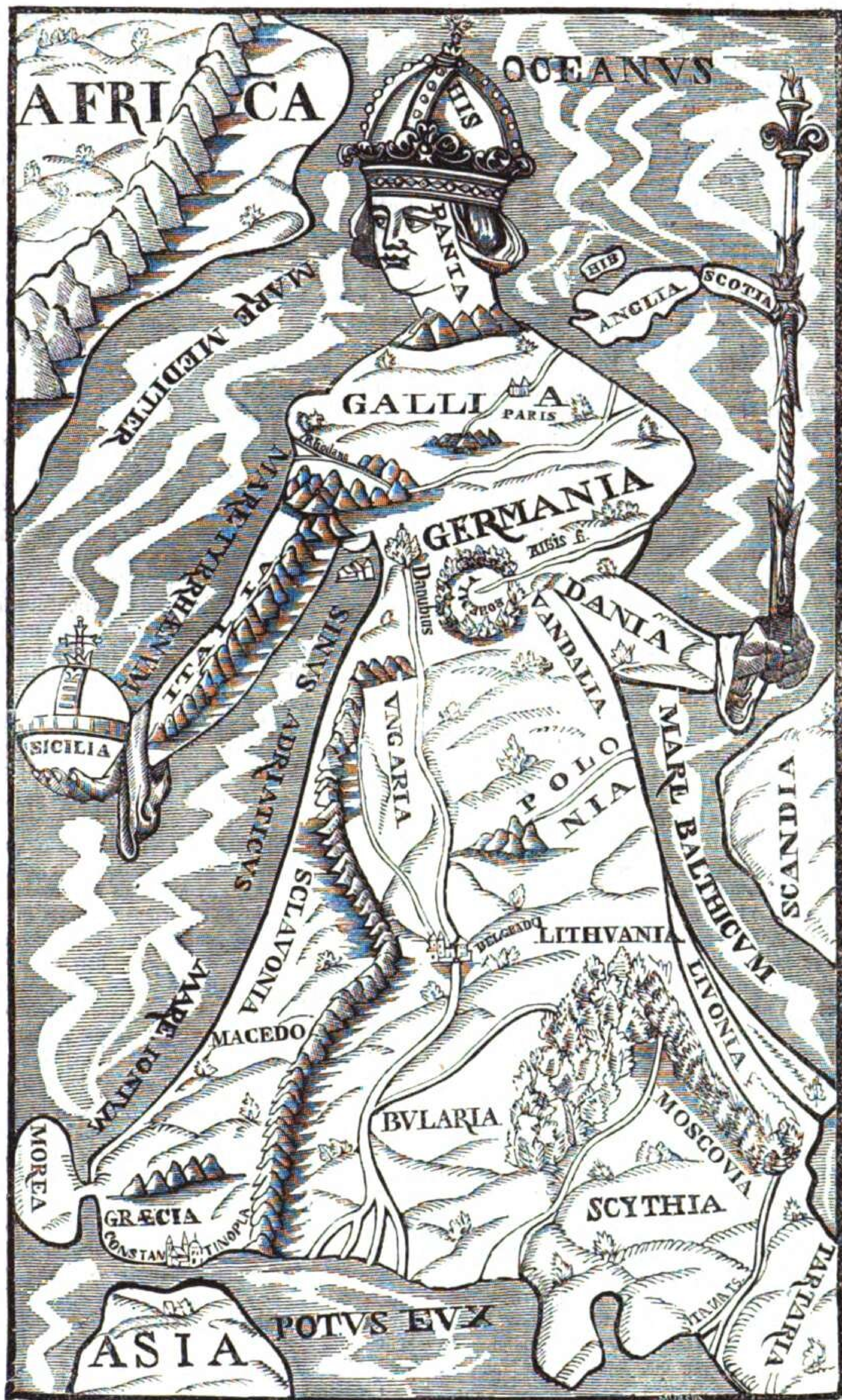
Son sumamente curiosas las observaciones que hace acerca de ellos Ozanam en sus recreaciones matemáticas. Siete personas pueden ponerse á la mesa de cinco mil cuarenta maneras diferentes. El verso compuesto en honor de la Vírgen *tot tibi sunt dotes, virgo, quot sidera coelo*, puede recibir cuarenta mil trescientas variaciones, de las cuales tres mil doscientas setenta y seis conservarán la medida de un verso hexámetro. Si doce personas se ceden el sitio recíprocamente unos despues de otros, de manera que muden todas las situaciones posibles, se colocaran de cuatrocientos diez y nueve millones seiscientos modos diferentes.

JEROGLIFICO.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.



CARTA GEOGRAFICA DE EUROPA FIGURANDO UN EMPERADOR.

Para formarse una idea de este trabajo, basta volver un mapa de Europa, de modo que el occidente ocupe el sitio del norte y el oriente el del mediodia. Entonces se divisarán los diversos paises poco mas ó menos en la posicion respectiva que aquí se nos presentan, y se comprenderá como el artista ha podido hallar en el continente y sus principales islas los elementos de tan singular composicion.

Puede presumirse que la figura de un emperador abarcando toda la Europa es la de Carlos V. El sitio que ocupa España en la cabeza que ciñe la corona de Europa, confirma esta suposicion.

En la historia del gran emperador se ve esplicado completamente el gran pensamiento del artista.

El Africa figura en parte para recordar sin duda la gloriosa espedicion de 1535 contra Barbaroja, en la que Carlos V, dueño de Tunez, libertó á veinte mil esclavos cristianos.

La Inglaterra se une al cetro de la figura imperial en conmemoracion de la alianza contratada entre Carlos V y Enrique VIII.

Este género de representaciones se ha repetido en diversas épocas y de varios modos. Los anales rusos hablan de una estátua de nieve de colosal tamaño, elevada durante un invierno en Moscou, la cual contenia los nombres de todas las provincias moscovitas en otros tantos adornos. Esta figura simbólica solo duró hasta los primeros dias de la primavera.

ORAN.

TERREMOTO EN 1790.

Orán, la antigua *Madaurum*, la patria de Apuleyo y escuela de S. Agustin, está situada en una bahia de la costa Setentrional de Africa, sobre una colina, con puerto bastante cómodo y una fortaleza que la defiende. Los habitantes del país la nombran Guharad, y en otro tiempo parece que se llamó Guisa. Los españoles se apoderaron de ella en 1509 con un ejército que levantó á su costa el cardenal Gimenez de Cisneros, y los moros intentaron tomarla poniéndole sitio en 1556, aunque inútilmente. En 1708 el gobernador, la guarnicion y los principales habitantes, se vieron obligados á abandonar la plaza despues

de haber sostenido un sitio de muchos años contra los moros que recibian auxilios de los enemigos del rey D. Felipe V, el que á causa de la guerra de sucesion de España, no podia enviar tropas, y el último socorro que partió para Africa fué inútil, por la defeccion del conde de Santa Cruz. En 1732 trató Felipe V de recobrar esta ciudad, para lo cual se juntó en Alicante un ejército de 30,000 hombres, al mando del conde de Montemar, y el 28 de junio dió fondo con felicidad en la *playa de las aguadas*, una legua al poniente del puerto de Mazalquivir. Empezó el desembarco el dia siguiente y se terminó el 30. Defendian la plaza 22,000 hombres, que por tres horas resistieron con valor los ataques de los sitiadores, y al cabo se vieron obligados á desalojar la plaza y el castillo; y el dia 1.° junio se apoderaron los españoles de la ciudad, y la poseyeron hasta el año 1792. En la noche del 8 al 6 de octubre de 1790, sintiose en Orán á la una y algunos minutos de la noche, un terremoto tan violento, que en tres minutos arruinó la mayor parte de los edificios y quebrantó los demás. Los que ocupaban las alturas, como la alcazaba, contaduria, tesorería, el cuartel y los templos, esperimentaron el mayor daño, y estos cayendo causaron la ruina de otros. El terror que se apoderó de los ánimos y la incertidumbre del partido que habian de tomar para salvarse, fué causa de que muchos pereciesen; unos se precipitaron por huir, y otros murieron por haberse estado quietos. Al general estremecimiento siguieron por todas partes los lamentos de los que heridos ó medio sepultados en los escombros pedian que los socorriesen, y de otros que no para sí pedian auxilio, sino para sus padres, hijos, amos ó mugeres; mas continuando los sacudimientos tuvieron los que clamaban igual suerte que aquellos para quienes demandaban socorro. Algunos pudieron ocupar varias plazuelas, pasando por medio de las ruinas, ó lograron llegar á la plaza de armas, que por estar en el centro fué el comun refugio. Era grande alli la confusion, y al mismo tiempo que lloraban la pérdida de los propios que echaban menos, tenian que disponerse para morir á impulso de las repeticiones del terremoto que no cesaba. Acrecentaba la afliccion el temor de que el enemigo, siempre en vela, escitado por aquella clamorosa voceria y conociendo el estado de la poblacion, se introdujese por alguna de las brechas que se suponian abiertas en la muralla, y así muchos sugetos procuraron con sus exhortaciones contener los lamentos de tan crecido número de gente, aunque en vano. Buscábase al general, y no habia quien supiese de su suerte: clamaba el pueblo porque se le franquease la puerta de la plaza para refugiarse en el campo huyendo de los edificios que amenazaban desplomarse al mas leve temblor, y no se encontraban las llaves, que con la mayor parte de la casa del general, yacian bajo las ruinas de la iglesia mayor: buscábanse herramientas, ya para franquear las puertas, ya para socorrer á los sepultados en los escombros, y no se encontraban en parte alguna: llamábanse operarios y ninguno parecia, con lo que reclusos á vista de la muerte sin poder evitarla, atormentaba á aquel desgraciado pueblo el mas prolongado martirio.

Llegado el dia se pudo averiguar que el comandante general habia fallecido con toda su familia, y al momento se encargó del mando el oficial que habia quedado inmediato en graduacion. Este, dando las providencias que aquel lamentable estado reclamaba, mandó conminar con pena de muerte á todo el que robase; destinó á los confinados, que por la ruina de los cuarteles andaban libres, á un sitio para contenerlos y emplearlos; repartió patrullas de desterrados y de soldados por las calles, para que socorriesen á los que encontrasen vivos y recogiesen á los difuntos; pero apenas habian principiado á ejecutar su encargo, cuando repitiendo varias veces el terremoto y desplomándose las casas que aun estaban en pié, tuvieron que retirarse quedando sin efecto la providencia.

Mejor resultado tuvo la disposicion de que bajasen á la ciudad los operarios de la maestranza, pues con su venida se franquearon las puertas y se evacuó la ciudad, saliendo las gentes al llano llamado de la Horca, donde se presentó el lastimoso espectáculo de tantos heridos y estropeados, que tuvieron que permanecer á la inclemencia y carecer de medicinas, y aun los facultativos que vivian estaban heridos. Aumentaba el conflicto la distancia de la costa, el temor del enemigo y la falta de alimentos, si bien habia harina, pero faltaban hornos para cocer el pan, y fué necesario construirlos inmediatamente fuera de poblado.

Halláronse abiertos algunos puntos de la muralla y castillos, pero no tanto que dejasen de prestar la defensa necesaria. Se dispuso colocar á los heridos en las cuevas de la marina, único sitio que se discurrió pudiese servirles de albergue, aunque sin otro auxilio que el corto alimento que algunas personas caritativas pudieron sacar de entre los escombros. A fin de atender á la subsistencia del pueblo, se destinaron algunos panaderos á Mazalquivir para que desde allí lo surtiesen en lo posible. Se determinó impedir la entrada en la ciudad á toda clase de personas, y distribuir patrullas para llevarlo á efecto; pero no fué posible, porque se ocultaban entre los escombros y edificios medio arruinados.

Los muchos confinados, que libres por necesidad estaban hambrientos, y la tropa que sufria de continuo grande fatiga, estaban exánimes y poco dispuestos por tanto á resistir una acometida del enemigo. La destruccion de las casas, el fácil paso que las ruinas daban á la plaza por varias partes de las que miran al interior, y la imposibilidad de remediar este mal y defender los puntos menos interesantes, puesta toda la atencion en los que miraban al enemigo, ofreció acasion á la gente de mala vida para que se entregase al saqueo de las casas principales y ricas que estaban abandonadas, y todo el rigor que se desplegó no fué bastante para evitar este daño.

Apenas amaneció, se presentaron los enemigos en las eminencias próximas para reconocer la situacion de la ciudad, que ellos creian aun mas apurada todavia, y así se determinaron á tantear si podrian hacerse dueños de la plaza. Con este objeto, apenas oscureció, empezaron á hacer tentativas aproximándose por todos los flancos de la plaza, acercándose á Tremecen hasta la campana, que en aquel tiempo estaba arruinada, castillos de Santa Cruz y San Gregorio, torre del Nacimiento, y aun á la misma linea.

No habia en la plaza mas que 1,626 hombres de tropa que pudiesen tomar las armas, y con ellos se guarnecieron todos los puntos arriesgados, haciendo ver á los moros que no estaba la ciudad tan indefensa como creian. Mas como los terremotos continuaban causando muchos estragos, y las torres de las huertas no podian guarnecerse por su mal estado y falta de gente, continuaron los moros hostilizando la plaza de dia y de noche, repitiendo sus tentativas vigorosamente, de modo que destruyeron con picos y otros instrumentos las puertas de las torres, sin que pudieran arruinarlas por impedirselo los fuegos de la ciudad; pero molestaban mucho á los infelices habitantes, que permanecian sin abrigo contra los tiros, lo que aumentaba en gran manera aquella miserable situacion. Construyéronse baterías en los llanos de la Horca y San Felipe, colocando en ellas artilleria, que se sacó de otros puntos menos importantes; se reforzaron las brechas, ya separando escombro y profundizando los fosos, ya formando salchichones con la mayor actividad, y esto sin embargo de la escasez que padecian los trabajadores, y al fin se consiguió ponerse en el mejor estado de defensa para recibir al bey de Máscara, que con unos 10 á 12,000 hombres y alguna artilleria, se presentó en un gran campamento. Empezaron sus escaramuzas, y todos los dias reconocian el campo de los españoles, pero sin mucho empeño, hasta que el dia 21 de octubre emprendieron muy de mañana un ataque general contra la torre del Nacimiento, avanzando á ella por el barranco llamado de la Sangre, de modo que llegaron hasta sus muros, y arrimando escalas intentaron tomar la fortaleza. No bastando para impedir esto los fuegos de los castillos, determinó el comandante que las partidas de fusileros y los confinados hiciesen una salida, lo que ejecutaron con el mayor arrojo cogiendo las avenidas del barranco y apostadero de San Cárlos, y cargando intrépidamente contra el enemigo, lo desalojaron con mucha pérdida de su parte, y quedaron los españoles dueños del campo, habiendo sido mayor la mortandad de los moros por el empeño que pusieron estos en recoger los cadáveres.

Desde este dia empezaron á notarse varios trabajos del enemigo; pero sin molestar la plaza, hasta que el dia 23 al amanecer dispararon algunos cañonazos y granadas, que aunque no hicieron daño, dieron mucho cuidado porque su batería dominaba el campamento de los españoles; mas en el discurso del dia disparando con mas acierto lograron arrojar algunas balas en el campamento de los españoles, por lo que estos se retiraron de noche al castillo y fosos de Rosalcazar, dejando las tiendas para que los moros no echasen de ver esta novedad.

Continuaron los enemigos haciendo fuego en los dias siguientes, y aun se sospechó que intentaban hacer una mina contra el castillo de Santa Cruz, por lo que se hizo una salida y reconocimiento, y se encontró un principio de mina con diez á doce arrobas de pólvora en cueros de cabra, que se recogieron, y se deshizo enteramente la obra principiada.

El dia 26 intentaron los moros un nuevo ataque á la torre del Nacimiento, creyéndola mas fácil de tomar, y con intento de coger á los españoles entre dos fuegos si intentaban otra salida; pero estos sin salir los rechazaron vigorosamente desde los fuertes y estacadas. Guareciéronse los enemigos en las torres de las huertas y acometieron con estraordinario ardor de 18 á 20,000 hombres, en cuya muchedumbre hizo el fuego de los españoles indecible estrago, resultando heridos solamente un corto número de soldados.

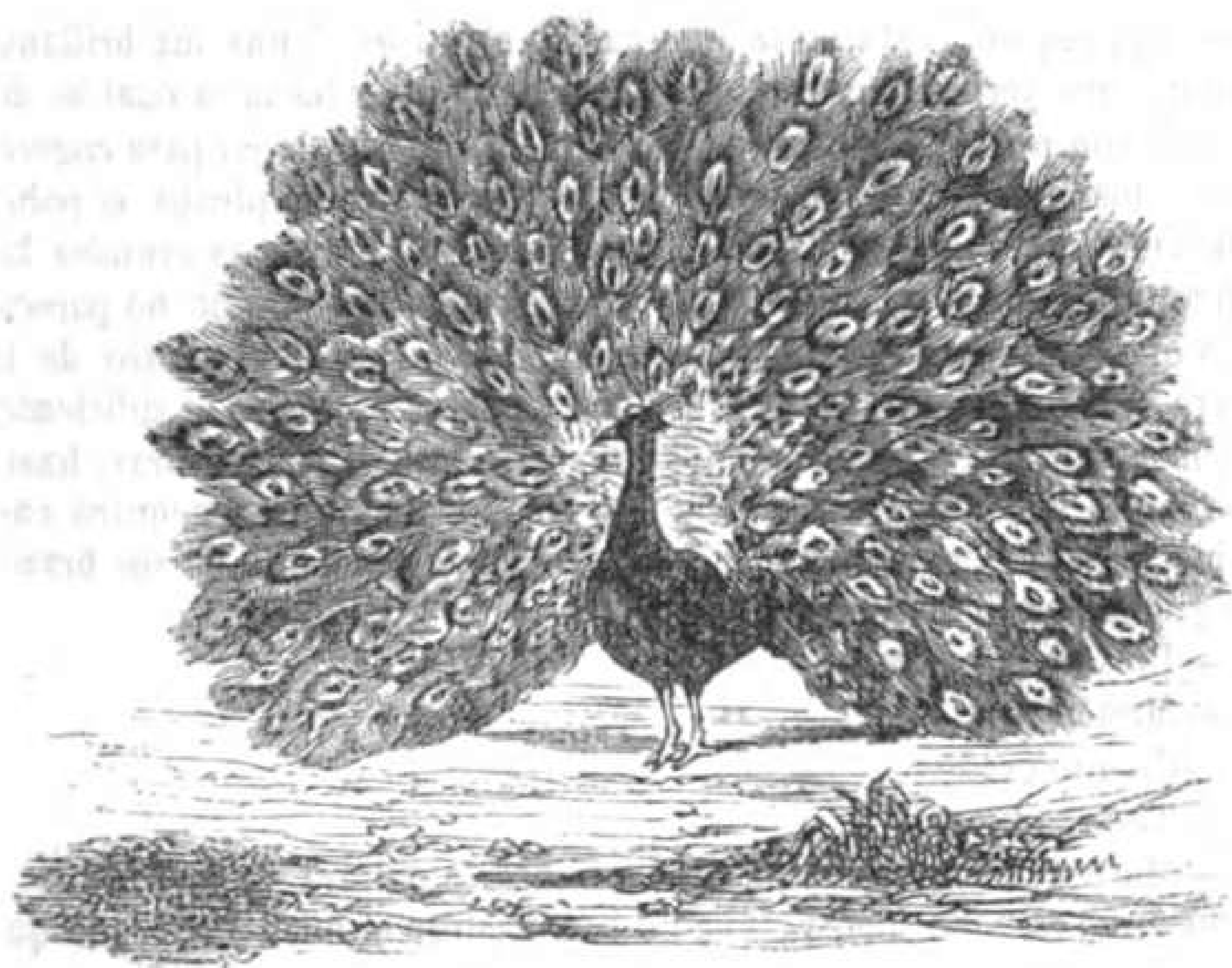
Escarmentado el bey con este suceso, principió á mover su campamento y retirar la artilleria, distinguiéndose desde el castillo de San Andrés que se llevaban una grande escala que tenian prevenida. Entonces, considerando no haber riesgo, salieron los españoles y quemaron los espaldones enemigos, recogiendo algunos pocos utensilios abandonados por los moros.

Pasado este peligro, y pudiéndose ya atender á remediar los males pasados y tomar conocimiento del estado de la poblacion, se halló que

habian perecido en aquella terrible catástrofe unas 3,000 personas. El gobierno, sabido el estado de la plaza, mandó á los regimientos de Mallorca y Córdoba para aumentar la guarnicion; pero al cabo resolvió abandonar la plaza en 1792, estipulando con la regencia de Argel que seria en adelante privativo de España el comercio de Mazalquivir, que consiste en frutos del país, granos, carnes, lanas, cueros, cera y alpiste, satisfaciendo 442,000 reales anualmente por esta gracia. Es problemático si la conservacion de Orán y Mazalquivir seria mas útil que gravosa á España bajo el concepto económico y militar.

Orán en el dia pertenece á la Argelia, y es uno de los tres distritos militares en que está dividida esta colonia francesa, siendo los otros dos Argel y Constantina.

L. M. RAMIREZ DE LAS CASAS-DEZA.



LA YERBA DE VIRTUDES.

Cuento.

(Continuacion.)

II.

Si yo te dijera que Juan así que hubo encomendado el niño á los cuidados de la Azucena y á la vigilancia de la pobre enferma, logró un sueño tranquilo y tan dulce como solamente habia disfrutado allá en sus mejores dias, tal vez te ocurriera la idea de tachar al pobre mozo de insensible ó de olvidadizo, porque no de otro modo podrias esplicarte que tan tranquilo durmiera ahora quien á las anteriores causas que le habian privado de reposo habia añadido otra que debia aumentar sus temores por lo porvenir. Si viviera mi abuelita, puede ser que ella te diera algunas razones suficientes para que no variases en la opinion que anteriormente te haya merecido el buen Juan; pero yo que no tuve la curiosidad de preguntárselas, siguiendo fielmente la relacion de lo que oí, solo puedo asegurarte, que con efecto el pobre mozo se durmió á pierna suelta.

Realmente, nada de lo que deseaba habia obtenido. La benéfica yerba que tanto le importaba obtener allá en el castillo, se habia quedado bajo la salvaguardia del centinela: ninguna reparacion habia conseguido del ultraje que recibió del opulento indiano: despedido por su amo le faltaba el único recurso que tenian para vivir él y su madre: sobre sí habia echado además la obligacion de mantener aquella criaturita, que tan inesperadamente por las puertas de su casa habia entrado, debia satisfacer las preguntas que le haria su madre acerca de su singular hallazgo, y sin embargo de todas estas causas de inquietud, el bueno de Juan dormia, á pierna suelta.

La venida del alba fué en esta ocasion, como siempre, la que puso término á su sueño. Incierto, respecto á los medios de que se valdria para procurarse el pan de aquel dia, salió con la esperanza de hallar un jornal en direccion de la plaza, sitio adonde entonces, como ahora, concurrian los jornaleros que no tenian trabajo, y los colonos ó propietarios que necesitaban de agenos brazos para sus labores; pero con un dolor, que iba en aumento á manera que el dia avanzaba, veia Juan formarse y salir cuadrillas de la plaza sin haber podido entrar en ninguna, unas veces porque no fué buscado, y otras porque como á novicio se le pospuso á los que conocidos ya por los capataces gozaban con ellos de una reputacion ó compadrazgo de que él carecia.

—Pues señor, está de Dios que no he de encontrar hoy donde ganar un jornal... Y si no lo encuentro, ¿con qué comemos? Por mí, bien sabe Dios que no lo siento; pero mi madre... ¡Quedarse mi madre sin comer! ¡Por vida de!...

Y haciendo el último esfuerzo se dirigió el pobre mozo á uno de los capataces que habian andado mas reacios para reunir su cuadrilla, y le ofreció ir á trabajar con él por la mitad de lo que diese á los demás. Pero desechado tambien esta vez como las otras, tuvo por añadidura que oir los denuestos con que lo apostrofaron los jornaleros, que no pudieron oir con paciencia una proposicion que atacaba tan directamente sus intereses.

Abatido con el pesar, pero aun no tan desesperado que no encontrase en sí fuerzas bastantes para vencer las tentaciones que le asaltaron de responder con las obras á los insultos que le dirigian, refunfuñando y dando manotadas al aire, que lo hubieran hecho pasar por loco á los ojos de cuantos en él hubiesen reparado, se volvió á su casa, en la que entró mohino y desalentado.

Como la madre Cármen tenia en la Divina Providencia una confianza tan ilimitada, encontró en ella palabras que reanimaron algun tanto el abatido ánimo de Juan; pero á pesar de todo puede ser que aquel dia hubiera trascurrido sin que hijo y madre probasen la gracia de Dios, á no haberse dado la casualidad de que siendo el destinado por María en la semana para el amasijo, sabiendo que la pobre enferma padecia un desgano que aumentaba sus dolencias, tuvo el acuerdo de hacerle una torta rellena con un buen chorizo, con su huevo encima; y calentita, para que contribuyera mas á abrir el apetito, fué á llevársela corriendo así que la hubo sacado del horno.

Como la casita de que te he hablado daba espaldas á uno de los baluartes de la ciudad, la abundante y lozana yerba que en él crecia suministraba siempre pasto sabroso para la Azucena; de manera que viendo Juan satisfechas las necesidades de su reducida familia, dedicó las horas que restaban del dia á rondar el castillo, y á combinar el plan que habia de seguir para obtener la benéfica yerba que en aquel se encerraba.

En los tiempos en que Juan vivia, no era aquella fortaleza esterior é interiormente considerada lo que es en el dia. Existiendo entonces dentro de lo que es hoy su recinto, una iglesia parroquial, y aun varias casas donde habitaban algunos vecinos, era una parte muy reducida del castillo la que no estaba franqueada al público, y aun para penetrar en ella no se presentaba el obstáculo de las murallas, de manera que vencido este gran inconveniente, tan solo tenia que elegir Juan punto por donde sin ser visto, pudiera acercarse al polvorin: y habiendo hecho la eleccion del que le pareció el mas á propósito; tocadas que fuéron las diez de la noche, se encaminó á dar cima á su aventura, despues de haberse encomendado piadosamente á la Virgen de la Soledad, y á la imágen divina, que como ya te he dicho, tenia que encontrar en su camino.

Por fortuna del pobre muchacho, aquella noche estaba tan oscura y tormentosa como la que la precedió; así es que luego que hubo dejado detrás de sí el palacio de los duques de Badajoz, y desembocado por el callejon aquel contiguo á la plazoleta cercana á la parroquia de Santa María, inclinándose á la derecha empezó á franquear la parte verdaderamente arriesgada de su camino; costeando la rambla que cercaba al polvorin, y acercándose á él cada vez mas, ya salvando con un salto las escavaciones que á su paso encontraba, ya ganando á rastras las alturas formadas aquí y allí con los escombros de edificios que habian sido derribados.

Aunque supersticioso no tenia Juan pizca de cobarde, si hemos de dar crédito al testimonio de mi abuelita, y sin embargo, puede ser que le hubieran tenido por incapaz de matar ningun moro, si hubieras ido á juzgar de su valor por los precipitados latidos que su pobre corazon daba, y por la contraccion que sufrian todos los músculos de su cuerpo cuando despues de haber salvado un foso, empezó á subir á gatas la rambla, único obstáculo que ya le separaba del lugar de sus afanes.

A costa de mil precauciones, ensangrentadas las manos con las heridas que en ellas le habian causado las puas de los cardos que allí crecen en abundancia, y á las que diferentes veces tuvo que asirse para no dar rodando con su cuerpo en el foso, habia conseguido ganar la mitad de la altura, cuando al poner el pié en un monton de escombros, desprendió algunas piedras que por poco no lo arrastran en su caida, y que dando con el ruido que formaron al caer el alarma al centinela, hicieron salir de sus labios un ¡quien vive! tan rápido y sonoro, que por largo tiempo resonó en el espacio, y en la mente del buen Juan, causándole el efecto que le hubiera producido un arcabuzazo disparado á quema ropa.

Si, hubiera deseado entonces el pobre mozo encontrarse siete estados debajo de la tierra, lo demostraba el ahinco con que procuraba coser á ella su cuerpo; pero un segundo ¡quién vive! mas acentuado y fuerte que el primero, lo decidió á buscar en la fuga su salvacion.

Visto esta vez distintamente por el centinela, al mismo tiempo que con la voz llamaba á la guardia, amartilló su arma y la disparó en la direccion en que el buen Juan se encontraba cosido otra vez al suelo para precaverse del riesgo que el castañeteo del arma le habia anunciado.

Un momento de absoluto silencio, y el conocimiento de que realmente existia, dieron tiempo suficiente á nuestro mancebo para enderezarse y emprender una carrera, á cuya velocidad servian de aguijones las voces del centinela y los pasos precipitados que oia de los demás soldados que corrian en su persecucion; pero sea que decididamente la suerte hubiera escondido su rostro al pobre mozo, ó que con el sobresalto equivocase su camino, lo cierto fué, que al tomar la vuelta de un cerro se encontró de manos á boca con cuatro hombres y cuatro manos, que aferrándolo por el cogote, le hicieron perder el equilibro y dar aun otra vez mas con su pobre cuerpo en tierra.

—Dáte, tunante! le dijo un soldado.

—Sujétale los brazos con el cinturon á este perillan, decia otro.

—Quita, para qué! mejor es darle gusto al dedo y mandar á este perro á cenar con el diablo, añadió un tercero. Y entre tanto el buen Juan pugnaba por desasirse, y entre dientes murmuraba palabras de súplica, de amenaza y de rabia reconcentrada, hasta que encontrándose sujeto por todas partes no tuvo mas remedio que rendirse á discrecion.

—Déjalo, déjalo, ya está bien, dijo á uno de su gente el que al parecer era el jefe, y encarándose con el pobre mozo: Perillán, ¿qué buscabas por aqui á estas horas? venias á caza de gamusinos?

—Por la Virgen, suélteme V.—Yo soy un hombre de bien. He venido á buscar una yerba para mi madre...

—Sí, ya te darán la yerba para tu madre. Tú eres un espia portugués. Anda, auda, que ya te ajustarán las cuentas.

—Yo espia! miente V.

—¿Cómo que miento, tunante? ¿Venias á pegarle fuego al polvorin para divertirte en ver cómo volábamos? Ya verás cómo nos divertimos tambien nosotros cuando te veamos hacer la triste figura.

—Por Dios, por la Virgen, no crea V...

—Sí, ya te lo dirán de misas.

Y entre estas y semejantes razones llegaron reo y conductores al cuerpo de guardia, desde donde fué trasladado el buen Juan á un oscuro calabozo, en el cual lo dejaron solo cargado de cadenas y entregado á sus tristes pensamientos.

Cuán tristes serian, puedes figurártelo, si te tomas la pena de recordar las desgracias que amagaban al pobre muchacho, y el peligro en que, á deducir de las amenazadoras promesas de sus aprehensores, se encontraba su vida; y sin embargo, á pesar del temor que por ella debia abrigar, la primera palabra que salió de su boca fué un recuerdo para su madre.

—Madre mia, madre, decia entre sollozos el buen Juan, quién cuidará de tí, y qué pensarás de tu hijo cuando lo llames y no lo veas acudir á tu voz! Era esta la salud que yo queria llevarte?... ¿Quién buscará, cuando yo te falte, el sustento para tí? Dios mio! qué he hecho yo para que me abandoneis en esta tribulacion! será posible que se figuren que yo venia á pegarle fuego al polvorin?... Yo les diré que no, que no mil veces... Sí, lo diré, pero me creerán? Diré que vine á buscar una yerba para curar á mi madre. Sí, y ellos me responderán lo que me respondió el Judas ese que me traia. No hay remedio, me quitarán la vida, ó me tendrán muchos años preso... Y mi madre se morirá de necesidad... Voto á!... y frenético se levantó, corrió con la ligereza que permitian las cadenas que lo aprisionaban, hácia el sitio donde presumia estaba la puerta, y empezó á pegar puñadas tales en las paredes, que si no derribarlas, las hicieron estremecerse.

—Oh! por vida... por vida... no puedo, no puedo derribarlas, y me he de podrir aqui... mientras mi madre... Qué digo!... Ya que no la puedo volver á servir de nada, para qué quiero vivir mas?... Al fin, si no es mañana, el otro me matarán... voy á ahorrarles el trabajo... y como?... cómo!... estrellándome la cabeza contra esa pared! Y ciego corria á chocar contra ella, cuando una voz dulce como la de una virgen, y penetrante como la de un niño, resonó en las bóvedas el nombre de Juan.

Temblando como la hoja en el árbol, zumbándole los oidos, con las dos manos estrechándose el corazon, que parecia querérsele salir del pecho, Juan pronunció un ay indefinible, y quedó inmóvil cual si de piedra fuese.

—Juan!, volvió á repetir la voz, ¿qué idea tienes de Dios que dudas de su bondad? Qué idea tienes de Dios que dudas de su misericordia Qué idea tienes de Dios que dudas de su poder? Qué idea tienes de Dios que dudas de su justicia, que librará al inocente, así como castigará al suicida?

—Dudé, señor, pequé, tened misericordia de mí, dijo Juan, y cayó de rodillas con las manos levantadas á Dios.

—Álzate y sígueme, replicó la voz; y á su sonido la puerta del calabozo se abrió con estrépito, y allá en el corredor se divisó una luz brillante, hácia la cual, atónito Juan se encaminó, cruzando en pos de ella corredores, prisiones, y el cuerpo de guardia, donde estaban los soldados, durmiendo los unos y los otros confortándose al calor de una fogata.

—Ya estas libre, qué mas quieres? preguntó la voz á Juan luego que hubieron pasado delante de la garita donde velaba el último centinela.

—Quiero una yerba que se cria cerca de aquí, con la que se ha de poner buena mi madre.

—Sígueme. Y uno en pos de la otra volvieron á andar hasta que llegaron sin pisar escombros, sin saltar fosos y sin subir cuestas, al sitio tan anhelado por el pobre Juan.

—Conoces la yerba?

—Sí; esta es.

—Y crees que con ella se curará tu madre?

—Si Dios quiere, sí.

Y en el momento principiaba Juan á separar la tierra con las manos para descubrir la raiz de la que habia señalado, cuando sintió sujetos sus brazos y oyó á la voz que le dijo:

—No, esa no, esta es la que has de arrancar. Y una luz brillante iluminó una yerbecita que estaba cerca de Juan, y hácia la cual se dirigió él con presteza, empezando en el momento á trabajar para cogerla pero á manera que eran mayores los esfuerzos que empleaba el pobre muchacho, con grande asombro suyo veia que eran mas grandes las dificultades que se le presentaban para conseguirlo, porque no parecia sino que la yerba, escondia cada vez mas su raiz en el centro de la tierra. Sin embargo, cuando creyó que ya habia escavado lo suficiente, asiendo la raiz con las dos manos empezó á tirar de ella, á tirar, hasta que sintió vencida la resistencia que encontraba, y se encontró casi cubierto de la tierra que habia desprendido, y pendiente de sus brazos un grande arcon de hierro.

—Dios mio! qué es esto?

—Míralo.

—Cuánto oro!

—Todo es tuyo.

—Mio! ay! Con que á mi madre nunca le faltará ya qué comer... Pero si no se pone buena, añadió con tristeza el buen Juan, ¿de qué me servirá?...

—Cuando llegues á tu casa dale esa yerba que tienes en la mano. Y ahora vámonos de aquí. Y juntos volvieron á echar á andar, cargado Juan con su tesoro y precedido por la luz, hasta que saliendo del recinto del castillo repentinamente se disipó aquella, y se encontró Juan en la plaza, solo y rodeado de una densa oscuridad.

Importándole tanto llegar pronto á casa, figúrate, querida mia, lo que tardaria el buen muchacho en pasar sus umbrales. La madre Cármen, que con gran sobresalto habia despertado al ruido que hizo al abrir la puerta, se quedó mucho mas sorprendida aun cuando viéndolo entrar en su alcoba cargado con un bulto que no alcanzaba á distinguir, le oyó decir: Madre, tome V.; y al mismo tiempo sintió que su hijo le dejaba caer en la mano una cosa á cuyo contacto esperimentó una conmocion estraordinaria en toda la cara.

—Dios mio! ¡qué me has dado aqui! Dijo la viuda, é impulsada por un movimiento interno, se levantó y corrió precipitadamente hácia su hijo, quien con las manos levantadas al cielo habia caido de rodillas murmurando:

—Alabado sea Dios Todopoderoso! mi madre está ya buena.

—Hijo, ¿qué es lo que me has traido?

—La salud, madre mia.

—Y eso, qué es? dijo la madre Cármen señalando el arcon que habia traido Juan.

—Un tesoro, madre; la riqueza.

—Dónde lo has encontrado? ¿quién te lo dió?

Iba á contestar el buen muchacho contando toda su aventura, cuando le llamaron la atencion unos balidos de la Azucena tan lastimeros, que no pudo menos de correr precipitadamente al rincon en que habian colocado la camita del hallado, y sobre la cual estaba la cabra manoteándola, lamiéndola, y escarbando en todas direcciones.

—Madre, y el niño? preguntó Juan al ver que allí no estaba.

—Allí estará... Pero qué veo!... Jesus me valga!... No está... Pues dónde... A ver, déjame buscar...

—Es inútil, madre mia; no lo encontrará V... Yo lo veo todo bien claro. El niño está allí, dijo señalando al cielo, y aquí nos ha dejado la fortuna y la salud.

—Alabado sea el Señor en el cielo y en la tierra, dijeron hijo y madre, y cayeron de rodillas bendiciendo á Dios.

Segun mi abuelita decia, parece ser que Juan, pocos dias despues de aquellos acontecimientos, se casó con la buena de María, y tanto ellos como la madre Cármen, vivieron felices durante muchos años, repitiéndo Juan á cada momento, tanto á los hijos que de su matrimonio tuvo, como á las demás personas que se lo quisieron, oir un refran que desde aquella noche de su vuelta del castillo se le habia fijado tenazmente en el magin, y que no era otro que el de *Haz bien y hallarás la recompensa.*

LOS GATOS CON PESTE.

De peste acometidos,
en rabiosos maullidos
exhalan su dolor miles de gatos
que á impulso mueren de terribles flatos.
A la raza gatuna
medicina oportuna
el médico no encuentra en su desvelo;
y resuelven pedir auxilio al cielo.
Deciden confesarse
á fin de prepararse
á que benigno aquel oiga sus preces
pidiéndole perdon una y mil veces;
Y á un barbudo ermitaño,
grande ladron antaño,
acuden uno á uno compungidos,
de su vida pasada arrepentidos.
Acúsase el primero
de que sutil y artero
detrás de la doncella que de prisa
fué por una tisana muy precisa;
Sin que lo percibiese,
ni observarlo pudiese,
entró y quedó cerrado en la alacena,
de mil sabrosos comestibles llena.
En ella colocado
aquí tira un bocado,
allí de truchas come varios trozos
haciendo por do quiera mil destrozos.
—Tu pecado es patente:
á la mas diligente,
pidiéndole un enfermo la bebida,
no da tiempo á que sea precavida.
Cada cual que llegaba,
el que menos contaba
golpes de sutileza estraordinarios,
para coger la presa necesarios.
¡Qué pecados gatunos
confesaron algunos!
Le pasmaria al mas sagaz ratero
ver lo que sabe un gato marrullero.
A todos su malicia
reprende con justicia
severo el confesor, y recomienda
un propósito firme de la enmienda.
Por fin llega temblando,



y su pecho exhalando
mil profundos suspiros, una gata,
con modales y voz de mogigata.
Y empieza:—Me estremece,
y sé que no merece
mi pecado el perdon que humilde imploro;
pero bien sabe Dios cuánto lo lloro.
Jamás hice otra cosa
que tomar melindrosa
cuanto me da con mimo la señora,
besándome y diciendo que me adora:
Mas diome cierto dia
¡infeliz! la mania
de irme á la cocina, y descuidada
una polla encontré recien asada.
Hallábase ya fria;
á nadie allí veia,
y la ocasion me turba de manera,
que glotona comí la polla entera.
Lo grande de mi falta
aun mas y mas resalta
si se mira á su triste consecuencia,
pues vino á originar fuerte pendencia.
En vez de reprenderme
el ama, al sorprenderme
cuando engullia el último bocado,
ni mirarme pensó con ojo airado;
Y al ver á la criada
le grita:—Abandonada!...
Prorumpe en amenazas y dicterios
llenándola furiosa de improperios.
Yo, hija, te perdono:
el ama habló en tu abono,
le dice el confesor: tú no pecaste:
de tu derecho añadiré que usaste.
En los gatos no es vicio,
antes bien es oficio
coger lo que se deja abandonado;
el culpable es el hombre descuidado.

—

Si alguna se abandona,
el mundo no perdona
su perdicion, y achácale la culpa,
mientras al seductor se le disculpa.

Pascual FERNANDEZ BAEZA.

EL SALVAJE DEL BRASIL.

En los primeros tiempos del descubrimiento del Nuevo-Mundo, una tropa de portugueses habia caido entre las manos de algunos indigenas del Brasil, que hicieron en ellos una horrible matanza. Un jóven oficial, presa de los salvajes, que le acometian, levantada el hacha sobre la cabeza, no esperaba escapar de la muerte, y solo pensaba en vender la vida á caro precio. De repente, un viejo salvaje, armado tambien de una hacha, aproximósele, y se dispuso á descargar el golpe; mas en

aquel instante, deja caer el hacha, y se arroja entre el oficial y sus dos enemigos: estos se retiraron al punto con respeto.

El anciano tomó de la mano al portugués, alentóle á fuerza de miramientos, y conduciéndole á su cabaña, tratándole siempre con no desmentida dulzura, hizo de él no un esclavo, sino un compañero: aprendiendo bien pronto la lengua de los indígenas, y las artes groseras que eran del patrimonio de aquellos hombres de la naturaleza, vivian contentos ambos el uno del otro, en la dulce paz de la virtud.

Solo una cosa prestaba inquietud al portugués; y el anciano que en él fijaba los ojos de cuando en cuando, dejaba desprenderse lágrimas de sus ojos, despues de haberle contemplado lleno de dolor.

Entre tanto, sucédese la vuelta de la primavera, y los salvajes vuelven á tomar las armas y se dirijen á campaña.

El anciano que era bastante robusto para soportar las fatigas de la guerra, partió con ellos acompañado de su prisionero.

El ejército indio hizo una marcha de mas de doscientas leguas á través de las florestas, y arribó por último á un llano, donde descubrió el campo portugués. El viejo salvaje, hizo ver al jóven oficial las tropas de sus hermanos.

—Hé ahí á tus hermanos, le dijo: hé ahí á tus hermanos que se aprestan á combatirnos. Escucha: yo te he salvado la vida; yo te hé enseñado á manejar el arco, á lanzar las flechas, á esgrimir el hacha,



á perseguir el ciervo en la floresta. ¿Qué eras tú cuando te conduje á mi cabaña? ¿Tus manos eran semejantes á las de un niño: ellas no servian ni para sustentarte, ni para defenderte: tu alma no era alma, tú me lo debes todo. Serias tan ingrato que quisieras volverte con tus hermanos, y levantar el hacha contra nosotros?

El portugués jura que antes perderá la vida mil veces que verter una gota de sangre de un brasileño.

El salvaje cúbrese el rostro con ambas manos, inclinando su arrugada frente; y despues de haber permanecido algun tiempo en semejante actitud, mira al jóven portugés, y con un tono de tierna dulzura, le dice:

—Tienes padre?

—Aun vivia cuando dejé á mi patria.

—¡Oh cuán desgraciado es! esclama el salvaje.

Despues de un momento de silencio continúa:

—¿Sabes tú que yo he sido padre tambien? Pero ya no lo soy... Yo vi á mi hijo caer en el combate!... El estaba á mi lado... yo le vi morir!... Cuando cayó á mis piés, estaba cubierto de heridas... pero yo las vengué todas... sí, yo las vengué.

El anciano pronuncia estas palabras con fuerza: temblaba todo su cuerpo, contraido con violencia por los gemidos que se esforzaba en ahogar. Sus ojos padecian el estravío de un insensato; sus lágrimas, que habian asomado á sus párpados, no surcaban sus mejillas. Cálmase poco á poco, sin embargo; y volviéndose al Oriente, donde comenzaba á levantarse el sol, dijo al portugués:

—Ves ese hermoso cielo, tan resplandeciente de luz? Encuentras placer en contemplarle;

—Sí, dijo el jóven; me entusiasma de alegría, la contemplacion de ese hermoso cielo.

—Pues bien, hijo mio, á mí no; dijo el salvaje, dejando desprender un torrente de lágrimas.

Un momento despues, enseñó al jóven portugués un manglero cubierto de flor.

—¿Ves ese árbol? le dijo: ¿hallas placer en mirarle?

—Sí, sí, dijo el jóven: es tan bello!

—Pues yo no, hijo mio... yo no, dijo el salvaje con breve é imperceptible voz.

Despues añadió:

—Vete ya... vete á tu pais!... Así encontrará placer tu padre en ver el sol que se levanta, y las flores que perfuman y embellecen la primavera!.. Adios!...

LA ALAMEDA DEL PEREJIL,

NOVELA GADITANA.

(Continuacion.)

—No lo sé... puede que sea de D. Gil el cajero.

—¡De D. Gil, con su gorro blanco y sus setenta y dos del pico!... V., señorito, parece que quiere burlarse de mí. Válgale el que yo no le he cogido encima esa monería de billete; pero yo debo tomar mis precauciones por lo que pueda tronar. El bergantin *Iscariote*, consignado á casa, debe cerrar dentro de unos dias el registro para Californias: se irá V. en él, y me quitaré yo de quebraderos de cabeza.

Concluida que fué esta lacónica é inapelable sentencia, volvió la espalda y se entró en su despacho.

Aterrado con esta inesperada decision quedó nuestro héroe; pero no bien pudo serenarse un poco y meditar acerca de las consecuencias que de sí arrojaba, cuando penetró todo lo terrible y amargo del caso en que iba á verse. Abandonar su patria y separarse de aquella Rosita de quien fundadamente se creia correspondido, eran esfuerzos superiores á su valor. Morir mil veces primero, esclamaba, que sucumbir á estos duros preceptos que se me imponen. Y sin embargo, ¿qué camino le quedaba? A fuerza de discurrir halló un arbitrio que abrazó con ardor: era su única áncora de esperanza; mas para ello era forzoso contar con su amada, y no debia verla hasta de allí á tres dias por lo menos: espacio harto largo para su impaciencia. Resuelto en fin á valerse de nuevo de la tia Blasa, escribió un lacónico billete y marchó á la cueva de la bruja, á quien suplicó encarecidamente lo pusiese en manos de su querida, recogiendo además la contestacion; aunque á dicha no la reveló todos sus proyectos, ora fuese por un efecto de desusada prudencia, ora, y es lo mas creible, porque no se le ocurrió tal cosa en aquel punto. Ofrecióselo así la astuta gitana, y en el momento mismo se dispuso á poner por obra su árdua y arriesgada empresa.

Antes de una hora de la pasada entrevista llamó á la puerta de Doña Estefanía una vieja mendiga, cuyo aspecto mostraba á las claras la enfermedad y la miseria: apoyábase en una gruesa caña que traia en la mano, y con reiteradas súplicas pedia hablar á la señora para comunicarle un asunto importante. Fuele en efecto concedido y entró en su cuarto dejando la caña á la puerta de él; pero no sin haber dirigido antes á Rosita una seña tan espresiva, que fácilmente alcanzó esta todo el misterio. Una vez á solas con la viuda le habló de esta manera:

—V. estrañará, señora, el misterio con que he solicitado hablarla; pero la fama de su mucha caridad para con los pobres, y el saber que es su merced una persona tan honrada como buena cristiana, me obligan á advertirla que un tunantuelo mozalbete que persigue á su hija, sabiendo lo que su merced la guarda, ha resuelto el enviarla hoy una carta que la entregarán, si pueden, en su casa misma. La persona encargada de hacerlo me ha confiado este secreto; pero yo creo que Dios no me manda que lo guarde cuando está de por medio el honor de unas señoras tan buenas y caritativas, y he venido á advertírselo para que tenga el ojo alerta.

Agradeció en el alma Doña Estefanía este sincero interés, y se propuso no desperdiciar el aviso, despidiendo á la mendiga con algunos cuartos: esta tomó de nuevo su caña, y á pocos momentos caminaba por la calle arriba con mejor paso que pudiera esperarse de su achacoso aspecto.

Mientras esto pasaba, Rosita, que como dijimos habia penetrado la intencion de la mendiga, cogió la caña y sacó de su hueco un billete concebido en estos términos:

«Me quieren separar de V. tal vez para siempre; pero aun queda un solo medio si V. me ama. En un pueblo distante de aquí muy pocas leguas tengo un tio que me quiere y de cuya indulgencia no puedo dudar. Mañana al salir el sol esperará á V. á la puerta de su casa una muger respetable, y la conducirá á un coche prevenido fuera de la ciudad: ambas entrarán en él, y yo en seguida montaré á caballo para precederlas. Ha llegado el momento de tomar una resolucion violenta; pero cuyo resultado será el unirme mañana solemnemente á la muger á quien adoro.»

Crítica era en aquel punto la situacion de la jóven; pero el tiempo urgia, y así tomando un lápiz escribió con mano trémula en el papel:

«Me fio en su honradez de V. y en su palabra: estaré pronta á la hora que me indica.»

Enrolló en seguida el billete, lo puso en su lugar, y un minuto despues la tia Blasa (pues era ella) lo conducia triunfante á casa de Pepito.

La gitana sin embargo no las tenia todas consigo, y si bien ignoraba completamente los aventurados proyectos de nuestro enamorado, no obstante, su sagacidad le hacia conocer que se trataba de alguna cosa estraordinaria: cosa que no estaba de modo alguno en sus intereses, puesto que la primera esplicacion que mediase entre ambos jóvenes daria al traste con sus engaños y pondria de manifiesto sus intrigas. Conveníale pues evitar á toda costa que llegase á verificarse semejante entrevista, y para ello resolvió vigilar escrupulosamente á uno y otro amante, como en efecto lo puso por obra segun abajo se dirá.

Despues de una angustiosa y agitada noche, como la que siempre precede á imprudentes y desacordadas acciones, amaneció aquel dia, ora deseado y ora temido, que habia de decidir de la suerte de dos interesantes personas. Antes de salir el sol la vieja Remigia (que despues de haber llorado amargamente la romántica resolucion de Pepito, habia cedido por fin á sus ruegos y á sus instancias), se hallaba al pié de los balcones de Doña Estefanía esperando á aquella exaltada niña, y afeando allá en sus adentros su temeraria evasion; pero antes de que esta se verificase, la maldita bruja que la acechaba, se presentó á sus ojos fingiéndose sabedora del caso, merced á sus conocimientos en la buenaventura, manifestándole la habia conducido allí el deseo de serle útil si así lo juzgaba. Diole gracias la crédula vieja, y contole cómo y dónde las esperaba el coche, y cuáles eran en fin todas las medidas tomadas por Pepito para llevar á cabo su fuga. No perdió una palabra la tia Blasa, y despidiose de ella, protestándole su cariño y el interés que por ellos se tomaba, y marchándose en seguida á toda prisa para poner en ejecucion sus meditados planes.

Tardose aun largo rato en bajar la esperada Rosita: pálida, llorosa y acertando apenas á sostenerse en pié, habia retrocedido varias veces ante las terribles consecuencias de un paso tan imprudente; pero los malos tratamientos de que era víctima, y la perspectiva de una reclusion perpetua, ó de un enlace quizá mas duro é insoportable que ella, acabaron de vencerla: cerró los ojos á lo presente y confió su porvenir esclusivamente al destino.

En el glasis de Puerta de Tierra, del lado de la bahia, como punto de menos tránsito por hallarse fuera del camino real, se hallaban parados un coche de colleras con las persianas cerradas, y un caballo de silla al cuidado del zagal, mientras que en un ventorrillo que se descubria á pocos pasos, D. Pepito y el mayoral se hallaban ocupados de harta diferente manera. Agitábase el primero con señales de impaciencia suma, mientras el segundo fumaba tranquilamente al compás de sendos tragos de aguardiente anisado con que se preparaba á las fatigas del dia. Mas de una hora habia pasado en efecto despues de la convenida, y nadie parecia aun, cuando por fin, al cabo de otro rato asomaron por las puertas nuestras dos ansiadas mugeres. Salíolas precipitadamente al encuentro el desasosegado mancebo, y dirigiéndose á la jóven la dijo:

—Adorable Rosita, ¡cuánto tengo que agradecer á V! No es ahora sin embargo la ocasion de perder un tiempo que es precioso, suba V. al coche, y ánimo sobre todo.

Dió aquella al oir esto dos pasos atrás, y fijó sus espantados ojos en el que así le hablaba: volvióles en seguida en torno de sí cual si buscase alguna otra persona mas; pero viendo que se afanaba en balde, preguntó asombrada:

—Y qué! ¿No esperamos á nadie?

—¿A quién hemos de esperar? le replicó Remigia.

—Suba V. pronto por su vida, que la camisa no me llega al cuerpo de puro miedo.

Encogiose de hombros Rosita, como persona que no comprende palabra de lo que le sucede, y cediendo maquinalmente á las eficaces súplicas de su compañera de viaje, entró en el coche, cuya portezuela la esperaba; pero en aquel mismo momento se vieron rodeadas de soldados, que saltando sobre el parapeto del camino cubierto, llegaron al coche sin dar lugar siquiera de ser sentidos. El jefe que los mandaba, haciendo cercar á los fugitivos, les gritó:

—De órden del señor gobernador dense á prision todos: á cuyas palabras bajando Rosita la persiana descubrió enfrente de sí un soldado, cuyas facciones creyó reconocer á pesar de aquel inusitado vestido: acércase un poco mas; no duda ya entonces, y esclama:

—El es!

—Con efecto, el soldado era el mismísimo Currito, á quien ya conocemos.

CAPÍTULO V Y ULTIMO.

EL ÁRBOL SOLITARIO.

Y aquí acaba la comedia:
perdonad sus muchas faltas.

A corta distancia del sitio en que acababa de verificarse la escena que terminó el capítulo anterior, dijimos se hallaba un ventorrillo, al cual fuéron trasladados los presos, ínterin la autoridad disponia de ellos lo que mas oportuno juzgase. Pepito, que á dicha nada habia echado de ver relativamente á la aparicion intempestiva de su antiguo y favorecido rival, caminaba absorto y fuera de sí, no sin reflexionar acerca de las terribles consecuencias de este inesperado acontecimiento, cuyo orígen en vano trataba de descubrir; la vieja Remigia, medio muerta del susto, ponia ambas manos en su cabeza y se espeluznaba de miedo al acordarse del implacable D. Braulio y del poco amistoso recibimiento que sin duda le tendria prevenido. Rosita, en fin, combatida por tantos y tan varios pensamientos, llena su mente de dudas y de incertidumbre, y sin comprender apenas nada de cuanto veia ú oia, se dejaba conducir maquinalmente, esperando que algun acaso feliz hiciese brillar un solo rayo de luz capaz de hacerle conocer cuál era su verdadera posicion en aquel angustioso momento. Entre tanto nuestros tres fugitivos, una vez en el ventorrillo, fueron encerrados en habitaciones separadas, aprovechando á duras penas la escasa comodidad que presentaba aquel estrecho local, tan poco á propósito para ser convertido en fortaleza.

El cuarto en que fué confinada Rosita, bien que el mejor del edificio, mostraba á la legua el objeto esclusivo para que fué formado. Una larga y estrecha mesa de pino al natural, cuyas desiguales y separadas tablas se mecian sobre unos dobles piés en forma de caballete, hacia juego y simetría con dos prolongados bancos colocados á uno y otro lado; algunas viejas estampas iluminadas á trechos con almagra, y que representaban la vida del hombre malo, adornaban la desnuda tablazon de las paredes, á las cuales estaban pegadas con obleas; y una desvencijada silla de Holanda, que se guardaba para casos estraordinarios, acababa de completar el mueblaje y adorno de aquella improvisada cárcel, cuyas luces consistian en una ventana pequeña que daba al lado de la plaza, asegurada por dos barrotes de madera colocados en cruz: hácia esta parte habiase colocado un centinela para impedir qne algun impertinente curioso se aproximase al ventorrillo.

Nada de cuanto acabamos de decir advirtió Rosita: abrumada de pesares, desasosegada é inquieta por su suerte, y previendo tanto menos el desenlace de aquella singular intriga, cuanto mas desconocida le era la causa principal que la hubiese motivado, permaneció algun tiempo tratando de coordinar los antecedentes de su fuga con los incomprensibles resultados que habia podido observar desde el punto en que abandonó la casa de su madre; pero nada pudo darle la menor luz acerca de lo que ansiosamente procuraba descubrir; convencida en fin de la inutilidad de sus esfuerzos, y aterrada su imaginacion con la amarga y horrible perspectiva que por todas partes descubria delante de sí, conoció que el corazon se le oprimia con el peso de la angustia, y corrió á la ventana para buscar un poco de aire libre que poder respirar, pues parecia que hasta eso no hallaba en el mundo. Asomose en efecto, y la suerte le deparó mas aun de lo que en aquel momento se atrevia á esperar: Curro, con fusil y cartuchera, se paseaba á corta distancia: iba á hablarle, iban á disiparse sus dudas; pero entre tanto no dejó la bella niña de observar con disgusto la estraña y perjudicial trasformacion que habia sufrido el gallardo majo de *la Alameda del Perejil*: el zapato de municion y el largo botin negro reemplazaban á la lustrosa media de seda y al pulido calzado; un ancho casacon blanco, suficiente á contener dentro de sí tres chupitas de alamares, se prolongaba en dos enormes faldones, cuyos picos vueltos hácia afuera tocaban casi á los tobillos; la poblada patilla habia sido entregada al brazo secular del barbero; caia sobre sus espaldas, no ya la moña y la gruesa trenza de pelo, sino la mezquina coleta de ordenanza; y en lugar de la graciosa y breve monterilla, se levantaba sobre su cabeza un raido sombrero de tres picos, sin otro adorno que una colosal escarapela: todo en fin debilitaba en Rosita aquel prestigio de pura esterioridad que la habia fascinado en otro tiempo; pero ¿quién sabe? se decia á sí misma, quizá esta trasformacion deba darle á mis ojos mayor realce, pues que será debida á algun proyecto que

no alcanzo; pero que tal vez habrá sido formado por su amor hácia mí.

Afortunadamente nuestro centinela llegó en aquel punto frente de su prisionera, y parándose ante la ventana con aire desembarazado, rompió aquella el silencio en estos términos:

—La Providencia sin duda le envia á V. aquí para aclarar mis mortales dudas y para esplicarme estos misterios que en vano procuro penetrar: sáqueme V. por Dios de esta cruel incertidumbre: ¿qué significa ese disfraz? ¿Cuáles son los proyectos de V. en este momento? Responda V. pronto, porque mi agitacion es terrible y padezco lo que no se puede esplicar.

—¡Estraña es la pregunta por vida de mi abuelo! contestó el soldado con una indefinible sonrisa. Lléveme el diablo si comprendo una palabra de todo cuanto pasa aquí. V. se escapa de su casa con un mozalejo: la cosa es natural entre hombres y mugeres, y lo que me pesa es no ser yo el de la escapatoria: en cuanto á lo demás, es regular que V. lo sepa mejor que nadie, y parece cosa de broma esto de empeñarse en que se lo he de decir yo. Asi que váyame V. contando este cuento, y por mi salud que espero oir alguna cosa estupenda.

(*Continuará.*)

FRANCISCO FLORES ARENAS.

EPISTOLA.

¿Epístola, dirás, cuando una boda
El himno epitalámico reclama,
O el estro remontado de la oda?
¿Qué poético ingenio de alta fama,
Para solemnizar un igual caso,
Los versos mas rotundos no derrama?
Tal vez tendrás razon; pero al parnaso
No vamos todos por la misma senda,
Y aun hay quien vá para quedarse al raso.
Por eso yo, que en la floral contienda
Con armas tan endebles me contemplo,
Dejo á m timidez que me defienda;
Y no sé si será de mal ejemplo,
Pero gracias daré si aun de esta suerte
Puedo de Apolo columbrar el templo.
Que una cosa, Manuel, es el quererte,
Como amigo leal, cual yo te quiero,
Y otra escribir y que escribiendo asiente.
Fuera de que si bien lo consideras,
Esta pobre modestia con que te hablo
No vá tan desvariada de sendero.
Que no es del todo exótico el vocablo
De epístola tal vez para este asunto,
Y recuerda sino la de San Pablo.
Así con santo pié comienzo al punto
Que coloca la péñola en mi mano:
Nadie podrá decir que es mal barrunto.
Y ya que estoy en el camino llano,
Aparte digresiones, dulce amigo,
Te escribo el parabien, de gozo ufano.
Déjame de partir ahora contigo,
Que aunque célibe soy, no es razon esa
Para ser de las bodas enemigo.
Porque si alguna vez al alma opresa
Perturban tumultuosas las pasiones,
A la razon al fin ceden su presa.
Rompamos como locos las prisiones
De la niñez, apenas la salvamos,
Sedientos de falaces ilusiones.
¡Y cuánto en tal afan nos engañamos!
En medio del camino, sin aliento,
¿Sabemos por ventura dónde vamos?
Atras vuelto el altivo pensamiento
La infancia que gozosos traspusimos
Recordamos con dulce sentimiento.
Entonces la inocencia que perdimos
Apreciamos al fin; de tal manera
El navegante audaz, que los opimos
Dones de la fortuna, en estranjera
Playa corre á buscar, al mar lanzado
Llora infeliz por la natal ribera.
Y cual si entre las olas desdichado
Va á tropezar en áspero bajío
Por recios huracanes contrastado.
Tal es la juventud, frágil navío
Surcando el mar de pérfidos placeres
Donde no hay mas que aterrados vacíos.
Gran práctico por Dios, amigo eres,
Pues evitando á tiempo la desdicha
El dogmático hogar sabio prefieres.
¿No es, di, verdad, que el alma satisfecha
Feliz se mece en inefable encanto
Cuando el amor lejítimo la estrecha?
¡Con qué solicitud, con gozo cuanto
Abandonaste la Mantuana villa,
Que antes dejabas siempre con quebranto!
Y es que volabas ahora hácia la orilla
Donde del Tormes la escogida rosa
Te aguardaba con fé pura y sencilla.
¡Dulce es correr con planta presurosa
Y vivo afan hácia el objeto amado,
A quien vamos á dar nombre de esposa!
Hallarla bella y el pudor pintado
En la mejilla suave, que provoca
De las bodas al beso regalado.
(Ya ves que mi prudencia no es tan poca,
Pues hablando, Manuel, del nupcial beso,
Le doy en la mejilla y no en la boca.
Aun viva la emocion de este embeleso;
Es grato ver el franco regocijo
En tantos rostros á la vez impreso,
Y el comun pensamiento observar fijo
En nuestra dulce idolatrada idea,
Que acariciamos con afan prolijo.
Mas ya que este bosquejo me recrea,
Deja que te acompañe con la mente,
Aunque la llames improba tarea.
Asi verá como inspirado cuente
Que os ví á los dos al pié de los altares
Juraros mútua fé con voz ferviente;
Que del templo los sólidos pilares
La luz de las antorchas reflejaban;
Que amorosos los genios tutelares
El velo conyugal os presentaban;
Y que acogiendo vuestras preces puras
En coyunda de amor os enlazaban.
¡Oh mil veces dichosas criaturas
Las que se adoran, y en estrecho lazo
Se unen ante el Señor de las alturas!
Goza Manuel en el nubil regazo
Esa dicha suprema que te envidio,
Mientras que dura de la vida el plazo.
En tanto yo, remedaré de Ovidio
Las tristisimas quejas que me brinda
El destino fatal, contra quien lidio.
Mas, antes que el dolor venga y me rinda
Ganándole esta vez yo por la mano,
A tí, Manuel, y á tu consorte linda
Mil plácemes os doy, de gozo ufano.

GERÓNIMO MORAN.

Telepho, rey de los Cecios, fué criado por una cierva; á la reina Semiramis la sustentaron unas palomas; á Rómulo y Remo, una loba; á Ciro, una perra; á Ision, siracusano, unas abejas; á Paris, el hoyano, una osa; al rey Midas, unas hormigas, á Esclepho y Pilias, una yegua, á Júpiter, esculapio, y Egipto una cabra.

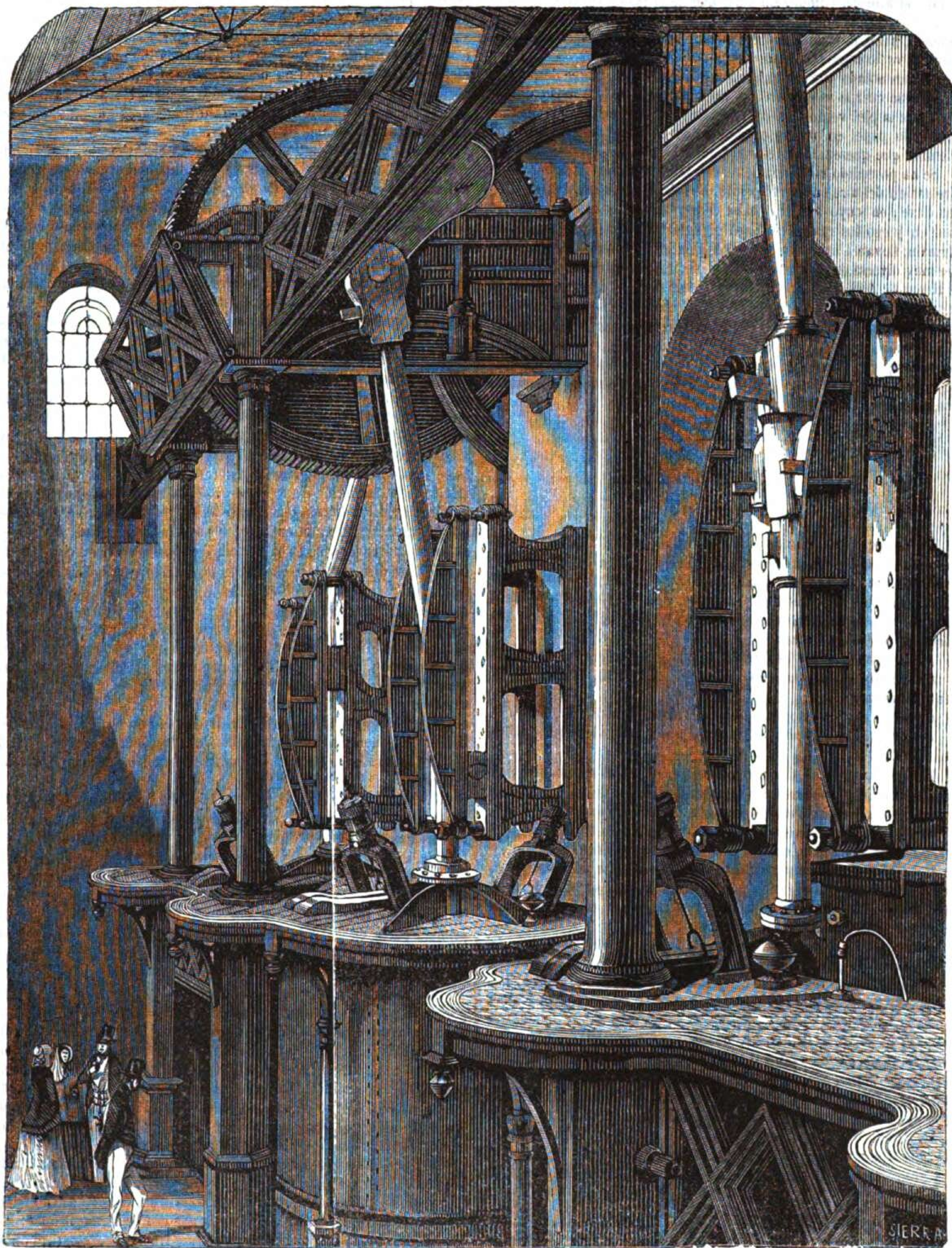
El papel moneda en España, puede decirse que se introdujo en España en 1483, pues hallándose en aquella época los reyes católicos sin dinero con que pagar muy graves atenciones, mandaron hacer moneda de carton, que tenia de una parte sus nombres, y de la otra el valor que despues pagaron puntualmente.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 22.

Quien anda entre la miel se le pega algo.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.



BOMBAS PARA ESTRAER EL AIRE DEL TUBO DEL CAMINO DE HIERRO ATMOSFÉRICO DE SAINT-GERMAIN.

Hé aqui un aparato colosal de una fuerza increible. Se compone de cuatro cilindros, de los cuales solo aparece uno distintamente al piè y en medio de la lámina; este oculta casi del todo á otro con el cual está pegado; el grabado deja ver el tercero hácia la derecha; el cuarto no tiene cabida en la figura.

Supongamos ahora que nos encontramos en medio de la realidad. En una sala magnífica, el hierro, el acero, el cobre y el bronce están en movimiento. Todas las piezas funcionan; unas por su fuerza de resistencia, otras siguiendo con majestuosa lentitud ó con pasmosa celeridad los movimientos que el maquinista les ha impreso de antemano. Para no hablar mas que de la parte *pneumática*, única que nos ocupa al presente, veremos oscilar en cada uno de los cuatro cilindros verticales un piston con movimiento alternado de ascension y de descenso. Estos cilindros, colocados de dos en dos, y cuyo diámetro pasa de dos metros, hacen parte integrante de las *máquinas para proporcionar el vacio ó para estraer el aire*. Arrojan á torrentes con un estrépito formidable, y por los agujeros que tienen en la parte superior é inferior, las masas de aire hasta dos mil cuatrocientos metros. Bajo la influencia de tan poderosa aspiracion, un convoy entero, compuesto de centenares de viajeros, se ve arrastrado por la cuesta de treinta y cinco milímetros por metro que se eleva hasta Saint-Germain.

El piston primitivo no tenia cubierta, y por lo mismo no se podia

estraer el aire del cilindro sin dejar que en él penetrase el agua; pero el ingenioso talento de los griegos, á quienes se debe esta utilísima invencion, habia descubierto otros medios no menos eficaces para conseguir el vacío completo de un cuerpo.

Habian notado que la combustion rarifica el aire, y que despues de enfriado un cuerpo se obtenia un vacío parcial. De este modo aplicaban sobre la piel ventosas secas, semejantes á las que hoy producimos quemando papel en un vaso y aplicando el borde de este sobre el miembro que queremos someter al tópico.

Se ha procedido mecánicamente con la boca por la vez primera á la rarefaccion del aire en un recipiente. El niño que suspende de su labio una llave, en cuyo agujero acaba de aspirar aire y el mecánico que pone en juego los cuatro pistones gigantescos del aparato de Saint-Germain, llevan á cabo una operacion idéntica en cuanto al fondo, aunque muy diversa en la forma y en los efectos. La máquina neumática de Heron de Alejandría apenas levantaba la piel; la de Saint-Germain hace desaparecer rápidamente para los convoyes el espacio de una cuesta escarpada. Entre estos dos términos, estremos de una misma idea, ¿cuáles han sido los intermediarios, los grados sucesivamente recorridos por el talento del hombre en su marcha casi siempre lenta? Hé aquí un estudio interesantísimo y digno de ocupar á los hombres que investigan los secretos de las ciencias.

LUIS HURTADO DE TOLEDO.

Pocas son las noticias de este escritor, de quien D. Nicolás Antonio se limita á decir, que fué natural de Toledo y cura de la parroquial de San Vicente de aquella ciudad. Su carácter sacerdotal no le impidió dedicarse al cultivo de las letras humanas, y en la *Biblioteca Hispana Nova* se citan las siguientes obras suyas en verso castellano, que se han hecho escesivamente raras.

Las trasformaciones de Ovidio. Toledo, por Francisco Guzman.

Egloga silviana del galardon de amor. Valladolid, Bernardino de Santo Domingo.

Cortes del casto amor y de la muerte. Toledo, Juan Ferrer, 1557 (1).

Historia de San Joseph: en octavas. Toledo, Pedro Rodriguez, 1598, en octavo.

Pedro Alvarez de Ayllon, comendador, segun él mismo dice, de una de las órdenes militares, sin espresar cuál, habia dejado incompleta la comedia de *Perseo y Tibalda*, llamada *Disputa y remedio de amor.* LUIS HURTADO la concluyó, y se imprimió en Toledo en 1552, y despues en Valladolid en octavo, en casa de Bernardino de Santo Domingo.

Pero su obra mas importante fué sin duda alguna el *Palmerin de Inglaterra*, si son ciertas las conjeturas de Salvá en la segunda parte de su *Catálogo*, número 3656 (2). Refiere allí la única edicion conocida del *Palmerin* en castellano, cuyo título es:

Libro del muy esforçado cauallero Palmerin de Inglaterra, hijo del rey do Duardos: y de sus grandes proezas: y de Floriano del Desierto su hermano: con algunas del principe Florendos, hijo de Primaleon. Impresso año de M.D.xlviij (1548)—al fin—*M.D.xlvij* (1547).—*Libro segundo... en el qual se prosiguen y han fin los muy dulçes amores que tuvo con la Infanta Polinarda, dando çima á muchas aventuras, y ganando inmortal fama con sus grandes fechos. Y de Floriano del Desierto su hermano, con algunas del principe Florendos, hijo de Primaleon.* Toledo, en casa de Fernando de Santa Cathalina, defunto que haya gloria... Acabose á xvj (16) del mes de julio de M.D.xlviij (1548) tortij. en fol.

LUIS HURTADO, que habia puesto su nombre al frente de las obras que anteriormente dejamos referidas, quiso ocultarle en esta, quizá su primera produccion, y lo encubrió bajo el velo de un acróstico, pasando así desapercibido, y dando lugar á que apareciesen muchas y muy diversas opiniones acerca de su verdadero autor. Cervantes, que hace un elogio tan brillante del *Palmerin* (1), le creia compuesto por un discreto rey de Portugal que no nombra: lo hace Faria y Sousa (2), diciendo que algunos creyeron que lo fué D. Juan el II; pero Barbosa en el artículo que dedica á este rey en su *Bibliotheca Lusitana*, no hace mencion ninguna de aquella particularidad.

Francisco de Moraes tradujo á su idioma el *Palmerin*, y alterando el testo y añadiéndole en algunos parajes, publicó como obra suya la *Primeira é segunda parte do Palmeirin de Inglaterra, dedicada á Infanta D. Maria. Evora, por André de Burgos*, 1567, *en fol.* Tan rara y desconocida se habia hecho ya la edicion castellana, que nadie descubrió el plagio, y Morales permaneció en quieta y pacífica posesion de un libro que no cede en mérito á ninguno de los de su género, si se esceptúa el *Amadís*. En ella le confirmó D. Nicolás Antonio, que no habiendo visto el *Palmerin* en español ni en portugués, se le atribuyó en fé de los informes que e habian comunicado; y es lo singular que aquel bibliógrafo supone tambien la existencia de un *Palmerin* castellano que sirvió de original á la traduccion italiana impresa en Venecia en 1584, del cual hace mencion entre los anónimos (3). Barbosa afirma tambien sin vacilar, que Moraes compuso la primera y segunda parte del *Palmerin*, porque sin duda, aunque la cita, no vió la traduccion francesa de 1574, que espresamente dice que estaba hecha del castellano. Pero mucho mas es de estrañar que siga la misma opinion el editor de la coleccion de las obras de Moraes, impresa en 1786, toda vez que hace mérito de la traduccion francesa de 1553, la cual, siendo anterior á la publicacion del *Palmerin* por Moraes, escluye toda idea de que fuese este el autor original, aun cuando por no haberla manejado no hubiese podido advertir, que en la portada de aquella edicion, como en la de 1574, se dice espresamente que la traduccion está hecha del castellano. No se escapó esta observacion á la esquisita diligencia de Clemencin, pero arrastrado sin duda por la opinion general de que el *Palmerin* se habia compuesto en Portugal, ó suponiendo que habria sucedido con él lo que con el *Amadís*, creyó que la edicion castellana, por la que se hicieron asi la traduccion francesa como la italiana, habia sido á su vez trasladada de un original portugués, mas antiguo por supuesto que el publicado por Moraes.

Sin embargo, cuando Clemencin dió á luz su *Comentario al Quijote*, hacia ya algunos años que Salvá habia descubierto la impresion de 1547 y 1548, adelantando una nueva opinion acerca del verdadero autor del *Palmerin.*

Al dar cuenta de ella al número 1626 de la primera parte de su *Catálogo*, engañado por el contesto del prólogo, en que el editor Miguel Ferrer llama á los dos tomos, *este mi pequeño fruto*, *este mi trabajo*, dió por supuesto que el autor era el mismo Miguel Ferrer. Pocos deben haber sido los ejemplares de aquel *Catálogo* que hayan venido á España: yo por lo menos no he podido ver mas que uno, y aparte de las veces que Brunet hace referencia á él, tan solo he visto citada la primera parte en la *Noticia bibliográfica de las obras de Garcilaso*, que se halla entre las *Ilustraciones á su vida*, inserta en el tomo XVI de los *Documentos inéditos para la Historia de España.*

Solo así puede esplicarse que el erúdito D. Adolfo de Castro, que al parecer tuvo presente aquella primera parte al estender las notas que puso al *Buscapié de Cervantes* en la edicion que de él hizo en 1848 (4), siguiese todavia la opinion de que Miguel Ferrer era el verdadero autor del *Palmerin*, por no haber tenido conocimiento de la segunda parte en que Salvá la rectifica. Una casualidad le hizo descubrir el secreto envuelto en el acróstico de que antes se habló, cuyo sentido es «*Luis Hurtado, autor, al lector da salud*»; y como en aquella época era tan comun esta manera de esconder el nombre del escritor, y aun á veces el de la persona á quien la obra se dedicaba, Salvá, que habia tenido ocasion de observar repetidos ejemplos en los muchos libros raros de que da razon, no titubeó en afirmar con toda seguridad que HURTADO habia sido el verdadero autor del *Palmerin*, en lo cual le siguió Brunet; Miguel Ferrer no fué mas que editor, y Moraes traductor, con sus puntas y collar de plagiario, sin mas parte en la composicion que haber intercalado algo de sus amores en Francia, lo que segun Clemencin se deduce del prólogo del editor moderno, y pudiera verse confrontando la edicion citada, ó la traduccion francesa de Jacques Vincent, con la publicada por Moraes.

En la *Bibliotheca Lusitana* se hace mencion de un libro castellano de que no he hallado noticia espresa en ninguna otra parte, y que es á mi entender una continuacion del *Palmerin*. El título dice: *De los valerosos y esforçados hechos en armas de Primaleon, hijo del emperador Palmerin, y de su hermano Polendos y de Don Duarte, principe de In-*

(1) *Cortes d'casto amor y cortes d' la muerte, con algunas obras en metro prosa, de las que compuso Luys Hurtado de Toledo....* 1557, 4.º, Grabados en madera.

Obra en prosa y verso, dividida en dos partes: la primera es de setenta y dos hojas, y al fin de la primera plana de la última, se lee. *Impreso en Toledo en casa de Juan Ferrer. Año de M,DLVII.* El libro está en letra tortis hasta el fol. 47, donde empieza el *Triumpho de Amor*, y en letra redonda hasta el fin. La segunda parte tiene el título de *Cortes de la muerte a las quales vienen todos los estados: y por via de representacion, dan aviso á los vinientes y doctrina á los oyentes, llevan gracioso y delicado estilo, dirigidas por Luis Hurtado de Toledo al señor D. Phelipe, rey de España...* 1557. Tiene sesenta y ocho hojas, casi todas impresas en tortis. La última no está numerada, y contiene la errata, con la siguiente suscripcion: *Aquí se acaban las cortes d' la muerte que compuso Michael de Caruajal y Luis Hurtado de Toledo: fueron impressas en Toledo, en casa de Juan Ferrer: acabáronse á XV de octubre, año de M.DLVII.*

Libro curioso y muy raro.

Asi Brunet en su *Manuel du Libraire*, que cita tambien la *Vida de San Joseph* y la comedia de *Perseo y Tibalda.*

Del Miguel de Carvajal, colaborador de LUIS HURTADO, no he hallado mas noticia.

(2) *A Cataloge of Ispanish and Portuguese Books.* LONDON, 1826—1829 (primera y segunda parte).

(1) *El Quijote*, primera parte, capítulo VI, VII. Clemencin, Coment. allí.
(2) *Europa Portuguesa*, tom. III, parte VI, capítulo VIII.
(3) *Biblioteca Hispana Nova*, tomo II, página 396.
(4) Nota O, página 49.

glaterra. Lisboa, por Simao Lopes, 1598, folio. Barbosa lo da por obra de Francisco de Moraes, en cuyo articulo lo pone; pero no dejan de ofrecerse algunas dificultades para aceptar esta opinion. Moraes murió en 1572, de modo que aquel libro, publicado diez y seis años despues, fué obra póstuma ó segunda edicion, circunstancias de que Barbosa no hace mérito alguno. Además sorprende que Moraes, despues de haberse apropiado y traducido al portugués la primera y segunda parte del *Palmerin*, haya escrito la tercera en castellano; y por último, hay alguna probabilidad de que estaba publicada en 1560, siete años antes de que Moraes imprimiese la primera y segunda. Sabemos ya por testimonio de D. Nicolás Antonio, que la traduccion italiana se hizo del castellano, y Brunet nos dice que esta traduccion se compone de tres partes impresas en 1553 ó 1555, con el titulo siguiente: *Palmerino d'Inghilterra figlinol del re don Duardo nel quale si raccontano molte proderre, etc.* El tomo segundo contiene: *Molte proderre di Floriano del Deserto, fratello del Palmerino, con alcuni gloriosi fatti del principe Florendo figluolo di Primaleone, etc.* El tercero: *Le valorose imprese di Primaleone secondo, etc.* Los dos primeros tomos concuerdan exactamente con la primera y segunda parte del *Palmerin*, y el tercero, á pesar de estar el título truncado, parece tambien ser traduccion *De los valerosos y esforçados hechos de Primaleon*, porque la palabra *segundo* que se añade en la version italiana, se refiere sin duda á que en la segunda parte aparece ya un Primaleon, padre del principe Florendi. Brunet cree que este tomo III no se dió á luz antes de 1560; pero aun concediéndole esta conjetura, en cuyo apoyo nada dice, tendremos siempre publicada la tercera parte en castellano, algunos años antes que Moraes lo hiciese de la primera y segunda en portugués, y deberemos suponer que asi como no fué autor de estas, tampoco lo fué de aquella. Hoy seria bien difícil conjeturar en qué año se imprimió por primera vez y quién fué su verdadero autor, no teniendo á la vista el mismo libro, que debe andar muy escaso, y por lo mismo terminaremos este artículo con una nota de las impresiones y versiones del *Palmerin*, y de los libros que comprende cada una de estas.

La edicion castellana se compone de las tres partes que quedan referidas, impresas las dos primeras en 1547 y 48, y la tercera en 1598: todas tres rarísimas.

La traduccion francesa hecha por *maistre Jaques Vincet, du crest Arnauld en Dauphiné*. Lyon, Thibauld Payen, 1553, dos partes en folio, reimpresa en Paris, *Jean d'Ongoys*, 1574, no contiene mas que los dos primeros libros.

Dejo ya dicho que á mi entender la version italiana está calcada en todo sobre la edicion castellana, y que se imprimió por primera vez en 1553 ó 55. Venecia, Michela Portonaris, tres tomos 8.° Se reimprimió, Venecia, Giacomo Bendolo, 1584; y Lucio Spineda, 1609; tambien in 8.° La traduccion es de Mambrino Roseo, aunque D. Nicolás Antonio, que no vió mas edicion que la de 1609, duda si sería del mismo Lucio Spineda.

El mas voluminoso es el *Palmerin* en portugués, que contiene: *Primeira e segunda parte publicada por Moraes* en 1567, reimpresas en Lisboa en 1592.

Terceira é quarta parte... na qual se tratao as grandes caballarias do principe D. Duardos II, etc. Lisboa, por Marcos Borges, 1587, y Jorge Rodriguez, 1604, folio. Escritas por Diego Fernandez, de Lisboa, natural de esta ciudad, ó segun otros, de la de Tavira, en el Algarve.

Chrónica do famoso principe D. Clarisol de Bretanha (quinta y sesta parte del *Palmerin*, por Baltasar Gonzalez Lobato, natural de Tavira, dedicada á D. Diego de Silva, primer conde de Portalegre, mayordomo mayor del Rey D. Manuel). Lisboa, Jorge Rodriguez, 1602, folio.

No forma parte de esta coleccion el *Libro de los valerosos y esforzados hechos de Primaleon;* coligiéndose de ello que no fué trasladado nunca al portugués, sin que sea fácil adivinar qué razones pudieron conducir á Barbosa á colocarle entre las obras de Moraes, como no fuese la analogia del asunto.

En 1786 se reimprimieron en Lisboa por Sim. Thadeo Fereira, con las demás obras del autor, las dos partes del *Palmerin* de Moraes (1), y de ellas hizo una traduccion compendiada al francés, M. Eugene Menglare. Paris, Eug. Reuduel, cuatro tomos, in 12.

Por último, corresponde hacer mérito, siguiendo el órden cronológico, de la version inglesa; *London*, 1602-1609 By A. M. (*Authony Monday*), tres partes en 4.°, reimpresa en 1639, dos partes en un volúmen 4.°, y despues en 1664 y 1691, siempre en 4.° En 1807 salió á luz otra traduccion, por Rob. Sonthey, *London*, *Longman*, cuatro tomos en 12.



La siguiente balada pertenece á una coleccion de composiciones de este género, escritas por el mismo autor, que han empezado á salir á luz en una bella edicion, con grabados, de los cuales pueden servir de muestra los dos que damos en este número. Ya anteriormente ofrecimos á nuestros suscritores otra balada del señor Barrantes, con el titulo de *Esposa sin desposar*, que como todas las que han de figurar en la coleccion, demuestran las escelentes disposiciones que el autor tiene para cultivar con fortuna un género de literatura tan bello como nuevo en nuestro pais.

Á D. LUIS DE EGUILAZ.

LA MISMA CONCIENCIA ACUSA.

Misterios del alma son.
MORETO.

A pasos agigantados
leyendo ansioso un papel,
Moreto cruza por *el*
Pradillo de los ahorcados.

Alma viviente ninguna
viene el silencio á turbar,
solo el que acaban de ahorcar
cuelga á la luz de la luna.

Aquella vision le inquieta,
y reza un credo; que al fin
es el buen Don Agustin
hombre, y cristiano, y poeta.

Aun doblada la rodilla
siente de la yerba el roce,
cuando sonaron las doce
en el reloj de la villa.

En sobresalto cruel
Moreto se levantó,
y en torno á mirar volvió
y á repasar el papel.

«Si el sitio no os pone miedo,
»quien esto escribe, os espera
»hoy á media noche, fuera
»de la puerta de Toledo.

»Otro mejor no elegí,
»porque asegura la gente
»que vos y yo solamente
»podemos veros allí.»

Poniendo mano á la espada,
aunque mano temblorosa,
Don Agustin dijo:—«¿Es cosa
de burlas? ¡no está firmada!

»¿Quién me sacó de la villa
á este maldito lugar?
Aquí maté á Baltasar
Elisio de Medinilla.»

Esto al decir, asomaba
en su faz color del plomo,
y su mano sobre el pomo
con lúgubre son temblaba.

(1) Francisco de Moraes, natural de Braganza, hijo del doctor Alvaro de Moraes, y tio del célebre Baltasar Tellez, cronista de la compañía de Jesús, estuvo dotado de un ingenio perspicaz, que con su continua aplicacion á los libros, se hizo estimar de los literatos mas insignes de su tiempo. Asistió en Paris en tiempo de Francisco I con el embajador de Portugal, D. Francisco de Noroña, segundo conde de Linares, y mayordomo mayor de la Reina Doña Catalina, muger de D. Juan III. Vuelto á su patria, murió á manos violentas en 1572, junto á la puerta o *rocio*, de la ciudad de Evora, hallándose allí la corte.

Además de la primera y segunda parte del *Palmerin* y del libro de los *esforzados hechos de Primaleon*, que Barbosa le atribuye, escribió:

Dialogos em hum desengano de amor sobre certos amores que tuvo en França hunna dama da Rainha Doña Leonor. Evora, por Manuel Goelho, 1624.

Tres diálogos en que sao interlocutores do uno hum fidalgo, é un escudeiro: do dos hum cabalheiro é un doutor, do tres: hunna regateira é hum moço da estribeira. (Imitando el estilo de la de Miranda.

Relacao das fiestas que el Rey de França Francisco I fez nas bodas do duque de Cleves, é a princesa de Navarra. 1541.

Relaçao das Exequias de Francisco I, no anno 1546.

Relaçao dos torneyos do principe en Xabregas, 5 de agosto de 1530.

En vano el embozo cubre
su faz, que el dolor reviste
de palidez honda y triste
como la vid en octubre.

Con máscara engañadora
cubrir el dolor secreto,
es doble dolor, Moreto;
mas en secreto se llora.

Aunque la luz al quebranto
es consuelo baladí,
quien llora dentro de sí
se envenena con su llanto.

Los ojos tiende adelante
casi cegados del miedo,
y ve en el espacio un dedo
que le señala constante.



Vuelve á otro lado la cara,
y ve con fiera agonía
que el ahorcado se movia
sin que nadie le tocara.

De hinojos y la cabeza
con el dolor trastornada,
pega á la cruz de su espada
los labios, y llora y reza.

Mas cuando á mirar se atreve
que un punto le deja el miedo,
siempre le señala el dedo,
siempre el ahorcado se mueve.

Así le halló la mañana
en actitud religiosa,
su faz mucho mas rugosa,
su cabellera mas cana.

Los ojos clava en aquel
papel que arruga su mano,
y grita:—«¡Dios soberano!...»
(Estaba en blanco el papel).

VICENTE BARRANTES.

EL CAMPO DEL MORO.

Para los seres pensadores, existen tres mundos: el mundo que pasó, el mundo que es, el mundo que será. El mundo que fué, se presenta con el magnífico aparato de sus doscientas edades, de sus doscientos héroes, de sus doscientos grandes crímenes, y de sus doscientas acciones memorables. Con la consumada esperiencia de seis mil años todo lo ha visto, todo lo ha tocado; conoce bien los ocultos pliegues del corazon de cada hombre, porque han latido en su inmenso ámbito los corazones de un millon de millones de hombres desde la niñez á la ancianidad; conoce mejor las peripecias de los pueblos, porque han bullido en sus entrañas un millon de pueblos distintos; nada le sorprende, nada le asusta, nada le entusiasma: es el anciano que todo lo ve sin pasion, porque lo ve sin esperanza. En una palabra, es el mundo de los filósofos en sus diferentes matices. El mundo que será es un caos, pero con luz y con colores. Sin que un solo desengaño interrumpa la serie de sus ilusiones, es el mundo de las esperanzas; fantasmas que podrán trocarse en esqueletos, si se tocan, pero que en tanto crecen y destellan con incomparable brillantez. Nada ha visto, nada ha tocado; todo le sorprende y entusiasma; es el niño que todo lo ve por el prisma de la inocencia, diamante de cien mil facetas, todas claras, tersas é iguales Este mundo ideal pertenece á los creyentes y á los poetas; ellos solos saben imaginárselo, porque ellos solos tienen fé. Entre estos dos mundos está el mundo real y positivo; el mundo que realmente existe, el mundo que todos tocamos, de que somos una ínfima parte. Este mundo es ciego y egoista. No quiere recordar lo pasado, porque teme que la esperiencia le sirva de remordimiento; no quiere fijar su mirada en lo porvenir, porque teme profetizarse su propia ruina, como profetizó Jeremías la de su querida Jerusalem. Mundo de oro, por mas que quieran apodarlo de hierro y aun de escoria, porque el *Dives* de los latinos es el ídolo á quien venera. Mundo hombre, que de todo duda; y mundo, en fin, de los malvados, que siempre aprovechan lo presente, sin cuidarse de lo pasado, sin adivinar lo porvenir.

Viajando por estos tres mundos, bien puede un hombre hacer largas jornadas sin temor de tocar sus límites, y en cualquier paraje del globo en que detenga un dia su planta, podrá meditar á su sabor en lo pasado, en lo porvenir y en lo presente, concretándose á los horizontes que hayan fijado sus miradas.

Asentadas estas premisas, todo el mundo convendrá en que si un hombre tiene la humorada de dirigirse á las nueve ó las diez de una calorosa noche de julio al CAMPO DEL MORO, además de refrescar un poco la sangre, casi tanto como si tomara un vaso de horchata de chufas ó si le dieran calabazas en una primera declaracion, dos cosas que dejan á un hombre igualmente frio, podrá entregarse á recuerdos y profecías, y meditar mucho sobre lo presente, pues todo hombre que pasea solo de noche, filosofa, si no es de granito ó de corcho. Y á la verdad ¿qué sitio puede elegirse, aun despues de buscarlo mucho, como Diógenes á su hombre, con una linterna en la mamo, mas poéticamente melancólico que la bella fuente de los Tritones? Sentado un poquito lejos de la fuente, porque está vedado llegar á ella, sin duda por temor de que los sedientos de la villa vayan á apurar sus cristales, puede un ciudadano pacífico al murmurio de sus corrientes, si corre por casualidad, viajar por los tres mundos, concretando sus escursiones á los justos límites del CAMPO.

¿Y para qué mas horizontes? EL CAMPO DEL MORO, LA TELA: al

pronunciar estos dos nombres brotan de la tierra escuadrones de cristianos y sarracenos, se oye

Del Cid la trompeteria,

y dirigiendo la vista hácia la ciudad árabe, se ven coronados los muros, como lo ha dicho Moratin.

«Ansi de los muros miró de Madrid
La plebe agarena venir á cercalla,
Desnuda tizona y en tren de batalla,
Al bravo cabdillo que llamaron Cid.»

Enardecida la imaginacion, resuena el pavimento herido por los herrados cascos de los armados palafrenes; se oyen sus belicosos relinchos, el estridor de las espadas, los rudos golpes de las hachas, los ayes de los moribudos, los lamentos de los vencidos y los himnos de los vencedores. Cesan los sangrientos combates, y se oyen crujir las canillas del suspicaz Pedro de Castilla, que despues de haber reedificado el viejo alcázar de Sevilla, viene á poner la primer piedra del nuevo alcazar de Madrid. El maestre Padilla, Castro, Hinestrosa y otros castellanos de cuenta forman la comitiva del rey: el monarca camina dos pasos delante de todos, y lleva hácia atrás vuelto el rostro, como si temiera que sus mas íntimos amigos fuesen á herirlo por la espalda: los cortesanos á su vez tambien vuelven hácia atras los rostros, como temiendo que los ballesteros de su buen amo los acometan á traicion. ¡Triste corte y triste ceremonia!... No parecia que se iba á levantar un alcázar, parecia mas bien que se iba á cavar una tumba. Para ser rey lleno de sospechas, es mucho mejor no reinar; para ser magnate acosado de justos temores, es mucho mejor mirar desde lejos el palacio. Pocos años despues alumbran el CAMPO las llamas en que arde la fortaleza de D. Pedro; ya reinaba Enrique II. Estas llamas representaban la hoguera en que se comunican sin confundirse los sangrientos cuerpos de los fratricidas hijos de Edipo. Los dos habian empapado sus manos en su propia sangre: D. Pedro y D. Enrique habian privado de la vida á hijos de su propio padre... Para acabar por fratricidas, es mejor no empezar por hermanos.

En las torres del nuevo alcázar posa el señor de Madrid Leon V, rey de Armenia, resuenan las lentas pisadas del Doliente Enrique III; y en tanto que el rey casi niño, de ánimo fuerte y cuerpo débil, levanta torres de *buena estofa* para guardar en ellas los tesoros que hace devolver á sus avaros ricos-homes, el brujo de antiguas consejas, el primo del rey D. Enrique de Aragon, marqués de Villena, pasa las noches encerrado en un desierto torreon, ya escribiendo trovas, ya estudiando el curso preciso de los astros, y ya avivando la roja llama de sus operaciones químicas. Por las tardes salta los fosos sobre su corcel andaluz el niño marqués de Santillana, y por las noches anda á estocadas, ó canta trovas al pié de los espesos muros, acompañado de Macias. ¿En dónde está Macias? ¿En dónde está Larra que popularizó sus amores? en donde pronto estaré yo, que ahora los nombro: en las entrañas de la tierra.

Antes de ser rey D. Juan II, aparece entre un nieto de Enrique II y una nieta de Pedro el Cruel, reuniendo en sus venas de niño la sangre de dos fratricidas. D. Fernando, llamado *el de Antequera*, por haber conquistado esta importantísima ciudad, afirma en las sienes del niño la corona que los magnates querian poner sobre la frente de un varon; pero Juan II, mas débil de ánimo que *el Doliente*, aunque mas robusto de cuerpo, se apresura á buscar unos hombros que lleven la pesada carga del gobierno, y comienza á resplandecer el valido D. Alvaro de Luna. D. Alvaro de Luna: su figura se levanta cien codos mas alta que la del monarca de Castilla. El último es la dignidad, el primero la omnipotencia. ¡Con qué profundo desprecio mira á sus numerosos enemigos! ¡con qué lástima á un príncipe mozo y á un favorito casi niño! El heredero de la corona y D. Juan Pacheco, son á los ojos de D. Alvaro dos granos de arena que no detendrán ni un solo instante su marcha triunfal; y sin embargo, su carro tropieza en los granos, se detiene, vacila, cae, y el gran condestable se despeña, y corta su cuello un verdugo, mientras su buen amo prepara certámenes de gaya ciencia.

Paso, paso á D. Enrique IV y á su amigo el marqués de Villena, la mejor lanza de estos reinos. Paso á D. Beltran de la Cueva, el del *Paso honroso.* Paso un momento á la Beltraneja, y paso al duque del Infantado, que asienta sus reales en el CAMPO. Paso á la gran reina de Castilla Isabel I; paso al astuto rey de Aragon, Fernando V; paso á los héroes de su hueste; paso á los maestres de las órdenes, que van dejando sus ricos mantos en las gradas del trono. Paso tambien al varon fuerte, que mantiene en paz á Castilla, al cardenal Jimenez de Cisneros. Ved á Carlos V, emperador, que asienta sus reales en Madrid. Pálido y débil se presenta ese gran corredor de cañas, que busca coronas por sortijas, y las toca sin ensaltarlas, llamado Francisco I. Ved á Hernan Cortés y á Pizarro, conquistadores de dos imperios, casi tan grandes como dos mundos. Ved esa corte cubierta de acero, que toca periódicamente todos los confines de Europa. Ved al Ticiano de vigorosa entonacion. Ved un tropel de embajadores, que se precipitan al paso del primer monarca del mundo, y despedir á Carlos I, que se dirige á su triste celda de Yuste.

Silencio, que viene á asentar su casa y corte en el alcázar de Madrid Felipe II; ese D. Pedro, el Cruel togado, que quema y asesina. Silencio, aunque aparezca D. Juan de Austria, que triunfó en las Alpujarras y en Lepanto, para morir en Flandes. Silencio, aunque vayan pasando el príncipe Carlos y Escobedo, Antonio Perez y el marqués de Poza, y el gran duque de Alba. Silencio: Felipe II no quiere discusion ni ruido; quiere misterio y obediencia. Tan poco le gusta el ruido, que le incomoda la cadencia de los versos de la Araucana, y Ercilla vive y muere pobre y completamente olvidado. No escucheis tampoco, no escucheis. Cuando Felipe II sabe que el corazon de un hombre encierra un secreto importante, procura que una tumba guarde el secreto y el corazon, para que no salga el secreto.

¡Cómo se pasea por sus jardines el pobre rey Felipe III, y el rico ministro duque de Lerma! ¿Qué queda de la guerrera corte del emperador? Nada. ¿Qué queda de la corte profundamente astuta y política de Felipe II? Casi nada. Pocos capitales, pocos hábiles negociadores; ni saben conquistar los primeros, ni conservar saben los segundos: y ese advenedizo que se encumbra mas allá de sus esperanzas, para caer mas bajo aun que sus temores, solo consigue ver satisfecha momentáneamente su vanidad, y que en una página de la historia se lea el suplicio de D. Rodrigo Calderon.

Felipe IV, el caballero, el galanteador, el pintor, el poeta, á quien llaman sus aduladores EL GRANDE, y que á fuerza de perder territorio lo es como el hoyo, viene acompañado de su corte, y se va con ella al palacio del Buen-Retiro. La posteridad recuerda los nombres de D. Francisco de Quevedo, Velazquez, D. Pedro Calderon de la Barca y otros célebres justadores en el palenque del ingenio: las leyendas y los romances hablan siempre del conde de Villamediana, el mas apuesto caballero de la corte de un rey galante; la historia se ocupa del conde-duque de Olivares, el mas orgulloso de los ministros, y el mas odiado de los favoritos. La historia tambien abre sus páginas al intrépido D. Luis Fajardo y á D. Pedro Tellez Giron, gran duque de Osuna, cabeza de fuego, corazon de diamante y brazo de hierro, vencedor de los enemigos de su patria y despojo de las cortesanas intrigas. Muchas fiestas, muchos torneos, y alguno que otro auto de fé, poco verdadero patriotismo. Entre el polvo de los torneos se confunden dos grandes figuras: Carlos I de Inglaterra, y su favorito y ministro duque de Bukingam. Muere el segundo asesinado por un fanático, Felton; muere el primero decapitado por un ambicioso, Oliverio Cronmwell.

Ese niño con andadores, pálido, flaco y macilento, que apenas puede arrastrar los piés y llevar erguida la cabeza, es todo un rey, es Carlos II. Comienza la dinastía austriaca en un gigante, y va á estinguirse en un pigmeo. ¡Como se destruyen las razas en cuatro generaciones! Tienen cogido el cetro por una punta la regenta, y por la otra el segundo D. Juan de Austria; y aunque el niño se convierte en hombre, el cetro no sale de tutela, porque el hombre es Carlos II EL HECHIZADO, y EL HECHIZADO es siempre juguete de las mas bastardas ambiciones.

Felipe V, trayendo una nueva dinastía, el archiduque Carlos, queriendo conservar la antigua, aparecen y desaparecen como dos brillantes meteoros, seguidos de sus cortes y de sus ejércitos de españoles, franceses, ingleses, alemanes y lusitanos. Dos vulgares ambiciones lidian por el esqueleto del gran reino que dejó á su hijo Carlos V: la Europa entera toma parte, invocando su equilibrio, y como llamado el archiduque á ceñir la corona imperial, adquiere mas peso su platillo, queda Felipe V rey de las Españas y sus Indias. Ya aparece la astuta faz de la princesa de los Ursinos, y ya el rostro complaciente y móvil del predestinado Alberoni. Otra vez alumbran las llamas los jardines del parque y la Priora; otra vez estalla el incendio en el alcázar de Madrid. Hay edificios condenados á la destruccion, como hay hombres predestinados al cadalso: la plaza Mayor y el alcázar corresponden á estos edificios. La nueva dinastía necesitaba un nuevo palacio. ¿Iba á ser mas grande que su antecesora, y queria para vivir holgada, una morada mas grandiosa? ¿Iba á ser mas pequeña, y la venia grande el alcázar de los austriacos? Respondan á estas dos preguntas el indeciso Felipe V, el apenas conocido Luis único, el apático y bondadoso Fernando VI, el rencoroso cuanto ilustrado Carlos III; respondan si quieren tambien, Carlos IV y Fernando VII. Respondan por ellos sus ministros Alberoni, Riperdá, Patiño, Ensenada, Esquilache, Aranda, Floridablanca: respondan algunos que viven, y pueden responder aun. Digan si fueron previsores esos tres nuevos personajes, que asomados á los balcones del nuevo alcázar inaugurado por Felipe V y terminado por Cárlos III, contemplan los desarraigados jardines y los esparcidos escombros. Estos tres personajes se llaman Joaquin Murat, José Bonaparte, y Napoleon.

Requiescat in pace el mundo que fué; ese pequeño mundo encerrado en tan reducido recinto, ese pequeño mundo que se ve, ayudado de la

memoria y volviendo la cara atrás, desde el actual CAMPO DEL MORO. Mundo, como hemos dicho antes, de crímenes y grandes acciones. Olvidémonos de lo pasado, y sentados en la misma fuente, ocupémonos de lo que vemos, de lo que oimos, de lo que adivinamos. Qué vemos? una hermosa luna, clara y limpia como la de enero, que ilumina el álveo del siempre sediento Manzanares, los árboles de sus riberas, la ermita y los dos cementerios de San Isidro, las montañas de Guadarrama, los jardines del CAMPO DEL MORO, y el palacio Real. Qué oimos? el manso murmurio de la fuente; las compasadas voces de dos ó tres ciegos que cantan, acompañados de sus respectivas bandurrias, algunos versos religiosos; los lejanos acordes de algunas arpas, violines y clarinetes que maltratan las melodías de Donizzetti; el paso igual de los soldados que relevan á los centinelas, y el lejano y confuso murmullo de la gente que toma el fresco en la linda plaza de Oriente. Qué adivinamos? Que bajo los mas copudos árboles, y al abrigo de

Un muro de verde yedra
y un techo de oscuridad

como ha dicho Zorrilla, pláticas mantendrán sabrosas algunos amantes amigos de la soledad y la noche; que entre los muros de granito y bajo los dorados artesones del palacio se trazará mucho que no debe pasar de líneas, se urdirá mucho que ha de romperse sin saber cómo. Hé aquí lo presente: poca cosa comparada con lo pasado: ¿Será mucho en parangon de lo porvenir?

Imposible. Lo presente es un solo instante, lo porvenir puede ser muy bien una especie de eternidad. ¿Pero cómo descorrer el velo que oculta misterios tan altos? ¿cómo desarrollar ese gran mapa que han de trazar hora por hora la mano de doscientos siglos? ¿Será ese palacio muy estrecho para la dinastía que venga, será muy ancho ó no querrá palacio esa futura dinastía? ¿Irán á prestar su fragancia á las playas del Oceano las plantas del CAMPO DEL MORO, y como de paso derramarán sus mejores perfumes en el continente africano? ¿Volverá á armarse la rica tienda del emperador, ó se preparará en su lugar el lecho de Carlos II? ¿Habrá un nuevo fénix de los ingenios, como Lope de Vega Carpio, respetado, honrado y querido, ó un Miguel de Cervantes Saavedra, pobre, oprimido, encarcelado? En Lisboa está el hospital de Camoens, en Madrid la prision de Cervantes: ¿ese hospital y esta prision serán consagradas alguna vez por un soberano ó un pueblo?... Ardua tarea es tender la vista hácia ese nebuloso horizonte en que está envuelto lo porvenir; y meterse á hacer vaticinios, si no es pensar en lo escusado, es echar por los cerros de Ubeda. Lo racional, lo conveniente, es estudiar un poco lo pasado, para escarmentar en cabeza ajena; y sobre todo, contentarse con lo presente. Y á la verdad que es necesario ser un solemne majadero para no bailar de contento al compás de las palmadas y los bravos que nos dan los contemporáneos. Siglo mejor que el XIX no ha figurado en las edades; año mejor que el 52 del mismo siglo no puede darse, y fuera presuncion pedirlo. Todo está bien, todo convida á los mas inefables goces. En lo moral y en lo material, en lo público y en lo doméstico, en lo social y en lo político, todo marcha de la misma manera; y si no rayamos en la perfectibilidad, es porque la monopoliza el cielo.

JUAN DE ARIZA.

LA HIJA DE LOS BOSQUES.

CUENTO POR LA NEREIDA.

Á DON P. A. CARDAÑO.

Si algun dia, amigo mio, la suerte caprichosa os aleja del hermoso cielo de nuestra patria, y os lleva bajo la húmeda atmósfera del mar del Norte, no olvideis visitar la pequeña isla de... No siempre hemos de admirar el movimiento de las grandes ciudades; no siempre hemos de dejarnos arrebatar de esa alegre volubilidad de los hijos de París, ni siempre hemos de contemplar las pisadas calculadas y egoistas de los habitantes de Londres. Para conocer á la humanidad, hay algo mas que el presente; el pasado es tambien un gran libro donde se estudia el corazon del hombre. Los monumentos son célebres de dos maneras: bien por su mérito artístico, bien por las ideas que despiertan. Las ruinas informes de Palmira, Babilonia, Cartago, ¿no hablan á la imaginacion mas que la elocuencia de los sabios modernos? ¡Qué de recuerdos escita una piedra carcomida! ¡Qué sentimientos un paredon desmoronado, á cuyo pié crecen plantas parásitas, y del cual el zagal ignorante arranca un dia y otro dia pequeños trozos, ayudando así al tiempo en su afan devorador! De este género son las que os propongo visitar: han pasado, en verdad, los siglos sobre ellas, dejando impresa su funesta huella; pero ¿no es consolador ver que brilla en esos restos una centella del pensamiento de las generaciones que han desaparecido?... ¡Ah! el hombre pasa como el lirio del desierto, pero sus obras desafian á los siglos: las concepciones de su alma, de ese destello de la divinidad, son tan eternas como ella.

La isla de... separada sin duda del continente en una época remotísima por una de esas soberbias alteraciones del globo, es una gran mole de picos gigantescos amontonados unos sobre otros. Al poniente de ella, la montaña de las aguas corta perpendicularmente la superficie del mar, y por entre las grietas de sus costados saltan pequeños arroyos sobre lechos de lava petrificada, por donde algun dia corrieron torrentes de fuego. La alta montaña de las aguas se inclina hácia el norte, formando mesas y declives poblados de altísimos pinos y encinas corpulentas. Costeando la pequeña isla se ve al poniente un monton de ruinas esparcidas sobre una ancha mesa que sirve de estribo á la montaña. Mas allá el suelo va descendiendo por medio de suaves rampas, hasta tocar con la playa, donde el invierno acumula montones de hielo arrojados de los mares polares. Algunos restos de viviendas aisladas se ven aquí y allá, envueltas por una niebla espesa y fria que hace confundir las nubes con las nevadas crestas de las montañas.

Arrojado nuestro buque á lo largo de las costas de la Escocia por los vientos del Sur, fuimos llevados hasta la isla donde hoy dia existe un mal fondeadero en que hacen aguada y se preparan para su peligrosa navegacion los buques balleneros. No os contaré, amigo mio, las penalidades que pasamos en este viaje, ni la tristeza de aquel clima ceniciento y oscuro que hacíanme recordar con envidia el hermoso sol de nuestra patria; ni os referiré las privaciones que sufrimos en aquella tierra inhospitalaria: no es este mi objeto. Aquel pais no vive en el presente, vive en el pasado; por eso, para hablaros de esta isla, voy á retroceder algunos siglos. Entre los escasos habitantes de estas montañas viven tantas historias de otro tiempo, que no quiero renunciar á escribir una de las muchas que me contaron. Esta es la patria de las tradiciones: aquí vinieron los galos, los francos, los normandos, y los desmoronados escombros de sus templos sibilíticos revelan su paso sucesivo; tras de ellos viene otro ser que ha dejado en caractéres negativos señalada tambien su huella: este ser es el tiempo. Pero bajo el musgo hay una piedra, esa piedra es una idea, esa idea es una historia que solo comprenden los ancianos del país.

Uno de estos ancianos de barba blanca, de rostro pálido y de mirada lánguida y triste, estaba sentado sobre la cima de una colina cuando nosotros saltamos en tierra. Conociendo sin duda su impotencia contra el furor de las olas habia estado contemplando las desesperadas maniobras de nuestro buque. En vano el cañon y nuestras voces habian demandado repetidas veces socorro; con impasible tranquilidad contestaba á nuestras súplicas señalando el cielo con una mano: tenia razon; contra la órden de Dios ¿qué puede el hombre?

Pero apenas hubimos saltado en la playa, el hombre vino ligeramente á nosotros, nos dió la bien venida, y volviendo á subir á la colina nos condujo á una casita defendida de los huracanes por dos brazos de la montaña.

La noche que siguió á aquel dia era horriblemente tempestuosa: mugia con furia el viento, las olas azotaban incesantemente la playa y la nieve se desgajaba de las montañas con un estrépito que asemejaba al trueno. Ardia una buena lumbre en el hogar, y nuestro huésped procuraba por cuantos medios le eran posibles amenguar nuestro espanto.

Entre las cosas que me llamaron la atencion en esta sencilla vivienda, fué una gruta que estaba abierta á pico en uno de los lados del hogar. Una imágen de piedra y un farolillo colgado de la bóveda, era lo único que existia en aquella gruta, en que apenas cabia un hombre de pié. A la escasa luz del farolillo, podíase leer un tosco letrero latino grabado á los pies de la imagen, que decia:

«Invoca, náufrago triste,
á la estrella de los mares.»

—Esta imágen, dijo el anciano notando la atencion con que yo examinaba la gruta, es la Vírgen de los Mares. Fué el primer objeto cristiano que llegó á la isla en brazos de los primeros discípulos del Crucificado, que vinieron á civilizar á los bárbaros habitantes de este pais. Esa tosca piedra, olvidada por los hombres en este rincon del mundo, fué el primer estandarte de Cristo clavado sobre las olas del ancho Océano. ¡Ay! qué se hicieron los hombres llenos de fé que aportaron con él á estas playas! Esa gruta, señora, es la única historia que queda de ellos.

—¿Y la conservais en vuestra memoria? pregunté yo.

—¡Ay! sí: han pasado los siglos, han pasado los pueblos, pero esta historia, saltando de generacion en generacion, ha llegado hasta mí, y concluirá sin duda en mí, porque el Norte aumenta cada año los hielos que arroja sobre nuestra playa, y hace á los hombres huir de este clima. Dentro de poco no habrá un viviente que pueda descifrar la idea que representa esa piedra.

—Si no os fuera molesto contarnos esa tradicion...

—Lo haré con muchísimo gusto, señora, y mientras el huracan ruge sobre nuestra cabeza, podré entreteneros refiriendo lo que deseais.

Todos los náufragos rodeamos el fuego del hogar, y el anciano empezó su relacion.

II.

Sabido es, señores, que Augusto, jefe del pueblo romano, principió á subyugar la Grecia, acabando Vespasiano por incluirla en el número de las provincias del imperio. En este período de amargura para un pueblo idólatra de su libertad, le tendió una mano amiga esa religion benéfica que promete recompensas eternas á los que lloran. ¿Hay algo seguramente mas consolador que la sublime idea de que un Dios poderoso y compasivo oye los suspiros del esclavo, está en su presencia, y derriba de un soplo al soberbio que le oprime? Por eso la Grecia, naturalmente ilustrada y sensible, acogió con trasporte la nueva doctrina que le enseñaba á tener en poco los bienes de sus tiranos, aspirando solamente á los que se conquistan por medio de los sufrimientos. Así que los jóvenes guerreros de la Grecia, eran entonces los mejores cristianos, y hé aquí por qué los emperadores romanos elegian gran parte de sus soldados entre aquellos jóvenes, á quienes la religion imponia el deber de una obediencia y una fidelidad ilimitadas para con su príncipe.

Entre ellos se distinguia Lisandro por su hermosura, por su valor y por su fé. Nacido durante las vicisitudes de su patria, de una de las mas notables familias de la Grecia, habia sido reducido con sus padres á la esclavitud; pero sus hechos le habian alcanzado la libertad y un puesto distinguido en la milicia. Era alto, de mirada dulce al par que penetrante, y sus formas eran tan proporcionadas como las de las mejores estatuas de su patria.

Llegó á Roma, y Cirilo, el mártir de la religion en los bosques de la Germania, le condujo en seguida á orar á las catacumbas, templo sacrosanto donde los primitivos cristianos elevaban á Dios sus preces. Allí conoció á Diótima, bellísima jóven hija de una familia cristiana, que asistia todas las noches á rendir sus homenajes ante el ara del Señor.

Al cabo de algun tiempo se encontraron solos en una de las bóvedas Lisandro y Diótima: oraban á la vez, pero sus ojos se separaban del altar para enlazarse llenos de amor y de ternura. El rubor de la vírgen revelaba los movimientos largo tiempo reprimidos de su corazon, y los ojos del guerrero encendian mas y mas el carmin de sus mejillas.

—Diótima, dijo Lisandro, Dios permite que nos amemos: ¿por qué hemos de ocultarlo por mas tiempo? Júrame por el Dios que nos está escuchando, que me amarás siempre como yo juro amarte á tí.

La jóven no respondió; pero su mano quedó enlazada con las del guerrero, y sus labios oprimieron los piés de un crucifijo, como el juramento mas solemne de su corazon.

Fué un momento de felicidad que desapareció en seguida. Apenas los jóvenes acababan de pronunciar sus votos, cuando unos hombres armados se apoderaron de la inocente vírgen, y sujetaron despues de una resistencia heróica al noble cristiano.

Habiase apoderado del imperio Maximino, hijo de un aldeano godo que de pastor llegó á general, y luego á príncipe por medio del asesinato; y aquel hombre feroz y corrompido, desahogó su rabia contra los cristianos, cuyas costumbres puras y austeras eran la muda condenacion de sus desórdenes. Fraguábase en el palacio una trama contra su vida, y creyendo los conspiradores por un falso aviso, que el príncipe estaba en el secreto, se apresuraron á sincerarse, haciendo recaer la culpa en los soldados cristianos de las legiones griegas. El perverso es naturalmente suspicaz y cobarde, desquitándose con ser cruel: dió fácilmente asenso á la calumnia, y mandó sortear hasta cuatrocientos cristianos, para ofrecer un espectáculo sangriento á aquel pueblo impío. Lisandro fué uno de los comprendidos en la muerte fatal, y el terrible decreto fué á arrancarle violentamente del asilo de la religion y de su felicidad.

A los pocos dias la ribera del mar ofrecia un espectáculo desgarrador. Los cristianos habian sido condenados á ser sumergidos por las olas, y el populacho de Roma dejaba la ciudad, para acudir en tropel á presenciar una escena tan divertida para él. Un gran buque contenia á los desgraciados con sus esposas y sus hijos, que iban á abrazar por última vez á los seres mas queridos para ellos. ¡Qué despedida tan triste! Los soldados y centuriones ocupaban otras barcas menores, y se disponian á barrenar por bajo la quilla del de los condenados. Detrás de ellos la multitud formaba un gran círculo de barquichuelos llenos de gente, que sedienta de emociones, lanzaba improperios contra los infelices cristianos. Mas allá la ribera desaparecia bajo los piés de una muchedumbre de espectadores, que batian palmas y victoreaban frenéticamente, en señal de entusiasmo. En medio de aquella plebe corrompida, se elevaba un carro dorado, engalanado con las insignias imperiales, y rodeado de los indóciles pretorianos. Sobre él estaba de pié Maximino, que por un esceso de crueldad, habia querido presenciar la ejecucion, y dar la señal del sacrificio.

Todas las miradas se volvian ya hácia el príncipe esperando la órden fatal, y ya alzaba este su brazo para dar la señal, cuando apareció por entre los soldados una muger bellísima, que con los cabellos sueltos, los brazos desnudos y las lágrimas en los ojos, fué á echarse á los piés del emperador.

—Detente, Maximino, dijo la hermosa Diótima, porque era ella; detente, y si no consigo ablandar tu corazon, deja al menos que vaya á reunirme con los que van á ser sepultados por las olas. Van á morir, ¡oh príncipe! mis amigos y yo con ellos: iremos con resignacion, pero antes que el hielo eterno selle mis labios, quiero protestar de la negra calumnia de que somos víctimas. Nosotros atentar á tus dias! conspirar contra tu potestad!... Jamás, Maximino; conoce la diferencia de nuestras creencias: tus dioses te mandan perseguirnos por una infame calumnia; el mio nos manda no solamente velar por tu conservacion, sino hasta perdonarte cuando somos víctimas de una injusticia. Caminan á la muerte tus mas fieles defensores, mientras conservas en rededor tuyo, dueños de tu confianza, á esos conjurados y delatores á la vez; adios, que el cielo te perdone, y que no caiga sobre tí nuestra sangre inocente.

Calló Diótima, y el príncipe, conmovido mas que por sus palabras por sus encantos, tendió la vista en torno suyo, como si quisiera examinar á los de su comitiva. Entonces uno de los conjurados, temblando ante la cólera del emperador, se adelantó hasta él, y delató á los verdaderos conspiradores. En vano estos trataron de huir, porque apresados en el mismo instante, fuéron decapitados sobre el mismo carro de Maximino. Volviéndose este en seguida hácia la bella Diótima, que sollozaba amargamente, temblando aun por la suerte de sus compañeros.

—Anda, ve, la dijo, hermosa nazarena, ve y anuncia á tus amigos que les concedo la vida, pero que les prohibo sin embargo volver á desembarcar en las costas de Italia ni de ninguno de los dominios romanos. Ellos y sus familias, tripularán los buques que puedan para ir donde quieran; pero están desterrados para siempre del imperio romano.

Diótima llevó la órden cruel á sus compañeros, y en breve aquel puñado de cristianos dan un adios á las playas de su pátria para errar aquí y allá sobre la superficie de los mares. Doblaron las columnas de Hércules, y entrando en el desconocido Océano, se dejaron arrastrar por los vientos para buscar una tierra que les diese hospitalidad. Costearon la Iberia, la Galia y la Bretaña, y donde quiera no hallaban mas que el águila romana que se cernia sobre todas las playas, dispuesta á devorarlos en el momento que á ellas se acercaran. Al cabo de algun tiempo hallaron estas islas, adonde ellos mismos quizás sirviendo en los ejércitos romanos, habian arrojado á los infelices galos.

Durante las guerras de la Germania y de la Galia, estos pueblos, espantados ante el poderio de Roma, se habian refugiado á las islas, adonde acudian todos los guerreros que querian conservar su libertad, sus dioses y sus costumbres. Esta isla y otras muchas, estaban enteramente pobladas por los galos, y en ellas se hallaban al abrigo de la ambicion dominadora de sus enemigos.

III.

Seis veces la luna habia rodado por el azul de los cielos, desde que los buques de Lisandro avistaron el archipiélago, y aun no habian podido fondear ni acercarse á la playa. Los galos, al ver un dia y otro á aquella pequeña escuadra dar vueltas en rededor de sus islas, creyeron que eran sus enemigos, y al momento convocaron á todos los guerreros para aprestarse á la defensa. Discutian los impetuosos bárbaros el medio de deshacerse de los estranjeros, y ya golpeaban sus escudos en señal de guerra, cuando vieron venir hácia sí un grupo de aquellos estranjeros que acababan de desembarcar, y que traian en la mano la lira, símbolo de dulzura y de paz. Eran Lisandro, el sacerdote Cirilo y algunos griegos que iban á pedir hospitalidad á los bárbaros. Bajaron estos sus lanzas, y acogieron con admiracion á los estranjeros, á los que concedieron despues de acaloradas disputas, tierras para establecerse. La paz quedó asegurada en un convite en que la sacerdotisa repartió á los bárbaros la becerra sagrada degollada en las aras de Irminsul.

Llevaron los griegos á sus compañeros la nueva de la paz ajustada, y todos se trasladaron en seguida á estas colinas, donde formaron en breve un pequeño pueblo. Cirilo, el apóstol de la religion en el Norte, eligió esta pequeña gruta para templo cristiano, y en ella colocó esa imágen de piedra que habeis visto y que trajo consigo de la Italia.

Nada faltaba á Lisandro, jefe de la pequeña colonia, para gozar de la paz y libertad que le habia negado su patria, sino la union con la hermosa Diótima. Esta, despues de haber salvado á los griegos en

las playas de Italia, habia seguido su suerte, y era mirada por los desterrados como una santa y consoladora virgen enviada por Dios para aliviarlos en sus pesares.

Todo estaba ya dispuesto para la santa ceremonia de unir á los dos esposos. La nueva se habia estendido de colina en colina, y multitud de jóvenes galos acudian á presenciar un acto estraño para ellos, y que Cirilo queria verificar con toda la solemnidad posible. Las sublimes ceremonias de la religion cristiana debian hacer un efecto poderoso en la sensible imaginacion de aquellos bárbaros.

Mientras estos preparativos tenian lugar, Lisandro, para obsequiar á sus huéspedes con un suntuoso banquete, se internó con otros amigos en las montañas en busca de las hermosas aves que las pueblan. La noche envolvia ya las profundas concavidades de los precipicios, cuando Lisandro y sus compañeros, satisfechos con una abundante caza, se volvian á su habitacion. Pero de pronto un rugido les detuvo, y en seguida una fiera cruzó velozmente delante de ellos hasta ocultarse en una caverna. Lisandro levantó su arco, tendió el brazo, y la flecha fué silbando por entre las rocas y la maleza. Un gemido lastimero sucede instantáneamente á aquel silbido, y los griegos se hielan de espanto al escuchar aquel ay doloroso. Acércanse, retiran los arbustos, y descubren una muger vestida de blanco, coronada de verbena y envuelta en su propia sangre. Lisandro, lleno de estupor y aterrado ante el crímen que acababa de cometer, separó los cabellos que ocultaban el rostro de la muger, y reconoció en ella á la sacerdotisa de los galos que habia visto el dia de su llegada: pálida, pero bella todavia y á la escasa luz de los últimos reflejos del crepúsculo, parecia la sacerdotisa una hermosa azucena tronchada por el huracan de la tarde. ¿Qué haremos, Dios mio? se preguntaban los griegos; si llevamos el cadáver á los bárbaros, ¿quién contendria su repentino furor? Seríamos víctimas de su iracunda rabia, y despues nuestras esposas, nuestros hijos y nuestros desprevenidos compañeros serian asesinados unos tras otros y ofrecidos en holocaustos á sus sangrientos dioses.

Entonces la sacerdotisa, abriendo por última vez sus hermosos ojos medio velados por las sombras de la muerte:

—Huid, huid, dijo, mis eubagos están cerca de aquí, y os degollarian si os encontraran junto á mí. Lisandro, adios; déjame morir, porque muero feliz...

Apenas acabó estas palabras, cuando sus ojos se volvieron á cerrar para siempre.

Los cristianos, despues de hacer inútiles esfuerzos para volver á la vida á aquel cuerpo inanimado, recostaron el cadáver en un montecillo de madre selva, y se retiraron á comunicar á sus compatriotas tan impensada fatalidad. Pero mientras ellos caminaban por los bosques, oian estraños silbidos que saltaban de cumbre en cumbre como los ecos de una voz repetida por las rocas de los valles. Al mismo tiempo corrian en direccion contraria á ellos por uno y otro lado algunos guerreros que se perdian instantáneamente en los bosques, como si fueran sombras que cruzasen el espacio con ligerísimo vuelo.

Cuando Lisandro y sus compañeros llegaron adonde estaban los griegos, todos los galos habian ya desaparecido, y durante todo el dia siguiente no se vió á ninguno de ellos. Un estraño silencio reinaba en las montañas y parecia que habian abandonado la isla sus turbulentos habitadores.

IV.

La noche que sucedió á este dia era horriblemente tempestuosa; el viento sacudia con violencia los corpulentos árboles de los bosques; el trueno retumbaba entre los rocas, y su espantoso estruendo chocaba con furia contra las montañas, como si quisiera separarlas de su base; y el relámpago cruzaba por los aires tiñendo de rojo la nieve de las alturas. Las fieras se retiraban espantadas á sus cavernas, y todas las criaturas parecia que se ocultaban ante el temible desórden de la naturaleza. Dos hombres sin embargo se deslizaban pausadamente á través de los bosques envueltos por las tinieblas é inundados por la lluvia: eran Lisandro y Cirilo.

—No es posible, dijo este parándose, seguir mas adelante; aquí cubrimos el camino que guia á la habitacion de nuestros amigos, y registramos las chozas de los galos: además estamos al pié de un Dolmin, lugar venerable entre ellos, y adonde vienen á consultar sus oráculos y discutir sus negocios.

—La noche que presenciamos, caro Cirilo, contestó Lisandro, está muy apacible si se compara con las borrascas de mi pecho. Desgraciada Diótima, la muerte quizá va á separarnos para siempre.

—¿Por qué desconfias de Dios? El que nos salvó del implacable Maximino puede escudarnos contra el furor de los bárbaros. Si no lo hiciere, cúmplase su voluntad. Volveos á vuestra tienda; un pueblo y una muger á quien debeis la vida, necesitan de vuestro brazo para defenderse. Dejadme á mí aquí; si es preciso una víctima, yo lo seré; el sacerdote cristiano debe sacrificarse por los hombres lo mismo en la gran ciudad que al pié de las montañas.

Apenas acababa de decir estas palabras el anciano, cuando llegó á sus oidos un rumor estraño y vieron multitud de luces que se acercaban pausadamente sobre la superficie del mar. Una barquilla flotaba sobre las alborotadas olas, y sobre ella estaba en pié una muger, vestida de un larguísimo velo blanco recogido al costado y una túnica del mismo color sujeta á la cintura, sobre la que caia su larga cabellera roja, que bajaba hasta sus piés. Agitaba una antorcha en el aire y arrojaba en el agua con palabras misteriosas cierto licor que llevaba en una copa de oro. Parecia el genio de las tempestades corriendo sobre la superficie de los mares; tal era el valor con que luchaba contra ellas.

Llegó á la ribera, mató la antorcha en las aguas, depositó un sable galo en una enorme piedra que estaba junto al Dolmin, y con voz vigorosa gritó: «Venid, hijos de los druidas». El eco de aquella voz repetida por las montañas fué á despertar á los galos, y al punto acudieron los bárbaros cantando con ardor:

«Ella nos llama; las tormentas huyen
Cuando apaga su sed Teutate en sangre...»

(Concluirá.)



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imprenta del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.



LA VUELTA DEL SOLDADO SUIZO.

La anciana madre hila en el rincon mas apartado del aposento en que se reune la familia; el padre, á quien la sordera aprisiona en un silencio eterno, lee en voz baja aquella Biblia, que pasa de generacion en generacion, con anotaciones de los individuos nacidos ó muertos, y de los matrimonios; la nietecilla arregla un ramillete con las flores de su delantal.

El dia va cayendo, y una tenue sombra rodea tan apacible escena. Ningun rumor se siente; todo está en calma, y solo se oyen el ruido monótono de la rueda de hilar, el que producen las hojas del libro cuando las vuelve la mano del buen viejo, y el de los sordos gruñid s de un perrillo acariciado por la niña. Esta tranquilidad no escluye el sentimiento, porque en medio de ella, aquellas tres almas se fijan cada una en su idea, y tres monólogos interiores se elevan al mismo tiempo hácia el cielo, formando un coro misterioso.

La madre murmura una plegaria:

—¡Dios de bondad! proteged á mi hijo: en medio de esa impia lucha que diezma los generosos mancebos de la Suiza, haced, Señor, que no hiera y que no sea herido. Devolvédmele tan fuerte y hermoso como

me lo concedisteis, y tan amable y pacífico como lo hicieron mis tiernas amonestaciones.

En tanto que la madre dirige al Eterno esta súplica, el anciano, con la vista fija en el libro de los Macabeos, repite en su corazon:

—El hijo ha interrogado á su conciencia; ella le ha dictado su deber, y él ha obedecido. Si vive, le amarán sus hermanos; si muere, le recibirá Dios, porque vivo ó muerto habrá defendido la verdad.

Entre estas dos meditaciones austeras, el pensamiento de la nietecilla se mece, como la golondrina entre las revueltas de un edificio sombrio:

—Mi hermano ha ido lejos, muy lejos. ¿Qué me traerá cuando vuelva? Juguetes hechos por los pastores, conchas, cintas de brillantes colores, y libros con santos iluminados. Traiga lo que quiera, yo deseo que venga pronto.

Mientras parece que se confunden en un solo pensamiento estas tres almas, resuenan pasos precipitados hácia la parte esterior... se acercan... la puerta se abre... y se oye una esclamacion. Es él! ¡Es el hijo anhelado! ¡Es el hermano á quien se espera! La madre se levanta y estiende los brazos; la hermana pega su boca al oido del abuelo y le grita la buena noticia; hasta el perrillo se adelanta gruñendo de alegría, y un rayo de sol que acaba de penetrar por la puerta entreabierta ilumina el contento de la familia.

¡Cuántas lágrimas contenidas brotan ya de los ojos! ¡Qué de abrazos! ¡Qué de preguntas! ¡Es preciso tambien que el jóven militar narre lo que ha visto, lo que ha sentido, lo que ha hecho! Pero puede hacerlo sin vacilar, porque nada tiene que temer ni que ocultar: asi es que á todos satisface con arreglo á sus deseos. Habla á su madre de las mugeres que ha salvado; á su padre de la tranquilidad que esperimentaba en los combates. Por último, regala á su hermanita la escarapela que ha llevado con honor en los campos de batalla, reservando para sí el recuerdo de las crueles pruebas que ha sufrido, y en las cuales entró como ciudadano para salir de ellas como hombre.

APENDICE A LA HISTORIA DEL MATRIMONIO.

SALA RESERVADA DEL MUSEO MATRIMONIAL.

CUADRO PRIMERO.

EL SOLTERON.

De la mala muger te guarda
Y de la buena no fies nada.

Esta pintura, que fué regalada al museo matrimonial por una doncella que murió sin abandonar su estado á la edad de 109 años, no está hecha sobre lienzo, ni en papel, ni en cobre, sino sobre una tabla de una naturaleza tan dura, que despues de haber convenido los inteligentes en que era roble, han declarado todos unánimes que debió ser un roble de los tiempos primitivos, cuya especie ha ido degenerando con los años. Esta circunstancia, y la no menos notable de haberse infiltrado el color en sus poros, hace que el cuadro esté tan entero como el dia en que le acabó su autor. No se ven en él ninguna de las señales con que el tiempo atestigua su inmutable carrera, y en vano su última poseedora y otras sus amigas, y otras y otras honestas doncellas probaron á lavar la pintura con cuantos cosméticos hallaron en su tocador, y aun con otros reactivos químicos de no menos fortaleza. Cuantos esfuerzos hicieron por borrar de la tabla la figura del solteron, fueron inútiles. Por último, y esto parece milagroso, la arrojaron al fuego y ni aun lograron que se calcinara, como ordinariamente habria sucedido tratándose, no ya de una tabla, sino de una piedra.

El solteron que vamos á presentar á los lectores ha resistido á todos esos tratamientos sin dar la menor señal de flaqueza. En la actualidad se mantiene tan lozano y tan fresco, que siempre parece que ha sido pintado el dia anterior.

Para que nuestros lectores puedan juzgar por sí propios de la verdad con que hablamos, alcemos la cortina y vean el cuadro:

Enamorado de sí mismo, no por lo que él vale, sino por lo que cree que dejan de valer los demas, el solteron de que hablamos es pariente directo de aquel Narciso que se enamoraba de su propia imágen retratada en la superficie del lago. El fondo del cuadro es un desierto que en vano quiso cubrir de flores el artista; el rosa de los ensueños dorados y el verde esperanza, se agostaron en la paleta. Nada pudo crecer á la sombra del personaje del cuadro, y con razon al verle una doncella de cincuenta y pico, parodió unos versos de Zorrilla de la siguiente manera:

Ay! el hombre solteron
sobre la tierra que habita,
es una planta maldita
sin fruto de bendicion.

Y tuvo razon la esperimentada doncella, porque el personaje en cuestion no es un célibe menor de edad que aun puede dejar de serlo, sino un mayor de edad que no puede ser otra cosa sino lo que está siendo actualmente: no es, en suma, un célibe novicio, sino el padre maestro del noviciado. Y esto nos obliga á no llamarle solterito, ni soltero, ni solterazo, sino solteron. Solteron á boca llena, siquiera cierren las suyas al oirnos todas las mugeres, por ser el solteron un manjar que no les pasa nunca de dientes adentro. Véase sino las diabluras que han ensayado para borrar esta pintura, y se comprenderá una parte, aunque pequeña, de la aversion que la tienen; sirviendo esto al propio tiempo para dar á conocer lo costosa que es la profesion en el celibato seglar. Porque no vayan VV. á creer que el grado de solteron se adquiere á dos por tres, y que los que le llevan han tenido que hacer unas pruebas terribles. Todo lo fácil y económico que es el título, no el ejercicio del casado, como ha podido ver el lector en los cuadros del *museo matrimonial*, tiene de difícil y de costoso el diploma de solteron. Dice el autor de este cuadro, y cuando él lo dice estudiado lo tiene, que el celibato permanente no está al alcance de todas las fortunas, y aun afirma, con sobrada razon por cierto, que semejante oficio solo pueden ejercerle los hombres muy ricos. Téngase sabida esta circunstancia para que no asuste á los profanos el lujo del retrato; pero que no sirva de cebo á las doncellas, porque el original de este cuadro ha sido declarado por un consejo de madres de familia, célibe impenitente y soltero contumaz y condenado en última instancia á pasar el resto de sus dias en el hospital de solteros incurables, vulgo solterones. Ultimamente, y ahora si que va de veras, álcese la cortina y examínele cada cual como mejor le acomode; teniendo en cuenta que ese exámen no puede hacerse de prisa, porque seria trabajo perdido.

A primera vista parece un jóven que apenas está libre de entrar en el sorteo de la quinta, y sin embargo, cuando se alistó en la Milicia Urbana (Q. E. P. D.) habló á sus compañeros del continente marcial de las tropas de Angulema, y se felicitaba de haber escapado con vida en la jornada del Trocadero. De la guerra de la Independencia no hace memoria, porque Murat fué compasivo con los niños de las escuelas, y solo sabe que su padre no ponia muy buena cara á dos huéspedes franceses que le recomendó el alcalde de barrio. Damos estas ligeras noticias para que los polvos negros no sorprendan la buena fé de nadie, haciendo que el cabello se avergüence de estar matizado de blanco. En el mismo caso se halla la barba, aunque esta solo le debe al tinte dos medias patillas, porque el resto lo pasa á cuchillo diariamente la navaja de afeitar. El lector no recordará haber visto, ni es posible que vea nunca un solteron, que desayune el estómago sin haberlo hecho primero con la cara, limpiándola de los puntos grises que tienen la imprudencia de brotar en la barba. Es tambien de rigor que no usen bigote, ni menos perilla, y si alguno se permite semejante licencia, nosotros podemos asegurar que nuestro retrato no gasta ninguno de ambos adornos.

Media modesta y angosta patilla, perfectamente atusada sobre el colorado y lustroso carrillo, ajusta perfectamente en su parte inferior con el cuello del camisolin, que siempre es blanco y rara vez sufre otro corbatin que no sea del mismo color. El cabello, partido en tres grupos ni mas ni menos que las tres potencias que clavan los escultores en la frente del niño de Dios, es el peinado que conservó desde el año del cólera, y en el cual se permite alguna licencia menos la supresion del *tupé*, que no parece sino que es el símbolo de su honestidad segun se afana por conservarlo.

Respecto al traje, no es tanta su consecuencia, y á escepcion de las travillas en el pantalon y del zapato escarpin de oreja para verano, cosas ambas de que nadie le ha hecho prescindir, se ajusta en las demás prendas al gusto del dia, y nada le dice al sastre porque le siga vistiendo de pollo, siempre que la moda no invente algo que descomponga su cabeza. Como por ejemplo: el corbatin bajo y el sombrero de ala muy ancha. En este último punto se inclina mas bien á los de punta de sorbete que á los de campana y á los bajos. Pero no es su manera de vestir ni su facha despues de vestido lo que se ve en esta pintura; lo que ha llamado la atencion de los inteligentes, es la historia del boceto, no el desempeño del cuadro.

Figúrense VV., para que tengan una idea del trabajo que le habrá costado al pintor salvar su modelo de la *almadraba* de las suegras, que ahora tiene cincuenta y cinco inviernos cumplidos, y el primer anzuelo se le echaron antes de cumplir las quince primaveras. Era una red traidora, porque se puso dentro de la familia, y aunque la prima en cuestion estaba ya doblemente en sus trece, y no necesitaba tutores para hacer el amor al niño, terció en la dificultad una tia, que ¡bendito sea Dios que la crió! no habia en aquel entonces mejor almadraba de buche en toda la tierra de los casamenteros. Púsoselas al mucha-

cho de *paso* y de *retorno*, al *derecho* y al *revés*, pero fuese por inclinacion propia ó por consejo de algun atun corrido y esperimentado en materia de almadrabas, el mozo obtuvo de su padre la licencia para viajar por el estranjero, y á su vuelta traia cinco años mas de edad y con ellos y la esperiencia de los viajes, una resolucion heróica de conservarse en el estado honesto sin recurrir al claustro.

Semejante reto, y una gran herencia que acababa de recibir, escitó la codicia de los suegros, y sin que él llamase á concurso, acudieron mas de cien doncellas á optar á su mano, seguras todas de rendir muy pronto la fortaleza, y entrar á saco en aquel corazon de piedra berroqueña. Pero ninguno de los diferentes métodos de pesca que cada una puso en planta, produjo otro resultado que el obtenido por la almadraba de la tia, y fuéron necesarios veinte años mas para que se convenciesen las opositoras de que aquel pez no cabia en ninguna de las redes que le habian echado.

Duro de pelar era ya el soltero de cuarenta marzos, y abandonado por las inespertas doncellas, pasó á poder de las viudas jamonas, que no fuéron mas afortunadas que sus antecesoras, á pesar de haber hecho mayores esfuerzos por conseguirlo.

El autor de este cuadro afirma que á ser posible enumerar todos los recursos de que se valieron para redimir aquella alma del cautiverio en que la tenia la soledad, no habria lector que compadecido y prendado de la tenacidad de las viudas no las ofreciese al punto su blanca mano. Y tanto le preocupó esta idea, que al respaldo de la tabla escribió los nombres de las que mas se habian distinguido en la conquista, con una nota en la que rogaba á los solteros, que por caridad dejasen de serlo, casándose con alguna de aquellas señoras.

Si se establecia por su cuenta con criados de su confianza, ganaban al ama de llaves (proeza increible) para que le predicase á menudo sobre la necesidad que tenia de buscar una muger que cuidase de su persona y de sus intereses. Si se acomodaba de huesped, le armaban mil historias con la comida, y seducian á la planchadora para que le tostase las camisas, y al criado para que no le oyese llamar cuando volvia de la tertulia, y le hacian otras tantas diabluras por el estilo. En suma, todos los años salia á veranear, y ni aun entonces se veia libre de los atentados contra su libertad. Hubo muger, y esto es histórico, que escribió á sus *corresponsalas* para que se le prepararan mientras estuviese por allá.

Desgraciadamente, y con dolor lo decimos, nada consiguieron, y le deshauciaron despues de cumplidos los cincuenta años. Desde entonces ninguna muger le combate de frente, y sin que renuncien del todo á su conquista, le flanquean alguna vez por el ridículo, tratando de escitar su vanidad con la mitológica suposicion de que no ha encontrado ninguna muger que le corresponda. Nuestro solteron no se rinde mejor á esas insinuaciones que á los anteriores bloqueos, y tal cual le han visto VV. en el cuadro, ha empeñado su palabra de acabar la vida.

Pero guay con creer que es todo oro lo que reluce y que el solteron no tiene otras penas que las de teñirse el pelo y escuchar las chanzas de sus amigas. ¡ No vayan VV. á creer por lo que da de si la pintura que tenemos á la vista, que sus males son el no tener quien por amor le recosa la ropa, ni quien cuide de que el criado no se duerma y le haga sufrir en la calle media hora de nieve! Esas faltas y otras muchas las remedia el dinero, y ya hemos dicho que generalmente le sobra al que por capricho se conserva soltero toda la vida. Para las penas de que hablamos no tiene bálsamos el Perú ni las Californias, y su único remedio está en el corazon de la muger que amamos, ó mejor dicho de la que nos ama; y no es lo mismo que á serlo estaba completamente asegurada la dicha de la humanidad. Diferencia importantisima cuya dificil resolucion engendra generalmente el tipo de que nos ocupamos. Que sea franco con nosotros el solteron que tenemos á la vista, y nos diga si no es cierto el temor de una eleccion equivocada lo que le hace llevar su honestidad al sepulcro. Que nos diga si cansado de los placeres de la mesa, de los viajes y de cuantas diversiones ofrece la sociedad, no daria todas sus riquezas por alcanzar para el resto de sus dias el modesto goce que da al artesano honrado la ternura de su propia familia. ¿De qué le sirven los criados que le alquilan una ternura glacial é interesada, en los momentos en que su alma, enferma por una afeccion cualquiera, necesita desangrar su dolor en el pecho de una esposa querida, ó refrescar su frente con las lágrimas inocentes del fruto de su amor? ¿Para qué le aprovecha el oro que codician sus herederos, si á la cabecera del lecho mortuorio no tiene una alma que quiera recoger el último aliento de la suya? La familia es el único bálsamo que puede endulzar los últimos terribles momentos de la vida, y la familia no se vende.

Todo el oro del mundo no alcanza á improvisar una madre, una esposa ó un hijo. Esas prendas no se compran, se cambian.

Pero nada de eso quiere confesar el soltero que pasa de los cincuenta, y semejante contumacia le ha valido el nombre de solteron. Cada dia que pasa desde que ha creido imposible que ninguna muger le quiera, por otro fin que por el de heredarle, siente con mas fuerza la necesidad de la familia, y distrae su pena satirizando á los que se casan con los manoseados refranes de que «con la muger y el fuego, ni burla ni juego», y el otro que sirve de mote á este cuadro.

Es lo cierto sin embargo que se aburre de tener por único semejante al hongo, y que hastiado de todo huye de su generacion, y la naciente le mira con lástima, dándole desde lejos el ¿quién vive? cuando adobado y teñido intenta ocultar entre la juventud arrogante su anciana decrepitud.

Así acaba su vida, sin que nadie sepa su muerte, hasta que los herederos le han regateado una modesta sepultura, que nadie visita, y sobre la que no se vierte jamás una lágrima.

. . . .

El desastroso fin del cuadro que acabamos de esponer al público haria que las gentes se retirasen compungidas, sino se hallase al lado (¡contrastes de la vida!) el famoso lienzo de LAS MIL Y QUINIENTAS SOLTERONAS, que aunque perteneciente á la sala reservada del museo, presentaremos á continuacion.

ANTONIO FLORES.

LA HIJA DE LOS BOSQUES.

CUENTO POR LA NEREIDA.

(Conclusion.)

La piedra donde la muger de la barca habia dejado la espada, era el lugar del mallo ó consejo, y pronto los galos se formaron al rededor de ella en una especie de procesion, que presidian los bardos cantando alabanzas sagradas acompañadas del laud; seguian los senanis ó filósofos, doce embagos con puñales en la mano, y cuatro guerreros que llevaban un enorme escudo donde reposaba el cadáver de la sacerdotisa.

Púsose detrás la muger que los llamaba, á quien seguian guerreros jóvenes, ancianos, mugeres y niños. Depositaron el cadáver en la gran piedra; estendió la nueva sacerdotisa un paño de lienzo donde estaba el muérdago sagrado, repartióle á la asamblea, y subiendo en un trípode, giró la vista en torno suyo, y con voz agitada esclamó:

—¿Qué es esto, guerreros? Busco en mi rededor las vírgenes de la isla y me hallo sola entre vosotros: una débil muger resta de la estirpe de aquellos venerados druidas, cuyos consejos buscaban nuestros mismos enemigos. ¿Os acordais del brillo de nuestras ceremonias? Oh! no puede borrarse este recuerdo, porque está unido á la memoria de la libertad. La tempestad acompañó á vuestros padres hasta el pié de los grandes palacios, y el capitolio se tendió en el suelo para que pasaran vuestros caballos. Pero la debilidad entumeció vuestros corazones, y Teutates permitió que las águilas romanas anidasen en vuestros bosques. ¡Ay de los vencidos!... Las cadenas sujetaron vuestros piés... Abandonásteis las natales selvas, y buscásteis nueva patria en la patria de las tempestades... ¿Y qué, será preciso que abandoneis tambien las islas? Llorad por los que mueren... Pero Teutates no llora; ella quiere sacrificios: llorad y la tempestad os ahogará; cuando llenos de gozo vayais á levantar el escudo que nada sobre las aguas para abrazar á vuestro hijo, el rayo os herirá... ¿Por qué acogisteis sin consultar al cielo al falaz estranjero que vino á turbar la paz de nuestro destierro?... Horrible falta! sacrilegio impio que exije venganza!... Hé ahi mi hermana; su sangre pide sangre!...

Un ahullido horrible lanzado por los guerreros, repitió las últimas palabras de la sacerdotisa: agitaron en el aire sus lanzas; chocaron unos contra otros los escudos, y todos los ecos del bosque repitieron: «Sangre, sangre!»

—Oid, continuó la sacerdotisa; el dios habló, está irritado, pide una víctima.

Entonces se adelantó de entre los guerreros un hermoso jóven, deja en el suelo su escudo y su lanza, y dirigiéndose hácia lacerdotisa dijo:

—Intérprete de los dioses, he aqui la víctima. Entre todos los guerreros que viven, mi padre fué el primero que respiró el aura de los bosques: su fortuna es grande, debia morir en el primer sacrificio; pero es una misma la sangre de su hijo, y Teutates sonreirá al verla correr en sus aras.

A una señal de la sacerdotisa se adelantan los embagos, inclinan la víctima sobre la piedra sagrada, desnudan su cuello; y ya aquella muger terrible levanta el puñal para sepultarle en la garganta del desgraciado, cuando un anciano atraviesa por entre la multitud, separa al jóven, y poniéndose en su lugar esclama:

—Descarga el golpe. Pesan mucho mis años para venir temprano; pero mi hijo es grande, él no consentiria que otro ocupase mi lugar. Descarga el golpe!...

Pero entonces á su vez sale de entre los árboles un estranjero, salta sobre el Dolmin y cogiendo el brazo de la sacerdotisa:

—Detente, dice; yo soy el culpable; llenad vuestras copas de oro en mi sangre, pero perdonad á mis inocentes y desgraciados compatriotas.

Era Lisandro...

No es posible pintar el efecto que produjo en los bárbaros aquel noble mancebo, vestido á la griega, flotando al aire sus cabellos de ébano y con un continente que hermoseaba el dolor. Cruzó por los ojos de la sacerdotisa una ráfaga de ternura: era muger y las bárbaras supersticiones son impotentes contra la naturaleza.

—Guerreros, dijo volviéndose á sus fanáticos compañeros; mengua seria que la sangre de un estranjero indigno manchase las aras de nuestro dios. El está satisfecho de vosotros y perdona á la víctima; pero yo vengaré la muerte de mi hermana. Llevadla á la isla de los sepulcros; acostadla en el lecho del eterno sueño, y que los primeros rayos del sol saluden todos los dias su tumba. La cólera del dios será satisfecha: negros tormentos asaltarán el sueño del vil romano, y cuando la noche haya envuelto tres veces las montañas acabará en las olas del abismo.

Ejecutaron todos sin replicar las órdenes de la druidesa; colocaron el cadáver en una balsa, y todos los guerreros la siguieron en otra, dando gritos de dolor hasta que llegaron á una isla inmediata. Volviéndose la sacerdotisa á Cirilo, que habia acompañado á su amigo.

—Marcha, le dijo; vuelve á tus compañeros y diles que este romano queda en mi poder.

Iba á replicar Cirilo, pero conociéndolo ella, mandó á dos embagos que le llevasen hasta la estremidad de los bosques, ordenándoles que la dejaran sola hasta que su venganza estuviera satisfecha y aplacada la sombra de su amiga.

V.

Cuando quedó sola Dolmira, que así se llamaba la druidesa, condujo á Lisandro al hueco de una roca, habitacion de las sacerdotisas, cuya entrada estaba prohibida á todos los galos.

Habia pasado la tempestad: el viento barria las nubes, y en medio de la azulada bóveda pendia el astro de la noche, cuyos rayos de plata penetraban oblicuamente en la gruta de Dolmira. El griego, considerando el grande infortunio que pesaba sobre él y sobre sus compañeros, era estraño á cuanto pasaba en rededor suyo, y recostado sobre el lecho de la virgen, formado de blandas pieles, parecia que el dolor abatia su vigor y su energía. Dolmira, de pié, delante de él, admiraba aquel hermoso rostro que el pesar hacia mas interesante, y se hubiera creido que luchaba entre el deseo de hablar y el temor de decir. Por último, despues de una larga incertidumbre, rompió la sacerdotisa el silencio diciendo:



(Escena en los bancos del Prado.)

—Guerrero, ¿por qué guardas tus ojos de mis ojos? Yo soy dueña del corazon de los galos, mi morada es sagrada para ellos, y á mi lado nada tienes que temer. Es un gran delito engañar su confianza; pero ¡ay de mí! la terrible druidesa se ha convertido en una muger vulgar.

—Qué es lo que dices? contestó Lisandro. ¿Has suspendido mi muerte para gozar en mi agonía?

—Te engañas, continuó ella; esta misma esterioridad feroz te ha salvado. Ay! cuando prometí vengar una sombra querida con tu muerte, á poco me hace traicion mi corazon: tú mataste á mi hermana, y yo hubiera sido sacrificada por causa tuya...

—Oh! quién puede creer que se albergue un sentimiento generoso en un pecho que pide sangre! Tu mano, muger, está acostumbrada á hundir el puñal en el cuello de las víctimas, y tus mejillas se han salpicado con sangre...

—Insensato!... El corazon de la sacerdotisa debe estar cerrado á todo sentimiento débil; pero el mio se ha conmovido al verte... y sin embargo, latió pausadamente, siempre que sentada sobre la mas alta roca, y en medio de la noche, conjuraba á las tempestades que abrian las montañas en torno mio, y desgajaban sobre mí cabeza una lluvia de fuego... Habla, qué deseas? pronuncia una palabra y serás obedecido. Yo te presentaré como el amado de Teutates, y el galo humillará su altiva frente ante ti. ¿Quieres acaudillarlos y vengarte con ellos de los ultrajes de tus enemigos?

—¿Por qué hablas así, hija de los bosques? ¿Quieres burlarte de mí porque estoy en tu poder?

—Oye, continuó ella; tus dias me pertenecen, pero la sacerdotisa de los galos quiere tambien tu corazon.

—Te has enganado; tus encantos no harán latir mi corazon.

—Pobre hermana mia! esclamó entonces Dolmira con amargura; él traspasó tu pecho porque le amabas, él traspasará tambien el de tu desgraciada amiga.

—Ella me amaba!...

—Sí, contestó la druidesa; y acercándose á Lisandro, y tomando con violencia su brazo, añadió: sí, te amaba desde el funesto dia de vuestra llegada, en que á persuasiones suyas os dieron hospitalidad nuestros guerreros. Tú eras su única ilusion, y en medio de los bosques sagrados preguntaba á todos los seres nuevas de su amante. Nadie era confidente de sus penas mas que yo; reprendíala tamaña debilidad, pero la infeliz contestaba: El cielo me castiga, no hay duda, pero ¿por qué formó tan hermoso mortal? ¿por qué permitió que mis ojos le vieran?... Mira, Dolmira, me decia, es su cuerpo tan esbelto como el cedro de la Armórica, sus ojos son como el rayo de las tempestades, y el sonido de su voz es semejante al céfiro que acaricia á las flores en las deliciosas mañanas del estío. Ah! desdichada amiga, tanto amor precipitó tu lozanía en la tumba!...

—Calla por Dios, dijo el griego, no me recuerdes una culpa que cometí inocente.

—Escucha, añadió la sacerdotisa: mi hermana sabia que amabas á otra... ay! yo tambien lo sé!... Sabia tambien que una ceremonia estraña te iba á unir para siempre á tu amante: ella estaba celosa... Oh! ¿sabes tú, añadió Dolmira con vehemencia, sabes tú lo que son los celos en el corazon de una hija de los druidas? Mira, griego, quisiera que toda la lava del gran cráter cayera gota á gota sobre mi corazon, para estarle abrasando años enteros, antes que verte tributar caricias á otra muger. Porque mi hermana tenia razon: tus ojos son como el rayo que mata, y tu voz es como el aura de las montañas. ¡Ay de aquella á quien amaras amándote yo!...

—Dios mio! esclamó Lisandro aterrado ante la siniestra espresion de la sacerdotisa.

—Escucha, volvió á decir Dolmira despues de un momento de pausa: mi amiga te vió salir de tus tiendas la tarde funesta; ella te seguia por entre los bosques, y ella te mandaba tiernísimos suspiros entre los ecos de las montañas. La infeliz lloraba, porque te amaba mucho y no queria privarte de que amases á otra. No era ya la sacerdotisa de los galos, era una débil niña que vivia por un resto de ilusion... ¡Ay de mí! mañana seré yo tal vez una pálida flor sin frescura ni lozanía!... Volvias de la caza, y acertaste á pasar por un dolmin: ella te observaba escondida, y mil veces estendia los brazos hácia ti, demandándote la muerte ó la vida... De pronto la becerra sagrada salta por entre vosotros, para avisar á los galos que un estranjero hollaba con su planta el recinto de Teutates: tú disparaste contra el pobre animal, y la flecha fué silbando á atravesar el corazon de mi hermana, en el momento que abria los brazos pidiéndote la vida ó la muerte...

—Oh! basta, basta, dijo Lisandro; destrozas mi corazon!...

—Ella murió... ay! ¿por qué no atraviesas mi pecho con tu espada? ¡Qué dulce debe ser morir por el que se ama!... Yo envidio á mi amiga!... Lisandro, ámame ó mátame á tus piés... Y Dolmira cayó llorando á los piés del griego.

Dolmira!... Oh! Dios mio! dame valor para resistir tanta seduccion; y el guerrero escondió su frente entre sus manos.

—Qué! añadió la sacerdotisa, ¿las hijas de los bosques son menos hermosas que vuestras griegas y romanas porque desconocen el precio de sus encantos? Ah! tú has amado: pero la muger que amaste, ¿era mas esbelta que yo? ¿sus cabellos bajaban como los mios hasta el borde de su velo? ¿sus brazos y su cuello eran mejor contorneados? ¿sus ojos espresaban mas amor que los mios?... Amala si es mas bella que yo; pero sino dame tu corazon...

Sollozaba el griego y temblaba por sí mismo en medio del arrebato de la jóven.

—Dame la muerte, hermosa hija del desierto, esclamó Lisandro, dame la muerte porque no puedo ser sensible á tus hechizos. Diótima, cara Diótima, Cirilo, venid á mi socorro; pude resistir á los ejércitos, pero tiemblo ante una muger tan estraordinaria.

Entonces se alzó con orgullo Dolmira, volvió la espalda al guerrero, y huyó de la gruta, dejando á Lisandro entregado á los mas tristes presentimientos.

VI.

Pasaba Lisandro el dia en la soledad, y solamente por la noche se presentaba Dolmira, que sin desplegar sus labios dejaba leche, pan y algunas frutas sobre el suelo de la gruta, desapareciendo al momento para no volver hasta la noche siguiente. En tanto la triste druidesa erraba por los bosques, llamaba sobre sí los rayos del cielo, é invocaba los manes de su amiga abrazando el montecillo que guardaba sus cenizas. A la manera que una cierva traspasada por el agudo dardo, lucha y forcejea por desprenderle, hundiendo cada vez mas en su cuerpo el hierro fajal; así la sacerdotisa se esforzaba por arrancar de su alma la idea que la ocupaba, sin conseguir mas que agravar su dolor, y ver cada vez mas bella y mas risueña aquella imágen que estaba grabada en su pensamiento. En vano buscaba las risueñas perspectivas que la naturaleza la ofreció en otros tiempos y ocupaban su alma elevándola hasta los cielos; en vano pedia fuerzas al huracan, y en vano procuraba embriagarse en aquellas sangrientas ideas de sacrificios que despertara en ella la tempestad; en vano, porque la naturaleza le presentaba á su amado como el ser mas bello é ideal, el huracan traia á sus oidos palabras de amor apenas articuladas, y entre las montañas de nubes que acumulaba la tempestad, veia cabalgar con audaz soberbia á la sombra del querido de su corazon. Ay! cuando la pasion ocupa nuestro pecho, el pensamiento no es mas que el espejo de nuestro corazon.

Pasaron muchos dias. Una mañana la sacerdotisa estaba sentada sobre la tumba de su amiga; el crepúsculo matutino se enlazaba con el crepúsculo de la tarde anterior, formando uno de esos dias sin fin de las regiones del Norte; multitud de nubecillas se alzaban en el Oriente formando un grande arco de plata, y una débil neblina se estendia sobre los campos como si fuera una gasa de luz blanquecina.

Una bandada de cuervos cruzó rápidamente sobre la cabeza de la druidesa lanzando graznidos lúgubres y siniestros. A su vista Dolmira se estremeció.

—Me anunciais la muerte, aves funestas, dijo con desaliento. La vírgen de los bosques ha faltado á sus deberes; los guerreros repartirán su sangre con la copa de los sacrificios. Teutates lo ha dicho. Ese hermoso cerco de nubes, es el ceñidor que el Dios envia para arrastrar mi vida por la inmensidad: ella vagará errante hasta su espiacion. Adios, amiga mia, hermana mia; apenas reverdece la flor que planté en tu tumba, y ya llego tambien á la noche de la existencia. Adios, hermana mia; mis cenizas serán dispersadas por los vientos: ¿quién plantará una flor sobre mi tumba?... Debo una víctima á Teutates: la sangre del estranjero aplacaria su sed, y los guerreros me levantarian sobre su escudo... Pero una gota de su sangre ahogaria tambien mi corazon... Adios, amiga mia, tu sombra será vengada.

Besó Dolmira las flores que hermoseaban aquel sitio, y desapareció ligeramente por entre las rocas. Algunos minutos despues saltaba en una barquilla, y en breve llegó á su gruta. Entonces llamó á un embago y le dijo:

—Llégate al campo estranjero, pregunta por Cirilo, y dile que él y Diótima, á quienes los embagos han alejado de los bosques, vengan contigo para bien de Lisandro. Di tambien á nuestros guerreros, que á la noche cuando la luna salte de su lecho y al pié de la grande encina, tengo que hablarlos. Mis embagos levantarán en aquel mismo sitio una hoguera que haya de devorar la víctima.

Cuando el mensajero se hubo alejado, penetró Dolmira en la gruta donde descansaba el griego: incorporose este al ver á la sacerdotisa, que no acostumbraba á visitarle durante el dia. Dolmira se detuvo á la entrada como si temiese alejar el sueño del estranjero: de pié, inmóbil y á la escasa y blanda luz de la mañana que penetraba por entre los agujeros de las rocas, parecia la druidesa una vision aérea que viniese á acariciar los sueños deliciosos del hijo del Pireo. No era ya Dolmira aquella feroz sacerdotisa, cuyo vigor varonil era el orgullo de los galos: el fuego habia desaparecido de sus ojos, y sus mejillas habian palidecido; parecia una linda flor que aun exhalaba fragancia, pero que el huracan habia tronchado del tallo que la daba vida.

Despues de algunos minutos de muda contemplacion, se acercó á Lisandro, y le dijo:

—Oye, griego; voy á hablarte por última vez: no puedes amar mas que á Diótima, á quien invocas hasta en tus sueños: pues bien; yo tampoco puedo vivir sin ti. Escucha: siempre han sido los griegos funestos á las hijas de los galos; pagaron los beneficios con la ingratitud, y el amor con la muerte. Sea así; cúmplase nuestro destino. Verás esta noche á tu amante y á tu amigo, y en tu presencia mi hermana será vengada por mí misma. Teutates necesita una víctima; la sombra de mi hermano quiere descansar.

—Gran Dios! interrumpió el griego: ¿acaso es Diótima la ofrenda destinada á tan impio sacrificio? Antes te compadecia, muger siniestra; pero ahora tendré que aborrecerte.

Dolmira se sonrió tristemente al oir las palabras del griego, y salió de la gruta.

Era ya muy entrada la noche: la luna empezaba á alzarse muellemente en el espacio, blanca y pura como el primer ensueño de la niñez; las cavidades de la gruta repetian en tristísimo eco los cánticos sagrados de los galos, y el ave agorera daba lastimeros quejidos sobre la grande encina. Entonces se inundó la gruta de luz. Presentose la sacerdotisa adornada con sus mejores galas: una túnica blanca ajustada con un cinturon de oro, la envolvia completamente; sus brazos, desnudos, estaban ceñidos por brazaletes del mismo metal; de su cabeza rodeada de verbena caian flotando al aire sus rubios cabellos, que jugaban sobre sus espaldas; llevaba en su derecha el álamo sagrado, y su izquierda sostenia una antorcha que iluminaba la gruta.

—Entrad, dijo la sacerdotisa volviéndose hácia los que la seguian: allí está.

Levantose Lisandro creyendo que llegaban los embagos para conducirle al sacrificio; pero retrocedió dando un grito de dolor que reso-

nó por toda la gruta, en el momento que Diótima se arrojó en sus brazos.

—Infeliz, ¿adónde te conduce tu arrojo? dijo Lisandro estrechándola contra su pecho.

—A morir contigo, contestó ella llorando de felicidad.

—Seguidme... dijo Dolmira con una voz alterada: y saliendo de la gruta señaló con su mano el sitio donde estaban reunidos los galos, diciendo: hé allí la hoguera!...

Llegaron al lugar del sacrificio, pusiéronse en pié los guerreros, y sus ojos radiantes de furor brillaban de un modo espantoso al fatídico resplandor de la llama siniestra. Cantaban agitando sus escudos:

«Mañana el bosque vestirá de gala:
¿por qué la flor con sangre reverdece?
hijas las flores son del dios que amamos,
y el dios pide la sangre de los seres.
Ellos vienen allí: son tres ofrendas:
con su sangre á Teutates aplaquemos...»

Ardia la hoguera al pié de la sagrada encina; el aire elevaba la llama, y el humo se esparcia oscureciendo los aires.

—Valientes galos, dijo Dolmira cuando llegó al dolmin; oid la voz de dios; él habla por mi boca. Teutates se va de aqui... hace treinta noches que los ecos de las montañas me traen tan fatal nueva. Teutates os abandona; ¿pero no os dejará algun ser digno de labrar vuestra ventura? Si: Teutates se va de aquí; pero os adopta el dios del estranjero que abordó á vuestro asilo para haceros dichosos. Los dioses le protegen; su garganta ha sido invulnerable á los golpes del puñal galo que dirigia mi mano con furor. Al querer vengar á mi amiga sobre su tumba, vi al dios que con rostro severo me decia: Detente, es el mortal que guardo para hacer la dicha de los desgraciados: anúnciaselo en mi nombre, y la encina sagrada caerá en el instante humillada á sus piés: se cumplirá la antigua tradicion de que la última sacerdotisa ascenderá de entre las llamas, para llevar á dios la ofrenda de su pueblo.

Aun resonaban sus palabras en los oidos de los aterrados galos, y la druidesa habia desaparecido. Oscilaron las llamas de la hoguera, y por entre su flotante pabellon se divisó el rostro de la bella Dolmira. Fué un instante nada mas: el voraz elemento devoró en seguida tanta hermosura y tanto valor. Cayó con horrísono estruendo la caduca encina, objeto de la pública veneracion, repitiendo los escudos que pendian de sus ramas y que se chocaron al caer, las últimas palabras de la druidesa: «Teutates se va de aqui!»

Al mismo tiempo una paloma blanca como las crestas de la montaña, salió de entre las columnas de humo que se alzaban de la hoguera, y despues de posarse un momento sobre la cabeza de Lisandro, desapareció rápidamente en los aires.

Tantos prodigios reunidos subyugaron la imaginacion ardiente de los galos; acercáronse los jóvenes y guerreros al griego y le dijeron:

—El cielo está de tu parte: consentimos en verte nuestro jefe: seremos tus compañeros, pero jamás tus esclavos; pues aunque todo nos faltase, aun tenemos vigor en nuestros brazos, y el galo nunca se rinde.

Lisandro, conmovido por el horrendo sacrificio de Dolmira, aceptó el puesto que le ofrecian los bárbaros. Abatieron estos los escudos en señal de fidelidad; abrazó el griego á los jóvenes mas distinguidos por su esfuerzo, y desde entonces griegos y galos formaron un solo pueblo, que llegó á ser poderoso en estos mares.

Cirilo consagró esta gruta á la Virgen de los Mares, y en ella recibieron Lisandro y Diótima la bendicion del sacerdote, y á ella acudieron en breve todos los galos á gozar de los benéficos consuelos de una religion tan distinta de la suya.

Aquí acabó el anciano su relacion, que os trasmito, amigo mio, para que no quede sepultada entre los helados desiertos de la isla.

LA NEREIDA.

LA ALAMEDA DEL PEREJIL,

NOVELA GADITANA.

(Conclusion.)

Turbose no poco la exaltada Rosita al escuchar aquellas vulgares razones, y mas aun el tono de necia imperturbabilidad con que habian sido pronunciadas: contempló un rato con asombrados ojos á su interlocutor, y haciendo despues un esfuerzo sobre sí misma, le dijo con grave sequedad:

—Confieso que me ha sorprendido su respuesta de V. mucho mas de lo que es capaz de imaginar; pero mi posicion en este crítico instante me impone el sagrado deber de manifestarle las razones de mi conducta, pues ya no me es posible dudar de que he sido víctima de un engaño infame: óigame V. pues atentamente. Pocos dias habian pasado despues de su prision, cuando al volver de misa con mi madre una mañana muy temprano, y como yo me adelantase á llamar en casa, noté al alzar el aldabon de la puerta que habia oculto debajo de él, y cuidadosamente pegado con una oblea, un papel muy pequeño y doblado, que arranqué y procuré ocultar, por aquel presentimiento que nunca engaña á las mugeres cuando las rodean circunstancias espinosas: este billete decia así:

«Si quiere V. saber de la persona por quien se interesa, vaya á la Alameda esta tarde: allí recibirá una carta suya por medio de un amigo de confianza: servirá de prueba y de señal el pañuelo blanco que V. sabe se halla en poder del desgraciado preso.»

—Fácilmente obtuve de mi madre el que me condujese al paseo, y en él me entregó ese jóven que me acompaña, y mediante la convenida seña, una carta que creí de V., puesto que no conocia su letra: así continuó por algun tiempo esta inesplicable correspondencia, hasta que al cabo, exasperada por los malos tratamientos que sufria, y obligada además por las perentorias circunstancias que me revelaba el último billete, olvidé mi deber, y creyendo seguir á V. puse en práctica la temeraria resolucion de que acaba de ser testigo. V. puede imaginar cuál habrá sido mi sorpresa al conocer mi engaño, este engaño que no comprendo aun: así que necesito me esplique á su vez cómo aquel malaventurado pañuelo ha podido ser el móvil de esta infernal intriga, y cómo en fin encuentro á V. aquí en ese traje, con que sin duda se ha disfrazado.

—Disfrazado! replicó malignamente Currito, quizá sea esta la primera vez que me ha visto V. como soy. Pero como esto pica en historia, yo le contaré á V. la mia, pues nunca ha sido mi fuerte el secreto. Ha de saber V. pues, señora, que yo soy hijo de un honrado contrabandista de Los Barrios, el cual hizo muy buenos pesos en la sierra de Ojen. Era yo ya mozolejo, y no queriendo ser menos que su merced, hice con su hacienda lo que él hacia con la del rey. Moliome de sus resultas las costillas á puros palos, y entonces yo, huyéndome de mi casa, senté plaza de tambor de un regimiento que pasaba á América. Creci en años y en travesura; hiceme soldado, y gracias á la habilidad que Dios me ha dado con la baraja, gané sendas onzas, con las que deserté y me embarqué para España. Habia yo ya corrido toda ella, cuando el diablo me tentó á venir á Cádiz: pareciome V. prenda muy acomodada para un desertor, y yo no le parecí á V. saco de paja: llevolo á mal la vieja, y una tarde armé quimera con ese mozo, en la que tuve la desgracia de caer en manos de la guardia, la que me llevó á la cárcel. Esta fué mi perdicion; pues habiéndose removido el caldo de las requisitorias enviadas por mi regimiento, me sentenciaron á servir diez años de recargo, amen de cincuenta palos con que me deslomaron en el cuartel. Pero no me apuro por eso: los hombres como yo solamente son soldados hasta que hallan dos dedos de camino que tomar por su cuenta, y si es menester nos escapamos los dos hoy mismo, una vez que ya traia V. el ánimo hecho: correremos por el mundo un año ó dos, y luego la vuelvo á V. á dejar en casa, que yo estudié con los jesuitas, y dicen que estos vuelven á poner las cosas donde las encontraron.

Brotaban ira y vergüenza las encendidas mejillas de Rosita al escuchar las palabras de aquel hombre bajo y soez; sin embargo reprimió toda su indignacion hasta llegar á adquirir las importantes noticias que aun le faltaban, y así, dirigiéndose nuevamente á su interlocutor, le dijo con dignidad y entereza:

—Mi sexo y mi desgraciada posicion actual me autorizan á exigir que se me respete, y V. no deberia haberlo olvidado; sin embargo necesito todavia aclaraciones sobre un solo punto, al que espero me conteste de un modo terminante. ¿Por qué incomprensible acaso pasó mi pañuelo de sus manos de V. á las de ese desconocido?

—Eso es lo que yo no sé muy bien, replicó Curro algo cortado; precisamente lo llevaba conmigo cuando fui preso, y como entre buenos compañeros de suerte no debe haber secretos, conté en la cárcel mi historia, sin olvidar por supuesto el lance del balcon: al otro dia uno de los presos, hijo de tia Blasa, la gitana, me propuso un trato acerca de él: resistime un poco; pero ya habia jugado y perdido todo mi dinero y no tenia con que desquitarme: en tal apuro jugué el pañuelo á una maldita sota de oros, vino la contraria, y el pícaro gitano se lo llevó, aunque le prometí por él cuatro pesetas en cuanto me soplase la suerte.

Iba á proseguir; pero Rosita, cuya indignacion habia llegado al mas alto punto, cerró con estrépito la ventana, dejándose caer sobre la silla inundada en llanto.

—Hé aquí, se decia á sí misma, el hombre de mi amor y de mis pensamientos, aquel por quien iba á sacrificar hasta mi propia reputacion. ¡Cuanto justifican su grosera inmoralidad y bajeza las preven-

ciones de mi pobre madre, á quien he abandonado cruelmente y que en este momento quizá me llora y me maldice!... Y por otra parte, ¿quién es este desconocido á quien mi imprudencia se ha confiado? Todo me indica que es otro infame que abusando de mi insensata credulidad me ha engañado tambien para lograr perderme; pero yo no volveré al mundo con esta mancha en mi opinion. Un convento: hé aqui la perspectiva de mi suerte.

Al acabar de decir estas palabras abriose la puerta de su encierro y se presentó en él un honrado sacerdote, antiguo amigo de su familia.

—Consuélese V., Rosita, la dijo al entrar; vengo á conducirla á su casa. Su madre de V. ignora las circunstancias culpables de su fuga: le he dicho que hostigada por su proceder habia buscado un asilo en casa de cierta respetable señora á quien conoce, y por este medio he abogado por un perdon que le ha sido concedido.

—¡Cuánto se lo agradezco á V., padre mio! esclamó la jóven; pero antes de partir es forzoso que yo hable á ese hombre á quien no conozco, y que por inesplicables circunstancias se halla complicado en mi loca resolucion: nuestra primera y última entrevista debe verificarse aquí y en presencia de V.

—Es imposible, hija mia, há media hora que partió de órden superior. Su padre D. Braulio ha sido atacado esta noche de un accidente apoplético, segun era de temer, y al irlo á despertar por la mañana se le ha hallado sin esperanzas de vida; pero la muger que la acompañó á V., y que era criada suya, pretende entregarle una carta que dejó escrita al partir; yo la he mandado esperar hasta poner en su noticia estos importantes acontecimientos.

Previo el permiso de Rosita fué introducida en la habitacion la vieja Remigia, trémula aun y llorosa: una vez allí alargó el billete á la persona á quien iba dirigido; pero esta rehusó tomarlo, y dirigiéndose á la recien venida, le dijo:

—Antes de todo es menester, señora, que V. me esplique cuál ha sido el móvil de su complicidad en este escandaloso suceso, y qué motivos han obligado á su amo á hacerme víctima de un engaño vergonzoso.

—¡Qué me dice V., señorita! replicó asombrada Remigia. ¡Es posible que V. crea á mi Pepito capaz de engañar á V., cuando por su cariño ha tenido que ver á los diablos en casa de la tia Blasa!

Contó á renglon seguido cuanto sabia del enredo de la gitana, y entró detalladamente en los pormenores de la mágica escena del pañuelo, cuyas consecuencias conocen mis lectores, concluyendo con protestar nuevamente acerca de la inocencia y del amor de su señorito.

Escuchola con suma atencion nuestra bella fugitiva, sonriose en seguida como si su corazon se aliviase de un enorme peso, y tomó la carta, la cual se hallaba concebida en estos términos:

«Adorada Rosita: Un infausto acontecimiento me aleja de V. por algunas horas, y aunque él es de naturaleza suficiente á absorber mis pensamientos todos, sin embargo, la crítica posicion en que se encuentra por mi causa no me permite abandonarla en ella: dividiré pues entre V. y mi moribundo padre estos angustiosos instantes, y mis primeros pasos serán dirigidos á sacarla de un lugar tan poco conveniente á su persona, mientras obtengo la aprobacion de su señora madre para nuestro enlace. Entre tanto no dude del amor eterno que le profeso.»

Esta carta venia firmada por primera vez.

Ansiosa recorrió la jóven aquellas líneas, cuya letra conocia harto bien; volviolas á leer de nuevo, y en seguida permaneció largo rato pensativa y como entregada á una profunda meditacion. Aquel momento iba en efecto á decidir de su vida entera; pero á dicha las circunstancias estraordinarias que la habian precedido, la singular conversacion con aquel hombre despreciable y ruin, y la seguridad de que el cómplice de su fuga era como ella víctima inocente de una intriga diabólica, todas eran razones que abogaban en favor de D. Pepito. Por otra parte, sus cartas tan llenas de respetuosa pasion, el enojo de su padre, que sin titubear habia arrostrado solo por ella, la opinion en fin de la jóven, vacilante cuando menos ante la severa mordacidad pública, inclinaban la balanza en que se pesaba en aquel punto su propia suerte... Sin embargo era forzoso decidirse, y levantándose al cabo con ademan resuelto se dirigió al sacerdote diciéndole:

—Vamos: dirá V. á mi madre que su hija espera su consentimiento para ser la muger del jóven que la ha escrito esta carta.

Marcharon en efecto, y con ellos Remigia, en cuya busca se envió á un criado de su casa: D. Braulio habia dejado ya de existir.

Seis meses despues la interesante Rosita era ya la feliz esposa de nuestro mancebo. Durante este tiempo las recomendables prendas que lo adornaban, su vehemente y respetuoso cariño, y su agradable figura, habian ido granjeando el corazon de su amante, y al cumplirse el término prefijado para las bodas, Rosita estaba realmente enamorada del que iba á ser su esposo. D. Canuto, el amigo íntimo del difunto D. Braulio, fué padrino de ellos, y es fama que estuvo tentado á creer que una muger era algo mas que una factura de cacao.

Pepito supo por su amada toda la historia del encantado pañuelo: riose de su candidez, y en gracia de su ventura perdonó á la tia Blasa; pero esta habia desaparecido, renunciando voluntariamente la coroza, para la cual tenia indisputables méritos.

Segun las últimas noticias que ha adquirido el autor de esta novela, puede afirmar á sus lectores que sus dos héroes, hoy ya convertidos en un escelente par de buenos viejecitos, viven y son muy felices rodeados de sus hijos y de sus nietos, allá en un punto de las Américas, adonde los condujeron mucho tiempo há los intereses de su estenso comercio, y en donde recuerdan todavía con placer el célebre paseo, cuna de sus amores. Este, como todos saben, ha desaparecido completamente; pero aun sobrevivió muchos años á su destruccion un árbol único y solitario, que en medio de aquel campo parecia recordar á los gaditanos un suceso notable. La tradicion afirma que debajo de él recibió Rosita el primer billete, y Pepito contempló su primer sonrisa: este árbol, que la antigüedad gentílica hubiera consagrado al dios Cupido, desapareció tambien poco há; pero el acaecimiento que representaba no fué estéril para el paseo de que hacia parte, y el vulgo, que lo habia denominado *Alameda del Perejil*, le llamó en adelante *La Alameda de los Enamorados.*

Francisco FLORES ARENAS.

FIN.

BALADA.

MUCHO Y POCO.

LA GITANA.

Estudiante de mis ojos,
el que los tiene de fuego;
alarga la mano luego,
de Egipto vengo por tí.
Aunque de mis secos labios
oigas la buena-ventura,
corrí toda Estremadura,
ambas Castillas corrí.
Niña, salí de mi tierra
á buscarte.
Ya mi cabeza está blanca;
pero al fin en Salamanca
logro hallarte.

HERNAN.

La mágia para mi es
gran locura.
Solo el verte cual te ves
tu pretension asegura.
Habla pues,
pero dí la verdad pura:
no pone susto en *Cortés*
ventura ni desventura.

LA GITANA.

Qué rayita! qué rayita!
—Atravesarás los mares
con arreos militares
y con soldados en pos.
—¿Te contentas, niño loco?

HERNAN.

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES.

¡Bien por Dios!

LA GITANA.

Para mundo de tu gloria,
que no cabrá en este mundo,
otro te ofrece un profundo
marinero ginovés.
—¿Te contentas, niño loco?

HERNAN.

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES.

¿Poco es?

LA GITANA.

Allí, tierra que en horrores
de ídolos el sol vé llena,
la santa Cruz nazarena
con tu mano plantarás.
—¿Te contentas, niño loco?

HERNAN.

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES.

¿Quieres mas?

LA GITANA.

Antorcha cual tú, gigante,
incendiarás mil navios,
para que admiren tus brios
mar, tierra y cielo á la vez.
—¿Te contentas, niño loco?

HERNAN.

Eso es poco

LOS ESTUDIANTES.

¡Qué altivez!

LA GITANA.

Tus esclavos, sus monarcas;
Sus princesas, tus queridas;
y de millones de vidas
tu capricho rey será.
—¿Te contentas, niño loco?

HERNAN.

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES.

Loco está.

LA GITANA.

De riquezas y tesoros
inundarás las Castillas,
y sus hijos de rodillas
te adorarán como á Dios.
—¿Te contentas, niño loco?

HERNAN.

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES.

¡Voto á brios!

LA JITANA.

En dos mundos, que unió el lazo
de tu mandoble en la guerra,
no habrá un puñado de tierra
do espires sobre tu arnés.
—¿Te contentas, niño hidalgo?

HERNAN.

Eso es... algo.

EL ECO DE LOS SIGLOS.

¡Mucho es!!!

VICENTE BARRANTES.

SONETO.

A LOS TREINTA AÑOS.

¡Hé aquí el instante! adios! ay! os despido,
Belleza, amor, locura, poesia!
Llegó por fin el importuno dia,
Mitad de mi jornada hácia el olvido!
La juventud con su esplendente ruido
Me dió hasta aqui valor y compañia,
Solo de hoy mas, escucharé en mi via,
De la razon el áspero sonido!
¿Adónde voy? Mi corazon ya no ama!
¿Su amor dará á mi espíritu la ciencia?...
Sino ahi está el fastidio que me llama
A tejer con estúpida paciencia
Los sucios hilos de la negra trama
Que en su viudez enluta á la esperiencia!

Valencia, Julio, 1848.

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.



(Piensa en su amor.)

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.



VAUDROSQUES-DIEL-D'ENAMBUC,
fundador de las colonias francesas en las Antillas.

El hijo segundo de una casa de Normandía fué quien fundó los primeros establecimientos franceses en América. Enambuc se habia ya distinguido en la marina y obtuvo el empleo de capitan de navío: poco después armó á sus espensas un bergantin, con el cual salió á buscar fortuna. Dejó á Dieppe en 1625 esperando enriquecerse con alguna presa cogida á los españoles; pero en la isla de Caiman fué descubierto por un galeon de treinta y cinco cañones que le atacó. A pesar de la inferioridad de sus fuerzas, Enambuc se defendió bizarramente, y sus enemigos le dejaron que se alejase por honrar su valor. Su buque, sin embargo, quedó muy destrozado, y una tormenta le puso en peligro de naufragar.

Costole mucho trabajo arribar á San Cristóbal, donde algunos aventureros franceses vivian de la caza. Seducido Enambuc por la fecundidad del suelo determinó fundar en él una colonia. Algunos ingleses, que como él habian desembarcado por casualidad en otro punto, hicieron lo mismo: los dos pueblos se dividieron la isla, y rechazaron poco después al ataque de los naturales, que se habian reunido para destruirlos. Enambuc se volvió á Francia con su buque cargado de tabaco y de maderas preciosas. Presentado al cardenal de Richelieu, que conoció su mérito, obtuvo el gobierno de San Cristóbal, con Durossey, á quien se habia asociado; se formó una compañia para colonizar la isla, y los dos fundadores partieron del Havre con dos buques en que iban muchos pasajeros.

Los principios del establecimiento fuéron sumamente difíciles. Faltaban los víveres y hubo no poca mortandad entre los colonos: los ingleses, que eran mas numerosos, usurparon las tierras francesas; pero Enambuc los rechazó hasta sus posesiones, y los negocios empezaban por fin á arreglarse, cuando una escuadrilla enemiga atacó á la naciente colonia. Durossey se negó á defenderse y decidió á los colonos á que se embarcasen para pasar á la Antigua; pero no permaneció en esta isla y se dirigió furtivamente á Francia, donde el cardenal de Richelieu le hizo encerrar en la Bastilla. Enambuc inspiró su propio valor á los colonos emigrados, los atrajo á San Cristóbal y restableció la confianza perdida. Llegó á ser tal en poco tiempo la prosperidad de esta colonia, que pudo enviar destacamentos, los cuales se establecieron sucesivamente en la Guadalupe y en la Martinica. Enambuc murió en 1636 dejando las colonias que habia fundado en la mayor prosperidad. «Los habitantes, dice Dutertre, le lloraron como á un padre, y los eclesiásticos como á un protector decidido.»

D. JUAN FRANCISCO DE CASTRO.

En el reinado del magnánimo Carlos III, las ciencias y las artes alcanzaron un período de restauracion inteligente. Esta época es la precursora de las décadas contemporáneas. La propagacion de los buenos estudios habia pasado de las academias públicas á los gabinetes privados. Existia un certámen involuntario entre los hombres consagrados á las ciencias, y desde el modesto retiro ó en la academia

se generalizaban las conquistas del saber humano. No era el siglo de los poetas y pintores, era el siglo de los filósofos, de los jurisconsultos, de los políticos, de los economistas y de los moralistas. Establecia el derrotero de la actual civilizacion, formulaba el siglo árido y positivista de los intereses materiales. Entonces los hombres científicos buscaban en las *memorias ó revistas* la diseminacion popular de sus doctrinas, ó consagrados al estudio con la perseverancia de una pasion halagada y consentida, dejaban á sus herederos el codicilo de su erudicion: los manuscritos de una obra especulativa ó historia filosófica. Elevados dignatarios del estado ó humildes sacerdotes aceptaban la pluma del escritor, y para autorizar sus doctrinas por medio del ejemplo, establecian las sociedades científicas, propagaban las asociaciones industriales, dirigian las nuevas aplicaciones de la agricultura y del comercio, regularizaban los principios del derecho y de la justicia, moralizaban las clases y popularizaban los elementos constitutivos de la moderna civilizacion. Presentian el *siglo de la industria:* el siglo XIX. Distinguian la participacion de las ciencias y de las artes en el desarrollo político de los pueblos. Auguraban á la beneficencia *civil* como sucesora de la caridad *religiosa.*

Muchos de estos varones distinguidos y laboriosos escritores, permanecen en el olvido oscurecidos sus nombres entre el estruendo de las elevadas capacidades que menciona la historia, como la espresion de una época. Sus obras científicas y literarias son consultadas únicamente por los eruditos para apreciar en su verdadero valor los esfuerzos individuales de esta pléyada de pensadores. Las biografías imparciales buscan en los archivos particulares los datos pertenecientes á los varones distinguidos que no han confiado á una espansiva publicidad los tesoros de su modesto y retirado estudio. Son los hijos menores de las ciencias, á los cuales las vinculaciones de la gloria conceden una humilde jerarquía entre las generaciones venideras.

El virtuoso y erudito sacerdote español D. Juan Antonio de Castro, pertenece al número escogido de los severos y juiciosos escritores del reinado de Carlos III. Cultivó las ciencias como el mantenimiento privilegiado de la inteligencia, y ejerció la caridad como la prescricion reparadora del catolicismo. No fué erudito por ambicion y filósofo por orgullo: su estudio era una especie de fe religiosa. No buscó el cortesano afeite y el opulento cortejo: como sacerdote compartió sus tareas científicas con las prácticas pastorales; como hombre inteligente socorrió las clases menesterosas, empleando sus escasos recursos en las nuevas aplicaciones de las ciencias naturales á las artes industriales; como hombre de letras fué reflexivo é independiente, y buscó la soledad de un *curato gallego* y el reconocimiento de una humilde y morigerada localidad.

La proteccion real y la elevacion sacerdotal aumentaron su celo y robustecieron su caridad. El antiguo gabinete del filósofo solitario, y el olvidado bufete del jurisperito gratuito, se convirtieron en un taller benéfico y en una hospedería filantrópica. Nuestra pluma vacila en valuar el hombre de la ciencia ó apreciar el hombre de la caridad. Bajo la impresion de sus obras literarias y sus donativos humunitarios, se presenta como una reputacion compleja que se acerca á los altares y á las bibliotecas. Nosotros presentaremos los contornos de esta gloriosa ambigüedad.

D. Juan Antonio de Castro nació en la ciudad de Lugo, Galicia, en 1.° de marzo de 1721. Sus padres, D. Juan Antonio de Castro y Doña Catalina Fernandez Bacariza, le proporcionaron desde los primeros años de su vida una esmerada educacion en los principales establecimientos científicos y literarios de la provincia. Desde su adolescencia se dedicó con tanta asiduidad como aprovechamiento al estudio de los buenos autores, y siguió las carreras de teología y jurisprudencia civil y canónica en la universidad de Santiago, recibiendo los grados mayores de licenciado y doctor en ambas facultades en la universidad de Avila. El tribunal superior de Justicia, establecido en esta provincia desde el reinado de Doña Isabel la Católica, le confirió el honroso título de abogado de la audiencia territorial de Galicia. Entonces se refugió en el estudio como en un santuario apacible: las ciencias eran para él una especie de sacerdocio que completaba su vocacion pastoral. El alumno estudioso y el abogado reflexivo, abandona las aulas y olvida los estrados para entrar en la cátedra divina. De su retirado gabinete al presbiterio no habia mas que un paso. D. Juan Antonio de Castro recibe las órdenes mayores y dirige una de las parroquias mas apartadas y humildes de la diócesis de su patria. Durante el desempeño de su ministerio parroquial se entrega á una reposada y sobria lectura, que se disputa al sueño las horas de la noche; reanimando su espíritu, durante el dia, con la edificacion cristiana y la predicacion evangélica. Es el genio tutelar de la comarca, á cuya sombra se corrigen las costumbres y se dirimen los pleitos. Detrás del sostenedor de la paz doméstica y de la prosperidad pública se reconoce el filósofo: despues del párroco ejemplar llegará el escritor elevado.

La magnánima proteccion que el monarca español dispensaba á los literatos y artistas sorprendidos desde la corte por la mirada previsora del inmortal Carlos III, eleva á D. Juan Francisco de Castro, pasando de la morada eremítica de una parroquia rural á la tallada silla de coro de la catedral de Lugo. El *pastor de almas* es nombrado *canónigo.* Los frutos sazonados del retiro estenderán ahora sus hojas, abiertas al soplo de la augusta dádiva. Las ideas del moralista y del filósofo pasarán desilencio de la aldea á la animacion de la corte. El *párroco* se anuncia como *escritor.* No regulariza sus apuntamientos, ni llama á juicio las doctrinas adquiridas por medio de una lectura perseverante á espensas de un alarde de amor propio: procura hacer únicamente un beneficio que corresponda á sus generosas aspiraciones. Publica una obra que alcanza entre sus contemporáneos una aceptacion estraordinaria, agotándose en un período limitado su primera edicion de mas de dos mil ejemplares (1). Reconoce la necesidad de un nuevo cuerpo de derecho para la recta administracion de justicia, comprende la incertidumbre de los comentaristas, deplora los *desórdenes que causa en la república el desconcierto* del estudio y práctica de la legislacion nacional, y á pesar de que su habitual modestia merma á sus ojos las proporciones de su talento, recuerda que *el débil ladrido de un perrillo*, son sus palabras testuales, *suele despertar causando grandes efectos en la fortaleza de los dogos*, y coloca la justicia al abrigo de la calumnia como la única recompensa de un trabajo (se refiere á su obra) *dedicado al bien público á quien tengo ofrecidos todos mis votos.* He aquí el pensamiento de la obra: no es un escritor que invoca el aplauso de los eruditos y la aprobacion de los inteligentes. No establece mejoras para refrendarlas con su nombre: no presenta reformas para alcanzar sus consecuencias favorables. Es una nueva obra meritoria para su conciencia, es un nuevo servicio al bien público. Escribe por conviccion, por desinterés; escribe como ha predicado desde el púlpito, como ha alegado desde su gabinete, como ha dirigido las nuevas aplicaciones de las ciencias naturales á la agricultura. Sus *discursos críticos* no serán una *obra buena*, empero se publican como una *buena obra.*

Mucho debemos á esta generacion de varones virtuosos y desinteresados, altos dignatarios y sacerdotes ejemplares, ancianos vigorosos ó jóvenes aplicados, reputaciones sobresalientes ó capacidades retraidas, para las cuales la inteligencia era parte del corazon, repartida como una dádiva divina entre los menesterosos de inteligencia y de dinero. Entonces la investigacion científica era una especie de magisterio que imponia la mas estrecha clausura á las pasiones livianas del vulgo. El canónigo de la catedral de Santiago, Sanchez Board, alcanza carta de hidalguía para las artes mecánicas (2). Consul Jove promueve la industra floreciente de su patria (3). Cornide esclarece el remoto orígen de Galicia (4), y D. Juan Francisco de Castro se anticipa un siglo á la compilacion regularizada del código nacional.

Sus *Discursos críticos* son una compilacion de las doctrinas militantes del derecho natural y de gentes, libres y desembarazadas de la tutela de las antiguas escuelas. En las páginas de este libro se deplora la preferencia que los estudios públicos concedian al derecho romano sobre el derecho patrio, y se combate la ampulosa interpretacion de los leguleyos en menoscabo de los principios elevados de la filosofía y de las prescriciones convenientes del derecho. La obra de Castro es la precursora del estudio analítico y profundo del derecho español en las universidades, es la introduccion filosófica de la *Ilustracion del derecho español de D. Juan Sala*; como este libro de testo ha servido de sumario á la *Librería de escribanos* del gallego D. José Febrero.

Las personas iliteratas no reconocen la latitud científica de estas esploraciones didácticas, y en la opuesta orilla de un siglo que ha realizado las aplicaciones de la filosofía á la ciencia del derecho, aminoran la importancia y elevacion de los *Discursos críticos* de Castro. Es menester levantar por medio de la historia la sociedad civil del siglo XVIII, la sociedad de la amortizacion religiosa y de la vinculacion nobiliaria, de la *Instituta* y de las *Pandectas*, la sociedad que presiente la trasformacion de su vida pública con la desconfianza de resignar su valimiento en nuevas instituciones, para apreciar en su verdadero valor al modesto y erudito sacerdote que desde un pueblo de provincia combate la preponderancia del estudio romano (5), cuyo valimiento académico habia llegado desde el tabernáculo del derecho europeo—desde la univer-

(1) «Discursos críticos sobre las leyes y sus intérpretes, en que se demuestra la incertidumbre de estos y la necesidad de un nuevo y metódico cuerpo de derecho, para la recta administracion de justicia, por el doctor D. Juan Francisco de Castro, abogado de la real audiencia del reino de Galicia y vecino de la ciudad de Lugo.»—Segunda edicion ilustrada con las citas á la *Novísima Recopilacion.*—Con licencia.—Madrid, Imprenta de E. Aguado. 1829. (Dos *volúmenes en* 4.°)

(2) En su escelente «Memoria sobre el modo de fomentar entre los labradores de Galicia las fabricas de curtidos».

(3) En su «Memoria físico-económica sobre el mejoramiento de los lienzos en Galicia por todos medios conocidos».—De orden del rey.—En la imprenta de Benito Cano. Año de 1794.

(4) Entre otros importantes opúsculos de este laborioso escritor se cuentan los siguientes.—*Memorias sobre la pesca de la sardina en la costa de Galicia* (1774) —*Disertacion sobre el sitio de las antiguas islas Casiterides* (1790).—*Antiguo mapa de Galicia* (1790).—*Memoria sobre la antigüedad y origen de la torre de Hercules, sita en la ciudad de la Coruña* (1790).

(4) Lib. II. Disc. 1, segunda edicion, pag. 37.

sidad de Bolonia—consignando que *es un engaño manifiesto, aunque vulgarmente creido, que en las universidades se estudia la teoría del derecho, sino... unos principios muchas veces desmentidos en la práctica, y unas reglas á quienes la práctica deniega todo ejercicio, como leyes no recibidas, abrogadas, derogadas é inmutadas, y no pocas veces injustas* (1).

Después de esta protesta esplícita y terminante de la enseñanza académica del derecho, de la cual derivará la incertidumbre de los intérpretes, destruye los absurdos justificados por la peligrosa autoridad de la costumbre (2), presentando el derecho de luctuosa (3), abadía (4) y espolio (5) como *una de las contribuciones que concurren á hacer pobres y miserables los labradores de Galicia, no teniendo otro fundamento este derecho que en la costumbre;* recomienda á los jueces un arbitraje regulado por los principios de la verdad y justicia en las leyes tácitas (6); protesta contra la esclavitud del derecho entre los *inmensos volúmenes de los intérpretes dueños de la legislacion, poseedores de sus llaves, sin conceder á alguno entrada sino por su trabajosa lectura* (7); rechaza la profesion de abogado cuando establece *oficinas en donde se trabaja en todo género, ó lonjas en donde quien tiene dinero compra sin que se le pregunte para qué servicio,* sin haber adquirido los principios de la filosofía, de la lógica, de la metafísica, de la física, de la moral y de la historia: en una palabra, sin ser un hábil y entendido humanista (8), y deplora el desórden é incertidumbre de los contratos jurados considerados á la vez como espirituales y civiles (9). Las apreciaciones históricas del derecho romano canónico y real, prestan á los *Discursos críticos* de Castro el sabor erudito de una asidua lectura.

Un *Compendio histórico de los mayorazgos* sirve de epílogo á la empresa de Castro; mas que compendio histórico es un exámen general de las vinculaciones; una liquidacion justificada de su inconveniencia para la poblacion, aumentando los celibatos, inhabilitando las dotes para el comercio y la agricultura, paralizando la propiedad, reduciendo los cambios, corrigiendo las sucesiones, y aminorando los valores (10). Detrás de la indefinida libertad de las vinculaciones nobiliarias, que no vienen de las armas ni de las letras, ni de las ciencias, ni de las artes, ni de la agricultura, ni del comercio, reconoce los abusos del *enfiteusis* (11).

Hé aquí una somera reseña de los *Discursos críticos* de Castro. Volvamos ahora á ocuparnos del sacerdote ejemplar.

El Illmo. señor Armaña, obispo de Lugo, justo apreciador del mérito sobresaliente de Castro, le nombra su provisor, vicario general y arcediano de Dozon, cuya dignidad acepta después de vencer los escrupulosos miramientos de su delicadeza. Colocado al frente del gobierno episcopal, corrige con una mano los abusos y moraliza los pueblos, y con la otra sostiene la integridad de las regalías de la mitra en competencia con el metropolitano, por medio de elocuentes defensas estimadas por el tribunal superior de la Rota (12). En 1784 se establece la sociedad económica de Lugo, y Castro dirige sus trabajos, señalando las tareas á que deben consagrar sus esfuerzos en beneficio de las artes y de la agricultura. En esta época escribe la erudita y celebrada obra *Dios y la naturaleza*, distribuida en doce tomos, de los cuales solo vieron diez la luz pública, previa la prolija censura del supremo consejo de Castilla. Esta produccion revela el alma del cristiano y el corazon del sacerdote, que lleva sus ecos suaves y melifluos á la inteligencia del filósofo. Es la religion invocada por la meditacion y el éxtasis: es la humana debilidad murmurando un himno de admiracion delante de la naturaleza. Es una de las obras en las que el sentimiento y la reflexion estampan el ósculo de la intima correspondencia en nombre de la religion. Entre las obras inéditas sobre diversos ramos del saber humano que ha legado Castro á sus herederos, se debe contar un *Elogio del dialecto gallego*, y un *Opúsculo satírico-burlesco censurando los abusos de los leguleyos y cursales.*

D. Juan Francisco de Castro, á fuer de caritativo y limosnero, dotó algunas doncellas, sostuvo diversas escuelas, reedificó varios templos, condonó muchas deudas, regaló semillas y frutos para la horticultura, y curó los enfermos encomendados á su piedad. Segun el informe inédito que en 1841 fué dirigido por una persona tan ilustrada como imparcial al gobierno político de Lugo: «Su casa estaba convertida en un »taller en donde se construia todo el año vestido y calzado para los »pobres de ambos sexos y de todas edades, y su cocina era una perenne »despensa, siempre provista de todo lo necesario para alimentar los »enfermos indigentes. Todavía viven en este pueblo mugeres casadas »bien establecidas, con numerosa y acomodada, descendencia, que debieron su suerte á los razonables dotes que el señor Castro les dispensó; »y en la muralla que circuye esta poblacion y su catedral, existen monumentos que acreditan en qué invertia este ejemplar eclesiástico las »rentas de los beneficios que le estaban asignados. La escalera que »conduce desde el muro á la puerta falsa, y la que se dirige á la santa »iglesia catedral, enfrente al para-rayos, comprueban esta asercion.» A Castro debe la ciudad de Lugo la construccion del espacioso arco que forma la puerta llamada Falsa, en la actualidad puerta de la Coruña, antes de cuya época era una abertura rústica practicada en la pared. Asociado á su hermano el acreditado farmacéutico D. Vicente de Castro, estableció en su patria, cerca del barrio *del Pájaro*, la primera fábrica de ladrillos y tejas, dando á conocer en el país el arte de alfarería y vidriado comun, para aprovechar los criaderos de arcilla de Silvarey, cuya industria era antes desconocida en este territorio.

Las prendas morales de Castro correspondian al merecido renombre que le alcanzó la presentacion de Carlos III á la corte de Roma para la mitra exenta de Leon. Castro renunció esta dignidad como superior á sus títulos.

A las puertas del sepulcro, su mano benéfica y caritativa se abrió para el bien general, como su inteligencia se habia ejercitado para el bien público. En los postrimeros dias de su vida repartió los escasos bienes de fortuna que poseia entre el hospital civil de Lugo, sus parientes pobres y los menesterosos de su patria. D. Juan Francisco de Castro murió de una aplopegía fulminante el 24 de diciembre de 1790. Fué sepultado en la catedral de Lugo, conservándose sus cenizas debajo de las rejas que señalan el paso del coro á la capilla mayor.

El sacerdote ejemplar, el erudito distinguido y el limosnero de su pueblo, no posee un sepulcro cincelado. Su inscripcion es mas solemne y duradera: la tradicion la escribe en los corazones de las generaciones venideras por medio de la veneracion y del reconocimiento.

Santiago, 1851.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

LA ANTIGUA FORUM,

CAPITAL DE LOS CAMPOS GOTICOS (1).

ESTUDIO HISTÓRICO-MONUMENTAL.

I.

Para quien sabe leer en el album de piedra trazado sobre el mapa de los tiempos por el genio de las artes, y comprende sus sacramentales fórmulas, nada mas grato que descifrar el símbolo vedado á los profanos, y revelar el pensamiento, el carácter, la historia social y moral de otras edades. Porque si los templos, los alcázares, los monumentos de toda especie son nada mas que una decoracion, una perspectiva mas ó menos bella para el sentido físico, pero que nada dice á los espíritus superficiales; no asi para quien se ha iniciado en el estudio grave y seductor de la filosofía monumental. El anticuario y el artista que recorren las ciudades y examinan sus edificios con los ojos de la inteligencia, obtienen por resultado de sus ilustradas meditaciones, la revelacion auténtica de la mente de otros hombres y del ser de otros siglos. Y muchas veces las construcciones artísticas son los anales mas concienzudos y espresivos, la crónica eterna y sucesiva de un pais, de toda una civilizacion. Asi, lo que es inescrutable para la generalidad, viene á ser un foco de luz, de goce y de fuerza para la ciencia y la observacion. Por eso ahora, cuando el viajero solitario divaga por las prodigiosas ruinas de Palmira y de Balbek, y sentado sobre un fragmento de mármol, contempla aquel teatro de la gloria humana, adivina todavía la vida inteligente, el espíritu social de aquellas reinas del Oriente, despues que el cántico tremendo de Ecequiel, y que el viento de la desolacion rodaron sobre sus pórticos y templos y obeliscos, hundiéndoles para siempre bajo el polvo del desierto.

¿Y por qué? Porque hubo un tiempo en que el pensamiento humano, reconcentrando su espresion sintética sobre la forma arquitectónica, la hizo el emblema, la cifra de su vitalidad. La civilizacion misteriosa y esencialmente sacerdotal de la India primitiva aun se respira hoy bajo las nebulosas pagodas donde rindieran su simbólico culto los adoradores del *Coto* poético y cardinal. Y las blandas líneas, los delicados accidentes de la forma griega, con sus melancólicos acantos y elegantes cimbras, revelan el voluptuoso instinto, la vaporosa molicie

(1) Lib. II, Disc. I, segunda edicion, pág. 62.
(2) Lib. II, Disc. V, Id. pág. 104.
(3) Lib. II, Disc. VI, Id. pág. 131.
(4) Id. Id, Id. pág. 140.
(5) Id. Id, Id. pág. 144.
(6) Lib. II, Disc. VII, Segunda edicion, pág. 178.
(7) Lib. III, Disc. IV, Id. pág. 228.
(8) Lib. III, Disc. VI, Id. pág. 259.
(9) Lib. IV, Disc. VI, Segunda edicion, pág. 117.
(10) Tomo II, de la pág. 144 á la pág. 360.
(11) Tomo II, Disc. XII, Divis. I. pág. 386.
(12) Existen MS. en el archivo. episcopal de Lugo.

(1) Actualmente la ciudad de Medina de Rioseco. en Castilla la Vieja. N. del A.

de los hijos del Citeron y del Himeto. Cuando vemos, por el contrario, á la arquitectura cristiana lanzarse á los vientos en osadas catedrales, cuyas fantásticas líneas y trasparentes agujas, cuyas elípticas é inmensas naves, bañadas de una luz prismática é inspiradora, conmueven la imaginacion, se comprende cuánto tiene de sublime y espiritual la creencia santa, que es el foco de nuestra civilizacion liberal, humanitaria é inteligente.

II.

Todo esto y mucho mas constituye el criterio del artista filósofo. Pues debe tener presente tambien que los pueblos pasan en su carrera por diferentes tránsitos, al tenor del desarrollo y alteraciones de su espíritu y condiciones de existencia. Allí, por ejemplo, en una época dada predomina el instinto guerrero, y do quiera rasgan el espacio amenazadoras fortalezas. Mas allá se desenvuelve el sentimiento religioso, y no hay brazos suficientes para erigir basílicas de eterna admiracion. En fin, siempre la fuerza activa de la sociedad concurre donde la impele el movimiento moral, que forma lo que se llama el espíritu de cada era, la mente de cada siglo. El arqueólogo necesita poseer genéricamente estos principios, y tener además un conocimiento exacto de sus aplicaciones y sucesivos efectos. Y solamente con esta compleja preparacion se pondrá en estado de apreciar con acierto la significacion abstracta del arte, y sus relaciones morales con la existencia psicológica de los pueblos. Y este hombre entonces, dejando al vulgo distraerse con frívolo recreo sobre la belleza material de un capitel *corintio* ú de un *ático* primoroso, se abandonará á la meditacion de un sillar *bizantino*, en cuyas grotescas é informes molduras encuentra un vocabulario misterioso que le revela graves arcanos de la vida y del pensamiento de otros pueblos. Oh! indudablemente desde los Pelasgos hasta Michael Angelo, desde la piedra druídica hasta la cú-



La antigua Forum.—Medina de Rioseco.

pula de San Pedro, fué la arquitectura el libro imperecedero donde la humanidad registraba sus memorias. Se ha perdido la clave de su idioma en muchas combinaciones. Por eso se han oscurecido para nosotros algunos grandes recuerdos. Pero aun así, se sabe lo bastante para comprender el doble destino que sobre los hombres tuvo ese arte magnífico que nació en las entrañas de la tierra, para osar después hasta las alturas del espacio, cual si anhelara realizar en sentido noble la empresa colosal de los hijos de la fábula.

III.

Parece pues que á falta de otros agentes de espresion y de perpetuidad, formarian los primitivos pueblos aquellas construcciones lapidarias, donde dar fórmula de significacion á su pensamiento, y perenne aspecto á su pública existencia. Y hé aquí por qué la de los antiguos tiempos hay que desentrañarla en las inscripciones, en los jeroglíficos, en los mármoles exhumados de las sombras del olvido. Ni de otra suerte se esplicaria tampoco la analogía constante, la elocuente unidad entre la índole de las épocas conocidas y los rasgos de su arquitectura. Hay en el hombre una tendencia instintiva que le impele á dejar recuerdos póstumos de sí y de los suyos, y á trasmitirse de generacion en generacion. Mas como no siempre existieron los medios eficaces y sencillos que la ciencia y la fortuna han traido sucesivamente á la sociedad, hubieron de convertir la satisfaccion de sus necesidades sociales en elemento de forma y de permanente comunicacion con la posteridad. De aquí las medallas y los vasos, los sepulcros y las estatuas, y todo lo que constituye actualmente el gabinete del numismático y el museo del arqueólogo. Y de aquí hallar en las naciones á veces una historia entera, trazada sobre la luz del país con montañas de granito, en que el artista esculpió grandes páginas, cuadros velados con la forma plástica y sublime del arte. En nuestra España, por ejemplo, si partiendo desde las venerables montañas de Covadonga, divagamos por sus ámbitos hasta descansar sobre los esplendentes muros de Granada, encontraremos, de catedral en catedral y de monasterio en monasterio, íntegro y palpitante el magnífico poema de nuestra centenaria lid contra las tribus del creyente. Y es una epopeya firmada con sangre por siete generaciones, sobre un album de jaspe y bronce, cuyas primeras láminas dió el hierro de los cántabros riscos, para que el ángel de la patria grabase el postrer canto sobre el oro virginal del mundo de Colon, de Cortés y de Pizarro. Los que hayan, como nosotros, respirado el ambiente ascético y silencioso de la basílica de Oviedo, y después ido á escuchar los plácidos ecos que el coro triunfal de los vencedores de Boabdil dejó para siempre bajo las elegantes bóvedas de la iglesia granadina, y que aun susurra mágicas armonías en la estasiada mente del viajero, esos podran comprender y apreciar cuánto tiene de grande y ardiente aquella poesía de los siglos y de la inmortalidad.

Y no ya la España toda: ciudades hay en ella, que son por sí solas un museo histórico de nuestra existencia nacional. Ahí tenemos á Toledo! En el recinto de la ciudad *imperial* tienen fisonomía muchas civilizaciones y siglos asaz variados y distantes. Lo mismo el tipo teocrático del Bajo-Imperio que la forma esflorescente y rica de los árabes; tanto el gusto delicado de la creacion ogival, como el carácter sencillo del renacimiento, detallan allí clara y perfectamente el curso de azares que ha pasado sobre aquella ilustre metrópoli. Pero si bien no todas las localidades tienen el privilegio magnífico de ser un compendio glorioso del arte, ellas reflejan mas ó menos una época determinada, que significa el mejor de sus tiempos, la mas decisiva de sus fases públicas, dibujada por el cincel artístico en su material aspecto. En Oviedo y Leon domina el sello de la primitiva monarquía; en Valladolid se trasluce el rastro de la corte austriaca; y si en una parte aparece en gran relieve la era de las guerras y de los disturbios, en otra quedaron memorias indelebles de una raza laboriosa, ó de un siglo de prosperidad y de fortuna. Pero siempre y donde quiera el arte, siendo intérprete fe-

cundo de cada pensamiento, y registro fiel de los tiempos, para su apreciacion y efecto en el porvenir.

IV.

Las precedentes doctrinas, si bien apuntadas en grande escala, tienen relativa y parcial aplicacion á cada uno de los detalles derivativos de ellas, por muy diminutos que sean. Es una operacion de proporciones matemáticas, en que el mas y el menos proceden del mismo principio cierto é invariable. Y como en el presente estudio hemos de aplicar algunas de las inducciones consignadas, mal podria comprenderse nuestro pensamiento, sin una ojeada previa sobre la teoria elemental y absoluta, para dar color á su idea y órden á su esposicion.

Cuando el origen de la poblacion, como sucede á *la capital de Campos Godos*, se halla perdido en el misterio de los siglos, y no se conservan abundantes datos de su historia especial, merced á la detestable administracion de sus archivos, es de tanto mas interés el exámen de los monumentes artísticos, pues ellos son la crónica inmutable que guarda algunos capítulos de su existencia, y ellos tambien nos han de guiar por el sendero de la ilacion racional, de la conjetura autorizada. Nosotros creemos hallar en sus disímiles fisonomías la pintura de lo que fuera en otras edades, y adivinar en sus lineamientos característicos varias de las vicisitudes, algunas fases de su secular y nebulosa memoria. Los eruditos dirán si nos equivocamos. Déjense guiar, á manera de curiosos viajeros, bajo el *bizantino* pórtico de *San Miguel de Media Villa*, y les haremos descifrar aquellos toscos pilares, aquellos monstruosos modillones y pesados semicírculos, para que comprendan que ya en los tiempos de la monarquía originaria debiera ser algo la localidad que erigió un templo tan considerable para aquella época ruda y sombria, y con un carácter á la altura del arte entonces contemporáneo.

Pero que se abstenga de preguntarnos el investigador lo que hay detrás de ese período, significado por el templo del Bajo-Imperio, porque no sabríamos decírselo á nuestro sabor. Verdad es que desde los siglos de la España romana, ya venia con importancia comercial y política, hasta el punto de haber fijado grandemente la consideracion de los dominadores. Así es que erigida por ellos en *colonia* con el nombre de *Emérita*, fué distinguida por los pueblos de Ataulfo con el dictado de Forum Egurrorum, ó *plaza de mercados;* y no pudo ser desatendida por los marciales agarenos, que la adoptaron con el título de *Metymna*, significado y carácter de *ciudad*. Y sin embargo, ¡qué distancia tan grande queda para el investigador desde la era posterior á Recaredo, hasta los tiempos anteriores á Escipion, en que ya existia este pueblo entre las poblaciones Vaceas de la España Tarraconense! Toda la dominacion romana, la conquista de los setentrionales, y gran parte de la dinastía goda, no son mas que un inmenso vacío, una laguna inescrutable, en que no hay apenas un rayo de luz, un punto percibido donde hallar camino la imaginacion, y confianza el discurso. Aquí estuvieron los armados hijos de Roma Consular. ¿Dónde están pues las aras de su culto á los dioses del Olimpo pagano? ¿Quizá no alzaron en este suelo altares á la *victoria* y piras al padre ardiente del capitolio? ¿Y qué dejaron en pos de sí los súbditos de los primeros reyes de la nacionalidad patria en este remoto solar? ¿Acaso destruyeron los romanos conquistadores cuanto quedara de la antigua raza?... Problemas son estos á que no es fácil responder con acierto. Bien que tampoco sería este su lugar. Quédense en buen hora para la tarea esencial y latamente histórica de la ciudad. Pero hoy que nos proponemos discurrir tan solo sobre lo actualmente visible en sus monumentos, no tenemos para qué aceptar aquellas investigaciones, de otra índole y consecuencia.

V.

Dejando aparte la fundacion de la ciudad, atribuida á los griegos celtíberos, prescindiendo de si fué ó no la famosa *Intercátia*, que tan bizarramente resistió á los señores del mundo, cubriéndose de inmarcesible gloria, y marcada ya la huella del arte nacido en la antigua Estambul, vendremos á tiempos mas avanzados y menos tenebrosos. Desde el primer período de la reconquista, empezó Medina de Rioseco á ser punto importante, civil y militarmente considerado. Arrojados de aquí los sarracenos en el reinado de D. Alfonso el Católico, quedó constituida en plaza central de la línea fronteriza, y en depósito general de víveres, mercancías y efectos del pais raso. De suerte que como ya traia importancia mercantil, y los moros no estuvieron en ella tiempo bastante para variar sus hábitos y generacion, y uniéndose este precedente al nuevo carácter adquirido por la villa en la monarquía leonesa, se constituyó desde luego en punto capital de poblacion, interés y movimiento. Desde entonces fué progresando considerablemente, hasta el punto de ser un dia el emporio comercial, á la vez de Medina del Campo, la plaza de tráfico con toda la parte occidental y setentrional de la Peninsula, y el granero de la comarca. Esta importancia se deja conocer en aquella época, por los restos de su arquitectura militar. Pues á no valer mucho, nadie hubiera pensado en cercarla de sólidas murallas de sillarejo, con sus andenes y almenares, con sendos baluartes de fuertes rastrillos, y con una poderosa fortaleza, que era la principal de estos contornos. Las ruinas de ella, la murada y gótica puerta de Ajujar, y los rotos murallones que corren junto al palacio de los Almirantes, y el antiguo convento de San Francisco, atestiguan claramente nuestra induccion.

VI.

Otro tanto comprueban los muchos y graves acontecimientos políticos á que la villa sirvió de teatro durante las turbulencias de aquel tiempo. El rey D. Juan I la concedió el título de *Muy noble y leal*, en recompensa y gratitud del esmero y constante fidelidad que sus naturales mostraron en servicio de su padre D. Enrique II, cuando la espedicion del duque de Alencastre, en favor del rey D. Pedro I. En esta, villa entonces, se reunieron Don Pedro de Castilla, el Almirante D. Fadrique el I, D. Suero y D. Fadrique de Quiñones, el obispo de Osma, D. Luis de la Cerda y otros ricos hombres, é hicieron la liga y preparativos de guerra, cuando las alteraciones de Castilla contra la privanza del condestable D. Alvaro de Luna. Después de la batalla de Olmedo, ganada contra los infantes de Aragon, por influencia del infante D. Enrique, se pronunció en la villa de Medina de Rioseco el perdon del espresado almirante, enemigo del Condestable, bajo la condicion de reducirse á obediencia en el plazo de cuatro meses, y quedando en rehenes Doña Juana su hija, reina de Navarra. No cedió D. Fadrique Enriquez á este acomodamiento, negándose á presentarse en la corte, especialmente desde que recibió aviso de que se ansiaba su captura, y mas, cuando supo la prision simultánea de los magnates, sus compañeros de compromisos. Burlados así los proyectos de los cortesanos, se determinó la ocupacion de los pueblos y estados del Almirante y de su colega el conde de Castro; la que se verificó estando aquellos desapercibidos, y siéndolo principalmente esta villa, que era el asiento titular del almirantazgo. Estos sucesos y circunstancias, con otros que pudieran referirse, prueban la importancia de esta poblacion. Así es que habiendo permanecido realenga hasta por los años de 1301, el rey D. Fernando el Emplazado y su esposa, la cedieron al infante D. Juan, tio de aquel, en cambio del señorío de Vizcaya. Posteriormente y por efecto de las revueltas intestinas, D. Enrique, conde de Trastamara, á su entrada en Burgos, de vuelta de su fuga á Francia, hizo donacion de la villa á D. Felipe de Castro, infanzon aragonés, por dote de su muger Doña Juana de Castilla, hermana del nuevo rey, á cuyo D. Felipe tenia preso el legítimo monarca D. Pedro, en el castillo de la misma ciudad. Habiendo fallecido D. Felipe en 1371, la cedió su esposa, por falta de sucesion, á su sobrino D. Alonso Enriquez, primer almirante de Castilla, y el rey D. Juan II confirmó la donacion en Arévalo, á 4 de octubre de 1421. Y D. Alfonso y su consorte Doña Juana de Mendoza, la constituyeron en sede del almirantazgo, y mayorazgo para sus hijos y descendientes, por escritura otorgada en la ciudad de Toro á 19 de abril de 1426. Y andando el tiempo, el emperador D. Carlos I la erigió en ducado, en tiempo del almirante D. Fadrique Enriquez II. Ahora bien: ¿podria ser cosa exigüa en riqueza y poder, una villa que valía en trueque el señorío de todo un país, que se daba en dote á la hermana de un rey, y que se erigia en sede del primer dignatario de Castilla?... Y si esto no bastase, los cuantiosos servicios en gentes y dineros que repetidamente hizo á los monarcas, especialmente en los reinados de D. Juan el I, D. Felipe III, D. Felipe IV y D. Felipe V, á quien sirvió en veinticuatro horas con una fuerza de mil y doscientos hombres de infantería y caballería, para ir al socorro de las plazas de Zamora, Carbajales y Alcañices, amagadas del enemigo; los privilegios y honores que los reyes la otorgaron y confirmaron su ereccion en ciudad con honores de voto en cortes; sus armas y sus opulentos propios; todo eso, repetimos, concluiria la mas robusta prueba de su importancia en tan dilatados tiempos.

VII.

La prosecucion del exámen monumental viene tambien á nuestro propósito. Ya hemos visto en el siglo X al templo bizantino de San Miguel como la única parroquia de la poblacion. Pues bien: ahora pasando á la centuria XIV, desenvolveremos á los ojos del lector una nueva página, que lleva en sí la esplicacion de quinientos años, y espresa una de las peripecias del arte en general, y de la poblacion en particular. Pues al macizo intercolumnio, al inmóbil semicírculo imperial y á los tenebrosos artesonados, haremos suceder, cual se trasforma el foro escénico, una decoracion bizarra de esbeltos pilares, de caprichosas y flexibles ojivas, de diáfanas galerías donde el genio se evapora en aéreas é inspiradas fantasías. Y aquí adquiriremos un dato precioso para calcular el floreciente estado de Medina de Rioseco en aquella azarosa época, en que levantó á costa de sus habitantes una ostentosa basílica á la faz de las huestes de Ismael. Sin mas que establecer con una mirada el cálculo comparativo entre el templo sa-

jon de San Miguel y la iglesia ojival de la Asuncion, se presenta á la mente el vasto desarrollo y prosperidad creciente de la villa, una época á otra época. Y después tiene que arrojarse el discurso á investigar las poderosas causas que en tan calamitosos tiempos pudieron sobreponerse á los males comunes, y constituirla en centro de vida y riqueza, á contar desde el principio de la reconquista hasta el siglo de D. Enrique III. Porque sin grande aumento de poblacion no habia para qué construir espaciosas naves, y sin mucha opulencia no se hacen tampoco lujosas y costosisimas fábricas para el culto de Dios. Aparte pues de esta descricion, véase cómo la interpretacion filosófica del arte nos hace fecundos servicios para la historia y existimacion de las fortunas de los siglos.

La belleza artística del templo, sus grandes dimensiones, y el enorme costo que debió tener su obra, prueban tres cosas: el gusto adelantado y al nivel de la perfeccion del arte en la poblacion, el considerable personal de sus habitantes, y la riqueza y piedad locales. Y como ni el gusto se adquiere ni se refina sin poderosos elementos de sociabilidad, ni la poblacion y riqueza prosperan sin estar francas las fuentes de produccion, parece legítimo inducir que la villa encerraba en sí notables progresos en la civilizacion entonces contemporánea, y grandes recursos de prosperidad pública. Y el celo religioso desplegado en la opulenta fábrica, indica que la creencia católica debió sufrir aquí poco las fatales vicisitudes que en otras partes produjeron las primeras herejías de Oriente, y el corrosivo roce del judaismo y el de la raza morisca. Ya nos habia llamado la atencion, y es una prueba de ello que no se hiciese mencion de MEDINA DE RIOSECO en la distribucion de las aljamas de los judíos, verificada en tiempo de D. Sancho el Bravo, era 1328, cuando constan en ella varias poblaciones menos importantes de la diócesis de Palencia.

VIII.

Del siglo XIV al XVI no falta memoria monumental que atestigüe el valor de la poblacion. La iglesia gótica del convento de San Francisco entra en ese número. Generalmente se atribuye á los almirantes D. Fadrique II y su esposa Doña Ana de Cabrera, pero no estamos penetrados de la verdad de esta especie. Tenemos motivo para creer que el templo es de la época de D. Pedro I, siglo XIV, en su último tercio. Entonces debió quedar concluida la capilla mayor y naves laterales, segun su corte y exornacion. Los almirantes llegaron mucho después, y para la fundacion del convento franciscano aprovecharon el templo inconcluso. Por eso se observa en él obra de diverso tiempo y calidad. Desde nuestro gabinete estamos viendo la fábrica primitiva de tosco sillarejo, llegar nada mas que hasta el remate de los estribos laterales de la nave principal. Y sobre ella arranca un muro de ladrillo que por su forma y aventajada ejecucion manifiesta el tiempo que medió entre ambas partes de la obra. La misma diferencia se observa entre la fabricacion antigua del templo y la del convento. En la centuria XV tuvo lugar la ereccion del de Valderespezo, debida al almirante D. Fadrique I y su esposa Doña Teresa de Quiñones, para panteon de su familia. Estos institutos religiosos, y los demás que la villa debió á la prodigalidad de los almirantes, dejan traslucir que aquellos opulentos varones debian tener y estimar en mucho su pequeña corte, cuando agotaban su patrimonio para dotarla de tantas fundaciones regulares, montadas bajo un pié completo y digno de su ilustre nombre. Y esta corte debiera figurar ó valer mucho por sí misma, en el hecho de haber correspondido con larguezas inconsideradas á tales demostraciones, que, en verdad sea dicho, no traerian grandes bienes á los honrados vecinos de *la capital de los Campos Góticos*. Algo pudiera decirnos la historia, pero no es capítulo para este lugar. Diremos sí que ya empezó á marcarse la decadencia del tipo gótico, y á traslucirse ciertas aspiraciones de renacimiento en varios detalles de aquellas fábricas, y que es de sentir que sus piadosos fundadores no hubieran tenido un gusto mas delicado y conocedor de las buenas tradiciones del arte, ó una idea mas perspicaz de las innovaciones que preparaba la transicion del gusto. Tambien el palacio del almirantazgo es construccion del siglo XV, cuando la institucion del mayorazgo señorial del primer almirante. Así lo indica su traza de un gótico decadente, y las circunstancias históricas.

IX.

Lo que fija y merece por cierto fijar la atencion, después de lo dicho anteriormente, es la demostracion que la ciudad hizo en el siglo XVI de su opulencia y piedad cristiana, en la ereccion del templo parroquial de Santa Cruz. Dejaremos para ello, sin detenido exámen, los restos de fortificacion, cuya última obra es el baluarte de San Sebastian, y que demuestran la consideracion de la localidad hasta los tiempos del emperador, en que tanto figuró en la guerra de las comunidades. Y esta es otra prueba histórica de su cuantía y poder. Pero vamos adelante. Encomendada la obra espresada al célebre Juan de Herrera, la realizó el regio artista tan característica y digna de su escuela, que no se le oculta su mano al menos conocedor. Ya hemos referido la anécdota del emperador de los franceses. Y ciertamente no hay sino ver su gallarda belleza, para conocer la huella del arquitecto del Escorial. Decorada con el tipo mas puro de las grandes escuelas griega y romana, es acaso demasiado elegante y primorosa para iglesia cristiana. Sus capiteles corintios, llenos de la molicie y poética gracia del genio ático; sus lineamientos todos, que sin perder la majestad cardinal respiran bizarría y riqueza, serian mas propios de un alcázar profano. Pero ante su aspecto radiante de hermosura todo se olvida, y no hay sentidos, imaginacion ni voluntad sino para el goce de la admiracion y del aplauso.

Y cuando tan lozana creacion apenas habia ocupado un lugar entre las bellezas del arte, se vió tambien alzar su poderosa mole al templo del patron Santiago. Esta fábrica multiforme, donde cada época arquitectónica tiene su representacion, parece efectivamente el epílogo, el complejo resúmen de las huellas del arte en este suelo. No puede pensarse otra cosa ante el conjunto variado producido por la filigranada cresteria, los severos intercolumnios y los caprichosos recortes que distinguen respectivamente á las épocas gótica, tudesca y greco-romano, que allí se hallan aglomeradas en armonioso desórden y sorprendente combinacion. ¿Qué se propondria el artista? ¿Cómo adivinar su pensamiento absoluto? ¿Y cómo dejar de admirarse al descubrir sobre un pilar gigantesco, bastarda generacion de una raiz romana ó griega, la elipse esbelta, cuyos exagerados arranques son tambien una incardinacion impropia del tipo gótico? ¡Y mucho mas contemplando sobre esta arquitectura inverosímil y verdadero Proteo del arte, cierto barniz de moderno gusto, que causa igual efecto que el de una estatua antigua retocada de nuevo y flamante colorido!

Pero aun durante el largo período que duró esta obra, se efectuaban otras, que no obstante de menor cuantía, no dejaban de exigir abundancia de recursos. Los conventos de clarisas y carmelitas, los de San Pedro Mártir, que tiene una portada modelo de ejecucion, San Juan de Dios y otro del Cármen, con otra numerosa porcion de ermitas y santuarios construidos á toda costa, y que pudieran servir de templos parroquiales, ascendiendo entre los locales y rurales á veinticinco, prueban que aquí habia riquezas de sobra para semejante innecesaria profusion. Y lo convence así tambien la magnífica torre de Santa María de la Asuncion, construida á mediados del pasado siglo en reemplazo de la antigua que se arruinó, á costa esclusivamente de los recursos de la fábrica y vecindario, siendo como es una obra de primer órden.

El vasto perímetro que describen por el radio de las antiguas cercas las puertas de la ciudad, dice su magnitud en aquellos tiempos. Hoy se han perdido calles enteras, muchas hasta el nombre; médian estensos y despoblados arrabales entre el grupo actual de la poblacion y sus añejos límites; y en sitios antes poblados, pasa el arado del solitario labrador. Y ya que de las puertas hablamos, haremos mencion del suntuoso arco de San Francisco, construido en el siglo XVII. Esta obra, de gusto romano y hermosa sillería, no pudo ser erigida sino para una localidad importante, pues hubiera sido un sarcasmo torpe, una falta de sentido comun edificar tan ostentoso ingreso para una aldea, como lo seria fabricar para la choza de un rústico el pórtico de un alcázar. Hoy sí que se puede preguntar que dónde está la ciudad de tal arco.

El inmenso y antiquísimo teatro de fundacion de los almirantes, es un grande argumento en favor de la cultura y cavidad de esta poblacion. Hoy no es mas que una anticualla venerable, un recuerdo arqueológico de nuestra historia teatral. Pero en su tiempo debió ser una cosa muy notable, y de las primeras de su género en España. Baste decir que su forma primitiva era diversa enteramente de la moderna, pues en lugar de tener el escenario á uno de los frontis del patio, tenia galerías de palcos en los cuatro frentes, y el foro en el centro del paralelógramo. Lo cual demuestra que se construyó cuando el arte dramático estaba en su infancia; y que entonces ya esta poblacion poseia numeroso vecindario y adelantado gusto. Tanto que el teatro era casi la única finca para el sostenimiento de un hospital.

En fin, el soberbio cuartel de caballería, una de las obras mas completas de su clase, y cuya bárbara demolicion no tiene honrosa disculpa, y algunas otras de servicio público que omitimos en obsequio de la brevedad, anuncian donde quiera una poblacion floreciente, activa y culta en los pasados siglos, á contar desde la mas antigua, hasta la que pone término á la significacion monumental de ella, y es la postrera firma en el album colectivo de sus bellezas artísticas.

X.

Y bien, ¿qué quieren decir, qué significan para el estudio y la observacion de la historia esos registros de piedra que hoy contrastan en tanto con el humilde aspecto de la ciudad? Aquí entra la interpretacion, el aprecio filosófico del arte en sus distintos aspectos y relaciones íntimas con el espíritu de los siglos. Aquí procede la aplicacion de las teorías, que dejamos ligeramente bosquejadas en la parte preliminar,

y que es el mas elevado para el artista. Porque aquí el arte ya se constituye en ciencia llena de poesía propia del genio, inspirada y feliz. Pues bien: para nosotros el arte revela en este suelo la existencia de un pueblo próspero y civilizado durante algunas centurias. Seguramente desde el siglo XII hasta el XVII por lo menos habitaron aquí generaciones inteligentes y ricas, que comprendian cuánto importa al bienestar material el desarrollo del pensamiento y de los instintos morales del hombre. Y la prueba es clara, como ya dijimos. Sin copiosa riqueza no se construyen espontáneamente suntuosas fábricas; y sin una civilizacion aventajada no se tienen el gusto, la delicadeza necesaria para emplear artistas de primer órden en las bellezas mas refinadas del arte. Quiere decir, por lo tanto, que el incremento local pudo partir desde la inauguracion de la monarquía reconquistadora, y venir á término decadente despues del último reinado de la dinastía austriaca, ó cuando mas en el del primer Borbon, en la primera mitad del siglo anterior. Y cualesquiera que fuesen las causas absolutas ó especiales de aquellas vicisitudes, que son la tarea del historiógrafo, siempre queda en evidencia positiva el resultado de nuestras observaciones sobre los testimonios monumentales.

Algunas ideas pudieran avanzarse acerca de aquellas investigaciones, tomando por punto de raciocinio la consideracion de que cada época de las comprendidas en aquel periodo encerraba diferentes elementos de vida y de progreso. Cuando las fronteras musulmanas ceñian en reducidos círculos á los estados cristianos, y cerraban los puertos y vias de comunicacion esterior, el gran recurso eran a agricultura y la pecuaria, para alimentar las necesidades interiores, aumentadas con el voraz consumo de la guerra incesante. Luego que las armas victoriosas de Castilla iban engrandeciendo el horizonte de la patria, y que acorralaron el islamismo en un ángulo remoto, ya pudo el comercio levantar otra vez su caduceo, como lo hizo en realidad á impulso del genio especulador de las tribus judáicas refugiadas en este suelo, é imprimir mayor aliento á la fuerza del estado. Y como la accion mercantil crea nuevos ramos de ejercicio, el movimiento fabril es consecuencia natural del cambio de productos, que constituye otra fuente de prosperidad. Esta sucesion de variaciones estadísticas se observa precisamente aquí. Primero, la agricultura que erigió á la antigua villa en centro y almacen de subsistencias para toda la línea fronteriza del primitivo reino de Leon. Mas tarde un comercio vastísimo con las provincias litorales del norte y oeste de España, la constituye emporio de riquezas y movimiento al nivel de las mejores villas castellanas. Y simultáneamente el elemento fabril toma vuelo y detiene el instante fatal de su decadencia, que al fin llegó á sonar para largos y desabridos tiempos.

XI.

Aquí se nos ocurre una dificultad. Sabido es que el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo dio un golpe funesto á la industria, á la agricultura, y por consiguiente á la poblacion de España, y de Castilla en particular. Pues bien: habiendo ocurrido el gran acontecimiento en el siglo XV, ¿cómo es que esta villa no parece se resintiera de aquel efecto general, y que dos siglos después aun se sostuviera vigorosa y próspera? Procuraremos esplicarnos esa aparente contradiccion. Sintiose en verdad la agricultura por la emigracion á América y por la espulsion de los moriscos, hasta el punto de desaparecer muchos pueblos de esta comarca. Tantos pues, que hoy MEDINA DE RIOSECO comprende en su jurisdiccion mas despoblados que villas y aldeas subsistentes. Y quedaron incultos grandes terrenos, y la despoblacion mató la riqueza interior. ¡Tristes consecuencias del error económico que consideraba el dinero como la única riqueza de un pais! Pero entonces la villa concentró su actividad sobre el comercio y la industria. Estableciéronse grandes fábricas de tejidos en hilo y lana, y se creó una produccion fabril en buena escala. Galicia, Asturias y Vizcaya vinieron á porfia para sacar sus manufacturas. Y como este comercio, así por sus primeras materias cuanto por su mercado de consumo, era esencial y absolutamente interior, siguió su curso invariable, y sin ser afectado por el esterior entablado con las regiones americanas.

XII.

Habia de llegar sin embargo un dia en que las poblaciones fabriles y comerciales de Castilla sucumbieran bajo el imperio de fuertes causas. Así sucedió efectivamente. Y Medina de Rioseco en todo el siglo XVIII cayó desde la mayor prosperidad en el mas profundo abatimiento.

Y desde entonces nadie ha pensado en nuevas construcciones religiosas ni civiles, se acabaron las prodigalidades; y el buril y el cincel de los artistas ya no sonaron mas en este recinto, cada vez mas inerte y melancólico. ¡Y de aquel esplendor antiguo solamente quedaron, cual testigos incontrastables, esas suntuosas moles, que con elocuente silencio nos revelan en sus gráficas fórmulas, la historia de otras generaciones, que semejantes á los meteoros de la noche, dejaron tras sí un rastro luminoso de su fugitivo curso, después que fuéron á perderse en el vacío tenebroso y devorador.

V. GARCIA ESCOBAR.



CUVIER.

¿Quién no ha leido la biografía de Cuvier? ¿Y quién despues de leida no ha deseado conocer mas á fondo á este grande hombre? La insuficencia de datos oficiales y de las noticias literarias que circulan acerca del sabio naturalista, nos obliga á recurrir á otras fuentes no menos seguras

El jóven Cuvier solo tiene catorce años, y ya ha concluido sus estudios clásicos. Cierto dia, segun su costumbre, registra la biblioteca del Gimnasio, y encuentra un Gessner con láminas de colores. Despiértase su atencion; el gérmen de la ciencia natural vive en su inteligencia, y á ella se dedica con un afan incansable. Si visita á un pariente, lo primero que nota en su casa es la coleccion de las obras de Buffon: desde entonces son mas frecuentes sus visitas. Dotado de una memoria maravillosa, se familiariza con el lenguaje de la ciencia y con sus áridas clasificaciones, al mismo tiempo que copia los dibujos del profesor naturalista, á quien debe aventajar.

Cuvier no se contenta con trabajar solo: convoca á sus camaradas, y establece con ellos una academia de la que le nombran presidente: forman reglamentos, y se fijan para los jueves las sesiones. Sentado en su lecho, concede á sus colegas la palabra para leer memorias sobre la historia natural, la filosofía y la historia. Discútese despues sobre cada obra, y el presidente reasume los debates en un discurso que siempre se aprueba por unanimidad.

El jóven Cuvier tenia un enemigo en el jefe de Gimnasio de Montbeliar, y otro mayor en nuestra civilizacion: la falta de fortuna. El futuro sucesor de Buffon fué destinado por su familia al estado eclesiástico, pero tenia que pasar por la escuela especial de Tubingen, lo que supo impedir su enemigo personal, desestimando sus composiciones para el concurso, y secundado, sin caer en ello, el destino providencial del jóven Cuvier. Este, incomodado por tantas injusticias, renunció á la carrera que solo anhelaba á fin de verse con recursos para entregarse á sus estudios favoritos.

El duque de Wurtemberg, impulsado por los elogios de su hermana, examinó al jóven con rigor, y en seguida lo envió á sus espensas á Stuttgard, donde Schiller estudiaba á la sazon teología, jurisprudencia y medicina. En mayo de 1784, el protegido del duque consiguió por su mérito entrar en la Academia Carolina, y no tardó en distinguirse entre todos sus miembros, habiendo obtenido la órden de caballería, reservada por el duque para los cuatro ó cinco discípulos mas sobresalientes entre cuatrocientos. Se entregó tambien al estudio del aleman, que no conocia, y nueve meses despues alcanzó el primer premio en este idioma. Entre tanto estudiaba con ahinco á Lineo, Reinhard, Mur y Fabricio, describia y herborizaba sin descanso.

Nuevos obstáculos: el padre del jóven Cuvier, retirado en Montbeliard con una pequeña pension, y el título de comandante de artillería, se encontró casi sin recursos, y su hijo, á pesar del apoyo ducal,

se vió precisado á buscar una ocupacion lucrativa. Se resolvió ponerse de preceptor, porque así se alejaria menos de sus estudios, pero ¿adónde habia de dirigir sus pasos? El conde de Hericy le confió en Caen la educacion de su hijo, y pasó á dicha ciudad en 1788. Retirado con su discípulo en el castillo de Jiquenville, dedicó su tiempo al estudio de los animales marinos, y sin libros, reducido á sus propias observaciones, puso la base de esa magnífica obra que llegó á ser la historia completa del reino animal.

La fama del jóven sabio traspasó los límites del círculo en que habia comenzado. Geoffroy Saint-Hilaire lo hizo su colaborador, y nombrado poco despues profesor de historia natural de la escuela central del Panteon, entró en esa brillante carrera en que tantos le buscaron y le distrajeron de sus trabajos científicos.

Dibujaba siguiendo la palabra el objeto que describia en sus lecciones públicas, empezando muchas veces un animal por la cola, y formando cada parte de su cuerpo con admirable precision y exacto conocimiento de las leyes de la anatomía y de la perspectiva.

Nadie admiraba tanto como él á los grandes pintores; ningun artista sabia apreciar con tanta justicia las bellezas de Rafael. Su permanencia en Italia habia formado su buen gusto en esta materia.

Los viajes tenian para él grande atractivo, y sin embargo, no quiso acompañar á Egipto á Bertholet. En desquite recorria el mediodia de la Francia, como inspector general de estudios, mientras el Instituto le nombraba su secretario perpetuo; organizaba la universidad de Holanda, al paso que Napoleon le nombraba caballero de la legion de honor con dotacion; visitaba las orillas del Rhin en 1813 para preparar, autorizado por el emperador, la resistencia á la invasion estranjera, y por último, pasaba á Inglaterra al mismo tiempo que la academia francesa le abria sus puertas.

Cuvier, dichoso en su gloria, fué desgraciado en sus hijos, pues casi todos le faltaron cuando daban mayores esperanzas; dos solos le quedaron, y en ellos reconcentró toda la ternura, todo el cariño que habia profesado á su esposa Mad. de Vancel, viuda del contratista general que en 1794 pereció en el cadalso.

Su descanso consistia en variar de ocupaciones: su carácter llegó á irritarse á consecuencia de las pérdidas que habian afligido su corazon. Se levantaba á las siete y preparaba los trabajos del dia, pero las distracciones políticas y administrativas le robaron mucho tiempo en detrimento de la ciencia. Es preciso no obstante convenir en que rehusó muchos honores, que no se hermanaban con la ciencia, y que muchas veces le concedian sin consultarle. Se negó á admitir de la Restauracion el ministerio del Interior; hizo dos veces dimision del título de Gran profesor de la Universidad, y rechazó las funciones de censor de la prensa que querian conferirle. Napoleon supo comprender mejor al sabio naturalista.

Su ancha frente, sus espresivos ojos, su nariz aguileña, y su boca, que espresaba la bondad de un alma pura, formaban en conjunto una noble fisonomía, y revelaban los altos y profundos sentimientos de su corazon. Sencillo en sus costumbres y en sus maneras, era uno de los hombres mas comunicativos de nuestra época. A sus reuniones asistia los sábados todo lo que habia de mas brillante en Paris.

Previó sin duda su próximo fin cuando acabó su última leccion con estas palabras: «Tales serán los objetos de nuestras futuras investigaciones (la omni-presencia del Todopoderoso y la causa suprema), si el cielo me concede tiempo, salud y fuerzas para continuarlas.»

Sintiendo el 10 de mayo de 1832 el primer síntoma del mal que debia llevarlo al sepulcro, indicaba el sitio de su dolor, y aludiendo á los descubrimientos de sir Carlos Bell y de Scarpa sobre el doble sistema de los nervios espinales, decia: «Los nervios de la voluntad son los que estan malos.»

Montbeliard le ha levantado una estatua: Paris le ha dedicado una calle y una fuente; tal vez le consagrará Caen alguna otra memoria. Nosotros preguntamos: ¿llegaria hoy Cuvier á Paris sin circunstancias escepcionales? ¿Encontraria un Geoffroy Saint-Hilaire que le tendiese una mano proctectora?

Sobre las espadas de Diak en la isla de Borneo.

El hierro que se halla á lo largo de las costas de Borneo, es de escelente calidad, como lo saben las personas que han visitado los puntos de Sambas ó Pontiana; pero el mas superior de todos es el que se esplota en Bangermassing; y el modo que los naturales tienen de forjarle ó trabajarle, les escusa la necesidad de comprar acero de Europa. Sin embargo, el mejor hierro de Bangermassing no iguala al que se trabaja por los mas rudos habitantes de Diak: las mejores hojas de sables y demás armas blancas de los *rajs* y jefes de Bugis son fabricados por ellos, y es un hecho estraño, pero que no admite duda, que cuanto mas se interna uno en el pais, tanto mejores son los instrumentos de hierro que se hallan en él.

El pais de Selgie es superior en este respecto á todos los que estan situados en las inmediaciones de las costas, y de todas partes se hacen grandes pedidos de sus hojas de sables, espadas y otros artículos. Un inglés que visitó poco hace dicha isla, dice que contó hasta cuarenta y nueve fábricas, que todas andaban, solo en el punto de Morpow. Los naturales del país mas interior, á quienes los viajeros ingleses nos pintan en un estado de naturaleza, pues ni construyen casas de ninguna especie, ni se mantienen de otra cosa que de frutas silvestres, culebras y monos, procuran sin embargo, por este escelente hierro, y hacen con *él* hojas de espadas, que son luego muy buscadas por los naturales de otros distritos. Los instrumentos hechos con el hierro en bruto de esta clase, cortan con igual facilidad el acero y el hierro en bruto; un inglés asegura haber hecho pedazos, con un instrumento de esta especie, por via de ensayo, varios cortaplumas, y que uno de los príncipes de aquella isla, no habiendo podido cortar con uno de dichos sables al primer golpe el cañon de una escopeta, le tiró contra un pedazo de madera muy grueso, el que hizo pedazos sin que el sable se mellase: en seguida se le regaló á dicho viajero, quien hizo con él un presente al gobernador de Macasar, y este se lo envió á S. E. el comisario de Java. Otro caso refiere el mismo viajero para prueba del temple admirable y fortaleza de dichos sables. Hallándose en la habitacion del sultan de Coti, vió partir los cañones de tres mosquetes á los pocos golpes que se les dieron con un sable de la especie mencionada; y refiriendo el hecho con admiracion á otro príncipe de Borneo, le aseguró este riéndose que nada tenia de particular, y que el hierro de aquel sable no seria de la mejor calidad, pues de lo contrario hubiera hecho pedazos los mosquetes al primer golpe.

EN UN ALBUM.

A CONCHA...

Desde el artista al rudo pintamonas,
Desde el coplero al sabio vate, en fin,
Todos sus nombres ponen en los album,
Cual si fuera por carga concejil.
Yo que no pinto, pero que hago coplas,
Tambien el mio humilde escribo aqui.
Nunca os he visto: cuentan sois hermosa
(Esto ya os lo habrán dicho mas de mil).
Y añaden que en talentos y virtudes
Sois mas bien que muger un querubin,
Asi que anhelo el venturoso dia
En que os pueda tambien, Concha, decir,
Que esos elogios de que os llenan todos
Hijos no son de amante frenesí...

Marzo de 1852.

El Baron de Illescas.

JEROGLIFICO.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.



FAMILIA CHINA.

Nuestros lectores deben saber que hace años y en una esquina de Hyde-Park (*Hyde-Park corner*) llamó en gran manera la atencion pública un vasto edificio adornado de banderas chinescas y que presentada en su arquitectura la forma de una pagoda. Allí se habian reunido los productos maravillosos de aquel pais, aunque no con tanta profusion como en el Palacio de Cristal. Todo lo que encierra de mas curioso el imperio celeste, se encontraba representado en el último interior de una tienda: obradores, residencias de magnates, vasos de incomparable riqueza y telas riquísimas, se veian allí en agradable perspectiva para contentamiento y regalo de la vista.

Las viñetas que hoy ofrecemos nos dan á conocer los diversos trajes de los naturales de tan dichoso pais. Pero de todo cuanto se ha espuesto nada ha agradado tanto como la *familia china*, compuesta de dos magníficos cuadros. En esta familia figuran el padre, la madre, dos hijos, una ama de gobierno, y otros dos chinos jóvenes. La madre sobre todo era objeto de la curiosidad general y merecia ciertamente la admiracion que escitaba.

Los piés de las mugeres chinas son sorprendentes por su pequeñez; la que los tiene grandes solo mide con ellos tres pulgadas y media. *E pur si muove*, como dijo Galileo.

Infinitas son las producciones de dicha nacion que se espusieron en Londres; no nos proponemos hacer una descripcion de ellas. Se ha hecho una adicion muy oportuna á los cuadros que fuéron presentados en la esposicion y que representan la *familia china*. Consiste en una dama de la misma nacion, llamada Pwanye-Reo, cuyos piés tienen dos pulgadas y media de largo; un profesor de música, con su hijo y su hija; la doncella de la dama, y un intérprete. Estas seis personas cautivaban vivamente la atencion de los estranjeros que visitaron á Londres el año pasado.

Los niños son alegres, amables é inteligentes; la dama agradable é interesante, y el profesor atento y servicial.

Las relaciones entre estas cuatro personas se conservan con arreglo al rango y cualidades de cada una, lo cual da una idea favorable de la vida doméstica de los ciudadanos del celeste imperio.

UNA VISITA AL ESCORIAL [1].

Mucho tiempo hace que ardia en deseos de visitar el Escorial, sin que las circunstancias particulares de mi vida me hubiesen permitido contentar esta natural curiosidad, que todos mis pensamientos y estudios contribuian á avivar y encender. No era una vana recreacion de los sentidos, ni el ánsia de respirar aires mas frescos y benéficos que los abrasados de la capital, la que sin cesar me hacia volver la vista á las faldas del vecino Guadarrama; el pasto de la imaginacion y del entendimiento, junto con los ecos del corazon, era lo que yo buscaba en aquellos sitios y monumentos, testigos elocuentes, aunque mudos, y en el dia desamparados, de aquellos tiempos en que el poder, la sabiduría y el valor eran el carro de triunfo en que el nombre español paseaba los ámbitos del mundo.

(1) Creemos que nuestros lectores nos agradecerán la reproduccion de este escelente artículo, muy poco conocido.

En aquel emporio del arte esperaba encontrar la espresion viva y animada de nuestra nacionalidad á fines del siglo XVI, y algun reflejo del sol de la monarquia que entonces brillaba en mitad de los cielos, y que tan rápidamente se avecindaba al ocaso.

Ocupado en estos pensamientos me encaminaba este año al Escorial, y no acertaré á decir si fué mas de alegria que de tristeza la impresion que recibí, cuando desde las áridas cuestas de Galapagar vi dibujarse sobre el fondo pelado y pardusco de las montañas, las torres

Y el ventanaje del soberbio lienzo
Del templo augusto que ofreció famoso
Filipo en San Quintin á San Lorenzo

Verdad es que se me cumplia uno de mis votos mas ardientes; pero ¿en que estado iba á encontrar esta, que si no puede llamarse la octava maravilla, con razon se cuenta entre las maravillas del mundo, y puede apellidarse uno de los milagros del ingenio humano? No hace muchos años que un poeta ilustre decia de ella:

Que en destinos contrarios
Es palacio magnífico á los reyes,
Y albergue penitente á solitarios;

pero los solitarios ya no le habitan, y hace tiempo que la planta de los reyes no atraviesa sus umbrales.

Desde luego cautivó mi atencion la perfecta armonía que guardaba la casa de los cenobitas con los lugares en que tenia su asiento y con el objeto de su instituto. Situada á media altura de la desnuda y difícil montaña, y dominando como señora los frescos verjeles de la Herreria y de la Fresneda, estaba en la actitud de un hombre que decidido á levantar su espíritu á las regiones de la meditacion y del sentimiento, se despide de los huertos deliciosos de la llanura, y á la mitad de su penoso camino se para á cobrar aliento para mejor trepar á la montaña áspera de la abnegacion propia. Ya sabia yo que la eleccion de sitio habia sido objeto de la mas viva solicitud del fundador, y que solo después de muy maduras deliberaciones habian merecido su aprobacion las colinas que dominaban la entonces miserable aldea del Escorial; pero tan acertado acuerdo comenzaba á poner de bulto ante mis ojos su alto espíritu y rara capacidad.

Mi primer cuidado al apearme, fué lanzarme en busca de la entrada y fachada principal del monasterio. Deseaba juzgar por mi mismo, en cuanto mis escasos conocimientos alcanzasen, si eran fundados los cargos que habia oido hacerle sobre la mezquindad que resulta de las medias cañas ó columnas empotradas, del numeroso ventanaje y de la desnudez general y escesiva. Ajeno casi por entero á los conocimientos profundos que sirven de base al arte difícil de la arquitectura, poco peso debe tener mi opinion en tan arduas materias; pero los que de esta sencillez y severidad levantan un cargo al edificio, me parece que se olvidan de la significacion y filosofía del arte. Si la conformidad con el objeto es la primera ley de todo el edificio, fuerza les será convenir que el aire grave y modesto del conjunto era lo único que podia decir bien con la austeridad y recogimiento monacal y con el carácter del fundador. En vez del palacio de los poderosos reyes de España, vean el monasterio de San Gerónimo, y seguro es que su opinion se modificará.

De todos modos, y cualquiera que sea la impresion que resulte de la fachada, el soberbio patio de los Reyes es digno preliminar de la suntuosidad de la iglesia y de las demás riquezas arquitectónicas y de todas clases de la fábrica. La trabazon, ajuste y buena correspondencia, de que resulta gran hermosura, á pesar de que ningun mérito especial tiene la arquitectura que forma los lienzos de norte, poniente y mediodia; las seis magníficas estatuas colosales de otros tantos reyes del Antiguo Testamento, y las dos gallardas y elegantes torres, forman un conjunto de todas veras sorprendente.

La iglesia era el principal objeto de la obra de Felipe II, así porque con ella cumplia el voto ó promesa hecha á S. Lorenzo el dia de la victoria de S. Quintin, como porque pensaba que sirviese de panteon regio, estrenándola con el entierro y traslacion del cuerpo de su augusto padre, que en su testamento le habia dejado encomendada la eleccion del lugar de su eterno descanso. Así es que, como advierte muy bien el padre Sigüenza (1), á ella van á parar como á un centro comun, y están subordinadas todas las líneas y partes del inmenso edificio con esquisita armonía y tan completa unidad, que desde luego se conoce el particular amor y esmero del fundador y de los arquitectos. No ha sido ni es mi ánimo detenerme en la relacion de sus partes y adornos de todos géneros, porque esto además de prolijo y poco necesario, habiendo tantas relaciones precedentes, estenderia demasiadamente los límites de este artículo; pero me parece digno de advertirse que en este templo que anonada con su grandeza, y debajo de su soberbia cúpula, es donde se concibe la inmensidad de la obra que emprendió y prosiguió con ejemplar constancia por espacio de treinta y ocho años uno de nuestros mayores monarcas.

Animado debia de ser el cuadro que presentaban, no ya las cercanías del Escorial únicamente, donde tantos millares de hombres y de bestias sin cesar iban y venian, con tan maravilloso órden y concierto como pudieran las abejas en una colmena, sino tambien otros puntos mas distantes en que nacionales y estranjeros trabajaban de consuno para dar cumplido remate á tan atrevida empresa. En las canteras de jaspe, vecinas al Burgo de Osma, andaban sacando y labrando, españoles é italianos, los jaspes pertenecientes á la fábrica. En Madrid se hacia la obra de la custodia, el relicario y parte del retablo grande, y en Zaragoza se fundian y labraban las rejas principales de bronce de la iglesia, y los antepechos que corren por lo alto de ella. En las sierras de Filabres se sacaba mármol blanco, y en las de las Navas, y en Estremoz, y en las orillas del Genil, junto á Granada, y en las sierras de Aracena, y otras partes, mármoles pardos, verdes, colorados, negros, sanguíneos, y de cien hermosos colores y diferencias. En Florencia y en Milan se fundian grandes figuras de bronce para el retablo y entierros. En Toledo se hacian lámparas, candeleros, ciriales, cruces, incensarios y navetas de plata. Al mismo tiempo se pintaban multitud de cuadros y de historias, los frescos de Peregrin de Peregrini, y de Lugueto; los admirables cuadros al oleo de nuestro insigne Juan Fernandez de Navarrete, el *Mudo*, las no menos pasmosas iluminaciones de los legos fray Julian y fray Andrés de Leon; venian de Flandes otras innumerables pinturas de paisaje; cincelaba Juan Bautista Monegro sus hermosas estampas, y se acopiaban libros riquísimos para llenar la magnífica biblioteca. No hablo aquí de las demás obras rurales ó pertenecientes á este género que en la Huerta, en la Fresneda y en el Quejigar se continuaban con singular empeño, ni menos de las fuentes, conductos, arcas de agua, fundiciones de todas clases, ornatos preciosísimos de iglesia; solamente he querido presentar un breve resúmen del aliento y calor que entonces recibian del rey, inmediato inspector de todo, las artes mas nobles y mas dignas de levantar el ingenio del hombre á pensamientos sublimes.

Era Felipe II asentado y grave en demasía en todos sus planes y propósitos, para pagarse de relumbrones pasajeros y ceder á la necia vanidad de ostentar lujo y esplendor. La solidez, la claridad y el buen concierto y correspondencia de las partes forman la base de este edificio, en que sin embargo el pormenor mas insignificante y abandonado al parecer descubre de muy lejos la magnificencia del fundador. Los anchurosos y bien trazados escalones de la escalera principal, las jambas y dinteles de las enormes puertas, las columnas de la bella galería llamada *de los convalecientes*, están labrados de una sola pieza, ofreciendo así líneas harto mas puras y severas que si fuesen de materias mas preciosas y careciesen de tan noble cualidad. En toda la obra se divisa la influencia de una inteligencia elevada y robusta, que con toda distincion abrazaba y clasificaba la portentosa unidad del conjunto y la no menos portentosa variedad de los detalles.

Cualquiera que fuese sin embargo la sencillez y llaneza del fundador en todo lo perteneciente á los usos de la vida y á las exigencias de la vanidad, donde quiera que se trataba de dar realce y desarrollo á una idea general, todo venia estrecho á su grande ánimo. Buenos testigos de ello son las innumerables riquezas con que supo adornar la iglesia y todo lo adyacente, el lujo de los ternos y ornamentos, las estatuas de bronce de Pompeyo Leoni, la custodia de Jacobo Trezzo, los frescos de Lucas Cambiaso, los cuadros al oleo de Peregrin, del famoso Fernandez de Navarrete, de Alonso Sanchez Coello, el Ticiano Portugués, y de Federico Zucaro; la esquisita labor, escelente diseño y riquísimas maderas de la sillería del coro, su librería numerosa y escogida, y por último, el maravilloso crucifijo de Benvenuto Cellini, que está en el trascoro y sirve de digno remate á todas estas grandezas. El claustro principal, que por andar á su alrededor las procesiones forma tambien parte de la iglesia, contrasta con la estraordinaria desnudez de los laterales por los frescos atrevidos y vigorosos de Peregrini, que á tiro de arcabuz descubren la gran escuela de su famoso maestro Miguel Angel; por las estaciones ó retablos cerrados y pintados por dentro y fuera, obra del mismo, de Rómulo Cincinato y de los españoles Luis de Carvajal y Miguel Barroso; por los lienzos del *Mudo*, que adornan el claustro alto, y por el bello templete de los evangelistas que está en el medio, con sus fuentes y estatuas de Juan Bautista Monegro. Tal y tan grande era la aficion de este monarca á las pompas del culto católico, cuya unidad simbólica representaba á sus ojos una idea luminosa de gobierno y de fortaleza, única que en el siglo XVI podia comprender su vasta y enérgica capacidad.

Sin embargo si á solo esto se redujese su magnificencia, á los ojos de aquellos para quienes el arte no levanta su voz mágica, pudieran pasar estos esfuerzos por hijos legítimos de un fanatismo poco ilustrado; pero el templo que levantó al saber en la suntuosa biblioteca, prueba que su alma estaba templada para comprender á su gran siglo. Sabido es que uno de los objetos de su predileccion fué fundar, á la par del

(1) *Historia de la órden de San Gerónimo*, libro IV, discurso III.

monasterio, un establecimiento completo de educacion, planteando y dotando competentemente un seminario destinado á la primera enseñanza, y un colegio destinado á la segunda, que han durado hasta nuestros dias. Harto conocia que las luces y la verdadera religion se hermanan por una lógica y natural conformidad, y asi es que no solo allegó para este gran depósito los libros propios de las ciencias eclesiásticas, sino que procuró convertirle en un centro comun de cuantos conocimientos formaban entonces el patrimonio del entendimiento humano. Juntose grandisima copia de manuscritos de la mayor antigüedad y respeto, griegos, hebreos, árabes, caldeos, latinos, y los pertenecientes á las lenguas modernas; aqui vino á parar la famosa coleccion del célebre historiador y diplomático D. Diego de Mendoza; aqui se reunieron en crecido número devocionarios riquisimos y volúmenes de grabados y dibujos escelentes para entonces, que podian servir de guia y de ejemplo á los que hubiesen de abrazar tan dificil carrera; aqui vinieron á parar tambien el *Códice aúreo*, joya inapreciable, no solo para la bibliografia, sino tambien para marcar los pasos del arte del diseño; el *Apocalipsi* del apóstol San Juan, con iluminaciones y figuras de gran precio para la historia del arte; y finalmente infinito número de globos, esferas, astrolabios, mapas, instrumentos astronómicos y geográficos de todas clases, y hasta modelos de embarcaciones. Por duro y pesado que se hiciese el yugo de este rey en los puntos de fé y de creencias, fuerza es confesar que no era uno de esos tiranos vulgares que se convierten en centro de todas las combinaciones, y para manejar y dominar mejor la situacion, tienden á igualar con su pequeñez el movimiento de los pueblos que rigen. Felipe II no ahogaba, sino que procuraba encaminar á un determinado fin los elementos de progreso intelectual y moral que tanto bullian en España, y mas bien acaudillaba que embarazaba la marcha general de las ideas. No debemos olvidarnos de que en su tiempo, con instrucciones en gran parte redactadas por él y escritas de su propio puño, acometió el ilustre Arias Montano la gigantesca tarea de su *Biblia poliglota*, monumento único en su tiempo de saber y de grandeza, asi en el pensamiento como en la ejecucion. A sus espensas tambien, y por encargo especial suyo, emprendió el doctor Francisco Hernandez, natural de Toledo, su *Viaje á las Indias Orientales*, de donde volvió al cabo de cuatro años con quince tomos en folio, en donde traia pintados con sus propios colores y proporciones las plantas, animales y trajes de aquellas remotas regiones, y esplicadas con gran órden y concierto sus virtudes, usos y condiciones (1). El rey acudió con larga mano á los gastos de esta importante obra, y la hizo encuadernar con el esmero y decoro que merecia. Y por último, para prueba de la tolerancia de este rey en todo lo que inmediatamente no se rozaba con las cuestiones de gobierno y con el órden establecido, baste advertir que Juan de Mariana escribió y publicó en su tiempo su libro *De Reje et regis institutione*, que poco despues fué quemado en Paris por mano del verdugo, y que en determinados casos abogaba por el regicidio; sin que á su autor le viniesen por eso disgustos ni persecuciones de ninguna clase.

Escusado parece añadir que quien tanto honraba la sabiduria y los sabios procuraria aposentar sus obras de una manera digna de su poder y de sus altos pensamientos. Efectivamente la biblioteca del Escorial, al decir de nacionales y estranjeros, es uno de los monumentos mas notables que se han levantado á la gloria de las artes y las letras. Muchos de los segundos han atribuido á Miguel Angel los admirables frescos de la bóveda: tan valiente y atrevida manera desplegó Peregrin en ellos. Aunque de género distinto, no menos agradables parecen las composiciones de Bartolomé Carducci, que corren á lo largo de las paredes por encima de la estanteria, alusivas á la clasificacion de las ciencias, representadas por otras tantas matronas en la clave de la bóveda, comenzando por la filosofia y acabando por la teologia, dechado entonces de perfeccion y término de todos los esfuerzos y estudios. Con estos bellos adornos cuadra la estanteria de órden corintio, tan bien concebida como labrada, y donde se emplearon las maderas mas ricas y costosas que entonces se conocian, como ácana, cedro, caoba, naranjo, y otras varias que forman escelente concordancia con el pavimento y zócalo de mármol y jaspe, y con las mesas y demás adornos.

De esta hermosa coleccion, que aunque no tuviera otro mérito que el haber sido ordenada por el ilustre Arias Montano, deberia tener subido precio á los ojos de todos, consumió gran parte el desastroso incendio acaecido en tiempo de Carlos II. Alli perecieron la mayor parte de los manuscritos árabes, juntamente con el estandarte del profeta, que tomó en Lepanto D. Juan de Austria; y á duras penas se pudo cerrar á las llamas el paso á la pieza principal donde estan las pinturas de Peregrin y Carducci. Perdiéronse aqui grandes riquezas y originales que ha sido imposible reemplazar, y junto con ellos gran porcion de instrumentos fisicos y matemáticos.

(1) En el año de 1790 se reimprimieron las obras del doctor Hernandez en la imprenta de Ibarra, bajo la direccion del distinguido botánico D. Casimiro Ortega.

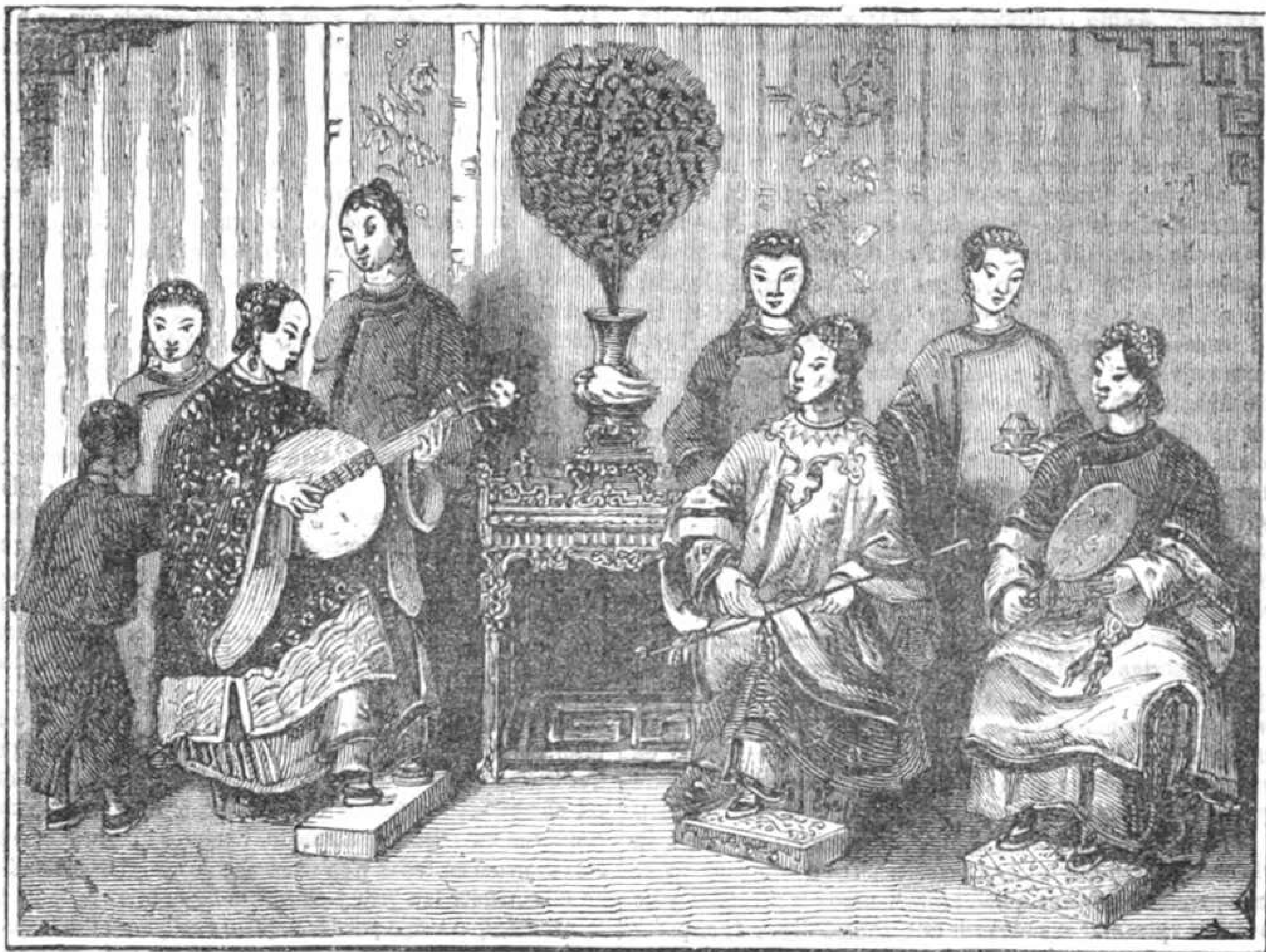
Como, segun ya dejo indicado, no es mi propósito dar menuda cuenta de las bellezas artísticas del edificio, y prefiero hablar de aquellas cosas que mas dan á conocer su indole y carácter, justo será decir algo del aposento del fundador. Si fuese necesario probar que su alma vivia en la region de las ideas y grandes hechos, bastaria la presencia de esta celda desnuda y pobre como la del último fraile, para ponerlo de manifiesto. Hay un secreto impulso que hiela y comprime á vista de aquellas paredes blancas, de aquel friso de azulejos, de aquellas mezquinas alacenas metidas en la pared, de aquella silla de simple terciopelo verde con la banqueta para estender la pierna mortificada de la gota, y finalmente del aposentillo lúgubre y oscuro que da vista al altar mayor, y donde sufrió su última y horrible enfermedad, cuya narracion eriza los cabellos, con la constancia de un estóico y la resignacion de un cristiano. Los padecimientos de Job en realidad no parecen sino símbolo y parábola incompleta de los de este monarca, que ni se quejaba ni disputaba sobre su inocencia, viendo su cuerpo consumido de podre, y que ni podian llegar á él, ni refrescarle, ni aliviarle en manera alguna. Ordenó que su hijo se hallase presente al darle la estrema-uncion, y le dijo: «He querido que os halleis presente á este acto para que veais en qué para el mundo y las monarquias.» Encargole mucho mirase por la religion cristiana y defensa de la santa fé, y por la guarda de la justicia, y procurase gobernar y vivir de manera que cuando llegase á aquel punto se hallase con seguridad de conciencia: mandose descubrir las llagas grandes que tenia, y le dijo: «Ved, hijo, cómo trata el mundo y el tiempo á los reyes, y la igualdad con que padecen todas las miserias á que está sujeto todo hombre; y considerad que aunque yo he vivido con el cuidado que me ha sido posible de cumplir con mis obligaciones, aqui me ha castigado Dios hartas faltas que debo haber hecho, con lo que ha sido servido que padezca, y allá no sé cómo será; mirad qué hará á quien se derramare mas;» y mostrándole tras esto un crucifijo y una disciplina llena de sangre, le dijo: «Con este crucifijo murió, hijo, vuestro abuelo el Emperador, mi señor, tan católico como yo; y con su ayuda acabó; haced vos lo mismo reverenciando esta santa imágen de Dios como lo debeis y hicimos S. M. y yo, y merecereis las mercedes que puede haceros; y esta sangre de esta disciplina no es mia, sino del Emperador, mi señor, y yo ejercité mal este bien; pero hela guardado porque demás que es nuestra, aprovecha para que nos acordemos de que nosotros, mejor que nadie, tenemos necesidad de derramarla en esta forma; tomad y guardad estas reliquias teniéndolas en mucho, y quedad con Dios, bendecido dél como de mi:» y bendiciéndole como pudo le dejó y no le vido mas.

He copiado este cuadro tan sencillo como enérgico del libro de Baltasar Porreño, titulado *Dichos y hechos de Felipe II*, persuadido de que darian harto mayor ideas sus palabras, que no las mias, de este estraño carácter, que con la muerte cobraba, si cabe, mayor realce, como con un cristal de aumento. Carácter que con un sello indeleble está grabado en todas y en cada una de las partes del edificio, página en mi entender tan viva y elocuente de su historia, y de la historia de la nacion, que tengo por incompleto cualquier estudio que se haga sin tenerla á la vista. Ni concluye en su reinado, pues sucesivamente la piedad de los reyes fué adornando y embelleciendo este monasterio con los lienzos admirables de Velazquez, Zurbarán, Carreño, Pantoja y Coello, y con los frescos de Jordan, que si bien incorrectos en su dibujo, con razon asombran por su imaginacion riquisima, composicion clara y atrevida, variedad infinita de escorzos y posturas, valentia en los términos, y sobre todo por su fecundidad y lozania inagotable. De manera que alli patente se ve el vigor y la decadencia en el arte, compañero del vigor y decadencia en la monarquia, pues para que ni aun contrastes falten á esta obra, al lado de la severidad magnifica y solemne del rey, que solo gastaba en su casa cien mil ducados, se ven los púlpitos chillones y de perverso gusto y mezquino primor, mal pegados á la iglesia en tiempo del último monarca, que por su parte distaba tanto del fundador, como su obra de los entierros reales y del retablo principal.

Si esta obra pasa con razon por una de las mas nacionales, por la mas nacional quizá de España, pues ninguna mejor ni mas completamente que ella refleja la fisonomia de aquel tiempo, en que puesta debajo de la mano de Felipe II figuraba un cuerpo compacto y bien ligado; claro está que es deber muy estrecho de los que rigen sus destinos conservarla á toda costa. Mala cuenta darian de su encargo los que se olvidasen de que las naciones viven en su parte moral del entusiasmo, que no se despierta sino á vista de los grandes pensamientos y de las acciones elevadas. Si prescinden de las necesidades intelectuales de sus pueblos, otro tanto valdria que gobernasen un rebaño de animales. Abandonar el Escorial á la mala suerte que ha comenzado á caberle, con tanta injusticia como responsabilidad de los que pudiendo remediarlos no lo han hecho, equivaldria á proscribir tácitamente en España todos los impulsos nobles del corazon y del entendimiento; equivaldria á ajar el resto de dignidad y noble orgullo, que heredado circula en

nuestras venas á despecho de la suerte; equivaldria finalmente á cegar una fuente de riqueza material, privando á los estranjeros de este estímulo para visitar nuestro pais, dejando en él su dinero y cobrando estimacion á un pueblo que si ha caido de la rueda instable de la fortuna, todavía no ha abdicado por entero su antiguo carácter. Harto importante papel se han arrogado los intereses para que el culto de los sentimientos y de las ideas ande tan tibio y abatido, y desamparado de los pocos hombres capaces de apreciarlo.

El gobierno debe pensar en resolver con acierto el problema de la conservacion de este joyel inestimable, cifra de nuestra pasada grandeza. En mi opinion no hay mas que un medio, que es establecer en el edificio una corporacion que con espíritu de tal lo cuide y mantenga, cualquiera que su nombre sea, que en punto á nombres no es regular pararse ni asustarse, tratándose de un asunto de tanto interés: de lo contrario la degradacion sucesiva del edificio es inevitable. Ni en la diligencia del administrador del real sitio, ni en el estrecho círculo de sus escatimadas atribuciones, cabe el atender á tan vasto cargo, ni reparar todos los quebrantos. Gotera que se remediaba con cortísimo desembolso, mientras va el parte, viene la órden, se forma el presupuesto y se apuran los trámites oficinescos, levanta ya considerable costo, si no ha hecho daños irremediables. Unas cuantas han acabado con el techo de la galería de batallas, pintado de bellísimos grotescos por los hermanos Bergamascos, Fabricio y Granelo, y si en la bóveda de la escalera principal se abriesen algunas (cosa muy natural atendido el ventarron casi continuo), á poco que se descuidasen darian en el suelo con los celebrados frescos de Jordan. Ya en el dia en un abandono deplorable se empolva, reseca y descascara la famosa Cena del Ticiano, que está en el refectorio, y hace años que la torre del ángulo de me-



diodía y poniente, rajada y ladeada, amenaza mayores daños. Yo he sido testigo mas de una vez del celo del actual administrador; pero además de tener las manos atadas, raya en imposible que la diligencia de un solo hombre pueda vencer tantas dificultades. En una palabra, creo dificilísimo que el Escorial se conserve sin una corporacion que lo cuide y habite.

Al hablar de este viaje, que ha dejado en mi alma impresiones hondas y duraderas, me he creido obligado á dar mi pobre opinion y desinteresado consejo al gobierno, opinion y consejo de que participan cuantos hombres celosos del nombre español he oido hablar de este asunto. Con él está ligada mas íntimamente de lo que muchos creen la honra de la nacion, pues cuando blasonamos de amigos de las luces y de la regeneracion de nuestro pais, seria ponernos en notable desacuerdo con nuestros propios principios, dejar venirse al suelo este monumento depositario de tantos nombres ilustres, muestra del gran ingenio de Juan Bautista de Toledo y de Herrera, y de la capacidad y poderío de Felipe II (1). Estas páginas de la historia del mundo, escritas no con sangre sino con los caractéres luminosos de las artes, encierran mas elementos de civilizacion y de adelanto, que otras muchas teorías y sistemas, cuyo único mérito consiste principalmente en no haberse ensayado en el teatro de la esperiencia. Creaciones que con tanta claridad interpretan y desenvuelven los axiomas del sentimiento, son de todos tiempos y lugares, y tienen hecha la prueba de su nobleza y aun de su utilidad. El Escorial por ambos conceptos merece la aficion de todos los españoles; tanto valdria arrancar de la historia y de la memoria de los hombres las jornadas de Lepanto y de Pavía, como dejar apagarse esta antorcha resplandeciente del gran siglo XVI.

ENRIQUE GIL.

(1) «Fué (Felipe II) diestrísimo en la geometría y arquitectura, y tenia tanta destreza en disponer las trazas de palacios, castillos, jardines y otras cosas, que cuando Francisco de Mora, mi tio, trazador mayor suyo, y Juan de Herrera, su antecesor, le traian la primera planta, asi mandaba quitar ó poner ó mudar, como si fuera un Vitrubio ó Sebastiano Serlio: alcanzó tanto en esta facultad que escedió á los mas peritos de ella: y por ser tanta su destreza y aficion, tenia mi tio todos los dias una hora determinada para acudir á la consulta de las trazas con S. M., que fué inclinadísimo á edificar, como lo manifiestan las innumerables obras que hizo.» —Porreño. —*Dichos y hechos de Felipe II*, cap IX.

CARTHON,

POEMA DE OSSIAN.

¡Este es un cuento de los antiguos tiempos! ¡Estas son las hazañas de los dias de otros años!

El murmullo de tus torrentes, ¡oh Lora! trae á la memoria lo pasado. El susurro de tus bosques, Garmallar, es dulce á mis oidos.

¿No ves, Malcina, una roca coronada de verdura? Tres seculares pinos con su doblado tronco se alzan sobre su cumbre: verde es el estrecho valle que se estiende á sus piés: allí crece la flor de los montes y mece sus blancos pétalos al soplo de la brisa: allí está tambien el solitario cardo esparciendo su canosa barba. Dos piedras, casi enterradas en el suelo, se hallan cubiertas de musgo. El corzo de las montañas

huye de este sitio, porque ve aparecerse allí una sombra oscura (1). Oh Malcina! El poderoso yace en la angosta esplanada de la roca.

¡Este es un cuento de los antiguos tiempos! ¡Estas son las hazañas de los dias de otros años!

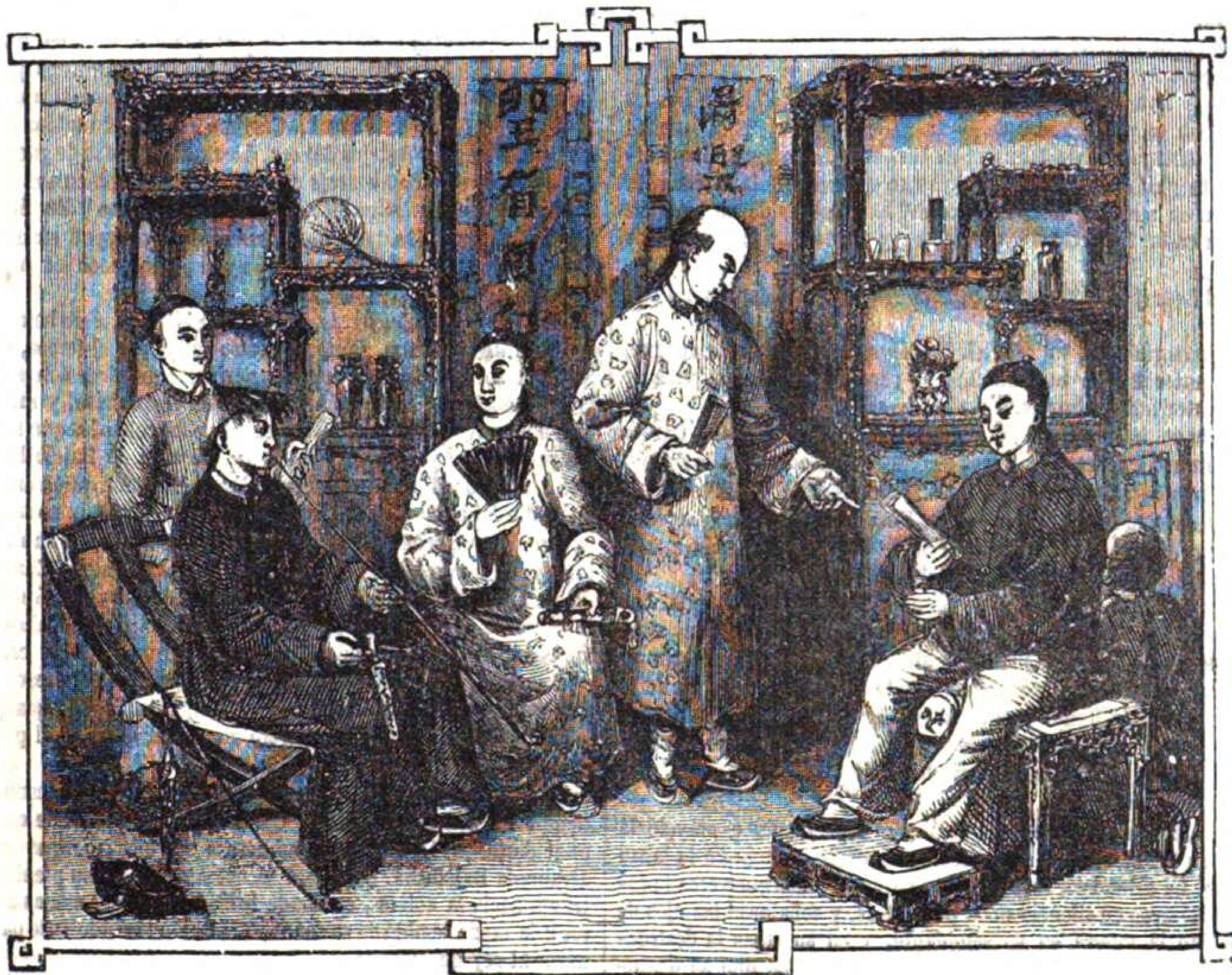
¿Quién llega de estranjeras tierras, rodeado de miles de guerreros? El astro del dia derrama delante de él un torrente de luz. Sus cabellos ondean con el viento de sus montañas. El genio de la guerra está impreso en su semblante. Su continente es tan reposado como el lucero de la tarde cuando desde las nubes del oeste saluda al silencioso valle de Cona.

¿De quién hablo yo sino del hijo de Comhal, el rey de las heróicas proezas (2)? Vedle ahí cómo contempla con gozo sus montañas, y cómo ordena que se entonen mil sonoros cantos.

—¡Hijos de lejanas tierras, habeis huido á vuestros campos! El señor de la tierra descansa en su palacio, y desde él escucha la fuga de su pueblo. Eleva airado al cielo sus enrojecidos ojos, y empuña la espada de su padre. ¡Hijos de lejanas tierras, habeis huido á vuestros campos!

Estas eran las voces de los bardos, reunidos en los palacios de Selma. Infinitas antorchas (3) cogidas entre el botin á los estranjeros, lucian en medio de la muchedumbre. La fiesta se hizo general y toda la noche se pasó en el regocijo.—¿En dónde está el noble Clessammor (4), esclamó Fingal el de la hermosa cabellera? ¿En dónde se encuentra el hermano de Morna, cuando suenan las horas de mi alegría? Melancólico y olvidado pasa su vida en el sonoro valle de Lora: mas héle aquí cómo baja de la montaña, que sigue á sus compañeros por el hálito, sacudiendo al aire su brillante crin. Bendita sea tu alma, Clessammor! ¿por qué vives tan lejos de Selma?

—¿No es verdad que el caudillo ha vuelto de la pelea rodeado de su



antigua gloria? Oh, sí! Lo mismo que tú, era renombrado tu padre Comhal en los combates de su juventud. Muchas veces hemos atravesado juntos el Carum para ir en busca de los estranjeros. Los señores de la tierra no se regocijaban con nuestra marcha, ni nuestras espadas volvian limpias de sangre. Mas ¿por qué recuerdo yo los tiempos de nuestras guerras? Mis cabellos ya encanecen; mi mano olvida el manejo del arco, y solo puede sostener mi brazo una lanza mas ligera. Oh! ¡si tornase mi contento como cuando he visto por primera vez á la jóven Moina, á la hija de los estranjeros, con su pecho de nieve y sus ojos azulados!

—Cuéntanos la historia de tus juveniles años, dijo el poderoso Fingal. El pesar oscureció tu alma, Clessammor, como una nube cuando cubre el sol. Solitario á orillas del Lora bramador, lúgubres deben ser tus pensamientos. Déjanos oir lo melancólico de tu juventud y lo sombrio de tu vida.

—«Esto aconteció en los tiempos de paz, replicó el gran Clessammor. Llegué en mi veloz nave á los muros que encierran las torres de Balclutha. Los vientos mugian detrás de mis velas, y las aguas de Clutha recibieron mi bajel de negra popa. Tres dias permanecí en el palacio de Reuthamir, y allí ví á su hija, aquel rayo de luz. Celebráronse festines, y el anciano héroe me concedió la mano de la hermosa Moina. Sus pechos eran como la espuma de las olas, y sus ojos brillaban como las estrellas: su cabello era negro como las alas del cuervo, y su corazon dulce y generoso. Grande era mi amor hácia Moina: el placer rebosaba en mi pecho.

»Se presentó en este tiempo el hijo de un estranjero que amaba tambien á Moina la del blanco seno. Hablaba en el palacio con altanería, y á menudo se propasaba casi á desenvainar la espada. ¿En dónde está, gritaba, el poderoso Comhal, el incansable aventurero de los campos? ¿Viene acaso á Balclutha con su hueste, y por eso se muestra tan osado Clessammor?—Guerrero! repliqué, mi arrogancia no es mas que la espresion del valor de mi alma. Mira cómo estoy sin miedo, rodeado de tus numerosos amigos, y teniendo mis valientes lejos de aquí. ¡Estranjero! Osadas son tus frases, porque Clessammor está solo; pero ya en mi costado se estremece la espada y ansía relucir en mi mano. Hijo del sinuoso Clutha, no hables mas de Comhal!

»Su ira ya no conoció límites. Peleamos, y cayó bajo mi espada. Las orillas de Clutha oyeron el estruendo de su caida. Mil lanzas brillaron á mi alrededor. Combatí: los estranjeros llevaban lo mejor de la pelea, me arrojé á las aguas de Clutha. Alzáronse mis blancas velas y atravesé el cerúleo mar. Moina corrió á la playa, y sus encendidos ojos brotaron copioso llanto, sus cabellos flotaban sueltos al viento, y yo oia sus distantes y lastimeros gemidos. He intentado muchas veces guiar hácia sus playas mi nave, pero prevalecieron los vientos del este. Desde entonces no he vuelto á ver ni á Clutha ni á Moina la de la ne-

(1) Era creencia antigua, dice Macpherson, que los ciervos veian los cuerpos de los aparecidos, y aun hoy dia, cuando los animales se estremecen repentinamente sin motivo conocido, el vulgo se imagina que es por que ven las sombras de los difuntos.

(2) Fingal, á quien supone el poeta victorioso de vuelta de una espedicion contra los romanos. Ossian describe esta en otro poema titulado *La batalla de Crona*.

(3) Probablemente hachas ó velas de cera, citadas muchas veces como parte del botin, que se cogia en las provincias romanas.

(4) Clessammor quiere decir *grandes hazañas*.

gra cabellera. Murió en Balclutha porque se me presentó su sombra. La reconocí al atravesar en medio de las tinieblas de la noche las corrientes murmuradoras del Lora: parecíase á la luna nueva vista al través de la agrupada niebla, cuando caen del cielo copos de nieve y el mundo está oscuro y silencioso.

«Entonad, bardos, las alabanzas de la desgraciada Moina, dijo el poderoso Fingal. Atraed con vuestros cantos su sombra á nuestras colinas; que descanse con la belleza de Morven, el fulgente sol de otros tiempos, el deleite de los antiguos héroes. Yo tambien he visto las murallas de Balclutha, pero ya estaban arruinadas. El fuego se ha enseñoreado de sus palacios, y la voz del pueblo no se oirá mas allí. El rio de Clutha salió de su cauce, oprimido bajo los escombros de los muros. El cardo sacudia su solitaria flor, y el musgo silbaba al soplo del vendaval. Veíase la zorra acechar por las grietas de las paredes, y la crecida yerba oscilar á un lado y otro. La mansion de Moina yace desolada, y solo el silencio habita en la casa de sus padres.

Entonad, oh bardos! el canto fúnebre sobre la tierra de los estranjeros. Ellos no han hecho mas que morir un poco antes que nosotros; dia llegará en que tengamos que seguirlos.

¿Para qué levantas palacios, hijo del veloz tiempo? Hoy puedes asomarte á tus torres, y dentro de pocos años el viento de la soledad correrá por dentro de ellas, bramará en tus desiertos patios y silbará alrededor de tu gastado escudo. Cuando sople el viento de la soledad, la fama llevará en sus alas nuestro nombre! Las huellas de mi brazo se conservarán en la historia de las batallas, y mi nombre en los himnos de los bardos.

¡Cantad! ¡propagad el festin! ¡que el contento resuene en mi palacio!

¡Cuándo morirás tú, sol del cielo! Si alguna vez te has de apagar, espléndida antorcha, si tu brillantez es perecedera como la vida de Fingal, nuestra fama sobrevivirá á tus rayos.»

Asi era el canto de Fingal en el dia de su regocijo. Sus mil bardos se inclinaban hácia delante desde sus asientos, para oir la voz de su rey, parecida al sonido del arpa, traido por las brisas de la primavera. Tus pensamientos salian llenos de pasion, oh Fingal! ¿Por qué no fué dado á Ossian poseer la fuerza de tu alma? Mas tú eres único, padre mio! ¿Quién puede igualarse con el rey de Selma?

La noche se pasó cantando y sorprendió la mañana su alegría. Los montes mostraban sus pardas cimas, y la azulada faz del Océano sonreia. Veíanse las blancas olas juguetear alrededor de las distantes rocas.

Alzóse lentamente del Océano una niebla, y corrió á lo largo de la silenciosa playa en la figura de un caduco anciano. Sus grandes miembros no se movian al impulso de sus pasos, sino que una sombra le sostenia pendiente en el aire. Adelantose hácia el palacio de Selma, y se deshizo en una lluvia de sangre.

El rey fué el único que presenció este espectáculo y preveió la muerte de su pueblo. Corrió silencioso á su palacio, y empuñó la lanza de su padre. La armadura rechinó sobre su pecho. Sus guerreros le rodearon, se miraron en silencio unos para otros, y señalaron los ojos de Fingal. Veian la guerra en su semblante, y en su lanza la destruccion de los ejércitos. Mil escudos se embrazan, á la vez que se desenvainan mil espadas. El palacio de Selma, cubierto de acero, brilla por do quier. El crujir de las armas va en aumento. Los pardos lebreles ladran desde sus manidas. Ni una palabra pronuncian los valerosos caudillos. Todos señalan los ojos del rey, y todos se preparan á blandir las lanzas.

—Hijos de Morven, esclamó el rey, ya se fué el tiempo de los festines. El pavoroso combate se aproxima á nosotros, y la muerte se mecerá dentro de poco sobre nuestra patria. Una sombra protectora de Fingal nos ha advertido la invasion del enemigo. Los hijos del estranjero vienen por el oscuro y agitado mar, porque del agua salió el anuncio del tenebroso peligro de Morven. Empuñe cada uno la pesada lanza, ciña cada uno la espada de su padre. Alcese sobre todas las cabezas el negro yelmo, y centellee en todos los pechos la bruñida armadura. El combate se acerca como una tempestad: pronto herirá nuestros oidos el rugido de la muerte.

Marchó el héroe al frente de su hueste, semejante á la nube que precede á una columna de verde fuego, cuando avanza de noche por el firmamento, y los marineros presagian la tormenta. Al llegar al elevado valle de Cona se detienen. Las doncellas de blanco seno los veian desde lo alto, como un bosque. Auguraban el esterminio de la juventud, y miraban con espanto hácia el mar. Las nevadas olas les parecian velas distantes y las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Alzose el sol sobre las aguas y vimos una lejana flota. Acercose como la niebla del Océano, y arrojó sobre la orilla sus guerreros. El jefe estaba entre ellos como el corzo en medio de la manada. Su escudo estaba guarnecido de oro. El rey de las lanzas marchaba con majestad. Dirigiose hácia Selma: sus numerosos guerreros le seguian.

—Id con el canto de paz, dijo entre tanto Fingal, id, Ullin, al rey de las espadas. Decidle que somos poderosos en la guerra, que son muchos los cadáveres de nuestros enemigos, pero que tambien gozan de la inmortalidad cuantos recibieron los hospitalarios festejos de mis palacios. Las armas de mis padres (1) se ostentan en las tierras estranjeras, y sus moradores se admiran, y bendicen á los amigos de la raza de Morven, porque nuestros nombres han resonado muy lejos, y al oirlo los reyes del mundo se estremecian, aun en medio de su hueste.

Ullin marchó con su embajada. Fingal se apoyó en su lanza: contempló el bélico continente de su poderoso enemigo, y bendijo al hijo del estranjero.

—¡Cuán majestuoso eres, hijo del Océano! esclamó el rey del selvoso Morven. Tu espada es un rayo de fuego en tu costado: tu lanza un pino que desafia la tempestad. El variado disco de la luna no es mas ancho que tu escudo. ¡Qué sonrosado tu rostro juvenil! ¡Qué suaves los rizos de tu cabellera! Pero este robusto árbol puede caer, y su memoria ser olvidada. Entonces la hija del estranjero se entristecerá mirando para el undoso mar; los niños dirán:—Nosotros vemos un bajel, quizá venga en él el rey de Balclutha. Las lágrimas brotarán de los ojos de su madre, y sus pensamientos se dirigirán á aquel que descansa en Morven.

Estas eran las palabras de Fingal, cuando Ullin llegó junto al poderoso Carthon. Arrojó á sus piés la lanza, y entonó el himno de paz.

—Ven al festin de Fingal, Carthon, desde el undoso mar. Ven á tomar parte en los festejos del rey, ó levanta la lanza de guerra. Muchos son los cadáveres de nuestros enemigos, pero tambien son famosos los amigos de Morven. Mira este campo, ¡oh Carthon! En él descuellan muchas verdes colinas, con musgosas piedras y césped susurrante: esos son sepulcros de los enemigos de Fingal; ahí yacen los hijos del undoso mar.

—¿Estás hablando, bardo, del selvoso Morven, á un hombre débil en la pelea? dijo Carthon. ¿Está mi rostro pálido por el temor, hijo del pacífico canto? ¿Por qué pues piensas anublar mi alma con la relacion de los que murieron? Mi brazo ha luchado en el combate, y mi nombre se estiende muy lejos de aqui. Ve y exige de los cobardes que se sometan á Fingal. ¿Podré yo que he visto la destruccion de Balclutha gozar del festin al lado del hijo de Comhal ¡ Comhal! El fué quién arrojó el fuego en medio del palacio de mi padre. Era yo jóven aun, y no sabia la causa por qué las vírgenes lloraban. Complacíanse mis ojos en medir las columnas de humo que se elevaban sobre mis murallas. Cuando en medio de mis amigos huia á lo largo de la colina, volvia frecuentemente la cabeza atrás con alegría. Pero segun crecieron los años de mi juventud y el musgo de mis arruinados hogares, fueron creciendo mis duelos: mis gemidos se alzaban con el dia, y mi llanto descendia con la noche. ¿No pelearé, le decia yo á mi alma, contra los hijos de mis enemigos? ¡Sí! yo pelearé, ¡oh bardo! siento hervir ya en el pecho todo su coraje.

Agrupáronse alrededor del héroe sus guerreros, y desnudaron á un tiempo sus brillantes espadas. Carthon está en medio de ellos como un pilar de fuego. Las lágrimas asoman á sus ojos, porque piensa en la arruinada Balclutha. Su cólera se ostenta en toda su plenitud. Miró al través hácia la colina, en donde brillaban con sus armas nuestros héroes: la lanza tembló en su mano, é inclinándose adelante parecia amenazar al rey de Morven.

—¿Iré yo el primero, se preguntó Fingal, al encuentro de ese jóven? ¿Le detendré yo en medio de su carrera, antes que su fama llegue á encumbrarse? Pero el bardo podria decir al ver la tumba de Carthon: Fingal consumió las fuerzas de sus mil guerreros, antes de que el noble Carthon muriese. No, bardo del porvenir! tú no amenguarás la fama de Fingal. Mil héroes pelearán con el jóven, y Fingal presenciará el combate. Si Carthon vence, me abalanzaré con toda mi fuerza como el torrente bramador de Cona. ¿Quién de mis caudillos lidiará con el hijo del undoso mar? Muchos son los guerreros que cubren la playa: fuerte es su lanza de fresno.

Adelantose el fuerte Cathul, el hijo del poderoso Lormar. Trescientos jóvenes, oriundos de su nativo suelo, acompañan al caudillo. Débil fué su brazo contra Carthon: sucumbió, y sus guerreros huyeron.

Comhal renovó el combate, pero rompióse su pesada lanza, y fué atado y arrojado sobre el campo. Carthon dispersó á su gente.

—Clessammor, dijo el rey de Morven. ¿En dónde está tu terrible lanza? ¿Verás atado á tu amigo Comhal en el torrente de Lora? ¡Alzate con todo el fulgor de tus armas, compañero del valiente Comhal ¡Que esperimente el mancebo de Balclutha todo el poder de la raza de Morven.

Alzose Clessammor, ostentando toda la fuerza de sus armas y sacudiendo sus canosos cabellos. Colocó el escudo á su costado y se arrojó á su enemigo con todo el orgullo del valor.

Carthon de pié sobre una roca vió avanzar al héroe. Placiale la alegría feroz de su semblante, y aquel denuedo en una cabeza plateada por los años

(1) Era costumbre de los antiguos escoceses cambiar sus armas con las de sus huespedes, las cuales conservaban religiosamente las familias, como señal de la amistad que habia existido entre sus antecesores.

—¿Blandiré mi lanza, esclamó, que nunca hiere sino una sola vez al enemigo, y preservaré con acentos de paz la vida del guerrero? ¡Majestuosos son los pasos del anciano! ¡Agradable es su continente aun en los últimos dias de su vida! Quizá sea el esposo de Moina, mi padre, el padre de Carthon que lidia dentro de su carroza. Muchas veces he oido decir que habitaba en el sonoroso torrente de Lora.

Asi decia, cuando llegó Clessammor con la lanza en alto. El jóven recibió el golpe con su escudo, y le habló palabras de paz.

—¡Guerrero de la anciana cabellera! ¿no hay un jóven que maneje la lanza? ¿No tienes un hijo que alce el escudo delante de su padre, y pelee con el brazo de la juventud? ¿Ha muerto la compañera de tu amor? ¿ó llora sobre la tumba de tus hijos? ¿perteneces tú al número de los reyes de los hombres? ¿Cuál será la fama de mi espada si tú mueres?

—Inmensa será, hijo del orgullo, replicó el alto Clessammor. He sido famoso en el combate, mas nunca revelé mi nombre á mi enemigo. Ríndete, hijo de las olas, y entonces sabrás que los golpes de mi espada subsisten en mas de un escudo.

—Yo nunca me rindo, rey de las lanzas, repuso el noble y arrogante Carthon. Yo tambien he luchado en el combate; yo tambien preveo mi futura fama. No me desprecies, caudillo de los hombres, porque mi brazo y mi lanza son tambien fuertes. Retírate junto á tus amigos; deja que vengan á pelear guerreros mas jóvenes que tú.

—¡Por qué hieres asi mi alma! prorumpió Clessammor soltando una lágrima. Los años no hacen temblar mi mano, y todavia puedo empuñar la espada. ¿Huiré yo á la vista de Fingal en presencia de aquel que tanto amo? ¡Hijo del Océano! Yo nunca huyo. Levanta tu puntiaguda lanza.

Dijo, y pelearon como dos opuestos vientos que se esfuerzan en arrollar las olas. Carthon emplea su lanza en evitarlos: aun permanece en la idea de que su contrario es el esposo de Moina.

Rompe en dos pedazos la radiante lanza de Clessammor, y se apodera súbito de su luciente espada.

Asi como Carthon estaba aprisionando al anciano jefe, echa este mano á la daga de sus padres, y observando descubierto el costado de su enemigo, abre en él una profunda herida.

Fingal, al ver rendido á Clessammor, se adelanta haciendo resonar sus armas. La hueste permanece silenciosa detrás de su rey, y solo dirige hacia él sus ojos. Este avanza como el sordo bramido de la tempestad antes que los vientos se desaten, y cuando al oirlo el cazador en la llanura corre á refugiarse en las cavernas de las rocas.

Carthon permanecia en su puesto, y la sangre corria de su costado. Al ver venir al rey de Morven se encendieron sus esperanzas de gloria: empero sus mejillas palidecieron, su cabellera volaba suelta, el yelmo vacilaba en sus sienes.

La fuerza de Carthon desfallecia, mas su alma permanecia indomable.

Fingal miró la sangre del héroe y detuvo su enristrada lanza.

—Ríndete, rey de las espadas, dijo el hijo de Comhal. Ya veo tu sangre. Has sido poderoso en el combate, y tu nombre jamás se marchitará.

—¿Eres tú el rey de tan estensa nombradia, replicó Carthon, el lidiador de la carroza. ¿Eres tú aquel rayo de la muerte que aterra á todos los reyes de la tierra? Pero á qué preguntarlo! Tú eres como el torrente de las montañas, tan fuerte como la avenida de los rios, tan veloz como el águila de los cielos. Oh! Si yo hubiese peleado con el rey de Morven, mi fama seria ensalzada en los cantares, y el cazador contemplando mi tumba, podria decir:—Ha luchado con el poderoso Fingal.—Mas ahora Carthon morirá desconocido, porque ha gastado sus fuerzas con los débiles!

—No! tú no morirás ignorado, repuso el rey del selvoso Morven. Muchos son mis bardos, oh Carthon! y sus acentos llegarán hasta las edades futuras. Los hijos de los tiempos que han de venir, escucharán el nombre famoso de Carthon, sentados alrededor de un encendido roble, y pasando las horas de la noche con las leyendas de la antigüedad. El cazador, descansando en la pradera, oirá el pasar de la susurrante brisa, y alzando sus ojos observará la roca donde ha muerto Carthon. Se volverá hácia su hijo y le enseñará el lugar en que murió el poderoso.—Aqui ha combatido el rey de Balclutha con la fuerza de mil torrentes.

El júbilo bañó el semblante de Carthon: este levantó sus dolientes ojos. Entregó su espada á Fingal, para que se colgase en los salones de su palacio, á fin de que la memoria del rey de Balclutha se conservase perpetuamente en el recinto de Morven.

El combate cesó por todo el campo: el bardo entonó el himno de paz. Los caudillos se reunieron alrededor del desfallecido Carthon, y escucharon con gemidos sus palabras. Silenciosos se apoyaban en sus lanzas, viendo de esta manera al héroe de Balclutha. Su cabellera suspiraba mecida por el viento, y su voz era débil y lastimera.

—Rey de Morven! esclamó Carthon: yo muero en medio de mi carrera. Una tumba estraña recibe en su juventud al último vástago de la raza de Beothamir. El luto mora en Balclutha, y la sombra del dolor en Crathmor. Pero ensalzad mi memoria en las orillas del Lora, donde habitan mis padres. Acaso el esposo de Moina llorará sobre el cadáver de su hijo Carthon!

Estas últimas palabras penetraron hasta el corazon de Clessammor, que enmudecido cayó sobre su hijo.

La hueste parecia asombrada alrededor. Ninguna voz se oia en la llanura.

Llegó la noche, y la luna contemplaba desde el oriente este funesto campo. Todos continuaban aun callados, como un silencioso bosque que alza sus copudos robles en Gormal, cuando los ruidosos vientos permanecen en sosiego y el melancólico otoño se estiende sobre los valles.

Tres dias lloraron sobre el cadáver de Carthon, y al cuarto murió su padre.

Los dos yacen en la estrecha esplanada de la roca, y una sombra melancólica protege su tumba. Allí se ve á menudo á la amorosa Moina, cuando el sol lanza sus rayos sobre las rocas y todo alrededor está oscurecido. Allí se la ve, ¡oh Malvina! pero no semejante á las hijas de la montaña. Su ropaje es de los de la tierra de los estranjeros: allí, allí está siempre solitaria y silenciosa.

El fin de Carthon entristeció á Fingal. Mandó á sus bardos señalar el dia en que retorna el umbroso otoño. Mas de una vez solemnizaron este dia cantando las alabanzas de aquel héroe.

¿Quién viene tan sombrío del bramador Océano, como la opaca nube de otoño?

¡El temblor de la muerte se ve en su mano! ¡Sus ojos son llamas de fuego!

¿Quién ruge en la oscura pradera de Lora? ¿Quién sino Carthon, el rey de las espadas?

¡El pueblo se humilla! Mirad! ¡Mirad su andar majestuoso, como la sombra tétrica de Morven!

Allí está tendido un poderoso roble que los violentos torbellinos arrebataron!

¿Cuándo escucharás, Balclutha, los ecos de tu alegria? ¿Cuándo te alzarás de nuevo, Carthon?

¿Quién viene tan sombrío del bramador Océano, como la opaca nube de otoño?

Estas eran las palabras de los bardos en los dias de sus lamentaciones. Ossian unió á ellos su voz y tomó parte en sus cantares. «Mi alma se ha afligido por Carthon. El ha muerto en los dias de su juventud. Y tú, oh Clessammor, en qué region tienes tu morada? ¿Ha olvidado tu jóven hijo sus heridas? ¿Vuela contigo en el seno de las nubes? Yo siento el sol (1), ¡oh Malvina! Déjame descansar. Acaso se me aparecerán en mis sueños. Ya pienso oir una débil voz. Los rayos del cielo se deleitan en brillar sobre la tumba de Carthon. Siento que se calienta alrededor.

¡Oh tú, que te estiendes por lo alto del firmamento, tan redondo como el escudo de mis padres! Oh sol! ¿en dónde están tus rayos? ¿en dónde está tu luz eterna? Al presentarte tú en tu majestuosa hermosura, las estrellas desaparecen en el espacio, y la luna pálida y fria se sepulta en las olas de occidente; pero tú sigues tu movimiento solitario. ¿Quién podria acompañarte en tu carrera?

Las encinas seculares de los montes caen: las mismas montañas se hunden con los años: el Océano crece y se amengua: la luna se pierde entre los cielos: pero tú eres siempre el mismo, regocijándote en el esplendor de tu carrera. Cuando la tempestad cubre al mundo de tinieblas, cuando el trueno brama y el rayo se desgarra, tú te miras en tu belleza desde las nubes, y te gozas en la tempestad. Mas para Ossian alumbras en vano. El ya no puede contemplar tus rayos, bien esparzas tus dorados cabellos desde las nubes del oriente, ó bien tiembles al entrar por las puertas del ocaso.

¿Quizá habrás nacido como yo para un tiempo limitado? ¿Quizá tendrá un fin tu vida? Entonces tú, durmiendo entre las nubes, no oirás negligente la voz de la mañana. Osténtate, pues, oh sol! con toda la magnificencia de tu juventud. La vejez es triste y sin amor. Es semejante á la luz crepuscular de la luna, cuando atraviesa quebrados nubarrones y la niebla rodea la colina; cuando el viento del norte sopla en los valles, y el viajero se detiene temeroso en medio de su jornada.

J. R. FIGUEROA.

DE LA FORMA QUE TENIAN LOS LIBROS Y LAS CARTAS EN LA ANTIGÜEDAD.

La forma que tenian los libros entre los antiguos ha dado márgen á multitud de controversias entre los eruditos modernos.

Los romanos daban á los manuscritos enrollados el nombre de volúmenes *(volumina)*, del latin *volvere*, porque el manuscrito se enro-

(1) Ossian era ciego.

llaba sobre sí mismo. La palabra *explicare*, que se encuentra á cada paso en los autores, significaba desarrollar, leer un manuscrito. Los escribientes, cuando habian terminado la copia de una obra, es decir, desarrollado completamente el rollo en que habian escrito, ponian en lugar de la palabra *fin* de que usan los modernos, las palabras *explicitus est liber*, ó *explicitus liber*; fórmula que hubo de abreviarse desde el siglo III, y hasta el descubrimiento de la imprenta, sirvió la palabra *explicit* para significar el fin de un libro latino ó español.

Muchas de las pinturas de Herculano representan personajes con volúmenes, en que leen, en las manos. Todos cuantos estan abiertos se desarrollan, escepto uno solo, horizontalmente y de izquierda á derecha, en el sentido de su longitud. La escritura que en ellos se figura se halla dividida en pequeñas columnas perpendiculares. Desarrollándose el papel en la propia direccion de la escritura, es decir de izquierda á derecha, hubiera sido de una longitud desmesurada una linea escrita desde el uno al otro estremo del rollo. Hubiera sido preciso enrollar y desarrollar el manuscrito tantas veces cuantas hubieran sido las lineas. Además, en el medio de la obra no podria abarcar á la vez la vista los dos estremos de lineas tan largas, lo cual hubiera ocasionado una constante confusion al lector. La division en columnas rememediaba estos inconvenientes. Se los desarrollaba poco á poco con la mano derecha, y á medida que se avanzaba en la lectura, se arrollaba de nuevo con la izquierda en el mismo sentido, ó en sentido inverso, la parte ya leida.

En los manuscritos que se desarrollaban perpendicularmente, estaba trazada la escritura en el sentido de la anchura, y no en el de la longitud. Como el papel mas ancho no lo era mas de veinte y cuatro dedos, y el papel del uso comun distaba mucho de tener esta dimension, no habia inconvenientes en escribir con columnas, y de uno á otro márgen.

Cuando estaba escrito el libro y las diferentes hojas de que constaba colocadas las unas á continuacion de las otras, se fijaba en el estremo de la última una vara, alrededor de la cual se enrollaba el volúmen.

Los cortes se denominaban frontis *(frontes)*, á causa de la colocacion de los rollos en las bibliotecas; se los recortaba, y después se les acababa de quitar con piedra pomez las barbas que les hubieran podido quedar. Muchas veces estaban pintados de color. Las de los *Tristes* de Ovidio lo estaban de negro, y por lo tanto, dice el poeta, fáciles de reconocer.

Los titulos, en lo general, se escribian en bandas de pergamino y de papirus, y se colocaban sobre el corte que salia del estuche ó caja.

Los volúmenes tenian las mas variadas dimensiones. En tanto que unos eran apenas del grosor de una vara delgada, se ha hallado uno en Herculano que contiene hasta ciento diez columnas de escritura, y otro cuya longitud escede á mas de veinte y cinco varas. Segun un pasaje de Isidoro de Sevilla, se sabe que las poesias y las cartas se publicaban en volúmenes pequeños, y las obras históricas en gran folio.

En lo general contenian los volúmenes mucha menos materia que nuestros libros ordinarios. En efecto, cada volúmen contenia solo un libro de una obra, y nunca una obra entera.

Para preservar los volúmenes de las picaduras de los insectos, se los encerraba en un estuche ó caja de piel ó de pergamino: algunas veces consistia esta cubierta en una hoja de papirus. Los rollos que componian una misma obra estaban reunidos en un haz, que se colocaba después en un estuche de una materia mas ó menos preciosa, y que algunas veces se cerraba con llave.

Las cartas se arrollaban en forma de volúmen. El sobrescrito colocado á la cabeza tenia primero el nombre del que escribia, en nominativo, y después en dativo el nombre de la persona á quien se dirigia la carta, y que iba algunas veces acompañada de uno ó de dos epitetos.

Sin duda muchas veces, para traer ciertas personas á la memoria de aquel á quien se escribia, se hacian figurar en el sobrescrito los nombres de muchas personas. Ciceron, al escribir á Tison, añadia á su propio nombre en el sobre de sus cartas, ya los nombres de su muger y de su hija, ya los de su hermano y de su sobrino.

La fecha del dia y del lugar iba colocada al final de la carta. Ciceron, cuya correspondencia es tan voluminosa y tan llena de interés, se olvidaba muchas veces de fechar sus cartas.

Entre los griegos se conjetura, segun un pasaje de Plutarco, que el sobrescrito esterior llevaba el nombre del que escribia y de aquel á quien se escribia. Entre los latinos, segun parece, no contenia el sobre sino un solo nombre.

Al papirus, empleado para las cartas mucho tiempo antes que el pergamino, se le daba, como entre nosotros, el nombre de papel de cartas (*charta epistolaris*), cortándolo tambien de modo que se adaptara á dimensiones muy pequeñas.

En el cuarto siglo se comenzó ya á hacer uso del pergamino.

Acabada de escribir la carta, se arrollaba y se ataba con una cinta cuyos dos estremos se pegaban al papel con cera ó con una especie de arcilla llamada *creta*, sobre la cual se imprimia el sello. Pero semejantes precauciones eran muy insuficientes para proteger la correspondencia, y se citan en la antigüedad mas de un ejemplo de la violacion del secreto de las cartas, sin saberlo las personas á quienes iban dirigidas.

L. L.

MANZANARES, DE VERANO.

A la sombra de una sábana
de las que hay en sus orillas,
mira pasar Manzanares
años y meses y dias.
No en su márgen gayas flores
el blando céfiro agita,
sino calcetas, pañales,
calzoncillos y camisas.
Sino hay peces de oro y grana
en el jabon de sus linfas,
ni espíritus misteriosos
bajo sus ondas habitan;
En cambio esteras cesantes
grutas le dan, do cobija
hijos de Adan, madrileños
que nadan en cieno y triscan.
Allí hay tritones barbados,
allí nereidas modistas...
y ve el rio muchas cosas
por mas que nada nos diga.
Con espantosos ojazos
sus puentes le ruborizan,
y llora, y mil lavanderas
enjugan sus lagrimillas.
Tal vez su dolor no aplacan
con arias y cavatinas,
ni graciosas zagalejas,
ni parleras avecicas.
Ni ve danzar á los faunos
con driadas fugitivas,
ni corderos filarmónicos,
ni Tirsis, Filis y Amintas.
Ni tejen aureos cendales
en torno suyo las ninfas,
ni moja senos de nieve,
ni piernas alabastrinas.
Sus zagales y zagalas
son producto de Galicia,
sus driadas dè estropajo,
sus canciones seguidillas.
Sus graciosas tejedoras
esqueletos ó cecinas,
sus rosados piés de jaspe
afelpadas pantorrillas.
Tal vi siempre al Manzanares
y no soy corto de vista:
¿son así los otros rios,
ó como algunos los pintan?

José GONZALEZ DE TEJADA.

Segun un antiguo escritor, introdujeron los árabes en España la costumbre de vestirse de seda, la adarga, los juegos de caña y sortija, llevar levantados los bigotes, y saludar diciendo: beso la mano.

D. Juan I de Portugal fué el primer rey que empezó á comer públicamente en las grandes festividades, cuya costumbre se ha observado hasta hace poco tiempo.

Decia Catulo, que ninguno es sabio por lo que supo su padre, ni valiente por el brazo de su abuelo.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 26.

Mas valen dos bocados de vaca que siete de patata.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.



El título que campea en el centro de la lámina anterior, es el de la obra con que se va á inaugurar la coleccion de las de Alejandro Dumas, en la segunda serie de la Biblioteca Universal. Como esta publicacion sale á luz del mismo establecimiento que el Semanario, y no entra en nuestro sistema de publicidad servirnos de los periódicos que dirigimos para elogiar las obras, ni vice-versa, nos contentaremos como siempre, con rogar á los lectores de este periódico que se acerquen al *Centro de suscriciones* ó á los comisionados, para examinar la primera entrega, por la cual podrán formar idea de lo que va á ser la edicion.

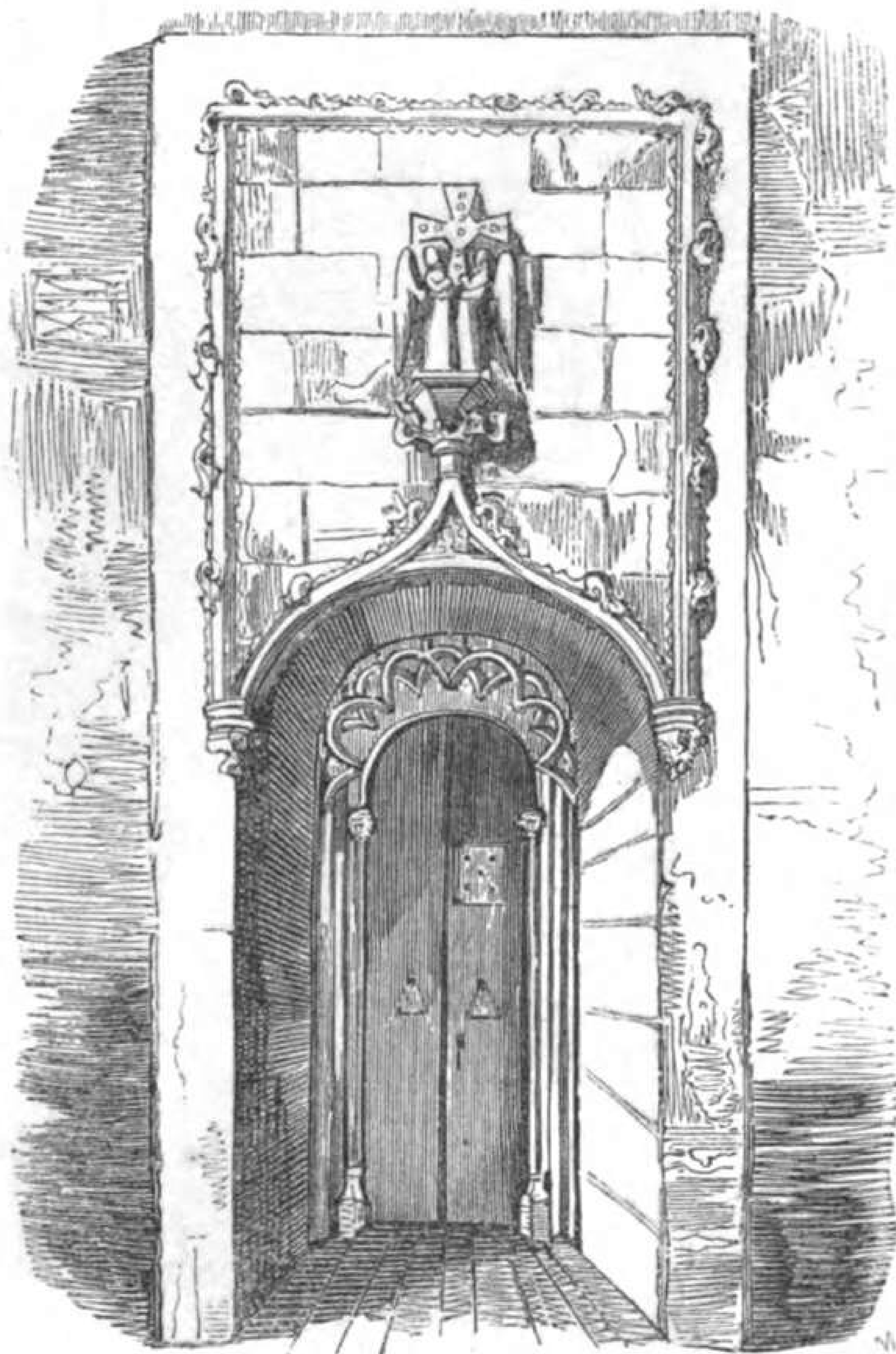
11 de Julio de 1852.

LA CAMARA SANTA DE OVIEDO.

«Lo espiritual y devoto que tiene con los santos tesoros que guarda, y el sentimiento que entrándose en ella pone, no se puede decir, sino darse infinitas gracias á N. S. porque es servido darlo á gozar hasta á un indigno como yo.

AMBROSIO DE MORALES, *Viaje Santo.*

Siguiendo nuestra costumbre de presentar á los lectores del SEMANARIO aquellos monumentos que en nuestra patria son dignos de recuerdo por su antigüedad, importancia histórica ó bellezas artisticas, les ofrecemos hoy uno que reune en sí estas tres circunstancias, que es la veneranda capilla de San *Miguel* de la catedral de Oviedo, llamada comunmente la *Cámara Santa*. Su fábrica se remonta á los años de 802, en que el noble rey Alfonso el Casto, denodado guerrero, hábil político y señalado protector de las artes, la hizo construir segun se cree para oratorio suyo ó capilla doméstica (1). Por esta razon sin duda el arquitecto real, que era el godo Tioda, acumuló en ella todas las inspiraciones de su buen ingenio, y dejó á la posteridad este bellísimo tipo del órden bizantino, que afortunadamente, y á pesar del trascurso de diez siglos, persevera intacto. Forma pues la Cámara Santa un muy proporcionado templo, aunque bastante reducido, como casi todos los de aquella época, pues el rectángulo que traza tiene solamente veinticinco piés de longitud y diez y seis de latitud. Dividese en dos partes: la que podemos llamar cuerpo de la iglesia, y el presbiterio ó capilla mayor, cuyo techo es mas bajo que lo restante. Estan una de otra separadas por una verja de hierro baja, y en el siglo XVI habia, además de esta, otra gran reja cruzada muy antigua (2). La bóveda es semicircular y está sustentada por tres arcos labrados con prolijidad y elegancia, que arrancan de doce columnas de mármol pareadas, en cada una de las que se ve de alto relieve la estatua de uno de los apóstoles. Estas figuras son dignisimas del aprecio por el buen gusto con que estan ejecutadas, y sobresalen en ellas los paños. Los estremos son bastante imperfectos, aunque no tanto como el de otras esculturas contemporáneas. Los chapiteles de las columnas y la cornisa que circuye el todo del primer departamento, contienen multitud de figuritas, flores, grecas, etc. etc., lindamente concluidas. A la entrada y por la parte interior se ven entalladas en la pared las cabezas de Jesucristo, la Vírgen y S. Juan, que probablemente formarian parte de algun bajo relieve que en el dia ya no existe. El pavimento es una especie de mosaico de piedras de colores, trabadas entre sí por fortísima argamasa, pero que no trazan dibujo alguno. La portada es muy posterior al resto del edificio, y fué sin duda construida en el siglo XIV, en que comenzó á reedificarse la antigua catedral. Consiste en un arco rodeado de adornos y follajes bien ejecutados, segun el gusto gótico-germano, y en el que se ve *la cruz de los ángeles*, especial enseña de la ciudad y catedral de Oviedo (3). Esta portada, cerrada con gruesas hojas y candados, da á una sala gótica en la que hay un altar dedicado á la Vírgen, y desde esta sala se baja á la catedral por la misma escalera que conduce al palacio del Obispo (4). Bajo la Cámara Santa hay otra iglesia ó cripta de igual estension, segun uso de la época, que estuvo dedicada á Sta. Leocadia, y en la que segun las tradiciones del pais, fué fabricada milagrosamente la célebre cruz de los ángeles. Tambien sirvió de depósito á los cuerpos de los santos mártires Eulogio y Leocricia, que Alfonso III el Magno hizo traer desde Córdoba por medio de los presbíteros Dulcidio y Samuel, hasta que con motivo de cierto milagro (5), fuéron trasladados por el obispo D. Fernando Alvarez en 9 de enero de 1300 á la Cámara Santa. Volviendo á penetrar en el recinto de esta, y continuando su descripcion, diremos que á uno y otro lado están colgados los retratos de Pelayo, Fruela I, Alfonso II el Casto, y Alfonso VI el Bravo, y que pasada la pequeña verja ó baranda que antes mencionamos, se ve posada sobre un pedestal de piedra la santa arca, tan celebrada en nuestras antiguas crónicas, y objeto de la veneracion mas profunda para los monarcas de Asturias, Leon y Castilla. Dicese fabricada en Jerusalem de madera incorruptible, y por mano de los discipulos de los apóstoles, para guardar en ella las mas preciosas reliquias que poseian. Por la entrada de los persas en aquella ciudad el año 614, ó por la de los árabes en 637, fué traida á Africa y á España, parando en Cartagena, y luego en Toledo. En la invasion de los sarracenos, Urbano, metropolitano de esta última ciudad, acompañado del célebre Pelayo y otros guerreros, trasladó á Asturias los libros de los padres de la iglesia godo-española, varios cuerpos de santos, y esta arca de reliquias, que fué depositada en una cueva abierta en un monte, que por esto se llamó *Monte-Sagrado* ó *Monsagro* (1). Allí permaneció mas de cien años, y poco después del 13 de octubre de 830 en que se celebró la consagracion de las iglesias que en Oviedo levantara Alfonso el Casto, fué traida en solemne procesion á la capilla de San Miguel. Aunque permanecia siempre cerrada ignorándose las reliquias que contenia, era mirada con la mayor devocion, y visitada de continuo por gran número de peregrinos, que postrados ante ella, buscaban el favor del cielo. Alfonso III el Magno depositó en ella capilla *la cruz de la Victoria*, y rodeó de murallas la catedral y la ciudad de Oviedo, solo con el objeto de guardar, como él mismo ase-



Portada de la Cámara Santa.

gura (2), el sagrado tesoro de las reliquias que se encerraban en el arca santa; y aun después de trasladada la corte á Leon, venian los reyes en romería los mas de los años á rendirla sus homenajes, como entre otros que pudiéramos citar, Ramiro II, Bermudo II, Alfonso V, Fernando I el Magno, y la reina Doña Urraca. Ocupando la sede de Oviedo el obispo D. Ponce, y por los años de 966, dicese que intentó abrirla movido solo por culpable curiosidad, y no animado de sentimientos de devocion. Entonces salieron del arca rayos de luz que dejaron ciegos al indiscreto prelado y demás circunstantes, de los que solo unos pocos llegaron á recobrar la vista. En 1075, Alfonso VI, rey de Castilla y de Leon, acompañado de su hermana Doña Urraca, señora de Zamora, y de D. Bernardo, obispo de Palencia, D. Simon, que lo era de Oca, el Cid Rui Diaz, y varios otros obispos y señores, vino como peregrino á Oviedo con objeto de pasar la cuaresma en esta devota ciudad, y después de rigurosos ayunos, procesiones y otros ejercicios piadosos, el viernes 13 de marzo (3), acabada la misa, se abrió la mis-

(1) Las razones que sustentan esta opinion del cronista asturiano *Carballo*, son convincentes; pues el palacio que en aquella época servia de residencia á los reyes de Asturias, consta estaba contiguo á la catedral, y que ocupaba parte del claustro de esta, de la cercana plaza llamada hoy de *Acevedo* y del Palacio episcopal. Además, la *Cámara Santa* está en alto, y por lo mismo probablemente al nivel de las habitaciones reales.

(2) Véase á MORALES, *Viaje Santo.*

(3) Véase el grabado que acompaña.

(4) Esta fué construida en el siglo pasado; la antigua se demolió, pero aun se ve en el crucero de la catedral, tapiado el arco que daba entrada á la sala contigua á la *Cámara Santa.*

(5) A cierto arcediano de la iglesia de Oviedo, llamado Rodrigo-Gutierrez, se le torció repentinamente la boca, y quedó mudo. En aquella angustia acudió al patrocinio de estos santos, y recobró el habla. Entonces sacaron sus cuerpos del sepulcro de piedra que tenian debajo del altar de Santa Leocadia, y depositados en una caja de plata, fuéron llevados á la Camara Santa.

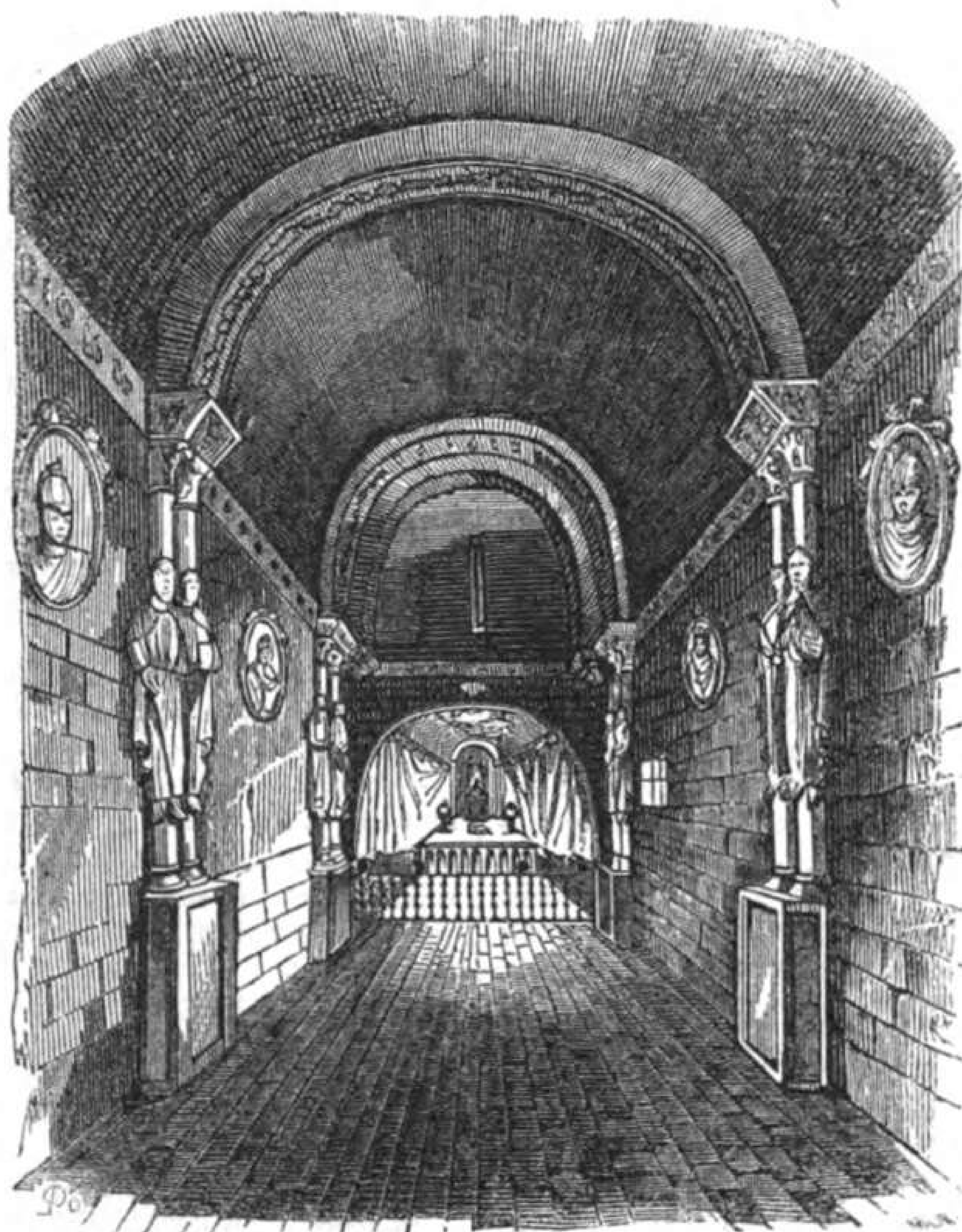
(1) Dista de Oviedo como dos leguas. La cueva está dedicada á Sta. Magdalena, y en ella se celebra una fiesta solemne en cada año.

(2) Asi se lee en una lápida del tiempo de este rey, que en el mejor estado de conservacion permanece incrustada en una pared de la catedral de Oviedo.

(3) En todos los aniversarios se hace una solemne funcion para celebrar la venida del arca á Asturias, y el descubrimiento de las reliquias. Hay *oficio propio* entero, donde se refiere la historia de estos hechos.

teriosa arca por mano del obispo de Oviedo, llamado D. Arias, y aparecieron multitud de reliquias con sus correspondientes títulos escritos en pequeños pergaminos. Aseguran sin embargo varios escritores que no todas se sacaron del arca, sino que aun permanecen en ella algunas de las mas notables, como la casulla que la Vírgen puso por sus manos á S. Ildefonso, etc, etc. Gozoso el rey Alfonso VI con el feliz descubrimiento, espidió al dia siguiente un privilegio haciendo donacion á la catedral de Oviedo del concejo de Langreo, en cuyo escrito hace mencion del suceso del obispo D. Ponce, y mandó revestir de plata el arca santa, que desde entonces no volvió á tocarse. Ocupa el centro de la capillita ó presbiterio de que hemos hablado, y son sus dimensiones seis palmos de largo, tres y medio de ancho y otro tanto de alto. Las planchas de plata que la envuelven por todas partes, estan muy bien laboreadas. En la testera se ve de relieve al Salvador y los doce apóstoles, en los costados historias de la Vírgen, y en la cubierta, que es llana, hay grabado un Crucifico con cuatro clavos, los dos ladrones, y otras varias figuras, todo circundado de una larga inscripcion latina que espresa las principales reliquias que guardaba el arca, y cómo esta habia sido adornada por el egregio rey Alfonso y su hermana Urraca, en la forma siguiente:

OMNIS CONVENTUS POPULI DEO DIGNUS CATHOLICI COGNOSCAT QUORUM INCLITAS VENERATUR RELIQUIAS INTRA PRECIOSISSIMA PRESENTIS ARCHE LATERA, HOC EST, DE LIGNO PLURIMORUM SIVE DE CRUCE DOMINI. DE VESTIMENTO ILLIUS QUOD PER SORTEM DIVISUM EST. DE PANE DELECTABILI UNDE CENA USUS EST. DE SINDONE DOMINICO EJUS ATQUE SUDARIO, ET CRUORE SANTISSIMO. DE TERRA SANCTA QUAM PIIS CALCAVIT TUNC VESTIGIIS. DE VESTIMENTIS MATRIS EJUS VIRGINIS MARIÆ. DE LACTE QUOQUE EJUS, QUOD MULTUM EST MIRABILE. HIS PARITER CONJUNCTE SUNT QUEDAM SANCTORUM MÁXIME PRESTANTES RELIQUIÆ, QUORUM UT POTUIMUS HUIC NOMINA SUBSCRIPSIMUS. HOC EST, DE SANCTO PETRO, DE SANCTO THOMA, SANGTI BARTHOLOMEI. DE OSSIBUS PROPHETARUM, ET DE OMNIBUS APOSTOLIS, ET DE ALIIS QUAM PLURIMIS SANCTIS, QUORUM NOMINA SOLA DEI SCIENCIA COLLIGIT. HIS OMNIBUS EGREGIUS REX ADEFONSUS HUMILE DEVOCIONE PREDITUS FECIT HOC RECEPTACULUM



Interior de la Cámara Santa.

SANCTORUM PIGNORIBUS INSIGNITUM ARGENTO DE AURATUM EXTERIUS ADORNATUM NON VILIBUS OPERIBUS: PER QUOD POST EJUS VITAM MEREATUR CONSORTIUM ILLORUM IN CELESTIBUS SANCTORUM JUVARI PRECIBUS HEC QUIDEM SALUTI ET RE.....(1).....NOVIT OMNIS PROVINCIA IN TERRA SINE DUVIO.....(2)..... MANUS ET INDUSTRIA CLERICORUM ET PRESULUM QUI PROPTER HOC CONVENIMUS CUM DICTO ADEFONSO PRINCIPE, ET CUM GERMANA LETISSIME URRACA NOMINE DICTA, QUIBUS REDEMPTOR OMNIUM CONCEDAT INDULGENCIAM ET SUORUM PECCATORUM VENIAM PER HEC SANCTISSIMA PIGNORA APOSTOLORUM ET SANCTI JUSTI, ET PASTORIS, COSME ET DAMIANI, EULALIE VIRGINIS, ET MAXIMI, GERMANI, BADULI, PANTALEONIS, CIPRIANI, ET JUSTINE, SEBASTIANI, FACUNDI, ET PRIMITIVI, CRISTOPHORI, CUCUFATI, FELICIS SULPICI.

En derredor de la renombrada arca hay una estanteria cubierta con paños de seda, en la que están las reliquias en cajas ó viriles mas ó menos ricos. Las principales son: una cruz de plata con un Cristo de marfil, obra que se atribuye á Nicodemus; el Santo Sudario (3), espinas de la corona, un trozo de la prodigiosa vara de Moisés, un gran pedazo de la piel de S. Bartolomé, una sandalia de S. Pedro, parte de la sábana santa, del pan de la última cena, del maná que cayó en el desierto, leche de la Virgen, etc. etc. Tambien se ven allí *la cruz de los Angeles*, riquísima joya de oro y piedras preciosas, donacion de Alfonso el Casto; la no menos rica *cruz de la Victoria*, que encubre la muy tosca de roble que Pelayo llevaba por enseña en las batallas, los cuerpos de los santos Eulogio y Leocricia, mártires; Serrano, obispo de Oviedo, Vicente, abad y martir, y Julian, arzobispo de Toledo. En otro tiempo estaban tambien en la Cámara Santa las cenizas y el velo de Sta. Eulalia de Mérida, patrona de Asturias: fuéron trasladadas á una capilla que con la advocacion de la misma se construyó en la catedral. Entre los relicarios es sin duda el mas notable por su riqueza y antigüedad cierta caja fabricada de oro y ochenta y dos piedras ágatas, que donó el rey Fruela II en 911, segun espresa una inscripcion que en ella se lee. Tambien es digno de atencion un pequeño oratorio portátil en forma de alacena, que está cubierto de plata y piedras de algun valor, y que contiene bellísimas figuras de marfil y varias reliquias. Perteneció al obispo D. Gonzalo, que vivió en el siglo XIII. Como una prueba de la singular devocion que siempre se tributó á esta antigua capilla, recordaremos el hecho del rey D. Juan I cuando en 1381 vino á Asturias á sujetar la rebelion promovida por su

(1) Aqui falta una porcion de plata.
(2) Idem.
(3) Es un pedazo de lienzo rectangular, como de tres cuartas de largo y dos de ancho. Tiene varias manchas de sangre, y se enseña al pueblo con gran solemnidad el Viernes Santo.

turbulento primo D. Enrique, conde de Gijon, que rehusó perdonar á este en tanto no le jurase lealtad sobre el libro de los Evangelios, y en la Cámara Santa de Oviedo, como se verificó. Segun costumbre inmemorial, suben alli diariamente dos canónigos y algunos acólitos, para mostrar las sagradas reliquias á los peregrinos, y distribuirles un sumario que espresa las que allí se custodian, y las gracias espirituales concedidas á los fieles que van á venerarlas.

Con todo lo referido creemos poder asegurar que esta capilla es de los mas ricos y antiguos relicarios del mundo católico, y que tanto bajo el aspecto religioso como el artístico, el mas bello ornato de la histórica y celebrada catedral ovetense.

NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO.

Oviedo 31 de marzo de 1852.

Registrados unos papeles que nos fuéron confiados hace algun tiempo por un amigo, cuya suerte ignoramos hoy, tropezamos con unos manuscritos de letra desconocida, que contenian apuntes, á veces seguidos con cierta regularidad, á veces en estravagantísima manera, de una historia que nos ha parecido interesante por mas de un concepto. Regularizamos aquellos fragmentos del mejor modo posible, y los damos hoy á la luz pública, declarando que no somos responsables mas que de la forma, que es nuestra.

SIN NOMBRE.

(RECUERDOS DE VIAJE.)

I.

Corria el mes de mayo de 184... Era en una de las antillas españolas, al fin de una tibia tarde, á la hora en que el disco del padre Sol se sumerge en el mar allá en el horizonte lejano. El sumiso mugir de las dormidas olas; los postreros suspiros de la brisa moribunda acariciando las cenicientas espigas de las cañas de azúcar; la voz monótona de los habitantes de los pantanos; esas vagas misteriosas armonías que se elevan en los aires al espirar del dia en las regiones tropicales, todo, todo convidaba al recogimiento y la meditacion. Era la hora en que las almas sensibles, en consonancia con la naturaleza entera, se elevan á su Criador y le bendicen; la hora del crepúsculo vago en que toman cuerpo las inciertas esperanzas; la hora de las plegarias ardientes y de los amorosos deliquios del corazon; la hora en que principia el descanso para el cuerpo y la vida para el alma, que campea mas libre en proporcion de la inercia de la caduca cubierta de enfermiza materia que la envuelve y aprisiona: la hora mas deliciosa en los abrasados climas americanos:—la de mayor peligro para los corazones adolescentes en todas las latitudes.

Era una playa abierta, sembrada á trechos de pintorescos grupos de palmeras, de cuya sombra se destacaban algunas casitas de madera de caprichosas formas. En una de estas, la mas elegante, detrás de una persiana movible, se descubre la forma de una muger; casi una niña, pues aun no tiene diez y seis años. Celima es alta como una circasiana; sus negros y profusos cabellos lustrosos como el azabache pulimentado, hacen resaltar mas la blancura y trasparencia de su tez; cuando se mueve, su talle delgadísimo se cimbrea como el junco de las lagunas. Cuando habla, los tonos de su voz esceden en melodía á los suavísimos cantares de la Filomena de los bosques. Y empero, Celima no es feliz, porque es un ángel, y los ángeles no pueden ser felices sobre la tierra.

De pié, detrás de la levísima persiana, muda, inmóbil, contempla con ansiedad el súbito cambio que se opera en la atmósfera. El cielo poco ha tan sereno, aparece entonces encapotado y amenazador: pardos nubarrones cruzan velocísimos ante su vista, perseguidos de cerca y como azotados por grupos de nubes mas negros y compactos: desaparece el crepúsculo, y una temerosa oscuridad se estiende con rapidez sobre tierra y mares. De vez en cuando, una larga ráfaga de fuego ilumina el espacio, y á su sangriento resplandor se descubre en la misma actitud á la atribulada jóven. ¿A quién espera?—¿A su padre tal vez? Celima no tiene padre. Su único arrimo en la tierra es una anciana valetudinaria y casi ciega á quien ella sostiene con el trabajo de sus manos: aquella anciana es madre de la que fué su madre. Lo único que posee en este mundo es aquella chozuela en que vive, y un pequeño huerto, cuyo cultivo está encomendado á un negro, tambien anciano y achacoso. Aquel negro fué esclavo de sus padres; estos lo vendieron acosados por la miseria; pero el negro logró rescatar á fuerza de trabajo su libertad, y apenas dueño de sus acciones, vino á consagrar sus postrimeras fuerzas á la infeliz huérfana. Pobre ignorante, que á duras penas puede hablar la lengua del pais en donde vive; pero es leal y agradecido, y la lealtad y el reconocimiento no son cualidades de la cabeza, sino del corazon; y el del negro Rodrigo es tal, que pudiera honrarse con él un monarca.

¿A quién espera Celima?—De pronto un ruido distinto de los de la cercana tempestad hiere su oido: es el galope acompasado de un caballo sobre la arena compacta de aquella parte de la playa que bañan las olas.—¡El es! esclama la jóven, y se precipita hácia la entrada de la casa.

—¿Quién es él? dirá á este punto el impaciente lector ó la curiosísima lectora. Aguarden VV. un instante: voy á presentársele.

Cesa el galope del caballo delante de la puerta de entrada, y debajo de un cobertizo esterior que defendia alternativamente á los habitantes de la casita, de los fuegos solares y de la invasion de las lluvias, un jóven entra en la modesta sala, y estrecha silenciosamente contra su corazon á Celima. Alto, delgado, pálido, sus facciones duras pero espresivas, llevan impreso el sello de esa vaga melancolía que producen los prematuros desengaños. Sus largos y negros cabellos empapados por la lluvia, caen en porciones desiguales á los lados de su moreno rostro. Las miradas del jóven, su aire, y hasta sus menores movimientos, van acompañados de esa tranquila decision que revela un alma resuelta y animosa.

—¡Cuán tarde has venido, Federico ingrato mio! dijo Celima, desenlazándose lentamente de los brazos del jóven.

—He padecido mucho hoy, alma de mi vida. El último dia que pasa uno entre los suyos cuando se dispone para tan largo viaje, es cruel, muy cruel!

—¡Y qué! ¿Es una cosa decidida? ¿Tendrás valor para dejarme?

—Mañana al amanecer dará la vela el buque que ha de llevarme hasta las playas de Francia...

—Pero no llores así, Celima; ó me harás desear la muerte mil veces. ¡Muger! ¿No encierra tu corazon tesoros inagotables de fé y esperanza?

—¡Oh Federico... Federico! No dudo de ti ni de mí... Creo en tu corazon como se cree en Dios! Pero hay tantos riesgos en ese mar... tantos obstáculos que vencer... tantas amarguras que sobrellevar.

—¡Los venceré todos... las soportaré todas! ¿No sabes, Celima, que tu imagen, que el pensamiento de nuestro casto amor me harán soportarlo todo?

—¡Ay amado mio! Si sucumbieras, ¿qué sería de mí? ¿qué sería de la pobre huérfana sin el único bien, sin la única felicidad de su vida?

—Oyeme: aun no tienes diez y seis años; yo apenas tengo veinte. No poseo sino mi cabeza y mi corazon, mi inteligencia y mi sangre. Necesito un teatro mayor que este si he de abrirme un camino en la vida. Necesito una senda espaciosa y cubierta de flores, Celima, porque quiero que vayas á mi lado, y no debo ni puedo ni quiero llevarte por el estrecho y espinoso sendero que hasta ahora me ofrece la suerte. Harto sé las fatigas y amarguras que me esperan. Solo, tendré valor para arrostrarlas; tus padecimientos me acobardarian. Además hay un ser que necesita de ti en estas regiones...

—Lo habia olvidado... ¡qué ingrata soy! No vayas á pensar mal de mi corazon, Federico...

—Por qué me ama hasta el punto de olvidar todo lo que no me toca?
—Tampoco yo soy ingrato, Celima... Pero vamos á ver á tu madre... á nuestra madre.

Y los dos jóvenes, enlazados de las manos, se drigieron á una alcoba contigua.

Una preciosa alcobita: el aseo era su mas preciado adorno. Allí, en un lecho pobre, pero limpio, yace la anciana. Las sensaciones que esperimenta mas que las percepciones de sus sentidos embotados por los años y las enfermedades, la revelan que va á estallar una tempestad, y cruzadas sobre el pecho las descarnadas manos, ora por su nieta, por los náufragos navegantes, por los peregrinos estraviados, por todos en fin, menos por sí misma.

Su vida entera ha sido un ejemplo de abnegacion, y esta tendencia de su alma no podia desmentirse en sus oraciones.

—Mamá, la dijo Celima con dulzura, aquí está Federico.

—Que entre, hija mia. ¿Acaso no ha sido siempre un hijo para la pobre anciana?

—Aquí estoy, madre mia, dijo el jóven tomando una de sus manos.

—Mal camino has traido hoy, hijo mio. ¿Pero por qué suena tan tristemente tu voz? ¿Has vuelto acaso á tus planes de viaje?

—Quiere irse, mamá, esclamó Celima rompiendo á llorar. Quiere irse mañana y dejarnos para siempre.

El jóven suspiró profundamente, pero permaneció silencioso.

—Hé aquí la historia de la vida, esclamó la anciana como hablando consigo misma. Corriendo siempre tras de desconocidos bienes, vagas y confusas aspiraciones del alma que jamás llegan á realizarse, y mientras corremos con la vista fija hácia adelante, no vemos muchas veces la felicidad que nos convida á los lados del camino! Pero... es igual...

Federico es ambicioso, déjale que aprenda por sí propio. Además la ausencia es la piedra de toque del amor: si te ama de veras, volverá...

—Volveré, madre mia, gritó el jóven; ¡os lo juro! ¡Volveré para pediros que bendigais la dicha de vuestros hijos!

—¡Ay, hijo mio! No dudo que vuelvas para Celima, pero para mí... á mi edad, las esperanzas terrenas son cortas...

—¡Oh! Yo volveré á veros. ¿Pensais que tarde tanto?

—Vas á entrar en una lucha cuyo fin es incierto...

—Tengo fé en el porvenir, madre mia, una educacion esmerada, algun talento y una voluntad de acero.

—Tienes mucho talento, lo cual te hace tal vez demasiado orgulloso: tienes demasiada voluntad, y esto servirá de obstáculo á tu carrera. El que sesga un poco en su camino para llegar al fin que se propone, por débil que sea podrá alcanzarlo: el que va derecho á él, arrostrando de frente los obstáculos, por fuerte que sea, está muy á riesgo de estrellarse. Créeme, Federico, acaso fuera mejor que no salieses de aquí.

—Perdonadme, madre mia; pero mi resolucion es irrevocable.

—Hágase la voluntad de Dios, murmuró piadosamente la anciana.

No intentamos reproducir aquí sílaba por sílaba la conversacion que pasó entre los dos jóvenes aquella noche. La tempestad fué calmando por grados, y á poco mas de las doce habia cesado enteramente. Celima se despidió de su amante haciéndole prometer que la despertaria antes de marchar: se recogió en la alcoba de la anciana.

Federico se recostó en un lecho improvisado por el negro Rodrigo. Despues de algunas horas de un sueño intranquilo creyó oir la jóven el conocido galope del caballo de su amante. Levantose apresurada, y á medio vestir pasó á la salita que ya conocemos. El lecho estaba vacío, y el negro Rodrigo en la puerta se despedia aun con el ademan del jóven viajero. Celima se abalanzó á aquella puerta; pero ya no le vió.

Los primeros resplandores rojizos despuntaban en el oriente, amaneciendo á la feraz vegetacion de las antillas un hermoso dia de mayo. El mar estaba en calma: el cielo ostentaba su mas bello manto de purísimo azul, y allá en la rada, como un blanquísimo cisne en las dormidas aguas de un lago, se mecia blandamente sobre las olas la corbeta francesa *Adela*, con todos los trapos al viento y pronta á marchar.

Celima no dió un grito ni derramó una lágrima. El dolor supremo no tiene lágrimas ni gemidos: es inmóbil y silencioso como la tumba.

II.

Allons! Courage, mes enfans (1)! gritaba el capitan de la *Adela* á su tripulacion, asustada con uno de los mas terribles huracanes de aquellos mares. Era la cuarta noche de su salida, y la *Adela* bogaba en pleno golfo. Todos los pasajeros se habian refugiado en la cámara, escepto uno, el mas jóven, el cual, agarrado á una de las jarcias de babor, permanecia estasiado ante la horrible belleza de la tempestad. Pero el capitan Fleury al reparar en él le grita:

—*¿Qué faites vous donc jeune homme? Vous allez sauter dans la mer* (2).

—No, capitan, le contestó en la misma lengua el jóven. Permítame V. contemplar este sublime espectáculo del conflicto de los elementos.

—Pero amárrese V. al menos, observó el capitan.

—Tengo los brazos vigorosos, amigo mio.

—*By God! Are you mad?* gritó el contramaestre, que era un inglés ingerto en normando: *What are your arms against this devilish hurricane* (3). Y cogiendo un cabo amarró al jóven por la cintura, atando la otra estremidad al cabrestante.

El viento redoblaba sus furias: el mar tocaba al apogeo de su ira. Y era de ver al capitan Fleury empuñando la barra del timon, y firme sobre sus piés como una estatua de bronce, dominar con su voz clara y sonora los rugidos de la tormenta, mientras que la corbeta fluctuaba como una débil paja sobre la superficie del hinchado piélago.

—*¡Mon Adele!* gritaba á cada nuevo triunfo conseguido sobre la tempestad. *¡Elle tient bon mes enfans! Courage* (4)!

Silbaban las cuerdas, crujia la arboladura y rechinaban temerosamente la cubierta y los costados del buque. Ya se hundia en los abismos, y dos muros trasparentes mucho mas altos que el palo mayor amenazaban sumergirle: ya sobre la cúspide de una ola gigantesca se cernia un instante en las nubes, como un pájaro marino sobre el pico de un escollo titánico recoge un punto sus mojadas alas para proseguir luego su azaroso vuelo. Pero el capitan tenia razon: la *Adela* resistia valerosamente á la tempestad, y obedecia al timon como un caballo bien enseñado á la mano del conocido ginete.

Poco á poco fué cayendo el viento: el mar se fué nivelando, y á la hora y media todo estaba en perfecta calma. Fleury dejó el timon y dirigiéndose á Federico le dijo tendiéndole su callosa mano:

—*¡Jeune homme, vous etes un brave* (5)!

El jóven se sonrió con amargura, y estrechando la mano del capitan, respondió con voz dulce y tranquila:

—El arrostrar la muerte, amigo mio, puede á veces ser un placer.

III.

Han pasado seis años. ¡Cuán breves son los años para las gentes felices! ¡Cuán eternos los minutos para los miserables! En aquel espacio de tiempo habian pasado siglos sobre la cabeza de nuestros héroes: digo mal: uno de ellos habia hallado el mas seguro refugio contra las tempestades de la vida. Dormia en el sepulcro.

Estamos en la misma playa donde por primera vez conocimos á los personajes de esta historia, y por una singular coincidencia, si bien en distinta época del año, el cielo y los mares presentan á los ojos menos esperimentados síntomas evidentes de cercana borrasca.

Dos jóvenes, uno de ellos con el traje del pais y el otro vestido á la europea, galopan á la orilla del mar.

—¡Cuando te digo que no podremos llegar al pueblo antes de que estalle la tormenta! Y la noche se echa encima á toda prisa... esclamó el aparente criollo, deteniendo bruscamente su caballo. Mejor hubiera sido refugiarnos en esa hacienda que dejamos atrás.

—Amigo mio, contestó el del traje europeo, no nos detengamos. Hay allá arriba un sitio que quiero visitar antes de alejarme de estas riberas: ya sabes que marcho mañana. Y puso de nuevo á galope su fatigado caballo.

El otro le siguió espoleando hasta ponerse á su lado. Corrieron de este modo durante diez minutos. De pronto el que habia hablado el último detuvo tan bruscamente su caballo, que le hizo tocar la arena con el cuarto trasero.

—Aquí habia una habitacion, ahora seis años... dijo á su amigo.

—Desierta ha mas de dos, se desplomó hará unos seis meses. Aun quedan algunas tablas. Mira...

El otro echó pié á tierra y ató su caballo al tronco de una palma: su compañero le imitó.

—Chico, le dijo, sabes que siempre he reconocido tu superioridad sobre mí; pero creo que eliges mal sitio para esperar una tormenta.

—¿Recuerdas, le dijo el otro como respondiendo á su propio pensamiento, á aquella Celima de cuya memoria te hablé tantas veces en Paris?

—Sin duda alguna.

—Pues bien: aquí pasó casi toda su vida.

—¿Y ahora?...

—¡Aquí murió!

—Infeliz Federico, pensó el otro, y le siguió en silencio.

El primero se sentó sobre uno de los maderos que señalaban aun el sitio que habia ocupado la casita, y convidando á su amigo á imitarle, le habló en estos términos:

—Bien sabes lo que me llevó á Europa. Nacido con un carácter franco é indómito me ahogaba en la estrechez de estos horizontes: dotado de ciertos talentos, y agitado por una inmensa y creciente aspiracion al saber, no hallaba aquí bastante agua para mi sed. Otro motivo, acaso mas poderoso, me decidió á partir, atropellándolo todo. Yo amaba á Celima y era ardientemente correspondido. Habia en mí cierta revelacion interna é intuitiva de triunfos y emociones desconocidas, que esperaba alcanzar en el mas ámplio palenque de las regiones europeas, y á los cuales queria asociar á mi amada.—Partí.

El primer año que subsiguió á nuestra separacion mantuve con ella regular y frecuente correspondencia. Ansioso de saber, pasaba dias y noches en el mas asiduo trabajo; y sin embargo hallaba tiempo para escribirla tiernas y larguísimas cartas. Era su imágen mi único pensamiento: su amor el único móvil de mi vida. Pero me faltó una carta suya; luego otra y otra. Despues he sabido que este silencio fué durante la cruel enfermedad que llevó á la tumba á su segunda madre. Al principio lo atribuí á frialdad; luego á mudanza;—mi amor propio se resintió. No bastando el estudio á la agitacion de mi espíritu, busqué una distraccion mas poderosa en los placeres del mundo. Gracias á mi natural altivez no me encenagué en los vicios; pero caminé de estravio en estravio, de desengaño en desengaño.—¡Cuántas ingratitudes, cuántas inconstancias, cuánto egoismo!—Mi corazon se ulceró: agriose mi carácter, y empecé á ver, sino con odio, con menosprecio á mis semejantes.

Celina habia vuelto á escribirme tan tierna y apasionada como

(1) Vamos! Valor, hijos mios.
(2) ¿Que hace V., joven? Va á caer al agua.
(3) ¡Por Dios Santo! ¿Está V. loco? ¿Qué son sus brazos contra este huracan diabólico?
(4) ¡*Adela* mia! ¡Resiste bien! ¡Hijos mios, valor!
(5) ¡Jóven, V. es un valiente!

antes: era su amor el áncora de salvacion que me deparaba el cielo en medio de la deshecha tormenta de mi vida; pero mi corazon habia perdido la virginidad de las puras emociones: no bastaba el céfiro apacible á refrescar mi sangre calenturienta: necesitaba huracanes. Contesté á sus primeras cartas con la ligereza y aturdimiento de un hombre entregado á otros amores. Quejose de mi indiferencia: disculpeme torpemente, porque nunca he sabido mentir: redobló sus quejas, y... ¿lo creerás?

Irriteme con aquel ángel, porque no daba crédito á mis palabras, que yo sabia mentirosas. ¡Tal es el corazon humano! Le contesté con aspereza, y poco á poco dejé de escribirla. ¿Qué mas te diré? Ella me amaba con ese amor que es la fe, la vida... Viose engañada, y murió!...

Por largo rato permaneció el jóven con la cabeza oculta entre sus manos. Su amigo respetó aquel violento paroxismo del dolor. Pero la tormenta rugía en derredor suyo, y á cada instante crecia el peligro:

—Federico, amigo mio, estamos empapados en agua: el huracan redobla de intensidad. ¿No crees prudente que nos encaminemos al cercano pueblo?

—Como gustes, Carlos.

Y ambos se dirigieron al sitio en que dejaron antes sus caballos.

—Mira, Carlos, dijo el viajero al tiempo que desataba el suyo. ¿Ves esta palmera? Pues es lo único que sobrevive de cuanto amé en estos lugares. Plantáronla los abuelos de Celima cuando nació su madre. Todo ha perecido: personas, árboles, todo; hasta la modesta vivienda, testigo de tan tiernas emociones, teatro de tan sencillas virtudes. Solo queda en pié esta huérfana palma, como el índice de la eternidad, señalando á esos orgullosos y olvidadizos gusanos que se llaman hombres, la efímera vanidad de cuanto pasa sobre la tierra.

Montaron á caballo los jóvenes, y en aquel momento una ráfaga mas violenta del huracan arrancó la palma de raiz. Vaciló algunos instantes, y se abatió con estrépito, las ramas hácia el mar de donde venia el viento, á la manera del gladiador antiguo que caia de cara sobre la sangrienta arena, como siguiendo á la enemiga espada que le habia dado muerte. ¡Carlos, Carlos! ¿No es esto un presagio? Veré caer así mi última esperanza?

Enmudeció este, y Federico empezó á entonar con trémula voz este canto de muerte á su palma querida.

Reina altiva de la playa,
sultana dominadora,
que al cansado peregrino
amparas bajo tu sombra:
prenda de santo cariño,
dulce, sagrada memoria,
que amantes hijos conservan
de madre tan amorosa;
quieran los cielos que nunca
tormenta devastadora
se atreva á agostar la gala
de tu espléndida corona!

—

Qué vi? el aire se condensa;
la luz del sol brilladora
se ofusca; los vientos silban;
mefíticos miasmas brotan
de la tierra; en negras masas
nubes amenazadoras
raudas el espacio cruzan,
se persiguen y se azotan:
mil relámpagos sangrientos
rasgan la preñada atmósfera,
y en repetidas descargas
hórrido el trueno rimbomba...

—

¡Cuánto amo, oh naturaleza,
tus furias! Cuando las roncas
iras de Dios, tierra y mares
conturban asoladoras,
del huracan en las alas
mi espíritu se remonta
hasta el trono inaccesible
de la ciencia creadora,
y allí, tranquilo, sereno,
contempla las altas obras
de la omnipotencia suma,
y la comprende y la adora!

¡Ay de tí, palma querida!
¿cómo podrás viuda, sola,
resistir el rudo embate
de aquesa borrasca indómita?
Ya al azote de sus iras
gimes trémula, te encorvas,
y sobre tus mustias ramas,
madre infeliz, te desolas!
—¡Una desgarra ya el viento
y lejos de tí la arroja;
otra ¡ay! te fué arrebatada,
y otra después, y otra .. y otra!

—

Y tú, desolada madre,
hasta tus hijas te doblas,
y contra el polvo la frente
su temprana muerte lloras...
Al fin del dolor rendida,
cabe ellas lenta te postras...
¡Huérfana, madre infelice!
¡Pobre reina sin corona!

. . . .
. . . .

¡Duerme en paz, palma querida,
mil veces tú la dichosa!
¡Infeliz quien sobrevive
en la tierra al bien que adora!

—Federico, amigo mio, dijo Carlos con voz entrecortada por los sollozos: aun hay muchos seres que te aman sobre la tierra. No seas ingrato...

—No soy ingrato, ni incrédulo; pero siento miedo en el corazon... ¡quién sabe!

Y ambos jóvenes partieron á galope, azotados por el viento, y bañados por las encrespadas olas del mar.

(Concluirá.)

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

LA FLOR DE RESEDA,

LEYENDA ORIGINAL.

A MI BUEN AMIGO D. VICTOR BALAGUER.

Cuando una virgen suspira,
tiene opreso el corazon...
No le niegues tu afeccion
hoy, caro amigo, á mi lira;

Pues si una historia te da
de poco fausto adornada,
considera que manchada
de alguna lágrima está.

En ella, pompa inaudita
no hallarás, brillo, ni oro,
que es tan solo *mi tesoro*
una pobre flor marchita.

Una flor que no aparenta
matices de mil colores;
pero flor que entre mil flores
el mas dulce aroma alienta.

Como ella es tambien el don
que te ofrece mi cariño;
pues albergar puede un niño
de gigante el corazon.

Francisco J. Orellana.

10 febrero 1847.

LA FLOR DE RESEDA.

Cœurs tendres, approchez! ici l'on aime encor
LAMARTINE.

INTRODUCCION.

Desde las altas cumbres que defienden
el suelo granadino, al mediodia,
dos ruidosos torrentes se desprenden
con salvaje y monótona armonia.

Cobijan sus laderas escabrosas
la tosca encina y el castaño altivo,

y besan sus corrientes espumosas
el débil junco y el feraz olivo.

No hay planta de uno y otro continente,
desde la Libia á la region del hielo,
que allí la tierra fértil no alimente
bajo el mágico influjo de su cielo.

Allí el plátano estiende placenteras
las espaciosas hojas de esmeralda,
y mecen sus racimos las palmeras
bajo anchas copas de brillante gualda:

Trepa la viz sobre el almez pomposo
y al inculto peñon viste y alfombra,
mientras abre su cáliz oloroso
la cárdena violeta entre su sombra:

Y en prados de vivísimos colores
campean el naranjo y limonero,
poblados de amorosos ruiseñores,
que al viento dan su canto lastimero.

Y la flor del granado lujuriosa,
cediendo al beso de movible ambiente,
se enlaza con la flébil zarza-rosa
cuyos tallos arrastra la corriente,

Que desatada en plumas cristalinas
y entre riscosos mármoles bullendo,
de las nevadas cúspides vecinas
por uno y otro lado baja huyendo.

Al pié de un torreon desamparado,
por el tiempo y los hombres destruido,
en un solo caudal se ve mezclado
de ambos torrentes el raudal crecido:

Y entre sus brazos de espumosa linfa
se ostenta Lanjaron, cuna de flores,
bella en sus gracias, como bella ninfa
sentada en un verjel, gimiendo amores.

Hay un tajo al oriente de la villa,
que apoya su cimiento en el camino,
y en cuya cumbre y escabrosa orilla
se ve una cruz de cenizoso pino.

Triste vision fatídica parece
la enseña santa en la empinada cresta;
pues ni una flor bajo su sombra crece,
ni un ave trina en su region cubierta.

Solo el silbido bronco y pavoroso
del huracan, si alguna vez descuaja
las selvas con empuje poderoso,
suena en la cruz, y hasta el torrente baja.

Las gentes veces mil la contemplaron
oscilar con vibrante movimiento,
y diz que allí de noche se escucharon
lúgubres ayes al zumbar el viento.

Y hay quien afirma que en velada oscura
vió descender al tajo con presteza
de un fraile sin cabeza la figura,
ó de un gigante fiero la cabeza:

Y atravesar el bullidor torrente
que á su pié se desliza presuroso;
llegar al torreon que está á su frente,
y allí perderse entre humo vaporoso.

Y que al triste clamor de la campana
se oye de noche, que en las rocas zumba
una voz que contesta allá... lejana,
pidiendo entre gemidos «una tumba».

Estas del vulgo son meras hablillas
que nunca llevan de verdad el sello;
mas aunque yo creo poco en maravillas,
ello el vulgo lo dice, y algo es ello.

I.

INES.

Cuentan viejos habitantes
de la hermosa Lanjaron,
que moraba en aquel pueblo,
otro tiempo, un gran señor,
cuando era fuerte castillo
el ruinoso torreon.

Cuentan que tenia una hija
bella como el mismo sol,
y que celoso su padre
de su hermosura y candor,
desde sus mas tiernos años
de las gentes la ocultó.

Martin, que así se llamaba,
noble estirpe de Alarcon,
en su señorial morada
mil placeres reunió;
pues por dar gusto á su hija
la entregara el corazon;
solo tenaz la privaba
de libertad con rigor,
aunque ella no apetecia
lo que nunca conoció.

En la guerra con esfuerzo
aquel castillo ganó,
y le gozaba tan solo,
merced á su situacion,
como casa de recreo
por particular favor;
que si fuera de importancia
perdiera su posesion.

Era Doña Inés, su hija,
fruto de un morisco amor,
ardiente sangre africana
nutrida en suelo español:
era del trópico el fuego
contenido en tierna flor:
y como el vaso era débil
para sufrir la espansion
del efervescente líquido
que en su cavidad ardió,
fácilmente estalló el vaso
á instancia de la opresion.

Pronto á sus frescas mejillas
de sonrosado color,
y á sus purpurinos labios
pálido tinte asomó:
sus árabes negros ojos
do el fuego del sol brilló,
lánguidos solo lanzaron
tierna mirada de amor.

Pero encadenó en su pecho
su volcánica pasion,
porque era amor imposible
el que su pecho inflamó;
y en sus jardines á solas,
y en silenciosa oracion,
demandaba á Dios consuelo,
consuelo tan solo á Dios.

II.

EL RAMILLETE.

—(P.)—

Era la estacion hermosa
en que las galanas flores
abren su seno de amores,
dando al aura vagarosa
sus balsámicos olores.

El blando viento mecia
la naciente cabellera
de la floresta sombría,
y el ruiseñor deponia
su queja de amor primera.

Entre nubes de oro y grana
en ocaso estaba el sol,
y su luz tibia y lejana
á la alta sierra cercana
daba pálido arrebol.

En los hermosos jardines
del almenado castillo,
cantaban los colorines
en torno de un bosquecillo
de rosales y jazmines:

Y á su pié estaba sentado
sobre un banco de verdura,
de mil flores alfombrado,
un jóven, acompañado
de una angélica hermosura.

Pálida frente adornaba
del jóven la faz morena
donde el bozo aun no apuntaba,
y en sus hombros descansaba
negra y rizada melena.

Leve era su talle airoso,
su mirada penetrante,
su voz sonora, vibrante,
eco de un pecho animoso,
ó de un corazon amante.

Vagaba en sus labios rojos
crüel, amarga sonrisa;
apareciendo á los ojos
cual refrigerante brisa
de un incendio en los despojos.

—Bello es, Doña Inés, vivir
(decia el jóven á la hermosa),
pudiendo, cual vos, decir:
ningun pensamiento acosa
mi risueño porvenir.

—Oh! no, bello debe ser
al despuntar la mañana,
Ricardo, al menos tener
grato recuerdo de ayer,
grata esperanza cercana.

Pero una existencia fria
que se pasa indiferente,
sin ser ayer mas que un dia
que se hundió en el occidente,
es monótona y sombría.

—Ah! Doña Inés, anhelais
una mentida ilusion.
Ojalá nunca perdais
la calma del corazon
que ora tranquila gozais!

—Tranquila!... oh! sí... decís bien:
¿y por qué no lo he de estar?
—¿Qué puede, tal vez, turbar
vuestro reposo?...
—Un Eden
acaso pude soñar.

—Y ese Eden?
—Era soñado.
—Mas le quisisteis?...
—Oh!... sí!
—¡Y no le veis realizado!
—No!
—Ese es mi sueño dorado.
—No quiero soñar así.

«Pero hablemos de otra cosa,
que los sueños sueños son:
¿no veis, Ricardo, esa rosa?
es hermosa!
—Si, es hermosa;
¡mas solo es bella ilusion!

—¿Es verdad que hablan las flores
yo galas del mundo veo
en sus formas y colores,
y en sus sentidos olores,
misterios del alma leo.

—¿Qué dice ese ramo airoso
que vuestro pecho engalana,
y con la resedá, hermana
la violeta?
—¡Es misterioso!...
La violeta, humilde y llana
es emblema delicado
de noble resignacion:
representa un corazon
modesto y enamorado
que no espera galardon.

—¡Es sentido singular!
y la resedá?
—Es virtud
que escede á gracia sin par:
mas no hay mucha exactitud,
lengua es que puede engañar.

Con todo, ved esta flor,
es graciosa su figura;
pero su aroma es dulzura
que embriaga: ¿os gusta su olor?
—Mucho: dádmela!
—Locura!

¿Qué quereis hacer con ella?
—Guardarla solo: es tan bella!...
. . . .
—Mi dueño os llama, señora,
dijo entrando una doncella.
—Voy en seguida, Teodora.

Espejos del alma son
los ojos que amor desvela;
son la chispa que revela
del fuego del corazon
la llama que ardiendo hiela.

Son, cual para el caminante
de oculta flor el aroma;
son el ajimez brillante
do el alma, sultana amante,
incautamente se asoma.

Tal vez profundo secreto
el alma ocultar pretende,
y una mirada se enciende
que alzando el velo discreto
traidoramente la vende.

Y tanto, que si en su mengua
sufre el pecho sus enojos,
echando al labio cerrojos,
bien podrá callar la lengua,
mas no callarán los ojos.

Así Ricardo, en su anhelo
y en su amorosa porfía,
aunque gustoso daria
por aquella flor un cielo,
calló, pues callar debia.

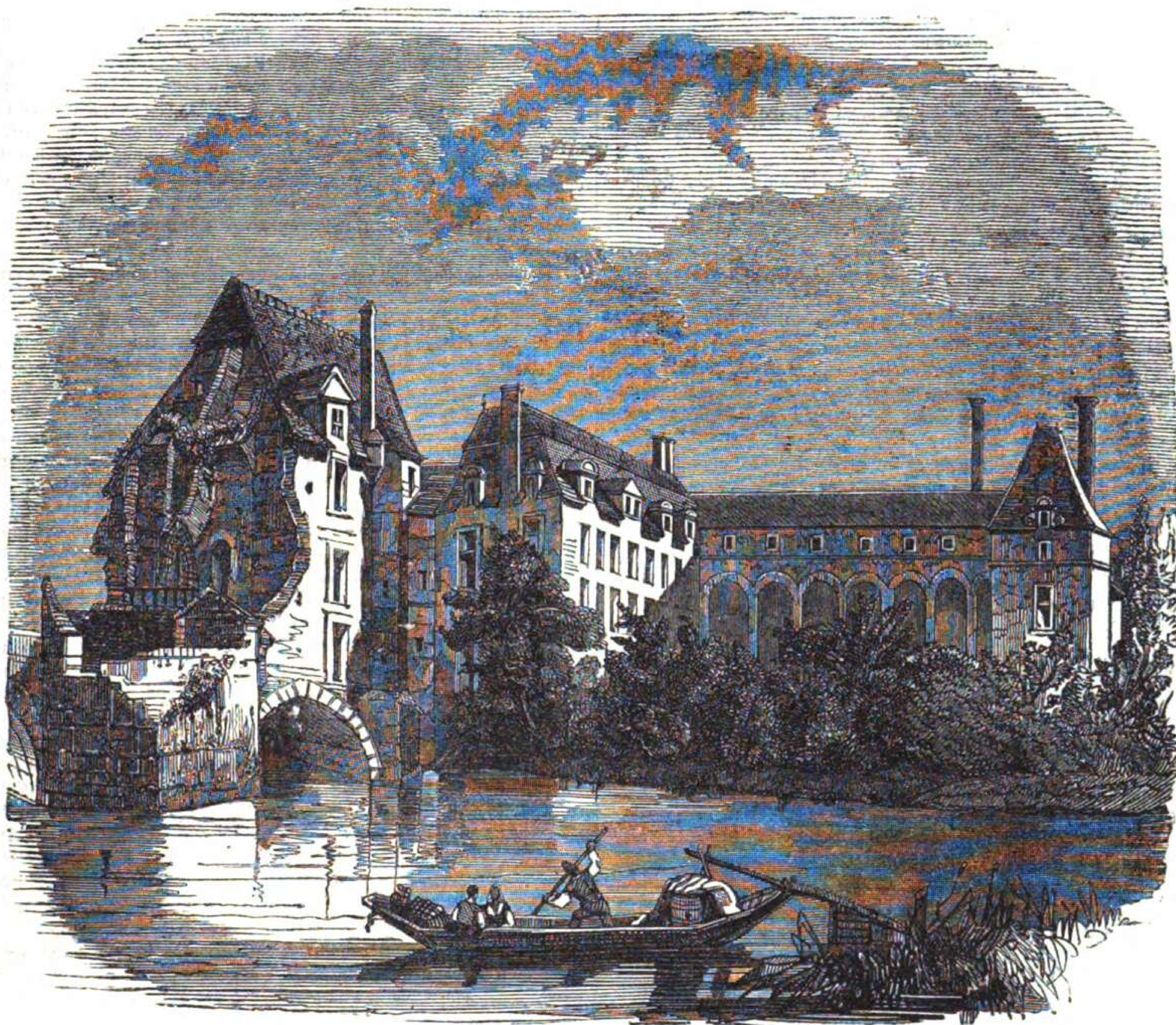
Pero su ardiente mirada
sobre la flor se fijó:
Doña Inés la comprendió:
«Tomad», le dijo apiadada,
y rápida se alejó.

(Continuará.)

FRANCISCO J. ORELLANA.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

IMPRENTA DEL SEMANARIO PINTORESCO É ILUSTRACION
A cargo de G. Alhambra.



ANTIGUO CASTILLO Y CONVENTO DEL CARMEN EN LA FLECHA.

La Flecha tiene derecho á que se le suponga un orígen muy antiguo, y aun debió tener en la edad media cierta importancia como posicion militar. Su castillo, del cual solo subsiste una pequeña parte, debia á su ventajosa posicion, en medio de las aguas del Loira, el ser considerado como una de las principales fortalezas del Maine y del Anjou: sostuvo largos sitios en diversas épocas, y si hemos de atenernos á las tradiciones del pais, quedó destruido por los ingleses, despues de la batalla de Beangé. El célebre campanario de la aldea de santa Colomba, situado en la opuesta orilla del Loira, y del cual solo permanece en pié un lienzo de muralla, fué arrasado hácia la misma época. Esto sin embargo nos parece poco probable, porque los ingleses, despues de su derrota, se apresuraron á abandonar la Normandia, evitando con empeño todo cuanto podia retardar su retirada. Es mas verosímil creer que el castillo de la Flecha estuvo ocupado por los ingleses, lo mismo que las demás fortalezas de la provincia, y que quedó arruinado cuando las tropas francesas hicieron huir de él á los estranjeros. Sea de esto lo que fuere, despues de haber pertenecido por largo tiempo á fieros y turbulentos barones, el antiguo castillo, ó mas bien la parte que se libró de la destruccion, fué otorgada en 1620 á los monjes del Cármen por Luis XIII, á condicion de que viviesen sin mendigar y de que estrajesen del lecho del rio los escombros de las fortificaciones que obstruian su curso impidiendo la navegacion.

A dichos religiosos se debe la conservacion de la vieja fortaleza; repaŕaronla á espensas de la órden, y al abrigo de sus vetustos muros construyeron una casa conventual, que vendida en la época revolucionaria, llegó á ser una morada encantadora.

Todavía se enseña en uno de los arcos que sostienen las bóvedas un agujero bastante estrecho, por el cual se dice que huyó un obispo de Mans, llamado Hoel, que Elias, conde de la Flecha, tenia preso en la fortaleza con el objeto de corregirle caritativamente de ciertas propensiones belicosas, muy poco en armonía con el espíritu evangélico, y tambien con el de vengarse de la escomunion lanzada contra él por dicho prelado. Esta crónica nada tiene de inverosímil, pues se encuentran muchos actos semejantes en las historias de aquel tiempo; pero parece imposible que un hombre hubiese podido pasar por aquel agujero, por muchos deseos que tuviese de adquirir la libertad.

En el sitio mas ancho del rio se celebraba anualmente el dia de la Trinidad la estraña ceremonia llamada Quintana. En virtud de una carta de época remota, el señor de Clef debia facilitar una estaca, que se plantaba en medio del Loira, y los carniceros, los molineros y los pescadores de la poblacion estaban obligados á acudir unos tras otros en un barco guiado por dos remeros, para romper una lanza contra ella. Cada justador tenia derecho á tres carreras; pero si á la tercera no rompia su lanza, el torpe campeon debia pagar una multa á su señor. A estos ejercicios acompañaban á veces accidentes bastante serios. En fin, en el año de 1787 los de la Flecha se consternaron tanto por la caida de un carnicero, que á duras penas pudieron sacar del agua, que suplicaron al duque de Praslin aboliese tan peligrosa costumbre.

En la orilla del rio y en el mismo paraje que servia de teatro á estas justas náuticas, se eleva hoy todavía un pabellon pequeño, de construccion bastante singular, y en cuyo terrazo se sentaban las damas del castillo para disfrutar del espectáculo de la Quintana.

El buen rey Enrique dió al marqués de la Varenne, su favorito, una porcion bastante considerable de las dependencias del antiguo castillo: todos los diccionarios geográficos que hemos consultado, á fin de averiguar el sitio en que hizo construir el castillo, están acordes en que era notable por el lujo de sus muebles: hace muchos años que fué demolido, y en parte del terreno que ocupaba se levanta hoy uno de los barrios mas agradables de la ciudad.

Se cita tambien como una de las principales antigüedades del país una torre aislada, que llaman la Arthuisiere, que se eleva en la prominencia de San German, y que se ve desde el camino real de París. Es muy difícil determinar su origen y su uso: la opinion mas recibida es que se reducia á un punto de reunion de cazadores. Lo que no aseguraremos bajo nuestra responsabilidad es lo que creen los habitantes del pais, á saber, que San Luis honró con su presencia el castillo. Dicha torre, que cuenta grande antigüedad, amenazaba arruinarse, cuando fué comprada por Mr. Lehurey, sub-prefecto de la Flecha, quien por medio de inteligentes reparaciones conserva á sus administrados un monumento que tienen la costumbre de considerar como una de las maravillas del pais.

El colegio es una grande obra y un establecimiento importantísimo. La iglesia parroquial un edificio soberbio, de color negro; la parte del coro es mucho mas antigua que el resto: dominaba en otro tiempo á su cúpula una flecha magnífica y dorada, que se elevaba á grande altura; pero el 18 de diciembre de 1725, dia infausto, un violento huracan, entre otros destrozos que causó, derribó aquella flecha, que al caer mató á un valiente capitan de artillería en su propio lecho.

La ciudad de la Flecha, como hoy existe, se encuentra en medio de un fresco y frondoso valle regado por el Loira; la atraviesa el camino de Paris á Nantes. Es una pequeña poblacion, bien construida, con buen empedrado, pero sin importancia alguna comercial. Debe atribuirse ciertamente á la natural indolencia de sus habitantes la falta total de industria en un pueblo tan ventajosamente situado á orillas de un rio navegable en todas estaciones, y donde se cruzan numerosos caminos que le ofrecen medios de rápida comunicacion con Paris y con los departamentos inmediatos.

En efecto, antes de la supresion de las órdenes religiosas, la Flecha contenia en su recinto muchos conventos, que daban impulso á bastantes industrias locales: con ellas vivian no pocos artesanos. Además de esto, los habitantes necesitados recibian con regularidad abundantes limosnas, que asegurándoles el pan cotidiano, les hacian partícipes de la ociosidad de los buenos monjes que les alimentaban.

En tiempo de la república, la Flecha debió tomar necesariamente distinto aspecto. Colocada en el límite de las provincias insurgentes, pasaban por allí los ejércitos que se enviaban á la Vendée, y aun se convirtió en teatro de la guerra. Cuando el ejército vendeano, perseguido por los republicanos, intentó pasar á Bretaña á fin de sublevar á sus habitantes y continuar una guerra imposible, su marcha quedó interrumpida delante de la Flecha, que solo fué tomada despues de una vigorosa defensa. Esta tardanza dió tiempo á los republicanos para acudir y destrozar en las calles del Mans á aquel ejército desordenado, presa de crueles enfermedades. Los habitantes de la Flecha recuerdan todavía el paso de aquellos infelices realistas, que abandonaban su pais arrastrando miserablemente consigo á sus familias, á sus ganados y sus instrumentos de agricultura.

La Flecha no tardó en hallarse en su estado de habitual tranquilidad, que solo se turbó desde muy lejos por el estruendo de las victorias y de las revoluciones que señalaron el principio del presente siglo. Desde entonces se enlaza estrechamente su historia con la del colegio que hoy le da una importancia verdadera.

DE LA EDUCACION.

Artículo I.

La educacion de los niños se ha fundado hasta ahora en la máxima de que es preciso prepararlos á ser hombres. Esta máxima, buena en el fondo, ha conducido en su aplicacion á muchos errores. Bajo su influencia se ha levantado una inmensa máquina intelectual, con que se ha abrumado la razon de los niños que empezaba á despuntar. A su cabeza infantil y que ciñe la corona de oro de los ángeles, se ha pretendido dar los cuidados que solo convienen á las cabezas calvas. En la ansiedad de hacer hombres, se ha mutilado la vida humana, estinguiendo en su origen todos los risueños sentimientos y graciosas ideas que forman la esfera en que se mueven el corazon y la inteligencia del niño. En una palabra, queriendo que esas tiernas plantas anticipasen el fruto que solo en su dia debian dar, se las ha metido en la estufa sofocante de nuestras escuelas, avivando así los gérmenes de su desarrollo, pero sin lograr por este medio mas que una vegetacion artificial, falta de los bríos que hubiera adquirido al aire libre y bajo la influencia saludable de las estaciones. El objeto de nuestro trabajo no es otro pues que rectificar la máxima con que lo empezamos, haciendo ver los vicios á que ha dado origen, y los grandes perjuicios que se siguen de su práctica al hombre y á la sociedad. En este primer artículo estudiaremos las fuerzas y condiciones de la inteligencia infantil, para ver lo que la conviene; en el segundo haremos la crítica del sistema de educacion que generalmente se sigue; y en el tercero y último espondremos el nuestro, con las precauciones que exige tan delicado punto.

Basada la educacion en la idea á que se subordinan todas las demás, de hacer al niño apto para todas las grandes posiciones sociales, se le da desde muy temprano una instruccion en que alternan la política con la moral, la religion con las ciencias, las artes con la filosofía, ó lo que es lo mismo, llenan su cabeza de todos los grandes pensamientos que han hecho encanecer prematuramente á los sabios de todas las edades. Se le habla de los misterios de la religion, y de los secretos del arte; de las pasiones políticas, y de los grandes trastornos del globo; de las prescripciones de la moral y de los deliciosos tormentos del amor, y despues de haber mareado su inteligencia con tan diversos cuadros y tan varios panoramas, se le cree ya instruido lo bastante para abandonarle á merced de un mundo que no conoce, porque lo ha contemplado desde un punto de vista falso, como que no tenia la gran condicion que se necesita para penetrar sus leyes, cual es tener en sí mismo el secreto de sus peripecias y la razon de sus fenómenos. Contad sino á un anciano vuestros amores, á un jóven vuestras cavilaciones políticas, á un hombre maduro vuestros juegos de la infancia, y os oirán con indiferencia, lo cual provendrá del punto de vista en que se colocan para escucharos, punto de vista que da la edad, que no se forma solo de los años, sino de los mil elementos que entran en la composicion de lo que llamamos nuestro ser actual, colocado entre el dia de ayer y el de mañana, y á la vez con aptitudes naturales que se van desarrollando para cada una de sus situaciones. Por este medio, conviene á saber, amontonando los conocimientos en la inteligencia del niño, se proponen sacar de él un hombre completo, desarrollar en él los gérmenes de lo bello, de lo verdadero, de lo bueno y de lo justo, últimas ideas y resúmen de todos los conocimientos humanos, y por último resultado y como término positivo de este trabajo, levantarle con el tiempo á las sillas curules del patriciado ó á la trípode de las inspiraciones académicas, ó lo que es lo mismo, hacerlo hombre de gobierno ó de doctrina, práctico ó especulativo, pero siempre dominando á los demás por la alta basamenta que le da la educacion recibida. Queremos pues probar, contra el sentir de la generalidad, que no se pueden conseguir estos fines mas que de un modo imperfecto, por medio de una educacion prematura, y que dado caso que se consiguiesen, serian enteramente nocivos, y no llevarian á otra cosa que al anonadamiento físico ó á la estincion moral del individuo.

Se ha dicho con alguna verdad que los hechos morales no se ajustan de un modo estricto y en un todo á los hechos físicos, y que por medio de estos es muy difícil, sino imposible, esplicar las leyes de las cosas abstractas y las funciones internas del alma. A pesar de que concedemos alguna parte de verdad á esta proposicion, siempre es preciso conocer que solo de este modo, imperfecto y todo como es, se puede llegar á presentar y hacer perceptibles los hechos que se refieren al mundo de la inteligencia, puesto que estos, en sí mismo considerados, no entran en el dominio de nuestras percepciones, y que solo vestidos con el traje y forma material, logran impresionar nuestros sentidos. Figurémonos sino una entidad moral cualquiera, sin referirla á alguna cosa concreta y determinada, y se nos escapará de entre las manos como el aire. Así pues tendremos que establecer en estos artículos muchas comparaciones con el órden físico, no ya para prejuzgar el valor absoluto de las entidades morales, sino para hacerlas comprender. La primera observacion de este género que tenemos que hacer, se funda en la estrañeza que causa ver el incongruente modo de proceder del hombre, que á la vez que ha considerado multitud de ocupaciones materiales como superiores á las fuerzas del niño, ha creido sin embargo apta su inteligencia, desde sus primeros albores, para toda clase de esfuerzo. Probado está que un trabajo anticipado destruye el organismo del individuo, no dejando medros á su cuerpo, y matando en su fuente y principio los ricos gérmenes de la actividad vital. ¿Cómo pues no se ha aplicado esta misma regla á la educacion moral, y se ha abrumado la inteligencia de los niños con una carga que debe aplastarlos y producir respecto de ella, los mismos efectos que el trabajo material engendra respecto del organismo físico? ¡Lamentable error ha sido este, que mas de una vez hemos tenido que deplorar, citándose muchos casos de

naturalezas gastadas antes de empezar á vivir y que han tenido una virilidad decrépita por haber alcanzado una infancia viril! Hecha esta primera objecion general al sistema de educacion prematura, empecemos á ocuparnos en el exámen que hemos prometido de la inteligencia del niño, para hacer resaltar lo vicioso del empleo que actualmente se le ha dado.

En la enseñanza hay siempre dos entidades necesarias y correlativas: lo que se enseña, y la persona en quien la doctrina se ha de encarnar y que ha de alimentar del pasto espiritual. Así pues es preciso que haya cierta correspondencia y homogeneidad entre el objeto y el sugeto, y que estas dos cosas puedan unirse y asimilarse, sin lo cual la semilla sembrada lo seria como en erial ó como en tierra que no está convenientemente dispuesta á recibirla.

Dos elementos cardinales encontramos en el niño que deben aprovecharse en su educacion: el deseo de conocer y la necesidad de admirar. Recien venido á un mundo lleno de objetos que le son estraños, no hay nada que, por la forma de su estructura ó la viveza de su color, no fije su mirada y no le impulse á una entusiasta contemplacion. Sus admiraciones son éstasis y sus sorpresas arrobos, encontrando el incentivo de la novedad en cuanto alcanzan sus sentidos. Pero las ideas que el niño recibe de las cosas son simples y van á él como emanaciones directas, y solamente como un reflejo que los objetos esternos envian á su alma. La reflexion y el juicio no pueden existir en él, porque ambas á dos son cosas que nacen de la comparacion y de la paridad ó disporidad que existe entre unos y otros objetos, y entre todos ellos á la vez respecto de ese gran tipo supremo y puramente subjetivo que es como el resúmen y la quinta esencia de una multitud de operaciones anteriores del entendimiento, las cuales han dado un resultado comun y han venido á formar lo que llamamos la conciencia. De estas ideas simples y directas, la inteligencia del niño saca gran motivo de admiracion. En edades mas avanzadas, el entendimiento del hombre no solamente está ya cansado de admirar, sino que á la vez se halla poco dispuesto á la sorpresa. Por distintas que aparezcan las cosas entre sí, todas tienen una íntima relacion y algunos puntos de contacto que son como los lazos mas ó menos visibles que unen las partes al todo, por medio de esa gran ley, que las ciencias se encargan ahora de probar, y que la filosofía conoce ya de antiguo con el nombre de armonía universal. De aquí resulta que no hay nada que para el hombre adulto sea enteramente nuevo. La inteligencia está llena de reminiscencias que son otras tantas trabas á la admiracion. Los sentidos nos dicen que el objeto que miramos es nuevo, porque ninguno otro ha tomado hasta aquel punto su cabal apariencia; pero una voz interior nos revela que la idea de aquellas perfecciones ha iluminado ya, bajo otras mil distintas formas, la esfera de nuestra inteligencia. Tenemos pues que conforme el hombre avanza en la vida, se hace menos capaz de entusiasmo. Las gentes miopes atribuyen esa indiferencia al frio de la edad y á la tibieza que infunden los cabellos canos, sin ver que la psicologia nos da una razon natural de ese indiferentismo estóico. No sucede lo mismo con el niño: su inteligencia es una tierra vírgen que aguarda la semilla que se le quiera echar. Circula por su supeficie una savia vigorosa que no espera mas que la primera planta á cuyo crecimiento y desarrollo haya de contribuir. Así se ven levantarse en la inteligencia del niño esas creaciones abultadas y gigantescas, que son como los productos de un suelo que no está postrado por el trabajo y por el repetido deterioro de la sustancia vital. Examinad sino las proporciones de toda idea que ha llegado á incubarse en la cabeza de un niño, y la vereis al momento perder las condiciones de la cosa real, para entrar en el dominio de la imaginacion y revestir la forma de la quimera. Consultad sus deseos y decidme luego si acertais á ponerles coto ni medida. Siempre llega la idea á los últimos términos de la espresion, y sino la exageran mas, es porque la lengua está rebelde á los bríos de su pensamiento. Todas esas sombras y visiones que los consternan, no provienen solo, como se cree, de la ignorancia en que están de la causa real de los fenómenos que dan origen á su terror ó su sorpresa. Si entra por algo esta causa en la alucinacion de su mente, debe contarse todavia mas que con ella, cuando se trate de dar la razon de estos fenómenos, con el aislamiento y la soledad en que se encuentran en la cabeza del niño las ideas que los producen, señoras y dominadoras de un imperio que avasallan á su antojo.

La inteligencia del niño no solamente recibe las ideas como una imposicion de los objetos, sino que á la vez las hospeda y las recibe con cariño, y las rodea de todos los cuidados del amor infantil. Su admiracion es apasionada, y no juega en ella solamente la inteligencia, sino que á la vez se interesa su alma, resultando de aquí que las ideas no caen en su cabeza como en la del filósofo, para atormentarla y para ser su trabajo y su pena, sino que forman su placer y son como otras tantas flores de su entendimiento que lo perfuman y lo engalanan. La contemplacion del hombre adulto tiene los caractéres de una absorcion penosa y de una tension violenta de los resortes intelectuales. Las mil ideas que se disputan su imperio, luchan en él con vigor, y solo por un supremo esfuerzo de la voluntad logra hacerlas callar á todas para oir solamente la voz de su idea predilecta. Pero en el niño no hay lucha ni violencia. Sus creencias son sencillas y espontáneas, y nacen como la yerba en un campo fértil, sin cultivo y sin trabajo. Nada disputa el campo á la idea nueva: entra en la inteligencia con paso desembarazado y libre, y pasa por ella con las galas y las alegrías del triunfo, pero sin haber costado las lágrimas de la batalla y los horrores de una lucha cruel, que suele ser el triste preámbulo de todas las conquistas y de todas las dominaciones. De aquí que el niño no maldiga nunca de sus ideas, ni turben estas por un solo momento la calma angelical de su alma. No son ellas como huestes devastadoras, sino como amenos viajeros que vienen á contarla cosas estrañas de nuevas y misteriosas regiones. Comparad la contemplacion del filósofo con la del niño. Observad la frente del primero, contraida por la violencia de la atencion, y sus ojos fijos y atentos, pero sin luz ni brillo, y como si tuviesen delante de sí una refraccion luminosa del objeto interno. Su aliento es penoso, y de vez en cuando se le ve golpearse la cabeza como si estuviese rebelde al mandato de la voluntad, y como si se negase á soltar la chispa luminosa que esconde en su seno, y que ha de alumbrar las oscuridades de la idea. Está distraido, y apenas piensa en satisfacer las mas imperiosas necesidades materiales; pero el cuerpo, amarrado por la voluntad, manifiesta luego las señales de su violencia. Las arrugas prematuras y la blancura del cabello son signos inevitables de toda ocupacion mental largamente proseguida, y en que se ha empleado una coaccion violenta sobre el mecanismo humano y sobre el libre juego de la inteligencia. Examinad ahora los caractéres de la contemplacion del niño. Tambien él está horas enteras en una distraccion completa de los objetos esteriores, y en una absorcion mental prolongada. El objeto llega á producir en él esa fijeza de la inteligencia que llamamos meditacion, si bien en el niño no puede tomar ese nombre. Sorprendedlo en uno de sus juegos, y le vereis inquietarse y sufrir si le apartais del objeto que alimenta su curiosidad, prueba de que apasiona su alma. Los primeros éstasis de la infancia se pintan bien por el efecto que en los niños produce la luz. Es una mezcla de concentracion y dilatacion del espíritu, completamente entregado á una idea, pero con cierto gracioso abandono que no se parece en nada á la violencia. Avasállale la idea, pero con cadenas de flores: se halla ligado invenciblemente al objeto que causa su admiracion, pero al marchar hácia él cree que va por sí, y que no le llevan: no siente la coaccion, y vive en la esclavitud como el pájaro habituado á la jaula. Los labios del niño se sonrien como movidos de un placer inefable, y se animan sus ojos con el resplandor que refleja en ellos la chispa que se enciende en su alma. Esto consiste en que el niño realmente no medita, si por meditacion ha de entenderse la reaccion que la inteligencia obra sobre los objetos y sobre las ideas, para pedirles cuenta de lo que son y de lo que valen. No hace mas que recibir con entusiasmo la nueva idea ó la nueva nocion, y recrearse en contemplarlas, sin pedirles cuenta de dónde vienen ni adónde van. De aquí que, como hemos dicho, el niño se apasiona por los objetos de su fantasía y por las creaciones de su inteligencia, y que á la vez que se desarrolla esta, se desarrolla aun mas vivamente su sensibilidad.

Examinadas las cualidades predominantes del alma en el niño, encontramos dos que lleva necesariamente la edad: la imaginacion, ó lo que es lo mismo, la facultad de realzar los objetos, y de revestirlos de formas y de proporciones caprichosas y várias, ya tristes ya risueñas; y la sensibilidad, ó sea la pasion con que el alma acoge cuanto llega á ella, ya para rendirse bajo el influjo de una fascinacion terrible, ya para convertirlo en fuente de alegrías supremas.

Reconocidas estas dos cualidades predominantes en el niño, la educacion que se le dé ha de partir de ellas y hacerlas servir á la obra de su adelantamiento y perfeccion. Salirse de la esfera de esas dos cualidades, es hacerse incomprensible y hablarle de cosas que no puede entender. Serán pues adecuados para los niños todos aquellos estudios en que se llame á la puerta de la imaginacion ó del sentimiento, siempre abiertos para recibir al huésped que llega á las tierras vírgenes de su alma. ¿Se sigue esta prescripcion en la enseñanza actual? ¿Se coloca esta á la altura de la comprension del niño? ¿Se le habla en su lenguaje y se emplean los medios mas aptos para cautivar su atencion? En nuestro sentir, de ningun modo. La educacion de los niños no consiste ahora mas que en hacinar en su memoria conocimientos sobre conocimientos, creyendo que con tenerlos amontonados se levanta el edificio de la educacion.

En nuestro artículo inmediato probaremos la verdad de este aserto, avanzando hasta demostrar, que, como ya hemos dicho antes, aun cuando se logra el propósiso de hacer de los niños hombres sabios, su sabiduria no conduce á otra cosa que á su perdicion moral é intelectual. ó á la ruina de su organismo físico. La naturaleza, que no ha dado al pájaro en el nido las alas con que después hiende los aires, no consiente con impunidad, que trocando las edades, se remonte la inteligencia del niño á las alturas que solo en época mas avanzada debe alcan-

zar. Cumplir todos los desarrollos que la infancia admite, sin salirse de su esfera propia y sin pedir un fruto anticipado á su edad: hé aquí el propósito adecuado de la educacion, y el único natural y conforme á la ley providencial, que quiso que las cosas viviesen en el tiempo, y que dentro de él cumpliesen sus destinos.

RAMON DE SATORRES.



(Penélope, muger de Ulises.)

SIN NOMBRE.

(RECUERDOS DE VIAJE.)

(Conclusion.)

IV.

Al dia siguiente pasaba favorecido de la suave brisa de la tarde un ligero bergantin por delante de aquella playa. Un jóven, apoyado en la obra muerta, contemplaba tristemente la costa que iba desapareciendo con lentitud á sus miradas: lágrimas amargas y silenciosas corrian de sus ojos, mientras que mil ahogados suspiros se abrian paso á pesar suyo desde el fondo de su pecho.

Siéntese siempre á la salida de un puerto cualquiera, una impresion de vaga melancolia, así como se esperimenta una sensacion de placer al arribar á cualquiera puerto del globo. Recuerdo con una especie de doloroso placer la tarde del 26 de setiembre de 1851. La fragata de vapor *Isabel II* salia majestuosamente de la bahia de Puerto-Rico: la tripulacion del *Guarda-costa*, pequeña goleta, formada sobre cubierta, dió al pasar nuestro gigantesco buque, tres ó cuatro vivas á la Reina. La gente nuestra subió á las escalas, y desde alli contestó con otros tantos, pues no les permitia la elevacion de nuestra obra muerta contestar formados sobre el puente. Motivos tenia yo de tristeza, y graves motivos: sin embargo, habiame embarcado con enjutos ojos. Al oir aquellos *hurrahs* tan sonoros, tan espontáneos, tan entusiastas, al ver aquellos rostros de la tripulacion del Guarda-costa, abrasados por los soles tropicales; pobre gente que victoreaba á su reina sin conocerla; sin saber que es buena y noble y generosa; al oir aquel homenaje tan sincero, destinado á no ser jamás conocido de la persona que era su objeto; mis ojos se llenaron de lágrimas, y pareciome oir en aquellos gritos juveniles no sé qué de lúgubre presagio, como si fuese el adios postrero que yo debia dar á las playas del pais en donde vive mi madre, en donde mis hermanos viven, en donde reposan los venerandos huesos del mejor de los padres, en donde duerme en paz el último de mis hermanos, arrebatado casi en la niñez al amor de los suyos!

La vida es una continua peregrinacion; nadie sabe al despedirse de los que ama para la mas corta ausencia, si volverá á verlos; ¡es tan precaria la humana existencia, tan fácil de apagar ese destello vital que nos anima! Y empero al ver la grandeza de su deslumbrante resplandor en ese corto número de individuos que llamamos grandes hombres, parécenos que debiera durar eternamente; pero el fuego de la vida es como los otros fuegos: mientras con mas vigor arde, mientras mas devorador se ceba en su propia substancia, mas pronto se consume. La historia de todos los tiempos y de todos los países comprueba esta verdad. De un modo ó de otro, apenas ha habido un grande hombre que haya llegado á los últimos límites que la naturaleza ha señalado á la vida humana: Alejandro murió á poco mas de treinta años; Alcibiades, Pascal, Rafael, D. Juan de Austria, Gaston de Foix, lord Byron, murieron en su mas florida juventud. Napoleon mu-

rió de cincuenta y un años; considerando lo que hizo en los cien dias, ¿no debemos creer que aquel grande hombre se hallaba en el pleno goce de sus fuerzas vitales en 1815?

Por lo demás, los grandes hombres vienen al mundo á iniciar las grandes revoluciones; pero todos están destinados á no ver la realizacion de sus gigantescas ideas: todos, como Moisés, mueren mas ó menos apartados; pero sin reposar la cansada planta en la tierra prometida. Por su parte, el género humano permanece con la mayor tenacidad fiel á su ceguera. De Jesucristo como de Napoleon, de Homero como de Byron, de Galileo como de Colon, se han podido decir con igual justicia aquellas palabras del evangelio de S. Juan: ***Et lux in tenebris lucet, et tenebræ eam non comprehenderunt.***

Pero decíamos que la vida es una peregrinacion, cosa que todo el mundo sabe y dice, y á propósito de tan manoseada sentencia, nos hemos olvidado de que estamos escribiendo una novela para el SEMANARIO, que no las inserta cuando son largas, y aun cuando las inserte, á los lectores no les importa un bledo nuestra opinion sobre la vida, ni nuestros dolores, ni... en fin, nada nuestro, como no sea esta que llamamos novela, y tiene, segun se nos alcanza, mucho de verdadera historia. Pero, lectores nuestros y de tantos otros, á los poetas, yo lo soy algo, nos es muy difícil olvidarnos de nuestro propio ser, siquiera grande, siquiera microscópico, y por esta razon os entretenemos ó fastidiamos con estas salidas de tono personales. Dios nos hizo así; paciencia.

Pero vuelvo á Federico, no sin aprovechar antes esta ocasion de dirigir un recuerdo de reconocido afecto al coronel Salcedo, comandante de la ***Isabel II***, y á todos sus amables oficiales.

V.

—Amo mio, decia un negrito que habia seguido á nuestro héroe en su segundo viaje á Europa; son ya las seis y media, pero hace un dia muy malo. ***El boulevard*** está cubierto de nieve.

—¿Las seis y media? ¿No te dije que me llamaras á las seis? ¡Porvida de! Y saltando prestamente de la cama empezó á vestirse. ¡Ve por un carruaje!

—¿De dos, ó cuatro asientos, mi amo?

—De dos, despacha. El negrito salió volando.

—¡Y este Luciano que no viene! Decia Federico mientras se calzaba á toda prisa las botas. De pronto lo interrumpió una voz muy conocida que entonaba el famoso himno patriótico conocido por ***La Parisienne. Peuple Français, peuple de brrraves, la liberté rouvrre ses brras*** (1).

—Helo aquí, pensó Federico...

—***Eh bien, mon cher.***—¿Estás dispuesto á matar á ese cafre de tu compatriota?

—No es asunto para bromas, Luciano.

—No me chanceo. ***On nous disait soyez esclaves, nous avons dit soyons soldats!***—Sabes que ese pobre Delavigne se alegraria mucho de volver al mundo para vernos hoy gozar de la libertad que reabria en su tiempo los brazos? ¡***Vive la republique!***, es decir: ¡***vive l'Emperrrrreur!***

—Luciano, en momentos tales, esa alegria es por lo menos intempestiva...

—Estoy alegre, porque tienes de tu parte la razon, y la fuerza, que es mucho mas, digan lo que quieran los pensadores honrados, ¿***Qu' importe la raison quand on a le robur*** (2)? Eres un floretista capaz de hacer sudar la gota gorda á ***Grisier***. ¿Por qué diablos no has seguido la carrera militar, tú que desciendes de esa raza de héroes salvajes de Ultrapirineos?

—Luciano... Luciano...

—No te incomodes: no puedo, por mas que lo desee, tomar esta farsa de la vida por el lado serio. Cada cual es... lo que es... Tú te pareces á Heráclito, yo á Demócrito; tu lloras, yo rio:—¿quién tiene razon? Conven en que no eres tú quien lo puede decidir.

—Pero en una circunstancia tan solemne...

—Bah! Es darle demasiado valor á unos cuantos pases de florete.—Pero hablemos de mi programa para el dia de hoy. Salimos al campo, matas de una cuarta ó una segunda á ese cafre de tu compatriota, nos despedimos de su testigo, á menos que desee morir, en cuyo caso me encargo de satisfacer su capricho; volvemos á la ciudad, almorzamos en Tortoni, vamos á buscar á tus amigos Zorrilla y el otro, que no sé cómo se llama; os llevo á que conozcais á mi judia, que es una Venus; comemos en el café Inglés, y luego nos vamos á oir á Racine por medio del vehículo ***Rachel***, ó á reirnos de las farsas de ***Levassor*** en el teatro del ***Palais Royal***. Después...

—Sino te conociese á fondo, creeria que tienes mal corazon. ¿Es posible?...

—¿***Que haya un cadáver mas, qué importa al mundo?*** Ya ves que te contesto con un verso de tu poeta favorito...

—Mi amo, dijo el negrito entrando, abajo espera el carruaje.

—Vamos, dijo Federico saliendo del cuarto.

—***Allons enfans de la Patrrrie***, contestó Luciano siguiendo á su amigo.

VI.

Algunos años después, Luciano dirigia á Carlos, el amigo que dejó Federico en América, la siguiente carta:

«Mi querido señor:

»Todas las cartas de V. se han recibido, é inmediatamente dirigido al punto donde se hallaba nuestro desgraciado amigo, el cual ha estado viajando en este último tiempo por varios paises de Europa, Asia y Africa. Voy á decir á V. cuanto sé de su historia, posterior á la visita que hizo á esa.—A su vuelta vivia aquí entregado al estudio: el recuerdo de sus pasados infortunios se iba debilitando poco á poco: por grados renacian su espíritu y su corazon á la esperanza de dias mas serenos. Un incidente muy honroso para él le ocasionó un duelo, en el cual recibió una estocada bastante grave por la ilimitada generosidad de su carácter, que V. tan bien conoce, y que le ha hecho cometer en su vida mil nobles imprudencias. Restablecióse lentamente, y los médicos le aconsejaron los aires del Mediodía. Fué á España. Durante su permanencia en Madrid, nuestra correspondencia era casi diaria. Llegó una época en que sus cartas tomaron un tinte tal de alegría y felicidad, que conociendo su alma vehemente y apasionada, empecé á concebir serios temores para lo futuro. Federico amaba y esperaba... creia ser amado. De pronto cesaron sus cartas, esperé algunos dias, y no recibiendo noticias suyas, escribí á nuestro embajador en aquella capital. Contestome que Federico habia desaparecido sin despedirse de nadie. Me puse inmediatamente en camino; llegué á Madrid, y después de mil inútiles pesquisas, supe que se habia marchado á Italia á unirse al movimiento revolucionario de aquel pais. Pero todo habia concluido ya: seguile sin embargo, y después de recorrer por dos veces aquella hermosa península, le encontré casi moribundo en una pequeña ciudad de Lombardia. Mis cuidados le volvieron á la vida; pero es tal la que arrastra desde entonces, que casi me arrepiento de no haberle dejado morir.

»Caballero, he sido el mas alegre y aturdido de todos los jóvenes de mi edad; la tristeza de Federico ha muerto mi alegria. Nunca he sabido la historia de Madrid; acaso se la cuente á V. He alcanzado á fuerza de ruegos esa carta que le incluyo; diómela cerrada, é ignoro su contenido; pero si por él vislumbra V. alguna esperanza, en nombre de la amistad, en nombre de la humanidad, ruego á V. que venga á unir á los mios sus esfuerzos para salvar á nuestro desgraciado amigo. Todo de V.—LUCIANO.

Federico á Carlos.

«No puedo por mas tiempo negarme á contestarte: nunca fui ingrato, pero mi corazon no vive sino para el dolor sin esperanza. Las gratas emociones de una amistad sincera y probada como la tuya, no tienen entrada en él. Yo me complazco en el dolor: ha llegado á ser mi natural elemento. Si por una aberracion de la suerte todo me sonriera de nuevo en la vida (digo todo porque sé que el único bien que de veras he anhelado, es un imposible para mí; esto te lo esplicaré después), me creeria aun mas desgraciado.—Hallo cierta voluptuosidad desgarradora en el estremo infortunio.—Como el Ajax de Homero, me resigno á morir; pero deseo que peleen los dioses contra mí. La menor intermitencia en esta horrible fiebre de la desgracia me pareceria un insulto—mas aun... un sarcasmo.

»Pero me pides detalles de mi vida; si me los pidieras de mi muerte ó de mi agonía, anduvieras mas acertado.—¿Sé yo por ventura lo que pasa por mí?—Soy una sombra que se desliza solitaria por entre los humanos, como el chakal del desierto al través de sus inmensos arenales. Sensible solo á mi dolor:—muerto para todo lo demás.—Las naturalezas mezquinas se vuelven egoistas con la prosperidad; las almas generosas llegan al mismo resultado con el dolor.

»No sé lo que es de mí; vivo como una máquina; pero puesto que te escribo, voy á darte cuenta de las últimas sensaciones de mi vida. Por mas estrañas que te parezcan mis palabras, te digo, Carlos, que he muerto. Pero voy á contarte el último episodio de mi azarosa existencia.

»Era al espirar de una tibia tarde, á orilla de uno de los mas hermosos lagos de Italia, el de ***Garda***. El céfiro vespertino jugueteaba con mis largos cabellos, ya en parte encanecidos: mi frente, ardorosa con

(1) Pueblo francés, pueblo de valientes, la libertad abre de nuevo sus brazos. Decíannos: ¡sed esclavos! y respondimos: ¡seamos soldados!

(2) Recuerdos de una improvisacion de Colegio contra la injusticia de un profesor de retórica. *¿Qué importa la razon cuando se tiene la fuerza?* Robur no es voz francesa, pero es latina, y el estudiante poeta hacia una ensalada de lenguas en su rencor.

la fatiga y el calor del dia, volvia por grados al temple natural. El silencio que allí reinaba, solo interrumpido por el blando murmurio de las azules ondas, levemente rizadas por la brisa de la tarde; lo suave de la temperatura; la anterior fatiga y el presente descanso, me hicieron caer poco á poco en ese estado intermedio del sueño y la vigilia. Aquel cielo trasparente y sereno, aquellas colinas, aquellas aguas, me recordaron los bellísimos paisajes del suelo nativo; empecé á meditar.

»Lentamente se fuéron desvaneciendo á mi vista las verdes orillas del lago, sus azules aguas, y aquel cielo tan hermoso. Línea por línea fué evocando mi memoria el amoroso semblante de mi madre: la veia, la tocaba, estaba reclinado en su regazo. Sonido por sonido fui recordando su melodía favorita; sílaba por sílaba las palabras de aquella cancion; me puse á cantar.

»Sucesivamente fué reflejando el cristal de la memoria el panorama de mis pasados dias: los pueriles juegos compartidos con mis hermanos en el hogar paterno: los primeros triunfos escolares: las primeras emociones de la adolescencia: el primer amor:—aquí empezaron los dolores.—¡Cuántos desengaños amargos, cuántos larguísimos padecimientos por tan breves instantes de dicha falaz!—Luego vinieron las aspiraciones generosas de virtud y gloria.—¡Cuántas decepciones!—Fuera de las riquezas y del poder, porque nunca las he ambicionado, y tengo ya mas de treinta años; ¡tras de cuántos fantasmas corrí!—Y después de una larguísima y azarosa jornada, á la manera del peregrino de Sahara, descubrí en medio de aquellas vastas soledades un oasis risueño. La última muger que he amado: la única que he amado: el primero y último amor de mi vida, porque los demás no fuéron mas que devaneos del ánimo; pasajeras fantasías.

»Era una muger, amigo mio, porque ha muerto para mí, sobre la cual derramó el Hacedor Supremo todas sus bendiciones. Hermosa, inteligente y buena, como debió ser la primera antes de que el pecado la condenase á las miserias é imperfecciones de la naturaleza mortal.

»Pero mi tiempo habia pasado: yo era la rama seca que arrebatan las primeras ráfagas del otoño, y ella el arbusto en plena florescencia, á quien acarician con su tibio aliento los céfiros primaverales. Ella entraba en el banquete de la vida, y mi alma habia tocado los límites de la decrepitud moral. No podia comprenderme: aficionóseme por compasion, y un dia que en un momento de olvido la dije mi amor, riose de mí... ¡No me creia!

»Volví á la realidad y sentí lo que sentiria un condenado á muerte que en su última noche soñase con largos dias de felicidad: mas aun: ¡porque yo habia perdido hasta la esperanza!

»Estuve á punto de arrojarme al lago; pero Dios se apiadó de mí. Enjugué mis lágrimas: volví á tomar el báculo del peregrino, y seguí sin norte mi rumbo por el ilimitado desierto que se presentaba á mi corazon.

»Desde entonces no vivo: me arrastro: ¿por qué no he muerto, Dios mio, en tantos peligros como he arrostrado? ¿Quién sabe para qué me conserva el Supremo Hacedor este soplo vital, pronto á estinguirse? Réstame algo que decirte:—¡Olvídame! Y si acaso piensas en mí alguna vez, sea como en el que ha cesado de existir.—¿Qué es mi corazon mas que un vastísimo sepulcro?—FEDERICO.»

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

Dos años después se encontraron los dos amigos en las calles de Paris.

—Federico, ¿eres tú á quien veo tan robusto y alegre, cuando te suponia?...

—Para que no supongas cosas inciertas ó injustas, te daré en dos palabras la esplicacion del enigma. Aquella muger tan bella, tan amada, y al parecer tan ingrata... es hoy mi muger.

—¡Qué lástima de desenlace, lector! ¡Cuántas cosas habia pensado decirte, que tengo que dejarme en el tintero!

—Pero necesito unos cuantos reales: estoy muy ocupado, y la primera parte de *Sin nombre* no puede ver la luz pública sino está escrita la segunda. Por tanto—*Vale et me ama.*

JOSÉ HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

LA FLOR DE RESEDA,

LEYENDA ORIGINAL.

III.

RICARDO.

Era Ricardo un paje
de Martin de Alarcon, y de él querido
con entrañable afecto decidido.
Cual á hijo le trataba
el ilustre señor; y no es estraño,
pues Ricardo era amable, y le pagaba
con amor y lealtad; y aun en su daño,
su respeto á su amor aventajaba.

El jóven ignoraba
de su origen la historia;
mas siendo de su dueño la ternura,
ternura paternal, no le amargaba
del pasado la lúgubre memoria.
Solamente sabia
que le amparó Alarcon, aun siendo niño,
y no le sonreia
de maternal cariño
reminiscencia grata,
que cual eco de tierna melodía
infunde al corazon triste alegría.

Algunas veces tras de insomnio lento
acaso le agitó sueño pesado,
y viose abandonado
al dar al mundo su primer aliento:
y con hidalga saña
concibió que de un crímen era fruto,
y que le alimentaba mano estraña;
pero al nacer la aurora
disipaba su pena asoladora.

Habian visto sus ojos
encanecer la cumbre del *Veleta*
diez y seis veces ya; con los despojos
de su alba vestidura,
trocada en agua pura,
contemplara otras tantas
al campo alimentar flores y plantas,
cuando por vez primera
sintió en su corazon funesta hoguera,
y amor sin esperanza
perderse en lontananza
miró el horizonte de su vida;
y maldijo el instante en que naciera
sin un ilustre nombre que le diera
la noble mano de su Inés querida.

La amaba como al fuego
la mariposa bella,
como el puro rocío
que entre la flor destella
al sol que le devora en seco estío;
sin que jamás su labio
pronunciara de amor el dulce agravio.
No, que turbar temia
de Doña Inés la calma,
la infantil alegría
tesoro de su alma,
y á quien tanto debia
no con ingratitud pagar queria.

Por eso al recibir la flor hermosa
que en momento febril pidió á su amada,
largo rato aplicada
sobre sus labios, con delirio ardiente
la estampó amante beso;
mas pronto recobrado
de su primer estático embeleso,
sintiose acongojado
su pecho enamorado:
porque vió lo profundo del abismo
á que marchaba él mismo,
y aumentaba su pena
ver presa á Doña Inés en su cadena.

IV.

REO, JUEZ Y VERDUGO.

En un salon vastísimo
de gótica estructura,
colgado con tapices
de pálido color,

y encima de una mesa
de octógona figura
difunden dos bujias
tremente resplandor.

De trecho en trecho penden
sobre el macizo muro
rudas armas que brillan
con indecisa luz;
y como sombras vagas
se ven allá en lo oscuro,
sobre la ojiva puerta
dos genios y una cruz.

En un sillon sentado,
sobre la mesa el codo,
en la mano la frente,
cruzados ambos piés,
el de Alarcon pronuncia
con apacible modo
palabras que estremecen
á su hija Doña Inés:

—No es justo que malogres
tu hermosa primavera,
Inés del alma mia,
en esta soledad;
el mundo me reclama
tu vida placentera,
y el mundo gozar debe
tu angélica beldad.

—Ese lenguaje...
—Estraño
lo juzgarás, querida,
y en mí, tu padre amante,
mas debe parecer;
pero si sacrifico
la calma de mi vida,
es por colmar la tuya
de dicha y de placer.

—A vuestro lado solo
pudiera ser dichosa,
sí, padre, á vuestro lado
dejadme ser feliz.
—No pienses, hija mia,
que dicha tan hermosa
mi corazon rehuse,
si humilde tu cerviz

Acata los preceptos
de un padre que te adora.
—Hablad. Obedeceros,
por Dios os juro! Hablad.
—Nunca de ti apartarme
tambien te juro ahora,
mas oye al mismo tiempo
mi firme voluntad.

Sintió la bella jóven
temblor imperceptible;
presentimiento fúnebre
su corazon heló;
que al par de afectuoso
tambien era terrible
el paternal acento
que en su oido resonó.

Una imprudente lágrima
disimuló el anciano;
era de algun recuerdo
la destilada hiel:
pasose por el rostro
la temblorosa mano,
y así empezó su lengua
revelacion cruel:

—Sin duda ignorar debes
una pasada historia,
que aun estremece hoy dia
mi rudo corazon;
aunque creyera un tiempo
que, débil la memoria,
en fuerza de los años
perdiese su impresion.

Una madre tuviste
purísima, inocente,
de mis hermosos dias
adorno celestial;
era su amor el lauro
de mi guerrera frente,
pero su amor á entrambos
nos hizo mucho mal.

Hija de Ali-Atar era,
moro de gran valía,
sin dolo convertido
á nuestra santa fé;
y antes de ser mi esposa,
mientras la guerra ardia,
de Tristan de las Casas
amante tierna fué.

Amábala el guerrero
con intencion tan sana,
que á mí, su fiel amigo,
jamás lo reveló;
pues dar su nombre y mano
juró á la musulmana,
y no queria con mengua
unirse á la que amó.

Lidiando por su patria
de Armilla en la refriega,
tocole como bueno
por suerte sucumbir;
y en sus postreras ánsias,
sobre la misma Vega,
me dijo acongojado:
«—Martin, voy á morir:

«Solo mi alma desgarra
«de amor pendiente ultraje...
«en la alquería de Cónchar
«un niño encontrarás...
«Por Dios! no le abandones...
«cuando al sepulcro baje,
«salva el honor de Zaida!...
«Adios!... no puedo mas!...»

Un año habia pasado
des que Tristan muriera,
cuando á la cruz Granada
su frente doblegó:
con nombre de María,
cristiana Zaida era,
y á poco de este tiempo
su mano me entregó.

Con lóbrego misterio
cubrí su afan prolijo,
que capa era bastante
mi honor á su desliz:
lloraba entonces muerto
su desgraciado hijo,
mas bien pronto á mi lado
se reputó feliz.

Dos años trascurrieron
en plácida armonía,
sin que un instante solo
sufriese de dolor;
y lo que fué al principio
deber de amistad pía,
pronto lo ví trocado
en apacible amor.

Con amistad muy sincera
mi casa frecuentaba
Don Íñigo de Ulloa,
guerrero de alta prez...
—Sí, le conozco.
—Y sabes
que en él nace y acaba

del pundonor la norma,
la gala de honradez.

Eran las noches gratas
con él y con María;
tú como un ángel puro
dormias junto á mí...
Qué recuerdos tan dulces,
Inés!... mas oye, un dia
inspiróme el infierno
terrible frenesí.

Don Íñigo era jóven,
era hermosa tu madre,
los años ya en mi frente
marcaban la vejez...
Perdóname, hija mia,
perdónale á tu padre,
fatídico arrebato,
fascinacion tal vez.

Tuve celos!... No estrañes
tan loco desvarío:
Don Íñigo era jóven,
tu madre era una hurí;
y obsequios inocentes
optados sin desvío,
mas de una vez con ira
reconcentrada vi.

Una noche, era tarde,
zumbaba la tormenta,
que en torno de Granada
se concitaba audaz;
y al pisar mis umbrales
la vista fijé atenta
en una sombra rápida
que vi pasar fugaz.

Era un hombre; á mi puerta
sus pasos dirigia,
pero una luz entonces
le atrajo á un callejon;
la luz iluminaba
la estancia de María,
y el hombre osó atrevido
trepar por el balcon.

Cegué de loca furia:
mis ojos no miraron
sino la negra infamia
cubriendo mi cuartel;
la luz por una seña
mis celos reputaron;
no ví mas que un amante
y una muger infiel.

Subo azorado, trémulo,
penetro hasta una sala,
do solo débil puerta
permíteme oir hablar:
allí mi astucia suma
con mi rencor se iguala,
mi agitacion comprimo
y esto llego á escuchar:

«—Si habrán podido verme?
«—Nada temais.—Sí temo,
«y mas que por mí mismo
«aun temo mas por vos.
«—La calle está desierta,
«sois tímido en estremo.
«—Si mi esposa supiese...
«Si el de Alarcon...—Por Dios!

«Vuestra amistad es íntima...
«mi honradez os escuda:
«aquí os hallais seguro.
«—Señora, sí, es verdad.
«—Y esa intriga, Don Íñigo,
«no me direis?—Sin duda...»
No mas entender pude...
—Y después?... Acabad.

(Continuará.)

FRANCISCO J. ORELLANA.

Nada escita tan poderosamente la virtud como los grandes ejemplos que proporciona la lectura. César vertió lágrimas porque su nombre era todavia desconocido á la edad en que Alejandro habia conquistado la mayor parte del universo. Las alabanzas de Aquiles alentaron el valor de Alejandro: Escipion Emiliano pensaba continuamente en formarse segun el retrato de Ciro, trazado por Genofonte, Bruto por las lecciones que encontraba en la historia de Polibio, y el Emperador Juliano tomó por modelos á Alejandro y Marco Aurelio Antonino. Carlos V no perdia de vista las instrucciones de Felipe de Comines, y el cardenal Richelieu queria imitar en todo al cardenal Cisneros.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.



PABLO DELASALLE.

Nació en el Haya del Pozo el 2 de junio de 1812; pero su padre, recaudador del distrito, fué á vivir á Louvigné del Desierto, y permaneció allí hasta 1818. La naturaleza salvaje á que debe su nombre este último punto, ejerció sin duda alguna influencia en el carácter de aquel niño. Por eso tambien vivió en una rústica libertad que recordaba con entusiasmo y conservó siempre por gusto. La entrada de los aliados en Francia proporcionó á Louvigné del Desierto una guarnicion, y Pablo eligió un amigo entre los vencedores, cuyo brillante uniforme le encantaba.

Pero este conocimiento duró poco, porque en 1818 pasó su padre á Luzarche y luego á Montargis, donde murió.

Pablo empezó sus estudios en el colegio de Santa Bárbara de Paris, y fué uno de sus mas aventajados alumnos; una lista de los premios que obtuvo, prueba que fué coronado once veces en el colegio y cuatro en exámenes generales.

Delasalle tuvo la suerte de hacerse en el primero tantos amigos como condiscípulos tenia, porque su carácter le ganó siempre las simpatías de cuantos le conocieron. La primera emocion fuerte que esperimentó su alma se despertó en él con la metralla de julio. Dominado como todos los jóvenes por el ardiente liberalismo de Manuel, de Foy y de Benjamin Constant, acogió la insurreccion con entusiasmo y huyó del colegio para verla mejor, no porque abrigase gran deseo de tomar parte en ella, sino porque, como Vernet, queria subir á los obenques del buque para observar la tempestad: el artista y el curioso llevaban la ventaja al patriota.

Y sin embargo, la revolucion debia influir en su vida entera; las proclamas sansimonianas le causaron por lo pronto admiracion y al fin abrazó la secta. Sus estudios clásicos tocaban á su término y los acabó bruscamente por entregarse enteramente á las nuevas doctrinas. Entró pues en el Sansimonianismo sin reticencias, pues fué para él la primera iniciacion en los sentimientos de solidaridad humana, un campo abierto á sus instintos simpáticos y un tema para su facilidad semi-política, á la cual debió después sus triunfos. No se limitó por lo tanto á la fé personal; adoptó el espíritu de proselitismo, y el discípulo se convirtió en apóstol.

Su primera tentativa de propaganda fué un golpe de audacia. Al paso que los demás predicadores se dirigian á la multitud, se acordó que en otro tiempo habia sido profesor suyo uno de esos hombres raros, cuyo talento es á la vez una espada y una aureola; célebre historiador, filósofo ingenioso, escritor elegante, en una palabra Michelet, el autor del *Pueblo*. Adquirir este auxiliar era lanzarse á la conquista del vellocino de oro. Nuestro Jason no vaciló un momento y escribió al gran historiador, cuando solo tenia diez y nueve años. Michelet combatió las doctrinas Sansimonianas de su antiguo discípulo, pero con tanta fuerza, que este empezó á perder poco á poco sus mas queridas ilusiones. La ruina completa de la secta acabó de desatar los lazos de una creencia que ya se resfriaba, y por último, Pablo Delasalle fué á Caen, donde debia recibirse de abogado. Allí fué donde adquirió mayor número de amigos, pues la juventud normanda le acogió con afectuosa predileccion. Muchas reuniones, en las que la cultura del arte se unia á las dulces familiaridades del hogar doméstico, le ofrecieron sus encantos, y los tres años que pasó en dicha ciudad le dejaron recuerdos sumamente deliciosos. En su correspondencia habla siempre con fuego de aquella dichosa *etapa de su juventud*, y sus manuscritos, notas confusas é inconexas, que cuesta no poco trabajo comprender, están llenos de memorias relativas á la época citada. Entre ellas hay una coleccion de canciones inspiradas por sus intimidades é impresiones, y cada una de ellas se refiere á una circunstancia de aquellos dias placenteros.

Pablo Delasalle padecia la misma enfermedad que él criticaba en otros, á saber, la melancolía; pero ocultaba su interior tristeza bajo una máscara que ya era en él habitual. Si daba alguna vez rienda suelta á sus sentimientos, era desde lejos en cartas, *porque el papel no lo mi-*

raba. Los siguientes fragmentos de una carta dirigida á M. Augusto Le Flaguais, esplicarán mejor que nuestras palabras la situacion de aquel espíritu fantástico y reservado.

«Caen, 1831.

» Me habeis escrito vuestra llegada á Cherburgo: yo tambien salto de la imperial de una diligencia para abrir vuestra carta. Ayer pasé el dia en Duey, como quisiera pasarlos todos al presente, esto es, en un bosquecillo tapizado de verde yerba, echado boca abajo para evitar los rayos del sol, y boca arriba por la noche para observar las estrellas. Esta vida de lazzarone, que presenta alguna analogía con las evoluciones de una tortilla en la sarten, es muy dulce y descansada: el mejor modo de satisfacer el domingo es abandonarse á este *far niente*.

»Vi á Rainal al dia siguiente de nuestra comun visita. Entonces me hallaba entusiasmado; pero no tardó en penetrar la duda en mi corazon. Ahora quisiera predicaros, mi querido Augusto, y... supongo que no ignorais que soy predicador. No sé qué necedad ha cubierto antes de tiempo de canas mis ideas: el hecho es que menos propenso que vos á paroxismos de tristeza, que se van como vienen, conservo una especie de morosidad habitual y rutinera que por fortuna no conoceis. Me siento impotente ante la vida y me resigno sin blasfemar.

»He querido convencerme de que se vive mejor con la cabeza que con el corazon, y he vestido de luto á mi pobre juventud, destrozando todas esas flores de amor y de poesía que hubieran podido embellecerla: en mi hay siempre una reaccion involuntaria y siempre abortan las conspiraciones que fraguo contra mi mismo.

»Dejemos que trascurra el tiempo, amigo mio: amemos y adoremos á Dios; conservemos el tesoro de nuestros ensueños infantiles, porque recuerdo haber leido que las ilusiones son lo que hay de mas positivo en esta vida.»

Pablo Delasalle volvió á Montargis y entró á practicar en casa de un abogado, amigo de su familia, pues al fin, despues de rudos combates entre su conveniencia y sus inclinaciones, se decidió á seguir la carrera del foro. Pero desde el principio conoció su mala direccion. Se inquieta, se entristece, busca en vano distracciones en los paseos, en la música, en la literatura amena: siempre hay en torno suyo un vacío imposible de llenar. Conocido de la mayor parte de los directores de los periódicos del Oeste, que solicitaban su colaboracion, les dirige artículos, novelas y sonetos, improvisados en sus horas de trabajo. Pero estas composiciones á la ligera ocupan sus horas y no su imaginacion. Esta permanece ociosa, y herido en su talento y en su corazon, el poeta manifiesta sus padecimientos en multitud de impresiones delicadas y quejumbrosas. Cuando no está triste se muestra severo; se aisla y cae en una misantropía disimulada por la fuerza de voluntad. Su carácter nunca fué risueño; pero su posicion empeoró la naturaleza de su melancolía. No tardó en declararse la tisis, que en pocas semanas hizo asombrosos progresos, y conducido á Paris, á fin de que le asistiese su amigo el doctor Boulle, Pablo Delasalle, lejos de encontrar alivio, murió en Autenil pronunciando el nombre de su esposa, que se separó de él un instante.

DE LA EDUCACION.

Artículo II.

Hijos mios, venid vosotros mismos á esplicarme el efecto que produce en vuestra alma el cuadro múltiplo de vuestra educacion. Contadme los tormentos que pasa vuestra inteligencia para darse razon de las cosas de que os hablan vuestros libros. Pintadme los colores que toman en vuestra imaginacion todos esos misterios de la vida, cuyo velo levanta una mano imprudente ante vuestros infantiles y candorosos ojos. Manifestadme cómo suenan en vuestro tierno oido las relaciones de las guerras sangrientas y de las grandes catástrofes con que os entretienen vuestros maestros; qué idea os formais de la geografía, vosotros que no teneis la idea del tiempo ni la nocion del espacio; qué pensais de la historia, movida por todos esos impulsos que no habeis sentido aun en vuestro corazon; qué os dice la moral severa, cuando no conoceis todavia el valor del sacrificio; qué idea os formais de Dios y de sus atributos por las definiciones de vuestras escuelas, cuyos términos os son completamente incomprensibles; cómo se os presentan los preceptos de la gramática y de la ideología, cuando aun vuestra inteligencia anda torpe en formar las ideas mas simples de las cosas, bajo el mismo estímulo de la necesidad; contadme vosotros todo esto, que vuestros sufrimientos exaltarán vuestra tierna fantasía y hallareis espresivos colores con que pintarme el cuadro de vuestras desgracias! Con dolor os contemplo, en esos primeros años de vuestra vida, en que todo os embarga y en que una mariposa que vuela basta á distraer horas enteras vuestra atencion; con dolor os contemplo metidos entre el fárrago inmenso de vuestros libros, dictados todos ellos por hombres que reniegan de la ciencia que os comunican, de la fé que os infunden y del entusiasmo que os tratan de inspirar. Muertas están sus palabras, y con ellas quieren distraer vuestra fantasía de los mil cuadros vivos y animados que por do quiera ofrece la naturaleza, y que os enseñan mas en un momento, que en años enteros vuestros pedagogos. Vosotros rechazais la enseñanza y os resistís á la esplicacion; mas como el herrero en el yunque, ellos dan uno y cien golpes sobre vuestra inteligencia, hasta vencer sus resistencias y triunfar de lo que constituye vuestra riqueza, el vigor de vuestra edad y el garboso y desembarazado andar de vuestro pensamiento. Vosotros os resistís sin tregua y no os vencen las mas de las veces que han creido dominar vuestra rebeldía y avasallar vuestra razon. Os creen sabios cuando han logrado haceros repetir de memoria páginas enteras de vuestros libros, y cuando han llenado de palabras vuestra inteligencia. ¡Insensatos, que no conocen que á puro inspiraros las ideas agenas, ciegan el manantial de las propias, y que creyendo levantar y despertar vuestra inteligencia, no hacen mas que vestirla los arreos de la esclavitud! ¡Os dan una razon y un argumento hecho para cada problema que teneis que resolver, y cuando creen infundir la ciencia, no hacen mas que crear la rutina!

En nuestro primer artículo hablamos de las dos cualidades morales preponderantes en los niños: la imaginacion y el sentimiento; á las cuales en nuestro juicio debe dirigirse la educacion para sacar todo el partido posible de la inteligencia infantil. Dijimos además que estas dos cualidades están en ellos exageradas, y que son como las únicas lumbreras interiores de la infancia. Examinemos ahora si la educacion ha estudiado como nosotros las condiciones internas del niño, y qué partido ha sacado de ellas para formular sus programas. Desgraciadamente veremos, como ya hemos repetido, que la educacion no tiende mas que á anonadar en el niño esas dos brillantes cualidades, para levantar sobre ellas otras que no cuadran con su edad, y que por lo tanto crecen en su inteligencia como plantas exóticas y sin vigor ni lozanía.

En primer lugar, la educacion se hace en las escuelas, ó lo que es lo mismo, entre cuatro paredes tristes y solamente adornadas con los largos cartelones en que se ven los signos mudos de la sabiduría. Nada hay en ese recinto que espacie el ánimo ni lo estimule. La faz severa del maestro no se contrae mas que para espresar el rigor y la cólera, por aquellos todavía atendidos preceptos de la antigua práctica escolar. El mas severo mutismo y la mas pasiva quietud, son las prescripciones necesarias de toda enseñanza. En tal disposicion, la caña del maestro se encarga de ser la vara mágica de Aaron, que haga brotar de la cabeza de los niños las aguas misteriosas de la sabiduría. Llega el momento de la leccion, y como máquina y por tiempos se levanta el niño á recitar sus versos ó su prosa, su griego ó su latin, en ese tono frio y descolorido que revela su ignorancia de lo que dice. El maestro rectifica los errores del muchacho con una voz mas enfática; pero igualmente monótona y fria, y maestro y discípulo creen haber concluido su tarea con haber hecho sonar algunas palabras mas dentro de una cabeza vacía de ideas.

Bien ven mis lectores por el cuadro breve, pero exacto, que acabo de bosquejar de las prácticas escolares, que no son estas á propósito para estimular las dos condiciones supremas del alma del niño, de que antes hablamos, sino que muy al contrario, como de propósito parecen hechas para aniquilarlas. Pasemos ahora á examinar la clase de estudios de que se compone la que llamamos primera educacion. Todos ellos versan sobre asuntos que no pueden interesar ni afectar al niño: los unos por lo árido de la materia, los otros por lo incomprensible. O bien son máximas severas y preceptos descarnados, ó pinturas de pasiones y vicios que desconoce. Así que todo pasa por encima de la imaginacion infantil sin dejar sobre ella la menor huella. La elocuencia del tribuno, la munificencia del edil y la pompa del César, son para él términos y cosas incomprensibles. ¿Sabe acaso él de qué sirve la dominacion ni las satisfacciones que proporciona? ¿Conoce el valor de lo que posee, y la falta, para ser algo en el mundo, del oro, el prestigio ó la posicion? ¿Qué le significa Caton muriendo por la patria, Sócrates por la virtud, Marco Antonio por el amor?

La patria! la virtud! el amor! La patria para él es toda la tierra. Allí donde hay un pájaro que canta, una fuente que corre ó un árbol que da sombra, allí va él con sus alegrías y sus juegos, y en todas partes goza su alma. El techo de sus mayores no le significa nada, porque el deseo de perpetuar su nombre es todavía una cosa incomprensible para él. ¿Acaso piensa nunca en la muerte? ¿Le pasa jamás por la idea que ha de llegar un tiempo en que deje el cielo que le sonríe y el sol que ilumina sus ojos? ¿Pues cómo quereis que comprenda el valor de lo que queda sobre lo que pasa, de lo que se perpetúa sobre lo que se olvida, de la inmortalidad sobre la muerte? La virtud! ¿Qué es la virtud para aquel que no ha tenido pasiones que vencer ni deseos que enfrenar? ¿Qué es la virtud para el que viene al mundo

creyendo en el amor de cuantos le rodean, y confiando en los besos de cuantos le acarician? ¿Qué es la virtud para el que no conoce la influencia de las pasiones ni el aguijon y los estímulos del vicio? El amor! ¿Acaso el puro afecto que embarga su alma tiene algo que se parezca á las tempestades del amor? Esa ola límpida y serena que fecunda su corazon, que corre siempre igual y que pasa entre flores como las fuentes de los prados, ¿se puede comparar nunca con el torrente desbordado del amor, que invade todos nuestros sentidos y potencias, y nos arrastra como despeñados á un abismo de goces infinitos ó de penas infernales? El rayo casto y puro que ilumina el corazon del niño con resplandores puros y suaves como las tintas de la aurora, ¿tiene algo que ver con ese incendio de las almas que es nuestro infierno ó nuestra gloria, nuestra vida ó nuestra desesperacion? ¡Besos inocentes y alegres sonrisas de la infancia, abrazos tiernos y suspiros que salen de pechos blancos como el armiño, y que brillan con el doble brillo de la hermosura y de la inocencia, no os compareis nunca con los abrazos lúbricos y los besos encendidos de la Venus, y con esas agitaciones desgarradoras de unas entrañas que devora el amor de Fedra ó los celos de Hermione!

Si pues tales pasiones y virtudes les son desconocidas, ¿á qué hablar á los niños de la moral y de la historia, á qué presentarles severas lecciones y heróicos ejemplos? Todas esas cosas no son mas que otros tantos espectros que pasan por su imaginacion para asustarla y sobrecogerla. ¡Campanadas de la muerte que suenan en medio de un festin, y cantos de aves agoreras que brotan de entre la enramada!

Si de la moral y la historia pasamos ahora á los estudios que se refieren al conocimiento de las cosas materiales, ¿qué no diremos de la aridez y monotonía que presentan, y de la inutilidad de su prematura enseñanza? ¿Qué es la geografía sin la historia? ¿Qué tristes no son las soledades del mundo si no resuenan en ellas los pasos del hombre? ¿Qué significan esos reinos y ciudades? ¿A qué se reunen y á qué se separan? ¿Por qué unas tierras están desiertas y otras hormiguean de hombres? ¿Qué ruinas son esas en que tropieza vuestro pié infantil? Colocados sobre la superficie de la tierra, teniendo á vuestro alderredor llanuras inmensas é inmensos desiertos, ¿qué idea os formareis de toda esa creacion, sino encontrais en medio de ella al hombre que la admira y la comprenda, puesto en lo mas alto de la cadena de los seres, como para reflejar en su alma el sentimiento de todas las admiraciones y la idea de todas las gratitudes? Sino comprendeis al hombre, comprended al menos la vida en los demás seres animados. Cuando en medio del desierto os creais rodeados de una naturaleza muerta, cuando no haya nada en vuestro rededor que os anuncie la vida, descifrad los enigmas de la gran ley del amor universal, y contemplad á la palma solitaria que dobla su cabeza y se inclina del lado de su compañera, que á través de los desiertos y á largas distancias se dobla á su vez para enviarle su aliento fecundante que llevan las abrasadas auras del desierto. Pero ignorando la vida de los animales y la de las plantas, no sabiendo á la vez las trasformaciones del globo y las leyes que las producen, ¿de qué os serviria saber repetir cien nombres de ciudades y otros tantos de rios y montañas, todo ello en confusion y sin los lazos del tiempo?

Si pasamos ahora de la geografía á la gramática, ó lo que es lo mismo al arte que enseña la espresion mas adecuada y propia de la idea, dadas las condiciones y estructura de una lengua, ¿qué fruto esperais sacar de esa enseñanza, tratándose de niños que no han entrado todavia ni una sola vez dentro de su inteligencia para interrogar á su razon y sorprender las leyes de sus manifestaciones? Cuando vosotros enseñais á los niños al acaso y en confusion las palabras y el mejor modo de coordinarlas para que formen una oracion, ¿creeis que interesais su inteligencia y que haceis otra cosa que archivar en su mente unos cuantos nombres mas de cosas que no comprenden? Y esta ignorancia es su salvacion. Vosotros, ¡oh pedagogos imprudentes! teneis en vuestras manos el molde de la inteligencia y su pauta y regla, y jugais con ella como con una cosa frívola y de puro pasatiempo. Manejais la gramática como una enseñanza sencilla y sin trascendencia, sin ver que en ella, bien entendida y practicada, está contenido el modo y forma de todos los pensamientos. ¿Qué seria si los niños tomasen vuestras lecciones? Encerrariais su inteligencia en el círculo de hierro de vuestras reglas, y cuando quisieran andar con el paso libre de un pensamiento vigoroso, tropezarian en vuestras prescripciones y se estrellarian en vuestros preceptos. Con la forma obligariais al pensamiento, con la espresion gramatical ligariais invenciblemente la idea. Creeriais no haber hecho nada, y habriais atado de piés y manos la inteligencia infantil. Mejor es que no os comprendan y que no reciban mas instruccion que la rutinaria que exigís para salir con lucimiento de vuestros exámenes, palenques que abris á vuestra vanidad y en donde se refleja y reproduce vuestra sabiduría en las mil inteligencias que habeis formado y que como Dios habeis sacado de la nada!

Lo que decimos de la gramática del propio idioma, lo decimos de las lenguas estrañas, de que se aprenden los sonidos y que no son mas que objeto de la memoria.

Réstanos hablar del punto culminante y supremo de la educacion humana: la religion. Ya Rousseau dijo, que era una profanacion hablar de Dios á los niños. Nosotros no creemos tal cosa, pero si sentimos que lo que ha de ser siempre y en todas partes objeto de culto, se haga en las escuelas objeto de rutina y tema de lucimiento para la vanidad. ¿Qué modo de ocuparse de Dios ni de sus obras es ese que comunmente vemos en las escuelas, donde se pasa al catecismo desde el estudio de los autores profanos, sin que haya la mas pequeña señal esterior que indique al niño que entra en el sagrado terreno de la religion?

El nombre de Dios no debe sonar en los oidos de los niños mas que rodeado de admiracion y respeto. Aun recordamos los tiempos en que al hablar de los reyes de la tierra no se pronunciaba su nombre sin descubrirse la cabeza, como en señal de que se doblaba ante los respetos debidos á su grandeza y escelsitud. Y esa muestra esterior de respeto que aconsejaba en lo antiguo el servilismo, ¿no puede, no debe nacer ahora espontaneamente del alto sentimiento de veneracion y respeto que se debe al nombre de Dios? Maestros rutinarios, decidme qué educacion religiosa es la que infundís á los niños cuando ven estos que, mientras á cada paso saludais con rostro afable y doblais graciosamente vuestra cabeza ante el mas pequeño signo esterior de fuerza ó de poder, recibis con frialdad y con indiferencia en vuestra escuela y en medio de esos queridos niños que eran su familia predilecta, al Cristo glorioso que viene á traeros con su palabra el pasto saludable del espíritu, y á enseñaros á merecer la felicidad en la tierra, por medio del amor del prójimo, y la gloria en el cielo, por medio del amor de Dios? ¿Cómo hablais de la figura que domina la historia, de ese hombre Dios, santo en su orígen y en sus obras y palabras, con esa frialdad con que pudierais ocuparos en las cosas mas frívolas y triviales de la vida? Arrodillaos delante del altar de Dios y bajo las altas bóvedas de nuestros templos, ó bien salid en medio de los campos y á la vista de las maravillas de la creacion, y allí subid al trípode de las inspiraciones religiosas, pedid á los profetas y á los santos su lengua de fuego y su espíritu de amor y santidad, y así dispuestos para la grande enseñanza, hablad de Dios y comunicad á los niños, sino una idea exacta de su grandeza y de su poder, al menos la medida del sentimiento de admiracion que os inspiran sus bondades! Me da grima ver el carbon de Isaias desplegando los torpes labios de nuestros pedagogos. ¡Oh religion! ¡Oh campo abierto á la imaginacion y al sentimiento del niño! ¡Oh tierra florida con las inmarcesibles flores del cielo, y donde los niños se embriagan en los perfumes que se exhala de todo aquello por donde ha pasado el aliento de Dios! No irán los piés de los niños á tu sagrado recinto conducidos por los piés de los pedagogos. Otra planta mas ligera y graciosa que la suya será la que los lleve á gozar de tus delicias y de tus placeres. Quédese el maestro para la rutina, que yo buscaré otras fuentes á la inspiracion.

Hemos visto pues que la educacion de los niños se compone de estudios que no comprende ó de otros áridos de suyo y que rehusa su genio infantil. Lo que no se pide en ella á la reflexion y al juicio, se pide á la memoria. Todo ello forma un compuesto incongruente de cosas sin esplicacion y sin lógica, y que se revuelven en la cabeza del niño para atontarlo ó para enloquecerlo. Esto indica que la educacion toda entera, en los primeros años de la vida, se funda solamente en la memoria. Cultivar esta, me dirán los parciales del actual sistema, ya es algo, aun dado caso que cuanto se enseñe no fecunde de otro modo la inteligencia del niño. Nosotros vamos á hacer ver que vale mas ignorarlo todo que deberlo á la retencion y á lo que se llama memoria. Vosotros creis que la memoria es un pozo sin fondo donde caen los conocimientos adquiridos y las nociones de las cosas sin ocupar lugar y sin que digan jamás á la inteligencia, á menos que ella los llame: «aqui estamos y por esto venimos.» Este error os conduce al de creer que la memoria, ya que no puede ser provechosa, no puede llegar tampoco á ser nociva. Pero, ¿y si sucediese lo contrario? ¿Y si lo que se aprende estorbase á lo que se discurre, y lo que la memoria conserva á lo que la inteligencia produce? ¿Y si dada la razon del hombre á vestirse con ropas prestadas y á recurrir á los demás para resolver todas sus cuestiones, llegase á embotar de tal modo el juego de sus resortes que fuese su inteligencia una máquina inútil y su labio profético anunciador tan solo de Mesías que ya han aparecido cien veces sobre la tierra? Pues eso cabalmente sucede cuando se desarrolla la memoria sin desarrollar á la vez la inteligencia y la razon; cuando á la vez que adquiere las nociones de las cosas, la inteligencia no trabaja sobre ellas para asimilárselas y para quitarles su carácter objetivo y formar con lo que ellas dejan lo que llamamos la conciencia. La memoria no debe ser el plantel de nuestras ideas, sino el abono de ellas y como la tierra donde se llevan á que les dé el aire de la historia, y á que las bañe el raudal abundante de la ciencia de todos los tiempos, y de la sabiduría de todas las edades. Pero amontonar conocimientos y dejarlos allí podrirse en el olvido, ó bien, dada la inteligencia á encontrarse hecho su

trabajo, recurrir á la memoria como á la que ha de resolver todas nuestras dificultades, es corromper nuestra inteligencia, debilitar sus fuerzas, entumecer sus miembros, é imposibilitarla de romper en la vida los andadores.

Hénos aquí pues llegados al único resultado de la educacion actual, reunir conocimientos y adquirir ideas sin saber ni dónde ponerlos ni qué uso darles, y hénos aquí á la vez probando que este resultado que se busca, atormentando al niño y destruyendo su naturaleza, viene á ser nulo ó altamente pernicioso, y no hace mas que atontarlo, ó darle una educacion pedantesca y rutinaria.

Pero aun nos queda que examinar un punto, y será el último de este artículo. Aun nos resta ver lo que sucederia si por un fenómeno, como algunas veces se ve, la inteligencia del niño fuese de una precocidad prodigiosa y estuviese en disposicion de comprender lo que se le enseña, y de adivinar el por qué y la razon de lo que aprende. Examinando este punto, dejaremos para nuestro artículo inmediato indicar la enmienda á tantos errores.

¿Imaginais acaso el tormento de un niño colocado en la situacion del hombre que conoce y sabe, tropezando á cada paso con su impotencia de obrar, y envuelto en una sociedad que no ve en él mas que sus apariencias, y que no quiere creer en su juicio porque no tiene los cabellos canos, y el andar vacilante del hombre á quien han abrumado el tiempo con su peso y el mundo con sus desengaños? ¿De qué le sirve subir en idea á las altas cúspides de la gloria, si su pié infantil no puede guiarle por ellas sin tropezar á cada paso con las asperezas del camino, hechas para resistir á mayores esfuerzos? Aun cuando tenga en su cabeza las combinaciones militares de Annibal ó de Alejandro, ¿podrá empuñar su espada? Aun cuando germinen en su frente las inspiraciones de la oratoria y las anime una imaginacion brillante y un corazon apasionado, ¿podrá tener la palabra fuerte y sonora que domina las asambleas y que se deja oir en medio de las plazas públicas y entre el clamoreo de un pueblo en tumulto que es preciso dominar? Aun cuando sienta brotar en su inteligencia, como un raudal abundante, las luminosas ideas del escritor, ¿podrá tener el conocimiento del mundo que se necesita para hablar á los demás en su lenguaje, no traspasar los límites del decoro y de la conveniencia, y conocer, sobre todo, las leyes de la perspectiva y los efectos de la palabra escrita sobre el ánimo del lector? Con una cabeza llena de ideas, le faltará la costumbre de espresarlas; y con un corazon lleno de afectos, se sentirá impotente para comunicarlos á los demás! ¿Encontrais pena y tormento comparable á la situacion que creais á esas criaturas inocentes? Y aun no lo he dicho todo. Trocadas y anticipadas las edades, no querais que el niño que habeis convertido en hombre, goce de los placeres de la infancia. Su naturaleza le llamará á ellos, pero su reflexion le alejará de cosas que le hará mirar como pueriles é indignas de su atencion. Colocado entre esas dos fuerzas contrarias, luchará hasta caer en esa melancolía precoz y en ese estado de abatimiento que acompaña á todo esfuerzo inútil y á toda empresa frustrada. ¿Y quien le distraerá y le arrancará de esa melancolía? Las pasiones del mundo no han llamado aun á las puertas de su alma, y aun no le brindan su copa de flores que es preciso apurar, y que se apura con avidez, aun sabiendo que en su fondo oculta el veneno del desengaño. No podrá ir á ahogar sus penas entre los brazos de una muger amada, ni á sumergirse, para olvidarse de sí mismo, en el caos de las agitaciones políticas, ni en los febriles abismos de su ambicion. Los besos de una madre serán frios para sus labios ardientes, y sus caricias sin color. Así llegará á la juventud y entrará en ella. Los placeres que brinda esta, nuevos para su naturaleza, no lo serán ya para su razon. Vivirá entre ellos como entre antiguos conocimientos que ya nos han dado muchos enojos, y á quienes no podemos amar, acordándonos de las penas que nos han causado. Sus flores serán flores marchitas, y las habrá cogido nuestra inteligencia mucho antes del momento sagrado en que debian ornar nuestros cabellos. En una palabra, ni habremos gozado niños de la infancia, ni jóvenes gozaremos de la juventud. Y cuando llegue la vejez... Pero la vejez, ó lo que es lo mismo, la muerte del hombre á las cosas que le rodean y la indiferencia de ellas, la vejez habrá sido el estado de toda su vida.

Hé aquí el panorama risueño que ofreceis á los niños con vuestra educacion. O matais anticipadamente su inteligencia bajo el peso de lecciones que no comprende, y de pinturas que no tienen para él ninguna perspectiva, y que en vano mira y vuelve á mirar para comprenderlas, ó dado el caso de que tropeceis con uno de esos genios privilegiados que Dios toca con su mano para comunicarles esa chispa ó rayo supremo que llamamos genio, trastornais las leyes de su razon y destruis su vida, haciéndola sufrir violentas trasformaciones, y queriendo servirse de esa misma emanacion divina para destruir la obra de Dios.

RAMON DE SATORRES.

BODIN.

Habia al principio de este siglo, en la segunda ciudad del departamento de Angers, tres jóvenes unidos por una amistad estrecha, por un mismo culto á las tradiciones, por un mismo amor á la ciencia, y por una misma curiosidad hácia los monumentos de su suelo natal. Trepando á veces por la imponente montaña de Bagneno y midiendo con sus pasos las enormes piedras, que parecen amontonadas allí por algun gigante, pedian sus secretos á todos aquellos edificios de la edad de los galos, y que se encuentran profusamente diseminados en el territorio de Anjou, como el Peulvan solitario, el misterioso Cromleck, el Rouler fatídico y el vengador Galgal, cuyo nombre suena como el eco de los sepulcros. Otras veces invocaban desde las alturas de Cheneuthe los recuerdos de Roma, de la Roma de César y de Junio Bruto, que dejaron en la Galia huellas profundas de sus vencedores pasos.

El hombre escribe la historia de su existencia con los monumentos que lega á la posteridad. Cada siglo añade á esta historia su edificio, cada año su piedra, y cada dia su grano de arena. Estos recuerdos indelebles son como las columnas miliares, que tienen escritas sus distancias de la capital: se pierden entre las épocas del mundo; la mano del tiempo las destroza, y entonces es cuando se resienten de la infancia de la humanidad.

Los tres amigos imaginaron un dia traducir al alcance de todos la historia arquitectónica de Anjou. Compararon sus respectivas notas y decidieron emprender su difícil tarea. La casualidad ó la suerte lo impidió, pues uno de ellos fué llamado al tribunal de Angers, otro se dedicó enteramente á sus estudios médicos, contentándose con enviar notas muy útiles, y todo el trabajo de la redaccion descansó en el mayor de los tres, mayor en edad y en talento, y cuyo nombre era Juan Francisco Bodin.

Como todos los hombres que valen, Bodin se vió rodeado de nobles y generosas simpatías, y perseguido de vivas é implacables enemistades. Pero lo que debe admirar mas, es la indiferencia de su ciudad natal, que al paso que todas las biografías le dan á Angers por su patria, vacilaba en contarle entre el número de sus hijos, y dejando á Saumur, su pueblo adoptivo, el cuidado de atraérsele por el lazo de la diputacion, transmitia á Beaupreau el honor de haberlo dado á luz.

Preciso es decir que toda la vida de Bodin está en sus libros: fuera de ellos aparece pálida, descolorida, sin peripecias ni sucesos que llamen la atencion. Sabio modesto, escritor concienzudo, elegante y prudente, filósofo moderado, ingenioso mas bien que profundo, nada ofreció su carácter de esas rarezas tan comunes en los grandes hombres. Corazon noble y generoso cuando se trataba de un sacrificio, olvidaba el peligro y la prudencia por servir á sus semejantes.

Nació en Angers el 26 de setiembre de 1766. Su padre habitaba en Beaupreau y era artesano. Después de haber concluido sus estudios, le pareció que debia seguir el oficio de su padre, el de albañil; pero este oficio paternal tomó en sus manos las proporciones de arte, y el albañil se convirtió en arquitecto. Así vemos en 1789 al futuro historiador de Anjou, con la paleta y el cincel en la mano, restaurar los frescos de la capilla del colegio de Beaupreau.

Estalló la revolucion: Bodin abrazó con calor la causa popular, y en 1792 fué nombrado administrador del distrito de San Florencio: no tardó en ser pagador del ejército del Oeste, y en los reveses que sufrieron las tropas republicanas estuvo espuesto muchas veces á perder la caja, que se salvó por su actividad y perseverancia. En recompensa quiso nombrarle el gobierno pagador general del departamento de la Vendée, pero se negó á admitir un empleo que obtenia un respetable padre de familia, á quien se trataba de destituir.

Bodin no habia renunciado á sus trabajos, y habiendo abierto el Instituto en 1796 un concurso para elevar un monumento á los ejércitos franceses, envió su proyecto de arco de triunfo para colocarlo en el mismo sitio que hoy ocupa el arco de la Estrella. Aunque acogido favorablemente, pareció después muy costoso dicho proyecto, y no fué aceptado.

Nombrado recaudador particular en Saumur, cuando ya decaia el papel moneda, Bodin vivió modestamente y aun con algunos apuros. En dicha ciudad conoció á la señorita Lenoir de la Motte, jóven de raro talento: era de Beange, y en 1794 pasó á este punto Bodin, y unió su suerte á la de la muger á quien amó con delirio, y cuyo recuerdo nunca pudo olvidar.

A fines de 1795 fué padre. Cierto dia que su esposa daba de mamar al niño, este dió á la madre una cabezada en el pecho, y la ocasionó un tumor. Creyeron que la continuacion de la lactancia destruiria el mal, remediando de este modo el niño el mal que habia causado. ¡Vana esperanza! Se declaró un cáncer en el pecho, y la madre sucumbió después de largos padecimientos. El niño habia mamado ya una leche envenenada, y llevaba el gérmen de un mal que eb a arreba-

tarlo en flor. Llamábase Félix, único vástago de esta familia, y fué la delicia y el tormento de su padre.

Todavia recuerdan en Saumur el dolor de este, después de la muerte de su esposa, á la que erigió un sepulcro en las alturas de Bournan.

Penas y placeres; hé aquí la vida. Si Bodin era estremado en su afliccion, su corazon guardaba tesoros de lágrimas para sus tormentos; su imaginacion era fértil en creaciones ingeniosas, cuando se trataba de organizar fiestas. Sus contemporáneos no han olvidado aun la célebre mascarada conocida con el nombre de Apoteosis de San Lamberto, durante la cuaresma de 1803. Mas tarde, cuando en 1808 pasó el ejército grande á España, dispuso tambien los grandes obsequios que se tributaron en Saumur á las tropas que lo guarnecieron por espacio de un mes.

En 1815 cooperó activamente al licenciamiento del ejército del Loira. La caja del recaudador general del departamento y la del pagador se hallaban en poder de la coalicion de las potencias estranjeras,



(Bodin)

que habian invadido la Francia. No pudiendo percibir las contribuciones y entregado á sus propios recursos, no temió comprometer su fortuna para asegurar la tranquilidad de su país, y no solo pagó á la division levantada, sino que obtuvo, por su crédito personal, una suma considerable que envió al tesoro. Fué pagado con ingratitud.

Sus relaciones anteriores y la publicacion de sus *Investigaciones históricas sobre Saumur y el Alto Anjou* (1812—1815) le habian alejado las simpatías del partido ultra-católico. Conociendo lo que debia esperar de la Restauracion, dimitió su empleo.

Era perseguido, pero su patria adoptiva le vengó nombrándole diputado en 1820: por su parte publicó Bodin las *Cartas á mis comitentes* sobre los trabajos legislativos en que tomó parte. Entonces tambien (1821, 1822) dió á luz la *Continuacion de los monumentos célticos del Alto Anjou*. Si añadimos á esta reseña una *Carta á M. Johanneau*, tendremos apuntadas todas las obras de Bodin.

Pero fué tan grande su éxito, que el instituto de Francia nombró á Bodin socio corresponsal.

¿Debemos recordar ahora las luchas deplorables de 1823 y 1824? Bodin renunció á la vida política y se retiró á su soledad de Launay. Añadamos sin embargo que debió á una larga enfermedad el no verse comprometido en la conspiracion del general Berton. De sus resultas se le hizo una visita domiciliaria, y aunque pudo protestar en la cámara, no lo hizo.

Bodin no encontró la felicidad en la vida privada: la enfermedad interior de su hijo acibaraba sus dias. El carácter de Félix era opuesto al de su padre: en este predominaba el corazon; en aquel la cabeza. La muerte sorprendió al padre en medio de sus trabajos el dia 5 de febrero de 1829.

Arquitecto, administrador, historiador, Bodin no se desmintió nunca. Era de elevada estatura y enfermizo. El cincel poético de David nos ha dejado la espresion melancólica de su noble fisonomía. Nunca jugaba, evitaba las discusiones, y huia de las reuniones de etiqueta. Artista entusiasta, generoso y crédulo, solo aceptaba la conversacion de las personas á quienes conocia á fondo. Con las damas era espansivo, y solia decir que *el talento francés estaba en la rueca*.



(Nuestra Señora de la Concepcion.)

DOS SECRETOS,

NOVELA ORIGINAL.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA PLAZA.

Eran las cinco de la tarde del 24 de febrero de 1392, y oscurecia con mas rapidez que otros dias, porque densas nubes se levantaban en los apartados horizontes, y vivos relámpagos, á los cuales seguian roncos y prolongados truenos, anunciaban una próxima tempestad. En tarde tan triste y sombría es preciso que nos traslademos al sitio en que empiezan á tener lugar los sucesos de la interesante y peregrina historia que nos proponemos referir.

Casi todos los españoles y muchísimos estranjeros tienen noticia de una torre, cuyo nombre vuela de boca en boca casi como el de una maravilla, obra preciosa de los árabes andaluces. Los naturales y estranjeros algo versados en historia, saben tambien que los moros de Sevilla se empeñaron en destruirla hasta los cimientos, cuando el santo rey Fernando III tenia sitiada la ciudad, sin que quedara á sus moradores ni la mas remota esperanza de resistir tan largo asedio; y que se conserva porque el heredero en aquel tiempo de los dos muy poderosos reinos de Leon y Castilla, conocido y admirado despues como monarca de una singular instruccion, con el honorífico renombre de D. Alonso el Sabio, impuso como primera condicion de la capitulacion, solicitada por los sectarios de el Coran, que no habian de tocar siquiera ni á un solo ladrillo de la torre. El temor de ser degollados retrajo á los árabes de su intento; y gracias al entusiasmo

artístico del sucesor de Fernando el Santo, podemos admirar aun la celebérrima Giralda, honor de la arábiga arquitectura y honor tambien de Sevilla la encantadora.

Saben todos nuestros lectores que unida á la esbelta Giralda está la santa catedral, y que como es ley y razon, ante la santa catedral se estiende una plaza: á esta plaza es preciso que nos traslademos en la tarde del 25 de febrero de 1392.

Eran pues las cinco de la tarde y un gran número de cristianos, con alguna mezcla de moros, poblaba la plaza contigua á la célebre catedral. Este gran número de hombres formaba diferentes grupos: compuestos los unos de hidalgos que dejaban ver bajo sus capas las conteras de sus tizonas, los otros de simples pecheros, la mayor parte de ellos sin capa; pero armados con sendas dagas ó puñales. En los grupos se disputaba con perseverancia y calor, y por una rara coincidencia giraban sobre un mismo tema las diferentes discusiones.

—Dejémonos de tonterías, decia un hidalgo cejijunto apoyando la mano izquierda en la empuñadura de su espada: los negocios no van tan bien como el señor alcaide cuenta, y ¡voto al diablo! que el tutor ha de hacer con nuestras cabezas una torre mucho mas alta que la Giralda de Sevilla.

—No creyera, repuso otro hidalgo mas mozo, y que al parecer disfrutaba mayor crédito y autoridad, que un veterano como vos, señor Alfonso de Peralta, discurriera en forma capaz de amedrentar á los prudentes.

—Ello es, señor de Colmenares, repuso Peralta meciendo pausadamente la cabeza, que D. Juan Alonso de Guzman, conde de Niebla, está en la corte del señor rey D. Enrique III, como uno de los tutores del monarca.

—Y no es menos cierto, replicó á su vez Colmenares, que mientras D. Juan está en la corte, manda en Sevilla D. Pedro Ponce de Leon.

—No negaré que mande esta noche, ¿pero mandará tambien mañana?

—¿Quién lo duda?

—Yo.

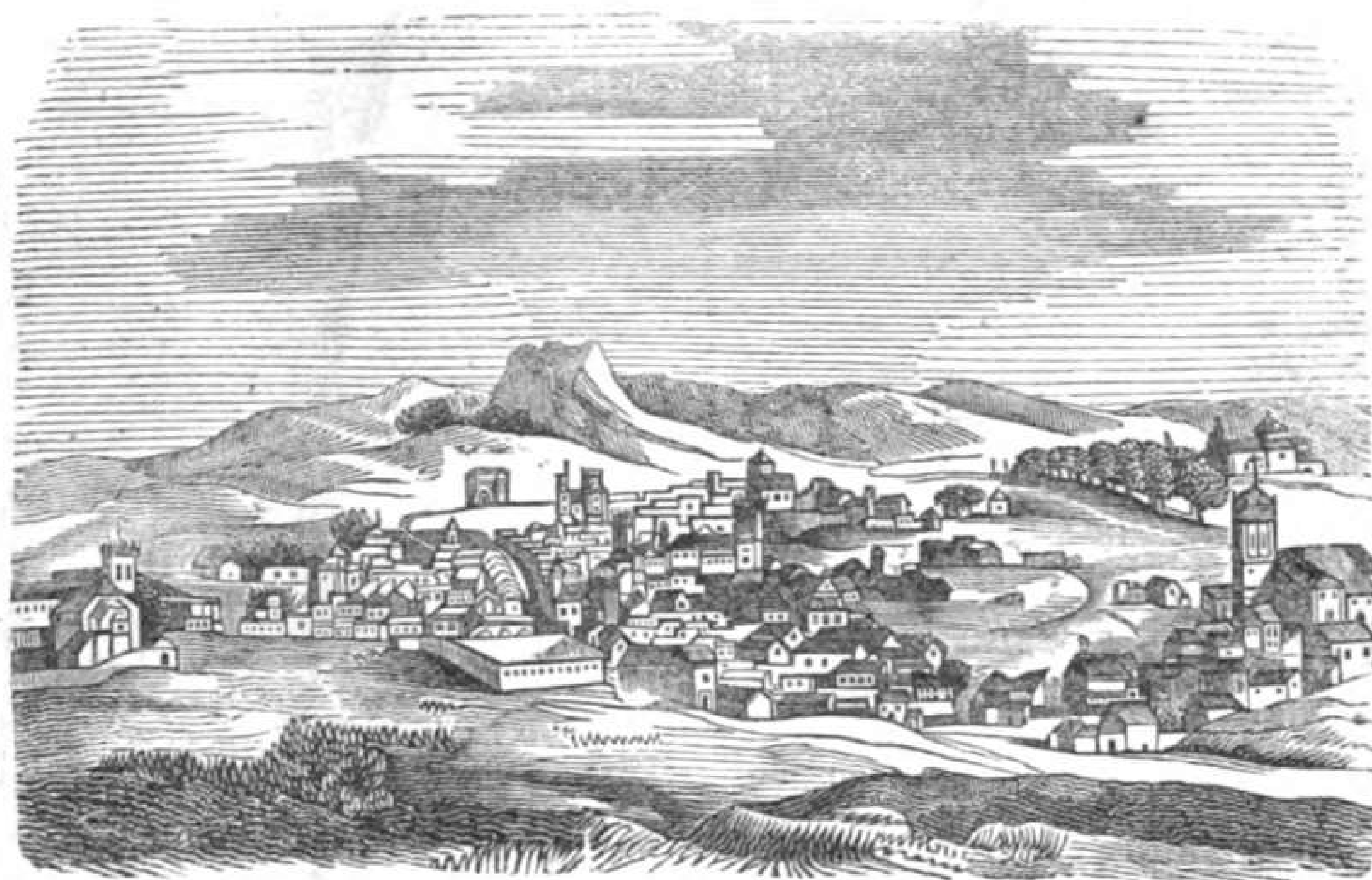
—¿Quereis darme algunas razones?

—Con mucho placer, pero antes me respondereis á una pregunta. ¿Ejercen los tutores del rey la misma autoridad que el monarca?

—La misma.

—Pues en uso de esa autoridad, ¿no será fácil que D. Juan Alonso de Guzman quite á D. Pedro Ponce de Leon el mando que ejerce en Sevilla?

—Estais ingenioso; pero en vez de haceros una larga réplica, me



(Vista de Soria desde el castillo.)

contentaré con dirigiros otra pregunta. ¿Se obedece siempre en Castilla lo que el rey manda?

—No.

—Pues ahí teneis, señor Peralta, mi respuesta.

Se alejó del corro Colmenares, y Peralta dejó á los hidalgos, ya que no podia responder á quien se marchaba triunfante.

—Si el conde de Niebla nombrara alcaide á El Caballero, veríamos á ver si Colmenares no obedecía su autoridad.

Poco distantes de Peralta conversaban otros hidalgos con no menos animacion y con las mismas esperanzas.

—Nada tenemos que temer, decia uno de ellos, cuyos años á veinticinco no llegaban: D. Juan Alonso de Guzman acaba de ser reconocido tutor del niño rey, y Ponce de Leon no conservará mucho tiempo la autoridad entre sus manos.

—Os las prometeis muy felices, le respondió un respetable anciano con perfecta tranquilidad y acariciándose la barba.

—¿Por qué me contestais así? preguntó él jóven sorprendido.

—Vais á saberlo sin tardanza. En primer lugar, los demás tutores del rey no permitirán al conde de Niebla que destruya á su irreconciliable enemigo; porque mientras tenga ocupadas sus fuerzas en batallar con las de Ponce de Leon, no será influyente en la corte: y en segundo, mientras el conde logra ó no poner algun freno al alcaide, podrá este mandar á su antojo, y no estará demás que rogueis á Dios porque no entre en ganas de hacer que os corten la cabeza.

El jóven queria replicar, pero la autoridad del anciano habia subyugado á los oyentes, y él mismo sentia algun asomo de inquietud: resultando que una misma nueva tenia con zozobra á los dos bandos, que se disputaban sin tregua el imperio de la ciudad.

Si la discusion empeñada en los diferentes corrillos no hubiera tenido en suspenso los ánimos de los curiosos, algunos hubieran notado que Colmenares se encaminó pausadamente hácia la Giralda, llegó á su pié, empujó una puerta escusada, y penetró, no sin haber echado en torno una mirada de curiosidad ó sospecha, en el interior de la torre. Tambien hubieran observado, que pocos minutos después se acercó á la torre un hombre del pueblo, llegó á la puerta por donde habia entrado Colmenares, la empujó como el caballero, y desapareció á su vez. Y si hubieran continuado mirando, hubieran visto diez minutos después de la entrada del hombre del pueblo salir á Colmenares, en cuyo rostro se leia una mezcla bastante estraña de satisfaccion y disgusto.

Pero dejando á Colmenares que abandonase con paso rápido la plaza de la Catedral, justo será ver de que manera se hablaba en los varios grupos de plebeyos, ya que nos hemos deleitado con las juiciosas observaciones de los mas discretos hidalgos.

—No le des vueltas, Martin Sanchez, decia un honrado carnicero á un zapatero, su vecino, y á un tabernero, que segun la pública voz, habia bautizado mas moros que mató el valeroso Cid. No le des vueltas, Martin Sanchez; el conde de Niebla es medio rey, y si el diablo no lo remedia, ha de mandar que con tu piel le haga zapatos algun remendon, tu enemigo; y que el carnicero de los portales me desuelle, como yo desuello á las terneras.

—Poco á poco, señor compadre, dijo el zapatero empinándose, que no se desuellan á dos hombres como si fueran dos becerros.

—Pero es el caso, Martin Sanchez, observó el tabernero terciando en la disputa comenzada, que D. Juan Alonso de Guzman sabe muy bien que la cuchilla de Nuño Perez no ha servido siempre para desollar novillos, ni la tuya para recortar los zapatos.

—¿Y porque un cristiano, repuso Sanchez, use la herramienta de su oficio para persignar á un amigo, merece perder el pellejo?

—No estimarás el tuyo en mas que yo el mio, observó el carnicero, y sin embargo, te aseguro que no doy por él una blanca.

—¿De qué se trata? preguntó un hombre de mediana estatura, tostado rostro y recios miembros, que acababa de presentarse.

—De una friolera, respondió con hueca voz el taberne o.

—¿Pues qué hay?

—Han hecho medio rey al conde de Niebla.

—Ya lo sé.

—¿Y no te da cuidado?

—No. Siempre hemos de tener un rey que nos ahorque y un papa que nos escomulgue: lo mismo me da uno que otro.

—Tienes razon, amigo Fortun: dijo un quinto dando una palmada al preopinante; y como las conversaciones se diferenciaban muy poco, dejando las particulares, formaremos un breve resúmen de la general, contentándonos por ahora con haber hecho relacion con el carnicero y sus amigos.

La conversacion general versaba, como ya hemos visto, sobre la elevacion del conde de Niebla al cargo de tutor del rey; y los amigos y parciales de D. Pedro Ponce de Leon temian que este perdiera su autoridad de alguacil mayor de Sevilla y la alcaidia de los dos alcázares. Por el contrario, los enemigos del noble señor de Marchena se daban mutuos parabienes, descubriendo una ocasion propicia de vengar pasados agravios, cometiendo los desafueros que en su enemigo condenaban.

Entre los respetables nombres de D. Pedro Ponce de Leon y Don Juan Alonso de Guzman sonaba un tercero, pronunciado con admiracion ó temor: este nombre era D. Ramiro, á quien llamaban alguna vez sencillamente El Caballero. Los que pronunciaban este nombre solian añadirle comentarios, y de todos se desprendia que D. Ramiro era un mancebo de altivo y noble continente, hermoso rostro, mirada audaz, alta estatura y valor casi fabuloso. Estas brillantes cualidades hacian que llamara la atencion de las mugeres por lo bizarro, y de los hombres por lo fiero; y como sino fueran bastantes, reunia á ellas lo misterioso de su origen y el secreto de su apellido; sobradas causas por sí solas para picar la curiosidad del pueblo entero de Sevilla.

La aparicion de D. Ramiro no habia tenido ciertamente nada de estraño. Seis meses antes de la época que historiando vamos, se presentó en las plazas y calles de Sevilla, sin decir de dónde venia ni quién lo enviaba, un caballero, que empezó á llamar la atencion por su hermosura y gallardia: lo vió después la ciudad entera montar los mejores corceles que pastaban en las feraces sierras de la fértil Andalucia, y admiraron la gran riqueza de sus vestidos y sus armas. Los moros hicieron por entonces una irrupcion en el territorio de Castilla, y el misterioso caballero siguió, como simple soldado, á D. Pedro Ponce de Leon; cargó á los infieles, como un tigre, y adquirió en un solo combate merecida fama de esforzado.

De vuelta á Sevilla, el alcaide le ofreció su casa y amistad; pero no admitió ni una ni otra, y empezó á censurar en público los desafueros que los deudos, amigos y parciales de Ponce de Leon, cometian.

Estas censuras, pronunciadas en alta voz y con altivo continente, le atrajeron la enemistad del alguacil mayor de Sevilla y de cuantos le rodeaban: le proporcionaron varios duelos, de los cuales salió triunfante; constituyéndolo naturalmente, por ausencia del conde de Niebla, en jefe de los sevillanos que á este caballero seguian. Sus relaciones, sin embargo, con los partidarios del conde no eran íntimas ni frecuentes; pero siempre que necesitaban el fuerte arrimo de su brazo lo encontraban en la palestra, siendo tan providencial á veces su aparicion, que sostenian los socorridos haberlo visto á un mismo tiempo en dos ó mas partes. Esta opinion se generalizó muy en breve, dando al valiente D. Ramiro una existencia fabulosa: á la que contribuyó no poco la persuasion de sus enemigos, que lo consideraban invulnerable, fundados en las muchas veces que se habian dirigido á su pecho espadas y agudos puñales, sin haber causado á su persona ni la mas pequeña lesion.

Conociendo ya á D. Ramiro, lo mismo que lo conocian los sevillanos de su tiempo, solo nos resta manifestar que los grupos de la gran plaza se iban confundiendo entre sí, y que la discusion tomaba un carácter de hostilidad, que si Dios no lo remediaba debia terminar en reyerta. Sin duda no estaba de Dios que se ensangrentara la arena, porque de repente y á un tiempo cesaron todas las disputas, fijándose todas las miradas en un hombre que se adelantaba marcialmente, con arrogante gentileza. Este hombre anudó la palabra en las gargantas mas locuaces, estrechándolas hasta tal punto que apenas podian pronunciar, en tono casi imperceptible: El Caballero, El Caballero.

Continuó su marcha D. Ramiro con perfecta tranquilidad; saludó ligeramente á los partidarios del conde, y tendiendo su diestra hácia los grupos, les indicó que no harian mal en abandonar aquel paraje.

Los mas ardientes partidarios de D. Pedro Ponce de Leon, obedecian maquinalmente las órdenes de El Caballero en tiempos normales, tal respeto les infundia su continente, y no debian hallarse dispuestos á una resistencia obstinada, cuando el poder del conde de Niebla se encumbraba notablemente. Por lo que fué la indicacion de D. Ramiro comprendida y acatada con sorprendente rapidez, quedando la plaza desierta y velada con las densas sombras de la noche, que iba cerrando cada vez mas tormentosa y mas oscura.

A la cárdena luz de los relámpagos podia distinguirse sin embargo un caballero, que embozado en su ancha capa hasta los ojos, estaba de pié junto á la puerta de la soberbia catedral. Quince minutos á lo menos permaneció fijo en su puesto, sin que nadie á turbar viniera sus profundas meditaciones; pero después percibió pasos que se adelantaban hácia él. Fuertes motivos tenia sin duda para no ser reconocido, y al notar que se le acercaban, se ocultó cuidadosamente en el ancho dintel del templo. Los pasos siguieron avanzando durante un minuto, y después quedó todo en hondo silencio.

La proximidad de aquellos pasos llamaron la atencion del embozado, que oculto estaba en el dintel, y á la luz de los relámpagos, lograba descubrir por intervalos un hombre, que estaba de pié precisamente en el paraje que él acababa de dejar.

Trascurrieron cinco minutos y nuevos pasos resonaron, aunque en opuesta direccion; acercábanse pausadamente, y cuando retumbaban ya sobre el pavimento de piedra, preguntó el que habia ocupado el puesto del embozado con voz ronca:

—¿Quién va?

—Barquero, respondió el que continuaba adelantándose.

—Carnicero: repuso á su vez el que habia preguntado antes.

Aproximáronse los dos amigos, y el carnicero continuó:

—¿Vienes decidido?

—Lo estoy.

—Pues adelantémonos un poco, no se nos escape de las manos.

—Espera.

—¿Qué quieres, Fortun?

—Que me respondas. Te ofrecí mi ayuda con dos condiciones, y no sé si las has cumplido.

—Aquí tienes, repuso el carnicero, un bolsillo lleno de doblas.

—Esta es una de las condiciones; falta, Anton, la mas importante.

—¿Desconfias, Fortun?

—De todo el mundo desconfio; y si me cortan la cabeza quiero morir acompañado de ese ilustre y rico señor. ¿Traes el pergamino?

—Aquí está: respondió el carnicero sacando un enrollado pergamino.

—¿Qué ha escrito en él?

—Que asesinemos de su órden á D. Pedro Ponce de Leon.

Al escuchar estas palabras, hizo el embozado un movimiento: siguió prestando atencion; los asesinos continuaron:

—¿Está firmado? preguntó el barquero.

—Sin que falte ni una sola letra, repuso Anton.

—¿Es cierto?

—Tienes mi palabra de carnicero.

La palabra de un carnicero debia tener tanto valor á fines del siglo XIV, como tiene la de un caballero á mediados del XIX, porque Fortun quedó tranquilo, alargó la mano, cogió el enrollado pergamino, y se adelantó con su compañero algunos pasos. El embozado, que no podia seguirlos con la vista por la oscuridad de la noche, los fué siguiendo con el oido, y calculó con exactitud el lugar que los asesinos ocupaban. La presencia de aquellos hombres debia contrariar fuertemente al misterioso personaje, porque daba de vez en cuando claras señales de impaciencia; pero algunas consideraciones de mucho peso debian impedirle descargar su larga tizona sobre los infames asesinos.

Trascurrió lo menos media hora, durante la cual conservaron los personajes de esta escena sus posiciones respectivas, y al fin de ella se fuéron percibiendo los pasos de un hombre que calzaba espuelas. Los asesinos se adelantaron en la direccion que debia traer el caballero, y muy en breve consiguieron cerrarle el paso.

—¿Quién va? preguntó el recien venido llevando su diestra á la espada.

—D. Pedro Ponce de Leon, dijo el carnicero á media voz.

—¿Quién me nombra? volvió á preguntar Ponce de Leon, desnudando la mitad del acero.

—Muera! gritó Anton con voz ronca, y los asesinos cayeron sobre el valeroso alguacil.

D. Pedro Ponce de Leon retrocedió rápidamente, acabando de desnudar su espada, y cuando las de los asesinos se dirigieron á su pecho, encontraron parados los golpes con sorprendente precision. La mayor destreza del alcaide igualaba casi el combate, pero sus fieros antagonistas hacian poderosos esfuerzos, y la espada del buen caballero no bastaba á neutralizarlos. Desde el momento que el embozado oyó el crujir de los aceros, abandonó el dintel del templo, y se encaminó velozmente hácia el lugar de la pelea.

—¡Animo, señor de Marchena! gritó al emparejar con los combatientes; y colocándose del lado de D. Pedro Ponce de Leon, echó el grave peso de su espada en la balanza del combate.

Desde los primeros mandobles conocieron los asesinos que los daba un brazo ejercitado y fuerte; resistieron algunos instantes, más por

defender sus propias vidas que por ofender á sus contrarios; pero en lo mas rudo del combate lanzó el carnicero un ¡ay! profundo, y cayó á tierra desplomado. Un gemido menos doliente salia del pecho de Fortun; pero dejó caer la tosca espada y huyó desaforadamente, sin que intentaran perseguirlo ni el alcaide ni el embozado. Ambos caballeros envainaron sus espadas tranquilamente; muy ensangrentada la del personaje misterioso, y apenas húmeda en la punta la del noble alguacil mayor, y el embozado quiso retirarse sin dirigir una palabra al poderoso personaje que le debia quizás la vida.

—Perdonad, valiente caballero: dijo el alcaide deteniendo al embozado cortesmente; y tened la bondad de decirme vuestro nombre, porque deseo conocer á tan buen hidalgo.

El embozado se detuvo, y conservando oculto el rostro, respondió al señor de Manchena.

—Perdonad, Ponce de Leon, pero me conviene ocultar el nombre que llevo.

—Bien comprendo lo delicado y generoso de tal proceder, pues así quereis descargarme de una obligacion sagrada; pero os ruego que descubrais vuestro semblante, seguro de que me hareis en ello una señalada merced.

—Siento mucho no complaceros, pero tengo tales razones para dejar cubierto el rostro, que no puedo prescindir de ellas, ni aun á riesgo de disgustaros.

—No insisto en ello.

—Guárdeos Dios.

Iba á marcharse el embozado, pero el alcaide le detuvo segunda vez, para decirle:.

—Todo lo puedo en esta tierra: yo no sé si necesitais mi proteccion, pero á lo menos podeis contar con mi amistad.

—No necesito proteccion, porque yo mismo me protejo: dijo el embozado friamente.

—Pero si alguna vez quereis honrarme con vuestra amistad, recibid una prenda, por la cual me será fácil reconoceros: añadió Ponce de Leon desciñéndose su rica espada y presentándola al embozado.

—Cambiemos pues, repuso el embozado presentando la suya al Alcaide.

—La recibo con tanto mayor gusto, cuanto que está roja con la sangre de los asesinos que paga el conde de Niebla...

—Caballero...

—El Caballero.

—¡Mentís!

—¡Mentir yo! gritó el noble alcaide desnudando el sangriento acero.

—Volved el acero á la vaina, dijo el embozado con frialdad.

—¿Quién sois? preguntó el alguacil procurando calmar su enojo.

—Soy... quien soy, murmuró el embozado alejándose lentamente.

La primera idea del alcaide fué seguir á su libertador y reconocerlo bien á bien ó por fuerza de armas; pero reflexionó al momento que no podia medir la espada con quien le habia prestado ayuda, y siguió con ánimo tranquilo el camino que le habian cortado los asesinos, sin echar una mirada al yerto tronco que mordia la tierra á sus piés.

El embozado se alejó con lento paso, pero luego que los del alcaide le probaron que Ponce de Leon proseguia su interrumpida marcha, se volvió al lugar del combate, é inclinándose sobre el cadáver lo registró cuidadosamente sin encontrar lo que buscaba, pues al dejarlo murmuró.

—Lo tendria el otro, y se encaminó nuevamente hácia el dintel que habia ocupado poco antes.

Al llegar á la puerta, creyó percibir el sordo murmullo de una respiracion anhelante, y momentos despues hirió su oido una voz entrecortada, débil, que murmuraba con timidez la dulce palabra:

—Esperanza.

—Fidelidad, repuso el embozado: y como si esta palabra hubiera infundido nuevo aliento á la persona que con tan manifiesto temor pronunció la primera, se desprendió del dintel una dueña envuelta en sus tocas, y dando á su lengua el movimiento que da una campana á su badajo en dia de fiesta de lugar, comenzó á decir:

—Alabado sea el Santísimo Sacramento, la Santa Virgen Maria y el bienaventurado S. Juan de quien soy especial devota, y nuestro señor S. Antonio, y el santo del dia y todos los santos y santas.

—¿Adónde va la buena dueña con la confesion y letanía? dijo el embozado interrumpiendo el fervor fuera de propósito de la respetable matrona. Deje para mejor lugar sus devociones, y dígame lo que interesa.

—¿No he de encomendarme á los santos, si he tenido un miedo?...

—¿De qué?

—Ahí es nada. He oido mandobles, gemidos, el golpe de un cuerpo que cae, y...

—De tanto ruido y algazara solo ha resultado un hombre muerto.

—¿Un hombre muerto? ¡Santo Dios!

—Un hombre muerto, que puede ver la buena dueña con solo dar algunos pasos.

—No lo permita Dios.

—Pues sino quiere pasar las cuentas de su rosario, rezando por el alma del muerto, puede entretenerse en contar las hermosas doblas de oro que encierra esta bolsa: repuso el embozado presentando á la medrosa dueña un apoplético bolsillo.

—Esto es otra cosa, respondió la de las tocas, olvidando los aterradores sucesos y pasando de una mano á otra la considerable propina, porque sin duda el cambio de manos la duplicaba la cantidad: y el embozado preguntó:

—¿Qué teneis que decirme?

—Nada: repuso la dueña con malicia.

—¿Cómo nada?

—Tengo que daros.

—¿Teneis que darme?

—Una llavecita...

—¡Santos del cielo!... esclamó el embozado arrebatando de manos de la dueña una llave mas que mediana.

—Hola, hola: murmuró la taimada dueña; tambien vos pareceis devoto.

—¡Soy inmensamente feliz! esclamó el embozado llevando la llave á sus labios.

—Me alegro mucho de haberos traido, caballero, tan inmensa felicidad; y en cambio de este corto servicio me atreveré á pediros otro.

—¿Qué quereis?

—Que me acompañeis hasta la esquina de la plaza, para no tropezar con el muerto.

El embozado acompañó á la dueña y todo pasó sin tropiezo.

(Continuará.)

Juan de Ariza.

Habiendo vacado una vez en tiempo de Luis XV el gobierno de Berri, acudió una multitud de competidores á solicitar el apoyo de la condesa Dubarry, y esta los convidó á todos á comer en Marly, donde habia establecido entonces su corte. Después del banquete se presentó el rey, y bajaron todos al jardin. Como iba languideciendo la conversacion, dijo la condesa á sus convidados: «Señores, coged mariposas.» Al oir esto todos se afanan, se sofocan, y cada uno de ellos trajo su tributo de su caza. Uno solo permaneció lejos de la favorita, y habiendo cogido una hermosa mariposa la coloca en el centro de un papel, en cuyo alrededor habia escrito con un lápiz las siguientes palabras. «Es el rey de las mariposas, la Dubarry le fijará.» Esta muger, aunque de poca delicadeza, comprendió la alusion, y quedó tan complacida como su augusto amante, y el adulador consiguió el gobierno de una gran provincia.

Habiéndole preguntado á Diógenes cuál era la mejor hora de comer, dijo: Que para el rico cuando tuviese gana; y para el pobre cuando tuviese qué.

Alfonso el prudente, rey de Aragon, decia, que entre las cosas que buscan los hombres toda su vida, nada hay mejor que tener leña vieja para quemar, vino añejo para beber, amigos antiguos para la sociedad y libros viejos para leer.

JEROGLÍFICO.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Imprenta del Semanario Pintoresco é Ilustracion
A cargo de G. Alhambra.



DOS SECRETOS,

NOVELA ORIGINAL.

CAPÍTULO II.

EL GRAN CONSEJO.

Entre los mejores amigos de D. Pedro Ponce de Leon, se distinguia por su nobleza y altas prendas D. Pedro Perez de Guzman, anciano de todos respetado, gran almirante de Castilla, señor de no pocos estados y deudo del poderoso conde de Niebla, con quien estaba desavenido hacia algunos años, á causa de unas heredades que se disputaban tenazmente. A casa de este caballero se encaminaba el alguacil mayor de Sevilla, cuando fué atacado por los asesinos, y despues que los ahuyentó, con la ayuda del embozado, siguió tranquilamente su camino, y resonaron sus espuelas en los anchos salones del almirante de Castilla.

Cuando se presentó el alcaide, ya estaban reunidos en ellos crecido número de hidalgos, entre los cuales se veian D. Pedro Perez de Guzman, dueño de la casa, Colmenares, Alfonso de Peralta y otros muchos nobles de los que ocupaban poco antes la plaza de la Catedral.

—Adelante, señor de Marchena: dijo el almirante de Castilla descubriendo á su ilustre amigo, que desde el dintel paseaba su mirada severa y fria sobre la numerosa reunion.

Adelantose el noble alcaide, y tomó asiento á la derecha de Don Pedro Perez de Guzman. Los circunstantes lo saludaban á su paso con marcadas muestras de respeto; Colmenares frunció las cejas, y el almirante prosiguió:

—Mucho habeis tardado, D. Pedro.

—Es verdad, repuso el alcaide; pero no ha sido culpa mia.

—¿Os han detenido los negocios?

—Me han detenido las espadas.

—Contad: dijeron á la vez casi todos los congregados.

—¿No sabeis, señores, que en nuestra ciudad se asesina?

—¿Han pretendido asesinaros? preguntaron muchos hidalgos.

—Me atacaron dos miserables en la plaza de la Catedral.

—¿Están presos? preguntó Colmenares con vivo interés.

—No por cierto. Huyó el uno de ellos.

—¿Y el otro?

—Mordió la tierra.

—¿Lo habeis reconocido?

—No.

—Es indispensable averiguar quiénes son esos asesinos, dijo Colmenares levantándose.

Varios caballeros le imitaron; pero deteniéndolos con su ademan, añadió:

—Van á tratarse en esta reunion negocios de tal importancia, que no podeis abandonarla sin faltar á vuestro deber: conmigo basta para averiguar cumplidamente lo que saber deseamos todos: confiad en mi, y os aseguro que no tendreis de qué arrepentiros.

—Tiene Colmenares razon, dijo el alcaide agradeciendo la solicitud de su amigo: los caballeros se sentaron y Colmenares se marchó.

El conato de asesinato, referido por el alcaide con tanto aplomo y laconismo, preocupó vivamente los ánimos y fué objeto de una acalorada discusion; tanto mas interesante y viva cuanto que en ella se mezclaba la figura del embozado, figura que venia á enriquecerla con los atractivos del misterio. De mano en mano pasó la espada que habia recibido el alcaide de su defensor; la examinaron uno por uno con singular detenimiento, y acabaron por declarar que desconocian completamente su misteriosa procedencia. Este resultado, contrario á las esperanzas de todos, era natural, porque la espada no tenia cifra que pudiera indicar un nombre ó apellido, riqueza que la presentara como alhaja de un gran señor; y se distinguia únicamente por su temple y por haber sido forjada en las fábricas de Toledo, famosas en tiempo de Augusto y famosas en nuestros dias, gracias á las aguas del Tajo, que corre bañando sus piés.

Dejando á un lado este episodio, aunque de no escaso interés, se dispuso la hidalga asamblea á tratar detenidamente de los gravísimos sucesos que al procomunal afectaban, y el almirante de Castilla bosquejó en un breve discurso el cuadro, sombrio probablemente, que debia presentar muy pronto la capital de Andalucía, á causa de la grande influencia que empezaba á ejercer en la corte el conde de Niebla, su deudo. Este cuadro, nada halagüeño, contristó no poco los ánimos; y el almirante, asemejándose á los discretos misioneros que despues de haber arrancado lágrimas á los pecadores, presentándoles todos los tormentos que padecen los condenados, vuelven la oracion por pasiva, hablándoles con voz mas suave de las misericordias divinas, tomó mas fiero continente y terminó así su discurso:

—Despues de no haberos ocultado los peligros que nos rodean, justo será que tambien hable de los medios de prevenirlos, y voy á hacerlo sin tardanza. El conde de Niebla dispone de la autoridad del monarca, como su tutor que es, pero el mandato no debe intimidarnos mucho sino le da apoyo la fuerza. D. Juan Alonso de Guzman no hará que el gobierno reuna hueste para saciar sus ambiciones ó satisfacer sus agravios, y buscará los auxiliares de la autoridad que está ejerciendo entre sus amigos de Sevilla. La ley no tiene aqui gran fuerza, pero, sin embargo, el prestigio de la autoridad favorece: y una autoridad sostenida por buen número de hombres armados duplica las fuerzas de un bando. Que el conde de Niebla tiene amigos entre nosotros es muy llano; que arrancará la autoridad de manos del señor de Marchena es evidente; que puesto un hombre decidido y plenamente autorizado á la cabeza de los parciales de Guzman el Bueno puede hacernos gravisimos daños, es patente. Nosotros no podemos impedir que la autoridad pase á manos de un amigo del conde de Niebla.... ¿Qué debemos hacer?... Debemos debilitar tanto el partido de D. Juan Alonso de Guzman, que cuando quiera sujetarnos no encuentre en Sevilla elementos propicios á su voluntad. Conduzcámonos de manera que los partidarios mas ilustres del conde se vean obligados á salir huyendo de la ciudad, y poco nos importará despues que á nombre del rey se nos mande, sino hay fuerza que nos obligue á obedecer el real mandato.

El discurso del almirante interpretó perfectamente el pensamiento de la asamblea; pero como en el siglo XIV no se aplaudian ruidosamente las peroraciones, en vez de dar estupendas palmadas y gritar repetidos bravos, se contentaron los circunstantes con manifestar su asentimiento inclinando un poco la cabeza: y eso que Perez de Guzman hablaba con tanta facilidad y aplomo, que ni una vez usó la palabra *señores*, recurso de los oradores modernos.

Convencidos todos de que era necesario intimidar á los partidarios del conde, no intentaron perder el tiempo en pronunciar varios discursos, y en vez de hablar, se entregaron á profundas meditaciones, buscando la mejor manera de dar el golpe decisivo, y de cortar, si era posible, en un solo cuello la gran cabeza de un partido.

Aquella asamblea silenciosa imponia mas seguramente que los ampulosos discursos de los mas diestros oradores; y una palabra que acertara á interpretar el pensamiento de los caballeros, podia decidir la vida ó la muerte de algunos millares de hombres. Para un atento observador, nada mas curioso que el exámen de aquellos rostros contraidos, cuyos músculos se dilataban al vislumbrar una idea feliz, para volver á contraerse en el momento que la idea no daba todo el resultado que hizo esperar en un principio; y así sucedia que unos ojos se animaban cuando otros perdian su brillantez, que unas cejas se dilataban cuando otras cejas se fruncian, que las palabras se asomaban á unos labios, cuando otros labios mordidos quedaban y sangrientos.

Silencio tan grave y profundo vino á turbar un incidente, que en otra circunstancia cualquiera no hubiera llamado la atencion de tan adustos caballeros: este incidente fué la entrada de Colmenares, que habia tomado voluntariamente la grave tarea de averiguar quiénes habian atacado aquella noche á D. Pedro Ponce de Leon. La presencia de Colmenares recordó, como era natural, este interesante episodio, y todos los nobles á un tiempo se apresuraron á pedirle noticias fieles y abundantes. Colmenares se adelantó hasta el almirante y el alcaide, y colocándose en el puesto que habia ocupado poco antes, dijo:

—Cuando llegué á la plaza en vano procuré encontrar el cadáver del asesino, que segun nos dijo el noble alcaide, mordió la tierra, pagando así su infame y cobarde traicion; porque sus cómplices, sin duda, lo habrian retirado de allí, para quitar de esta manera una clara prueba del crimen, y hacer que por el asesino no pudiéramos descubrir quiénes habian armado su brazo. Mucho sentí que me faltara una prueba, que podia ser tan importante y conveniente; pero no desmayé por ello, antes bien las dificultades me impulsaron á desplegar mas solicitud y diligencia. He tomado varios informes, que seria largo referir; he examinado por mí mismo varios lugares, que debo callar por el momento: he sorprendido algunos secretos, que solo puedo revelar á D. Pedro Ponce de Leon; pero si diré á la asamblea, asegurándoselo bajo mi palabra de honor, que el jefe de los asesinos, el que los impulsó al delito es EL CABALLERO.

—¡No puede ser otro! esclamaron muchos hidalgos á la vez.

—Y aquí tenemos, repuso el almirante, el mejor medio de humillar y debilitar á los partidarios del conde, cortando la cabeza á EL CABALLERO; pero cortándosela como á caudillo de asesinos.

D. Pedro Perez de Guzman acababa de interpretar segunda vez el pensamiento de la asamblea, y mereció su aprobacion de una manera incontestable. Declararon los caballeros, de comun acuerdo, que Don Ramiro era el principal autor del crimen, y que para dejar satisfecha la vindicta pública, era necesario imponerle un castigo ejemplar y pronto, capaz de llevar el terror á los mas nobles y decididos partida-

rios de D. Juan Alonso de Guzman. Con arreglo á esta decision, comenzaron á buscar los medios de realizarla prontamente, y dijo Alfonso de Peralta:

—Conforme con la resolucion que acaba de tomar la asamblea, debo manifestar tambien que no lo creo de muy fácil realizacion.

A estas palabras de Peralta respondieron varios murmullos.

—No hay por qué murmurar, señores mios, prosiguió Peralta, encarándose con los que daban aquella muestra de desaprobacion, ni permitiré que nadie me corte el hilo del razonamiento. Tengo que decir algunas palabras, y las diré tales cuales las he pensado, á pesar de todos los murmullos y de todos los murmuradores del mundo.

Alfonso de Peralta llevaba la razon y una buena espada de Toledo, que manejaba perfectamente, y ante estas dos poderosas razones tuvieron á bien guardar silencio cuantos lo habian interrumpido. El caballero prosiguió:

—Decia, que no creo muy fácil cortar la cabeza en un cadalso á El Caballero; en primer lugar, porque D. Ramiro es la mejor espada de Sevilla, y no se dejará coger vivo de soldados ni ministriles; y en segundo, porque si lográramos prenderlo, se levantarian para libertarlo todos los amigos del conde, y acabariamos por tener que dar una batalla. Este caso ha de llegar, y me parece lo mejor no perder el tiempo en planes, que serán muy buenos, pero que no han de realizarse. Ataquemos, espada en mano y á la luz del dia á todos los parciales de D. Juan Alonso de Guzman, ataquémoslos antes que pueda protegerlos el conde de Niebla, en su cualidad de tutor, y obliguémoslos á huir de Sevilla ó á quedar muertos en sus calles.

Los que mas habian murmurado aplaudieron mas estrepitosamente las últimas palabras de Peralta; lo que prueba que en el siglo XIV se pasaba de la adulacion á la censura y de la censura á la adulacion, con la misma facilidad que en el siglo XIX.

Todos iban á levantarse, y quizás á correr á las armas, cuando los detuvo un ademan de D. Pedro Ponce de Leon, y la voz de D. Enrique de Colmenares, que dijo:

—Tengamos calma, caballeros, que voy á responder dos palabras al señor Alfonso de Peralta. Me comprometo solemnemente á apoderarme esta misma noche de la persona de D. Ramiro, y para ello no necesito ni auxiliares ni compañia.

Peralta se encogió de hombros, como quien no quiere contradecir aunque presta poquísima fé á cuanto oye, y D. Pedro Ponce de Leon añadió:

—Yo respondo de que, una vez preso y condenado D. Ramiro, se ejecutará la sentencia.

La palabra del noble alcaide tenia demasiada autoridad para que nadie la contradijera, y casi todos los concurrentes manifestaron su asentimiento á lo que acababa de decir; solamente Alfonso de Peralta volvió á encogerse de hombros, consignando de esta manera sus temores ó su incredulidad.

En tal estado la discusion, tomó la palabra el gran almirante de Castilla, y dijo:

—Acaba de manifestarme D. Pedro Ponce de Leon que lo llaman lejos de aqui gravísimas ocupaciones, y que debemos, por lo tanto, poner fin á nuestra reunion. En este caso creo oportuno proponer á la deliberacion de la asamblea la cuestion, tal como la presentó en un principio D. Enrique de Colmenares, y cuya ejecucion acaba de garantizar el señor alguacil mayor. ¿Se procederá á la prision de ese aventurero conocido por el sobrenombre de El Caballero?

—Se procederá, gritaron todos los concurrentes, menos Peralta, que se encogió de hombros.

—Preso que sea, añadió el almirante, ¿se le condenará á ser degollado por asesino y se ejecutará la sentencia?

—Se le condenará y ejecutará la sentencia, gritaron todos, menos Alfonso de Peralta, que volvió á encogerse de hombros con la mayor frialdad del mundo.

—Ahora, señores, debemos esperar tranquilos que D. Enrique Colmenares cumpla su palabra, y mañana nos reuniremos para tomar las determinaciones que las circunstancias reclamen.

La asamblea se disolvió al momento, fraccionándose en varios grupos que tomaron distintas direcciones. D. Pedro Ponce de Leon y D. Enrique Colmenares se dirigieron hácia el alcázar, que habitaba el primero en su cualidad de alcaide; y Alfonso de Peralta, sin mas compañia que su espada, lo que hacian muy pocas personas en tal época y á tal hora, se internó por las estrechas calles de aquella ciudad medio árabe. Andando estuvo media hora, al cabo de la cual llegó á una plazuela, que formaban una casa grande y un convento. O no era Peralta buen cristiano, ó iba singularmente preocupado, porque sin llevarse la mano al sombrero ni dar ninguna otra muestra de respeto, pasó por delante de la iglesia, llegó á la puerta de la casa, y dió tres golpes con un enorme aldabon de bronce, que tenia la forma de un perro. Apenas habian repetido los ecos del oscuro palacio los golpes, cuando se abrió un postigo de la puerta, y se presentó en él un hombre de formas hercúleas y medio vestido de guerra.

—¿Quién llama? preguntó este hombre con una voz que retumbó mas que el aldabon de la puerta, y que parecia en cierto modo un grito de *alerta* dado á los guardianes de la casa.

—Un amigo, respondió Alfonso de Peralta, desembozándose al mismo tiempo.

—¿Qué quiere el amigo? volvió á preguntar el gigante.

—Hablar ahora mismo á El Caballero.

El gigante iba á replicar, pero se detuvo, porque sintió una mano que le tocaba el brazo, é inmediatamente se puso delante de él un anciano de sesenta años, pero fuerte y vigoroso aun, que dirigiéndose á Peralta, dijo:

—Pasad adelante, caballero.

Peralta no esperó segunda invitacion, cruzó el umbral, atravesó un largo zaguan, subió una magnífica escalera, y entró en una sala ricamente amueblada, pero alumbrada débilmente. El anciano que le habia servido de guia le ofreció un sitial cerca de una buena chimenea, y quedándose de pié á dos pasos, le dijo:

—¿Qué tiene que mandar el caballero?

—Quiero hablar inmediatamente á D. Ramiro, repuso Alfonso de Peralta.

—Es imposible, caballero.

—El asunto que aqui me trae es urgente y de muchísima gravedad.

—No dudo de su gravedad ni de su urgencia, pero en este momento no podeis hablar á D. Ramiro.

—¿No está en su casa por ventura? preguntó Peralta impaciente.

El anciano no respondió: Peralta creyó que este silencio podia ser una precaucion é insistió:

—Si no está en casa, podeis decírmelo; porque no me moveré de aqui hasta que lo vea.

—El Caballero no está en casa, repuso el anciano secamente.

—¿Podeis enviarlo á llamar ó llevarme adonde se encuentre?

—No sé en dónde está El Caballero.

—Si lo sabes y me lo ocultas, serás responsable de cuanto suceda.

—Repito que no sé en dónde está.

—Pues lo esperaré hasta que venga.

Peralta se acomodó bien en su sitial; el anciano se retiró algunos pasos mas, y quedó de pié con la inmobilidad de una estatua.

(Continuará.)

Juan de Ariza.

PLESSIS-LES-TOURS

EN TIEMPO DEL REY ENRIQUE III.

1589.

> Las sombrias murallas del antiguo edificio se dibujaban en el horizonte del norte: aparece iluminado, y su resplandor aumenta la oscuridad de los puntos lejanos.
>
> Cooper.—*El Piloto.*

LA CALLE DE LA BAROCHE.

En una de las tortuosas calles que parten como saltando desde el pié de la iglesia metropolitana de Tours, semejantes á los hilos de una inmensa red, cuyo centro seria dicho templo, se elevaba en otro tiempo un edificio de venerable apariencia: su puerta baja y de forma ogival, sus ventanas sólidamente enrejadas, sus techumbres angulosas y macizas parecian prometer al arqueólogo una historia completa que descifrar. Existe efectivamente en la fisonomia de un monumento, en cada uno de sus mas notables rasgos, no sé qué indicios reveladores de su destino y del de los seres que han mezclado su existencia á la de los antiguos muros: su carácter, su vida, sus costumbres, sus pasiones, han dejado indudablemente en ellos algunas huellas de su paso; y esto es tan cierto que no hay mas que tocar esas piedras, esos rostros ennegrecidos y rajados por el tiempo, para que al punto nos revelen el secreto de los dolores y de las alegrias de los personajes que en otro tiempo los animaban.

Y con todo, lo que hubiera podido leerse en la frente abatida del viejo edificio que nos ocupa, no era otra cosa que la historia de su misma época. El cuidado que le inspiran los ataques nocturnos, se traslucia por las barras, rejas y cerrojos que componian todo el lujo de su imponente tocado; así como el musgo y la yerba que lo tapizaban, descubrian á tiro de ballesta el poco caso que los últimos propietarios hacian de una morada, que podian verse obligados á abandonar cuando menos lo pensasen.

En efecto, hácia la época en que da principio nuestra historia, es decir, hácia el mes de agosto de 1589, la Francia se veia asolada en todos sentidos por la guerra civil; los partidos desgarraban alternativamente el ya destrozado manto de la patria, y nadie, entre tanto desórden y conflictos sin cuento, estaba seguro de que le seria posible conservar un dia el albergue que momentáneamente ofrecia descanso á sus trabajados miembros.

Catalina, la cautelosa Catalina acababa de morir en Blois, dejando á manos impotentes el laborioso empeño de desenredar los enmarañados hilos de su política. Agotadas las fuerzas de Enrique III por la obra



gigantesca que acababa de concluir consumando la ruina del ambicioso Guisa, habia vuelto á caer en su habitual estado de molicie. Rodeado de sus fútiles favoritos, perdia, después de haber dado aquel gran golpe, un tiempo precioso en preparativos de ceremonias y de procesiones, cosas ambas en las cuales sobresalia sin disputa. Comenzaba no obstante á apercibirse de que sus consejeros, al repetirle el proverbio, *morta la bestia, morto il veleno*, solo le habian inspirado un crimen enteramente inútil. Herida la Liga como de un rayo con la muerte de su jefe idolatrado, repúsose del susto y se levantaba mas amenazadora que nunca. Peroratas furibundas animaban á las poblaciones



contra un *nuevo Herodes*, diversos grabados representaban el asesinato del *acuchillado* y el de su hermano el cardenal de Lorena, escitando el fanatismo de los partidarios de la Union, y particularmente el de aquellos, que encerrados en Orleans, hacian sus escursiones hasta las mismas murallas de Blois. Por otra parte, el rey de Navarra se adelantaba hácia el Loira con su ejército. Aborrecido y despreciado Enrique III, seguido por un reducido número de señores, se habia visto precisado á salir de Blois para refugiarse en Tours. Esto no obstante, el dia 23 de marzo tuvo el placer de presidir una ceremonia que él mismo habia dispuesto, á saber, la instalacion de su parla-

mento en sesion solemne de *túnicas encarnadas y toquillas de ala levantada*, en la abadia de San Julian, cuya magnífica iglesia sirve hoy de punto de partida á las mensajerías del país. Acababa de colocar al frente de las diezmadas falanges de este cuerpo poderoso al señor de Espesse, su abogado general, hombre de talento y de conciencia. Así se habia procurado un simulacro de corte, agrupando á su alrededor los restos de su esplendor y de sus tropas, aunque muy incierto respecto al rumbo que deberia tomar en tan críticas circunstancias. Faltábale Catalina, y abandonado á sus propias fuerzas parecia como admirado de tener que guiarse á sí mismo. El pueblo en que se hallaba refugiado estaba muy lejos de serle unánimemente adicto, pues conservaba en su seno los mismos géneros de discordia que convertian á la Francia en un vasto campo de batalla. Los tres partidos tenian en Tours fautores y representantes, y esto justificaba las precauciones estraordinarias que todos tomaban por su seguridad, precauciones que se habian prodigado con esceso en el gran edificio que antes hemos mencionado.

Rodeábale por todas partes la oscuridad de una noche sombría que no turbaban los ecos de los vigilantes, pero á despecho de los reglamentos, que caian con la autoridad que los hacia respetar, se notaba un vivo resplandor al través de las barras del piso bajo. Si las miradas del lector hubiesen podido penetrar hasta el interior de la sala que los habitantes del edificio habitaban entonces, se hubiera sorprendido al examinar el cuadro que presentaba.

Un fuego brillante chispeaba en el centro de la ancha chimenea que ocupaba el fondo de la estancia. En uno de sus ángulos, y siguiendo con la cabeza el movimiento de la rueda que su pié hacia girar cadenciosamente, se veia sentada una vieja, con el venerable traje de las matronas de aquella época. Su corpiño de buriel, su capote negro y su caperuza del mismo color, respiraban una antigüedad y una rústica limpieza muy respetables. En el estremo opuesto, y sumamente encogido, yacia un gatazo negro, que fijaba sus feroces ojos en los menores gestos de la vieja, y parecia reprimir, por respeto á su ama, los vivísimos deseos que sentia de jugar con el ovillo, que daba incesantes vueltas como para incitarle. Una mesa enorme ocupaba el centro de la sala, y una lámpara de bronce despedia sus resplandores sobre un rico tapiz floreado que cubria el piso. A un lado se hallaba sentado un hombre como de sesenta años en una vasta poltrona de cuero de Hungría: una cadena de oro que le cruzaba el pecho, era el único adorno que suavizaba la severidad del traje, completamente negro, pero cuyo conjunto revelaba elegancia y comodidades. La luz de la lámpara que caia aplomo sobre su frente calva y cubierta de profundas señales, hacia



resaltar la firmeza de sus facciones, que no carecian de cierta nobleza. Parecia absorto en la lectura de un grande *in folio* con broches de plata, y que era fácil reconocer por una Biblia. Nada le distraia de sus religiosas meditaciones; ni las travesuras del gato, ni las reprimendas que á este dirigia la anciana, ni los inocentes juegos de otra persona sentada, ó mas bien recostada casi á sus piés sobre ricos cojines de terciopelo morado, conseguian sacarle de su arrobamiento.

Era una jóven como de diez y seis años, cuya graciosa actitud y distincion contrastaban singularmente con la severidad de todo cuanto la rodeaba. Su talle, flexible y delicado, parecia plegarse con maravillosa facilidad y tocar apenas el improvisado lecho que acababa de arreglar. Sus piés y sus manos, como las de una hada, rivalizaban en pequeñez; velaban sus ojos largas pestañas, en tanto que ella los fijaba en una labor de tapiceria, de modo que no se podia conocer de qué color eran. Colocada como hemos dicho, tenia alguna cosa de la encantadora y púdica espresion que diviniza á las madonas de Rafael. A veces erraba una sonrisa sobre sus labios rojos, y formando dos hoyuelos en el nacimiento de sus mejillas, dejaba ver unos dientes de esquisita blancura. Todos sus movimientos respiraban una gracia juguetona, de que hubiera podido tener celos el sedoso compañero de la anciana. De vez en cuando animaba su fisonomia una espresion maliciosa, y esto sucedia siempre que sus infantiles inspiraciones se estrellaban en la tranquilidad imponente del anciano. Reinaba, en fin, una especie de recogimiento en aquella estancia, cuando precisamente estallaban por todas partes los furores de la guerra civil, que el espectador indiscreto de esta escena doméstica no hubiera podido menos de conmoverse.

Cansada al fin de la inutilidad de sus estratagemas, la jóven empujó suavemente, con la punta del ligero instrumento de que se servia para bordar, un ancho pliego colocado sobre la mesa y rodeado de una hebra de seda, de la cual pendia un enorme sello de cera verde, hasta que consiguió ponerlo á la vista del silencioso lector.

—Niña, dijo este en tono á la vez suave y severo, acariciando con su mano los rubios bucles de aquella hermosa cabellera, ¿cuándo has de tener juicio?

—Perdonad, padre mio, contestó la jóven con seductor acento: os ruego que no os enfadeis. En ese santo libro habreis visto que la curiosidad es un pecado femenino, y... ¡debe ser tan interesante esa misiva!

—Sí; Eva fué curiosa, y por eso se vió arrojada del Paraiso. Pero veamos: no murmures mas, y pronto sabrás, si es posible, lo que encierra ese sello que tanto te da en qué pensar.

Mesir Guillermo rompió la cubierta y recorrió con la vista el misterioso mensaje; pero la jóven se llevó chasco en sus esperanzas, pues vió que la frente de su padre se oscurecia á medida que iba leyendo. Sordas imprecaciones se escapaban de sus labios, hasta que dando un golpe con el puño sobre la mesa, esclamó:

—¡Infame! Esto es muy digno de él.

—¡Padre mio!... ¡Por el cielo!

—¡Amo y señor! gritó la señora Marta, levantando los brazos y mirando al caballero sobresaltada.

—Los realistas siguen batidos, prosiguió el último sin hacer caso de aquellas esclamaciones, y ¡Valois! ¡el pérfido y cobarde Valois! ¡enviar ese sacerdote papista á Mayena! ¡Pedirle gracia y merced!

¡Alargar al hermano, en señal de alianza, una mano teñida en la sangre del hermano! ¿Le juzga tan insensato como él?—Oh! añadió separando con ira el sillon y poniéndose á pasear precipitadamente por el aposento, al paso que una ráfaga de entusiasmo brillaba en su rostro: ¡ahí está el dedo de Dios! Los verdugos de mis hermanos vuelven contra sí sus propias armas y se desgarran como lobos hambrientos: *quærens quem devoret*, ha dicho el Evangelio. Enrique de Guisa, asesino de nuestro virtuoso almirante, consejero traidor de la carnicería de San Bartolomé, ya has caido á los piés de los degolladores... asalariados... ¿por quién? por Enrique de Valois, tu pariente, tu amo, y uno de los héroes de aquella noche fatal...

—¡Padre mio!... ¡Padre mio!...

—Sí, continuó el anciano, exaltándose con el recuerdo del degüello de sus correligionarios; sí... así perezcan todos los que fraguaron tan infame complot.

Tú no has visto, niña, añadió dirigiéndose á su hija, tú no has visto, como yo, violados nuestros templos, nuestras casas entregadas al saqueo, nuestros deudos asesinados en nuestra presencia, el Loira ensangrentado, cubierto de cadáveres, como si fuesen pedazos de hielo, y tu desventurada madre...

Un sollozo le cortó la palabra y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Venganza! ¡Venganza! gritó irguiendo de nuevo la frente. Santos mártires del Evangelio, vuestros verdugos serán vuestros vengadores.

—Perdon, perdon, le dijo su hija, arrojándose en sus brazos anegada en llanto y señalándole la Biblia: Cristo perdonó á los suyos...

Conmovido el anciano la estrechó con efusion contra su pecho, y moviendo la cabeza respondió después de una breve pausa:

—Tienes razon y vales mucho mas que yo; pero... ¡es tan difícil olvidar!... Y se escapó de su alma un profundo suspiro; por último añadió con mas sosiego:

—Enrique de Valois, te alejas de tu último apoyo, y nuestro bien amado el Bearnes...

—A quien Dios proteja, murmuró la anciana Marta.

—Y poseido de un vértigo te arrojas en brazos de tus mortales enemigos. ¡Cuidado! Ya inclinas la cabeza ante ellos... ¿Lo haces por ventura para que te concedan la tercera corona que te reservan hace tanto tiempo?

Sí, prosiguió como animado de una inspiracion profética... ¡Cuidado! Porque la Escritura dice que el que mata con espada perecerá por la espada...

—En nombre del cielo, padre mio... ¡Si os oyesen!...

Al mismo tiempo resonó por todas las bóvedas del edificio un golpe violento que aplicaron á la puerta.

—¡Jesús! gritó la vieja cayendo de rodillas y dejando escapar la rueca de sus manos.

La jóven enlazó sus brazos al cuello de su padre, que esclamó con impaciencia:

—Sois unas locas. ¿Qué significan esos necios terrores? Abrid, añadió volviéndose hácia la señora Marta, que temblaba de miedo: abrid, pero averiguad primero si los que llaman son amigos ó enemigos.

La pobre ama de gobierno se levantó del suelo, á pesar suyo, y se dispuso á indagar por la estrecha abertura practicada en la puerta principal, qué clase de huéspedes se anunciaba de un modo tan estrepitoso.

(Continuará.)

DIVERSIONES ANTIGUAS.

Cuando hemos finalizado las tareas á que habitualmente estamos dedicados, cuando el estudio fatiga el espíritu ó el trabajo agota las fuerzas físicas, buscamos una ocupacion frívola que nos proporcione algunos momentos de sosiego, á la par que nos facilite el volver á las faenas con mayor ardor, con mas laboriosidad. La distraccion es una exigencia imperiosa de la naturaleza. Por esta razon vemos que todos los pueblos, ora hayan disfrutado de los beneficios de la civilizacion, ora permanezcan en estado de barbarie, han adoptado desde los tiempos mas remotos cierto género de diversiones adecuadas á su situacion y estado, que cumplen con esa obligacion de la ley natural. El hombre aislado, el que vive lejos de la sociedad, siente esa misma necesidad, y no pudiendo satisfacerla con los espectáculos y demás pasatiempos que aquella proporciona, la suple con el paseo y con la contemplacion de las maravillas de la naturaleza.

Si no fuera nuestro único objeto el dar una ligera noticia de las diversiones públicas y privadas que se conocieron antiguamente en esta nacion, espondriamos algunas consideraciones filosóficas acerca de su mayor ó menor importancia, de la influencia que pueden ejercer en las costumbres de un pueblo, si pueden producir la civilizacion ó son capaces de desmoralizar, qué clase de intervencion deben tener en ellas los gobiernos, y otros varios puntos ó temas que son inherentes á esta cuestion cuando se la considera con relacion al sistema político.

DIVERSIONES PUBLICAS.

Los restos de circos que se encuentran todavía en las poblaciones que fuéron conventos jurídicos durante la dominacion romana, ó que adquirieron importancia por la multitud de habitantes que encerraban dentro de sus muros, nos demuestran que los españoles adoptaron las diversiones peculiares á sus conquistadores, y admitieron los espectáculos y juegos conocidos en Roma.

Los etimologistas latinos hacen derivar la palabra **ludus**, juego, de **luxus**, lujo, suponiendo que no se conoce en las naciones frugales y enemigas del fausto y de la ostentacion. Algunos sostienen que proviene del nombre *lidius*, fundándose en que dice Herodoto, que «Ciro hizo que los lidios degenerasen en mugeres con la música, con los vestidos y con la vida mole... fuéron los primeros que inventaron los juegos que hoy se usan en Grecia». No nos parecen exactas estas etimologías, porque si bien es cierto que la ociosidad hace que esta distraccion llegue á convertirse en un vicio, y con la inconstancia consiguiente á la exageracion de las pasiones, invente nuevos medios de fomentarle; no lo es menos que varios juegos debieron su orígen á los ejercicios que practicaban los que se veian en precision de salir á campaña. Esta clase de ejercicios era entonces de la mayor importancia; porque dependiendo el buen éxito de las batallas en su mayor parte de la fuerza física, en atencion á que se carecia del invento que la suple, era preciso que se desarrollara de una manera conveniente; y nada mas á propósito que una lucha pública. Los guerreros que en ella tomaban parte, lidiaban con el mismo ardor que si combatieran al enemigo, y si no conseguian mas que un triunfo momentáneo, sabian muy bien que era el preludio de una victoria mas positiva, y que algun dia podrian ceñir sus sienes la corona cívica y la mural, que tanto entusiasmo les infundian.

Las fiestas de los dioses se celebraban siempre con juegos que tomaban su nombre de las divinidades á quienes estaban dedicadas. Asi vemos nombrados algunas veces los juegos saturnales, florales, etc.

En estas diversiones predominaba el baile, que en su principio no fué mas que un conjunto de carreras, saltos y posturas que espresaban toscamente las pasiones que agitaban á los que tomaban parte en él. Luego que se sujetaron á una cadencia, arregladas ya á movimientos uniformes, siguiendo los compases marcados por la música, se clasificaron los bailes y se formaron diversas clases; tres eran de los que podemos hacer mencion: los de paz, los de guerra, y los dudosos. Los primeros eran los que se hacian en honor de los dioses ó de los héroes, manifestando por este medio el reconocimiento; en los de guerra se imitaban las posturas de los combatientes; y los últimos eran los de las bacantes y su séquito.

Los romanos tomaron la mayor parte de los bailes de los griegos, y estos tomaron las primeras lecciones de este ejercicio, segun dicen algunos autores, de un flautista llamado Andron, natural de Catana, en Sicilia, y así lo indica la palabra **bailar**. Otros afirman que se debe á Rea, que les enseñó á sus sacerdotes, así en Frigia como en Creta. Cleofante de Tebas le perfeccionó, y el poeta Esquilo le enriqueció con diversas figuras que introdujo en los coros de sus composiciones.

Además de las fiestas que se hacian en honor de los dioses, que eran periódicas ó celebradas en tiempo fijo, habia otras estraordinarias que tenian lugar cuando triunfaban los generales de los ejércitos, ó cuando las pagaban aquellos patricios que aspiraban al consulado.

Las ordinarias ó mas frecuentes eran las carreras de carros y caballos en el circo, y la lucha de las fieras, que proporcionó á algunos mártires la dichosa ocasion de enrojecer con su preciosa sangre las arenas de la liza; el ejercicio del dardo, la carrera á pié, el salto, el disco, y por último la lucha de los atletas. Al principio no se conoció mas que la gimnasia militar, que como hemos indicado, era indispensable en aquella época para poder combatir con alguna ventaja; después siguió la gimnasia, que podremos llamar médica, que era la destinada á fortalecer el cuerpo; y hubo algunos pueblos, como los habitantes de la antigua Esparta, tan entusiastas por ella, que hacian que las jóvenes, á quienes hacian olvidar la delicadeza de su sexo, se presentaran en la palestra con la misma animosidad que los mas vigorosos gimnastas, segun nos refiere Antenor en sus viajes; y por último, la de los atletas. Para tomar parte en la lucha se untaban el cuerpo con aceite mezclado con cera y polvo, formando una especie de ungüento á que llamaban ceroma. Omitimos el hacer mencion de todas las pruebas que necesitaban sufrir para ser admitidos á la lucha, y de que decidian los jueces nombrados al efecto, y la enumeracion de las leyes especiales á que tenian que someterse, porque sería muy difuso; pero no podemos menos de hacer una indicacion de las recompensas que daban á los vencedores, para que pueda conocerse la importancia que daban á este es-

pectáculo. Se hacia proclamar su nombre por los heraldos que daban las palmas ó coronas; eran llevados en triunfo y cantadas sus alabanzas por los poetas mas famosos; se escribian sus nombres en los archivos públicos; eran mantenidos á espensas del público, concediéndoles varias exenciones y privilegios; y por último, se les levantaban estatuas y dedicaban inscripciones.

Los emperadores que querian tener distraido al pueblo le proporcionaban continuas diversiones, y dispusieron muchos juegos, y en ellos se distribuian las medallas *congiaria*, de las que todavia se conservan algunas, que constituia una especie de loteria; porque tenia derecho, el que tenia la suerte de cogerlas, á recibir un presente.

Tambien conocieron el juego de pelota, denominado entonces esferística, que dividian en cuatro clases, á saber: *Follis*, *Trigonalis*, *Pila pagánica* y *Harpastum*. La primera se jugaba con una especie de balon grande, que se despedia con una paleta, ó pequeño y se arrojaba con la mano, y la segunda se denominaba así porque necesitaba jugarse entre tres. La *Pila pagánica*, ó pelota rústica, se usaba en los gimnasios, porque era pequeña, de piel rellena de pluma sacudida y apretada que la hacia de una dureza estraordinaria; y el *Harpastum*, que era enteramente igual al juego de los griegos, se jugaba entre dos bandos. De estas diferentes clases de esferísticas, hace mencion Marcial en sus *Epigramas*, lib. VII, epíg. LXXI.

Aunque en los autores griegos y romanos no se hace mencion de mas esferísticas que las designadas, habia además el juego de la pelota de vidrio, segun aparece de una inscripcion muy antigua que se halló en Roma en 1591, en el pontificado de Inocencio IX, y que se puso en una de las paredes del Vaticano. No sabemos de qué manera se jugaba.

Algunas veces en los juegos habia concursos de música, en que se disputaban los premios los que tañian las varios instrumentos que entonces se conocian, y tenian que observar varias leyes que no podian contravenir impunemente. No podian sentarse aunque se cansasen, ni limpiarse el rostro, ni escupir, etc. Tácito (1) nos representa al emperador Neron sometido á estas leyes, y afectando un verdadero temor de violarlas.

Se conocian tambien los juegos que hoy llamamos de manos ó de prestidigitacion, y á que denominaban los romanos *acetabula*, por los cubiletes de que usaban. Esta diversion, de que habla Séneca (2), llegó á ser tan apreciada por los romanos, que el pueblo decretó que se levantara una estatua de metal á Ateodoro, que habia sido el mas famoso jugador de manos que entonces se conoció (3).

La última clase de diversiones públicas, era la escénica ó del teatro, de cuya historia no nos ocupamos, porque es bien conocida aun á los profanos en estas materias.

Si no todos, por lo menos la mayor parte de estos juegos se admitieron en España, como lo demuestran los vestigios de los edificios que fué preciso construir: algunos juegos que todavia se conservan, como el de pelota; y algunas palabras técnicas, que ó son las que se usaban en aquel tiempo, ó manifiestan su deribacion de una manera muy marcada.

Algunas mas dudas se presentan cuando llegamos á la época de la dominacion goda, porque no hallamos comprobantes fidedignos. Si atendemos á lo que nos dice D. Juan Sempere y Guarinos en su *Historia del lujo* (4), no debian conocerse entonces mas que juegos toscos y groseros, porque el lujo era completamente desconocido para aquellos pueblos tan poco cultos; pero si nos fijamos en la descripcion que hace Procopio (5) de la magnificencia que habian introducido los vándalos en la Mauritania, no podemos menos de convenir en que debieron usarse mucha parte de los que dejamos numerados. Dice este autor, «que desde que entraron en Africa dispusieron mesas espléndidas, cubriéndolas cada dia de lo mejor que produce el terreno; que van vestidos de seda y con ropajes de mucho gusto; pasan el tiempo en los teatros; en las corridas de caballos, en las cazas y toda especie de diversiones; el baile, la comedia, la música, el canto y todo lo que sirve de deleite, les agrada infinitamente; se recrean en los jardines con banquetes magníficos á la sombra de los árboles y al fresco de los arroyos.» Nosotros creemos que habiendo adoptado los godos muchas costumbres peculiares de los romanos, no dejarian de usar de los mismos juegos, siendo así que halla la mas fácil acogida todo aquello que nos proporciona algun recreo. Pero tambien nos parece que no rindiendo culto á las divinidades fabulosas que adoraban los romanos, suprimirian los juegos que se hacian en honor suyo.

Llegando á la época de la reconquista se varia completamente la escena. Ya no vemos á los atletas con su repugnante desnudez revolcándose en la arena; han desaparecido los gladiadores; ahora solo vemos caballeros armados de punta en blanco, que á pié ó á caballo, en liza ó en campo abierto se disputan los premios. El mismo deseo de adiestrarse para conseguir la victoria, la misma necesidad de una buena práctica para obtener un éxito completo en las batallas, que fué origen de la gimnasia militar, es la que ahora da márgen á las *justas* y *torneos*, al *bofordar*, *á lancear* y *romper tablados*, ejercicios ya muy conocidos y encomiados hasta el estremo por los romances contemporáneos, que nos enseñan tambien que eran igualmente practicados por los sectarios del profeta.

Se contaba asimismo en el número de las diversiones de esta época, la caza, que apenas se conocia en tiempo de los romanos, segun espresa el erudito Jovellanos (1). Constituia dos clases diferentes: la de monteria y la de cetreria ó volateria, verificándose esta última con los halcones y azores; y se dedicaban á ella con bastante ardor los principales magnates y hasta los reyes.

La invencion de la pólvora hizo inútiles la mayor parte de los ejercicios indicados. Desaparecieron los torneos, porque la fuerza fisica no era tan necesaria en los combates, como cuando consistia en ella el fundamento principal de la victoria. Después de esta época quedaron solo los bailes populares, en los que todavia encontramos reminiscencias de los romanos, porque vemos en ellos el baile guerrero, representado en la danza de espadas, tan usada. Para cada uno de ellos habia su cancion adecuada, que daba nombre al baile, y por eso se hace mencion de la Gallarda, los Gelves, el Caballero, el Villano y el del rey Perico.

Vino por último la comedia, y desde entonces cambió completamente la faz de las diversiones. Es tan popular la historia del teatro, son tan conocidos los nombres de Rodrigo Cota y Naharro, que seria temeridad aun apuntar el origen de las comedias, cuando tan eruditamente le han diseñado Moratin y Martinez de la Rosa.

Resta solo en cuanto á las diversiones públicas que hablemos de las corridas de toros, tan populares entre nosotros, peculiares de España, y que gozan de tanta antigüedad. En los romances primitivos nos dicen que el Cid y otros caballeros famosos por sus hechos de armas, lancearon tambien toros; pero en ninguno de ellos se designa el origen de esta funcion. Loperraez (2) hace mencion de una lápida que se descubrió en los cimientos de la antigua muralla de Clunia, sacando piedra de ellos en el año 1774 para una obra de la iglesia de Peñalva, en la que se representa un toro en acto de acometer, y enfrente de él un hombre que le espera á pié firme con un estoque ó espada, y en la parte superior hay una inscripcion celtibérica; y parece que este relieve hace alusion á las corridas de toros. El padre Liciniano Saez (3) juzga en vista de la lápida de que hemos hablado, que antes que los romanos se enseñoreasen de España, ya se sabia el arte de matar toros: algunos autores atribuyen la invencion de este epectáculo á los africanos ó á los árabes. Para festejar á los principes estranjeros se acostumbraba á matar toros, segun claramente se demuestra en varias cédulas que se conservan en el archivo de comptos de Navarra; y tambien se ofrecia este espectáculo por voto, como hizo la villa de Roa, que prometió matar cuatro toros en 1594, con motivo de la peste.

DIVERSIONES PRIVADAS.

Desde muy antíguo debieron conocerse las tertulias, porque vemos que Séneca (4) nos hace una pintura del método de vida que tenian muchos de sus contemporáneos, y en nada se diferencia al que varios observan en el dia, y que se cree comunmente es pura imitacion francesa. Dice aquel filósofo: «Así tambien viven hoy muchos hombres. Llega el tiempo de amanecer, y entonces se van á dormir; viene la noche, entonces se levantan, comen y se divierten. Está para venir la aurora, entonces cenan.» Es probable que esta diversion de que habla no fuera otra cosa que la reunion de varias personas con objeto de conversar ó entretenerse en el juego como ahora se acostumbra, porque las diversiones públicas nunca se verificaban á aquellas horas.

El juego de ajedrez se remonta tambien á la mayor antigüedad, pues segun dicen, tuvo principio hácia el año 1635 de la creacion del mundo, en que Xerses le inventó para enfrenar por este medio la crueldad de cierto principe tirano, enseñándole que la majestad sin fuerza ni ayuda vale poco. Esta invencion dió lugar á otra mas sencilla, que fué la del juego de damas, denominado asi por los etimologistas, porque puede jugarse con la ligereza de una dama. De uno y otro hallamos mencion en los documentos antiguos bajo los nombres de *escoques* y *tablas*, y creemos que tambien se refiera á este último el que denominaban *alquerque*, segun la esplicacion que del modo de jugarle hace Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana*, aunque el padre Guadix dice que este nombre es arábigo.

(1) Anales, lib. XVI.
(2) Epistola XLV lib VI.
(3) Ateneo, lib. I cap. XV.
(4) Tom. I, pág. 1.ª, cap. IV.
(5) *De bello Persico et vandalico*, lib. IV.

(1) Memorias de la Academia, tom. V.
(2) Historia de Osma, tom. II. pag. 328.
(3) Monedas de Enrique III, pag. 304.
(4) Epist. 122.

Tambien se conocieron los dados, que se puede decir datan desde los tiempos mas remotos.

Después de estos juegos se inventaron otros varios, algunos de los cuales todavía se conservan; hasta que por último, á fines del siglo XIV, queriendo un francés divertir á su rey Carlos IV, ideó el juego de naipes, llamados así porque los primeros tenian una N y una P, que era la cifra del inventor, Nicolás Pepin. Tamario y el Brocense sostienen que este nombre es arábigo; tal vez puedan conciliarse los dos estremos. No seria estraño que los naipes españoles sean invencion de los árabes, porque los que usan los franceses son enteramente diferentes á los que conocemos aquí, y pueden muy bien ser dos invenciones distintas, pudiendo afirmarse tanto mas cuanto que se halla memoria de ellos casi en el mismo tiempo que en Francia.

La legislacion relativa á juegos ha sufrido mil alternativas, pues ya vemos que se permiten algunos, ya encontramos que hay prohibicion absoluta. En 1276 dió D. Alonso el Sabio el célebre *Ordenamiento de tafurerías*, que dictaba las reglas que habian de observarse en los juegos, cuáles se habian de vedar, y penas con que se habia de castigar todo género de esceso en esta materia. Posteriormente debieron haber causado bastantes daños, porque en las cortes de Alcalá de 1329, se pidió la prohibicion total de dados y naipes, que tal vez no surtió efecto, porque se volvió á repetir en las de Bribiesca de 1387, en las de Toledo de 1436, y en otras varias de las posteriores. En estos intermedios de inobservancia de las leyes prohibitivas, parece que llegó á autorizarse la costumbre de que no se jugara sino en determinados sitios, pagando por ello cierto premio ó estipendio, con lo que llegó á constituirse una renta real que se arrendaba, escepto en algunas villas y lugares que eran de su propiedad, mediante donacion ó merced del rey. Esto se deduce de la peticion 24 de las cortes de Zamora de 1432. Después de las prohibiciones absolutas, vinieron las relativas: es decir, se permitió solo cierta clase de juegos, y se fijó la cantidad que habia de mediar en la apuesta; y al arriendo de los tableros ó facultad de permitir el juego, sucedió el estanco de los naipes, que debió tener lugar hácia 1636, cuando se redujeron á este estado varios efectos y géneros.

Ahora no conocemos mas que una clase de naipes, pero antes debia haber varias, que tomarian el nombre del juego á que estaban destinadas: así debe juzgarse al leer la real resolucion de 1.º de diciembre de 1794, en que se fijan los precios de cada baraja y se hace mencion del revesino, cascarela é infante, tresillo, dos cabezas, damas y cacería.

Hemos omitido la enumeracion de algunos juegos, porque no era posible hacer mencion de todos sin esceder los límites de un artículo, y tambien porque nuestro principal objeto ha sido dar una idea general de las diversiones, sin descender á una especificacion demasiado minuciosa, que pudiera molestar á nuestros lectores.

J. F. LLAMAZARES.

EGLOGA VIRGILIANA.

Formosum pastor...

Con la cabeza en los hombros
y los ojos en la cara,
estaba un dia Risela,
la pastorcita de cabras.
Daba voces con la boca,
lamentando su desgracia,
diciendo de aquesta suerte
entre sollozos y babas:
«¿Por qué me huyes, pastor,
y buscas otra zagala?
que cuando de mí te alejas
estás á mayor distancia.
No soy tan fea, Simocho,
que ayer me miré en el agua
de un arroyuelo muy sucio
(no tanto como mi cara),
Y me ví sobre la boca
una nariz, que aunque chata,
sirve para estornudar,
y que para oler me basta.
Blando el pelo cual las crines
de los babiecas que guardas,
y dos ojos mas brillantes
que los ojos de mi gata.
Vuelve á mi lado, pastor,
sin ti la vida me enfada,
sin ti no puedo dormir...
hasta que me echo en la cama.»
Esto decia llorando
Risela la despreciada,
y el pastor allá en el monte
proferia estas palabras:
«Llora, muger, llora, llora
mientras yo no diga «basta»;
ya no me engañas, Risela,
que he conocido tus maulas.
Y esta liga, última prenda
que de tu amor conservaba,
puesta en un palo, de látigo
me servirá, que es bien larga.»

J. G. DE TEJADA.

ROMANCE.

Tinto baja el Guadalete,
tinto baja en sangre goda;
allá va el rey Don Rodrigo
despechado y sin corona.
Sobre un árabe caballo
el traidor conde le acosa:
«Pára, pára, rey Rodrigo,
pára, pára en mala hora.
Vuelve el rostro y blande el hierro,
y á la lid furioso torna;
ya que mueras á mis manos,
que te mate yo con honra!»
Ni las selvas ni los montes
al fogoso Orelia asombran;
por los vientos despeñado
selvas trunca y montes doma.
Mucho el conde atrás quedaba,
mucho corre, poco logra;
allá va el rey Don Rodrigo
despechado y sin corona.

F. ZEA.

Habiendo consultado Zenon el estóico á un oráculo acerca del género mejor de vida que podria elegir, le fué contestado: que conversase con los muertos; ó lo que es lo mismo, que se dedicase á la lectura.

—

Los que se dedican á la carrera de las letras, suelen pasar por tres situaciones diferentes. Cuando empiezan, forman una idea ventajosa de sus luces; cuando han hecho algunos progresos y ven las dudas y vasta estension de las ciencias, caen en el desaliento; y por último, cuando han llegado ya al apogeo de la ciencia, se persuaden de que hay conocimientos utilísimos que se pueden adquirir sin un inmenso trabajo, siempre que se elija lo mejor de cada género.

—

Recorriendo sus estados un emperador de la China, entró en una casa, en la que el dueño, sus mugeres, sus hijos, sus nietos y sus criados pasaban la vida en una armonía tan grande, que lleno de admiracion, preguntó al anciano venerable, de qué medio se valía para mantener la paz entre tanta gente. El chino tomó un pincel y escribió estas tres palabras: *paciencia*, *paciencia*, *paciencia*.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 30.

A viento fuerte no hay remedio.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

IMPRENTA DEL SEMANARIO PINTORESCO É ILUSTRACION
A cargo de G. Alhambra.



EL PERRO.

No es la corpulencia, ni la elegancia de la figura, ni la fuerza del cuerpo, ni el desembarazo en los movimientos, lo que constituye la nobleza propiamente dicha de un ser animado; cuando la sensibilidad es verdaderamente la que le dirige y vivifica, la que manda sus órganos, hace activos sus miembros, y da á la materia el movimiento progresivo, como la voluntad y la vida.

Depende pues esta perfeccion de la perfeccion de la sensibilidad; y cuanto mas estension tenga esta, mas facultades y recursos poseerá el animal; mas existencia, mas relaciones con el resto del universo. Cuando la sensibilidad es esquisita y delicada, cuando puede ser perfeccionada por la educacion, el animal se hace digno de entrar en la sociedad con el hombre, sabe contribuir á sus designios, velar por su seguridad, ayudarle, defenderle, halagarle, grangearse su afecto, y convertirle de tirano en protector.

El perro, prescindiendo de su belleza, de su figura, de su viveza, fuerza y agilidad, tiene por escelencia todas las cualidades interiores que pueden conciliarle la atencion del hombre. Una índole fogosa, colérica y aun feroz y sanguinaria hace al perro salvaje para todos los animales; pero el perro doméstico cede á unos afectos mas dulces: al placer de hacerse amar y al deseo de agradar, viene arrastrándose por el suelo á rendir á los piés de su amo su valor, fuerza y talento: espera sus órdenes para hacer uso de estos dotes, le consulta, le pregunta, le suplica; una mirada le basta para entender las señas de su voluntad. Sin tener como el hombre la luz del pensamiento, posee todo el fuego de la sensibilidad, y le escede en la fidelidad y en la constancia de sus afectos: no conoce mas ambicion ni deseo que el de agradar; ni otro temor que el de desagradar: todo es celo, todo ardor, todo obediencia. Mas sensible á la memoria de los beneficios que á la de los agravios, no le acobardan los malos tratamientos; los sufre, los olvida, y no se acuerda de ellos sino para ser mas sumiso; lejos de irritarse ó huir, se espone de suyo á nuevas pruebas, lame la mano, instrumento del dolor que acaba de padecer; no le opone mas resistencia que los quejidos, y en fin, la desarma con la paciencia y sumision.

Mas dócil que el hombre, mas manejable que ninguno de los animales, no solamente se instruye en poco tiempo, sino que se conforma, se acomoda á los movimientos, modales y costumbres de los que le mandan; toma el tono propio de la casa en que habita: es, así como los demás domésticos, desdeñoso en casa de los grandes, y grosero en los campos: siempre esmerado con su amo, y obsequioso solamente con sus amigos, no hace aprecio alguno de las personas indiferentes, y es enemigo de los mendigos que hacen profesion de importunar, los conoce en el vestido, en la voz, en los ademanes, y no los deja acercarse. Cuando le confian por la noche la guarda de la casa, se hace mas fiero y á veces feroz: vela, ronda, y siente de lejos á los estraños, y á poco que se detengan ó intenten violentar las puertas, se tira á ellos; y con continuos ladridos, esfuerzos y gritos coléricos, pone la gente en alarma, y al mismo tiempo que avisa, pelea: no menos furioso contra los hombres que se emplean en robar, que contra los animales carni-

ceros, se arroja á ellos, los hiere, los despedaza, les quita lo que intentan robar; pero contento con haber vencido, se tiende á descansar sobre los despojos, sin tocarlos, ni aun para satisfacer su apetito; y da á un mismo tiempo ejemplos de valor, de templanza y de fidelidad.

La mayor parte de los animales tienen mas agilidad, ligereza, fuerza y aun valor que el hombre. La naturaleza los ha dotado y armado mejor: tienen tambien mas perfectos los sentidos, y principalmente el olfato. El habernos grangeado una especie tan valiente como el perro, es haber adquirido nuevos sentidos y facultades que nos faltan. Las máquinas y los instrumentos que hemos inventado para perfeccionar nuestros sentidos y para aumentar su estension, no se acercan, ni aun en la utilidad, á estas máquinas tan acabadas que la naturaleza nos ofrece, y que supliendo la imperfeccion de nuestro olfato, nos ha suministrado medios grandes y eternos para vencer y reinar; el perro fiel al hombre, conservará siempre una porcion del imperio, un un grado de superioridad sobre los demás animales. Al frente de un ganado manda sobre sus individuos; reina él mismo, y se hace entender de ellos mejor que la voz del pastor: la seguridad, el órden y la disciplina son frutos de su vigilancia y actividad; es un pueblo que le está sometido, á quien conduce y protege, y contra el cual jamás usa de la fuerza sino para sostener en él la paz. Pero principalmente en la guerra contra los animales enemigos ó independientes, es donde mas brilla su valor y se desplega enteramente su inteligencia: sus talentos naturales se reunen aquí con las cualidades adquiridas. Luego que se percibe el ruido de las armas, cuando el sonido de la corneta ó la voz del cazador da la señal para la próxima batalla, el perro, encendido en nuevo ardor, manifiesta su alborozo con los mas vivos movimientos, anuncia con sus ademanes y ladridos la impaciencia de pelear y el deseo de vencer: marchando después en silencio, procura reconocer el terreno, descubrir y sorprender al enemigo en sus fortalezas: rastrea sus huellas, las sigue paso á paso, y con acentos diferentes indica el tiempo, la distancia, la especie y aun la edad del animal á quien persigue.

Se puede decir que el perro es el único animal cuya fidelidad es á toda prueba; el único que conoce siempre á su amo, y á los amigos de la casa; el único que cuando llega un desconocido sabe distinguirle; el único que entiende su propio nombre y reconoce la voz doméstica; el único que desconfia de sí mismo; el único que cuando ha perdido á su amo y no puede encontrarle, le llama con gemidos; el único que en un viaje largo que no haya hecho mas que una vez, se acuerda del camino y encuentra la vereda; el único, en fin, cuyos talentos naturales son evidentes, y su educacion siempre feliz.

El alano, el mastin y el galgo, aunque diferentes á primera vista, no son mas que un mismo perro: el alano es un mastin mas rehecho y corpulento; el galgo un mastin mas delgado: es decir, que entre un alano, un galgo y un mastin, solo hay la diferencia que distingue á un holandés de un francés, y á estos de un italiano: tambien existe la misma unidad entre el perro de ganado, el perro-lobo y el perro de la Siberia; como se reconoce entre el podenco, el braco ó perro de Bengala, el de aguas, el pachon, y aun el sabueso. El perro sabueso y el de lanas son oriundos de España y Berberia, donde el temple del clima hace que el pelo de todos los animales sea mas largo, mas sedoso y mas fino que en los demás paises.

¡Con cuánto gusto nos detendriamos á hacer en este artículo la historia del perro en todas sus especies y procedencias, en todos sus hechos y facultades? Imposibilitados, por la estrechez de estas columnas, de entregarnos á tan bello trabajo, concluiremos con el siguiente trozo del ilustre conde de Buffon:

«Para ponerse el hombre en seguridad, y hacerse dueño del universo viviente, le fué preciso comenzar por formarse un partido entre los animales, conciliarse con dulzura y caricias á los que halló capaces de aficionársele y obedecer, para oponerlos contra los otros. Si el perro no hubiese existido, ¿cómo el hombre hubiera podido conquistar, domar y reducir á la esclavitud á los demás animales? ¿Cómo pudiera cazar y destruir las bestias salvajes y dañinas? El primer arte del hombre hubo de ser, pues, el de la educacion del perro; y el fruto de este arte es la conquista y pacífica posesion de toda la tierra.»

PLESSIS-LES-TOURS

EN TIEMPO DEL REY ENRIQUE III.

1589.

(Continuacion.)

MARÍA.

Después de largo coloquio al través de la puerta, resonó por el corredor un ruido de espuelas, y un caballero de alta estatura, cubierto con una capa de color oscuro, entró en la sala precedido de la vieja.

—Dios os guarde, mi patron, dijo levantando con gracia el ala de su ancho sombrero, adornado con una pluma negra y flotante.

—Entrad y sed bien venido, le contestó Guillermo.

El caballero se desembarazó de la capa y del sombrero, y entonces se pudo juzgar mejor de su traje y apostura. Parecia tener unos veintiocho años; sus facciones eran hermosas, pero estaban pálidas, y un tinte de melancolía se dibujaba en su ancha frente. Sus ojos, cargados por las veladas ó los cuidados de una preocupacion profunda, brillaban con el ardor de la fiebre: el resto del rostro, perfectamente afeitado, menos el bigote, que llevaba unido á las patillas, segun la moda de la corte, daba á su fisonomía un aspecto de severidad poco en armonía con sus años.

Su justillo de terciopelo, su gorguera *á la confusion*, sus calzones color de escarlata, y sus suaves botas de cuero leonado, provistas de enormes espuelas de oro, ofrecian en conjunto un atavío elegante, que participaba del brillante traje cortesano, y del mas modesto de simple caballero.

Acercose á la mesa con la mano izquierda apoyada en el puño de su tizona, y la derecha sobre el pecho, y saludó profundamente á la encantadora dueña de la casa, que le correspondió con una graciosa reverencia, para ocultar la emocion que no hubiera podido pasar desapercibida para ojos esperimentados.

—Con que, caballero, dijo maese Guillermo tan pronto como el recien llegado tomó asiento, ¿sabeis noticias? ¿Y la embajada de Morosini?

—Si... y la negativa de Mayena.

—Ah! esclamó el primero sonriéndose sardónicamente. Os admira eso?

Un ligero rubor coloreó las pálidas mejillas del caballero; pero pasándose la mano por la frente, como para ahuyentar penosas ideas, dijo sin responder directamente á su interlocutor:

—Mis noticias son mejores que las vuestras.

—¡Bah! murmuró Guillermo con incredulidad.

Arrimando entonces su silla á la de este, añadió aquel con voz baja:

—Madama de Angulema está de vuelta: se encargó hace pocos dias de una mision secreta para el rey de Navarra...

—¡Para nuestro Enrique! esclamaron á un tiempo sus tres oyentes ¿Y qué?

—Que ha acogido favorablemente ese primer paso... Se han fijado treguas por un año, y no contento el príncipe, que en el fondo es bueno, á pesar de sus errores religiosos...

Guillermo arrugó el entrecejo.

—Acaba de publicar y dirigir á los estados un manifiesto sumamente instructivo. Lo he leido, y ¡vive Dios! todavia estoy conmovido. Llama á los franceses al olvido y á la union, declarando que en cuanto á él, está dispuesto á todo género de sacrificios para hacer feliz á ese pobre pueblo, víctima de nuestras divisiones...

—¿Y dónde está él?

—En Saumur, que se ha confiado á la custodia de Duplessis-Mornay: mañana, segun creo, pernoctará en Maillé, á dos leguas de aquí...

—Iremos, hija mia, iremos...

—¡Alabado sea Dios! respondió la jóven; y encontrándose sus miradas con las del caballero, brilló entre ambos un relámpago de inteligencia.

El último repuso:

—Se me figura, patron, que podeis evitaros esa molestia, pues se trata de una entrevista, y...

—¡Viva! esclamó Guillermo con alegria. ¡Viva! Al fin respiramos un poco. ¡Hola, señora Marta! Aquí, aquí: una buena medida de vino con especias y muchos dulces, para que nos regocijemos, festejando al portador de tan felices nuevas. Ea, continuó alargando la mano al jóven, mientras que la doncella le presentaba un cubilete de plata, lleno de un rosado licor; á la salud del que dice y hace tan buenas cosas en beneficio de este pobre pais; á la salud de nuestro rey.

—¿De cuál de ellos?

—De los dos, se apresuró á decir la jóven, dirigiendo al caballero y á su padre suplicantes miradas: olvido y perdon. Enrique lo ha dicho.

—¡A la paz! ¡A la union de todos los buenos franceses! esclamaron los dos, chocando sus cubiletes con el de la bella conciliadora, al paso que una sonrisa de buen humor dilataba sus fisonomías.

Prosiguieron después hablando durante algun tiempo de los dichosos acontecimientos del dia, y honrando los refrescos que les servia la señora Marta. Maese Guillermo, que creia deber dar ejemplo á su huésped, no tardó en empezar á sentir la benéfica influencia de sus patrióticas libaciones. Poco á poco fué languideciendo su conversacion, y cerráronse por último sus párpados: conviene añadir, que antes de que se durmiese del todo, la señora Marta, fuese por simpatía, ó por otro motivo, le habia imitado.

Los dos jóvenes se encontraron solos.

Guardaron al principio silencio, pero al fin lo rompió el caballero.

—¡María! dijo... Y esta sola palabra, pronunciada con apasionado

acento, llegó á los oidos de la jóven como un suave murmullo: se estremeció, y solo pudo responder:

—¡Caballero!...

—¿Cómo! ¿Ya no soy Renato para vos?... Los momentos son preciosos, María: escuchadme pues.

—¡Dios mio!... Si mi padre... Y dirigió una mirada hácia Guillermo, que dormia como un prior.

—¿Os causo miedo, por ventura? ¿Habeis olvidado ya las fiestas de Blois y á vuestro constante caballero?

María puso un dedo sobre sus labios con una gracia indecible.

—¡Oh! añadió el jóven. ¡Si supierais cuánto os amo! Pero no, nunca lo sabreis ni llegareis á creerlo, porque el amor de los hombres no tiene tanto poder. El cariño de un hermano á su hermana, el de un padre á su hija, la ardiente pasion de un amor delirante; todos estos sentimientos reunidos se funden en mi alma, que se abre para amaros... como no se ama en la tierra. Cuando os veo, se me figura que Dios ha hecho bajar junto á mí á uno de sus ángeles para consolarme. Lejos de vos... sufro todos los tormentos del infierno. ¡Ah! ¡Ten piedad de mí, jóven hermosa, y no rechaces mi amor! ¡Si supieras cuánto he sufrido! Aquí, añadió apretando convulsivamente su cabeza, hay recuerdos que matan. En otro tiempo era yo bueno; vivian en mi corazon altas y nobles aspiraciones: los hombres han destilado su veneno en mi alma y la han marchitado.

Y luego prosiguió como distraido:

—Hay páginas sombrias en la historia de mi vida. ¡Oh! Amame, te lo ruego, y tu amor las borrará. Tu amor será la prenda de mi perdon, la gota de rocío que cae del cielo sobre la frente del pecador.

Una inefable espresion de ternura y de piedad brilló sobre la púdica fisonomía de la jóven. Una sonrisa suave como la de los ángeles erraba sobre sus labios... alargó al desgraciado una mano temblorosa, y le dijo con un acento que parecia celestial:

—Renato, levántate.

—¡Y qué! ¿Qué hay? esclamó Guillermo despertando y frotándose los ojos: soñaba que veia á nuestro Enrique, que besaba su real mano, y... y... á fé que lloraba como una muger. ¡Por vida de!... Creo que he acariciado mas de lo conveniente á mi cubilete de hidromiel. Vamos, señora Marta; luces, que ya es tarde. ¡Eh! ¿Dónde estais? ¿Duermen todos aquí?

Los jóvenes, merced á este flujo de palabras poco habitual en el caballero, habian tenido tiempo para reponerse y ocultar su confusion. María tomó la bujía de manos de la vieja, y la presentó á su huésped, deseándole una buena noche: voto superfluo para el jóven héroe de aquella velada, que salió precedido de Marta, después de estrechar cordialmente la mano de Guillermo.

Renato de Moissac era un caballero jóven del Langüedoc, adicto pocos años habia al servicio de Enrique III. Pertenecia á una de esas familias de costumbres antiguas, en que el respeto y la adhesion al príncipe son virtudes tradicionales. Nacido con toda la imaginacion y el ardor que caracterizan á los hombres de origen meridional, estos sentidos debian adquirir en él un desarrollo rápido, y trasformarse en una especie de fanatismo. Así, cuando llamado á la corte, entró á servir en los guardias del rey, este príncipe, prendado de su presencia y de su valor, no tardó en apreciar aquel carácter, conociendo el gran partido que de él podia sacar. Las lecciones de Catalina no habian sido estériles para Enrique, y cuando los acontecimientos le obligaron á rodearse de hombres enteramente adictos á su persona, distinguió á Renato, para que formase parte de sus *Cuarenta y cinco*, tan tristemente célebres algun tiempo después. A esta adhesion ciega y absoluta, debió tambien el ser elegido para que aceptase, por celo, la sangrienta mision que Crillon rehusó por honor (1). Sin embargo, la influencia de las ideas de aquel tiempo acerca de los medios legítimos de desembarazarse de un enemigo poderoso, no habia conseguido acallar en él el clamor de la conciencia. El recuerdo de aquella terrible noche le perseguia hasta en sueños, y ocultaba con ahinco el papel que en ella habia representado.

Pero en la noche de que hablamos, sus lúgubres apariciones debieron desvanecerse ante los brillantes recuerdos que acababa de dejarle. Habia vuelto á ver á su María, á su ángel, á la amada de su corazon. Los luceros políticos, tan fatales para su señor, le habian conducido á su morada y habia oido de su boca la mas dulce declaracion. Así fué que toda la noche se convirtió para él en un paraíso de proyectos, y se durmió hácia el amanecer, sin reflexionar que nunca está el hombre mas cerca de la desgracia que cuando todo parece sonreirle.

El canto de los pájaros que revoloteaban junto á su ventana, le despertó. Avergonzado por haberse dejado dominar por el sueño, saltó del lecho y se vistió con premura. Uno de sus primeros cuidados fué abrir aquella ventana, por la cual penetraban los primeros rayos del sol de abril. Era una hermosa mañana de primavera, en que se respira nueva vida con las suaves emanaciones de una vegetacion renaciente. Todo anunciaba alegría, amor y felicidad en torno suyo. La vista de Renato erraba sobre los deliciosos encantos de las praderas que se ofrecian á sus miradas, cuando creyó distinguir en el recodo que formaba una senda, un contorno gracioso y femenino. Su corazon habia adivinado ya: era ella, era María, mucho mas seductora que el dia anterior.

(1) Véase la interesante obra de M. de la Saussaye sobre el castillo de Blois.

La sencillez de su traje, sus magníficos cabellos, flotando en rizos sobre un cuello mas blanco que las margaritas del prado, todo aumentaba la magia de aquellos sitios en que aparecia como soberana.

Renato la contemplaba en éstasis silencioso, pero poco después desapareció la vision á la voz de su padre: el jóven tomó entonces el sombrero y la espada, y voló en su seguimiento. Antes de separarse de ella encontró medios de saber que por las tardes iba, únicamente acompañada de Marta, á la muralla que rodeaba la ciudad, y que hoy forma su mas vistoso paseo. Aquella tarde, que parecia no llegar nunca, llegó al fin, y exacto á la cita, con el corazon henchido de esperanza y de contento, no tardó en ver á la hija de Guillermo y á su inevitable compañera. Aprovechando entonces, á guisa de táctico hábil, la retirada del principal cuerpo de reserva, que prudentemente se mantenia á cierta distancia, entabló al punto su plática sobre un asunto agradable, como debe presumirse, á los dos paseantes. Las horas trascurren con rapidez y el crepúsculo llegó sin que Renato observase que hacia tiempo les seguian tres hombres embozados en capas negras, y uno de los cuales daba repetidas señales de impaciencia.

Si es cierto, segun el poeta italiano, que

.....Nessum maggior dolore,
Che ricordarsi del tempo felice
Nella miseria.....

tambien puede decirse que la mayor felicidad para dos amantes, es recordar sus primeras emociones.

De pronto, y como si saliese por arte de encantamiento del tronco de alguno de los árboles seculares que les daban sombra, apareció ante sus ojos una jóven.

(Continuará.)

CUENTOS NORMANDOS

DE JUAN DE FALAISE.

Con este título apareció en 1842 un librito sumamente gracioso, cuyo descuidado autor lo dejó manuscrito en una librería normanda, sin cuidarse de su suerte. Vamos á reproducir uno de los cuentos que contiene, persuadidos de que esta muestra bastará para que nuestros lectores aprecien el mérito de la obra.

EL APRISCO.

Lucía terminó su oracion, se miró en el espejo, arregló sus cabellos y vino á pedirme el beso matutino, que estampé en su tersa y blanca frente. Después se apoyó en mi brazo con zalamería.

—Bajemos al cortijo, murmuró al mismo tiempo, y verás un magnífico queso de cabra.

Dejéme seducir, nos calzamos los zuecos, y como el tiempo no estaba seguro, cogimos ella la sombrilla y yo mi paraguas, y bajamos. Entramos en la lechería, y allí Lucía, ostentando sus riquezas, me obligaba á probar la sabrosa nata de todas sus vasijas, cuando oimos en la avenida el ruido de un carruaje; al punto volvimos á subir.

—Es nuestra buena tia de Bellesme, me dijo Lucía, corriendo á ayudarla á salir de la berlina, lo cual no dejaba de ser obra meritoria.

—Buenos dias, sobrino; buenos dias, sobrina; nos dijo mi anciana tia jovialmente. ¿Qué os parece mi sorpresa, hijos mios? He dejado mi partida de boston por ver cómo se vive hoy en el campo, y si las flores conservan siempre el color que tenian en mi tiempo.

—Par diez, tia mia; ya os haremos ver que aquí lo pasamos tan felices como siempre, y espero despertaros el deseo de que vengais con mas frecuencia á completar nuestra ventura.

Lucía se apoderó acto continuo de su brazo izquierdo y yo del derecho.

Siempre ha sido para mí la comida un asunto importante.

—Cuántas comidas haceis, tia mia?

—Yo... me contestó mirándome de hito en hito, hago las que todo el mundo... tres.

—¡Qué siglo, tia, qué siglo! esclamé dolorosamente: ha suprimido la mas alegre de todas, la deliciosa merienda.

—¡Bah! respondióme admirada. Si eso se hubiese hecho hace sesenta años, ¿adónde hubieran ido á parar tantas glorias gastronómicas y tantas agudezas, como por ejemplo, las del caballero de Bouflers?

Lucía ignoraba afortunadamente quién fué el caballero de Boufiers; pero yo, viejo pecador, habia oido hablar de Alina y de otras muchas cosas, de modo que al punto comprendí que nos amenazaba una historia.

—Ya tenemos asunto para la velada, murmuré entre dientes, por larga que sea la de un dia de setiembre.

Lucía nos llevó otra vez al cortijo y al establo, donde un becerrillo que apenas podia sostenerse de puro gordo, mamaba á su madre, soberbio animal de la llanura de Caen, y alargaba hácia nosotros su hocico cubierto de leche. Mi Lucía se admiró de que mi tia no prorumpiese en esclamaciones de sorpresa, y la condujo hácia una barrera, desde donde vimos en la pradera seis vaquillas de Bretaña de mucho precio y muy abundantes de leche. Mi tia se manifestó mas fria con las vaquillas que con el becerro. Consternada la pobre Lucía se volvió hácia el aprisco, pero no bien asomó mi tia la cabeza á la puerta baja, cuando la retiró diciendo:

—¡Uf! ¡Qué horror! ¿Por qué no están lavadas y peinadas vuestras ovejas? ¿Cómo es que no llevan cintas al cuello? Sobrina mia, ¿y tu cayado?

Lucía la miraba sin pestañear.

—Esta es otra historia, dije en voz baja.

Entonces me tocó hacer los honores. Llevé á mi tia al jardin y la hice dar un buen paseo, pero ella se volvia siempre á mirar el parterre, hasta que habiendo visto una desventurada amapola, que en él habia crecido olvidada de todos, me dijo con acento de reconvencion:

—¡Ah, sobrino mio!... Una planta inútil...

—¿Cómo, tia mia?

—¡Una amapola en tu jardin!



(El Aprisco.)

Conocí que iba á enfadarse, y tomé el partido de arrancar la amapola, despues de lo cual la pregunté el motivo de su enemiga contra aquella pobre flor.

—Mr. de Florian les ha declarado la guerra, me contestó muy serena.

—Tercera historia, murmuré sonriéndome.

Comimos á las dos, con arreglo á la laudable costumbre de mi tia, y habiéndome apoderado de un buen trozo de pierna de ciervo, pregunté á mi tia:

—¿Se comian crudas ó asadas las piernas cuando érais jóven?

—Cuando yo era jóven, respondió mi tia, habia otros manjares. ¡Ah! ¡Cómo han mudado los tiempos! ¡Cuando yo era jóven!... ¡Qué tiempo tan feliz! Supongo, sobrina mia, que habrás visto en Paris muchos cuadros de Boucher, de' gran pintor que solo tuvo un rival.

La erudicion de Lucía se vió en un compromiso, porque yo no habia creido necesario enseñarla en el Louvre el *Viaje á Citeres*.

—Pues bien; ese pintor podria darte una idea de la época en que yo era jóven. A los quince años me presentaron á una muger encantadora, á una reina adorable. ¡Pobre reina!

Dos lágrimas se desprendieron de los ojos de mi tia, y nosotros participamos de aquella emocion producida por un recuerdo.

—La reina tenia su quinta en el pequeño Trianon; un gentil-hombre de Mr. de Penthievre acababa de publicar la *Galatea*, y el placer triunfaba en los salones de Paris: habia un furor de pastores y de pastoras, del cual participaban los pintores, los poetas y los filósofos: los pastores eran poco rústicos, y las pastoras bastante desvergonzadas; pero aquella sociedad era deliciosa por su abandono. Yo era, sobrino mio, una hermosa pastora, rubia, fresca y risueña. Tu tio, que entendia bastante el arte de componer versos, y mandaba una compañía de dragones del regimiento de Penthievre, pidió mi mano. Juntos vivimos doce años; hemos sido felices, pero nunca he llegado á conocerle. Desde que brillaron los primeros dias de la revolucion, se reconcentró su carácter, y solo habló de ella con miedo. Despues de la célebre procesion á Nuestra Señora, en la cual figuró como miembro de la nobleza, y yo entre las damas de la corte, me dijo:

—Mañana partiremos para nuestras tierras de Normandia, y allí vivireis á vuestro gusto.

—Muy bien, le contesté, así no abandonaré mis queridas ovejillas, y haremos vida de novios.

Se sonrió con estremecimiento.

La posesion de Aigneville dominaba un terreno delicioso, y entre dos colinas inmediatas que daban paso al camino de Argantan, se veia desde ella gran parte de la ciudad, que ostentaba con orgullo la cúpula de San German.

Reuní diez ovejas hermosísimas, púseles nombres, y las engalané con cintas de diferentes colores; en seguida me proporcioné un cayado y un sombrero de pastora, que me sentaba perfectamente con mi vestido corto y mi guardainfante.

Cierto dia vimos llegar á Mr. de Florian, á quien yo habia conocido en Paris, y tu tio en el regimiento de Penthievre. Parecióme desde luego algo cambiado, y que una sombra melancólica turbaba la tranquilidad de su rostro: tu tio lo condujo á su gabinete, y creo que allí hablaron de Paris y de los clubs. La frente del marqués se oscureció, y por último me dejó mi pastor Entonces lo conduje á mi lecheria,

como lo habeis hecho vosotros conmigo, y después hice que se sentase en la pradera, en la cual pacia mi pequeño rebaño. Pareció hallarse satisfecho de su discípula, y me preguntó si no tenia algun jardinillo en el que yo misma cultivase la humilde violeta, que es la flor obligada de las églogas.

—¡Ah! No señor, le contesté tristemente.

—¿Ni poseeis algun pajarillo familiar que repita el nombre de vuestro amado?

—No, pero el padre de *Galatea* no se negará á concluir lo que ha empezado su hija.

Al dia siguiente envió Mr. Florian á París á su fiel Mercier con órden de enviarme dos canarios, á los cuales debia yo instruir con mi organillo. Y ¿á que no adivinais quién me los llevó? Pues fué el mil veces victorioso é ilustre caballero de Bouflers.

—Querido, dijo al marqués, ¿cómo quereis que os llamemos ahora que hay una ley que suprime la nobleza?

—Soy y seré siempre en mi casa el marqués de Aigneville, contestó tu tio.

—¡Ay amigo mio! ¡Cómo se fastidia uno en París! Todos se miran unos á otros como si no se conociesen, se reunen sin sonreirse, y se hablan sin confianza.

—Y se matan sin juzgarse.

—He dejado que me nombren individuo de los Estados generales, repuso Mr. de Bouflers, pero héme aquí de nuevo hecho un viajero; he detenido á Mercier, y me ha encargado de su comision para introducirme con vuestra Estela, Mr. de Florian.

Entonces nos entregamos á unos juegos encantadores; veíame obsequiada de dos hombres que debia envidiarme la Francia, y Mr. de Florian estudiaba en mis bosques un apólogo, así como Numa sacó una ley de su Egeria. Mr. de Boufler habia concluido ya un retrato al pastel cuando llegó el dia de cumpleaños de Aigneville.

Debiamos bailar sobre la yerba delante de la reja del parque. En efecto, después de vísperas se presentaron con sus pintorescos trajes los jóvenes de ambos sexos. Mr. de Bouflers tocaba perfectamente el sistro, y habiéndole rogado que lo hiciese para que bailásemos, puso por condicion de su tarea que daria un abrazo á todas las bailarinas.

Nunca se habia visto reunion mas alegre y bulliciosa, pero en medio de nuestra algazara se presentó el fiel Jazmin y se dirigió al marqués. Sobrino mio, ¿cómo llamas á tus criados?

—Federico, Bautista, Mateo... les damos los nombres que recibieron en el bautismo.

—Los nuestros se llamaban Laflor, ó bien Jazmin, Tulipan, etc.

—¿Y qué sucedio, tia mia?

—Inclinose Jazmin al oido de tu tio, y le dijo: Ocultaos, señor marqués, porque Artaud el carnicero y una partida de descamisados, os buscan.

El marqués contestó sin inmutarse:

—Que entren esos señores; les esperaba.

—Pero, señor marqués... esclamó Jazmin.

—Lo mismo es hoy que mañana, y doy gracias á Dios porque el peligro se me presenta sin rodeos.

Seis monstruos de horrible catadura aparecieron entonces entre nosotros antes que el caballero y Mr. de Florian comprendiesen el terror de Jazmin, la confianza del marqués, y la realidad de un peligro. El marqués los recibió con su acostumbrada cortesanía, lo cual no dejó de desconcertarlos.

—¿Qué se os ofrece, caballeros? les preguntó en seguida.

—Ciudadano marqués, contestó Artaud, venimos á prenderos á vos y á vuestra esposa, como sospechosos á la patria.

—¿Nada mas?

—El pueblo tiene hambre, y cogeremos las provisiones que se encuentran en vuestra quinta.

—¡Cómo! ¿Tambien mis ovejas? grité desesperada.

—Sí, ciudadana marquesa.

—¿Y nada mas? repuso el marqués con la mayor tranquilidad.

—La Francia está en peligro; nos apoderaremos de las armas y de los caballos.

—¿Y tal vez de los mios? preguntó con ira el caballero.

—La Francia está en peligro, repitió Artaud.

—Has de saber, palurdo, que soy miembro de la Constituyente.

—¿Quieres unir á él el de sospechoso?

Durante este diálogo el marqués se acercó á la puerta, y cortó la retirada á los descamisados: entonces sacó dos pistolas del bolsillo, y apuntando á Artaud y á uno de sus camaradas, les dijo:

—Ya veo que no valeis la mitad que los revolucionarios de París: el primero que se mueva, caerá muerto. Caballero, haced que ensillen vuestros caballos, y tambien dos de los mios.

El caballero me besó la mano, y salió diciendo:

—Voy á pedir al príncipe Enrique de Prusia el premio de todos mis madrigales. ¡Y no volví á verle!

—Mi querido Florian, dijo tu tio, hé aquí interrumpidos vuestros trabajos por unos pastores poco comunicativos.

Mr. de Florian me besó la mano, y contestó al salir:

—Voy á la sombra del parque de Sceaux y de mi compatriota Boissy de Anglas, á pasar, si me es posible, algunos dias tranquilos. ¡Y no volví á verle!

Jazmin me trajo entonces un caballo, tu tio montó otro, picamos, salimos á escape, llegamos á Boloña, y desde allí me hizo el marqués pasar á Inglaterra. ¡Y no volví á verle!

Así acabó la historia y la comida de mi tia: sus párpados se cerraron y conocimos que deseaba descansar.

Poseo una hermosa edicion del victorioso Bouflers: creyendo complacer á mi tia, la puse encima de la mesa de su cuarto, para que la leyese, si queria, después de su sueño.

Al dia siguiente fuí á saludarla; pero... habia partido ya, dejándome sobre la edicion de Bouflers un billete concebido en estos términos:

«Sobrino mio: has de saber que si me es permitido conservar un »recuerdo del caballero que contribuyó á amenizar los mas bellos »dias de mi juventud, nada tengo que hacer con sus obras.»

—¿Qué es lo que has hecho? me preguntó Lucía.

—Una necedad que voy á reparar hoy mismo.

—¿Cómo?

—Remitiendo á mi tia las preciosidades pastoriles y morales de Mr. de Florian.

DOS SECRETOS,

NOVELA ORIGINAL.

CAPÍTULO III.

EL JARDIN Y EL RIO.

Desde la casa misteriosa en que dejamos á Peralta vamos á trasladarnos á los jardines del soberbio alcázar de Sevilla, fábrica de los reyes moros de aquella riquisima ciudad, restaurada por el rey cristiano D. Pedro I de Castilla, llamado *el Cruel* y *el Justiciero*, sin duda porque de ambas cosas tuvo en no corta cantidad. No vamos á pisar las cámaras que oyeron los amorosos ayes de Doña María de Padilla y los gritos de desesperacion de Doña Aldonza Coronel, ni el patio en que resonó el postrer ¡ay! del valeroso D. Fadrique; aunque frescas estarian aun las manchas de la noble sangre del Maestre; pues aunque reinaba ya en Castilla un nieto del matador del rey D. Pedro, solo habian pasado treinta y dos años desde la noche de Montiel. Nos contentaremos con penetrar en aquellos jardines que apenas marchita el invierno, y que viste la primavera de gayas flores y de charolado follaje.

En un precioso cenador de la mas rica arquitectura árabe, estaba una muger hermosa, con esa hermosura peculiar á las mujeres de Sevilla. Tez nacarada y trasparente, como las conchas de las perlas; ojos negros, grandes y rasgados; cabellos negros y lustrosos como el ébano pulimentado; nariz correcta; labios ligerísimamente abultados y tan rojos como el granate; cuello torneado; talle esbelto; cintura delgada, y unos piés y manos tan pequeños como los de una niña de diez años. Esta muger estaba vestida con tanto lujo como elegancia, aunque no lucia sus adornos, porque la cubria un tupido manto que la resguardaba del frio y la humedad de la noche. Contaria esta hermosa criatura diez y ocho primaveras, menos perfumadas que su aliento, y se llamaba Doña Flor, nombre que estaba en consonancia con su peregrina hermosura.

Poco distante de la jóven estaba su completo contraste, ó lo que es lo mismo una dueña de cincuenta y cinco años cumplidos, y que habia gozado el poco envidiable privilegio de haber tenido los quince feos, contra el adagio castellano. Esta dueña era la misma que entregó la llave al embozado de la plaza de la Catedral, y tenia por nombre el de Beatríz, nombre que han llevado muchísimas dueñas españolas.

Ya hemos dicho que la hermosa jóven se llamaba Doña Flor; pero hemos callado su apellido; y como lo llevaba muy ilustre, ni ella tenia motivo de ocultarlo, ni es justo que por mas tiempo lo ignoren cuantos se entretengan con esta historia. Se llamaba pues Doña Flor Ponce de Leon, y era hija de D. Pedro Ponce de Leon, señor de Marchena, alguacil mayor de Sevilla, y alcaide de sus dos alcázares. Es decir, que era la princesa del pequeño reino que se habia formado el alcaide á la sombra de los disturbios de Castilla.

Todos comprenderán que la hija de D. Pedro Ponce de Leon, dotada de tan peregrina belleza, tendria pretendientes á millares: y así era la verdad, pues todos los mas ilustres caballeros de Andalucía se disputaban el honor de presentar sus homenajes á los piés de

la hermosa hija del poderoso señor de Marchena, otros castillos y lugares. Pero lo que todos no sabrán es, que cuantos finos y obsequiosos amantes se habian presentado en la palestra habian recibido lo que hoy se llaman calabazas, y no sabemos cómo se llamaria entonces; aunque opinamos que no debe haber cambiado nombre, porque seria imposible encontrar otro mas adecuado y mas insipido.

Esta resistencia de la jóven á entregar su blanca mano daba lugar á cien mil conjeturas y no menor número de hablillas, tan contradictorias y absurdas como lo son siempre las del vulgo. Decian unos que su desmesurado orgullo la hacia creerse superior á cuantos codiciaban su mano, aunque pertenecieran estos á las primeras familias de la comarca. Sostenian otros que su mucha piedad la inclinaba á tomar el hábito de religiosa, y que estaba resuelta á dejar el mundo, en que tanto podia brillar, por el claustro en que podria rogar á Dios. Aseguraban los terceros que la detenia al pié del tálamo un voto hecho por su difunta madre, no se sabe con qué motivo: y no faltaba quien murmurase que algunos amores ocultos, quizás desiguales, eran el *quid* de la dificultad. Los que han visto á la buena dueña entregar la llave al embozado serán de esta última opinion, y quizás estén en lo cierto, por aquella horrible sentencia de *piensa mal y acertarás*, que si mucho corre de boca en boca, aun corre mas de pensamiento en pensamiento.

Sin añadir ni una palabra que tenga que ver con Doña Flor ni con la respetable dueña, vamos á seguir al embozado, que luego que dejó á Beatriz, se encaminó hácia el rio; ese Guadalquivir famoso, sierpe de plata que se duerme en los campos de Andalucía. Cruzó calles y callejuelas con paso rápido, pero firme, y luego que llegó á las márgenes del rio, empezó á buscar con cuidado una barraca de pescador, que debia serle muy conocida, porque dió con ella á pesar de la oscuridad de la noche. Sin tomarse la incomodidad de anunciar su llegada, dando algunos golpes á la puerta, la empujó con ruda violencia, haciendo saltar el débil pestillo de madera que la sujetaba, y se encontró en el interior de la sucia barraca, que alumbraba un candil de gruesa mecha, y en cuyo centro estaba un hombre mal vestido y de mirada torva, y una mujer, digna compañera del hombre, que le vendaba un brazo herido. Este hombre era el barquero Fortun, á quien vimos entre los grupos de la plaza de la Catedral, y poco después espada en mano contra el alcaide de Sevilla.

La manera de presentarse el recien llegado pareció algo inoportuna al barquero, que á pesar de su brazo herido puso mano á un hacha de armas que pendia de un perno de hierro; mas apenas el embozado descubrió el rostro, cuando Fortun arrojó el hacha lejos de sí y se inclinó con las mayores muestras de respeto.

—¿Qué tienes en ese brazo, Fortun? preguntó El Caballero, pues él y no otro era quien habia salvado la vida á Don Pedro.

—Señor, una herida que me he hecho esta tarde con las astillas de un remo roto: repuso el barquero con la mayor tranquilidad.

—¿De modo que no podrás remar esta noche, y tendré que dirigirme á otro barquero?

—Esta herida es un arañazo y no me impedirá remar: dijo el barquero queriendo disimular así la gravedad de la estocada.

—Pues, si te encuentras con tanto vigor, á la barca: replicó Don Ramiro, haciendo un ademan de mando, tan imperioso como lo eran siempre los suyos.

Fortun no dió lugar á que le repitieran la órden; se bajó la manga de la camisa, se puso una especie de chaqueton, que lo resguardara de la humedad, precaucion que tomaba sin duda por su herida, y salió detrás de El Caballero.

No invirtió mucho tiempo Fortun en preparar su barca, y luego que D. Ramiro entró en ella, le preguntó sumisamente:

—¿Hácia donde bogo, señor?

—Rio arriba, inclinándote á la márgen derecha: dijo solamente El Caballero.

El barquero siguió la órden, y aunque su herida le impedia bogar bien contra la corriente, no tardaron mucho en ganar una respetable distancia, y á la misma poco mas ó menos de ambas márgenes.

—Boga solamente lo necesario para que no perdamos terreno: dijo D. Ramiro á Fortun.

El barquero obedeció la órden, alegrándose de tener algunos momentos de descanso.

—Ahora presta atencion á cuanto te diga, añadió El Caballero.

—Ya escucho, respondió Fortun, deseoso de saber el motivo de tan estraña conferencia.

—No ha trascurrido media hora desde que dos bandidos trataron de asesinar, en la plaza de la Catedral, á D. Pedro Ponce de Leon, alguacil mayor de Sevilla.

El barquero hizo un movimiento de sorpresa, pero recobrándose al momento, dijo:

—Buen negocio para el señor conde de Niebla y sus amigos de Sevilla.

Don Ramiro lanzó al barquero una mirada de desprecio, y como si no hubiera oido su observacion, prosiguió con tranquilo tono y reposado continente.

—El uno de los dos bandidos cayó muerto de una estocada que le atravesó el corazon, y el otro...

—¿Y el otro? preguntó Fortun por un movimiento involuntario.

—El otro huyó con una estocada en un brazo, de poca gravedad por cierto.

—En un brazo, repitió el barquero como hablando consigo mismo.

—En un brazo, añadió D. Ramiro poniendo su mano sobre la herida de Fortun y apretándosela hasta obligarlo á lanzar un grito espantoso. El Caballero prosiguió:

—Ese grito, muy semejante al que lanzaste cuando recibiste la herida, acaba de probar que eres el bandido que escapó con vida, Fortun.

—Señor, murmuró el barquero aterrado y queriendo encontrar escusas.

—No te afanes por disculparte. Esa herida, sus antecedentes y sus consecuencias son cuentas que no tienen que ver conmigo, y que ajustarás tarde ó temprano con el alcaide de Sevilla. Yo, partidario de Guzman, no debo vengar los agravios hechos á Ponce de Leon, y por lo tanto, nuestra cuenta se reduce á una sola partida. Quiero *comprar*, y entiende bien la palabra, quiero *comprar* un pergamino que has recibido...

Fortun tembló de piés á cabeza, y se apresuró á interrumpir á El Caballero.

—Señor, estais equivocado. No he recibido ningun pergamino, y...

—Ese pergamino contiene la órden de asesinar al noble alcaide, dijo D. Ramiro con frialdad.

—¿Cómo lo sabeis? preguntó Fortun, sin calcular la importancia de tal pregunta.

—Poco importa el modo, Fortun, cuando te pruebo que lo sé. Pídeme por ese pergamino.

—No lo entregaria por todas las riquezas que guardaba el rey D. Pedro en la torre del Oro.

—¿Temes comprometer el nombre del sugeto que lo ha firmado?

—Temo perder un talisman que conservará mi cabeza largo tiempo sobre mis hombros.

—Te engañas lastimosamente. Ese pergamino podrá hacer que ruede otra cabeza sobre el cadalso, pero no impedirá que caiga la tuya á su tiempo.

El barquero se quedó pensativo, y comprendió que D. Ramiro discurria con mucha razon.

—No perdamos tiempo, y fija precio á ese importante pergamino; insistió El Caballero.

—No puedo entregarlo, señor: repuso el barquero, no sabiendo cómo salir del compromiso.

D. Ramiro tenia todo el aplomo del hombre que está decidido á emplear cuantos medios dulces sean imaginables; porque está resuelto tambien á apurar los mas violentos si es preciso; y volviendo á colocar su mano sobre la herida de Fortun, le preguntó con afable tono:

—¿Crees que un hombre que sabe cuanto yo te he dicho, y que necesita ese pergamino, no tendrá medios de arrancarlo de tus manos algo mas penosos para ti que los que estoy usando?

Fortun se convenció ó aparentó quedar convencido de una razon, que verdaderamente tenia fuerza; se pasó la mano por la frente, y respondió resueltamente:

—Estoy pronto á entregaros el pergamino, si me ofreceis no hacer uso de él en mi daño.

—Te lo prometo, repuso El Caballero; é inmediatamente añadió:

—Fija la cantidad que quieres por ese precioso talisman.

—Ninguna, señor: os lo doy generosamente.

—Gracias, Fortun, dijo D. Ramiro, y tendió la mano en ademan de recibirlo.

El barquero viró en redondo, manifestando claramente que trataba de cambiar de rumbo.

—¿Adónde vamos? preguntó D. Ramiro, estrañando este movimiento.

—A mi barraca, en donde guardo el talisman que he de poner en vuestras manos, respondió el barquero agitando los remos.

—Espera y vuelve á virar en redondo.

Fortun obedeció sin replicar.

—¿Cuánto tiempo necesitaremos para bajar y volver á este sitio? preguntó El Caballero.

—Un cuarto de hora para bajar, y media hora para subir, respondió el barquero.

—No puedo perder tanto tiempo. Atraca á la orilla derecha.

El barquero obedeció la nueva órden sin pronunciar una palabra, y á los tres ó cuatro minutos se encontraban en un remanso que ba-

ñaba los muros de los jardines del alcázar. Pegado á estos muros se veia una especie de embarcadero abandonado y una puertecilla secreta, por la cual huyó D. Pedro el Cruel de su hermano Enrique, cuando lo sitiaba en Sevilla, llevándose aquellas riquezas guardadas en la torre del Oro, que segun Fortun, no bastaban á pagar el pergamino, y que sin embargo, fuéron la admiracion de la corte de Eduardo, príncipe de Gales, conocido con el sobrenombre de *El príncipe Negro*. D. Ramiro saltó al derruido embarcadero, y arrojando á los piés de Fortun una bolsa llena de doblas de oro, que mas parecia el precio del fatal pergamino que la recompensa del servicio que le estaba prestando el barquero, le dijo:

—He dado crédito á tu palabra, como pudiera darlo á la del mas cumplido caballero, y empiezo por recompensarte: espérame aquí hasta que vuelva, y no te separes de tu barca aunque tarde toda la noche.

—Así lo haré, respondió Fortun, recogiendo la pesada bolsa.

Don Ramiro se aproximó á la puertecilla del muro, aplicó á la cerradura la llave que le habia entregado la dueña, la puerta giró, no sin trabajo, sobre sus enmohecidos goznes, y El Caballero se encontró en los deliciosos jardines del regio alcázar de Sevilla.

Apenas habia cerrado D. Ramiro la puerta tras sí, cuando Fortun empujó su barca hácia la corriente del rio, y sin acordarse de su herida, agitó los remos con tal fuerza, que la frágil navecilla, ayudada de la corriente, volaba como una saeta, dejando una estela brillante que se distinguia perfectamente en la oscuridad de la noche.

Cuando el barquero llegó á su choza lo estaba esperando un caballero embozado en una ancha capa, y que daba claras señales de impaciencia.

(Continuará)

Juan de ARIZA.

LA FLOR DE RESEDA,

LEYENDA ORIGINAL.

(Continuacion.)

—Mas íntima y secreta
la plática fué luego,
labrada mi deshonra
por siempre reputé.
Los celos me abrasaban
con su terrible fuego;
con ímpetu diabólico
la puerta abrí, y entré.

—Y era un error tan solo,
no es cierto, padre mio?
Inés dijo al anciano;
pero él no la escuchó:
su aspecto estaba grave,
meditador, sombrío,
y en tono indiferente
así continuó:

—El viento que zumbaba
desolador en tanto,
comunicando entonces,
la luz raudo apagó:
un grito dió María
que denotaba espanto,
grito que mas mi saña
diabólica escitó.

Armada ya la diestra
de vengador acero,
entre tinieblas lóbregas
avanzo sin temer;
toca la aguda punta
un débil ser, le hiero,
y siento sangre tibia
mi mano humedecer!

—Ah! gritó Inés entonces
con voz tan elocuente,
que al desgraciado padre
tocó en el corazon:
alzose él de la silla,
y asiéndola la frente
con ambas manos, dijo
suspenso:
—Es ilusion?

María!... sí, María,
vives!... oh! bien lo veo;
y yo que te lloraba
perdida!...
—Qué decis?
Soy yo, padre querido,
vuestra Inés...
—No lo creo;
yo escuché su voz triste....
mentis, sombras, mentis!...

Cayeron luego aplomo
sus brazos adelante,
su encanecida barba
contra el pecho apoyó;
sin ver, su vista fija
miraba penetrante,
y abatido por último
su asiento recobró.

—¿Y después, padre mio?
Deciais...
—Sí, decia...
—La sala estaba á oscuras...
—Ah! ya...
—La historia...
—Sí.
Del rayo la luz pálida
brilló fugaz, sombría:
junto á tu madre exánime
durmiendo, Inés, te vi.

No estaba satisfecha
del todo mi venganza,
y á tí, ángel inocente,
furioso me lancé.
«—Piedad! gritó tu madre:
fuerte mano me afianza
entonces .. Tú llorabas
y sin saber por qué.

«—Amigo!» á mis espaldas
funesta voz profiere.
«—Pérfido, me vendias»,
mi labio contestó:
«defiéndete cobarde!»
«—No me defiendo, *hiere*,
» *pero escúchame al menos*.»
Don Iñigo esclamó.

«—Qué mas quieres que sepa
» de tu perjuro labio?»
le dije: «qué mas quieres,
» amigo desleal?»
«—No aguardes que ofendido
» dé agravio por agravio,
» que ya el mayor de todos
» causado he por mi mal.

«Daré á tu injusta queja
» satisfaccion cumplida;
» daréla, sí, mas ora
» cálmate por favor:
» de tu esposa inocente
» salva, Martin, la vida,
» sálvala, ó será eterno
» después tu torcedor.»

Dijo, y con paso breve
salió del aposento;
yo contigo y María
quedé en la oscuridad:
la vida que empezaba
con plañidor lamento,
la muerte silenciosa,
y allá... la tempestad.

«—Óyeme, esposo mio,»
con voz tenue, profunda,
dijo tu madre: «óyeme,
» siento llegar mi fin!
» condéname si quieres,
» mas tu rigor no cunda,

» por Dios, á nuestra hija,
» radioso serafin.

» Óyeme... aunque poseo
» la noble paz del alma
» para subir tranquila
» de Dios á la mansion,
» no quiero que te robe
» mi muerte dulce calma,
» no quiero que en mi tumba
» demandes tu perdon.

» Yo te perdono!... escucha
» la ronca voz del trueno;
» es de Dios que me llama
» la poderosa voz:
» dentro de breves horas
» reposaré en su seno,
» delante de él te juro...»
«—Calla! grité feroz.

» No profanes sacrílega
» su sacrosanto nombre,
» cuando la muerte pálida
» minando está á tus piés.»
«—No temo ya tus iras,
» mas oye, aunque te asombre,
» la suerte que preparo
» á mi querida Inés.

» Si atravesando el piélago
» del mundo borrascoso,
» llegan sus dulces gracias
» á hermosa juventud,
» con sangre de Don Íñigo,
» en himeneo dichoso,
» quiero mezcle la suya
» salvando mi virtud.

«Esta es, Martin, la escusa
» que doy en mi defensa;
» este mi último voto,
» mi estrema voluntad;
» si acaso no la cumples,
» celosa de mi ofensa,
» vendré yo á reclamarla
» desde la eternidad!...»

. . . .

De lúgubre silencio
siguiose breve instante,
la jóven comprimia
su viva exaltacion;
la imágen de Ricardo,
fantástica, brillante,
sus ojos cruzar vieron
el gótico salon.

Los trémulos sollozos,
no mas contener pudo,
que á su garganta opresa
volaban en tropel;
Martin la contemplaba
inexorable, mudo,
como contempla el náufrago
su ya roto bajel.

—Llora, sí, hija querida,
dijo al fin el anciano,
dichoso el que en sus penas
puede al menos llorar!
el llanto no es consuelo
que viene de lo humano,
es la lluvia que acalla
del piélago el bramar.

Llora una madre pura
por mí sacrificada
en aras de terrible,
cruel fascinacion:—
si no me hubiera sido
la realidad mostrada,
bastárame á creerlo
su noble abnegacion.

Un lance de amoríos
que poco te interesa,
y que plugo á Don Íñigo
sagaz oscurecer,
fué causa de que huyendo
veloz de una sorpresa,
en otra mas terrible
viniese allí á caer.

Por no dar á su esposa,
que amaba con ternura,
disgusto tan odioso,
ni al mundo que decir,
huyó favorecido
por la tiniebla oscura,
vió aquel balcon abierto,
y osó por él subir:

Pues vió la sombra mia
no lejos dibujarse,
y uno de sus contrarios
al pronto me juzgó,
y antes que con mi encuentro
llegar á delatarse,
asaltando mi casa
librarse prefirió.

—Fué bárbara imprudencia,
dijo Inés.
—Sí, lo creo!
Afortunadamente
nadie le llegó á ver,
y aunque de horrible crímen
por él me hiciera reo,
mi honor y el de tu madre
logré á salvo poner.

(Continuará.)

FRANCISCO J. ORELLANA.



(La dulce holganza.)

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

IMPRENTA DEL SEMANARIO PINTORESCO É ILUSTRACION
A cargo de G. Alhambra.



(Safo.)

BIBLIOTECA COLOMBINA DE SEVILLA.

Uno de los monumentos que honran la literatura, y en que el gran Colon y su hijo se propusieron dejar un magnífico legado á la civilizacion de España, es la Biblioteca Colombina, situada en uno de los ángulos de la suntuosa catedral de Sevilla. Habiendo D. Cristóbal Colon reunido cuantas obras habian servido para su estudio sobre la existencia de otro hemisferio, las que habia adquirido en reinos estranjeros, las que le habian donado los Reyes Católicos, las que fué escribiendo sobre sus viajes y descubrimientos, y últimamente las que en la civilizacion de aquella época dirigian las ciencias y estudios á que se habia dedicado, llegó á reunir 8,000 volúmenes, entre los cuales eran notables su *Diario de navegacion y descubrimientos ultramarinos*, y las anécdotas, sucesos é historias de sus viajes, que todavía no han acabado de ser esplotadas. Su hijo y heredero D. Fernando Colon, segundo almirante de las Indias, recibió entre sus bienes aquella librería, que por su aficion al estudio miró con tal predileccion, que trató de completarla y enriquecerla con cuantas obras interesantes pudiese adquirir de España, Bélgica, Holanda, Alemania, Italia y Francia. La librería propia de D. Fernando llegó á 12,000 volúmenes, los cuales coordinó, arregló, numeró y puso en un índice luego que recibió la de su padre, destinando para ello un ángulo de su palacio, junto á la puerta de Goles, hoy Real, de la ciudad de Sevilla, en cuyo sitio permaneció bastantes años con un órden en sus estanterías y colocacion de libros, que la hacian ser la principal de España, y pone la fama de D. Fernando Colon en la altura de literato, comparado con la de sabio y conquistador de su inmortal padre. Aquella librería de 20,000 volúmenes escogidos, colocada en un palacio y cuidada por el heredero del mas célebre conquistador, era frecuentemente visitada por los sabios y hombres estudiosos, y venian á consultar en ella estranjeros ilustrados. Tal importancia mereció á Don Fernando su librería, que además de haberla constituido en una fundacion de patronato, encargaba á su heredero su aumento en la siguiente cláusula: «Item, porque en lo tocante á la librería, como »adelante parecerá, dejo á eleccion del almirante D. Luis Colon, mi »señor sobrino, ó al que me heredare su mayorazgo, que acepte el »depósito de ella, y de mis bienes remanentes que yo á ella anexo, »digo é suplico á su señoría, que si eligiere de recebilla, que mis ca»sas y huerta que á ella queda anexa, la procure de sostener y aumen»tar, porque segun he visto sitios de casas por la cristiandad, ningu»no pienso haber mejor. Así mesmo digo que no quite los *letreros* que »en ella yo dejara puestos, ó que mis testamentarios por mi órden é »comision pusieren; mas antes que si por tiempo se envejecieren que »los mande renovar de manera que esten siempre legibles, etc.» Concluyendo haciendo otras largas y minuciosas prevenciones sobre el cuidado y perfeccionamiento de su librería.

Por su testamento de 3 de julio de 1539, ante Pedro Castellanos, escribano de Sevilla, legó D. Fernando su librería á su sobrino D. Luis Colon, imponiéndole la obligacion de conservarla, sostenerla, abrirla al público y aumentarla con el valor y renta de las casas de su morada palacio, y su mueblaje en que las tenia, y su huerta, sitas á la puerta de Goles de dicha ciudad; y en el caso de no aceptar esta obligacion ó no cumplir las condiciones que establecia, pasase en depósito con los mismos deberes al cabildo de la santa iglesia catedral, y si tampoco aceptase ó cumpliese dichas condiciones, pasase en igual forma al monasterio de padres dominicos de San Pablo de la misma ciudad. Y que no cumpliendo ninguno de ellos volviese á los sucesores del almirantazgo de Colon, cuyos poseedores tuviesen derecho á nombrar un visitador o visitadores que examinasen el estado de la librería y el cumplimiento de aquellas condiciones, por dichas corporaciones depositarias, á cuyo fin hubiese á su puerta un rótulo que espresase estar allí depositada la

librería en nombre del almirante, y así se vé actualmente en el tramo que conduce á su entrada.

Enajenadas con el tiempo aquellas fincas, sobre cuyo capital gravaba la renta de 10,000 maravedís, ó 40,000 reales aproximadamente, constituyeron el colegio de San Laureano, de mercenarios calzados, fundado en 1602, en que hoy se halla el presidio correccional: una parte de la huerta ha pertenecido hasta ahora al convento de padres del Pópulo, y otra fué vendida ó cambiada por otro terreno á la autoridad local para ensanche del tránsito público. En cuyos sitios es de lamentar no recuerde alguna inscripcion la propiedad y objeto tan nobles como gloriosos á que habian pertenecido.

Al fallecimiento de D. Fernando Colon era todavía menor su heredero, sobrino y tercer almirante de Indias D. Luis Colon, en cuyo nombre su madre y curadora Doña María de Toledo, vireina de las Indias, que habitaba el real alcázar, sin duda por desembarazarse del cargo de la librería, dejó y depositó esta en el monasterio de padres dominicos de San Pablo, hasta que (así decia) la casa de Colon haga otro nuevo edificio ó funde un colegio en que conservar y cuidar la biblioteca. Como este monasterio era el segundo llamado, y solo á la voluntad de la vireina, por ser confesada del mismo y patrona de algunas capillas, debió su preferencia á la catedral; el ilustre cabildo capitular de esta la reclamó judicialmente y obtuvo su entrega de la chancillería de Granada por sentencia de 19 de marzo de 1552, mediante la fianza, que realizó, de 10,000 ducados de oro como garantía de cumplir las condiciones con que dejó gravada D. Fernando su librería.

Hasta esta época solian nombrar los almirantes de Indias visitadores mensuales de su librería, que después lo hicieron mas de tarde en tarde, hasta los últimos tiempos, en que no consta se haya verificado. Estos visitadores examinaban, visaban y vigilaban el estado de la biblioteca, con arreglo á la instruccion que habia dejado el licenciado Marcos Felipe, primer visitador nombrado por D. Fernando Colon en su testamento.

El cabildo catedral aumentó en cumplimiento de su instituto dicha librería con obras apreciables, y muchas de teología; construyó tres magníficos salones y una estantería soberbia para contenerla, la dió el título de biblioteca, la honró con el nombre de su catedral, la dotó de los empleados necesarios y la abrió al público dariamente. Uno de sus mas ilustrados canónigos ha sido siempre elegido para el cargo de bibliotecario, y en el índice de estos hay nombres célebres en sabiduría y en el estado eclesiástico.

Decaidas las rentas eclesiásticas por la desvinculacion civil y eclesiástica, lo fuéron tambien las de la biblioteca, mezcladas ya con las del cabildo catedral, á pesar de que pertenecian al patronato particular de los almirantes de Indias, hoy duques de Veragua. Así el presupuesto actual de la biblioteca es 2,000 ducados anuales para sueldos, estantes y obras, de que solo ha recibido últimamente los sueldos del oficial y portero, que importan 3,650 reales anuales, y son los únicos que con el señor canónigo bibliotecario la tienen á su cargo. Por esto carece de las principales obras modernas, siendo sin embargo frecuentemente concurrida por la riqueza que encierra en libros antiguos, documentos manuscritos, y aun obras originales de literatos sevillanos.

El cabildo catedral, en justa gratitud, permitió erigir un magnífico sepulcro de piedra mármol para D. Fernando Colon y su familia, en el trascoro de su grandiosa iglesia, sobre el cual se coloca el Monumento del Jueves Santo, y en cuyo mausoleo permanecen sus cenizas.

Los retratos de los Escmos. arzobispos de la diócesis de Sevilla se hallan colocados en la sala principal de la biblioteca, en cuyo testero se ostenta el verdadero de Cristóbal Colon, de cuerpo entero, regalo hecho á la biblioteca en 1840 por Luis Felipe, rey de los franceses, quien encargó á Emilio Lasalle sacarle del original con aquel objeto.

Aprovecharemos esta ocasion para hacer conmemoracion de la grande y hermosa esfera que se conserva en la biblioteca de la universidad de Salamanca, en que Cristóbal Colon demostró de órden de os Reyes Católicos, ante aquella corporacion, la existencia de un nuevo hemisferio, hallándose cercana la quinta, que entonces era del monasterio de dominicos, en que Colon verificó aquella prueba, habiendo tenido el honor el que firma este artículo de vindicar, como tambien otros lo han hecho, aunque todavía no haya sido opinion adoptada por todos los escritores, á la universidad de Salamanca de haber seguido las doctrinas, comunes entonces, contra las emitidas por Colon, y que se supone haber sido las dominantes en aquella universidad. Efectivamente, la facultad de teología, apegada á las ideas dominantes, no adoptó el plan de Colon, lo que no es de estrañar, porque lo mismo le habia sucedido en muchos reinos estranjeros. Pero en aquella facultad habia doctores mas adelantados que los sabios de Europa que habian desahuciado los proyectos de Colon, y á sus consejos é influencia se debió que los Reyes Católicos no imitasen á los demás reyes de Europa. Así fué que el prior de dominicos, confesor de la reina, doctor de aquella facultad de teología, y obispo que fué después de Salamanca, partió á la corte desde el seno del claustro, que juzgó los planes de Colon, y logró convencer á la Reina Católica de la posibilidad de aquellos, de la existencia de otro hemisferio, y de la capacidad de Colon para descubrirle. La primera Isabel de España lo oyó con tanto entusiasmo, que se deshizo de sus joyas y mandó ensayar á Colon sus viajes. para traerla otra joya mayor con que enriquecer su corona y la de sus sucesores.

JUAN MIGUEL DE LOS RIOS.

INVENCION DEL VAPOR.

La academia de Ciencias de Francia, dice un periódico de Paris, ha recibido una comunicacion interesante de Mr. Arago, relativa á una correspondencia de Dionisio Papin con Leibnitz. En una noticia inserta en el *Anuario de la seccion de longitudes* habia probado Arago que se debia considerar á Papin como el verdadero inventor de los principios fundamentales de la máquina de vapor, tal como se emplea en el dia.

La correspondencia inédita es del mas alto interés, y tal vez no tardará en ver la luz pública. Demuestra con evidencia que en 1707, Papin, retirado en Hanan, y que desde 1695 habia descrito en las *Actas de Leipsick*, y presentido ó anunciado todos los recursos de este nuevo motor, queria aplicarle á la navegacion. Habia hecho construir un barco que recorria el Fulta, movido por el vapor por medio de dos ruedas con paletas segun el sistema atribuido posteriormente al mecánico inglés Mandslay. Quiso pasar á Inglaterra con su barco, pero á pesar de la proteccion del gran duque de Hesse-Cassel, no pudo vencer los obstáculos que se oponian á su ejecucion. En sus cartas á Leibnitz predice que morirá en la lucha; y en efecto, Papin murió en 1710 en un estado próximo á la miseria y sin poder hacer aplicacion de este invento admirable que ha trastornado el mundo. Se asegura que estas cartas obran en poder de un sabio aleman que reside en Marbourg.

Es sumamente estraña esta insistencia que tienen los franceses en afirmar que el inventor del vapor fué Papin, cuando está ya demostrado de una manera incontrovertible que este maravilloso descubrimiento que ha revolucionado las artes, se debe á nuestro compatriota Blasco de Garay. Varias veces hemos tenido ocasion de demostrarlo, por cuya razon no nos detendremos en repetir lo que ya hemos dicho, y solo opondremos á esa manifestacion del periódico francés, la carta que escribió desde Simancas al erudito D. Martin Fernandez Navarrete, el no menos entendido en materia de antigüedades D. Tomás Sanchez, que dice así:

«Blasco de Garay, capitan de mar, propuso en el año 1543 al emperador y rey Carlos V un ingenio para hacer andar las naos y embarcaciones mayores, aun en tiempo de calma, sin necesidad de remos ni velámen.

A pesar de los obstáculos y contradicciones que esperimentó este proyecto, el emperador convino en que se ensayara, como en efecto se verificó en el puerto de Barcelona el dia 17 de junio del espresado año 1543.

Nunca quiso Garay manifestar el ingenio descubiertamente, pero se vió al tiempo del ensayo que consistia en una gran caldera de agua hirviendo, y en unas ruedas de movimiento complicadas á una y otra banda de la embarcacion.

La esperiencia se hizo en una nave de 200 toneles, venida de Colibre á descargar trigo á Barcelona, llamada *La Trinidad*, su capitan Pedro de Scarza.

Por comision de Carlos V y del príncipe Felipe II, su hijo, intervinieron en este negocio D. Enrique de Toledo, el gobernador D. Pedro Cardona, el tesorero Rávago, el vice-canciller, el maestre racional de Cataluña D. Francisco Gralla y otros muchos sugetos de categoría, castellanos y catalanes, entre ellos varios capitanes de mar que presenciaron la operacion unos dentro de la nao, y otros desde la marina.

En los partes que dieron al emperador y al príncipe, todos generalmente aplaudieron el ingenio, en especial la prontitud con que se daba vuelta á la nao. El tesorero Rávago, enemigo del proyecto, dice que andaria dos leguas cada tres horas; que era muy complicado y costoso, y que habia mucha esposicion de que estallase con frecuencia la caldera. Los demás comisionados aseguran que la nao hizo ciaboga dos tantos mas presto que una galera servida por el método regular, y que andaba á legua por hora cuando menos.

Concluido el ensayo, recogió Garay todo el ingenio que habia armado en la nao, y habiéndose depositado las maderas en las atarazanas de Barcelona, guardó para sí lo demás.

A pesar de las dificultades y contradicciones propuestas por Rávago, fué apreciado el pensamiento de Garay, y si la espedicion en que entonces estaba empeñado Carlos V no lo estorbara, sin duda lo

hubiera alentado y favorecido. Con todo eso promovió al autor á un grado mas, le dió una ayuda de costas de 200,000 mrs. por una vez, mandó pagarle por tesorería general todos los gastos, y le hizo otras mercedes.

Así resulta de los espedientes y registros originales que se custodian en el real archivo de Simancas, entre los papeles de estado del negociado de Cataluña, y los de la secretaría de Guerra, parte de mar y tierra en el referido año 1543.»

Ahora solo resta computar fechas, y se verá que cuando Papin pensó ó ideó lo del vapor, habian pasado cerca de dos siglos de la muerte de Garay.

EL CASTILLO DE MONTRICHARD,

ó

HISTORIA DE GUILLERY.

1606.

EL ENCUENTRO.

> El espíritu de las tinieblas estaba allí agitando sus alas, semejantes á las nubes que ocultan el trueno y oscurecen la costa, cuyas playas son fecundas en naufragios: su frente se parecia al mar azotado por la tempestad; pensamientos horribles é impenetrables grababan una cólera eterna en sus facciones, y su mirada oscurecia el espacio.
>
> (BYRON, *Vision del juicio final.*)

Era una siesta sombria del mes de febrero de 1606: gruesas nubes azotadas por una fuerte brisa del noroeste se amontonaban húmedas y frias sobre la cabeza del inquieto viandante: de vez en cuando un pálido rayo de sol huia de aquellos amenazadores aludes, y como un relámpago fugitivo iluminaba el paisaje, especie de tela viva, en que la naturaleza, semejante á un gran pintor, parecia haber arrojado los atrevidos rasgos inspirados por una poesía salvaje y melancólica. Las aguas del Loira arrastraban entre sus ondas las nieves y los torrentes que se precipitaban de las montañas de la Auvernia. Sordos murmullos, precursores de un trabajo subterráneo é incesante, se mezclaban á las quejas del viento: á cada instante se veia al rio, enemigo infatigable, levantar su cresta imponente casi hasta el nivel de los tablones que serpentean en sus orillas y sirven de comunicacion entre Tours y Amboise.

A la izquierda se estendian ricas dehesas medio sumergidas A la derecha, y sobre una línea de agrestes rocas, aparecian algunas viviendas, de las cuales salian ligeras nubes de humo, que no tardaban en confundirse con las del cielo. Ningun ser humano animaba con su presencia aquel espectáculo, ni se atrevia á arrostrar unos peligros inevitables para el imprudente viajero.

El dique era impotente contra la lucha de los furiosos elementos, y sin embargo, en uno de los muchos recodos que forma ese trabajo gigantesco, debido á la solicitud de los reyes de Francia, apareció de pronto un hombre, cuyos precipitados pasos y turbada fisonomía revelaban los peligros de su situacion. Su esterior nada tenia de notable; su grosero traje atestiguaba en muchas partes antiguos y leales servicios, é indicaba la clase poco acomodada á que pertenecia su dueño. Llevaba una especie de anguarina de color oscuro, y de su cintura pendia una escarcela de pelo de cabra; su sombrero gris de anchas alas ostentaba una de esas imágenes de plomo, á las que las ideas de la época concedian ciertas virtudes preservadoras. Unas polainas y un garrote con nudos completaban un equipo asaz ligero y conveniente para el método de viajar que habia adoptado.

De vez en cuando dirigia á su alrededor miradas inquietas é indecisas, como si vacilase en proseguir su camino. Reconociendo sin embargo que no le quedaba recurso para alejarse de aquel sitio peligroso, continuaba su marcha, aguijoneado por un terror que se aumentaba por minutos. Entonces hubo uno de esos momentos de calma, mas temibles para el viajero esperimentado, que la misma tempestad. Nuestro hombre, por el contrario, pareció que respiraba mas libremente, y miró hácia adelante con mayor seguridad. Pero de pronto se hizo oir un ruido sordo, y las encrespadas olas, rompiendo por fin el obstáculo que por tanto tiempo las habia contenido, se abrieron paso por el dique, que era mas débil en aquel punto. Se abrió este, y el aldeano, lleno de terror, solo tuvo tiempo para hacerse atrás esclamando:

—S. Juan, ten piedad de mí!

Como si su ruego hubiese sido oido, apareció al punto un nuevo personaje al otro lado de la especie de cueva que las aguas acababan de practicar: parecia como que examinaba atentamente y con interés la peligrosa situacion en que se hallaba el viajero.

—¡Vive Dios, que es Juan! gritó en seguida. Por aquí, compañero, por aquí.

Entonces, con un vigor y una destreza que no debian esperarse ni de su edad ni de su aspecto, agarró con fuerza por las ramas un árbol que crecia en el estremo de la hondonada, ya medio inclinado por la falta de terreno que lo sostuviese, y precipitándolo sobre la orilla opuesta, hizo señas al viajero para que aprovechase aquel medio inesperado de salvacion. El pobre aldeano asentó con repugnancia y temblando el pié en aquel puente improvisado, y á no ser por el peligro que ambos arrostraban en aquel instante, el otro se hubiera reido de las grotescas contorsiones que hacia su aturdido discípulo de gimnástica.

Su voz se hizo oir de nuevo.

—Pronto, pronto, compadre; no mireis así hácia atrás, ó por el cielo, que ya no será tiempo para salir de tan mal paso.

Rompiendo acto continuo una rama del árbol, la alargó á su compañero animándole con sus señas y con su acento. Reanimado el último, se adelantó dos ó tres pasos, y agarrándose con ambas manos á la rama tutelar, saltó á la opuesta ribera.

—¡Ah, señor Ives! esclamó arrojándose á los brazos de su libertador; sin vos, me hubiera visto perdido. Ofrezco á S. Juan un cirio...

—Ea, ea, compadre, salgamos primero del pantano, y luego cumplireis con vuestra devocion.

Aunque algo escandalizado de la poca reverencia de esta réplica, dirigida á su protector celestial, su único recurso en trances apurados, Juan conoció que aquel no era el momento de discutir: siguió pues el impulso que se le daba, aunque volviendo la cabeza hácia atrás.

—¡Ah, compadre! gritó persignándose devotamente.

No pudo decir mas por impedírselo su terror, y le señaló con el dedo el sitio que acababan de abandonar.

El puente lanzado por Ives habia desaparecido.

En su lugar solo se divisaba una inmensa masa de agua espumante, que se precipitaba rugiendo en la llanura y arrastrando los árboles y las piedras, como el torbellino hace volar las pajas y las arenas.

Nada contestó Ives; pero apretó con mas fuerza el brazo del aturdido aldeano, y acelerando ambos el paso, se dirigieron rápidamente hácia la poblacion, cuyos campanarios se divisaban á lo lejos entre la niebla.

El hombre que de un modo tan milagroso acababa de salvar de la muerte al desgraciado Juan, nada ofrecia de particular que mereciese llamar la atencion. Su traje negro, sumamente sencillo, solo se hacia notar por una cadena de oro que le rodeaba el cuello, segun acostumbraban llevarla los síndicos de aquella época. Su estatura era bastante alta, y sus miembros delgados. Sin una especie de mueca burlona que fruncia los pliegues de su labio inferior, sin las oblicuas miradas que algunas veces despedian sus ojos grises, cubiertos por unos párpados larguísimos y canos, nadie hubiera conocido la distancia que separaba á estos dos hombres. La superioridad intelectual posee tambien sus signos de reconocimiento, imposibles de disimular, ya los cubra el paño pardo ó el terciopelo.

De pronto dejó de apresurar el paso, y dijo al aldeano mostrándole los muros del recinto, cuya negra sombra se dibujaba hácia el Poniente.

—Vamos, compañero, valor: hé ahí cerca las murallas de nuestra dichosísima ciudad: el terreno es aquí sólido, y nada tenemos ya que temer.

—¿Nada que temer? repitió el otro como un eco.

Y sus miradas inquietas examinaban las mas pequeñas desigualdades del terreno.

—Hablais muy bien, sin tener en cuenta lo que acaba de sucedernos. ¡Ah! mi pobre Marta tenia razon...

—¿Cómo así?

—Cuidado, me dijo, mira cómo andas tu camino, porque la lechuza chilló anoche tres veces, y Ravageot estuvo aullando hasta el amanecer.

—Esas son necedades.

—¿Con que no creeis en esos pronósticos? repuso Juan mirando á su libertador con desconfianza y separándose de él.

—No por cierto; y en prueba de ello, vamos á sentarnos un rato en este repecho, porque despues de los esfuerzos que hemos tenido que hacer me siento fatigado.

—Por mi parte, ya que el bienaventurado S. Juan me ha libertado de la muerte enviándoos en mi ayuda, no me detendré un minuto en estos sitios: quiero tranquilizar á mi pobre Marta.

—Vete pues en paz, dijo Ives, porque yo no pienso entrar en la ciudad hasta el anochecer.

Acto continuo se separaron; pero no bien habia llegado Juan á las puertas de la poblacion, cuando un hombre, un caballero, un ser fantástico se presentó delante de Ives. Este solo recordó que cayó al suelo de hinojos, y que cuando se levantó la vision habia ya desaparecido.

El desgraciado mercader lanzó una especie de gemido sordo, aseguró su escarcela con un gesto intraducible de dolorosa resignacion, y temblando de miedo, llegó por fin á la Puerta Nueva. La atravesó sin hacer caso de los saludos de la guardia municipal, y no bien llegó á su casa examinó cerraduras y cerrojos, se acostó sin pronunciar una palabra, soñó que las brujas le llevaban por los aires, y creyendo habérselas con una de ellas, aporreó á su muger por la primera vez de su vida.

Poco antes de la época en que ocurrió la inundacion del Loira, la Francia, gracias á las victorias de Enrique IV, acababa de concluir con sus enemigos una paz ventajosa, que se firmó el 2 de mayo de 1598 en Vervins. Felipe II y Manuel de Saboya restituyeron á la Francia sus antiguos límites, y Calais por un lado, el Franco-Condado por otro y el Bearne, aumentaban su esplendor y prosperidad de una manera estraordinaria después de veinticinco años de guerras civiles.

Desde luego se hicieron conocer los beneficios de la paz, así como las sábias providencias de Sully. Pero como si la natural actividad de los franceses se resintiese de la privacion de los elementos esteriores, cayeron sobre el país nuevas plagas. Muchos soldados, reducidos á la ociosidad por diversos motivos, se dieron á robar infestando los caminos, y el pueblo no tardó en quejarse de la paz que tanto habia deseado. Afligido Enrique por los males que aquejaban á sus vasallos, dictaba á sus autoridades las órdenes mas enérgicas.

«Por lo cual, decia, mandamos á nuestros gobernadores de pro»vincia que persigan y descuarticen á todos los hombres de armas lle»var de á pié ó de á caballo, que recorran los campos sin comision es»presa nuestra, y con este objeto les autorizamos á tocar á rebato y á »reunir la nobleza, las municipalidades y las parroquias.»

A pesar de esta justicia tan militar como espeditiva, algunos aventureros, mas atrevidos que los demás, se burlaban de las amenazas



—Pronto, pronto, no mireis hácia atrás...

del rey y proseguian robando y asesinando sin piedad á cuantos oponian resistencia. A este número pertenecia el hombre que se habia aparecido repentinamente á Ives. Segundon de una casa ilustre de Bretaña, de carácter ardiente y ambicioso, Guillery habia seguido desde luego el partido de la Liga. Robusto y ágil, de un valor á toda prueba, supo distinguirse y adquirir bastantes conocimientos en el arte de la guerra para poder llegar á ser algun dia un capitan afamado.

Desgraciadamente para su fortuna y para la de otros muchos que solo dependian de sus espadas, la paz de Vervins les obligó á envainarlas. El resultado fué que la desesperacion hizo de valientes soldados temibles bandidos, tan perjudiciales como las grandes compañías de que Duguesclin libró á la Francia. Uniéronse á Guillery los mas famosos aventureros, á quienes habia seducido su reputacion, y sus dos hermanos se pusieron tambien á sus órdenes. Hallóse pues al frente de una partida de mas de cuatrocientos hombres determinados para *perseguir á los prebostes*, y respetando por lo general á los nobles y saqueando á los mercaderes, organizó el robo, y regularizó el asesinato y el incendio.

Retirado en un bosque hácia los confines de la Turena y del Poitú, llegó á construir y á armar una fortaleza casi inespugnable. A fuerza de arte y de trabajo la convirtió en una madriguera, de la cual se contaron maravillas, y estas relaciones, acogidas con avidez por la tendencia supersticiosa de la época, tendencia hábilmente esplotada por Guillery y sus compañeros, entretenian y desorientaban la curiosidad de los ociosos de las poblaciones circunvecinas. Sus marchas rápidas, que se estendian hasta Normandía y hasta el Leonesado; los espías que el oro de Guillery se proporcionaba en todas partes, y que le ponian al corriente de cuanto ocurria en cada localidad, todas estas causas reunidas prestaban una especie de verosimilitud á aquellos cuentos fantásticos, de modo que se creia generalmente que el jefe de la terrible partida tenia á sus órdenes un espíritu familiar.

Volviendo ahora á nuestra historia, vamos á referir la escena que ocasionó el aturdimiento de Ives, á fin de esponer uno de esos caractéres vaciados en bronce, que á semejanza de las medallas antiguas sirven para reconocer un siglo á la primera mirada.

El mercader recordó los presagios de Juan en cuanto vió á un estraño

delante del repecho en que acababa de sentarse. Queriendo no obstante sustraerse á la debilidad que empezaba á apoderarse de él, hizo un esfuerzo y se levantó de pronto.

—Buenas tardes, compadre, le dijo el hombre que se le habia acercado.

—¡Oh! contestó Ives: en estos tiempos nadie aborda á las gentes de ese modo fuera de la ciudad. ¿Qué se os ofrece?

—Disfrutar de vuestra compañía hasta las puertas de esa hermosa poblacion que allá se divisa entre la niebla. ¿Cómo se llama?

—Tours. ¿No sois de este pais?

—Sí y no. Soy de todas partes y de ninguna: la Bretaña me reclama y los ecos del Poitú solo repiten el de mi nombre; pero todavía no he elegido el punto que me poseerá definitivamente.

Admirado el mercader le miró y dió algunos pasos para separarse de una sociedad que ya le inspiraba sospechas; pero aquel hombre singular, que parecia complacerse en su aturdimiento, le alcanzó de nuevo diciéndole:

—Poco á poco, amiguito, pues si correis de ese modo, llegareis molido á casa. ¿Qué dirá vuestra respetable esposa al saber que esponeis tan preciosa salud?

El tono burlon con que fuéron pronunciadas estas palabras pareció tan insufrible al mercader, que á toda costa quiso terminar una persecucion que se le hacia intolerable.

—Nada os importa mi salud, repuso incomodado.

—Me importa mucho, respondió el otro con cierta suavidad afectada, y sin manifestar que se resentia del tono que tomaba su nuevo conocimiento: vuestra amable esposa seria capaz de quejarse de mí, que solo anhelo vuestro bien... y para daros una prueba...

—¿Contais con acompañarme hasta mi casa? esclamó Ives alarmado.

—Así lo espero, contestó el otro sonriéndose, pues no es justo que os deje solo, cuando nadie sabe qué encuentros puede tener en un camino tan solitario como este. Y á propósito de esto, quiero daros un buen consejo. Decidme, ¿llevais muchos doblones?

Al oir Ives semejante pregunta se puso sumamente inquieto, y contestó temblando:

—Buena cosa preguntais á un pobre mercader arruinado por la guerra civil y por los pleitos. Precisamente tengo que ir á Nantes á la vista de uno, y solo me quedan la esperanza de ganarlo y siete sueldos torneses para comer hoy.

—Pobre tesoro es ese para vuestra escarcela, y bien puede asegurarse que la justicia del rey os enviará al paraíso limpio de polvo y paja. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿Con que no habeis procurado haceros con otros recursos? ¿Solo esperais en el rey?

Y al decir esto lanzó al mercader una de aquellas miradas que le hacian temblar. La imaginacion del pobre Ives empezó en efecto á turbarse; cuanto mas contemplaba á su interlocutor, mas estraño le parecia; la pluma de su sombrero se cambiaba á sus ojos en dos astas retorcidas de aceradas puntas, y sus piés en dos desmesuradas pezuñas.

El hecho era que Ives tenia miedo. Así fué que respondió maquinalmente:

—¿Y en quién he de confiar?

El otro repuso con ironía:

—En Dios... probablemente.

Ives creyó haber oido mal y respiró mas á sus anchas.

—Y como esta es una buena idea, prosiguió el otro, debemos ponerla sin tardanza en ejecucion.

—¿Cómo? preguntó el mercader, que aun no comprendia.

—Escuchad: vos no teneis dinero, ni yo tampoco: hé aquí lo cierto. Ahora bien: pedid y se os dará: pidamos pues para obtener.

Hablando así dirigió una mano á su cinturon.

—Vamos, de rodillas, esclamó acto continuo.

Ives creyó que iba á salir del cinturon una de las pistolas que contenia, y que por lo tanto habia llegado su última hora.

El desconocido sacó de su cinturon un libro.

Ives quedó estupefacto, pues nada comprendia.

—De rodillas he dicho, repitió su acompañante.



—De rodillas, he dicho...

Y cierto fruncimiento de cejas, acompañado de un gesto significativo, probó al pobre mercader que el único recurso que le quedaba era una completa resignacion. Dobló devotamente las rodillas, y dirigió una dolorosa mirada hácia su terrible perseguidor.

—Perfectamente, dijo este: ya estais en una postura que envidiarian los buenos religiosos de Marmontier. Ahora me toca á mí.

Y aquel estraño personaje se arrodilló á su lado.

—Ea, añadió entonces, oremos, y el primero de los dos que ob-

tenga dinero, lo partirá fraternalmente con el otro. Demos principio.

Y el pobre diablo tuvo que repetir maquinalmente la oracion que el otro iba leyendo en el libro.

Ives juzgaba que estaba soñando.

—Ahora... mano á la escarcela. ¿Está llena ó vacía?

—¡Ah! contestó el mercader procurando enternecer á su perseguidor; os aseguro que nada hay en ella.

—Es decir que no oras con fervor.



—¡Oh! Sí por cierto.

—Mientes.

—Tan cierto como los dos somos buenos cristianos.

—Mientes por Belcebú, porque yo que no rezo de corazon, he obtenido ya dinero. Si dices la verdad, deberias tener los bolsillos llenos. Toma, añadió, dándole un puñado de monedas pequeñas; ya ves que cumplo nuestro contrato. Prosigamos nuestras oraciones.

Y el aturdido Ives volvió á repetir su leccion.

—¿Qué tal? ¿Te han llegado ya muchos *Carolus?*

—Por Dios, concluyamos este juego... os juro...

—Calla, infame: ya veo, descreido, que intentas robarme lo que el cielo te envia para los dos; pero te juro por la hoja de mi daga, que no saldrás con la tuya.

Diciendo así, echó mano á la escarcela del mercader, se la arrancó, y apreciando su peso, añadió:

—¿Lo ves, embustero? ¿Cuántos *Carolus* contiene?

—¡Monseñor! tened compasion de mi muger y de mis pobres hijos... yo os juro...

—Silencio, judio, ó te aplasto contra el suelo. ¡Cuatrocientos hermosisimos escudos torneses! ¡Y todos ellos brillantes como medallas nuevas! ¡Qué magníficas caras!

Ives se arrastraba por el suelo, y se arrancaba la barba y el pelo.

—Lloron miserable, egoista, usurero! esclamó el desconocido: has de saber que en el fondo soy un buen potentado y guardo fielmente las leyes que redacto. Ahí tienes doscientos escudos, y huye cuanto antes de mi presencia, si no quieres que alguno de mis vasallos te siga la pista y te desvalije. ¡Ah! Si llegas á referir esta aventura, la punta de mi puñal se encargará de cerrarte el pico.

Ives se levantó del suelo, y cogiendo con sus descarnadas manos la bolsa que el otro le alargaba, aunque medio vacia, echó á correr hácia la ciudad: á los pocos pasos dió consigo en tierra. Cuando se levantó no recordaba, sino muy confusamente, la terrible escena en que acababa de representar tan principal papel.

(Continuará.)

DOS SECRETOS,

NOVELA ORIGINAL.

CAPÍTULO IV.

COLMENARES.

Hemos observado la profunda impresion que hizo en D. Enrique Colmenares la noticia dada por D. Pedro Ponce de Leon, de que habian querido asesinarlo; y con cuánto calor y premura se encargó de averiguar cuanto pudiera tener relacion con los asesinos del alcaide. Salió pues de casa del almirante de Castilla, y corriendo á toda carrera, llegó á la plaza de la Catedral, precisamente en el momento en que salia de ella D. Ramiro. Las densas tinieblas de la noche no permitian á Colmenares distinguir los objetos, y como tenia gran interés en hallar el cadáver, cruzó la plaza en diferentes direcciones, hasta que encontró su pié un obstáculo en el cuerpo de un hombre muerto. En vano procuró D. Enrique reconocer las facciones del cadáver; la cárdena luz de alguno que otro relámpago, que rompia el denso manto de la noche, las iluminaba tan ligeramente y de una manera tan estraña, que solo ocasionaba dudas; y como el buen Colmenares no tenia tiempo que perder, cogió el cadáver, le colocó sobre sus hombros, y llegado al pié de la Giralda, desapareció por la puertecilla secreta que le habia dado paso una hora antes.

Luego que se encontró D. Enrique en una especie de subterráneo, alumbrado por una lámpara de bronce, dejó caer el muerto de golpe, y apoderándose de la lámpara, la acercó á su faz, al mismo tiempo que un hombre de repugnante catadura se colocaba tras el caballero, y clavaba su mirada torva y penetrante en el muerto.

Aun no habia tenido tiempo Colmenares para distinguir bien las facciones del carnicero, contraidas por las convulsiones de la agonía, cuando dijo el recien llegado:

—¿Enterramos al pobre Anton?

Esta pregunta hizo en D. Enrique la impresion que hace toda sorpresa en circunstancias estraordinarias y en determinados lugares: se enderezó de un salto y llevó la diestra á la enpuñadura de la espada, estendiendo el brazo izquierdo con la lámpara, para que diera su luz en el rostro de quien acababa de hablarle.

—No os asusteis, señor; yo soy Calavera el sepulturero: dijo Calavera inclinándose.

D. Enrique le entregó la lámpara, se tranquilizó y dijo:

—Has comprendido mis deseos. Es preciso dar sepultura á ese cadáver; pero es indispensable que se la des tú mismo, por tu propia mano, y sin que nadie mas lo sepa.

—Señor, perded todo cuidado; bajo nuestros piés se abrirá la tierra, y no sabrá nadie que pisa sobre la cabeza de Anton, dijo Calavera con orgullo.

—Toma el precio de tu trabajo y de tu silencio, dijo Colmenares arrojando á los piés del sepulturero una bolsa llena de oro; porque los señores daban el oro hasta á sus mismos cómplices, tirándoselo.

Calavera recogió la bolsa, cuidándose muy poco del modo como la ponian en su poder; pero en vez de guardarla, la dejó sobre el pecho de Anton. La casualidad que colocaba una bolsa llena de oro al lado de una herida recibida por ganar oro, era un magnifico sarcasmo, de esos sarcasmos horrorosos que no sabe lanzar el ingenio, y cuyo monopolio pertenece á la casualidad.

Desembarazado D. Enrique del cadáver del carnicero, dejó la bóveda de la torre, y con la misma velocidad con que habia venido desde la casa del Almirante á la plaza de la Catedral, corrió desde la plaza hasta la cabaña del barquero. Encontró la puerta entornada, y penetró en aquel pobrísimo albergue que alumbraba la misma candela, chisporroteando como el braserillo de una bruja.

La muger del barquero no estaba tan acostumbrada á la presencia de Colmenares como á la de EL CABALLERO; y al ver al primero entrar tranquilamente, lanzó un grito que no le habia arrancado Don Ramiro, aunque entró forzando la puerta, y muy inesperadamente.

—¿Por qué grita la buena muger? preguntó D. Enrique recatándose con el embozo.

—Soy, señor, una pobre muger, y me ha sorprendido la presencia de un embozado: respondió la astuta esposa de Fortun, ocultando la verdadera causa de su sobresalto.

—Desecha todo temor, y llama inmediatamente á tu marido.

La muger no respondió palabra ni hizo ningun ademan que indicara que iba á cumpir la órden imperiosa y urgente que le habia dado Colmenares.

—¿No has oido, muger, que quiero hablar inmediatamente á Fortun? dijo D. Enrique.

—Mi marido no está en su cabaña, señor: repuso la muger levantándose.

—Pues búscalo, porque le va la vida en hablar conmigo esta noche.

—No puedo buscarlo, porque ignoro absolutamente en dónde se encuentra, caballero.

—¿A qué hora salió Fortun de la cabaña? preguntó D. Enrique queriendo averiguar de este modo si habia vuelto de su arriesgada espedicion.

—Apenas habrá media hora, respondió la muger, creyendo que de esta manera alejaba toda sospecha, supuesto que Fortun habia recibido su herida una hora antes cuando menos.

D. Enrique quiso saber si las respuestas de la pescadora eran verdaderas evasivas, y conservando siempre su embozo, preguntó de nuevo:

—¿A qué hora vino tu marido antes de su última salida?

La pescadora se estremeció ligeramente, pero respondió con aplomo:

—Mi marido ha estado en su barraca desde mucho antes de anochecer.

—¡Es mentira! esclamó D. Enrique furioso, porque aquella muger le estaba haciendo perder un tiempo verdaderamente inapreciable.

—Os he dicho la verdad, señor; y podrán atestiguarlo los barqueros, nuestros vecinos.

Iba á proferir Colmenares una horrible blasfemia, cuando se presentó Fortun, que como hemos dicho, habia hecho volar á su barquilla. La presencia del barquero tranquilizó un tanto á D. Enrique, y acercándose á Fortun, le dijo con tono imperioso:

—Tengo que hablarte sin dilacion y sin testigos.

El barquero dirigió una mirada investigadora y sombría al hombre que tan bien ocultaba su rostro con el embozo; y apoyando su mano derecha sobre el mango del largo puñal que llevaba al cinto, repuso:

—Puede empezar el caballero, que ya lo escucho atentamente.

—He dicho que quiero hablarte sin testigos, insistió Colmenares.

Fortun indicó á su muger que debia salir de la barraca, y esta obedeció después de haber cambiado con su marido una mirada bastante significativa.

—Ya estamos completamente solos, dijo el barquero sin acortar ni un paso la distancia que lo separaba del misterioso personaje.

—¿Me conoces? preguntó D. Enrique desembozándose enteramente.

El barquero se descubrió, y acercándose á Colmenares, repuso con tranquilidad:

—Sois D. Enrique Colmenares, á quien he visto muy pocas veces; pero cuyo rostro conservo bien en la memoria.

—Pues ya debes adivinar el motivo de mi visita, dijo friamente D. Enrique.

—Hemos hecho cuanto ha estado de nuestra parte, pero...

—Sé todo cuanto ha sucedido, y no vengo á reconvenirte por el mal éxito del lance.

—Pues si todo lo sabeis, señor, no adivino el objeto de esta visita.

—Vengo á pedirte el pergamino que te entregó Anton el carnicero.

Fortun meditó un momento, y repuso:

—No puedo entregaros, señor, lo que me pedís con tanto afan.

—El señor de Marchena no ha muerto, y en tal caso no debes conservar la órden que firmé de mi puño, dijo D. Enrique con impaciencia.

—Teneis razon en cierto modo; pero ese fatal pergamino no está en mi poder.

—¿Lo has perdido? preguntó Colmenares en el colmo de la ansiedad.

—Me ha sucedido algo peor.

—¿Qué te ha sucedido, Fortun?

—Me lo han arrancado á la fuerza.

—¿Quién? preguntó D. Enrique temblando.

—EL CABALLERO, respondió el barquero con frialdad.

Al oir Colmenares este nombre se estremeció de piés á cabeza; pero al terror siguió la ira, y desnudando la espada, quiso arrojarse sobre Fortun. El barquero no se movió, contentándose con decir:

—Nada adelantariais matándome, y perderiais mucho con mi muerte.

—Habla, murmuró D. Enrique, bajando la punta de su espada.

—No puedo volveros el escrito, porque, como he dicho, está en poder de D. Ramiro, pero puedo poner al CABALLERO en vuestras manos.

—¿Cuándo?

—En este momento si quereis.

—¿Tiene el pergamino sobre sí?

—Indudablemente.

—Acepto, Fortun, lo que me ofreces.

—Pues reunid la gente necesaria para prender á D. Ramiro.

—¿Está solo?

—Enteramente solo.

—Pues los dos seremos bastantes.

—Os engañais, señor. Dos espadas, aunque las manejen dos hombres tan esforzados como diestros, no tendrán á raya la de EL CABALLERO, y yo estoy herido y no puedo manejar la mia.

—No reflexionas que si tardamos podrá escapársenos?

—Es difícil.

—¿Pues en dónde se encuentra?

—Está en el alcázar.

—¡En el alcázar! esclamó Colmenares, no dando crédito á Fortun.

El barquero contó á D. Enrique, acomodándolo á su intento, cuanto acababa de pasarle con D. Ramiro; y le probó que EL CABALLERO no podria salir del alcázar sin el auxilio de la barca, auxilio que no tendria en toda la noche.

Colmenares comprendió al momento todo el partido que podria sacar de este incidente, convino con el barquero un plan que le parecia de seguro éxito, dejó al momento la barraca, llegó á su casa, dió algunas órdenes á sus mas fieles y valientes criados, y se presentó en casa del almirante de Castilla, de donde lo hemos visto salir, acompañado de D. Pedro Ponce de Leon, después de haber empeñado una palabra que todos creyeron poco menos que irrealizable.

(Continuará)

JUAN DE ARIZA.

Á MI AMIGO EL MARQUÉS DE TABUÉRNIGA,

en la muerte de su hija.

¡Pobre niña! Nacer y morir junto
vió la espuma que baña
la ribera del mar; y vió en un punto
sin nieblas la montaña.

Y perderse en la atmósfera anchurosa
del dulce canto el eco;
y el capullo nacido al alba hermosa
roto á la tarde y seco.

Violo, y luego soñó que á otras regiones
por mejorar de estado
sus espumas la mar, eco sus sones
hubieran levantado;

Y que con ellos á juntarse fuera
la niebla antes perdida,
y el capullo gentil que en la pradera
vivió tan corta vida.

Y morir quiso, y remontose al cielo
su espíritu inocente
por ser feliz; pero á nosotros duelo
dejonos solamente.

Volvió al jazmin la tez en él formada,
á la amapola bella
el matiz de los labios, la mirada
quedose en una estrella.

Y nada al infeliz padre en consuelo,
nada al doliente amigo,

supo guardar en su sepulcro el suelo
que fué de ello testigo.

Y en tanto á mí que corro y cruzo errante
de Genil las riberas,
no me dejan lugar para que cante
las voces lastimeras.

Son suspiros del aura perfumada,
ayes de las corrientes;
del aura de los valles de Granada,
del agua de sus fuentes.

Es de la adelfa que al amor del rio
creciera á la par de ella,
compartiendo con ella su rocío,
dulcísima querella.

Si en el Generalife al paso, el viento
algun ciprés inclina,
como es murmullo triste, el pensamiento
allí finje *Etelvina.*

Y oigo su nombre en la robusta almena
que entre flores asoma,
donde el espacio de lamentos llena
la tímida paloma;

Y en el lauro que abriga en su ramaje
los palacios del moro,
y en el, de leve trasparente encaje,
arco bordado en oro.

Por do quiera preguntan ¿dónde? ¿dónde
está Etelvina? y lloran:
¿por qué tan larga ausencia nos la esconde?
es que su muerte ignoran.

Y yo no acierto á responder, y exhalo
en silencioso llanto el dolor mio,
y con la mano trémula señalo
las bóvedas azules del vacío.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Granada 6 de julio de 1852.

AL MISMO ASUNTO.

A mi buen amigo el marqués de Tabuérniga.

¡Cuán bien al lado del Señor reposa
la que el trasunto de su ser recibe!
la niña casta y sin igual y hermosa
mal en el mundo de los malos vive.
Cuando declina Febo al occidente
cierran su cáliz lánguidas las flores,
cansadas de mecerse en el ambiente,
hastiadas de brisas y de amores.
Etelvina felíz, tierno capullo
apenas de la aurora saludado,
al cielo lleva tu primer murmullo
en néctar y en aromas empapado.
¡Bien hayas tú! De tu virgíneo seno
que Dios recoja tu primer latido;
solo Dios mira con amor al bueno,
solo Dios puede amar al desvalido.
Si por el mundo caminaste á ciegas
como el alma infantil siempre camina,
y á abrir los ojos en el cielo llegas,
ya verás cuánto ganas, Etelvina.

V. BARRANTES.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. C. Alhambra, Jacometrezo 26.



FUGA DE MADAMA DE LAROCHEJAQUELEIN,

despues de la derrota del ejército de la Vendée.

Me parece (habla la heroina) que solo éramos unos diez mil: nos detuvimos en Niort, y descansamos veinticuatro horas. El desórden continuaba entre los pocos vendeanos que quedaban, y llegó á tal estremo, que los oficiales se repartieron la caja del ejército.

Deseábamos dirgirnos á Redon, aunque temiendo comprometernos en la estrecha y larga calzada que conduce á dicho pueblo. Los republicanos no habian preparado en él el menor medio de resistencia; pero lo ignorábamos, y por eso nos encaminamos á Savenay. Emprendimos la marcha por la noche: una lluvia helada traspasaba nuestros cuerpos; nada puede dar idea exacta de nuestra desesperacion y abatimiento. El hambre, el cansancio y el despecho nos habian desfigurado á todos. Para guarecernos del frio, ó en reemplazo de las ropas ya destrozadas, nos habíamos cubierto de harapos, y al mirarnos mutuamente, apenas nos reconocíamos bajo las apariencias de tan profunda miseria.

Yo me habia vestido de aldeana, llevaba en la cabeza una capucha de lana color de violeta, é iba envuelta en una manta vieja y en un pedazo de paño azul, cruzado sobre los hombros y el pecho. Tenia puestos tres pares de medias de lana, y unas babuchas verdes, sujetas con cuerdas, abrigaban mis piés. Iba sin guantes: la silla de mi caballo era de un húsar. Mr. Roger-Mouliniere iba con turbante y pelliza, prendas que habia cogido en el teatro de la Fleche. El caballero de Beauvollers se habia envuelto en un traje de procurador y se adornaba con un gorro de señora sobre otro de lana. Por último Mad. de Armaillé y sus hijos iban cubiertos de guiñapos de damasco amarillo.

Mr. de Verteuil habia perecido combatiendo, ataviado con dos zagalejos: se batió un dia entero vestido de muger.

Los republicanos seguian de cerca al ejército de la Vendée. Detúveme un instante en una granja con mi madre para pedir de comer; pero divisamos á los húsares, y tuvimos que reunirnos á escape con los nuestros. Entramos en Savenay, cerramos las puertas, y al punto empezó el fuego. Esto no obstante, trascurrió el dia sin que el ataque se formalizase, pues solo se presentó una vanguardia enemiga, que nuestras tropas rechazaron. Creimos desde luego que los republicanos intentaban atacarnos con todas sus fuerzas reunidas, de modo que tuvimos por infalible nuestra pérdida. A las nueve de la noche me hicieron levantar, pues me habia echado vestida en una cama, y me colocaron á caballo, sin que yo supiese por qué causa. Iba ya á apearme, pues ignoraba adónde dirigirme, cuando oí la voz de Mr. de Marigny. Le llamé para saber noticias; pero echando mano á la brida de mi caballo sin proferir una palabra, me condujo á un ángulo de la plaza: entonces me dijo:

—Todo se acabó: estamos perdidos sin remedio, pues es imposible que podamos resistir al ataque de mañana: dentro de doce horas quedará esterminado nuestro ejército. Espero morir defendiendo nuestra bandera: huid, salvaos durante la noche. Adios... adios.

Me dejó, dicho esto, sin aguardar mi respuesta, y poco despues le oí arengar á los soldados, infundiéndoles valor.

Volví al lado de mi madre, que se hallaba acompañada de mi padre. El abate Jagault la proponia tomar por guia á un hombre de la poblacion que parecia seguro, y que nos ocultaria en casa de unos buenos aldeanos. Entonces referí á mi madre lo que acababa de decirme Mr. de Marigny; consintió en lo que se la aconsejaba, pero mi padre, con la cabeza apoyada en sus manos, apenas podia hablar: por último, convino en que debiamos tomar aquel partido.

—En cuanto á mí, añadió, mi deber me prescribe permanecer con el ejército mientras este exista.

Nos confió á los cuidados de Mr. Jagault, encargándole que no nos abandonase, y pidiéndole que le hiciese saber el punto en que nos ocultásemos. Mr. Jagault le ofreció volver al dia siguiente á decírselo. Nos disfrazamos de aldeanas bretonas, y abrazamos á mi padre. Nos era imposible hablar, y las lágrimas nos ahogaban. Mi padre me dijo con grave acento:

—Nunca te separes de tu desgraciada madre.

Estas fuéron sus últimas palabras.

A media noche partimos con el abate Jagault y la señorita Mamet, doncella de mi madre, que no habia querido separarse de nosotros. Todavia poseíamos unos sesenta luises y varios asignados realistas, porque después del paso del Loira, entre Varades é Ingrande, habia perdido todos mis diamantes, todas mis alhajas y el dinero que llevaba. Salimos por una puerta pequeña, y tomamos el camino de Guerande. Desde lejos oíamos la fusilería y el galope de los caballos, y á cada momento temiamos vernos detenidos por alguna patrulla. Hicimos sin embargo un cuarto de legua sin el menor tropiezo. Nuestro guia se paraba á cada instante para decirnos:

—Escuchad... escuchad.

Y luego echaba á andar repitiendo:

—Se baten.

Aquel hombre no queria abandonar el camino real. A pesar de nuestras observaciones, quiso hacernos entrar en una casa, y mi madre le dió su reloj para comprometerle á llevarnos mas lejos. Estaba embriagado. Por fin conseguimos que dejase el camino á un lado, y entonces nos condujo atravesando campos, de modo que á cada paso nos encontrábamos en fosos llenos de agua. Llevábamos zuecos por la primera vez de nuestra vida y no podiamos andar. Tuvimos que detenernos á tres cuartos de legua de Savenay, pues no teniamos fuerzas para caminar mas, y nuestro guia se caia de embriaguez y de sueño. Entramos pues en la morada de unos aldeanos, y el guia se durmió al punto, diciéndonos que allí estábamos bien. Entonces conocimos que nos habíamos apartado muy poco del camino real. Nuestros huéspedes, temblando por sí mismos, nos ofrecieron hacernos conducir al castillo de Ecuraye, cuyo dueño habia emigrado. Un aldeano, encargado de sus tierras, lo habitaba con su familia. Dijéronnos que era hombre honrado: aceptamos, y una jóven nos sirvió de guia: la señorita Mamet se quedó en la casa que dejábamos.

A las dos de la mañana llegamos á la puerta del castillo, pero nos hicieron esperar mucho. Mi madre me dijo:

—Voy á morir aquí, si no quieren recibirnos.

Púseme de rodillas y rogué á Dios que no nos negasen la hospitalidad que buscábamos. Por fin nos abrieron.

—Aquí teneis unos brigantes que se han acogido á nuestra casa, dijo la jóven; pero ya sabeis que vivimos muy cerca del camino.

—¡Infelices! esclamaron el aldeano y su muger. Entrad, entrad: todo lo que tenemos está á vuestro servicio.

Hicieron que nos calentásemos; secaron nuestras ropas, que estaban empapadas, y nos dieron de comer: querian que nos acostásemos, pero temiamos que se nos persiguiese.

Aquel hombre benéfico se llamaba Ferret, y estaba loco de contento por haber socorrido en su casa á unos vendeanos. Nos dijo que todo el pais ardia en deseos de levantarse, y que muchos jóvenes habian ido armados á Savenay para reunirse al ejército realista. No concebia por qué huiamos nosotros: no nos atrevimos á decirle que todo estaba perdido, pues tuvimos recelo de que esta noticia cambiase sus buenas disposiciones: manifestámosle únicamente que estábamos enfermas.

Al cabo de un rato nos echamos en unas camas y el cansancio cerró nuestros ojos. A las ocho de la mañana nos despertó el estampido del cañon, y al mismo tiempo entró Ferret en el cuarto gritando:

—¡Dios mio! ¿Qué es lo que sucede? Se oyen cañonazos por el camino de Guerande, y hombres vestidos de diferentes colores huyen despavoridos por los campos.

—¡Salvadnos en nombre del cielo! le respondimos: nuestro ejército ha sido destruido.

Aquella era en efecto la derrota de los nuestros. No tardaron los azules de caballería en dirigirse hácia el castillo.

—Huid, dijo la muger de Ferret: mi marido va á llevaros á una granja, situada en el bosque: en ella estareis mas seguras que aquí.

Los húsares llamaban ya á la puerta del castillo; salimos por otra escusada, y tres cuartos de hora después llegamos á la granja de Lagrée, escondida en el interior de un bosque espeso.

—Os traigo, dijo Ferret á sus moradores, unas infelices mugeres que he salvado.

Allí habia varios aldeanos que se lamentaban de nuestra derrota, y que habian cogido ya sus fusiles para unirse á los vendeanos; compadeciéronse pues de nuestra suerte y nos mostraron mucho realismo y buena voluntad.

Los húsares, sin embargo, se esparcian por todas partes: la muger del dueño de la granja decidió que con el objeto de prevenir toda sospecha, era indispensable que nos separásemos: en consecuencia envió á Mr. Jagault al trabajo con los labradores: estaba enfermo, y como habia caminado mucho descalzo, tenia los piés chorreando sangre. Puso á mi madre á hilar cerca del fuego y en un rincon oscuro, y llevándome á un molino de viento separado de la casa, dijo al mozo encargado de él:

—Renaud, aquí te traigo una hermosa insurgente; guárdamela bien, y si llegan los azules, les dirás que ha venido á moler su grano.

Senteme sobre un saco, y así trascurrieron cuatro horas. A cada instante oia el galope de los caballos, los tiros de fusil y los gritos de ¡Detened á los brigantes! ¡Que mueran todos!

El campo aparecia lleno de fugitivos, á quienes asesinaban sin piedad. Los azules acababan de llamar á la puerta del molino pidiendo de beber ó de comer. Renaud les contestó que nada tenia: hablé un rato con este honrado mozo, que me tranquilizó y procuró consolarme, refiriéndome muchas particularidades de nuestro ejército: por último me preguntó quién era yo, y le dije que mi madre era viuda de un mercader de Chatillon. Solo á Ferret habiamos confiado nuestro secreto. Por la noche paró Renaud su molino y me llevó á la granja de Langrée, donde me acosté vestida, con mi madre.

Al dia siguiente tuvimos que dispersarnos de nuevo. Mi patrona me presentó por la mañana al alcalde, y á la vuelta encontré dos soldados que iban á todo escape, pero que se detuvieron para hacernos gritar: ¡Viva la república! Al principio temblé; pero no tardé en conocer que eran dos oficiales vendeanos que procuraban salvarse de aquel modo. Después de comer me llevaron á casa del procurador, y su muger dijo que me enviaria á cuidar del rebaño con su hija. Me figuré que iban á confiarme á una niña; pero pronto se me presentó una robusta jóven de veinte años, con su garrote, segun costumbre de la Bretaña, donde nunca salen de sus casas los hombres ni las mugeres sin aquella arma.

—Vamos, Mariana, ahí tienes la insurgente, le dijo la madre.

—Nada temais, contestó ella, pues la guardaré bien y moriré antes que abandonarla. Si se presenta uno solo, daré de él buena cuenta con mi palo.

Fuime con la buena Mariana; esta jóven nos ha sido desde entonces muy adicta.

Por la noche volví á Langrée, y después de algunos dias nos establecimos en casa del padre de Mariana. Mr. Jagault continuaba trabajando con los aldeanos; le llamaban Pedro, á mi madre María, y á mí Juana. Viviamos en una pequeña aldea, cuyos habitantes eran realistas y muy hospitalarios: las aldeas vecinas participaban de las mismas opiniones políticas; pero á la izquierda del camino real de Guerande los paisanos eran republicanos, y mataron á todos los fugitivos de nuestro ejército que entre ellos buscaron asilo.

Yo estaba abatida por lo mucho que habia padecido, y mi madre me cuidaba con la mas esquisita ternura. Su prudencia apartaba de mí los peligros que yo era incapaz de evitar, y su presencia de animo me salvó veinte veces la vida. Con objeto de atender mas á mi seguridad y notando que se acercaba la época de mi parto, se valió de una estratagema. Dos aldeanas de la Vendée se habian casado con dos bretones, y desde entonces nadie se metia con ellas: mi madre escogió á otro, llamado Pedro Riallo, viudo con cinco hijos; pero se necesitaba una fé de bautismo que debia proporcionarme la hermana de Ferret, establecida con su hija al otro lado del Loira. Todo iba á arreglarse satisfactoriamente, y el escribano de la municipalidad estaba en el secreto; los azules debian asistir á la comida de mis bodas; pero se suspendió la ejecucion de este proyecto, porque recibimos la noticia de que nos habian denunciado y de que se nos buscaba con ahinco.

Mudamos de domicilio, y nos separamos.

Al cabo de algunos dias volví á casa de Gouret. Empezaba á sentir vivos dolores; pero no creia haber cumplido el término de mi embarazo, y no queria que se llamase á la comadre, porque era muy charlatana. Nadie habia á mi lado que pudiese auxiliarme; por último, se avivaron tanto mis dolores, que no podia dudarse de mi próximo parto. Mi madre salió á buscar quien me socorriese, y cayó accidentada en el campo. Las dos hijas solteras de Gouret estaban conmigo llorando y sin saber lo que hacer. Yo sufria con ánimo y resignacion, pues la vida me era ya insoportable y deseaba morir. Al fin di á luz una niña, y pocos momentos después otra, sin el menor auxilio. Una muger casada que llegó casi al mismo tiempo, enviada sin duda por la Providencia, recogió á las criaturas y me cuidó. La comadre se presentó cuando ya no la necesitábamos.

Yo no habia hecho el menor preparativo, pues me parecia que no debia parir tan pronto, de modo que hubo que arropar con harapos á mis niñas: quise criarlas, pero mi madre se opuso, y una prima de Mariana fué su nodriza. Tres dias después las bautizó en mi aposento un sacerdote, y recibieron los nombres de Josefina y Luisa. Hubo cuatro testigos de la ceremonia; se escribieron las dos fés de bautismo

en unos platos de estaño con un clavo, y se enterraron dichos platos. Di gracias infinitas á Dios porque habia permitido que quedase en la tierra una prueba de la familia á que pertenecian mis desventuradas hijas. Pasamos un mes con tranquilidad. La cabaña que habitábamos estaba al parecer abandonada, y nunca se presentaban en ella los azules.

Después de muchos dias se notó que Josefina tenia una muñeca dislocada: esto me causó el mayor sentimiento y resolví llevarla, cuando fuese algo mas crecida, á Bareges, aunque tuviese que mendigar. Este proyecto no me parecia irrealizable, pues ni abrigaba la menor esperanza ni idea del porvenir: nada sabia tampoco de lo que ocurria en Francia; me veia proscripta y miserable, y tenia el alma demasiado abatida para creer que mi situacion pudiera cambiarse. Pero Josefina murió muy pronto, y me dieron esta noticia sin prepararme á ella, lo cual me costó una enfermedad. La hija menor de Gouret entró en mi cuarto, y me dijo:

—Vuestra hija del bosque Divet ha muerto.

Me sobrecogí y contesté temblando:

—Es mas dichosa que yo.

Mad. de Larochejaquelein dejó al fin á los buenos aldeanos que la habian dado hospitalidad, para retirarse con su madre al Dereneuf. Allí esperó la amnistia que llegó á concederse á los vendeanos.

PLESSIS-LES-TOURS

EN TIEMPO DEL REY ENRIQUE III.

1589.

(Continuacion.)

LA GITANA.

> Con arreglo á las lineas del rostro y á las de la mano, podemos prever el destino futuro de un hombre, con tanta facilidad, como al ver la flor de un árbol puede decirse el fruto que debe producir.
> (WALTER-SCOTT.—*Quintin Durward.*)

Su esbelto talle, su tez bronceada, sus ojos y sus cabellos, negros como el ébano, revelaban bastante su origen para hacer superfluo el exámen de su bizarro traje y de la pandereta que sus ágiles dedos hacian resonar. Saludó á los jóvenes con una graciosa reverencia, y adelantándose ligeramente dijo con acento meridional:

—Galan caballero, ¿quereis que os diga la buenaventura?

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando la vieja Marta se interpuso con una precipitacion inesperada en su edad y esclamó:

—Fuera de aquí, vaticinadora de desgracias; que tu amo Satanás te lleve. ¡Habráse visto la maldita gitana, que quiere predecir la suerte de mi jóven señora!...

La gitana hizo un mohin desdeñoso, y sin cuidarse de la dueña esperó la respuesta del caballero.

—Vamos, dijo este, un poco de indulgencia, señora Marta. Y tú, sacerdotisa de la gaya ciencia, ¿quieres entonar una cancion de tu pais?

La jóven meneó la cabeza, murmurando con espresion profética:

—El hombre siempre se muestra sordo á las advertencias del cielo.

—A fé mia, contestó Renato riéndose, que quisiera saber lo que tú puedes tener de comun con las divinidades celestes. Hé ahi mi mano.

—No, no, repuso Marta queriendo impedirlo.

—¿Qué temeis, amiga mia? Vamos, gitanilla, cumple con tu deber.

La gitana cogió su mano, pareció que examinaba con cuidado todas las lineas, y por último se retiró hácia atrás repentinamente, lanzando al caballero una mirada llena de terror, y murmurando algunas paladras ininteligibles.

—¡Hola! esclamó Renato algo conmovido, ¿has perdido tan pronto tu serenidad? ¿Qué tenemos?

—Tú lo quieres, respondió la gitana... pues bien, escucha. ¡Desgracia! ¡Desgracia! Tú amas y eres amado.

Hermosa jóven, ten cuidado. ¿Qué sangre es esa que veo en las manos de tu amante?... Acuérdate del dia veintitres...

—Gitana del infierno, gritó Renato, pálido y con acento colérico; tú eres la que ha de tener cuidado.

Una débil esclamacion de su amada le hizo volver la cabeza; pero cuando dirigió de nuevo la vista hácia el sitio en que se hallaba la hija de Egipto, esta habia desaparecido.

—Hé aquí lo que acontece cuando no se da oidos á la voz de la razon, murmuró Marta en tono doctoral.

—Basta, repuso Renato con altivez. Y vos, María, ¿por qué ese infundado terror? ¿No estais al lado de vuestro mejor amigo? ¿Qué temores pueden asaltaros, cuando mi amor os protege y os rodea? ¿No es natural que un hombre dedicado á la carrera de las armas, que un caballero precisado á desenvainar la espada en servicio de su rey...

Una amarga carcajada le interrumpió.

Incomodado Renato volviose al punto hácia el insolente que asi le contrariaba... Uno de los tres embozados se habia separado de sus compañeros y le miraba irónicamente. Sin atender mas que á su propia cólera, corrió Renato hácia él: el desconocido hizo al pronto ademan de esperarle; pero arrepentido sin duda se reunió con sus dos camaradas, y entrando en una callejuela solitaria desaparecieron en pocos minutos.

Renato se volvió pensativo hácia atras: pareciale que aquellas facciones y aquella voz no le eran desconocidas, y cuando se acercó á María no pudo menos de sorprenderse, pues la encontró agarrada al brazo de Marta y sin poder apenas sostenerse, pues temblaba todo su cuerpo.

—Huyamos, decia; es él, es el hombre negro. ¡Siempre! ¡Siempre!

—¿Qué sucede? preguntó Renato á la anciana.

—¡Ah! contestó el ama de gobierno: es nuestro mal genio; el hombre embozado que nos persigue en todos nuestros paseos.

—Vive Dios que le haré sentir la punta de mi espada.

—Mas sangre!... Vámonos de aquí; marchemos.

—María... niña adorada, sed razonable y tranquilizaos: vamos, aceptad mi brazo y os conduciré á casa de vuestro padre.

Volviéronse en efecto casi sin hablar. María estaba triste y pensativa, y Renato, á pesar suyo, no podia desechar sus cavilaciones. Después de separarse de ella se dirigió á la mansion real, pensando en los diferentes sucesos de aquella noche. La gitana y el embozado asaltaban su imaginacion y se perdia en un laberinto de conjeturas. Caminaba cabizbajo, aunque sin mirar al suelo, cuando al atravesar un callejon sombrío tropezó su pié en una piedra. Semejante entonces al hombre que despierta sobresaltado en el momento crítico de una horrible pesadilla, se estremeció de pronto y levantó la cabeza. En vano buscaban sus ojos un recuerdo á su alrededor. Habia equivocado el camino y se encontraba en un sitio que le era enteramente desconocido. La noche habia llegado y no sabia qué rutá tomar en medio de un monton de ruinas, cuando oyó hablar; creyó reconocer la voz y se puso á escuchar con mucha atencion: al mismo tiempo caminaba muy despacio, con una mano en la empuñadura de la daga y dispuesto á lo que pudiese acontecer. De pronto sintió que el terreno se hundia bajo sus piés, y cayó rodando hasta el fondo de un vallecillo lleno de espesa yerba. Cuando se levantó, mas bien aturdido que lastimado, observó que brillaba una luz á través de una abertura practicada á poca altura del terreno; acercose á ella y la misma voz hirió sus oidos.

—Es él, murmuró, es el perseguidor de María.

Su mano apretó convulsivamente el puño de la daga, y ocultándose al abrigo de un lienzo de pared á fin de no verse sorprendido, se inclinó hácia la especie de subterráneo de donde salia la voz, y penetrando en el interior con sus miradas, pudo abarcar el conjunto de aquel retiro sombrío y misterioso. Era una estancia abovedada abierta en la roca, cuya entrada cerraban enormes fragmentos de piedra gris.

Cinco ó seis hombres con trajes negros y armados se hallaban alrededor de una fogata, cuyo rojizo resplandor comunicaba á sus facciones esas tintas estrañas que llaman la atencion en los cuadros de Rembrandt. Parecia como que deliberaban sobre algun negocio importante, cuando el de mas edad esclamó con acento retenido por la prudencia:

—¿Nada habeis oido?

Tres ó cuatro levantaron la cabeza, echando mano á sus armas, y todo volvió á quedar en silencio.

—¡Bah! repuso luego aquel en quien Renato conoció á su insolente agresor: es el ruido del viento que se impacienta entre estas ruinas. Hace un tiempo de condenados, una verdadera noche de brujas.

Varios de ellos se santiguaron.

—Por Santiago, hablemos de otra cosa.

—Con que deciais, caballero La Fontaine...

Al oir este nombre redobló Renato la atencion, y vió que el círculo se estrechaba en torno del personaje interpelado.

—Decia que laci udad y Valois son nuestros, y hé aquí cómo. Mr. de Mayenne va á los alcances de Turena con todos los suyos, por lo cual es preciso separar al fantasma coronado de sus favoritos y de sus estranjeros, y hacerle caer en una emboscada que yo mismo dirigiré: al mismo tiempo, y aprovechando la confusion que ocasionará el suceso, introduciremos los nuestros en la ciudad. Este es mi plan, cuya única dificultad consiste en atraer el zorro á la trampa.

—¿Y si la huele?

—Me encargo de que no lo haga, replicó un caballero, en quien reconoció uno de los *Cuarenta y cinco.*

—¡Traidor! murmuró con ira.

—Me hareis saber únicamente el sitio en que estén apostados los vuestros.

—Convenidos.

—Entre tanto, prosiguió La Fontaine dirigiéndose á un hombre grueso y dándole un golpecito en el hombro; nuestro amado y fiel bailío, al frente de los ciudadanos adictos á nuestra santa asociacion. rechazará á los que guardan la Puerta Nueva, y una vez dueños de este punto, los mios y la vanguardia de Mayenna entrarán en la ciudad. Ahora falta el castillo.

—Eso queda á mi cargo, dijo otro de aquellos hombres; pues por un sendero oculto que conozco conduciré á mis valientes hasta muy cerca de las murallas; saldrán entonces los arqueros que las guardan, y os prometo no dejar uno con vida.

—Por mi parte, añadió un hombrecillo de fea catadura, me encaramaré á mi campanario de San Leonardo, y mucho han de dormir los habitantes de Tours si Juan no los despierta.

—Ea pues, al avio, y viva la Liga.

—Poco á poco, ¿qué hemos de hacer del rey?

—¡Vaya una pregunta! Lo que él ha hecho de nuestro gran...

Y al decir esto hizo La Fontaine una mueca.

—Nada de vias hostiles, observó un síndico con frialdad. Es el ungido del Señor, y no consentiré que nadie le toque.

—¡Cómo! ¡Al hereje, al condenado Valois, al adorador de los ídolos!...

—¿Con que es cierto?. .

—¿Y no lo sabiais? esclamó La Fontaine furioso. Por eso se encierra tanto con sus favoritos y se le ve tan poco, para adorar una figura, una especie de monstruo de oro, plata y bronce, y cometer delante de él mil profanaciones abominables.

—¡Qué horror! gritaron á una los ciudadanos, mirándose unos á otros asustados.

—Además, añadió hábilmente La Fontaine, es aficionado á las procesiones, y podemos satisfacer con facilidad sus deseos. ¿Qué tal os parecerá el hermano Enrique de Valois en hábito de penitente.

—¡Viva! ¡Magnífico! contestaron los individuos mas timoratos de la reunion.

—El hábito le sienta muy bien, dijo uno, pues le vimos hace poco en las fiestas y juegos de Blois vestido de muger y con el pecho descubierto, como su hermana Margarita.

Esta ocurrencia ocasionó grandes carcajadas.

—¡Chito, caballeros! Haya prudencia, porque es tarde y hora de separarnos. Con que ¿se seguirá el plan concertado?

—Sí, sí; viva Mayenna y mueran los herejes.

—Y los traidores, dijo Renato entre dientes, retirándose á la sombra de un pilar.

Una especie de tumulto, ocasionado por la salida de los conjurados, se hizo oir entonces en el subterráneo. El fuego se fué apagando, y las voces de los de la Liga se perdieron con la distancia, volviendo todo al mayor silencio y oscuridad.

—¡Habrán tomado otro camino! murmuró Renato con rabioso acento ¡Se sustraerá á mi venganza!

De pronto le advirtió su llegada el ruido de la yerba; pálido, respirando apenas bajo la influencia de las mas opuestas pasiones, Renato apretaba la empuñadura de su daga.

Una ráfaga de viento ahuyentó las nubes que ocultaban la luna, y á su débil resplandor se dibujaron dos sombras.

Los dos hombres hablaban en voz baja.

—Amarraremos á nuestro hombre, dijo uno de ellos; pero ¿y María?

—Esa me toca á mí, contestó el otro, que era La Fontaine.

—Será para los dos.

—No por cierto, la he elegido como mi parte de botin.

—¡Egoista!

La hoja del puñal de Renato brilló fuera de la vaina.

En aquel momento cruzó por su mente como un relámpago el recuerdo de Guisa; pareciole que la sombra gigantesca del duque se enderezaba ante sus ojos; tembló de los piés á la cabeza, y un sudor frio cubrió todo su cuerpo.

—No, así no, murmuró envainando la daga; de dia ha de ser y frente á frente.

Y La Fontaine pasó muy despacio delante de él sin sospechar el inminente peligro que acababa de correr.

Renato le siguió á lo lejos y se retiró á su alojamiento, pensando en los medios de hacer abortar la doble conjuracion que acababa de sorprender, y dando gracias al cielo por la proteccion que dispensaba á su amada y á su rey.

(Continuará.)

LOS ZAPATOS DE LA INFANTA.

CUENTO.

I.

Erase un rey de no sé qué país que tenia una hija única.

Viudo, y sin mas esperanza ni amor que ella, habia circunscrito en su cuidado toda la suma de sus desvelos.

Vosotros, niños queridos, esperimentais tambien estas inimitables dulzuras que solo puede producir el calor del arrimo de una madre tierna, ó la benéfica sombra del robusto árbol paterno; temed perderlas. porque con ellas huirán vuestras ilusiones: yo soy muy viejo ya, y si os fiais de mi esperiencia, debeis provocarlas á fuerza de obediencia y amor, porque un dia llegará, pobres niños, en que os abandonarán para siempre.

Orfelina era pues tan dichosa como vosotros: el rey llenaba con la ternura materna los deberes de su paternidad.

Orfelina á los diez y seis años, habia llegado á ser un dechado de talento, como era una maravilla de hermosura; así es que los mas poderosos príncipes solicitaban su mano con afan.

Gozoso el padre con el brillante porvenir que esperaba á su hija, trataba en efecto de hacerla tomar estado, cuando un singular accidente vino á turbar su dicha con su propósito.

La infanta gastaba diariamente un par de zapatos. Pero lo singular era que nadie sabia de qué modo gastaba tanto calzado, puesto que cuando salia por el dia, lo hacia en coche; y por la noche no podia traspasar los límites de palacio, cuyas puertas estaban cuidadosamente guardadas.

La reputacion de la infanta cobró con esto una fama poco conveniente, pues se hacian diferentes comentarios acerca de tan peregrino suceso, sin que el buen padre, á pesar de sus lágrimas y ruegos, pudiese recabar de su hija le confiase la causa de aquel.

El rey, queriendo distraer las ideas de los príncipes que habian mostrado tan ardientes deseos de obtener la mano de Orfelina, haciéndoles recobrar nueva emulacion, hizo publicar un bando en el que disponia que la mano de esta seria para aquel que llegase á penetrar el arcano de los zapatos; pero la mayor parte de los príncipes, ligeros en juzgar acerca de las apariencias, despreciaron el edicto, dando pruebas así de la debilidad de su pasion, y de que solo el amor propio les habia conducido antes á la rivalidad de sus deseos. Otros hubo, sin embargo, que concurrieron á examinar los pasos de la infanta; pero con el innoble fin de descorrer un velo que todos pensaban sepultaria en el oprobio á la noble y hermosa jóven; porque corria muy válida la idea de que por la noche burlaba la vigilancia de los guardias, y recorria disfrazada las calles de la capital entregada á los caprichos.

II.

Un pobre pastor que guardaba su rebaño en el rincon mas apartado del reino, supo por casualidad estos sucesos, y habiéndose revelado; en su alma un poderoso deseo de salvar desinteresadamente la reputacion de Orfelina de la maledicencia y desprecio de los príncipes estranjeros, se puso en camino para la corte, llegando en ocho dias bajo las altas ventanas de la cámara en que moraba.

El pastor, bello y apuesto mancebo, llamado Alibar, comenzó por tañer su pífano, ganoso de atraer las miradas de la princesa: las notas que habia producido eran tan suaves, tan armónicas, tan simpáticas, que no pudieron menos de atraer una lindísima mano, desde el interior de la estancia, á separar la cortina que celaba su hueco. Ali-



bar vió esta mano, blanca como apretada nieve, perfecta como una mano de Fidias, y sintió en el alma todo el encanto de un premio superior á su talento músico.

Mas trató en vano de ver el cuerpo, y mucho menos la faz de la muger cuya mano habia aparecido, pues se ocultaba de intento entre los pliegues de la celosa cortina.

Alibar no desmayó por eso, y al dia siguinte volvió á la misma hora á tañer su pífano. La mano volvió á aparecer, desprendiéndose de entre sus dedos un papel de que Alibar corrió á apoderarse.

Venid, decia, *venid dentro de tres dias al anochecer.*

Alibar, loco de alegría, pasó en ilusiones aquellos tres dias de plazo: cuántas veces, creyendo que se eternizaban las horas, creyó morir de deseo de que espirasen.

Pero está escrito que todo llega en el mundo; y el anochecer de los tres dias llegó tambien.

Alibar corrió al punto de la cita, y las notas del pífano salieron aquella vez del pastoril instrumento mas dulces y armónicas, mas seductoras y espresivas que nunca...

La mano apareció...¿Mas por qué Alibar se siente fascinado de repente, como si los rayos del sol hirieran sus ojos en toda su esplendorosa fuerza?

La mano habia sido la precursora del cuerpo y de la faz celestial de Orfelina: Alibar creyó morir de admiracion á su vista. Orfelina era pues hermosa; en vano los poetas habian tratado de bosquejar sus gracias, pues sus mas atrevidas hipérboles y figuras poéticas, no habian logrado tomar un átomo de la verdad divina del original.

La infanta puso sobre los labios el dedo índice, como para demandar silencio, y dejando caer á los piés del dichoso pastor una banda de color de púrpura, bordada y con flecos de oro, desapareció entre la fatal cortina.



Alibar corrió á detener la banda en el aire, y á esconderla en su pecho. Un nuevo papel se habia desprendido de sus pliegues conteniendo estas palabras.

Decid al rey mi padre que deseais descubrir el arcano del calzado de Orfelina: tened confianza, que no por ser pastor dejais de tener un corazon que vale como el de un príncipe.

III.

No hallamos palabras con que encarecer el entusiasmo con que Alibar se presentó al dia siguiente á las puertas de palacio, solicitando una audiencia del monarca. Su fuego empero hubo de sufrir contrariedades dolorosas, en la frialdad con que le recibieron los lacayos y los guardias, pues hay criados que siguiendo el espíritu inhumano de sus amos, arrojan lejos de las puertas á cuantos se presentan con el traje de la modesta pobreza que desprecian, sin acordarse de que han salido de su seno.

Sin embargo, la seguridad con que se presentaba á sacar de dudas al rey, acerca de la verdad ó causa del estraordinario gasto de calzado de su hija, atrajo la consideracion de un oficial, que le condujo á la presencia del soberano.

Era este en estremo bondadoso, si bien no pudiendo resistir á los impulsos de duda que le inspiró la presencia del jóven, le dijo:

—¡Veo que eres valiente, y mas que valiente temerario!... ¿será posible que presumas tú, pobre é imberbe ignorante, descubrir un arcano que ni los sabios mas eminentes de mi reino han podido concebir? Vuelve en tí... que sin duda has olvidado que va la vida á aquel que no logra probar, después de habérmelo ofrecido, el acierto del secreto que tiene á mi estado sumido en un mar de dudas.

Señor, contestó Alibar con timidez, si bien con firmeza: yo seré mas afortunado.

—¡Cómo!... replicó el monarca: ¿nada te dicen las cabezas decapitadas de tantos que llevados de la ambicion de lograr la mano de Orfelina han pretendido en vano descubrir ese arcano?

—No señor, nada me dicen esas cabezas: yo tengo la mia segura sobre los hombros, y poder bastante para descorrer ese velo tupido é inmóbil para los demás.

—Está bien: ¿qué necesitas para lograr tu objeto?

—Llegar á los piés de la infanta, y que se me preste obediencia por un dia y una noche.

IV.

Alibar llegó en efecto al aposento de la infanta, con la cual quedó á solas; Orfelina manifestó no notar siquiera la presencia de Alibar, y este, lleno de timidez respetuosa, no osó desplegar los labios, ni aun sentarse.

El dia pasó de este modo; pero llegó la noche, y con ella sus altas horas, en que las puertas de palacio y hasta las de las cámaras quedaron aherrojadas ó guardadas por numerosos centinelas.

Orfelina que habia pasado sola á su tocador, salió á poco vestida con un traje negro de amazona, que hubiera podido tomarse como modelo para tiempos posteriores, y con un gracioso sombrerito de plumas á la cabeza y un ligero junco en la mano.



La amazona salió al aposento en que se hallaba Alibar, estupefacto porque conocia que el momento crítico se acercaba.

Orfelina, dirigiéndose á Alibar por vez primera, le dijo:

—Envuélvete en uno de esos albornoces que estan colgados, y échame el otro sobre los hombros.

Obedeció Alibar, rápido como el pensamiento, y dispuestos ambos de este modo, la princesa dijo:

—Sígueme.

Orfelina toca ligeramente la puerta con el junco, y... cosa estraordinaria!... la puerta se abre de par en par y por sí sola, sin el menor ruido: podria decirse que giraba sobre goznes de aire.

Por este medio mágico atraviesa Orfelina, seguida de Alibar, todas las antecámaras y galerias de palacio; los guardias que permanecen alerta, no dan la menor señal de estrañar el paso de Orfelina: las puertas siguen franqueándose al tacto del débil junco, y por último, Orfelina, á quien Alibar no abandona un momento, se halla fuera del postigo principal, y al aire libre.

Orfelina y Alibar, á quien los albornoces hacian invisibles, burlaron enteramente la vigilancia de los guardas, que mayormente aquella noche les habia sido recomendada por el rey, á causa de la promesa de Alibar.

Una vez en las calles de la ciudad, párase Orfelina, y toca con la vara mágica una misteriosa puerta. Franquéase esta al punto. Un enano conduce á los recienvenidos á un gabinete incalificable por sus raros adornos, y por su estraordinario contraste de riqueza y de mal gusto.

Un arca abierta yacía en el suelo: allí se veia profusion de calzado de todos géneros; y Orfelina dijo á su acompañante:

—Preciso será que cambies de calzado: el que llevas, ni es útil, ni es suficiente para la larga peregrinacion á que quiero conducirte.

Alibar no dejó que le fuera repetida la órden, y cambió su calzado.

¿Qué es lo que entonces pasaba en sus piés? ¡Cosa estraordinaria!... Ellos parecian impulsarle á marchar; y en vano se esforzaba á sostenerlos quietos sobre el pavimento.

Abrese al fin la puerta, por el enano misterioso, y al salir siente Alibar que un vértigo domina sus piernas, que un irresistible afan de andar mucho es el único deseo que le anima; y con una persuasion íntima de que en vano hubiera sido aherrojarle, pues consideraba que la fuerza impulsiva de sus piés hubiera bastado para hacer pedazos las mas rudas cadenas.

Rápidos como el pensamiento marchaban pues la infanta y el pastor por veredas y caminos intransitables.

De pronto unos dolorosos quejidos paran á los caminantes, y sus ojos se fijan en un punto que hace visible la luna. En este punto Orfelina y Alibar descubren un grupo formado por dos hombres, de los cuales el uno llevaba al otro en brazos, al parecer exánime.

(Continuará.)



DOS SECRETOS,

NOVELA ORIGINAL.

CAPÍTULO V.

LOS AMANTES.

En muy cortos momentos atravesó D. Ramiro el jardin, y la hermosa hija del alcaide distinguió entre las sombras de la tempestuosa noche un bulto que se adelantaba con prodigiosa rapidez.

—D. Ramiro? murmuró Doña Flor con ese temor que acompaña á la incertidumbre.

—Doña Flor? repuso EL CABALLERO, apartando el embozo que habia traido oculta su faz.

Beatriz era una dueña muy discreta, y se retiró algunos pasos para prevenir toda sorpresa.

—Gracias doy al cielo, señora, porque acaba de concederme lo que tanto tiempo he deseado, dijo D. Ramiro, llevando á sus labios la mano que le habia tendido Doña Flor.

—Lo habeis querido así, D. Ramiro, y he condescendido á vuestro ruego; pero ahora mismo estoy temblando, estoy temiendo por vuestra vida, y este temor disminuye mi felicidad, dijo Doña Flor sobresaltada.

—Desechad, señora, esos vanos temores, que no tienen á la verdad ni el mas ligero fundamento. He llegado hasta aquí sin correr ningun peligro, y estoy seguro de que volveré del mismo modo. Tengo buena estrella, señora; tan buena, que moros y cristianos me apellidan *el Invencible.*

—D. Ramiro, las estrellas mas refulgentes se eclipsan en esta ciudad.

—Dejemos, señora, á un lado las desgracias y los pronósticos, y ocupémonos únicamente de nuestro amor.

—Algunos dias dudo de la existencia de ese amor, dijo la jóven tristemente.

—¿Dudas, señora, de mi amor? preguntó D. Ramiro con ansiedad.

—Cuando considero que habeis rehusado todas las ofertas de mi padre, que habeis rechazado su amistad, que no habeis querido pisar ni una sola vez los regios salones de este alcázar, dudo de vuestro amor, aunque esta duda me atormenta.

—Duda, señora, de cuanto existe, pero no dudes de mi amor.

—Y como sino fuera bastante cuanto acabo de recordaros, en vez de procurar ganar la amistad de mi padre, siendo el mas firme apoyo de la parcialidad que lo sostiene, os habeis constituido jefe de los amigos de D. Juan Alonso de Guzman.

—Y para llegar á cualquiera de ellos tendrán que pisar mi cadáver.

—¡Oh D. Ramiro! tú no sabes cuántos remordimientos me causa la idea de amar al mas encarnizado enemigo de mi padre y de su autoridad. En medio de mis mas agradables ensueños, creo oir ruido de espadas que se chocan, y unas veces la vuestra se hunde en el pecho de mi padre, y otras la de mi padre traspasa vuestro corazon.

—Podrá suceder lo segundo, pero lo primero jamás, dijo D. Ramiro tristemente.

—Abandona, D. Ramiro, el bando del conde de Niebla, para que no pueda realizarse esa horrible posibilidad.

—Imposible, señora, imposible. Me encadena una obligacion.

—¿Quién sois? preguntó Doña Flor, queriendo conocer de este modo la obligacion de EL CABALLERO.

—¿Quereis saber quién soy, señora? preguntó D. Ramiro á su vez con acento de amargura.

—Perdonad, D. Ramiro, hasta ahora he respetado vuestro secreto, ese secreto que alarma á toda la ciudad, y no he necesitado saber vuestro apellido para amaros con toda mi alma; pero acabais de hablarme de una obligacion que os constituye el competidor de mi padre, é involuntariamente os he dirigido una pregunta á que podeis contestar ó no.

D. Ramiro se pasó la mano por la frente, ahogó un suspiro, y dijo con acento firme:

—Si el primer dia me hubierais dirigido la pregunta que acabais de hacerme, os hubiera contestado con la misma franqueza que me propongo hacerlo ahora. No sé mi apellido, y por lo tanto no puedo decirlo, señora; pero os diré todo cuanto sé de mí, de mi juventud y de mi infancia. He vivido alternativamente en Niebla, Medina y otros lugares pertenecientes á D. Juan Alonso de Guzman. La muger de un escudero del conde de Niebla cuidó de mi niñez, el escudero de mi educacion militar, un sacerdote de mi educacion religiosa y de mi instruccion. El mismo conde se entretenia muchas veces en darme lecciones de equitacion y de esgrima, y á su lado corrí los primeros peligros de la guerra; á su lado recibí tambien mi bautismo de sangre, señora. He respetado á D. Juan Alonso como á mi padre y mi señor; nunca le he preguntado por mi orígen, nunca me ha dicho una palabra que con él tenga relacion. Cuando he preguntado á mi nodriza por mis padres, me ha contestado que no los conocia; cuando he preguntado al sacerdote, me ha dado la misma respuesta; cuando he preguntado al escudero, me ha dicho que corria por mis venas la mejor sangre de Castilla. Le he repetido mis preguntas, pero solo he conseguido saber que mi madre murió cuando yo vine al mundo: el nombre, la existencia ó la muerte de mi padre, son dos arcanos que no he podido penetrar. Fuera de esta duda, que algunas veces me atormenta, nada tengo que envidiar, señora. He montado siempre los mejores caballos que cria la famosa loma de Ubeda; he manejado las armas y armaduras mejor templadas y mas ricas; he vestido trajes verdaderamente suntuosos, y he tenido á mi disposicion cuanto oro podian desear mis necesidades ó mis caprichos. El dia antes de marcharse el conde á la corte, nos encontrábamos en Niebla, me llamó á su cámara y dijo las siguientes palabras: «Ramiro, tú sabes que D. Pedro Ponce de Leon y »yo lidiamos en Sevilla como encarnizados enemigos; el origen de este »odio implacable es un secreto entre los dos, que ni él ni yo revelare»mos; necesito tener en Sevilla un hombre resuelto y prudente; ese »hombre serás tú, Ramiro. Todos mis parciales, y aun mis deudos te »respetarán como á mí propio; fio en tu prudencia y en que seguirás los »sanos consejos del escudero que te ha criado. Si Ponce de Leon sale »contra moros, síguelo con todos los mios, y pelea bajo su enseña »como has peleado bajo la mia. Si en el campo ó en la ciudad ves al»guna vez en peligro la vida del señor de Marchena, defiéndela como »la tuya propia, y no cruces tu espada con la suya por ninguna causa, »D. Ramiro.» He referido las palabras que me dijo el conde de Niebla; vine á Sevilla y he seguido sus órdenes y sus consejos. Ya sabeis, señora, cuanto yo sé de mi origen y de mi vida.

—Nada hay en ella que no sea digno del mas cumplido caballero, repuso Doña Flor.

—Hay una página en blanco que no me ha inquietado mucho en largos años, pero que me inquieta horriblemente desde que os conozco, señora.

—¿Esa página?...

—Es en la que debian estar escritos los nombres de mis ascendientes.

—¿Nombres ilustres?

—Así me lo ha jurado cien veces el viejo escudero, Doña Flor.

—¿Y por qué ocultaros esos nombres?

—Señora, no solamente quiero deciros lo que sé, sino tambien lo que imagino. Estoy persuadido de que soy hijo natural ó bastardo de D. Juan Alonso de Guzman.

—¿Os ha manifestado el conde un cariño verdaderamente paternal?

—No lo sé, porque nunca he podido adivinar hasta dónde llega el cariño de un padre; pero el conde me ha manifestado siempre una particular estimacion.

Doña Flor se quedó profundamente pensativa, D. Ramiro siguió su ejemplo, pero reanimándose de improviso, añadió:

—En las pocas conversaciones que hemos tenido, en los billetes que hemos cambiado, solo hemos sabido decirnos que nos amábamos, y estaríamos con nuestro amor; pero esta noche hemos tocado un asunto sumamente serio, un asunto que nos ha entristecido, y es preciso que lo discutamos en sus mas remotas consecuencias.

—D. Ramiro, murmuró la jóven temiendo seguir la conversacion empeñada.

—Bien sé que vamos caminando al borde de un profundo abismo; pero hemos adelantado tanto, que es imposible retroceder.

Doña Flor guardó triste silencio; EL CABALLERO prosiguió:

—Estoy muy seguro de que el jefe de una de las mas ilustres familias de Andalucía no concederá la mano de su hija á un hombre que no tiene apellido, que no puede mostrar blason.

—Basta, murmuró Doña Flor.

—No basta, señora, no basta: y es necesario que os digneis escucharme algunos momentos. Aunque yo fuera el heredero del ilustre conde de Niebla, tampoco daria el señor de Marchena la mano de su hija al heredero de su encarnizado enemigo: ¿la hija del señor de Marchena amará al hombre sin apellido y sin blason, lo bastante para huir con él, si es necesario, y darle su mano de esposa?

Don Ramiro pronunció sus últimas palabras con mal encubierta emocion; Doña Flor guardó triste silencio; EL CABALLERO prosiguió:

—No estraño, señora, un silencio que me parece natural, que hasta cierto punto esperaba, porque sacrificariais demasiado, sacrificariais lo que no me atrevo á exigir.

—Don Ramiro, repuso Doña Flor, jamás huiré del hogar paterno, porque en no hacerlo está interesado mi honor, mi cariño y mi respeto filial tambien; pero os juro ante Dios, y por la memoria de mi madre, que bien continueis rodeado del misterio que hasta ahora os encubre, bien descubrais un apellido noble ó plebeyo, bien adquirais la certidumbre de que sois bastardo, no perteneceré á otro hombre si no puedo perteneceros.

—¡Señora, señora! gritó Beatriz acercándose despavorida.

—¿Qué ocurre? preguntó D. Ramiro.

—Hácia aquí vienen varios criados, con antorchas los unos, y los otros con espadas desnudas.

—¡Huid, D. Ramiro! esclamó Doña Flor temblando.

EL CABALLERO puso la diestra sobre la empuñadura de su espada, pero comprendiendo al instante que su resistencia comprometeria á Doña Flor, dijo:

—El cielo os guarde, señora; y se perdió entre las sombras del jardin.

Un momento despues se presentó D. Enrique Colmenares, precedido de varios criados con antorchas, y rodeado de otros que blandian agudas espadas. Doña Flor y Beatriz se apartaron á un estremo del cenador, y aunque esta precaucion no las hubiera librado de ser vistas, quiso su buena suerte que instantáneamente se oyera ruido de armas en la puertecilla del jardin, por donde habia entrado D. Ramiro; y al percibirlo Colmenares, corrió hácia ella con todos los suyos, dando lugar á Doña Flor y Beatriz de ganar sin ser vistas el interior del soberbio alcázar.

Antes de llegar D. Enrique á la puertecilla, oyó gemidos, y poco despues la caida de un cuerpo al rio. Cuando pisó el derruido muelle encontró por tierra á dos ó tres de sus criados, y los restantes le aseguraron que el hombre que habia salido del jardin, habia caido al agua; no podian decir si vivo ó muerto.

CAPITULO VI.

EL SEÑOR PERALTA.

Peralta, que era hombre de poca paciencia, se desesperaba á su sabor en la cámara de D. Ramiro. Varias veces habia preguntado á Hernando, así se llamaba el anciano que lo habia llevado hasta allí, en dónde podria encontrar á EL CABALLERO; pero Hernando se obstinaba en asegurar que no lo sabia, y Peralta no tuvo otro remedio que esperar durante una hora. Al cabo de ella oyó resonar el aldabon que él mismo habia agitado antes; poco despues sintió pasos en la escalera y en los pasillos, pero los pasos se fuéron alejando, y Peralta volvió á su febril impaciencia.

Trascurrieron ocho ó diez minutos: se abrió una puerta que de la cámara en que se hallaban Hernando y su huésped daba paso á las habitaciones interiores, y se presentó D. Ramiro vestido con distinto traje que el que habia vestido toda la noche.

—Dios guarde al señor Alfonso de Peralta, dijo D. Ramiro adelantándose.

—Guarde Dios á EL CABALLERO, respondió Peralta tendiendo la mano á D. Ramiro.

Hernando no esperó á que le mandaran despejar, y dejó la cámara despues de inclinarse profundamente.

—¿Qué trae de bueno por acá el señor Alfonso de Peralta? preguntó D. Ramiro acercando un sitial al fuego y sentándose luego que lo hizo su huésped.

—Me trae un asunto sumamente grave y desagradable por demás, respondió Peralta con mal encubierto embarazo.

—Oro y hierro tengo, amigo mio; si necesitais de uno ú otro, disponed de mi bolsillo y de mi brazo.

—No se trata de mí, D. Ramiro: se trata de vos.

—Hablad, Peralta.

—Ya sabeis que estoy en el número de los amigos de D. Pedro Ponce de Leon.

—Lo sé; pero no os profeso por ello una amistad menos sincera.

—Tambien debeis recordar, yo por lo menos lo recuerdo, que me salvasteis la vida, esponiendo la vuestra, en las llanuras de Carmona.

—No hay soldado que no haya dispensado ese favor á otro camarada cien veces.

—Pues bien, el amigo del señor de Marchena no cree hacer traicion á su causa anunciando á D. Ramiro que le amenaza un gran peligro personal.

—No añadais, amigo Peralta, ni una palabra mas, porque después podríais tener remordimientos.

—Los tendria si no cumpliera lo que me propuse cuando me dirigí á esta casa. D. Ramiro, esta noche han intentado asesinar á D. Pedro Ponce de Leon.

—Lo sé, repuso D. Ramiro con perfecta tranquilidad.

—¿Pero no sabreis que os acusan de haber dispuesto este asesinato?

—Es muy natural que así suceda. Soy el jefe reconocido de los parciales del conde de Niebla, y sospecharán de las gentes de nuestro bando.

—¿Pero vos no habeis tenido parte en ello?

—¿Os atreveis á preguntármelo? dijo D. Ramiro levantándose.

—Perdonad que os haya dirigido una pregunta que os ha irritado con razon.

—Quien duda de mí, Alfonso de Peralta, es mi mas irreconciliable enemigo.

—Os pido de nuevo perdon, y ocupémonos de lo que importa. Os han calumniado, y ahora se proponen prenderos.

—Ya lo han intentado inútilmente, y algunos han pagado con la vida su temeridad y su torpeza.

—Volverán de nuevo á la carga, y creo que debeis ocultaros prudentemente.

—¿Ocultarme? ¿Qué dirian los amigos del conde de Niebla si vieran en mí tal flaqueza? Esta noche lo mismo que ayer, mañana lo mismo que esta noche, cruzaré las calles y plazas de Sevilla con la frente erguida, y ¡ay! de quien pretenda humillarla.

—D. Ramiro, conoceis muy bien mi posicion, y sabeis que solo debo hablar lo absolutamente preciso.

—Ya os dije que podiais guardar completo silencio.

—Razones muy graves me habian hecho venir á esta casa...

—No lo dudo.

—Y debeis seguir mis consejos.

—Ya os he dicho que es imposible. Si me atacan en la calle y solo, me defenderé solo; si atacan mi casa, la defenderé con mis criados; si atacan al mas insignificante amigo del conde, me pondré al frente de todos sus parciales y rechazaré la fuerza con la fuerza y el acero con el acero.

—Ya os he dicho cuanto podia deciros; obrad, D. Ramiro, en consecuencia.

—Os doy gracias, señor Alfonso de Peralta; y ya sabeis mi resolucion.

—¿Puedo serviros en algo que no sea llevar las armas contra mis amigos?

—Os doy las gracias segunda vez; y tan solo deseo serviros.

Peralta se dispuso á salir; pero D. Ramiro lo detuvo, diciendole:

—Amigo Peralta, quisiera pediros un favor.

—Ya os he dicho que podeis mandarme, repuso Peralta deteniéndose.

—El favor que voy á pediros no cederá en daño de D. Pedro Ponce de Leon, y puede ceder en su provecho.

—Estoy dispuesto á obedeceros.

—Os voy á hacer este encargo, porque no sé si podré disponer de la noche.

—Es mas que probable que no.

—Si tengo tiempo nos encontraremos en la empresa.

—Muy bien.

—¿Conoceis á un barquero llamado Fortun?

—Lo conozco.

—Ese barquero vive en una barraca...

—Sé cuál es.

—Es preciso que vayais ahora mismo á la barraca del barquero.

—Corriente.

—Os encontrareis con él á solas.

—Así lo haré.

—Y lo obligareis á que os entregue un pergamino que le dieron esta misma noche en la plaza de la catedral.

—¿Y si se niega?

—Podeis matarlo sin escrúpulo de conciencia.

—Convenido. ¿Pero cómo conoceré yo que no me cambia el pergamino?

—Leyéndolo.

—¿Qué debo encontrar escrito?

—Una órden para asesinar á D. Pedro Ponce de Leon.

—¿Sabeis quién la firma?

—No por cierto; pero encontrareis una firma al pié de la órden consabida.

—¿Teneis algo mas que mandarme?

—Una palabra, señor Alfonso de Peralta.

—Hablad.

—¿Me empeñais vuestra palabra de caballero de tener á mi disposicion la órden aunque la firme el mismo almirante de Castilla?

—Pondré la órden en vuestras manos, aunque la firme el almirante.

—Actividad y buena fortuna.

—En fuerza de la primera, espero tener la segunda.

Peralta intentó marcharse de nuevo, pero D. Ramiro lo detuvo diciéndole:

—Tengo que haceros una advertencia.

—Ya la espero.

—Cuando Fortun se niegue á entregaros el pergamino, y podeis estar muy seguro de que se negará, apoyad vuestra mano sobre la parte superior de su brazo derecho, hasta que toqueis un vendaje. Apretad luego la parte vendada sin piedad, y estad persuadido de que esta presion le hará un poco mas condescendiente.

—Acabais de hacerme una advertencia sumamente útil, y voy viendo claro en el asunto.

—Tened cuidado, señor Alfonso de Peralta, de que Fortun no lleve su mano izquierda al mango del puñal; porque podria daros, en vez del pergamino, una puñalada.

—Esta advertencia vale casi tanto como la anterior, y no la olvidaré tampoco. ¿Teneis algo mas que mandarme?

—Os doy las gracias por el favor que vais á prestarme.

—Pensad un poco en los consejos que os he dado.

Los caballeros se despidieron, y Peralta tomó el camino que acababa de traer D. Ramiro. Ó Peralta se habia hecho mejor cristano en poco tiempo, ó tenia escrúpulos de conciencia; lo cierto es que al pasar por frente de la iglesia se quitó el sombrero y santiguó, ceremonia que habia olvidado cuando vino en busca de su amigo. En cuanto á D. Ramiro, y volviendo un poco atrás, no necesitamos decir, porque lo habrán adivinado nuestros lectores, que después de acuchillar á los criados de Colmenares, se arrojó al rio, lo cruzó á nado, y completamente mojado, llegó á su casa y cambió de traje; por lo cual pasaron algunos minutos desde que Peralta oyó pasos hasta que se presentó El Caballero.

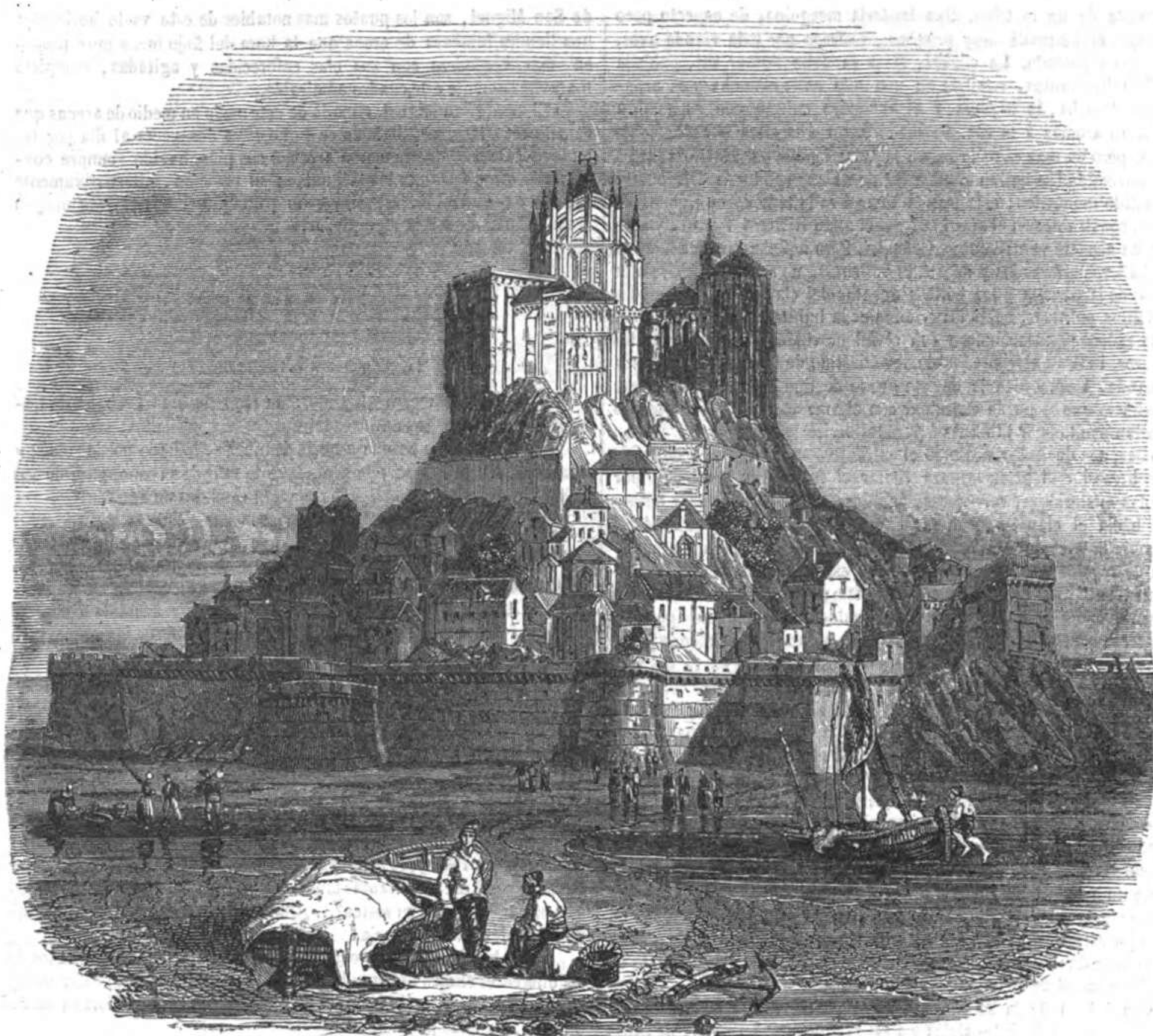
(Continuará)

Juan de ARIZA.

Se cree que el arte de hacer calceta no se inventó hasta el reinado de Francisco I de Francia. Su hijo Enrique II se presentó en la boda de su hija con las primeras medias de seda que se vieron en aquel pais. El autor, sin embargo, de los telares de medias, es desconocido. Los franceses pretenden que tambien esta gloria industrial les pertenece, y que aquel existia en el reinado de Luis XIV, á quien fuéron presentadas las primeras medias que fabricó. A propósito de esto, hay quien cuenta que los boneteros de París, temiendo el perjuicio que esta invencion podia acarrear á su comercio, sobornaron á una ayuda de cámara, quien antes de presentar las medias al rey les cortó algunas mallas. Rompiéronse y fuéronse en carreras por consiguiente las medias la primera vez que el rey se las puso, y el inventor perdió el premio que merecia. Despechado pasó á Inglaterra y organizó en aquel país el primer telar de medias. Los ingleses sacaban tan gran partido de esos telares, que prohibieron, bajo pena de muerte, su esportacion de la isla. Un francés, sin embargo, llamado Juan Hindies, llevó de Inglaterra á Francia en 1656 un telar, que sirvió de modelo para la primera fábrica que en aquel pais se estableció. ¿Pero quién trajo esta útil invencion á España y en qué tiempo? Aquí no nos cuidamos mucho de investigaciones arqueológicas: el hecho es que las trajeron, y que las gastamos. ¿Para qué queremos saber mas?

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Imprenta del Semanario Pintoresco é Ilustracion
A cargo de G. Alhambra.



EL MONTE SAN MIGUEL.

Este monte célebre ha dado lugar á muchas y estensas noticias, á las cuales remitimos al lector ansioso de numerosos pormenores; nos contentaremos con dar aquí la rápida reseña que ha hecho de él Monsieur Eduardo, hermano.

«El monte San Miguel, situado en el departamento de la Mancha, está circunvalado en su base de murallas, torres y bastiones que baña el mar. Presenta sobre este circuito formidable los edificios de la ciudad, que se elevan irregularmente contiguos á la roca, y aglomerados en cierto modo unos sobre otros. Sobre estos, y por decirlo así, casi á la altura de su cima se destaca una especie de torre de homenaje, circundada de elevadas murallas, de altos torreones, de estribos sólidos, donde está encerrado el convento, sobre el que descuella en fin la iglesia del monasterio, en cuya torre se ha colocado un telégrafo que parece coronar el conjunto de esta gigantesca pirámide.

»Los recuerdos históricos que tienen relacion con este lugar santificado por la aparicion del arcángel S. Miguel, de este vencedor de *Beleno* y del dragon, de este santo venerable, no ofrecen menor interés que el del aspecto interior. Santos ermitaños sucedieron á los sacerdotes del paganismo en la posesion de este templo, que los duques normandos, los reyes de Francia é Inglaterra veneraron edificando en él una iglesia y convirtiéndola en una fortaleza inespugnable. Allí fué donde Enrique I rechazó los ataques de sus dos hermanos mayores; allí fué tambien donde Enrique II, en el año 1166, mantuvo su corte y recibió los homenajes de los sublevados bretones que su vigoroso brazo habia llegado á subyugar. Mas tarde, cuando las demás fortalezas abrian de grado ó por fuerza sus puertas macizas á los enemigos de la Francia, viose el castillo de San Miguel, del que era gobernador el valiente capitan Luis de Estonteville, resistir á las armas del vencedor de Azincourt, y permanecer fiel á su rey, á pesar de los dos sitios que tuvo que sostener sucesivamente en el año 1417 y 1423.

»Las reliquias de S. Auberto, llevando, segun la tradicion, la marca del dedo de S. Miguel, fuéron visitadas durante muchos siglos por una numerosa muchedumbre de peregrinos á quienes no detenia la distancia; y los archivos del convento conservan el nombre de mas de doce reyes peregrinos que fuéron allí á prosternarse humildes como pobres penitentes, y cubrir la urna del santo de sus ricas ofrendas. Solo la revolucion dispersó los monjes, interrumpió las peregrinaciones y varió el destino del edificio, que se convirtió en una prision de Estado, donde mas de trescientos eclesiásticos venerables fuéron encerrados, esperando que la muerte con su desapiadada guadaña fuera á arrancarles de estos reductos sombríos.

»¿Quién no ha oido hablar de los subterráneos, de los calabozos, y de aquella jaula de hierro del monte San Miguel, la cual, por lo demás, á pesar del nombre que se la dió, era realmente construida de madera? El último habitante de aquella triste morada fué un desgraciado periodista holandés que fué cogido fuera del territorio de Francia por haber injuriado á Luis XIV, y el que fué tratado por este príncipe, grande á la par que débil y vanidoso, como lo fué tambien por este mismo tiempo el célebre preso italiano, conocido bajo el nombre de Máscara de Hierro. El monte San Miguel, situado en el condado de Cornouailles en Inglaterra, cuya semejanza con el que describimos es cosa sorprendente, aunque sea mas pequeño, era una de las dependencias que la abadia normanda tenia en el estranjero.

»La entrada del monte San Miguel está defendida por tres puertas que cierran de nuevo una sobre otra; la segunda puerta tiene á cada lado dos enormes cañones que formaban parte de la artilleria de Enrique V, y que arrojaron balas de piedra de 0,32 centímetros de diámetro, cuando en el año 1423 tentó en vano el rey de Inglaterra bombardear el fuerte. Al lado de esta puerta están grabadas sobre la pared las armas de los caballeros de San Miguel, sostenidas por un leon. La tercera puerta, maciza é imponente, está flanqueada por torreones,

y provista de un rastrillo. Una hostería mezquina, de aspecto poco seductor, está situada muy próxima, y ofrece por toda vianda aves, langostas y pescado. La ciudad, si se la debe llamar así, poblada por 300 habitantes, consiste en una sola calle estrecha y escarpada, que la viña, la higuera y el almendro cubren con su sombra y exhalan aromas á la vez. Se puede llegar á la cima por diferentes partes, pero es mas cómodo seguir la calle ó subir por las murallas, á cuya estremidad se hallan muchas escaleras que conducen á la puerta del castillo monástico; esta puerta tiene á cada lado dos torreones de piedra, construidos en el año 1257 por el abad Richard Tustin, y presenta un aspecto verdaderamente feudal. Pero aquella antigua morada de caballeros esforzados y de nobles valientes, no repite los marciales sonidos de la corneta y los bélicos acentos del clarin: los condenados por delitos políticos, hasta los criminales la habitan ahora, y el ruido de las cadenas, mezclándose con el del movimiento uniforme de los tejedores, indican al visitador el nuevo destino de la antigua ciudadela normanda. A consecuencia de este nuevo destino, solo hay una parte del edificio que se pueda examinar con alguna atencion; las restantes se hallan ocultas por tabiques ó paredes divisorias.

»Después de haber exhibido el estranjero su pasaporte y obtenido del gobernador el permiso para visitar el fuerte, es conducido por bóvedas misteriosas, corredores, ángulos, escaleras oscuras y húmedas, hácia el claustro, construido en el intermedio del año 1220 al 1223; la parte mas magnífica del edificio es una verdadera maravilla de arquitectura casi árabe, y cuyo estilo admirable solo se encuentra en España. Por la parte del patio, estos claustros descansan sobre un doble órden de arcos puntiagudos elegantemente apoyados en ligeras columnas de granito, que dejan un angosto corredor abovedado entre cada órden. La columna en que se apoya la curva del arco diagonal está situada bajo el punto central del arco diagonal contiguo, por manera que la deliciosa voluta esmeradamente esculpida, que parece desprenderse de los chapiteles de las columnas alternas, no se oculta á la mirada ni un solo instante. Las partes triangulares que forman los ángulos descritos por los arcos, están cubiertas de los mas lindos y caprichosos adornos de follaje, de flores, guirnaldas, tan maravillosamente esculpidas, que es imposible hallarle en otra parte mas magnífico y tan perfecto. Una cornisa compuesta únicamente de flores, corona admirablemente el conjunto de aquella creacion vegetal, de la que un artista hábil deberia tratar de reproducir hasta los pormenores mas insignificantes, mientras que estas esculturas se conserven en el mejor estado. Los arcos y esculturas son de piedra tallada, de un grano muy fino, llevada de mucha distancia. El resto del edificio es de granito como el de la roca.

»La iglesia de la abadía consiste en dos partes de arquitectura pertenecientes á distintos siglos y á estilo diferente. La nave, de estilo macizo normando del siglo XI (1060), con sus chapiteles tan ligeramente esculpidos y su bóveda de madera, sirve ahora de capilla á los presos. El coro, de arquitectura gótica, es del siglo XV (1452-1521); las molduras de los arcos se apoyan en los adornos de las columnas, sin interrupcion de chapiteles; los arcos están cerrados por paredes, sobre las cuales se notan curiosos bajos relieves, cuyos pasajes, representados de un modo bastante grotesco, son sacados de la Escritura. Los pilares que sostenian los torreones del centro, habiendo sido conmovidos por un incendio (el último de los ocho ó diez siniestros de este género que sufrió la abadía en diferentes épocas) han sido reemplazados por una armadura hábilmente dispuesta para impedir todo derruimiento de la bóveda.

»La cámara de los caballeros, situada bajo el claustro, es un salon estenso pintado de cierto modo que revela una nobleza completamente particular. Forma una especie de nave dividida en cuatro partes, cuyas bóvedas están apoyadas en tres órdenes de columnas; su longitud es de 31 metros 84 centímetros, y su latitud de 22 metros 0,8 centímetros. La fecha de su construccion puede fijarse en el siglo XIII. Allí era donde celebraban capítulo los caballeros de la órden de San Miguel, fundada en el año 1469 por Luis XI, quien dos veces fué en peregrinacion á esta abadía. La sala de los caballeros está llena ahora de tejedores, á cuyo trabajo se ven obligados los presos á someterse. El salon de Montgommery es tambien una pieza hermosa, construido segun el estilo gótico.

»Todo el peso del coro de la iglesia está sostenido por un círculo de columnas muy contiguas unas de otras, y por una columna mas fuerte situada en el centro. Por medio de esta disposicion se ha obtenido una cripta digna de verse. Desde la cúpula de la iglesia, que se eleva á 150 metros sobre el nivel del mar, y que parece surgir de aquel grupo de almenas, de torreones y de estribos, se disfruta de una perspectiva doblemente interesante, no solo por lo raro de la posicion, sino por los lugares que reflejan las miradas. La rada de Cancale, las costas de Bretaña y Normandía, las ciudades de Avranches, Dol, Pontorson, la punta de Granville y la roca de Tombelaine, *Tumba Beleni*, sobre la cual se adoró al dios Beleno, como lo era entonces en la roca de San Miguel, son los puntos mas notables de este vasto horizonte; una llanura inmensa de arena que la hora del flujo torna muy pronto en mar verdadero con sus olas enfurecidas y agitadas, completa maravillosamente este cuadro admirable.

»El monte San Miguel, situado de este modo en medio de arenas que es peligroso recorrer, bañado en torno suyo dos veces al dia por las aguas del Océano que la marea arroja á sus piés, ha sido siempre considerado como fortaleza inespugnable; su posicion, alternativamente insular y continental, constituye un principio de fuerza que ningun trabajo humano sabria reemplazar.»

LOS ZAPATOS DE LA INFANTA.

(Continuacion del capítulo IV.)

La infanta se acerca al grupo: un rayo de luna acababa de hacerla reconocer la escena.

Tenia esta lugar en una especie de muelle, bañado por las olas; y aquellos dos hombres parecia acababan de salir de su seno, pues de sus ropas absolutamente empapadas corrian raudales de agua.

—¡Quién sois!.. esclamó la infanta con voz ejecutiva y piadosa.

—Señora, respondió aquel de los hombres que aparecia como salvador del moribundo: yo soy patron de una lancha de pescadores, que imprudentemente he dirigido á un escollo, contra el cual se ha estrellado: mi conciencia me acusaba de mi ignorancia, y decidido á perecer ó salvar á mis compañeros, busqué á estos en el fondo de las aguas; pero ¡oh dolor! solo he podido salvar á dos de ellos, que yacen exánimes tendidos sobre la arena; y ahora, después de esfuerzos desesperados en busca de los otros, solo he encontrado el cuerpo de este pobre jóven marinero, único arrimo de una madre desgraciada y de cuatro hermanitos huérfanos.

—¿Por qué no habeis pedido ayuda para salvar á esos infelices? dijo Orfelina.

—Señora, porque el pueblo está aun algo distante, y nadie se pondria en pié ni se arrojaria al mar con la presteza suficiente para salvar los náufragos. Pero ¿qué diré á la pobre madre de este hijo cuyo cadáver llevo?... ¿Qué me dirán tantas familias á quienes he arrebatado el esposo ó el padre que era su sosten?... ¿Qué cuenta daré al Señor de tantas víctimas de mi imprudencia?

Aquel hombre de rostro curtido por la influencia de los elementos de los diferentes climas del mundo, de luenga barba crecida al calor de los trópicos y al riego de las brisas humedecidas por el mar, lloraba como un niño, ahogado por el dolor.

Orfelina derramó tambien una lágrima en correspondencia de aquel infortunio; pero reponiéndose instantáneamente, al paso que su rostro adquiria el aspecto de una caridad suprema, estendió su junco hácia los ámbitos del mar... estendió su junco hácia los estremos de la playa.

De repente el hijo de la viuda, depositado exánime sobre la arena, se levanta tranquilo cual si hubiera salido de un sueño pacífico; y mientras que á esta resurreccion sucede la de los otros dos asfixiados, aparece cerca del muelle la lancha perdida, con el resto sano y salvo de los tripulantes.

—Señora!!! esclamó el patron cayendo de rodillas; ¿qué es lo que está pasando?... ¿Es posible que no sea un sueño lo que veo?

—Tranquilízate, dijo Orfelina con dulzura y dirigiéndole una mirada de sublime confianza: todos tus males quedan subsanados.

—Y cómo pagar...

—Lo deseas?

—Oh señora!... con toda mi alma!... ¿Pero qué valgo yo para premiar tan estraordinario servicio?

—Me basta tu gratitud sincera... y una prenda.

—Mi gratitud, señora!... dudareis?...

—No: dadme ahora una prenda.

—Una prenda... yo os daria el corazon!

—Teneis una moneda?

El patron sacó un bolsillo de cuero, que contenia varias piezas de plata y de cobre.

—Ved aquí, dijo á Orfelina, ved aquí lo que tengo: pero mi casa... mi lancha... todo...

—No, no, dadme una de esas piezas de cobre.

Mientras que admirado el patron de aquel esceso de liberalidad mostraba el afan de sacrificar mas rica ofrenda, Orfelina tomó la pieza de cobre, y dándola á Alibar, le dijo:

—Guárdala cuidadosamente.

—Mas quién sois?... prorumpió el marino: ¿á quién soy deudor de esta felicidad que me asombra?

—A la CARIDAD, respondió Orfelina con inefable voz.

Volviéndose después á Alibar continuó:

—Marchemos.

En efecto, en tanto que los marineros, milagrosamente salvados de la muerte, llenaban el espacio con gritos de entusiasmo y dispertando á los pacíficos habitantes, que comenzaban á abandonar sus cabañas pescadoras, volvieron pastor é infanta á emprender su rápida marcha, perdiéndose á lo lejos aquellas voces de reconocimiento.



Momentos después, la vista de una luz lejana á que los viajeros llegaron con la velocidad del rayo, hizo que Orfelina tocase con la vara mágica las puertas de la casa á que la luz correspondia.



Orfelina y Alibar entraron invisibles en una estancia apartada, de cuyo techo pendia una debil lámpara, que era la que despedia la luz. Sentado á una mesa sobre que se veian algunos papeles, mientras que las paredes estaban cubiertas de mapas y cartas geográficas, habia un hombre anciano de luenga barba y rostro venerable, por cuya frente discurrian al parecer graves y tristes pensamientos.

Abismado en su silencio, y en una inmobilidad absoluta, permanecia inclinados los ojos al suelo, como si por él rodaran las ideas cuya influencia anublaba su frente.

Un ligero ruido le hizo sacudir su abstraccion; y volviéndose hácia la puerta, vió entrar deslizándose por la estancia, una muger envuelta en un prolongado y ancho manto, y en cuya mano derecha figuraba un libro encuadernado en negro, cerrado con broches de metal.

(Continuará.)

DOS SECRETOS,

NOVELA ORIGINAL.

CAPÍTULO VII.

LA AUTORIDAD DEL ALCAIDE.

Luego que D. Enrique Colmenares se encontró solo con D. Pedro Ponce de Leon, propuso á este el plan de campaña que habia formado de antemano. Enterado por Fortun de que D. Ramiro habia penetrado en los jardines del alcázar, se habia propuesto apoderarse de El Caballero, presentándolo como que persistia en el traidor intento de dar muerte al alguacil mayor; pero como al mismo tiempo creia que estaba en poder de D. Ramiro el pergamino que hasta entonces habia conservado el barquero, consideró indispensable que Ponce de Leon no asistiera á la prision de El Caballero; porque este podria presentarle su talisman, y quedar libre de la acusacion que sobre su cabeza pesaba, echándola sobre la del mismo Colmenares. Para conseguir este objeto necesitaba encargarse de la prision de D. Ramiro, y hacer que este no pudiera decir ni una sola palabra al alcaide; de modo que su prision y su muerte debian seguirse inmediatamente, ó mejor dicho, su prision debia ser un verdadero asesinato: para lo cual daria motivo su heróico valor, que opondria una desesperada resistencia. Teniendo en cuenta el interés de Colmenares, vamos á ver cómo se esplicó con el hombre á quien odiaba entrañablemente, porque tenia celos de su omnímoda autoridad.

—D. Pedro, dijo Colmenares acortando el paso y dirigiendo la palabra al alguacil mayor, he prometido apoderarme de D. Ramiro, porque sé el lugar en donde se halla.

—¿En dónde se encuentra? preguntó D. Pedro con impetuosidad.

—Se encuentra en los jardines del alcázar.

—¿En mi propia casa?

—En la misma.

—Eso prueba...

—Que no ha renunciado á su intento.

—Vamos en su busca.

—Deteneos.

—¿Qué intentais, D. Enrique?

—Intento que cumplamos nuestros respectivos deberes.

—Esplicaos.

—Voy á hacerlo inmediatamente. ¿Creeis, D. Pedro, que he dado esta noche bastantes pruebas de actividad?

—¿Quién dudará de ello, D. Enrique?

—¿Creeis que he manifestado bastante interés hácia vos?

—Lo creo, y os estoy muy agradecido.

—Pues bien, D. Pedro, mi deber es apoderarme de la persona de D. Ramiro.

—¿Y el mio, cuál es? preguntó el alcaide, no adivinando por qué D. Enrique se reservaba aquella empresa.

—El vuestro es velar por cuantos duermen al amparo de vuestra autoridad, D. Pedro.

—No os comprendo.

—¿Creeis por ventura que D. Ramiro se habrá lanzado á tan criminal y osada empresa sin haber puesto sobre las armas á los partidarios del conde?

—Muy osado es ese aventurero; mas con todo podeis muy bien tener razon.

—Pues si tengo razon, ¿no será conveniente que mientras yo busco á D. Ramiro reunais buen golpe de gente para estar prevenidos á todo evento?

—Vuestra observacion es muy justa, y la seguiré puntualmente.

—Ahora no debemos perder ni un solo instante: vos á vuestro empeño, y yo al mio.

—Podeis disponer de mis criados y de los guardias del alcázar.

—Haré uso de ellos. Pero se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—No estaria demás que volvierais á casa de D. Pedro Perez de Guzman...

—Teneis razon. El almirante es un amigo verdadero, y debo combinar con él cuanto interese á nuestro bando.

—Tomad vuestras disposiciones, y antes de una hora nos veremos...

—¿En dónde?

—En el alcázar.

Antes de una hora esperaba Colmenares haber recobrado el pergamino.

D. Pedro Ponce de Leon se volvió á casa del gran almirante de Castilla, de la cual no estaban muy distantes; y D. Enrique corrió hácia la suya, como caballo á quien desgarra el acicate los ijares. Inmediatamente que llegó reunió á sus mas robustos criados, los armó de espadas y dagas, escogió los seis mas robustos, y después de mandar á los restantes que lo esperaran á las puertas del alcázar, se encaminó con los escogidos á la barraca de Fortun. El barquero se encontraba en ella algo preocupado del giro que iban tomando los sucesos; D. Enrique le mandó conducir á aquellos seis hombres en su barca hasta el embarcadero del alcázar; y Fortun, que no encontraba medio de escapar de la justicia ó la cólera de D. Ramiro, si este no dejaba de existir, cumplió de buena voluntad las órdenes de Colmenares. Muy precisas eran las que este habia dado á sus seis criados. Luego que llegaron al embarcadero, debian permanecer en él lo mas ocultos que pudieran, y muy próximos á una puertecilla secreta. Cuando tratara de escaparse por esta puertecilla un hombre, debian cerrarle el paso y cogerlo, importando poco que lo presentaran vivo ó muerto.

Después de haber dado Colmenares estas precisas instrucciones, corrió al alcázar, se reunió con su gente, y llegó al jardin como hemos visto. El estridente crujir de las espadas le probó claramente que Don Ramiro se las habia con los criados que envió al embarcadero, corrió á el, y supo que El Caballero habia caido al agua, aunque no podian asegurarle si herido ó sano, vivo ó muerto. D. Enrique quedó indeciso durante algun tiempo, porque consideraba de tanta importancia apoderarse del cadáver de D. Ramiro si habia muerto, como dar cuenta al alguacil mayor y demás caballeros de su bando de lo que acababa de suceder si El Caballero habia conseguido escaparse. Para conciliar ambos estremos, encargo á sus criados que recorrieran las dos márgenes del rio; Fortun, que estaba escondido con su barca no distante del embarcadero, que se deslizara rio abajo largo trecho, y hasta la mar si era preciso, hasta ver si las corrientes arrastraban ó las olas echaban fuera el cuerpo del siempre temido contrario; y él se dirigió inmediatamente á casa del almirante de Castilla.

Cuando llegó á ella Colmenares, estaban reunidos casi todos los caballeros que formaron el gran consejo, y que se habian separado dos horas antes; y decimos casi todos, porque faltaba Alonso de Peralta, á quien habian buscado en balde. Los congregados estrañaban la ausencia de este caballero, que cuando se trataba de obrar, tenia grandísima importancia por su bien probado valor; pero nosotros sabemos perfectisimamente que en primer lugar su conferencia con D. Ramiro, y después la grave ocupacion que este le habia dado, le impedian pensar por entonces en los asuntos del alcaide.

D. Pedro Ponce de Leon manifestó á sus mas adictos amigos que los habia reunido de nuevo, porque la prision de D. Ramiro podia producir un conflicto, y habia creido mas conveniente partir con personas de grande autoridad y consejo la responsabilidad de las medidas que fuera preciso tomar. Pocas palabras dijo el alcaide, porque la llegada de D. Enrique cortó su relato y avivó la curiosidad de cuantos estaban presentes.

—¿Qué tenemos? preguntó el almirante dirigiéndose á Colmenares.

—No puedo responder con certeza, dijo D. Enrique, que apenas podia respirar de cansancio.

—Pero á lo menos podeis referirnos lo que ha pasado, insistió el almirante.

—A ello voy. D. Ramiro habia penetrado efectivamente en los jardines del alcázar.

Un murmullo de asombro manifestó la viva impresion que esta nueva hacia en los amigos del alcaide. Por la mente de este pasó una aterradora sospecha, y se apresuró á preguntar temiendo recibir una respuesta que confirmara su presuncion.

—¿Estaba solo?

—Enteramente solo, respondió Colmenares con el acento de la verdad.

D. Pedro Ponce de Leon respiró; sus amigos manifestaron el asombro que les causaba tan inaudita temeridad: el gran almirante de Castilla volvió á preguntar á Colmenares:

—¿Lo visteis vos mismo?

—No tuve esa suerte, respondió D. Enrique. Al percibir la luz de las antorchas que llevaban algunos criados de D. Pedro, porque necesitábamos de su auxilio para registrar los jardines, huyó D. Ramiro saliendo por la puertecilla que da al rio.

—Fué un imperdonable descuido dejarle franca esa salida, dijo el almirante con ceño.

—La salida estaba guardada por seis hombres de mi mas entera confianza.

—¿Esos seis hombres se apoderarian inmediatamente del fugitivo?

—Cuando llegué á la puertecilla secreta, de los seis hombres apostados quedaban tres.

—¿Y los tres restantes?

—Habian muerto.

—¿Pero vuestro auxilio?...

—Fué tardio. Cuando yo llegué, el asesino acababa de caer al rio.

—¿Muerto? preguntaron diez voces á un tiempo.

—No lo sé. Dividí mi gente en dos mitades, encargándolas que esploraran las márgenes del rio; y al mismo tiempo despaché una barca, con órden de seguir rio abajo hasta el mar. Tomadas estas medidas perentorias, creí oportuno venir á daros cuenta de cuanto acababa de pasar.

—Nos ha dejado vuestro relato verdaderamente sorprendidos, dijo el almirante de Castilla, y en la duda de si vive ó no D. Ramiro, es muy dificil tomar una resolucion.

—No lo veo así; y dispensadme que no sea en todo de vuestra opinion.

—Decidnos la vuestra, porque confieso que esta noche sois el alma de nuestros consejos.

—Es muy natural mi opinion, y estoy seguro de que merecerá vuestro asentimiento, señores. En la duda de si ha muerto ó no D. Ramiro, pongámonos en lo peor y demos por cierto que vive. Supongamos tambien que irritado por el mal éxito de su trama y por la activa persecucion que le hemos hecho, viendo que no ha conseguido su objeto por traicion y astucia, quiere recurrir á la fuerza y combatirnos frente á frente. Supongamos que en este mismo instante está reuniendo á los numerosos partidarios del conde de Niebla, y que entre las sombras de la noche ó al brillar los primeros rayos del alba, se arroja sobre nuestros amigos y lleva á sangre y fuego la ciudad. Dadas por ciertas todas estas suposiciones, ¿qué debemos hacer, señores?

Colmenares se detuvo aquí como esperando una respuesta; pero viendo que todos callaban y que lo oian con la mas completa atencion, continuó su interrumpido razonamiento.

—Habiamos pensado, señores, y siento que no esté presente el buen Alfonso de Peralta, que insistió mucho en lo que voy á proponer; habiamos pensado, señores, que nos encontrábamos en la imprescin-

dible necesidad de atacar denodadamente á los amigos de D. Juan Alonso de Guzman, para que se vieran obligados á huir de Sevilla, dejándonos el imperio de la ciudad. Este modo de proceder defendieron varios caballeros con abundante copia de razones, que no se tomaron instantáneamente en consideracion, porque algunos creimos mas conveniente hacer un público y legal escarmiento en la persona de D. Ramiro; partido que ahorraba un combate, y que debia producir casi los mismos resultados. El recurso que nosotros propusimos no ha dado hasta ahora los apetecidos resultados, y yo que he empleado todos los medios, debo confesar que repitiéndolos podrán ser tambien ineficaces. En este caso creo oportuno que ataquemos esta noche misma á los partidarios del conde: si vive EL CABALLERO lo encontraremos indudablemente en lo mas duro de la pelea, y harán las espadas lo que no ha podido hacer el verdugo, y si ha muerto, triunfamos con mas facilidad de los parciales del tutor.

El discurso de Colmenares fué perfectamente recibido, y casi todos los caballeros se adhirieron á su opinion. El almirante y el alcaide hablaban entre tanto en secreto, y á juzgar por sus ademanes, debian sostener opiniones, ó diferentes ó encontradas. D. Enrique creyó que sus palabras debian haber sido la causa de aquella empeñada disputa; y como tenia mucho interés en que se pasara cuanto antes de las palabras á las obras, se dirigió á los dos jefes reconocidos de la parcialidad enemiga de D. Juan Alonso de Guzman, y les dijo:

—Todos cuantos nos encontramos aqui reunidos deseamos saber lo que opinan nuestros verdaderos caudillos; y lo deseamos tanto mas, cuanto que estamos persuadidos de que no hay tiempo que perder, si hemos de empezar con ventaja y probabilidades de buen éxito.

—Mi opinion está conforme con la vuestra, dijo el almirante, interrumpiendo su disputa.

—La misma tendria yo, añadió D. Pedro Ponce de Leon, si me encontrara en una posicion tan franca y desembarazada como la de todos cuantos me escuchan, pero no sucede así; y por ello debo ser ahora mas prudente, y si es necesario, mas tímido. Soy por el rey alguacil mayor de Sevilla y alcaide de sus reales alcázares; ¿qué se dirá si yo promuevo la confusion, la alarma, una batalla en el recinto de la poblacion que gobierno?

—¿Qué se dirá si queda sin castigo el horrible asesinato que se ha intentado esta misma noche contra la persona del primer magistrado de la ciudad que gobernais? preguntó D. Enrique.

—Se dirá, que mis enemigos acuden á los medios mas reprobados, mas infames.

—Se dirá, señor alguacil mayor de Sevilla, que la autoridad no tiene en vuestras manos fuerzas ni prestigio, que temblais ante la superior autoridad del conde de Niebla...

—¡Colmenares! esclamó el alcaide levantándose con gesto y ademan airados.

—Tiene Colmenares razon, añadió el almirante, queriendo irritar á D. Pedro.

—¡Señores, señores! no me conoceis, cuando hablais en esos términos de mí.

—Porque os conocemos muy á fondo os desconociamos ahora, repuso D. Enrique.

—¿Qué quereis de mí, caballeros? preguntó el alcaide dejándose arrastrar del torrente.

—Queremos que esta misma noche se realice lo que acabo de proponer.

—¿Y en qué forma?

—Voy á decirla. Vos, señor alguacil mayor de Sevilla, os estableceréis en los alcázares con toda la gente de armas dependiente de vuestra autoridad; el almirante se pondrá al frente de algunos caballeros y de buen número de criados y gente mercenaria, de la que está siempre á nuestras órdenes; cada uno de los caballeros que están presentes, con una veintena de hombres, se colocará frente de una de las casas de los principales amigos del conde de Niebla, para atacarlos en el momento que se presenten; y yo, con alguna gente de armas y varios alguaciles, me presentaré á las puertas de D. Ramiro, y como, viva ó haya muerto su dueño, estoy seguro de encontrar en ella resistencia, esta será la señal del conflicto, y siempre podremos decir que hemos manejado las armas en defensa propia y en auxilio de la autoridad.

Todos aprobaron el plan de D. Enrique, que no dejaba de ser maquiavélico, aunque no habia nacido Maquiavelo, y se dispusieron á realizarlo.

CAPÍTULO VIII.

DOÑA FLOR.

La jóven y hermosa Doña Flor y la anciana dueña, Beatriz, se encerraron en la cámara de la primera, no sabiendo cómo esplicarse la inesperada y estraña sorpresa que acababan de esperimentar. Las dos daban gracias á Dios que las habia protegido, permitiéndolas llegar á la cámara sin ser vistas ni oidas de nadie, pero las dos temblaban por la vida del intrépido caballero. Doña Flor amaba á D. Ramiro con esa entusiasta pureza que solo se encuentra en el primer amor de una vírgen, y Beatriz era agradecida, y apreciaba á quien sabia darle tan buenos bolsones de doblas.

Pasado el primer momento de terror, creció la inquietud de la jóven; y considerándose al abrigo de todo peligro personal, pensó únicamente en el que podia correr su amante. Las ventanas de las habitaciones de Doña Flor daban al jardin, y aprovechando esta circunstancia, ocultó la luz y abrió las maderas, vidrieras y celosías, con ánimo de averiguar lo que pasaba en el jardin. Era muy oscura la noche para distinguir los objetos, y la hermosa hija del alcaide no descubrió bulto alguno, pero de vez en cuando oia algunas palabras que solian ser imprecaciones y blasfemias. En cualquiera otra ocasion, la doncella, que era piadosa, y la dueña, que era hipócrita, se hubieran tapado los oidos; pero como estaban las dos tan vivamente interesadas en saber lo que sucedia, se estremecian ligeramente al oir las frases mal sonantes, pero seguian prestando atencion.

Diez minutos llevarian de observacion y angustia, cuando distinguieron en lo mas apartado del jardin, precisamente en donde se hallaba la puerta que dió entrada á EL CABALLERO, dos luces bastante brillantes, que se adelantaban hácia el alcázar. Estas dos luces eran dos antorchas que traian dos criados de D. Pedro Ponce de Leon, detrás de los cuales venia un caballero, á quien reconoció inmediatamente Doña Flor, pues no era otro que D. Enrique Colmenares.

Algo hubiera dado la hija del noble señor de Marchena por dirigir una pregunta á D. Enrique, pues nadie sabria mejor que él lo que habia pasado á D. Ramiro; pero sus labios se movieron sin producir ningun sonido, y el caballero se perdió bajo las bóvedas del alcázar.

—¿Has visto? preguntó Doña Flor á su dueña, retirándose de la ventana y cerrando las celosías, las vidrieras y las maderas.

—He visto todo lo que habeis visto, y he oido tambien unas blasfemias que hacian erizarse los cabellos, respondió la dueña santiguándose.

—¿Qué habrá sido de EL CABALLERO? preguntó Doña Flor, acompañando su pregunta de hondos suspiros.

—Indudablemente ganaria la puerta antes que llegasen á ella Don Enrique y su comitiva.

—¿Y si habian apostado gente fuera de la puerta?

—Es muy posible.

—¿No percibiste ruido de espadas cuando dejamos el jardin?

—Sí por cierto.

—Pues ese ruido lo causaba D. Ramiro batiéndose con los que le cerraban el paso.

—No lo estrañaré; porque D. Ramiro es mas valiente que un leon.

—Pero eran muchos sus contrarios y lo habrán muerto.

—No lo creo.

—¿En qué te fundas?

—En la opinion que tiene todo el mundo de que D. Ramiro es invulnerable.

—Ojalá lo fuera, Beatriz, pero el vulgo tiene una equivocada opinion.

—No podré asegurar si esa opinion es cierta ó es equivocada; pero lo cierto es, que se cuentan de D. Ramiro cosas verdaderamente estraordinarias. Aseguran unos que lo han visto en dos ó tres parajes á la misma hora; afirman otros, que cuando está en peligro algun partidario del conde, aparece como por ensalmo; y sostienen otros que le han dirigido las mas soberbias estocadas, pero que las puntas de las espadas rebotaban sobre su pecho, como si dieran sobre una coraza de diamante. Yo quiero bien á EL CABALLERO, pero os aseguro, señora, que me acerco á él con un temor reverencial, y que tiemblo como si estuviera al lado de un aparecido.

—Esta noche desearia yo que fuera verdad cuanto dicen, repuso Doña Flor estremeciéndose á su pesar.

—Apostaria mis tocas á que todas esas gentes armadas de espadas y puñales no han tocado al pelo de la ropa del esforzado caballero.

—Hé ahí, Beatriz, lo que es preciso averiguar.

—¿Y cómo lo haremos?

—Llama á Nuño, el escudero de mi padre.

—¿Vais á preguntarle, señora?...

—No me comprometeré, Beatriz.

Salió la dueña de la cámara, y pocos momentos despues se presentó acompañada de un hombre de sesenta años, alto, musculoso y fuerte, á pesar de su edad. Este hombre se inclinó profundamente ante Doña Flor, y sin despegar los labios esperó á que le dirigiera la palabra.

—Nuño, le dijo Doña Flor, he oido en el jardin ruido de armas, y habiendo abierto las maderas, he visto un crecido número de personas á la luz de algunas antorchas.

—Es muy cierto cuanto me habeis dicho, señora, respondió Nuño con una nueva inclinacion.

—¿Qué gentes eran las que atravesaron el jardin?

—D. Enrique Colmenares y algunos criados.

—¿Qué buscaban?

—A El Caballero.

—¿Y lo han encontrado? preguntó Doña Flor con ansiedad.

—No señora, repuso Nuño, que contestaba á las preguntas de la jóven como un testigo al interrogatorio de un juez.

—¿Por qué buscaban á D. Ramiro en los jardines del alcázar?

—Porque le han visto entrar en ellos.

—¿Por dónde?

—Por la puerta del rio.

—¿A qué creen que haya venido á los jardines?

—Señora, á asesinar á vuestro padre.

—¡Eso es imposible! esclamó la jóven con el acento de la mas profunda conviccion.

Nuño no hizo un gesto ni profirió una sola palabra; era imposible leer en su semblante si participaba ó no de la conviccion de la jóven. Esta prosiguió sus preguntas.

—¿Por dónde ha salido El Caballero?

—Por la misma puerta del rio, respondió Nuño con su solemne laconismo

—Y se ha salvado?,

—No se sabe.

—Esplicate, Nuño, dijo Doña Flor con angustia.

—Ha caido al agua, no se sabe si vivo ó muerto.

—Una palidez mortal cubrió el rostro de Doña Flor; pero como las mugeres tienen el feliz privilegio de poder mostrar cierta calma en las situaciones mas criticas, la hija del alcaide hizo un esfuerzo desesperado, y dirigió su última pregunta al escudero.

—Sabes algo mas?

—Nada mas, respondió el anciano.

—Puedes retirarte, buen Nuño.

Nuño se inclinó profundamente, y salió de la cámara sin pronunciar ni una palabra, aunque murmuraba entre dientes:

—Razon he tenido yo siempre en despreciar á las mugeres; si D. Pedro tuviera un hijo, ya estaria á su lado con una buena espada en cinta; pero como tiene una hija, está solo mientras que esta pregunta lo que ha pasado en el jardin.

Este corto monólogo esplica perfectamente el carácter del escudero; soldado desde la infancia hasta la vejez, que no reconocia otro mérito que el del valor, ni otro pasatiempo que la guerra, y esplica tambien por qué Nuño respetaba, pero no amaba á la hija única de su señor.

Luego que salió el escudero, manifestó Doña Flor toda la inquietud que la habian causado las breves respuestas de Nuño, y Beatriz volvió á poner en juego los argumentos que habia empleado media hora antes para probar á su señora, que D. Ramiro era invulnerable, y para convencerla de que aunque El Caballero era sin disputa el doncel mas apuesto, bizarro y generoso de toda la comarca, se descubria en él á la legua algo de sobrenatural y fantástico, que era precisamente lo que daba origen á las hablillas de los mas honrados sevillanos.

Si Doña Flor no hubiese amado á D. Ramiro, indudablemente hubiera dado su asentimiento á las razones de la dueña; pero como amaba con pasion, y toda muger prefiere para amante ó esposo un hombre de carne y hueso á una mistificacion incomprensible, un ser tangible á otro impalpable, la jóven no dió el menor crédito á las razones de la dueña, y siguió temiendo por la vida del intrépido paladin.

CAPÍTULO IX.

D. RAMIRO.

Apenas habia atravesado Peralta el umbral de la cámara de D. Ramiro, cuando se presentó de nuevo Hernando, con su acostumbrada espresion de afable seriedad. El fiel criado se cruzó de brazos ante el jóven y guardó silencio durante un buen cuarto de hora, esperando que D. Ramiro le dirigiera la palabra; pero El Caballero se habia entregado á profundas meditaciones, y no habia reparado siquiera en que estaba Hernando presente. Este debia tener mucho interés en entrar en esplicaciones con su señor, porque viendo que el jóven continuaba silencioso, le dijo:

—¿Qué ha sucedido, D. Ramiro?

—Nada, Hernando, respondió el jóven alzando la frente un momento, y apoyándola luego en su diestra.

—Os pregunto, señor, en nombre de D. Juan Alonso de Guzman, dijo el anciano con firmeza.

A este nombre alzó D. Ramiro la cabeza, miró fijamente al criado, y dijo con sarcasmo:

—Sé que el conde me ha puesto bajo tu tutela.

—Tutela muy blanda, D. Ramiro, pues pocas veces me consultais, y muy rara vez os pregunto, repuso el anciano en tono de reconvencion.

—Tienes mucha razon, Hernando, y he dicho una verdadera necedad. No tengo motivo para estar quejoso de ti, y el conde y tú podeis estarlo de mi cautelosa conducta.

—Ni el conde ni yo tenemos quejas; sois la flor y nata de los caballeros andaluces en generosidad y valor, y los dos estamos contentos. No se trata pues de recriminaciones ni quejas, se trata de que me digais, y lo exijo por vuestro bien, lo que ha pasado esta noche.

D. Ramiro contó al criado en las menos palabras posibles cuanto le habia sucedido, menos el motivo que le habia hecho penetrar en los jardines del alcázar. Hernando oyó atentamente la relacion de El Caballero, y aplaudió la conducta que habia observado, librando la vida al alcaide. Mas por lo mismo que D. Ramiro se habia reservado el motivo que lo habia llevado a alcázar, creyó Hernando que debia averiguar á toda costa este secreto, y se apresuró á preguntarle:

—Permitidme, señor, que os pregunte por qué habeis entrado en el alcázar.

—Te he dicho que me encontraron en sus jardines, respondió Don Ramiro, creyendo que así esquivaria la pregunta.

—Pues bien, señor, ¿con qué motivo penetrasteis en los jardines? insistió el anciano.

—¿No puedo guardar un secreto? preguntó á su vez D. Ramiro.

—Podeis guardar todos vuestros secretos, señor: yo pregunto, no me respondais.

—No, Hernando; quiero responder á tus preguntas. Fuí á los jardines por amor.

—¿Amais por ventura á la hija de D. Pedro Ponce de Leon? preguntó el anciano con vivas muestras de ansiedad.

—Sí, Hernando.

—¡Qué habeis hecho! esclamó el criado cubriéndose el rostro con las manos.

—Comprendo, Hernando, muy bien tu asombro y hasta tu indignacion. Doña Flor es hija de un encarnizado enemigo del conde, y yo no debo poner los ojos en la hija del mas terrible adversario de mi bienhechor. Mi conducta es poco noble, lo confieso.

—Y por lo mismo huireis, señor, de hoy en adelante de esa peligrosa muger.

—Imposible, Hernando, imposible.

—Os mando en nombre de D. Juan Alonso de Guzman, que no la hableis mas, D. Ramiro.

—Te desobedeceré, como desobedeceria al conde mismo si lo escuchara de su boca.

—Vos no podeis unir vuestra suerte á la de la hija del alcaide.

—Mucho temo que así suceda; ella es muy noble...

—Vos lo sois tambien.

—¿Qién soy yo? dijo D. Ramiro, clavando una penetrante mirada en Hernando.

D. Ramiro dirigió esta pregunta al criado con un acento que no habia empleado nunca, aunque sí la habia dirigido muchas veces, y Hernando retrocedió algunos pasos, no pudiendo resistir el fuego de aquella mirada, penetrante como un puñal, y sin responder ni una palabra.

—¿Quién soy yo? preguntó de nuevo D. Ramiro, levantándose y dirigiéndose al fiel Hernando.

—Un caballero, como os he dicho varias veces, tartamudeó el criado.

—No me basta hoy esa respuesta. Necesito saber mi apellido, el misterio de mi nacimiento, quiénes son mis padres, y necesito saberlo ahora, porque me mata la impaciencia.

—Si necesitais saber todo eso, dirigios á otro, D. Ramiro, respondió Hernando con firmeza.

—¿Quién es ese otro? preguntó el jóven con creciente impetuosidad.

—El conde de Niebla, señor.

—Iré á preguntar ese secreto al conde de Niebla, repuso D. Ramiro con manifiesta resolucion.

—Hareis bien en ello, señor; pero hasta que el conde os responda, no penseis mas en Doña Flor.

Tan impertinente pareció este nuevo encargo á D. Ramiro, que no dió respuesta: Hernando se dió el parabien de que concluyera así el incidente, porque necesitaban ocuparse de mas importantes asuntos.

—Por lo que me habeis contado, señor, veo que estais en peligro y que os persiguen con encarnizamiento, dijo Hernando. ¿Por qué no os presentais al alcaide y le entregais esa espada, que le hará tener muy distinta opinion de vos?

—Jamás daria un paso que revele cierto temor ó cobardia: y además, aunque quisiera darlo, me seria absolutamente imposible, respondió D. Ramiro con indiferencia.

—¿Por qué?

—Porque perdí la espada en el rio.

—Pues en ese caso es preciso que pensemos muy sériamente en vuestra salvacion.

—¿De qué modo?

—Es necesario que salgais ahora mismo de Sevilla.

—Jamás.

—Señor, es absolutamente preciso.

—El conde de Niebla me envió á Sevilla para que sostuviera el ánimo de sus amigos con mi corazon y mi brazo; yo cumpliré hoy como ayer lo que me encargó D. Juan Alonso de Guzman.

—El conde os agradecerá que sigais fielmente mi consejo.

—El conde me agradecerá mucho mas que cumpla con mi obligacion.

Esta disputa hubiera sidó probablemente larga, porque ni Hernando estaba en ánimo de desistir, ni D. Ramiro de ceder; pero vino á ponerla término el ruido de armas y de voces que oyeron, ruido que venia de la calle. Nuestros lectores recordarán que en el plan de campaña propuesto por D. Enrique Colmenares y adoptado por los amigos del alcaide, se disponia que D. Enrique romperia las hostilidades, atacando la casa de D. Ramiro, y atacándola en nombre de la justicia que iba en busca de un delincuente. Colmenares cumplió su palabra, y media hora después de haberse separado de los amigos de D. Pedro, resonaba el pesado aldabon que cuatro horas antes movió el brazo del buen Alfonso de Peralta. Abrió la puerta el mismo gigante que recibió al leal caballero, y como D. Enrique y los suyos se empeñaran en cruzar los umbrales de grado ó por fuerza, el gigante clavó su alabarda en el pecho del mas osado, dió el grito de alarma, acudieron algunos criados, y se trabó la cruda pelea, cuyo ruido vino á cortar la conferencia de D. Ramiro y el anciano.

El Caballero se echó la capa sobre los hombros, desnudó la espada, corrió al sitio del combate, se puso al frente de sus criados, y á los pocos minutos D. Enrique y los suyos se batian en retirada, procurando ceder poco á poco el terreno y destacando algunos emisarios al alguacil mayor, al almirante y á los principales caballeros, avisándoles que no habia muerto D. Ramiro, pidiéndoles refuerzos, é instándoles á que atacaran hasta completar el esterminio de los partidarios del conde.

Los amigos del señor de Marchena no necesitaban los estímulos de Colmenares, y los mas rencorosos ó imprudentes habian allanado algunas casas, atacado á algunos transeuntes, y estendido la alarma por casi toda la ciudad.

Los parciales del conde de Niebla, aunque sorprendidos, procuraban oponer la fuerza á la fuerza, y como estaban acostumbrados á vivir entre las contínuas reyertas de dos bandos rivales, encontraron medios de reunirse unos, y no pocos se dirigieron á casa de D. Ramiro, á quien reconocian como jefe, no solo por la confianza que en él habia puesto el conde de Niebla, sino por su fabuloso valor.

En unos parajes á la luz de las antorchas, y en otros entre las densas sombras de una noche de tempestad, se batia el hierro de lo lindo, y Sevilla, sitiada por Fernando el Santo, no presentó nunca un espectáculo tan repugnante y desconsolador como el que presentó esta noche, en que se degollaban los cristianos con frenético encarnizamiento. Los parciales del conde de Niebla, cogidos de improviso y menos en número, llevaban lo peor de la contienda, y se vieron obligados á huir en muchos parajes; pero estas derrotas parciales balanceaban en cierto modo las ventajas que D. Ramiro alcanzaba sobre Colmenares. El Caballero capitaneaba una numerosa cohorte, y habia continuado obligando á Colmenares á batirse en retirada, aunque el almirante de Castilla habia llegado tiempo hacia en socorro de D. Enrique. No las tenian todas consigo los parciales de Ponce de Leon, cuando se presentó este seguido de un buen golpe de gente de armas, y arrojó el peso de su espada en la balanza del combate.

(Concluirá.)

Juan de Ariza.

LA FLOR DE RESEDA,

LEYENDA ORIGINAL.

(Continuacion.)

—¿Pues cómo?...
—Sí, bien pronto
volvió mi buen amigo
con un médico mudo,
su siervo muy leal;
y tu infelice madre,
ante él y otro testigo,
sostuvo herido haberse
por lance casual...

—Ah! ¡pobre madre mia!...
—Al dar hoy á tu mente
tan lúgubres ideas,
otro es mi objeto, Inés:
ha llegado ya el dia
que cumplas reverente
el voto de tu madre...
—Tan pronto!...
—Verdad es.

Aun eres una niña,
mas el gentil guerrero
con quien unirte debes
tu mano ayer pidió;
quiso con noble lauro
su frente ornar primero,
y ha vuelto ya de Italia
do muchos conquistó.

Si el voto de tu madre,
su voluntad postrera,
no hablasen elocuentes
hoy á tu corazon,
bastara, hija del alma,
la gloria lisonjera
del jóven que te ofrezco,
para tan noble union.

—Sí, mas...
—Habla, hija mia,
tu padre es quien te escucha:
conozco tus reparos,
tu pudoroso afan:
habla.—
Sufria la jóven
desgarradora lucha,
miraba arrebatarle
su flor el huracan;

La flor que en sus jardines
solícita escogiera,
entre otras prefiriendo
la de mejor olor;
y del deber mirándola
en la balanza fiera,
vió que habia mucho peso
contra una pobre flor...

Antes, solo un obstáculo
su dicha la impedia,
mas ya un inmenso abismo
se abrió junto á sus piés,
y en tan mortal refriega
su pecho le decia:
«si no eres de Ricardo,
«serás de Dios, Inés.»

—Padre, dijo por último,
la volunlad acato
de mi adorada madre,
tambien la vuestra, sí:
pero detesto al mundo;
no ambiciono su trato,
y un convento seria
mas dulce para mí.

—Quién á tal pensamiento
tu corazon instiga?
—Mi voluntad.
—Qué dices?
—Mi voluntad no mas.
—Quieres que desde el cielo
tu madre te maldiga?
—Oh! no, perdon!...
—Entonces...
dijo Martin.
—Jamás!...

—No cedes?...
—Oh Dios mio!..
—Qué dices?
—Padre amado,
mi corazon es vuestro:
¿qué mas quereis de mí?
—Te reconozco, hija!
Ven, y en mi pecho helado
reposa; ven, tu padre
su dicha labra así.

Posó la hermosa niña
su virginal cabeza

junto al tostado rostro
del viejo campeon;
dijérase la imágen
de cándida pureza
sentada entre ruinas
de luto y destruccion.

De allí á pocos momentos
los dos se separaron;
entrambos corazones
latian por demás:
al tiempo de apartarse
sus ojos se encontraron;
en los de él habia *dicha*:
en los de ella, *jamás*.

ENTRE-ACTO.

—¡Qué le importa al mundo ahora
lo que allá en edad pasada
pudo sufrir por amores
quien ya en la tumba descansa!

¡Qué importan, dirá ese mundo,
las locas estravagancias
de una niña caprichosa,
de un jóven presuncion vana!

¡A qué vienen esos *cuentos*
de almas inocentes, *cándidas*,
que han podido concebir
amores sin esperanza!

¡Pobre chusma sin creencias!...
no escucho tus frases bárbaras;
porque son el sucio polvo
que el viento esparce en sus ráfagas.

Porque yo sé que hay dos mundos:
uno que sufre y que calla,
y otro que al primero mofa
con ruidosas carcajadas:

Uno que el lauro del martir
al morir tan solo aguarda,
y otro que oculta su lepra
bajo el oro de sus galas.

Con la risa del desprecio,
sé tambien, ¡ciencia menguada!
que habrá quien diga: «este mozo
gasta la pólvora en salvas.»

Pero sé que hay en la tierra
tristes almas desgarradas,
que es preciso consolar
con bálsamo de palabras:

Sé que habrá quien desahogue
su corazon escuchándolas,
al ver que sin egoismo,
sin indiferencia cáustica,
hay quien comprenda sus penas,
quien las llore sin mofarlas.

Sé que de mi pobre Inés
habrá quien siga la planta,
quien penetre sin desvío
en su solitaria estancia,
y con desolado lloro
acompañe sus plegarias:

Quien comprenda el cáncer fiero
que su pecho despedaza;
y mire una flor que apenas
al viento su aroma exhala,
por el deber abatida,
para el amor marchitada.

Un querubin que en en fuego
por Dios formado, se abrasa,
ese fuego de delicias
siendo el mismo que le mata.

Una linda mariposa
que á la luz tiende sus alas,
y antes que el calor la temple
quema su cuerpo la llama.

Sé que habrá quien compasivo
siga su dulce mirada
que en ademan suplicante
á Dios consuelo demanda,
y la escuche proferir
entre sollozos y lágrimas:

—Madre tierna y amorosa
que en el empíreo descansas,
y ves de mi corazon
hasta el fondo; madre amada:
si á través de los placeres
que el seno de Dios derrama
puedes fijar un momento
tus ojos en la desgracia,
vuélvelos hácia tu hija
que con sus males batalla:
no me niegues el consuelo
que se concede á una estraña.

Si es preciso, madre mia,
que tu voto satisfaga,
si es preciso sacrifique
mi corazon en tus aras,
tuya soy, por ti respiro,
cumpliré lo que me mandas..

Pero, una madre no puede
con indiferente calma
ver partido el corazon
de la hija de sus entrañas;
tú no quieres ver en humo
mis ilusiones trocadas,
ni negarme puedes, madre,
que á buscar tu seno vaya!...

Mas ah! son vanos mis lloros,
pues que, madre mia, callas:
daré mi mano á ese hombre,
nunca el corazon ni el alma;
le serviré, si lo exige,
como su perro, su esclava;
¿qué mas puede una muger
dar al hombre que no ama?

. . . .

Sí, pintaré sin recelo
de dos amantes la llama,
á quien aun no haya olvidado
los recuerdos de la infancia:

A quien, si no puede ahora
mitigar sus crudas ánsias,
porque el hilo de sus vidas
cortó inflexible la parca,

Sabrá tal vez á sus penas
lanzar mirada simpática,
ó al menos venir conmigo
sobre su tumba á llorarlas.

(Continuará.)

FRANCISCO J. ORELLANA.

JEROGLIFICO.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

IMPRENTA DEL SEMANARIO PINTORESCO É ILUSTRACION
A cargo de G. Alhambra.



(San Huberto, en los Pirineos.)

EL CASTILLO DE MONTRICHARD,

ó

HISTORIA DE GUILLERY.

1606.

(Continuacion.)

LA PLAZA DE AYUNTAMIENTO.

Plan, ran, plan; plan, ran, plan; plan, ran, plan.

—De órden del rey nuestro Señor...

—¡Hola! ¡Hola! Vamos á ver al pobre de San Martin, ataviado con su casaca blanca y encarnada. Parece un chiquillo con zapatos nuevos, segun el orgullo que manifiesta.

—Escuchad, malsines.

—¡Fuera, fuera! No queremos insultos.

Plan, ran, plan; plan, ran, plan; plan, ran, plan.

—Hacemos saber á nuestros amados y fieles vasallos.

—Silbémosle, no sabe lo que dice.

—Silencio, canalla, si no quereis que os lleve el diablo.

—Nada se oye desde aquí, porque la voz del pregonero se pierde en esa batahola infernal de chillidos y juramentos. ¿Qué es lo que dice? ¿Habeis entendido algo?

—¡Viva el rey! ¡Viva el rey!

—¿Qué demonios se les han metido en el cuerpo para alborotar de ese modo? Por mi parte no sé á qué se reduce esa órden del rey que ha vuelto locos de contento á semejantes cernícalos.

—¡Ah compadre! Es una órden magnífica contra la gente de guerra y contra sus rapiñas, previniendo á los prebostes que persigan de muerte á cuantos no vayan provistos de una comision en debida forma.

—Si es así... *laudamos Domino*... ¡Viva el rey Enrique!

—¡Bah! ¡Bah! Tambien debiera haber pensado un poco en nosotros; pero se teme á las corporaciones de mercaderes...

—En efecto: esto nos recuerda la Liga.

—¡Eh! Cuidado: no sea que atraigamos á los lebreles del prebostazgo: desocupemos el sitio y tañamos de traspuesta, porque aquí se sofoca uno.

Y algunos ciudadanos se separaron de las compactas oleadas de la multitud, que se amontonaba en la plaza del Ayuntamiento de Tours.

Era dia festivo, y toda la poblacion ociosa seguia los pasos del pregonero: el ruido del tambor y las voces que daba se perdian efectivamente entre el tumulto ocasionado por los alegres gritos de los muchachos, los anuncios de los espectáculos públicos á son de trompeta, y los dicharachos de los que insultaban al órgano de la ley.

Celebrábase tambien el cumpleaños del corregidor de la ciudad, y veiase á este funcionario apoyarse en la balaustrada esterior, dándose un aire grave é importante, y comunicando sus órdenes á los empleados del ayuntamiento que le rodean. Parecia como que contemplaba con una especie de complacencia sus armas pintadas en el testero de la sala principal. En la plaza, adonde acudia por momentos mayor gentio, circulaban con rapidez cántaros de vino y canastos de pan, que el magistrado habia mandado distribuir en abundancia. Todos los habitantes de la ciudad, *y aun los serenos*, tenian derecho á su parte de pan y vino, segun afirma un cándido escritor de aquella época.

En la Puerta Nueva habia un cuerpo de guardia compuesto de ciudadanos y de arcabuceros del rey: estos últimos, con sus enormes sombreros adornados de plumas, sus calzones de búfalo y sus bandoleras guarnecidas de brillantes chapas, se paseaban con las carabinas á la espalda; y en vista del gesto burlon con que examinaban los atavíos, no poco grotescos, de los valientes ciudadanos que velaban por la seguridad pública, no era difícil adivinar cuál seria el asunto de sus alegres conversaciones.

Muchos grupos de artesanos y de soldados se entretenian en hablar con animacion de negocios particulares, ó comentaban las noticias que les llevaba algun recien llegado. Las mugeres no se quedaban cortas en cuanto á meter zambra y dar muestras inequívocas de actividad: metianse en el bullicio, zumbaban como zánganas y se apoyaban en los hombros de otras que habian acudido primero, para devorar con sus ojos las representaciones de los misterios, y los santos y diablos de cera y de madera, que luchaban y sucumbian ó triunfaban alternativamente en medio de las aclamaciones de aquella multitud entusiasmada.

Aquí se presentaba un pastor con capa blanca, enseñando á los maravillados patanes de la ciudad la cabeza de un lobo todavia formidable, que habia tenido la suerte de matar, y cuyo precio reclamaba con gestos y contorsiones tan estravagantes como diabólicas: dicho precio consistia en veinte sueldos torneses, segun espresaba terminantemente la ordenanza de Carlos VII.

Allí se veia á un titiritero con su teatro completo, en el cual várias figuras alegóricas representaban papeles alusivos á personajes del reino y á los negocios públicos. Entre ellas aparecia *Madama la Liga*, con su traje pintado de capuchones y de cabezas de frailes, y quemada con gran pompa y ceremonia.

Al otro lado un trovador, que habia recorrido la mayor parte de la Francia, narraba á las jovencillas bellezas de Tours magníficas historias amorosas, que habia oido referir á las enamoradas bearnesas. Los jóvenes por su parte corrian hácia el *Mallo* y sus siete hileras de árboles, para iniciar el juego á que dió nombre y que era entonces un pasatiempo, al cual se mostraban sumamente aficionados los habitantes de la ciudad. En todas partes se observaba movimiento, placer y vida: Tours, en fin, lo mismo que la Francia entera, parecia que olvidaba lo pasado, y se entregaba locamente á la esperanza de un porvenir risueño.

En medio de tan pintoresca escena y cuando mas entregados á la animacion estaban los grupos, se oyó un gran tumulto hácia el estremo de la plaza, inmediato á la abadia de San Julian. Gritos de ¡socorro! ¡al asesino! ¡la guardia! resonaban por todas partes, y un hombre alto, con los cabellos en desórden, y los ojos inflamados por la cólera, apareció de repente, arrastrando consigo á una especie de pastor, semejante á aquel de que hemos hablado, y al que sujetaba por la capa blanca, cuya capucha le cubria el rostro.

El hombre encolerizado era Ives.

—¡Favor favor, amigos mios! gritaba con todas sus fuerzas. Ahorquemos á este pícaro ladron.

—Qué es eso? Qué sucede? preguntaron muchos ociosos que habian acudido al ruido, y entre los cuales se hallaba nuestro conocido Juan.

—Sucede, contestó Ives respirando con dificultad, que tengo entre mis manos al terror de la provincia, al infame que me robó anoche... Se hizo el valiente ayer, porque estábamos solos; pero hoy somos aquí muchos y no saldrá de nuestras manos.

—No, no: justicia, justicia!

—Pero quién es? Quién es?

—No lo adivinais? Repuso Ives con aire de triunfo y como sorprendido de su propia audacia: es el azote del pais, el famoso Guillery.

—Guillery! Guillery!

Y un terror eléctrico se esparció entre la multitud alborotada.

El hombre á quien sujetaba Ives, permanecia con la cabeza baja y cuidadosamente cubierto con el capuchon.

—Vamos, compadre; eso es imposible.

—Por qué? No veis que el lobo se ha disfrazado con una piel de oveja?

—Que muera, que muera!

—Afuera capa; descubridle.

—El hombre procuraba ocultarse con todos sus esfuerzos á las miradas de la multitud encarnizada.

—A un lado, señores, gritó un alabardero; dejad que pase el señor Raoul.

—Viva! Viva! El señor Raoul va por fin á hacernos justicia.

—Qué ocurre, amigos mios? Preguntó una voz acentuada y jóven.

Abriéronse al punto los grupos á derecha é izquierda, y dieron paso franco á un caballero de noble y altivo continente, que atravesó por medio de las oleadas populares con la misma gracia y desenvoltura que si estuviese en el Louvre en un dia de gala.

El círculo volvió á cerrarse detrás de él.

—Qué ocurre? Volvió á preguntar el jóven.

—Hablad, hablad, señor Ives.

—Ocurre, monseñor, que tengo en mi poder al famoso bandido Guillery, que me robó ayer á un cuarto de legua de nuestra buena ciudad.

—Cómo! Casi en las puertas de la poblacion?

—Es una infamia: debemos acabar con él.

—Muera, muera!

Una sonrisa imperceptible se deslizó por los labios algo desdeñosos del jóven, al examinar la presa que habia hecho Ives.

—Silencio, dijo al fin con un acento que dominó los clamores de las turbas.

—Echad abajo vuestra capucha, añadió dirigiéndose al que aparecia como supuesto pastor.

No obtuvo respuesta, ni hizo el preso el menor movimiento.

—Vamos á arrancársela, gritaron muchos.

Ives entonces le sacudió bruscamente por la capa y cayó la capucha.

—Toma! Dijo Juan adelantándose: si es Nicolás el sordo, el pastor de la Cruz Roja.

Un rumor sordo se esparció entre la multitud.

—Es imposible, esclamó Ives lleno de confusion: estoy bien seguro de que era él, pues le reconocí por su pelo negro. Estoy seguro de que esta es una pasada que me ha jugado el espíritu maligno.

Y hablando así hacia dar mil piruetas al desgraciado pastor, cuyas estúpidas miradas se fijaban en él con una especie de enajenacion, como si examinándole por todos lados tratase de convencerse de que el bandido no se habia evaporado completamente.

La multitud empezó entonces á reirse de él.

—Hola, señor Ives! Qué satisfecho estais, eh?

—Por Dios, que ha puesto una cara...

—Robado y mistificado! Qué gusto!

—Eh! No hay por ahí quien aplauda?

Y la multitud silbaba al que poco antes habia recibido como en triunfo.

—Silencio, truhanes; silencio, cuervos de mal agüero, grito el mercader temblando de cólera: y vos, señor Raoul, y tú, Juan, venid conmigo para aclarar este misterio, porque aquí anda indudablemente alguna maquinacion infernal.

—No digo lo contrario, respondió Juan; pero supongo, compadre, que otra vez dareis mas crédito á mis predicciones.

—Déjale en paz, Juan; repuso Raoul sonriéndose; y vos, señor Ives, soltad á ese pobre hombre, víctima de vuestra equivocacion.

Ives obedeció maquinalmente; separáronse sus dedos y el pastor se oscureció al punto entre el gentio.

—Y con todo, dijo el síndico, nadie me persuadirá de que ese pastor de Belzebú no está de inteligencia con los bandidos. Cuando le agarré se revolvia entre mis manos como un diablo verdadero. Acababa yo de oir la voz... aquella voz que jamás olvidaré, añadió el mercader poniéndose pálido, y al punto, gracias á Dios, se llenó mi corazon de ardimiento. ¿Qué mas podré añadir? ¿No habeis observado que al nombrarle la multitud Guillery! Guillery! no ha hecho el menor movimiento?

—¿Y no sabeis, compadre, replicó Juan, que Nicolás el pastor es sordo?

—Ya, pero...

—Nada, nada, sordo como una tapia y todo queda esplicado.

—Vamos, vamos, tranquilizaos, señor Ives, que ya daremos con el bandido, y este no se separará de nosotros sin que yo le conozca mas á fondo. Dime ahora, mozo, añadió dirigiéndose á Juan, ¿qué venias á hacer á Tours?

—He venido á convidaros para la boda de Jaquelina, monseñor.

—Hola! La rosa del Cher? Mi hermana de leche?

—La misma, monseñor.

—Pues bien, Juan, iré á fé de caballero. Iremos todos, no es verdad, señor Ives? continuó Raoul dando golpecitos en el hombro al preocupado mercader y mirando de soslayo á Juan.

—Ciertamente, monseñor: el honor, el deber, el reconocimiento...

—Esta es otra. Quién habla de eso? preguntó Raoul admirado.

—¿No considerais, señor Raoul, observó Juan, que el recuerdo de Guillery embarga todas sus potencias?

—Sosegaos pues, señor Ives; qué diablos! El resultado será que ireis con nosotros, no es eso?

—Si monseñor, contestó el mercader levantando al fin la cabeza que tenia inclinada sobre el pecho, y saliendo al parecer de su preocupacion: si, iremos todos.

—Cuantos mas locos, mayor alegría... dijo una voz á su oido.

—Ah! *Va de retro, Satanas!*... Monseñor, habeis escuchado?...

—Qué?

—La voz!!!... Estoy perdido... Es ella... La misma... La de ese condenado Guillery. Oh! Lo que es ahora, no hay remedio.

—Este hombre va á volverse loco, dijo Raoul á media voz: ya veo que no hay mas que un medio.

Y cogiéndole por el brazo, prosiguió:

—Venid conmigo, Ives, y hablaremos al corregidor, á quien espondremos lo conveniente: al mismo tiempo solicitaremos el apoyo del prebostazje.

—Si sí, gritó el mercader abandonando su estupor: vengan prebostes, sargentos, verdugos y hogueras. Viva! Yo quiero coger vivo á ese pícaro brujo. Oh! Quiero verle arder con mis mismos ojos.

Bajo la influencia del innoble instinto, llamado miedo, el síndico mercader aparecia feroz.

—Muera Guillery! Viva el rey! Viva el señor Raoul! esclamó Juan entusiasmado.

Y los tres desaparecieron por la vasta galería de la casa de ayuntamiento.

(Continuará)

LA BUENA Y LA MALA FORTUNA.

CUENTO POPULAR ANDALUZ,

RECOGIDO POR FERNAN CABALLERO.

FERNAN. Tio Romance, hoy necesito que me cuente V. un cuento.

TIO ROMANCE. ¿Otra tenemos? Señor D. Fernan, ya le he dicho á su mercé que lo que yo cuento no son cosas de papel, sino de idea.

FERNAN. Y yo he respondido que no le hace; así, adelante.

TIO ROMANCE. Señor, si son cosas de por la calle.

FERNAN. Tio Romance, á cada cual se le debe complacer á su gusto, y le digo á V. que me complace, y mucho, contándome un cuento.

TIO ROMANCE. No me diga V. mas, señor, que me ha cogido su mercé la blanda, y no hay que respingar. Tengo ya la memoria muy descolorida, y de muchas cosas no me queda sino un visito; pero en fin, echaré mano á cosa reciente (1).

Sobre una peña que está á los piés de una sierra, se ha encaramado y asentado un pueblo, á modo de nido de cigüeñas sobre una torre; no diré su nombre, que se cuenta el milagro sin mentar al santo.

Vivian en él dos hombres, á los que habian tomado por su cuenta la buena y la mala fortuna. Habianle puesto al uno D. José el *Colmado*, y al otro tio Juan *Miseria*. Principió D. José por vender por las calles lienzo y paño fino; puso después una tienda, luego se metió á pelantrin, y soplándole sin tomar resuello la buena fortuna, crió un caudal de los mas vastos del pueblo. Era el señor bien quisto, porque no era *estéril* ni agarrado, sino limosnero y buen cristiano. Los dineros no lo habian hinchado, ni el mucho tener engreido; no era pechisacado, sino llano como camino real. No tenia humo ni gastaba términos currusCantes, como les sucede á mas de cuatro que hablan supuesto, y todo aquello no es suyo, y por mas que se estudien, á lo mejor salen con una patochada, porque siempre la última palabra al centro va; resumidamente, eran D. José y los suyos buenas gentes, y en su casa, como en la de S. Basilio, eran todos santos, hasta el aguador.

En casa de Miseria, como que en donde no hay harina todo es mohina, lo que habia era hambres, desnudeces, grescas, chiquillos llorando, y sopapos para acallarlos.

Mandó un dia D. José á llamar á Miseria, que apareció que no se le podia agarrar ni con unas tenazas, ni hablar sino de verano (2), y se habria podido dar media peseta por no verlo. Traia un gesto que era menester darle de lejos el quién vive. Dijo al entrar:

—Alabado sea Dios: Dios guarde á su mercé, señor D. José.

—¡Y á tí tambien, hombre; qué mal enjestado y que frondio vienes!

—Ya, señor; si tengo dos varas de hambre y traigo las tripas que se quieren comer unas á otras; y barriga vacía, todo es sequía. Para eso que está su mercé tan esponjado y tan satisfecho, como que barriga llena á Dios alaba.

—Verdad es que no puedo quejarme.

—Ya lo creo que puede su mercé estar *requinto* (3), como que siempre le sale el pegujar á veinte y le carga la marrana (4), no que yo soy la prosulta (5) de la desdicha.

—Juan, en este mundo siempre ha habido, hay y habrá quien ria y quien llore; pero vengamos al caso. Te he mandado á llamar para que vayas al palacio de la fortuna y le digas de mi parte á la mia, que estoy satisfecho, y que no quiero mas; y te daré por tu mandado 200 reales con que te remedies.

En lugar de acoger con aleluya la buena propuesta, y una ocasion como en su vida se le habia venido otra á las manos, le entró á Juan Miseria la codicia y le dijo á D. José:

—¡Qué, señor! doscientos reales no son para levantar ni agachar á nadie; mire su mercé que el palacio de la fortuna está empingorotado allá donde Cristo dió las tres voces y nadie las oyó. Si me voy por el cañal me he de mojar, y si por las breñas me he de hallar con lobos y malas veredas; deme su mercé siquiera trescientos reales, que bien lo vale el mandado.

A D. José bien se le previnieron las triquiñuelas de Juan Miseria; á pesar de eso, le dijo que le daría doce duros, y quedaron convenidos. Pero al salir, como que ya le habia entrado á Juan Miseria la codicia, se volvió atrás, y le dijo á D. José que doce duros era poco.

—¿Quieres nueve? le contestó con mucha pachorra D. José.

—¿Señor, se está su mercé burlando? dijo Juan Miseria; con que no quiero ir por doce é iría por nueve!

—Pues no vayas, dijo D. José.

Miseria, al oir esta respuesta, se descuajaró.

—¿Y qué, me voy á quedar sin esos nueve duros que tanta falta me hacen? pensó el pobre, y volviéndose atrás le dijo al Colmado que iria por los nueve.

—¿Quieres seis? le respondió D. José.

—Buen subir es de pregonero á verdugo, le respondió Juan Miseria; por los seis no voy ni hecho trizas.

—Pues no vayas, dijo D. José.

Juan Miseria se fué; mas apenas llegó á la calle, cuando lo pensó mejor, pues el dinero le hacia mucha falta. Los ricos son los que matan ó sanan, dijo para su chaleco, y no hay sino agachar las orejas. ¡Ojalá hubiera ido por los doce! Bien dice el refran, que la codicia rompe el saco. Volviose atrás y le dijo al Colmado:

—Señor D. José, la necesidad carece de ley, voy por los seis estíticos.

—¿Quieres tres? le respondió el rico.

—El demonio que se rompa un par de zapatos y quizás la crisma, subiendo por esos vericuetos por tres malvados de duros! Vea V.! valiente puñado son tres moscas! Con Dios, D. José.

—Hasta mas ver, hijo.

Apenas estuvo Juan Miseria en la calle cuando pensó: ¿me he de quedar sin esos sesenta reales, yo que no tengo un cuarto, ni de dónde sacarlo?

Volviose de prisa atrás, y gritó desde la puerta:

—D. José, mire V. que voy por los tres *endinos* de duros.

—¿Quieres uno? dijo el rico.

—Si señor, respondió Juan Miseria mas *súpito* que un pistoletazo, y echose en seguida á correr antes que D José renovase su propuesta.

Después de subir y bajar por todo un dia por esos vericuetos, llegó á una peña tan alta y tan enriscada, que no tenia ni vereda de cabra, y hasta los rayos del sol se resbalaban en ella.

En el pinacho estaba encaramado el palacio de la fortuna, que era de alabastro legítimo, con puertas de oro puro. Cuando acabó de trepar y llegó á la cumbre entró en un patio como una plaza real, lleno de flores de todo el año, de frutales de todas estaciones, y de yerba siempre verde.

Empezó á llamar á voces á la fortuna de D. José el Colmado. Presentósele entonces una moza que le decia al sol quítate allá, lozana, blanca, rubia, cada mejilla parecia una rosa de á libra, y cada ojo una estrella planeta; traia mas faralaes que un tejado, y mas perendengues que tienda de joyero.

—¿Que me quieres? preguntó la moza muy fantasiosa.

—Aquí me envía D. José el Colmado para que le diga á su mercé de su parte que está satisfecho y no quiere mas; ¿se entera V., resalada sandunguera?

—Pues dile tú de la mia, respondió la buena moza, que le he de dar, quiera que no, hasta que se muera, porque así me da mi real gana, ¿estas? y ahora vuélvete por donde has venido, que me empestas mi palacio á miseria.

—¿Y no tiene ese esporton de rosas un favorcito para mí, mas que sea del tamaño de un cuarto de especias?

—Yo no soy tu fortuna y nada puedo por tí, le respondió la buena moza; pero aquí, á espaldas de mi palacio, está el de la tuya, anda, y platica con ella.

Y con eso se fué bailando como un trompo y cantando como un canario.

Saliose Miseria dando zancajadas, dió la vuelta al palacio, y se halló con el de su fortuna.

Era esta morada un derrumbo de piedras mas negras que mi corazon, que tenian entre cada grieta una vívora y en cada hendidura una culebra.

—¿Con que aquí es donde mora la fortuna mia? dijo Juan Miseria; tal el pájaro, tal el nido; voy á llamarla, que ganas tengo de ver su REPULIA cara.

Y se puso á dar voces.

Salió al punto de entre los escombros una vieja mas fea que la que engañó á S. Anton y apedreó á S. Estéban (1), con una boca sin dientes y unos ojos pitañosos sin pestañas.

—¿Qué me quieres? preguntó la vieja con una habla que parecia una matraca.

—Mandarte al demonio como una condenada que eres, respondió Juan Miseria.

—Pues sábete, dijo la vieja, que porque me cogistes dormida has ganado un duro.

Pues sino me hubieses cogido dormida,
Ni por los veinte reales venias.

EL HOMBRE FELIZ A PESAR SUYO.

I.

Brest cuenta con un puerto magnífico; Nantes con bellísimos monumentos, pero Landerneau posee un género de ilustracion escepcional y única en el mundo; tiene una luna que le es propia, y así se dice: *la luna de Landerneau.*

¡Gran particularidad! ¡Reputacion europea y verdaderamente me-

(1) Y tan reciente, que ahora poco vivian los dos tipos que presenta este cuento. Si dicen los franceses que en Paris corre la agudeza por las calles, con tanta mas razon podemos decir nosotros que pasea por los campos en Andalucía.

(2) De lejos.

(3) Contento, aventajado.

(4) Parir muchos lechones la cochina, tener suerte.

(5) *Non plus ultra.*

(1) Este dicho es un anacronismo, pues S. Estéban sufrió su martirio por los años 34, y S. Antonio Abad murió año 361; quizás indique la personificacion de la mala vieja.

recida, porque en ninguna otra parte aparece Diana con el rostro mas gracioso ni brillante. Esta observacion nos hace creer, y sea dicho de paso, que Endimion era probablemente natural de Landerneau, y sin duda habrá comprendido tambien el lector que nuestro relato va á conducirle al mismo punto. A él se habia retirado en efecto la viuda de Mr. Dumontel, comerciante de Brest, después de la muerte de su esposo con dos hijos gemelos de veinte años.

Amábalos tiernamente, y aunque los dos tenian igual derecho á su ternura, la hija ejercia sobre ella un ascendiente particular, que justificaban sus preciosas cualidades.

Si hemos de creer un dicho vulgar, los gemelos se parecen como los huevos, ó se diferencian de una manera absoluta: son muy bonitos ó muy feos, se aman con pasion ó se aborrecen cordialmente: no hay en ellos término medio.

Carlos y Severina justificaban el dicho: se asemejaban completamente, eran hermosos, y lejos de disminuirse el afecto que los unia desde la infancia, habia crecido con la edad.

Las mugeres se sacrifican, pero murmuran. Severina despreciaba esa abnegacion fingida, porque su mansedumbre era real, franca y sincera, pero dotada al mismo tiempo de una inteligencia viva y de una firmeza viril, cuando adoptaba un partido como el mejor, lo proseguia con una fuerza de voluntad que nada era capaz de contener.

Carlos era valiente, como hombre de corazon; pero su presencia de ánimo se desvanecia al menor obstáculo y cedia el puesto á la indecision. Contaba entre sus amigos á Faustino Beaumont, médico jóven, establecido en Landerneau, donde habia muerto su tutor, dejándole su heredero universal, y cuyo carácter merecia particular estudio. Era lo que llamamos un original, aunque sin calcular el efecto que podian producir sus singularidades, pues así habia nacido, y por lo tanto no hacia mas que obedecer á la naturaleza. Esteriormente, debemos decir que Faustino, á los veintiocho años era de una fisonomía noble y distinguida, aunque su traje, siempre en desacuerdo con la moda, le hacia perder muchas ventajas.



(Retrato de Catalina.)

La familia Dumontel acababa de abandonar el luto, cuando se vió amenazada con otra pérdida tan cruel como la primera. Carlos cayó enfermo repentinamente, y conociendo la gravedad de su mal, desde el principio mandó llamar á Beaumont, que poseia su confianza. El doctor comprendió tambien el peligro y se dedicó á conjurarlo con decidido empeño. Al mismo tiempo observó la ardiente solicitud con que la señorita Dumontel cuidaba á su hermano, y entonces tambien le ocurrió el pensamiento de que era bella y graciosa.

Después de la completa curacion de Carlos, Faustino continuó visitándole, aunque ya no como médico, y en sus conversaciones con Severina acabó de prendarse de ella y la galanteó, aunque á su modo.

Severina tambien habia juzgado á Faustino, conociendo que bajo una estraña corteza se ocultaba el hombre de mérito, cuyas buenas cualidades superaban en mucho á los defectos. Era además amigo de su hermano, á quien habia salvado la vida, de modo que no tardó en confesarse á sí misma, que solo con Mr. Beaumont podia ser dichosa.

Faustino por su parte, aunque decidido á pedir la mano de Severina, temia la burla de aquellos á quienes en otro tiempo habia acompañado á mofarse del matrimonio. Acordábase tambien de cierta perfidia femenina que le habian jugado en otros amores, y por último inquietábale la idea de encadenar para siempre su libertad al imperio que no podria menos de ejercer sobre él una muger amada.

Por fin, animado por Carlos, á quien habia confiado su afan, se decidió. Severina, aunque lisonjeada por aquel paso, dudó tambien, considerando el carácter singular del pretendiente. Carlos defendió con calor la causa de su amigo, y la buena madre dió su consentimiento.

La ceremonia quedó aplazada para dentro de un mes.

Ninguna nube oscurece las semanas que preceden al matrimonio y que completan una luna mucho mas hermosa que la de miel, tan ponderada, y que tantos desengaños descubre.

Aunque Faustino no era muy dado al mundo, se impuso la obligacion de acompañar á aquellas damas; de modo que hallándose siempre al lado de Severina, se encontraba fuera de su centro. La admiracion unánime que inspiraba su novia, lisonjeaba su vanidad mas bien que su amor, y al mismo tiempo le importunaban aquellos homenajes. Ocurriole pues ser anticipadamente celoso y dejarlo conocer. Hubo mas: algunos amigos suyos, apóstoles fervientes del celibato, le hacian darse á los diablos, al paso que le cumplimentaban por su ventura, recordándole como por casualidad algunos epigramas anti-matrimoniales que poco antes habia soltado, y añadiendo que solo una pasion profunda podia obligar á tan grave doctor á renegar de sus antiguas convicciones.

Faustino pateaba, y su mal humor era tal, que la viuda Dumontel se alarmaba respecto al porvenir de su hija; esta, no obstante, observaba sin inquietud á su prometido y estudiaba el arte de atraerlo, segura del éxito.

II.

Cierto dia que el doctor se hallaba entretenido hojeando una obra de medicina, le distrajo de su exámen un ruido que al parecer provenia de la puerta de su gabinete.

—Id con Dios, no podeis verle, decia su ama de gobierno.

—Pues yo os digo que le veré, y será ahora mismo, contestó una voz que no parecia desconocida á Faustino.

Mientras consultaba sus recuerdos abriose la puerta, y la persona que acababa de hablar entró precipitadamente. Era una muger como de cincuenta años, de buena presencia y vestida de aldeana, que arrojando un grito de alegría estrechó á Faustino entre sus brazos. El médico se levantó, y dijo después de sufrir aquel rudo encuentro:

—Sin duda os equivocais, buena muger. ¿Quién sois? ¿qué me quereis?

—¡Jesus María! respondió la vieja. ¿Pues cómo así? *Tinico*, ¿no conoces ya á aquella Catalina que te crió? Mírame bien.

Beaumont la miró despacio, y en seguida la dió un estrechísimo abrazo.

—¡Cómo! ¿Con que eres tú, querida mia? esclamó con verdadera alegría. ¡Cuánto me contenta el verte! Vamos, ¿y qué te trae por aquí?

—Yo te lo diré, hijo mio; pero déjame respirar, porque estoy loca de gusto. ¡Cá! Si estás ya hecho todo un hombre... y doctor, segun me han dicho.

—Supongo que no buscarás otra casa en Landerneau.

—Por supuesto, *Tinico;* pero ya se me ha olvidado lo que iba á decirte.

—Irias á contarme lo que te ha ocurrido desde nuestra separacion.

—Eso es. Después que te marchaste á seguir los estudios, siempre pensaba yo en tí y tenia miedo de que te echasen á perder en Paris. En fin, murieron tus padres casi á un mismo tiempo, y ¿qué iba á hacer yo en Morlaix? Volví á mi aldea, y allí encontré un buen muchacho que se prendó de mí: me casé, y me llevé muy bien durante diez años con mi pobre Nedelec, hasta que el Señor lo llamó para sí. Al verme viuda me ha disgustado la tierra; y sabiendo que estabas aquí, me he puesto en camino, y ya me tienes en Landerneau.

—Muy bien; pero no me has dicho lo que te trae á esta poblacion.

—¡Buena pregunta! Supongo que despedirás á esa pécora que nos está escuchando, y que yo seré tu ama de gobierno y tu cocinera, pues son cosas que entiendo perfectamente. En cuanto á mis gajes,



(El doctor Faustino Beaumont)

me darás poco ó nada, pues para mí es lo mismo. Ea, van á traer mi equipaje, y me instalo en la casa.

Diciendo así, sentose la buena muger después de haber enjugado el sudor que cubria su frente, y las lágrimas que le hacia derramar el placer de haber visto á su amo.

Esta conducta estraña, pero afectuosa, debia agradar al doctor: así, Catalina fué desde aquel dia el *fac-totum* de la casa. Al saber el matrimonio de Faustino, conoció que iba á escapar de sus manos la autoridad; pero se consoló con la esperanza de que no faltaria algun chiquillo á quien hacer dormir.

III.

Llegó por fin el dia de la boda: el matrimonio debia celebrarse á las seis de la tarde en la iglesia de San Eduardo, cerca de la cual vivia la familia Dumontel.

Beaumont pasó á casa de su novia. Recibiole Severina afectuosamente, segun costumbre, y no fué menos cordial la acogida que le hicieron la viuda Dumontel y Carlos.

Después de comer visitó el doctor á algunos enfermos, cuya situacion exigia sus cuidados, y por último fué á pasar el rato á una sociedad compuesta de los principales habitantes de la ciudad, con el objeto de leer los periódicos.

Su mala estrella le condujo á aquel sitio, pues al punto se vió rodeado y felicitado irónicamente por su felicidad. Un escribano fué quien mas le persiguió. Beaumont afectó la mayor indiferencia, y declaró que todas las chanzonetas del mundo serian inútiles para hacerle variar de propósito.

—Cuidado, dijo el escribano, porque se os pueden decir cosas... que os darian que pensar.

Beaumont se encogió de hombros.

—Aunque me enseñeis en la pared un escrito revelador, como el del festin de Baltasar, nada creeré.

—¿Con que estais decidido?

—¡Oh! sí por cierto.

—¿Y nada es capaz de inquietaros?

—Nada: cuando tomo mi partido nunca me vuelvo atrás, porque aborrezco *los proyectos que fracasan...*

Esta alusion á una boda que se le frustró al notario, lo exasperó; mordiose los labios, y se retiró sin replicar.

Pero la tranquilidad de Beaumont solo era aparente. Después de leer los periódicos, volvió á su casa, y empezó á vestirse para la cere-

monia. Lo que acababa de oir y su misma incertidumbre le atormentaban; acaso pensó mas de una vez que todavia estaba á tiempo de remediarlo todo.

—No, añadia al punto; las cosas están ya muy adelantadas. ¿Y qué razon puedo alegar? Ella me ama, y yo... ¡Ah! Esos burlones me han trastornado la cabeza.

Durante su monólogo acabó de vestirse, y viendo que le faltaban los guantes, abrió un cajon de la cómoda para sacarlos: los encontró efectivamente después de revolver mil objetos, pero vió á su lado un atadito de papeles.

—¡Ah! esclamó estremeciéndose: las cartas de Sofía: esto parece una advertencia del cielo, un presagio, como dicen en este pais.

Abrió las cartas, colocadas por órden de fechas, y las recorrió: á medida que se engolfaba en aquella lectura oscureciase su frente y su sonrisa se hacia sardónica. Por último, encendió una bujia y las acercó á la llama.

—Ya se evaporan, dijo al ver que se quemaban; se convierten en humo, como el amor de la coqueta. ¡Ah, mugeres, mugeres! Al observarla, cualquiera la hubiera creido un ángel de candor y de inocencia; y sin embargo era la misma astucia y la misma hipocresía.

Después de la resolucion que acababa de tomar paseó sus miradas por el aposento, como para buscar una distraccion, y vió su violin: lo cogió, creyendo que su armónico idioma cambiaria el curso de sus ideas, y empezó á tocar un *andante*. Aquella melodia sin embargo era escaso lenitivo para su ansiedad, porque necesitaba ruido y desórden. Después de haber tocado algunos compases, colocó sobre el atril un cuaderno de valses; pero descontento é impaciente, los arrojó al suelo en seguida, y puso en su lugar un *nocturno* que pertenecia á Severina, y que la habia él pedido para estudiar la parte de violin. Lo abre, se detiene en un trozo señalado por un papel, y empieza á indicarlo en sus cuerdas con la punta del arco; pero sus ojos distraidos se fijan insensiblemente en la misma señal; es el fragmento de una carta rota, cuya letra revela la mano de un hombre; recórrela sin saber lo que hace, y lee lo que sigue:

tu casamiento
de semejante traicion.
me he acordado de tu promesa
puse furioso al pronto, pero después
no puedo cesar de amarte.
escribirte á pesar de todo para dirigirte

Vuelve rápidamente el papel, y examina el sobre que decia:

Severina Dum...
en casa de su señora madre.

(Se concluirá)

DOS SECRETOS,

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion del capítulo IX.)

D. Ramiro no se intimidó, descargó mas furiosos golpes, y abriera algunos claros en las filas de los arqueros del alcaide; pero procuraba huir siempre del sitio en donde peleaba D. Pedro Ponce de Leon. Este, por el contrario, buscaba á EL CABALLERO, y la suerte le proporcionó lo que anhelaba con afan. Luego que D. Pedro se encontró frente á frente de D. Ramiro, se arrojó sobre él espada en mano. EL CABALLERO hubiera podido evitar el golpe y esconder su acero en el pecho de su contrario; pero como el conde de Niebla le habia encargado que respetara siempre la vida de D. Pedro Ponce de Leon, y además no queria poner entre él y Doña Flor un lago de sangre que hiciera imposible el logro de su amor, paró con la mano izquierda la estocada que le dirigió el señor de Marchena, y bajó la punta de su espada para que no se hiriera con ella el alcaide, que ciego de ira se precipitó sobre D. Ramiro, abrazándolo fuertemente.

En vano pugnó el brioso jóven por desasirse del Alcaide con la rapidez que debia hacerlo para defenderse y ofender á sus numerosos enemigos; D. Pedro neutralizó todos sus esfuerzos, y en pocos instantes cayeron sobre él tantos hombres de armas y ministriles, que fué vana la resistencia, y quedó prisionero del hombre cuya vida habia defendido pocas horas antes, y á quien no habia querido dejar á sus piés hacia un momento.

Preso el jefe, se desbandaron los parciales del conde de Niebla, y solo se mantuvieron firmes los fieles criados de D. Ramiro, que perecieron casi todos con el noble aunque vano intento de rescatar á su señor. Muy satisfecho Ponce de Leon con la prision de EL CABALLERO, lo entregó á sus guardias para que lo llevaran al alcázar, custodiándolo cuidadosamente; y acompañado del almirante de Castilla, de Colmenares y otros caballeros, hizo una ronda por la ciudad para restablecer la calma que habian turbado algunas horas antes.

Hernando acompañó á D. Ramiro espada en mano al comenzarse la refriega; pero de repente debió presentarse á su imaginacion algun proyecto de grave importancia, porque huyó del combate, entró en el sombrío palacio, subió la escalera, cruzó varias cámaras, llegó á su dormitorio, abrió un mueble de pesada encina con una llave que llevaba al cuello pendiente de un cordon de seda, sacó una cajita, la abrió, y tomó un pergamino que estaba cerrado y sellado. Lo ocultó cuidadosamente entre sus ropas, volvió á cruzar las cámaras, bajó la escalera, salió á la calle; pero en vez de tomar la direccion que debian seguir los combatientes, tomó la contraria á buen paso y desapareció entre las sombras.

CAPÍTULO X.

LOS DOS PERGAMINOS.

Luego que el señor de Marchena y sus amigos se cercioraron de que estaban completamente vencidos, diseminados y fugitivos los amigos de D. Juan Alonso de Guzman, se dirigieron al alcázar dispuestos á condenar á muerte al intrépido D. Ramiro y á llevar á cabo la sentencia inmediatamente, para aterrar con este nuevo golpe á los que conservaran algun ánimo, y desacreditar al partido cortando la cabeza á su jefe bajo la horrible acusacion de un premeditado asesinato. D. Pedro Ponce de Leon queria dilatar la sentencia y hacer antes algunas averiguaciones, pero Colmenares sostenia que eran inútiles de todo punto, y se adherian á su opinion casi todos los caballeros, secundando perfectamente la impaciencia de D. Enrique, que creia al preso poseedor del pergamino de Fortun.

Con jueces que se habian propuesto ser en vez de jueces verdugos, no se necesitaba proceso, y en una especie de conversacion amigable se decidió que D. Ramiro seria degollado al salir el sol, ó lo que era lo mismo, una hora después de dictada la sentencia, pues comenzaba á despuntar la aurora, cuando dieron su fallo los nobles amigos del alcaide. Tomada la resolucion, se dictaron las disposiciones necesarias para improvisar un tablado y tener dispuesto un verdugo; varios caballeros se encargaron de hacerlas cumplir inmediatamente, y Colmenares se apropió la custodia del preso, que como hemos dicho, estaba en el alcázar guardado por algunos arqueros del alguacil mayor.

El primer cuidado de Colmenares fué informarse de las palabras que habia pronunciado D. Ramiro; pero supo con el mayor contento que no habia desplegado los labios, causándole no poco asombro que no hubiera pedido hablar á D. Pedro Ponce de Leon. Aunque la conducta del prisionero debia tranquilizar á D. Enrique, tomó las mas esquisitas precauciones para que no supiera su sentencia, y lo incomunicó enteramente, paseándose él mismo ante la puerta de la prision.

Mucho mas tranquilo que Colmenares, se paseaba el heróico jóven al lado opuesto de la puerta, sin acordarse del peligro que amenazaba su cabeza, y pensando únicamente en la suerte que habria cabido á los parciales de D. Juan Alonso de Guzman. En medio de sus meditaciones, tenia alguna vez remordimientos de haber salvado la vida al señor de Marchena, y sobre todo de haber bajado, cuando lo acometió el alcaide, la punta de la espada, causa fatal de su prision y de la ruina de los parciales del tutor. Pero sondeando detenidamente lo mas hondo de su conciencia, encontraba que en el primer caso habia obrado como un cumplido caballero, y seguido en los dos los consejos é instrucciones del honrado conde de Niebla. Esta conviccion lo tranquilizaba y alzaba la frente con orgullo, sin acordarse de que muy en breve podria abatírsela el verdugo.

El señor de Marchena se habia quedado solo en su cámara; Nuño se presentó con su severo continente y su silencio sepulcral, se adelantó algunos pasos hácia el alcaide, y se quedó en actitud de esperar órdenes.

—¿Qué quieres, Nuño? le preguntó D. Pedro Ponce de Leon.

—¿Teneis que mandarme, señor? preguntó á su vez el escudero.

—Han decidido mis amigos que EL CABALLERO perezca en el cadalso al salir el sol, dijo el alcaide con vivas muestras de no aprobar en el fondo de su alma la sentencia que habia mandado ejecutar.

—Peleaba bien, y mucho se alegrarán los moros; murmuró Nuño bruscamente.

En este momento oyeron voces de altercado en la antecámara, y un instante después entró Hernando seguido de dos ó tres criados, que se detuvieron en presencia de su señor.

Al encontrarse frente á frente Nuño y Hernando, dieron un paso el uno hácia el otro con cierta espresion de alegria; pero se detuvieron de repente, se dirigieron una mirada desdeñosa, y Hernando se acercó al señor de Marchena, y le dijo:

—Señor, corre de boca en boca la nueva de que D. Ramiro será degollado al salir el sol.

—Es verdad, respondió el alcaide friamente.

—¿Habeis firmado vos, señor, esa sentencia?

—La he firmado.

—Yo os aseguro que D. Ramiro es inocente.

—Tenemos motivos para juzgarlo criminal.

—No solamente es inocente, sino, lo que es mas, os salvó la vida en la plaza de la Catedral.

—Venga la prueba.

—La hemos perdido.

—En ese caso no te daré crédito.

—No importa. Yo soy un antiguo escudero del conde de Niebla.

—Lo sé.

—Pues bien, un escudero del conde de Niebla, vuestro enemigo, os pide de rodillas la vida del mas valiente caballero que batalla en Andalucía, dijo el escudero arrodillándose.

—No puedo concederte lo que me pides, escudero.

Hernando se levantó, y dijo:

—Ya que no condescendeis á mi ruego, os pido, señor, en nombre del conde de Niebla, la vida y la libertad de D. Ramiro.

—¿Es una amenaza? preguntó el alcaide con altivez.

—Es una súplica, señor, respondió Hernando humildemente.

—Si el conde de Niebla supiera que me suplicas en su nombre, mandaria que te arrancaran la lengua y la daria á comer á sus perros.

—Yo no os suplicaria en nombre de mi señor, sino estuviera autorizado para ello.

—Para dar crédito á lo que me dices, necesitaria verlo escrito por a mano de tu señor.

—Suspended la ejecucion algunos dias, y os respondo con mi cabeza de que tendreis lo que pedís.

—Es imposible.

—¿No puede suspenderse la ejecucion?

—Ni una hora.

—En ese caso leed, señor, y no morirá D. Ramiro.

Hernando presentó al alcaide el pergamino que habia guardado con tanto esmero; D. Pedro lo desarrolló, vió la firma del conde de Niebla, y empezó á leer lo que habia trazado la mano de D. Juan Alonso de Guzman. A las primeras palabras se cubrió de rubor el rostro del señor de Marchena, á este rubor siguió una palidez mortal, y cuando llegó de nuevo á la firma, ocultó el alcaide su turbada faz entre las manos, preguntando al mismo tiempo al escudero:

—¿Es cierto, Hernando, lo que firma aquí el conde de Niebla?

—La firma del conde de Niebla no necesita la garantía de la palabra de un criado, repuso Hernando, mirando frente á frente al alcaide como si mirara á un su igual.

—Nuño, traeme inmediatamente á D. Ramiro, dijo el alguacil mayor.

El escudero se inclinó con el mayor respeto, y salió. D. Pedro iba á dirigir mil preguntas á Hernando, pero le cortó la palabra la llegada de Doña Flor.

—Es inocente D. Ramiro, dijo la jóven presentándose con el terror en el semblante y la angustia en el corazon.

—¿Es inocente? murmuró el señor de Marchena respondiendo á su pensamiento mas bien que á las palabras de su hija.

—¡Sí, padre mio! esclamó Doña Flor, creyendo que la interrogaba su padre.

En este momento se presentaron en la puerta EL CABALLERO, D. Enrique y Nuño. Al ver Colmenares un pergamino en manos del alcaide, retrocedió rápidamente: D. Ramiro y Nuño pasaron el umbra: la puerta se cerró tras ellos.

El señor de Marchena tenia cogida con la mano izquierda la diestra de su hija, tendió la derecha, en la cual conservaba la carta del conde, á D. Ramiro. Este la cogió con respeto y murmuró:

—Supuesto que os ha dicho Hernando que os salvé la vida en la plaza de la Catedral, no lo niego; y si no ciño vuestra espada es porque la perdí al caer al rio.

—Abraza, Doña Flor, á tu... dijo el alcaide, interrumpiéndole la frase su emocion.

Los dos jóvenes dieron un paso el uno hácia el otro.

—Hermano! murmuró D. Pedro.

Los dos jóvenes se quedaron inmóbiles como dos estatuas.

El alcaide los atrajo á su seno, y añadió:

—Abrazad los dos á vuestro padre.

Las frentes de Doña Flor y D. Ramiro se tocaron sobre el pecho del señor de Marchena, pero los dos permanecieron mudos. Hernando dijo al escudero del alcaide:

—Ven á mis brazos, Nuño, que nosotros tambien somos hermanos.

Nuño se arrojó en los brazos de Hernando sin proferir una palabra. Aquellos dos viejos guerreros no se habian hablado en veinticinco años, precisamente el tiempo que llevaban de enemistad D. Juan Alonso de Guzman y D. Pedro Ponce de Leon.

—Gracias á Dios que doy con vos, dijo Alfonso de Peralta, entrando seguido del barquero, y encarándose con D. Ramiro.

—Gracias, Peralta, repuso EL CABALLERO acercándose al veterano.

—No he llegado antes, porque no he podido hasta ahora echar la vista encima á este perillan; y como no ha querido entregarme lo que me encargasteis, os lo traigo para que lo hagais desollar vivo.

—Perdon, señor, dijo Fortun arrodillándose á los piés de D. Ramiro.

—El pergamino, repuso EL CABALLERO con la severidad de un juez.

Fortun rompió una parte de su túnica, sacó un pergamino, y lo puso en las manos de D. Ramiro. Este lo pasó á las de su padre diciéndole:

—Leed, señor, vuestra sentencia de muerte, y conoced vos solo el nombre del que trató de asesinaros.

Don Pedro leyó el pergamino y murmuró:

—Todo lo comprendo.

Sin embargo, tuvo bastante grandeza de alma para romper el pergamino y decir á Fortun:

—Huye de Sevilla y no digas á nadie el nombre que acabo de romper, Fortun.

El barquero no necesitó que le repitieran la órden, y un cuarto de hora después estaba fuera de los muros de Sevilla: delante de él huia Colmenares, causa de las sangrientas escenas que habian diezmado la ciudad.

—¿Teneis que mandarme, D. Ramiro? Preguntó Peralta á EL CABALLERO.

—Tengo mucho que agradeceros, señor Alfonso de Peralta, respondió D. Ramiro.

—Pues hasta que el uno tenga necesidad del otro.

Salió Peralta y se quedaron los mismos cinco personajes que estaban antes de su entrada; Nuño y Hernando, aunque merecian toda la confianza de sus señores, creyeron prudente dejarlos en absoluta libertad, y se retiraron; Doña Flor sabia que era la amante de su hermano, y no necesitaba saber mas; únicamente D. Ramiro tenia un grandísimo interés en descubrir lo mas profundo del secreto, y dijo á D. Pedro.

—Señor, creo que esa carta me pertenece.

D. Pedro le dió el pergamino; D. Ramiro leyó para sí lo siguiente:

«D. Pedro Ponce de Leon, señor de Marchena, sedujisteis á una hermana de D. Juan Alonso de Guzman, conde de Niebla; marchasteis á la guerra sin haberos casado con ella, y la desgraciada descubrió su deshonra al conde, dió á luz un hijo y espiró. El fruto de vuestro crímen es D. Ramiro. Guardad este secreto, que es el secreto del odio que nos divide, y dividirá á nuestras familias mientras vivais, como yo lo he guardado durante veinticinco años, y lo guardaré mientras viva. *D. Juan Alonso de Guzman, conde de Niebla.*»

Luego que D. Ramiro concluyó de leer la carta hizo con ella lo que habia hecho el alcaide con el pergamino de Fortun, sin que D. Pedro le pusiera el menor obstáculo. Después dijo con firme acento:

—Todos guardaremos fielmente el secreto de mi nacimiento. Para vos seré un hijo, para Doña Flor un hermano, para el conde de Niebla lo que quiera llamarme, para el mundo lo que he sido hasta hoy. Saldré de Sevilla ahora mismo, habitaré siempre en la frontera, mi apellido serán mis hechos, será mi espada mi blason.

Dichas estas breves razones, besó la mano de su padre; se llegó después á Doña Flor, y la dijo al oido:

—Es preciso que tambien sea para todo el mundo un secreto la historia de nuestro desgraciado amor.

D. Ramiro salió inmediatamente de la cámara, y momentos después de Sevilla, acompañado de su fiel Hernando; Doña Flor profesó pasado un año, en Santa María de las Huelgas. El uno murió con la fama de la mejor lanza de su tiempo; murió la otra casi en olor de santidad.

JUAN DE ARIZA.

FIN.

LA FLOR DE RESEDA.

LEYENDA ORIGINAL.

V.

SIEMPRE Y JAMAS.

Silenciosa está la noche,
limpio y estrellado el cielo,
la luna con triste velo
cubre del mundo la faz;
solo se escucha el murmullo
del agitado torrente,
ó entre las hojas se siente
del aura el beso fugaz.

Bajo su manto de sombra
envuelve el sueño callado
la memoria del pasado,

la esperanza y el dolor:
en tanto que á sus hijuelos
cobija el ave en el nido,
y tal vez se oye un gemido
de amoroso ruiseñor.

En un estremo del muro
del almenado castillo,
se ve de una luz el brillo
de una ventana á través;
la estancia de Inés alumbra
aquella luz, que revela
que álguien tras del muro vela,
y que quien vela es Inés.

Ya ha pasado el tercer dia
desde que una cruel historia,
que atormenta su memoria,
su padre le reveló,
y aun no ha tocado sus ojos
el dulce y lánguido sueño
con el bálsamo halagüeño
que otras veces los cerró.

Junto al bosque de jazmines
y en el banco de verdura,
se divisa la figura
de Ricardo en el jardin;
su vista inmóbil contempla
los vidrios de la ventana,
donde una sombra liviana
se pinta ó se pierde al fin.

Tal vez profundo suspiro
lanza su pecho apenado,
ó se remueve agitado
por vigorosa inquietud;
tal vez absorto en su pena
del mundo esterior ausente,
acaricia indiferente
las cuerdas de su laud.

Acaso un tenue sonido
vibra el sonoro instrumento,
remedando al leve acento
de suspiro virginal;
entonces el pobre jóven
trémulo la vista gira,
y al fin su mirada espira
en el diáfano cristal.

Brotan de su labio ardiente
palabras que nada esplican,
aunque por demás indican
que salen del corazon:
de esas palabras sin nombre
que á comprender solo alcanza
el que llora una esperanza
convertida en ilusion!

Palabras que son el grito
de un invisible combate,
en que sangrienta se bate
con el amor la virtud;
y en cuya terrible lucha
cuando la virtud escede,
el amor solo hallar puede
cadenas y esclavitud.

—Inés... mi vida... Deshonra!
no, jamás! Sé que me ama,
sí... mas ojalá su llama
fuese horroroso desden!
yo la amaré siempre, siempre,
¿qué mas mi pecho ambiciona?...
Pero, vale una corona
su amor!... Calla, lengua, ten.

¿De qué me sirve un cariño
que solo á mi bien ofende?...
Mas... si es cierto que ya enciende
su tierno pecho mi amor!...
Oh! no, loco pensamiento:
en qué mi recelo estriva?
en que afable y compasiva
me cedió una pobre flor!

Una flor que vale un mundo
de preciosas ilusiones...
Mas, ¡ah! yo sueño visiones:
pobre loco, adónde vas?
olvidas que ya en el mundo
solo te halaga, precaria,
una tumba solitaria,
una tumba, cuando mas?...»

Así espresaba Ricardo
á solas su amarga pena,
reforzando la cadena
de su imposible pasion:
quedó en silencio un instante,
y alzando su faz tranquila:
—¿Qué temor, dijo, aniquila
mi firme resolucion?...

Luego de un laud sonoro
por diestra mano pulsado,
sintióse el eco apenado
por los ámbitos volar;
eco dulce y plañidero,
á cuya triste armonía
con tierna melancolía
oyóse una voz cantar:

«Nace la flor en el valle
tierna, delicada y pura,
y entre mares de verdura
abre su cáliz al sol:
brilla en su seno el rocío,
dulcísimo aroma exhala,
pero el sol quema su gala
y marchita su arrebol.

»Por vez primera los vientos
cruza inocente avecilla,
la dicha en sus ojos brilla,
de gozar tiene hambre y sed:
sobre lozana pradera
ve delicioso alimento,
va á tocarlo, y al momento
la oprime traidora red.

»Yo soy la flor delicada
entre la yerba escondida,
que apenas sintió la vida
un rayo de sol quemó:
soy ave que los espacios
cruzó en pos de una esperanza,
y al soñar dicha y bonanza
presa entre redes quedó.»

Cesó la dulce armonía
y como triste lamento,
el eco repitió lento
la postrera vibracion:
quedó después todo en calma,
siguió silencio imponente,
solo se oia del torrente
la contínua ebullicion.

Abriéronse los cristales
de la gótica ventana,
y en ella, mano liviana
rápida se vió asomar;
y al retirarse ligera,
caer lento al pié del muro
un objeto que en lo oscuro
vióse oscilando bajar.

(Continuará.)

FRANCISCO J. ORELLANA.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 35.

Mas vale pájaro en mano, que ciento volando.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

IMPRENTA DEL SEMANARIO PINTORESCO É ILUSTRACION
A cargo de G. Alhambra.



VISTA DE LA CHAUX-DE-FOUDS (SUIZA).

La mayor parte de los viajeros del mundo, pasando por Francia, entra en Suiza por Génova. Hoy que se ha inaugurado ya el camino de hierro de París á Strasburgo, en muy poco tiempo se va de París á Bale, ciudad que todos los viajeros anhelan por ver. Sin embargo, para los que no gustan de esa celeridad maravillosa, y sí de los bellos paisajes fecundados por el Jura, quedan aun entre Bale y Génova, caminos menos frecuentados de carretera.

Tambien se puede llegar hasta Dijon por el ferro-carril: á cualquier hora se encuentran allí carruajes para Beçanzon, donde verdaderamente comienza el viaje pintoresco, y las risueñas montañas que dominan la capital del Franco-Condado.

Desde Beçanzon hay muchas sendas, aunque peligrosas, para llegar á Neufchâtel. Tiene el viajero que atravesar por Ornaus, Pontartiers, le Val-Traveas y Motiers, ó por los valles de Morteau y de la Chaux-de-Fouds.

Un dia entero emplea la diligencia desde Beçanzon á la Chaux-de Fouds, espacio que en dos horas recorreria una locomotiva; y luego hay que apearse para trepar las colinas, á riesgo de bajarlas de cabeza como se deslice un pié. Esto puede servir de ensayo al que tenga que pasar los Alpes.

El aire de las montañas despierta el apetito grandemente; pero por fortuna, al pié del camino pastan rebaños que pueden surtir de leche, y hay tambien donde el viajero se provea de frutas. Por lo comun se almuerza en el pueblecito de Abondray, en cuya posada modesta y abundante, aunque no en cosas de gusto, sirven al viajero con muy buen agrado y módicamente. El único cuadro de toda la sala, es de encina sin pintar, con este letrero en medio de grandes letras negras: *Dios solo*. Todos nos admiramos de aquel lema religioso y sencillo, mucho mas elocuente que libros y que lienzos magníficos. Uno de nuestros rústicos comensales, que no sabia leer, nos preguntó el significado de aquella misteriosa inscripcion, y en su silencio, cuando lo supo, echamos de ver que un pensamiento muy grave habia sin duda venido á turbar su hambre. El alma de aquel viajero se habia elevado á la contemplacion de aquella omnipotencia, cuyas magníficas obras íbamos á admirar en breve.

A poca distancia se aparece de repente el valle de Morteau como un anfiteatro de verdura, valle en que se goza de los placeres de la soledad y de la amable compañía de sencillos labradores. Ni gritos ni ruido, á escepcion de los cencerros de las vacas.

Costeando el Doubs, se sale del valle, y se atraviesa Villiers, puesto aduanero, y á la caida de la tarde se llega á Locle, laboriosa y rica aldea casi destruida por un incendio en 1833, pero que gracias á sus activos moradores renace de sus cenizas como el fénix. Desde aquí á la Chaux-de-Fouds apenas hay tres horas de camino.

El orígen de esta poblacion es, segun dicen, menos antiguo que el de Breuets y Locle. En 1512 solo se componia de ocho ó diez casas, y sus vecinos vivian de la caza; en 1518 ya elevaron una capillita á S. Huberto; en 1536 penetró el protestantismo en el valle: en 1656 Enrique II de Orleans le concedió en Rouen derechos de pueblo; y en 1757 llegaban á 2,000 los habitantes, y á pesar del incendio de 1794 cuya perdida se valua en 1.500,000 libras, los progresos de la poblacion han sido tales, que en 1830 contaba 7,000 almas, y hoy pasa de 13,000.

EL HOMBRE FELIZ A PESAR SUYO.

(Conclusion.)

III.

La duda era imposible; aquel fragmento de una carta dirigida á su novia, la acusaba de una traicion: era la queja de un amante abandonado. La cabeza de Beaumont empezó á exaltarse, y él no tardó en discurrir agitado por su gabinete, sin acordarse de que el tiempo trascurria.

De pronto se abrió la puerta y entraron dos amigos suyos, que debian servirle de testigos.

—¡Cómo, doctor! esclamó uno de ellos, que era aficionado á la poesía y habia escrito el epitalamio. ¿Tocabas el violin? ¿Esculapio se distrae así con Apolo, mientras Hebe le espera para escanciarle el néctar?

—Vamos, añadió el otro jóven, comerciante y almacen de dichos agudos: he aquí llegado el plazo; es preciso pagar en metálico sonante para que no protesten la letra.

Faustino pareció como que despertaba de un letargo: miró al reloj, y sin pronunciar una palabra acabó de vestirse.

Las circunstancias no le permitian aclarar sus dudas, y sin embargo no podia ahuyentar un secreto terror; hubiera querido retardar

la ceremonia, pero conocia la imposibilidad en que se veia de dar este paso.

Se decidió pues á salir con una vacilacion muy parecida á la repugnancia.

En aquel momento le entregó Catalina una carta que acababan de llevar. Beaumont, entregado á sus pensamientos, la metió en el bolsillo del chaleco y apresuró el paso con sus compañeros.

Al llegar á casa de la señora Dumontel, le recibió Severina con su acostumbrada afabilidad. La viuda le regañó amistosamente por su inexactitud, y Carlos le estrechó la mano.

Dirigiéronse al punto á la iglesia de San Eduardo, donde ya les aguardaba el doctor y empezó la ceremonia. Los asistentes, que eran várіos convidados á la boda y algunos curiosos, permanecian en el mayor recogimiento. Catalina rezaba su rosario con un fervor ejemplar, y admiraba la juventud y apostura de los novios.

En cuanto á Faustino, solo podemos decir que cada vez atormentaba mas su turbada imaginacion. Comentaba el pedazo de carta hallado en el cuaderno de Severina, componia una novela, en la que hacia el papel mas triste, y reuniendo las chanzonetas é indicaciones que se le habian dirigido, convirtió en realidades sus sospechas.

Impulsado por una especie de fiebre, desgraciado é indeciso, se habia quitado y puesto dos veces los guantes, y habiendo metido casualmente la mano en el bolsillo del chaleco, encontró la carta que le habia dado Catalina, la sacó, la abrió sin pensar lo que hacia, y después de recorrerla, se fijó en su contenido.

Este se reducia á lo siguiente:

«Caballero:

Os engañan; la señorita Dumontel no os ama y sí á otro. Razones de familia y de interés que os son fáciles de conocer, la han obligado á aceptar la oferta de vuestra mano. Después del matrimonio, tened cuidado con los recuerdos.

UN AMIGO VUESTRO.»

Esta carta fué para Beaumont una luz repentina, y ya no dudó: Severina se casaba con él por su posicion, por su fortuna, no por cariño. Un sentimiento de despecho conmovió toda su alma.

La voz del rector se dejó oir al mismo tiempo y pronunció las palabras sacramentales:

—Faustino Beaumont, ¿recibís por vuestra legítima esposa á la señorita Severina Dumontel, que está presente?

Este era como un desafío arrojado á la indignacion del jóven médico, que irguió la frente y contestó con acento firme:

—No!

Los circunstantes se admiran; Severina dirige al celebrante una mirada de asombro; la señora Dumontel se acerca á su hija, y Carlos frunce el entrecejo.

El rector, que conocia el carácter escéntrico del jóven médico, repitió la pregunta, pero Faustino respondió sin turbarse:

—He oido perfectamente y digo que no.

Difícilmente intentariamos bosquejar el desórden que ocasionaron estas palabras. Severina se desmayó, Carlos quiso arrojarse sobre Beaumont, pero le contuvieron, haciendo salir á ambos por distintas puertas; el rector subió al altar, retirándose al punto á la sacristía, y el bedel, agente celoso de los intereses de la fábrica, se apresuró á apagar las luces.

IV.

Severina entró en su gabinete con el corazon desgarrado; se desnudó de sus galas y permaneció silenciosa largo tiempo con el codo apoyado en la chimenea. Por último esclamó:

—Sí, es preciso; es el único medio de evitar la humillacion, de consolar á mi madre, de apaciguar á mi hermano, de impedir un duelo... Es preciso, es preciso.

Al punto escribe algunas líneas, cierra su carta, procura ocultar sus lágrimas con una sonrisa, y se dirige á la sala donde se encuentran Carlos y su madre.

—Os ocasiono muchas penas, les dice, pero consolaos, porque tengo esperanzas. Sin embargo, sacadme de una duda que me atormenta.

—Habla, le contestan ambos á un tiempo.

—Lo que acaba de suceder ¿no os ha inspirado la menor sospecha contra mí? ¿Creeis que he merecido el insulto de Mr. Beaumont? ¿Soy en fin siempre aquella Severina que merecia vuestra confianza?

—¿Puedes dudarlo? la dice la señora Dumontel estrechándola contra su pecho.

Carlos hizo lo mismo.

—Gracias por el bien que me haceis; con el favor del cielo, todo puede repararse y obtendremos satisfaccion.

—Sí, esclamó Carlos; yo te la prometo.

—Solo pido que esperes y me permitas hacer antes lo que creo justo y razonable.

—Consiento.

—Pues en ese caso, envia esa carta.

Carlos la cogió y vió que el sobre decia:

Al señor doctor Beaumot.

—¡Cómo! ¡Tú la primera! ¡A él!

—Hija mia, añadió la viuda. ¿Qué vas á hacer?

—Olvidais pronto vuestra palabra, respondió Severina. Te ruego, Carlos, que envies esta carta.

Ejecutóse esta órden y Severina añadió al retirarse:

—Le recibiré sin que me perdais de vista, y nada haré que sea indigno de mí.

V.

Catalina se retiró de la iglesia sin saber á qué santo encomendarse, por la escena original y estraña que acababa de presenciar; pero no bien oyó la voz de su amo que volvia, bajó á alumbrarle. Después de entrar en la sala, puso la bujía sobre una mesa, se cruzó de brazos, y mirando fijamente al médico, le dijo:

—¡Habeis hecho un lindísimo negocio!

—Ea, contestó Beaumont incomodado, ¿te propones tambien atormentarme como los demás?

—¡Atormentarte! ¡Después de la afrenta que has hecho á esa buena gente! ¡Y nada menos que en la iglesia!

—Tú no puedes comprender mis motivos...

—Déjame en paz: tu cabeza es una ratonera.

—¡Catalina!

—Enfádate cuanto quieras, pero ¿qué he de responder en el mercado cuando me digan que te has vuelto loco, ó que esa señorita se lo tiene bien merecido?

—Escusas hablar.

—Eso es: para que añadan que nada sé, y que no poseo tu confianza: será un deshonor para mí.

—Vete al diablo; necesito estar solo.

—Bueno, bueno: mañana será otro dia.

Y la vieja se fué refunfuñando, pero no tardó en volver diciendo:

—Aquí hay una carta.

—Dámela, contestó Faustino, y luego añadió: será una provocacion... no... escribe la señorita Dumontel.

La carta decia así:

«Severina tiene derecho á una esplicacion, y la exige, no de vuestro corazon, sino de vuestra justicia y lealtad. Venid mañana á las ocho, y entrad por la puerta pequeña del jardin. Os esperaré en el emparrado, al fin de la verja.»

—Esperan contestacion, dijo la vieja.

—Dí que iré... que tendré el honor... no, espera: voy á contestar por escrito.

Hízolo así, y después de emborronar tres ó cuatro billetes, se fijó en el siguiente:

«Mañana á la hora prescripta me pondré á las órdenes de la señorita Dumontel.»

Después de una noche de insomnio, Faustino fué exacto á la cita. Severina levantó la cabeza cuando sintió que se acercaba, y contestó al saludo del doctor con un movimiento de cabeza acompañado de una sonrisa, é indicándole con la mano el otro estremo de la verja, donde se hallaban sentados Carlos y su madre.

—Mr. Beaumont, dijo al fin Severina, os agradezco vuestra puntualidad, pero estais conmovido: tranquilizaos: quiero hablar á un hombre que conozca bien el papel que me hace representar, y lo que le corresponde hacer. Nuestra entrevista debe ser corta; así pues, no invocaré sentimientos de que no debemos hablar, pero cuando los asegurabais ¿era por ilusion ó por engaño?

—Nada de eso, señorita, respondió Faustino; eran sinceros.

—Es decir que luego cambiasteis. ¿Y por qué no provocasteis una esplicacion, de la cual hubiera salido yo sin duda victoriosa? ¿Os empeñabais en darme á entender con escándalo que era indigna de ser vuestra esposa?

Beaumont se estremeció, como ofendido de esta sospecha.

—Es decir que se me ha acusado y tengo derecho para conocer esa acusacion.

—Perdonad; se me aseguró que amabais á otro, y que yo no conseguiria haceros dichosa.

—Y entre tanto soy una muger, cuya reputacion...

—¡Cómo, señorita! ¡Quién osará!...

—Sois el primero que lo ha declarado al negaros públicamente á aceptar mi mano.

—Yo desmentiré en alta voz todo cuanto se hable en ese sentido. Sí; ya veo que he obrado como un loco, pero ¿qué puedo hacer para devolveros la tranquilidad? Disponedlo.

—¿No os parece que toda ofensa exige una reparacion?

—¡Ah! Mucho sentiré tener que dar pruebas de valor, pero... estoy pronto.

—Sí; á matar el hermano para rehabilitar á la hermana.

—Mandad pués lo que gusteis, y todo lo haré.

—La ofensa ha sido pública; pedid pues de nuevo mi mano y yo os respondo que se os concederá: dentro de pocos dias iremos otra vez al altar, y contestareis afirmativamente á la pregunta del sacerdote... ¡Oh! No os alarmeis, porque yo me negaré á ser vuestra esposa.

Faustino quedó desconcertado al oir estas palabras, pero suscribió humildemente á ellas. Se levantó, besó la mano á Severina, y se retiró después de haber saludado hácia la verja.

VI.

Tres cuartos de hora después se presentó Beaumont en casa de la señora Dumontel; confesó sin rodeos la falta que habia cometido; reconoció que habia comprometido á la que tanto le habia honrado, y pidió con instancias que le fuese permitido reparar su falta solicitando de nuevo la mano de Severina.

Nada se habló de la negativa que debia darle esta última en el altar, pues era una cuerda demasiado delicada: la demanda fué acogida con benevolencia, y se fijó la ceremonia para de allí á ocho dias.

Por las nuevas invitaciones que repartió Beaumont, y por los rumores que tuvo cuidado de esparcir, se supo que su enlace con la señorita Dumontel no estaba roto, sino diferido.

Llegó por fin el gran dia.

Al entrar Beaumont por la mañana en la sala de la viuda, se detuvo sorprendido al ver á Severina sentada al piano, y preludiando una tocata de Hertz. Acercose á ella rogándola que continuase, y se colocó á su lado, para volverle las hojas del cuaderno. A medida que ella tocaba, sentiase Faustino mas conmovido; por último, volvió la última hoja, y entonces reparó en un papel que servia de señal, como el pedazo que tantos males habia causado, y que era sin duda de la misma mano. Se inclinó para verlo mejor: era el resto de la carta; lo que faltaba al otro fragmento. Beaumont lo cogió sin afectacion, lo enrolló entre sus dedos, y cerró el cuaderno, retirándose poco después á su casa.

Sin perder momento corrió al neceser, sacó el primer pedazo, lo juntó con el segundo, y leyó lo que sigue:

«Querida prima:

Acabo de tener noticia de *tu casamiento*, pero no acuses á nadie mas que á tu tio *de semejante traicion*. Me lo ha dicho sin querer, y yo *me he acordado de tu promesa* y me *puse furioso al pronto, pero después* consideré que habrás tenido motivos para callarlo y que *no puedo cesar de amarte*. Quiero pues olvidar tu reserva para conmigo, y *escribirte á pesar de todo para dirigirte* mi mas sincera felicitacion.

Tu afectísimo primo—ERNESTO LEGRIS.»

Beaumont quedó petrificado, porque la carta *entera* derribaba todo el castillo de suposiciones que habian producido su resolucion: conocia ya que sus sospechas carecian de fundamento, y que el insulto hecho á Severina habia sido tan injusto como insensato. Restaba una carta anónima, pero ¿merecia fé un escrito cuyo autor se ocultaba? Pero tambien se desvaneció su importancia, pues el escribano, de quien ya hemos hecho mencion, confesó que era suya y que la habia escrito en broma. Estas circunstancias despertaron mas y mas el amor de Beaumont á Serafina, y no podia perdonarse el haber perdido por un capricho su felicidad. Estaba desesperado y furioso.

Acordose sin embargo de su promesa á Severina, y decidido á cumplirla fué á buscar á sus dos testigos, quienes le felicitaron de nuevo por haber renovado su amistad con la familia Dumontel. Dirigiéronse los tres á casa de la viuda, y poco después salieron todos para la iglesia.

La afluencia de curiosos era grande, pues aunque no se temia otro escándalo, todos querian ver de qué modo se desmentiria el novio.

La señora Dumontel, apoyada en el brazo de Carlos, estaba al lado de su hija; Beaumont permanecia sereno al parecer, y Severina se mostraba digna y modesta. Faustino la miraba con admiracion, pues nunca la habia visto tan bella, ni habia podido apreciar todo el sacrificio que iba á consumarse.

Absorto estaba en sus pensamientos, cuando le interpeló el rector:

—¿Recibis como legítima esposa á la señorita Severina Dumontel, aqui presente?

—Sí, respondió con voz firme y al mismo tiempo dirigió una mirada á Severina.

Las mejillas de esta acababan de cubrirse del mas vivo encarnado. Sus ojos brillaron con un resplandor que parecia presagiar un triunfo.

El rector se volvió hácia ella y repitió su pregunta, á la cual contestó con un *sí*, articulado sin vacilar y con reposado acento.

Beaumont se estremeció, Carlos no podia creer á sus oidos, y la señora Dumontel se inclinó hácia su hija diciendo:

—¡Ah! ¡Qué has hecho!

Severina los tranquilizó con una mirada llena de confianza.

En el salon de la viuda la novia se sentó en el sofá, y Beaumon á su lado.

La espresion de las facciones de Faustino era radiante; estrechó las manos de Severina, y llevándolas á sus labios, esclamó:

—Os vengais como se vengan los ángeles.

—Es decir que me perdonais, contestó la jóven.

—No, os bendigo, replicó Faustino, porque sin vos me hubiera hecho desgraciado para siempre mi propia locura. Habeis representado el papel de la Providencia, y me habeis hecho *feliz á pesar mio.*

FIN.

LOS ZAPATOS DE LA INFANTA.

V.

La aparicion de aquella muger conmovió al anciano, como hemos dicho, arrancándole de su abstraccion mental.

Era la recien llegada una muger jóven, de faz simpática y continente humilde: el manto que la abrigaba, envolviéndola enteramente, parecia simbolizar un recogimiento virginal, íntimo, una reserva de pureza invulnerable á las asechanzas y á los peligros.

—Tan pronto!... esclamó el anciano levantándose y dando un paso adelante.

—Sí, padre mio: la señora condesa acaba de acostarse, quedándose dormida á la lectura que en este libro le he hecho de las oraciones: nada tenia que esperar en el castillo, y he corrido á vuestro lado.

—¡Escelente hija! dijo el viejo con inefable dulzura dando un beso en la frente de la jóven: ¿pero has venido sola?

—No señor.

—¿Y quién te ha acompañado?

—¡Ah!... es verdad: no me acordaba de deciros que desde hace cuatro noches me acompaña hasta aquí el ayuda de cámara del señor conde.

—¡Pobre hija mia! esclamó el viejo: tan jóven y venir así... abandonada en medio de la noche... ¡Dios mio!... qué he hecho yo para merecer tanta crueldad!... Un año hace que, muerta mi esposa, he quedado solo en el mundo con esta hija única á quien amo tanto, y por cuya felicidad hubiera sacrificado cien vidas que poseyera, pero cuando en este abandono debiera su padre trabajar por ella... velar por ella, héle aquí imposibilitado y ciego... sin poder salir si no le conducen; mientras que esta pobre Blanca va á ganar un salario lejos del paterno hogar para sostenerle! ¡Por qué, al menos, no he de tener un poco de vista para conducirla hasta aquí desde el castillo cuando se retira á las altas horas de la noche!.. ¡Por qué, al menos, no he de poder quedarme solo sin ella, libre del temor de que un dia me encuentre á su llegada exánime en mi lecho!

—¡Por piedad, padre mio: compadeceos de mí... compadeceos de vos mismo!.. ¿Por qué no hemos de entregarnos á la alegría las pocas horas en que somos dichosos porque estamos reunidos?..

—¡Ah, pobre niña!.. ¡cuán contadas serán estas horas!.. Pero tienes razon... ¿por qué hemos de entristecernos?.. Sin embargo, la idea de que no tardará en llegar el dia en que quedes enteramente sola... me aterra.

—¡Sola... no! ¡eso nunca! Vivireis, padre mio, vivireis... ¿Qué es lo que os aqueja? La falta de vuestro compañero de estudio... Pero él vendrá, y entonces...

—Vendrá!.. crées que vendrá?.. Dime, hija mia: ¿te dice el corazon que vendrá esa nuestra única estrella polar?... Dime lo que sientes... tan solo lo que sientes; pues eso será una inspiracion...

Y aquel pobre ciego, encorvado bajo la coyunda de los años y las pesadumbres, irguióse como un jóven esperando con avidez la sentencia que debia salir de los labios de su hija.

La verdadera inspiracion de Blanca era fatal: nadie cual ella estaba penetrada de la suma de padecimientos que aquejaban á su padre, sumiéndola á ella misma en el mar de angustias de que parecian eximirla sus pocos años; nadie cual ella desesperaba de todo bien; nadie cual ella estaba lejos de esperar aquel anhelado salvador.

Iba sin embargo á pronunciar una palabra...

Empero el junco invisible de Orfelina toca levemente los labios de Blanca, y la palabra próxima á salir de su boca, espira balbuciendo una escusa.

Nuestros lectores apreciarán la situacion estraña de estas dos personas por la breve reseña que vamos á hacerles al efecto.

El anciano era un antiguo marino escocés, que habia servido en la

armada inglesa por espacio de muchos años: destinado en muchas ocasiones á las penalidades de los descubrimientos, en esos atrevidos buques conducidos por el timon inglés, ora á los hielos flotantes del Norte, ora á las abrasadas aguas de la zona tórrida, habia aprendido de los mas sabios marinos de su tiempo, á cuyas órdenes habia atravesado los mares en direcciones tan diversas, la parte mas sublime de la atrevida ciencia de la navegacion. John Vidigton, que tal era el nombre del viejo, ocupaba sin embargo una esfera sobrado humilde, y era demasiado modesto por su natural para que nunca dejase traslucir sus conocimientos, á no ser en la exactitud mas pura de cuanto se encomendaba á su cuidado; precision que era por todos achacada á un esceso de práctica y nada mas.

Retirado del servicio y establecido en su país natal, no pudo olvidar sus antiguos hábitos, y la independencia de que su voluntad disfrutaba entonces, condujo su mente al libre curso de sus arranques científicos.

Una idea gigantesca dominaba sus facultades: esta idea era la de descubrir una serie de vias mas rápidas que las conocidas, por las cuales pudiera hacer la Gran Bretaña un comercio aun mas activo y menos costoso con las mas apartadas regiones de la tierra.

Un jóven de inteligencia tan precoz como espedita, comprendió desde luego la importancia suma de aquella idea, y asociado á Jonh Vidigton, se pusieron ambos á trabajar en ello con un ardor infatigable.

Era muy escasa la fortuna reunida de estos dos hombres: John Vidigton tenia que atender con su trabajo á sostener á su esposa é hija, y Velly, que era su compañero, sustentaba con el suyo á sus padres, que eran muy ancianos. Escusado parece pues decir que en instrumentos y cartas geográficas gastaron enteramente su caudal.

Berta, esposa de John, maldecia de todas veras los proyectos de su esposo; pero este, que se habia comprometido en ellos, y solo en ellos pensaba, en la esperanza de su realizacion cifraba toda su dicha.



La ruina fué acrecentándose por grados: Berta sucumbió al esceso de las privaciones; John, aterrado por aquella desgracia, puso coto á las suyas; mas sus antiguos trabajos y el doloroso efecto que le produjo la muerte de su esposa, le aniquiló y le arrebató la vista.

El dia en que John Vidigton reconoció la falta de este órgano fué para él de horrible sufrimiento: para describirlo, daremos alguna tregua á nuestro relato.

VI.

John Vidigton pasaba las noches mas crueles en presencia de los tristes recuerdos de su esposa, que invadian de tropel su enardecido cerebro: en los arrebatos de su dolor que hacian chocar con fuerza sus facultades físicas y morales, apenas llegaba á permitirle algun respiro el recuerdo de su hija, de la pobre Blanca, que le habia quedado en el mundo para consuelo de su angustia, como para que supiese apreciar el valor de una vida que debia ser consagrada á aquella inocente. En vano buscaba en las ilusiones de sus gigantescos planes un calmante á su triste situacion: sus planes no acababan de corresponder á sus esperanzas, y presa de la última miseria, viose en el caso de tocar el último escalon de la miseria.

Su vigoroso compañero habia acabado de desmayar á la vista de obstáculos tan insuperables, y sin pan que llevar tampoco á la boca de sus padres, tuvo que embarcarse en un buque de guerra, empeñado en peligrosas espediciones marítimas.

Esta separacion acreció hasta un punto indefinible el mal estar del viejo John: en pocos dias viósele encorvado bajo el peso de tanto padecer: diriase que buscaba el descanso del sepulcro como único bien que la tierra debia producirle.

Una noche, desfalleciendo y anonadado por los pesares, llevó el esceso de sus cavilaciones al estremo de temblar por su vida en aquel mismo punto. Acordose en aquel trance de su hija; y como si esta idea le devolviera todo su vigor antiguo, hízose esta reflexion:

—Mi última hora se acerca; pero dejemos á esa infeliz al abrigo de la miseria que me persigue.

Dice, y tomando sus mapas, y reasumiendo en su mente todas las ideas que acerca de su gigantesco plan se habia formado, mide, traza, y pugna por hallar la realizacion de su idea.

Un pensamiento luminoso, un rayo de celeste luz esclarece por fin su mente.

—¡Dios mio!... esclamó cayendo de rodillas: ¿será posible que me hayais concedido la dicha de hacer ese soberbio descubrimiento?... ¿Habrá de agradecerme mi patria... el mundo entero estos desvelos á que el interés de la humanidad me ha conducido?... ¿Mi hija... mi pobre hija será al menos feliz?

El anciano se levanta; pero... ¿qué es lo que pasa por él? Ya no ve la luz... ya no encuentra sus cartas... pero sí; las palpa, las examina por el tacto... ¿Y verlas?... Dios mio!... La revolucion de ideas que en un momento se habian sucedido en la mente del viejo, habian dejado ciego al infeliz!

John da gritos de dolor en presencia de tamaña desgracia, acon-

tecida en el momento de tocar la dicha.—Luz!... luz!... esclama, como si el sol que ya habia comenzado á asomar por el horizonte una hora antes, hubiera sufrido un espantoso eclipse total.

Blanca acude presurosa á los gritos de su padre.

—Qué teneis? le dice.

—Qué tengo!... que somos felices... enteramente felices!...

—¿Será posible, padre mio?...

—Sí... sí... solo me falta una luz... traeme una luz... ah, no tardes, Blanca, que los instantes son preciosos!

—Una luz! ¿Para qué la quereis?

—Para ver!... prorumpe el viejo casi colérico: ¿no ves que nos hallamos á oscuras?

—¿A oscuras y los rayos del sol entran ya á torrentes en la estancia?

—No... no: es imposible: yo no veo... y...

Un grito doloroso lanzado por la pobre Blanca detuvo las palabras del anciano.

—Estais ciego!... esclamó, ciego!!!

Dijo y corriendo precipitadamente, parte á la casa del médico de la aldea para que concurriese al punto á examinar el estado de su padre.

El facultativo habia ya abandonado su casa, y acostumbrado á aprovechar las mañanas del estio, habia tomado su escopeta, y partido á cazar.

No por eso desmaya la escelente hija de Jhon: recorre las cercanías con breve planta; pregunta en todas partes si han visto al doctor; y por último, el estampido de un tiro de escopeta le señala el punto en que aquel se halla.

Corre al sitio con la velocidad del rayo, y halla al doctor en efecto.

—Volad!... esclama al encontrarle: mi padre acaba de quedarse ciego... tal vez sea tiempo... volad!

—Y con qué me pagareis?...

—Ah por piedad! somos pobres... pero devolved la vista á mi pobre padre, y sereis poderoso.

—Poderoso!... Andad, niña; dejadme en paz con mis conejos... Aun no he recogido el que acabo de cazar.

(Continuará)

PLESSIS-LES-TOURS

EN TIEMPO DEL REY ENRIQUE III.

1589.

(Continuacion.)

LA ENTREVISTA.

A un cuarto de legua al SO. de Tours y sobre una esplanada de bastante estension, á la que se llega por una pendiente suave, se divisa una torre que desde lejos parece solitaria. Pero á medida que se eleva el terreno se descubre poco á poco un vasto parque cercado de murallas, y luego un edificio de moderna apariencia que llama desde el primer momento la atencion. Hácia el Sur se dibuja claramente la torre de que hemos hablado En vez de oriflama se ve ondear en caprichosas espirales un negro vapor que no tarda en confundirse con las nubes que el frontis de la torre hace ademan de buscar.—Este vapor es hoy el humo de una fábrica de perdigones: esta torre, este pabellon restaurado, todo lo que resta del sombrio y temible castillo en que Luis XI sepultó por espacio de veinte años sus vastos y tenebrosos proyectos y sus supersticiosos temores, es, ó mas bien era, el terrible *Plesis del Parque*, ó *Plesis de las torres*.

El tiempo ha paseado su nivel implacable sobre todas sus grandezas. Amos y criados, verdugos y victimas, todo ha desaparecido: nada queda ya... nada mas que dos ruinas, vestigios eminentemente característicos, última palabra de aquella época memorable, arrojada como una revelacion cabalística á los adoradores de lo pasado.

¡El calabozo en que gemia La Balue, la humilde capilla en que oraba el anacoreta calabrés!

Nada... mas que un granito imperecedero; el recuerdo, sobre el cual ha esculpido la historia el nombre de un príncipe y el talento de los dos poetas Walter-Scott y Casimiro Delavigne.

Habia llegado sin embargo el momento en que Plessis debia ilustrarse nuevamente. En efecto, se elevaba puro y radiante el sol del 30 de abril, y la Francia entera tenia la vista fija en la Turena, porque conocia que allí se debatia la alta cuestion de su porvenir. Asi era que desde muy temprano inmensa multitud de estranjeros y de habitantes coronaba las ricas y pintorescas orillas del Loira. Y aquella multitud que para el modesto labriego debia formar un espectáculo tan estraño como agradable, parecia como sostenida por un solo sentimiento: el de esperar. Todas las miradas se dirigian hácia el poniente, y un zumbido, semejante al que sale de una colmena, se escapaba de sus apiñadas filas. Por fin, en un recodo formado por la orilla derecha del rio y á poca distancia de la graciosa capilla de Saint-Cyr, se observó una gran polvareda, que servia de avanzada á los que eran esperados. Una inmensa aclamacion semejante á un grito formidable resonó en el espacio, y casi al mismo tiempo apareció la vanguardia bearnesa. Un escuadron de caballería ligera se adelantaba al gran trote, barriendo cuanto se oponia á su paso, y después se veia un cuerpo numeroso de caballeros bien montados. En su marcial apostura se les reconocia fácilmente: eran los principales guerreros del ejército del rey de Navarra. A corto trecho seguian los guardias del rey, mandados por su capitan Vignolles, y en medio de ellos, y cercado de algunos caballeros de alto rango, aparecia un personaje que montaba un magnífico caballo blanco. Cerraba la marcha un peloton de arcabuceros montados, cuyas apretadas filas se esparcian por todas las sinuosidades del camino, semejantes á una serpiente que sacude sus brillantes escamas.

Al mismo tiempo se vió salir de la ciudad y atravesar el puente á otro caballero que parecia de importancia, á juzgar por los bordados que cubrian su traje de terciopelo blanco. Iba acompañado de otros caballeros, á quienes costaba trabajo seguirle. No bien estuvo á algunos pasos del personaje antes citado, cuando echó pié á tierra y se inclinó profundamente. Aquel correspondió cortesmente á su saludo, y haciendo que se acercase, comenzó á hablar con él. Pero al punto en que fué conocido su mensaje, fué muy fácil conocer que no obtenia el asentimiento de la mayoría. Un sordo murmullo se esparcia entre los soldados, y los caballeros y oficiales rodeaban al personaje del caballo blanco, y parecia que le hablaban con calor. Enrique los separó afectuosamente, y haciendo seña á Vignolles, dió una órden, y los guardias se dirigieron lentamente hácia el rio.

Entonces se supo que el rey Enrique III, *al ir á misa á Marmonstiers, habia enviado mensaje al rey de Navarra, diciéndole que le seria muy grato verle y hablarle.*—Se eligió para lugar de la cita el puente de la Mothe, á un cuarto de legua de Tours, pero el mariscal de Aumont acababa de llegar para hacer saber que el rey y su corte esperaban en el castillo de Plessis, y para rogar al rey de Navarra que pasase el rio.

Esto era lo que habia ocasionado el rumor de que hemos hecho mencion. Los oficiales, demasiado esperimentados y temiendo alguna emboscada, no querian que Enrique se colocase dejando á su retaguardia el rio, ni que se pusiese á merced del rey; pero él, siempre noble é intrépido, hizo pasar el rio á sus guardias y les siguió con sus oficiales.

Llegado al castillo, le vieron los suyos con un sentimiento de disgusto atravesar sus puertas; pero esta emocion duró poco, porque no tardó en aparecer en la gran escalera de honor. Habia tanta nobleza en sus maneras, eran tan majestuosas y afables las miradas que dirigia al pueblo, que la multitud fascinada comenzaba á conmoverse y á decir que aquel era el verdadero rey. El conde de Auvergne, acompañado de los señores de Sourdis, de Liancourt y de otros caballeros, se apresuraron á recibirle y guiarle adonde estaba el rey, quien de vuelta de oir vísperas en el convento de los *Hombres Buenos*, se adelantaba con su brillante corte. El rey de Navarra se inclinó ante Enrique III, y este le abrazó. Grandes aclamaciones resonaron por todas partes. Unos trepaban á los árboles para ver mejor; otros separaban á los guardias para ver mejor: los ancianos levantaban las manos al cielo y le daban gracias porque les habia permitido ver brillar un dia tan dichoso. Todo se olvidaba, perjurios, asesinatos, fanatismo; un solo sentimiento henchia todos los corazones: el de un inmenso júbilo, en vista de aquella reunion tan deseada, que hacia verter lágrimas á los hombres mas feroces.

En medio de aquel enternecimiento general, se atrevió María á mirar á su padre, confundido con ella entre las olas de un pueblo que respiraba placer y ventura. El viejo hugonote habia querido dominar su emocion, aunque en vano; gruesas lágrimas rodaban por sus marchitas mejillas, y estrechaba contra su pecho á María sin poderse contener. Entonces se arriesgó ella á decirle:

—Padre mio, Enrique os da el ejemplo; ya estais viendo que es muy dulce el perdonar.

—Si, hija mia, es cierto. ¡Pobre Francia! Al fin ya vas á respirar. El es quien nos proporciona este dia; él seria un buen rey...

—Ya llegará ese tiempo, padre mio: dejad obrar á Dios. Mirad, mirad; tiene un semblante tan noble y tan bondadoso, como... Renato.

—¡Ah, picarilla! Ya te veo venir, y el momento no está mal escogido para predicarme olvido y perdon.

—Padre mio, si quisierais...

—Eso es... eso... padre mio... ¡bah! ¡qué necios somos los guerreros veteranos! Pues bien, veremos... veremos... pero... con prudencia y dando tiempo al tiempo. ¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Ya no te ries? ¡María! ¡Hija mia!

Temblando y casi desfallecida en sus brazos, cubrió de pronto su

semblante la palidez de la muerte, al paso que estendia el brazo y murmuraba:

—Allí... allí.

Entonces descubrió Guillermo el objeto que causaba en su hija tan profunda emocion.

Era un jóven elegantemente ataviado, que se encontraba á dos pasos de Enrique III. Su ropilla de terciopelo azul celeste, su recamada capilla, su cuello que ostentaba una cadena preciosa, todo el conjunto de su traje indicaba el elevado rango que ocupaba al lado del rey.

—¡El! ¡El! ¡Renato! esclamó el viejo. Ya sabia que estaba al servicio del rey; pero... es un señor. ¡Ah, pobre hija mia!

—Padre mio, no añadais otra palabra mas: os ruego que nos alejemos de aqui, pues me siento mal.

Un murmullo de piedad y de simpatía acompañaba á aquella jóven tan bella y tan pálida, cuya indisposicion atribuian todos al calor. Al mismo tiempo, y faltando á las leyes de la etiqueta, Renato, fuera de si, con la cabeza descubierta y el semblante demudado, volaba á su encuentro.

El viejo le rechazó con un gesto y una mirada señalándole su propio traje.

—Señor Guillermo, esclamó el altivo jóven; escuchadme una palabra.

—Retiraos, caballero; no es este vuestro sitio.

—No me sentencieis sin oirme: es cosa que prohibe vuestra religion.

—¡Engañarme asi! murmuraba el viejo, medio tranquilo ya por el tono y las miradas suplicantes de Renato.

A pesar de su enojo, no pudo menos de complacer á Guillermo el empeño con que aquel brillante caballero les abria paso entre la multitud. Apenas salieron del tropel, cuando Renato encontró ocasion de decirla:

—María, siempre soy el mismo Renato; el que os ama hoy mas que nunca.

María abrió los ojos, y Guillermo pudo entonces decir al jóven:

—Pero ¿á qué este misterio? ¿Por qué no me habeis descubierto desde luego vuestro nombre y rango? Habeis obrado mal, caballero, y si nos sucede alguna desgracia, vos...

—Señor Guillermo, vuestro carácter severo, vuestra religion, nuestras divisiones políticas, todo hubiera opuesto entre nosotros una barrera insuperable. Yo amo, yo adoro á vuestra hija.

—¡Cómo! ¿Y os atreveis todavia?...

—Sí, me atrevo á amarla, porque este amor se dirige á la muger que deseo sea mi esposa.

Esta declaracion enérgica hizo vacilar á Guillermo, quien por muy hugonote que fuese, era tambien padre y anhelaba ver feliz á su hija.

—Muy bien, caballero, contestó: hablais al menos como hombre de honor; pero eso no basta.

—¿Qué mas quereis?

—Que nos conozcamos mejor, pues necesito saber si sois digno de mi hija, que es rica y hermosa, y enterarme de la persona á quien la doy. El hecho es, que hasta ahora no me habeis dicho vuestro nombre.

—Ni se atreverá á decirlo, contestó una voz á su lado.

—¡Cómo! esclamó Guillermo.

Entonces vieron á un hombre embozado en una capa negra. Renato reconoció á La Fontaine: herido como por el rayo, por aquella aparicion inesperada en circunstancia tan crítica, conoció que le abandonaba su presencia de ánimo y permaneció anonadado bajo la mirada salvaje de triunfo que brillaba en los ojos de su enemigo.

Guillermo y María esperaban con ansiedad el fin de tan estraña escena.

—¡Gran cuadro de familia! esclamó La Fontaine riéndose como un demonio. ¡Y qué, caballero! ¿Os habeis vuelto mudo? decid á ese hombre honrado el nombre que debe enlazarse con el suyo. Vamos, Renato de *Moissac*, cobarde y traidor asesino, alarga á tu prometida esa mano desleal que hirió por detrás al noble duque de Guisa.

—¡Asesino!!! repitió Guillermo apartándose con horror. ¡Nunca! ¡Nunca! Aunque hubiese herido á mi mas mortal enemigo.

—¡Mentira! gritó la jóven sacando una especie de energía febril de su misma desesperacion. ¡Mentira! ¿No es verdad, Renato?... ¡Ah! añadió con desgarrador acento. ¡La gitana! ¡La gitana!

—¡María! esclamó Renato irguiendo al fin la frente, abatida por la vergüenza. ¡En nombre del cielo, no me condeneis!... Ahora nos toca á los dos, miserable.

Y temblando de cólera se arrojó, acero en mano, sobre su enemigo.

Las dos hojas se chocaron como por instinto. Ambos combatientes jóvenes, ambos hábiles, conocian que habia llegado el instante supremo, y desplegaron en aquella lucha mortal todo lo que el genio destructor del hombre puede inspirar á sus pasiones. Sus espadas describian con espantosa rapidez inflamadas curvas. Los golpes se daban y se recibian con igual astucia, con la misma intrepidez. Poco á poco sin embargo iba Renato ganando terreno, y su adversario, no pudiendo resistir la impetuosidad de sus ataques, se habia visto obligado á retroceder muchas veces: algunas gotas de sangre aparecian ya en su negro ropaje, cuando una partida de hombres armados, lanzándose de repente, agarró á los combatientes, los separó, y llevándose á La Fontaine, lo libertó de la impotente rabia de Renato.

Dirigió este una mirada furiosa y desesperada en torno suyo: María y su padre, adversario, enemigos, todo habia desaparecido. Encontróse solo, y se creyó juguete de un sueño. La vista de su espada le recordó la realidad, y tal vez la hubiera empleado contra su pecho, si su escudero, que no habia podido unírsele hasta entonces, no hubiera llegado á tiempo para quitarle el arma y conducirlo medio muerto de fatiga y de dolor á su alojamiento.

Al punto se apoderó de él una fiebre ardiente. Su escudero, que le era adicto, observaba con terror el delirio que se apoderaba de él. El infeliz se retorcia en su lecho, pues su desesperacion era tanto mayor, cuanto que en sus instantes de lucidez creia ver á su alrededor un enemigo encarnizado y dispuesto á perder á la que amaba. Llamaron á un cirujano, quien después de haberle sangrado, prescribió un reposo absoluto.

—Roberto, gritaba el desgraciado; júrame que vas á reemplazarme, á velar por el rey y á enterarme de todos sus pasos... ¡María! ¡Oh! Pensar en su desprecio y en su peligro es para volverse loco.

—Tranquilizaos, señor, decia el pobre escudero con las lágrimas en los ojos: os prometo todo cuanto querais.

—Vete pues, si me amas, y sé para ellos un buen genio. Acuérdate que la salvacion de uno asegura la del otro. ¡El rey!... sigue todos sus pasos... vete, vete, pues ya no padezco... al contrario, me siento muy bien.

Y cayó sin fuerzas sobre los cojines.

(Concluirá.)

LA FLOR DE RESEDA,

LEYENDA ORIGINAL.

(Continuacion.)

Era una cinta amarilla,
que Ricardo cogió ansioso,
y al resplandor neblinoso
de la luna contempló;
dos palabras misteriosas
en ella escritas habia:
siempre en un lado decia,
jamás en otro leyó.

Tristes palabras que encierran
enigma de amor terrible;
símbolo infernal, horrible
de infeliz eternidad:
siempre ardiendo en pura llama,
conocer la inmensa gloria;
pero no tener memoria
jamás de felicidad!

* * *

A la mañana siguiente
supo el anciano caudillo,
que faltaba en su castillo
el paje que tanto amó:
con inesplicable anhelo
se buscó por todas partes,
pero no bastaron artes
á saber dónde paró.

Entre dueñas y escuderos
hubo hablillas y rumores;
unos hablaron de amores,
quién trajo el diablo á danzar;
alguno dijo, que en alas
de un horroroso vestiglo
(cosas al fin de aquel siglo),
se le habia visto volar.

Solo Doña Inés lloraba
en secreto por su amado,
creyendo que despechado
por su incurable dolor,
en los brazos de la muerte
habria buscado el consuelo
que negara el duro cielo
á su desgraciado amor.

VI.

LA FLOR MARCHITA.

Bello es en pura mañana
respirar el aire sano
con que apacible convida
la orilla amena del Darro:
bello es en cuna de flores
ver nacer un sol templado,
que en un piélago de aromas
columpia su ardiente carro:
sobre la elevada cumbre
ver el árabe palacio,
que en los ojos de Boabdil
aun hace brotar el llanto:
allí está Generalife,
de Omar recreo y descanso,
y á sus plantas se desliza
la fuente del Avellano.

Bello es ver el claro cielo
cruzar, cual ave de paso,
una blanca nubecilla
que en un monte busca amparo;
que allí es el cielo sin mancha
terso espejo veneciano,
donde Granada la hermosa
mira su rostro agraciado;
y es bello morir de amores
allí, en parasismo grato,
porque aquel Edén dichoso
es del amor un regalo.

. . . .

Un mes hace que la hermosa
Doña Inés vive penando,
sin saber el paradero
de su querido Ricardo,
y ha lucido para ella
el dia terrible, infausto,
en que á Don Pedro de Ulloa
debe dar su linda mano.

Brillante es la comitiva
que por la márgen del Darro,
al Salvador se dirige
con majestüoso paso;
que el buen Martin de Alarcon,
á fuer de cristiano rancio,
por mostrar á los moriscos
ejemplo de virtud sano,
á la sacra ceremonia
quiere dar grande aparato.

Rompen la solemne marcha
cuatro escuderos, montados
sobre fogosos corceles
hijos del Betis lozanos:
á no muy corta distancia
van doce pajes bizarros
con otras tantas doncellas
enlazados de las manos;
ciñen sus desnudas sienes
coronas de verde lauro
entretejido con flores
de colores emblemáticos;
y el bordado de sus trajes
de oro y plata en fondo blanco,
destella en vivos cambiantes
del sol los ardientes rayos.

De caballeros y damas,
parientes y convidados,
crecido número sigue
con imponente boato,
y en pos de ellos Doña Inés
de su prometido al lado:
tiñe sus dulces mejillas
púdico rubor liviano,
y la sonrisa del mártir
campa en sus trémulos labios:
brilla en sus profundos ojos
fulgor eléctrico estraño,
imágen de inmensa dicha,
ó de fiebre cruel amago:
con amargura contempla
tal vez el frondoso campo
que ante su ojos estiende
rico y florido su manto;
que hasta del orbe las galas
insultan al desgraciado!...

Después de todos, caminan
un guerrero y un anciano,
en traje de guerra, Ulloa,
y el de Alarcon enlutado.

* * *

La que há poco era mezquita
del árabe frecuentada,
es ya iglesia que el cristiano
á su Salvador consagra:
sobre los espesos muros
no se ven ya entrelazadas
con mosaicos caprichosos
del Al-Koran las palabras;
no, que severos altares
por todas partes se alzan,
y el templo, de luz henchido,
brilla como de oro un ascua.

Numerosa concurrencia
llena las naves sagradas,
y en sus semblantes se pinta
la inquietud de quien aguarda.

Sacristanes y monagos
ocupadísimos andan,
y hacen resonar la seda
de sus negras hopalandas.

Un rumor indefinible
que santo temor acalla,
anuncia de los esposos
la aparicion deseada.

Los hombres les hacen calle
y al novio envidian la palma;
las mugeres ven con celos
de Inés las sencillas gracias,
y los muchachos se empinan
sobre los piés por mirarla.
En tanto, la multitud
cruza un jóven de faz lánguida,
en hábito de novicio
de la Victoria: las gradas
sube que al altar conducen,
y se postra ante sus aras.

La indiferencia se pinta
en su cóncava mirada,
y entre mil ojos curiosos
los de él solo no se alzan.

. . . .

Es llegado ya el instante
en que ha de quedar ligada
la existencia de dos seres
para nunca separarla:
solemne y grave momento
en que sola una palabra
al hombre y á la muger
la dicha ó la muerte lanza.
Ya el sacerdote ha entregado
al jóven sortija santa,
signo de lazo invisible,
de irrevocable alianza;
con sus manos estendidas,
sobre los novios las palmas,
de fidelidad perpetua
juramento les reclama,
que gozoso el caballero
presta sin leve tardanza;

pero Doña Inés entonces
queda mas que nunca pálida;
la voluntad la abandona,
quiere hablar, y muda calla;
en sus labios entreabiertos
el *sí* formidable vaga;
vuelve los ojos en torno,
y su mirada demanda
un consuelo, un protector,
un apoyo, una esperanza.
Desvanecida y temblando
fija la vista en el ara,
y una pobre *flor marchita*
ve sobre el altar tirada:
una flor que de recuerdos
terribles llena su alma,
recuerdos que como flechas
en su corazon se clavan:
da un grito ahogado la jóven,
la luz y el vigor la faltan,
vacila, gime, y al suelo
baja entre mortales ánsias.

VII.

DELIRIO.

En una estancia pequeña
do apenas alumbra el dia,
y á la escasa luz sombria,
se ve sentada una dueña
junto á un lecho de agonía.

De pié en el opuesto lado
observa un médico atento
el raro padecimiento
que á Doña Inés ha privado
de sentido y movimiento:

Es un ataque nervioso
de síntomas tan estraños,
que el Hipócrates celoso
desconfia receloso
de su ciencia y de sus años:

Una esencia penetrante
al olfato aplica inerte
de la desgraciada amante,
y con atencion constante
vela su sueño de muerte.

Está la jóven hermosa
con su color nacarado;
que ni aun á la muerte es dado
robar á la pobre rosa
su perfume delicado.

Bajan los flotantes rizos
hasta la ebúrnea garganta,
dándola hermosura tanta,
que se aumentan sus hechizos
del dolor bajo la planta.

Lúgubre silencio impera,
y solo se siente fuera
el paso lento y pausado
de un hombre que ansioso espera
de la ciencia el resultado:

Los años marcan su frente
con arrugados matices,
y en su barba gris luciente
se hunde la huella inclemente
de dos hondas cicatrices.

Fija á veces la mirada,
con paso firme camina;
otras la cabeza inclina,
ó de pronto, levantada,
furor violento domina.

Era Martin de Alarcon,
que al fin, con planta insegura,
conteniendo su emocion,
penetró en la habitacion
de la paciente hermosura.

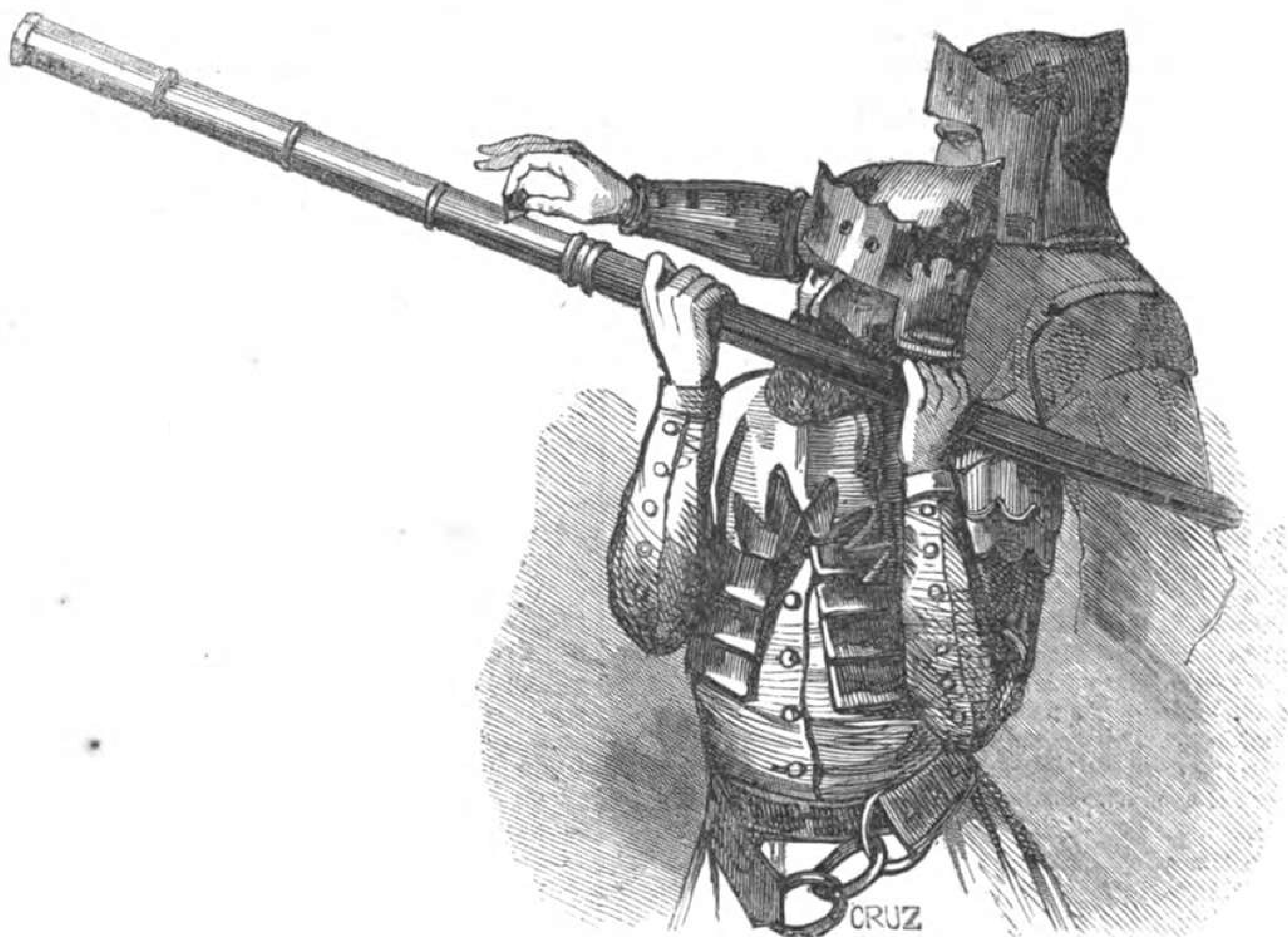
(*Continuará.*)

FRANCISCO J. ORELLANA.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.



Núm. 1.°



Núm. 2.°

BOMBARDAS DE MANO.

Los dos croquis que se estampan en este número pueden dar una idea de las primeras armas de fuego portátiles. El número primero está sacado de una tapicería del siglo XV, de la iglesia de Nuestra Señora de Nantilly, en Saumur: el motivo es la toma de Jerusalem por Tito. Es un soldado romano que dirige este fusil primitivo contra los defensores de una puerta de la ciudad. Se ve que entonces era preciso dos hombres para manejar una *bombarda de mano:* uno para dirigirla y otro para darla fuego.

Entre el número primero y el segundo se nota un progreso considerable: es ya un hombre solo el que apunta la bombarda y el que dirige ó pone la mecha. Se ha sacado este segundo croquis de una tapicería, tambien del siglo XV, y que se ve en la catedral de Reims. Representa la batalla de Tolviac. Clovis está allí representado armado de punta en blanco y precedido de su bandera con los *tres* sapos. Algunos eruditos de la edad media, embarazados para esplicar el origen de las flores de lís, habian imaginado que no eran mas que sapos mal dibujados. Los francos sálios que se decian originarios de los arenales de la Frisia, no podian tener por insignias habitantes de pantanos, es decir, sapos. Segun mi opinion, el autor de los cartones de Reims debia ser una especie de anticuario. No ha dado armas de fuego mas que á los alemanes que combatian con Clovis; pero en el siglo XV se atribuia, tal vez con razon, la invencion de las armas de fuego á los sarracenos, y se sabe que en los romanceros de la edad media paganos y sarracenos son idénticos. Los alemanes de Tolviac eran paganos, por lo tanto sarracenos. Por esta razon nuestro artista ha puesto su bombarda portátil en manos de un negro con turbante.

EL CASTILLO DE MONTRICHARD, ó HISTORIA DE GUILLERY.

1606.

(Continuacion.)

EL RAPTO.

Ni un leve soplo de la brisa agitaba el follaje, y la calma mas perfecta reinaba en un paisaje encantador. El sol esparcia sobre el valle del Cher los últimos torrentes de su luz brillante, é iba á morir detrás de la antigua torre de Montrichard, que se destacaba á lo lejos sobre un fondo azul.

La tempestad que habia estallado dos horas antes habia dejado, como señales de su paso, algunas gruesas nubes de siniestro y amenazador aspecto, que doraban los débiles rayos del astro del dia, pronto á desaparecer entre los montes.

Cerca del rio, y á corta distancia de la ciudad, se elevaba una rústica habitacion, albergue futuro de la nueva familia. Prados risueños la cercaban por todas partes, y en su interior se veia turbada por primera vez la tranquilidad de sus habitantes por una agitacion desconocida hasta entonces. Se les veia, adornados con sus mejores galas, ir y venir por los patios, placenteros y apresurados. Todo allí respiraba amor, actividad y contento.

Como para servir de contraste á tan halagüeña perspectiva, se destacaban tambien sombrías é imponentes las torres y las murallas atroneradas del castillo de Montrichard. Contraescarpas y bastiones fuertísimos convertian á esta fortaleza en uno de los puntos de defensa mas importantes de la provincia. Semejante á un coloso, dominaba á la ciudad y al castillo que le servian de pedestal. Siguiendo despues la inclinacion de la colina, la vista se detenia con complacencia en la graciosa iglesia de Nantuil y en su solitario cementerio, que parecian resguardados por aquella poderosa proteccion.

Si en la granja todo anunciaba la placentera actividad de un dia festivo, el casco de acero del centinela encargado de la torre principal, asi como su limpio arcabuz que brillaba á lo lejos, revelaban desde luego la presencia de una guarnicion vigilante.

Una estrepitosa tocata anunció la salida. Al punto se cambió el santo y seña entre el centinela mas avanzado y un cuerpo de tropas. Pocos instantes despues se abrió la poterna que daba al campo, y saliendo por ella un hombre cubierto de rica armadura, se dirigió hácia la granja.

Era Partesana, el prometido y muy pronto el esposo de Jaquelina: el pobre diablo, detenido por su inflexible deber, que le habia obligado á montar la guardia, y murmurando contra el rigor de su viejo capitan, corrió al sitio en que le esperaban su novia y sus amigos. A su vista poblaron el aire alegres gritos, y Partesana fué recibido en triunfo: poco despues se presentó delante de su novia.

—Vamos, perezoso; me parece que ya es hora, le gritó Ives desde lejos.

Jaquelina nada dijo, pero su mirada daba á entender que sentia la tardanza.

—Eso es, contestó Partesana; humilladme, decidme mil improperios, como si hubiera estado en mi mano... Vamos, solo falta que aquí se me dé una buena paliza, despues que allí...

—¡Eh! ¿qué te ha sucedido, muchacho? le preguntó Raoul, que acababa de llegar con otro caballero.

—Nada, monseñor, sino que ese maldecido capitan no me dejaba salir, pretestando que hoy me toca de servicio. Por último, tanto le he dicho, que al fin me ha dado licencia para que pueda ser dichoso. Supongo que Jaquelina le imitará.

La jóven se ruborizó al oir esta corta esplicacion, alargó al sargento su mano temblorosa y le dijo:

—Ea, Ricardo, hoy es dia de perdon; pero no volvais á pecar, porque al cabo podrá incomodarse de veras el capitan.

—No por cierto, Jaquelina, esclamó el sargento ebrio de placer y devorando con las miradas á su graciosa novia.

—¡Viva! ¡viva! gritó Juan sin poder contenerse, hasta que logró que ambos se estrechasen las manos en señal de reconciliacion perfecta.

La dichosa pareja, acompañada de los testigos de tan tierna escena, se puso alegremente en marcha hácia la capilla de Nanteuil, donde debia celebrarse la ceremonia.

Raoul entre tanto preguntó á su compañero:

—¿Qué noticias del Louvre, Roberto?

—Muchas y grandes. ¿Sabeis lo de Bouillon?

—No.

—¡Demonio! ¿Qué especie de antro es la Turena, en donde se ignora todo? Apuesto á que aquí nadie se acuerda de Givri, de Rhoan ni de Longueville, que se pasean por los salones y galerías del Louvre narrando las aventuras de Margarita y las de...

—Bavard y Bouillon ¿eh?

—Como que aspira á suceder á Biron.

—¡Imposible! ¡Un Turena elevado á mariscal por su bienhechor conspirar contra él!

—¿Qué quereis, amigo mio? El mal ejemplo...

—¿Hay mas?

—Si: el rey sigue mas enamorado que nunca.

—¿De Enriqueta?

—¿Quién se acuerda de eso? Ahora se trata de una Margarita y de una Montmorency...

—¡Cómo! ¡La princesa de Condé!

—Le tiene hechizado; pero tambien es preciso confesar que la respeta. El rey es un caballero en toda la estension de la palabra.

—Eso no obstante, se puede asegurar sin el menor recelo, que es un caballero de muy mal gusto. Por Dios que tiene desgracia para escoger.

En esto estaban de su plática, cuando la interrumpió el ruido de una detonacion lejana.

—¿Qué es eso? preguntó el jóven.

—Habrán hecho fuego sobre alguno que cazará furtivamente por las cercanias... No, no: el fuego ha salido de la plataforma del castillo, y es una señal de alarma.

—¡Hola! ¿tambien aquí se conoce el miedo?

—Silencio. ¡Eh! Partesana; parece que llega algun escuadron de caballería ligera.

—En efecto: decís bien... Atencion todo el mundo.

Los aldeanos se detuvieron al punto.

De pronto salieron del bosque inmediato como unos treinta ginetes armados, cayendo como el granizo sobre aquella multitud desprevenida y asustada.

Cualquiera hubiera dicho que componian una legion de demonios impelidos por el huracan.

Al frente de ellos aparecia un hombre de pequeña estatura, empuñando espada y una pistola, que descargó á la ventura: pasó rápidamente junto á Ives como una vision infernal, y le gritó con acento burlon:

—Cuantos mas locos, mayor alegría.

—¡Guillery! ¡Guillery! esclamó el pobre mercader aterrorizado.

—Guillery! Guillery! repitieron los aldeanos. Sálvese el que pueda!

Y desbandándose en todas direcciones, abandonaron á sus amigos en el peligro que les amenazaba.

—¡Condenacion! gritó Partesana.

Y colocándose delante de Jaquelina, que yacía sin sentido entre los brazos de su padre, trató de proteger, tizona en mano, la retirada de Juan.

—¡A mí! ¡A mí! dijo Raoul desenvainando el acero y uniéndose al defensor de la jóven.

Guillery lanzó una carcajada estrepitosa, y repitiendo su grito de guerra, precipitó su caballo sobre Partesana.

El pobre sargento no pudo aguantar tan terrible choque, y rodó por tierra blasfemando. Cuando pudo levantarse vió á Juan tendido y arrancándose los cabellos, y á Raoul corriendo como loco detrás de un hombre armado que huia al galope, llevando sobre su corcel á una muger desmayada.

Era Jaquelina robada por el bandido.

Aquello fué obra de pocos instantes.

A los gritos del sargento salieron por la poterna del castillo algunos soldados de caballería. Partesana, olvidando su caida, montó ayudado de Raoul: uniéronsele algunos aldeanos menos cobardes que los demás, y picando á su caballo con desesperado encono, se lanzó á toda brida tras de los raptores, que ya desaparecian á lo lejos en un torbellino de polvo.

UN BANDIDO DE OTRO TIEMPO.

Por el fondo de un delicioso valle, situado en los últimos límites que dividen la Turena del Poitú, pasaba, en la época en que acontecian los sucesos que referimos, un camino solitario y medio cubierto por seculares encinas.

Era una hermosa y fresca mañana de primavera, cuando dos caballeros aparecieron en una de las curvas dibujadas por aquel caprichoso y pintoresco camino. Ambos contuvieron, como de comun acuerdo, los pasos de sus fatigados corceles; pero un instante despues emprendieron de nuevo la rápida carrera que hasta allí habian seguido. Al penetrar en el bosque, la escena cambió repentinamente para ellos: los árboles parecieron animarse, el aire resonó con inesperado estruendo de armas, y como un centenar de arcabuces se dirigieron contra sus pechos. Raoul y Ricardo se miraron asombrados, y una voz pronunció las siguientes palabras:

—No hay que hacer fuego. Y vosotros, atrevidos estranjeros, ¿qué buscais en mis dominios?

Al mismo tiempo apareció un hombre de pequeña talla, montado en un brioso caballo negro. En la pluma negra que adornaba su toca de terciopelo, en su mirada estraña y brillante, reconoció Raoul á Guillery. El mal no tenia ya remedio, y antes que pudieran defenderse, nuestros dos campeones se vieron rodeados por toda la banda del raptor de Jaquelina. En vano intentó Partesana vender cara su vida, y y aun atacó á Guillery: este lo atravesó de una estocada, y el sargento midió la tierra con su cuerpo lanzando un sordo gemido, en tanto que los partidarios del bandido se apoderaron de Raoul, y lo llevaron mal su grado, y despues que la rabia le hizo perder los sentidos, á través de bosques y barrancos.

Cuando volvió en sí, se encontró descansando en un mullido lecho. Una venda le cubria los ojos, y aunque quiso hacer un movimiento, conoció que tenia sujetos los brazos: por otra parte, su misma debilidad tampoco le hubiera permitido levantarse. Procuró hablar, y lanzó una especie de gemido, que fué contestado por irónicas risotadas.

¿Dónde estaba? Su ignorancia sobre este punto era completa: solo sabia que se hallaba preso; pero no le era fácil adivinar la suerte que le tenian reservada sus misteriosos guardianes.

—Por el cielo, gritó al fin, no me asesineis á sangre fria: si debo recibir la muerte, que sea cara á cara.

De pronto resonó un ruido de pasos y de armas: la venda que le cubria los ojos cayó á sus piés; pero tuvo que cerrarlos, porque el resplandor de una luz vivísima hirió su vista.

Encontrábase en un magnífico salon, cuyas paredes ostentaban riquísimos trofeos guerreros: asientos góticos maravillosamente trabajados, y blandos cogines esculpidos con primor adornaban el recinto, al paso que se veian con profusion, pendientes de clavos romanos, cuadros selectos de los mejores maestros italianos y españoles. Sobre mesas de ébano y palo de rosa formaban una especie de museo tan estraño como brillante mil objetos artísticos, reunidos al parecer por una mano maestra. Copas de ágata, collares de gran precio, urnas etruscas y ataganes... En los ángulos de aquella pieza, cuyo piso cubria un finísimo tapiz de Smirna ó de Alepo, varios vasos de origen jonio encerraban preciosas muestras de la vegetacion tropical, cuyos perfumes se aspiraban con deleite.

Raoul se creia juguete de un ensueño, hasta que la realidad le sacó de su admiracion. Abriéronse las dos hojas de la puerta principal de la estancia, y precedido de dos hombres de alta estatura, ataviados con un rico y severo traje negro, entró en ella Guillery.

La vista de su enemigo devolvió el valor á Raoul y disipó las estrañas visiones que le afligian.

—Guillery! esclamó con ira; si eres hombre, haz que cese tan atroz suplicio. Mi vida te pertenece; tómala, pero líbrame de estas vergonzosas ligaduras que oprimen indignamente los brazos de un caballero.

—Sois descontentadizo, señor conde, si esta cárcel no os agrada, contestó el audaz bandido; pero voy á hacer lo que deseais. ¡Hola! Desatadle.

El preso se sometió con gusto á aquella operacion, y quiso levantarse, aunque en vano.

—Sosegaos, caballero, prosiguió Guillery, pues todavía no he dispuesto de vuestra suerte, y...

—Acabemos, repuso Raoul con impaciencia, y tratadme como os hubiera tratado yo si hubieseis caido en mi poder: acordaos, no obstante, de que fuisteis caballero, y no me hagais penar.

—Gracias por el aviso, señor conde, del cual haré el uso que me acomode. ¿Qué os parece, amigos?

Esta pregunta se dirigió á los dos hombres que con él habian entrado en el salon.

—Yo creo, contestó brutalmente uno de ellos, que merece la muerte de un valiente.

—Tomás tiene razon, dijo el otro: lo que importa es acabar cuanto antes, á fin de que nuestra seguridad...

—Silencio: ya sabeis que no me gustan los discursos largos, y me complazco en seguir los impulsos de mi soberana voluntad. Señor conde, ¿os acordais de mi divisa?

—Vuestra divisa! repuso Raoul con desprecio: un caballero deshonrado no tiene blasones.

Un relámpago de furor brilló en los negros ojos del jefe, y su mano nerviosa acarició convulsivamente el mango cincelado de su puñal.

Pero por un increible esfuerzo disimuló su rabia y replicó con irónico acento:

—Esa respuesta os hubiera clavado este acero á la garganta, si no os protegiese la divisa que afectais despreciar, señor predicador. Pero la cólera es muy mala consejera, y Guillery demasiado generoso para dejar de añadir el ejemplo al precepto.

—¡Viva Guillery! ¡Viva nuestro jefe! gritaron muchos bandidos que asomaban sus cabezas por las puertas del salon.

—Silencio he dicho. Preso, preséntame tus escusas por el insulto que me has dirigido, y jura ser mudo en cuanto á lo que aquí has visto...

—Nunca, nunca!

—Pues prepárate á comparecer ante Dios.

Y al mismo tiempo dió una patada.

Abriose el piso como por arte de encantamiento, y apareció un tajo cubierto de instrumentos de tortura.

—Salid todos, añadió imperiosamente, y que quede solo con su conciencia.

Alejáronse todos, y Raoul se encontró en presencia de los tres principales actores de esta escena, y de un hombre enlutado, que se apoyaba sobre un hacha brillante, y cuyo oficio no era difícil conocer.

—Aproximadle, dijo Guillery.

Los dos acompañantes de este condujeron á Raoul hácia el tajo, y se encontró así preso por los brazos, como en un estuche, é imposibilitado de moverse.

—Escoge, le dijo el jefe, entre una muerte lenta, entre una agonía de condenado... y la vida entre los tuyos y entre las personas que amas. Ya sabes mis condiciones. Adios.

Raoul se encontró solo... No: el hombre enlutado permanecia con él, frio é impasible como la muerte!

Trascurrieron algunos minutos, y volvió á presentarse Guillery.

—Sirva al menos mi muerte de algun provecho, díjole Raoul: vuelve, la libertad á esa jóven, que es hermana mia, y haz que muera yo como un soldado: esto es todo lo que pido.

—Ya; pero es una gracia, bello pecador, y tú no quieres humillarte.

—Jamás, gritó Raoul exasperado por el tono sarcástico de su enemigo. Verdugo, cumple con tu oficio: Dios me vengará!

Y alargando el pescuezo con resolucion, esperó tranquilo.

Adelantose el verdugo, y Raoul no se inmutó al ver que se le acercaba.

El jefe entonces puso su mano sobre la cabeza de la víctima, y dijo:

—Basta, eres un valiente: Guillery el bandido perdona al caballero Raoul. Estás libre.

—Todavía no, gritó uno de los guardianes apoyando sobre el pecho de Raoul el cañon de una pistola.

Raoul levantó la cabeza, y sus miradas se encontraron con las del jefe, que acababa de darle una prueba tan visible de su generosidad.

—¿Qué significa eso? dijo Guillery con voz terrible. ¿Se pretende desobedecerme?

—Sí, replicó el otro: sí; nosotros te salvaremos á pesar tuyo y á pesar de tu imprudencia. Que jure el preso olvidar lo que ha visto, ó que muera como un perro.

—No por tí, miserable; por tu jefe lo juro, respondió Raoul.

—¿A fé de caballero?

—A fé de caballero.

—Basta, añadió Guillery. Ahora os dejaremos solo para que descanseis, pues sois nuestro huésped por el tiempo que os convenga.

Dió el bandido una palmada y desapareció el tajo, ocupando su sitio una opípara mesa magníficamente servida.

Guillery se retiró con su gente, y Raoul, tomando su partido con la dichosa indiferencia de la juventud, se sentó delante de los manjares, y servido por dos pajes con librea, probó los espumantes vinos de Chipre y de España, y atacó valerosamente los formidables reductos de un pastel monstruo, que parecia provocarle con su apetitoso aspecto.

Dejémosle en esta interesante ocupacion, y volvamos á los demás personajes de esta verídica historia.

(Se concluirá)

PLESSIS-LES-TOURS
EN TIEMPO DEL REY ENRIQUE III.
1589.

(Conclusion.)

LA EMBOSCADA.

> Salen los malvados de su emboscada; se acercan y se descubren: muchos estan montados... ¿Quién es aquel que se adelanta a su frente, blandiendo el acero que brilla en su sangrienta mano?
>
> BYRON.

Algunos dias trascurrieron así. Roberto nada habia podido descubrir, á pesar de su activa vigilancia. Si rondaba en torno de la mansion de Guillermo, encontraba siempre al través de sus cristales los ojos grises de la señora Marta que le miraban con desconfianza. La pobre María se lamentaba sin duda bajo la austera vigilancia del anciano hugonote; pero el rey no daba un paseo, sin que el fiel escudero, semejante á una sombra, observase los menores movimientos de cuantos se le acercaban.

Una mañana, el rey, de quien su aliado se habia separado para ir á Chinon á buscar su infantería, montó á caballo. «Hizolo así, dice la »crónica, atraido por el tiempo bellísimo que se presentaba. Pasó el »puente y se dirigió via recta hácia la Membrolle. Cerca del cuerpo de »guardia que se hallaba estacionado en la altura, habia una barricada, »próxima al sitio en que el camino se estrecha, á treinta pasos de la »cual encontró á un hombre que le dijo: Señor ¿adónde vais? Hé ahí »sin duda unos caballeros de la Liga; retiraos. Y al pronunciar estas »palabras, le mostró los enemigos tan cerca, que salieron de la embos»cada á cien pasos de su persona.»

Era Roberto, que disfrazado de aldeano, habia precedido al rey, y esplorando los alrededores, descubierto el lazo que le tenian dispuesto

Al punto se precipitaron sobre ellos los caballeros, y Enrique III

metiendo espuelas á su veloz caballo, solo tuvo tiempo para lanzarse detrás de la barricada, que guarnecieron al punto los soldados del cuerpo de guardia de que hemos hablado.

Durante este tiempo, Renato se reponia á duras penas del rudo choque que acababa de sufrir su salud. Pensaba en el rey, en María y en la fatalidad que parecia burlarse de su destino, destruyendo su dicha cuando mas cerca se creia de alcanzarla.

De pronto llegan hasta él sonidos confusos y lejanos: es una alarma... el toque de rebato. Levántase vacilando, y entre la griteria hieren sus oidos estas palabras fatales: «¡El enemigo! ¡el enemigo! ¡Se han apoderado del rey!» Los ciudadanos empuñan las armas; la poblacion se encuentra consternada y en desórden; las tropas, desanimadas por las noticias que circulan de boca en boca, pierden el momento de obrar y se retiran hácia el castillo. Renato, á pesar de su debilidad, quiere cerciorarse de la desgracia que teme y que en vano ha querido conjurar. Vístese apresurado, coge sus armas, y montando en su magnífico corcel, se dirige al galope hácia el sitio del combate. Los disparos de arcabuz le guian; llega al fin, y las primeras personas que encuentra, son el rey animando á sus soldados, y á Roberto que le hace señas mostrándole el capitan enemigo. Renato reconoce á Lafontaine y se acerca á él para atacarle.

Los dos enemigos, separados muchas veces por las alternativas del combate, se reunen por último.

—¡A ti, asesino! grita Lafontaine disparando á su adversario un pistoletazo: acuérdate del castillo de Blois.

La bala parte silbando y rompe á Renato el brazo derecho; pero la sed de la venganza le hace despreciar el dolor: empuña la pistola con la mano izquierda, y apuntando al capitan le contesta:

—¡Toma, cobarde; he ahí tu merecido!

El humo del tiro le impide juzgar del resultado, pero un inmenso grito que lanzan los de la Liga, le hace volver la cabeza, y ve que se retiran en desórden. El caballo de su enemigo huia espantado, llevando el cuerpo de su amo con la cabeza caida sobre la grupa. Sus facciones pálidas y ensangrentadas conservaban aun cierta espresion de feroz alegría, último reflejo de aquella alma altiva, que la muerte no habia podido domar.

El escudero de Renato condujo á este á su habitacion en muy mal estado; pero el sentimiento de su triunfo le exaltaba todavia, haciéndole olvidar los dolores de la herida. Esto no obstante, no bien ocupó el lecho, cuando la pérdida de la sangre le ocasionó una gran debilidad y se desmayó.

Al volver en sí de su letargo, se incorporó sobre el codo y dirigió alrededor vagas miradas: todos los objetos le parecieron estraños, y al fijar sus ojos hácia los piés del lecho creyó oir un ligero ruido: una muger se veia allí inmóbil.

—¡Es el ángel de la muerte! esclamó el jóven: ya no la veré mas...

La sombra se estremeció, y Renato reconoció en ella toda su ventura.

—No, prosiguió diciendo; no es el ángel de la muerte, sino el de la vida... ¡mi siempre amada!... ¿Con que no habeis dado entero crédito á las palabras de ese miserable?... Gracias, María: ahora puedo morir.

—¡Morir! respondió ella poniéndose de rodillas y estrechando una mano fria que llenó de lagrimas: no, no moriréis. Te amo, añadió con exaltacion; conozco que siempre te amo, y... ya lo ves, tú no puedes ser culpable, tú no puedes morir.

—No, es verdad; no moriré antes de haber hablado...

—Mas tarde, ahora no.

Y con una gracia infinita le cerró la boca con su agitada mano: Renato imprimió en ella sus labios abrasados, y separándola suavemente, dijo:

—Ha llegado el momento en que yo hable, pues no quiero que maldigais mi memoria.

—¡Maldecirla, gran Dios!

—Escuchad... Ya os acordais de Blois y de los Estados: aquel fué el último golpe. Injuriado por los diez y seis y su partido, espulsado de París, el rey habia puesto en aquella asamblea su última esperanza. En ella debia recibir la afrenta mas cruel. ¡Humillado ante la Francia entera! ¿Y por quién? Por el mismo á quien habia encontrado en todas partes, en su palacio y casi en su trono. Pálido, con la vergüenza en la frente y la muerte en el corazon, nos hizo subir y allí nos pidió sollozando que le salvásemos y salvásemos á la Francia. ¿Qué quereis, María? Yo le amaba, le habia seguido siempre en los campos de batalla, donde se distinguió por su valor; porque era valiente antes de subir al trono, en el cual se durmió... para despertar demasiado tarde. Mi padre habia servido al suyo; mi familia habia jurado adhesion á la suya. ¡Ah! No sabeis hasta dónde llega ese culto hereditario. A pesar de su debilidad, de sus faltas y tal vez de sus vicios, siempre era el rey, y en los primeros trasportes todos juramos defenderle y salvarle, sin pensar que esto equivalia á ofrecerle un asesinato.

Renato se cubrió el rostro con las manos; un sudor frio bañaba sus mejillas: después prosiguió con agitado acento:

—Pero cuando nos vimos en aquella estancia estrechando nuestros puñales... todavia le veo... nos dirigió sus intrépidas y tranquilas miradas, y Effrenats y Sainte-Malines... ¡Ah! Entonces me horroricé de mi crimen... El enemigo del rey habia desaparecido, y solo ví al héroe. Al menos, esclamó Renato con fuerza poniendo la mano sobre su pecho y elevando hácia el cielo sus miradas, al menos, ¡Dios mio! no fui yo quien le hirió.

—¡Oh! Gracias, señor, dijo María cayendo de hinojos: Renato, ya podré amarte sin avergonzarme.

—Sí, contestó Renato con efusion; desde hoy podemos amarnos sin temor, porque tú eres mi esposa ante Dios, y nada en el mundo podrá ya separarnos.

En aquel mismo instante oyeron gran ruido en la escalera; siguió á él una especie de lucha, y el cuerpo de un hombre fué á caer en medio del aposento, al paso que su vencedor se acercó precipitadamente al lecho del herido. Era Guillermo.

—Miserable, gritó á su hija, ¡pretendes deshonrar los últimos dias de tu padre! ¡Tú junto á ese hombre!

Y agarrándola por el brazo con violencia, la arrastró hácia la puerta sin que Renato ni Roberto, aturdido aun á causa de su caida, pudiesen impedírselo.

—¡Padre mio, perdon! Es inocente...

—¡Ese! ¡ilusiones!

—Es nuestro salvador: ha herido mortalmente á nuestro enemigo.

—Sí, repuso el viejo con espantosa ironía; ya sé que tiene una mano certera.

—¡Bárbaro! le gritó Renato fuera de sí.

—Adios, replicó el hugonote: caiga mi maldicion sobre ella y sobre ti.

Y cerrando bruscamente la puerta se llevó á María moribunda.

LA ESCARAMUZA.

Despreciaba todas las cosas, como si hubiese agotado el cáliz de la desgracia.
BYRON.—*Lara.*

Los acontecimientos esteriores no habian suspendido su curso. Mayena habia hecho que se prolongase la escaramuza, y el rey, retirado en la ciudad, habia colocado al mariscal Aumont en la entrada del puente, para cortar toda comunicacion entre la poblacion y el enemigo, en virtud de los avisos que Renato le habia enviado. Descubiertos los conspiradores por el mal éxito de la emboscada, perdieron su serenidad, y la presencia de los suizos del coronel Galatis acabó de desconcertar á los mas osados.

A las cuatro de la tarde se oyeron fuertes detonaciones, y los soldados empezaron á mirarse con inquietud, porque no podian equivocarse: la artillería de Mayena habia llegado, y tronaba acercándose mas y mas. Los realistas se replegaban por todas partes; los tres maestres de campo, Gersé, Grillon y Rubempre, habian perecido, y la derrota parecia inevitable.

Entonces se vió á un hombre atravesar rápidamente el campo de batalla, con la cabeza descubierta y un brazo vendado. Púsose al frente de un escuadron de caballería ligera, que habia vuelto bridas, y apostrofando á los soldados, los condujo al combate. La fortuna se cambió en un instante. Aquella carga furiosa destrozó las primeras filas de Mayena y desordenó las demás. En medio de la carnicería y entre las balas, el hombre herido y su negro corcel parecian invulnerables. Noticioso Mayena de las ventajas obtenidas por dicha caballería, acudió contra ella con sus mejores tropas, realizándose al punto un terrible choque: los dos partidos desaparecieron entre torbellinos de humo, producidos por las incesantes descargas de los arcabuces y de la artillería.

Al anochecer penetró al fin Mayena simultáneamente por tres puntos en el arrabal de San Sinforiano. Rompiéronse las barricadas, tomáronse los cuerpos de guardia, y los realistas fugitivos tuvieron á dicha encontrar un abrigo en las islas situadas en medio del rio. Para mayor desastre, los de la Liga prendieron fuego al arrabal, y al resplandor de las llamas se entregaron los lasquenetes al pillaje, y persiguieron espada en mano á los desgraciados habitantes en las calles y hasta en los templos. La noche puso término á tantos horrores, y cansado de matar, abandonó el enemigo el campo de batalla. Por otra parte acababa de saber Mayena que se veian tropas que atravesaban la ciudad, y que habia gran movimiento en las islas. Juzgó que el rey de Navarra estaba de vuelta y se retiró prudentemente. Poco después se alejó el ruido y todo volvió al mayor silencio, interrumpido de tiempo en tiempo por alguna detonacion.

La luna apareció por último, y se vió deslizarse silenciosamente por el rio una barquilla, que tocó en la punta de la isla mas inmediata á la orilla derecha, en que se habia dado la accion. Dos personas desem-

barcaron de ella y desaparecieron entre los sauces: poco después se reunieron en medio de la escena que antes hemos descrito. La una era blanca, esbelta, y apenas tocaba el suelo cubierto de cadáveres; la otra, cubierta con un ropaje negro, parecia la sombra de la primera, pues obedecia fielmente á la menor fluctuacion de los movimientos de su compañera.

Habia en verdad algo de estraño y de sobrenatural en el aspecto de aquella escena. La blanca aparicion, el silencio mortal que la rodeaba, los cuerpos ensangrentados que iba examinando, todo hubiera podido inspirar amargas y dolorosas reflexiones.

—¡Nada! ¡Nada! murmuraba la primera de aquellas dos personas.

Pasaban entonces debajo de un grupo de árboles, cercano al punto en que el combate parecia haber sido mas encarnizado. Un objeto informe, un cuerpo mutilado y suspendido por los piés, se ofreció á su vista. La aparicion blanca se estremeció, un grito desgarrador salió de su pecho, y la persona que la seguia la vió precipitarse hácia aquel cuerpo, y estrecharlo contra su seno. María acababa de reconocer á su amante, y arrojó una carcajada.

—¡Cómo! ¡Y te ries! ¡Insultas á los muertos!

El infeliz no conocia que su hija se habia vuelto loca.

Dos años habian trascurrido después de estos sucesos, y los buenos vecinos del antiguo edificio de la calle de la Baroche, pretendian que todas las noches pasaba por sus corredores una sombra blanca, que se reia y lloraba, acariciando entre sus brazos á un objeto que no podian distinguir.

Enrique III reunió sus armas á las victoriosas banderas de su aliado, y marchó con él hácia Paris, donde le esperaba el puñal de Santiago Clemente.

FIN.



EL CABALLO.

La mas noble conquista que ha hecho el hombre, es la de este fiero y fogoso animal, con quien parte las fatigas de la guerra y las glorias de los combates: tan intrépido como aquel, el caballo ve el peligro y y lo afronta; acostúmbrase al ruido de las armas, y amando á su dueño se anima con su mismo ardor. Con el hombre comparte tambien sus placeres; en la caza, en los torneos ó en las corridas, brilla y centellea como el rayo; y tan dócil como impetuoso, sabe ceder su fuego y reprimir sus movimientos. No solo se muestra dócil á la mano del que le guia, sino que parece consultar sus deseos, pues obedece siempre á las impresiones que de él recibe, y se precipita, se modera ó se contiene para satisfacer su voluntad. El caballo es, pues, una criatura que no reconoce su ser sino para usarle á virtud de la voluntad de otro que sabe dirigirle: por la precision y prontitud de agenos movimientos se reprime ó se lanza; siente tanto como se desea; á nada se esquiva, se escede á si mismo y muere por obedecer mejor.

Los talentos del caballo fuéron desenvueltos; el arte ha perfeccionado sus cualidades naturales: en la pérdida de su libertad el caballo ha dado principio á su enseñanza, terminando esta en la opresion: la esclavitud de este animal es tan antigua, tan universal, que no le recordamos sino muy raramente en su estado natural: cubierto de aparejos para afrontar sus trabajos, no le vemos libre de sus lazos ni aun durante las horas de reposo; y si, por acaso, se le permite errar á placer en los prados, lleva siempre la marca de la servidumbre, y muy á menudo las crueles señales del trabajo y del dolor: su boca adquiere la deformidad que la imprime el freno; sus lomos se ven heridos lastimosamente; su vientre martirizado por la aguda espuela; los cascos atravesados por los clavos que sostienen las herraduras; y la actitud de su cuerpo indica la mortificacion que le hace sufrir la impresion subsistente de los atalajes que habitualmente lleva. En vano se le dejará suelto, pues no será mas libre; y aquel cuya esclavitud es mas dulce, aquel que no se mantiene sino entre el lujo y la magnificencia, y en quien las doradas cadenas sirven menos á su lustre que á la vanidad de su amo, es aun mas sujeto por la elegancia de su tupé, por las trenzas de sus crines, por el oro y la seda que le cubre, que por los hierros que lleva bajo los piés.

La naturaleza es mas bella que el arte; y en un ser animado, la libertad de los movimientos forma la verdadera hermosura. Ved esos caballos multiplicados en las comarcas de la América española, y que son plenamente libres; su marcha, su carrera, sus saltos, no son medidos por la esclavitud; orgullosos de su independencia, evitan la presencia del hombre, desdeñan sus cuidados, buscan y encuentran por sí mismos el sustento que les conviene; andan errantes; retozan á su antojo en las praderas inmensas, ó se aprovechan de las producciones de una eterna primavera; sin vivienda fija, sin mas abrigo que el del cielo, respiran aires mas puros que los que llenan las bóvedas de los palacios donde les encierran los grandes potentados del mundo: así pues, los caballos salvajes son mucho mas fuertes, mucho mas ligeros, mucho mas nerviosos que la mayor parte de los caballos domésticos; ellos poseen de natura la fuerza y la elegancia: los otros solo tienen del arte la gracia y la destreza.

El natural de estos animales no es feroz; mas sí temerario y salvaje. Superiores por la fuerza á la mayor parte del resto de los animales, jamás los atacan; y si son atacados, les desdeñan. Reúnense en tropas, no por temor, sino por el placer de estar juntos. Como la yerba y los vegeteles bastan para sustentarlos, y como esto lo tienen con abundancia, sin temer que les falte, ni buscan contiendas con los demás animales, ni tampoco entre sí mismos: no habiendo de disputarse la subsistencia, viven pues en paz, porque sus apetitos son simples y moderados, y no hay motivo para mantener envidias.

Poseen costumbres dulces y cualidades sociales: su fuerza y ardor no se determinan, ordinariamente, sino por las señales de la emulacion: quieren no ser vencidos en la carrera, quieren saltar con inimitable ligereza un foso, ó dejar atrás riscos y valles; y los que dan el ejemplo en estos naturales ejercicios, los que entre todos son los primeros, son tambien los mas generosos y los mejores, así como los mas dóciles y flexibles cuando se trata de domarlos.

El caballo recibe del hombre la educacion mas bella: todos sus movimientos, todos sus pasos son dirigidos por un arte que se funda en principios fijos. Es imponderable lo que aprenden los caballos por la fuerza del hábito. La equitacion, ese arte que no se dedignan conocer los príncipes y los reyes, lleva al caballo á una gloriosa carrera que ennoblece su porte y da gracia al que le dirige: la equitacion pone á prueba tadas sus fuerzas y toda su ligereza; aprovecha su natural viveza ó aumenta su ardor y anima su coraje; prueba en fin su constancia, cultiva su docilidad, y emplea todos los resortes de su instinto.

El caballo es de todos los animales el que con una gran talla posee mejores formas y mas esquisita elegancia en las partes de su cuerpo; comparando con él los demás animales, se verá por ejemplo que el asno es mal hecho, que el leon tiene sobradamente grande la cabeza, que las piernas del buey son muy delgadas y cortas, respecto á la enormidad de su cuerpo; que el camello es descompuesto; y que los mas grandes animales, el rinoceronte y el elefante, no son otra cosa, por decirlo así, que masas informes. La gran prolongacion de las quijadas es la principal diferencia que separa de la del hombre la cabeza de los cuadrúpedos, siendo el carácter mas innoble de todos; pero aun cuando las del caballo sean largas tambien, no poseen como las del asno ese aire de imbecilidad, como ni tampoco la estupidez de las del buey; y la regularidad de su cabeza le da, por el contrario, un aire de esbeltez bien sostenido por la belleza del color.

El caballo parece sacudir su estado de cuadrúpedo cuando eleva la frente: en esta noble actitud mira al hombre cara á cara, y entonces sus ojos aparecen vivos y bien abiertos; sus orejas proporcionadas, sin ser cortas como las del toro, ó sobrado largas como las del asno; su crin le adorna con gracia la cabeza y cuello, prestándole un aire decidido de vigor y de fiereza; su larga y espesa cola cubre y termina ventajosamente la estremidad de su cuerpo. Bien diferente de la muy corta del ciervo, del elefante, etc., y de la desnuda del asno, del camello y del rinoceronte, la cola del caballo está formada por cerdas espesas y largas que parecen salir de la grupa, porque el tronco de que parten es breve; el caballo no puede, es verdad, levantar la cola como el leon; pero se sirve de ella mejor, pues la baja, y moviéndola de costado puede sacudir las moscas que le incomodan, en razon á que aunque tienen la piel muy gruesa es sumamente sensible.

Por último, basta una sola mirada para convencernos de la superioridad inteligente, noble y poderosa de este privilegiado animal, compañero y amigo del hombre, su criado dócil y fiel, y acaso su gloria y salvacion.

LA FLOR DE RESEDA.

LEYENDA ORIGINAL.

(Continuacion.)

—Qué hay? preguntó:
—Está salvada.
—Salvada!
—Sí, solo temo
que por la fiebre asaltada,
de la inaccion arrancada
caiga en un violento estremo.

—Vuestra será mi fortuna,
Perez, si salvais su vida.
—Callad, si verla perdida
no quereis.
—Suerte importuna,
Si pierdo mi hija querida!

Mirole entonces la hermosa
con sonrisa inesplicable,
y en sus ojos, vidriosa
lágrima brilló, inefable,
que se consumió ardorosa.

A poco agitó su seno
violenta palpitacion,
y á su semblante sereno
asomó el rojo veneno
de febril coloracion.

Pasó así rato penoso,
el de Alarcon silencioso,
con fiebre ardorosa Inés,
la dueña junto á sus piés
y Luis Perez caviloso.

. . . .

—Allí está, dijo Inés, mira!
(señalando á la pared).
—Qué dice, Perez, delira?
—Callad, señor!
—Que la tira!
Pobre de mí! Detened!

Padre mio... padre mio,
que me la den... esa flor...
que echen al genio sombrío
que robarla quiere impío!...
Allí está... por Dios!... favor!...

Si *él* lo supiera!... es mi sueño...
quita, quita!... la deshoja!...
pobre flor!... hay tal empeño?...
Mira que está en cada hoja
el corazon de su dueño!

Padre mio!... no lo ves?
Si *él* llegara por aquí!...
—Qué dices, querida Inés?
Quién es él?
—Yo se la dí:
que no se vaya.
—Quién es?

Atiende, Inés, al desvelo
de tu padre que te adora.
—Ah! por fin soy vencedora?
Ricardo está ya en el cielo:
que se la quiten ahora!

—Ricardo dices?...
—No, no...
Mi madre le está besando,
y el dulce aroma aspirando
que su virtud exhaló...
yo voy, que me está llamando.

—A dó vas? detente, hija.
(Ricardo! Ricardo ha dicho!...)
—No temais, no, que os aflija:
acataré ese capricho,
pues basta que ella lo exija.

Cubrió el venerable anciano
su semblante con la mano,
y apoyándose en el codo:
—Pesia mi destino insano!
dijo, lo comprendo todo!

Yo muerte á su madre dí,
su voto quise acatar,
y, necio, no comprendí
que antes Inés pudo amar
aunque tanto lo impedí.

Y á quién ama? á un pobre paje!
á un espósito!... jamás!...
Fué el paje que quise mas...
si bajo su humilde traje
sangre habrá noble quizás!...

Mas dónde está el infelice?
víctima es de la pasion
que trastornó su razon!
Oh! bien su conducta dice
que es noble su corazon.

Si hallarle tal vez pudiera
y su origen descubrir,
la mano de Inés le diera!...
Mas, qué digo? suerte fiera!
cuando acaso va á morir!

Morir!... y olvido que ofende
á Ulloa mi pensamiento?
á él, que fiel al juramento,
aun hoy su mano me tiende,
y en su casa me da asiento!...

. . . .

La noche así vino entrando,
el de Alarcon meditando,
con fuerte delirio Inés,
la dueña junto á sus piés,
y Luis Perez observando.

VIII.

EL ANILLO ROTO.

Nieguen los fieros rigores
del implacable destino
los que encuentran su camino
siempre poblado de flores:

Los que ricos y opulentos
ven propicia la fortuna,
sin que delicia ninguna
les busque con pasos lentos:

Los que, del bien abrumados,
se quejan con labio impío,
porque les causan hastío
los goces amontonados.

Yo que el mundo atravesé
siempre gustando amargura,
si ignoro lo que es ventura,
lo que es el destino sé.

. . . .

Mas, dejando el parangon
de tan insanos estremos,
dos amigos escuchemos
que estan en conversacion.

ULLOA.

Esas vanas atenciones
no tengas, Martin, conmigo:
ante todo eres mi amigo,
y de tal son mis acciones.

Si consultar no supimos
de nuestros hijos el gusto,
¿qué estraño es que el mundo injusto
escarnezca lo que hicimos?

Mas, entre el juicio mundano
y el bienestar de tu hija,
no estrañes, Martin, que elija
lo segundo. Con que al grano.

Dices que ese pajecillo
es mozo arrogante y fiel:

á la América con él,
y que adquiera nombre y brillo.

MARTIN.

No estás, Iñigo, enterado.

ULLOA.

Pues qué mas?

MARTIN.

No ha muchos dias...

ULLOA.

Sí, huyó de casa, decias.

MARTIN.

Y huyó de amor acosado.

ULLOA.

Estraño es eso, par diez!
Y se sabe dónde para?

MARTIN.

No por cierto.

ULLOA.

Cosa rara!
mucha será su honradez.

MARTIN.

Algo mas, segun sospecho.

ULLOA.

Nobleza!...

MARTIN.

Puede que sí.

ULLOA.

Qué dices?...

MARTIN.

Lo juzgo así,
porque es muy noble su pecho.

Además, ¿quién asegura
que un espósito no sea,
como de baja ralea,
vástago de noble altura?

Casi al nacer se encontró
llorando junto á mi puerta,
y de que la hallase abierta
jamás después me pesó.

Contento él de su fortuna,
y hallando en mí un tierno padre,
ni me demandó su madre,
ni yo le indagué su cuna.

E hice mal, por vida mia!
que pruebas no me faltaban;
y, quién sabe si anhelaban
sus padres tanta alegría!...

Pero no... yo le crié,
y nadie le reclamó;
claro es que nadie le amó,
y que un peso al mundo fué.

Y es justo que tal colija,
pues si así no hubiera sido,
su padre me habria traido
la mitad de esta sortija.

ULLOA.

Qué dices!... A ver?

MARTIN.

Te asombras?

ULLOA.

Media sortija!...

MARTIN.

Sí, escucha:
Una noche, en fiera lucha
me asaltaban negras sombras.

En vano eludir queria
la imágen ensangrentada
de una esposa idolatrada
que cariñosa gemia:

Cuando entre aquellos quejidos
ténues, vibrantes, crueles,
de un lloro cierto ecos fieles
llegaron á mis oidos.

Era un triste pequeñuelo
que tiritando de frio,
del rigor del cierzo impío
se quejaba sin consuelo:

Pobre criatura inocente,
por su madre abandonada,
que al nacer cubrió una helada
en vez de un seno caliente:

Entre moriscos pañales
envuelto el triste venia,
y sobre el pecho traia
de su origen las señales:

Era un escrito rollado
con media sortija dentro...

ULLOA.

Basta, Martin; ¿de ese encuentro
por qué antes no me has hablado?

MARTIN.

Cómo! tal vez...

ULLOA.

Sí, sí: escucha,
que tambien yo siento ahora
de pena desgarradora
la ignota y sangrienta lucha.

No te son desconocidos
con Fátima mis amores,
que en incurables dolores
para tí fueron vertidos:

Pues bien, la noche traidora
que llevé el luto á tu casa,
me habia colmado sin tasa
de sus favores la mora.

Por vencer su rebeldia,
la conseguí persuadir
que era libre para unir
mi mano á la suya un dia;

Y en prueba de mi ternura,
rompiendo un cintillo de oro,
la dije: «Hermosa, te adoro;
»guarda esta prenda segura;

»Y si falto alguna vez
»á mi palabra de amante,
»muéstrala como bastante
»á humillar mi nombre y prez.»

Cedió entonces á mi amor,
pues loca, por mí moria,
y la infeliz no sabia
que estaba amando á un traidor!

Después... sabes lo demás:
que sorprendido con ella,
sagaz oculté mi huella
y de mí no supo mas.

Por este tiempo ocurrió
mi larga ausencia de España,
que á la italiana campaña
el rey, sabes, me mandó;

Y al volver al patrio suelo,
supe que la pobre mora
una mano protectora
habia buscado en el cielo.

MARTIN.

Ya comprendo, y ese niño,
que compasivo amparé...

ULLOA.

Era el fruto, sí, lo sé,
de mi liviano cariño.

Yo tengo de esa sortija
la otra mitad conservada,
prenda que reputé en nada,
mas que hoy te salva una hija.

MARTIN.

Qué...

ULLOA.

Acabaron nuestras penas:
ese espósito infelice
es sangre que no desdice
de la sangre de mis venas;

Y puesto que le ama Inés,
uniremos su destino,
cumpliendo lo que previno
tu esposa al morir. Ya ves,

Ellos mismos se querian,
sin saber que de esta suerte
respetaban de la muerte
la voluntad que cumplian.

Si, de ese jóven el nombre,
hoy humilde y abatido,
yo haré tan esclarecido
que al mundo su brillo asombre.

No importa que en crudas lides
tenga que probar su ley,
para que en él mire el rey
uno de sus adalides;

Que cuando verde corona
ciña su guerrera frente,
mostraré al mundo insolente
que sangre noble le abona.

MARTIN.

Mas olvidas?...

ULLOA.

Nada olvido:
si en ocultarse se aferra,
minaré toda la tierra...
es un hijo el que he perdido!

Si, vamos al punto á dar
á Inés tan dulce consuelo;
que le ame, pues ya su anhelo
podrá cumplido mirar.

MARTIN.

Ten, Ulloa, ten; por ahora
no la des tanta esperanza,
pues dicha que no se alcanza
es muerte desoladora.

Un soplo del aquilon
troncha la flor mas crecida,
y una esperanza perdida
despedaza el corazon.

. . . .

IX.

LA ESPINA OCULTA.

Pasaron dos semanas
desde que así le habló
al de Ulloa en su casa,
su amigo el de Alarcon.

Las cosas han cambiado
de formas y color;
y ya solo se anhela
saber do el paje huyó,
para labrar su dicha
con venturoso amor;
pues tal parece ha sido
la voluntad de Dios.

La fiebre asoladora
de Doña Inés, cesó:
su pecho ya no sufre
tan fuerte agitacion;
mas no hay en sus mejillas
purísimo arrebol;
que un invisible dardo
la hirió en el corazon,
y lento la consume
profundo, roedor.

La sombra de Ricardo
la sigue con teson,
lo mismo cuando brilla
en el cenit el sol,
que al estender la noche
su manto de crespon.

De Perez por consejo
de la ciudad salió,
y habita con su padre
al pié de Lanjaron:
que allí el ambiente sano
difunde en rededor
consuelo, gusto y vida
con vasta profusion.

Mas el aroma dulce
de cadá tierna flor,
el aire que respira,
del viento el ronco son,
los ayes de las selvas,
el raudo tornasol
que en redes plateadas
y en flecos de ilusion
dibuja entre las peñas
torrente bullidor;
los ecos apenados,
la melodiosa voz
con que amorosas quejas
entona el ruiseñor,
conformes le repiten
en lánguido unison
el nombre de Ricardo,
la muerte de su amor.

Así su pena crece,
se aumènta su afliccion;
pues no hay dicha posible
si la esperanza huyó.

No basta que su padre
la pinte con fervor
un porvenir risueño
de amante fruicion;
su pensamiento fijo
la dice que murió
el infeliz Ricardo,
su primitivo sol.
—Entre tinieblas vive,
temiendo en su dolor
nutrir una esperanza
que acabe en decepcion.

* * *

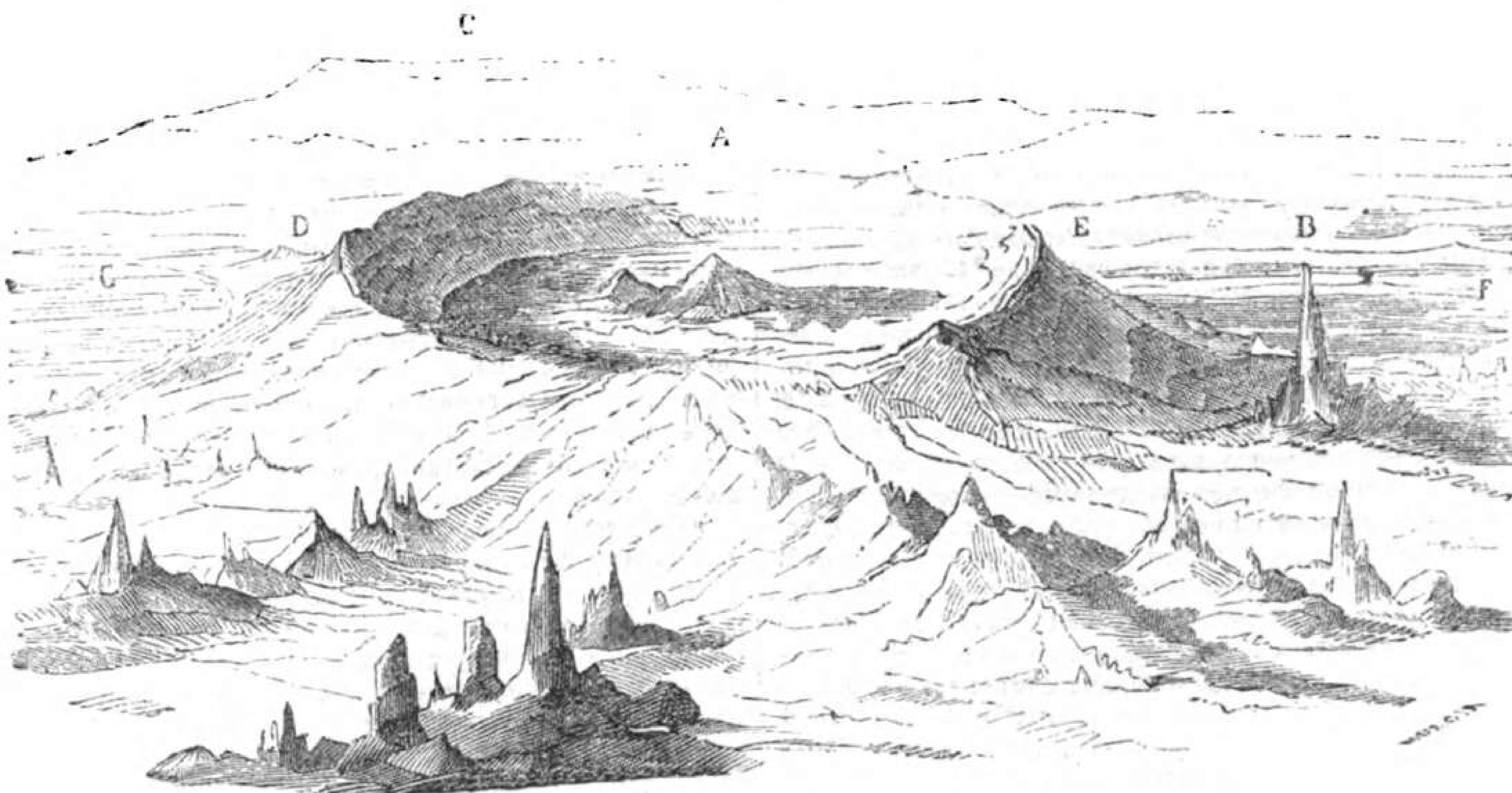
Al declinar un dia
de junio abrasador,
apareció en la cumbre
del alto terreon,
ó inaccesible tajo
que ya sabe el lector
estriba en el camino
cercano á Lanjaron,
una fantasma blanca
cercada de vapor;
su forma era de fraile,
y alguno que le vió,
notó que le absorbia
tenaz meditacion:
miráronle las gentes
con pánico terror,
creyéndole alma en pena,
diabólica vision,
ó sombra de algun moro
que allí tal vez murió.

(Concluirá.)

FRANCISCO J. ORELLANA.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

IMPRENTA DEL SEMANARIO PINTORESCO É ILUSTRACION
A cargo de G. Alhambra.



UN VOLCAN EN LA LUNA.

El grabado representa una montaña de la luna que Hevelio llama el monte Ligustino, y Riccioli el monte Aristillo. Esta singular apariencia de una parte de la superficie lunar está reproducida tal como la presenta un anteojo que muestra al revés los objetos y en una posicion en que los rayos del sol, terminando en el ojo del observador, hacen un ángulo de cerca de 45 grados con la superficie. La reduccion, para el conjunto del paisaje, es de un duodécimo de pulgada por milla; la milla romana es de 75 al grado; corresponde á 1,482 metros franceses, y la pulgada romana vale 0,m 0249, lo que da una reduccion en la relacion de 1 á 716,400 próximamente. La estension de tierra, ó mas bien de luna que se tiene á la vista, es de cerca de 100 á 110 kilómetros de longitud.

Un astrónomo estranjero, el caballero Decuppis, es el que ha dirigido esta carta á Roma, segun las observaciones hechas con ayuda del célebre y poderoso telescopio de Canchoix.

El monte Ligustino presenta todos los caractéres de un volcan apagado. El diámetro del crater, A, es de cerca de 36 kilómetros. El punto mas elevado de su circunferencía, D, tiene cerca de 2,606 metros sobre el fondo de la cavidad; el punto opuesto, E, se eleva á cerca de 2,012 metros. En el centro del cráter se eleva un cono de 876 metros de altura, y á su lado se nota otro mas pequeño. El fondo del cráter, observado atentamente y en circunstancias favorables, parece cubierto de asperezas, que se supone indican piedras y porciones de lava. De este volcan parten cinco ramificaciones de elevaciones menos pronunciadas. Sobre estas crestas se elevan agujas, especie de pirámides ú obeliscos naturales, semejantes á las columnas basálticas que se encuentran en diversas comarcas de nuestro globo. La aguja mas elevada, B, es de 1,519 metros de altura: cuando fué observada por la primera vez, su sombra se proyectaba á lo lejos, su punta está sola iluminada por el sol, descomponia la luz y presentaba el color del prisma, lo que ha dado lugar á conjeturar que esta aguja gigantesca se componia de una materia vidriosa.

En la direccion del Mediodía, el monte Ligustino está unido á una montaña mas pequeña llamada Autólico, C, cuyo cráter tiene 87 kilómetros y medio de diámetro: se ha observado en el fondo de este cráter un cono central, pero no existen agujas cerca de sus pendientes.

Estas dos montañas estan situadas, como dos islas, en medio de la parte meridional de una comarca lunar conocida de los astrónomos bajo el nombre de *La mar de lluvia*, F, que está tambien designada en su parte occidental, bajo el nombre de *Lagunas de putrefaccion*.

LAS RUINAS DE LAS BESAS Y EL PUEBLO DE CERVIÁ.

Si la historia fuera bastante capaz para ocuparse indistintamente de todos los hombres; si las acciones heróicas del triste soldado y los hechos beneméritos del paisano oscuro, pudieran escribirse al lado de las de los grandes generales, y en general de aquellos que la suerte y la fortuna han elevado sobre sus hermanos, y si las pequeñas poblaciones, á la par que las grandes capitales, merecieran ocupar una página de ese libro, á fin de trasmitir á la posteridad los sucesos notables, que inmortalizarian tal vez el nombre y la patria de mas de un héroe; á buen seguro que no se ignorarian tantas cosas dignas de saberse, ni serian tan confusas tantas tradiciones que se conservan apenas, y que constituyen como una sucinta crónica de los pueblos. Mas siendo esto imposible, es tambien indispensable que por mas grandes que sean las hazañas de un hombre del vulgo, y aunque incalculables los sacrificios de una poblacion pequeña, pasen desapercibidos ó queden pronto sepultados en la noche del olvido, y gracias á su enormidad ó inaudito mérito, si la memoria de algunos ha logrado pasar al través de un corto número de generaciones. Sugiérennos estas reflexiones las profundas sensaciones que en nosotros despertó la vista de un objeto muy triste, que viajando dias atrás por las risueñas riberas del pequeño rio Set, se presentó á nuestra vista.

Eran unas estensas ruinas que, situadas á la vertiente de una pequeña loma, cuyos piés, murmurando tristemente baña el mismo riachuelo, advierten sin cesar la instabilidad de las cosas humanas al mas distraido filósofo que por allí á pasar acierte. Una iglesia, si bien bastante desmoronada por la mano destructora del tiempo, casi entera, los restos de muchas casas, algunas de las cuales se conservan aun en pié, á pesar de estar descubiertas y tener algunas aves nocturnas por únicos moradores, y algunos lienzos de una pared muy fuerte, pertenecientes á un antiguo castillo feudal de la edad media, que situado en lo mas alto de la loma, pareceria algun dia el rey de la comarca; hé aquí lo que no puede dejar de llamar vivamente la atencion del viajero que por primera vez sigue el camino que desde la ciudad de Lérida conduce á Cornudella y á las Garrigas. De mí al menos sé decir, que pudiendo resistir apenas al impulso de mi admiracion y curiosidad, penetré hasta el centro de aquellas ruinas, y profundamente afectado por tan triste perspectiva, me dejé caer mas bien que sentarme sobre una de aquellas mohosas y venerandas rocas, haciendo mil y mil congeturas sobre cuál podia ser la causa del total abandono y destruccion del pueblo que allí, en época sin duda no muy remota, habia existido. No sé el tiempo que allí permaneciera si mi criado no hubiera venido á avisarme de que la noche iba entrando á toda prisa, y que apenas nos quedaba tiempo suficiente para llegar al término proyectado de nuestra jornada. Esto no obstante, no quise separarme de allí sin preguntar antes al conductor de un molino, que está allí muy inmediato, y manifestarle mis deseos de averiguar cabal y minuciosamente todo lo relativo al fúnebre objeto que me preocupaba. No llevó aquel buen hombre á mal mi demanda, y á fin de satisfacerme mas puntualmente, me instó á que pernoctase allí, para que le fuera fácil al dia siguiente presentarme á un respetable anciano, que como muy versado en las tradiciones del país, no dudaba que me daria cuantas esplicaciones desease.

Así se verificó puntualmente, y no bien la aurora del siguiente dia empezaba á asomar por las puertas de oriente, sacudiendo de sus ca-

bellos infinidad de líquidas perlas con que se engalanaban las plantas y sus flores, cuando embelesados por el armonioso canto de mil suertes de pintados pajarillos, que saludaban al radiante Febo, que pronto habia de venir, nos encaminamos á un vecino lugarejo, donde al frente de una antigua casa encontramos un venerable octagenario, de calva frente y cabellos blancos, quien apoyado en su grueso báculo salia á dar un paseo matutino. Sombrero en mano nos inclinamos á la presencia de aquel respetable patriarca y le saludamos afectuosamente, mientras que él, con aquella cordialidad y franqueza que en vano trata de remedar la fingida política de las ciudades, nos devolvió el saludo, y nos introdujo en su casa. Mi huésped me dió luego á conocer; yo espuse á mi vez mis pretensiones, y después que aquel hombre nos hubo escuchado con singular bondad y agrado, y de habernos prometido satisfacer con gusto á cuantas preguntas tuviéramos á bien dirigirle, tomó un polvo de rapé y empezó su narracion de la manera siguiente:

«Cuando en el año 1706 y siguentes, por todos los ángulos de la monarquía, y particularmente en este principado, arreció fuertemente el huracan de aquella tan terrible cuanto asoladora guerra de sucesion, en que los catalanes, por su inaudito valor, constancia sin límites, amor sin par á las libertades y fueros del país, y celo ardiente por la independencia española, conquistaron el detestable, odioso é inmerecido dictado de *rebeldes;* los habitantes de las riberas del Set mostraron luego pertenecer á una nacion de héroes, y con un calor y desprendimiento nada comunes, abrazaron tambien la causa que creyeran del país, lo cual, acarreándoles un odio muy especial por parte del bando contrario, dió ocasion á que el saqueo, el ultraje y el asesinato estuvieran por aquí mas de una vez á la órden del dia. No obstante, poco á mi ver hubiera sido esto, si para oponerse á las fuerzas galo-hispanas que al mando del duque de Orleans invadian el país sitiando estrechamente la plaza de Lérida, después de haber rendido las de Mequinenza, Monzon y otras, en 1707 no se hubiesen organizado partidas de migueletes, que si bien es verdad causaban al enemigo daños de consideracion, esquilmando insensiblemente sus filas, lo es tambien que concitaban su ira contra los infelices é indefensos pueblos, que no pocas veces eran víctima inocente, inmolada al despecho y furor de los estranjeros, envidiosos siempre de la prosperidad de nuestro suelo. Una de estas bandas, compuesta en su totalidad de gente de mal vivir, apartándose poco á poco del objeto de su institucion con insulto y escarnio del mismo gobierno que las creara, se declaró por último del todo independiente; trasformose en una verdadera cuadrilla de ladrones, y apoyada en las asperezas de Prades y Monsant estendia sus correrías desde el campo de Tarragona hasta la vista de los llanos de Urgel, causando males sin cuento á los mismos pueblos que antes la habian protegido, de suerte que muchos se vieron precisados á resistirse y perseguir en somaten á aquellos bandidos.

»El laborioso pueblo de las Besas fué otro de los que mas se distinguieron en defensa de sus propiedades, de manera que sus calles se vieron á menudo regadas con la sangre impura de aquellos malhechores; mas si juntos y parapetados en sus casas eran sus vecinos bastante fuertes para oponerse á las invasiones de tan temibles enemigos, no asi en los campos y caminos públicos, donde por precision tenian que ir, so pena de perecer de hambre con sus mugeres é hijos. Asi es que luego, después de haberse tan vigorosamente opuesto á las tropelías de aquellos que muy luego habian de dar al traste con sus bienes, con sus vidas, y lo que es mas sensible aun, con su honor, se vieron los vecinos de las Besas poco menos que asediados en sus mismas casas, porque sus encarnizados enemigos habian jurado vengarse de los daños y afrentas que de ellos habian recibido. Mas abandonados á sus propios recursos, sin esperanza ni aun remota de proteccion ni ayuda de los dos gobiernos beligerantes, ocupados á la sazon mas que nunca en ofender y defenderse mutuamente, y mucho menos de los pueblos vecinos, que no poco que hacer tenian en obsequio de la seguridad propia, pronto se vieron en la dura alternativa ó de perecer todos de hambre, ó de salir á labrar sus campos para procurarse los indispensables medios de subsistencia, aunque fuera á la vista de una muerte casi segura, ó doblar colectivamente la cerviz ante el ara cruenta de aquellos caribes.

»Se adoptó el segundo estremo; mas poco tardaron en ser varios víctima de su desesperado arrojo, cayendo por aqui y por allí, en los campos, en los caminos y en los bosques al filo de la cuchilla fratricida. Al espanto y dolor profundo por tales desgracias producido, un grito de terror resonó por aquellas calles: no faltaron con todo algunos, que cual otros numantinos, prefirieran abrasarse junto con lo poco que les quedaba á la vista del enemigo, al dolor de ver profanadas sus moradas por tan inmunda canalla; mas la mayoría pensó de otra manera, y aunque tarde se trató de proponer una transaccion, si no honrosa, que prometiera al menos seguridad á los pocos que, hábiles para el trabajo, permanecian aun con vida. Escribiéronse una especie de capitulaciones, que por dos mugeres fuéron enviadas al enemigo, quien engreido con lo que él llamaba victoria, las llenó de insultos, amenazas y dicterios, y no quiso darlas otra respuesta sino que se rindieran á discrecion. Esta inesperada acogida reanima el amortiguado valor de unos, despierta el abatido orgullo de los demás, y todos, todos unánimes, juran anteponer una muerte honrosa á la bajeza de prosternarse de nuevo ante una pandilla feroz y cobarde, cuyo único patrimonio era el del ladron, cuya única ley la del asesino. ¡Insensatos! ¡Cuán pronto el azote cruel del hambre propia, y mas aun el triste aspecto de sus cariñosas esposas y tiernos hijos, que escuálidos ya y como espectros ambulantes no cesaban de llorar y pedir el necesario sustento, habian de probar á aquel puñado de héroes que no siempre el solo valor es suficiente para contrarestar tamaños males! No obstante tanta contrariedad y desgracia, los vecinos de las Besas, dignos por cierto de mejor suerte, ponen en obra el único recurso que les queda, y se dedican al tráfico de algunos artículos, estableciendo algun comercio con las plazas de Valls y Reus; á cuyo efecto, cuando provistos de lo necesario dejaban el pueblo bajo la custodia de sus caras esposas, salian de noche con el fin de burlar la vigilancia de sus mortales enemigos.

»Todas estas estratagemas y cálculos sirvieron solo para aumentar su despecho y rabia, y para multiplicar el número de mártires de las Besas, cuyos vecinos uno tras otro fuéron cayendo bajo el puñal de aquellos, quedando solo cuatro jóvenes de menos de doce años, y uno viejo y cojo, que por su edad é imposibilidad física no podia mas que reanimar y consolar á sus compatricias, y alentar el ánimo y guiar con sus consejos á sus cuatro compañeros. Imposible parece á primera vista que con tan rudos y repetidos golpes no cejase el ánimo de aquellos habitantes; mas no, mil veces no: la comunidad de males, estableciendo la verdadera comunidad de bienes, hizo de ellos una tierna y única familia, cuya cabeza representaba el pobre cojo. Los cuatro jóvenes, incansables y perspicaces, discurrian nuevos medios, inventaban nuevas estratagemas, hacian continuos viajes, y burlando siempre el vigilante despecho de sus enemigos, aunque furtivamente, introducian víveres á sus hermanos. Asi por bastante tiempo las cosas, y como se hubiesen minorado algun tanto sus males, empezaban las amazonas de las Besas á saborear algun tanto las dulzuras de la resignacion, y se entregaban ya á algunos inocentes pasatiempos que muy pronto habian de acelerar su ruina.

»Tras un dia placentero ocultose el sol en las ondas, enrojeciendo en su marcha várias sencillas nubes, que á manera de brillante ropaje decoraban la puerta por do saliera al otro hemisferio: el leve soplo de fresco céfiro murmuraba blanda y alegre despedida al astro esplendoroso, y las últimas oscilaciones de las ramas de los árboles parecian saludarle en su marcha. Las hijas de las Besas contemplaban tan interesante escena desde las puertas de sus casas, y gozosas con el fresco que las regalara tan deliciosa tarde del mes de julio, no advirtieron á tiempo la hora de temprano recogimiento á que su crítica posicion las condenara. Asi fué que entrándose la noche mas aprisa de lo que fuera menester, estendiendo su negro y universal manto sobre los mortales, se vieron aquellas bruscamente acometidas por todas partes por aquellos miserables, quienes sin darlas tiempo para encerrarse y resistirse, invaden sus casas, y haciendo alarde de un valor que unas débiles mugeres habian despreciado tantas veces, á la manera que un gavilan hambriento se arroja sobre una inocente é indefensa paloma, se precipitan sobre sus víctimas con una insensibilidad de que ellos solos eran capaces. Penetran en lo mas recóndito de las habitaciones, registran los armarios y hasta las camas, entregan á las llamas cuantos libros comunales encuentran, destrozan todos los muebles, y con toda la insolencia y cinismo que inspira la maldad, se burlan de la indigencia y ruina de los inocentes á quienes tan vil y villanamente habian derruido. No satisfechos aun, insultan y apalean al pobre viejo, maltratan á los débiles é indefensos niños, aprisionan várias mugeres.

»Este nuevo é inesperado golpe acabó de aterrar á todos y destruyó todos los planes concebidos; el abatimiento mas completo sucedió á aquella actividad inimitable, y ya se pensó tan solo en abandonar unos lugares que solo presentaban á la vista las páginas de la historia mas sangrienta, y á la imaginacion escenas de horror y espanto. No obstante, el amor al hogar doméstico hizo el último esfuerzo y obligó á aquellos infelices á humillarse y pedir perdon á tan execrables bandidos, quienes después de mil sarcasmos y desdenes insultantes, prometieron no vejar ulteriormente mas que á los otros el pueblo de las Besas, dándose por satisfechos con lo cara que habian hecho pagar la temeridad de sus moradores. Con esta seguridad trataron de acometer otra vez con ardor las interrumpidas faenas del campo y continuar sus viajes mercantiles: todos á su vez, todos sin distincion de edad ni sexo trabajaban á porfía, y pronto hubieran visto cicatrizadas várias heridas de su ulcerado corazon, si el genio del mal, que á buen seguro, en sus arranques de furor habria jurado la destruccion de las Besas, no se resolviera por fin á poner el sello á su obra de iniquidad, esterminando á sus moradores, cual otro enjambre de abejas sacudido por mano traidora.»

Al llegar aqui nuestro venerable cronista, viose su mente abrumada por el peso de inmensidad de tristísimas ideas; un sudor copioso bañaba su respetable rostro; las lágrimas acudian presurosas á sus hundidos ojos; se ahogó la voz en su palpitante pecho, y le fué preciso suspender su narracion por un momento. Mas repuesto algun tanto, enjugó su sudor y sus lágrimas, sus dedos hundiéronse de nuevo en su caja, recompúsose en su poltrona, y apoyando la cabeza en su mano derecha continuó de la manera siguiente:

«Bastante sabeis, amigos, los trastornos, las pasiones y calamidades de toda especie que trabajaron á esta desgraciada nacion en la época á que nos referimos: basta solo tener presente, que nuestro hermoso suelo fué por muchos años el campo do se batieron encarnizadamente las tropas de várias naciones europeas; que en los inumerables azares de una guerra tan feroz como sanguinaria, nuestros ricos pueblos eran de continuo invadidos y á menudo entregados al saqueo y al incendio por las huestes tanto de uno como de otro bando, y lo que peor es aun, la parte activa que en mal hora tomaron nuestros abuelos en aquella lucha de sangre y esterminio, dejándose arrastrar á veces por las mas viles pasiones y fomentando la mas espantosa guerra doméstica de que haya memoria en los anales históricos, para formarse una idea de lo que fuéron aquellos desgraciados tiempos. En medio pues de tempestad tan deshecha, y cuando los pueblos, cansados ya de luchar y agitarse inútilmente entre las embravecidas olas de un mar tan borrascoso, solo esperaban su completa y universal ruina, una débil luz, aunque pálida y opaca, reanima la perdida esperanza, y hace confiar que no está lejano el dia de paz, por el cual tanto suspiraban, porque no solo los sucesos de la guerra, sino tambien los cambios de la política europea, hacen prever que Felipe V será por fin declarado definitivamente rey de las Españas. Mas antes de que llegase tan venturoso y universalmente suspirado dia, el pueblo de las Besas habia de esperimentar una nueva catástrofe, que obligase á sus moradores á abandonarlo para siempre.

»Luego pues que las aguerridas tropas del mencionado monarca, mandadas por el inteligente Vendôma, el dia 10 de diciembre de 1710, con la casi completa derrota de la formidable columna de Staremberg en los campos de Brihuega y Villaviciosa, se hubieron sobradamente compensado de las pérdidas que los austro-catalanes les causaran en agosto del año anterior en las alturas de Almenar y campos de Zaragoza, y luego después que como consecuencia legítima de tan memorable jornada vió Felipe no solo salvadas las fuertes plazas de Lérida y Tortosa, sino que sus huestes se habian apoderado sin oposicion de las de Balaguer, Agramunt, Calaf, Montblanc y otras, asegurando con esto la tranquila posesion de toda la parte occidental del principado; se dedicaron ya á mediados de 1711 á la persecucion de las partidas volantes, que tanto las habian incomodado. Los clamores de los habitantes de todos estos contornos, que hasta aqui parecian aletargados, penetraron hasta el trono de Castilla, y el esclarecido Felipe dió muy luego la órden de que se prestase la debida proteccion á los indefensos pueblos, procurando con especialidad el esterminio de la pandilla de Monsaut, que en su larga carrera de crímenes tantos males habia causado.

»Bastaron los primeros pasos para desconcertar aquellos cobardes; pero quien habia vivido en el crimen preciso era que hasta la muerte dejara huellas profundísimas de su instinto brutal y sanguinario. En el terror que infunde el crimen, en todas partes veian solo enemigos, y el patíbulo que tanto merecian sus fechorías; todos los habitantes del pais eran considerados como espías, y ya en sus mas recónditas guaridas hallaban solo horror y espanto, presentándose siempre á su vista, cual formidable espectro, la venganza que los martirizados pueblos en breve tomarian. Inútil es por demás decir que los cuatro vecinos de las Besas no podian pasar desapercibidos á los ojos de aquellos foragidos: algunos pasos, de seguro indiferentes, eran calificados de sospechosos; sus viajes mercantiles de medio indirecto y solapado para espiar sus movimientos, y en todo y por todo se les consideraba en continuas relaciones con el comandante militar de Lérida. Un pequeño descalabro que sufrieron en las inmediaciones de Paboleda, fué el último golpe de gracia para el desdichado pueblo, en cuyo honor nos ocupamos ahora. Despechados en su retirada y atribuyendo la sorpresa recibida á algun aviso confidencial de aquellos cuatro infelices, que fuéron siempre el blanco de su enojo, los esperan al paso, y aparentándoles una fingida amistad los cogen desprevenidos, los atan fuertemente, y aquella misma tarde los llevan á un montecillo no muy distante de las Besas, y en el cual, por razon del dilatado campo que desde su cumbre se descubre, solian ellos colocar su guardia (motivo por el que se le dió el nombre significativo de *tosal de la atalaya*, que hasta hoy dia conserva), y allí, sin dar oidos á sus lamentos y protestas de inocencia, fuéron vil y cobardemente asesinados.

»No quedó aun satisfecha la ferocidad de aquellos caribes; habian bebido en la copa de la maldad, y debian apurarla hasta la última gota. Cometidos los cuatro asesinatos referidos, con el fin de multiplicar el martirio que tal nueva habia de causar á los desamparados de las Besas, y en especial á las desgraciadas esposas, quisieron ser ellos mismos los mensajeros, y las manos teñidas aun en sangre, entran con bulliciosa algazara en aquel pueblo, maldito al parecer de Dios, y aparentando ignorar lo sucedido, tratan de arreglar un baile, al que obligan á comparecer á las mugeres, y allí, en medio de las acciones mas impúdicas y de las mas groseras y obscenas baladronadas que se dejan presumir, hacen vil alarde de su último crímen, dando cima con esto á su larguísima carrera de iniquidades. No bien tan fatal nueva habia salido de su impura boca, cuando un unánime grito de horror y un desmayo general se dejaron ver y oir en aquella sala. Espectáculo tan fúnebre y terrible no podia dejar de conmover hasta el corazon de aquellos malvados, y así es que horrorizados de su propia maldad se retiran silenciosos del pueblo, y previendo sin duda el castigo que de muy cerca les amagaba, aquella misma noche, llenos de espanto, faltos de consejo, y con el fin de eludir la persecucion de las tropas que ya por todas partes les iban al alcance, se dispersaron de tal suerte, que segun se cree ya jamás volvieron á formar cuadrilla; y asi dispersos, vagabundos y errantes por entre selvas y vericuetos, fuéron por fin capturados, y subiendo al patíbulo, dieron, aunque tarde, satisfaccion á la vindicta pública.

»Por otra parte, apenas vueltas en sí las heroinas de las Besas, míranse silenciosamente unas y otras, y todas á la vez movidas como por un resorte espontáneo, van reuniendo la poca ropa y muebles que les quedaban, hacen para sí y para sus pequeños hijos su correspondiente atillo, y apenas amanecido cargan con todo acuestas, y con el respetable cojo á la cabeza, marchan juntas y sin saber dónde, despidiéndose para siempre de unos hogares, que por las tristes y repugnantes escenas de que por tantos años fueran teatro, se habian hecho inhabitables. Después que la triste comitiva habria andado como unos tres cuartos de hora en direccion al pueblo de Albi, ya las quejas y el llanto que á las mas tiernas criaturas arrancara el hambre y el cansancio aumentaba el dolor de las desoladas madres, conocieron entonces mas que nunca todo el peso de su infortunio, y se vieron obligadas, con el fin de tomar algun descanso, á acercarse á tres ó cuatro casas que á su izquierda asomaban, entre el espesor de un frondoso bosque. Cinco ó seis eran entonces y no mas los vecinos de Cerviá (tal es el nombre de las casas de que acabamos de hablar), los cuales, así que vieron acercárseles aquella multitud, que cual otros israelitas huian la atroz persecucion de los nuevos egipcios, como por inspiracion adivinaron la desgracia é intencion de sus vecinos, y movidos por el impulso de natural compasion, se adelantan á recibirlos con los brazos abiertos y las lágrimas en los ojos, pasando allí una escena tan tierna, que en vano tratara de espresar la lengua del mas exaltado poeta. Los pobres vecinos de Cerviá ofrecieron generosamente su hospitalidad á los fugitivos de las Besas, quienes después de tan largo abandono y desesperacion toman con avidez la primera mano amiga que se les presenta, y como fuese aquel el punto mas á propósito para visitar fácilmente sus haciendas, determinan establecerse allí provisionalmente; y con el beneplácito y ayuda de sus bienhechores se cortan árboles, se arrancan piedras, se cava tierra, con estos materiales se construyen chozas, y se establece una especie de campamento, en el cual aquel infeliz pueblo halla por fin la paz y tranquilidad que tanto necesitaba.

»Instalados ya los hijos del ex-pueblo de las Besas en el término da Cerviá, y habiendo, junto con la memoria del desgraciado fin de sus padres, heredado tambien un nombre justamente indeleble, una notable actividad y un amor constante y sin límites al trabajo, no solo cultivaron desde allí sus antiguas heredades, sino que incansables, siempre pronto convirtieron los bosques de su nuevo término en hermosos y productivos campos, en amenos y abundantes viñedos, y en deliciosos y frondosísimos olivares. En poco mas de un siglo, las cuatro ó cinco casuchas de Cerviá, lo mismo que las chozas provisionales, se han transformado, como fácil es de ver, en mas de 250 casas de moderna construccion, las cuales, distribuidas en una plaza céntrica y cinco calles, todas menos una anchas, rectas y limpias, constituyen hoy dia una hermosa y agradable poblacion. Su término, aunque generalmente montuoso, produce pan, vino y hortalizas para su propio consumo; pero lo que constituye su principal riqueza es la cosecha del aceite, que es sumamente abundante y de superior calidad. Se coge á mas bastante anis, garbanzos y otras legumbres, se cria bastante ganado lanar y cabrio, y otros ramos de prosperidad pública, todos á la verdad muy florecientes. Pero lo que puede dar una idea mas cabal de la prosperidad siempre creciente de este laborioso pueblo, es el haber emprendido en 1835 y haber llevado á feliz término en solos doce años, y á pesar de las contrariedades de la época, la obra colosal, la obra régia de una grande y magnífica iglesia parroquial, cuyo acabado edificio consiste en una elegante nave central y dos colaterales, con tres grandes capillas mayores y ocho menores, adornadas ya

unas y otras con suntuosos y hermosísimos altares de delicada y moderna escultura, obra del acreditado artista Don Félix Ferrer.

»Amigos nada mas tengo que deciros acerca de las ruinas sobre que me habeis interrogado: si su historia es, á mas de tierna y patética, agradable y entretenida, júzguenlo vuestros despejados entendimientos y vuestros sensibles corazones: de mí sé decir que quisiera habérosla contado de la manera y en los términos que su verdad se merece, de la cual no me es dable dudar en lo mas mínimo por haberla oido mu-



El perro del amo.

chas veces de boca de mi respetable abuelo, quien no solo habia conocido á muchos, sino que hasta se habia honrado con la amistad de algunos de los mismos que el último dia de las Besas formaban parte de la triste comitiva que abandonaba silenciosamente sus hogares. Por otra parte, si conforme á lo que es natural en mi edad, he sido en mis relatos prolijo, os juro no ser en serviros escaso, como si en algo mas quereis mandarme podeis ahora mismo francamente probarlo.»

Así dió fin á su discurso aquel anciano amable. Durante él estuvimos siempre pendientes de su boca, y confieso que enternecido en estremo, mas de una vez sentí mi corazon compungido y mi garganta anudada, como tambien que una lágrima, rebelde á las órdenes de mi voluntad, mas de una vez trató de deslizarse por mi pálida mejilla.

Nos levantamos luego, dimosle las mas cordiales y sinceras gracias por su condescendencia, y nos despedimos de él con la deferencia que se merece un hombre por todos títulos tan respetable. Montamos en seguida en nuestras mulas, y después de algun tiempo llegamos con la mayor felicidad al término de nuestro viaje, donde cediendo á la invencible necesidad de compartir con los demás las emociones que habia esperimentado en los espresados lugares, enristré mi tosca pluma y borroneé este artículo.

Antonio VILADOT y SANUY.



El perro del criado.

LOS DOS PERROS.

Por una parte se presenta la vida opulenta del perro del amo: por otra la humilde existencia de el del criado.

. El primero está solo en el gabinete de milord; todo lo que le rodea recuerda la distincion de la clase y de los hábitos. Aquí armas antiguas, recuerdos de algun ilustre antepasado; un precioso libro á medio cerrar, manuscrito, pruebas de estudios serios; un collar trabajado con primor se destaca elegantemente sobre la hermosa seda negra del perro aristócrata.

Mirad por el contrario á su oscuro compadre: atado á un poste y

colocado entre un par de botas ordinarias, un sombrero grasiento y una botella vacía, parece que reasume en su desagradable fisonomía todas las groserías y desgracias. Dos patas zambas sostienen su cuerpo pesado, y por cima del collar de cobre que le oprime el cuello se levanta una cabeza en la que la espresion de la bajeza disputa con la de la malignidad. Ha perdido uno de los ojos en alguna riña de plazuela, y con su lengua medio fuera, parece que hace un gesto burlon.

Pero estas diferencias que resaltan á primera vista entre los dos perros, son todavía mas notables para el que estudia sus hábitos: en tanto que el primero, fiel, sumiso, busca las caricias, obedece á la menor señal y respeta todo lo que se le prohibe: el segundo, arisco y astuto, ladra sin cesar á su presa, no se sujeta sino á fuerza de golpes, y enseña los dientes aun á los niños! ¿Por qué tan opuestas costumbres? Preguntad la educacion. Los defectos y buenas cualidades de cada uno de ellos nacen de la enseñanza; cada perro es la copia de su amo.

¿Pero los amos se han formado solo por sí mismos? En sus vicios, sus maneras, sus virtudes, ¿cuál es la parte que pertenece á las primeras impresiones y á lo que les rodea? ¿cuál otra á las lecciones ó á las necesidades?

Cuando se aprecian los resultados en el mundo, se omiten las causas por lo general: hombre ó perro se los juzga tal como son, sin investigar de dónde vienen. ¡Cuántas enfermedades hay nacidas de circunstancias importantes que era preciso conocer, y mudar si posible fuera! ¡Cuántos desórdenes fáciles de prevenir si se conociera su origen! Todos los seres de la misma especie, nacen con instintos comunes que la casualidad modifica cuando la educacion se deja á la casualidad: pero estas modificaciones puede dirigirlas y vigilarlas la prevision humana: solo tiene derecho, sino tambien deber.

Para esto es preciso observar; lo que falta mas comunmente no es la buena voluntad, sino las luces. Se quería evitar el mal camino para sí y para los demás, pero por falta de atencion no se distingue y no se reconoce el error hasta que se llega al fin.

Estas reflexiones no pueden atenuar la admiracion hácia los virtuosos: lo que hacen es procurar indulgencia á los culpables. Para exigir que todos procurasen el mismo fin, era preciso que desde luego se diera á todos el mismo punto de partida. Tratemos pues de no irritarnos demasiado contra el perro de collar de cobre. Si ladra á todos los transeuntes, recordemos que no ha recibido otra enseñanza que bastantes puntapiés.

SOBRE LA IMPORTANCIA DEL ESTUDIO.

Tan vasto y espinoso es el campo que presenta á nuestra vista lo que es objeto de este escrito, que es sumamente difícil, si no imposible, lanzarse en él sin esponerse á tropezar cada instante. Existe desde muy antiguo una ciencia radiante y luminosa como el sol en el cenit: *la historia*. Esta es el rico arsenal en donde hemos de buscar los irrefragables testimonios sobre los cuales se cimenten nuestras opiniones. Preciso sería que ascendiéramos á las primitivas edades de los hombres; estudiáramos sus costumbres, usos, ritos y ceremonias, formando un paralelo entre estos y la actual humanidad, pues es nuestro dictámen que no de otro modo debe tratarse esta importante cuestion. Los primeros hombres, no cabe el menor género de duda que yacian envueltos en la mas crasa ignorancia: habitantes de las selvas, sus inclinaciones, sus costumbres debieron ser esencialmente bárbaras; no ocupados mas que en robustecerse y desarrollar la parte física, descuidaban absolutamente el enriquecer la otra noble que el Criador habíales concedido; ese destello divino que hace al hombre colocarse en una esfera superior á los demás seres que pueblan el espacio: *el alma*. Luego que estos, abandonando cuevas y riscos, sintieron brotar en su mente el espíritu de asociacion que ya por algun tiempo germinaba, formaron pequeñas sociedades en las que el mas locuaz atraía de un modo irresistible las miradas y atencion de los que le rodeaban; y reconociendo en él cierta superioridad sobre ellos mismos, nacía en su pecho el deseo de lanzarse en la anchurosa y amenísima senda de la civilizacion, que la sábia mano del Omnipotente habia trazado en el dia que pronunció las sublimes y misteriosas palabras, *fiat lux*. Causa tristeza, ciertamente, verles en un estado de embrutecimiento siguiendo los feroces impulsos de sus corazones, no abrigando mas que rencores y odios, arrastrando una existencia de peligros, antagonismo y errores. Fatalidad que pesaba sobre aquellos desgraciados. La vista de un semejante suyo les asustaba: y si en su mirada leian la espresion de alguna pasion violenta, apresuradamente marchaban á guarecerse en el seno de las rocas; sus manjares eran los que la próvida naturaleza les suministraba. Recostados sobre los peñascos, veian con asombro á la cándida y rosada aurora que asomaba en el Oriente su faz risueña, y á la hora en que el sol aparecía grande y majestuoso, se prosternaban, y cediendo á un instinto religioso, elevaban al Criador plegarias desde el fondo de sus corazones. Ocupábanse únicamente en apacentar rebaños, sin conocer la inagotable mina de riqueza que en sí encerraban; no habiendo nacido las artes ni conocido su aplicacion á la humanidad, únicamente se cubrian con el ropaje que Dios les habia dado cuando entraron en este inmensurable espacio que llamamos mundo. ¡Cuán triste y desconsolador es el cuadro que nos presenta la humanidad en el estado de barbarie de sus facultades intelectuales, ó mejor dicho, en su estado primitivo! Verdaderamente que los que hemos tenido la inefable dicha de haber nacido en el siglo XIX, debemos vanagloriarnos, y con la frente erguida dar gracias al Ser Supremo, de haber alcanzado esta época de civilizacion. Ya hemos visto aunque en bosquejo los primeros hombres en su estado natural. Ahora pasemos á ver el hombre de la civilidad. Las ciencias, las letras y las bellas artes se hallaban en mantillas, cuando los genios que brotaron en la sociedad se apoderaron de ellas, estudiaron con profunda atencion la naturaleza, y encontraron sus leyes fijas é invariables: he aquí el arte. Inventose el *estilo* (1), y viendo que pronto desaparecian los caractéres, aguzado el ingenio, encontraron los troncos de ciertos árboles, donde los signos fuesen más estables; pero esto no satisfacía los deseos de los hombres. La sociedad avanzaba cual impetuoso torrente, la luz de la revelacion habia iluminado la humana inteligencia, y sus vivos y esplendentes rayos habian de fascinar á los que les miraran. El pensamiento deseaba ser eterno como la creacion y Dios: en el libro inmenso de la humanidad habia escrito un nombre, el de *Guttemberg*. Vedle cuál se eleva majestuoso, y con alta voz proclama que ha inventado el arte de imprimir. En el mismo instante comunica un grande impulso á la inteligencia; de polo á polo se difunde la palabra, y queda inventado el modo de eternizar nuestros hechos en todos los ramos del saber humano. Aquí la imaginacion se abate, y admirando el poder del gran invento, se anonada, y conoce que el paso que se ha dado en el camino del saber es inmenso, incalculable. Y lo que poco antes eran pergaminos, se convierten en libros. Visitad esos establecimientos de instruccion primaria y vereis bullir y agitarse un plantel de niños, que atentos á la lectura y la esplicacion del preceptor, estan con el corazon abierto, dejando dar paso á las saludables y sublimes máximas de la religion, y la mente enriqueciéndose con los raudales hermosos del saber. Vedles con la frente levantada ojear con presteza un libro, leyendo en alta voz, como queriendo espresar con esto que allí está el pensamiento escrito, y que él posee un medio de preconizarlo: este es la lectura, el estudio. Seguid á esa juventud en todos sus pasos, y la vereis entrar en las universidades, fuentes inagotables del saber; en las cátedras oyendo la sábia voz de los preceptores. Vedles terminar el estudio de lo que llamamos filosofía. Perplejo el ánimo, sin conocer la mision que el Criador les ha confiado, radia en su mente una luz y le dice *jurisprudencia*, y vedle en el foro apartar del borde de la tumba al infeliz que en un acceso de cólera, cuando su razon se hallaba embotada, hundió el acero homicida en el pecho de su semejante. Vedle después en la tribuna parlamentaria, vertiendo á torrentes su pasmosa erudicion, oscilar las paredes y columnas del santuario de las leyes, bambolear los tronos, y últimamente derrocarlos, hasta que salidos de quicio se precipitan en una sima. Ved en el hombre científico un destello divino, y miradle con el timon del estado en la mano, dirigiendo millones de habitantes. Otro oye una voz que resuena en sus oidos y le dice *teología*. Vedle en las aulas iniciarse en los mas sacrosantos misterios de la divinidad; vedle arrancar secretos á la sagrada *Biblia*, y con estremada fé defender las sublimes máximas del Catolicismo; vedle en fin terminada su carrera teológica, y colocarse en la cátedra del Espíritu Santo derramando un bálsamo consolador en el pecho de los oyentes, inculcándoles sanas doctrinas; y para que sepais la grande influencia del saber y del estudio, un pueblo antes corrompido por la inmoralidad, por la disolucion y por los vicios, entrar poco á poco en la senda de la virtud y de la religion. ¿A qué es debida esta metamorfosis, este repentino cambio de ideas y de costumbres? á la voz del saber; y últimamente, vedle colocado en la sagrada silla del apóstol que puso la primera piedra en el sublime edificio del Catolicismo; ¿decidme, quien de la oscuridad ha elevado á ese hombre hasta esa encumbradísima posicion? el saber y solo el saber. Ved al otro que arreglando las frases á una proporcion simétrica, habla el lenguaje de Dios; observadle en los campos estasiarse á la vista de una flor, al suave murmullo del riachuelo que blandamente se desliza bajo sus plantas, en medio de la tempestad fijar la vista en las nubes, que cual caballos sin freno se precipitan unas sobre otras; con la historia en la mano vivir idealmente en épocas remotas, y cogida la pluma escribir un poema absorbiendo la atencion de la humanidad: ¿en dónde está la causa de la adquisicion

(1) Estilo, especie de punzon con que escribian los antiguos.

de tantos conocimientos? en dónde? En el estudio. Entrad en esos grandes talleres, y en ellos encontrareis una multitud de hombres de entendimientos obtusos, dirigidos por un inteligente; oireis el incesante ruido que producen las máquinas; aquí uno que está observando, allá otro que corre, vereis el vellon de la lana en bruto, y á los pocos momentos, esta lana convertida en un fino y riquísimo paño, ¿á qué es debido este movimiento fabril? al estudio. Entrad en el gabinete del diplomático, y le vereis con la péñola en mano, resolver algun problema social de interés grande para las naciones, evitando con este medio torrentes de sangre. ¿A quién debemos este inmenso favor? solamente al estudio. Observad al matemático que absorto en profundas meditaciones está dando solucion al importantísimo problema de conciliar la velocidad con la comodidad, y héle que de repente, cual otro Arquímedes, sale gritando: *il trouve*, ya lo he hallado, cuando vemos su frente espaciosa iluminada por brillante aureola, y al través de sus ojos la llama del genio que oscila en su mente. Este gran invento que redunda en beneficio del mundo entero, que hace cortas las grandes distancias, que hace que hombres de otro hemisferio se asocien unos con otros, formando una revolucion en el mundo social y de las ideas; ¿á qué es debido? al estudio. Tended la vista mas allá y vereis al jurisconsulto que consagra una gran parte de su existencia al conocimiento de las leyes; observa la humanidad en sus diferentes fases, desenvuelve hasta los pliegues mas recónditos del corazon humano, estudia sus pasiones, y dictando una sola ley, establece la moralidad y el bienestar de sus habitantes: ¿á qué atribuireis todo esto? al estudio que tiene hecho. Entrad en el templo de Melpómene y Talía; asistid á la representacion de un magnífico drama, en el que vereis reproducidas vuestras ideas, afectos y costumbres, recorriendo todos los tonos de la pasion, tan pronto bañando vuestro rostro dulces lágrimas, tan pronto rebosando de placer el corazon, cuando á los pocos momentos os entregais á toda la fuerza de la desesperacion, y de repente, como por ensalmo, pedis estentóreamente con una salva de aplausos que salga el autor de aquella produccion, tributándole espontáneamente una brillante ovacion, convirtiéndose el escenario en un vergel con los ramilletes y coronas que á sus plantas habeis arrojado. Este hombre á quien veis rodeado de gloria, ¿á qué debe ese entusiasmo que se apodera de vuestros corazones? solamente al estudio. ¡Cuán inmensa no es la distancia que separa á una nacion culta de otra que no lo es! Echad una mirada retrospectiva sobre nuestra edad dorada, y vereis á la potente Iberia, que descuella sobre las demás naciones, noble y orgullosa, como la gallarda palmera en medio de plantas raquiticas. Vereis sus armadas en medio de las agitadas olas del Océano imponer respeto al mundo; vereis esos genios, que asombran las generaciones con los portentos de su imaginacion: fray Luis de Leon, Herrera, Rioja, y otros que seria prolijo enumerar; ¿á qué debiamos nuestra preponderancia sobre las demás naciones, siendo la señora del orbe? al estudio. ¿A qué debió Colon su fama europea? á las grandes vigilias que habia consagrado al estudio. El inmortal ciego de Smirna, el autor del gran monumento épico, ¿por qué se vió aclamado por toda la Grecia, hasta disputarse siete ciudades su nacimiento, y mirado en el dia como el primer poeta épico del mundo? por el estudio. Demóstenes, ese modelo de elocuencia, que sentado sobre una roca conmovia las masas, y arrastraba en pos de si miles de hombres ¿á qué debió su gloria? al estudio. Virgilio, ese cantor de Troya, que supo pintarnos al valiente Aquiles con tan vivos colores, siendo una de las lumbreras mas radiantes del parnaso, ¿qué fué lo que le elevó á esa inmensa altura en que hoy le vemos? el profundo estudio que habia hecho de la antigüedad y de sus contemporáneos. El grande é inmortal Cicerón, que sentado en los escaños del senado, á su voz temblaban los senadores, y el puñal del homicida caia de las manos, teniendo un inmenso auditorio como pendiente de sus labios; ¿de dónde nacia esto? ¿á qué es debido que sus obras sean reputadas como dechado de elocuencia forense y parlamentaria, siendo la inagotable fuente en donde han de beber todos los que deseen ocupar un distinguido lugar, tanto en el foro como en el parlamento? solamente al estudio. El autor de *La Jerusalem libertada*, el autor de *La divina comedia*, Petrarca, Ariosto, Ercilla, Milton, Calderon, Lope de Vega, Cervantes y otros, ¿á qué deben su gloria? ¿á qué deben que su nombre viva en la memoria de las generaciones y les tributemos una especie de idolatria literaria? solamente al grande y profundo estudio que hicieron. Ved aquí, aunque en bosquejo, la gran diferencia que hay entre el hombre estudioso y otro que no lo es; el gran papel que desempeñan en el mundo las naciones cultas sobre las que no lo son. Por lo tanto, alentémonos, y consagrando los mejores momentos de nuestra existencia al estudio, radie en nuestra alma la luz de la inteligencia, aproximándonos á la divinidad, pues es sabido que cuanto mas ricos seamos en conocimientos, tanto mas la conoceremos, y ocupando algun dia entre nuestros semejantes una esfera superior, subamos al templo de la inmortalidad, cuyas puertas estan continuamente abiertas.

JOSÉ MORALES Y SANZ.

LOS ZAPATOS DE LA INFANTA.

(Continuacion.)

VII.

De cuanto os estoy relatando, amados niños, habíase penetrado Orfelina: en cuanto á su acompañante, preparábase á ver un milagro parecido al de los náufragos.

No tardó esto en verificarse: el invisible tacto del junco abrió los ojos al desdichado ciego, é hizo llorar de alegría á su inocente hija. Mirábanse ambos con una espresion indefinible de felicidad y asombro: nada de cuanto pasaba alcanzaban á comprender, y estaban tentados á creer un horrible sueño y nada mas, todas las angustias pasadas.

Lanzados uno en brazos del otro por la irresistible fuerza de aquella situacion tan imposible de describir, fuéron sacados de sus ardorosos éstasis por un nuevo golpe mágico... por la aparicion del denodado y esperto jóven asociado con el viejo John en los vastos proyectos á que se habian arrojado para buscar su gloria y la de su nacion.

—Velli!... esclamó el anciano.

—John!... respondió el jóven, arrojándose á los brazos del viejo.

—¿Qué es lo que por nosotros pasa en esta noche?... Pero, ¡ah! no me acordaba: ¿Sabes que he descubierto al fin ese arcano que debe asegurar nuestra felicidad?... ¿sabes que he descubierto las vias mas rápidas para el curso de nuestros buques? ¡Qué revolucion en el comercio! ¡Qué cambio en el porvenir de las naciones!... Mas... ¿adónde están mis cartas geográficas...? ¡Qué es esto, hija mia!... Y mis cartas geográficas?... ¿no lo oyes?

—Señor, ¿qué me decís? respondió la jóven: ahí estaban ahora... ahora mismo... Pero, ¿qué es lo que ven mis ojos?... oro... oro... ¡Dios mio!...

—¡Y es cierto!!!... prorumpieron los dos marinos al contemplar dos grandes pilas de oro que cubrian un gran papel, sobre el cual se veian escritas estas palabras en gruesos caractéres:

«Dejad los descubrimientos, dejad la gloria: los descubrimientos... la gloria, serán la muerte para vosotros. ¿No habeis sufrido bastante por esa quimérica ambicion? Tomad... sed ricos... sed felices... dejad al destino que señale los arcanos de la naturaleza, que aun no conviene arrojar al mundo como patrimonio de su ambicion.»

VIII.

Lejos de aquel lugar en que los mas encontrados efectos se verificaban por la fuerza de tan estraños sucesos, se encontraba la infanta y su jóven acompañante, quien habia tomado por órden de aquella una de las monedas de oro que habian servido para enriquecer á John y su familia.

Habian llegado ambos á una apartada region, atravesando comarcas y aun mares, y la noche se habia convertido en delicioso dia.

Pájaros cantores poblaban los bosques y revoloteaban juguetones por los árboles; riachuelos bullidores serpenteaban por las colinas; jardines perfumados alfombraban aquel previlegiado terreno.

Asombrado el jóven de la riqueza de aquel mundo, en que el dia parecia mas diáfano, el aire mas suave, la vegetacion mas delicada, preguntó:

—Adónde nos hallamos?

—Estamos en la hermosa Italia; estamos en el país de los encantos.

—¡Ah, señora!... esclamó el jóven: ¿por qué no hemos de quedarnos en esta deliciosa region?... ¿Por qué no abandonamos el resto del mundo por un solo rincon de este país privilegiado?

—Porque pertenecemos al universo.

El jóven guardó religioso silencio á aquella respuesta, que encerraba un impenetrable misterio.

—¡Porque pertenecemos al universo!... repitió; y el exámen de este arcano estaba á punto de arrebatarle del alma la pura alegría que en ella habia hecho surgir aquel dia, aquel país.

De repente hállase en su camino al frente de un esplendoroso palacio: sus puertas de bronce, francas, aunque guardadas por numerosos criados, convidanle á penetrar en aquel sitio para contemplar maravillas.

La infanta penetró invisible en aquel templo de la ostentacion humana, y el jóven la siguió mudo de asombro.

Al tacto de la vara mágica, una estancia ataviada con magnificencia augusta quedó franca ante los estupefactos ojos del jóven.

Vacilante entre la contemplacion ó el exámen de aquella riqueza, acaba por quedar aturdido ante una mágica y vaporosa vision.

Dos apuestas damas, muellemente colocadas en cogines de terciopelo con franjas y clavos de oro, mirábanle risueñas como la seduccion, frescas y sencillas al propio tiempo como una mañana de abril.

IX.

El jóven, mudo de entusiasmo, iba á dirigir la palabra á ambas bellezas; pero contúvole una mirada de Orfelina.

Orfelina se despoja del albornoz que la constituia invisible, y entregándolo á Alibar, dirigiose á aquellas sonriente y acelerada.

—Hermanas mias, las dice, poco tiempo debemos estar hoy reunidas.

—¡Será posible!... esclamó la mayor; cuando os estábamos esperando para consultaros nuestra conducta para con los menesterosos, que nunca sin vos acertamos á clasificar ni á premiar con acierto.

—Pues bien, hermanas mias; marchad reunidas en vuestros pasos, que la Paz asociada siempre de la Riqueza, recorra las cabañas del pueblo, examine los dolores de la opulencia, calme las enfermedades del justo, y haya piedad del género humano.



—¿Pero sin tí, hermana nuestra, dijeron á la vez la Paz y la Riqueza; qué haremos sin tí? ¿Qué haremos sin la Caridad?

—La Caridad va en vosotras, hermanas mias; en vosotras que comprendeis mis instintos, que concebís mis sentimientos, que obrais segun mis costumbres. Las tres reunidas, Paz, Caridad y Riqueza, somos el bálsamo de la humana especie; empero aunque separadas, cuando tan identificadas nos hallamos en nuestra triple naturaleza, no hay temor de que faltemos al deber que nos ha impuesto el Criador al enviarnos al mundo. Obrad pues, hermanas, que yo apruebo vuestras obras. El amanecer está próximo en mi pais; y ahora que os he dado mis instrucciones, debo volverme al palacio en que plugo hacerme nacer á la Providencia, personificando en mí en carne mortal, el pensamiento mas dulce y bello de la creacion.

Dijo, y una trasformacion mágica y peregrina aconteció entonces á los ojos de Alibar.

Habia desaparecido el palacio; habiase disipado la suntuosidad, y la riqueza de sus salones; la belleza de sus muebles, el perfume de sus ámbitos.

La vara mágica de Orfelina hizo desaparecer hasta el último vestigio de aquella fábrica: ni quedó visible la menor piedra, ni podria calcularse el sitio en que el palacio se habia alzado orgulloso y prepotente.

En su lugar quedó una pradera umbrosa, regalada con las flores de la primavera, y con los perfumes naturales de las hojas, que aparecian tiernas, aun al empezar á desarrollarse, bajo la influencia de un sol de mayo.

Una tropa de jóvenes pastoras recorrian aquel ameno sitio, bailando y cantando al son de instrumentos silvestres, tañidos con sentimiento y espresion dulce y delicada.

Formando caprichosas ruedas, haciendo entre sí enlaces vistosos, y sosteniendo en el centro como heroinas de la fiesta, á la Caridad á la Paz y á la Riqueza, ataviadas con blancos y ligeros vestidos, rendíalas el homenaje de su reconocimiento, porque aquellas pastoras representaban allí los votos de las desgraciadas almas á quienes la influencia de la vara mágica de Orfelina, ó el rocío benéfico de la Paz, ó los raudales dorados de la Riqueza, habian salvado del mal estar.

Pero Orfelina era la verdadera reina, y Orfelina fué la que obtuvo honores mas brillantes de la bulliciosa tropa.

Una linda pastora habia formado una hermosa guirnalda de las flores de aquel pensil, y separándose del corro en que constituia parte con sus compañeras, presentó á las tres hermanas, Caridad, Paz y Riqueza, su bella y perfumada obra.

(Concluirá.)

JEROGLIFICO.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.



CASTILLO DE ANGERS.

Esta fortaleza, que se halla situada en el departamento de Maine et Loire, que se empezó á edificar en el reinado de Felipe Augusto y se concluyó en el de Luis IX, se eleva sobre unos 32 metros sobre la Mayenne. Está rodeado de ocho grandes torres de piedra pizarrosa, que la dan un aspecto triste é imponente, y de un foso cortado en la roca, de 29 metros 25 centímetros de ancho, sobre 10 metros 71 centímetros de profundidad. En la actualidad está destinada á prision y á depósito de pólvora.

GARCIA DEL CASTAÑAR.

I.

Después de los graves conflictos que acarreó al país la minoría de Fernando el Emplazado, vertiéndose por esta causa copiosos raudales de sangre, veremos al recorrer los fastos históricos de aquellas épocas asaz turbulentas, que se renovaron en España por la centésima vez tan repugnantes escenas, siendo distintos los actores, pero iguales y uniformes los acontecimientos durante la menor edad de Alfonso el XI.

Ir enumerando una serie consecutiva de agresiones monstruosas y de encuentros tan violentos como repetidos que traian en pos de sí la desolacion y las vejaciones mas notables, fuera una torpeza, puesto que los estrechos límites de este artículo no permiten analizar los derechos que aducian cada uno de los cuatro partidos que por entonces se disputaban con fiereza la suspirada regencia del reino.

Pudiendo por esta razon solamente mencionar con la mayor concision posible los hechos principales que tuvieron lugar durante aquella década, insinuaremos que sus tios D. Pedro y D. Juan repartieron entre sí las atenciones del gobierno, ora fuese porque disponian de mas fuerzas con que imponer la ley al país, ó tambien porque los pueblos, cansados de tantas reyertas les proporcionasen materiales de todos géneros, hombres y dinero con que vencer.

Pero esta suspension de hostilidades duró muy poco, y presto la guerra civil, sofocada por algun tiempo, vino á hacer resplandecer con sus fatídicos fulgores la tea de la discordia al morir estos dos gobernadores; entonces fué cuando se suscitó de nuevo la cuestion que parecia estar ya olvidada, y las armas protegieron la causa de la Reina Doña María, abuela del rey; restándonos añadir que tres años después de estos sucesos la defuncion de Doña María fué motivo suficiente para que este azote de la humanidad, revestido de los atributos mas violentos, ejerciera su terrible influjo, y este país, bastante vejado ya, llorase con lágrimas de sangre las consecuencias de tanta calamidad como pesaba sobre él.

Mas era llegado el momento ansiado de todos, en el que Alfonso el XI cumplia quince años.

Proclamado rey y declarada su mayoría á la faz del pueblo, Alfonso el XI, revestido de un carácter severo que le cuadraba bien, dando á conocer un corazon resuelto y su indescribible energía, tomó sobre sí la grave responsabilidad que trae consigo el mando, dando pruebas inequívocas de sus profundos conocimientos, poniendo á raya las desmesuradas pretensiones de obstinados rebeldes que aun combatian su regio poder.

Hecha esta breve nomenclatura de los males que acarreó á España la minoría de Alfonso el XI, penetraremos ahora en uno de los vastos salones que tenia el alcázar suntuoso de la imperial Toledo.

II.

Los pálidos fulgores que despedia un amortiguado sol, perfilaban los contornos de dos personajes que con los brazos cruzados sobre el pecho y la sumision retratada en sus espresivos rostros se mantenian á una respetuosa distancia, copiando con afectuosa solicitud hasta los mas insignificantes movimientos de otro que con la cabeza erguida y la frente radiosa y serena leia con estremada avidez un pergamino, resbalándose por sus breves labios una simpática sonrisa.

Mientras que este permanece haciéndose cargo silenciosamente de aquel escrito, nosotros recorreremos con la vista su estancia: dobles cortinajes de gasa y terciopelo carmesí recamado de oro, obstruian las ventanas, al través de las cuales se divisaba un laberinto de jardines, cuyos perfumes llegaban hasta allí; las paredes estaban revestidas de raso color azul, con festones y cornisas doradas; magníficas lámparas de caprichosas formas y de trasparente cristal pendian de un techo pintado al fresco y que habia enriquecido el pincel con bellas alegorías; bustos primorosamente vaciados que representaban otros tantos reyes de la raza goda, en los que el escultor habia trabajado con incansable solicitud para darles su aspecto fiero, logrando por fin que su envidiable cincel imitara perfectamente su ropaje y postura, su penetrante mirada y hasta su espresion; pórticos profusamente dorados con ricos florones y no escasos jeroglíficos; sillones engastados en nácar y marfil; refulgentes alfombras de costoso valor sobrecargadas de vistosos paisajes, y por último grandes jarrones de china repletos de odoríferas flores, formaban el complemento de los muebles que engalanaban aquella vivienda real.

Tal era el aspecto grandioso é imponente que ofrecia la régia cámara de Alfonso el XI, al que acompañaban el conde de Orgaz y su fiel servidor y confidente Rui Garci-Perez.

Alfonso el XI, con reposado continente y mesurado andar, se aproximó á una mesa, y cogiendo otro pergamino, hizo á la vez vibrar una sonora campanilla de plata: minutos después el de Orgaz se acercaba tímidamente á su rey acentuando estas frases:

—¿Qué manda V. A. á su humilde vasallo?

—Que me leais los ofrecimientos que me hace mi pueblo para la guerra de Algeciras.

—Señor, grandes son.

—Tanto mejor, así venceremos, añadió resueltamente Alfonso, y torciendo la vista, dirigió una penetrante mirada á Garci-Perez, el cual, aproximándose obediente y sumiso hasta el paraje que se encontraba Alfonso, prestó atencion á unas cuantas palabras que este profirió con cautela, y desapareció.

Durante este corto intervalo el conde habia encontrado el pergamino, y se disponia á leer; pero el rey parecia estar distraido, y el cortesano lo contemplaba en silencio.

III.

Cinco leguas escasas de la imperial Toledo distaría la dehesa del Castañar, que yacia completamente oscurecida, merced á los enormes montes que la circundaban, y por cuyas ásperas vertientes se precipitaban los torrentes de una tan pura como cristalina agua.

Al pié de una sierra fria y escarpada se distinguia la dehesa del Castañar, cuyo frontispicio, que sobre tres arcos estribaba, mostrábase severo é imponente en el centro de aquella soledad; destacábanse de su fachada riquísimos balconajes con adornos de bajo relieve, y un tejado de relumbrantes pizarras con sus globos de metal dorado y sus incrustradas puertas, constituian la morada de García del Castañar.

Este hombre, cuyo carácter gozaba fama de rústico, hallábase ocupado en ofrecer á su bella esposa las pieles de oso y jabalí que en la última cacería habia muerto, cuando se percibió el ruido de una cabalgadura, cuyas herraduras, al chocar con los duros pedernales, despedian rudas chispas, no tardando en apearse de ella un apuesto caballero, que vestido á la usanza de aquellos belicosos tiempos, y llevando pendiente del cinto una larga tizona, se personó en la vivienda donde moraba García del Castañar.

Una breve genuflexion siguió á esta improvisada visita, y un hermoso carmin coloró la mejilla pudorosa de aquella muger.

—Vuestra merced me disculpará si os he interrumpido vuestros quehaceres, acentuó taimadamente este personaje dirigiéndose á Doña Clara, la que no osó levantar la vista del suelo, sin duda para que no notara su turbacion.

—No, de ninguna manera, contestó por ella D. García, antes por el contrario, yo me alegro de vuestra visita, pues de este modo sabré las nuevas que corren por la corte.

—Pocas son, señor; la guerra de Algeciras es de lo que mas se habla.

—¿Y el rey, qué dice de la guerra?

—Al rey, señor del Castañar, profirió irónicamente Garci-Perez, le ocupan mas otras empresas; y levantándose rápidamente de un cómodo sitial después de pretestar una fuerte jaqueca, se retiró á descansar no sin deslizar entre las breves manos de Clara un billete.

Mientras que García del Castañar se daba mil parabienes por haberse aposentado en su casa tan cumplido caballero, el muy ladino del confidente ponia á prueba la virtud de Clara, escitándola á que recibiera clandestinamente á Alfonso.

Bien notorio es hoy el carácter que dominaba á este rey en sus empresas amorosas, y la posteridad le juzga cual merece al analizar los variados episodios que constituyen su airada vida, corroborando estos asertos el trato ilegítimo que sostuvo con Doña Leonor de Guzman, la que pereció á manos de D. Pedro el Cruel, pagando él á la vez este crímen con su cabeza en la memorable villa de Montiel.

Lujurioso, lascivo y enamorado hasta dejarlo de sobra, estos eran los atributos que se vislumbraban al través de aquel rostro valiente y juvenil que ostentaba con orgullo Alfonso, el cual, habiendo sabido que en el Castañar existia una perla mal escondida entre aquellas ásperas rocas, se decidió á tenderle una red, cuyo proyecto comunicó á su leal confidente, viendo á poco marchar por un camino de travesía, y á lomos de un hermoso caballo de batalla, al célebre Garci-Perez, en busca de esa perla que ansiaba poseer Alfonso.

Mientras que Garci-Perez asediaba á Clara, el conde de Orgaz leia con marcada gravedad el pergamino de que ya tiene conocimiento el lector.

IV.

Una sonrisa de triunfo se retrataba en el semblante espresivo de Alfonso el XI al escuchar las muestras de aprecio que le prodigaban los pueblos, cuando el de Orgaz pronunció con voz breve, sonora y clara la primera oferta que García del Castañar hacia á su rey. Entonces, Alfonso, al percibir aquel nombre, interrumpió bruscamente á su secretario, valiéndose de estas frases:

—¿Qué nuevas cuenta ese pergamino de García del Castañar?

—Señor, escuchad, acentuó rápidamente el de Orgaz, y leeré á V. A. lo que dice este pergamino; y Alfonso, dilatando sus pupilas, y duplicando la atencion, se resolvió á oir con sobrada impaciencia todo lo que atañera á García, mientras que la poderosa voz del conde heria los oidos del rey, articulando las siguientes palabras:

—García del Castañar dará para esta jornada cien quintales de cecina, cuatro mil fanegas de harina, de cebada dos mil, de vino catorce cubas, seis hatos de sus ganados, y cien peones dispuestos para la guerra...

—Es grande su lealtad é inmensa su riqueza, conde de Orgaz...

—Oiga V. A. cuál termina tan espléndida donacion.

—Doy tan corta poquedad, porque este año ha sido muy escaso; mas ofrezco á mi rey mi brazo, mi vida y hacienda, como todo leal vasallo debe hacer cuando el rey y la religion peligran.

—Castañar, presto mi omnímodo poder se estenderá hasta tí, pues á los hombres de tu calaña, Alfonso el XI los protege, ampara y cubre con su manto real.

—Mas grande seria la alabanza si V. A. supiera lo que vale este hombre.

—Dadme á entender sus prendas, conde de Orgaz, pronto, muy pronto, porque hombres como este busco yo con afan.

Entonces el de Orgaz, reprimiendo su impaciente deseo y dando treguas para que se escitase mas y mas la curiosidad de Alfonso, comenzó así: si á la guerra de Algeciras lo llevara V. A., os daria qué pensar su estremada prudencia, su tacto y agudo ingenio; notariais que de su boca se desprenden las verdades sin embozo; pero lo que encierra, señor, en sí de mas notable, es que siendo rico, sus aspiraciones son modestas, que es valiente sin hacer alarde de ello, y por último, un labriego sin doblez ni malicia.

Al terminar este panegírico el altivo conde de Orgaz, cruzó los brazos y esperó tranquilamente que interrumpiera Alfonso el silencio.

Poco después Alfonso levantó su vista fascinadora al cielo, en el instante que Garci-Perez asomaba su puntiaguda cabeza por entre los pliegues de un cortinaje, escuchando de boca del príncipe estas palabras:

—Decid, conde de Orgaz, á García del Castañar, que mi real persona le manda llegue á las puertas de mi regio alcázar.

V.

Dar á conocer los medios que con estremada sutileza puso en juego el entendido Perez para inclinar el ánimo de Clara á seguir la senda bastante difícil que ante su calenturienta razon le delineaba revestida de brillantes coloridos el confidente del rey, fuera estendernos mas de lo que nos hemos propuesto; por consecuencia solamente diremos que Clara, muger tímida é irresoluta, que se turbaba y sobrecogia al oir tan solo el nombre del rey, que fluctuaba entre el deber y el amor que ya le inspiraba Alfonso, no pudo en manera alguna resistir con sus débiles fuerzas á los repetidos ataques de Garci-Perez, ni permanecer mas tiempo insensible á los ecos de la pasion, la que bien pronto, al verificarse una reaccion espantosa en sus adentros, hizo que la llama que nacia en sus entrañas se convirtiese en un cariño de carácter nada vulgar, reconcentrándose con tanta violencia en el fondo de su jóven corazon, que el mismo Garci-Perez, ebrio de gozo, no podia calcular al punto que la conduciria aquel amor desinteresado.

Tal era la posicion eventual de Clara, supeditada por este amor al capricho de un monarca asaz veleidoso, cuando el ejército de Alfonso el XI se disponia á repeler con la fuerza al caudillo musulman, que conduciendo otro en demasía numeroso avanzaba rápidamente, desembarcando poco después en las costas de Andalucía.

Mientras que el célebre García del Castañar, rebosando de gozo por las lisonjas con que el rey constantemente le acariciaba su orgullo, se mostraba hasta displicente con su muger, bella y envidiable, ocupándose en organizar, instruir y equipar su bizarra hueste, Alfonso, disfrazado de caballero, sin mas séquito que el de Garci-Perez, y aprovechando, no solo la corta distancia que mediaba entre Toledo y el Castañar, si no tambien protegido por las sombras de la misteriosa noche, partia á gozar en las brazos de Clara de las delicias con que le brindaba aquel amor.

Pero para que se forme un cálculo aproximado del carácter de Alfonso, podemos aducir para probar su inconsecuencia y hasta su maldad, que cuando tornaba de hacer mil protestas y juramentos á Clara, trocados por tiernos halagos, se internaba sonriéndose maliciosamente en las habitaciones que ocupaba Doña Leonor de Guzman, siendo pródigo en palabras que rebosaban ternura y bondad, sosteniendo con artificioso cuidado este doble papel.

VI.

Corria á todo esto hácia su fin el año de 1340... año que cubrió de gloria á las armas castellanas capitaneadas por Alfonso el XI... año repetimos que forma época en los fastos españoles.

Presentaremos pues á la vista del lector el cuadro sorprendente y admirable que ofrecia aquella inmensa línea de batalla formada por unos 30,000 infantes, entre los cuales serpenteaban 15,000 caballos, con sus clarines y estandartes estos, con sus banderas é instrumentos bélicos aquellos.

El ejército musulman se presentó apiñado y peor distribuido, en una palabra, sin órden ni concierto, juntamente que su mal organizada caballería torpemente dispuesta para el combate.

Sin embargo, un entusiasmo sin límites se reverberaba en sus fieros y cetrinos semblantes, no siendo menor el de los españoles, los cuales combatian por la mas santa de las causas, por Dios y su rey.

Corria separando los dos campos el pequeño rio del Salado: los cristianos fuéron los primeros que le vadearon, arrojándose á él con tanto furor y tanto encono, que el enemigo se mostró reacio á la voz de sus jefes, cobarde ante el peligro: poco después el ataque, al principio gradual, se hizo general, y los sarracenos fuéron perdiendo terreno.

En este momento de perplejidad, de duda, de desconfianza, en una palabra de cobardía, el rey de Castilla, destacándose con un cuerpo de escogidas tropas, entre las que iba el escuadron que comandaba García del Castañar, después de practicar un insignificante rodeo, cayó de improviso sobre el ala derecha del ejército enemigo, al mismo tiempo que su retaguardia era atacada por las tropas apostadas en Tarifa.

Entonces fué cuando el ángel esterminador principió á ejercer su terrible ministerio en medio de aquella apiñada muchedumbre, que moria ignominiosamente ante el poder de las armas combinadas. . .

. . . .

¡Dichosos aquellos siglos en que los reyes tambien esgrimian su espada al frente de sus ejércitos, y esponian su vida como el último de los soldados!!!...

La victoria del Salado se comunicó por toda la Península cual si fuera una chispa eléctrica, sucumbieron las plazas mas codiciadas de los agarenos, tales como Teba, Alcalá la Real y Algeciras.

Si bien es cierto que esta batalla, segun el comun sentir de todos los historiadores, costó muy poca sangre, sin embargo, entre la poca que se vertió se contaba la de García del Castañar.

¡Hermosa leccion para esos hombres sin honor ni corazon, que únicamente ambicionan atesorar enormes sumas, montones de oro; pero que jamás prestan un servicio á la patria!

Prosternaos pues y saludadle con respeto: así lo hizo Alfonso XI, el cual derramó una lágrima al pié de su féretro, mientras que la esposa de García del Castañar, renunciando sus derechos al corazon de Alfonso, rey querido y victorioso, purificaba su alma en el crisol de la religion penetrando en una clausura.

JOAQUIN DALMAW.

EL CASTILLO DE MONTRICHARD,

ó

HISTORIA DE GUILLERY.

1606.

(Conclusion.)

EL SITIO.

No se oye mas estrépito que el del cañon.
ANÓNIMO.

Al concebir y ejecutar con tanto atrevimiento el rapto de Jaquelina, solo habia obedecido el terrible Guillery á los instintos de su odio al respetable gremio de los Prebostes. Su objeto único era sacar una suma razonable al rico padrino de la jóven: por lo demás, aquel hombre, que se estremecia con una especie de placer diabólico en presencia de los humanos padecimientos, ostentaba admirables rasgos de grandeza y de generosidad, que semejantes á unos resplandores fugitivos, iluminaban la sombria noche de su alma.

En cuanto á Jaquelina, la habian vendado los ojos al conducirla á la fortaleza, y la instalaron en una pieza sin comunicacion esterior, entregándola al cuidado de una vieja, á la que ella quiso, aunque en vano, corromper. La respetable matrona era sorda, y se negó á entender lo que Jaquelina la decia por señas.

Por este relato se echa de ver que Guillery conocia perfectamente el oficio de carcelero y el de raptor. En efecto, después que se desvanecieron los primeros paroxismos del dolor, viendo Jaquelina que seria inútil cuanto intentase para huir, acabó por conformarse con su suerte, y vistiendo su desgraciada aventura con las gracias de una novela heróica, se imaginó al fin la heroina de interesantes y misteriosos acontecimientos. Aceptó pues su rapto como la realizacion de un sueño dorado, pues aunque el dolor de verse separada de sus parientes y de su novio habia en un principio embargado sus facultades, el último tenia sobre sí dos grandes culpas: primera, la de estar ausente; segunda, la de no haberla libertado del poder de su raptor. A todo esto añadia ella otros argumentos incontestables. El digno sargento era rubio y tenia ojos azules; blando de condicion, pero desesperadamente fastidioso. El bandido por el contrario: ojos negros y brillantes; una cabellera como el ébano, dientes blancos, pequeños y acerados, bigote retorcido, y sobre todo una sonrisa encantadora é irresistible.

Todas las mañanas esperaba Jaquelina que su tirano invadiese el aposento en que yacia cautiva, y tenia dispuesto en consecuencia su plan de operaciones: desde el género patético hasta el sarcástico, desde las lágrimas hasta el desprecio, todo lo habia ensayado para hacer que ante su hermosura doblase la rodilla su altivo perseguidor. ¡Vana esperanza! El perseguidor no parecia, y su conducta daba á entender que se habia olvidado de tan bellísima prisionera.

Cierto dia descubrió en un ángulo de la estancia que la servia de cárcel una escalera estrecha. Aventurose por ella, y vió que conducia á una torrecilla del castillo que daba al campo. ¡Cuál fué su asombro al ver inmediato á la puerta principal de la fortaleza á un caballero cuyas facciones le revelaron la fisonomia de Raoul! Era este en efecto, y solo aguardaba que le llevasen un caballo para alejarse de Montrichard. No tardó en hacerlo, pues apareció á pocos instantes fuera del recinto un soberbio corcel, montó al punto el animoso jóven, á pesar de tener los ojos vendados, y seguido de varios hombres armados desapareció entre la selva. Raoul recobraba su libertad, y Jaquelina, llena de remordimientos, ni aun podia entregarse á la esperanza.

En tanto que tenian lugar estos acontecimientos en la Turena, el rey recibia corte en el Louvre y atendia tambien á las necesidades interiores y esteriores del territorio. La aventura de Raoul habia hecho ruido, y su nacimiento y posicion en el pais habian llamado la atencion hácia las correrías y robos de la partida de Guillery. El prebostazgo se conmovió y dirigió una queja formal al parlamento.

Raoul permanecia retirado en su castillo de Mareuil, pensando tristemente en la suerte de Jaquelina y del pobre sargento, cuyo paradero ignoraba, cuando le anunciaron la llegada de un mensajero del señor de Parabelle, gobernador de Niort. Hizosele entrar; él por su parte saludó respetuosamente al joven conde y le entregó un pliego. Rocorriole Raoul, y mandando que le llevasen un caballo partió al galope. El gobernador le llamaba para asuntos concernientes al servicio del rey.

No bien llegó nuestro jóven á Tours, cuando se presentó en la casa municipal. Parabelle, que deseaba con ánsia aquella entrevista, elogió mucho su conducta durante la cautividad que habia sufrido, y lo condujo á una sala particular, pues en la principal estaban los prebostes y los comandantes militares, cuyos cuerpos y destacamentos iban atravesando la plaza. El gobernador cerró la puerta y preguntó al conde qué era lo que le habia sucedido con Guillery, y en dónde estaba situada la madriguera de este bandido. En vano se atrincheró Raoul en su juramento; en vano invocó la fé de caballero para que no se le obligase á hablar de aquel asunto: el gobernador estuvo inflexible; habló de los deberes que todo noble tiene que cumplir con su soberano; apeló por último á la religion, y le levantó el juramento que habia prestado. El pobre jóven se vió en la precision de declarar todo lo que sabia, y contra su gusto le dieron el mando de las tropas que componian la vanguardia. Conmovido por la gratitud que le manifestaban sus compatriotas, olvidó por un instante sus concienzudas preocupaciones, y solo pensó en cumplir con sus obligaciones de soldado. Comunicáronse al punto órdenes terminantes, moviéronse los diferentes destacamentos, y una division de cuatro mil quinientos hombres, con el gobernador de Niort y diez y ocho prebostes al frente, se puso en marcha sin perder momento, con la artilleria de sitio correspondiente.

Dos dias después, el hermoso valle que ya conocen nuestros lectores, y teatro del combate que fué tan fatal para el sargento, habia cambiado completamente de aspecto. En el fondo se elevaba amenazadora y coronada por los vapores de la mañana la fortaleza de los bandidos, con sus torres acanaladas, sus bastiones, su puente levadizo y su bandera negra ondeando al viento en señal de muerte. Al observar la profunda calma que la envolvia, cualquiera hubiera creido que sus tranquilos moradores nada tenian que temer de las tropas que á la sazon atravesaban la llanura.

A la izquierda del bosque se veian las banderolas de las tiendas de la division sitiadora: las barreras que las cercaban se animaron y guarnecieron pocos momentos después. Los gritos de los centinelas y las carreras de los ordenanzas, que atravesaban el espacio compren-

dido entre los cuerpos, comunicaban á aquella escena un aspecto particular y variado, imposible de describir.

Un hombre de edad madura, cubierto de brillantes armas y apoyado en un caballero jóven, de pálido y melancólico semblante, salió de la tienda principal del campamento. Dirigiéronse ambos hácia un grupo apostado sobre una eminencia, y cuyos rápidos movimientos contrastaban con la tranquilidad que dominaba en tan imponente escena.

El personaje de mas edad dió á su compañero un golpecito en el hombro, y le dijo:

—¡Ira de Dios, señor Raoul! Esta magnífica mañana me rejuvenece, pareciéndome de buen agüero para el glorioso dia que empieza. Esto me recuerda mis antiguas campañas.

—Lo creo, lo creo: con semejantes escenas se esplaya el ánimo y se alegra el corazon del guerrero: pero en otro tiempo combatiais contra el estranjero, al paso que hoy...

—¡Hoy combatimos contra los enemigos del pais y del rey ¡Por el infierno! A no ser por vuestra conducta anterior, casi me hariais dudar de vuestra fidelidad al rey.

—Señor de Parabelle, repuso el conde Raoul con voz de trueno, agradeced á vuestros blancos cabellos...

—¡Hola, gallito mio! ¿Con que cruzariais vuestro montante con el del viejo Parabelle? Vamos, vamos, si he hablado á lo jóven sin juicio, obrad vos como hombre esperimentado, y examinad conmigo lo que harán hoy nuestros falconetes. Ea, venga esa mano y hablemos solo para dejar bien puesto el honor de la bandera. ¿Qué es eso, bribones? añadió dirigiéndose al grupo de que hemos hablado. ¿Con que Juana está todavía muda como un trapense? Despertadme pronto ese nido de buitres, para que los oigamos graznar.

No bien habló el jefe, los artilleros cumplieron con su deber, y una terrible detonacion justificó á las culebrinas dispuestas en bateria de la acusacion que acababa de hacérseles.

Una ligera nube de humo ocultó al punto el aspecto de la fortaleza.

—¡Viva! esclamó el anciano guerrero entusiasmado por aquel estrépito tan grato á su oido. Duplicad la dosis y que acudan á sus cañones.

Un silencio profundo sucedió á la segunda descarga. Parecia que el castillo estaba abandonado, ó que algunos defensores invisibles se habian encargado de su custodia. Ni un solo hombre armado se veia en las torres: todo permanecia mudo, triste y desierto.

Los soldados, llenos de inquietud y de asombro, empezaban á mirarse unos á otros, dudando si continuarian haciendo fuego contra un enemigo impalpable.

Observando el viejo Parabelle estos síntomas de debilidad, y haciéndose cargo del espíritu supersticioso del soldado, no quiso que ganasen terreno aquellas ideas peligrosas, y gritó con acento placentero:

—Los tunantes están como cubas, y roncan como monjes. Ea, otra rociada, para que se les espabilen los sentidos.

Grandes carcajadas contestaron á las palabras del jefe, y los soldados cobraron ánimo: un instante después resonó otra descarga mas terrible que las anteriores.

Tiempo perdido: el silencio mas profundo volvió á reinar en el valle.

Entonces ya se manifestaron entre los artilleros señales de una emocion evidente. Unos se santiguaban, otros sostenian que veian balancearse en las ennegrecidas almenas del fuerte á una falange con chispeantes ojos, con piés disformes y retorcidos, que huian después volando y arrojando grandes carcajadas.

—Já! Já! Já! esclamó el gobernador; vereis, Raoul, que nos la han pegado y que el nido está solitario.

Diciendo así, se apoyó en él, y los dos solos, en presencia de los soldados atónitos de tanta audacia, se adelantaron hácia el castillo.

—Nada bueno indica ese silencio, murmuró Raoul; sospecho alguna maldita emboscada.

—¿Teneis miedo, caballero? le preguntó el anciano guerrero con ironía.

—¡Miedo! repitió Raoul: he ahí una palabra, señor gobernador, que puede costaros mucho.

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando cogió á Parabelle por el brazo y le obligó á adelantarse mucho mas hácia el castillo.

—¡Eh! ¡Eh! le gritaba el viejo ¡Qué prisa teneis! ¿Quereis que me rompa los huesos? Dejad al menos que respire.

—Nada, nada, repuso Raoul: me habeis preguntado si tenia miedo, y quiero ver si os poneis tan cerca de ellos como yo.

—De ningun modo, si caminais tan de prisa; os hago justicia, compadre...

La elocuencia del viejo se vió de pronto interrumpida, pues acababan de llegar á una altura enteramente descubierta; hiciéronles desde la fortaleza un fuego terrible, y las balas silbaron á los oidos de los dos aventureros.

Sorprendido Parabelle, hizo un gesto y quiso detener á Raoul; pero este, con la admirable sangre fria que le caracterizaba, le hizo andar unos cien pasos mas, y así se encontraron después de aquella espuestísima marcha, al abrigo del fuego, por la escabrosidad del terreno.

—Me rindo, me rindo, dijo el gobernador respirando; sois un valiente, lo confieso, y me declaro vuestro leal servidor.

—Vuestra aprobacion me honra en estremo, contestó el jóven, y ahora me parece que es tiempo de obrar.

Dicho esto se quitó la faja y la hizo ondear sobre su cabeza para llamar la atencion de los soldados.

Estos, que habian admirado la carrera de sus jefes, al conocer que tenian por contrarios á hombres de carne y hueso, adelantaron poco á poco su artilleria: al mismo tiempo salió del campamento la infanteria y se empeñó la accion por ambas partes con encarnizamiento.

El cañoneo duraba ya algunas horas sin resultados: el fuego del fuerte causaba estragos en sus enemigos, y estos empezaban á murmurar y á pedir á gritos el asalto, cuando una bala de la bateria que antes nos ha ocupado se introdujo en una de las torres colocadas en el ángulo derecho de las fortificaciones. Al punto se dejó oir una terrible esplosion y tembló la tierra bajo los piés de los sitiadores. Entonces se vió un espectáculo deplorable. Dispersos por la esplosion los infelices defensores del castillo, fuéron arrojados á grandes distancias hechos pedazos: armas, maderos y fragmentos de piedras caian sobre las líneas avanzadas de los sitadores, como una lluvia de fuego. Del seno de aquel cráter humeante salió de pronto con la visera baja un caballero cubierto de armas oscuras y seguido de numerosa tropa, que se precipitó sobre la infanteria y la hizo recular. Conociendo que el castillo se desplomaba, los sitiados hacian una salida, y semejante á un jabalí acosado por furiosa trailla, el jefe de los bandidos señalaba con su acero en aquella masa viviente un ancho y sangriento surco.

Ya iba tal vez á conseguir su deseo, cuando por ambos lados del bosque desembocaron las tropas de las municipalidades. Los del castillo se vieron pues cercados por todas partes y no pudieron hacer mas que vender caras sus vidas. El jefe de las tropas municipales, que llegó de los últimos al teatro del combate, acababa de encontrar al de los sitiados. El choque fué terrible.

—A tí, bandido, el vengador de Jaquelina.

Y descargando un golpe furioso sobre el casco del jefe, lo hizo añicos.

Se vió entonces que la cabeza de Guillery ofrecia la viva imágen de Satanás aterrado. La palidez de la muerte cubria su rostro; sus cabellos negros flotaban en desórden sobre su amenazadora frente; sus ojos despedian llamas, y en sus desencajadas facciones se pintaban el furor, la desesperacion y la venganza. Estaba sublime; pero bien fuese por cansancio ó por influencia supersticiosa, al ver levantada en alto la espada del hombre á quien creyó muerto por su brazo en el bosque, no fué ya dueño de su antigua bravura. Partesana (pues suponemos que el lector ha reconocido ya al sargento), iba á traspasar con su espada el pecho del bandido, cuando otro acero se cruzó con el suyo y libró á Guillery de la muerte.

—Nada nos debemos, le gritó entonces una voz conocida: huye ó vas á perecer.

—No: quiero morir aquí, respondió el jefe.

—Atrás, soldados: este hombre me pertenece.

—Pertenece á Dios y al rey, repuso el gobernador echando mano á Guillery: suelta la espada.

—Eso nó, gritó el último. Y empuñando el acero con fuerza lo arrojó al bosque.

—Ahora, caballeros, haced de mi lo que gusteis.

Y sin tratar de resistirse, se dejó prender y atar con tanta resignacion, que los soldados la atribuyeron á astucia.

Los hombres de su partida imitaron la resignacion de su jefe: ochenta fuéron hechos prisioneros y amarrados á los árboles: una hora después habian dejado todos de existir.

Partesana corrió al castillo acompañado de Juan y de Ives, y tuvo el consuelo de estrechar á Jaquelina en sus brazos.

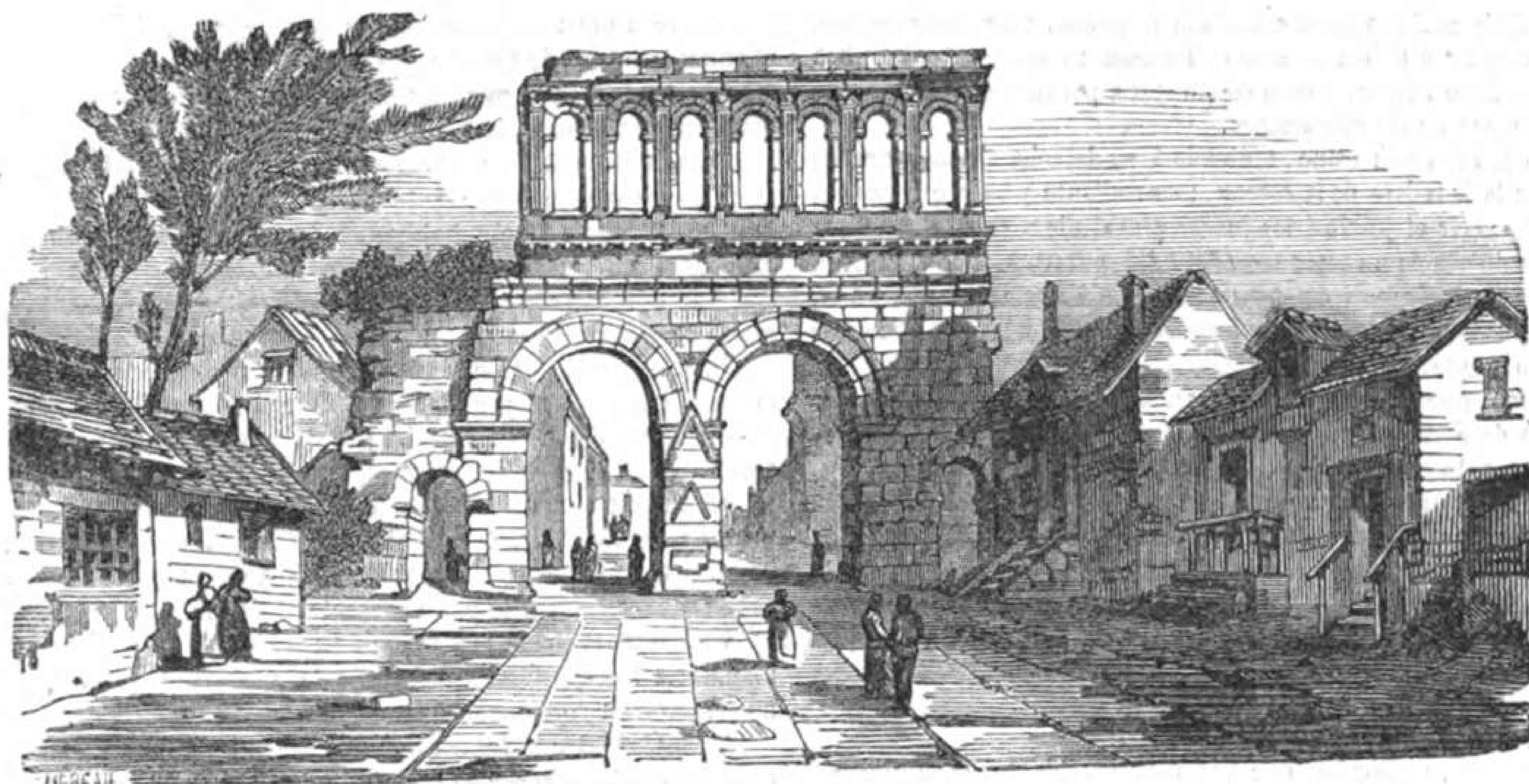
En cuanto á Guillery, casi nos parece inútil añadir que pereció en el cadalso.

La justicia de los hombres quedó satisfecha, y el cuerpo mutilado del jefe de los bandidos solo ofreció á sus mas implacables enemigos un espectáculo de horror y de piedad.

FIN.

PUERTA DE ARROUX.

Entre los diversos vestigios de antigüedad que se encuentran todavia en la ciudad de Autun, en Francia, es uno de los mas notables la puerta llamada de Arroux, cuyo nombre ha tomado de un rio que corre



(Puerta de Arroux.)

á su inmediacion. Segun todas las señales de su construccion, debe pertenecer á la época romana; pero como no se encuentra en ella inscripcion alguna, ni tampoco ha sido fácil hallar documento de ningun género que haga mencion de ella, no podemos fijar la fecha de su creacion. Se halla todavia muy bien conservada, y está construida á la manera de arco triunfal, con una altura de 17 metros por 19 de ancho; tiene cuatro entradas, dos para los carruajes y dos para los piatones, y en su parte superior se eleva una galería abierta, que tuvo diez arcos, pero que en el dia no conserva mas que siete. Lo que mas llama la atencion en este monumento es la nobleza y la elegancia de las proporciones.

LOS ZAPATOS DE LA INFANTA.

(Conclusion.)

La Paz y la Riqueza tomaron la corona, y colocándola sobre las sienes de Orfelina, dieron á conocer la superioridad de aquella, que era en verdad la que en sus corazones infundia el pensamiento que las animaba, el fuego sagrado que agitaba su corazon.

De repente una nueva influencia de la vara mágica hizo desaparecer aquellos encantos, en que Alibar, invisible siempre, tomaba una parte con su admiracion y alegria; y el palacio volvió á fundarse; y volvieron á ser los ricos salones, los costosos muebles, la ostentacion suntuosa de la vivienda habitual de la Paz y la Riqueza, que como la Caridad, estaban tambien personificadas en dos bellas princesas, hijas únicas de un padre, señor de numerosos vasallos, y herederas de un imperio, cuya dicha estaban llamadas á establecer en el porvenir.

Todavía con la rapidez del pensamiento, recorrieron Orfelina y Alibar el resto de las diferentes regiones del globo; allí descubrian la inocencia empañada por la calumnia; acá legitimaban las justas esperanzas de la virtud; allá perseguian al vicio, que la Caridad lograba estirpar al tacto de su varilla suprema. Alibar recogia las pruebas de estos diferentes hechos; y á sus espaldas conducia un tesoro en monedas de todo el globo y muestras de lienzos, producto é industrias de la haz de la tierra que habia recorrido.

El alba apuntaba apenas, cuando Orfelina, tocando con su vara mágica las puertas de su palacio y dejándolas francas, entraba seguida de Alibar, que iba lleno de cansancio.

La infanta, al entrar en su aposento, dejó á su acompañante en la antesala, diciéndole:

—Quédate ahi y descansa.

Hablando de este modo penetró en su mas íntima estancia, y cerró en pos.

X.

Las ocho de la mañana serian, cuando con gran estrépito subieron los magnates y los palaciegos al cuarto de Orfelina: una algazara impropia de aquel lugar, daba á conocer la persuasion en que todos se hallaban de que el desdichado Alibar, tan desgraciado como sus predecesores, iba á entregar en un patíbulo una vida que habia cometido la locura de jugar á los azares de una curiosidad terrible.

—Eh!... eh!... mozo!... A ver si despiertas!... esclamaron todos en tropel, al verle tendido sobre un sofá entregado á Morfeo.

—Si no le oyéramos roncar tanto, añadió uno de los de la compañía, diria que estaba muerto.

Efectivamente, parece que no da señales de vida; y eso que todos le hemos sacudido en toda regla... ¿Qué haremos para despertar á este hombre?

—Puesto que no vuelve en sí por bien, obliguémosle por mal.

—¿Cómo por mal?

—Pinchándole con cualquier cosa.

—Pinchándolo... ¡qué crueldad!

—Para lo que ha de vivir en este mundo, ¿qué importa que le anticipemos el martirio?

El que hablaba así era el alcaide de palacio, á quien se le achacaba muchas veces la culpa de las escursiones que se presumia no podia menos de hacer la infanta para gastar noche por noche un par de zapatos: este se hallaba muy interesado en que todas las pesquisas que se hiciesen para averiguar la verdad, fuesen en balde, propalando á viva fuerza que la salida de la infanta se verificaba siempre por la chimenea.

Tomó efectivamente un alfiler gordo, y dió á Alibar tan terrible pinchazo en el rostro, que comenzó á destilar sangre de la herida.

Alibar se puso en pié lleno de colera, y estuvo á punto de lanzarse sobre el que así le trataba; mas acordose de las obras que habia visto practicar á la Caridad en la noche anterior, y dirigiendo una mirada dulce al conserje, le dijo:

—¿Qué me quereis?

—S. M., contestó el empleado, quiere que deis cuenta al punto de lo que habeis hecho: dispuesta está para vos, ó la horca, ó el tálamo nupcial: feliz ó infeliz, debeis de serlo definitivamente dentro de una hora.

—No vayais tan ligero, señor, contestó el jóven: he trabajado demasiado esta noche para que me halle dispuesto á complaceros con esa precipitacion: no tengo fuerzas ni para hablar, cuanto menos para esponer la historia de una noche como la pasada, así de repente. Por otra parte, espero el honor de que presencie el acto la misma princesa; sin ella nada podria decir; ved pues si se encuentra en disposicion de oiros, y avisadme.

El conserje, que habia llevado la voz por pura osadía en presencia de los magnates enviados para el efecto, miró á estos, pues no se atrevió á resolver lo que ignoraba si seria asequible: no hubiera dado por sí esta tregua al pobre mozo, y hubiéralo obligado á producirse en el acto. Aquellos señores determinaron que fuese uno á esponer al rey lo que pasaba, para que S. M. mismo resolviese.

El mensajero, que no tardó en volver, manifestó el asentimiento del rey á las justas pretensiones del jóven.

—S. M., dice, comprende demasiado que lo que se pide es una tregua; y la otorga en favor del que tan próximo de la muerte tiene valor para entregarse al sueño con tanta fé. Mas que tan pronto como la princesa se despierte bajen todos al estrado en donde se halla reunida la corte para juzgar.

XI.

La una de la mañana seria cuando la princesa, ataviada con lujo, y Alibar, dispuesto de dia de fiesta, bajaron al gran tribunal. Era este un anchuroso balcon, que se comunicaba por medio de una escalera, con la plaza de las ejecuciones.

Sentado el rey en su trono, teniendo á su derecha algunas gradas mas abajo, á la heredera de la corona, mas radiante y bella que nunca, dió órden de abrir el juicio á los jueces que al pié y en frente de una gran mesa cubierta de un tapiz morado, habian tomado lugar; el jóven se hallaba, á guisa de reo y defensor de su propia causa, sentado en un banquillo algo distante, teniendo enfrente de sí otra mesa que él mismo habia hecho preparar.

Por último, fuera del pretil, en la ancha plaza que se estendia, y que cubierta de espectadores prestaba una vision imponente y temerosa, elevábase descarnada una alta horca, servida por los verdugos, vestidos con sus trajes encarnados, dispuestos á lanzarse sobre su presa como los cuervos en los campos de batalla.

El estruendo del populacho, que pedia á gritos el juicio, que debia, segun pensaba, producirle la fiesta del sacrificio de Alibar, no dejaba oir palabra en aquella especie de consistorio público; así que, mandó el rey que haciendo señal de atencion al público, se le impusiese silencio bajo las mas graves penas.

Hízose así, y el juicio empezó.

—Decid, decid, esclamó el que hacia de presidente, encaminando su voz al considerado reo: ¿sabeis cuál es el compromiso en que os habeis lanzado?

—Sí, lo sé, contestó Alibar con voz segura.

—Os habeis comprometido, prosiguió el juez, á descubrir el arcano que confunde al reino, acerca de la causa que motiva á la infanta el gasto de un par de zapatos por noche.

—Sí, sí.

—Mas se os impuso un galardon si lo descubriais, ó un castigo si como un impostor ó un temerario habiais puesto mano sin fruto á ese terrible secreto.

—Sí, sí, siéntese en el acto el premio como el castigo: que lo sepa el pueblo; que quede consignado. Ved si estais dispuestos á premiarme, como lo estoy yo á recibir el castigo; y no vaciléis en consignar lo que os ruego; si así no lo haceis, yo no me consideraria obligado á pronunciar palabra, ni tendriais derecho para disponer de mi vida.

—Mozo, esclamó el rey: ¿tan lejos está de tus oidos la real palabra?... Si has descubierto el arcano, para tí será la mano de mi hija; de otro modo... la muerte...

—¡Consígnese!... ¡consígnese!...

El secretario consignó en claros términos, en una hoja de un gran libro, la eficiencia del premio y del castigo.

Alibar quedó satisfecho, porque las firmas del rey, de la infanta, de los embajadores, de los grandes, de la corte, de los jueces, y la suya propia, habian dado valor á aquel documento; y se dispuso á hablar.

Todo el mundo quedó admirado al oir el peregrino relato que con entusiasmo juvenil hizo Alibar acerca de los sucesos de la noche anterior: aquellas inmensas regiones atravesadas en pocos instantes sobre un calzado que, por decirlo así, arrebataba el cuerpo sin esfuerzo: aquellas estraordinarias escenas que se habian sucedido, y en las cuales lo maravilloso se habia asociado tanto con lo benéfico; y por último, la idea imponderable é ilimitada, de que la infanta constituyera en el mundo la personificacion de la Caridad, hicieron un efecto en el auditorio imposible de describir.

¡Qué envidias debian desarrollarse después de aquella solucion!... ¡Qué ambiciones presentarse á disputar á Alibar el tesoro tan legítimamente conquistado!... ¡Y cuán prudente habia sido este al hacer consignar el juicio ó el castigo de su aventura!...

Una voz hubo de cortar de repente aquella situacion indefinible.

—Las pruebas!... las pruebas!... pronunció; y como si aquella palabra representase la palanca que iba á conmover y dar al traste con el edificio de verdad espuesto por el jóven con un fuego y entusiasmo digno de su causa.

—Las pruebas!... las pruebas!... prorumpieron de todos los ámbitos del tribunal, y de los mas lejanos rincones de la plaza.

Era aquella tempestad un anatema; era la sentencia de muerte de Alibar; era la esperanza recobrada por el pueblo de gozar del espectáculo que parecia próximo á escapársele de las manos.

Todos daban por difunto á Alibar, cuando este, haciendo señal con una serenidad cruel para la envidia, ó para los que no hubieran deseado, por capricho, una terminacion tan feliz, dijo:

—Las pruebas... aquí están.

Y como una gota de aceite sobre las encrespadas olas del mar, aquellas pocas palabras tuvieron la virtud de aplacar el tumulto alzado por el populacho sobre su cabeza.

Poco hubiera durado esta favorable predisposicion de los ánimos, si Alibar, sacando de bajo sus piés un repleto zurron, no hubiera arrojado sobre la mesa las pruebas mas inequívocas de lo que acababa de afirmar: las onzas de España, los duros mejicanos, los luises franceses, las piastras inglesas, como los florines austriacos ó los soberanos alemanes: los pañuelos de Nipis ó de Manila; los chales de Cachemir, las telas de Holanda ó de Damasco; las perlas del Oriente, y el oro de Ofir: breves muestras de cuanto mas singular encierran las cinco partos de este globo en que habitamos, y á que llamamos mundo, todo fué espuesto allí en monton ante los estupefactos ojos de los circunstantes, que miraban con creciente asombro á Alibar y á Orfelina, de cuya gloria se veian eclipsados.

El príncipe Raout, que amaba vehementemente á la princesa, fué el único que trató de poner en duda la exactitud de las pruebas.

—Señores, dijo, todo esto ha podido tenerlo reunido este hombre, aun antes de haber llegado aquí: no le creamos... todo será falso!

El tumulto, pronto á tomar todos los caractéres que quisiese imprimir á los hechos el último que se producia, comenzó á murmurar en sentido contrario á Alibar; pero Orfelina desciende del solio, y sacando su junco, hace de él un presente al jóven.

Este comprende la voluntad de su señora; y estendiendo el talisman hácia todos los ámbitos del espacio, verifica una invocacion á que no tardaron en corresponder las gentes en ella producidas.

Todos los favorecidos por Orfelina se presentaron como por encanto en el tribunal á deponer de la exactitud de las pruebas: y las aclamaciones del concurso al ver aquella invasion milagrosa, ahogaron hasta la postrera esperanza que pudiera alentar á Raout.

Lo mas admirable de todo fué la llegada en un soberbio meteoro, de la Paz y la Riqueza, en un traje pastoril, y seguidas del coro de pastores y ninfas, las cuales, tañendo laudes y entonando cánticos de alegría, cercaron á la infanta y comenzaron á ataviarla para la ceremonia nupcial.

No hubo remedio: Alibar triunfó; Orfelina fué esposa del dichoso jóven; y las régias fiestas que se sucedieron, compensaron sobradamente á los mal intencionados del afan de buscar un espectáculo sangriento, en donde solo debia haberlo de felicidad.

Aprended en Alibar la constancia: la virtud puede igualar con un príncipe al mas simple de los vasallos.

Aprended en Orfelina á practicar las buenas obras; pero á callarlas: los beneficios pierden cuando se hace de ellos alarde, cuando se les adopta como medio de mantener la vanidad.

Aprended en el desengaño de los pretendientes á Orfelina, á no partir de ligero y sin exámen en el juicio que debe formarse de los hechos humanos: las apariencias interpretadas á capricho acerca de Orfelina, hicieron á los príncipes faltar á su deber: por eso fuéron castigados. Tal es tambien lo que sucedió al pueblo que esperó una ejecucion, donde encontró un triunfo solamente.

FIN.

LA FLOR DE RESEDA,

LEYENDA ORIGINAL.

(Conclusion.)

Mas como siempre el vulgo
prodigios inventó,
que menosprecia el *sabio*
con *necia* presuncion,
ningun hombre de juicio
el cuento aquel creyó,
teniéndole por sueño
de la imaginacion.

Aquella misma noche,
por un fatal evento,
halló Inés una carta
que, receloso y cuerdo
su padre, habia guardado
de una escarcela dentro:
la carta era de Ulloa,
su contenido un hecho
que luto y amargura
verter debiera inmensos:
tal vez una mentira
con visos verdaderos
tal vez una apariencia
creida sin recelo;

el implacable sino,
aborto del infierno,
de Inés la puso en manos
y dióle allí un veneno;
que á veces un escrito
es afilado acero,
y el que leyó la jóven
llevaba estos conceptos:

«Martin, amigo mio,
»mi pena es muy atroz:
»ayer tocaba al término
»ansiado por los dos
»de hallar á nuestro hijo
»(pues le amas como yo):
»supe por un criado,
»que el jóven amador,
»se hallaba en LA VICTORIA
»novicio en religion.
»Volé al convento, rápido
»pedí hablar al prior;
»mas era ya muy tarde;
»quiere probarnos Dios!
»Sin declarar mi anhelo
»dije mi pretension,
»y cruzando las manos
»con muestras de dolor,
»moviendo la cabeza
»el fraile, contestó:
»—Aquí estaba ese jóven
»modelo de fervor,
»de caridad cristiana,
»de santa abnegacion;
»mas hace quince dias
»que vértigo feroz
»turbando su cabeza,
»á todos nos turbó:
»creimos para siempre
»perdida su razon;
»mas luego, recobrado,
»la dicha nos volvió.

»Esta mañana misma,
»al toque de oracion
»aparecer no vimos
»al jóven...
—Cómo?
—No.
»Tal vez otro arrebato
»de loca exaltacion
»durante nuestro sueño
»su mente trastornó;
»y huyendo de nosotros,
»salvando aquel balcon,
»del Darro en la corriente
»sin duda se arrojó.
»—Qué pruebas teneis de ello?
»le dije.—¡Oh Dios de amor!
»Hemos visto en la orilla,
»su negro cinturon.

»Quedé petrificado
»con tal revelacion,
»y apenas tengo fuerzas
»de tal desgracia en pos,
»para escribirte, ay mísero!
»mi pena y mi dolor,
»y decirte, que es tuyo
»tu amigo siempre. Adios!»

Ni el rayo que las nubes
con rígido estridor
abortan imponentes
en noche de turbion;

Ni de erizados mares
la poderosa voz,
cuando impelidos mugen
por férvido aquilon;

Ni de apacible tierra
el súbito temblor,
cuando en su seno brama
volcánica erupcion,

Causar jamás pudieron
tan íntimo pavor,
como el que á tal noticia
la pobre Inés sufrió.

Sintió dentro del pecho
aguda punzacion,
y con entrambas manos
su seno comprimió.

El dardo que, invisible,
la hiriera el corazon,
hasta su centro puro
terrible penetró.

Sin fuerza y sin alientos
cayó sobre un sillon,
de donde al lecho blando
su padre la llevó.

X.

EL SUICIDIO INVOLUNTARIO.

Es de agosto una tarde; el viento zumba,
y allá en Ocaso la tormenta brama;
cubierto el sol de enrojecidas nubes
ciñe á la tierra vestidura pálida:

Brotan los montes calinosa niebla
que en vago torbellino lenta baja,
ó ya se esparce por el bosque umbrío,
al soplo raudo de violenta ráfaga:

Fugaz describe el imponente rayo
ángulos vivos sobre nube parda,
y el eco triste de remoto trueno
al pasar estremece las montañas:

Gimen los brazos de la añosa encina
del huracan furioso á la pujanza,
y á su presion el junco y caña flébil
besan la faz de movedizas aguas.

Oyense dentro del feudal castillo,
que al pié de Lanjaron la frente alza,
tristes sollozos que arrebata el viento
y por el hondo valle desparrama.

Tétricas tañen en la nueva iglesia
con clamores de muerte las campanas,
y el eco fiel repite su sonido,
que entre las peñas cóncavas resbala.

En coro ronco, plañideras voces
al cielo elevan funeral plegaria,
salmos cantando sobre el cuerpo frio
de la vírgen que al cielo dió su alma:

De la hermosura que aumentó algun dia
del fértil valle de Lecrin la gala;
de la cándida flor que irguió su tallo,
y el ábrego tenaz dejó agostada;

De Inés, en fin, que bajo el peso enorme
de un amor engendrado en la desgracia,
vió quebrantarse su existencia débil,
al ver morir la flor de su esperanza:

De Inés á quien la fiebre asoladora
que su amoroso pecho alimentara,
mató, cual sierpe que ponzoña infiltra,
dentro del seno que calor la daba.

Ya el sol oculto tras lejanos montes
de incierta luz el horizonte baña,
y luz rojiza de mortüorias teas
con la luz del crepúsculo batalla.

Allá en la cumbre de la oscura roca
se ve asomar, de nieblas circundada
cual genio adusto del dolor amargo,
lúgubre forma de existencia humana.

Cubre sus miembros, por el hambre secos,
túnica estrecha, cual su frente blanca,

y al estender sus demacrados brazos
rompe las nieblas que la luz le apagan.

De allí sus ojos centellantes miran,
y su oido atento sin cesar abarca
el rayo activo que las nubes hiende,
nubes de cedro con doradas franjas;

El ronco son del imponente trueno,
tristes clamores de fatal campana,
rojiza luz de mortuorias teas,
cóncavo hueco de una tumba helada,

Místicos cantos que hasta el cielo suben,
vientos tenaces que en las rocas braman,
un pueblo junto que á la muerte insulta,
mudo castillo que callando habla!

Mira de allí la comitiva fúnebre
que lenta al templo del olvido marcha,
y en hombros mira de enlutados pajes
los restos tristes de su triste amada.

Porque es Ricardo quien contempla mudo
la cruel escena que á sus ojos pasa;
Ricardo mismo que en febril instante
dejó la paz de religiosa calma,

Y allí, al abrigo de caverna oscura,
dias de luto y de dolor pasaba,
orando á Dios mientras el sol lucia,
mirando el valle al espirar sus llamas.

Porque de allí, de la riscosa cumbre
volar sentia imperceptible, vaga,
la esencia pura de las tiernas flores
que el dulce aliento de su Inés tocara;

Porque bebia el aromoso ambiente
que el sol de sus amores aspiraba,
y era un consuelo á su angustiado espíritu
mirar la cuna de su amor cercana.

Aquella tarde, como siempre, vino
allí, del cielo á contemplar la saña,
y vió estinguida por celeste mano
la hermosa lumbre que ilustró su alma.

En tanto el viento atronador mugia,
la luz del rayo lívida brillaba,
y el ronco son del imponente trueno
ahogaba el eco de fatal campana.

Siniestras voces, y gemidos, y ayes
en torbellino lúgubre rodaban,
y aquel conjunto pareció á Ricardo
despedazar sus míseras entrañas:

Funesta niebla cobijó sus ojos,
móvil la tierra se escapó á sus plantas,
faltole aliento, y al profundo abismo
bajó, cual roca que su peso arrastra.

. . . .

Hallose al otro dia entre las peñas
de la riscosa, enmarañada falda,
el mutilado tronco de un cadáver,
restos que á conocer nadie alcanzaba:

Buscando indicios que su nombre dieran,
en su pecho se halló de oro una caja,
y dentro de ella un amarillo lazo
y una flor de reseda marchitada.

EPILOGO.

Este el término fué de los amores
que á Ricardo y á Inés atormentaron,
y estos los hechos que después alzaron
entre el vulgo tan lúgubres rumores.

Falta decir que se negó una tumba
al pobre jóven que *atentó á su vida*,
pues fué al morir tenido por suicida,
y el criminal es justo que sucumba.

Años después, la asoladora guerra
tendió sus crines de sangrienta llama,
y dando al mundo de su nombre fama,
con sangre y fuego le grabó en la tierra.

A impulso fuerte del incendio rojo
se hundió el castillo delicioso un dia,
quedando solo, como fiel vigía,
de su pompa feudal triste despojo.

Ya nadie la desgracia recordaba
del buen Ricardo, ni su muerte fiera,
cuando paz bonancible y placentera
al pueblo devolvió dicha que ansiaba.

Mas al brillar un dia en el oriente
del claro sol la luz radiante y pura,
se vió una cruz sobre la inmensa altura,
de leal recuerdo, signo permanente.

Todos la vieron colocada allí,
nadie la mano que la puso vió;
su aparicion milagro se creyó,
mas yo obra de un amigo la creí.

Si algun anciano conservó memoria
de aquel fantasma que asomó en la cumbre,
legó á la venidera muchedumbre
una ficticia y peregrina historia;

Y esta es la causa porque algunos vieron
bajar al torreon, en noche oscura,
de un fraile sin cabeza la figura,
que tal vez entre sueños concibieron;

Y por lo que al clamor de la campana
se oyó en el eco, que en las rocas zumba,
una voz contestar allá lejana
pidiendo entre gemidos una tumba.

Febrero de 1846.

FRANCISCO J. ORELLANA.

FIN.



TEMPLO DE AUGUSTO Y DE LIVIA.

En Viena, departamento de Isere, en Francia, se encuentra un templo antiguo, que debió haberse consagrado á gloria del emperador Augusto. Está sostenido por columnas acanaladas de 8 metros 12 centímetros de alto, inclusos los chapiteles y las bases, y estaba abierto por todos lados, dejando asi lucir la esbeltez de las columnas. La longitud de este monumento era de 60 piés y su anchura de 40.

Trasformado en templo en 1089, fuéron tapiados los intercolumnios, y se rompieron las acanaladuras para llenar los huecos.

Algun tiempo después quisieron restaurar la inscripcion que habia en el frontis, y después de haber examinado con estraordinaria prolijidad y trabajo los agujeros donde habian estado las letras, se creyó que podia fijarse de este modo:

Con. Sen. Dius. Augusto. Optimo. Máximo. et Dival Augustal.

En la actualidad se halla convertido en museo de antigüedades.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 39.

¿Veis esa repugnante criatura,
chato, calvo, sin dientes, estevado,
viejo, haraposo, tuerto y jorobado?
Pues lo *bueno* que tiene es la figura.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

adrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.



(Estatua romana de Caldas.)

CALDAS DE REYES.—CALDAS DE CUNTIS.

La etimología de los baños minerales de ambas localidades, situados entre Padron y Pontevedra, á cinco leguas de Santiago, y separadas entre sí por la estrecha distancia de una legua, justifica el remoto descubrimiento de sus aguas termales. La trasmision secular de las generaciones sucesivas ha conservado sus nombres con el bautismo imperial de los baños de Caldas de Reyes y Caldas de Cuntis, y el azadon del picapedrero ha removido entre los escombros apilados por el tiempo, la estatua votiva y la inscripcion mutilada, como la refrendacion arqueológica de su remota antigüedad.

La palabra *Caldas*, aplicada á ambas villas, esplica el orígen de su merecida celebridad. *Caldas* es la corrupcion vulgar de *Aquæ Caldenses* que los romanos aplicaban á los establecimientos de aguas minerales. En España y Portugal se encuentran algunos pueblos con el nombre de *Caldas*: en Cataluña, Caldas de Montbuy y Caldas Destrach; en Portugal, á doce leguas de Lisboa, los enfermos concurren á Caldas de la Reina. Las celebradas *burgas* de Orense en Galicia le han dado, en lo antiguo, el nombre de *Aquæ Urentes*. Y como si la denominacion de *Caldas* no esplicase completamente las virtudes medicinales de estos baños, que eran preferidos á los de Lugo y Orense, tambien de esploracion y fábricas romanas, la denominacion de Cuntis (*á cunctis*, para todos) acredita la estraordinaria concurrencia de los enfermos, desde los apartados dias de la dominacion imperial. Entre tanto que de los baños de Lugo solo han sobrevivido, como un monumento arquitectónico, los arcos que contempla el viajero ó el arqueólogo bajo la nueva fábrica de sillería construida en nuestros dias, y una arista desigual de antiguo muro que se adelanta hácia las corrientes del rio Miño, sostenida como un colmillo duradero en la endeble encia de una tapia moderna; en Caldas de Reyes y Caldas de Cuntis se reconocen los fragmentos de su remota fundacion, y el anticuario, si bien no puede interpretar las líneas truncadas de las inscripciones romanas, ó esplicar la advocacion simbólica de la estatua mutilada, justifica la antigüedad de ambas localidades, y llega desde el imperio de los césares hasta nosotros por medio de esa *guia monumental del viajero*, en cuadernos incompletos que, ya se han depositado en el fondo de un baño, ya se han archivado en la pared esterior de una iglesia. La dominacion de los antiguos señores del mundo se acredita por los nombres de Caldas de Reyes y Caldas de Cuntis, por los muros rebajados de sus estanques, por sus fuentes públicas desmoronadas, y por sus inscripciones de oscura interpretacion: la dominacion de los monarcas de Asturias y Galicia se echa de ver en la inscripcion gótica de la iglesia parroquial de Caldas de Cuntis, y en el sobrenombre de Caldas de Reyes. Los títulos son á los pueblos lo que los blasones á las familias: constituyen su abolengo, señalan una fastuosa concesion ó privilegiada inmunidad.

El señor Bedoya (1) asegura que el título de Caldas de Reyes ha tenido su orígen en la frecuencia con que los monarcas españoles concurrian á usar de sus aguas termales. Tambien se cree que se llamó de esta manera desde que el emperador D. Alfonso VII nació en esta villa en 1106, siendo el lugar de su residencia, hasta que confiado á la tutoría del conde de Trava, y ungido rey en la catedral de Santiago, por el arzobispo D. Diego Gelmirez en 1110, abandonó para siempre la humilde cuna que el valor y la decision de Galicia trocarian en trono desde los albores de una azarosa juventud (2). El establecimiento de aguas minerales, que no ha sido cegado durante la prolongada noche de la dominacion sueva y cantábrica, presenta un estenso lienzo á las prescripciones de la historia, y á las observaciones de la medicina. Caldas de Reyes y Caldas de Cuntis merecerán en la ocasion presente mas bien una rápida enumeracion de sus restos monumentales y fragmentos

(1) En su *Tratado de fuentes minerales*.

(2) En comprobacion de la importancia que algunos historiadores conceden á esta villa, durante la edad media, el padre Florez coloca á fines del siglo IV en Caldas de Reyes la primitiva iglesia de Compostela. Cernadas de Castro, mas conocido por el *Cura de Fruime*, combate esta opinion con una crítica sensata y razonada. (Véase el tomo III de sus obras).

arqueológicos, que una apreciacion facultativa de sus propiedades medicinales. Nosotros buscamos únicamente lo secular, y saludamos de paso al enfermo que nos permite registrar los restos arquitectónicos de la dominacion romana. ¡Cuántas generaciones convalecientes no han cruzado recelosas sobre el vacilante pavimento, ó han deletreado con vaga indolencia las letras gastadas de la piedra mural! ¡Y han caido en el sepulcro antes que el pavimento se haya hundido, y las iniciales de sus nombres han sido borradas por la lluvia en el cementerio, antes de que doce siglos hayan podido destruir las iniciales esculpidas por el cincel romano! Vale mas familiarizarse con lo pasado, que apasionarse de lo presente: de esta suerte el hombre se identifica involuntariamente con la muerte.

En Caldas de Reyes existen dos casas de baños: la una situada á orillas del rio Humia con el nombre de *Baños Dávila* ó *Dá-vila* (1), presenta dos bañaderos generales para hombres y mugeres, otros dos de reducidas proporciones, y diversos baños pequeños para un solo enfermo; la otra, situada al sur del mismo rio, bajo el nombre de *Casa de Acuña* (2), tiene tambien dos bañaderos generales para ambos sexos, seis baños particulares, y tres destinados á las enfermedades contagiosas. Inmediata á la casa de *Dávila* se encuentra una arqueta de agua mineral que sale de un caño de bronce, para el uso comun, y sobre el cual se ha colocado la siguiente inscripcion romana, que se ha encontrado en los cimientos de su fábrica:

E DOVIO ADATVCIO VTAI VSIM.

La palanca del obrero ha completado la obra del tiempo. Esta inscripcion mutilada no se presta á las interpretaciones del anticuario: es el sello rodado de la dominacion romana, cuyo anverso, borrado por los años, deja sin advocacion y sin fecha la remota fábrica sobre la que se han apilado los escombros de lo antiguo, sirviendo despues de cimientos á lo contemporáneo.

Caldas de Cuntis ofrece á los enfermos siete casas de baños, entre las que se cuentan las conocidas por *Era vieja*, *Era nueva*, *Santa Maria*, *Horno* y *Castro*. La *Era vieja* y *Era nueva* tienen seis baños para hombres y mugeres, la casa de *Santa Maria ó de la Virgen*, construida en 1838, presenta cuatro bañaderos, un baño general de vapor para diez personas, otro de igual condicion para baños parciales, y once caños para baños de chorro; y en las del *Horno* y *Castro* existen tres baños, cuya temperatura está confiada á la voluntad de los bañeros.

En Caldas de Cuntis se conservaban cuatro baños construidos por los romanos, de los cuales uno ya fué destruido con la fábrica del *Baño de la Virgen*. Los tres que existen en la actualidad sirven como de arquetas á los manantiales mas calientes de agua mineral. En los cimientos del baño cuadrado de construccion romana, con una fuente en cada ángulo, cuyas aguas arrojadas por dos caños en una pila contigua al rio se desperdician, escepto las que aprovechan los vecinos para los usos domésticos, se ha hallado en 1834 la estatua de cobre cuya copia acompaña á este artículo (3). Si hemos de apreciar en su justo valor las proporciones de su ejecucion, debemos colocarla sobre la inscripcion votiva de algun enfermo restablecido. La circunstancia de ser esculpida en plancha, con espigas de bronce por el anverso para clavarla sobre un plano, revela su destino y esplica su colocacion. No así se puede determinar su advocacion. En la mano izquierda presenta un *clypeus* sin emblema, y si bien la mano derecha ha sido deshecha entre los escombros, la elevacion del brazo hace ver que sostenia en alto el palo de una lanza. Nos inclinamos á creer que fuese el arma comun á Minerva y Belona, porque la galea levantada sobre la frente que cubre su cabeza, y el *thorax* con escamas que cubre su pecho, constituyen la diosa del saber ó de la guerra.

Nosotros creemos que esta estatua representa la *Minerva Médica* de los romanos, á cuya divinidad se dedicaban inscripciones en los establecimientos de aguas termales, como lo atestigua la que aun se conserva en Caldas de Montbuy entre las dedicadas á *Apolo* y á la diosa *Salud*. La siguiente inscripcion que encuentra el anticuario repetida en dos piedras berroqueñas y toscamente labradas que se conservan en Caldas de Cuntis (1), revela el voto de algun *Florus* salvado de la muerte ó restablecido de una prolongada enfermedad:

HYMP
HISC
NIONIVS
FLORVS

Hé aquí las antigüedades romanas que ofrecen Caldas de Reyes y Calda de Cuntis para esplicar la remota fundacion de sus baños. Presentemos ahora un ligero resúmen de las propiedades químicas y virtudes medicinales de sus aguas minerales.

El señor D. Victor Gonzalez, actual director de estos baños, ha publicado en 1851 un interesante *Paralelo entre los baños minerales sulfurosos de Cuntis y Caldas de Reyes, y los mas afamados de Francia de la misma clase*, en cuyo opúsculo se reconoce la superioridad de las propiedades físicas y químicas de los baños de ambas localidades, sobre los de Bareges, Bagneres de Luchon, San Salvador (en los altos Pirineos) y Cauterets. El señor Fernandez Mariño, catedrático de medicina en la universidad de Santiago, en su estenso y razonado *Anuncio sobre las investigaciones físico-químico-médicas de las aguas minerales de Caldas de Reyes* y *Caldas de Cuntis en la provincia de Santiago de Galicia* (2), y amplia este paralelo á los principales establecimientos de la misma clase en España, Francia, Alemania, Italia y Suiza, asegurando «que las aguas minerales de ambas localidades son comparables en España con las de Ledesma en Castilla la Vieja, junto á Salamanca, las de Archena en el reino de Murcia, las de Caldetas en Cataluña y las de Alhama en Granada: en Francia con las de Bareges en el departamento de los Altos Pirineos, Bagneres de Luchon en el departamento de Arriege, Grevuls en el departamento de los bajos Alpes, Aix ó Monte-Blanco en el departamento de Mont-blanc, Enghien á cuatro leguas de Paris, departamento del Sena; en Alemania con las de Aix la Chapelle ó Aquisgran, establecimiento de baños minerales fundado por Carlo-Magno; con las de Baden en Suavia, cerca del Rhin, y las de Wisbaden junto á Francfort; en Italia con las de Acqui en el ducado de Monferrato; en Suiza con las de Bade en la ciudad y condado de este nombre; las de Leur ó Loeche á las orillas del Rhona, cerca de Walais, distrito de Sion, con la diferencia de que en todas estas y otras mas de Europa no se presenta la grande cantidad de sustancia vegeto-animal que nada en la superficie de agua de Caldas de Reyes que surte los baños de la casa de Dávila».

Veamos ahora la composicion química de las aguas minerales de Caldas de Reyes y Caldas de Cuntis, segun el análisis del señor Casares, catedrático de química en la universidad de Santiago:

Diez libras de agua de la arqueta de Acuña (Caldas de Reyes), contienen 55 granos de cloruro de sodio, 4 de sulfato de cal, y una escasa cantidad de sustancia orgánica.

Ochenta onzas del agua mineral del baño de la *Era vieja* (Caldas de Cuntis) contienen:

	Granos.	Pulgadas cúbicas.
Acido sulfúrico. . . . . / Hidrógeno sulfurado.	0,276	ó 762
Sulfuro de sodio.	5.99	ó hidro sulfato de sosa, 7,55.
Cloruro de sodio.	37,601	
Sulfato de sosa.	4.87	
Silice.	7,50	

con una gran cantidad de glerina arrastrada en los caños y derrames de los baños espuestos á la intemperie, y una sustancia animalizada que se asemeja á la gelatina. La temperatura de las aguas de Caldas de Cuntis varia de 14 grados de Reaumur á 46 del mismo termómetro.

En los baños de Caldas de Reyes predomina el carácter salino, así como en los de Caldas de Cuntis prepondera el carácter sulfuroso. Sus propiedades medicinales, favorecidas por un clima tan benigno que en los dias de verano no sube el termómetro á 24 grados de Reamur, están justamente apreciadas en las siguientes palabras del señor Gonzalez (3):

«Las aguas minerales de Caldas de Reyes y Cuntis son eficaces para la curacion de las enfermedades reumáticas y en la multitud de males que son su consecuencia, como son la contraccion y rigidez de tendones, las anquilosis, hidrartrosis ó hidropesía de las articulaciones, hinchazones de las piernas, úlceras antiguas, con caries y sin ella, torceduras de miembros, parálisis parciales, mielitis crónica, heridas por armas de fuego, y en las llagas antiguas que son su con-

(1) A pesar de que se busca en el dialecto gallego la esplicacion de este título de *Das-vila*, baños de la villa ó pueblo, viene del apellido de su fundador D. Joaquin Dávila, que edificó á sus espensas esta casa de baños en 1798.

(2) En 1812 el Escmo. señor D. Pedro Acuña mandó hacer dos fuentes de agua termal, y dispuso que se levantase el plano de una casa de baños, cuyo trabajo dispuso y llevó á cabo el arquitecto Prado, hasta 1814, en cuyo año falleció aquel activo y celoso protector de Galicia. En su testamento dejó consignado que los productos de esta casa de baños que lleva su apellido se aplicasen á una escuela de primera educacion en Caldas de Reyes, que fundó su hermano el señor D. Andres Acuña, dean de la catedral de Santiago, que falleció en 1851.

(3) El señor Fernandez Mariño posee esta obra artística, de cuatro ó cinco pulgadas de altura, cuya copia ha remitido con el mayor celo é interes para acreditar la antigüedad de los baños minerales de que era entonces director, á la Real Academia de la Historia.

(1) Una, la mejor conservada, se encuentra debajo de la angosta azotea (vulgarmente *patin*) de una casa, y la otra, casi borrada, en una esquina de la misma casa.

(2) Impreso en Santiago en 1828.

(3) En su mencionado *Paralelo* (Santiago, 1851), páginas 18 y 19.

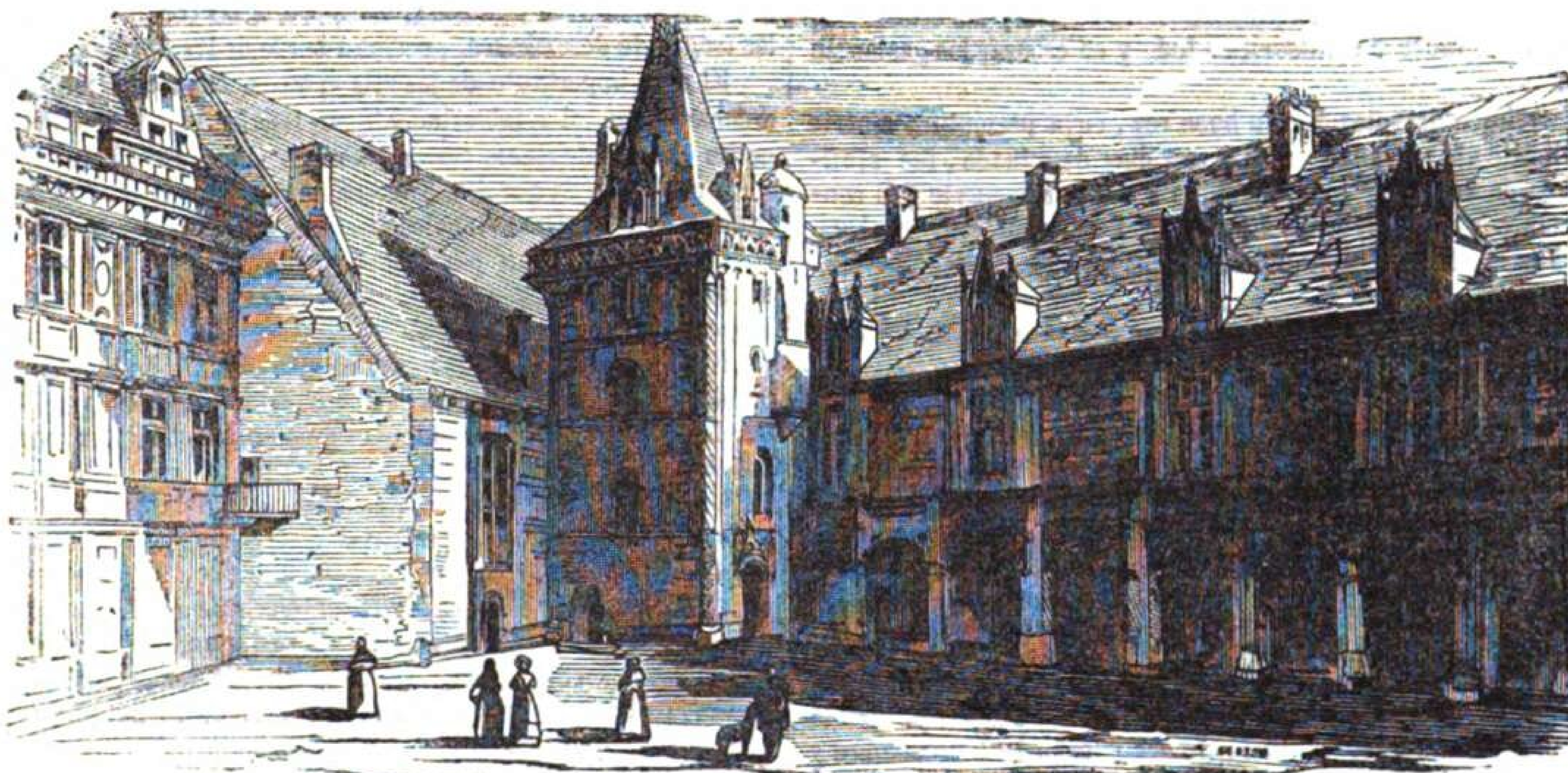
secuencia. Lo son igualmente en las neuralgias y neuroses, en las flecmasias crónicas de las membranas mucosas, en las gastritis y enteritis crónicas, en las gastralgias, hipocondria, diarreas antiguas, hepatitis, crónica sin fiebre, y en las concreciones biliarias. Son muy provechosas en las afecciones escrufulosas, ingurgitacion de los ganglios y de otros orgánicos y tejidos, en los tubérculos de diferentes órganos, hinchazon de los huesos, oftalmias escrofulosas y tumores blancos. Son eficaces en los catarros pulmonares crónicos, cuando no hay fiebre, en el asma húmedo, en la pleurodinia, en la tisis laringea incipiente, y en los tubérculos pulmonares ó tisis tuberculosa en primer grado: estos enfermos y los que padecen enfermedades nerviosas, toman los baños de Acuña en Caldas y los de la Era vieja y nueva en Cuntis. Son muy convenientes en las clorosis, leucorreas antiguas ó flores blancas, en las amenorreas, dismenorreas, así como tambien en la astenia ó debilidad general, usando en estos casos los baños frescos de Acuña y de Cuntis. Son de una virtud especial en las enfermedades crónicas de la piel, especialmente en las herpes de todas las clases, tiñas, sarnas inveteradas, manchas del hígado ó hepáticas; curan la sifilis consecutiva, fortalecen las fracturas, dislocaciones y partes contundidas, y por último son muy útiles para otra porcion de enfermedades, ya simples ya complicadas.»

Las villas de Caldas de Reyes y Caldas de Cuntis, favorecidas por un clima saludable y una naturaleza pródiga, son el centro de la buena y acomodada sociedad de Galicia durante la estacion del verano, lo que equivale á decir, durante la estacion de los baños para los enfermos y los ociosos. En cambio de la escasa comodidad que ofrece el hospedaje de sus casas reducidas, los alrededores brindan al ánimo abatido y á la imaginacion rigorosa, los pintorescos cambiantes que presentan las floridas márgenes de un rio, y los templados horizontes de un valle. Se improvisan viajes de un dia, montadas las señoras en las proverbiales burras del país, y los pueblos de Pontevedra, Villagarcía, Cambades y Carril son visitados en medio de la simpática jovialidad que inspira la confianza de los paseos campestres.

El viajero no encuentra en Caldas de Reyes y Caldas de Cuntis los paisajes sorprendentes de los baños de San Salvador en los Pirineos altos y las casas de mármol de los baños de Cauterets: en cambio el enfermo vuelve á su hogar doméstico aliviado de sus males, después de usar las aguas minerales que pueden sostener una comparacion facultativa con las mas celebradas de Francia y Alemania.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

Santiago, 20 de marzo de 1852.



Castillo de Blois, departamento de Loir-et-Cher.

Se cree generalmente que este edificio ha sido elevado en tiempo de los reyes de la primera raza y sobre los restos de un fuerte construido por los romanos.

El antiguo castillo, situado en el mismo sitio en que se halla el edificio actual, sirvió durante muchos siglos de residencia á los condes de Blois.

Los normandos se apoderaron muchas veces de la ciudad y la saquearon; pero el castillo, que habia sido almenado y rodeado de fosos, resistió constantemente á todos los ataques.

Parte de este castillo, uno de los monumentos mas antiguos de la ciudad, se remonta al siglo XIII. Es digna de atencion entre los restos de aquella época la sala llamada de los Estados.

El cuerpo principal, situado al Este, ha sido edificado por Luis XII en 1500. Forma hoy la fachada de la entrada del edificio y se presenta con su delicada albañilería de piedras y ladrillos, su pórtico de grandes molduras, coronado esteriormente con un rico pabellon admirablemente cortado, sus columnas de baquetillas cruzándose en losanje, y sus adornos de una perfeccion esquisita y de una gran variedad de dibujo.

El restaurador de las artes, Francisco I, mandó elevar la fachada del norte con todo ese lujo de detalle, con esa profusion de arcos, de pilastras, de capiteles, de esculturas, escudos de armas y ricas ensambladuras, que marcan la época del renacimiento y la poética escuela de Juan Goujon y de Filiberto Delorme.

El palacio de Gaston de Orleans, construido en 1638 por Francisco Mausard, aparece con toda la pompa y la breve y majestuosa simetría del estilo greco-romano.

Los recuerdos históricos mas imponentes, están como depositados en el recinto del castillo de Blois. Allí es donde Luis XII y el cardenal de Amboise, su ministro y amigo, se sentaron al mismo hogar, y prepararon algunos de aquellos sabios reglamentos á que debió este príncipe el glorioso sobrenombre de *Padre del pueblo;* se desató el inmenso drama de la Liga, y Enrique III prefirió mancharse con el asesinato del duque de Guisa, á ir, como el último Merovingiano, á consumirse en un claustro con la tercera raza; allí donde María de Médicis, viuda y madre de rey, estuvo encerrada bajo llave por el gran halconero de Luis XIII y protegida por el duque de Epernon, vino á ser la heroina de una dramática intriga de novela; allí, en fin, adonde en 1814, cuando los ejércitos enemigos amenazaron á la capital, la emperatriz María Luisa se retiró y trasladó la silla del gobierno imperial y la regencia.

El cuerpo del edificio llamado de Gaston de Orleans, se convirtió en cuartel por real órden, confiando las obras de apropiacion al capitan de ingenieros Drouet, bajo la direccion del coronel Paulin. Estas obras, completamente acabadas en 1837, hacen en el dia de esta parte del castillo uno de los mas bellos y mejores cuarteles de Francia, en el cual pueden alojarse en caso necesario dos mil cuatrocientos hombres de infantería.

Se tomaron las precauciones mas escrupulosas para conciliar las condiciones de utilidad, con la completa conservacion de los preciosos vestigios de la obra de Mausard, y de todos los adornos artísticos que decoran las diversas partes del edificio.

PRINCIPALES SUCESOS DEL REINADO DE D. ENRIQUE III, Y DOCUMENTO CURIOSO DE LA PROPIA ÉPOCA.

Durante el largo y azoroso reinado de D. Enrique III, llamado el Doliente por su enfermiza constitucion, ocurrieron sucesos estraordi-

narios, entre los cuales descuellan, la pugna de los grandes y personajes divididos de continuo en bandos y lastimosas parcialidades, las intrigas cortesanas llevadas á un estremo escandaloso, la peste que cundió por España, de cuyas resultas murió tanta gente que fué preciso dar licencia á las viudas para casarse dentro del año después de la muerte de sus maridos, contra lo que disponian el derecho comun y nuestras leyes; el haber sido escomulgado el rey, porque contribuyó á la prision que acordaron los regentes del célebre arzobispo de Toledo, de su amigo el camarero Juan de Velasco, de D. Pedro de Castilla, obispo de Osma, y de Juan, abad de Fusselas, muy aliados del primero; la embajada que se mandó al gran tamorlan; la justicia terrible que se hizo en Sevilla con los que aparecieron mas culpables en las revueltas que traian el conde de Niebla y Pero Ponce; la coronacion del monarca, en cuya época, su citado camarero Juan de Velasco, para probar á los caballeros de la corona de Aragon que asistieron á las funciones que hubo, la magnanimidad de los señores de Castilla, se dice que presentó mil marcos de plata labrada y mil dorada, todo en vajilla, cuatro mil pares de gallinas, dos mil carneros y cuatrocientos bueyes en doscientas carretas, habiéndose quemado estas, por leña, en la cocina; la detencion, por espacio de dos meses, en el castillo de Burgos, del arzobispo de Toledo, del duque de Benavente, del de Medinaceli, del conde de Trastamara, de D. Enrique de Villena y de otros señores y ricos hombres, después del tan sabido empeño del memorable gaban; y en fin, lo que se beneficiaron las rentas y las economías, y el órden que se procuró introducir en todo y en escusar los gastos sin propósito.

Los desvelos constantes de tan buen rey, cuya prematura muerte á los veintisiete años de edad y diez y seis dias de reinado, fué sentida y llorada de veras por todos, tendian á mejorar la suerte y la condicion de sus llamados vasallos, y á protegerá los menesterosos y pobres, poniendo á raya á los que especulaban con los mismos en cualquier sentido que fuese.

De lo que llevamos dicho es una buena prueba la famosa ley de la tasa de los artículos de primera necesidad y demás que se promulgó en 1406, cuyo documento, poco conocido, estampamos á continuacion para que se vea los precios que tenian los comestibles y los otros géneros precisos para la vida, la clase y valor de la moneda mas comun de aquella época, y el desaliñado método con que solian escribir nuestros antepasados.

El documento que mencionamos arriba dice así:

«Considerando que los bastimentos y lo demás se iba encareciendo y faltando de cada dia para remediar tanto daño, acatando á que somos obligados al buen gobierno y pró de nuestros vasallos, y á la guarda y conservacion de nuestros reinos y señoríos: ordenamos y mandamos que la fanega de trigo valga á quince maravedis por todo el reino, y en la corte á diez y ocho maravedis, la cebada á diez maravedis, el centeno á doce maravedis viejos (1), la avena á seis maravedis, la libra del carnero á dos maravedis, la de la vaca á un maravedi, la de tocino añejo á tres maravedis, la libra de cera á ocho maravedis, la de aceite á dos maravedis, la de manteca de vacas cuatro maravedis, la de puerco cuatro maravedis viejos, el cegatero ó cegatera venda la perdiz en cinco maravedis, la liebre en tres, el conejo en dos, la gallina en cuatro maravedis, el pollo en dos, el ansaron en seis maravedis, el lechon en ocho, la paloma en dos maravedis viejos, el buey de Guadiana y criado en Guadiana valga doscientos maravedis viejos, y el de la tierra á ciento ochenta maravedis; el que sacare buey ó vaca, ó juvenca fuera del reino, muera por ello: la vara de paño de Chillon á sesenta maravedis, la de Bruselas y Lombay á cincuenta maravedis viejos: la escarlata de Gante á sesenta maravedis: la de Hipre á ciento y diez con que sea doble y empolvada: los paños de Mompeller, Bruselas, Londres y Valencia, á sesenta maravedis viejos; y el jornalero gane cada dia tres maravedis viejos, la jornalera dos, sino le dieren gobierno, entren con sol hasta que se ponga: un mozo con un par de bueyes para arar, gane cada dia diez maravedis viejos y medio gobierno: un mozo con una bestia para vendimiar, gane seis maravedis viejos sino tomare gobierno, y si le tomare, tres maravedis, haga un viaje antes que el sol salga y otro á la sombra: el mozo de soldada, gane cada año cien maravedis viejos, y la moza cincuenta, y la vieja cuarenta, y sus pertenencias. Item, mandamos que las mugeres de los jornaleros ó yugueros no espiguen, ni mozo ni moza que pueda trabajar, sino los viejos ó viejas, pobres ó niños; y que los zapatos mayores de cordoban valgan seis maravedis, y los menores á tres maravedis, los de carnero grandes á tres maravedis viejos, un par de borceguíes marroquíes, cuarenta maravedis viejos: los herradores yerren y despalmen á dos maravedis cada herradura, con que sea de Vizcaya, y si fuere de otra parte á maravedi: los molineros muelan la fanega de trigo á dos maravedís, y si el maquilon se atreviere hacer desaguisado á muger molendera, mueran por ello: el millar de la teja sesenta maravedis viejos, el millar del ladrillo cincuenta maravedis, la fanega de yeso en polvo seis maravedis, y la de cal cinco maravedis viejos, y todo se mida con la medida Burgueña.»

REMIGIO SALOMON.

(1) Debemos advertir á algunos de nuestros lectores, que el maravedi nuevo valia poco mas de siete cuartos de nuestra moneda, y el viejo el duplo.

COLUMNA MONUMENTAL DE BOLOÑA.

DEPARTAMENTO DEL PASO DE CALAIS.

El proyecto de un desembarco en Inglaterra, formado por el directorio en 1798, fué abrazado por el primer cónsul, después del rompimiento del tratado de Amiens, con todo el calor con que tomaba todas sus resoluciones.

Con motivo de esta espedicion ordenó el primer cónsul que se formasen seis campos, los cuales se establecieron en Ostende, Saint-Omer, Boloña, Bourges, Compiégne y Bayona. Mientras estos se organizaban, la escuadra de Tolosa tenia la mision de reunir quince buques españoles y veinte y dos franceses. Todas estas fuerzas navales debian de componer un total de sesenta y tres buques, destinados á cruzar la Mancha durante el trasporte á las costas de Inglaterra de las tropas de desembarco, puestas á bordo de las flotillas.

El mas importante de los seis campos, cuya creacion habia sido ordenada, fué el establecimiento en Boloña, donde reunió el gobierno un ejército de ciento cincuenta mil hombres escogidos.

Ya se recuerda que á la primera nueva del movimiento de los austriacos hácia Baviera, Napoleon espidió á los comandantes de los campos la órden de acudir por la posta sobre el Rhin, y que, habiendo salido de Paris el 24 de setiembre, firmó el tratado de Presburgo el 26 de diciembre siguiente.

En memoria de los recuerdos de esta guerra, de los combates sostenidos por la flotilla contra las escuadrillas inglesas y del campo de Boloña, fué elevada la *Columna Napoleon*, consagrada por el ejército francés á su emperador.

Una órden del dia 25 de setiembre de 1804, publicó esta determinacion del ejército. Las tropas de mar y tierra, y el consejo municipal de Boloña, contribuyeron á la fundacion de este monumento.

El 9 de noviembre de 1804, el mariscal Soult puso la primera piedra de la columna, al estruendo de una gran descarga de artillería, y en presencia de un inmenso gentío que de todas partes habia acudido con objeto de asistir á esta solemnidad. Dicha piedra tenia la inscripcion siguiente:

PRIMERA PIEDRA
DEL MONUMENTO DEDICADO
POR EL EJÉRCITO ESPEDICIONARIO DE BOLOÑA
Y LA FLOTILLA
AL EMPERADOR NAPOLEON,
ASENTADA POR EL MARISCAL SOULT, GENERAL EN JEFE,
EL 18 BRUMARIO DEL AÑO XIII (9 DE NOVIEMBRE DE 1804),
ANIVERSARIO DE LA REGENERACION DE FRANCIA.

Esta inscripcion se halla en los cimientos de la columna, en un pedrusco de mármol, de 81 centímetros de largo por 65 de ancho y 27 de espesor.

Sobre su coronamento debia de colocarse una estatua de bronce del emperador. Hácia el fin de agosto de 1805, antes de salir de Boloña para recorrer los diferentes puntos designados al gran ejército, el mariscal que presidia á su ereccion, se presentó á Napoleon acompañado de los miembros de la comision, para manifestarle los deseos del ejército y pedirle los medios de ejecutar la estatua. «Señor, le dijo el mariscal, prestadme bronce; yo os lo devolveré á la primera batalla.» Algunos meses después satisfacia fielmente su deuda en una aldea de la Moravia.

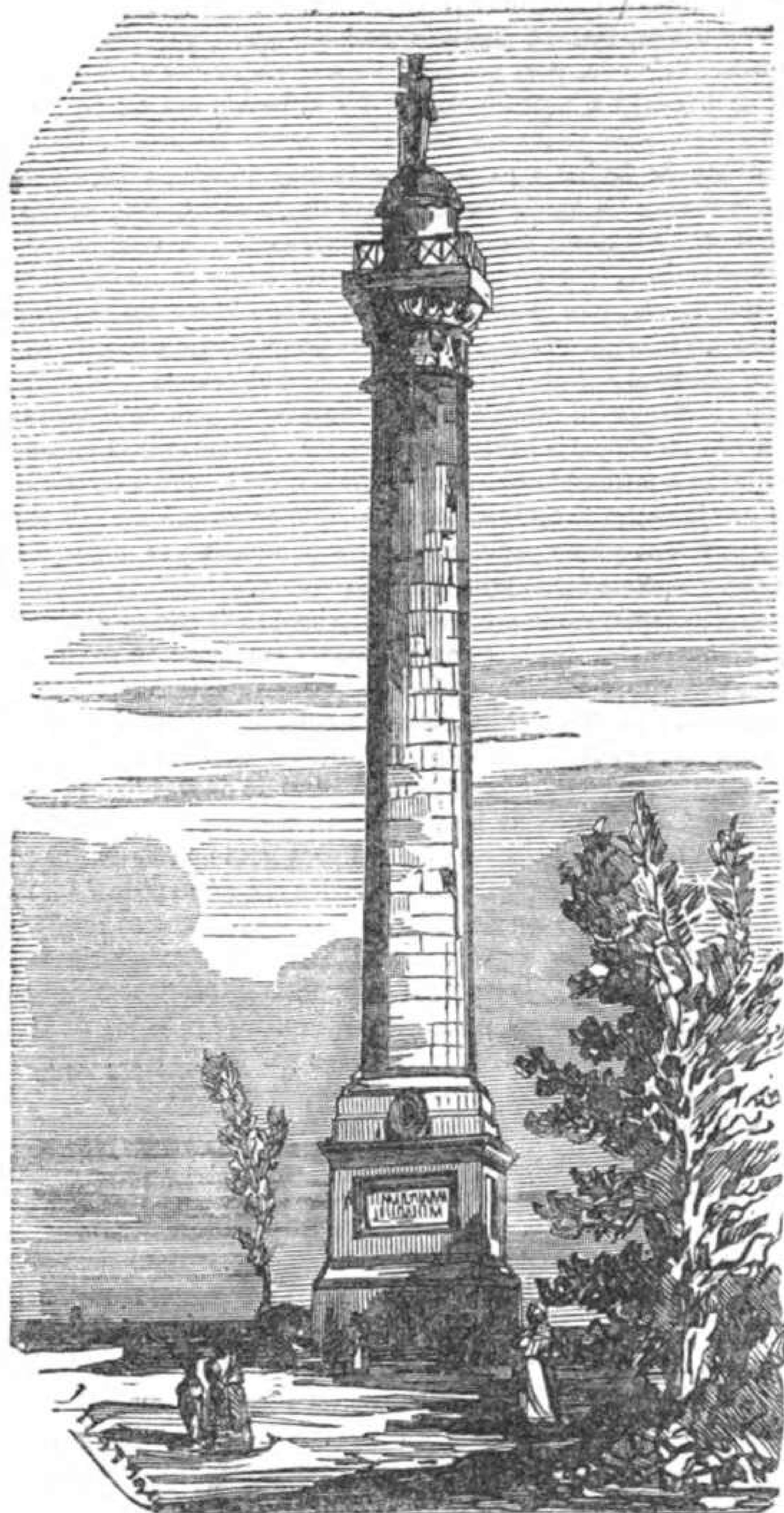
Las obras, suspendidas en tiempo de la primera restauracion, se continuaron en 1821; pero el bronce habia desaparecido, y el monumento recibia otro destino, el de perpetuar el recuerdo de la vuelta de los Borbones. Terminada en 1825, se fijó en la columna una plancha de cobre que hacia alusion á esto.

La revolucion de julio de 1830 volvió á la columna su glorioso orígen. Se decretó nuevamente que se dedicase al gran ejército y que sostuviese la estatua de Napoleon (1). Las obras, continuadas en 1831 por el arquitecto Henri, que habia sucedido á Labarre, se adelantaron con rapidez, y el 15 de agosto de 1841, dia del aniversario del nacimiento del emperador, fué saludado el monumento con una salva de

(1) Las cámaras votaron primeramente un crédito de 136,000 francos para el monumento; luego otro de 60,000 para la estatua, y por último un crédito suplementario de 28,000 para gastos imprevistos.

artillería, y por las aclamaciones del pueblo, de la flotilla y del ejército.

La columna se eleva majestuosamente sobre un terraplen, desde donde se divisa á Inglaterra. Esta eminencia está situada á dos tiros de fusil de la ciudad, á la derecha del puerto. La columna es de mármol blanco del país, y tiene 53 metros y 60 centímetros de altura, contando desde la base.



(Columna de Boloña.)

Los dos bajos relieves que decoran el pedestal son de bronce: el de la fachada principal representa á Napoleon sentado en su trono, rodeado de sus generales: se le presenta el plano de la columna votada por el ejército. Esta obra es de Bra. El bajo relieve colocado en la fachada opuesta es de Lemaire. Representa la distribucion de las cruces el 16 de agosto de 1804. La estatua es de Bosio.

MANGO INGA,
conocido después por Manco Inca,
último rey del Perú (1).

I.

Un suceso grande, imprevisto, de aquellos descubrimientos meramente providenciales del Dios que rige el universo, tuvo lugar al finar el siglo XV. Estaba reservada á los españoles la gloria de conquistar el Nuevo-Mundo, llevando á países ignorados hasta entonces, la luz del Evangelio, y con ella la civilizacion de los salvajes que poblaban un vasto continente.

El célebre Cristóbal Colon, lumbrera de aquel tiempo, hombre entendido en la náutica, y de corazon estraordinario, acometió con un puñado de valientes españoles la ardua empresa de buscar el Nuevo-Mundo. Protegido por Isabel la Católica, reina magnánima, que se despojó voluntariamente de sus alhajas para equipar la espedicion al mando de Colon, salió este por fin del puerto de Palos el dia 3 de agosto de 1492 con solo tres naves, llamadas *Santa María*, *La Pinta* y *La Niña*, desplegando sus velas para surcar las inmensas olas del Atlántico. Con ánimo resuelto, y un espíritu admirable, atravesó mares desconocidos; pero á los setenta y un dias de navegacion penosa é incierta, esto es, al rayar el alba del 12 de octubre siguiente, cuando mas desaliento reinaba en las tripulaciones españolas que le acompañaban, gritó el piloto:—¡ Tierra!... ¡ Tierra! y este grito salvador bien pronto resonó por todos los ámbitos del globo.

Entonces fué cuando entre aclamaciones á Colon, entre vivas y abrazos recíprocos de los marineros, se tremoló por primera vez sobre aquellos ignorados mares el gallardete español, saludándole con una salva general de cañonazos, en medio de la alegria de un suceso tan grande, que exalta muy justamente el entusiasmo patrio con solo recordarlo. Quién estrechaba la mano del impávido marino con sincero reconocimiento á su ciencia: quién le alzaba en hombros con ternura paseándole en triunfo por la cubierta del buque, y en fin, agrupados todos los soldados junto á su persona, ebrios de alegria, admiraban la realizacion de lo que creian un sueño.

Ello es lo cierto que desde que pisaron los españoles la isla de *Bahanama* (hoy San Salvador), puede decirse con verdad que tuvo principio la nueva era para la Europa.

El cuartel central de los descubrimientos ulteriores de Colon, fué la hermosa isla, conocida aun en el dia por la *isla Española*, desde cuyo punto, no considerándose con gente para internarse mas en aquellos vastos dominios, regresó á España con su espedicion, trayéndose consigo mucho oro y varias parejas de naturales del país indio, para que uno y otro sirviera de prueba irrecusable de la existencia del Nuevo-Mundo.

Luego que los españoles arribaron á las costas de su patria, se estendió la noticia con la velocidad del rayo por toda la Europa. Fuéron saludados los héroes españoles con anheloso afan, y el color tostado de los trópicos que cubria el rostro de las tripulaciones, hacia resaltar mas y mas su impávida travesura. Con lágrimas de gratitud llegaron por fin de su viaje á besar la mano de Isabel I la Católica, reina siempre propicia al bien y á la prosperidad de sus dilatados dominios; pero especialmente Colon, que alzando erguida su frente, y mirando con desden á los cortesanos que rodeaban el trono de Castilla.

—Aquí teneis, señora, la dijo respetuosamente, la prueba de mis desvelos. Estos indios que presento á V. A. habitan el país desconocido: el oro de aquellas regiones confirman su riqueza. Escusado es, por lo mismo, recordar la gloria que cabe á España en este gran descubrimiento, y la memoria que en los futuros siglos dejará V. A. de su venturoso reinado.

De este modo completó su obra primera el célebre Cristóbal Colon, abriendo después ancho campo á los españoles emprendedores, Hernan Cortés y Francisco Pizarro, para sus ulteriores conquistas del imperio de los Motezumas, de Méjico y de los Incas del Perú.

La avidez de gloria por una parte, la codicia por otra, hizo que de todas partes salieran espediciones al nuevo continente, unas costeadas por los gobiernos y otras por el comercio. El de Sevilla tripuló por su cuenta la que mandó el caballero Ojeda, hijo de la ciudad de Cuenca, que rebasó la línea equinocial el año 1499, llevando de piloto á un florentino, llamado Americo Vespucio, el cual publicó á su vuelta una relacion del vasto continente descubierto, habiendo ganado la fama por este solo hecho de que tomase su nombre la mitad del globo, conociéndole en el mapa-mundi por la *América*.

El marino español Balboa fué el primero que descubrió una comarca rica y feliz, conocida después por el Perú, en donde el oro servia para el uso que el hierro en Europa. Habiendo muerto Balboa desgraciado y sin poder realizar su espedicion, concibio Pizarro el gigantesco proyecto de la conquista de este reino, proyecto que supo llevar á cabo con un valor y perseverancia admirable, enriqueciendo la corona de Castilla con uno de los paises mas opulentos del continente americano. El pueblo de Trujillo, patria de tan esclarecido español, está levantando en la actualidad un monumento al hijo predilecto de su suelo, al que vió por primera vez la luz del mundo dentro de sus muros, y que tan glorioso supo hacer su nombre.

Siendo Francisco Pizarro uno de aquellos capitanes aventureros que habian pasado al nuevo continente, tan escasos de fortuna como provistos de valor, no le fué fácil costear los gastos de una espedicion arriesgada. Pidió auxilios á sus dos compatriotas Diego de Almagro y

(1) Los datos de la historia que vamos á narrar, datos curiosos, porque revelan con sencillez los sucesos, tal como pasaron desde que los españoles al mando de Pizarro entraron en el Perú, están tomados de una prolija relacion presentada en 1570 por un hijo del Inga, llamado Titucusi Iupangui, despues Don Diego de Castro, la cual mandó depositar Felipe II en la biblioteca real del monasterio del Escorial.

Fernando de Luca, los cuales, unidos en pensamiento con Pizarro, formularon su empresa.

Sin perder tiempo partió Pizarro el primero desde Panamá con solo una nave tripulada con ciento doce hombres de guerra. Almagro le siguió con otros ochenta hombres de refuerzo, y juntos ambos capitanes, se hicieron á la vela pasando mil trabajos por el recio temporal que les hizo correr todos los peligros de una navegacion incierta. Tocaron en varios puntos de la costa: si saltaban á tierra padecian por la intemperie del clima y de las estaciones; pero su ánimo esforzado no desmayó jamás, por obstáculos insuperables que tuvieran que vencer. Al través de los pantanos y de las selvas impenetrables, pisando terrenos vírgenes, en los que pululaban los animales dañinos, y en donde no hubo persona humana desde la creacion del mundo, arribaron por fin á las risueñas costas de Quito, donde habitantes pacíficos salian á su encuentro admirados al ver unos hombres que ellos los reconocian por *viracochas*, esto es, por hijos del sol que adoraban.

Las escasas fuerzas de la espedicion, compuesta de ciento noventa y dos hombres cuando salieron de Panamá, se menguaron en estremo por la penosa travesia, siendo ya un número insuficiente el que habia quedado para emprender la conquista de tan dilatado pais. Esta fué la principal razon que obligó al capitan Almagro su regreso á Panamá en busca de refuerzos, dejando á Pizarro y los suyos en la isla de *Gorgona*, espuestos á las contingencias de la suerte. Cinco meses esperaron con resignacion estos verdaderos campeones, sin socorro de ninguna clase, porque el gobernador de Panamá, celoso de las glorias de otro, estaba muy lejos de conceder los socorros que pedian. Pizarro, que hubo de apercibirse de ello, cortó relaciones enteramente con el gobernador, tomando sobre sus hombros los resultados prósperos ó adversos de la conquista.

¡Hecho grande fué este y muy propio de un pecho estremeño! Mas como vinieron después algunas desavenencias y temores entre su gente, juzgó que era mejor llevar pocos soldados, pero de ánimo resuelto, descartándose de los flojos para los grandes peligros que habia que arrostrar. Arengó elocuente á todos ellos para sacar partido de la impresion que demostraciones de esta clase producen siempre en hombres toscos y poco instruidos. Tiró el valiente Pizarro de su espada, y haciendo una raya en la arena, les habló de esta manera:

—Detrás de esta raya se encuentran los peligros de la guerra. El que no se encuentre con fuerza en el corazon para soportar las fatigas consiguientes, vuélvase en hora buena á Panamá; pero aquellos en quienes hierva la sangre española por sus venas, que pasen á mi lado, en prueba de que me ayudarán en tan heróica empresa.

Este rasgo generoso del caudillo decidió sin vacilar á casi todos los espedicionarios, jurando sobre la cruz de sus espadas dar á España un nuevo reino, ó perecer en la demanda.

II.

Preparados los ánimos por Pizarro, y arreglado el órden de disciplina militar entre su gente, hizo navegar hácia el Perú. A los veinte dias de viaje, en 1526 arribaron felizmente á las costas de este reino, quedando maravillados al ver los campos esmaltados de flores que demostraban por su hermoso verdor la belleza de una perpétua primavera. Saltaron pues á tierra, á quince leguas de una poblacion llamada Caxamarca, y allí acamparon veinte dias á la orilla del mar del sur, hasta tomar noticias y emprender con algun conocimiento su marcha. Desde luego facilitó mucho á Pizarro la conquista el encontrarse el reino del Perú agitado por una guerra civil desastrosa.

El príncipe *Guai-Nacapaz*, nieto del gran *Topayusa Inpangui*, conquistador de la soberania de Quito, habia tenido un hijo en la sacerdotisa del Sol, conocido bajo el nombre de Hualpa. Este, como hijo bastardo, no podia entrar á reinar sin perjudicar los derechos del primogénito *Mango Inga* (después Inca), que tenia su corte en la ciudad del Cuzco, y de Huascar, que residia en Caxamarca; pero que todos tres se disputaban por las armas la soberania, habiendo empezado la guerra Hualpa y hecho prisionero á su hermano Huascar. En esta cuestion de sucesion á la corona se encontraba el Perú precisamente cuando desembarcó Pizarro con su fuerza, compuesta toda ella de doscientos cincuenta infantes, sesenta caballos y cuatro cañoncitos pequeños, y encontrándose Mango Inga entonces en el Cuzco, con todo el poderio y mando que su padre Guai-Nacapaz se lo habia dejado, supo por varios mensajeros enviados por su hermano menor Huascar y por unos indios *yungas tallanas* que residian á la orilla del mar, donde los españoles estaban, que habian llegado á su tierra hombres muy diferentes de su hábito y traje, tanto, que parecian *viracochas* (esto es, hijos del criador de todas las cosas), así porque se diferenciaban en el traje y semblante, como porque les veian andar en unos animales muy grandes, los cuales tenian los piés de plata, y esto lo decian por el relumbrar de las herraduras de los caballos, no conocidos entre ellos hasta entonces. Les llamaban además viracochas, por la escelencia de sus personas, diferencia entre unos y otros, porque les oian pronunciar nombres indios con unos libros abiertos, porque unos eran de barbas negras, otros bermejas, porque comian vestidos de plata, es decir, con armaduras relucientes, y en fin, porque tenian *yelapre*, nombre que daban al trueno, pues pensaban que los arcabuces eran truenos del cielo.

Informado Pizarro de la contienda entre los dos hermanos Hualpa y Huascar, se decidió por apoyar al mas débil, que se encontraba prisionero. Envió la embajada á Caxamarca al príncipe Hualpa, compuesta de solos dos españoles á caballo armados de acero, y de gran gala, y el misionero Valverde, para que reconociese al emperador y rey de España que le mandaba á aquellos paises. La embajada era un pretesto de provocacion para medir sus armas con las de los indios, las cuales constaban de flechas y palos de punta muy afilada, á semejanza de los que usaban los babilonios en tiempo de Nembrot. Presentados que fuéron en Caxamarca los recibió el príncipe con la ostentacion que acostumbraban, y habiendo dado de beber á uno de los españoles en un vaso de oro, este, tomándolo en su mano, lo derramó á presencia de todos, causando un enojo á los indios porque lo consideraron un alto desprecio. El misionero Valverde con el libro abierto de los Evangelios habló al príncipe en nombre del Dios verdadero; pero indignado aquel de la afrenta porque le habian hecho pasar, derramando la *igicha* (así se llamaba la bebida) tomó con violencia el libro de manos del misionero y lo arrojó contra el suelo diciendo.—¡Qué sé yo qué me dais ahí!—Anda... vete... y los españoles volvieron la espalda y se fueron con sus compañeros. Este fué el principio de la guerra.

Habian transcurrido precisamente ocho dias de este suceso, cuando llegaron al pueblo de Caxamarca cuarenta españoles en sus caballos bien aderezados, y sabido por Hualpa, que se encontraba haciendo una fiesta en otro pueblo á corta distancia llamado Guanachaco, levantó luego su real y con su tropa, compuesta de cuarenta mil indios armados de lazos y cuchillos para cazar aquel género de nuevas llamas (esto lo decian por los caballos de los españoles), vinieron con ánimo de descuartizarlos, no haciendo caso de tan poca gente ni de lo que eran. Pizarro que sospechó los designios de Hualpa ordenó su pequeña hueste, siguió su camino en buen órden de guerra, confirmándose á cada paso en sus sospechas por los corredores indios que cruzaban sin cesar á esplorar el escaso ejército español, compuesto de doscientos cincuenta infantes, sesenta caballos y cuatro cañones. En los baños de Conoc, legua y media de Caxamarca, se avistaron por primera vez las tropas, quedando los españoles contemplando asombrados y recelosos aquella muchedumbre de hombres adornados con distintos trajes y marchando con regularidad al son de instrumentos de guerra. Nada ocurrió, sin embargo de que Pizarro, como medida de precaucion, tenia dispuesta su gente en órden de batalla, emboscados los arcabuceros en un sitio en que fuese mas sorprendente el efecto de las armas de fuego, y aprestada la caballeria para cargar á la señal de la primera descarga de artilleria.

Siguieron pues los españoles á retaguardia del ejército indio hasta que entraron juntos en Caxamarca. Allí les preguntaron á qué venian, y Pizarro contestó que venian por mandato de Viracocha á decirles cómo le habian de conocer. Escucharon con atencion los caudillos indios y callaron: dieron de beber á un español, y este derramó la copa sin hacer caso; pero viendo el jefe Hualpa esta accion de desprecio, se levantó muy enojado diciendo:—Pues vosotros no haceis caso de mí, yo tampoco quiero hacerlo de vosotros. Gritó á su gente para que matasen á los españoles; pero estos, aunque en escaso número, corrieron á tomar las cuatro puertas que habia en la plaza donde estaban, la cual se hallaba cercada por todas partes. Pizarro, conociendo que un golpe de fortuna podia hacerle dueño, á poca costa, del reino, resolvió inaugurar en el primer choque el terror, para que cundiese la voz y se les respetara como á hijos del sol, que venian á vengar las profanaciones de sus monarcas.

Luego que los españoles tuvieron cercada la plaza y los indios apiñados como ovejas sin poderse remover, arremetieron con gran furia al medio de la plaza, donde estaba un asiento en alto del príncipe Hualpa, á manera de fortaleza, que entre ellos le llamaban *Usun*, los cuales se apoderaron de él no dejando subir á nadie. Derrocaron en seguida al príncipe de las andas en que estaba, quitándole la borla (signo de corona), prendiéndolo á la vista de todos; mas como los indios gritaban desaforados, hicieron uso los españoles de las armas, quedando muertos en la refriega mas de diez mil indios.

Esta victoria corrió como el rayo por los dispersos en todo el Perú, y los indios miraron la derrota del bastardo príncipe Hualpa como un castigo de su impuro orígen, celebrando el triunfo de los españoles y aplaudiendo en sus cánticos á Pizarro como verdadero hijo del sol.

Serenada la batalla y dueños ya los españoles de Caxamarca, sin tener por de pronto quien se la disputara, llevaron á Hualpa á un encierro, donde le tuvieron toda la noche desnudo, atada una cadena al cuello. Al dia siguiente por la mañana le dieron su ropa, delvolvién-

dole tambien la borla de que le habian despojado, preguntándole de esta manera:

—¿Eres tú el rey de esta tierra?

—Si, respondió.

—¿No hay otro que lo sea sino tú?... porque nosotros sabemos que se llama *Mango Inga*. ¿Donde está este?

—En el Cuzco, contestó el prisionero Hualpa.

—¿Pues adónde es el Cuzco, le replicaron?

—El Cuzco dista doscientas leguas de aquí.

—Pues luego ese que está en el Cuzco ¿por qué no le teneis por el rey natural de esta tierra?

—Es cierto, contestó Hualpa; *Mango Inga* es el rey por derecho, porque mi padre mandó que lo fuese; pero como es muy mozo, gobierno yo la tierra por él.

—Pues aunque sea mozo, le replicaron, será muy justo que sepa nuestra llegada, pues venimos por mandado del Viracochan.

—¿A quién quereis que envie, dijo, si me habeis muerto toda mi gente y yo me encuentro así?

Esta escusa daba el principe Hualpa, porque no encontrándose en buena armonía con el Inga del Cuzco, recelaba que los españoles como gente de gran poder y reputados por el vulgo hijos del sol, ó en su propia lengua *Viracochas*, hicieran alianza con aquel destruyendo enteramente su intruso mando.

III.

No pudiendo conseguir Pizarro que se diera aviso al Cuzco de la llegada de los españoles, acordó enviar mensajeros indios *tallanas yungas*, que por ser grandes andarines, hubieron de llegar muy pronto. Recibidos que fuéron por el rey le hablaron de esta manera:

—Capay Inga, que quiere decir, *tú solo señor*, venimoste á decir como ha llegado á tu tierra un género de gente no oida ni vista en nuestras naciones, y que al parecer, sin duda alguna, son viracochas (querian decir dioses). Han entrado en Caxamarca donde está tu hermano, el cual les ha dicho que él era el señor y rey de esta tierra; pero nosotros, como tus vasallos, hemos recibido en ello gran pena. Y no pudiendo sufrir nuestros oidos semejante injuria, te venimos á dar parte de lo que pasa, porque no nos tengas por rebeldes ni descuidados en lo que toca á tu servicio.

Mango Inga, oida esta embajada, quedó fuera de sí diciendo:—¿Pues cómo en mi tierra entró tal gente sin mi consentimiento? Les preguntó enseguida.

—¿Qué ser ó que forma tiene esa gente de que me hablais?

—Es una gente, señor, contestaron, que no puede menos de que sean viracochas, porque dicen que vienen por el viento, y es gente barbada, muy hermosa ¡y muy blancos. Comen en platos de plata, y tambien las mismas ovejas (así llamaban á los caballos) que los traen á cuestas, las cuales son grandes y tienen zapatos de plata. Vomitan *illapas* (voz de rayo) como el cielo. Mira tú si serán viracochas! nosotros los hemos visto hablar á solas con unos paños blancos en la mano, nombrando á algunos de nosotros por nuestros nombres sin habérselo dicho nadie: las ropas que traen son mejores que la tuya porque tienen oro y plata. Y gente de esta forma no pueden ser sino viracochas, señor.

El Inga, que habia entrado en estrema curiosidad, deseaba ya certificarse de la verdad. Dijo pues á los mensajeros:

—No me mintais en lo que me habeis manifestado: mirad que ya sabeis lo que mis antepasados y yo solemos hacer con los mentirosos.

—Capay Inga, le replicaron con enfado; si no los hubieramos visto por nuestros ojos, y si no tuviéramos el temor que tenemos como vasallos, no hubiéramos venido con tal nueva; pero si no nos quereis creer, envia tú á Caxamarca, y allí verán á esa gente, que esperando están la respuesta de nuestro mensaje.

—Pues que tanto me asegurais, les dijo, la llegada de esa gente audaz, traedme aquí algunos de ellos para que viéndolos por mis ojos crea yo lo que me anunciais.

Los mensajeros volviéronse á Caxamarca en cumplimiento de lo que se les mandaba, acompañados por otros indios del Cuzco para certificar del hecho y rogar á los españoles que se llegase alguno de ellos donde Mango Inga estaba.

Llegaron todos juntos y fuéron recibidos muy bien por Pizarro. Este les hizo creer que se holgaba mucho en saber del Inga. Resolvió enviarle unas cosillas de regalo, entre las cuales iban unos espejitos que admiraron á los indios, y partieron á llevarlos dos españoles escogidos por su gentil figura, llamados Francisco Villegas y Pedro Antaño, los cuales entraron en el Cuzco sin temor ni embarazo alguno. Al contrario mucho antes de que llegaran se les envió refuerzo al camino, mandando á los mensajeros que los trajeran en hamacas.

Cuando fuéron presentados los españoles á Mango Inga, rey legítimo del Perú, este los recibió con mucho agasajo y mandó que los aposentarán proveyéndoles de todo lo necesario. Al dia siguiente les hizo venir donde él estaba, y haciendo una gran fiesta con mucha gente y aparato de vajillas de oro y plata en que les presentaron cántaros, vasos, lebrillos y barreñones del mismo metal, los españoles quedaron asombrados al ver tanto oro y plata reunido. Después de concluido el convite dijeron que les diese algo de aquello para llevarlo á su capitan Pizarro á fin de significarle la grandeza de su corte, y Mango Inga, lisonjeado por la vanidad de su poderio, les dió muchos cántaros y vasos de oro, joyas y piezas ricas para sí y sus compañeros. Despacholos con mucha gente de acompañamiento diciéndoles:

—Pues me habeis venido á ver de parte del Viracochan, decid á vuestro señor Pizarro que entre en mi tierra, y si quiere venir al Cuzco que venga en hora buena.

Mientras que esto pasaba por el Cuzco con el Inga, su hermano bastardo Hualpa, en Caxamarca hizo las paces con los españoles para que estos le ayudasen contra los dos hermanos que disputaban la borla. Al efecto les dió gran suma de oro y plata, enviando desde luego mensajeros para que matasen á su hermano Huascar, lo cual se consumó en una refriega que tuvieron en un pueblo llamado Guanuco-pampa. Creyéndose ya seguro porque habia muerto el enemigo mas temible, y por la alianza con los viracochas, tenia su pensamiento fijo en destruir tambien á Mango Inga para quedarse solo, pero todo le salió al revés. Con la llegada de los dos españoles del Cuzco y los muchos indios que los acompañaban para presentar á Pizarro el regalo de oro y plata de mas de dos millones de reales, se convenció este de que Mango Inga era el rey verdadero del Perú, á quien todos respetaban, temian y acataban por su señor; y que el principe Hualpa, su hermano mayor bastardo, era un usurpador injusto. Por esta razon aseguraron de nuevo su persona, temiendo de que se alzase contra todos por su genio belicoso y resuelto al parecer, mucho mas considerando ya confederado á su hermano del Cuzco con los españoles. Así fué: preso como estaba convocó á toda su gente por medio de mensajeros secretos. Cuando tuvo reunidos á sus capitanes, especialmente á dos generales (que entre ellos les distinguian con el nombre propio de *macho-capitu*), llamados Chalcochima y y Quiusquic, ambos á dos reputados por indios de gran valor y poderío, les habló de esta manera:

—Apoes, que quiere decir señores, esta gente que ha invadido nuestra tierra es muy contraria y se ha confederado con mi hermano Mango Inga. Si os parece, démosles en la cabeza, pues aunque es gente valerosa, son pocos y debemos darles muerte, como lo hemos hecho ya con mi hermano Huascar, para quedarnos dueños supremos de toda la tierra. De dejarlos vivos podrá suceder que mi hermano los haga capitanes, y con un llamamiento á toda la tierra nos destruyan. Por eso, si os parece, ganémosle nosotros por la mano.

—Capay Hualpa, le contestaron los capitanes, muy bien nos ha parecido tu razonamiento. Bueno será que matemos á todos los viracochas, porque... ¿qué gente es esta para nosotros? No tenemos con ellos para un almuerzo.

Concertaron pues el dia y hora que habian de caer todas sus fuerzas reunidas sobre Caxamarca; pero habiendo sabido Pizarro la conspiracion que se tramaba para dar muerte á todos los españoles, armó su gente, puso espias y tomó las precauciones consiguientes. Hizo sacar á la plaza al revoltoso principe Hualpa, y en un palo le dió garrote sin contradiccion alguna. En seguida levantó su real y tomó el camino del Cuzco para unirse á Mango Inga.

Por muy pronto que Pizarro quiso alejarse de Caxamarca, vinieron sobre él indios como llovidos para vengar la muerte de su señor, de tal manera, que caminaron con gran trabajo por la mucha gente que les iba persiguiendo. Sabido por Mango Inga el gran peligro de Pizarro salió del Cuzco en su ayuda, y al frente de cien mil hombres llegó hasta Vilcacunga, en donde se encontró con los españoles, que ya llevaban prisionero al capitan indio Chalcochima. En este punto fué cuando por primera vez se presentó el Inga en sus andas de oro y cristal, y borla en la cabeza á manera de corona real. Apeado de sus andas dió un estrecho abrazo á Pizarro en presencia de todas las tropas, como en señal de confederacion, mandando á sus gentes que nadie se marchase y atendiesen al capitan Quiusquic, que andaba por allí barloventeando con los suyos, sin duda para rescatar á su compañero Chalcochima.

(Concluirá.)

JULIAN SAINZ MILANÉS.

AL MALOGRADO JÓVEN D. JOSÉ UTRERA, FALLECIDO Á LA EDAD DE VEINTE AÑOS, DESPUÉS DE HABER PINTADO EL GRAN CUADRO HISTÓRICO DE GUZMAN EL BUENO.

ODA.

Hubo un tiempo magnánimo en que España
Del mundo fué maravilloso ejemplo
Por su heróico valor y altiva gloria;

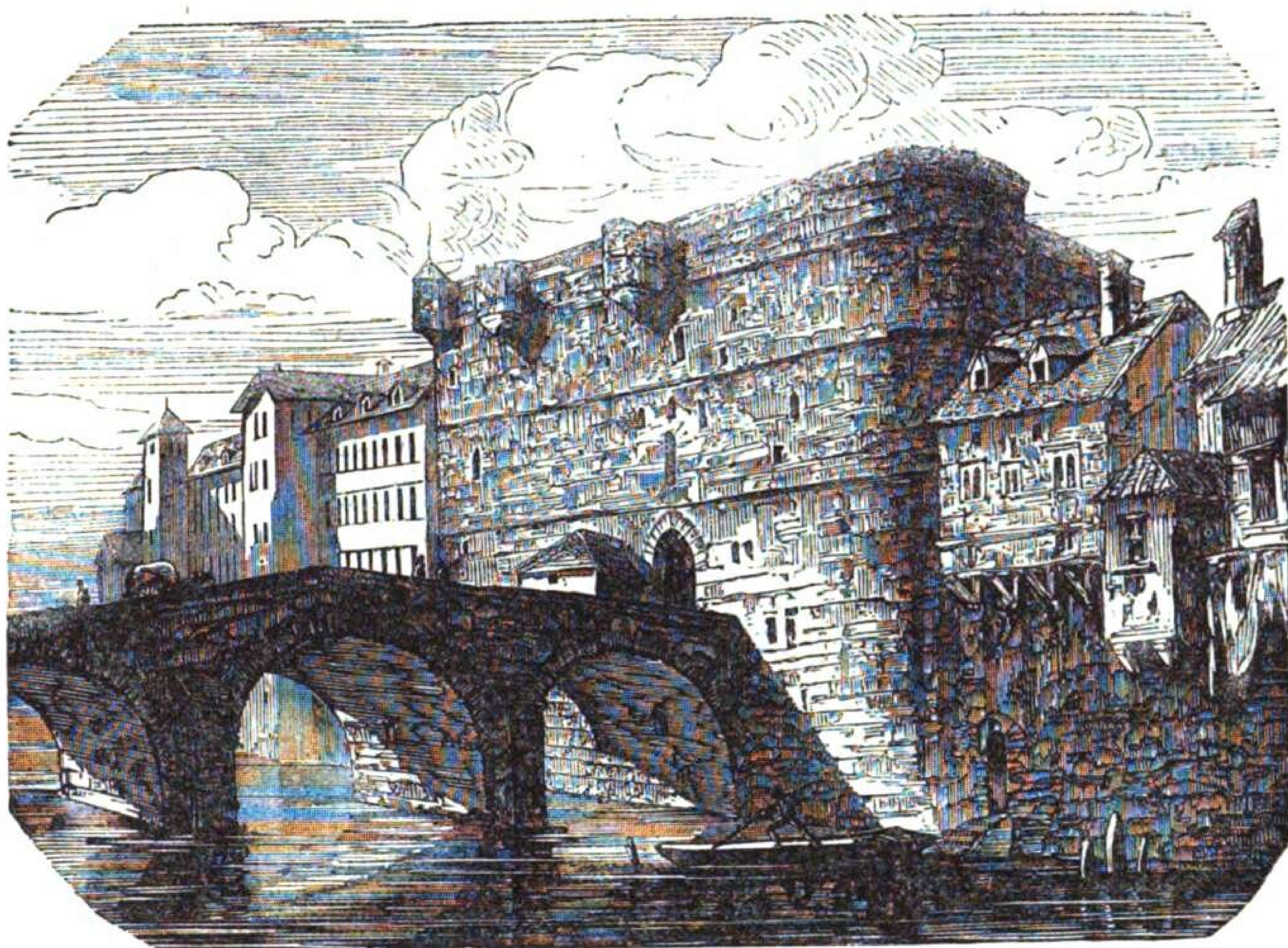
Tiempo en que al ver tan repetida hazaña
La fama le brindó su augusto templo
Y en él grabó su generosa historia.
Y en perenal memoria
Los nombres de sus inclitos varones,
Espanto de las tribus sarracenas,
Asombro y confusion de sus legiones,
Fuéron mas que del mar suman arenas,
Mas que poros el sol, giros el rayo,
Mas que flores nos da risueño mayo.
Uno entre tantos descolló gigante
Como el cedro en el Líbano que mece
Su enhiesta copa en la region del trueno;
Uno entre tantos resonó triunfante,
Y cual foco de lumbre resplandece...
¡El nombre grande de Guzman el Bueno!
¡Guzman el Bueno, sí! Mágico nombre
Que en su sonante trompa
Por el éter llevó leda la fama
Al son creciente de su augusta pompa;
¿Dónde el hispano está que al escucharte
De ferviente entusiasmo henchido el pecho
En patrio fuego el corazon no inflama?
Nadie á la viva llama
Que circunda tu bélica memoria
La torpe voz de la deshonra escucha:
Nadie que es español en sed de gloria
Deja de arder al pronunciarte fausto
Y por patria y honor valiente lucha.
Con inútil porfía
Cuando en Tarifa el musulman cercaba
El muro que guardaba
La no mentida fé del castellano,
Aprisionó inhumano
A un hijo de Guzman; propuesta impía
Al héroe, que invencible al hierro insano
Juzgó vencible al paternal cariño,
Sangriento presentó.—«Rinde, decia,
Rinde el soberbio fuerte,
O al fruto de tus plácidos amores
En tu presencia aquí daré la muerte!»
¡Bárbara condicion! Mas no vacila
El rígido Guzman. Con faz tranquila
Mostrándose en el muro
Al musulman así fiero responde:
—«Nunca á su fé perjuro
Es un noble español, ni corresponde
Propuesta que quebrante su constancia
A quien nació en el suelo de Numancia.
Cúbrete de baldon; yo puro el brillo
Guardo de mi lealtad, y si no tienes
Arma con que acabar tu negra afrenta,
Yo ¡su padre! te arrojo mi cuchillo.»
Y arroja el arma! El árabe en cruenta
Ira ardiendo, la clava en su despecho
Del infante en el pecho,
Viendo el padre salir por la ancha herida
Envuelta en sangre ¡oh Dios! el alma y vida.
De fiera indignacion tremendo lanza
Un grito el español. La sangre pura
Del hijo de Guzman pide venganza...
¡Venganza ó perecer! airado jura,
Y en odio de la grey vil agarena
¡Venganza ó perecer! raudo resuena
Por los fértiles campos de Castilla.
¡Grito de indignacion! ¡Oh voz sagrada
Que los confines de mi patria llena!
Por ti en la diestra centellante brilla
Del hispano adalid la tersa espada:
Por ti redobla su indomable aliento,
Y la guerra de incendio pavoroso
Se convierte en volcan!... Impetuoso
Nada resiste á su pujanza airada,
Nada templa su ardor; cierra, arremete,
Y torna á arremeter en son violento
Hasta ver, tras la noche tremebunda
Que comenzó en el triste Guadalete,
Con la radiante luz de nueva aurora
La cruz, sobre la Alhambra, vencedora.
Mas á los tiempos de victoria tanta
Otros siguieron de ominoso duelo,
Otros de humillacion y desventura.
De honor el juramento se quebranta
Con menguada traicion; la fé en el suelo
En que nació Guzman es impostura.
En él miente quien jura,
Miente quien del honor invoca el nombre,
Miente quien de lealtad; el prócer miente,
El villano tambien; no hay fé en el hombre...
El anciano, el infante que inocente
De la mentira vil el mal ignora,
Hablan todos con lengua engañadora.
¿Hay tal degradacion? ¿adónde fuéron
Los ricos de virtudes castellanos?
¿Dónde los que á la fé de su palabra
El sacrificio de su sangre hicieron?
Gemido de dolor lanza en su pena
Atribulado el númen de la España,
Y á su acento doliente
El Dios omnipotente,
Que de su lauro los espacios llena,
Un ángel envió que despertara
Su noble orgullo de nacion preclara.
—«Ve, dijo al angel, ve; pinta á ese pueblo
Que mis iras provoca y mis enojos
La mas sublime hazaña de su historia:
Pinta, y que el lienzo avive en su memoria,
Por el claro sentido de los ojos,
Cuanto el deber le impone de su gloria.»
Y Utrera obedeció; númen del cielo,
Tesoro de virtud, ángel divino
Apareció en el suelo
Con férvido entusiasmo peregrino
Emulando la ciencia del de Urbino.
Pintó y llamó con imperioso acento
A la hispana nacion; pintó elocuente
El hecho de Guzman, crudo, sangriento,
Y la española gente
Pasmada contempló tan gran portento.
Pasmada, sí, ¿qué mucho? Era la antorcha
De vivísima llama introducida
En lóbrega prision; era la estrella,
Del polo boreal aparecida
De tempestad en noche tenebrosa;
Era la nube del desierto bella,
Que al pueblo de Israel por la arenosa
Senda sirvió de luminosa guia;
Era la voz de Dios, voz imponente
Que severa á la España,
Con muda lengua del pincel decia:—
—«Tales tus padres fuéron,
Tal en la senda del honor hicieron;
Si los imitas tú con pecho noble,
Este lienzo tu gloria representa,
Si no, publica tu baldon y afrenta.»
—«Nuestra gloria será» mil y mil voces
Respondieron veloces
A impulsos de un eléctrico ardimiento;
Y de la patria ante el altar sagrado
Prestó cada español entusiasmado
De ser otro Guzman el juramento.
Basta, será verdad.—Oyolo Utrera
Y viendo ya cumplida
Su sagrada mision acá en el suelo,
De refulgente llama circuida
Su frente divinal, plácido sube
En nacarada nube
Con prez y majestad volviendo al cielo.
¡Cuánto de desconsuelo
Dejaste, Utrera, en nuestro pecho triste!
¿Por qué en vez de querube,
Un hombre nada mas ¡ay! no naciste?

Cádiz 20 de setiembre de 1852.

FRANCISCO SANCHEZ DEL ARCO.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.



(Pequeño Chatelet.)

EL CHATELET GRANDE Y EL PEQUEÑO EN PARIS.

Antiguo castillo situado al fin del Pont-au-Change, sobre la ribera derecha del Sena. Se cree que esta fortaleza ha sido construida en tiempo de Julio César ó bajo el emperador Juliano. Estaba defendida por muchas torres y rodeada de fosos profundos, llenos de agua viva, alimentados por el Sena. Los normandos lo atacaron inútilmente en 886.

La existencia mas conocida de este monumento, tal como la refieren los diferentes historiadores que de él hablaron, no se revela hasta el reinado de Luis VIII; se le designa hácia esta época bajo el título de ***Chatelet del Rey***.

Cuando Felipe Augusto ensanchó la cerca de Paris, esta fortaleza vino á ser inútil para la defensa de la ciudad, y se estableció en ella la jurisdiccion del prebostado que se dividia en cuatro secciones: la ***audiencia del parque civil***, la ***presidial***, la ***cámara del consejo*** y la ***cámara criminal***. Habiéndose reunido todas estas jurisdicciones en un solo cuerpo, tomaron el nombre de ***Tribunal del Chatelet***.

Este edificio fué reparado y considerablemente agrandado en el reinado de San Luis, desde 1242 á 1267. Los condes de Paris lo habitaron hasta fines del siglo XII, los cuales fuéron reemplazados por los prebostes de los mercaderes.

La faccion borgoñona, que asedió al Chatelet grande y al pequeño, mató en ellos el 12 de junio de 1418 á todos los prisioneros que habia dentro; sus cuerpos, arrojados desde lo alto de las torres, eran recibidos en las puntas de las picas. Se hace ascender á cuatro mil el número de las víctimas de esta horrible carnicería, todas pertenecientes al partido de los armañaques.

El 14 de noviembre de 1591, el consejo de los Diez y seis mandó prender y ahorcar en la cámara del Chatelet grande, sin preceder juicio, á Brisson, presidente del parlamento, y á los consejeros Claudio Larcher y Tardif, por imputarles que favorecian el partido del rey.

El Chatelet grande fué construido de nuevo en 1684. Dulaure refiere acerca de esto la anécdota siguiente: Se habia decidido que durante la construccion, el tribunal se iria á los Grands-Augustins; pero los monjes no quisieron ceder el convento. Entonces se resolvió sitiarlo y apoderarse de él por fuerza. Hubo muchos combates y asaltos encarnizados, en los cuales perecieron un gran número de religiosos. La victoria, como ya se supondrá, quedó por el partido de la corte, que se instaló provisionalmente en aquel edificio. Después de estas nuevas construcciones, solo quedaron de la antigua fortaleza algunas torres oscuras é inofensivas.

En 1736 todavía se veia sobre la abertura del mostrador, bajo el arco del Chatelet grande, una mesa de mármol con estas palabras: ***Tributum Cœsaris***. Allí era sin duda donde se centralizaban todos los impuestos de los galos, costumbre que parecia perpetuada, pues una providencia del consejo hace mencion de los «derechos dominicales que se acostumbraban á pagar en las rejas del Chatelet».

Entre los calabozos que habia en el Chatelet grande, se cita el de ***Foso***, al cual se bajaban los presos por medio de una polea; allí tenian los piés en el agua, y se morian de ordinario á los quince dias de entrar.

Doscientos diez y seis prisioneros detenidos en los calabozos de esta fortaleza, fuéron degollados cuando los asesinatos de las prisiones en setiembre de 1792.

El Chatelet fué demolido en 1802. En su lugar se encuentran hoy la plaza y la fuente del mismo nombre.

El Chatelet pequeño estaba situado á la estremidad meridional del puente pequeño, llamado así para distinguirlo del puente grande, hoy Pont-au-Change. El Chatelet pequeño, que antiguamente servia de puerta de ciudad, defendia al mismo tiempo sus contornos. Su orígen se remonta á la misma época.

El 20 de diciembre de 1296, una avenida del Sena derribó el puente y el Chatelet, y Carlos V construyó de nuevo el último en 1369, y sirvió luego de prision de Estado. En 1402 se agregó este edificio á la habitacion del preboste de Paris, y en 1782 fué demolido por causa de utilidad pública.

Bajo el pasaje oscuro que conducia al interior, se percibian en tiempo de Luis IX los derechos de entrada de las mercancías que llegaban á la ciudad. Una tarifa, citada por Sainte-Foix, dice que el mercader que entrase un mono para venderle, pagaria cuatro dineros; y que si el mono perteneciese á un juglar, este no pagaria peaje ni por el mono ni por nada de lo que llevase para su uso, con tal que hiciese bailar á aquel delante del peajero.

Mencionaremos en este lugar una antigua costumbre que parece general en aquella época en los tribunales superiores de Francia: la famosa ***ceremonia de las rosas***. Era una especie de tributo, cuyo orígen no nos es bien conocido; tampoco se sabe en qué época dejó de existir esta costumbre.

Todos los años pagaba el rey un ***derecho de rosas*** al parlamento y á todos los tribunales del reino. El mismo derecho pagaban religiosamente los príncipes y demás señores cuando eran elevados á la dignidad de par de Francia. Estos últimos presentaban por sí mismos sus ofrendas en sesion solemne: el rey las enviaba generalmente por el

gran maestre de ceremonias. Cada miembro del parlamento ó del tribunal recibia un ramillete y una corona de flores.

Un poco antes de la audiencia se hacia cubrir de rosas, flores y yerbas fragantes el piso de todas las habitaciones, y la ceremonia terminaba con un espléndido almuerzo ofrecido á los presidentes y á los consejeros, y en el cual tambien tomaban parte los cartularios y los ugieres.

En la plaza del Chatelet era donde tenia lugar la representacion de los **Misterios**, tan populares en aquella época.

MANGO INGA,

conocido después por Manco Inca,

último rey del Perú.

(Conclusion.)

Juntos Pizarro y Mango Inga salieron de Vilcacunga, durmiendo aquella noche en Xaquinaña, en donde fué entregado el prisionero Chalcochima á las tropas para que hicieran de él lo que quisieran. Este indio temible, considerado enemigo capital del Inga, se dispuso, y así se ejecutó inmediatamente, que se le quemase á presencia de todos para que fuese la noticia á su compañero Quiusquic, y fuese para aquel castigo y á los demás ejemplo.—Llegaron por fin al Cuzco, en donde fuéron recibidos los españoles con grande ostentacion y lujo.

IV.

La audacia del indio Quiusquic obligó al Inga á salir del Cuzco con el fin de matarlo y destruir su generacion. Se ofreció Pizarro acompañarlo, pero aquel lo rehusó, consintiendo únicamente en llevar á su lado al capitan Antonio de Soto y cincuenta soldados. En un pueblo llamado Capi, á quince leguas del Cuzco, alcanzaron al traidor Quiusquic, en donde hubo una reñida batalla de la cual se salvó huyendo de entre los suyos, sin ellos saberlo, pero desbaratando toda su gente. Regresaron victoriosos al Cuzco, y Mango Inga mandó, bajo pena de la vida, que todos sus vasallos honrasen á los españoles como á cosa del Viracochan: que se les diera indios para el servicio de su casa y se les proveyese de todo lo necesario. Hecho esto, reunió otra vez su gente para salir en seguimiento del rebelde Quiusquic, con ánimo resuelto de no volver al Cuzco hasta no traer su cabeza. Dió las órdenes convenientes para el gobierno del pueblo durante su ausencia, dejando el mando á Paulla, su hermano, Tuve y otros capitanes; y despidiéndose de Pizarro, salió llevando consigo á Soto con su compañía de españoles. Hicieron jornadas cortas hasta un pueblo llamado Vinchu, cincuenta leguas del Cuzco, adonde encontraron los mensajeros que de la batalla de Capi habia enviado tras del rebelde; pero estos le dijeron que ni rastro ni noticia alguna tenian del traidor, salvo que sus capitanes se encontraban dispersos, dando saltos por toda la tierra.

Sin embargo de esto, Mango Inga queria pasar adelante; pero Pizarro, conociendo en su alta penetracion que podrian volverse las armas de los indios contra los españoles, les escribió cartas, significándole que regresara á su capital, pues no podia soportar la soledad en que estaba por su ausencia. Dócil el Inga, se volvió al Cuzco, no sin haber tomado sus disposiciones para que persiguieran hasta Quito, si era necesario, al traidor Quiusquic, el cual se supo á poco tiempo que sus mismos capitanes le cortaron la cabeza por sus bellaquerías y traicion contra el rey.

Dueño ya el Inga de la soberanía del Perú, sin que nadie se la disputara, sosegado y contento por la posicion en que le habia puesto su confederacion con los españoles, su primer cuidado fué hacer un llamamiento para que todos, por cabezas, dieran tributo á Pizarro. Por su parte, mientras que se juntaba el tributo, le dió gran suma del tesoro que tenia de sus antepasados; pero este mandato sentó muy mal entre los indios y los disgustó de tal manera, que muchos de ellos se resistieron á obedecer. No obstante, empleados los medios de la violencia, hubieron de juntar tanta riqueza, que los españoles quisieron volverse á su tierra; mas no les dejaron partir, consintiéndoles únicamente que enviasen mensajeros con mucha parte del tesoro á su emperador D. Cárlos.

De este modo quedó por entonces arreglado el asunto; pero viendo los indios que la codicia de los españoles no tenia límites, para no verse estrechados á otro tributo, y creciendo de dia en dia el disgusto, determinaron en secreto arrojar en los lagos mas profundos sus riquezas. Así lo hicieron una noche con la gran cadena de oro, de setecientos piés de larga, mandada construir por Guai-Nacapaz para que diese vuelta á toda la plaza del Cuzco; joya que apetecia Pizarro como la maravilla del mundo en este género y como el mejor trofeo de su conquista.

Estos hechos y otros que la opinion, pronunciada ya contra los españoles, demostraban con evidencia el compromiso en que estaban, obligó á Pizarro á juntar en consejo á sus capitanes para determinar lo que habian de hacer. No les quedaba otro camino que salvarse por medio de un golpe atrevido, ó resignarse á luchar contra el peligro que les amenazaba. Acordaron pues prender al Inga, porque no le creian con fuerza bastante para conjurar la tempestad que ya tronaba sobre sus cabezas: como lo acordaron, así lo hicieron sobre la marcha.

Puesta toda la fuerza sobre las armas, enviaron cien españoles al palacio que habitaba el rey, y echándole mano le dijeron:

—Hemos sabido, Mango Inga, que te quieres levantar contra nosotros y matarnos como lo pensó tu hermano Hualpa en Caxamarca. Por tanto, sábete que manda el gobernador Pizarro que te prendamos y echemos cadenas como á tu hermano para que no seas parte en hacernos mal.

—¿Pues qué os hice yo, les contestó muy alterado, para qué me trateis de esa manera atándome como á un carnero? Así me pagais la buena obra que os hice en meteros en mi tierra. ¿Y sois vosotros los enviados por el Tecsi Viracochan? No es posible que vosotros seais sus hijos, pues pretendeis hacer mal á quien os hizo tanto bien.

—Ea, capay Inga, no des escusas, porque bien sabemos que te quieres alzar con la tierra. Oid, mozos, dad acá unos grillos... y sin mas respeto ni miramiento se los pusieron en los piés.

—Verdaderamente, dijo el Inga cuando se vió aprisionado de aquella manera, que vosotros sois hijos del *Supay* (voz de demonio en su lengua) y no viracochas. ¿Qué quereis de mí? les preguntó con ira.

—Nada queremos ahora, le replicaron, sino que estés preso.

Y se marcharon á casa de Pizarro á darle parte de lo que habian hecho, dejando no obstante dos centinelas. En esta forma lo tuvieron dos dias, muy en guardia por si el pueblo se levantaba; pero lejos de eso, el pueblo murmuraba en secreto, refiriendo por tradicion los amores de su padre con la sacerdotisa del Sol, y la profecía en el templo cuando gritó el gran sacerdote:

—Anda, sacrílego monarca, camina á tu perdicion. Tus vicios son precursores de la caida de tu imperio, y mientras el fuego celeste se estingue en el templo, el gran lago vomitará hombres armados de rayo y cubiertos de hierro, que destruirán tu raza.

Los españoles que vieron la frialdad con que el pueblo del Cuzco tomó la prision del rey Inga, se animaron á continuar sus habituales exigencias. Sin embargo, como eran pocos, desconfiaban de los indios, y todo su afan era volverse á la madre patria, con las mayores riquezas que pudieran recoger. Así se comprende que juntos Hernando Pizarro, Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, hermanos del héroe gobernador, con otros varios soldados de la fuerza, visitaron á Mango Inga en la prision.

—Hanme dicho, señor Inga, le dirigió la palabra Gonzalo, que quereis levantaros con toda la tierra y matarnos. Si esto no es cierto, bueno será que redimas tu prision dándonos algun oro y plata, que es lo que venimos á buscar, y después te soltaremos.

—Aunque le solteis vosotros, esclamó Hernando Pizarro, y dé mas oro y plata que cabe en esta casa, por mi parte no le pondré en libertad si no me da primero á la señora Coya su hermana. La quiero por mi muger, porque la he visto y es muy hermosa.

—Decidme, les contestó el Inga acongojado, ¿os manda el Viracochan que tomeis por fuerza la hacienda y las mugeres de nadie?... No se usa esto entre nosotros, y bien digo yo que sois hijos del ***Supay***, nombre que damos aquí al demonio. Marchaos, que yo haré lo que pudiere y enviaré la respuesta.

En este compromiso se encontraba Mango Inga, cuando por recobrar su libertad, envió un parlamento á todos los capitanes de su tierra, invitándoles á que contribuyeran con el oro y plata que pudiesen, con el fin de contentar la nueva exigencia de los españoles. Es de advertir que el parlamento salió por medio de mensajeros desde el Cuzco, como centro y cabeza del reino, que segun la geografía de los indios, constaba de mil doscientas leguas de largo y trescientas de ancho. El oriente lo conocian bajo el nombre en su lengua natal de ***andesuyo***, al norte le llamaban ***chindaysuyo***, al poniente ***condesuyo*** y al sur ***collasuyo***. Estaban en la creencia que no habia mas mundo que su país, y por esta razon se nombraban los reyes del Perú ***señores de las cuatro partes del mundo***.

Verificado el llamamiento, respondieron satisfactoriamente mas de diez mil vasallos; pero no pudieron menos de manifestar al Inga sus capitanes, cuando le vieron en tan triste estado, que habia errado mucho en dejar entrar en su reino aquella gente. Sin embargo, le ofrecieron juntar su tesoro para redimir la vejacion que ya no tenia remedio. Así lo hicieron, y en breve tiempo volvieron con sus alhajas de oro y plata, las cuales se repartieron á costales por Hernando Pizarro

entre sus compañeros, pues siendo en gran cantidad tardaban mucho en el peso.

Soltado ya el Inga de su prision, hubo recíprocos cumplimientos y protestas de los españoles de no volverle á molestar. Fuéron pues juntos á comer con gran regocijo y contento.

No habian pasado tres meses, cuando los españoles recibieron un considerable refuerzo de gente. Francisco Pizarro partió para Lima, y su hermano Gonzalo, constituido ya en autoridad, con vara y mando en el Cuzco, prendió segunda vez al rey Inga en medio de un festin que celebraba con sus amigos, pretestando que queria levantarse aquella noche contra los españoles con la mucha gente que tenia reunida. Aseguraron su persona con grillos y cadenas, y entonces el Inga lleno de furia les dijo:

—¡Andais jugando conmigo haciéndome befa! ¿No sabeis que yo soy hijo del sol, y que os harán pedazos á todos si mi tierra se escandaliza de vuestro mal comportamiento? Sois unos ingratos y dignos de compasion.

—Si os prendemos, capay Inga, le contestaron, es á nombre del emperador de España y no por nuestra autoridad. Si quereis otra vez libertad nos habeis de dar mucho mas oro y plata que el otro dia; y tambien á la señora Coya vuestra hermana, dijo Gonzalo, para casarme con ella. En lo demás, sosiéguese vuesa merced y repose un poco, dando órden mañana de juntar el tesoro y que se nos entregue á la Coya.

Tal audacia por parte de los españoles alborotó á todos los criados del Inga y á los capitanes y su gente que estaba en la plaza, los cuales vinieron á saber lo que pasaba, y maravillados al ver á su rey cargado de grillos, con grande esclamacion se preguntaban: ¿Qué es esto... qué es esto? Entonces, un indio temible, llamado Vila-oma, que se tenia por general y que gobernaba la tierra, se presentó á los españoles en tono amenazador haciéndoles cargos de su injusto proceder contra su rey y señor, y pidiendo que se le pusiera en completa libertad; pero Gonzalo Pizarro, con objeto de meter miedo á Vila-oma y otros indios que le acompañaban,

—¿Quién te manda á tí hablar, le dijo, con tanta autoridad al corregidor del rey? ¿Sabes qué gente somos los españoles? Calla, juro á tal, que si me enfado, mandaré hacer fuego contra tí y tus compañeros, os abrasaré vivos y os haré pedazos. ¡Mira quién le manda á él parlar con tanta autoridad delante de mí! Acabad pronto, daos prisa y presentarme los dijes y las joyas de oro de vuestras familias si quereis que suelte de la prision á Mango Inga.

A los dos meses concurrieron muchos indios con las joyas y riquezas que pudieron recoger, y presentadas á Pizarro, exigió además á la señora Coya. Viendo el rey que no se podia evadir de los españoles sin otorgarles lo que pedian, mandó sacar una india hermosa, bien peinada y aderezada, para darla en lugar de su hermana, pero la rechazaron porque no era la Coya que pretendian.

A pesar de la insistencia de Gonzalo Pizarro para que se le diera por muger á la Coya (nombre de reina en lenguaje indio), no lo pudo conseguir, porque el Inga presentó otra jóven muy parecida, llamada *Inguill*, que quiere decir *flor*, muy aderezada y vestida ricamente, ni mas ni menos que la Coya. Era jóven tan hermosa, que Gonzalo, no pudiendo contener el sentimiento amoroso, se fué derecho á ella á besarla y abrazarla como á su muger legítima, lo cual escitó la admiracion de todos los españoles que lo presenciaban, y á la jóven india llenó de espanto y de pavor al verse estrechada en los brazos de gente que no conocia. Así fué que dando gritos y corriendo de una á otra parte como una loca, decia con sencillez: «que no queria ver á tal gente y que antes de irse con ellos, primero huiria.» Pero el rey, viendo que tanto rehusaba irse con los españoles, le mandó con mucha furia que se fuese con ellos, obedeciendo ciegamente, más por temor al enfado del monarca, que por simpatía del corazon.

Se hicieron pues las paces segunda vez, estrechando al parecer la amistad, en términos, que puesto en libertad Mango Inga, se lo llevaron á comer á casa de Pizarro, donde hubo mucho regocijo y gran fiesta.

V.

En la confianza que inspiraba á Mango Inga la nueva alianza con los españoles, la tranquilidad y consideracion hácia su persona, determinose á convocar á sus súbditos á la gran fiesta conocida en su rito por la *fiesta de los vácaros*. Esta fiesta, la mayor que conocian los indios en todo el año, tenia por objeto el tomar las personas su nombre definitivo, á semejanza de la que usan los cristianos cuando reciben el sacramento de la confirmacion. La ceremonia estaba reducida á un bautismo, en el cual se les oradaban las orejas á varones y hembras, cortándoles el pelo y lavándolos despues. Pues esta gran fiesta se hacia con tanto lujo y ostentacion que los indios acudian á ella de largas tierras, engalanados con sus mas preciosos dijes y sus plumas de diferentes colores. Hecha la convocatoria por medio de mensajeros despachados desde el Cuzco, se reunieron en la ciudad un crecido número de indios pacíficos de ambos sexos y edades, entre los cuales concurrieron tambien Vila-oma y muchos de sus mas notables capitanes.

Señalado el dia para la gran fiesta, sacaron á Mango Inga en sus andas, como rey y señor de toda la tierra, revestido de la autoridad real al uso y costumbre del país, llevando delante sus cetros reales, que llamaban en su lengua *yauris*. El cetro principal era de oro macizo con sus grandes borlas de lo mismo: todos los demás que iban de acompañamiento con el rey llevaban tambien su cetro en la mano, el cual era la mitad de plata y la otra mitad de cobre. Mas de mil cetros guardaban las andas del rey, y con ellos y un crecido acompañamiento marcharon en procesion majestuosa cuarenta mil indios, hasta el llano que habia en lo mas alto del cerro llamado *Anavarque*, adonde se hacia la ceremonia del rebautizo.

Los españoles, asombrados de la muchedumbre, y codiciosos al propio tiempo de la mucha plata que iba en los cetros, se pusieron en alarma y comenzaron á alborotar. Tirando de su espadas,

—¡Oh bellacos! decian á los indios, vosotros quereis levantaros, pero no ha de ser asi. Esperad, esperad. Y con este grito arremetieron á los que llevaban los cetros con vivos deseos de quitar el de Mango Inga; mas no pudieron llegar por la mucha guardia que tenia alrededor de sus andas. Sin embargo, cogieron cuantos pudieron, que fuéron muchos.

Al ruido y gran murmullo de la gente se levantó el rey á ver lo que pasaba, y cuando supo que los españoles se habian desvergonzado de aquella manera, hollando la costumbre mas sagrada del país, alzó la voz diciendo:

—¿Qué es esto?

—Capay Inga, le contestaron los indios muy quejosos y casi llorando, ¿qué gente es esta que tienes en tu tierra, que no se contenta con tanto oro y plata como les hemos dado, sino que hasta nuestros cetros nos quieren quitar? Diles que nos devuelvan los que cogieron por fuerza, porque de su pérdida tendremos gran pena.

—¿Hasta cuándo, dijo el Inga á los españoles muy enojado, habeis de abusar de nosotros? ¿Todavia no estais hartos de plata que intentais quitarme los cetros que traigo en mi fiesta? Estas son vuestras palabras amistosas del otro dia. Si lo haceis por incitarme á que me levante con mis fuerzas, esplicaos, andaré yo apercibido y mi gente no estará tan descuidada.

—Señor Mango Inga, replicaron los españoles, no deseamos dar pena alguna á vuesamerced. Algunos soldados, receelosos de vuestro poderio y por pasar el tiempo, cometieron este atentado, cuyos cetros cogidos devolvemos.

Así terminó la fiesta de los *vácaros* con quietud y sosiego, porque los españoles dejaron á los indios solos y se retiraron á sus casas en virtud de órden espresa de Gonzalo Pizarro. Sin embargo, este fatal incidente decidió al Inga en secreto á fugarse del Cuzco y levantar toda su gente. Se puso de acuerdo con su *macho-capitu*, esto es, su general Vila-oma y otros esforzados capitanes, que todos juntos acordaron destruir los españoles. Desde el Cuzco, sin apercibirse de ello los españoles, salieron á las cuatro partes del reino los generales indios Vilaoma, Lilielli, Suravaman, Rompa-Impangui y otros muchos mensajeros á juntar la gente armada. En menos de veinte dias ya traian estos caudillos sobre el Cuzco mas de cien mil hombres, y cuando lo supo Mango Inga, una mañana muy temprano se fugó á Callca, distante cinco leguas del Cuzco, bajo pretesto de que iba á cazar.

Reunido con Vila-oma, á quien dió el mando de todas las fuerzas, los españoles conocieron el peligro á que los habia espuesto su audacia y sus atropellos injustificables. Juraron, no obstante, defenderse hasta morir; y puestos en pié de guerra, reclutaron tambien la gente negra que pudieron y algunos indios de su bando. A Juan Pizarro se le encargó prender de nuevo á Mango Inga ó matarlo, y ordenando medio escuadron de españoles salió por la via de Callca con objeto de apoderarse del rey por medio de una sorpresa. Al llegar los españoles al puente del rio de Callca tuvieron una refriega, en la que los indios que lo guardaban, defendieron el puente palmo á palmo. Pizarro, viendo frustrada su idea y la gran hostilidad de los indios, se contentó con desafiarlos en campo raso, regresando otra vez al Cuzco, pero perseguido por muchos indios que le seguian dando grita y alaridos. Llegaron en retirada á Carmunga, término del Cuzco, y habiendo pedido socorro á sus compañeros, tuvieron otra gran refriega con la gente que les seguia, viéndose precisados á encerrarse en el Cuzco.

Puede decirse que desde este momento tuvo principio el famoso cerco del Cuzco, sitio en el cual se vieron tan comprometidos los españoles, que se batieron heróicamente, desesperanzados de poder vencer á un ejército de mas de cien mil indios que cargaron sobre ellos para hacerlos pedazos. En tan grave peligro no omitieron medio para deshacerse del Inga, y al efecto le escribieron cartas muy amistosas rogándole que viniera entre ellos al Cuzco. Hicieron mas, enviaron á un primo del Inga, llamado Pascac, armado de un puñal para matarle al

tiempo de hacerle el homenaje, que los indios conocian por *hacer la mocha*. En su carácter orgulloso le hicieron concebir la esperanza de que muerto Mango Inga se le alzaria por rey en premio de tan brava hazaña; pero un español cuyo nombre quedó sepultado en la ignorancia, no queriendo desmentir la hidalguia castellana, le avisó la trama diciéndole:

—Sábete, Mango Inga, que tu primo Pascac piensa matarte con un puñal que lleva escondido debajo de la manta cuando vaya á hacerte la mocha. Guarda tu persona mucho y que no te coja en la ignorancia.

Con este aviso dado por el español que lo habia tenido de servidor en su casa, no dudó un momento de que seria verdad la confidencia; y así fué que, encontrándose prevenido el Inga de otro puñal para volverle las tornas, llegó en efecto Pascac á su presencia, quedando este muerto á puñaladas, sin que nadie osase hablar palabra.

Cada dia que pasaba crecia el tumulto de la gente que al mando de Vila-oma venian al cerco del Cuzco: todos se aprestaban á un sangriento combate; pero un dia de mañana, á cosa de las nueve, estando los españoles en escuadron en la plaza con toda su gente, asomaron por todas las puertas del Cuzco con muchos chiflos, bocinas y trompetas.

Esta fué la señal de acometer Vila-oma con su ejército, reforzado de mas de ciento diez mil indios. Formando una masa compacta atacaron por cuatro puntos, estrechando el cerco á los españoles con una muralla de hombres que ocupaba media legua. Quedó suspenso el asalto



(Chatelet grande.—Véase la página 329.)

por venir la noche y hasta recibir la órden del Inga, que continuaba en Callca. Mientras tanto dió la órden el general Vila-oma que bajo pena la vida nadie se mudase del lugar que ocupaba, preguntando en seguida al rey: *si los mataba ó qué hacia de ellos, porque estaban cercados y en grande aprieto*.

El rey contestó que los tuviese en aquella congoja, pues que él vendria al dia siguiente y los acabaria; resolucion que disgustó á Vila-oma porque queria acabarlos luego.

Obedeciendo la órden del rey se pregonó otra vez por todo el ejército, que nadie se moviese del lugar que estaba, bajo pena la vida, y que se soltasen las acequias de agua que habia á la redonda del pueblo para que anegase los campos y no pudiese huir la caballeria del lodazal.

Esta disposicion, y la mucha gente que les cercaba, desanimó de tal modo á los españoles, que acudieron á Dios, pasando una noche en la iglesia orando de rodillas casi toda ella. Creyeron con fundamento que habian llegado sus postrimeros dias; no veian remedio de salvarse, y mucho mas los encendia el escarnio y la befa de los indios, que alzándoles la perneta, daban saltos y brincos de alegria, tirándoles muchas piedras á los toldos y empezando á quemar las casas, protegidos por la nube de flechas que los *satilyandes* (voz de cazadores) les disparaban.

Otro dia bien de mañana, cuando rayaba el crépusculo matutino, salieron todos los españoles de la iglesia, montaron en sus caballos á guisa de pelear hasta vencer ó morir. Conociendo la estrategia de guerra mejor que los indios, y como un arrojo de valor personal, á la desesperada metieron espuelas, rompiendo un portillo del cerco y

echando á correr, por una cuesta arriba. Los indios, como los vieron huir, gritaban desaforados:

—Ah que se van á Castilla!... ah que se van á Castilla!... Atajadlos y perseguidlos; no les dejeis sosegar.

Con esta evolucion consiguieron los españoles deshacer el cerco, entrando la confusion en los indios porque todos corrian tras ellos, avisando á los guardas de los puentes para que no se pudiera escapar ninguno. Viendo que un tropel tan grande les perseguia, volvieron la rienda á sus caballos, dando la vuelta por un cerro, llamado *Cuancalla* para coger las espaldas de la parte por donde estaba el general Vila-oma. Este habia entrado ya en el Cuzco con toda su tropa, tomado la fortaleza llamada de *Sacraguaman*, desde donde se pelearon fuertemente.

Los españoles, sin embargo, en lo mas recio del combate por dentro y por fuera de la ciudad, cogieron las cuatro puertas de la fortaleza; pero desde sus muros, que eran muy fuertes, les arrojaban los indios muchas galgas, tiraban muchas flechas, muchos dardos, muchas lanzas, muriendo con gloria en este combate el valeroso Juan Pizarro, dos negros y muchos indios de los de Caxamarca que les ayudaban. Acabada la municion de las galgas á los de Vila-oma, los españoles tomaron la fortaleza por fuerza, matando y destrozando cuantos indios encontraban; de modo que fué un sangriento combate por ambas partes.

Duró esta decisiva batalla tres dias después, porque en seguida, reforzados los indios, volvieron atacar el fuerte perdido, pero sin éxito alguno: vino la noche y las tropas se replegaron á sus sitios. Al dia siguiente tornaron á la batalla con mas coraje que nunca: despechados unos y otros pelearon hasta correr en abundancia la sangre, obligados por fin los españoles á replegarse al fuerte de Sacraguaman, hicieron el último esfuerzo que les dió la palma de la victoria. Salieron todos de tropel del fuerte. Arremetiendo á los indios con gran esfuerzo, se pronunciaron estos en retirada hácia Callca, matando en el camino hasta el rio Incay los dispersos que encontraban y desbaratando por último el grueso de la gente.

La derrota de Mango Inga fué tan completa, que desde esta memorable batalla, en la cual llevaban los indios la probabilidad de la victoria, Gonzalo Pizarro, en ausencia de su hermano Francisco, mandó ya solo en el Cuzco á nombre del rey de España, como señor de aquellos vastos dominios.

Así cayó para siempre el imperio de los Incas, sin duda porque en los arcanos de la Providencia decretado habia que un puñado de españoles valientes derrocaran la idolatria de aquellos paises. De otro modo mas pareceria una fábula lo que á los ojos del mundo fué una realidad. Y cayó para siempre el rico imperio de los Incas del Perú, como desaparecieron á su vez el imperio de los Césares, el de los Darios y el de los Alejandros de Grecia.

Desconcertado el ejército de Mango Inga se retiró este con sus indios á un pueblo llamado Tambó, en donde quiso hacer un fuerte; pero seguido por el capitan Diego Ordoñez, fué desalojado de allí, retirándose á los Andes. Despidiose por un parlamento á los indios, que en Europa se llama proclama, caminó errante de pueblo en pueblo, siempre en continuas refriegas con los españoles, hasta que por fin de su vida le asesinaron jugando á las bochas en el pueblo de Vitcos.

El marqués de Cañete, primer virey del Perú, hizo conducir á España al hijo del Inca, hecho ya cristiano, y á otros individuos de la familia destronada. Y... ¡cosa muy propia de la sucesion del tiempo! hace cuatro años que ha muerto, avecindado en Cuenca ejerciendo la industria de zapatero, *D. Miguel Inca*, pensionado de gracia por el Estado como descendiente de la familia real del Perú.

JULIAN SAIZ MILANÉS.

CASTILLO GAILLARD DE ANDELYS.

Bajo el nombre de Andelys se comprenden dos pequeñas y antiguas ciudades del departamento del Eure, que solo están separadas por una calzada de un cuarto de legua. La historia de las Andelys trae á la memoria los recuerdos mas caballerescos. Fuéron los principales teatros de las hazañas de Felipe-Augusto y de Ricardo Corazon de Leon. Pero todos los acontecimientos memorables de esta grande época se refieren á los trágicos anales del Castillo-Gailliard, cuyas ruinas majestuosas dominan el curso del Sena, y la pequeña Andelys.

Esta fortaleza fué construida por Ricardo Corazon de Leon. Felipe Augusto se apoderó de ella en 1204. Principió el ataque en el mes de setiembre, y esperimentó una viva resistencia por parte de los ingleses, que no se rindieron sino después de cinco meses de sitio, el 6 de marzo de 1204. La guarnicion solo contaba ciento ochenta combatientes. Se refiere acerca de este sitio la anécdota siguiente: Rogerio de Lascy, condestable de Chester, principiando á carecer de víveres, despidió á todas las bocas inútiles. Dos bandadas, cada una de quinientos ancianos enfermos, mugeres y niños, habian atravesado el campo de los sitiadores, y apenas habian pasado cuando presentándose otra de mil y doscientos individuos, fué rechazada por Felipe y hubo de volver á la fortaleza. Espuestos á los golpes de los dos ejércitos, sin abrigo y sin víveres, reducidos á alimentarse con la carne de los perros ó de los cadáveres de sus compañeros, ya habian perecido mas de la mitad, cuando Felipe, compadecido de su suerte, les distribuyó víveres y les permitió retirarse.



(Castillo Gaillard de Andelys.)

El Castillo-Gaillard aun sostuvo otros dos sitios memorables: el uno de siete meses, en 1418, contra los ingleses, y el otro de seis, en 1449, contra los franceses. Esta fortaleza, en parte labrada en la roca, fué desmantelada en el reinado de Luis XIII; pero sus ruinas todavía son muy pintorescas. Vense en los fosos que las rodean unas casamatas, en las cuales, durante los sitios, se encerraban los caballos y las provisiones.

ESPEDICION ESPAÑOLA CONTRA ARGEL.

(1775.)

Los argelinos, que de tiempos remotos tenian por su mas constante ocupacion la pirateria, en daño y afrenta de la cristiandad, mas que á otra potencia perjudicaban á España por estar situados enfrente de sus costas. A fin pues de reprimir la osadia de aquellos bárbaros, resolvió el rey D. Carlos III mandar una espedicion para apoderarse de aquel nido de piratas. Encargose la espedicion al conde de O-Reilly, al que acompañaba mandando el convoy el famoso D. Antonio Barceló. Habíase formado este convoy de uno que llegó de Cádiz en los últimos dias de mayo, y de otro que habia ido anteriormente de Barcelona á Cartagena, que era la plaza de donde habia de salir la espedicion, y donde se hallaban los generales, y no faltaba nada al parecer para que este armamento se hiciese á la vela. Sobre su destino nada se sabia de cierto, si bien la mas válida opinion era que se dirigia á la conquista de Argel.

Como esta parecia empresa muy ardua por ser la plaza que se iba á espugnar muy fuerte y defendida, y situada en país enemigo, se suponia que el gobierno español tendria en aquella regencia algunas secretas inteligencias que favoreciesen su intento, ó cuando menos que llevarian los generales exactas y puntuales noticias de las circunstancias de aquel país y de todo lo que pudiese contribuir al buen éxito de la empresa.

Hizose á la vela la escuadra el 23 de junio, llevando veintidos mil hombres de buenas tropas; pero habiendo cambiado el viento se mandó á las naves de trasporte diesen fondo en el *puerto de la subida*, manteniéndose los de guerra á la capa. El dia 26, que mejoró el tiempo, se hizo señal de emprender el viaje: la capitana lo ejecutó con otras ciento cincuenta velas y dos fragatas toscanas que se incorporaron al paso; pero los demás buques no pudieron practicarlo por haberles faltado el viento antes de salir de la ensenada.

El dia 30 al amanecer descubrió la escuadra las torres de Argel, y á las once de la mañana entró en la bahia dando fondo fuera del tiro del cañon de la plaza y del de las baterias que defienden la playa, notándose desde luego que estas habian sido colocadas con conocimiento, que los enemigos tenian siete numerosos campamentos, y que varios trozos de caballeria que se cruzaban, observaban los movimientos de los españoles.

A las nueve de la noche del mismo dia, al disparar la capitana el cañonazo de retreta, comenzó un tiroteo tan vivo y repetido en toda la costa, que por los innumerables fogonazos que á un mismo tiempo lucian se echó de ver la muchedumbre de los argelinos que estaban dispuestos á la defensa. Esta vistosa salva de fusileria que ejecutaron, al parecer, como alarde de su valor y deseo de pelear, lejos de intimidar á los españoles les infundió mayores ánimos viendo que toda aquella ostentacion de fuerzas lo habia causado un solo cañonazo.

Al dia siguiente, 1.º de julio, arribó lo restante del convoy y se principiaron á dar órdenes para el desembarco, que se dispuso por la playa situada entre las dos baterias del rio Arache y de la *casa del gallego*, distante legua y media de la plaza; pero habiéndose alterado el tiempo fué necesario revocar la órden. Pasaron dos dias, y habiendo comprendido los jefes que en la playa llamada de *la mala muger*, distante siete leguas al poniente de Argel, habria menos resistencia, se dió la órden de practicar en ella el desembarco. El mal tiempo, y el no haber la tropa recibido todavia las municiones é instrumentos para levantar tierra, impidieron su ejecucion. Revocose la órden, y al dia siguiente se mandó que al amanecer del inmediato se habia de practicar indefectiblemente, mas habia de ser entre el rio y la *casa del gallego* segun la órden anteriormente dada. El mal tiempo impidió tambien esta disposicion; mas para el dia 7 estuvieron ya las tropas en las lanchas, y el no haberse logrado consistió en que muchos barcos no concurrieron con los suyos á la hora prevenida.

Todas estas demoras, órdenes y contraórdenes, como tambien el no contar con ningun confidente en el pais enemigo, desazonaron mucho á aquellos que iban creidos en secretas inteligencias, ó al menos en un plan bien dispuesto, fundado en el conocimiento del terreno y circunstancias de los contrarios; por lo que se puede asegurar que cualquiera otra tropa que no hubiese ido tan decidida como esta, hubiera caido en un abatimiento de ánimo en estremo fatal y peligroso.

El dia 8 al cañonazo del alba se hallaron ocho mil hombres en lanchas divididas por brigadas; de alli á cuatro ó seis minutos siguió otro cañonazo, á cuya señal principiaron á disparar los navios y fragatas contra las baterias y playa del desembarque, y con breve intermision comenzaron á remar los marineros con tal empeño que en muy corto tiempo pusieron las tropas en tierra. En esta ocasion ocurrió un accidente que aunque en sí de poca importancia contribuyó á entusiasmar á la tropa, y fué que al atravesar las lanchas por la proa de una de las fragatas toscanas que cañoneaba con mucho acierto la playa, se asomaron muchos oficiales, tropa y marineria al pasamano, y tirando los sombreros al aire, con alegres aclamaciones en su idioma anunciaban á los españoles la victoria. Hizo esta escena tal impresion en los soldados, que aumentó el deseo de llegar cuanto antes á las manos con los argelinos.

Ejecutose el desembarque sin oposicion alguna: conforme saltaba la tropa en tierra corria intrépidamente á formarse en un ribazo situado á unos doscientos pasos de la mar, y siendo el terreno arenal pesado, y no queriendo ninguno ser el último, llegaban al puesto casi sin aliento. Mandose formar en columna; pero habiendo notado una partida de moros á caballo que venia á todo correr se mandó formar precipitadamente en batalla á seis en fondo. Entonces fué cuando principió la confusion y el desórden; porque no bien estaba la tropa formada cuando principiaron á llover balas sobre ella, sin que fuesen vistos los que las disparaban por hacerlo á cubierto de cerros de poca elevacion, trincherones, casas y árboles de que estaba cubierto el campo, y solo se percibian algunas pequeñas partidas de caballeria de aquellos mas arrestados que tenian valor para presentarse á cuerpo descubierto.

En tal situacion mandose avanzar á las compañias de granaderos y cazadores, y no bastando su fuego á contener el de los enemigos, empezó á hacerlo toda la mal formada linea, ó por mejor decir, aquel desconcertado cuerpo. Al cabo de media hora de tiroteo en que habian perecido muchos españoles y algunos por el mismo fuego de sus compañeros á causa de la mal ordenada formacion, se mandó cesar el fuego; pero la tropa estaba tan cebada en él, y veia llover tantas balas sobre ella, que aunque lo suspendia por algunos instantes volvia á hacerlo con mas ardor sin perder un palmo de terreno, ni manifestar cobardia, aunque teniendo á la vista todo aquel arenal cubierto de muertos, de moribundos y heridos, que por no poder retirarse por su pié lo hacian arrastrándose por la tierra.

Los moros continuaban el fuego con tanto teson, y aun con mas acierto que al principio, bien que manifestando siempre suma impericia en el arte militar; siendo cierto que si hubiesen tenido otra táctica no hubiera escapado ningun español. Solamente con haber dejado avanzar sin oposicion hasta el paraje donde no alcanzaba la artilleria de las galeotas ni de la fragata toscana que protegian las dos alas del ejército, cortando la comunicacion con la escuadra, lo que les hubiera sido muy fácil con la numerosa caballeria que tenian apostada en las alturas, todos los españoles hubieran sido víctimas del furor de los moros. Dicese que este fatal revés, y el mal éxito de la espedicion, se hubiera evitado si el conde de O-Reilly hubiera tomado los consejos de D. Antonio Barceló, que conocedor de aquellas costas por lo mucho que las habia cruzado, fué de parecer que antes de emprender ninguna operacion se debia despejar el terreno destruyendo las arboledas y casas que por alli habia, lo que no quiso ejecutar el conde por una reprensible confianza, atribuyendo á falta de valor las prudentes cautelas.

Viendo los generales la gran pérdida sufrida y la imposibilidad de hacer progreso alguno, dispusieron retirar el ejército á la orilla del mar, formando un atrincheramiento, á cubierto del cual se mantuvo todo el dia, bien que sin dejar de esperimentar mucho estrago, particularmente por un cañon que lo enfilaba.

Llegó la noche, y á favor de ella se fué retirando el ejército á los buques, sin que los enemigos lo percibiesen hasta la mañana siguiente, en la cual principiaron á hacer hogueras con los faginas de los españoles, quemando en ellas los muertos.

El número de estos que quedó en el campo fué mayor que el que algunos pensaron, pues llegó á mil quinientos; el de los heridos fué tambien escesivo, y de ellos murieron un tercio, quedando muchos cojos, mancos y desfigurados, de modo que contando los muertos en el campo, los fallecidos en los hospitales y los estropeados, se completa el número de cuatro mil. Quedaron tambien en poder de los moros diez y seis piezas de artilleria.

Tal fué el éxito de la espedicion de Argel, cuyo desastre hizo grandísima sensacion en toda España, á lo que contribuyó el desafecto con que era mirado el conde de O-Reilly. La suerte fué tan fatal en esta ocasion á las armas españolas como lo habia sido en otras, y España, que mas que ninguna otra nacion de Europa está llamada á tener establecimientos en Africa, no ha conseguido tener en ella colonia alguna considerable: á las armas francesas estaba reservada la gloria de conquistar á Argel.

LUIS MARIA RAMIREZ Y LAS CASAS-DEZA.

UNA CITA EN EL ALBAICIN.

CUADRO DE COSTUMBRES.

I.

Era el anochecer de una tarde de setiembre; el año no viene á cuento. Las calles de Granada, lugar de la escena, mostraban haber llovido poco antes, pues aun estaban húmedas y ostentando de trecho en trecho charcos no muy cristalinos del agua llovediza que se habia estacionado entre las grietas y barrancos que tanto abundan, lo mismo en el Campillo de Granada que en la calle de las Armas de Sevilla, que en la Nueva de Cádiz.

Por este motivo el paseo del Genil se habia visto desamparado aquella tarde de la elegante juventud granadina. Yo, que sin pertenecer á ella por mi nacimiento me hallaba entonces en aquella ciudad, desisti tambien de mis vueltas por la carrera, y me decidi á callejear: ocupacion de los vagos de solemnidad y de los víctimas del esplin. Yo pertenecia por entonces á los de primer género, es decir, á los que vagan por hacer algo, pues los únicos negocios que me habian llevado á la ciudad de los treinta y dos linajes (1), eran visitar su antiguo palacio de la Alhambra, saludar su ponderada vega desde la torre de la Vela, y oir una misa en la capilla donde duermen los Reyes Católicos el sueño de la eternidad.

Con estos antecedentes diré que pasaba por el Zacatin, que viene á ser en Granada lo que la calle del Cármen en Madrid, la de las Sierpes en Sevilla, calle ocupada por tiendas y tenderos.

Segun mi costumbre iba pensando en un grande hombre, y entonces era en Calderon, pues recuerdo que al murmurar para mis adentros la sentida admiracion que dice D. Carlos en *Mejor está que estaba*,

¡Mal haya el aliño donde
es el desaliño así!

por una feliz coincidencia vi pasar una hembra, á quien sin parecer plagiario, pude aplicar aquellos versos. Como al fin esta aparecida y para mi incógnita muger será la heroina de mi historia (pues han de

(1) Gines Perez de Hita, *Guerras civiles de Granada*.

saber mis lectores que esto no es fábula, sino una historia tan verídica como otras muchas historias á quienes nadie aun se ha atrevido á negar semejante nombre), no estará demás, continúo, que la presente á VV. para que desde aqui se hagan amigos de ella; y á fé que no les ha de pesar, como sucede con muchísimas amistades, pues esta muchacha es lo mas buena, discreta y virtuosa que puede hallarse, aunque al pronto no lo parezca.

Era una jóven como de veintitres años, alta, bien formada, blanca, el pelo no puedo asegurar de qué color era, porque lo cubria un pequeño manto de paño negro ribeteado con una franja de terciopelo, y que caia hasta un poco mas arriba del talle; pero segun vi despues, su color era castaño claro; y lo digo tan solo para satisfacer la curiosidad, principalmente de mis bellas lectoras, quienes por mas que me lo nieguen, estarian ya deseosas de saberlo: un pañuelo de seda encarnada con flores, y un vestido de percal nuevo, que dejaba ver un pié chiquitito calzado con un zapato blanco no sé de qué, pues ni mis ojos ni mis manos llegaron allí, completaban su traje. Era salada y sandunguera, aunque no tanto como una sevillana, y modosita y recatada, pero menos que una madrileña. A la legua se conocia que no era una señora; pero tambien á tiro de ballesta se descubria que no era una mugerzuela.

Me calé los lentes, vi lo que llevo dicho, y me olvidé al instante de D. Carlos y de Calderon y de toda la cohorte de poetas sabios, héroes, dioses y semi-dioses.

Grande y verdadero es mi entusiasmo por todas las obras y hombres de elevada inteligencia, por libros como la *Iliada* y *La vida es sueño*, por criaturas como Dante y el autor del *Quijote;* pero confieso mi flaqueza, deserto de sus banderas tan pronto como se fijen en mi dulcemente los ojos de una Eliodora, de una Laura, de una Maintenon, y mucho mas los de una niña tan graciosa y linda como la que es objeto de estos renglones. Bastante se me ocurre sobre este tema, pero ahora no es ocasion de filosofar, ni aun en broma, como hacen los grandes filósofos, y así prosigo con mi cuento. Comencé á seguirla; lo notó, volvió el rostro, y pensando ser original, repetí por lo bajo:

¡Mal haya el aliño donde
Es el desaliño así!

Debió oir mi relacion, pues con un acento mucho mas retrechero que su cara, me contestó:

—Mil grasias, cabayero, pero se ha equivocao usté.

—No sé en qué, niña hermosa, la repliqué; pero continuando á su lado.

—No soy yo lo que usté busca... con que así... prontito, quítese usté de mi lao... y basta é guasa.

—Ni busco á nadie, ni puedo separarme de V., ni estoy de guasa como V. piensa. Solo deseo que me permita V. tener el gusto de acompañarla...

Y sin dejarme continuar, replicó:

—Grasias, no nesesito de compaña; y se pasó á la otra acera.

Al ver esta decision por su parte, vino por la mia la indecision consiguiente, quedando por algunos momentos parado en el mismo sitio y sin determinarme á continuar la aventura ó á desistir generosamente. Es probable hubiera sucedido esto último si despues de andar unos pasos no hubiese visto que mi desconocida volvió la cabeza, tal vez para mirar qué efecto habia producido en mi su granizada, ya para ver si de lejos continuaba siguiéndola, ó acaso por mera curiosidad. Es lo cierto que no bien hube visto aquel ademan, cobré nuevos brios y se resolvió mi indecision, pues tal vez el héroe del siglo, el grande Napoleon, infundia menos confianza á sus veteranas tropas con las sencillas palabras que las dirigia en los momentos críticos, que la que inspira á un pertinaz en seguimiento de una bella, tierna mirada atrás en ocasion oportuna. Traslado á los esperimentados: es cosa cierta y está probado.

A este tiempo ya estaba á la par suyo, aunque por diversa acera, y ya tambien ella lo habia notado, segun indicaba la ligera sonrisa que entreabria sus labios.

Así continuamos por el Zacatin, calle de Elvira, hasta el Pilar del Toro.

Desde aqui tomó una calle estrecha y empinada, que creo llaman de la Caldereria y que conduce al célebre barrio moruno de Granada, llamado el Albaicin. Apenas transitaba por allí mas gente que alguna criada que iba por aceite, una que otra vecina que salia de la tienda de enfrente, y el encargado de encender los farolillos que en las esquinas se veian, y que semejaban los que hace dos siglos alumbraban los muchos retablos é imágenes que habia por las calles y plazas, y que aun se conservan en algunas provincias de España, principalmente en Andalucía.

El sitio, la hora, y mas que todo su gracia y hermosura, á mi parecer mayor cada vez que la miraba, fueron bastante para decidirme á hacerla otra interpelacion. Ella lo conoció, y sin esperar á que comenzara esclamó:

—No sea usté pesado. Ya le he dicho que no necesito acompañamiento. Así, hágame usté el favor de despejar.

—¿Pero será V. tan cruel que persista en su negativa? ¿Tan ingrata que viendo el interés que muestro por V., se empeñe en negarme un favor que tan poco la cuesta?

—Eso es lo que usté no sabe... si señó que me cuesta... y puede costarme caro.

—¿Es V. casada?

—Sí señó.

—Entonces tampoco yo quiero tal vez causarla á V. un disgusto. Unicamente la ruego me diga dónde y cuándo volveré á verla.

—Pues no es usté poco vivo é genio, contestó y se hechó á andar sonriendo graciosamente.

—Mucho, cuando tengo la fortuna de dar con niñas tan hermosas como V., la contesté.

Siguió su camino sin replicarme, y yo continué diciéndola no sé qué. Despues de haber andado otro buen trecho sin hacer caso de lo que yo decia, se volvió de pronto, y con acento entre dulce y enojado prorumpió:

—Por última vez le digo que me deje.

—Me es imposible, respondí con firmeza.

Me miró un momento, y con aire de capitulacion, esclamó:

—Bien, otro dia nos veremos.

—¿Cuando?

—Mañana.

—¿En el Zacatin?

—No puede ser.

—¿Aquí?

—Tampoco...

Calló un instante, y con frases precipitadas, continuó:

—Sígame usté de lejos... y donde me vea entrar, venga mañana á estas horas.

Saqué el reloj y dije:

—Las ocho.

—Pues bien, á las ocho.

—Hasta mañana, hermosa.

—Con Dios, y cuidiao.

Dejé que se adelantara lo que las vueltas y revueltas de las calles que atravesaba me permitian para no perderla de vista, y así seguimos un rato. Llegó á una casa de aspecto regular entre las contiguas, llamó á la puerta, abrieron, volvió un poco la cabeza hácia donde yo estaba, entró y cerraron de golpe. Continué parado enfrente unos minutos, y vi el resplandor de una luz á través de los cristales de un balcon que habia sobre la puerta. A poco escuché el ruido de sus maderas que se cerraban. Permanecí allí unos instantes, pero todo estaba en silencio. Volví piés atrás, y despues de andar unos quince ó veinte pasos torné la cabeza, pero ya no vi la casa ni el balcon. Seguí adelante sin hallarme á nadie. Al bajar por la cuesta de San Gregorio, vi que subia un hombre de sombrero calañés, y ya no volví á encontrar persona alguna hasta que desemboqué en la calle de Elvira. Por ella continué con direccion al Campillo, echando mis cálculos sobre la desconocida, que con su conducta confirmaba mi opinion acerca de la fragilidad y débil virtud de las mugeres, y maldiciendo del mal empedrado que me hacia andar á resbalones y traspiés como un beodo.

(*Continuará.*)

FRANCISCO VILA.

INVITACION

A D. G. de C.

Los que juntais, felices trovadores,
el canto dulce al arpa regalada,
¿sabeis ya qué es amor y qué son flores?
¿habeis ido á los valles de Granada?

¿Oisteis el trinar de aquellas aves
y aquel eterno son de fuente y fuente
y aspirasteis los hálitos suaves
que allí recoge el apacible ambiente?

¿Visteis la luna y la naciente aurora
y los rayos lucir de mediodia
á traves de los arcos que la mora
mano partió en aérea celosia?

¿Visteis caer los surtidores claros
entre los sotos de arrayan vestidos,
ó lamiendo, al caer, mármoles raros
en soberbios salones embutidos?

¿Visteis de adelfas y jazmin y lauro
la bóveda que en torno se dilata,
por donde corre, silencioso, Dauro,
y Genil, al correr, nieves desata?

¿Visteis los manantiales que destila
gota por gota sobre el hondo rio
cuando á bañar desciende en la tranquila
onda, los piés Generalife umbrío?

¿Y la *Silla del moro* corpulenta,
y la fuente felíz del *Avellano*,
y la santa montaña que sustenta
entre eterno verdor templo cristiano?

¡Ay, si no, no canteis! Tristes reflejos
en belleza alcanzaron vuestros ojos,
y con que vieseis á Granada al lejos
os diera ya, cuanto cantais, enojos.

Sin perfume la rosa os pareciera,
y el lauro sin verdor, y sin blancura
las guirnaldas que lento entretejiera
al tenderse el jazmin por la espesura;

Y tuvierais por pálida la lumbre
de la luna que amiga os acompaña
á la cita de amor, y en su vislumbre
de la amante muger el rostro baña.

No, no canteis aun; mas presurosos
allí acudid por letras y sonidos,
y tales hallareis que deleitosos
os hechicen el labio y los oidos.

Y entonces cantareis como se canta
sin querer ni pensar en aquel suelo,
donde invencible inspiracion levanta
la flaca mente y la remonta al cielo.

Y entonces enviareis á las hermosas
de esperanza y amor tales querellas,
que, cuando pareciesen desdeñosas,
tiernas, de hoy mas, os mirarán por ellas.

Direis de Bibarrambla el gran torneo
donde traicion trocó lanza por caña,
y del Albambra el esplendor, trofeo
tras luenga lid, de la cristiana España.

Direis lo que sepais de los amores
de la sultana y de su amarga suerte,
y de cuando los claros surtidores
con sangriento raudal manchó la muerte.

Direis la saña opresa del guerrero
cautivo, el llanto de la dulce esclava,
los moros que venció el buen caballero
que contó en sus maestres Calatrava.

Y ¿qué importa cantar lo que cantaron
de esos valles y alcázares é historias
otros ya? ¿Por ventura se acabaron
las flores ó murieron las memorias?

¿No corre mayo como siempre verde
por las orillas de Genil risueñas,
y el oro Dauro de sus linfas pierde
y cuelgan rosas de las altas peñas?

¿No vive aun el Alhambra entre los yertos
escombros de sus torres en ruina,
y alegre esconde el Albaicin en huertos
su muerte, al peso de la edad, vecina?

Oh! si no es que teneis los trovadores
la garganta sin voz ó el arpa rota,
id y cantad, las fuentes ni las flores
ni allí la antigua inspiracion se agota.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

LÁGRIMAS.

Candentes gotas de lloro,
romped la purpúrea valla
con que el orgullo del hombre
vuestro dulce curso ataja;
brotad, lágrimas queridas,
que me dais consuelo, lágrimas.
Cuando el corazon cansado
de padecimientos, calla;
cuando no lanza un suspiro,
cuando en su latir no exhala
gemidos entrecortados
que son la risa del alma;
infeliz del corazon
¡cuánto dolor le acompaña!...
Como el relámpago anuncia
el roncar de la tronada,
así sucede al gemido
la gota de hiel que arranca
del seno del padecer
el ángel de nuestra guarda.
Triste ¡ay! del triste que vierte
sin suspirar una lágrima,
que el silencio del dolor
en la tempestad del alma,
es el iris engañoso
ó es la centella que mata;
¿mas qué fueran sin el llanto
esas quejas escapadas?
en solitario desierto
el eco de tiernas cántigas,
requerimientos de amores
á una cancela cerrada;
brotad, lágrimas queridas
que me dais consuelo, lágrimas.

7 octubre.

EDUARDO GASSET.

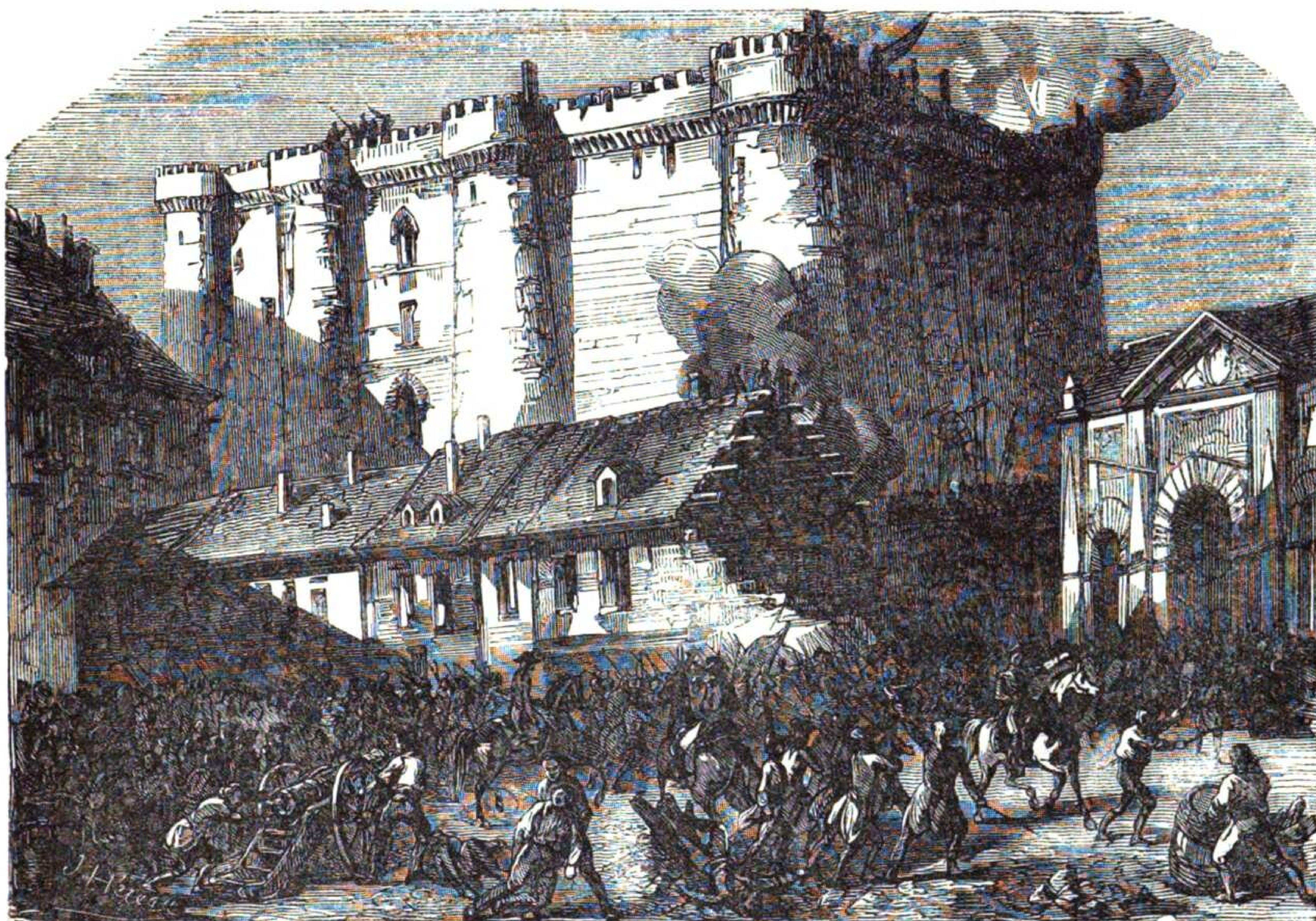
Los hombres se muestran en las grandes cosas como les conviene mostrarse; en las pequeñas se manifiestan como son.

La variedad en las modas es el impuesto que la industria del pobre pone á la vanidad del rico.



(Sepulcro de Foy.)

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.
Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.



(Toma de la Bastilla.)

LA BASTILLA.

Fortaleza que defendia la entrada de París por el barrio de San Antonio.

En la edad media se daba el nombre de *bastida ó bastilla* á las puertas fortificadas y á las fortificaciones pasajeras elevadas fuera de las murallas de una plaza para el ataque ó para la defensa.

La primera puerta fortificada fué elevada por Estéban Marcel, preboste de los mercaderes, en el sitio que hemos indicado: estaba defendida por los lados por una bastilla ó pequeño torreon de escasa importancia.

Carlos V, que habitaba el palacio de San Pablo, poco distante de esta puerta, deseando preservar su morada de un ataque súbito, mandó que las fortificaciones existentes se construyesen de nuevo bajo un plan mas vasto. Hugo Aubriot, preboste de París, puso su primera piedra el 22 de abril de 1370. Concluidas estas obras en 1382, y habitado el palacio por el rey, se encontró en un estado de defensa respetable. Tal es el orígen de la Bastilla.

Esta fortaleza no tuvo en un principio mas que dos torres, la del *Tesoro* y la de la *Capilla*, entrambas aisladas, y cada una de las cuales defendia uno de los lados del camino que conducia á París. Pronto se elevaron otras dos detrás de estas, que se denominaron después de la *Bertaudière* y de la *Libertad*. Habia que pasar por estas cuatro torres para entrar en París. En 1383, Carlos VI hizo levantar otras cuatro, que fuéron reunidas por murallas de ocho piés de espesor.

Otras nuevas fortificaciones elevadas en 1553 por Enrique II, se terminaban en 1559. Estas últimas obras consistian en una cortina defendida por torreones rodeados de fosos anchos y profundos.

Al mismo tiempo que se hacian algunos reparos indispensables en 1634, se añadian otras fortificaciones al castillo, cuyas dependencias se ensanchaban tambien. En el reinado de Luis XV se construyeron allí muchos edificios para habitacion del personal del estado mayor del gobernador.

Esta inmensa fortaleza presentaba un paralelógramo desfigurado por las dos torres del medio, que formaban un arimez. Se entraba en ella por una puerta que daba á la calle de San Antonio. Las ocho torres almenadas de que estaba guarnecida se encontraban colocadas:

Por la parte de la ciudad:

1.° La del *Pozo*, que tomaba su nombre de un pozo inmediato, destinado al servicio de las cocinas.

2.° La de la *Libertad*, cuya etimología se ignora.

3.° La de la *Bertaudière*, del nombre de un prisionero que en ella estuvo encerrado.

4.° La de la *Bazinière*, porque Mr. de la Bazinière estuvo mucho tiempo detenido en ella.

Por la parte de afuera:

1.° La del *Rincon*, llamada así porque formaba el ángulo del edificio por el lado del campo.

2.° La de la *Capilla*, á causa de su proximidad á la capilla, que se encontraba bajo la bóveda de la antigua puerta de la ciudad.

3.° La del *Tesoro*, que tomó este nombre desde que Enrique IV hizo depositar en ella el tesoro de la corona, bajo la custodia del duque de Sully.

4.° La del *Condado*, así denominada por haber sido decapitado en ella el conde de Saint-Pol.

Cada torre, hecha para recibir cañones, estaba dividida en cinco pisos.

Entre los acontecimientos mas notables de que ha sido teatro la Bastilla, se pueden citar los siguientes:

En el mes de agosto de 1418, los Armagnacs se habian refugiado en ella, y fuéron sitiados por los Bourguignons, que la ganaron después de bastante resistencia. Los prisioneros fuéron asesinados por el pueblo, al tiempo de conducírselos al Grand-Châtelet.

Cuando el 3 de abril de 1436 Carlos VII les ganó de nuevo á los ingleses la ciudad de París, todos los enemigos que se encontraban en esta se refugiaron en la Bastilla. Estaban decididos á defenderse vigorosamente, pero eran tan numerosos que al momento agotaron sus provisiones y se vieron obligados á capitular, retirándose mediante un gran rescate.

Atacada por los frondistas el 11 de enero de 1649, capituló el 13 del mismo mes después de haber sufrido cinco ó seis cañonazos. La guarnicion se componia de veinte y dos defensores, todos soldados inválidos.

Se sabe que cuando el famoso combate de la puerta de San Antonio entre Condé y Turenna, el ejército del príncipe debió su salvacion al cañon de la Bastilla que protegió su retirada á Paris.

En fin, la Bastilla fué sitiada por última vez el 14 de julio de 1789. Entonces fué el pueblo de la capital quien se encargó de hacerla capitular después de cuatro horas de combate. La antigua fortaleza fué demolida, y parte de los materiales que se sacaron de ella, sirvieron para la construccion del puente de la Concordia.

La Bastilla tenia tambien sus calabozos húmedos y oscuros, sus mazmorras donde se dejaban morir de frio y de hambre muchos presos. Se descubrieron en los meses de mayo y junio de 1790, cuando la demolicion de esta fortaleza, esqueletos humanos encadenados que fuéron trasportados al cementerio de la parroquia de San Pablo.

La Bastilla, cuyas fortificaciones habian sido considerablemente aumentadas con objeto de poner á Paris al abrigo de un golpe de mano por parte de los Bourgognons y de los ingleses, cambió de destino cuando cesaron los temores de la invasion, y se convirtió en prision de Estado.

Se cuentan entre las principales víctimas que en ella fuéron encerradas:

El condestable de Saint-Pol, acusado del crímen de lesa majestad, que entró en ella el 27 de noviembre de 1475, y en ella fué decapitado el 19 de diciembre siguiente.

Jacobo de Armagnac, duque de Nemours y conde de la Marche, decapitado en la plaza del Mercado el 4 de agosto de 1477 por crímen de alta traicion.

En 1589, el parlamento fué conducido á ella arbitrariamente por Bussi-Leclerc, adicto al duque de Guisa, este temible jefe de la Liga.

El mariscal duque de Byron, que fué degollado en ella el 31 de julio de 1602.

El mariscal de Bassompierre, víctima del odio del cardenal de Richelieu, en 1631. Salió de ella á la muerte del célebre ministro. Cuando se presentó á la corte poco tiempo después, Luis XIII le acogió favorablemente y le preguntó qué edad tenia. El mariscal, que contaba entonces sesenta años, le contestó que solo tenia cincuenta, y habiendo sorprendido al monarca esta respuesta: «Señor, le dijo el hábil cortesano, yo suprimo diez años pasados en la Bastilla, porque no los he empleado en el servicio de V. M.»

El superintendente general de hacienda Nicolás Fouquet, acusado de haber percibido derechos injustos, fué encerrado en esta prision en 1663.

El Máscara de hierro entró en ella el 18 de setiembre de 1698.

Voltaire el 17 de mayo de 1717, por haber publicado versos contra el regente y la duquesa de Berri (1).

El teniente general Lally-Tolendal en 1762, como acusado de haber perdido por su impericia los establecimientos franceses en la India.

El abogado Linguet entró en ella algunos años antes de la revolucion de 1789. Ocupábase en escribir unas memorias contra el gobierno, cuando un dia vió entrar en su calabozo un hombre de sospechosa catadura: «¿Por qué venis á distraerme?» le dijo con acento de cólera. «Caballero, soy el barbero de la Bastilla.» «Eso es otra cosa: entonces hacedme el favor de afeitarla.» Y Dinguet volvió á ponerse á escribir.

O vota fumeiro de la catedral de Santiago.

Tiene un santo Compostela,
Y el rey de los incensarios
Que de nave á nave vuela.
VICTOR HUGO.—*Orientales.*

Si no lo lleva á mal el benévolo lector, vamos á colocarlo en medio de una espaciosa cúpula de ciento diez y seis piés de elevacion, para seguir con la vista elevada al cielo, las violentas oscilaciones de un incensario colosal que rueda sobre las cabezas de la apiñada muchedumbre. Este incensario escede á las proporciones de una capilla, de una iglesia parroquial, de una abadia: necesita un templo de cincuenta y ocho grupos de columnas como la catedral de Santiago. Su rápida ascension exige el arco bizantino: su templado descenso busca el pavimento de una iglesia de doscientos setenta piés de estension.

Existe algo de misterioso, de simbólico y de solemne en este espectáculo religioso. El pavor descompone en nuestra imaginacion sus líneas sombrias y aterradoras, y de la sorpresa pasamos al estupor, y del estupor al recogimiento, como se llega á la oracion desde la desgracia, y al remordimiento desde la culpa.

(1) Voltaire, que esta vez salió de la Bastilla el 11 de abril de 1718, fué de nuevo encarcelado en ella el 28 de marzo de 1726, y salió el 29 de abril siguiente.

Evoquemos los detalles misteriosos, las armonías íntimas y las creaciones melancólicas que comprende la verdadera fé, é interpreta el poeta ó el observador. Al través de la impertinente curiosidad del vulgo, fijemos nuestra mirada investigadora en el místico poema de la religion, como se descubre un paisaje de suave colorido detrás de un cristal empañado por la lluvia y requemado por el sol. Observemos esas líneas diáfanas y suaves, esos rasgos imperceptibles, esos acentos apenas articulados de un templo, donde se agrupan los cirios, las dalmáticas, los devotos, las campanas de la torre y los órganos del coro. La vista se deslumbra y el oido se impacienta: de la admiracion al éstasis no hay mas que un paso.

Son las nueve de una oscura y nebulosa mañana de invierno: la estacion de las festividades religiosas y de las veladas familiares. El invierno es la estacion del fervor. Se echa de ver una íntima relacion entre la naturaleza que se desnuda de sus galas y los templos que se revisten de sus ornamentos. Los sentimientos religiosos y morales se concentran. Es la estacion de *Noche Buena* y *Miércoles de Ceniza*. La declinacion de la tierra evoca el recuerdo de la humana fragilidad. La melancolía estiende sus tímidas alas, humedecidas por los aguaceros de la tempestad. Orar en un templo, en cuyos cristales se estrellan las impetuosas corrientes de la lluvia que hierve en las junturas de las ventanas, equivale á celebrar la omnipotencia divina por medio de la oracion: es el fervor religioso en medio de la sublime interseccion del poder divino con la debilidad humana. Entonces una iglesia decorada ó una metrópoli suntuosa, se asemejan á una catacumba ó á la capilla de un buque: se adivinan las tribulaciones del martirio ó del naufragio.

Volvamos empero á la mañana de invierno, en la cual la niebla estrecha la poblacion en un horizonte mas limitado que sus afueras. Las campanas de la catedral de Santiago pueblan el espacio de vagas y confusas armonías que el viento atrae y aparta como el eco del trueno en las vertientes de las montañas. El vendaval importuna en los pórticos del templo. La luz proyectada por las ojivas de la catedral es incierta y cenicienta como la del crepúsculo de la tarde. En la penumbra de las naves laterales se distinguen confusamente los devotos que pronuncian la oracion de los vivos al lado del sepulcro de los muertos. Los obispos, acostados en su lecho de granito, asisten á la festividad religiosa con sus mitras en la cabeza y sus báculos en la mano. En vano la árida cal de los estúpidos revocadores ha enharinado las sagradas vestiduras: el sepulcro esplica mejor la muerte, que la cuna representa la vida. El sepulcro no se cambia, no se ensancha: la cuna se trasforma, se prolonga. El sepulcro es una *frase*, entre tanto que la cuna es solo una *palabra*. Entre las rejas que separan el coro de la capilla mayor se apiñan las damas con el atavío voluntariamente sencillo que emplean las españolas en los templos, sin apercibirse de que las trenzas de su pelo, recogidas con desaliño, y las miradas suaves de sus ojos abrasadores, han dado *Garcilasos* á la poesía y *Murillos* á la pintura. En derredor se reconocen algunos grupos de curiosos esparcidos en revuelta confusion. En medio de la iglesia humea el *vota-fumeiro* (1) de la catedral, asegurado por una maroma que pudiera servir de cable en una embarcacion.

El orígen de este colosal incensario se pierde en los remotos tiempos de la peregrinacion á la catedral de Santiago. Su fundacion ha sido compleja; la higiene se ha aprovechado de la liturgia. El pensamiento sacerdotal ha servido al pensamiento humanitario. Después del culto, compareció la salud pública. El dogma habia colocado un sacerdote con el incensario delante del sepulcro del apóstol Santiago, como se reconoce en la *Historia compostellana* del siglo XII (2); el arte habia esculpido en el siglo IX, por una de esas *licencias históricas* del escoplo ó del cincel, un ángel con el incensario en la mano sobre el árbol de la vida, en cuyo tronco se descubre la espiral aterradora de un áspid, como se reconoce en una de las puertas de la fachada de *la Plateria;* la compasion, que era la higiene involuntaria de los hospitales y de las casas de reclusion, colocó un incensario colosal en el crucero de la iglesia para purificar el ambiente de la catedral, corrompido por las veladas de los romeros.

Del siglo IX al XV, los peregrinos eran recogidos bajo las galerías de la metrópoli. La iglesia servia de hospital. La caridad venia á buscarlos en el hospedaje de la religion. Esta remota costumbre se encuentra justificada por las siguientes cláusulas de dos documentos históricos. En la escritura de la cofradía de los caballeros cambiadores, año 837 de J. C., se encuentran estas palabras (3): «e das ganancias (se refiere á las del cambio) de monedas se pagasen é de noyte pusiessen cirios que

(1) *Vota-fumeiro* equivale en dialecto gallego á *echa humo*, paráfrasis vulgar que describe la palabra *incensario*.

(2) Esta miniatura, donde se ve el obispo Teodomiro con su cayado y un ángel con *su incensario* de una sola cadena, enfrente del sepulcro, con una pequeña cruz encima (el *arca del apostol*), se ha copiado en la única edicion de la *Historia compostellana*. (*España sagrada* del P. Flores —Tom. XXI.)

(3) Huerta, *Anales de Galicia*, tom. II, lib. VIII, cap. XVII.

alomeasen ante ó Apostolo aos peregrinos.» En el poder de los Reyes Católicos, al obispo D. Diego de Muros, para la fábrica del hospital de Santiago, año 1499 de J. C., se consigna (1) que «hay mucha necesidad de un Espital donde se acojan los pobres peregrinos é enfermos que allí vinieren en romeria é por falta de tal hedificio han perecido é perecen muchos pobres enfermos é peregrinos por los suelos de la dicha iglesia ó en otras partes».

De esta suerte, la catedral de Santiago servia de santuario religioso y hospital caritativo. Se buscó un medio de reparar las consecuencias de esta piadosa costumbre, y la religion ofreció las tradiciones de la liturgia, á las exigencias de la higiene pública. Hé aquí la fundacion del *vota-fumeiro*: la religion y la higiene fundieron de mutuo acuerdo el colosal incensario de la metrópoli. El incensario alegórico del primitivo pórtico, pertenecia al artista: era una de esas *figuras retóricas* que el arte ó la poesia emplean en sus alegorías: el incensario religioso de la *Historia compostellana*, pertenecia al sacerdote: era una de esas tradiciones fervorosas del culto en su remota simplicidad. El *vota-fumeiro* del siglo XIII pertenecia á la peregrinacion: mas tarde volvió á ser el incensario religioso del siglo XII.

El hospital real recibió desde 1492 á los peregrinos que venian en romería á visitar el sepulcro del apóstol Santiago. Desde esta época no dormian bajo las bóvedas de la catedral ni recibian las nuevas vestiduras en cambio de los haraposos vestidos que dejaban en un pilon, á cuya cruz habian dado nombre (2). La tradicion deshizo la cadena secular de sus revelaciones para olvidar el remoto orígen del *vota-fumeiro*, y este pensamiento gigantesco, realizado en los apartados dias de la peregrinacion europea, ha llegado hasta nosotros como el nuncio de las mas suntuosas festividades de la catedral.

Hemos esplicado el orígen del colosal incensario de Santiago: resta ahora consignar sus gigantescas proporciones, describiendo á nuestros lectores los accesorios monumentales que corresponden á sus detalles. Mal se esplicaria el rápido volteo de una campana mayor ó el movimiento acompasado de una péndula, sin esplicar la torre ó medir la máquina. Nosotros tambien presentaremos á nuestros lectores las dimensiones de la cúpula de la iglesia, y describiremos la perspectiva que ofrecen las oscilaciones del *vota-fumeiro*, inundando de aromático incienso las prolongadas galerías de una metrópoli.

La catedral de Santiago, dividida en seis naves, dos centrales de setenta y cinco piés de elevacion y treinta de ancho, y cuatro laterales de treinta piés de altura y quince de ancho, representa una cruz latina de doscientos setenta piés de longitud y doscientos cuatro de latitud. En la interseccion del crucero con la nave mayor se levanta una cúpula octagonal, cuya fábrica ha tenido principio en 1384. Su elevacion desde el pavimento á la clave es de ciento diez y seis piés, y su circunferencia alcanza á noventa y cuatro piés. Cincuenta y ocho grupos de columnas abren paso á las naves menores, en las que se encuentran veintitres capillas y una multitud de confesonarios con la advocacion de los apóstoles, mártires y profetas, de manera que equivalen á *una edicion en madera* del calendario romano.

Ocho prolongadas vidrieras decoran el cimborio de la iglesia, multiplicando los rayos solares en luminosas intersecciones que asemejan las tranquilas ráfagas de luz á toldos de telas metálicas colocados sobre el crucero de la catedral. El reflejo pálido y desfallecido de una mañana de invierno se cambia en purpúreo y candente reanimado por los rayos de oro y ocre pintados entre las cimbrias doradas que se agrupan en la clave, en la cual la mano del artista ha colocado el ojo augusto de la providencia, ejecutado con la vigorosa entonacion que exige el colorido cuando se ocupa de Dios y se presenta lejos de los hombres. Los arcos torales sostienen una torneada balaustrada con cariátides doradas, que hace practicable una de las vidrieras del cimborio, cuya puerta de hierro se abre sobre el tejado de la iglesia. De los cuatro grupos de columnas de la nave principal salen cuatro sustentáculos de hierro dorado sobre chapiteles sostenidos por capiscoles de ropaje tambien dorado con prolongadas chirimías en las manos. En medio de esta hercúlea armazon se descubre la cabria, en cuyos cilindros da vueltas la maroma del *vota-fumeiro*.

El viajero reconoce de una mirada el pensamiento atrevido y gigantesco de poner en movimiento un incensario, en la estension de doscientos setenta piés: aparte de las solemnes festividades, la inmoble maroma esplica las proporciones del *vota-fumeiro* como un zócalo ó un gallardete revelan una inmensa pagoda ó un navío de tres puentes (3). Si el benévolo lector agolpa en su memoria los detalles de la presente descripcion, y por una de esas falsificaciones transitorias de la fantasía, representa en su imaginacion las oscilaciones de un incensario de seis piés de altura (1), á ochenta piés de elevacion, recorriendo el espacio de doscientos setenta pies, agitado por seis ú ocho hombres que en sus movimientos acompasados se asemejan á los bomberos de un incendio, se anublarán sus ojos, sorprendido por la rugiente carrera de ese colosal brasero, que ya se remonta impetuoso y arrogante, soltando por los abiertos hierros de su plateada cúpula, las revueltas llamas que el viento enciende y apaga á la vez, como el reflejo de un incendio en el agua, ya desciende grave y reposado en medio de los oscuros torbellinos de humo que señalan su curso como el copo de hollin de una fragua amortiguada, ora parece en su descenso una campana que se desploma, ora se asemeja en su elevacion á una granada de viva y encendida espoleta.

La procesion mitrada sale de la capilla mayor, y acompaña á la cabeza del segundo Santiago engarzada con las alhajas de la reina Doña Urraca y del arzobispo Gelmirez. La multitud se acerca á las rejas de la iglesia para observar al *vota-fumeiro*, que traspira en revueltos torbellinos de humo, como un lidiador que se inquieta para la lucha, exhalando de las concavidades de su pecho el ardoroso aliento de la impaciencia. De pronto sube á la altura de un guardia de la catedral que lo lanza trabajosamente al espacio como un ariete de quebradas fuerzas, y la muchedumbre abre instantáneamente un surco en el cual ensaya el incensario sus prolongadas oscilaciones. A medida que estiende sus movimientos cruzando sobre las cabezas del concurso, los grupos ensanchan la línea de su proyeccion, y cuando se remonta hácia los rosetones afiligranados de la antigua metrópoli, la nave principal es desalojada por la concurrencia, y desde las columnas de las naves laterales sigue con la vista al gigante de greñuda cabeza, que se entrega á los sacudimientos de sus férreos músculos, haciéndolos recrujir como la armadura de los fabulosos y titánicos paladines de los *libros de caballería*. Las cabezas se adelantan y retraen á medida que el *vota-fumeiro* llega y se aleja, y al detenerse la procesion mitrada al lado opuesto de su salida para entonar los cánticos sagrados, su oscilacion es rápida, fugaz, instantánea. Barre de un soplo la atmósfera. No se mueve, no oscila, esto es poco, vuela. Y su vuelo, ora raudo, ora altivo, es impelido por los movimientos acompasados de los seis ú ocho hombres que sujetan sus manos á los cordeles unidos á la maroma. A guisa de corcel desbocado se le contiene y refrena, á riesgo de que la escesiva tension ó la escasa fuerza, estrelle contra las bóvedas ó las rejas de la iglesia al inquieto *vota-fumeiro*.



(Incensario antiguo de la catedral de Santiago.)

Y al través de los torbellinos de humo, de los reflejos de los cirios, de los ecos de los cantores, de las esclamaciones espontáneas de la

(1) Archivo del hospital.—Documentos de fundacion de este establecimiento.

(2) En dialecto gallego es conocida por *A cruz dos farrapos* (la cruz de los harapos).

(3) En el resto del año, la maroma sostiene una pequeña lámpara, conocida por *la alcachofa*, que al decir de las gentes era de plata en otros tiempos, en la que se encienden cuatro velas en los dias señalados en la antigua fundacion de una de las casas solariegas de Santiago.

(1) El actual incensario fué construido en el año pasado por el laborioso artista Losada. Se compone de una cúpula de una vara y un cuarto, sobre la cual descansa otra segunda cúpula de una cuarta y media, que completan los seis piés de altura. Su circunferencia es de tres cuartas menos dos pulgadas. En la faja circular, de la que salen las cadenas que se reunen sobre la cúpula superior, se han esculpido ocho plintos, cuatro con conchas doradas á fuego y cuatro con las armas de Santiago. El incensario antiguo, como se reconoce por la presente copia, aunque de diversa hechura porque representaba un brasero con rejillas boleadas, á semejanza de los pebeteros moriscos, tenia las mismas dimensiones. El actual incensario es de laton plateado, asi como el antiguo era de hierro. Se conserva la tradicion de que antiguamente era de plata el *vota-fumeiro*, trayendo á cuento una remota fundacion en la que se habla de *fumes é perfumes é foles na cabeza*, aludiendo al incensorio y á las mitras de las dignidades que salen en las procesiones solemnes.

muchedumbre y de las oscilaciones del incensario, el oido recibe añejas armonías que evocan en nuestra imaginacion los tiempos primitivos de la Iglesia cristiana. Las chirimias acompañan á los sochantres de la procesion. El filósofo ó el poeta retrocede á la edad média, y asiste á la antigua oracion coreada por el pueblo. Las chirimias conservan los ecos de la madre que llora y del niño que grita. Sus acordes son onomatopeycos en relacion con el concurso devoto de los fervorosos tiempos del rezo salmodiado por la multitud. Las chirimías son á la música de los templos, lo que el *papyrus* para la imprenta, la ojiva para la arquitectura y la vidriera iluminada para la pintura. Levantan



(Vota-fumeiro de la catedral de Santiago.)

del polvo de las edades los albores del Cristianismo. Tienen algo de las justas y torneos, porque se acercan á su eco las mesnadas fronterizas de moros y cristianos en briosos caballos y cubiertos de brillantes garzotas ó plateados almetes. Entonces el observador esplica la trasmision imperecedera del arte cristiano, hijo del dolor y artífice de la fé, pasando de la chirimia esculpida en el cimborio de 1384, á la chirimia de la procesion mitrada de 1852, sin echar de ver los escombros de cinco siglos que las edades apilaron entre la cornisa del siglo XIV y el *músico* del siglo XIX. El *vota-fumeiro* de nuestros dias representa á la sazon el *turibulum* de la catacumba ó del claustro monástico.

Desaparece la procesion por segunda vez en las naves laterales, y el *vota-fumeiro* decae en sus movimientos, desfallece en sus oscilaciones: cualquiera diria que descansa de su infatigable carrera. Al comenzar el villancico de la *Soledad*, el mismo guardia que lo habia lanzado al espacio, detiene sus últimos pasos sobre la reja, como un domador vuelve á su jaula una fiera postrada por la lucha. Cuando el órgano responde con sus atronadoras armonias á los cánticos melancólicos de la procesion, que recuerdan la conmemoracion funeral, el *vota-fumeiro*, segun representa la lámina que acompaña á este artículo, es conducido entre dos guardias á la sala capitular, donde se muestra á los forasteros, encerrado en una caja de madera.

Terminaremos la presente descripcion de esta antigualla religiosa, digna de ser estimada como una invencion de proporciones estraordinarias, sin que alcanzase ser imitada dentro y fuera de España (1), al decir de los anticuarios y eruditos, con la siguiente relacion de los dias en que el *vota-fumeiro* recorre las naves de la catedral de Santiago (2). Dia 2 de enero, festividad de los Santos Reyes, Purificacion de Nuestra Señora, Anunciacion de Nuestra Señora, Dominica de Resurreccion, S. Felipe y Santiago, Ascension de Nuestro Señor Jesucristo, Aparicion de Santiago, Dedicatoria de la catedral, Dominica de Pentecostés, Natividad de S. Juan Bautista, S. Pedro y S. Pablo, Santisima Trinidad, el Apostol Santiago, la mañana de su octava, Asuncion de Nuestra Señora, Natividad de Nuestra Señora, Festividad de Todos los Santos, Purísima Concepcion, Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, Traslacion del cuerpo del Apóstol Santiago.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

Santiago 15 de abril, 1852.

(1) En la obra ilustrada, publicada en Paris con el titulo de *Le moyen-âge et la renaissance*, se ha copiado únicamente un grande incensario de plata, perteneciente al siglo XIV, en la proporcion de dos terceras partes de su fabrica. Representa una cúpula gótica con un pequeño cimborio de seis lados, y sobre las ventanas del cuerpo principal descansa un encasamento almenado, realzado por rosetones que decoran los respiraderos del incensario. A juzgar por las cadenas que presenta, era un incensario de mano, á semejanza de otro de cobre, copiado en la misma lámina y esculpido segun el gusto de la arquitectura gótica.

(2) En cada *Año-Santo* que tiene lugar, cuando el dia del apóstol Santiago cae en domingo, los dias 1.º de enero y 31 de diciembre se usa el incensario mayor en solemnidad de la ceremonia religiosa de abrir y cerrar la *Puerta-Santa* del jubileo compostelano.

EL ALMIRANTE D. FADRIQUE.

D. Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, fué un caballero prudente, cristiano, instruido, versado en diversos idiomas y ciencias, aficionadísimo á la poesía, y muy popular, por lo que diremos después.

Se hizo notable en su tiempo por las cualidades que acabamos de referir y por las obras de caridad que no cesó de ejercer, y célebre cuando fuéron conocidas las preguntas en verso que dirigió á otro ingenio amigo suyo, quien las contestó todas, en la propia forma y del modo mas satisfactorio, ocultando su nombre y titulándose solo *fraile menor*. Con efecto, parece que lo era de uno de los conventos de Valladolid, y lo que se sabe de cierto es que se hallaba tullido, casi siempre en cama, y padeciendo constantemente de gota y de mal de piedra; cuyas graves dolencias no le impedian, sin embargo, como él lo asegura y lo atestiguan sus curiosos trabajos, de satisfacer con prontitud y con un acierto y erudicion pasmosos, las dudas que sobre la Sagrada Escritura y materias teológicas, naturales y morales, le proponia de continuo el almirante D. Fadrique, en descifrar multitud de enigmas ó charadas que no cesaba de mandarle el mismo señor, y aun de componer y de dedicar á este nada menos que quinientos consejos ó proverbios, los cuales y las citadas preguntas y respuestas se imprimieron, con las licencias necesarias, en 1545, por Francisco de Alfaro, vecino de la entonces villa de Valladolid, en un grueso volúmen en folio, siendo muy raros los ejemplares que se conservan de esta obra, de la cual poseemos nosotros uno, que no hemos querido ceder por ningun precio á un estranjero que le codiciaba.

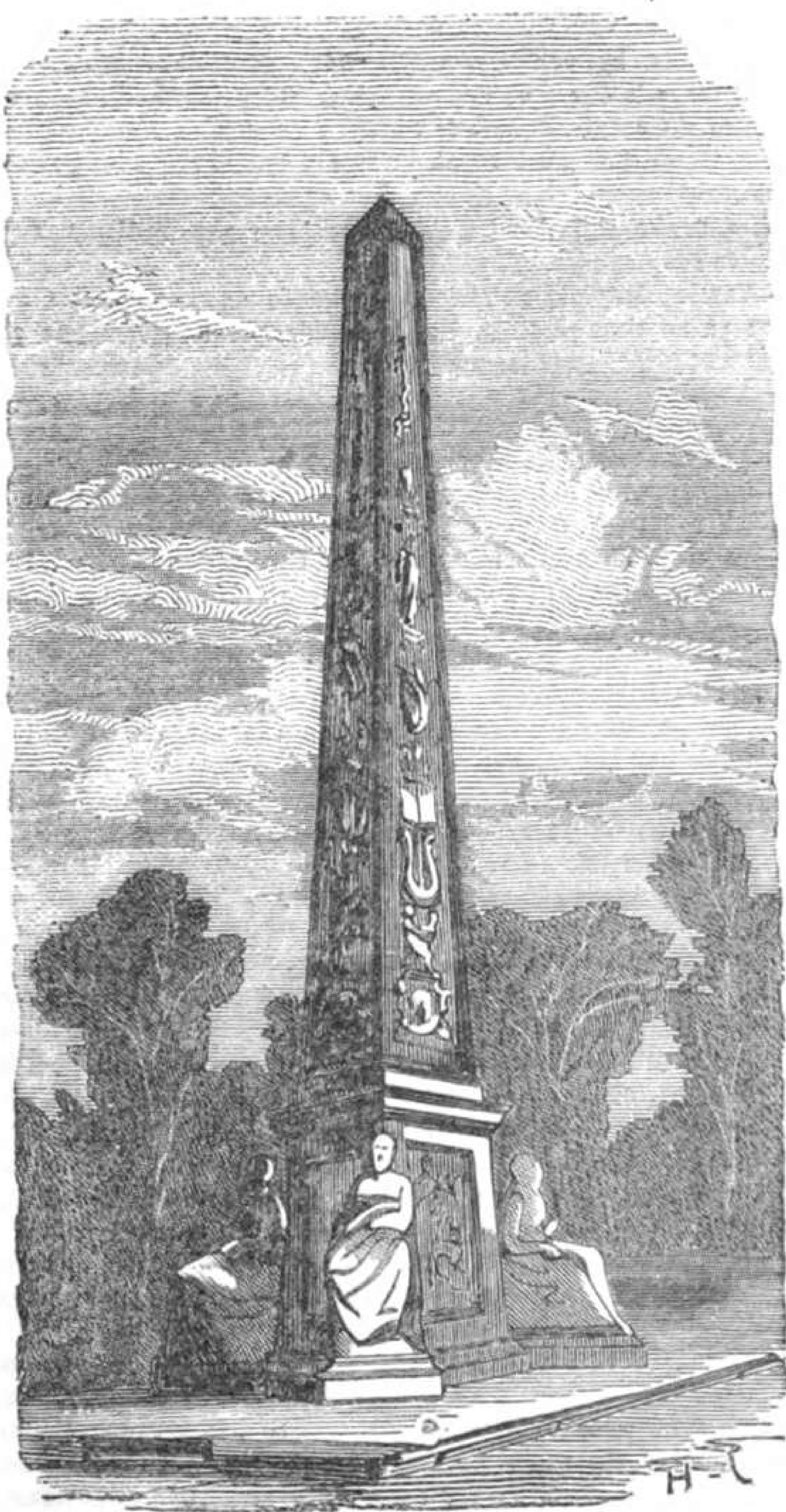
El D. Fadrique Enriquez hizo proposiciones de transaccion, en nombre de los regentes, al jefe de los comuneros Juan de Padilla, y desechadas que fuéron, y cuando el conde de Haro se dirigia con sus tropas á castigar á los vallisoletanos por haber suministrado á aquel dos mil infantes, doscientos caballos y dos pasavolantes, victorioso y engreido por la memorable batalla que el 23 de abril de 1521 ganó en los campos de Villalar, salió á recibirle el almirante, y por su poderoso in-

flujo se logró un completo perdon, que ratificó al año siguiente el emperador, y al cual aludia una lápida negra que los de Valladolid colocaron sobre la puerta de su casa de la plazuela de las Angustias, con el letrero que sigue:

Viva el rey con tal victoria,
Esta casa y su vecino;
Queda en ella por memoria
La fama, renombre y gloria
Que por él á España vino.
Año MDXXII (1).

El almirante D. Fadrique, segundo de este nombre, falleció en su villa de Rioseco el 9 de enero de 1538, y fué enterrado, sin pompa ni ostentacion, segun lo dispuso, á los piés de las sepulturas de la católica señora Doña Ana de Cabrera, duquesa de Medina y condesa de Módica, y de la condesa de Melgar su hermana, en la iglesia del ex-convento de San Francisco de la propia villa, cuyos dos costosos edificios se habian construido á sus espensas.

REMIGIO SALOMON.



OBELISCO DEL MONUMENTO DE ENRIQUE DE LONGUEVILLE.

Este monumento, trasladado al museo del Louvre, es obra de Francisco Anquier. Fué elevado en memoria de Enrique I, duque de Longueville, que habia mandado con distincion los ejércitos de Enrique IV, y que murió el 19 de abril de 1595.

(1) Esta lápida ha subsistido hasta que hace pocos años se sustituyó por la lacónica y prosáica de *Diputacion Provincial.*

UNA CITA EN EL ALBAICIN.

CUADRO DE COSTUMBRES.

(Conclusion.)

II.

Son las ocho y media de la noche de un dia de setiembre del año no sé cuántos: mas claro, media hora después de haber dejado en su casa á la aparecida en el Zacatin. Me parece que no empiezo mal, al menos no dirán mis lectores que no soy activo, ni que no me gusta aprovechar el tiempo. Vaya por el que se pierde (esto no lleva malicia) en novelas donde la accion del segundo capítulo pasa diez años después que en el primero, veinte después en la segunda y última parte, y otros treinta en el epílogo ó *ritornelo* ó lacayo que cierra el acompañamiento, y que el mismo autor llama *Treinta años después*, y que segun mis cuentas debe pasar entre los tataranietos de los que vivian en el primer capítulo.

Como en el mundo todo está compensado, como para uno que tiene el oficio de verdugo hay media docena que tienen la desgracia de hacer el papel de víctimas; para uno que rie y es feliz, hay ciento que rabian y se desesperan; para un hombre de talento hay mil necios que de veras lo son, y otros mil que lo son aunque no lo parecen; para uno que es rey, príncipe ó emperador, hay muchos miles de hombres que se contentarian con tener los dias de fiesta, lo que de continuo sobra al perrito ó gato predilecto del susodicho rey, príncipe ó emperador; como para uno bajo hay otro alto, para una blanca otra morena; así tambien para novelas en que de un tomo á otro pasan años, hay otras en que de un capítulo á otro no pasan horas. Y hé aquí, en fin, esa unidad en la variedad, símbolo de la verdadera belleza.

Abro al instante otro párrafo, porque burla burlando no sé dónde iria á parar.

Como decia antes de tan desgraciadas digresiones, hacia media hora que habia entrado en su casa del Albaicin la desconocida de la cita. Al presente, y no me pregunten VV. cómo lo sé, hallábase en conversacion animada con un personaje que es preciso presentar al lector, igualmente que el sitio de la conferencia. Empezando por lo último, aunque tal vez no debia ser así, diré que era un cuartito como de quince piés en cuadro, sin duda alguna la sala de la casa. Enfrente de la puerta de entrada habia una mesa de pino pintado, imitando á caoba, cubierta con un tapete de algodon blanco. Encima varias cosas que describiré por su órden, pues soy enemigo de todo barullo, y me gusta el órden en todo y para todo.

En medio se veia un Niño Jesus como de media vara de alto, teniendo en la una mano el mundo fajado y con una crucecita en la parte superior, y colgando del otro brazo, pues la mano estaba rota, un rosario negro y un escapulario. Tenia tambien roto el cráneo, y de él brotaba, á modo de jarron, un ramo de flores de trapo, bastante ajadas y descoloridas. A la izquierda del Niño una caja que parecia haber servido en otro tiempo para dulces, y á la derecha un gran tintero sin tinta, blanco, moteado de azul, gordo y rechoncho, y que parecia el brocal de un pozo, del que salia una pluma que debió ser blanca en otros tiempos cuando Dios queria, aunque ya parecia jaspeada por una porcion de motitas negras que no sé qué serian, pero que de fijo no eran de tinta. Al frente de esta línea y á manera de oficial ante su compañía, se divisaba un gran jarro de barro de Andújar, tapado con un tomo de *María ó la hija de un jornalero*, y que debia ser el del vino Encima de la cabeza rota del Niño, clavado en la pared, habia una estampa de San Antonio, con marco; á la derecha otra del hijo pródigo, y á la izquierda un Santo Rostro, pegado con obleas. A un lado un balcon cerrado, y delante unas macetas de albahaca y marimoñas. Frente al balcon una puerta sin puerta, adornada con unos flecos como los de la mesa, blancos, de algodon, y que daba paso á la alcoba que se perdia entre las sombras. Ya se me olvidaba: un gran velon de cuatro mecheros, pero que solo alumbraba con uno que habia junto al jarro tapado, y sin el cual iba á dejar á oscuras á mis lectores, siendo en este caso uno de los objeto mas importantes. Y obsérvese que en la sala del mundo suele acontecer una cosa parecida, con algunos entes despreciables y sin ningun valor real, pero que la combinacion de los sucesos les dan una importancia pasmosa, y llegan á hacerse hasta necesarios, como se hace necesaria en toda casa regular una pieza destinada para cocina, y aun otra ú otras para usos no menos imprescindibles y ejecutivos.

Volviendo á lo primero, esto es, al personaje con quien conversaba la susodicha (pues aun no sabemos su nombre de pila), diré que era un hombre como de treinta años, estatura regular, moreno, patillas negras, y componia su vestimenta un sombrero calañés echado sobre

los ojos, una blusa de verano ribeteada por el pecho, pero que dejaba ver un pañuelo atado al cuello y cogido con una sortija, y unos pantalones blancos sujetos por una faja encarnada. A primera vista parecia un mayoral de diligencias, como era en efecto.

Este se hallaba sentado en una silla alta echada sobre la pared y sostenida por los dos piés de atrás, y su muger, que sin duda era la que allí estaba, junto á él en una silleta baja y mirándole con cariño.

—¿Y al fin sales tú con el coche del lunes? dijo después de un breve silencio la desconocida.

—Sí, porque Agustin, que debió haber venio ayer, se ha quedao malo en Bailen, y no hay mas remedio, contestó el mayoral.

—¿Sabes, Manolo, replicó la muger, que me ha sucedio un suceso muy salao?

—¿Magdalena, qué ha sido? preguntó el mayoral algo sobresaltado, porque han de saber mis lectores que era celosillo el tal Manolo.

—Casi nada.

—Cuenta, cuenta.

—Si vieras el paquete que se ha empeñao en venir conmigo hasta casa.

—Seria uno que ví bajar cuando subia la cuesta é San Gregorio... pantalon blanco... de mi altura... un ceñorito.

—El mismo, Manolo. Querrás creer que me ha venio fastidiando desde el principio é el Zacatin, casi desde Bibarrambla?

—De veras? repuso Manolo, ya algo amostazado con estos descubrimientos.

—Cabalito.

—¿No le dijiste que eras casada?

—No una, sino cien veces.

—Y con too eso...

—Como si no hubiera dicho nada. Aun me parece haberle oido decir que se alegraba de ello.

—Qué dices?

—Lo dicho,

—Y tú?...

—Le dije que mañana á esta hora volviese por aquí.

—Magdalena! esclamó el mayoral con voz de ira y arrugando sobremanera el entrecejo.

Magdalena tambien se puso en pié, y con muestras de gran confianza y con una tranquilidad que hacia resaltar mas la incomodidad de su marido, le dijo sonriendo maliciosamente:

—Ya lo sabrás todo; deja veo si la muchacha acabó de freir las papas con huevos que hemos de cenar; y salió de la sala.

—Cómo todo! esclamó su Manolo. Pues no faltaba mas... yo le ofrezco á ese señó paquete que si le cojo se ha de acordar de mí... habrá atrevido... como le llegue á pillar!...

A este tiempo entró Magdalena, y haciendo un movimiento de cabeza, esclamó:

—Ea, Manolo, ya está la cena. Mientras acabamos te contaré el fin de la aventura.

—Sí, vamos, repuso el marido, á quien ya aguijoneaba la curiosidad.

Tomó el velon y el jarro, y se perdieron de vista torciendo hácia la izquierda, donde habia otro cuartito.

Con esto me veo en la imposibilidad de contar aquí lo que entre los dos sucederia; pero si el lector tiene paciencia para llegar al fin de mi cuento, le ofrezco no ha de quedarse á oscuras, como quedó la sala del Niño Dios descalabrado y la mesa pintada del tapete de algodon.

III.

Habian pasado veinticuatro horas desde mi encuentro con Magdalena en el Zacatin. Las ocho acababan de dar en el reloj de la catedral, y otros varios, como ecos suyos, repetian las ocho por diversos puntos de la poblacion. La subida al Albaicin se me figuraba mas penosa que el dia anterior, y era natural, pues entonces no me hacia parar mientes en ella, lo que me hacia parar y mucho los ojos en el garbo y gracia de la aparecida incognita; y ahora además el deseo de llegar á la cita me hacia creer los momentos cuartos de hora, pues dicen que el *el que espera desespera*, y yo esperaba tener un buen rato. Así no es estraño que la distancia se me hiciese mas larga y la subida mas ágria y trabajosa. Pero todo tiene término en el mundo, y tambien lo tuvo mi viaje. Llegué, llamé, me abrieron, y á poco nos hallábamos Magdalena y yo sentados uno frente á otro en la misma sala donde el dia anterior habia tenido efecto la conversacion que aquella sostuviera con el mayoral Manolo, y que ya conocen mis lectores.

—Ya ve V., amiga, que he sido puntual, esclamé dejando el sombrero sobre la mesa pintada.

—Sí señó. Há poco han dao las ocho en la catedral, y ya, ¿oye usté? está tocando la campana é la Vela (1).

—Jamás, continué yo, dejo de asistir cuando se lo ofrezco á una jóven tan linda y graciosa como V.

—Grasias, cabayero.

—¿Y no podria saber cuál es el nombre de V.?

—Sí señó, ¿por qué no? No es muy bonito, pero no tengo por qué ocultarle. Me llamo Magdalena.

—¡Magdalena! Me gusta mucho este nombre. Sin saber por qué, me se figura que quien se llame Magdalena ha de tener alma noble y buen corazon. Y la prueba está en V. misma. Sin saber que se llamaba así, desde que la ví escitó mis simpatías.

Magdalena calló, bajó los ojos sonriendo levemente, y se puso á hacer y deshacer maquinalmente nudos en las puntas de un pañuelo de seda que tenia en las manos.

Hubo un momento de silencio, y de nuevo le rompí preguntándola:

—¿Y de qué pueblo es V.?

—De Granada.

—¿Del mismo Granada?

—Sí señó. Nací junto á la Puerta Real, y allí viví con mi madre hasta que me casé.

—¿Y desde entonces la dejó V. sola?

—No señó. Tengo otra hermanita que vive con mi madre. Mi padre murió junto al Viso viniendo de Madrid. Era arriero, y le salieron unos ladrones. El, con otros arrieros que venian juntos, trataron de defenderse, y le dieron un tiro que le atravesó el vientre. Los robaron el dinero y las caballerías que traian, y los dejaron abandonados y casi en cueros. Con muchos trabajos llegó á Granada, y á los tres dias murió.

Y se llevó el pañuelo á los ojos para enjugar algunas lágrimas que caian de sus párpados.

—Vamos, Magdalena, esclamé acercando un poco mi silla á la suya; ya no tiene remedio. Es una deuda que todos tenemos que pagar mas tarde ó mas temprano.

—A veces si una no se echara esa cuenta... pero no hay mas que tener paciencia.

—¿Tiene algun oficio su marido de V.?

—Es mayoral de diligencias.

—¿Y no tiene V. ningun niño?

—No señó. Tuve una niña, y se me murió del sarampion. Pero mucho deseo tener algun otro que me acompañe cuando mi Manolo está fuera.

—¡Son tan incómodos de pequeños!

—¡Si usté supiera lo que vale un hijo para una madre! Aunque una tenga que ponerse á pedir en la puerta de una iglesia, está contenta si ve dormido á su hijo sobre la falda y tiene un pedazo de pan que darle cuando se despierte y se lo pida. Así que no pido á Dios mas, pues á Dios gracias no me hace falta nada para pasar, que un niño ó una niña. ¿Y usté será forastero?

—Sí, hace unos dias he venido de Madrid.

—¿Se va usté pronto?

—No, pienso estar una temporada larga.

Esto no era verdad, pues dentro de ocho ó quince dias que tardaria en ver sus monumentos y cosas notables, dejaria la célebre ciudad de Boabdil. ¿Pero cómo se ha decir á una persona cuyo afecto se desea uno granjear, que dentro de poco trata de abandonarla y tal vez para siempre? Seria destruir con una mano lo que se levantaba con la otra.

—Por esto, continué yo, espero tener el gusto de verla á menudo, y lo que deseo es que V. sea franca y confiada conmigo, pues ahora y siempre debe contar con mi sincera amistad.

—¿Pero cómo he de creer que un zeñorito como V. quiera ser amigo de una pobre como yo, y que además no puede tener mas amigos que su marido?

—Me parece que en el hecho de dirigirme á V. sin que nadie me obligara á ello, demuestro que tengo gusto en ser su amigo. Tocante al marido, no tenga V. cuidado. En esto no hay ninguna maldad, pues segun su esposo de V. tendrá sus amigas, V. tambien puede tener sus amigos sin faltar por eso á la fidelidad conyugal. Además que su marido no necesita saberlo.

—Porque ya lo está! esclamó el mayoral saliendo de improviso de la alcoba.

Salté de la silla, y sacando un estoque que llevaba, me preparé á defenderme.

—Traidora! esclamé lanzando una mirada de despecho á Magdalena. ¿Qué quiere V? continué dirigiéndome al marido.

(1) Como desde los campos de Granada no se oye el reloj de la catedral, hay en una de las torres de la Alhambra, llamada de la Vela, una campana que desde el toque de ánimas hasta el amanecer, da ciertas determinadas campanadas para la distribucion de los riegos en la Vega.

—Poca cosa; y sin saber cómo, sentí su mano de hierro que me sujetaba el brazo con que empuñaba el estoque.

—Manolo! esclamó Magdalena.

—Magdalena, vete de aquí; dijo este.

Aquella salió, y quedamos frente á frente el mayoral y yo.

—Suelte V. ese baston.

—No quiero.

Y con la izquierda, en donde conservaba la otra mitad, le tiré uu golpe á la cara.

—¡Por Cristo! esclamó parando el golpe con la otra mano, y sacando en seguida una navaja.

—Si no tira V. pronto ese pincho, continuó, le he de abrir en canal.

Viéndome perdido tiré el estoque al suelo, que aquel recogió en el momento, y le dije con desden:

—En resumidas cuentas, V. qué quiere?

—¿Cuánto dinero trae usté?

—Ya comprendo todo esto, dije rabiando de ira al creerme víctima de un lazo para robarme. Saqué el dinero que llevaba y dije:

—Ya vé V., seis napoleones y unas pesetas.

—Deme usté cinco y quédese con lo restante, que de sobra tiene para cenar esta noche.

Se los dí, y esclamé enseñándole el reloj:

—Ya ve V. mi reloj. Pero le ruego me le deje, pues le aprecio mas que si valiera al doble.

—Guárdese el reloj, que naide se lo ha pedio, prorumpió el mayoral con muestras de disgusto. Ahora coja el sombrero, repuso, y véngase conmigo.

—¿Adónde quiere V. que vayamos?

—Aquí cerca.

Cogí el sombrero, y ya salia por la puerta de la sala, cuando aquel me dijo:

—Que se deja usté el baston.

—Me es igual, contesté secamente.

—No señó, dijo aquel; y cogiéndole del suelo me le entregó. Ahora sígame usté.

—Vamos donde V. quiera.

Y salimos de la casa, no sin murmurar yo entre dientes, maldita sea la hora en que vi á esa pícara muger y en que tuve el capricho de acudir de noche á una cita en el Albaicin.

IV.

Apenas salimos de la casa de Magdalena,

—Por aquí abajo, repuso Manolo.

—Hable V. claramente y pronto, respondí parándome en medio de la calle. ¿Adónde quiere V. que vayamos, y para qué? Lo que se le ofrezca puede decirme aquí mismo.

—Aquí no, contestó el mayoral. Y si no tiene V. miedo, sígame y calle.

—Nunca he temido á ningun hombre, respondí con acento de cólera, y comencé á andar bastante de prisa.

Bajamos la cuesta de San Gregorio y calle Caldereria sin hallarnos á alma viviente. Al llegar á la de Elvira, oimos un largo silbido, señal de alerta entre los serenos de Granada, y á poco un prolongado «Ave Maria Purísima... las nueve en punto y nublado». Entramos en la calle Elvira, y ya por allí transitaban algunas personas, por lo cual, y al ver que nos dirigiamos hácia la plaza Nueva, no pude menos de decir:

—¿Por qué no vamos á la plaza del Triunfo? Allí estaremos mas solos, y puede V....

—Mejor vamos por aquí, dijo sin dejarme acabar.

Callé y seguí adelante.

Ya se divisaba la plaza, cuando al llegar al refugio de mugeres y casa de caridad, dijo Manolo parándose en el umbral.

—Entre usté conmigo.

Es de advertir que en el zaguan de este asilo hay un pequeño retablo, siempre alumbrado, merced á la gran veneracion en que está por sus muchísimos devotos, y que casi siempre se halla alguno de rodillas ante su sagrada imágen. En aquella ocasion no habia nadie, por lo que pudo Manolo hablarme con mas libertad.

Mi asombro crecia por momentos y llegó á su colmo cuando enseñándome los cinco napoleones que yo le habia dado poco antes, dijo echándolos en un cepillo de limosnas que allí se encontraba:

—¿Ve usté para lo que los queria? Para que haga usté una obra de caridad.

Quedé absorto y no sé qué palabras articulé, pero el otro continuó:

—Ahora recemos una salve á la Virgen, yo para darle á Dios gracias en tener una muger tan güena, y usté para que le preserve de desear la mugé del prójimo, como nos manda el catecismo.

Rezamos una salve y salimos de allí, á cuyo tiempo entraba una muger muy tapada y que no me pareció de la clase ni edad de las santurronas, lo que confirmaba el modo y hora en que iba, cuando tan poca gente podia presenciar sus oraciones.

No bien estuvimos en la calle cuando por un movimiento espontaneo de mi alma esclamé:

—Perdone V., Manolo; le he ofendido con mi conducta y mis palabras, y hasta con mi pensamiento.

—Qué dice usté?

—Sí... llegué á tener á V. por un ladron y á Magdalena por...

—Por la mugé mas güena que hay en el mundo, esclamó con satisfaccion el mayoral.

—Pero no me esplicaria V.

—Sí señó... es muy fácil. Ayer noche, á poco de haber V. dejao á mi Magdalena, llegué á casa y toito me lo contó.

—Entonces esta venganza noble y virtuosa, es...

—To es de ella. Mira, Manolo, me dijo, mira lo que vamos á jaser para enseñar á este ceñorito; que tambien entre los probes hay gente honráa... Después... yo al pronto me incomodé... pero... luego determinó... que...

—Lo que he visto.

—Cabal.

—Tiene V. un ángel por muger.

—Sí señó, un ángel.

—Quiero ir, repliqué con decision, á dar gracias á Magdalena por la leccion que acaba de darme.

—No, ceñorito. Está muy lejos, y es tardecillo. Mañana es otro dia... y puede su mercé ir á mi casa cuando guste, como á la suya.

—Gracias, Manolo. Hasta mañana, y cuente V. siempre conmigo en cuanto se le ofrezca y pueda servirle.

—Muchas grasias, ceñorito, contestó Manolo dándome unas palmaditas en el hombro izquierdo.

—Pues hasta mañana.

—Güenas noches, y hasta cuando su mercé quiera.

Eché á andar, y volví la cabeza para contestarle:—Gracias, Manolo.

Este se dirigió hácia su casa, y yo hácia el Campillo, donde tenia la mia en la fonda de Vigarai.

CONCLUSION.

Al dia siguiente fuí, como le habia ofrecido, á dar las gracias á Magdalena. Esta y su marido me recibieron con suma satisfaccion.

Casualmente iban á almorzar, y se empeñaron en que los acompañara; pues yo no habia hecho aun sino tomar el chocolate. Accedí porque no lo tomaran á desprecio, y luego me alegré mucho de ello. El almuerzo consistió en unas magras con tomate del rico jamon de las Alpujarras, un gran plato de sabrosos boquerones, negro vino puro de Valdepeñas, y unas doradas uvas de Jaen.

Mucho pudiera decir á mis lectores acerca de lo que pasó por mi mente durante el almuerzo. Grande placer tengo cuando recuerdo aquella consabida sala, donde alrededor de una mesita baja, lejos del bullicio y falsedades de la alta sociedad, y entre dos pobres pero honrados artesanos, me sirvieron tan frugal y delicioso almuerzo. Aun me acuerdo del contento y risa, principalmente de Magdalena, al oirme recitar de sobre mesa las fáciles redondillas de la sabida y chistosísima *Cena jocosa* de Baltasar del Alcázar. Desde entonces y casi siempre que iba á su casa, me saludaba Magdalena con aquellos versos:

La mesa tenemos puesta,
lo que se ha de cenar junto:
las tazas del vino á punto,
falta comenzar la fiesta.

lo que solia arrancarme un «gracias, hermosa Magdalena», que muchas veces oia su marido, acabando por preguntarme con el acento mas gracioso y hechicero, si el portugués seguia enfermo.

En fin, pues sino tenia mucho que contar, baste con decir que mientras estuve en Granada, casi todos los dias veia á Manolo ó Magdalena, pues cuando pasaban por el Campillo, rara vez lo hacian sin subir á mi habitacion. Al despedirme para Madrid, confieso que tuve un verdadero sentimiento en separarme de aquel feliz matrimonio, y especialmente de Magdalena, que segun mis pronósticos habia salido la criatura mas discreta y bella, y la mas honrada esposa que se puede imaginar, retractándome gustoso ante mí mismo de la maldicion que habia echado sobre las citas del Albaicin.

Antes de despedirme de mis lectores, quiero tambien decirles dos palabritas que acaso no vendrán á pelo, pero que nunca estarán de sobra.

Lejos de mí al escribir este cuento la idea de hacer unas memorias tan insulsas como casi todas las memorias, ó unos estudios morales

tan pobres y faltos de ingenio como los muchos que se ven por ahí sacar á la vergüenza, lejos de mí el empeño de hacer una novela donde demostrar mi corto saber, la feliz ó infeliz disposicion de mi alma para escritos filosóficos, y el poco ó mucho talento que Dios se dignó concederme al echarme á este mundo. Nada de eso: mi objeto no ha sido otro que presentar un bosquejo, una accion loable y de la que se puede sacar alguna enseñanza, y principalmente el de entretener algun momento de ocio y de llenar el tiempo que me sobraba despues de visitar la Alhambra y el Generalife, la catedral y los magníficos sepulcros de los Reyes Católicos, la piadosa fundacion del gran capitan, y la famosa cartuja donde los humildes hijos de S. Bruno pasaban su vida en el mayor ascetismo y recogimiento, comiendo ricas frutas y sabrosos manjares, y habitando moradas de mármoles de las célebres canteras de Granada, y separados de los profanos por puertas embutidas de ébano, caoba, concha, nácar, marfil y plata.

Mi objeto al tomar la pluma para trazar estos renglones, no fué otro que entretener algunas horas, pues con un célebre poeta,

Yo con pasar mi tiempo me contento.

Mucho siento no poder ofrecer á mis lectores párrafos del género de los que brotaba la inolvidable pluma de Fígaro, y de los que para regocijo de sus aficionados salen aun de tarde en tarde, bajo las firmas del ingenioso y dulce Fernan Caballero, y del no menos filosófico y profundo Miguel de los Santos Alvarez. Pero qué se ha de hacer, en la naturaleza cada cosa engendra su semejante, y así ¿qué otra cosa puede salir del pobre ingenio mio sino un fruto insustancial, agrio y áspero, como manzana arrancada del árbol antes de haber llegado á su madurez? Con el tiempo maduran las uvas, y con el tiempo madurará mi entendimiento, y entonces podré, ¡oh público ilustrado! ofrecerte algun tributo de su cosecha, que á ti te sirva de provecho y entretenimiento, y para mí sea de placer y vanagloria.

Y con esto y hasta que el tal dia empiece á lucir, salud y Dios te guarde.

FRANCISCO VILA.

Granada, setiembre de 1852.

RECUERDOS DE LA GRANJA.

Para ver correr las fuentes
se va Madrid á la Granja;
que las suyas son juiciosas
y se están siempre paradas.

Solo á puras norias corren,
solo á puras bombas andan,
y todas piden Lozoya
cual los niños teta y mama.

Tambien de Segovia llega,
ciudad de Maricastaña,
todo el lujo y la hermosura
columpiándose en tartanas.

Sobre graves castellanos
de orejas y cuatro patas
encarnadas y amarillas
van llegando *trasipardas.*

Son sus piés de perdigon,
sus manecitas manazas,
y su cuerpo es alcachofa
en llevar faldas y faldas.

¡Cómo adorna aquella tarde
el palacio su fachada
con esfinjes y sirenas,
mascarones y tarascas!

Y ¡cuál lleno de alborozo
ve cruzar entre las ramas
lo postrero de cien cofres
que San Luis al aire saca!

Da principio el dios *Eolo*
cuando un hombre se lo manda,
y le mojan á soplidos
de sus súbditos las caras.

Y en tanto que toma un baño
por probar la *hidroterapia*,
una fuente en escaleras
hácia sí la gente llama.

Con *Vertumno* habla *Pomona*
y habla Duero con Adaja,
y de gusto á todos cuatro
se les van allí las aguas.

La *Carrera de caballos*
hacia abrir bocas tamañas,
que en Madrid no son tan buenas
ni tampoco tan baratas.

Que allí corren entre polvo
los *jockeis* de carne humana,
y aquí entre agua las nereidas
con Neptuno, Apolo y Palas.

Don *Perseo* da mandobles
y furiosas cuchilladas
á un horrible culebron
que se come una muchacha.

Hoy Perseos habrá pocos,
pero *Andrómedas* no faltan
que permiten que las traguen
cuando el monstruo tiene plata.

Sigue luego el *Canastillo*
hijo pródigo del agua,
regadera de los tontos,
protector de quitamanchas.

¡Cuál refresca los amores
y recien peladas pavas,
y cuál hace alzar el grito
al que ve y al que se baña!

Van despues las *Ocho calles*
con sus dioses en estatuas
(en Madrid, Puerta del Sol
las de zánganos no faltan).

Ven, *Latona* hácia la corte
con tus hijos y tus *ranas*
á ayudar al pobre *Berro*
y á la humilde *Mariblanca.*

Ven, en tanto que Lozoya
se despide de Jarama,
dirigiéndose á nosotros
con sus truchas y sus algas.

Acteon desde su gruta
ve bañándose á *Diana*,
y aunque pasan muchos años
no se cansa de mirarla.

Ella haciendo que no ve
vuelve al mocito la espalda;
que el no ver lo que no quieren
es de feas y de guapas.

Quiere alzar la fama luego
á las nubes mil hazañas,
y como hay pocas ahora
echa solo un chorro de agua.

Con la fama acaba todo,
y si yo tuviera fama,
mas de cuatro aquí dijeran:
«¡qué talento el de Tejada!»

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.



PANDANUS DE LA ISLA DEL PRINCIPE.

Los primeros esploradores de las riberas africanas, después de haber costeado las desiertas y desoladas playas del Saharah, lanzaron un grito de admiracion al observar el cambio repentino que, de una á otra orilla del Senegal, les ofrecia la naturaleza. La vegetacion mas rica reemplaza sin transicion á la mas completa aridez, y hombres negros, altos, robustos y bien proporcionados, suceden á los débiles y pequeños árabes, nómadas habitantes del desierto.

«Nunca he visto espectáculo tan estraño, aunque he navegado largo tiempo en los mares orientales de Europa,» decia en 1446 el veneciano Cadaellosto, cuando después de haber doblado el cabo Verde, costeó las orillas del Senegambia: «la tierra es baja y está cubierta de hermosisimos árboles, siempre verdes, porque sus hojas nuevas se desarrollan antes que caigan las viejas; estas nunca se marchitan ni se secan, como en nuestros climas, y los árboles se inclinan hácia la playa para buscar las olas, como si procurasen sustentarse con sus tibias y salobres aguas.»

Veintisiete años después del viaje del veneciano, descubrieron los portugueses mas al Sur, y á poca distancia de las pantanosas tierras de la Guinea, cuatro islas, que deben sin duda á su volcánico suelo una vegetacion escepcional.

31 de Octubre de 1852.

Fernando Póo, que es la mas setentrional y mas considerable de ellas, ha conservado el nombre del primer portugués, que absorto de admiracion al contemplar sus pintorescas colinas llenas de bosques, la llamó desde luego *Formosa*. En la del Principe, situada á treinta horas de la costa de Guinea y á un grado y treinta y siete minutos de latitud Norte, se encuentra la notable muestra de la familia de los pandáneos, cuyo grabado presentamos hoy á nuestros lectores. La isla aparece como un punto verde en medio del Océano, debiéndose únicamente á fuegos subterráneos el nacimiento de sus gigantescas masas, que elevándose desde la playa en pendientes irregulares, van formando de cima en cima, una meseta circular que se pierde entre las nubes. El terreno, rico conjunto de descompuestas lavas, espeso monton de vegetales que incesantemente se renuevan, produce plantas maravillosas y magníficos árboles, que tiñe de colores el sol de los trópicos, y que ostentan un lujo de mezclas variado hasta el infinito, con las cuales se confunden innumerables tintas de verdura. Columnas vaporosas de humo suben á lo largo de las pendientes, y revelan la presencia de algunos hornos volcánicos en el seno de aquellos bosques. Encajonados entre los imponentes arcos de los grandes árboles, numerosos arbustos rodean la multitud de plantas que cubren el suelo. Comprimido y sobrecargado, imprégnase el aire de ardorosos perfumes. Al abrigo del baobab, de ese coloso del reino vegetal, y debajo de las gigantescas tribus de las malváceas y meliáceas tropicales, cuyas crestas ocultan las elegantes sombrillas de cocoteros, se estienden las masas mas sombrías del cafeto, con sus hojas purpurinas, y en torno de las ananas, que despiden hácia todas partes sus agudas y estrañas hojas, las arrogantes iliáceas, las apuestas campanulas, y otras mil flores sin nombre esmaltan las encantadoras cañadas, que dividen la superficie de tan fértil y riquísimo terreno.

Hé aqui los pormenores que da acerca del *pandanus*, el oficial de marina que lo ha descrito:

«Una corriente de agua que procede de las alturas escarpadas de la isla y cae de roca en roca, mantiene una humedad constante en un estrecho valle, en el cual se refleja y se concentra el calor de los rayos perpendiculares del sol. La atmósfera, tibia allí por estas dos causas, alimenta en el fondo de aquel abismo una vegetacion poderosa, y el pandanus se levanta en el sitio en que la garganta de dos montañas se ensancha, y donde descansando un momento, las aguas del torrente se encuentran con las olas del Océano, que asaltan la playa.

»A la cuarta parte de su altura, que en la isla del Príncipe llega á catorce ó diez y seis metros, la rama ó tallo principal puede tener unos treinta y cinco centímetros de diámetro: en la parte mas baja disminuye de volúmen y en la punta que besa el agua es delgada. Esta rama es anillada, y partiendo del punto en que empieza á adelgazar, cada uno de sus anillos da nacimiento á muchas fibras, que forman ángulos agudos, describiendo á veces curvas ogivales, que se meten en el fondo del riachuelo. Aquel monton de ramas que rodean el centro del tronco, es el que sostiene al árbol. Las fibras tienen de doce á quince centímetros de circunferencia, y están cubiertas, como el brazo principal, de una corteza blanquizca, y no presentan anillos. El árbol, desplegándose sobre aquel sosten como un monstruoso reptil, se divide á las dos terceras partes de su altura en cinco ó seis ramas, que producen en sus estremos otras mucho mas pequeñas. Cada rama, apretada al principio, hinchada despues como un cuello de cisne, y circular en la punta, se corona de hojas largas, carnosas y agudas, de bordes cortantes, y parecidas á un trofeo ó escudo de dardos.

»Este árbol estraño, con sus débiles apoyos, con sus ramas desnudas, cuyas graciosas curvas se inclinan hácia el horizonte, es de un efecto aéreo. En torno del pandanus se ven esparcidas plantas acuáticas, que se reflejan en los cristales puros que alimentan al árbol. Al encanto de este cuadro debe añadirse la soledad del sitio y el profundo silencio, que únicamente turban los modulados suspiros de los tritones y otros batracios que se sacuden en la playa, ó el grito de la gallineta, posada en una roca medio sumergida, desde la cual espia el momento de caer sobre su presa.»

Se han encontrado muchos ejemplares del pandanus en algunas islas de la Polinesia, en la Nueva-Zelanda y en la Nueva-Guinea. Los isleños de la Oceania tejen muy buenas esteras con las hojas del *pandanus odoratissimus*, al cual llaman *vacoua*: la calificacion de oloroso se debe al olor suave y fuerte que exhalan las flores, de las cuales basta un simple fragmento para perfumar por mucho tiempo una habitacion. El *pandanus utilis*, indígena de Madagascar y de la isla de Borbon, se cultiva tambien en la isla de Francia y en las Antillas: sirve para tabiques, y con sus hojas se hacen las cajas que sirven para traer á europa el café, los azúcares y otras producciones coloniales. El *pandanus edulis*, cuyos racimos se comen, crece espontáneamente en Madagascar. Por último, un viajero llegado de Candola, asegura que existe en Africa cierta clase de pandanus, cuya flor se abre despidiendo una especie de relámpago, acompañado de una esplosion.

De la traduccion de la **Eneida** por D. Enrique de Aragon, conocido vulgarmente con el nombre del marqués de Villena.

Los señores traductores de la *Historia de la literatura española* por G. Ticknor han puesto en el tomo I, y en la parte en que el autor trata del marqués de Villena, una nota en la que manifiestan lo interesante que seria averiguar la relacion que pudiese existir entre la traduccion de la *Eneida* por el dicho marqués, y la que el señor Ochoa refiere bajo el nombre de Juan de Villena en su *Catálogo de manuscritos españoles existentes en las bibliotecas de París*. El objeto de estas líneas es responder en cierto modo á aquella indicacion, manifestando algunas coincidencias que me mueven á creer que ambas traducciones no son mas que una sola, y los dos códices en que se encuentran, partes de una misma obra, si no de un mismo ejemplar. Para ello, prescindiendo de lo que dijeron D. Nicolás Antonio, y Bayer, reuniré aquí lo espuesto por Pellicer en su *Ensayo para una biblioteca de traductores españoles*, y el artículo del señor Ochoa correspondiente al Juan de Villena citado, á fin de que cualquiera pueda hacer la misma comparacion que yo, y deducir las consecuencias que le parezcan mas oportunas, si las mias no las juzgan acertadas.

«El códice que hemos registrado, dice Pellicer, es en folio, papel de marquilla, copia moderna, hecha á mediados del siglo XVII de un códice del siglo XV... En la primera hoja, después de una breve advertencia, se lee este título: *Traslado de latin en romance castellano de la Eneyda de Virgilio, la cual romanzó D. Enrique de Villena*, etc. Sigue la dedicatoria, y á esta un proemio de mas de catorce hojas, donde da el intérprete larga razon de la *Eneida* y de la vida de Virgilio. Síguese inmediatamente la traduccion, la cual, como todo lo antecedente, se ilustra con copiosas notas marginales, que allí se intitulan glosas. Contiene este códice la version de los *tres primeros libros de la Eneida no mas, si bien el marqués tradujo enteramente los doce, como diremos luego*. Con todo, es apreciabilísimo este fragmento, que acaso es la mayor porcion que se conserva de esta rarísima obra. La biblioteca de la santa iglesia de Toledo posee otro códice, pero falta en él la traduccion enteramente, y solo contiene el proemio y las glosas sobre él y sobre los tres libros referidos... Bayer cita otro, existente en la iglesia de Sevilla, que comprendia los mismos tres libros primeros, pero sin comentarios, y del cual se sacó copia para la biblioteca real... Emprendió esta version el marqués de Villena á ruegos del infante D. Juan, rey de Navarra, primo hermano de D. Juan el II de Castilla y padre de D. Fernando el Católico, el cual deseaba leer á Virgilio y no entendia suficientemente la lengua latina... En la traduccion sigue el mismo órden que el original en la division de los libros, pero subdividió cada libro en diferentes capítulos, poniendo á cada uno de estos *su respectivo epígrafe* para que no se fastidiaran los lectores con un discurso prolijo y sin pausa. Esto y el modo con que procedió en la version refiere él mismo en el proemio: *En la presente traslacion, dice, tove tal manera, qae non de palabra á palabra, ne por la órden de palabras que está en el oreginal latino; mas de palabra á palabra, segun el entendimiento y por la órden que mejor suena, siquiere parece, en la vulgar lengua: en tal guisa que alguna cosa non es dexada ó pospuesta, siquiere obmetida, de lo contenido en su oreginal, antes aquí es mejor declarada y será mejor entendida por algunas espresiones aculld subintellectas, siquiere impricitas, ó escuropuestas, segund claramente verá el que ambas las lenguas latina é vulgar supiere, y ubiere el oreginal con esta traslacion comparado. Esto fice por que sea mas tractable, y mejor entendido, é con menos estudio y trabajo. Vos, señor, ya que lo podaes sentir, siquiere mentalmente gustar, el fruto de la dotrina latente, siquiere cubierta, en el artificioso decir, porque se non enoge vuestra merced, ne los otros leedores sin diferencias, los diversos actos de cada libro partí por capítulos, ansí que dis yustamente podaes ler lo que mas pacible vos fuere, magüer Virgilio sin distincion capitular fizo cada libro, solo texiendo aquel de continuados versos, etc.....* Hemos dicho que aunque existen solo en este códice los tres primeros libros de la *Eneida*, el marqués tradujo todos los doce de que se compone. Significalo él mismo en una glosa del proemio, afirmando que para comodidad de los lectores dividió los libros de la *Eneida*, á saber: el libro I en veintinueve capítulos, el II en treinta y uno, el III en veinticinco, el IV en veintiocho, el V en diez y siete, el VI en treinta y dos, el VII en treinta y cuatro, el VIII en veintisiete, el IX en veintinueve, el X en treinta y uno, el XI en treinta, y el XII en treinta y tres. *Todos*, añade, *trescientos cuarenta y seis y veinte párrafos principales del proemio hacen trescientos sesenta y seis, cuantos dias hay en el año; y así, leyendo el perezoso leedor cada dia un capítulo, al cabo del año lo leyó todo.* Y es así, que en los tres libros que hemos registrado se verifican los ochenta y cinco capítulos en que dice los dividió, lo cual no hay duda sucederia tambien en los restantes. Repartiendo el marqués la lectura de la *Eneida* con esta economía y con

tanta conveniencia del lector, parece quiso que tardase este en leerla mas tiempo que él tardó en componerla, segun se colige de lo que escribe en la página quince del proemio (en cuya glosa dice que tardó **un año é doce dias** en medio de otras ocupaciones en que hubo de entender, entre ellas la **Treslacion de la comedia del Dante á preces de Iñigo Lopez de Mendoza, é la Retórica nueva de Tulio, é otras obras menores...** y que la empezó en 28 de setiembre de 1427). . . . . . .

. . . .

Sin embargo de la apresurada diligencia con que el marqués perfeccionó la traduccion de la *Eneida* en obsequio de su pariente el rey de Navarra, nunca llegó á sus manos, porque estando para hacer copiar en vitela y de buena letra el original, en donde habia al principio un dibujo en que se representaba al rey sentado en su trono con el correspondiente acompañamiento, y D. Enrique en ademan de presentarle la traduccion; sucedió que á la sazon movieron guerra los dos primos reyes, y el marqués se abstuvo no solo de hacerle este presente al de Navarra, sino de su comunicacion. . . . .

. . . .

Sin embargo, no queriendo nuestro ilustre traductor que su obra quedase oscurecida, permitió que algunos caballeros de Castilla que manifestaban grande curiosidad de verla, sacasen várias copias, las cuales, de tal modo han perecido, que se tiene á mucha felicidad que se conserve este fragmento.»

Hasta aqui Pellicer; Ochoa, en la página trescientas setenta y cinco de la obra citada pone el siguiente artículo:

«7812.—188.—***Traduccion en prosa de los nueve últimos libros de la Eneida por Juan de Villena.*** Manuscrito muy bien conservado, siglo XV, en cartulina, caractéres góticos; trescientas once hojas en folio. Las últimas hojas están muy deterioradas. El traductor divide cada canto en cierto números de capítulos, pero de un modo puramente arbitrario; así, el *canto* IV (primero de los que contiene este códice) *tiene veintiocho capítulos, el* V *diez y siete, el* VI *treinta y dos*, y la misma desigualdad se observa en los demás: el V está además dividido en *distinciones* en que se cuentan los juegos que hizo celebrar Eneas en el sepulcro de Anchises. Precede á cada canto **un pequeño resúmen de su contenido, igualmente que á cada capítulo y á cada distincion...** El manuscrito principia con estas palabras: ***Aquí comiença el quarto libro de la Eneyda de Virgilio, en el qual se pone como la Reyna Dido casó con Eneas é después por municion de los dioses se partió de Cartago é se fué en Italia, é la dicha Reyna se mató por su partida. Capítulo I. Como se enamoró la Reyna Dido de Eneas é lo descubrió á su hermana Anna...*** Y termina con este párrafo: ***Este dicho libro de la Eneyda escribió Juan de Villena, criado del Senyor Inyego Lopez de Mendoça, Senyor de la Vega. E lo acabó sábado, primero dia de setiembre, en la villa de Guadalfaxara, Annyo del nacimiento de nuestro Salvador Jhus. de mill é quatrocientos é treinta annyos.*** La traduccion en general es buena y escrupulosamente fiel; pero la rudeza de la lengua obliga á veces al traductor á parafrasear el testo latino, en cuyos casos suele ponerle al márgen. Es de creer que estas notas marginales sean de mano del traductor, pues están escritas muy á la ligera y sin el esmero propio de un pendolista: evidente no son del mismo copiante de la obra, ni tampoco de época posterior. Es de advertir que estas notas, frecuentes en los primeros cantos, faltan del todo en los últimos. A juzgar por la numeracion de las páginas, debiera presumirse que el códice está completo, pues empieza por la página primera el canto IV; pero no es natural que Villena pasase por alto los cuatro primeros, tan conocidamente bellos, antes bien es de creer que en efecto los traduciria tambien. . . . .

. . . . . . pero es estraño que un códice que... parece ha formado con empeño de que fuera completo, no contenga los cantos anteriores, si en efecto los tradujo Villena.

«No tengo noticia de que esta traduccion se haya publicado nunca, ni hallo mencion de ella en ninguno de nuestros bibliógrafos, aunque he consultado al efecto los mas acreditados. No aseguraré tampoco quién fué el traductor, aunque es de creer que lo seria Juan de Villena (de quien no me ha sido posible rastrear noticia alguna). Ya en el siglo XV, *escribir* no significaba simplemente *copiar*, como en los siglos anteriores; pero tambien es cierto que dicho verbo tenia esta significacion y aun era la mas comun, de modo que para que no quedase duda sobre el particular, seria menester que se dijese al fin de la obra: «Este dicho libro **fizo** Juan de Villena:» que así es como generalmente se espresaba lo que llamamos en el dia componer ó escribir; sin embargo, puede muy bien suponerse, como ya he dicho, que Villena fué el traductor, pues en su tiempo se usaba ya alguna vez el verbo *escribir* en la acepcion lata que tiene en el dia, aunque lo casi general era emplear para este objeto los verbos *facer* ó *componer*; citaré en prueba un documento bien irrecusable, como que pertenece exactamente á la misma época. Tal es el proemio del marqués de Santillana al ***Condestable de Portugal***, donde casi siempre vemos usado *facer*, algunas veces *componer*, otras *decir*, y otras en fin, pero menos frecuentes, ***escribir***. Del primer caso escuso citar ejemplos, pues basta abrir dicho proemio para encontrar varios en cada página, como que esta era la locucion comun; del segundo, tercero y cuarto citaré los siguientes:

«Fernant Sanchez Calvera... ***compuso*** asaz buenos decires...»

«Alfonso Gonzalez de Castro ***dijo*** asaz bien.»

«Fernan Manuel de Lando... ***escribió*** muchas buenas cosas de poesia...»

Baste esto para probar que Juan de Villena pudo ser el autor de esta antigua traduccion de la ***Eneida***, y no solo su mero copiante; un siglo antes, ***escribió*** no hubiera significado mas que ***copió***, pero en el XV estas y otras locuciones habian ya variado.»

Así concluye el señor Ochoa, y confrontando esta noticia suya con la dada por Pellicer, resulta que las dos traducciones están en prosa, y que son tan exactamente de la misma época, que casi puede decirse que son del mismo año. La del marqués se empezó en 28 de setiembre de 1427, y habiendo tardado en ella un año y doce dias, hubo de concluirla á principios de octubre de 1428. La de Juan de Villena se acabó de ***escribir*** en 1.º de setiembre de 1430, y aun cuando este verbo signifique componer, si la fecha se refiriese al dia en que la copia se acabó, resultaria el original anterior, y tan próximo á la traduccion del marqués, que vendria á confundirse con ella. Al mismo tiempo no deja de parecer un tanto inverosímil la existencia de un segundo traductor de la ***Eneida***, tan inmediato al marqués de Villena y tan desconocido á pesar de que debió poseer conocimientos nada vulgares, y de haber pertenecido á la casa del marqués de Santillana, que hubiera sabido apreciar su trabajo como ninguno, y cuidar de que no quedase oscurecido. Por otra parte, la palabra ***escribir***, en cualquiera sentido que se tome, seria siempre impropia tratándose de un traductor que invariablemente debió decir ***trasladar ó romanzar***. Además, ambas versiones concuerdan en haber dividido los libros en capítulos, en haberles puesto ***epígrafes*** ó ***resúmenes*** segun respectivamente los califican Pellicer y Ochoa, y precisamente en esta division de capítulos se halla á mi modo de ver la prueba mas concluyente de la identidad de ambas obras. En la noticia de Pellicer se ha visto, con referencia á una glosa del manuscrito, que los libros estaban divididos en cierto número de capítulos, que juntos formaban trescientos cuarenta y seis; que la division de los tres primeros libros se hallaba conforme con lo espresado en la glosa, y que le parecia fuera de duda que la misma conformidad existiria en los demás. Así sucede en efecto, pues se ve que ***el libro IV*** (primero de los del códice de Ochoa) ***está repartido en veintiocho capítulos, el V en diez y siete, y el VI en treinta y dos***, que son exactamente los números prefijados de antemano para esos tres libros respectivos, en la glosa que queda referida. Si Pellicer, vista la conformidad en la division de los tres primeros libros, creia ya segura la conformidad de los demás, ahora que se conoce la exactitud de los seis primeros, con mayoría de razon debe suponerse la de los restantes, cuya division no espresa el señor Ochoa. Por lo demás, es esta una duda que está solventada con solo registrar el manuscrito de Paris, y ver si los libros VII á XII inclusives conservan la numeracion de capítulos que les señala la repetida glosa, á saber: el VII, treinta y cuatro; el VIII, veintisiete; el IX, veintinueve; el X, treinta y uno; el XI, treinta, y el XII veintinueve.

Si así sucediese, como es de esperar, no podria quedar duda de que los nueve libros del códice de Paris forman parte de la traduccion de la ***Eneida*** del marqués de Villena: y hallándose completa una obra tan rara y de tanto precio por su contenido, por la época á que pertenece y por ser la primera version completa de la ***Eneida*** en una lengua vulgar, es de esperar tambien que no carezca por mucho tiempo el público de una edicion de ella, ya sea suelta, ó incorporada en la ***Biblioteca de autores españoles.***

EL EX-MONASTERIO DE MATALLANA.

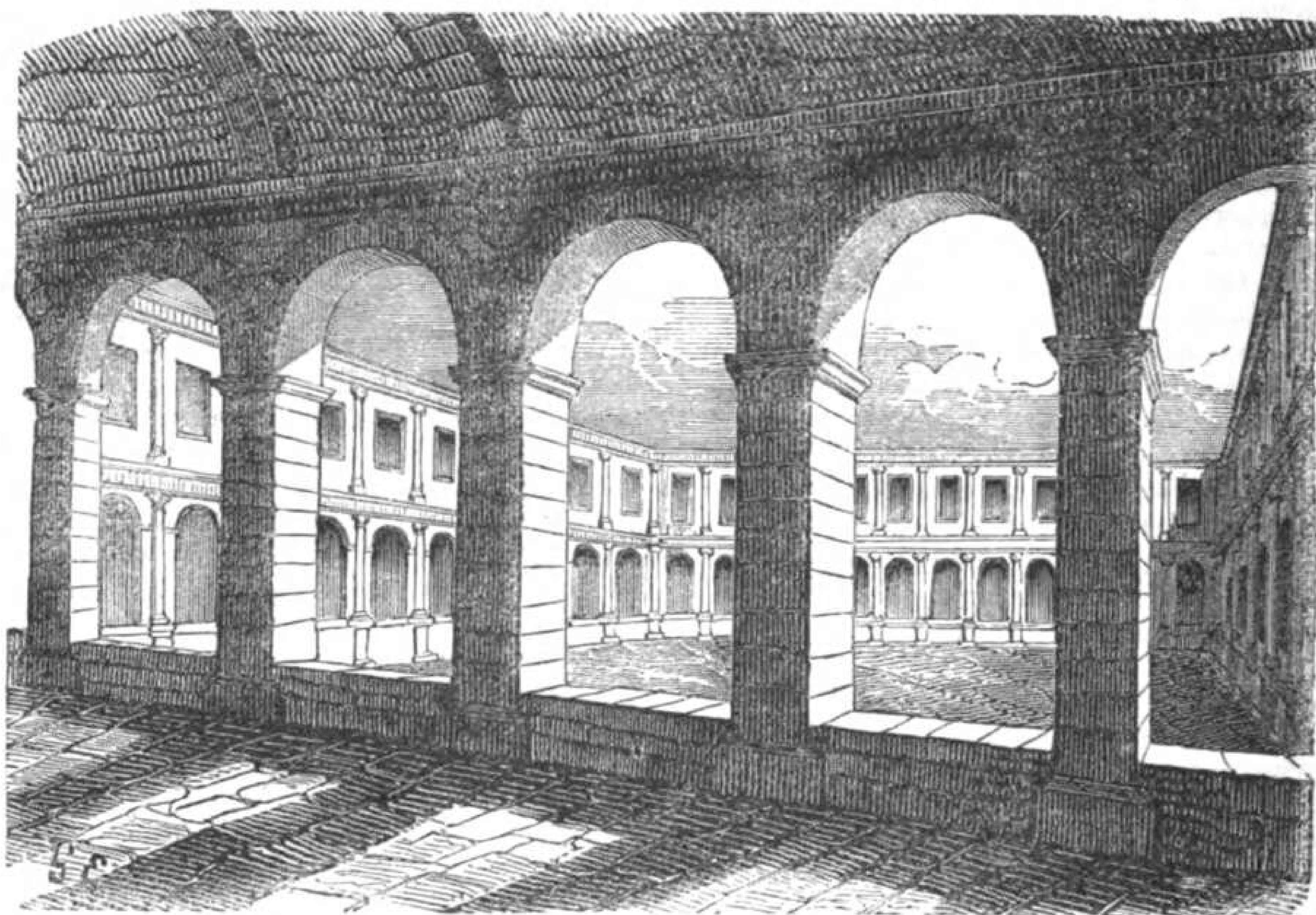
Cuando los monjes de humildes ascetas se trasformaron en señores de tierras y vasallos, varió en gran manera su condicion social y política. Mientras estuvieron entregados á la contemplacion y penitencia, labrando la tierra con sus manos y lejos de los bienes terrestres, les bastaron la soledad y la pobreza. Pero despues que el báculo religioso fué sustituido por el cetro feudal, que dejaron el yermo por la corte y la paz de los claustros por el estrépito de las batallas, hubieron menester el espectáculo del poderio y de la mas alta representacion. De esta metamorfosis nació la decadencia de los institutos monásticos. Porque todas las creaciones humanas degeneran á manos del tiempo y del hombre, y la degeneracion es el primer síntoma de disolucion en todo cuerpo colectivo. Ella mató á los potentes y heróicos templarios, ella concluyó con las aristocracias, ella tambien dió al traste con la grandeza monacal. Pues haciendo la civilizacion

siempre progresiva, aparecer los inconvenientes de aquella desviacion, y presentándoles incompatibles con las nuevas necesidades, con las sucesivas aspiraciones de la humanidad y con los elementos cardinales de cada siglo, quedan abandonadas del sentimiento social, y mueren por su propia caducidad. Y por eso no resucitan. Y por eso si álguien, desconociendo el espíritu de los tiempos, intentara volverlas á la vida, no pasaria de una operacion artificial é infecunda, semejante á la del galvanismo sobre los yertos é impasibles miembros de un cadáver. ¿Quién sería hoy capaz de emprender una cruzada?... El tiempo es un rio que no retrocede jamás.

De aquella alteracion sufrida por el monaquismo, procedió tambien la mudanza en sus condiciones de existencia. Las régias mercedes y los favores aristocráticos, los feudos y señoríos, las jurisdicciones y riquezas fuéron en adelante los elementos precisos de su nueva posicion. Y pasaron de las retiradas celdas á las suntuosas moradas, de las privaciones ascéticas á los regalos de la molicie, de la pobreza evangélica á la opulencia señorial. Y se alzaron luego á costa de pródigos bienhechores los alcázares soberbios, con pórticos de mármol y cúpulas de cristal, bajo cuyas pintorescas bóvedas pasaban su vida regalada los que renunciaban á las vanidades mundanas, al investirse la cogulla de San Bernardo.

Matallana fué uno de los monumentos insignes de tal engrandecimiento. Nacido á la sombra de la régia púrpura y de la espada feudal, es un testimonio del prestigio y vuelo que entre nosotros llegaron á conquistar los hijos del Cister, alejados de su natal bandera. Su historia es la mas elocuente paráfrasis de la fortuna monacal. Y dice por sí sola todo cuanto puede sugerir el estudio mas filosófico sobre este punto de literatura histórica.

El poderoso señor D. Tello de Meneses y su esposa Gontroda, cuyos timbres y poderio hemos consignado recientemente en las co-



(Monasterio de Mataliana.)

lumnas del SEMANARIO (1), fundaron este monasterio, bajo la advocacion de Santa María de Mataplana. En la era de 1213 se dió por concluida la obra, y en la misma los señores fundadores y sus hijos le donaron á la órden cisterciense, con la proteccion y autoridad del rey D. Alfonso *el de las Navas*. Este monarca otorgó el privilegio, cuyo literal tenor es el siguiente:

Concedo tibi Telli Petri et uxori tuæ Guntrudæ et filiis vestris ipsam Mataplanam dari á Deo et Beatæ Mariæ de Cristh. Ordin. Cisterciensis, et ipsam recipio sub custodia atque defensione mea.

Este pergamino prueba que el término de Matallana le tenia Don Tello en feudo de la corona, y que pidió y obtuvo la indispensable vénia para su trasmision á los monjes. La frase *ipsam Mataplanam* hace referencia naturalmente á la peticion, sobre que se otorgara el privilegio de senifeudacion. La necesidad de esta licencia se esplica por la organizacion de los feudos, y en particular porque Mataplana, al salir de las manos de D. Tello, entraba en la jurisdiccion espiritual con detrimento de la temporal. Pues aunque los monjes como feudatarios quedaban sujetos al rey, solian valerse de sus inmunidades y preeminencias canónicas, para entorpecer su accion y desvirtuar su autoridad.

Una vez fundado el monasterio y entregado á los monjes, debió pensarse en la construccion de una iglesia digna de su importancia. Y ya que D. Tello y su esposa habian costeado su institucion, y cedido para ellla *el coto redondo con jurisdiccion civil y criminal y mero misto imperio*, la casa de los monarcas quiso dar cima á la opulenta fundacion. Y efectivamente, la reina Doña Beatriz de Suevia (hija del emperador, duque D. Felipe y de Irene Angela), primera muger del santo rey D. Fernando III, hizo dar principio á la fábrica del templo en el año 1228. Pero la muerte atajó los pensamientos de esta señora, llevándola al sepulcro en 1235, cuando empezaba la naciente obra. Hubiera quedado quizá en tal estado, si la Grande Doña Berenguela, madre del santo monarca, no hubiera abrazado el empeño de su nuera. Hizo pues continuar la construccion, que se llevó á feliz término, siendo abad de la casa Egidio. En todos estos pormenores conviene con el padre Florez la inscripcion de que va hecho mérito, existente entre los ojivos de la puerta principal sobre los sectores, y cuyo contesto es así en caractéres góticos:

ANNO MILLESIMO DUCENTESIMO
VIGESIMO OCTAVO,
REGINA BEATRICE BONÆ MEMORIÆ CEPIT EDIFICARE
ECLESIAM, ET OBIT SUB
ERA MILLESIMA DUCENTESIMA SEPTUAGESIMA
TERTIA, ET EXTUNC REGINA
BERENGARIA CEPIT ECLESIAM FABRICARE:
ABBAS EJIDIUS.

En los tiempos del papa Leon X, al segundo año de su exaltacion, siendo reyes de España Doña Isabel y D. Fernando, los Católicos, y emperador de Alemania Maximiliano XV, se unió este monasterio á la observancia de Castilla, bajo el general reformador fray Valeriano de Olivencia, y del abad de la casa fray Alonso de la Torre. Grandes y muchas eran las riquezas de Matallana por efecto de las numerosas cuanto importantes donaciones de señores y potentados. Pues además de la primitiva del coto por D. Tello Perez, su fundador, el rey Don Fernando, en la era 1261, volvió á amojonar el término por el antiguo linde que hoy conserva, y mandó por un privilegio que no pudiesen entrar en el coto, señor, ni justicia que no fuese la del monarca. Y él mismo libró al monasterio *de pechos y pedidos* á los renteros, por carta en Valladolid, era 1250. Confirmaron esta exencion Don Fernando IV y D. Alfonso XI, su hijo, era 1293. Se quejaban los monjes de que los señores seculares les arrebataban sus posesiones y rentas, sin mas derecho que su lanza y poder. Mas factible parece fuera por efecto de las revueltas intestinas ó públicas vicisitudes. Pues en aquel tiempo de grandeza teocrática, seria muy peligroso habérselas con los monjes, acariciados por la corona. En la misma era

(1) Véase el artículo *Las tumbas de Matallana.*

hizo D. Alfonso X, siendo aun infante, una donacion al monasterio. Don Tello Perez diole tambien la villa de Fuentes de Ungrillo, despoblada hoy. En la era 1300, D. Martin Alfonso, hijo de aquel rey, y su esposa Doña María Mendez, confirmaron y renovaron la donacion. Teresa Perez, nieta de D. Tello, señora de Montealegre, Meneses y Villalba, donó tambien sus posesiones de Fuentes, era 1333. El almirante D. Fadrique, primero en el año 1449, siendo abad D. Garcia, dió tres mil maravedis de juro sobre las tierras de su villa de Palacios. Y el mismo, en 1463, dió otros siete mil maravedis de juro, sobre las alcabalas de la misma. Además, los monjes tenian por otra donacion seis mil maravedis sobre las tercias de ella. Otras donaciones de particulares se les hicieron en diversos tiempos, de copiosos señoríos, rentas y pertenencias, que por brevedad omitimos. Las enumeradas bastan para probar la consideracion y opulencia de la cisterciense Mataplana (1).

Estaba situado el monasterio en la confluencia de las vertientes formadas por una porcion de colinas, parte de las cuales constituye la cadena de Alcores, que corre por el país de E. á O., y al fin de un vallecito que desciende desde el campo de la murada Villalba, regado por las silenciosas corrientes del riachuelo Mijares, y guarnecido de álamos, negrillos y fresnos seculares. Esta melancólica arboleda prestó pintoresco ingreso á la portería esterior, formada por un alzado de dos cuerpos dóricos, tras de los cuales se estendia espacioso atrio. Lo mas notable del edificio era la iglesia, perteneciente á la escuela gótica, dominante en aquellas épocas. Era un hermoso crucero, con manojos de columnas, que daban arranques á elegantes arcadas y bóvedas elípticas. Además de las naves principales, que formaban el cuerpo principal del templo, corrian paralelas á ellas otras zonas secundarias, tambien con haces y detalles de germánico estilo. Su longitud era de doscientos diez piés castellanos, con ciento veintitres de anchura, y proporcional elevacion. El coro se hallaba al pié del crucero, y en él estaba el magnífico órgano, una de las primeras piezas del arte en su género. La portada del templo, que caia entre N. y E., constaba de dos arcos del bajo gótico, superados por otro, y ornados con pilastradas diagonales al gusto bizantino. Tenia el edificio dos hermosos claustros con sendos patios y jardin. Uno era dórico, y el otro jónico, del cual tomamos el dibujo adjunto. Constaban de dos cuerpos con elegantes columnas y pilastras, que sostenian vistosas galerías de arcos semicirculares. Este fué construido en 1592, y aquel en 1760. Ambos son dignos de un palacio. Lo restante del edificio correspondia en solidez y circunstancias de comodidad á las pretensiones de sus poseedores.

Pero la época de los monjes ha pasado. Y el espíritu del siglo, que dirige su actividad por otras vias al impulso de la civilizacion, no puede considerar estas construcciones mas que cual monumentos de estudio sobre el tiempo viejo, y de meditacion acerca de las cosas de la tierra. Por nuestra parte, siempre que pasamos junto á estos vestigios silenciosos, murmuramos en alusion poética el dístico del cantor latino:

Urbs antigua ruit multos dominata per annos.

Y el viento de la tarde se lleva nuestros acentos con el polvo centenario de estas abandonadas grandezas.

V. GARCIA ESCOBAR.

MUSEO DE ARTILLERIA DE PARIS.

Este establecimiento fué fundado el 24 floreal, año II (14 mayo, 1794). Debe su existencia á la administracion general, encargada en esta época de dirigir la fabricacion estraordinaria de las armas portátiles, determinada por la convencion nacional. Esta administracion recogió en el local de los Ferrillants algunas armas antiguas, encontradas en las casas de los emigrados, en el Guarda-Muebles de la corona, en el gabinete de las armaduras de Chantilli, y en diversos depósitos establecidos en París después de la toma de la Bastilla. Nuevas investigaciones y diversas adquisiciones enriquecieron bien pronto el Museo naciente con objetos raros y curiosos.

A principios de 1799, el gobierno colocó este establecimiento bajo la direccion de la artillería, y le hizo trasladar al edificio inmediato á la iglesia de Santo Tomas de Aquino. Las conquistas de la revolucion, las del consulado y del imperio aumentaron sucesivamente esta interesante coleccion. En 1814, el Museo contenia ya una cantidad de objetos de grande importancia, cuando la primera invasion vino á quitarle algunas piezas.

(1) Tanto los precedentes datos como la descripcion siguiente, se tomaron en tiempos que existia el monasterio, con ocasion de los trabajos hechos por el autor para el *Diccionario* del señor Madoz, como su colaborador en este partido judicial.

En 1815, en tanto que se trataba de la capitulacion de París, se retiró del Museo la mayor parte de los objetos que contenia, para sustraerlos á la avidez de los aliados. Esta sabia medida conservó á la Francia y á las artes la mejor parte de esta preciosa coleccion.

Después de las jornadas de julio de 1830, el Museo se vió despojado de casi todas las armas antiguas que tenia. Pero felizmente una gran parte de estos objetos han vuelto á ocupar el sitio que les estaba designado.

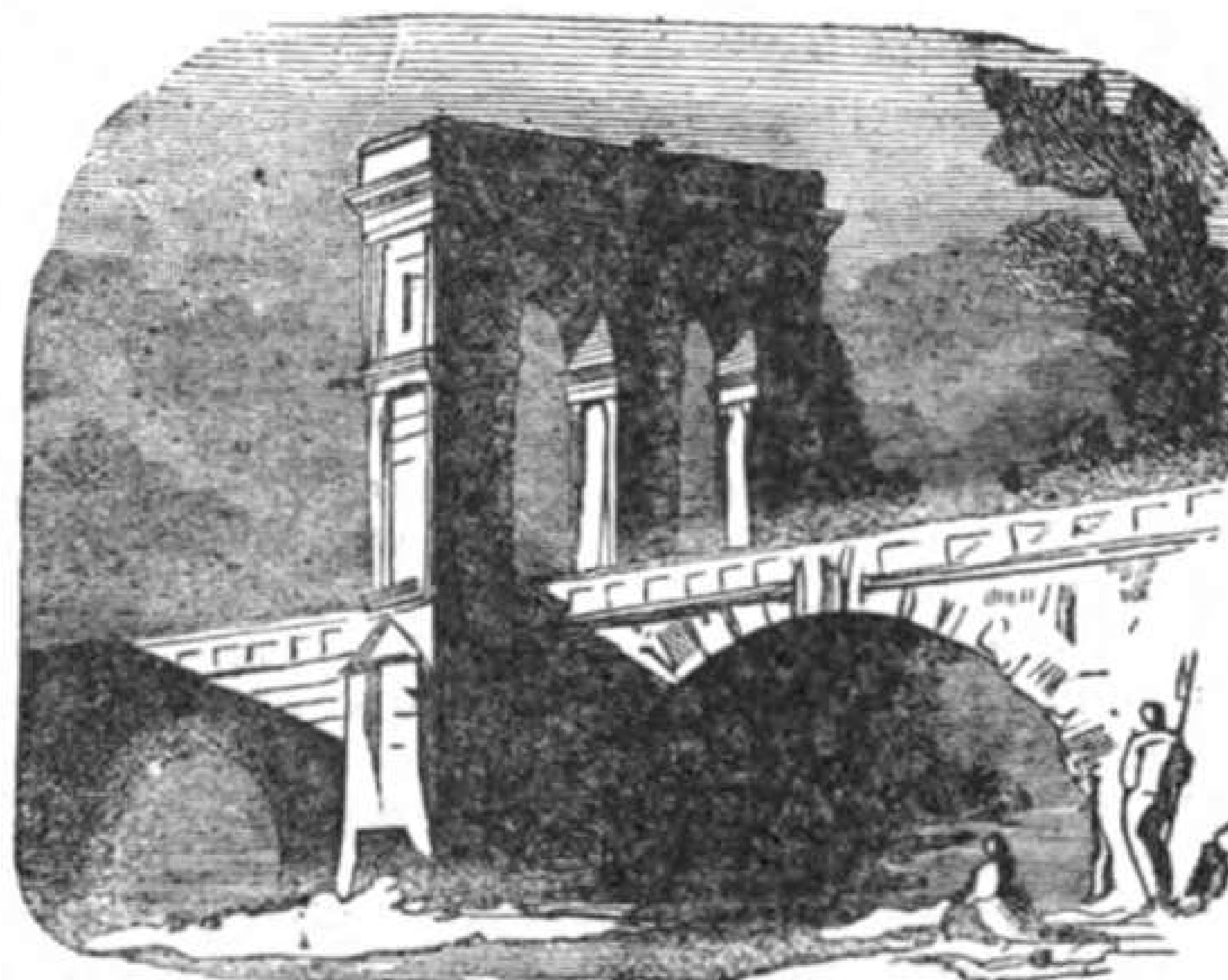


El Museo se compone de cuatro grandes galerías que dan vuelta alrededor de un patio y de una gran sala llamada ***Galería de las armaduras***, en la que están colocadas por órden cronológico las armaduras defensivas completas de los antiguos hombres de armas, es decir, el hierro que cubria de piés á cabeza á los guerreros de aquel tiempo; se ven tambien clasificados por el mismo órden, los cascos, los escudos, las corazas, etc., etc. Entre las armaduras se encuentran las de Juana de Arc, de Luis XI, del condestable de Borbon, de Francisco I, de Bayardo, de Carlos IX, del duque de Guisa (Enrique el Acuchillado), de Enrique III, del duque de Mayena, del valiente Crillon, y por último la armadura fabricada en Brescia por Garbagnani, y regalada por la república de Venecia á Luis XIV.

Las cuatro galerías contienen las armas blancas y armas de fuego portátiles, antiguas, modernas. Estas colecciones, colocadas igualmente por órden cronológico, están colocadas con arte, y presentan un conjunto muy notable de las armas ofensivas usadas en las diversas épocas de la historia militar.

Las armas mas preciosas están colocadas en armarios colocados en medio de las galerías. Entre las armas de valor las hay con hermosas incrustaciones de piedras finas, plata, marfil y nácar, y tambien se encuentra una gran cantidad de objetos raros y curiosos.

Las bocas de fuego de las diferentes edades y de diferentes calibres, los modelos de ajustes, cajas, etc., etc., forman una coleccion completa y separada, que merece fijar la atencion de los curiosos.



ARCO DE TRIUNFO Y PUENTE DE SAINTES.

Este arco, que se habia construido á orillas de Charente, en Francia, á la entrada de la via militar que conduce de ***Mediolanum Santonum*** (Saintes), á *Simonum* (Poitiers), se halla en el dia en medio del

rio, á causa de la variacion que ha hecho en su corriente. Tiene á su derecha el antiguo puente gótico, y á su izquierda el puente construido en 1665.

La altura de este monumento, desde la base de las pilastras hasta el ático, es de doce metros sesenta y dos centimetros; su longitud quince metros y veintiseis centímetros; y su anchura tres metros veinticuatro centímetros. Descansa sobre un steorobato de seis metros noventa centímetros de elevacion. Este steorobato y las mismas pilastras, hasta la altura de un metro noventa y cinco centímetros, están ahora encajadas en la mamposteria de los puentes.

Sobre el ático y sobre el friso, se encuentran cuatro inscripciones dedicadas á Germánico, hijo de Tiberio; á Tiberio, hijo del divino Augusto; á Druso, hijo de Tiberio; y en la cuarta se dice que Cayo Julio Rufo, hijo de Cayo Julio Otnanenus, nieto de C. Gedemon y biznieto de Epotsorovio, sacerdote de Roma y Augusto, en el altar que está cerca de la confluencia, como prefecto de los obreros, consagró este monumento.

FIESTA DEL DOMINGO.

Cien años después de la muerte de Jesucristo, los cristianos, deseosos de establecer diferencias entre ellos y los judios, con los que los romanos y los griegos se obstinaban en confundirlos, decidieron consagrar al descanso religioso un dia que no fuese el del sábado.

Pero antes de ponerse de acuerdo sobre el dia que debia elegirse, hubo algunas diferencias; una mitad de las iglesias adoptaron el viérnes (*dies veneris*), porque este habia sido el dia que Jesucristo habia llevado á cabo su sacrificio, y la otra mitad eligieron el dia del sol (*dies solis*), porque este dia, que fué el de la resurreccion, era en su opinion el mas glorioso. Esta última opinion fué ganando prosélitos, aunque muy poco á poco, pues las iglesias primitivamente eran muy independientes unas de otras, y únicamente hubo conformidad en bautizar el dia del *sol*, que se llamó desde entonces dia del Señor, *dies dominica*, y después por corrupcion de la palabra *domingo*.

Los demás dias de la semana conservaron sus nombres paganos.

A la observacion del domingo, admitida universalmente en teoria, le faltaba la unidad en la práctica, y una sancion penal civil como adicion á las penas de la Iglesia.

Esto fué lo que le dió la ley de Constantino de 6 de marzo de 321, que decia así:

«Todos los jueces, todos los habitantes y todos los artesanos descansarán el *dia del sol*, esceptuándose únicamente los labradores, que podrán trabajar en caso de necesidad durante el tiempo de la siega y de las vendimias, no siendo justo que se dejen perecer los bienes que la Providencia nos envia.»

El concilio de Macon de 585 prohibió el entablar causas en domingo bajo pena de perder la causa el que la entablara, é imponiendo al abogado la de ser privado de oficio. Tambien prohibió que se unciesen los bueyes á las carretas sin una gran necesidad, bajo pena de palos á los paisanos y á los esclavos, y de escomunion por seis meses á los monjes.

Un edicto de Dagoberto I dice, entre otras cosas, que el que se halle viajando debe detenerse al toque de vísperas del domingo hasta pasado todo este dia. Que si algun hombre libre falta á la observancia del domingo, será amonestado la primera y segunda vez; pero que á la tercera recibirá cincuenta palos en la espalda; á la cuarta reincidencia le será confiscada una tercera parte de sus bienes, y á la quinta quedará privado para siempre de su libertad. Que si el crimen fuese cometido por un esclavo, la primera vez será apaleado, y la segunda se le cortará la oreja derecha.

El decreto de Clotario II (28 de febrero de 595) imponia multas sobre la observancia del domingo.

No citaremos, por evitar repeticiones, los decretos sobre este asunto, de Pépino, de Carlomagno, de Luis Debonaire, etc., cuyas frecuentes reproducciones demuestran que no eran obedecidos.

Pero no habia sucedido lo mismo en los primeros tiempos, y los antiguos concilios habian tenido que contener mas bien que escitar el celo de los fieles. Así es que habian declarado lícitos en domingo los cuidados prodigados á los enfermos, ciertos trabajos del campo y la preparacion de los alimentos.

El pan fué esceptuado por poderse comer de un dia para otro, y consultados los médicos declararon que era mas saludable á los dos ó tres dias, que inmediatamente después de cocido; así es que se lee en el reglamento dado á los panaderos por S. Luis:

«Ningun panadero podrá cocer en domingo ni en el dia de Navidad y los dos dias siguientes: Tampoco el dia de la Epifanía, el de la Ascension, el siguiente á la pascua de Pentecostés, etc., etc.»

Pero como en aquellos tiempos, lo mismo que hoy dia, habia personas que no podian hacer provisiones por la escasez de recursos, la caridad del santo rey dispuso que se permitiese á los tahoneros todos los dias el pan cocido en los anteriores.

En los reglamentos dados á los carniceros por Felipe Augusto en 1182, les prohibia matar y vender en los dias festivos; pero en atencion á que las carnes se echaban á perder durante los calores, un decreto de 1598 les permitió matar y tener sus tiendas abiertas todos los dias, desde la Trinidad hasta 1.° de setiembre.

Los reglamentos dados á los pasteleros por S. Luis en 1270, les confirman en el privilegio, el que gozaban desde un tiempo inmemorial, para trabajar los dias festivos. Este privilegio habia tenido su origen en la confeccion del pan bendito.

Pero los pasteleros eran entonces al mismo tiempo taberneros, cocineros, confiteros; de manera que la tolerancia en favor de esta clase, hacia ilusorios todos los mandatos respecto á la observancia del domingo.

Todos saben que la profesion de barbero se ha confundido por espacio de mucho tiempo con la de cirujano, y la segunda gozaba de un privilegio, de que naturalmente se aprovechó la primera, y los barberos continuaron manteniendo abiertas las puertas de las tiendas todos los dias, hasta mucho tiempo después que la corporacion de barberos-peluqueros reemplazaron á los cirujanos barberos. A causa de su antigua doble profesion, continuaron tambien usando el espadin.

El 1782 se dió el último decreto en Francia sobre este asunto.

Ya se comprenderá que durante la revolucion francesa no se habló de la observancia del domingo ni de las demás fiestas, y lejos de eso, esta observancia religiosa fué imputada como un crimen. Pero restablecido el órden, esta ley religiosa volvió á ocupar el lugar que le correspondia.

Una ley del 17 termidor del año IV de la república, impuso á los ciudadanos la observancia de la década, castigando la del domingo; pero no hay ley ni decreto que pueda cambiar las costumbres inveteradas de un pueblo cuando estas se hallan basadas en su religion: y cuando se establece un antagonismo entre la conciencia y la ley, esta debe sucumbir naturalmente; así es que se observó la década, y al mismo tiempo la fiesta del domingo. De aquí resultaba una pérdida deplorable de tiempo, precisamente en una época en que mas se necesitaba para la regeneracion de la industria. Para poner remedio á este mal se dió un decreto el 7 termidor del año VIII, 26 de julio de 1800, del que citaremos los siguientes párrafos:

«La observancia de los dias festivos no es obligatoria mas que para las autoridades constituidas, para los funcionarios y los dependientes del gobierno.

»Los ciudadanos tienen derecho á ocuparse en sus trabajos los dias que mejor les convenga, y eligiendo para dias de descanso los que mejor se acomoden con la clase de trabajo en que se ocupen.»

Esta legislacion del consulado estuvo en vigor durante todo el imperio.

Llegada la época de la restauracion, el conde de Beumot publicó un decreto que obligaba bajo las mas severas penas á la observancia de los domingos y festividades religiosas. Este decreto decia entre otras cosas:

«Los trabajos serán interrumpidos los domingos y dias festivos. Queda por lo tanto prohibido á los albañiles, carpinteros, ebanistas, y en general á todos los artesanos y trabajadores, el trabajar en ninguna obra de su profesion, y á los comerciantes el ocuparse en sus negocios y ventas en dichos dias. Los talleres, tiendas y almacenes estarán cerrados en los mismos dias festivos bajo la pena de doscientos francos de multa por cada contravencion, y los dueños y maestros serán responsables por sus mozos y aprendices.

»Los mozos de cordel y jornaleros no podrán ocuparse en sus trabajos los domingos y dias festivos.

»Los carreteros y conductores de carruajes no podrán hacer ningun acarreo de géneros, y pagarán cien francos de multa por cada contravencion, para cuyo pago les serán embargados sus carruajes y caballerías.

»Durante estos mismos dias los particulares no podrán emplear en trabajo ninguno á los artesanos y jornaleros, bajo pena de responsabilidad para el pago de las multas impuestas á estos.

»Queda espresamente mandado á los taberneros, dueños de cafés, vendedores de aguardiente, cerveza y sidra, á los dueños de los juegos de pelota y billares, que tengan cerrados sus establecimientos los domingos y dias festivos durante el tiempo que duren los oficios divinos, esto es, desde las ocho de la mañana hasta las doce, negando la entrada á los que se presenten á sus puertas, bajo la multa de trescientos francos.

»Podrán tener sus tiendas entreabiertas los domingos y dias festivos los boticarios, dueños de herbolarios, tenderos de comestibles, panaderos, camiseros, tocineros, fondistas y pasteleros: pero les está prohibido tener al público sus géneros en los escaparates.

»Los volatineros, los que enseñen curiosidades, cantores y músicos, no podrán ejercer sus trabajos antes de las cinco de la tarde en los dias festivos.

»Ninguna reunion de baile ni de música tendrá lugar antes de dicha hora en estos dias bajo pena de quinientos francos de multa.»

Este decreto era demasiado rigoroso, y no llenaba las exigencias de muchos trabajos que no podian interrumpirse sin grandes perjuicios; así es que de todos los puntos de Francia llovieron quejas contra él.

Una proposicion presentada por Mr. Bouchard, en la sesion del 11 de julio, y aprobada por unanimidad, dió márgen al decreto siguiente:

«Luis, etc., etc.

»Artículo 1.° Los trabajos ordinarios serán interrumpidos los domingos y dias de fiesta reconocidos por la ley del Estado.

»Art. 2.° Queda prohibido por lo tanto en dichos dias:

»1.° A los comerciantes, el abrir sus escaparates y vender con las puertas abiertas.

»2.° A los artesanos y trabajadores, el trabajar en obras esteriores y abrir sus talleres.

»3.° A los carreteros, el hacer viajes de carga en los sitios públicos de su domicilio.

»Art. 3.° En las ciudades que no pasen de cinco mil almas y en los pueblos y aldeas, queda prohibido á los taberneros y espendedores de bebidas, dueños de juegos de pelota y de billar, el que tengan abiertos sus establecimientos durante las horas del oficio divino.

»Art. 4.° Los contraventores á estas disposiciones serán juzgados por medio de un proceso verbal por los alcaldes ó comisarios de policía, pagando por la vez primera cinco francos de multa.

»Art. 5.° En caso de reincidencia, los contraventores podrán ser condenados al *maximun* de las penas de policía.

»Art. 6.° Las prohibiciones antedichas no son aplicables:

»1.° A los dueños de tiendas de comestibles.

»2.° A todos los que intervengan en el ejercicio del arte de curar en todos sus ramos.

»3.° A los carruajes públicos y mensajerías.

»4.° A los viajeros ni á los conductores del comercio, tanto por tierra como por agua.

»5.° A las ferrerías y fundiciones.

»6.° A las ventas acostumbradas en las ferias y fiestas llamadas *patronales*.

»7.° Al cargamento de navíos mercantes y á los buques de comercio marítimo.

»8.° Se hallan igualmente esceptuados los molineros, y los trabajadores empleados: primero, en la siega y demás recolecciones; segundo, en los trabajos urgentes de agricultura; tercero, en las construcciones y reparaciones motivadas por algun peligro inminente; pero en estos casos se debe pedir permiso á la autoridad.

»9.° La autoridad administrativa podrá ampliar las escepciones referidas segun las necesidades locales.

»10. Las leyes y reglamentos de policía anteriores á este, respecto á la observancia de los dias festivos, quedan derogadas.»

El último artículo de esta ley terminaba la efímera existencia del decreto de Mr. Beumot. Para consolarle de esta derrota, se apresuraron á hacerle ministro de Marina.

II.

BÉLGICA.

La legislacion de la Bélgica se confunde sucesivamente con la de España, Austria y Francia hasta los desastres de 1814. El 1.° de octubre de 1814, el príncipe soberano Guillermo de Orange Nassau publica un decreto restableciendo la observancia del domingo y de las fiestas. En el preámbulo deplora la corrupcion de las costumbres y el olvido de las prescripciones religiosas, *consecuencias deplorables de la reunion á la Francia*.

Se prohibe entregarse á ningun trabajo aparente el domingo y los dias de fiesta, á menos de no hacer constar la urgencia y la autorizacion municipal.

Se prohibe vender ó esponer ninguna mercancía en los sitios públicos y tener abiertas las tiendas.

Los cafés y las tabernas se cerrarán durante los divinos oficios.

Los comisarios de policía y sus agentes velarán para que enl as inmediaciones de las iglesias no se turbe con ruidos y voces el servicio divino.

A pesar de estas disposiciones, tienen en su Constitucion un artículo que dice:

«Artículo 15. Nadie podrá ser obligado á concurrir, de cualquier manera que sea, á los actos y ceremonias de un culto, ni á observar *los dias de descanso*.»

Tal es en la actualidad el estado de las cosas en Bélgica: ninguna intervencion por parte de la ley, libertad absoluta, y sin embargo, observancia del domingo mas general y rigorosa que en Francia; porque está en la índole de sus hábitos y de sus ideas religiosas.

III.

ANTILLAS ESPAÑOLAS.

En todos los paises de Europa, esclusivamente católicos, el curso del tiempo ha traido consigo una singular tolerancia y un gran relajamiento de la antigua disciplina. La tiendas no se abren, es verdad, el domingo, á escepcion de las boticas, droguerías, carnicerías, tahonas, etc; pero no se persigue á nadie por ninguna operacion comercial á puerta cerrada ó medio abierta.

El clero ha conservado la vigilancia de todo lo que tiene relacion con la disciplina religiosa, y en caso de desprecio á las leyes ó escándalo voluntario, hacen su denuncia á la policía, que castiga con la multa ó con la prision. Pero estos casos van siendo cada vez mas raros. ¿Qué necesidad hay de que la autoridad civil intervenga para hacer observar el domingo y las fiestas en todos los paises de Ultramar, en que se habla la lengua española, cuando el pueblo mismo se encarga de acriminar al que no se descubra ó se arrodille en las ceremonias religiosas del templo, ó al paso de una procesion?

IV.

AUSTRIA.

En Austria y demás estados que de ella dependen, todo lo que tiene relacion con la observancia del domingo, se deja al cuidado de la autoridad local. El *Boletin de las leyes* se imprime en Viena, en doce lenguas oficiales, para ser traducido en seguida en un doble número de idiomas y de dialectos secundarios. Esta diversidad de lenguas puede dar una idea de la de los usos y costumbres: efectivamente, las cosas no pueden pasar de una manera uniforme en Viena y en Venecia, en Praga y en Milan. La autoridad imperial y real no establece en Viena sino los principios generales de la ley, y deja á sus delegados en las respectivas provincias la aplicacion en detalle.

V.

INGLATERRA.

Todo el mundo habla de la rigidez del domingo en Inglaterra; pero lo que no todos saben, es que en ella tienen mas parte los hábitos y costumbres que la ley. Esta no ha prohibido allí ni el canto, ni la música, ni el juego, y sin embargo, ni se juega, ni se canta, ni se baila.

Los soldados ingleses son conducidos al oficio divino por la mañana y por la tarde, al cual asisten con los brazos caidos y la cabeza descubierta: en la iglesia no hay ni tambores ni músicas ni se manda militarmente.

Los domingos en Inglaterra no puede comerse pan del dia, ni se publican periódicos; pero de esto se sigue que como no sucede lo mismo con el lunes, el pan y los periódicos han sido por fuerza confeccionados en el santo dia. Desde hace algunos años tampoco se distribuyen cartas el domingo, lo cual trae para los negociantes de Liverpool, del Havre y de Trieste una desventaja de veinticuatro horas.

VI.

ESTADOS-UNIDOS.

Los norte-americanos han conservado toda la austeridad inglesa en la observacion del domingo, y hasta la han llevado algo mas allá, estando su exageracion mas bien en las costumbres y en los hábitos, que en el testo de la ley. En todos los paises protestantes, en Suecia, en Noruega, en Dinamarca, la observacion del precepto es muy rigorosa durante los divinos oficios; pero los cafés, las tabernas, los bailes, los conciertos y toda clase de espectáculos están abiertos por la noche, y en tal dia, lo mismo que en Francia, el público se aprovecha bastante bien.

VII.

RUSIA.

En esta nacion no es fácil deslindar, respecto á la observacion del domingo, lo que concierne á la ley civil y lo tocante á la ley religiosa. El domingo se observa de dos distintas maneras, en dos estaciones del año: en invierno no se trabaja lo mas mínimo; en verano, no solamente se puede trabajar desde las cuatro de la tarde en adelante, sino que el clero mismo lo recomienda.

En Rusia, como en Inglaterra, los establecimientos de enseñanza estan cerrados en los domingos: ciérranse igualmente todas las tiendas, menos las de comestibles y las boticas. Pero en las pequeñas ciudades la policía cuida de que esté abierto un almacen de cada especie

para que las gentes del campo y de las aldeas circunvecinas puedan surtirse de lo que necesiten, y en las grandes poblaciones hace otro tanto en cada cuartel.

Los cafés, tabernas, etc., no estan cerrados sino durante los oficios, y á las cuatro de la tarde recobran las poblaciones su animacion normal. Durante la cuaresma, que se compone de ocho semanas, contando la de pascua, están prohibidos rigorosamente los espectáculos públicos, y las únicas funciones que se permiten son conciertos destinados á fines filantrópicos.

Los soldados rusos suelen tener ejercicios, paradas y revistas en los domingos: pero solamente hasta las diez de la mañana, hora en que van á misa, sin tambores, sin música y sin armas. Al entrar en la iglesia se quitan el chacó y se lo vuelven á poner á la salida. Cada regimiento ruso tiene sus capellanes y su iglesia ambulante, la cual viene á ser una tienda de figura especial, que va empaquetada en un furgon, donde van tambien los vasos y ornamentos.

EL BALCON Y LA ALACENA.

FABULA.

Caminando un relator
del consejo de ultramar,
hizo noche en un lugar
en casa de un labrador.
Acompañaba al viajero
un escribano aprendiz,
mozo de esperta nariz,
pero insigne majadero.
Cenaron en paz de Dios,
trataron de madrugar,
y se fuéron á acostar
á un mismo cuarto los dos.
Veianse en los costados
de la alcoba, frente á frente,
iguales perfectamente,
cuatro postigos cerrados.
El un par era un balcon,
el otro correspondia
á una alacena en que habia
seis quesos de Villalon.
Cogió el sueño tarde y mal
el relator, y durmiendo
creyó sentir el estruendo
de un turbion descomunal.
Cerca de la madrugada,
«mire usted (dijo al badea)
si va á clarear, y vea
si huele á tierra mojada.»
Saltó el jóven de su lecho,
y á tientas de mano y pié,
por ir al balcon, se fué
á la alacena derecho.
Abrió, zampó la cabeza;
y aunque miró y remiró,
mas á oscuras se encontró
que al ir cruzando la pieza.
Pero un olor en seguida
percibió en aquel recinto,
que le pareció distinto
del de tierra humedecida.
Y entonces dijo el camueso
con mucha formalidad:
«Ni aclara ni hay humedad;
está oscuro y huele á queso.»
Así ciega y tontamente,
críticas hacen famosas,
los que no miran las cosas
desde el punto conveniente.
Tacha de oscuro y condena,
tal concepto Santillana;
y es que huye de la ventana
y se asoma á la alacena.

Sepúlveda, 25 de octubre.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

REFRANES RUSOS,

TRADUCIDOS DEL FRANCÉS POR F. C.

Un camino para el que huye, ciento para el que persigue.
Un bocado para el hambriento es un buen trozo.
A buena cabeza cien brazos.
Con un pedazo de pan se puede hallar el paraiso debajo de un pino.
Aunque llegues á tener un siglo no dejes nunca de aprender.
El pan y la sal no riñen.
Buen silencio vale mas que mala disputa.
Mide cien veces y no cortes mas que una.
No se muere mas que una vez, pero de esa no se escapa.
No se plantan ni se siembran locos: nacen de por sí.
El herrero lo primero que hace son pinzas para no quemarse.
No camines bamboleándote, ni rodando, ni de lado.
Juego de gatos, llanto de ratones.
Donde va la aguja sigue el hilo.
En el banquete y en la taberna sobra de amigos.
Da de comer con la cuchara, y saca los ojos con el mango.
Siempre es dia feriado para el perezoso.
Mas vale andar cojo que estar siempre sentado.
Mientras menos ejerzas la lengua mas ejercerás el oido.
Suaves palabras suelen romper huesos.
Un necio tira una piedra al mar, y cien cuerdos no la pueden sacar.
No se mantienen ruiseñores con cuentos.
Todo es amargo para quien en la boca tiene hiel.
Pan en viaje no aumenta la carga.
Si quieres comer pan no te cruces de brazos ante el horno.

REFRANES

DE LOS NEGROS DE SANTO DOMINGO.

No todos los que llevan espuela tienen caballo.

Cuelga tu cesta donde la alcances.

Los huevos no se deben mezclar con los guijarros.

Todo árbol es madera, pero el pino no es caoba.

¿El sapo no tiene camisa y quieres que vista frac?

La lepra dice que os está apegada, sí, pero es para roeros las carnes.

El cuchillo que en la calle se encuentra en la calle se pierde.

El que quiera amasar que amase su propia harina.

Todo el mundo sabe lo que frie tu sarten.

El zapato es el que sabe si tiene punto la media.

Todo manjar es bueno para comer, pero toda palabra no es buena para decir.

Juega con el macaco, pero no le tires de la cola.

Cuando atravieses el rio no maldigas á la madre del caiman.

El perro tiene cuatro patas, pero no puede á la vez andar por cuatro caminos.

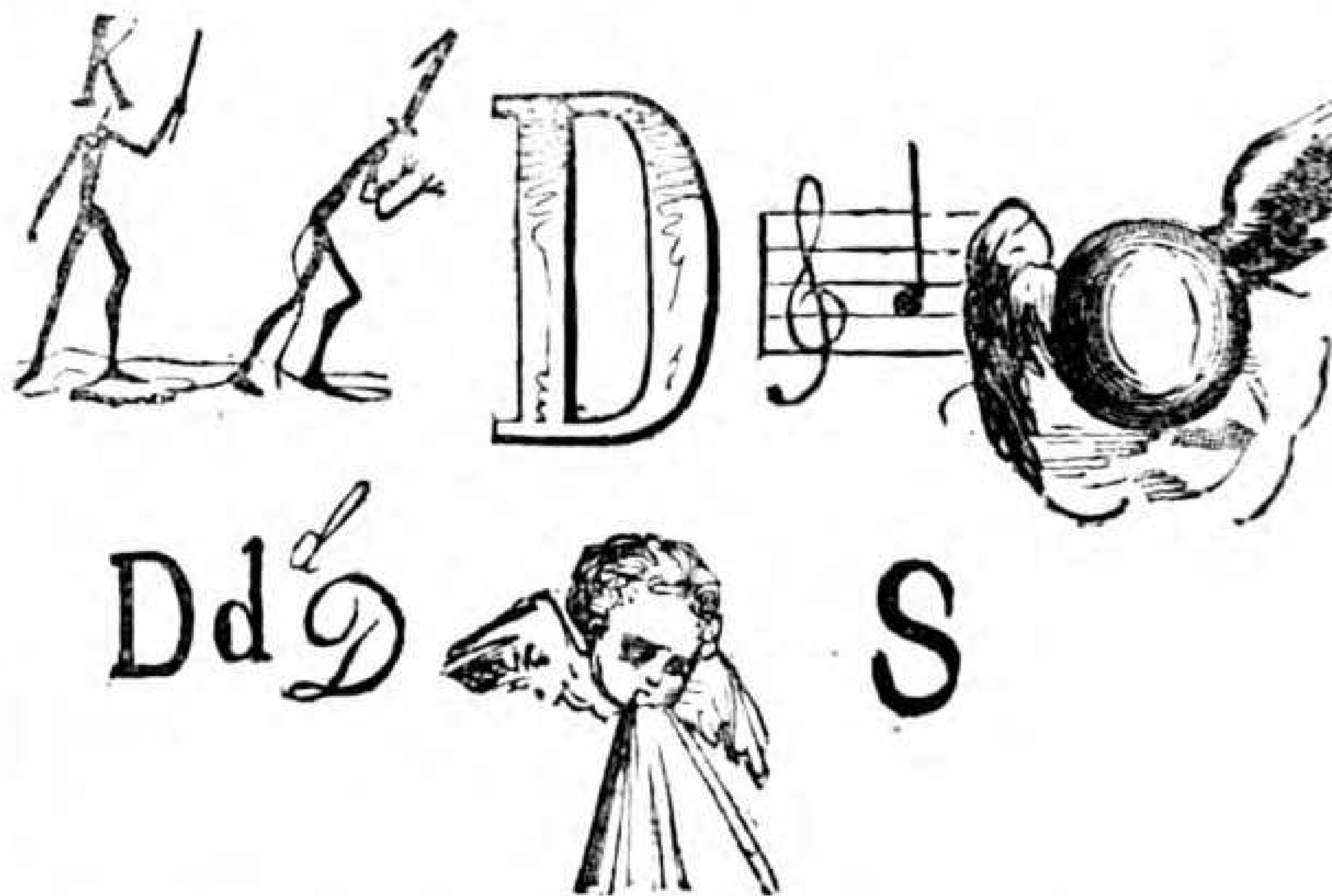
El saco vacío no se puede mantener en pié; para trabajar es preciso comer.

La culebra que teme ser pisada que no salga al camino.

Quien tema á las pulgas que no juegue con los perros.

El buen gallo en todo gallinero canta.

JEROGLIFICO.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.



PAISAJE EN LA GUADALUPE.

Los primeros negros fuéron llevados á América en 1503, es decir, poco tiempo después del establecimiento de los europeos en el continente. No se tardó en descubrir que eran mas á propósito que los naturales del país para los penosos trabajos de las plantaciones.

La esportacion de esclavos se convirtió en privilegio que Carlos V concedió en 1517 á un caballero flamenco, y este vendió á los genoveses. Poco tiempo después, los portugueses abastecieron de esclavos á los establecimientos americanos. En 1702 lo hicieron tambien los franceses, y al fin la Inglaterra se encargó de este cuidado. La compañía que se formó al efecto debia proporcionar cuatro mil ochocientos negros al año, y pagaba al gobierno español ciento ochenta libras de derechos por cabeza de negro.

Las colonias francesas de las Antillas permanecieron mucho tiempo sin trabajadores negros, y merced al sistema de plantadores establecido en ellas, prosperaron de una manera asombrosa. La introduccion de la caña de azúcar trastornó aquel órden de cosas, y llegó por lo tanto á sustituir á una poblacion industriosa y trabajadora, otra esclava, difícil de manejar en tiempos tranquilos, y peligrosa en casos de guerra. La fuerte raza de los plantadores aclimatados, cedió el puesto á los colonos embrutecidos por la molicie, y llegó el caso de que se acreditara el dicho vulgar de que los blancos no pueden resistir las fatigas del campo en unos climas abrasados por los rayos del sol.

No es nuestro ánimo contradecir de un modo absoluto esta asercion: la riqueza ha ido aumentándose prodigiosamente en las Antillas desde que en ellas se introdujo la raza africana, y las costumbres de los blancos los han hecho efectivamente muy poco aptos para las faenas agrícolas en aquellas regiones. Debe pues entenderse, que la Inglaterra, por ejemplo, tiene motivos para creer que la esclavitud es un mal para sus colonias, porque su legislacion era demasiado tirante: la España, por el contrario, debe el acrecentamiento progresivo de sus posesiones ultramarinas al buen arreglo de sus ingenios y cafetales, á su legislacion paternal respecto á la esclavitud, y al esmero incesante con que los propietarios atienden al fomento de sus fincas, valiéndose de esos mismos brazos africanos, que tanto temen los filántropos, y que sin embargo identifican su suerte con la de las propiedades que cultivan.

El grabado que acompaña á estas líneas es una vista campestre de la isla Guadalupe, donde la esclavitud es escasa, y sin embargo se halla sometida á un rigor estremado. De esta isla y de otras semejantes han sacado los pseudo-filántropos plausibles pretestos para declamar contra la esclavitud.

CRUZADA CONTRA EL TEATRO

EN EL SIGLO XVII.

La literatura estaba predestinada á dar, debajo del imperio de Felipe IV, ocasion á los episodios mas notables de su época. De un solo vuelo habia llegado la inteligencia desde las mazmorras de la Inquisi-

cion al palacio del Buen-Retiro; pero no fué este su único triunfo, sino que hizo además á los hombres olvidarse de la devocion y de la política, dos pastos tan sabrosos y necesarios al pueblo en los reinados antecedentes.

Esto fué consecuencia natural de la represion en que tuvo al ingenio Felipe II. Su nieto era á par Augusto, Mecenas y Horacio. Con ejemplo tan ilustre se desbordó el torrente y llovieron á España obras de todas clases. El público á las primeras pruebas gustó de las dulzuras de aquella vida nueva para él, como que heria fibras de su corazon hasta entonces desconocidas; y así de paso en paso, de novedad en novedad, llegó á hacerse descontentadizo; no contento con leer queria sentir, y todos los ojos se volvieron al teatro. Grandes eran los poetas, dramático el siglo con estremo, las pasiones vivas, el entusiasmo dominante sobre todas, y vírgenes por último las mas ricas fuentes de poesía dramática.

A esto agréguese que ninguna generacion como aquella ha vivido dominada del deseo de gloria. La del poeta parecia poca á los que la gozaban, y Cervantes y Calderon y Lope y Tirso así volaban á las peleas rudas como á las cumbres del Parnaso.

Quizás este deseo de gloria ocasionó nuestra ruina. Grande llamó el conde-duque á Felipe IV, y ¡Dios sabe cuánto nos costó el empeñarse el rey en serlo y en soñarlo el favorito!

Otra causa, mas y mas poderosa, influyó á nuestro entender en el desarrollo de la literatura dramática.

De todas las del ingenio no hay como las obras teatrales para espresar un pensamiento nutrido en la meditacion y el estudio, una teoría luminosa, un arranque del corazon ó una virtud del alma. El libro hace pensar: el teatro hace sentir. La eleccion no es dudosa: el hombre siente mas que piensa.

Luego, los versos del teatro parecen como dichos dentro de nosotros mismos, que siempre se nos están renovando en la memoria sin que la ayudemos, y con el cuadro de la accion siempre en nuestro interior se están representando. Al recordar el libro, recordamos la naturaleza muerta; al recordar el teatro, la naturaleza viva. ¿Cuán cierto no es que la mayor parte de los hombres se creen capaces de cualquiera accion que vean representada? Con agitarse el espíritu á impulsos de la óptica, la inteligencia crece, las pasiones se agigantan, los sentimientos palpitan, por decirlo así. De tal manera en el teatro nos identificamos con el autor, que no parece sino que él pronuncia un segundo *fiat* para infundirnos nueva vida.

Así los triunfos teatrales ejercen sobre los poetas un maravilloso influjo.

Una frase oportuna, mordaz, sutil ó satírica, un pensamiento profundo, una gran sentencia escrita ayer en el silencio del gabinete, enterrada en la mezquina tumba del cerebro que la engendró, mortal como el de los otros hombres, repetida mañana por un comediante al numeroso concurso, escucha de mil bocas el —levántate, Lázaro,— y repetida, admirada, comentada de mil maneras, cae por último como carga dulce en la inteligencia y en la memoria de todo un pueblo, que en vez de la tumba en que el autor la tenia, le da el mundo por palacio, y por ambiente vital las auras de la gloria.

Un hombre desconocido antes de alzarse el telon, es á la media noche el ídolo de todo un pueblo.

En el siglo de Felipe IV el hombre que hacia buenas comedias, el hombre que se llamaba Calderon, Lope de Vega, Alarcon, Tirso, Rojas ó Moreto, era igual al rey, que hacia tambien comedias, superior al amo del rey, conde-duque de Olivares, que intentó hacerlas muy malas, y rey y amo de todos los señores de la corte, que no las hacian.

Los frailes, con su ojo avizor y claro, comprendieron que por aquella puerta iba á entrar al pueblo la civilizacion y la cultura. Las conciencias sacudirian su tiránico yugo; las bocas envalentonadas les darian en rostro con sus defectos, y determinaron de ahogar la verdad, próxima á nacer á la sombra de las bambalinas.

¡Visionarios! Cuando al templo fabricado por la ignorancia, cimentado en la esclavitud, aplican el saber y la razon, su poderoso ariete, no hay duda de que caerá en escombros.

Cerrad el teatro á Lope de Vega, y aunque escriba historias de santos, siempre será Lope de Vega, es decir, la primera maza de aquella falange que vino á pulverizar las cadenas del error.

Cerrad el teatro á Calderon, y aunque escriba romances, siempre será aquel filósofo del *Astrólogo fingido* y de *La vida es sueño*, aquel filósofo que comprendia á Dios al revés de Espinosa y de los frailes.

Cerrad el teatro á Alarcon, y aunque escriba solamente memorias de su triste vida, siempre dará al mundo el admirable ejemplo de un poeta casi demócrata, bajo del dominio de un rey último sostenedor de los sueños de monarquía universal.

Antes del siglo XVII habian atentado los papas y los reyes á la existencia del teatro. Felipe II lo cerró por pecaminoso; pero hasta el siglo que nos ocupa la cruzada no tuvo sus Buillones y sus Tassos.

No eran libros ni folletos, eran libelos los de los frailes, y no contra el teatro solamente, sino contra toda la sociedad. Mal andaba el histrionismo, ó sea la gente cómica, mucho mas que hoy, aunque parezca exageracion; pero á fé que en desvergüenza, en atrevimiento y en desenfreno, no calzarian tantos puntos cuando no contestaron á sus reverencias en cierto lenguaje sin palabras.

Al leer las acusaciones de aquellos teólogos ridículos, de aquellos torpes casuistas, viendo que caminaban á ciegas, sin herir nunca en el corazon, sin acertar al flaco verdadero del enemigo, se reconoce palpablemente lo malo de la causa que defendian. Esto sin tener en cuenta que como vencidos del influjo del fanatismo, y no del convencimiento, nunca juntaban al consejo el ejemplar. Cuéntase de los frailes de San Felipe, el famoso de las gradas y covachuelas, que es hoy la casa de Cordero, cuéntase que en su sacristía, con las ropas del convento y acaso con muebles benditos, construian una forma de teatro á lo Lope de Rueda, adonde iban los cómicos del Príncipe ó de la Cruz á divertirlos amenudo. Y cierta vez que un truhan redomado les cobró una funcion sin ejecutarla, acudieron al Consejo de Castilla, poniendo sus influencias y su poder subterráneo en órden de batalla, como si se tratara de arrancar al pontífice la bula de *In cœna Domini*.

Cuántos desórdenes ocasionaria esta costumbre, se comprende á primera vista, y con recordar que el devoto Felipe III la prohibió al principio de su reinado, y que su mismo hijo el galante Felipe IV tuvo que segundar la prohibicion, porque los viciosos caballeros de su corte se introducian á las comedias de los conventos con manifiesto escándalo y profanacion.

Así en sus insoportables libelos pudieron pintar los frailes tan á lo vivo los ademanes lujuriosos, las pláticas de amor, los meneos deshonestos, las citas pecaminosas. ¡Pintaban *d'apres nature!*

En buen hora quemasen los anales de nuestro pais para que no viésemos en los siglos XIV, XV y XVI, llenos los conventos de monjas de histriones y de histrionisas, de *saltadores* y de *saltadoras* (1), representándoles escenas chocarreras, bailando pasos obscenos, hasta que por toda reforma se ordenó que solamente se admitiesen compañías de hombres, y que pudieran disfrazarse de mugeres *los menos barbados*. En buen hora, repetimos, para aquella generacion que no conocia á Mariana, porque acababa de morir, se borrase esto y mucho mas de la historia; pero ¿cómo habian de atacar victoriosamente al teatro los mismos que henchian diariamente los corrales de Madrid? ¿No podian contestar la Cruz y el Príncipe á las escomuniones de los púlpitos y á las injurias de los libelos?

«...en los *aposentos* se colocaban los grandes, en los *desvanes* ó tertulia los cortesanos y religiosos, en la *cazuela* las mugeres, y en las *gradas* y en el *patio* el pueblo.»—(Pellicer, *Historia del Histrionismo*, parte I.)

«Senos, retretes, retiros,
se inundaron de muger,
de hombre y fraile... ¿fraile digo?
llenóse todo con él.»
(D. Antonio de Mendoza, *Obras líricas y cómicas*.)

«...concurren sacerdotes eminentísimos y virtuosos.»—(El Padre Camargo, de la Compañía de Jesús, *Contra las comedias*, Madrid, 1689.)

Este mismo autor asegura que el dinero que se da á los cómicos ocasiona casi pecado mortal. Devotos, muy devotos eran los de la Virgen de la Novena; pero nos parece cosa imposible que dejasen á los reverendos asistir al teatro *gratis et amore*. Y si algun dinero no debe nunca de emplearse en fiestas mundanas, es sin asomo de duda, el de los servidores de la Iglesia.

Folletos iban, folletos venian; pero el público, poniéndose como siempre en la razon, no les hizo caso y se perecia por las comedias. Entonces la ira se volvió contra los autores. Lope de Vega, como el mas fecundo, fué el que salió peor librado de esta insufrible cencerrada. Ni el privilegio de hermandad, ni el ser freire de San Juan, le valia. A escomunion por comedia, cuando menos, salió el pobre Fénix de los ingenios, y hasta hubo quien por cada una le aseguró tantos ó cuantos tizonazos allá en los dominios de Lucifer. Miren los lectores que habiendo escrito mas de mil estará divertido á estas horas el buen Lope de Vega.

Tomó á su vez el público la revancha, teniendo á los poetas por semidioses, y no llamando discreto al galan que no componia trovas. A la mañana siguiente del estreno de una comedia el portal de la casa del autor aparecia lleno de letreros: *¡Vitor al poeta! ¡vitor! ¡vitor!* (costumbre amable que sentimos ver desterrada en nuestros dias), y hasta por las calles los asediaba el pueblo, mostrándoseles con veneracion unos á otros.

(1) Especie mista, juglar y titiritero, cuyo arte consistia en el baile, la mímica y tal vez el canto.—Que era gente perdida no hay que decirlo.

Con esto creció imponderablemente la furia de los frailes. No tan solo se iban desoyendo sus voces, sino que se ensalzaba lo que ellos escarnecian. Recurrieron á toda clase de estremos, pero en vano: habian llegado tarde. Desde Miguel de Cervantes hasta la guerra literaria habia pasado medio siglo: el tiempo suficiente para que el pueblo aprendiera á reirse de los frailes que huian del loco de D. Quijote. En España, del reir al despreciar hay solo un paso.

Un suceso inesperado les vino á dar la victoria. Muerta Isabel de Borbon, disgustado el rey, ó queriendo poner término á aquella escandalosa guerra, cerró los corrales de Madrid en 1644. Cuánto seria el júbilo imposible es ponderarlo. Baste decir que algunos obispos, en particular el de Sevilla, los habian cerrado ya en sus respectivas diócesis.

Las innumerables personas y cofradías que se sustentaban del ejercicio histriónico representaron al rey los perjuicios que sufrian, y con acuerdo de varios teólogos respetables se levantó la prohibicion en 1650.

Los frailes con esto tornaron á su cruzada, como perseverantes que son y testarudos. Esta segunda sobrepujó á la primera; pero partiendo de gentes tan atrasadas en la estrategia del entendimiento, ¡cuánto no es hoy ridícula y despreciable á los ojos del observador! En aquellos libros que vomitaban los conventos, ni una alta idea filosófica, ni una sola razon de verdadera alarma para los hombres piadosos ó morales. Todo era vanidad, todo palabrería, todo silogismos vulgares y ridículos. Que en las comedias habia amores, y citas, y emboscadas, y duelos, y muertes, y engaños, y artificios... Como si en esto diera el teatro el ejemplo en vez de tomarlo. Desatáranse en buen hora contra la sociedad, que no contra el espejo en que se mira. Pero ¿cómo lo habian de hacer cuando ellos eran la sociedad?...

Muy contados fuéron los escritores que acertaron á poner el dedo en la llaga, y esos tan ligeramente que bien se conoce cuánto los cegaba su fanatismo. Los autos sacramentales, ridículos, nefandos, antireligiosos, como que ponian en tela de discusion los mas altos misterios, y discusion por lo comun vulgar y chocarrera, para los buenos eclesiásticos eran efectivamente merecedores de censura; pero como los autos habian nacido y crecido á la sombra de los conventos, atacándolos, ¿no caian en contradiccion palpable?

Los ingenios desdeñaron la defensa cuerdamente, convencidos de que la intrínseca bondad de la institucion la salvaria, y así fué con efecto. Otra cosa iban á alcanzar con esto: que de los mismos frailes saliesen sus defensores. Fray Gaspar de Villarroel, el padre Porée, Antonio de Nebrija, el obispo de Albarracin, D. Francisco Cueva y Silva, jurisconsulto célebre en aquellos tiempos, fuéron los mas notables.

Réstanos dar alguna muestra de aquellos libros estrafalarios. El padre José Camargo, citado ya, publicó en 1689, es decir, cuando iba pasada la lucha, un folleto en cuarto, de cien páginas, contra las comedias. Recopilacion de todo lo bueno publicado hasta entonces, y predicador el padre de algun mérito, parece natural que fuera su obra digna de leerse; pero no aconsejaremos al lector ni el intento siquiera. Bástele con el trozo siguiente:

«Pero que las comedias de ahora sean torpes y lascivas, y como tales, ocasion de innumerables pecados, cuando quisieran negarlo sus defensores, lo están á voces publicando los efectos claros y públicos que se ven en todas partes. Y sino, pregunto: ¿qué es lo que pasa al entrar y salir la gente moza del patio, cerca del tablado y en el vestuario mismo? ¿De qué son las conversaciones al salir de la comedia? Si fulana tiene buen garbo; si fulano tiene buen gusto en comunicarla *(comunicar, cortejar y ainda mais)*, si baila, si canta bien, si es mas hermosa que fulana, etc., y otras cosas peores, que esplican bien los pensamientos que han tenido en la comedia. ¿Qué escándalos no se ven en todas las repúblicas, donde entra por su desgracia una de estas diabólicas compañías, que es como si entrara una legion de demonios, y peor mil veces que si pusieran á la ciudad fuego por todas las cuatro partes?» (Pág. 73.)

Mas lástima que risa inspira un escritor atacando con tan despreciables armas.

Y no podia suceder otra cosa. Buenísima y saludable la institucion en el fondo, solamente los escesos de los comediantes pudieran un punto rebajarla, pero desacreditarla nunca. No ya en el padre Camargo, que era un bendito de Dios nacido para servirle, que no para embadurnar papel, en los escritores mas notables que por sistema ó espíritu de partido se dejaron arrastrar de esta manía, se advierte que solo topan con argumentos vulgares y ridículos, como quien predica en vano y lo conoce ó lo presiente. El venerable Crespi, uno de los mas juiciosos y concienzudos, asegura que cierto mancebo no pudo gozar á una doncella muy honrada, hasta que con darla á leer un libro de comedias la puso blanda como un guante.

Ya hemos visto cómo trataban al público y á los comediantes. Los poetas no salian mejor librados:

«Un autor de novelas y un poeta cómico es un público emponzoñador, no de los cuerpos, sino de las almas, el cual debe considerarse como reo de una infinidad de homicidios espirituales.»

Mas adelante trae el mismo escritor de quien copiamos este párrafo, otro que se le aventaja en lo razonable:

«Cuanto mas procura (el poeta) correr el velo de la honestidad sobre las pasiones amorosas y delincuentes que pinta y describe, mas peligrosas las hace.»

¿Conocian el corazon humano aquellos teólogos?

Bien que ellos no debian de tenerlo, pues llegaron á discutir gravemente si los cómicos podian dar limosna, y á resolver que no, tras mil sofismas, así como que caia en pecado mortal el que á su vez les diese dinero. Otra contradiccion de á folio. ¿No se lo daban ellos por trabajar en sus sacristías?

Esta cruzada insufrible, sobre retrasar la instruccion y moralizacion del pueblo, acarreó á la literatura graves perjuicios, como el de las comedias de santos, únicas que permitia escribir en sus últimos tiempos Felipe IV, que dieron ocasion con sus milagros y sus portentos á las innumerables de magia que en todo el siglo siguiente se apoderaron de la escena española. Y ni por esas desmayaba el furor de sus enemigos, que hasta la misma época que acabamos de citar duraron sus ataques, viniendo á hacer causa comun con otra guerra no menos digna, conocida en la historia literaria por los *polacos*, *chorizos* y *panduros*.

¡Cosa particular! Quién creerán nuestros lectores que era jefe de uno de estos bandos? Nada menos que el padre Polaco, trinitario descalzo, defensor acérrimo de los cómicos y cómicas del teatro de la Cruz.

Otro fraile andaba en este negocio que no le iba en zaga, aunque sin ser polaco, ni chorizo, ni panduro. Llamábase Marco Ocaña, y llevó muchas veces el escándalo hasta trabar desde su asiento con los actores y las actrices pláticas deshonestas y chistosas, y remedarlos y tirarles grajea.

Para conocer mas á fondo este epílogo edificante de la cruzada contra el teatro, puede recurrir el lector al discurso preliminar que puso á sus comedias D. Leandro Fernandez de Moratin.

En resúmen, sobre tres mil libelos se publicaron, segun nuestros cálculos, en solo medio siglo. Que ninguno vale la pena de leerse por sabido se calla. Sobre ser en el fondo ridículos y torpes, en la forma no dejan nada que desear. Para que no se nos crea bajo palabra hemos tenido la paciencia sin igual, que no tuvo tanta Job, de ir estractando las citas y los autores que embellecen y autorizan el del padre Camargo. Vuelvan nuestros lectores los ojos á esa invencible armada, y ya creerán que humanamente podian ser buenos aquellos libros. Mucho se critica á los que en la actualidad pecan de este defecto; pero á fé que pasar revista de comisario en solas cien páginas de letras como puños, á ciento cuarenta y cuatro autores de todos géneros, razas y raleas, desde los antidiluvianos hasta los conocidamente fabulosos, sin cuarenta y cuatro mas anónimos, que se omiten por abreviar el discurso, es cosa que desde los frailes de antaño no se ha visto ni se volverá á ver, á Dios gracias.

Empieza el autor citándose á sí mismo, y á *muchos* sermones que tiene predicados en Madrid contra las comedias. El principio promete. Siguenle en órden de batalla:

Tertuliano.
S. Gerónimo.
S. Pablo.
El padre Tomás Sanchez.
Menochio.
Alciato.
El doctor Navarro.
El padre Juan de Mariana.
El padre Pedro Hurtado de Mendoza.
El padre Theófilo Raynaudo.
El padre Pedro de Guzman.
Diego Ruiz de Montoya.
El padre Eusebio.
J. Bautista Comitollo.
El doctor F. de Rivera.
El padre Pedro de Rivadeneyra.
El padre Luis Celotio.
El padre Juan Dominico Otonelio.
El padre Adamo Contzen.
El padre Julio Mazarino.
El Emmo. é Illmo. señor D. Luis Crespi.
El Illmo. señor D. Diego de Guzman (*Patriarca de las Indias*).
D. Francisco Ramos del Manzano.
D. Francisco María del Monaco.
El doctor Valle de Moura.
El padre Angelo Bossio.
Fray José de Jesús María.
El padre César Franciotto.
El padre Gerónimo Florentino.
El padre Mendoza de S. Agustin.
Araujo.
Amaya.
El padre Rojas.
Sto. Tomás.
S. Antonio.
S. Cayetano.
Thomás Hurtado.
Silvestre.
S. Antonio.

Diana.
Baldello.
Bonacina.
Busembaum.
Seis autores no nombrados en gracia de la brevedad.
Treinta y ocho idem, idem, *entre teólogos y jurisconsultos* (palabras testuales).
Figueroa.
Jacobo de Graffiis.
Gelio Zecho.
Marcelo Megala.
Fray Diego de Tapia.
El padre Casano.
Valero.
El padre Luis de Torres.
El padre José de Tamayo.
Fray Antonio de Arce.
Fray Alonso de Rivera.
Celada.
El padre Arias.
Fray Juan de los Angeles.
Fray Juan de Crinita.
D. Diego de Saavedra.
D. Matías de Gagunez.
S. Ambrosio.
David.
S. Juan Crisóstomo.
Clemente Alejandrino.
S. Gerónimo.
Sara.
El Eclesiástico.
El *Libro de los Proverbios*.
El *Derecho canónico*.
S. Epifanio.
Fabro.
Valerio Máximo.
Sempronio Sopho.
S. Cipriano.
Taciano.
S. Justino.
Minucio Félix.
S. Gregorio Nacianzeno.
S. Cirilo.
Paulo Orosio.
S. Isidoro Pelusiota.
Salviano.
S. Bernardo.
Olimpiodoro.
El Albulense.
S. Carlos Borromeo.
Arístides.
Aristóteles.
Homero.
Séneca.
Celio Rodigino.
Ciceron.
Escipion.
Plutarco.
Tiberio.
Domiciano.
Neron.
Suetonio.
Cornelio Tácito.
Valerio Máximo.
Alejandro de Alejandro.
Justo Lipsio.
Luis Vives.
Plauto.
Afranio.
Terencio.
Meliso.
Lactancio.
Ovidio.
Demóstenes.
Casiodoro.
S. Basilio.
S. Anselmo.
Job.
S. Gregorio Magno.
S. Bernardo.
Apuleyo.
Hugo de Sto. Victore.
Juvenal.
El *Deuteronomio*.
Filon Judio.
S. Antonino.
Angelus.
Tabiena.
Armilla.
Heffels.
El padre Azor.
Basilino.
Salviano.
Jeremías.
Kempis.
Petrarca.
Propercio.
Enrique Suson.
Espondano.
Cantimprato.
Dionisio Cartusiano.
Fray Diego de Yepes.
Pompeyo.
Plinio.

De los que no son escritores se citan palabras ó hechos; y de los que lo son, algunos están citados mas de diez veces.

Olvidábasenos advertir que tambien incluye en la cuenta el padre Camargo una obra que estaba escribiendo á la sazon un fraile amigo suyo.

Aunque el público, como ya dijimos, se reia de los furibundos ataques de sus reverencias, en Córdoba, Sevilla y Toledo, ciudades cuyos obispos tomaron en la lucha una parte muy activa, existen todavía familias que de generacion en generacion se han trasmitido la costumbre de no asistir al teatro.

En cambio, de casi todos esos innumerables señores, muy conocidos en sus conventos, incluso el padre Camargo, la posteridad no se acuerda sino para volverse á reir, mientras Calderon y Lope están en la memoria y en los labios de todo el mundo. ¿Es justa la justicia de los pueblos?

VICENTE BARRANTES.

CASTILLO DE DIEPPE,

departamento del Sena-Inferior.

Este castillo, testigo de tantos sitios y combates, está situado casi en la cumbre de la costa del Oeste, sobre la cual se eleva de bancal en bancal, y desde donde domina á la vez el valle, la ciudad y la mar. Se atribuye su construccion á Carlos VII, que le mandó edificar hácia el fin del siglo XV. Está provisto de altas murallas y de torreones en los ángulos. «Es este monumento, dice uno de los historiadores de la ciudad de Dieppe, de un plano original, de un estilo caprichoso, que ofrece en la elevacion de sus torres, en los perfiles de sus murallas,



(Castillo de Dieppe.)

en la austeridad imponente de su entrada, en sus vistas sobre la mar, una variedad singular de escenas graves que traen á la memoria recuerdos de esclavitud y de gloria á la vez. Semejante á tantas otras fortalezas elevadas por la mano de los hombres, ha servido indistintamente para defenderlos y para oprimirlos.»

El siguiente artículo es el único que por desgracia nos ha legado su autor, jóven de mucho mérito cuyo trágico fin recordarán tal vez algunos lectores. Al reproducirlo hoy en la misma ocasion en que él lo escribió, pocos meses antes de su suicidio, creemos hacerles un obsequio, y dar á la memoria de nuestro amigo el triste aplauso que se debe al genio muerto en flor.

UN RECUERDO A LOS DIFUNTOS.

¡Morir!... ¡sepulcro!...
no entiendo estas palabras.
GOETHE.

Era el dia de difuntos de 1850. Las gentes invadian las calles de la capital en direccion á los cementerios, y yo me hallaba en mi cuarto, abatido y triste, acordándome de Fígaro... *¡Madrid es el cementerio!*

Figurábaseme estar encerrado en un nicho, envuelto en un sudario, inmóbil y helado como un cadáver; el corazon sin latidos y *la cabeza* sin ideas.

Repasaba en mi memoria los nombres de los que ya no son, de los que pasaron por la tierra esparciendo luz... ¡LARRA! ¡ESPRONCEDA! ¡tantos otros!... ¡sombras queridas! ¿por qué os desvanecisteis? ¿por qué huisteis tan pronto de la presencia de los que os amaban? ¡Ah! No podian vivir ellos entre nosotros, no; este suelo es *estéril*, esta atmósfera está emponzoñada, este sol no calienta, este aire no vivifica; aquí todas las plantas se marchitan, todos los árboles se mueren, todas las flores las deshoja el viento...

¡Dichosos los que tuvieron la suerte de morir... y morir después de haber vivido! Nosotros ahora ni vivimos ni morimos. Desaparecemos de la tierra y para nosotros no habrá flores, no habrá coronas, ni un recuerdo, ni una hoja de laurel!

Contemplaba desde mi ventana la caida del sol... ¡Un dia mas! ¡Un dia menos!...

De repente un relámpago ofuscó mis ojos.—*Ven, sígueme*,—me dijo una voz: volvíme á todos lados y no vi a nadie... un confuso resplandor me cegaba la vista.—*Ven*,—repitió la voz, y una mano invisible tomó la mia arrastrándome hácia sí: su contacto me dejó helado. Pero á poco sentí hervir de nuevo la sangre dentro de mis venas, mi espíritu recobró el valor, mi corazon volvió á latir con mas impulso. Jamás habia sentido tanta vida dentro de mí.

—Vamos á visitar á los difuntos, me dijo la voz. La seguí.

Llegamos á un cementerio, donde no habia como en los demás nichos ni paredes, puertas ni cerrojos; estaba al aire libre, sobre lo alto de una colina. Las gentes no habian acudido á profanarle, y ningun ruido humano resonaba en su recinto; solo el viento movia de vez en

cuando tristemente las copas de los cipreses y las ramas caidas de los sauces.

El sol bañaba con sus últimos rayos la altura de la colina.

Entré. Por todas partes se hollaban flores, por todas partes se veian coronas de laurel. Allí se respiraba de otra manera. Aquel aire tenia un sabor celestial que encantaba los sentidos. La luz heria mas vivamente la pupila. La tierra parecia como que levantaba en alto al que la pisaba.

—Este es el cementerio de la gloria, dijo la voz del invisible genio que me servia de guia.

Me detuve: mi planta se resistió á profanar aquel lugar sagrado.

¡Gloria!... ¡cementerio! ¡Dos palabras! ¡La vida y la muerte! No sé lo que pasó por mí. Caí de rodillas y toqué la tierra con la frente: creia estar en el cielo al lado de los justos. El tiempo que pasé en este deliquio celestial no tuvo antes ni después; se parecia á la eternidad.

—¡Levántate! dijo la voz con un acento nunca oido entre los mortales.

Me levanté. La voz sonaba de lo alto: alcé mis ojos, pero no ví mas que el cielo sobre mi cabeza: un cielo azul, mas próximo que el de la tierra, sin la mas leve nube que le empañase, puro como el de la mañana del mundo, rodeándome por todas partes como una atmósfera de gloria... A través del azul que me bañaba, divisé objetos que tenian algo de aéreo, cipreses cuyas copas se perdian en el infinito; sauces que besaban la tierra con sus ramas; todo aparecia á mi vista distinto de lo del mundo. El ruido que hacian las hojas de aquellos árboles se asemejaba á un concierto célico, no producido con sonidos materiales, sino dimanado del soplo de los espíritus.

Allí se veian siete sepulcros, rodeados cada uno de una aureola celeste, tres á cada lado y uno en el centro. Los cuatro que estaban en los ángulos, y el de en medio, eran de mármol blanco; de los otros dos, el uno era de mármol negro y el otro estaba cubierto con un crespon oscuro.

—Escucha, me dijo la voz.—Miré hácia el cielo y escuché.

—Yo soy la gloria: tú no me verás. No te canses; el que se afana en buscarme, ese no me encuentra.

Calló un momento. Dos torrentes de lágrimas se deslizaron de mis ojos; pero no eran lágrimas de envidia, eran de ambicion. Me serené, enjugué mis mejillas, y me resigné á mi destino.

—No llores; tú no has visto mas que mis coronas de rosas y no mis coronas de espinas. La gloria es el martirio. ¡Mártires! ¡eso y no mas son los genios de la tierra! Mira: ahí tienes siete sepulcros... ¡siete mártires!

Volví á llorar. Mis lágrimas caian al suelo y se resolvian en una especie de vapor que se parecia al incienso que se tributa en los altares.

—¡Siete mártires!... ¡siete poetas! ¡Hijos de España! Escucha.

Era una mañana hermosa, mañana de primavera... El cielo estaba puro, brillaba un sol de oro, la yerba se alzaba coronada de rocío. En un rincon del mundo nacieron siete flores... La una era una rosa temprana, erguida sobre su tallo; creció á los rayos del sol, pero vino el viento Norte y la deshojó. La otra era un tulipan de vívidos colores, que se alzaba orgulloso como un rey entre sus vasallos... Por la tarde hubo tempestad y le abrasó un rayo!... La otra era un girasol, ávido de luz y amante de los soles... A la mañana siguiente tardó en amanecer; el dia apareció nublado, el sol no salió, y el girasol dió mil vueltas... ¡y se murió! La otra era una violeta de suavísimos olores; una mano la trasplantó á otros climas, y la violeta se agostó porque no la alumbraba el sol de su país!... La otra era una adelfa amarga y brillante que murió consumida por su propio veneno. La otra era un clavel pomposo y encendido, envidia de las flores, que pereció ajado entre las manos de una hermosa... La otra era una siempreviva, que nació antes que las demás flores, que las vió á todas crecer, brillar y deshojarse, y llena de años se inclinó sobre su tallo y se murió de pena.

¡Las siete flores! ¡los siete poetas! ¡Ven! ¡tú los amas! ¡tu corazon guarda un recuerdo para ellos! ¡tus ojos tienen lágrimas y tus lábios suspiros! ¡Ven! ¡ven á derramar una lágrima sobre la tumba de los muertos!

Llegué al primer sepulcro.

—¿Quién eres? dijo la voz.

—Soy un poeta, respondió otra voz desde el fondo de la tumba.

Caí de rodillas lleno de pavor.

—Nací lejos de aquí, bajo el cielo de América. La tierra me pareció hermosa, el mundo me pareció bello; amé al sol, al agua y á las flores... Mi alma era ardiente como el sol de mi país...

Me senté al borde de la catarata del Niágara... Vi rodar á mis plantas los torrentes, y me hallé en el desierto frente á frente con la tempestad.

Trepé hasta la cumbre de las montañas; escondí mi cabeza entre las nubes y oí retumbar el trueno junto á mí.

En un caballo atravesé el desierto.

Montado sobre el lomo del generoso alazan, cruzaba llanuras, llanuras y mas llanuras, y devoraba el espacio.

Gustábame oir la voz de los arroyos y de las palmas; conversaba con los vientos y las brisas de mi pais; mi cielo era todo el espacio que alcanzaba mi vista; mi tierra era el abismo donde se precipitan los torrentes.

Yo era hijo del sol de América... Me faltó mi padre y me hallé huérfano en el mundo, sin luz y sin calor.

Vi otras tierras, otros climas, otros soles, otros bosques, otras llanuras; pero aquellas tierras no eran las de mi pais.

Aquel sol era pálido; podia mirarse frente á frente. Sus rayos no calentaban: allí hacia *frio!*

Aquellos bosques eran pequeños, aquellos árboles no tenian copas, aquellas hojas estaban secas, aquellos torrentes eran arroyos, aquellos suelos no brotaban yerba.

Aquellas llanuras eran estériles, aquel cielo era plomizo, aquellos vientos eran helados; ¡allí hacia *frio!*

Me acordaba del sol de mi país, y me devoraba la melancolía.

Como planta de otro clima que se marchita en una huerta abrasada por las escarchas, así me marchitaba yo.

Recordé mi América, y me morí.

—¡Pobre HEREDIA!... Tú no debias vivir mucho tiempo en este mundo... Tu aliento necesitaba mas aire que el que aquí se respira, tus ojos necesitaban mas espacio que el que desde aquí se abarca, tus oidos habian menester mas ruido que el que se oye aquí; ¡tu alma no cabia dentro de tu cráneo!

Tú en la tierra no hubieras podido vivir, sino como vive el viento, libre, vagaroso, ligero; como viven las águilas, sublimes, altaneras; como viven los torrentes, impetuosos, despeñados; como viven las nubes, aéreas, fantásticas y majestuosas.

Derramé flores sobre la tumba de HEREDIA, y me aproximé al otro sepulcro que estaba cubierto con un crespon fúnebre. Allí no habia flores como en el sepulcro de HEREDIA; en vez de una corona de laurel, se veia en el suelo una corona de barro hecha pedazos.

—Yo soy un mulato... Debiera haber nacido rey y nací esclavo.

La lira del poeta no era bastante para mí; necesitaba un cetro en vez de una lira, y una corona de oro en vez de una corona de laurel.

Cuando fuí poeta, no canté á las flores, á los pájaros ni á las selvas de mi pais; canté á los señores, á los príncipes, á los reyes y á los palacios de los monarcas.

Del polvo en que nací fabriqué una corona.

Corona de barro, yo la estimaba en mas que si fuera hecha de pedreria.

Soñé con Alejandro, soñé con César, soñé con Napoleon.

Soñé ejércitos prontos á obedecerme; soldados que me seguian á la victoria y un pueblo que me aplaudia.

Un dia me puse en la cabeza mi corona de barro, desenvainé mi espada, y llamé á mi ejército.

Yo tenia una madre que me adoraba; me habia suplicado mil veces que no me lanzase á la guerra; y tambien la amaba yo, pero no la hice caso.

Se dió la batalla y caí prisionero.

El trono que habia soñado, se convirtió en cadalso.

Salí al lugar de mi suplicio con mi corona de barro en la cabeza y mi majestad de rey.

Un momento antes de morir, me acordé de que era poeta; pedí mi lira, y canté á Dios y á mi madre.

En seguida, como un rey enojado que se presenta á su pueblo, me adelanté impávido y presenté mi pecho á los fusiles homicidas.

Tenia en mi cabeza un mundo por dentro, y por fuera una corona de barro. Sonó la descarga, y la corona de barro cayó hecha pedazos; mas el mundo no se quebró; ¡mi mundo es eterno!

Nací pequeño; ¡pero morí grande!

Calló la gloria. Yo derramé una lágrima sobre la tumba de PLÁCIDO, y sentí mi corazon oprimido de dolor.

El otro sepulcro era blanco, como la vestidura de una vírgen. Estaba recamado de perlas que brillaban á los rayos del sol. Una voz suave como un suspiro salia de lo profundo del sepulcro.

—¡Ay, yo era un pobre loco! El mundo lo dice así.

Porque buscaba flores para hacer guirnaldas, y soles para coronar la cabeza de mi hermosa.

Porque soñaba un alcázar de pedrería con columnas de pórfido y chapiteles de ágata, las puertas de diamante, y las paredes de jaspe, un palacio de pompa oriental para vivir con mi hermosa como un sultan con su sultana.

Yo miré al sol, y me pareció pequeño. Creí que el mundo necesitaba mas soles y mas lunas; que las estrellas no eran bastantes, que la luz no resplandecia, y que las sombras eran tinieblas, que el dia era pálido y la noche oscura.

Miré á la tierra, y me pareció árida. No habia flores como las que

yo creaba; no habia palmeras como las que yo necesitaba; no habia arroyos como los que yo queria; no habia fuentes como las que yo soñé; no habia prados como los que yo imaginaba. No era un paraiso como yo la creí.

Y sin embargo amaba al sol, y me dormia en los valles á la orilla de los arroyos, y pasaba las noches á la luna bajo una palmera mirando á las estrellas. Y cruzaba los prados buscando flores para hacer una guirnalda.

¡Y morí como Ofelia recogiendo flores!

—¡Arolas! murmuró la brisa.

Sobre esta tumba no derramé lágrimas. Besé el blanco mármol, y le cubrí de rosas. Creí estar al pié de la tumba de un niño: llegué á sentir envidia.

Otro sepulcro.

—Yo nací triste y melancólico.

Vagaba entre las nieblas como un espíritu de la noche.

Jamás el resplandor del sol me ha sido grato; su luz ofendia mi pupila: la luna ha sido mi única compañera.

Cuando estaba solo, lloraba sin saber por qué: las lágrimas de mi corazon eran dulces como la sonrisa de una amada.

Mi lira era mi consuelo, pero tuve que arrinconarla, ¡y abandonar mis amigos!

En un pais lejano, el pais de los trovadores, el pais de las leyendas románticas y tristes, el pais de las nieblas, veia poco á poco agostarse mi vida como una flor sin sávia trasplantada de otro terreno...

¡Y volvia los ojos hácia mi España! ¡hácia donde estaban mis amigos! y decia: ¿cuándo los volveré á ver?

Y oí una voz que me respondia: *¡Después de la muerte!*

Y me morí.

Dejé flores y lágrimas sobre la tumba de Enrique Gil, y me dirigí al sepulcro inmediato, que era de mármol negro. Sin saber por qué, iba temblando.

—*¡La tumba negra! ¡La tumba negra!* dijo la voz de lo alto.— Acércate.

—Yo era jóven y tenia esperanza. Queria ser poeta; pero el hálito del siglo heló mi cabeza y mi corazon.

Empecé á tratar con los hombres, y en todas partes hallé falsía, mentira, vanidad, adulacion, lisonja, flaqueza, orgullo, egoismo, mengua y oprobio. Traté tambien á las mugeres, y me convencí de aquella profunda observacion de una comedia antigua:

«La peor gente del mundo,
somos hombres y mugeres.»

El tedio se apoderó de mí. No pude llevar con paciencia el espectáculo de tantas miserias: mojé mi pluma en hiel, y escribí contra los vicios de los hombres. Pero los hombres se reian con mis escritos, y hacian tanto caso de mis reprensiones como del agua que llueve. Decian que tenian chiste. Y lo que habia de servir para corregirlos, servia únicamente para divertirlos.

Me cansé de escribir. Ya no tenia ambicion; lo habia perdido todo, y estaba de sobra en el mundo. Meses enteros abrigué la idea del suicidio. Me gozaba en ella como en mi único placer, y un *mañana* fatídico, escrito sobre una caja que tenia encima de mi mesa, era la única esperanza que me restaba ya sobre la tierra. Los hombres seguian riéndose de mis chistes.

Una tarde salí á la calle. Era el dia de *difuntos* de 1836. Madrid me pareció un cementerio; cada casa un nicho; cada letrero un epitafio; cada hombre un cadáver... y los hombres se reian con mis ocurrencias.

A los pocos dias me levanté la tapa de los sesos.

¿Quereis saber lo que se encierra en este sepulcro? Es muy sencillo:

¡Aquí yace la esperanza!

Palidecí ante la tumba de Fígaro; me hinqué de rodillas, y murmuré una oracion.

—Que Dios perdone á los desdichados! dijo la gloria.

Con lágrimas en los ojos y luto en el alma, seguí adelante.

Era un sepulcro ornado de laurel. Sobre él inclinaba un sauce su ramaje; guirnaldas de flores adornaban sus mármoles; á su pié se veia una lira coronada de rosas, y el sol bañaba con su último rayo la lira, el sauce y el sepulcro.

La brisa jugueteaba con las cuerdas de la lira; el viento agitaba con tristeza las ramas del sauce... Una armonia, parecida á los conciertos celestes, resonaba en derredor de la tumba.

Vi una sombra blanca, como una silfa solitaria, que se mecia dulcemente sobre aquel sepulcro: parecia un recuerdo de gloria sobre una frente jóven.

Me acerqué sereno á la tumba del poeta.

—Yo no he muerto, dijo una voz dulcísima; vivo en el suspiro de la brisa, en el murmullo del arroyo, en el canto del ruiseñor, en el sonido del torrente, en el trueno de la tempestad.

Mi vida es la armonía; donde suena armonía, allí estoy yo.

Nací hombre, en vez de nacer dios.

Imaginé la vida hermosa; soñé amores, triunfos y riquezas, imágenes de gloria y coronas de oro y laurel, viento sobre mi frente y rayos sobre mi cabeza.

Miré al cielo, y quise parar el sol en medio de su carrera.

Vi una muger y amé.

Yo habia nacido para amar, pero no como se ama en este mundo; el amor del mundo no me satisface.

Pasaron ante mis ojos cien mugeres; la una era blanca y rubia, y su sonrisa parecia á la sonrisa de un ángel; la otra era pálida como un recuerdo de la infancia; la otra era dulce y triste, y su voz amorosa como la de la tórtola; la otra era altiva, pero bella; la otra era el espíritu de los amores encerrado en un cuerpo de barro.

¡Todo polvo!

Yo anhelaba amor, pero no le encontraba; queria deleite, pero deleite como no le hay en el mundo. Y sin embargo agoté la copa, y me bebí hasta las heces.

Mi alma murió para el placer; pero mi corazon vivió para los dolores.

Llamé á la muerte, y la muerte no me respondia: llamé á Teresa, y Teresa estaba muerta; me llamé á mí mismo, y era ya un cadáver.

Morí: bajé al sepulcro.

Aquí soy ya feliz; la muerte es mas dulce que la vida; el espíritu dura mas que la carne; el sepulcro es mas bello que el mundo.

¡Solo en la paz de los sepulcros creo!

Calló. La brisa dió un suspiro, el rayo del sol se agitó sobre la tumba, el sáuce movió sus ramas, la lira murmuró una armonia, y la sombra blanca se inclinó sobre el sepulcro.

—Yo soy una muger, dijo la sombra blanca; vago al rededor del cementerio, y por la noche duermo recostada en el mármol de este sepulcro.

¡En vida amé; pero amo mas después de muerta!

—Espronceda, dijo la voz de lo alto: yo te amo tambien. He coronado tu frente de laurel y rosas; he cubierto tu cadáver de una vestidura celeste: he escrito sobre tu frente el sello de la inmortalidad, y he grabado tu nombre en el templo de la gloria. Tú eres, Espronceda, el primogénito de mi amor.

Siguió un largo silencio. Me levanté, me aproximé al sepulcro, colgué de la losa una corona de laurel, y me alejé, volviendo á cada paso la cabeza.

Otra voz sonó desde el último sepulcro que se veia en medio:

—Yo soy un anciano; yo los conocí á todos.

Yo los tuve entre mis brazos.

Yo templé las cuerdas de sus liras.

Yo escuché sus cánticos.

Yo les coroné de gloria.

Yo los ví enmudecer.

Y yo les ví morir...

¡Soy un anciano! me llamo Lista.

—*Yo soy la gloria*, dijo la voz. Y otro relámpago brilló á mis ojos. Todo desapareció.

Hallé que estaba en el cementerio de San Nicolás, delante de la tumba de Espronceda.

En vez de los sepulcros que yo soñé, me encontré con un nicho de dos palmos de ancho, tocando al suelo, una corona seca de laurel, y un letrero medio borrado que decia:

ESPRONCEDA.

Mas allá otro nicho de la misma especie, otra corona seca de siemprevivas, y este otro letrero:

LA AMISTAD,
á la buena memoria
DE
DON MARIANO JOSÉ DE LARRA.

Y encima, y debajo, y á los lados, y por todas partes, otros nichos, otras coronas, y otros letreros:

¡Pedro Martinez! ¡Ignacio Sanchez! ¡Juan Perez!. . . . .
. . . .

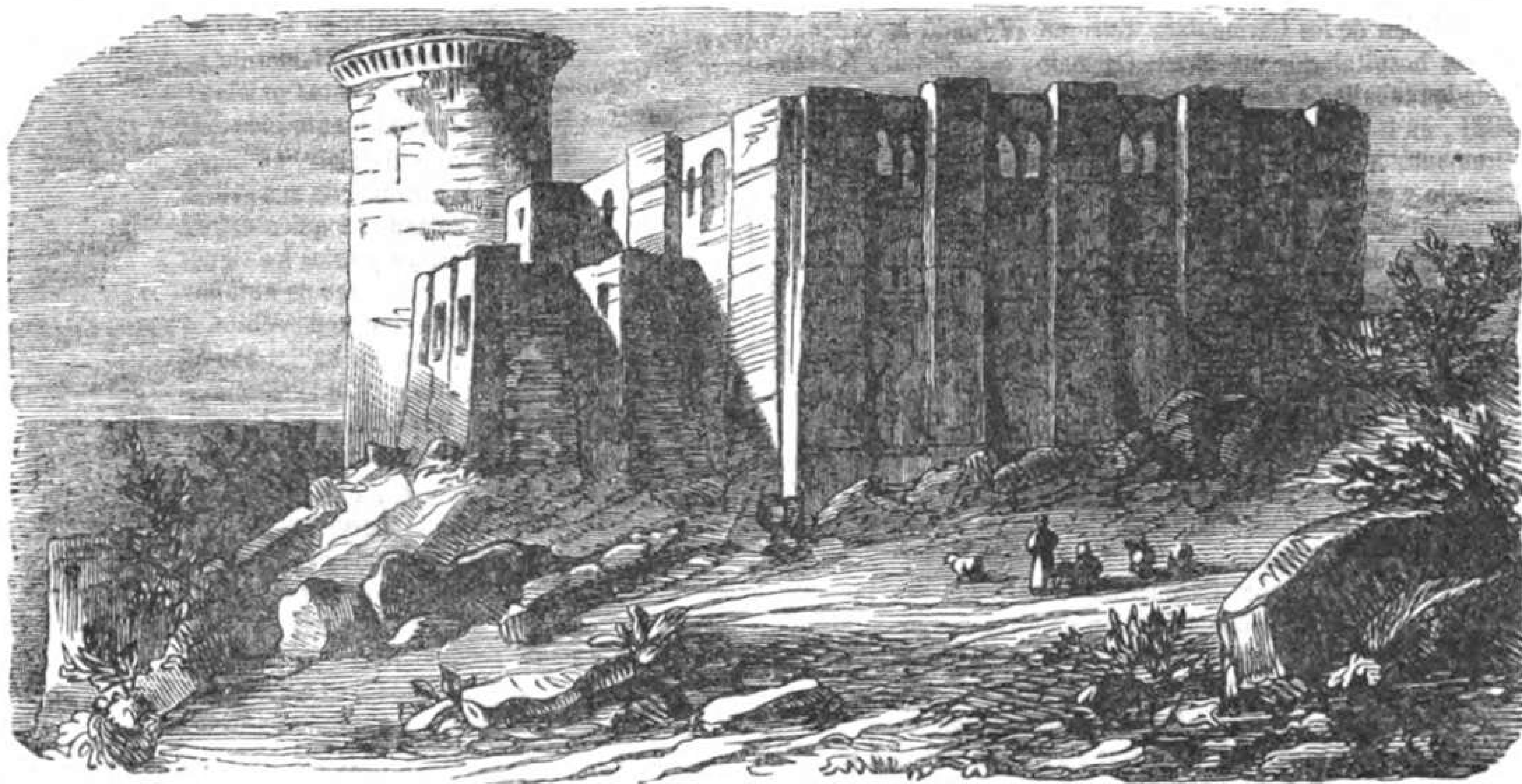
La gente me rodeaba por todas partes: los hombres pasaban con indiferencia por delante de las lápidas de Espronceda y de Larra. A mis ojos se agolparon las lágrimas; tendí una mirada á los dos nichos; creí ver los cadáveres hechos polvo, y me precipité á la puerta.

¡Siete poetas! murmuré al salir; ¡y casi todos murieron jóvenes

¡y casi todos desdichados! Uno solo llegó á anciano, y se murió después de haber llorado á sus discípulos queridos... De los demás, el uno espiró jóven entre los brazos del amor; el otro acabó sus te . pranos dias lejos de su patria; el otro, desterrado, acordándose de su país; el otro se volvió loco; el otro cayó, pobre reo, atravesado por las balas... y el otro fué *suicida!*..

¡Los poetas son mártires! ¡la gloria es el martirio!

JOSÉ DE IZA.



CASTILLO DE FALAISE.

Al Este de la pequeña ciudad de Falaise, departamento de Calvados, se ve el castillo que la defendia, y que en 998 ya era una de las fortalezas mas importantes de la Normandía. Guillermo el Conquistador nació en ella en 1027. Vino á ser el centro de todas las operaciones militares durante las guerras de rivalidad de Francia con Inglaterra, y resistió mucho tiempo á todos los esfuerzos que hicieron los franceses para apoderarse de él. Felipe Augusto la tomó por capitulacion en 1204. Enrique V, rey de Inglaterra, se hizo dueño de ella el 2 de enero de 1418, después de cinco meses de sitio. Ganada otra vez en 1450 por Carlos VII, esta fortaleza y la ciudad hubieron de sufrir mucho en la época de las guerras de religion que desolaron la Francia. Enrique IV mandó desmantelar las fortificaciones.

El castillo está situado sobre una roca elevada que domina á la ciudad: sus ruinas conservan todavía un carácter de grandeza que les da un aspecto imponente y severo. Estaba pertrechado con un torreon rodeado de fosos y defendido por torres sólidas y por murallas. Restaurado y aumentado en diversas épocas, presenta por dentro y por fuera diferentes géneros de arquitectura; bien que el estilo normando es el que domina. La torre mas grande es la llamada de Talbot, del nombre de este general, que la hizo elevar en 1450; tiene unos cien piés de elevacion, y es de una construccion tan sólida, que apenas se ha deteriorado. Se sube á su parte superior por una escalera oculta en lo interior de las murallas, cuyo espesor es de trece á diez y seis piés. La longitud de esta fortaleza es de doscientos setenta piés; su latitud, por término medio, de cuatrocientos veinte piés.

EL MONTE CARMELO.

Traducido del francés por F. C.

Compréndese generalmente bajo el nombre de Carmelo ó monte del Rosio de Hermon, una cadena de montañas situadas en Siria, que partiendo de orillas del Jordan se prolonga del nordeste al sudeste, y viene á morir perpendicular á orillas del Mediterráneo. Las laderas de estos montes están cubiertas por una fuerte y robusta vegetacion, y no falta monte bajo, espeso, entremezclado de encinas y de rocas grises de formas estrañas y colosales. La cima es un gran llano pedregoso. La viña, que en otros tiempos se cultivaba allí, ha sido reemplazada por bosques en que se hallan fieras, en particular panteras.

Pero lo que mas particularmente se designa con el nombre de Carmelo es la montaña que forma un cabo de mar al mediodía de San Juan de Acre, al norte de Dora, y sobre la cima de la cual se halla el monasterio que lleva su nombre.

El Carmelo es célebre bajo diversos títulos: parece que se adoraba allí en la antigüedad una divinidad que llevaba el mismo nombre Carmelo. Tácito dice que no tenia ni estatua ni templo, y sí solo un altar en el que se le rendia culto. Jamblique por el contrario dice que Pitágoras fué amenudo solo á meditar á un templo que estaba sobre dicho monte. Difícil es dejar de creer que no hubiese allí una ciudad perteneciente á la tribu de Judá (*Josué*, XV, 55 y IV. *Reg.*, XXV, 5). Allí era donde vivia Nabal del Carmelo, marido de Abigaíl. S. Gerónimo, que celebra la fertilidad de los pastos que cubrian la montaña, dice que por su tiempo tenian los romanos una guarnicion en el Carmelo, lo que hace suponer que hubiese allí una ciudad. Fué tambien en el Carmelo donde al volver de su espedicion contra Amalec levantó Saul un arco de triunfo (*S. Rey* XV, 11).

Pero á lo que sobre todo debe el Carmelo su fama, es á la estada que en él hicieron los profetas Elías y Eliseo. En la iglesia del actual monasterio, hácia al lado del mar, se enseña la gruta que habitó el primero mucho tiempo, en la que se habia refugiado por huir de las persecuciones de Achal y de Jezabel.

El santo, que dormia en otra cueva; habia constituido esta en oratorio, y allí fué en donde á fuerza de oraciones obtuvo abundantes lluvias que consolaron al país después de tres años de sequía. Pegada á esta gruta se halla una capilla que pasa por ser la primera y la mas antigua de las que se han erigido á la Señora; está bajo el nombre é invocacion de Nuestra Señora del Monte Carmelo. La tradicion la hace remontar al año 83 de Jesucristo.

Es sabido que durante su permanencia en el Carmelo Elías rogó todo un dia á Achab que le trajese á los sacerdotes de Baal, y que allí, después de haber hecho descender el fuego del cielo sobre el holocausto que habia él preparado con sus propias manos, dió la señal del degüello de los falsos profetas. Se enseña aun hoy dia el lugar del sacrificio y de la ejecucion.

Algunos pasos mas arriba del oratario de Elías se halla la cueva de Eliseo, su discípulo, abierta en la roca y cerca de una cisterna. Allí fué donde vino la Sunamita á rogar al profeta que resucitase á su hijo.

Al pié de la montaña puede verse una caverna larga de noventa centímetros, ancha de cuarenta y cinco, y alta de treinta y seis: gracias á una cisterna y á algunos árboles, es una morada bastante agradable; pero el llegar á ella es difícil y peligroso. Ha conservado el nombre de *gruta de los hijos del Profeta*. Segun dice la tradicion, allí era donde recibia Elías á los principales del pueblo. Hoy la ocupa un santon.

Mas arriba llama la atencion del viajero un terreno llamado *el jardin de los melones*. Hé aquí lo que se cuenta tocante á este terreno: Era otras veces un melonar; un dia pasó por allí el profeta Elías atormentado de una gran sed, y suplicó al dueño que le diese un melon. El dueño, no solo no tuvo caridad, sino que uniendo la mofa á la dureza, le contestó que lo que le parecian melones no eran sino piedras. El santo, indignado, maldijo el melonar, y volviéronse los melones piedras. No nos hacemos garantes de la autenticidad de este

milagro; pero lo que sí es incontestable es la perfecta semejanza de las piedras que se hallan en aquel lugar con melones. Muchos viajeros se llevan algunas de estas piedras.

En la edad media muchos religiosos cristianos han vivido en las grutas del Carmelo. Juan, patriarca de Jerusalem, instituyó en el año 400 en honor del profeta Elías una comunidad de ermitaños que dió origen al órden de los Carmelitas. Enrique IV fundó la órden de los caballeros hospitalarios del Monte Carmelo, que después fué reunida á la de los caballeros de San Lázaro.

En 1821, en la época de la heróica lucha de la Grecia contra la Puerta Otomana, Abdallah-Pachá destruyó del todo el monasterio del Monte Carmelo y su antigua iglesia dedicada á San Elias, bajo pretesto de que podria servir á los griegos de fortaleza. El gran señor, indignado de este acto de vandalismo, espidió un firman por el cual ordenaba á Abdallah-Pachá de reconstruir á su costa el convento. Pero el pachá no hizo caso de lo que mandó su alteza. Carlos X intervino, y gracias á los socorros enviados por este monarca y por los fieles de la cristiandad, los monjes del Carmen pudieron reconstruir su convento con los materiales del antiguo.

Entre los personajes ilustres que han visitado el Carmelo, se nombra á S. Luis, que hizo allí una peregrinacion hácia mediados del siglo XIII, y Juana de Dreux, muger de Felipe el Largo, que se trasladó allí noventa años después.

El significado de la palabra Cármen no se ha fijado exactamente. Alguna vez se designa bajo la denominacion de cármenes los sitios que son muy fértiles y están sembrados de viñas y árboles frutales; es tambien uno de los nombres que se dan á la púrpura, porque se pescaban al pié de ese monte las conchas que dan ese color.

Desde el monasterio, asentado sobre la punta del cabo, á un lado se descubre el mar, y al otro los montes con enormes riscos cubiertos de verdura. Al pié del Carmelo, hácia el oeste, está Cahiphas y su puerto; al norte, sobre la costa que se redondea en forma de estanque, se vé San Juan de Acre (Ptolomaïs); al pié de la montaña el torrente Cison corre á arrojarse al mar; algo mas lejos sigue el rio Belces su curso en direccion paralela al Cison, y vá, como él, á echar sus aguas en el Mediterráneo.

El historiador Josepho atribuye el Carmelo á la Galilea; pero mas bien pertenecia á la tribu de Manasés y al mediodia de la tribu de Aser. Nazaret no dista de allí sino treinta y dos kilómetros.

UN RAOUT EN EL OLIMPO.

ROMANCE.

Estaba el señor Don Júpiter
cierta noche en el Olimpo,
con mas barbas que un zamarro
y mas nubes que un pedrisco.
Entráronse de visita
las diosas y diosecillos,
estos á Juno mirando,
y aquellas á su marido.
Iba delante de todos
Marte, el cencerro divino,
con un cazo en la cabeza
y sartenes por vestido.
A su lado Doña Venus
la buscona, con el niño
en el traje de verano,
venda y flechas por abrigo;
Y detrás sucio y tiznado
Don Vulcano el herrerillo,
que por ir tras su muger
no pudo ponerse limpio.
Don Mercurio con la vara
llegó preciado de esbirro,
con Minerva, marimacho,
muger y hombre á un tiempo mismo.
Fuéron pasando después
Don Saturno el viejecito,
Neptuno, el del asador,
y Apolo, el del guitarrillo.
Eolo, el dios de los vientos
entró dando resoplidos,
y Baco encueros, borracho,
que encueros va siempre el vino.
En esto oliendo á alcrebite
guiñando los ojos bizcos,
vino el horrible Pluton
de sus tiznados dominios.
Iba con él Proserpina,
y queriendo hacer el lindo,
Don Jove, sin ver á Juno,
de esta manera la dijo:
«Tanto me gustas, mi reina,
y tales son tus hechizos,
que por estar en tus brazos
me trocara en falderillo.»
Llegaron estas palabras
de Juno al atento oido,
mordió al galan, arañole,
y le aturdió con sus gritos.
Vulcano, á quien estremecen
de Tauro y Aries los signos,
á buscar la red de antaño
fuese al punto derechito.
Venus por hablar con Marte
dejó caer á Cupido,
y Marte soltando el yelmo
descalabró al pobre chico.
Júpiter, harto de dioses,
echando mano al bolsillo,
sacó una caja de rayos,
(esto es, fósforos olímpicos).
Dió un trueno por estornudo,
escupió viento y granizo,
y huyendo los tertuliantes
se hundieron en los abismos.

ROMANCE.

Dejando al viento detrás
bogaban dos galeotas,
dando caza sin descanso
á una barquilla española.
Iba dentro un pescador
en los brazos de su esposa,
amantes ambos y amados,
dos cuerpos y una alma sola.
Al ver el pirata fiero,
espanto de aquellas ondas,
que el pobre batel estaba
muy cerca ya de la costa,
Mandó á alcanzarle una bala
ardiente como su cólera,
que fué cortando los aires
á abrir del barco la popa.
Cayó entonces desmayada
la inocente pescadora,
y apareció en su semblante
la nieve donde hubo rosas.
Con ella en brazos, el hombre
al mar airado se arroja,
pidiendo á voces á Dios
que en trance tal le socorra.
«¡Que se salve y yo la vea
dentro de mi pobre choza;
sin ella el sol para mí
no tiene luz, sino sombras!
»¡Que se salve aunque yo muera,
la vida poco me importa,
que el alma no morirá
porque ella la tiene toda!»
Oyendo estas tristes voces
se enternecieron las olas,
y á los amantes dejaron
sobre la playa arenosa.
Ella abrió los negros ojos,
al mundo de nuevo torna,
y en los brazos del mancebo
para caminar se apoya.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 44.

Cada uno recibe de la fortuna desaires.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra



VISTA DE LA JUNQUERA.

La Junquera es una poblacion española, situada en la parte oriental de los Pirineos, á corta distancia del cabo Creus y del fuerte de Bellegarde. En otro tiempo era un pantano, como lo indica su nombre *Junquera*, esto es, sitio lleno de juncos.

La humedad desapareció hace muchos años de aquel suelo, reemplazándola una agradable frescura que conservan inalterable los altos montes inmediatos, cubiertos de verde, los bosques de encinas y de nogales, y un torrente llamado Llobregat, como el otro cuyas aguas se pierden cerca del puerto de Barcelona. A orillas de dicho torrente se estiende una calle larga: es la poblacion entera, que apenas se compone de novecientos habitantes. Aquel villorrio, tan laborioso como cualquiera de los grandes centros industriales, no conoce la miseria ni la perjudicial disipacion de las ciudades. Se recolecta allí la nuez y el corcho, con el cual hacen tapones los naturales, y los enfardan: los barcos del cabo de la *Selva de Abaix* ó de Cadaques, trasportan estas mercancías á Barcelona, de donde salen para todas las naciones marítimas del globo. Un puente de piedra, una antigua torre y una iglesia pequeña son los únicos monumentos públicos de la Junquera. El bienestar no ha producido hasta ahora en aquel punto ni lujo ni orgullo. Todos se contentan con ser sencillamente dichosos.

GRANDE HOSPITAL DE SANTIAGO.

El siguiente documento, cuyo original existe en el antiguo archivo de este establecimiento (1), puede servir de esplicacion para determinar el sistema higiénico y arquitectónico empleado en la fábrica del grande hospital de Santiago. En sus cláusulas se echa de ver, no solo una minuciosa regularidad, sino tambien una aplicacion inteligente de los principios científicos que se tenian en cuenta en el siglo XVI para aumentar la salubridad y buena distribucion de las enfermerías y hospederías.

Este documento importante, cuya copia debemos á nuestro apreciable amigo y colaborador señor Neira de Mosquera, es una página histórica y científica á la vez, porque reasume los principios de la ciencia y del arte eslabonándolos entre sí. El sistema de construccion, la manera de apropiar los terrenos necesarios para la fábrica, la regularidad artística de los detalles, la clasificacion de las piezas interiores, la aplicacion de los sistemas empleados en los hospitales del Rey y Guadalupe, y la circulacion de los elementos necesarios para sostener una temperatura que no afectase el estado morboso ó empeorase al convaleciente, se encuentran reunidos y agrupados en este inteligente directorio, escrito antes de que se hubiesen reducido á ciencia las importantes aplicaciones de la higiene.

Con esta ocasion presentamos á nuestros lectores una copia exacta de las firmas de los Reyes Católicos, segun aparecen en la carta de poder dada por D. Fernando y Doña Isabel al dean de Santiago Don Diego de Muros, en Madrid á 3 de mayo de 1499, para la construccion de este hospital central de Galicia (1).

La forma que el Rey e la Reina nuestros señores mandan que se tenga en la obra del hospital de Santiago, es la siguiente.

Primeramente, que en la compra de los suelos e casas e huertas que se han de facer para el hedificio del hospital, e en los precios e en todo lo á esto tocante, se faga con consejo e parecer del gobernador Hernando de Vega.

Item, que en lo que tocare á la obra e hedificio del hospital, e á los elegimientos e encasamientos, e en el tamaño e altura, e en todos los

(1) Mazo I, núm. 6.

(1) En el apéndice X, pág. 208 y siguientes de las MONOGRAFIAS DE SANTIAGO, se ha publicado una copia literal de este curioso é importante manuscrito.

aposentamientos e otras oficinas que se ovieren de facer, que todo se faga al consejo e parecer de maestre Gas, ó de maestre Enrique su hermano, e asi mismo del dicho gobernador conforme á la traza que sus Altezas de acá envian.

Item, cuanto toca á dar la obra á destajo ó por jornal en parte ó en todo, que asi mismo se siga el parecer e consejo del dicho gobernador e de uno de los dos maestros.

Item, mandan sus Altezas que la cantería se faga desta manera: La delantera principal del hospital que sea de canto picado, e su silleria bien puesta con su cal e arena, como se face para la iglesia de Santiago.

Item, que las otras aceras del hospital e de la parte de dentro sea mamposteria con cal e arena, ó como mejor pareciere á nuestro Enrique, vistos los materiales de la tierra, con tanto que las paredes se fagan buenas e recias e bien cimentadas, e á vista del gobernador.

Otro sí, que las portadas sean muy gentiles e bien obradas, e que las armas reales se pongan en los logares que parecieren á cualquier de los dichos maestros juntamente con Hernando de Vega.

Otro sí, que se ponga una ó dos piedras con sus letras bien puestas en gloria e alabanza de Dios y de Nuestra Señora, y del Apostol Santiago, Patron de las Españas, e memoria de los fundadores, segun que las ordenare el Dean de Santiago.

Otro sí, que los maderamientos sean muy bien labrados e recios, e sin pintura ni oro alguno, sino todo blanco e muy bien fecho, ecepto en las capillas, las cuales se fagan e pinten e doren al parecer del dicho maestre Enrique e maestre Gas, juntamente con el dicho gobernador.

Otro sí, que la casa sea bien provehida de chamineas en los logares que convernan al parecer de uno de los dichos dos maestros, e que las cocinas sean fechas de manera que del fuego de las chamineas puedan guisar en otros aposentos, digo apartamientos, como lo face en Guadalupe e en el hospital del Rey, con tanto que las chamineas se fagan sobre pared maciza, e que no toque madera ninguna en las chamineas por amor del fuego; y en toda la casa en los logares convenientes se pongan las armas reales.

Otro sí, mandan sus Altezas que los tejados se fagan bien guarnecidos e fortalecidos lo mejor que se podrá de su cal e betun, como esten bien guardados del agoa e del aire.

Otro sí, mandan sus Altezas que se faga el hedificio de tal manera que al patio suban por cinco ó seis escalones de canteria de esquina á esquina, porque esto face la casa mas alegre é mas sana.

Item, que el aposentamiento alto e bajo sea todo igual e de un marco sin que uno suba mas que otro.

Item, que las ventanas e puertas sean muy bien labradas e juntas como en Aragon, porque no entre el aire por ellas.

Item, que el maderamiento de los desvanes cerca del tejado sea muy recio e firme, como si oviese de recebir mas cargo del tejado.

Item, que demás de los aposentamientos principales, e de las otras oficinas e piezas que van senaladas en la traza, que se agan e senalen piezas para graneros e bodegas, e para tener harina e amasar, e para leña, e despensas, e botellerias, para los otros bastimentos necesarios á tal casa e hedificio: item cámaras para los capellanes.

Item, que el suelo de los dormitorios e cámaras bajas sea solado de buenos vigones recios de robre, porque sea mas guardado de la humedad.

Otro sí, que el pavimiento de la casa e todos los patios sean solados de losas bien labradas.

Otro sí, que se procure con diligencia como venga agoa á la casa del dicho hospital, e principalmente á cada uno de los dos patios su fuente, e que de alli se reparta e derive para las cocinas e latrinas, e otros logares necesarios á los maestros.

Otro sí, que se deje logar conveniente para que puedan facer una huerta ó vergel en los logares donde mejor verna *(al margen dice:* Dos vergeles, uno á la parte de las mugeres y otro á la parte de los hombres).

Otro sí, que se procure que la casa sea proveida en abundancia de corrales en los logares donde converna.

Otro sí, mandan sus Altezas que ante todas cosas se tome una ó dos casas cerca de donde se ha de hacer el hedificio principal, e que se provea con diligencia como se fagan ochenta ó cien camas en que puedan caber doscientas personas, dos en cada cama, e se encomienden á tales personas que tengan cargo de las dichas casas e camas, e sirvan los peregrinos, e se les de su razonable salario.

Item, que se de horden como se faga un campanario en la capilla principal del hospital, y su campana para él.

Item, que se compre logar para facer el cementerio lo mas cerca que ser pudiere del hospital.

Asi lo mandaron sus Altezas que se hiciese como aquí va escripto en este mapal *(Hay una firma de la que solo se entiende el nombre,* BARTOLOMÉ, *pero no el apellido).*

Yo la Reyna.—Facsímile de Doña Isabel la Católica en 1499.

Yo Fernando—Facsímile de D. Fernando V en 1499.

CREO EN LA VIRTUD.

En ningun tiempo ha estado tan en boga como en este el precepto de Sto. Tomás. No parece sino que el bendito santo estaba pensando en el siglo XIX cuando se le ocurrió semejante idea. La incredulidad ha venido á ser la base fundamental de nuestros sentimientos y de nuestras acciones. Por conviccion ó por moda se duda de todo. La amistad, el amor y la virtud son nombres y nada mas que nombres, cuya significacion arranca una sonrisa de desden á toda persona que intente pasar como conocedora del mundo.

¡Ya no hay amigos! Si alguno quisiese probar que la amistad existe entre nosotros llena de abnegacion y de pureza, no sería creido por los demás y se le tendria por un iluso.

¡Tampoco hay amor! En los cafés, en los teatros y en las tertulias se tiene esto por una verdad incontestable, y ninguno hay tan temerario que se atreva á desmentir la opinion general.

En cuanto á la virtud... ¿quién cree ya en ella? El hombre que en la época presente tiene la pretension de defender la virtud de una muger, es un ente ridículo.

Ved esa juventud *ilustrada* que inunda los paseos, los cafés y los teatros; preguntadla si cree en la amistad, en el amor y en la virtud, y os contestará sin titubear que no.

La incredulidad ha procurado revestir con nuevas formas todas las afecciones de la vida, llamando cálculo á la amistad, al amor especulacion, y á la virtud hipocresía.

Sin embargo y á pesar de la duda que ha venido á entronizarse en nuestros corazones, la amistad existe, y pura y acrisolada y noble viene á consolarnos en las mayores aflicciones de la vida; y el amor embellece nuestra existencia llena de miserias y de dolores, y la virtud se ostenta á nuestros ojos con todo el esplendor de su pureza. Tal vez tú, mi querido lector, al recorrer estas líneas, si es que tienes paciencia para ello, pienses como yo, por mas que la moda te haga esclamar en los cafés con tono de superioridad, que solamente los necios son los que creen todavía en el amor, en la amistad y en la virtud.

Para convencerte de que la virtud existe en medio de esta sociedad descreida, y lo que es mas aun, que existe en la muger, voy á referirte un lance que le aconteció á un amigo mio, hombre que á fuerza de sufrir desengaños se ha convertido en uno de los mas acérrimos apóstoles de la incredulidad.

La última vez que tuve el gusto de verle, el primer saludo que me dirigió fuéron estas consoladoras palabras: —¡Creo en la virtud.—Me alegro infinito, le contesté yo que blasono de tener creencias, y que por lo mismo encuentro un placer cuando los demás las conservan: en seguida le pregunté el motivo de su repentina conversion, y él, despues de haber tomado asiento á mi lado, empezó á espresarse en estos términos:

—Hará como cosa de dos meses y medio que me paseaba yo por la calle del Príncipe, sin saber cómo matar el tiempo, cosa que, sea dicha de paso, no te sorprenderá, porque á nosotros los españoles nos suele suceder esto con demasiada frecuencia. Era un poco despues de anochecido: caminaba sin rumbo cierto, parándome unas veces á mirar los objetos de lujo que hay colocados detrás de los cristales de las tiendas, y entreteniéndome otras en observar el aire marcial de *ciertas hijas de Eva*, que á semejantes horas suelen tomar el fresco por dicha calle. Estando ocupado con estas observaciones, acertó á cruzar por delante de mí una jóven como de unos diez y siete años: su aire era modesto, iba sola, y notando yo, con ese conocimiento que da la práctica, en su modo de vestir y en su manera de andar, que no pertenecia al género de mugeres de vida airada, me decidí á seguirla.

Al momento, como te habrá sucedido á ti en algun caso parecido, me forjé en mi imaginacion una aventura amorosa, y sospeché que mi buena estrella me deparaba una de esas conquistas fáciles que tanto suelen abundar en las calles de esta coronada villa. Tomé pues el aire mas seductor que pude, me arreglé el cuello de la camisa, y ladeándome el sombrero, como hacen los *calaveras*, empecé á taconear á su lado, agitando mi baston con aire conquistador.

Aun no habiamos llegado al final de la calle del Príncipe, cuando empecé á notar con disgusto que no lograba con mi galante maniobra llamar su atencion. Confieso francamente que mi amor propio empezó á resentirse, y traté de fijarla de un modo mas directo, para lo cual empecé á silbarla casi al oido el aria sentimental de la *Lucia*.

Al ver que esta segunda manifestacion no surtia efecto, mi impaciencia llegó á su colmo, y al llegar á la entrada de la calle de Atocha traté de aventurar un requiebro.

Aquí me veo precisado á hacer una digresion para confesarte mi torpeza en materia de requiebros.—Bonito talle... bonitos ojos... bonito pié... esto se le ocurre á cualquiera, y esto fué precisamente lo que á mí se me ocurrió, pero lo rechacé por trivial y gastado.

A todo esto ya empezaba á hacerse ridícula mi posicion; habiamos atravesado en silencio la plazuela de Anton Martin, y entrábamos en la calle de la Magdalena. Dispuesto entonces á todo trance á entablar conversacion con ella, la lancé á boca de jarro esta pregunta.

—¿Adónde va V. tan solita? Requiebro atroz, tan falto de gracia como sobrado de impolitica; pero ya le habia soltado, y era preciso sostenerle á todo trance. Entonces fué cuando ella, como si despertase de un sueño profundo, fijó en mí sus ojos, y me contestó estas palabras:

—No lo sé.

Esta respuesta no fué pronunciada ni con desprecio ni con ira: su acento era el de la mas completa sinceridad... el de la conviccion mas profunda... me pareció que una idea dolorosa absorbia todas las facultades de su alma, y que en vez de responder á mi pregunta contestaba al sentimiento interior de que estaba poseida. Se hallaba como sumergida en una especie de somnambulismo doloroso. Empecé á conocer mi indiscrecion, y balbuceé una escusa; pero interesado vivamente en su dolor la pregunté quién la habia obligado á salir de su casa de aquel modo.

—La miseria, me contestó sin atreverse á levantar la vista.

No puedo esplicarte lo que en aquel momento pasó por mí: todos mis proyectos de galanteria se helaron, y la mas viva compasion se apoderó de mi alma. Observé su semblante, y le hallé pálido... descarnado... y advertí que por sus mejillas se deslizaba una lágrima. Llevé entonces involuntariamente la mano al bolsillo, pero me contuvo el temor de humillarla dándola una limosna. Ella lo comprendió, y se alejó apresuradamente, en tanto que yo, dominado por la compasion y el respeto, permanecí inmóbil y casi avergonzado de los pensamientos que al verla cruzar delante de mí habia concebido.

Cuando, repuesto ya de mis primeras emociones, intenté seguirla, ya habia desaparecido de mi vista, y no me fué posible saber la direccion que habia tomado.

¡Qué de tristes reflexiones se agolparon entonces á mi mente! ¡Aquella muger tan jóven y ya tan desgraciada! ¡Aquella niña presa de la horrible miseria, lanzada por la mano cruel de su destino en medio de una sociedad egoista, que en vez de aliviar el dolor, está siempre dispuesta á esplotar la pobreza! ¡Aquel ser débil y tímido luchando contra los escollos de la miseria!

Absorto me hallaba yo con estas tristes ideas, cuando el insolente grito de un cochero me vino á sacar bruscamente de mi doloroso letargo, anunciándome que me retirara si no queria ser atropellado. Ya era tiempo, pues á pesar de la prisa con que lo hice, sentí en el rostro el resoplido caliente de los caballos. Está visto, dije yo aproximándome á la acera, no se deben hacer reflexiones filosóficas en medio de las calles de Madrid.

Al pasar por debajo de una ventana de la calle de Relatores, oí sonar la campana de un reloj de sala, y esto me recordó que aquella noche tenia que ir al Teatro-Real á oir cantar á la Alboni la *Cenerentola*.

¡Oh prodigiosa flexibilidad del pensamiento humano! Yo, que pocos momentos antes me hallaba sumergido en una dolorosa meditacion, merced al aullido del cochero, que me hizo aproximar á la acera, para que desde allí oyese el reloj de sala, me dirigia ahora á paso redoblado al teatro, recitando aquel escelente terceto de mi buen amigo D. Florentino Sanz:

Teatro-Real, entre edificios reales;
Ya nos dirá una suma lo que cuestas,
Ya nos dirá otra suma lo que vales.

Llegué al teatro al alzarse el telon, y despues de colocado en mi asiento, cuando empecé á recorrer con la vista el lujo deslumbrante que en él reinaba, cuando calculé los sueldos escesivos que se dan á los cantantes, y consideré que con los inmensos capitales que allí se han invertido, se podia haber amparado la miseria de tantas familias desgraciadas, un sentimiento de indignacion se apoderó de mí, y regresé á mi casa con el ánimo contristado, porque toda aquella insolente grandeza que acababa de presenciar, no era otra cosa que un insulto y un sarcasmo sangriento á la miseria pública. Volví á recordar á la infeliz jóven que habia visto pocas horas antes, y me hirió en el corazon aquel contraste.

A la noche siguiente volví á pasearme por la calle del Príncipe, por ver si la casualidad me proporcionaba el consuelo de encontrar otra vez á aquella infeliz, cuya imágen tenia tan presente. En vano estuve esperándola largo rato; no tuve el consuelo de verla, ni la satisfaccion de aliviar en nada su desgraciada suerte.

Dos dias despues de este acontecimiento, las gacetillas de los periódicos anunciaban la muerte de una jóven de diez y siete años que se habia suicidado despues de haber visto espirar á su anciano padre en la última miseria. Apenas concluí de leer el funesto anuncio, me dirigí á la capilla del hospital, que es donde se esponen al público los cadáveres de los suicidas, porque una voz secreta me decia que aquella desgraciada era la misma que yo habia visto hacia dos noches.

No me engañaba. La infeliz, despues de haber estado luchando

valerosamente contra los horrores de la miseria, al verse espuesta á ser juguete de la perfidia del mundo, quiso llevar intacta á su sepulcro su corona de virtud, y prefirió la muerte á la deshonra. . . . .

. . . .

De este modo concluyó mi amigo su relato, asegurándome nuevamente al despedirse, que creia en la virtud.

JUAN DE LA ROSA.

PUENTE Y ARCOS DE SAINT-CHAMAS.

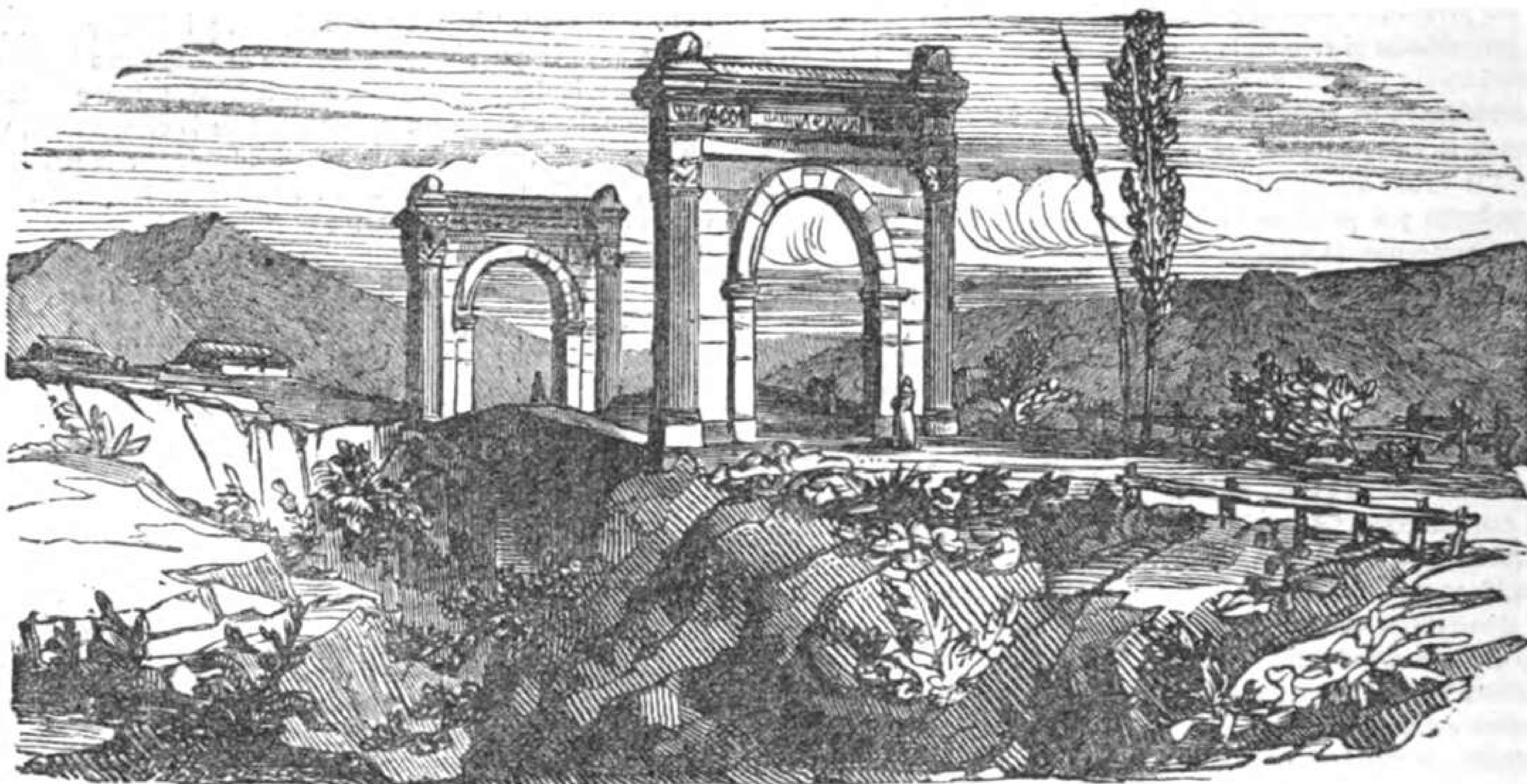
La pequeña ciudad de Saint-Chamas, que pertenece al departamento de las Bouches-du-Rhône, posee un precioso monumento de antigüedad romana: hablamos del puente *Flavien* y de los arcos colocados á sus dos estremidades, que se cree han sido elevados como monumento triunfal.

Este puente está construido sobre el Touloubre, en el sitio donde este rio atraviesa el antiguo camino de *Aurelia*, que aun conduce desde Arles á Aix. Tiene veintiun metros y cuarenta centímetros de longitud, seis metros y veinte centímetros de latitud; los dos arcos que adornan sus estremidades tienen siete metros de altura. Los piés derechos están acompañados de pilastras acanaladas, de órden corintio; estas pilastras vienen á adornar las fachadas laterales: el cornisamento tiene á cada estremidad un leon. El friso de las fachadas esteriores tiene en su centro la inscripcion siguiente:

C. DONNIVS. C. F. FLAVOS, FLAMEN. ROMAE. ET AVGVSTI.
TESTAMENTO. FIEREI IVSSIT. ARBITRATV.
C. DONNEI. VENAE. ET. C. ATTEI. RVFEI.

(Cayo Donio Flavio, hijo de Cayo, Flamina de Roma y de Augusto, mandó por testamento que se edificasen [este puente y estos arcos] bajo la direccion de C. Donio Vena y de C. Atio Rufo.)

El puerto de Saint-Chamas está formado por dos muelles, y consiste en un fondeadero de cincuenta y nueve metros de longitud por treinta y cinco de latitud, que comunica con el estanque de Barre por medio de un canal de ochenta metros de longitud por diez y ocho de latitud. Es frecuentado por algunos barcos pequeños, por tartanas del rio Genes y por gabarras de Arles que van á cargar de pólvora, harinas, vinos, aceite y otros productos del pais.



(Puente y arcos de Saint-Chamas.)

CAUSAS Y EFECTOS.

(Meditacion clásico-romántica.)

Se ha dicho que los grandes acontecimientos suelen tener por origen una causa muy pequeña.

Se ha demostrado que en todas las acciones, buenas ó malas, detrás del falso motivo aparente, se oculta otro verdadero, que no siempre nos es dado confiar á los demás.

¿Es este un bien ó un mal?

No lo sé; pero si al primer golpe de vista pudiésemos penetrar en el fondo de las cosas y ver los elementos constitutivos, el principio vital que las sostiene, no por el prisma de nuestra ignorancia ó de nuestras ilusiones, sino al través de la realidad, el mundo físico y el mundo moral perderian todo su encanto, y lo mismo que hoy nos atrae, nos fascina y seduce, nos inspiraria tedio y repugnancia invencible.

¿Quién duda que á cada paso descifraria el hombre un enigma, pero que desnudo de ese instinto ciego, de esa incertidumbre en que flota su espíritu, y de esa fuerza misteriosa de atraccion que Dios ha impreso á la materia, superiores al cálculo y á la voluntad humana, acabaria por aniquilarse y aniquilar la especie, por despreciarse y despreciar á los demás?

Ese fatal poder seria para la humanidad el suplicio de Prometeo: llevaria dentro de sus entrañas el buitre que se las royese continuamente.

¿Quereis que os lo demuestre con algunos ejemplos?

Imaginaos por un instante el efecto que le produciria al hombre menos asegurado de incendios, la muger mas hermosa, si estuviese dotado de la facultad de observar al través de su piel rosada y trasparente, el juego de la economía de sus diversos órganos, y decidme luego si no huiria del bello sexo (que otros llaman insoportable) como el diablo de la cruz; y si ellas no imitarian nuestro ejemplo, aunque es de presumir que entonces, solo por espíritu de contradiccion, nos perseguirian como la muger de Putifar al pobrecito José.

¡Adios el amor! Emanacion purísima de Dios, centella divina del fuego celeste. *A spark of that inmortal fire*, etc.

Si nos apercibiésemos del mismo fenómeno en los animales, y al sentarnos á la mesa recordásemos por cualquiera circunstancia que las semillas se corrompen antes de germinar, y que las frutas y hortalizas han sido regadas con ciertas aguas (que no son de rosa ni azahar), ¿no se nos sublevaria el estómago ante la carne y los productos de la agricultura?

¡Adios gastronomía! sosten y delicia de la máquina corpórea.

Al indagar la causa de esa propension innata en los niños (y en los hombres) de hacer lo contrario de lo que se les manda y á destruir cuanto cae en sus manos, ¿no sentiriamos un impulso irresistible de estrellarlos contra la pared para curarlos homeopáticamente de su perversa inclinacion?

¡Adios la familia! piedra angular del edificio social.

Los propietarios á quienes las contribuciones absorben todas sus rentas, y los que nada tienen, convencidos por una larga esperiencia de que de la nada no puede salir nada, y de la gran dificultad de labrarse una fortuna por los medios puramente legales, ¿no tendrian derecho para convertirse en *prudhonianos?*

¡Adios la propiedad! base, etc.

¿Quién al echar una ojeada sobre la historia, al ver ese círculo vicioso que describe eternamente la humanidad, no se sentiria inclinado á creer que bajo cualquier forma de gobierno, á menos que se conviertan los hombres en ángeles, ha de haber lucha eterna de principios, de ideas é intereses, oprimidos y opresores, lobos y corderos, esplotadores y esplotados? ¿Y quién en vista de la esperiencia de los

siglos no proclamaría en buena lógica como el mejor sistema de gobierno aquel en que todos manden y ninguno obedezca?

¡Adios autoridad! primera condicion de existencia para las sociedades humanas.

Si nunca nos dejásemos arrastrar de nuestra propension á abusar de todo, si en los instantes de mayor embriaguez comprendiésemos cómo y por qué cada placer satisfecho, cuanto mas intenso y vehemente, es un veneno tanto mas activo que gasta con doble velocidad los débiles resortes de nuestra frágil existencia, esa idea sola, ¿no cambiaria el deleite en martirio y emponzoñaria la fuente de todos nuestros goces?

¡Adios placeres!

El que sepa las condiciones que debe reunir un buen amigo, y llegase á convencerse que el encontrar uno verdadero es tan raro como los esqueletos de los antiguos *mamouth* y *mastodontes*, ¿no se consideraría autorizado para mandar borrar esa palabra del Diccionario, ó colocarla, como otras muchas, en la categoría de las anti-diluvianas?

¡Adios amistad! el mas dulce de los afectos después del amor.

Si es cierto, como pretenden autores muy respetables, que la configuracion del cráneo ó la fuerza de los juegos gástricos del estómago, son las únicas causas de la mayor ó menor inteligencia de los hombres, ¿á quién no arrancaria una sonrisa de desprecio una inteligencia que reconoce un orígen tan mezquino, basada en tan despreciables cimientos?

¡Adios aristocracia del talento! ¡Adios genio, reflejo de la divinidad! ¡Adios el entusiasmo y admiracion que inspiran los grandes hombres!

El que ávido de luz y verdad interrogase á la ciencia sobre los puntos que mas interesan al hombre en su vida presente y futura, al hojear los libros de los sabios y al oir sus respuestas tan ambiguas como contradictorias y presuntuosas, ¿no haria muy bien en repetir con los latinos, con Hamlet y Goëthe: *Nihil scitur; palabras, palabras y nada mas que palabras; ¡ay! para saber algo seria preciso saberlo todo!*

¡Adios amor al estudio, á las luces (que son tinieblas) y al progreso indefinido de nuestra especie!

Por último, si los que no están contentos con su suerte, que son la mayor parte, considerasen que entre el sueño, los disgustos, las enfermedades, la satisfaccion de sus necesidades puramente materiales, y en tonterías de todo género van gastando eso que se llama vida, sin que logren algunos contar en toda ella al terminarla dos ó tres dias de felicidad completa, ¿no deducirian, á lo Werther, que no habiendo pedido el hombre una cosa tan insustancial é insípida, nadie tiene derecho á exigirle que la conserve á pesar suyo?... Y roto el vínculo que el Cristianismo revela entre el Hacedor y su criatura, ¿no se veria á las novecientas noventa y nueve milésimas partes de la especie humana heridas de un vértigo satánico, acudir en masa (y no de pan) á la pistola, al puñal, al cañon, á la *aerestacion* (tirarse de los balcones), á la *fosforicacion*, á la perforacion, á la inmersion, á la combustion, á la intromision, á la intoxicacion, á la estrangulacion... á todo lo que pudiese libertarlas del peso de la vida?...

¡Adios religion, fuente de todo bien y consuelo! ¡Adios fé, esperanza y caridad! lo poco que de ellas queda, se entiende.

Considerad ¡oh lectores! tan capigorrones como el que esto escribe, hasta dónde puede arrastrarnos el deseo inmoderado de querer averiguarlo todo, hasta el *suicidio!* Y no estrañeis, por consiguiente, que horripilado de los efectos que de tales causas se desprenden, cierre aquí este artículo, haciéndoos una pregunta que en mas de una ocasion me he hecho á mí propio, sin acertar á resolverla de un modo satisfactorio.

Si el vípedo implume, llamado hombre, siendo tan ignorante y de tan limitado poder es tan *bueno* generalmente hablando, ¿qué seria cuando lo supiese y pudiese todo? ¿Se trasformaria en un ángel ó en un demonio?

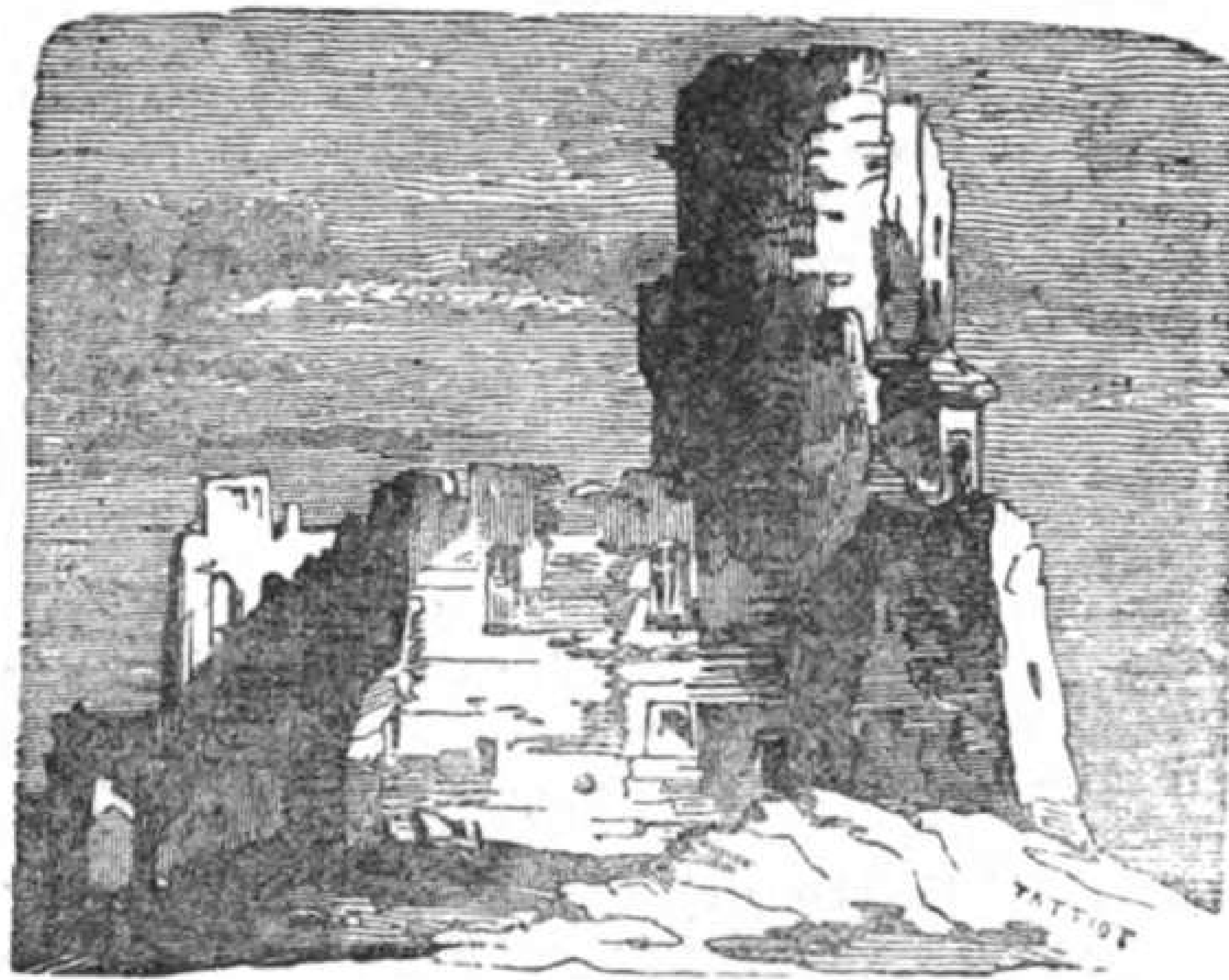
Dejo al buen juicio de mis lectores la solucion de este grave problema, y ruego á cada uno de ellos, que puesta la mano sobre el corazon, me conteste segun lo que sienta dentro de sí.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

CASTILLO DE TOURNOEL.

Este castillo es una dependencia del comun de Volvic, departamento de Puy-de-Dome. Esta fortaleza, casi desmantelada en el dia, ha conservado su castillejo y algunas viejas torrecillas fijadas sobre las rocas. Un sendero sinuoso conduce hasta la puerta principal; á la derecha se deja una torrecilla que debió ser construida en tiempo de Francisco I. Después de haber pasado la primera puerta, en cuyo dintel todavía se conocen las señales del rastrillo, se penetra en un vestíbulo que da sobre el patio: desde la plataforma del castillo se goza de una magnífica vista que se estiende sobre la campiña de la rica Limagne.

Este castillo se consideró inespugnable hasta la época en que Gui de Dampierre se apoderó de él en tiempo de Felipe Augusto. Carlos de Apchon, que era gobernador, le defendió contra los ligueros en 1590, y pereció con las armas en la mano en una salida. Fué sitiado de nuevo el castillo, tomado y quemado en parte por los mismos ligueros en 1594.



(Castillo de Tournoel.)

CAPILLA ANTIGUA DE SANTA FÉ.

Incluida en el mismo convento de Comendadoras de Santiago que existe en la ciudad de Toledo, se ven los restos de un antiguo y respetable monumento, cuya fábrica se remonta á los primeros años de la conquista. Su sólida construccion, toda de aquel durísimo ladrillo que usaban los árabes, su forma esterior y ornato arabesco, aunque con alguna degeneracion, llama la atencion del curioso observador de antiguallas, y si á esto le añade la parte histórica del orígen y vicisitudes de este resto venerable, el interés se aumenta y da materia para que sobre ello dediquemos algunas líneas en esta publicacion, comenzando desde la época misma de la ereccion de esta capilla.

Durante la dominacion de los moros en la ciudad de Toledo, consta por gran número de documentos, que edificaron para morada de sus reyes unos suntuosos palacios que ocupaban todo el ámbito donde hoy estan los conventos de Comendadoras de Santiago, hospital de Espósitos, convento de la Concepcion, y gran parte del arruinado de Carmelitas calzados. Quizá en este mismo sitio estuvieron igualmente y en época mas anterior los alcázares que consta mandó construir Wamba para dar mayor realce á la espléndida corte del gran imperio godo. Razones hay para ello que no son de este lugar. Pero dejando esto á un lado y volviendo á nuestro primer propósito, diremos que, en el momento de capitular la ciudad y abrir sus puertas á las victoriosas armas del conquistador y rey de Castilla Alfonso VI, le fueron entregadas por artículo especial, juntamente con las llaves de las puertas y puentes, las de aquellos alcázares y las de la gran casa de recreo cuyos restos hoy subsisten en la huerta llamada al presente del Rey.

En los documentos mas cercanos á la indicada época se llaman aquellos edificios *Palacios de Galiana*, y sobre esta denominacion, los falsos cronicones por un lado, y los libros de caballería por otro, han forjado cuentos y consejas; nuestros antiguos poetas han formulado romances, y entre unos y otros han oscurecido el verdadero orígen y causa de llamarse *Palacios de Galiana* á la régia morada de los soberanos árabes de Toledo. Sobre esto podria darse alguna luz en medio de la oscuridad histórica que rodea á tan antiguos periodos; mas no siendo semejante investigacion el principal objeto del artículo, la dejamos para otro en que venga mas á propósito.

Lo que hay de positivo es, que una vez hecho dueño D. Alonso de todos estos edificios, que ya tenia bien reconocidos durante su permanencia en Toledo cuando huyendo de la ambicion de su hermano Don Sancho tuvo que refugiarse y ser huésped del rey Alí-Maimon, fundó en una parte de ellos el monasterio de Benedictinas de San Pedro de las Dueñas, cuyo local justamente es el que ocupa el hospital de Espósitos, erigido sobre las ruinas de aquel, y el resto se reservó para sí.

Posteriormente el rey D. Alfonso VIII, agradecido á los servicios que le prestó la órden de Calatrava, siendo su sesto maestre D. Ruy Diaz de Auguas, y deseoso de aumentar sus prioratos, le cedió el 1210 para uno de estos otra gran parte del alcázar moro, que ocupaba lo que hoy los conventos de las Comendadoras de Santiago y la Concepcion Francisca, y en la misma escritura se dice haber sido aquello *Palacios de Galiana.*

Hecha la referida donacion al maestre y su órden, luego este mandó hacer allí una iglesia con título y nombre de Santa Fé, ordenando residiesen en ella cuatro freires clérigos con quien se confesasen los caballeros estando en Toledo, y para que en la capilla se enterrasen las personas de la órden que muriesen en esta ciudad ó cerca de ella.

La santa á quien estaba dedicado aquel templo (cosa que pocos saben) no es muy conocida en España, y sí célebre en Francia bajo el nombre de *Santa Fides*, pues en tiempos del rey Carlos el Simple, por el año 900, consta se trasladó su cuerpo desde Agen, en la Aquitania, al monasterio Conguense de Rodez. La memoria de esta Santa llegó á España en el siglo XI con los monjes franceses que trajo consigo D. Bernardo á peticion de Alfonso VI, y su rezo se introdujo en Toledo en el pontificado de aquel, y antes de ese tiempo no se encuentra el menor vestigio de esa santa en los breviarios y santorales mas antiguos.

Debió haber mucha devocion en la ciudad con esa antigua iglesia de Santa Fé, pues en los archivos de la catedral de Toledo constan dos documentos notables que lo acreditan: uno es un Buleto de Clemente IV en que concede indulgencias á los obispados de Cuenca, Sigüenza y Toledo para los que concurriesen á la reedificacion de la iglesia de Santa Fé; otro es un pergamino sellado de un obispo de Ceuta, fecho en el año 1266, en que concede cuarenta dias de indulgencia á los que concurriesen á la dicha obra. De lo cual se deduce que por este tiempo se trataba por los caballeros de Calatrava el reedificar la iglesia de su priorato, para cuyo fin lograron tan piadosos estímulos.

Por los tiempos de Alfonso el Sabio consta igualmente que este príncipe intentó dar en cambio y permuta del alcázar llamado de Santa Fé, que era lo que ocupaba el priorato, unas casas que fuéron del obispo de Cuenca D. Gonzalo, tio de otro D. Gonzalo arzobispo de Toledo á la sazon, que son las que hoy ocupan las ruinas del convento de Agustinos calzados, espresando el rey en la escritura que se obliga alcanzar licencia para que la órden de Calatrava pueda tener iglesia con Sacramento, y entierros en aquellas casas que él la da, de la manera que lo tenia en el alcázar de Santa Fé. Pero antes que esto llegase á verificarse, el infante D. Sancho su hijo, que se alzó con la gobernacion del reino, dejó el alcázar á la órden y no hubo innovacion.

En el capítulo general de la órden celebrado en Calatrava el 1397, siendo septuagésimo tercero maestre D. Gonzalo Nuñez de Guzman, consta que entre otros prioratos fué confirmado este de Santa Fé.

Esto duró hasta el año 1494, en que los Reyes Católicos alcanzaron licencia en el capítulo general celebrado en Tordesillas, como perpetuos administradores de la órden, para que el edificio del priorato y demás contiguos que constituian lo llamado alcázar de Santa Fé, y en los que ya se comprendia la casa de la moneda, le fuese cedido para trasladar allí á las comendadoras de Santiago, que habia hecho venir de Santa Eufemia de Cozollos el 1488 con facultad de Inocencio VIII, dando en cambio á la órden por dicho alcázar con su iglesia la sinagoga mayor de los judíos, que hoy conserva con la advocacion de San Benito, llamada vulgarmente Nuestra Señora del Tránsito.

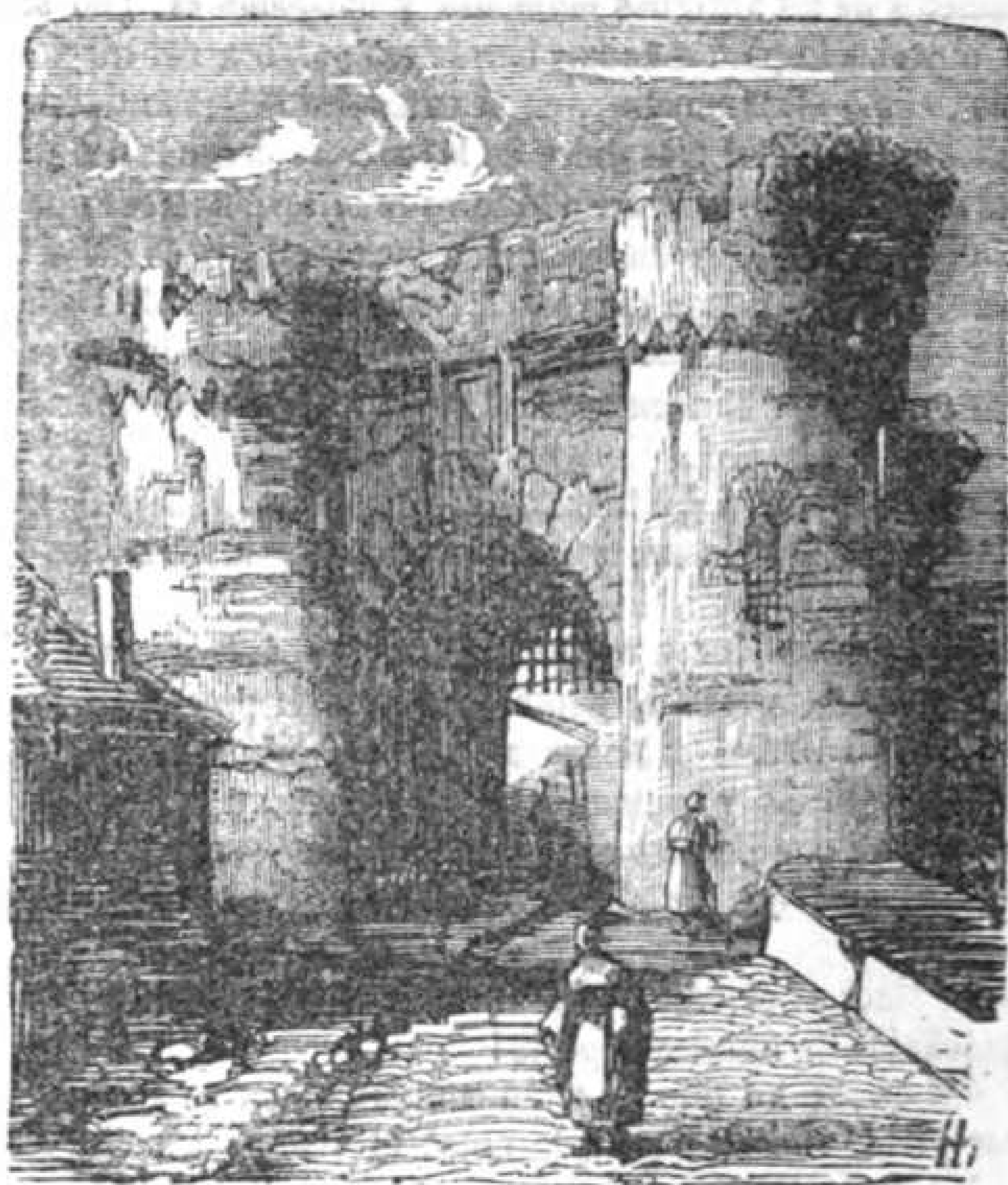
Posteriormente, reinando ya Carlos V, ampliaron las monjas su local, y haciéndole casi nuevo, con iglesia en la forma que hoy está, quedaron destruidos todos los edificios antiguos que constituian el priorato, y solo quedó la antigua capilla de Santa Fé, refundida entre lo nuevo del convento, y que desnuda de cuantos ornatos interiores la enriquecian, servia hasta hace poco de enterramiento á las monjas.

Con todo, lo poco que ha quedado de este antiguo templo es notable, ya por su firme y antigua construccion, que debe fijarse á principios del siglo XIII, ya igualmente por su forma octógona y clase de ventanas, de un gusto, que si bien en su totalidad es árabe, tiene parte de otro carácter que los cristianos mozárabes imprimieron á sus edificios religiosos para darlos alguna distincion con las mezquitas. Tambien son dignos de notarse los arquitos y canecillos de la parte superior, iguales en un todo, y quizá copiados de los que se ven en la puerta del Sol de esta misma ciudad, cuya arquitectura es de todo punto árabe. Los edificios que por fuera se han unido á esta capilla impiden ver las restantes ochavas del abside, y los muros laterales, que sin duda alguna formarian armonía con lo demás que existe.

En el siglo XVII, en sus últimos años, segun antiguas relaciones, el interior de esta capilla era digno de admirarse por los muchos adornos, calados y follajes que cubrian sus muros, lo cual ha desaparecido con los revoques posteriores, como asimismo ya no existen gran número de inscripciones y antiguos sepulcros que allí habia de varios caballeros de Calatrava, que tenian lápidas y monumentos.

Segun un catálogo que poseemos de antiguos epitafios sepulcrales de iglesias de Toledo, consta que en esta capilla de Santa Fé yacen sepultados frey Fernan Lorenzo Gallinato, clavero que fué de la órden y criado del infante D. Juan, hijo del infante D. Manuel, y fray Ramir Lorenzo, su hijo, que aumentaron con donaciones las rentas del priorato, y otros muchos caballeros, de los que se ha perdido el recuerdo una vez abandonado totalmente este monumento, que á no estar incluido en el convento de las monjas, que aun en memoria conservan la denominacion de Santa Fé, hubiera dejado de existir, como otros muchos cuyos restos ya son insignificantes.

NICOLÁS MAGAN.



PUERTA MILITAR EN VEZELAY.

Esta ciudad, situada en el departamento del Yonne, en Francia, fué fortificada hácia el fin del siglo XI; dentro de sus muros se celebró en 1145 el famoso concilio presidido por S. Bernardo, donde se decidió la segunda cruzada; sirvió en 1190 de lugar de reunion á los ejércitos de Felipe Augusto y de Ricardo Corazon de Leon, rey de Inglaterra, que debian marchar á Palestina. Se entra en la plaza por dos puertas: la de San Estéban, que conduce á Clamecy, y la puerta falsa que dirige á Auxerre. La primera se encuentra entre dos especies de bastiones redondos que ofrecen el aspecto de las antiguas fortificaciones y presentan un interés histórico muy notable.

COSTUMBRES ARABES.

LA HOSPITALIDAD BAJO LA TIENDA.

Cuando se viaja por el interior de la Argelia, lo que mas llama la atencion es la ausencia del hombre. Por todas partes hay desiertos y yermos, pero mas aun en el país labrantio, designado con el nombre de Tell, que en las regiones saharienses, es decir, en el *Desierto* propiamente dicho. Con mucha frecuencia se hacen cabalgadas de un dia, que si bien generalmente son lentas, no estan interrumpidas á través de los lentiscos, de los gamones y de los cardos de alto tronco, sin que la vista del europeo, acostumbrado á encontrar por cualquier camino del antiguo mundo toda clase de escenas animadas y vivas, pueda deleitarse en ningun vestigio humano. El placer ardiente de la locomocion recibe allí un golpe mortal. Lo mismo en un pais bárbaro que en otro enemigo, el hombre siempre necesita de su semejante. Algunas veces se divisa muy lejano, gracias á la trasparencia de la atmósfera, un terreno cubierto de manchitas negras, que se tomarian por montones de estiércol si se ignorara que los árabes no reconocen otro abono que la incineracion de la tierra, quemando los arbustos nacidos espontáneamente. Semejantes manchas no son otra cosa sino tiendas, y con poca esperiencia puede distinguirse un *aduar* entre aquella reunion de puntos negruzcos muy parecidos á esos escrementos anchos que dejan en las praderas los rebaños de ganado vacuno.

Es de esperar que pongan el grito en el cielo con motivo de este símil los amantes de la poesía; pero no hay otro medio en descripciones de esta índole que pedir antes perdon y seguir cada cual el método que mejor le parezca.

Por poco lisonjero que sea desde lejos el aspecto del campamento árabe, no sucede así al acercarse á él, porque anuncia la conclusion de una jornada terrible á través de montes y valles, cuya situacion pintoresca no compensa siempre suficientemente el aburrimiento y las fatigas del viajero.

El aduar en Argelia viene á ser una posada hospitalaria, donde tiene entrada lo mismo el que se apea de una diligencia, que el infeliz que debe á sus piernas el haber hecho la jornada. Para dar fin á estas divisiones y evitar toda equivocacion, conviene advertir que el aduar de los árabes corresponde aquí á un caserío ó fragmento de concejo rural. El concejo es entre ellos la *dackerah* ó aglomeracion de aduares, y aquellos á su vez forman la *tribu*, que segun el número de su poblacion y su perímetro, equivale entre nosotros al *barrio ó distrito*. Siguiendo la escala, hay tambien partidos (*caidados*), los cuales se reunen en departamentos (*califados*) bajo la autoridad civil y militar de un comandante superior.

No carece de fundamento cuanto se ha hablado acerca de la virtud hospitalaria del árabe; pero bueno es considerar tambien otro género además que conservan los hijos de Ismael.

Dejemos aparte á los que despluman al huésped que cae por su banda, teniendo buen cuidado de esperar, por respeto á la *hospitalidad*, que haya salido del sitio en que se ejerce la virtud santa. En todas partes hay bandidos, y lo mismo se practican ciertos ritos entre árabes que entre cristianos. A propósito de esto, se lee un pasaje curioso en las memorias de Mr. Prax, sobre el interior de la Argelia. Dice que llevando cierta comision del litoral á la frontera del desierto un pobre caminante musulman, sin mas amparo que su estrema miseria reflejada en su traje y semblante, entró á la primera estacion en una tienda donde se le ofreció el *kuskus*. El obsequio era detestable; pero en fin, estando todos comiendo, observó su patron que llevaba un turbante muy blanco, y le insinuó que si se lo diera, podria hacer una camisa á su niño mas pequeño. El viajero conoció adónde llegarian tales insinuaciones si continuaba mas en la tienda, y fingiendo una necesidad salió de allí y escapó, merced á las tinieblas de la noche, si bien con peligro de ser devorado por los perros, que son peores que hienas. Otros muchos ejemplos podrian citarse para probar la manera dudosa con que se practica la virtud musulmana por escelencia.

El mas honrado de los árabes se libertaria por su gusto de las incomodidades y aumento de gastos ocasionados en su modesta tienda á la llegada de un desconocido. Ya puede decirse que es bueno el patron que arregla sus costumbres en un todo á las nuestras, y si nos recibe con dulzura, si se molesta por nosotros con agrado, debemos estimar tanto mas su liberal hospitalidad, cuanto que le es en estremo importuna por sus ideas, por su natural sobriedad y por la compañía de las mugeres.

Como á pesar de los grandes progresos que ha conseguido en Argelia la seguridad pública, seria aun mas que temerario recorrerla á solas, resulta que los infelices habitantes de los aduares situados en los puntos de gran comunicacion interior, tienen con mas frecuencia que desear la desagradable sorpresa de ver llegar á sus cabañas grupos de caballeros bastante respetables por su número para dejar de obsequiarlos, á los cuales se ven en la necesidad de alojar, dar algun refrigerio y servir en fin como criados en lo relativo á la limpieza de personas y caballerías. Una vez disipada la primera emocion, ó la echan de valientes, ó se resignan como fatalistas con la voluntad del Altísimo, que les hace en tales dias roer hasta los huesos por pasadores impertinentes. En un abrir y cerrar de ojos dejan vacía la tienda mas hermosa y la ponen al servicio de los estranjeros. Algunos de estos que llevan provisiones tienen la delicadeza de rehusar los víveres que al punto se les ofrece. Si así sucede, se lanzan las amas en la cocina, y al cabo de dos horas (tiempo indispensable para confeccionar el *kuskus*) se presenta á los viajeros la comida servida en un perol de madera del modelo mas antiguo. No es la peor esta hospitalidad *casual*, aunque sometida á las variaciones de lugares, horas y circunstancias, pero ordinariamente ante un buen número de pobres labradores. Sin embargo, por pobres que sean no permiten que se les indemnice: ofrecerles una retribucion es una grave ofensa que conviene evitar. Una regla de decoro les prohibe no solo que el anfitrion tome parte en la comida que ha preparado, sino nasta convidar á ella. Su deber consiste en servir al huésped, animarle para que coma, y cuidar él mismo, por elevada que sea su dignidad, de que halle bajo su techo de pelo toda la abundancia y cuantas comodidades sean compatibles con la situacion del hombre que recibe y los recursos de la morada.

Si se sienta al lado de su huésped al final de la comida, ha de haber mediado antes su invitacion espresa. Como apenas se viaja en Africa sin llevar la cafetera y el café, elemento indispensable de una buena higiene, la taza y el cigarro, ofrecidos y aceptados desinteresadamente, constituyen el lazo sociable que une á los hospedados con el amo de la tienda. Los cigarros y el café son para los aldeanos graves lo mismo que es lo segundo para los campesinos de nuestras miserables aldeas. Solo entre los *grandes* es el cigarro el complemento indispensable de un banquete. El huésped que tiene alguna esperiencia lo ofrece por sí mismo al dueño de la tienda donde ha comido, cuyo acto le hace olvidar mas que nada los gastos é incomodidades ocasionadas por la visita imprevista. La menor bagatela, varios terrones de azúcar, una fruslería cualquiera dada á los niños de la vivienda acaban por dejarle contento y risueño. Si á esto se añade otra friolera para el ama de la casa á quien no se ha visto, pero que ha tenido buen cuidado de examinar á su huésped por los claros de la colgadura que divide la tienda en dos partes faltando al gineceo y á la cocina, el buen humor del jefe de la *casa de pelo* no reconoce límites, y se tiene la satisfaccion al montar á caballo de ver desaparecer completamente de su semblante la impresion desagradable que al principio le causara una visita repentina.

Llegamos ahora á la hospitalidad *oficial*, entendiendo por ella no solo la que se pide, sino la que se exige por las dependencias públicas de los árabes á los califas, á los cadíes y á los chaiques de los puntos del tránsito. Las cartas de introduccion ó de órden de tales dependencias equivalen en casos semejantes á los firmanes que dan los pachás otomanos á los privilegiados que estiman con especial predileccion. Ejercen las dependencias árabes tal prestigio é influencia en todo el pais, que merced á sus cartas de órden ó recomendacion, se disfruta en las espediciones de cuanto puede apetecerse. Son un talisman que permite recorrer con toda la seguridad posible las diversas tribus árabes, sin esperimentar tantas hostilidades como amenazan al que no se halla en este caso. Por lo demás, forma parte de las cargas previstas que tienen las dignidades conferidas en nombre de la Francia, bajo la denominacion de *diffa* y *alffa* (alimento de hombres y forraje de animales) una larga hospitalidad á los huéspedes recomendados por ellas. Todos los administradores concurren con una gran parte á este tributo eventual, cuya distribucion es materia del jefe. Además las dependencias sostienen por su cuenta en cada plaza de alguna importancia un *dar-diaf* (casa hospitalaria), *kiarvanseré* destinado á recibir á sus viajeros indígenas, donde se les da de comer gratuitamente. Se hace mas todavía con los recomendados: cuando lo permiten el tiempo y las distancias, envian correos avisando á los jefes del itinerario proyectado. Entonces salen al encuentro de los huéspedes á medio cuarto de legua de su capital ó de su *smala*, y después de mil y mil cumplidos, que entre los orientales son interminables, se vuelven todos á las tiendas. En ellas tienen preparadas esteras y alfombras de Lichana para que descansen los viajeros, y les hacen descargar y acomodar todo su equipaje. Sirven acto continuo leche de ovejas y dátiles, y después una especie de bollos para abrir el apetito. Por la tarde disponen la comida, compuesta de algunos potajes aderezados con las especias mas fuertes, de modo que al tomar dos ó tres cucharadas se siente un volcan en el estómago. Para aplacar el ardor se bebe en vez de vino, que no hay, una agua muy opaca y con un olor á cuero que trasciende.

La hospitalidad de *ostentacion* se debe únicamente al convite espreso de los altos dignatarios del país. Aquí es donde se admira la magnificencia y suntuosidad oriental, que resalta de una manera admirable con la miseria que reina en las demás tiendas.

En la tienda *marabut* de un califa (es una pieza circular con lambrequinos en el techo) se ve reunido cuanto puede hacer cómoda y voluptuosa la vida de un jefe oriental: espesas y blandas alfombras, colgaduras de seda, mesas y sillas de gusto, camas con cortinajes de gasa, una larga fila de cofres, en vez de consolas, tachonados de clavos con la cabeza de diamante; sabe Dios, en fin, las riquezas que suele haber reunidas en armas, dinero, alhajas y adornos.

En la comida son tan espléndidos como en el lujo de sus habitaciones, sirviéndose á los convidados multitud de platos diversos, cuya mayor parte son de lo mas delicado y esquisito.

EL INFORTUNIO.

(A TRUEBA Y LA QUINTANA.)

¡Contigo á llorar vengo!... El alma mia
de ternura y dolor se oprime al verte,
porque sabe, infeliz, la negra historia
de tu negro infortunio. Alza tus ojos,
ve mis abiertos brazos que te esperan,
y arrójate en mi seno. Si al latido
de mi angustiado corazon, si al eco

de mi turbada voz dulce respiras,
si esta furtiva lágrima que baja
quemando mi mejilla, puede un tanto
aplacar el rigor de tus dolores,
en medio de mi afan seré dichoso.
Yo no sé tributarte en tus desdichas
sino una triste y dolorosa ofrenda
de suspiros y lágrimas... olvido
mis propios infortunios, y consagro
el llanto que mitiga mis pesares
para llorar los tuyos. ¿Qué mas puede
hacer mi corazon sino ofrecerte
su tesoro de lágrimas, que forman
la mitad del consuelo de mi vida?

Ha mucho que en tus ojos, donde apenas
brilla la clara luz que en otro tiempo
inundaba tu rostro de alegría,
ha mucho en ellos descubrió mi alma
el tormento cruel que te consume.
Entonces comprendí por qué en mi pecho
resonaba tu voz tan amorosa,
por qué de mi amistad el tierno lazo
me llevaba hácia tí... ¡Don lamentable
de los que lloran tristes en la tierra!
Nuestras heridas almas, sucumbiendo
bajo el peso de iguales desventuras,
eran hermanas de dolor, y acordes
en amargos suspiros prorumpian
como del arpa las sentidas cuerdas
que en eco fiel unísonas responden.
Mas perdona... Del triste privilegio
de padecer y de vivir penando
con nadie cual contigo la fortuna
se mostrara tan pródiga. Tú solo
cifras en tí la perdurable historia
de los males del alma!...

No parece
sino que al despuntar la luz primera,
genio de muerte con sus negras alas
se cernió sobre tí, sopló en tu vida
su aliento abrasador, y en tu camino
tornó en cenizas las risueñas flores
que embellecen la senda de la infancia.
Cuando en sus tiernos años las delicias
del hogar de tus padres cariñosos
á gustar comenzabas; cuando alegre
las fértiles llanuras recorrias
de tu tierra natal, y en aquel campo
y en aquellas montañas coronadas
de frondosos castaños y altos robles
dejabas ya volar el pensamiento
con los primeros sueños de la vida,
mano invisible te arrancó violenta
de tan gratos lugares,—dulce asilo
de la verdad y de la paz del alma,—
y te entregó cruel al seno impuro
de esta mezquina sociedad que solo
pagó con el escarnio tu inocencia.
Herido por el mal, buscaste amparo
en la fé del amor... ¡Vano delirio!
Como el amor no mora en la impureza
de este valle de lágrimas, tan solo
respondió la muger á tu ternura
con mentira ó desden; y cuando al cabo
de prodigar tu incienso y tus ofrendas
ante mentidos ídolos, hallaste
un ángel que te amara, y á tus ojos
nuncio fuera de paz y de alegria,
la ausencia eterna de tus dulces brazos
le arrebató... ¡Con él fué tu esperanza!

Y la amistad, ¿qué fué para tu pecho?
¿Hallaste acaso en ella la ternura,
la santa abnegacion que hace una sola
de dos almas unidas? ¡Cuántas veces
en tu pobre morada sepultado
no lloraste con lágrimas de sangre
decepciones horrendas! ¡Cuántas veces
no creiste morir bajo del peso
que echaron sobre tí los desengaños!

¡Y la gloria, oh hermano, y esa falsa,
y esa falsa sirena que engañosa
te hizo cruzar los mares de la vida,
y en vez de conducirte á puerto amigo
te entregó á los escollos y á la muerte!
Tú, que en el noble corazon llevabas
el impulso á lo grande, y en tu frente
la inspiracion del vate arder sentias;
tú, que en fé generosa arrebatado
solo á lo noble y bello consagraste
los himnos de tu lira, en justo premio,
¿qué galardon del mundo recibiste?
¿Dónde están los laureles que gloriosa
ciñó á tus sienes la mezquina fama?

Este eres tú... Mas ¡ay! aunque sin tregua
te persigue implacable la desdicha,
aunque tu rostro pálido y marchito
dice la herida que en el alma llevas,
es aun mas grande que las penas todas
tu generoso corazon. Bien hayas
tú que en medio de tantos infortunios
sabes vencerlos y á tus piés hollarlos
como un guerrero á sus vencidos ata
á su carro de triunfo. Sigue, sigue
luchando y dominando á tu enemigo;
no pretendas reposo, que en la tierra
no lo hallarás; mas si con fé combates
y llamas en tu ayuda al que los astros
rige á su voz, en tu agitada vida
brotará alguna fuente de consuelo,
como suele al cansado peregrino
en el desierto aparecer la palma.

Y ya que llevas en tu mente el númen
de Rioja y de Herrera; ya que ensalzas
cuanto de noble y grande hay en el mundo,
canta, que los sonidos de tu lira
disiparán las nubes de tristeza
que oscurecen tu mente, como el soplo
del aura matutina aclara el cielo.
Canta ese sol que brilla en las alturas,
canta ese mar que brama ó que sonrie,
esas verdes campiñas, esas nubes,
esas aves que cruzan el espacio.
Y si quieres alzarte á las regiones
en que el santo entusiasmo nunca muere,
canta ese amor que al hombre purifica
y á su patria inmortal fiel le dirige,
canta esa diestra que del turbio caos
sacó los orbes que el espacio hienden.
Canta y espera, que la suerte ingrata
presto tal vez te mirará propicia,
presto tal vez la fama clamorosa
ceñirá con sus lauros tu cabeza.
¡Oh hermano! asi mi corazon me dice,
y nunca en vano resonó en mi pecho.
Si fuera así tu porvenir; si el dia
de tu felicidad al fin despunta;
como lenguaje mudo y elocuente
de mi amistad mas grande que mi alma,
por tí serán mis lágrimas de gozo,
cual hora son de pena y de amargura.

Octubre, 1852.

ANTONIO ARNAO.

¿Qué es un filósofo? un hombre que opone la naturaleza á la ley, la razon al uso, su conciencia á la opinion y su juicio al error.

El dia mas perdido de todos es aquel en que no se ha reido.

Los malvados hacen algunas veces buenas acciones; se puede decir que quieren esperimentar si es verdad que esto causa tanto placer como dicen los hombres honrados.

Celebridad es la ventaja de ser conocido de los que no os conocen.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra



PALACIO DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA MEJICANA.

Como puede conocerse por el simple exámen que á primera vista se haga del suntuoso edificio, cuyo grabado ofrecemos, y que es la residencia ordinaria del presidente de los Estados Mejicanos, tanto su planta baja, como el remate, coronado por una serie de anchas azoteas, no pertenecen al tiempo de la conquista. En efecto, cuando Hernan Cortés se apoderó de la capital del imperio de Motezuma, solo habia en ella casas bajas, esto es, de un solo piso, esceptuándose de la construccion general el palacio de los emperadores mejicanos, mas grande por las riquezas metálicas que encerraba, que por el mérito de su arquitectura. Después fué cuando los españoles aplicaron á Méjico los principios de construccion que habian seguido en los mas notables edificios de nuestras ciudades principales, y adornaron sus plazas y calles con magníficas casas, y sus alrededores con preciosas posesiones de recreo.

El palacio del presidente de Méjico es suntuoso, de bella perspectiva, si bien sencillo en los detalles de ejecucion arquitectónica. Solo consta de dos cuerpos: en el bajo se hallan establecidas las oficinas generales del gobierno de la república, y en el principal las habitaciones del jefe del Estado. Decóranlo interiormente hermosísimos cuadros de los grandes artistas españoles, franceses é italianos, y contiene una selecta biblioteca.

D. LUIS BARTOLOMÉ DE SALAZAR Y CASTRO.

Sabido es que la *Biblioteca* de D. Nicolás Antonio alcanza solo al año de 1684, y que desde esta fecha hasta que Sempere publicó la suya de los escritores del reinado de Carlos III, no hay libro alguno, como no sean noticias especiales de provincias ó clases, ó de cada autor en particular, donde puedan buscarse los datos bibliográficos correspondientes á aquel espacio de casi un siglo. Entre los escritores de mas nombradía que en él florecieron se cuenta D. Luis de Salazar y Castro, historiador infatigable, canonista consumado y hombre de una estremada laboriosidad. De su vida y escritos se halla alguna noticia en la *Biblioteca Genealógica* de Franckenau; pero es mas completa la que existe en las *Memorias* que preceden á su obra titulada *Exámen castellano*, de que ya tendremos ocasion de ocuparnos.

Salazar fué hijo único de Sebastian de Salazar, vecino de Pancorvo, y de Doña Luisa de Castro, natural de tierra de Lugo en Galicia, y nació en Valladolid á 24 de agosto de 1658, hallándose allí sus padres en seguimiento de una dependencia, concluida la cual se volvieron á su casa de Pancorvo.

En este pueblo quedó Salazar huérfano de padre y madre á los siete años de edad, y apenas adolescente salió de él solo y á la ventura, sin direccion ni plan determinado. En tal disposicion llegó á Baena, en Andalucía, donde fué recibido por paje del conde de Luque, que luego le nombró su secretario, y siendo todavia muy jóven casó con una señora de la misma ciudad, Doña María Magdalena Roldan y Aguilera, cuyo consorcio solo disfrutó seis meses. Disgustado por la muerte de su esposa, y mal contento con su fortuna, dejó á Baena y se fué á la corte.

Durante varios años trabajó en la coordinacion del archivo de los duques del Infantado y otros de igual autoridad, con la asidua aplicacion de que mas tarde dió pruebas en sus obras, en el inmenso número de documentos que las ilustran, y en la riquísima coleccion que formó, y que á su muerte contaba doscientos veinte y dos volúmenes, escritos por él mismo casi en su totalidad. Los *Memoriales Genealógicos* que empezó á publicar desde 1682 llamaron la atencion hácia nuestro autor, que pronto se vió introducido en una academia que entonces florecia en Madrid y contaba entre sus individuos á D. Nicolás Antonio, el marqués de Mondéjar y D. Juan Lucas Cortés, consi-

guiendo merecerles respeto y aplauso, y que el rey D. Carlos II le hiciese su ayuda de cámara. Pero de tal modo cautivó la voluntad del monarca, que no solo le honró con su confianza especial hasta el punto de comunicarle su correspondencia privada con la reina madre Doña Mariana de Austria, sino que le nombró cronista de Castilla, á consulta de la cámara, en 18 de julio de 1685; jefe de la biblioteca del real palacio, en cuyo destino, segun Franckenau, sucedió al padre Francisco Sota, en el mismo año de 1685; caballero de Calatrava en 2 de abril de 1686; comendador de Zorita y cronista mayor de Indias en 3 de julio y 30 de setiembre de 1691; fiscal de Calatrava en 1.° de agosto de 1695; procurador general de la misma órden en 15 de diciembre de 1699, y alguacil mayor de la inquisicion de Toledo en 12 de noviembre de 1700, con la facultad de ceder el empleo en la persona que por bien tuviese.

Verdad es que con la delicadeza de Salazar cada uno de estos cargos y distinciones era un nuevo estímulo para estender y profundizar sus conocimientos. De manera que sin desatender los estudios genealógicos y de humanidades, se entregó á la defensa y vindicacion de los derechos de las órdenes militares, que era su principal deber; pero harto dificultoso en aquella época en que las regalías de la corona estaban tan hondamente minadas por la influencia eclesiástica. Son infinitos los memoriales, alegaciones y papeles que escribió con este objeto, y su mérito tan sobresaliente, que cuando quiera que se reunian los procuradores de las tres órdenes, era sabido que el de Calatrava se habia de encargar de estender el informe, contestacion ó súplica. La ciencia que tan continuos trabajos le hicieron adquirir dió lugar á que en 25 de octubre de 1705 se le despachase título de consejero honorario de las órdenes, que después y sin ejemplar se le diese nombramiento y voto de consejero en las materias de gracia y gobierno, y que por último, en 3 de marzo de 1721, se le nombrase tambien superintendente de los archivos de las mismas órdenes.

En medio de tan sérias ocupaciones todavía pudo hallar tiempo para aprender, además del latin, el francés y el italiano, siendo por otra parte considerado como uno de los buenos hablistas castellanos; sin embargo no se le llamó para formar parte de la sociedad que por aquellos años empezó á formarse, y se convirtió después en Academia de la Lengua, y es de creer que esta falta de atencion le causó algun sentimiento, si ha de juzgarse por las indicaciones que se hallan en los folletos que se publicaron en pro y en contra de la *Historia de la Iglesia y del mundo.*

Porque Salazar á sus diversos talentos reunió tambien el de crítico, y si acaso su gracejo no nos pareceria hoy del gusto mas puro, difícilmente se podrá hacer la crítica con mas caudal de erudicion, y es lo cierto que su estilo era tan acomodado al gusto de sus contemporáneos, que un anónimo de la época dice espresamente que *en saliendo alguna cosa buena que tenga esta ó aquella erudicion, sin mas se la atribuyen, salga de donde saliere, y así sucede que por ser buenos y muy bien escritos, se le atribuyen varios papeles que realmente no son suyos.*

Hombre que reunia tan diversas aptitudes, que leia mucho y con reflexion, al mismo tiempo que estaba entregado á los negocios de la vida pública, debia acumular necesariamente la crecida esperiencia y tino que daban tanto peso á la opinion de Salazar siempre que era llamado, y lo era muchas veces, para dar su parecer pública ó particularmente en asuntos tocantes á la política ó á la gobernacion del Estado.

Por unos y otros motivos logró tener en la corte tanta estimacion, que los grandes y ministros le buscaban con frecuencia, y los de las cortes estranjeras entablaban con él correspondencias muy seguidas, como lo hicieron entre otros el conde de Ericeira, el padre D. Manuel Cayetano de Sousa, el genealogista de las órdenes del rey cristianísimo, y Franckenau, á quien remitió una lista de sus obras, que aquel insertó en su *Bibliotcca* (1).

Así vivió Salazar gozando de la estimacion y aprecio de todos, y conservando el libre uso de sus facultades, sin achaques ni padecimientos, hasta el dia 9 de febrero de 1734, en que falleció á los setenta y seis años de edad, de una fiebre aguda y maligna que le habia atacado el tercero dia del mismo mes.

Fué enterrado, segun su última disposicion, en el monasterio de Monserrate de Madrid, al cual dejó su esquisita librería, nombrando bibliotecario á un monje que por muchos años habia merecido su confianza, y para después de él al religioso que ejerciese el cargo de cronista de la órden. Mandó que no se diese copia de ningun instrumento, sino las noticias que buscasen los interesados, y esto solo en caso preciso. Fundó asimismo una capellanía de doscientos ducados, eligiendo para desempeñarla á los mismos que designaba para bibliotecarios, con la obligacion de decir misa diaria en la capilla donde estaba su sepulcro.

El reconocimiento de los monjes consta de la siguiente inscripcion:

D. D. LUDOVICO DE SALAZAR
ET CASTRO,
EQUITI CALATRAVENSI, ZORITÆ COMMENDATORI,
REGIS CATHOLICI CUBICULARIO,
REGIO
CASTELLÆ ET INDIARUM CHRONOGRAPHO,
IN SUPREMO
ORDINUM MILITARIUM SENATU
JUDICI INTEGERRIMO
ET HUMANISSIMO,
PATRIÆ LUMINI,
NOBILITATIS SPLENDORI
BENEDICTINI ORDINIS
VIGILANTISSIMO HYPERASPISTI
SUO
MUNIFICENTISSIMO BENEFACTORI,
UT IMMORTALEM BENEFICIORUM MEMORIAM
MONACHORUM ANIMIS
INSCULPTAM
OMNIUM OCULIS PATEFACERET,
PUBLICUM HOC GRATI ANIMI MONUMENTUM
ET FALICITATIS SUÆ MUNIMENTUM
IN MONTESERRATO APUD MATRITUM
DICAVIT
DIE X. FEBRUARII ANN. DOM. M.DCC.XXXIV.
F. D. M. M. B.

En 21 de mayo de 1686 habia casado en segundas nupcias con Doña Manuela Petronila de Quevedo y Azcona, con quien vivió casi cuarenta y ocho años en la mejor correspondencia, si bien no tuvieron sucesion.

Nada mas fácil que amontonar elogios de escritores propios y estraños para probar la alta estimacion que en todas partes merecieron las obras de Salazar; pero mejor que nada habla el número y diversidad de sus escritos, todos puestos de su puño y letra, menos las cartas familiares que dictaba.

Para formar la relacion de sus obras hemos tenido presente la noticia que hace parte de las memorias de su vida, puestas al principio del *Exámen castellano*, y la que existe en la *Biblioteca* de Franckenau, completándolas una con otra, y con el exámen de las mismas obras cuando hemos podido haberlas á la mano.

1.° *Catálogo historial y genealógico de los señores y condes de Fernan Nuñez, desde la conquista de Córdoba, año de 1236, hasta el de 1682.* Un tomo, folio, Madrid, 1682. (En el cual, dice Franckenau, trató sucintamente de la familia *de los Rios.)*

En los números 1.° y 2.° de las *Advertencias históricas,* y en el 284, que es el último, enmienda Salazar algunas equivocaciones en que habia incurrido.

2.° *Memorial dilatado por el tercero conde de Luque, D. Egas Salvador Venegas de Córdova.* Un tomo, folio, 1684. (En esta obra se refieren prolijamente las sucesiones de todas las ramas de la casa de Venegas, y asimismo se trata de la familia de Córdova; se empezó á imprimir en 1684, pero hasta ahora [año de 1724] aun no se ha publicado íntegro.—Así Franckenau.)

3.° *Resúmen de las sucesiones de los condes de Luque.* (Compendio y continuacion del anterior memorial.)

4.° *Historia genealógica de la casa de Silva, donde se refieren las acciones mas señaladas de sus señores, las fundaciones de sus mayorazgos, y la calidad de sus alianzas matrimoniales. Justificada con instrumentos y historias fidedignas, y adornada con las noticias genealógicas de otras muchas familias... Dividida en XII libros.* Con privilegio. En Madrid, por Melchor Alvarez y Mateo de Llanos, año de 1685. Dos tomos, folio, de 676 y 846 páginas sin los principios.

(Al aprobar esta obra D. Juan Lucas Cortés hace mencion de los grandes trabajos genealógicos emprendidos por Salazar, y teniendo en cuenta su exactitud y utilidad, dice: «Se le deben dar muchas gracias, y V. A. [el consejo de Castilla] alentarle con los premios dignos de su grandeza, para que las saque á luz y publique, pues servirán de gran lustre y honor á toda la nacion.»)

En los números 3, 4, 5 y 6 de las *Advertencias históricas,* rectifica algunos errores.

5.° *Reflexion histórica sobre los casamientos de las casas de Austria y Baviera.* 1689, Madrid, por Mateo Llanos. Un tomo, folio. (Escrita con motivo de las bodas de Carlos II con Doña Mariana, hija del elector palatino, y en ella se refieren las armas de la casa real austro-hispana, del palatinado del Rhin y de Baviera.)

6.° *Historia genealógica de la casa de Lara, justificada con do-*

(1) Después de las investigaciones de Mayans, que están al frente de la segunda edicion de la *Themis Hispana*, está recibido como fuera de duda que el autor de la *Biblioteca genealógica* publicada por Franckenau, fué D. Juan Lucas Cortés.

cumentos y escritores de inviolable fé... dividida en XX libros. En Madrid, en la imprenta Real, por Mateo de Llanos y Guzman, 1696-1697. —*Pruebas de la historia de la casa de Lara, sacadas de los instrumentos de diversas iglesias y monasterios, de los archivos de sus mismos descendientes, de diferentes pleitos que entre sí han seguido, y de los escritores de mayor crédito y puntualidad.* Id., id., id., 1694. Cuatro tomos, folio, de 713, 891, 586, 728 páginas: el IV son las pruebas.

Comprende esta obra las genealogías de mas de cincuenta casas nacidas de la de Lara, sin contar diversas líneas sueltas, especialmente las de Casa-Manrique, en Sicilia, en Sevilla y en otras partes, que por falta de instrumentos no se pudieron entroncar (1).

7.° *Indice de las glorias de la casa Farnese, ó resúmen de las heróicas acciones de sus príncipes, que consacra á la augusta reina de las Españas Doña Isabel Farnese, D. Luis de Salazar y Castro...* Con licencia, en Madrid, en la imprenta de Francisco del Hierro, 1716. Un tomo, folio, 790 páginas sin los principios ni los índices: despues del título una estampa con un escudo de armas.

8.° *Arboles de costado de gran parte de las primeras casas de estos reinos, cuyos dueños vivian en el año de 1683. Obra póstuma de D. Luis de Salazar y Castro...* Con licencia, en la imprenta de Don Antonio Cruzado, calle del Prado, Madrid, 1795. Se hallará en la librería de Juan Yuste, calle de la Concepcion Gerónima, y en su puesto, gradas de San Felipe. Un tomo, folio, 221 páginas sin los principios ni los índices (2).

9.° *Genealogía de la serenísima casa Gonzaga, su tronco y ramas, desde su principio hasta el dia de hoy...* (Son diez tablas sin esplicacion alguna, que he visto, pero de las que no hallo mas noticia.)

10. *Memorial por la marquesa de la Guardia.* (Así la noticia. He visto uno que empieza: *Señor, la marquesa de la Guardia, condesa de Santofimia, dice...* en el que solicita la grandeza, y son 21 folios y 3 de tablas genealógicas, sin firma ni año de impresion. Me parece probable que sea el mismo.)

Bajo el epígrafe de *Memoriales impresos y manuscritos* la referida noticia pone los siguientes:

11. *Justificacion de la grandeza de primera clase, á favor de D. Fadrique de Toledo y Osorio, sétimo marqués de Villafranca, etc., etc.*, 1704.

12. *Razon de los mayorazgos en que ha estado incluida la villa y tierra de Monterrey desde que salió de la corona.*

13. *Fundacion de los mayorazgos principal y segundo de la casa de Velasco, y curso que ha tenido su sucesion en los varones de aquella gran familia.*

14. *Dos memoriales por el marqués de Alcañizas.*

15. *Memorial por el marqués de Montemayor.*

16. *Memorial por el marqués de Tavara.*

17. *Memorial por el duque de Frias.*

18. *Memorial por el conde de Lerin, sobre la grandeza de primera clase.* (Trata de la ilustre casa de los Beamonteses de Navarra.)

19. *Memorial por el marqués de la Alameda.*

20. *Memorial por Doña Francisca María de Belvis Portugal y Córdova, condesa del Villar Dompardo.*

21. *Por el conde de Palma, D. Luis Antonio Thomás Portocarrero Bocanegra y Mendoza, quinto conde de Palma, marqués de Montesclaros, caballero de Santiago, virey de Cataluña.* (En solicitud de la grandeza, que le fué concedida.)

22. *Memorial de la casa del conde de Clavijo, D. Marcos de Lanuza Arellano y Liñau, segundo señor de Miraflores y la Aldehuela, gentil-hombre de cámara del rey D. Carlos II.* (Trata de la célebre casa de Lanuza de Aragon.)

23. *Por D. Pedro Jacinto de Narvaez y Rojas, señor de Bobadilla.* (En vindicacion del título de conde de Bobadilla [cerca de Antequera], señor del Cambron y alférez mayor de la misma villa de Antequera.)

24. *Por Doña Ana María de Castilla, hija del octavo señor de Gor, y hermana del poseedor de aquel señorío.*

25. *Por D. Juan de Hinestrosa.* (Sospecho, dice Franckenau, que debe ser D. Juan Fernandez de Hinestrosa y Ribera, señor del mayorazgo de Utreca, ilustre caballero sevillano, á quien Carlos II hizo marqués de Cueval del Rey en Andalucía.)

26. *Por el marqués de Valverde.* (D. Fernando de Tovar Henriquez de Castilla, caballero de Calatrava, señor de Tierra de la Reina y de los lugares de Valverde, Villamarin, Siero, etc., en el reino de Leon, creado marqués de Valverde por Carlos II, y muy aficionado al estudio de la genealogía y de la historia nacional.)

27. *Por D. Alvaro Pantoja de Caravajal Portocarrero, sesto conde de Torrejon el Rubio, en Estremadura, título creado por Felipe III, marqués de Valencina, señor de Mozejon y Benacazon.*

28. *Por D. Juan Prado y Mármol, gentil-hombre de boca del rey Carlos II.* (En solicitud del título de conde de Belmonte, que se le concedió.)

29. *Por D. Fernando Joaquin Faxardo, sesto marqués de los Velez, condestable de Indias, virey de Nápoles, consejero de estado y presidente del de Indias.* (Sobre la clase de su grandeza.)

30. *Por D. Sancho de Castilla, noveno señor de Gor.* (Sobre el tratamiento de pariente del rey, que consiguió el suplicante.)

31. *Por D. Isidoro Tomás de Cardona, almirante de Aragon, marqués de Guadalete.* (Sobre la grandeza. Fué el último varon de la casa de Cardona, y murió á los treinta años sin sucesion.)

32. *Por el conde de Teba.* (Al parecer D. Antonio de Córdoba, hijo del sesto marqués de Priego, casado con Doña Catalina Portocarrero de Guzman y Luna, heredada en dicho condado de Teva.)

33. *Por el marqués de Belamazan.* (Sobre la grandeza.)

34. *Por la grandeza del conde de Salvatierra.*

35. *Por el duque de Medinaceli.* (Sobre los valimientos del año de 1706.)

36. *Por los grandes de España.* (Sobre la precedencia á los pares de Francia.)

37. *Noticias de las casas que poseia la duquesa de Nájera Doña Nicolasa Manrique de Lara*, nacida en 26 de febrero de 1662, y casada en 6 de junio de 1687.

38. *Historia genealógica de la real casa de Castilla por la línea de Borgoña.* En dos tomos en folio.

39. Otros de diversos asuntos.

Así concluye la noticia de esta clase de memoriales, debiendo únicamente advertir que los números 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 19, 20, 33, 34, 35 y 36 no los menciona Franckenau, y deben por tanto considerarse escritos en el año de 1724 á que aquel autor alcanzó, ó despues, sin que podamos fijar si estan impresos ó manuscritos, porque la noticia no lo especifica.

Los números 29, 30, 31, 32, 37 y 38 los refiere Franckenau como manuscritos, y aunque no puede asegurarse que no se hayan impreso despues, no es lo mas probable, porque lo general era darlos á la estampa para presentarlos al rey ó entregarlos á los ministros de sus consejos y mas personas cuyo favor se pedia. Por el contrario es muy verosímil que estén impresos los números 18, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27 y 28, pues si bien Franckenau no especifica el año y lugar, hace suponer que lo estén la circunstancia de no calificarlos de manuscritos como á los antes citados.

Pasando á otra clase de trabajos de Salazar, la noticia refiere:

40. *Varios memoriales por las órdenes militares*, sin mas esplicacion.

De ellos he visto los siguientes:

I. *Observaciones histórico-canónicas del procurador general de la órden de Santiago, sobre un manifiesto político-legal en que se procura persuadir justa y necesaria la violencia con que el obispo de Cartagena declaró incursos en censuras reservadas al vicario interino y al alcalde mayor de Caravaca, ambos ministros de la misma órden.* Empieza: «Estampose poco ha un largo papel titulado: »*Demostracion y manifiesto político-legal*,» etc., y concluye en la página 404 con una cita de S. Bernardo, epist. 190. Siguen 6 hojas de índice. En folio.

II. *Memorial de los procuradores generales de las órdenes contra otro del cardenal Belluga.* Empieza: «Señor: Son tantas las instan»cias, las solicitudes y las alegaciones del cardenal Belluga para qui»tar á V. M. y á la órden de Santiago las cinco vicarías que en la dió»cesis de Cartagena tiene aquella órden...» Y concluye en la página 170. Siguen 3 hojas de índice. En folio.

Con este memorial se contestó á otro del cardenal Belluga cuyo título es:

III. *Memorial que ofrece á S. M. el obispo de Cartagena Don Luis Belluga, de su consejo, informando el real ánimo de S. M. de*

(1) En uno de los ejemplares que he visto de esta obra, tomo III, hácia la página 268, se halla añadido y manuscrito el árbol de la sucesion de D. Diego de Lara con Doña Inés de Acuña, cuyos descendientes tomaron el apellido de Ortega Lara por voto que los D. Diego y Doña Inés hicieron á S. Juan de Ortega, con el objeto de tener sucesion.

(2) «Escrito este libro ya en 1683, no se imprimió hasta dicho año de 1795, »en que le dió á luz D. Alfonso de Manuel y Arriola, dedicado al duque de Alba, »conde de Oropesa. Dudando el citado Arriola si el manuscrito que llegó á sus ma»nos seria el mismo de Salazar, lo manifestó al reverendo padre fray Benito Mon»tejo, archivero en su convento de Monserrate, en donde encontró el tomo XIX de »la letra *D*, con el propio frontis y rotulata que este, escrito tambien en 1683, y »aunque cotejados halló ser en la disposicion y método idénticos, no lo son en el »órden y colocacion de las familias. Encontró tambien el borrador de la dedicatoria »que hizo Salazar al conde de Oropesa, que creyó hecha para el tomo que tenia »Arriola, el cual debió ser refundido de el del archivo, y formado de segunda mano; »por eso en aquel está la casa y genealogía del conde de Oropesa la primera y al »frente de todas, y en el del archivo hácia el medio del libro; en el uno está la de »Oropesa, todo en limpio y sin adicion alguna, y en el otro hay varias adiciones y »menudencias, y se conoce tambien por las genealogías de las casas de Luque y »Fernan Nuñez, que fueron las primeras á favorecer á Salazar en su juventud.» (Prólogo del editor). Sin duda que este tomo es el I de los que con el mismo título representan como manuscritos, en la noticia unida á las *Memorias de la vida del autor*. (Véase el núm. 73.)

la omnimoda jurisdiccion espiritual y eclestástica y demás derechos que le pertenecen en las vicarías de Caravaca, Yeste, Segura, Ocas de Segura, del órden de Santiago. Al fin y en razon de que informado S. M. de su justicia, como por otro memorial lo está, del estado de dichas vicarías, se digne tenerlo presente para remedio de mal tanto y de tan graves consecuencias, y que el obispo pueda ser ayudado de S. M. á reintegrarse en la omnimoda jurisdiccion y derechos todos que le pertenecen en dichas vicarías en que de hecho se han introducido y van introduciendo los vicarios dellas. Impresso en Murcia por Jaime Mesnier, impressor y librero, en la calle de la Platería. Son 307 páginas sin el título, y 4 hojas de indice, y está fechado en Murcia á 15 de febrero de 1717.

Este memorial se acompañó al rey con otro papel del obispo que empieza:

IV. «IHS. Señor: Por el memorial adjunto impreso implora el »obispo de Cartagena la real proteccion de V. M...» Y concluye en la página 36: «Murcia y setiembre 8 de 1717.»

V. *Manifestacion de los agravios que ha padecido la esclarecida órden de Calatrava, en los pleitos que sobre la jurisdiccion eclesiástica del partido de Martos le ha puesto el obispo de Jaen, y especialmente en el auto de manutencion de visita que pronunció á favor de dicho obispo, el año de 1705, el auditor del nuncio de su santidad. Formola, para el recurso de fuerza intentado en este caso por la órden, su procurador general frey D. Luis de Salazar y Castro.* Impressa en Madrid, en la imprenta Real, por Joseph Rodriguez, año de 1706. Folio. Título, dos hojas de dedicatoria firmada á 30 de mayo de 1706. 214 páginas, 6 hojas de índice.

En la anterior manifestacion se citan dos papeles referentes al mismo asunto, que son los siguientes:

VI. *Breve apuntamiento de los motivos y fundamentos legales que assisten á D. Luis de Salazar y Castro, caballero del órden de Calatrava, comendador de Zurita, como procurador general de dicha órden, en el pleito que trata con el fiscal eclesiástico del obispado de Jaen, sobre la visita de las iglesias parrochiales de la villa de Martos y su partido, publicacion de jubileos y otras cosas; y sobre la institucion authorizable de los beneficios curados de dichas iglesias.* Firmado por cinco catedráticos de la universidad de Salamanca. 20 folios.

VII. *Defensa jurisdiccional que manifiesta la que asiste á la dignidad de gran maestre, órden y caballería de Calatrava, unida*



á la real corona de S. M. C., con indisoluble perpétua administracion, por D. Luis de Salazar y Castro... en las controversias de jurisdiccion pendientes con el fiscal eclesiástico del obispo de Jaen, sobre la visita... etc., etc. Firmada, licenciado D. Francisco Molano y Valencia, 76 folios.

Tambien parece ser de Salazar el siguiente:

VIII. *Resúmen legal de los fundamentos jurídicos que prueban el dominio directo solar perteneciente á las órdenes militares en los territorios donados por los señores Reyes Católicos, que esponen los caballeros procuradores generales de las órdenes al rey nuestro señor, con sumaria noticia de algunos instrumentos y privilegios que lo demuestran para su exámen y determinacion.* 45 páginas sin el título, folio.

IX. *Representacion que sobre la capacidad que tienen los caballeros de las órdenes militares para ser del consejo de ellas, hizo al rey nuestro señor, frey D. Luis de Salazar y Castro, comendador de Zorita y procurador general de la órden de Calatrava, del consejo de S. M. en el real de las órdenes y su chronista mayor.* En Madrid, en la imprenta Real, por Joseph Rodriguez Escobar, 1710, en cuarto, 127 páginas y 4 hojas de índices: por la clase de letra y papel deben ser de la misma imprenta los números señalados así: 10 y I, II, V y VI.

X. *Memorial sobre que ningun caballero de las órdenes militares, después de profesar, puede pasar á otra sin dispensacion apostólica y sin dejar el primer hábito.* Empieza: «El procurador general de »Calatrava tuvo dos motivos para la representacion que hizo en voz »al consejo sobre la novedad de concurrir juntas las órdenes militares »de España con las de Sancti Spiritus y San Miguel...» Y concluye que se apliquen á los tesoreros de las órdenes «las rentas de las encomien»das de las casas de Sevilla y Niebla, el Viso y Santa Cruz, y Valde»Ricote, desde el dia en que el duque de Medina Sidonia y el marqués »de Villafranca recibieron la órden de Sancti Spiritus.» Folio, 14 hojas.

XI. Otro que empieza: «Escmo. señor: el procurador general de »Calatrava dice: que aunque tiene hecha contradicion al intento de al»gunos caballeros... que quieren obligar á los otros... á que graven el »mantenimiento que reciben... para celebrar honras por los hermanos »difuntos... etc.» 4 hojas.

XII. *Memorial sobre que S. M. no pida breve pontificio para la provision de la alcaidía del convento y puente de Alcántara, concedida al marqués de la Alameda, caballero de la órden.* Empieza: «Escelen-

»tisimo señor: Los procuradores generales de las órdenes... dicen: que »habiendo llegado á su noticia la justa resolucion que S. M. ha toma- »do»... Y concluye: «finalmente los procuradores generales... hacen presente á V. E... lo que les causaria grave escrúpulo, omitido.» Folio, 8 hojas.

Estos son los memoriales relativos á negocios de las órdenes, que hemos tenido á las manos, y siguen las obras críticas, á saber:

41. *Advertencias históricas sobre las obras de algunos doctos escritores modernos, donde con las chrónicas y con las escrituras, solicita su mejor inteligencia D. Luis de Salazar y Castro, caballero de la órden de Calatrava, y chronista del rey nuestro señor.* Año de 1688. Con privilegio. En Madrid, por Matheo de Llanos y Guzman. Véndese en la Puerta del Sol á la esquina de la calle de las Carretas, en casa de Andrés Blanco, librero. Un tomo en cuarto, 384 páginas y 284 números: en los 1 á 6, y en el 284 enmienda algunos errores de su *Catálogo de la casa de Fernan Nuñez;* los números 7 á 266 están empleados en censurar varias obras de D. José Pellicer; sigue el *Compendio de la casa de Roberti,* por el doctor Joseph Torner, números 267 y 268, y concluye con las *Notas* de Alvaro Ferreira de Vera, al *Nobilario* del conde D. Pedro. Entre los preliminares, que con el título son 10 hojas, hay una carta de V. Hipólito Samper, acerca de sor Isabel de Villena, y en la página 213 un catálogo de los consejeros de estado, desde 1526.

42. *Carta del maestro de niños á D. Gabriel Alvarez de Toledo,*



caballero del órden de Alcántara, y primer bibliotecario del rey. En Zaragoza, año de 1713. En cuarto, 79 páginas y dos hojas preliminares. Dícese al principio: «Previénese que en la correccion de la prensa padece muchos vicios este papel, que no se deben imputar á su autor, porque no asistió á ella; y assí no va segun sus reglas de puntuacion y ortografía.»

Contra esta carta escribió un anónimo.

Palacio de Momo, apología jocoseria por La historia de la Iglesia y del mundo, *y por su autor D. Gabriel Alvarez de Toledo y Pellicer. Defendiéndole de una carta anónima, aunque con el nombre de maestro de niños, que supone ser impresa en Zaragoza, y dirigida al mismo autor despues de haber muerto. Escribió la Apología Encio Anastasio, Heliopolitano. Sácala á luz un amigo de Don Gabriel.* Leon de Francia, 1714. En cuarto, de 199 páginas.

A la que contestó Salazar con la

43. *Jornada de los coches de Madrid á Alcalá, ó Satisfaccion al Palacio de Momo, y á las Apuntaciones á la carta del maestro de niños.* En Zaragoza, año de 1714, en cuarto, 4 hojas preliminares, 7 de índice, y 362 páginas. Del título se deduce, que además del *Palacio de Momo*, se publicaron algunas *Apuntaciones contra la carta del maestro de niños*, cuyo epígrafe pone al fin de la página 10, y de ellas se ocupa en la primera division de la *Jornada de los coches;* la segunda se emplea en contestar al *Palacio de Momo* (1).

(1) La obra que dió lugar á estas contestaciones, fué la 37. «*Historia de la* »*Iglesia y del Mundo, que contiene los sucesos desde su creacion hasta el diluvio.* »*Autor, D. Gabriel Alvarez de Toledo y Pellicer, caballero de la órden de Al-* »*cántara, secretario de S. M., oficial de Estado, y primer bibliotecario del rey.* »*Año de* 1713. Con privilegio. En Madrid, en la librería del Rey. Por Joseph Ro- »driguez Escobar, impressor de S. M., y del consejo de la Santa Cruzada.» En folio, (10 hojas preliminares, 3 de índice y 582 páginas.) En el prólogo dice: «La His- »toria que te ofrezco (prudente lector) no es una estéril narracion de los sucesos, »sino una observacion provechosa de los ejemplos...

»Con esta advertencia podrás disculpar las frequentes reflexiones morales de que »va texido este libro, las quales fueran impertinentes en una relacion puramente

44. *Satisfaccion de seda á cargos de esparto, ó respuesta apacible á acusacion furiosa*, 1725, en cuarto, de 134 páginas y dos hojas preliminares.

Vindícase en ella (núm. 3, página 2) de haber escrito un *Juicio sobre la dedicatoria del libro Guia de casados*, que se publicó en 1.° de diciembre de 1724 dirigido á un librero. Contra este juicio crítico, atribuido á Salazar, escribió el autor de la dedicatoria una *Defensa crítica á la dedicatoria del libro de Carta de guia de casados* (número 6, página 6), *contra el papel anónimo que segun la voz comun y fama pública ha estampado D. N.* (y pone sus empleos y honores) *por D. N.* (con otro mayor número de grados), año de 1725, y sería de creer por el título que escribiese tambien el *Exámen apologético de la defensa crítica á la dedicatoria de un Bibliópola*. Con privilegio. En Lérida, por D. Cándido Esdrújulo, año de 1725. En cuarto, de 140 páginas y 2 hojas preliminares. Mas siendo por su contesto crítica y no apología de aquella defensa, creo puede atribuirse al autor del primer juicio sobre la dedicatoria.

45. *Desagravios de la vergüenza contra las imposturas de la venganza*. En Salamanca, año de 1729. En cuarto, 69 páginas sin el título. Contra un papel titulado: *Berganza avergonzado*, por Don Garci-Ponce de la Cruz, página 2, en que se defiende á Ferreras del libro de Berganza, *Ferreras convencido*, etc.

46. *Reparos históricos sobre los doce primeros años del tomo VII de la Historia de España del doctor D. Juan de Ferreras, con los suplementos precisos para su claridad é inteligencia*. Con las licencias necesarias en Alcalá. Año de 1723. A costa de Juan Antonio Pimentel, mercader de libros, en cuarto, 528 páginas, incluso el índice, y 14 hojas de preliminares, entre los que se halla una dedicatoria á Francisco Joseph de Miraval, conde de Villa-Fuente Bermeja, en que se trata de genealogía.

47. *Crisis Ferrérica sobre el VI tomo de la Historia de D. Juan de Ferreras y su prólogo*, 1720, en cuarto.

48. *Anti-defensa y continuacion de la crisis*, 1720.

49. *Residencia de las aves y causa del cuervo*, sin año ni lugar de impresion.

50. *Exámen castellano de la crisis griega con que el reverendo padre fray Manuel Bautista de Castro intentó establecer el instituto Bethlemítico. Obra pósthuma de D. Luis de Salazar y Castro, etc.* Impreso en Madrid en la imprenta Real, año de 1736, en cuarto, 363 páginas, 5 de índice ó resúmen, y 14 hojas de preliminares, que contienen unas memorias para la vida del autor. Está escrito el exámen contra la *Crisis doxológica, apologética y jurídica, por el monaceto legítimo del máximo padre S. Gerónimo en sus congregaciones de España, Portugal y Lombardía, del padre fray Manuel de Castro, monje de S. Gerónimo*; y Salazar la dejó sin concluir (1).

Continúa la noticia refiriendo las obras que Salazar dejó manuscritas, que son las siguientes, además de las que deben contenerse en la pasada seccion de memoriales impresos y manuscritos:

51. *Genealogía de la casa de Alvaro.*

52. *Genealogía de la casa de Cabrera.*

53. *Genealogía de la casa de Prado.*

54. *Genealogía de la casa de Mendoza.* (En sus *Advertencias históricas*, párrafo 256, página 318, anuncia la pronta publicacion de esta obra.)

55. *Genealogía de la casa de Quirós.*

56. *Genealogía de los condes de Módica.* (Este condado, que tiene su asiento en Sicilia, perteneció primero á la casa de Cabrera, y luego pasó por matrimonio á la familia de los Henriquez, Almirantes de Castilla y duques de Medina de Rioseco.—(Frankeneau.)

57. *Genealogía de los marqueses de Mos.*

58. *Arboles de costado de los grandes y títulos de España, desde el tiempo de la creacion de cada uno hasta la muerte de Carlos II.* En ocho tomos en fólio. El I es del año 1683, y segun todas las probabilidades, el impreso en 1721 que queda apuntado al número 8 (1).

59. *Biblioteca y relacion de las casas y estados de los grandes y títulos de España*. En un tomo en cuarto. Esta obra, dice Frankenau, concluida en este año de 1705 y escrita de su mano, se la dió el autor al ilustre Ehrencronio, quien me facilitó copia, y era mi ánimo traducirla al latin é insertarla en la *Biblioteca*, si no fuese que aumentaría desmesuradamente su volúmen.

60. *Tablas genealógicas de los caballeros de las órdenes militares*, en seis tomos, folio.

61. *Tablas genealógicas y árboles de familias ilustres de las coronas de Castilla y Aragon, en que se incluyen algunas de Francia, Italia y Portugal*, en 23 tomos, folio.

62. *Tablas genealógicas de las sucesiones de los señores de Vizcaya*. Un tomo.

63. *Historia de la casa de Haro y sus ramas*. Dos tomos, folio.

Pruebas de la misma casa. Dos tomos, folio.

64. *Historia de la casa de Acuña y sus líneas*, folio.

Pruebas de la misma casa. Dos tomos, fólio.

Habiendo solicitado el señor Imhof por medio del enviado de Dinamarca que D. Luis de Salazar le diese razon de la casa de Acuña para hacerla lugar en lo que estaba escribiendo de la nobleza de España, empezó á formar las tablas genealógicas de esta casa. Mas pareciéndole poco, por no haber historia particular de ella, determinó llenar este vacío, y evitar así la confusion que reina en sus noticias por la variedad de sus armas y apellidos.

65. *Tablas genealógicas y pruebas de la casa y líneas de Meneses*. Un tomo.

66. Comenzó la *Historia de la casa Guzman*, por unas doctas *Disertaciones genealógicas* que se entregaron al duque de Medina Sidonia.

El original fué después á manos de D. José Miguel de Flores, y de él tenia copia Cerdá y Rico, que califica la obra de sumamente erudita, trabajada después de las de las casas de Lara y Farnese. (Notas posteriores á las memorias de D. Alonso el Noble de Mondéjar.)

67. *Historia de los comendadores de la órden de Santiago, con sus genealogías y armas, des que los maestrazgos entraron en la administracion de los Reyes Católicos*. Un tomo, Franckenau dice dos tomos.)

68. *Coleccion de epitafios y memorias sepulcrales de España*. Un tomo, folio, puesto en limpio y preparado para la prensa segun Franckenau.

69. Coleccion de escrituras, bulas y privilegios en 222 tomos folio, de los cuales se llevaron algunos al real archivo de las órdenes militares.

70. *Coleccion de cartas originales de reyes de Castilla y Aragon, y de varios príncipes eclesiásticos y seculares*. En 91 tomos, folio.

71. *Coleccion de consultas y memoriales* suyos y agenos, sobre derechos de las órdenes militares y sobre puntos políticos de estado y justicia, en 30 tomos, folio.

72. Franckenau añade una *Biblioteca genealógica* ó sea noticia de 239 escritores de cosas genealógicas de España que le comunicó, y que aquel insertó en la suya latina.

BIBLIOTECA UNIVERSAL DIARIA.

Entre las diversas mejoras que acaba de recibir esta publicacion, fundada hace dos años por la empresa del SEMANARIO, se cuenta la aparicion del *Gran Diccionario de la lengua española, por D. Adolfo de Castro*, obra importantísima, ordenada bajo un plan nuevo y utilísimo, que sobre hacer del *Diccionario* un repertorio completo de cuanto pueda necesitarse para resolver cualquier duda en cuestiones de lenguaje, le convierte en un libro de amena y provechosa lectura, por los trozos de nuestros escritores clásicos que vienen á apoyar las definiciones.

»histórica, y son útiles y propias de mi designio, en el cual he procurado seguir á »lo largo los passos del gigante de la sabiduría S. Agustin, que en *La ciudad de »Dios* dejó delineado con luces el plano que yo voy llenando con sombras. Nuestro »español Arias Montano, intentó la empresa misma en su *Historia del género humano*, que aunque no la dexó acabada, no quedó imperfecta...

»No te ofrezco este tomo como obra fenecida, porque mi intento es continuarla, »aprovechando en el curso della las advertencias que me hiciere tu erudicion y tu »generosidad...»

Sin embargo, la muerte que le sobrevino en el mismo año de 1743, como se colige del título del *Palacio de Momo*, le impidió llevar á cabo sus proyectos.

La edicion es hermosa, clara y desahogada, respecto á lo que entonces se acostumbraba.

(1) En el *Semanario erudito* de Valladares, pág. 221, se lee: «El Zurriago contra varias obras de cierto padre de la compañía de Jesus.» (Ocupa, páginas 223 á 258.) Nota. No sabemos con qué razon hayan atribuido á D. Francisco de Quevedo la presente obra, pues ella misma acredita lo contrario. El maestro Leon y sor Juana Inés de la Cruz, entendida comunmente por la Monja de México, vivieron muchos años después de haber muerto Quevedo. El sugeto que se critica en ella, fue amigo del maestro Leon, tuvo correspondencia con sor Juana, y hace mencion de su muerte: luego Quevedo no pudo ser su autor, á no haberla escrito en el otro mundo. Y aunque no aseguramos que lo sea nuestro célebre cronista D. Luis de Salazar y Castro, tenemos no obstante algunas congeturas, que si no lo aseguran, á lo menos lo persuaden. En la famosa librería del conde del Aguila, natural de la ciudad de Sevilla, vió el doctor D. Joseph Cevallos, catedrático que fué de disciplina eclesiástica en los reales estudios de S. Isidro de esta corte, un trozo de la obra de que hablamos, todo de letra del mismo Salazar, cuyo poderoso indicio le hizo creer ser suya, y aquel el original.

No nos podemos persuadir á que fuese copia de este el fragmento citado, escrito por D. Luis, porque además de que reconoció el mismo D. Joseph Cevallos por el carácter de la letra, enmiendas y correcciones, que era produccion suya: la razon dicta, que las muchas ocupaciones, vastos negocios, grandes encargos y tareas literarias de Salazar, no le permitirian emplease el tiempo en copiar obras de esta naturaleza, sino en producirlas. Su estilo, locucion, pinturas satíricas, la acrimonia de su crítica, sus sales, y en fin, sus nobles pensamientos y desempeño de la idea que se propuso, acreditan ser produccion de su elevado talento.

(1) Franckenau divide al parecer esta obra en dos, y cita: *Arboles de costado de los títulos de España, al tiempo de la creacion de cada uno*, en dos tomos en folio.

Arboles de costado y relacion de los títulos de España que hoy viven, es decir, al principiar el siglo XVIII, (el original dice XVII, pero debe ser errata.)

Otra de las innovaciones que se han hecho en la **Biblioteca**, es la forma de la segunda serie, consagrada á novelas, viajes y obras de recreo. En ella van á publicarse las obras escogidas del gran novelista de la época, de Alejandro Dumas; para que nuestros lectores juzguen del mérito de las láminas que adornan las ediciones de lujo que van á hacerse, estampamos dos grabados que podran dar idea del esmero de las láminas, pero no de la profusion de ellas y de la belleza de la impresion: la entrega primera de *El Conde de Monte-Cristo*, que está de muestra en todos los puntos de suscricion á nuestro periódico, es la mejor prueba del mérito de esta interesante coleccion.

LOS PASEOS DE LA CORTE.

I.

Nada mas natural en el variable clima de esta coronada villa, que el cambio completo de la temperatura en un corto espacio de tiempo. En efecto, después de cuatro meses consecutivos de lluvias, nieves, lodos, y demás calamidades que trae consigo el invierno; y cuidado que esta última no es la mas despreciable, sobre todo para el que no tiene carruaje; bajo la influencia de un *cefirillo* de cuatro grados bajo cero, que á veces nos pone en el caso de creer con fundamento que habitamos en el Polo; en medio de esa tétrica aridez, signo caracteristico de la valetudinaria estacion, en que la vegetacion yace como amortecida, y el sol, ese astro brillante y vivificador, desaparece de nuestro horizonte después de alumbrarnos opaca y débilmente escasísimas horas; en esa época, digo, en que la naturaleza toda aparece despojada de su magnífico esplendor, y como envuelta y sumergida en un profundo letargo, nada mas comun, sin embargo, que ver amanecer un dia claro y refulgente, convidándonos á gozar de su benéfico influjo.

Uno de estos preciosos y raros dias es un acontecimiento en Madrid, y una ocasion de estirar las piernas que no debe desperdiciarse, en la firme inteligencia que si se le deja escapar, quizás no se presenten dos en el resto de la cruda estacion. Así pues, desde el momento en que se levantan sus trasnochados moradores, cada cual proyecta su plan de paseo, siguiendo para ello su costumbre, sus ulteriores miras ó sus ocupaciones; pero ello es que ninguno, con muy raras escepciones, dejará de dar su *vueltecita*, aun cuando sea robándole una hora á la cátedra, á la oficina ó á la labor.

Cierta clase de la sociedad, que es precisamente de la que nos ocuparemos hoy, no abandona jamás sus paseos favoritos, que como es sabido son, la Ronda, Chamberí ó San Antonio de la Florida, dando la preferencia á este ó el otro, segun la posicion topográfica que ocupa cada cual respecto de ellos, ó la agilidad de sus entumidos miembros.

Frecuentan estos paseos, cruzándolos en distintas direcciones, familias enteras, compuestas por regla general del padre, la madre y tres ó cuatro párvulos, de los cuales uno lleva en brazos la niñera, es decir, cuando aquel no desempeña las funciones de esta última, lo cual es muy frecuente; á escepcion de alguno que otro aspirante á filósofo, que aburrido del mundo y de su pompa va á esparcir la murria que lo consume por aquellos solitarios lugares; ó bien de algun mugriento esclaustrado de rostro cadavérico, que tambien va á distraer el hambre que le devora, á pesar de la tonsura, y de estar votada por las Cortes la dotacion del culto y clero.

El tipo de las familias que acabamos de citar, casi siempre es el mismo, y dificilmente varia; viendo una se ven todas. El padre es por lo regular cesante de inferior categoría, que, víctima de alguna intriga ó pronunciamiento, ha pagado bien cara la solidez y estabilidad de sus principios: es hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años, feo, de aspecto grave y severo, y de costumbres austeras. Enemigo declarado de las innovaciones, no hace ni permite la menor reforma en el régimen interior de su casa, por mas que la crítica lo ridiculice alguna que otra vez que suele meter el cuerzo dentro de su modesta morada. En fin, es uno de aquellos hombres que tienen por una verdad inconcusa, *que el dia se ha hecho para vivir y la noche para dormir*, y sin mas razon que esta, hace acostar á su muger y á sus hijos al toque de oraciones, aun cuando no tengan sueño, y los hace levantar al de diana, por mas que no tengan ninguna clase de ocupaciones que merezcan semejante sacrificio. En una palabra, algo versado en disciplina, como todo español de un siglo acá, es uno de aquellos hombres que comen, beben, andan, y... hacen todas sus operaciones y necesidades por tiempos tan precisos y combinados como los del manejo de un arma. Su porte es decente, aunque pobre; su traje comun la capa, por bajo de la cual deja entrever de cuando en cuando la manga de un grasiento frac, único resto de sus buenos tiempos.

La madre, y aquí es ella, lector caro, es muger, si bien lo disimula muchas veces, de unos cuarenta años, y ofrece diferencias muy notables: es unas chiquitilla, flaca, habladora si las hay, entremetida y chismosa por naturaleza; otras es una muger, si tal puede llamarse á la que tiene cinco piés y seis pulgadas de estatura, gordota, de cara colorada como un pimiento, bigotuda, fisonomia masculina, tan pronunciada, que podria hacer dudar de su sexo á cualquiera que no la reparase bien; sus formas atléticas, unidas á su carácter altanero y dominante, demuestran bastantemente que el marido es su víctima favorita. Pero sea cualquiera su tipo, que ya no me canso en describirlo mas, ella viste una parda mantilla, de blonda que fué, y una capa, que podriamos llamar de máquina infernal, á juzgar por la multitud y paralelismos de sus cañones, y la cual asistió á los funerales de Fernando VII cuando menos.

Los chiquillos, salva la modestia de sus trajes y la superabundancia de las mangas y sombreros, son como todos los chiquillos, sea cualquiera la clase de la sociedad á que pertenezcan, es decir, impertinentes, insufribles y fastidiosos hasta dejárselo de sobra.

Por último, llega por fin el suspirado dia de largarse á la calle á pasear tan respetable familia; salen, en fin, pero no bien han andado cuatro pasos, cuando los chicos, antojadizos siempre, piden al padre cuanto sus ojos ven: al uno se le antojan avellanas, al otro garbanzos tostados, al tercero bellotas: el infeliz cesante, cuyo bolsillo está *exausto*, se esfuerza y agota todos los recursos de la oratoria en convencer á su prole de lo sensible que le es no poderla complacer segun sus deseos, tratando de disuadirla por cuantos medios estan á sus alcances: mas en vano; los niños no entienden de razonamientos, y el papá, cuyo capital asciende á treinta y cuatro maravedís de vellon, se ve en la dura necesidad de desprenderse del unico real que le acompaña, y vacilando en qué invertirlo, opta por las bellotas, como la chuchería mas abundante y barata, y tambien la mas asimilable á la naturaleza de sus hijos; reparte á cada uno su racion, quedando los muchachos al parecer contentos, y él mucho mas aun, al verlos satisfechos. ¡Dulces encantos de la paternidad!

Empero no han andado otros dos pasos, y cuando el pobre diablo creia continuar tranquilo su paseo, hé aquí que el chiquitin que lleva en brazos, divertido hasta entonces en arrancarle las patillas pelo á pelo, prorumpe á llorar estrepitosamente, sin que basten á hacerle callar un millon de halagos y caricias, que el pobre atribulado le propina.—¿Qué tienes, hijo mio, qué te sucede?—Papá, me duele el vientre, le contesta el muchacho, acompañando á la queja un nuevo grito desgarrador, capaz de destruir el tímpano mejor organizado. El desconsolado padre redobla sus caricias y ternuras, y la madre á su vez no omite medio capaz de mitigar los acerbos dolores de su rorro. Pero ¡quiá! el niño llora y se desgañita cada vez mas, aturdiendo á su padre en tales términos, que el buen hombre ni siquiera ha advertido la catástrofe que ha tenido lugar... y continúa contemplándolo, hasta que su costilla viene á sacarlo de su anonadamiento, haciéndole observar el lastimoso estado en que se encuentra. El pobre padre, que sin saber cómo ni cuándo se ve hecho un arlequin, lleno de ira suelta en tierra la cria, renegando de su infeliz estrella, y trata de limpiar en lo posible su mal parado traje: en aquel mismo instante, por mas duelo, roba Sergio á Manuel una bellota, y aquí es ella, comienzan la algazara y los cachetes; el padre los intima y amenaza, pero en vano; los chicos continuan encrespados sin hacer el menor caso de sus reconvenciones, y el desdichado, harto ya de muchachos y paseo, monta en cólera súbito, dando fin á la gresca con una de moquetes y patadas, que dispersa á la prole y la reduce; la madre, que ve la *sopapina*, se interpone con el laudable objeto de librar á sus criaturas de la cólera de un padre *justamente irritado*, no sin llevar su parte en *la jugada*, terminándose por último la contienda á beneficio de tan convincente lógica. La tierna madre, entre iracunda y llorosa, arregla los vestidos á sus niños; recoge las bellotas esparcidas por el suelo, como único despojo de aquella fiera y descomunal batalla, y una vez todos arregladitos y compuestos de nuevo, y á la imperativa voz «vamos», que da el padre, concluyendo de limpiarse la capa que ha servido de alfombra durante la refriega, pónense en marcha por la cuarta ó quinta vez el matrimonio y su prole, en direccion de su casa, jurando y perjurando no volver mas á paseo, y menos con los chicos... hasta el primer dia de fiesta que haga bueno, por supuesto.

F. PEREZ DE MOLINA.

HISTORIA DE UN CLAVEL.

—¿Qué guardas con tanto cuidado en ese papel, y después envueelves en otro y en otro encerrándolo por fin en esa cajita tan primorosa que escondes en el fondo de tu maleta?

—Mi esperanza.

—Raro es por cierto, y has resuelto un problema de trascendencia: hacer visible y palpable lo ideal de lo ideal.

—En este siglo alquimista, solo existe lo imposible en encontrar algo que lo sea.

—Diria que tu razon se habia debilitado, si un hombre dominado por el amor pudiera tener razon.

—Es verdad, el corazon es á la cabeza como la nada á la realidad.

—Descíframe el misterio de esa que llamas tu esperanza que guardas con tanto esmero, y déjate de palabras que no entiendo.

—Tú que eres mi único y mas verdadero amigo, mereces mi sinceridad; pero no hagas uso nunca de esta flaqueza mia, porque entonces... entonces desvanecerias el último átomo de mi esperanza.

Abrió la caja, desenvolvió los tres papeles, llevándolos á sus labios con religioso respeto segun los separaba, y me presentó un tallo de clavel ya seco.

Una carcajada que no pude detener hizo variar el aspecto del cuadro. Sus ojos despedian fuego, su boca se contrajo horrorosamente, y en aquella faz descolorida se pintó con su repugnante lividez toda la energía de la ira.

Temí un instante por mí mas que por él.

—Risa, sí, risa, y nada mas merezco; ¡pobre de mí!

Una lágrima se desprendia silenciosa de aquellas candentes pupilas. Dejó caer la cabeza sobre el pecho, y lanzó un suspiro tan ronco como penetrante, pero que se estinguió como cortado en su mayor intensidad.

Entonces me sobrecogió una triste idea. ¿Si efectivamente habrá perdido la razon? Probemos.

—Oye, mira, serénate, y cuéntame detenidamente la historia de ese malhadado resto, y el por qué de su importancia.

Estrechó fuertemente mi mano, me condujo á un estremo de la habitacion, y después de tender su vista con afanoso interés por todo su recinto, abrazándome convulsivamente, prorumpió en un repentino y copioso llanto.

—Déjame llorar, me dijo, las lágrimas para los padecimientos del alma son un bálsamo confeccionado por Dios.

—Llora pues, llora, amigo mio; y como para animarlo lloraba yo tambien.

Pasó un momento: al llanto sucedieron los sollozos, á los sollozos los quejidos, y á estos la calma esterior.

Volvió con mas fuerza á llorar.

Volvió poco después la calma aparente.

—Cuéntame tus penas, le dije por fin, pues parece que contándolas se gastan, y aminorándose de dia en dia llegan á olvidarse.

—Yo adoro á una muger.

—Lo sé.

—Ella me dió ese clavel hermoso que se escondia entre sus cabellos, mas hermosos aun.

Una tarde, ya casi de noche, era la víspera del dia del Cármen...

—Continúa.

—Yo le besaba á cada momento sin conocer que estaba marchito, y que siempre que imprimia mis labios en él le robaba una hoja.

Pasaron así los dias, ella se olvidó del clavel, y yo de tus lecciones de mundo.

Un torrente de lágrimas interrumpió nuevamente la narracion.

—Serénate por Dios. Vas á obligarme á que te abandone si te dejas llevar así del dolor del espíritu, ¿para cuándo es la reflexion y el discurso?

—Tienes razon.

—Continúa.

—Llegó un dia en que me creí comprendido y amado.

Quise entonces, evocando un recuerdo, pronunciar una palabra, y me mordí involuntariamente la lengua.

—Insensato!.. murmuró él adivinando mi pensamiento.

Fuí á buscar la única prenda de cariño que de ella habia recibido, y la encontré en el estado que ves: ni me atreví á tocarla.

A la mañana siguiente supe que me habia equivocado.

Quedamos los dos callados por un instante, y sin embargo ¡cuánto decia aquel silencio! . . . .

. . . .

—¿Y cuál es el fundamento de tu esperanza?

Cogió entonces el ennegrecido tallo, y lo entreabió diciéndome:

—Esta es la semilla de los claveles.

Lo arranqué de sus manos, y vi con harto pesar que un gusanillo blanco habia convertido el cáliz de la flor en morada suya, y que lo que mi pobre amigo creia semilla de claveles, no era mas que un gusanillo blanco.

Comprendió en mi fisonomía lo que pasaba por mi alma; observó por mas que traté de ocultárselo el interior de aquella que fué flor, y desprendiéndose de mis brazos repentinamente, dejó caer los suyos sobre sus rodillas, y estrechándolas y encogiéndose como por un resorte, prorumpió en la mas atronadora carcajada que he escuchado en mi vida.

Mi pobre amigo estaba loco.

En mis frecuentes visitas al hospital de dementes, le encuentro siempre en el mismo estado de abatimiento.

No me conoce.

A todos los que habla les da este consejo que tan caro le cuesta:

—Si hablas á una muger jóven y bonita dos minutos, y no te inspira mas que veneracion, huye de ella, huye... huye...

Ayer al escucharle estas palabras una bella niña, no pudo menos de esclamar: ¡Pobre loco!

Él, que habia oido aquella terrible palabra, se dirigió hácia ella, y como temerosos todos de algun desman, le rodeamos; entonces con una voz apagada, pero clara, la dijo:

—Todos en el mundo somos locos; cuidad de que no descubran vuestra manía, como á mí me ha sucedido, porque os encerrarán como á mí.

Salimos de aquella estancia silenciosos y abatidos, no ya por el recuerdo de aquel ser desdichado, sino con el del terrible anatema que encerraban las palabras del pobre loco.

EDUARDO GASSET.

LA DISTANCIA.

FÁBULA.

Cerca de Toledo el Tajo
cruza un valle que guarnecen
dos montañas:
desde ellas, mirando abajo,
los transitantes parecen
musarañas.

Cabalgaba monte arriba
Don Domingo Coronado,
gran señor:
con diez escopetas iba.
por diez hombres escoltado
de valor.

Algunos desde la altura
vieron ó creyeron ver
dos peones
que atravesaban la hondura,
seguidos, al parecer,
de ladrones.

«Defendamos á los dos,»
dijeron con ira y brio
los armados;
«pues sin auxilio de Dios,
en cuanto lleguen al rio,
son robados.»

«Señor, vuestra escolta frustre
su intento á la iniquidad,
que anda lista.»
Era el caminante ilustre
no corto de voluntad,
sí de vista.

Miró al valle Don Domingo,
teniendo á todos perplejos
un instante;
y dijo al fin: «No distingo
lo que sucede tan lejos.
Adelante!»

No hace el bien, ni pone al mal
un rey á veces reparo:
y por qué?
la causa es muy natural:
porque de lejos, es claro,
no se vé.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra



BAILE DE LOS INDIOS YAGUAS.

Estos indios son muy hermosos; se pintan todo el cuerpo de color encarnado subido, y llevan en el cuello muchos collares blancos. En el rostro se dibujan figuras caprichosas, conservan la cabeza enteramente afeitada, y solo dejan un mechon de pelo largo en la parte frontal. Adórnanse generalmente con hojas de palmera, y tambien con una especie de red alrededor del cráneo, y á la cual sujetan cierto número de plumas de aves. Cuando van á oir misa, la mayor parte de ellos se presenta en camisa, sin pantalon, con la cara cubierta de plumas y el cuerpo pintado, segun queda espresado.

Cuando llega un estranjero á Pébas, los indios le dan la bienvenida con una representacion de sus bailes. Grupos de ocho á diez individuos, entre hombres y mugeres, se agarran por los hombros, forman un círculo y bailan, llevando con la mayor exactitud el compás: después de esto aparece una comparsa de jóvenes de ambos sexos, saltando del mismo modo, y se termina la representacion con la mascarada que figura el grabado que ofrecemos. Bailarines y bailarinas llevan en la cabeza, por el estilo de nuestros antiguos penitentes, un saco que les baja hasta la cintura, con dos agujeros para los ojos y otro para la boca, en la cual meten una hoja, que les sirve para silbar, como si fuese un pito. Unen á dicho saco muchas hojas de palmera, con cuyo auxilio ocultan casi enteramente el cuerpo. Por lo regular consisten sus danzas en dar muchas vueltas agarrados de las manos, saltando, cabriolando y silbando sus canciones favoritas.

LOS PASEOS DE LA CORTE.

II.

Hénos aquí otra vez á vueltas, como suele decirse, con los paseos y con los paseantes. ¡Qué dirán de nosotros los entusiastas cortesanos y hasta los provincianos, mas fanáticos todavía que aquellos cuando les da por elogiar y defender á la joya del Manzanares, al ver que vamos á criticar, nada menos que los verjeles de este heróico pueblo, que no por ser muy heróico deja de ser muy escéntrico y raro en algunas cosas! ¡Digo! ¡Los paseos nada menos! ¡El núcleo de la elegancia, del buen gusto y de la moda! ¡No hay remedio! fulminan contra nosotros su anatema, y ¡ay de nuestras espaldas! ¡Pero cómo ha de ser! Ya que nos hemos puesto á criticar de los paseos, y toda vez que nos hemos ensañado contra el provecto y honrado padre de familia, solo por ser *ramplon*, justo es que le llegue su turno al pedantuelo necio, y á la emperejilada coqueta, que dicho sea con verdad, merecen un varapalo, mucho mas justificado que no aquel, por lo mismo que debiera blasonar de gustos mas delicados y esquisitos.

Esto supuesto, empezamos, no la crítica, sino la descripcion exacta del paseo de la gente de buen tono, y que al que le parezca exagerado el cuadro, lo retoque como quiera y pueda; á nosotros no nos importa

un pito; pero ante todas cosas, y ya que no se ha fijado todavia por la gente *comme il faut*, el lugar ó sitio donde ha de reunirse la elegancia este invierno, en razon á estar entrando aun esta estacion, suplicamos á nuestros lectores se trasladen con nosotros por un momento á cualquiera de los paseos que mas han merecido los honores de la concurrencia en estos últimos tiempos, toda vez que es lo mismo este ó aquel para el fin que nos proponemos. Traslademonos pues al de Atocha.

Apenas habian sonado las cuatro de la tarde, porque es de advertir que aun cuando se trata de un paseo de invierno, y la gente debiera salir á tomar el sol, y no el *gris*, que ya empieza á correr á esta hora, sin embargo es una exigencia del buen tono, de la que no es posible prescindir, y es preciso helarse, porque así lo quiere el gran mundo, como tambien quiere que no se vaya al teatro hasta después de empezada la funcion, por interesante que sea la pieza que se ejecute; pero si quiere que entonces entre V. tosiendo, escupiendo, dando taconazos, distrayendo al actor, quizá en la mejor escena, incomodando á todo el mundo, y últimamente, poniéndose en evidencia. Como no exige menos tampoco que use V. un frac cada ocho dias, que charole V. sus botas, aunque con este trato no le duren una semana; como quiere asimismo que se peine V. el pelo á tenacilla, por mas que vea V. á su pobre cabello desertar pelo á pelo de su infeliz cabeza, que si hablara pediria á grito herido misericordia, y castigo contra semejante crueldad; como quiere que al salir de la tertulia ó el teatro, asa V. de su brazo á una mamá vieja y cócora, que en el tránsito le relata á V. íntegra la historia de sus primeros amores, ó bien se empeña en demostrarle que la comedia del dia es insulsa, inmoral y perniciosa, al contrario de lo que sucedia en sus tiempos, y le cita á V. para probárselo *El Triunfo del Ave María*, ú otra por el estilo; como exige, en fin, otras muchas cosas, que seria imposible enumerar, y que todas ellas, y cada una, no tienden á otra cosa que á martirizarlo á uno, atacando continua y directamente la voluntad, el bolsillo, y no pocas la salud, y haciendo por último de un hombre un maniquí, á quien maneja á su capricho y antojo. Y cuenta que deje V. de practicar todo esto, porque entonces no solo no es V. *elegante*, sino que se espone á caer en un espantoso ridículo, cuando no en un solemne desprecio, y aun tendrán á menos el tratarse con V.; pero dejémonos de digresiones y vengamos á nuestro asunto.

Habian apenas sonado, deciamos, las cuatro de la tarde, cuando una inmensa multitud de todos sexos y edades empezaba á descender pausadamente por las hermosas calles de Alcalá y Carrera de San Gerónimo, en direccion del célebre paseo de Atocha; y á la verdad, no sabemos á qué atribuir la celebridad de dicho paseo, ni hemos podido esplicarnos el por qué fué preferido al salon del Prado, mucho mayor, mas diáfano y ventilado, á no ser que esta preferencia fuera debida á la facilidad de poder adquirir allí, mejor que en otra parte cualquiera, un batallon de los innumerables de *migagitas de pan con patas*, y *otras menudencias*, que en columnas cerradas pululan por do quiera en aquel sitio, merced al continuo esquileo de la gente miserable, que tiene asentados sus reales continuamente sobre la izquierda, en el *Altillo*. En ese caso, nosotros le concedemos, no solo el dictado de célebre, sino tambien el de único en su especie, porque con dificultad habrá en Madrid otro sitio que dispute al Altillo los honores de cuartel general de tanto ejército beligerante de estos animalitos. Si á esto se agrega el cuartel de Inválidos, cuyos infelices moradores no presentan todo el golpe de vista mas agradable posible, de una parte, y por otra el Hospital General, de cuyas emanaciones mefíticas é insalubres, debe participar naturalmente aquel lugar; tendremos, en conclusion, que el tal paseo es lo menos ameno y menos digno de apellidarse así que darse puede.

¡Hé aquí una verdadera rareza del mundo elegante! ¡Qué! ¡si el mundo elegante tiene á veces unas estravagancias! por eso, y por lo que se susurra sobre abrir una comunicacion para los carruajes en la presente temporada, y porque es muy fácil que recaiga en la misma debilidad, les dirigimos estas líneas; pero ¡cómo ha de ser! si él lo dispone será preciso respetar esta nueva rareza como otras muchas, y por tanto, será preciso ir á Atocha.

Vamos á ver ahora, puesto que lo conocemos, cómo se está allí, prescindiendo del viaje, que á fé no es poco prescindir. En primer lugar entramos en el paseo, es decir, si es posible. Cualquiera diria que no ve en esto la menor dificultad; sin embargo, no es tan practicable como parece á primera vista, porque en una alameda de árboles, que aunque larga, quizá no tenga doce piés de latitud, y á la cual concurre todo Madrid, no es estraño, repetimos, que sea, si no imposible, algo difícil por lo menos. Pero en fin, ello es que á fuerza de soportar codazos y hasta coces, consigue uno penetrar por medio de aquella multitud, siempre que se deje llevar muy poco á poco del impulso de la masa general, sin que le sea á uno dado tomar esta ó la otra direccion, sino seguir siempre la misma que llevan los demás. Bien puede V. ver al Espíritu Santo humanizado del lado opuesto al que V. va, que venga á traerle la salvacion, aunque lo lleve en la mano, que por mas esfuerzos que V. haga para atravesar y hablarle, serán completamente inútiles, y después de haberse espuesto á dejar enredados sus ojos entre doce ó trece pares de aguzadas ballenas de otras tantas sombrillas, tendrá que renunciar á obtenerla por aquel dia, ó á quedarse sin ella, como me quedé yo sin abuelo.

Allí el vate, el artista, el médico, el empleado, el título de Castilla, la modista, el sastre, y cuantas clases tienen hoy *altas miras sociales* ó *ideas grandes*, usando el lenguaje de la época, todas se encuuntran confundidas. Si la maledicencia y ruin envidia no tuvieran asentado su trono allí, como en todas partes, el paseo de buen tono de la corte seria el tipo perfecto de la única república posible sobre la tierra.

A la derecha, una señorita melindrosa y asustadiza pondera al galante caballero que la acompaña, la *susceptibilidad y continua crispatura de sus nervios*, esforzándose en hacer gestos y figuras, y acompañando la accion á la palabra en tales términos que mas bien que muger parece una muñeca de resortes; á la izquierda dos ó tres fatuos tararean, en coro, un aire de *Los Lombardos*, del *Moisés*, ó de *La Norma*; detrás, cuatro ó cinco tahures del garito ambulante, llamado *Bolsa* por mal nombre, proyectan entre sí el modo de desplumar á algun honrado padre de familia, que, alucinado y sin saber el terreno que pisa, viene á la capital muy confiado en hacer su fortuna en cuatro dias; delante media docena de *polluelos*, con el cascaron todavía, y colocados en órden de patrullas, hacen alarde de sus *calaveradas* y conquistas, charlando á grito herido, con el objeto de lucir sus gracias y de ser aplaudidos por los mas próximos. Quién cuenta cómo y cuándo ha muerto en desafío á cuatro ó cinco rivales por lo menos: quién blasona de fuerte en las conquistas, hasta el estremo de no encontrar muger que se le resista, ni marido de que no se haya burlado; cuál se vanagloria de su irresistible seduccion para con las solteras, y refiere, para probarlo, la historia de un drama patibulario, en el cual hay un rapto, por de contado, y se confiesa él mismo el protagonista; este monta á caballo como nadie; á aquel no hay quien le iguale en el difícil arte de la esgrima; cuál otro hay que tambien se rie de Séneca, de Confucio y de Descartes al juzgar de la profundidad de su talento filosófico: aquí un chiste de mal género; allí una broma pesada; mas allá una desvergüenza; en seguida un insulto; en todas direcciones escúchanse saludos, plácemes, bienvenidas; en todas partes bulla, alegría y algazara; pero tambien en todas partes, la murmuracion en boca de las mugeres, la superchería y la impudencia constantemente pintadas en el rostro de los hombres!

Si por casualidad logra V. obtener un *potro* de esos que llaman sillas en el Prado, donde poder tomar un poquito de aliento mediante los ocho maravedís que paga V. por dejarse entre las astillas la mitad del faldon de la levita ó del frac, el diálogo mas ameno que llega á sus oidos, sostenido por los que tiene mas próximos, es este ú otro por el estilo:

—Adios, Emilia.

—Adios, marquesa, V. buena?

—Bien, gracias, y V.?

—Yo, así... así... estos malditos nervios!

—Asistió V. anoche al baile de la condesa?

—Sí, por cierto que estuvo brillantísimo.

—Delicioso! Segun me han dicho polcó V. mucho?

—Mucho! pero, Jesús, qué calor! y cuánta gente!

—Y Cárlos, fué?

—Cómo habia de faltar él que es tan... mírele V., allí viene. Hola, Cárlitos!

—Adios, señoras. Ha descansado V., marquesa?

—Perfectamente, ¿y V.?

—Sabe V. que cuando se trata de polcar soy incansable.

—Pero ahora que recuerdo, ¿reparó V. anoche á la de Turia? ¡qué mal iba!... ¡Jesús qué traje, qué colorines y qué tocado!... ¡Qué!.. si parecia un conejito de rifa! ..

—¿Pues dónde me deja V. á la duquesa de la *Estufa*?

—Cuál? la recien casada, de quien dicen si mantiene relaciones amorosas con su primo el marqués de...

—Hombre, por Dios, hable V. mas bajo, no oigan.

—¿Y qué importa?.. ¡Toma! ¡pues si eso todo el mundo lo sabe.

—¡Sin embargo!

—Con que adios, marquesa, que me espera Quintana en su carretela y tengo que hablarle de un asunto importante, hasta la noche: ¿supongo que irá V. á la partida?

—Sí, hasta la noche.

A las dos ó tres vueltas que ha dado V. al paseo, y en las que ha invertido otras tantas horas, masticando y saboreando el polvo que ha aspirado durante su residencia en tan *ameno verjel*, y lo que es mas todavía, con la cabeza hecha un bombo y el estómago como cañon de órgano, porque los elegantes no comen hasta las siete, y algunos ni á las *setenta*; toma V. el trote largo á las seis

de la tarde en direccion de su casa, llegando á ella pálido, desfallecido y tiritando de frio, sin haber conseguido otra cosa que agotar sus fuerzas, en vez de repararlas, y cansar el espíritu á fuerza de considerar la insensatez y trivialidad de la mísera humanidad, y en particular la que en tan alto grado distingue á la inmensa mayoria de la gente de buen tono.

F. PEREZ DE MOLINA.

EL ESTUDIO VIEJO DE SANTIAGO.

EL OBISPO D. DIEGO DE MUROS.

La mayor parte de las universidades de España tienen su orígen en el siglo XVI. Esta es la época de la controversia religiosa: el magisterio completa la obra del sacerdocio. Los estudios públicos se abren á espensas de los obispos, y las cátedras se multiplican desempeñadas por los capitulares de la metrópoli. La enseñanza oficial representa la unidad católica: el principio de la autoridad católica coloca en la travesia de la reforma las aulas de los gramáticos y de los escolásticos. Los seminarios de las catedrales se habian aminorado (apenas existian); el magisterio sacerdotal se replegaba en el púlpito y en el confesonario, alejando de sí la enseñanza académica; y á la propagacion de los buenos estudios teológicos y canónicos que habia iniciado la iglesia goda, suceden las abstracciones de la filosofía árabe y las sutilezas de la escuela aristotélica. La diseminacion de las ciencias elementales es necesaria para regularizar los estudios superiores. A la accion viciosa de los grandes focos de enseñanza debe suceder la accion simultánea de las escuelas locales. Entonces se establecen los *colegios* y los *estudios*, que equivalian á los *seminarios conciliares* é *institutos provinciales* de nuestros dias.

El pensamiento fundamental de estas instituciones fué la enseñanza sacerdotal: posteriormente cedió sus aulas al estudio del derecho y de la medicina. En su orígen no se aspiraba á la leccion teológica ó canónica: solo se buscaban los rudimentos de las bellas letras. Los *colegios* eran *comunidades laicas* de jóvenes aspirantes á las eminencias de la Iglesia y del Estado: los *estudios* eran cátedras públicas de latinidad, á las cuales las donaciones de sus fundadores y la concurrencia de sus matriculados autorizarian la aprobacion apostólica y la enseñanza superior. De esta manera lenta y tranquila se organizaron las universidades de la Península.

Un obispo destinaba algunos maravedises de plata á la fábrica de una escuela dentro del terreno perteneciente á su jurisdiccion, ó se asociaba á una corporacion ó particular para la realizacion de su pensamiento. Dentro de un plazo limitado, una dignidad respetable ó monje erudito se encargaba de la enseñanza. Hé aquí el *estudio* en su primitiva sencillez, sin la prescripcion canónica de la corte de Roma y sin el renombre académico de los grandes asilos de la juventud estudiosa. La concurrencia se aumentaba; las donaciones se multiplicaban; al susurro del discípulo solitario y taciturno, especie de concurrente asalariado, seguia el tumulto voluntarioso de los estudiantes, secas sus fauces en la agitacion de las controversias dialécticas: entonces el *estudio*, en su vigoroso desarrollo, alcanzaba una bula para su archivo, edictos convocando á los maestros en los patios de las universidades de Salamanca y Valladolid, y eleccion escolar de catedráticos. El magisterio pasaba de las asignaturas elementales á los estudios secundarios y á las carreras superiores. A la gramática sucedian las súmulas y los cánones. El derecho civil y la teología escolástica renacerian en los colegios. La medicina reapareceria mas tarde en las universidades pontificias.

Para las ciencias se establecen los *colegios:* para las letras se fundan los *estudios*. En Sevilla lo mismo que en Salamanca, en Madrid como en Santiago, tienen un mismo orígen, pasan por idénticas trasformaciones y alcanzan igual propósito. El *colegio* de Santa María de Jesús y de Fonseca, lo mismo que el *estudio* de Pedro de Vitoria en Santiago, ó del maestro Hoyos en Madrid, significan la necesidad de agrupar los elementos de resistencia pasiva que se deben emplear para limitar las conquistas incendiarias de la reforma. De los *estudios* á los *colegios* no hay mas que un paso: en algunas localidades se establecen á la par. El *colegio* es la *ordenacion* del *estudio*.

Después de haber examinado los elementos que han concurrido á establecer la enseñanza académica en el siglo XVI, vamos á presentar á nuestros lectores la reseña biográfica del obispo D. Diego de Muros, y la historia sucinta del *Estudio Viejo* de Santiago, no solo como el testimonio irrecusable del remoto orígen de la universidad de Galicia, sino tambien como la esplicacion autorizada de sus condiciones científicas y literarias.

La memoria del obispo D. Diego de Muros, cuyo retrato presentamos al frente de este artículo, se conserva únicamente en las fundaciones de los establecimientos literarios y filantrópicos. Como historiador y teólogo publicó los pormenores de la victoria decisiva de las armas españolas sobre los estandartes moriscos, y las doctrinas de la autoridad católica contra la reforma protestante.

D. Diego de Muros ha nacido á mediados del siglo XV. La escritura de fundacion del *Estudio Viejo* de Santiago revela su patria al consignar como donacion propia *todas las casas é lugares que... le quedaron de su padre é madre en la villa de Muros.* Al recibir la elevada investidura del episcopado aceptó como apellido el nombre del pueblo de su naturaleza. En 1499 era dean de la catedral compostelana, y capellan de los Reyes Católicos, de cuya corte vino á Santiago en el mismo año como primer administrador del grande hospital fundado por D. Fernando y Doña Isabel. En el poder dado á D. Diego de Muros para hacer su fábrica y comprar los solares y materiales de la obra, se encuentran las siguientes palabras: «E confiando de la fidelidad, »diligencia é buena conciencia de vos D. Diego de Muros, *dean de la »dicha santa iglesia de Santiago, nuestro capellan*, é que con toda »diligencia é industria é fidelidad entendereis en lo que cerca desto por »nos vos fuere mandado... damos poder é facultad *para que vayades »á la ciudad de Santiago* é elijais é concerteis el sitio, lugar é suelo »que vos pareciere mas cómodo é conveniente» (1).

En 1501, como dean de la catedral de Santiago, fundó con Don Diego de Muros, obispo de Canarias, y Lope Gomez de Marzoa, notario de número, el *Estudio Viejo*, incorporado en 1525 al colegio de Santiago Alfeo, establecido por el arzobispo Fonseca. En 1515 era obispo electo de Mondoñedo, segun se reconoce en la fundacion del colegio de San Salvador de Oviedo en Salamanca. En 1518 era obispo de Oviedo, como se echa de ver por el siguiente facsímile:

(D. Diego de Muros.)

En el retrato de D. Diego de Muros, que ha pasado del colegio de San Gerónimo á la universidad, cuyo lienzo ha sido restaurado en el presente año, tambien se consigna su nombre como obispo de Oviedo.

D. Diego de Muros escribió la *Historia de la conquista de Granada,* y una obra titulada *Adversus Lutherum*.

La biografía de este prelado eminente existe en los donativos d

(1) Este curioso documento fué publicado por primera vez en las *Monografías de Santiago*, apéndice X, páginas 208 y siguientes.

sus fundaciones. No busca la gloria personal; no satisface las propias aspiraciones: varon inteligente elabora para el porvenir; sacerdote prudente y reflexivo multiplica las aulas para rehabilitar los sobrios y profundos estudios de la Iglesia española. En la historia de Galicia no es una existencia ruidosa: en las letras sagradas y profanas no se presenta como una eminencia celebrada. Su merecido renombre permanece indeciso en la apreciacion incompleta de la civilizacion española. Es uno de esos rayos tranquilos agrupados en el foco luminoso de la unidad religiosa.

Examinemos ahora la fundacion del *Estudio Viejo* de Santiago, porque sus cláusulas revelan el estado de la enseñanza académica en el siglo XVI, y describe la primitiva escuela de esta ciudad, donde asistió, tal vez como estudiante, el inmortal D. Alonso III de Fonseca. En la cláusula I se establece la asignatura elemental de sus aulas: *la gramática esplicada por un catedrático y repetidor.* En la cláusula II se determina el origen complejo del *Estudio,* como una obra realizada por el sacerdocio y la municipalidad, concediendo su administracion á un *clérigo ó lego*, y en la III el derecho de visita á un *canónigo ó individuo del ayuntamiento deputado por el regimiento de la ciudad.* En la cláusula IV se consigna la eleccion de los catedráticos *por votos de los estudiantes*, después de fijar los edictos de convocatoria en las universidades de Salamanca y Valladolid. Los abusos cometidos con esta prerogativa universitaria, á la cual faltaba algunas veces la independencia y el convencimiento, habian promovido algunas pragmáticas para contener los sobornos y comunicaciones de los opositores. Enrique IV en 1458, y los Reyes Católicos en 1494, 1495 y 1501, recomendaban á los rectores y consiliarios la libertad de los electores. Los fundadores del *Estudio Viejo* de Santiago, consecuentes con esta útil y provechosa amonestacion, recomiendan *al mas suficiente por la mayor é mas sana parte de dichos votos*, prohibiendo á los catedráticos en la cláusula VI la retribucion directa, por via de propina ó salario. La cláusula V establece la duracion y distribucion del año escolar.

Este documento inédito esplica las condiciones públicas del *Estudio Viejo,* y las consecuencias locales que debia alcanzar la fundacion de esta escuela de gramática establecida *por servicio de Dios é bien é utilidad de la república é de los clérigos é estudiantes pobres de este arzobispado de Santiago é de todo el reino de Galicia.* Hasta la localidad del *Estudio Viejo* se designa en la dotacion de D. Diego de Muros, obispo de Canarias, *de las casas... que fuéron de su padre Basco Lopez de Burgos... que están en el canto de la Rua nueva, que son propias de su patrimonio, en que se ha de hacer é edificar el dicho Estudio.*

Nosotros publicamos en la ocasion presente la escritura de fundacion del *Estudio Viejo* de Santiago, existente en el archivo de la universidad (mazo I, núm. 2, letra E), porque fija el origen de la enseñanza académica en Galicia, y descubre el estado de la civilizacion española á principios del siglo XVI. Hé aquí el mencionado documento:

«*In Dei nomine amen.* Las cosas que el muy reverendo señor Don Diego de Muros, obispo de Canaria, y el reverendo señor D. Diego de Muros, dean de la santa iglesia de Santiago y de la iglesia de Jaen, y el honrado Lope Gomez de Marzoa, notario de número é vecino de esta ciudad de Santiago, ordenaron é concertaron cerca del estudio que quieren instituir en esta dicha ciudad de Santiago, son las siguientes: Primeramente que todos tres juntamente movidos por servicio de Dios é bien é utilidad de la república é de los clérigos é estudiantes pobres de este arzobispado de Santiago é de todo el reino de Galicia, acuerdan de instituir é instituyen un estudio de gramática en que lea un catedrático con un repetidor todas las lecturas ó lecciones que segun de la renta que agora tiene é por tiempo tubiere, se podieren instituir.—Item quieren y ordenan que al dicho catedrático é repetidor se les dé é hayan por su salario lo que con ellos se conviniere, ó por constituciones del dicho estudio se instituyere: otrosí quieren y ordenan que en el dicho estudio haya una persona clérigo ó lego vecino de esta ciudad que tenga cargo de coger y administrar la hacienda é renta del dicho estudio, é pagar sus salarios al dicho letor é repetidor é á las otras personas que los hobieron de haber y reparar é mantener las cosas que á lo susodicho incumbieren, el cual haya de dar cuenta de todo ello el dia de S. Miguel de setiembre, para siempre en cada un año é los visitadores que por tiempo fueren del dicho estudio, é haya de haber salario cinco mil maravedís cada año, allende lo que se gastare en coger y traer la dicha hacienda é renta y reparos de las casas y casares y heredades del dicho estudio, ó el mas salario que por tiempo fuere instituido por constituciones é ordenaciones del dicho estudio.—Item ordenaron é ordenan que haya en el dicho estudio dos visitadores en cada un año, conviene á saber, una persona de los señores del cabildo de la dicha santa iglesia, que sea dignidad ó canónigo deputado por el dean é cabildo de la dicha santa iglesia, é otra persona de los regidores desta ciudad de Santiago deputada por el regimiento de ella. Los cuales hayan de ser deputados é señalados cada un año por el dicho cabildo é regimiento el dia de Nuestra Señora de Agosto, cuando eligen los otros oficios en la dicha santa iglesia. Pero quieren que si en el dicho cabildo é regimiento se hallaren en cualquiera tiempo personas de linaje de cada uno de los dichos instituidores, que aquellos sean preferidos é señalados para la dicha visitacion, los cuales hayan de haber por razon de la dicha visitacion una comida é sendos ducados de oro. Acabada la dicha visitacion en cada un año é que cerca de esto hayan de hacer juramento en forma cuando fueren elegidos, que rectamente harán su oficio sin haber respeto á pasion alguna. Con tanto que los dichos visitadores hayan de ser elegidos cada un año, é que el que fuere un año elegido no lo pueda ser otro inmediato siguiente. Los cuales visitadores tengan poder de presentar cualquier beneficio que sea de la presentacion é bienes desta dicha institucion de estudio. Pero quisieron los dichos instituidores que en sus vidas ellos ó los dos ó el uno de ellos que estubieren en esta dicha ciudad de Santiago, hayan de administrar é administren como patrones el dicho estudio é hacienda é renta dél,



(D. Diego de Muros, obispo de Muros.)

con tanto que los dichos visitadores, que como dicho es han de ser elegidos, harán de comenzar á visitar y tomar la cuenta del dicho estudio é hacienda, así á ellos como á los otros administradores que por tiempo fueren, desde el año primero que viene, de 1502 años por el dia de S. Miguel de setiembre del dicho año. Pero entiéndase que si los dichos patrones ó alguno de ellos diere cuenta á los dichos visitadores de los gastos que se obieren fecho en el dicho estudio y heredades, casas é casares del que se los hayan de recibir por bien gastados, pero que á los otros administradores que adelante fueren del dicho estudio, no se les admitan los gastos que no fueren justos é razonables é tales que se deban recebir, é si fueren gastos estraordinarios ó nuevos que no los fagan sin consulta é consejo de los dichos visitadores.—Item ordenaron que vacando la dicha cátedra ó repeticion ó otra lectura que por tiempo obiere, hayan de ser puestos edictos en las escuelas de Salamanca é de Valladolid, dentro de quince dias después de la vacacion á costa del dicho estudio para que se vengan á oponer á ella todos los que quisieren dentro de treinta dias después de la afijacion de los dichos edictos, é que después de pasado el dicho término, ninguno sea admitido, salvo por necesidad, la cual se declare por el dean de la dicha santa iglesia que por tiempo fuere, ó por su vicario, é por el maestre escuela de la dicha santa iglesia, é por los visitadores, administrador é estudiantes del dicho estudio, los cuales opuestos hayan de leer sendas lecciones, presentes los dichos señores

dean ó su vicario, maestre escuela é visitadores, administrador ó estudiantes del dicho estudio, é sean admitidos por votos de los dichos estudiantes después de fechas las lecciones con juramento que hagan de la mayor suficiencia delante los dichos señores dean ó vicario ó maestre escuela, visitadores é administrador del dicho estudio, los cuales provean de la dicha cátedra ó lectura ó repeticion al mas suficiente por la mayor é mas sana parte de los dichos votos.—Item que el catedrático sea obligado á leer todos los dias lectivos que no sean fiestas de guardar por la iglesia catedral, dos horas por la mañana des que comenzare á tañer la prima é otra hora después de las dos de medio dia, é el repetidor lea una hora á la mañana en acabando de leer el dicho catedrático, é dos horas á la tarde luego después de la segunda leccion del catedrático.—Item que el dicho catedrático é repetidor no puedan llevar ni pedir por respeto de salario dinero ni otra cosa alguna de ninguno de los estudiantes que vinieren á oir sus lecciones ni á aprender al dicho estudio, ni puedan tener ni tengan vias esquisitas directé ni indirecté para les sosacar ni llevar cosa alguna por interese, salvo si algunos de su propia voluntad les quisieren dar é presentar algunas cosas de esculento é potulento.—Item que queriendo estar el catedrático que agora es é haciendo lo que debe, é queriéndolo tener los dichos instituidores é patrones que los dichos visitadores no le quiten la dicha cátedra, é que se le pague su salario. Para lo cual todos los dichos señores instituidores é patrones señalaron é dotaron é dieron la hacienda siguiente, conviene á saber: El dicho señor obispo las casas en que mora que fuéron de su padre Basco Lopez de Burgos con sus huertas é pertenencias, que están en el canto de la Rua nueva, que son propias de su patrimonio, en que se ha de hacer é edificar el dicho estudio.—Item todas las otras casas é horno, fueros é derechos que tiene en esta ciudad de Santiago con el juro de presentar el patronazgo del beneficio con cura de Santa Cristina de Nemenzo é con todos los casares y heredades que fuéron y le pertenecian é tiene en el arzobispado de Santiago y reino de Galicia, escepto cierto lugar que tiene en Noya, que reservó para sí.—Item el dicho señor dean dió é dotó para el dicho estudio todas las casas é lugares que él tiene é le quedaron de su padre é madre en la villa de Muros é los casares que tiene en la Foz de Muros.—Item, unas casas en que vive Inés de Bolaño en Cee, que después de sus dias de ella, es del dicho señor dean.—Item, el Pazo é Casares de Trasmonte, que fuéron de su Aboloiro, lo cual, todo fecho á dinero, puede valer fasta diez mil maravedises de renta cada año, con obligacion que hizo y hace, que si faltare algo para cumplimiento de los diez mil maravedises que le cumplirá de renta cada año, é si por ventura el dicho señor dean obiere menester la dicha hacienda ó parte de ella para la redimir é dar á algunos parientes y criados, ó otra obra pia, que lo pueda tomar é cumpla los dichos diez mil maravedises de renta cada año, con el dicho estudio, en otra hacienda ó renta.—Item, el dicho Lope Gomez dió y dotó para el dicho estudio los veinte mil maravedises de juro é heredad perpétua que tiene de sus altezas en las rentas reales de Bayona. La cual dicha hacienda, juro é rentas, los dichos señores instituidores é patrones donaron é dieron como dicho es, para el dicho estudio *adperpetuam rei memoriam*, é lo concedieron é traspasaron todo en el dicho estudio con todos sus derechos é pertenencias, é dello otorgaron carta de donacion, cesion é traspasamiento en forma, con renunciacion de leyes ecetera, delante los señores del cabildo de la dicha santa Iglesia de Santiago é regimiento de esta dicha ciudad.—Otrosí, por cuanto el dicho señor obispo al presente no reside en esta ciudad, dió poder cumplido á los dichos señores dean é Lope Gomez, *insolidum*, para que guardando la sustancia de la fundacion del dicho estudio puedan en su nombre hacer ordenanzas é constituciones, y todas las otras cosas complideras é necesarias al pro é utilidad del dicho estudio é cerca de ello otorgó poder complido.—Item, ordenaron que si á los dichos patrones é instituidores pareciese, ó á los dos de ellos, que para provecho del dicho estudio, conviene trocar ó cambiar ó vender la dicha hacienda ó parte della, para la emplear en otra renta que sea mas provechosa al dicho estudio, que lo puedan hacer, é para ello tengan poder é facultad, é que fué fecho é otorgado por los dichos señores obispo é dean é Lope Gomez de Marzoa, dentro del cabildo de la dicha santa Iglesia de Santiago á diez y siete dias del mes de Julio, año del nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo, de 1501 años, presentes los reverendos señores D. Juan de Melgarejo, chantre, Juan Calviño é Pedro de Almenara, Alonso Gonzalez é Pero Fernandez de Castroverde, é Bernal, dicho gascon, cardenales, é Pero de Ben, arcediano de Trastamara, Martin de Rianjo, arcediano de Reyna, Andres Martinez, arcediano de Neyra, Gonzalo de Jahen, Gomez Vallo, Julian de Mondragon, Gomez Mendez, Juan Fernandez de Párraga, maestro de Aspeitia, Fernando de Acevedo, Juan de Leon, Juan Lopez, Fernando Dominguez é Francisco de Vaamonde, Pero García de Pedrasa, Juan Micael, Gonzalo Perez, Moran Gil, Perez el Mozo, Alonso Fernandez, Pero Diaz Ternero, canónigos; testigos Juan Lopez é Fernando Miguez y Vaamonde é Gomez Mendez é otros.»

Después de la escritura de fundacion del *Estudio Viejo* como escuela de gramática, D. Diego de Muros, obispo de Canarias, y D. Diego de Muros, dean de la catedral de Santiago, alcanzan una bula de Julio II en la que se amplia la enseñanza académica con algunas cátedras de cánones. *Unum studium* (son palabras testuales de la autorizacion pontificia) *in quo clerici et scolares hujusmodi Gramaticæ operam darent*. En el libro-becerro de la municipalidad de Santiago se encuentran los nombres de algunos *bachilleres* en decretos correspondientes á esta época, entre los que se deben contar Bernardino de Acebedo, Diego de Santo Domingo, y Gomez Rodriguez, que tal vez alcanzarian el magisterio del *Estudio Viejo* (1). El único catedrático de que hacen mencion los registros manuscritos de la universidad y colegio de Fonseca es el canónigo de la metrópoli compostelana y administrador de este establecimiento literario: el maestro en artes Pedro de Vitoria.

En 1525, antes de cuyo año *nulla studii universitas existebat* (2) en Santiago, fué incorporado el *Estudio Viejo* al colegio de Santiago Alfeo, fundado por el inmortal arzobispo de Toledo D. Alonso III de Fonseca. A la gramática, que representaba en 1501 una *facultad menor*, sucedieron las súmulas, los cánones y el derecho, que constituian en *universidad* el colegio de 1525.

La heráldica es la esplicacion de los monumentos históricos. Cada cuartel de un escudo representa una donacion ó justifica un entronque. Las armas de la universidad de Santiago declaran las diversas agregaciones que han constituido el *Estudio Menor* del siglo XVI en el *Estudio General* del siglo XVIII.

El inmortal Carlos III, al trasladar en 1769 la universidad de Santiago al colegio de los regulares de la compañia, concediéndole el título de *Real*, le prescribió un nuevo escudo en cuyos cuarteles está reasumida la historia del *Estudio Viejo* y del *Colegio de Fonseca*. El cáliz con la hostia describe la localidad del Estudio General: son las armas de Santiago. El castillo y leon revelan la concesion del patronazgo real. Las diez lanzas con un pino en medio pertenecen á las armas de los Marzoas. La cruz corresponde al obispo de Oviedo D. Diego de Muros. Las cinco estrellas que tambien decoran la fachada principal del colegio de Santiago Alfeo y el pórtico de los claustros de la catedral, son las armas de D. Alonso III de Fonseca.

La heráldica es la trasmision secular del orígen y desarrollo de la enseñanza académica en Santiago. Se agruparon los cuarteles á semejanza de las fundaciones y patronazgos que han realizado la unidad universitaria en el reinado del magnánimo Carlos III.

Santiago, febrero 3, 1852.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

EL LAGO DE SAN MARTIN DE CASTAÑEDA.

He viajado por tierras tan desconocidas como las islas del mar Pacífico, y mas dignas de curiosidad, todo sin salir de España. Esclavo de mi conciencia, hubiera creido faltar á los deberes que allí me llevaban, si me hubiese detenido á tomar una nota ó bosquejar un monumento; hoy me lastimo, y aunque no me arrepiento, conozco hubiera sido tambien servir á mi patria. El que mas ha perdido soy yo, y esto me consuela. Solo me quedan recuerdos, y antes que una vida agitada acabe de borrarlos, quiero contar algo sobre el lago de San Martin de Castañeda.

El dia de S. Juan de 1847 salí de Doneé, pueblecito situado al pié de la sierra divisoria de los antiguos reinos de Leon y Galicia, despidiéndome de su hospitalario párroco, que es tambien el mejor cazador de la Sanabria, y aun de toda la provincia de Zamora. Mis compañeros de viaje eran, un antiguo oficial de caballería que habia hecho la guerra contra Cabrera, y un licenciado de ejército de la misma procedencia, tan valiente como tuno, segun mas adelante pude conocer. Servíame este de espolista, cocinero y ayuda de cámara, conduciendo en un rocin el arsenal heterogéneo, necesario en una comarca donde se hallan menos víveres y comodidad que en Sandwict ó Taiti. Después de atravesar una sierra estéril, bajamos al hondo valle, donde el pueblecito de Trefacio ostenta una linda iglesia en medio de arbolados. Parece una cañada del Asia Menor, arrojada en medio de aquella tierra salvaje. Continuamos aun bastante tiempo subiendo y bajando cerros, por unos caminos que pudieran llamarse canales en seco. En vano, apoyándome sobre los estribos, alargaba mi ya bastante larga persona; nada veia mas que las zarzas y espinos de ambos lados del camino. Su anchura correspondia á las demás cualidades, y un carro del pais, que venia en direccion contraria, nos obligó á retroceder casi un cuarto de legua, para hallar un sitio donde, como si asaltáramos una barricada, pasamos por entre el carro y las zarzas, dejando en estas parte de la

(1) Véase libro de Consistorios.—N. I. (27 de abril de 1506).
(2) Palabras de la bula de Clemente VII.

ropa, por trofeo del vencimiento. Lo dí todo por bien empleado, porque a doblar la última loma se ofreció á mis ojos, de golpe, un espectáculo soberbio, y el mas adecuado á mis gustos. Inmóbil sobre mi caballo, en lo alto del cerro, veia á mi derecha el convento y pueblo de San Martin de Castañeda; un edificio magnífico, en medio de las mas ruines cabañas; á la izquierda un bosque intacto desde el diluvio; al frente una sierra, un peñasco, mas bien gigantesco, sin un árbol, sin una mata; á mis piés el lago, tan claro y terso que la razon sola podia conocer que aquella masa, del azul mas puro, era líquido y no cristal. Aunque la mañana estaba avanzada, el sol, que asomaba por detrás de la montaña, en cuya ladera está el convento, no alcanzaba á este con sus rayos, y sumido en ocuridad relativa, parecia aun mas misterioso y poético; en cambio, lo verde del bosque, el azul del lago y los blanquecinos peñascos de la sierra, brillaban en todo su sencillo, al par que grandioso esplendor. Por un momento me creí á la orilla del mar de Cantabria, en una playa que nunca dejan de ver mis ojos; pero luego, la tranquilidad de aquellas aguas no alteradas por el flujo, la uniforme superficie que ninguna vela surcaba, me dijeron que si aquello era mar, era como un niño arrancado á los brazos de su madre; era un desterrado aprisionado por aquellos montes. La melancolía del cuadro despertó la mia, y me vi tambien en tierra estraña, solo, suspirando.. . . . .

¿Hemos llorado ya?—Sí.—Pues ahora vamos á almorzar. Y apretando las espuelas llegamos al convento á la sazon que salia su antiguo prior, hoy párroco del pueblo. No sé qué especie de masoneria existe para los que han nacido entre montañas, que al momento se entienden si en ellas se encuentran. Son una especie de madre comun que conoce á todos sus hijos, y en el modo de gozar estos de su regazo se reconocen tambien por hermanos. A muy pocas palabras que con el prior cambié, se nos franqueó la celda prioral y las provisiones de un fraile Bernardo; no digo mas en su elogio. Satisfecha la hambre del viajero, el montañés volvió á sus instintos; y como durante el almuerzo se habló de una fuente muy rara, situada al otro lado del lago, en frente del convento, me propuse verla. Pregunté por el camino y me contestaron que no le sabian, por la concluyente razon de que nadie habia intentado ir á la tal fuente, siguiendo sencillamente la orilla como yo pensaba. Esto era ponerme alas, no que espuelas para intentarlo.—¿Qué clase de obstáculos existen?—Vadear el Tera por los cañales (me contestaron), cosa que algunos hacen, y seguir después la orilla del lago, hasta encontrar la fuente, cosa que nadie ha hecho.—Pues debe ser lo mas fácil.—Así parece desde aquí, me dijo el prior abriendo un balcon, desde el que todo el lago y sus márgenes se divisaban; pero aquellos montones de rocas que forman la orilla, le parece á V. fácil trepar por ellas, y ni posible es; aun es mas temerario intentar cruzar por los matorrales que de entre ellas nacen, y suben por toda la pendiente hasta formar el bosque impenetrable; en cuanto á lobos y culebras, que tampoco faltan, es lo de menos.—Tiene V. razon, contesté, y fuera mas prudente dormir la siesta en la poltrona prioral; pero he perseguido á las gamuzas en los picos de Sejos, y á los jabalíes en los montes de Palomera, con todos los obstáculos que V. me pinta, y uno además, algo mas serio: la nieve. Así que... hasta la vuelta.—Pero al menos irán con V...—Nadie; y cogiendo mi escopeta, después de ceñirme el cinto con canana y cuchillo de monte, me precipité á correr por la pendiente del cerro, y en pocos minutos llegué al lago. Volviendo sobre la izquierda seguí la orilla. Prados, rocas aisladas en ellos, y espesos setos de avellanos, me deleitaban sin estorbar mis pasos. Mi querida Numancia levantó algunas aves, y disparé várias veces sin matar una, lo confieso. Nada me falta para cazador sino la suerte y las mentiras. Así llegué al desaguadero del lago. Las aguas que de él rebosan están contenidas entre fuertes paredes de silleria, ya medio destruidas, que las conducen á las nasas ó cañales, donde dejan la pesca para precipitarse después en ruidosas cascadas, formando el rio Tera. Este era el primer obstáculo profetizado por el buen prior. En efecto, se necesitaba vista certera para seguir la estrecha cima de la pared, y músculos de volatin para salvar los boquetes abiertos por las aguas. Sobre todo era preciso no pensar en que, al mas leve desliz, la bramadora corriente se apoderaba de su presa, de la que darian buena cuenta los peñascos de las cascadas. Dí de mano por lo tanto á mis cavilaciones, y puse todos los sentidos á disposicion de los piés, descalzándome, no por si me mojaba, que en este caso la cabeza seria la primera, sino para convertirme en una especie de cuadrumano, que todo era necesario entre los resbaladizos y vacilantes sillares. De este modo fui pasando, hasta que al llegar á la anunciada orilla, que tanta gloria me prometia, como primer ser humano que la pisara, me interrumpió el paso un boquete mucho mas ancho que los anteriores, por el que se precipitaba tal masa de agua, y con tal fuerza, que yo la hubiera dado por mejor empleada en una rueda hidráulica. Ya no me admiré que nadie hubiera pasado de allí. Nada me impedia considerarme en la catarata del Niágara, á poco que escitase la imaginacion, pues un enorme sillar atravesado en medio, y apenas cubierto por la corriente, podia pasar por la isleta consabida. Ya que pensaba en América, me acordé tambien del salto de Alvarado, y me propuse imitarle. Volví bastante atrás, donde habia visto un varal, olvidado probablemente por algun pescador; el varal debia ser para mí, lo que la lanza para el compañero querido de Hernan Cortés. Alvarado nació (y yo tambien) cerca de Pas, y el modo con que los pasiegos se sirven de sus enormes palos, debió sugerirle el medio de saltar; cogí en mis brazos á Numancia, y sin piedad la arrojé al otro lado; fijé sobre el sillar la punta del palo, me lancé al espacio, y fui á caer en la suspirada orilla.

Nada tenia esta de particular al pronto, pero después... después de gastar dos horas largas en la mas fatigosa y arriesgada espedicion que jamás emprendí, me volví cuando precisamente llegaba á pocos pasos de la maldita fuente. Tuve el trabajo y no la gloria. Así me sucede en todas mis empresas. Un tomo no bastaria para describir lo que sufrí, y aun hoy se me eriza el cabello al recordar cuando, dejándome deslizar por una roca, creyendo alcanzar otra con los piés, me faltó media vara, cuando ya mis brazos agarrotados no podian sostener el peso del cuerpo, ni volver atrás. A mas de veinte piés me esperaba en la caida, no el lago, que eso fuera lo menos temible, sino una cama de peñas aguzadas en las formas mas caprichosas. Con una resolucion desesperada me dejé caer á plomo sobre la punta de la roca inferior, no mas ancha que la palma de la mano, y logré sin mantener el equilibrio, hacer nuevo empuje para lanzarme á otra situada al costado, y muy pendiente, á la que me aferré como pude, destrozando las uñas para salvar lo demás. No se pueden describir cosas semejantes.

Volví al convento cabizbajo y mohino, y gracias á la suculenta comida preparada en mi ausencia, no me quedó de mi empresa sino la satisfaccion de haberla intentado, y... algun escozor en las desolladuras. Debió, no obstante, conocer el bendito prior que la fuente me ocupaba todavia, y con aquella sorna que los hombres de esperiencia gastan con los entusiastas, empezó á decir en voz melosa, que él «habia ido á la fuente con mas comodidad que en la carretela de mejores muelles, con un movimiento sosegado y blando, como el de... una lancha».—¡Una lancha! Hablarais, santo varon, para mañana. ¿Una lancha? ¿Dónde está? ¿A quién hay que pedirla?—Ea, ya volvemos á las andadas; cachaza, cachaza, y todo se arreglará.

En efecto, á poco tiempo salí, pero no solo. Las libaciones de la comida, unidas á la sencilla relacion de mis peligros arrostrados por la mañana, despertaron la valentia y curiosidad de mi compañero el oficial de caballeria, y de un hermano de nuestro anfitrion. Contad atrevimientos en una mesa, y todos serán héroes con el vaso en la mano. Tomamos la direccion del pueblo de Rivalago, por un sendero que costea la orilla del lago, en direccion contraria á la que yo llevé por la montaña. Al principio fuimos á caballo, después á pié, y después, come dice el *Corsario Rojo* de Fenimore Cooper, «navegando de popa.» Hay un trecho efectivamente en el tal sendero, donde el piso está formado por un peñasco inmenso y liso, que se inclina sobre el lago en rápida pendiente. Allí es preciso sentarse, y dejarse deslizar buscando con los piés unos pequeños huecos cavados á pico en la roca. Mi valiente ex-oficial abria tanto ojo al ver el lago á sus piés, que á tiro de ballesta se conocia el deseo de volverse, si la negra honrilla lo permitiera. Al cabo se decidió á tomar un término medio; no abandonó la empresa, pero apartando la vista del terrible lago, «dió la popa al viento,» y á tientas buscaba con los piés los puntos de apoyo, que desgraciadamente no encontraba. Fué preciso que el hermano del prior se encargase de cogerle alternativamente las piernas y colocarlas en el punto debido. Alguna vez queria ó era preciso hacerlas bajar mas de lo que permitia su longitud, y se entablaba una lucha bastante original, que solia concluir por un tiron brusco, y mi compañero quedaba estendido sobre la roca, á la que amorosamente abrazaba con toda su alma. En uno de los descansos que hubimos de hacer, nos contó nuestro guia, que al bajar por allí un alegre comerciante de Valladolid, calculó (los comerciantes todo lo calculan) un diálogo que debia entablarse el dia del juicio, y lo calculó bajo la siguiente fórmula:

Dios á un hombre.—¿De dónde eres?

El hombre.—Señor, soy de Rivalago.

Dios al Hijo.—¿Sabes dónde está ese pueblo?

El Hijo.—No.

Dios al Espíritu Santo.—¿Y tú?

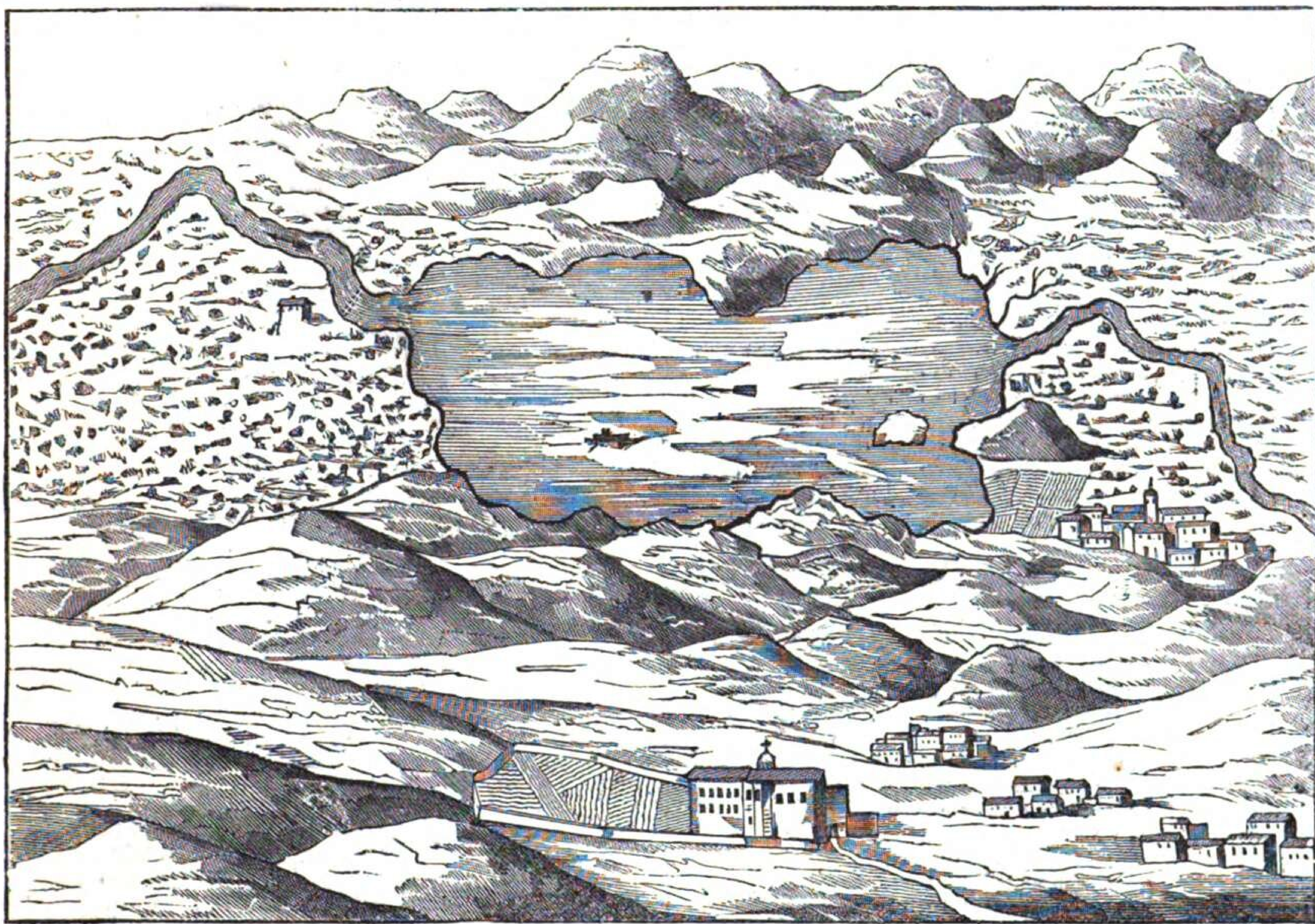
El Espíritu Santo.—No.

Dios.—Pues yo tampoco.

Past nubila Febus. Vivos y sanos llegamos á una hermosa pradera, donde atada á unos sauces, se balanceaba nuestra nave. Tenia todas las condiciones apetecibles para un vuelco: redonda de quilla, y con dos palas de horno por remos. Pareciéndome que tardaban los remeros que nuestros compañeros fuéron á buscar, propuse al oficial, único que conmigo habia quedado, embarcarnos por nuestra cuenta y riesgo.—No sé nadar.—No hace falta sino remar.—¡Qué se yo! me replicó tan melancólicamente, que me convenció de... que debia ha-

cerlo por mí solo. Traté de tronchar la rama de sauce, ya que no podia forzar el candado de la cadena que sujetaba la lancha. Afortunadamente no lo conseguí, librando á mi compañero de representar el papel de Ariadne. Estando en la porfía con la maldita rama, que cedia sin romperse, llegaron nuestros melenudos remeros, sin montera, en mangas de camisa, y con una cara tan rubicunda y animada, que aunque era el dia del santo del pueblo, no cabia duda en que habian dejado su culto por el del hijo de Semele. Ya no era cosa de reparar en pequeñeces, y nos lanzamos al Ponto, aunque precisamente entonces empecé yo á temer, porque si siempre me ha parecido bien atreverme á lo que otro hombre se atreva, un borracho no es un hombre. Previne á los remeros que se dirigieran á una islita situada á la parte superior del lago; pero tantas islas, penínsulas, y aun nuevos mundos, tenian en su cabeza, que tan pronto íbamos á un lado como á otro. La Providencia debió ser la que á la isla nos condujo. Esta es muy pequeña; solo tiene algunos arbustos, y las ruinas de una casita edificada por los condes de Benavente, antiguos dueños del lago. Si no temiera estenderme demasiado, contaria tambien la historia de la ruina y abandono de la casita; pero una noche tempestuosa, un lago cuyas aguas crecen y todo lo tragan menos una débil barquilla, y en ella una condesa en *deshabillé*, y un paje poco mas ó menos que en sus brazos la salvó, ó la perdió, sobre lo que hay opiniones, son cosas mas interesantes vistas que escritas.

Desde la isla nos dirigimos á la fuente, y cuando las cabezas de nuestros remeros, ya mas frescas, iban disipando mis temores, una nueva circunstancia los reprodujo con mas fuerza. Me tengo por buen nadador, y mirando las cosas por el último lado que siempre las miro, por el del egoismo, me dije á mí mismo que en un fracaso podria llegar nadando á la orilla. Pensaba esto, cuando un ladrido me hizo volver la cabeza. Numancia se habia quedado en la isla. Hice volver la lancha, y cuando faltaba poco para llegar, la perra se echó al lago nadando hácia nosotros: medio minuto tardaría en emparejar con la lancha; quiso subir y no pudo; al cogerla por el pescuezo conocí la causa, sintiendo en mi mano el agua mas fria que jamás he palpado, y que es seguro no sufrirá un ser humano. Alguno se reirá de la importancia que doy á una perra, menos el cazador; era además



(Lago de San Martin de Castañeda.)

la perra del viajero, y hemos pasado muchos trabajos juntos. La arropé con mi capa y una manta de contrabandista, y aun así me vi á punto de perderla. Otra circunstancia rara tiene tambien el lago. Sus aguas son tan diáfanas, que inclinándonos sobre el borde de la lancha, veíamos en muchas partes el fondo, pero á tal profundidad, que se desvanecia la cabeza como en la mas alta torre. Todos eran incidentes que aumentaban el miedo; hasta se levantó un vientecillo fresco, suficiente para que al cortar las olas vivas y someras, nos salpicasen muy bien con su espuma. Para animar á mi compañero, pálido como un difunto, recité para mis adentros aquello de Ercilla:

«El miedo es natural en el prudente,
el saberlo vencer es ser valiente.»

Y en seguida empecé á cantar con un tono que desmentia mi marcialidad, la hermosa cancion de la *Conjuracion de Venecia*:

«En hora fatal Leandro
pasaba una noche el mar.»

Un fuerte olor, como de huevos podridos, me dijo antes de llegar á la orilla, que la buscada fuente era de las sulfurosas. ¡Oh poder de una imaginacion jóven! me creí descubridor de un tesoro, y veia la humanidad podrida levantándome estatuas; veia un gran edificio apoyándose en la tierra, y tocando en el lago para gozar de los dos; veia mil barcas cruzando las tranquilas aguas en todas direcciones; cazadores persiguiendo los innumerables ciervos de aquellos montes; anticuarios desentrañando las oscuras bóvedas del convento; hermosas mugeres... en todas partes. La poesía, la pintura y la música, presentándose bajo nuevas y halagüeñas formas: todos los placeres, todas las curiosidades que hacen á miles de españoles derramar oro en los Alpes, los Pirineos, y á las orillas del Rhin, los veia reunidos en un solo punto. La carretera de Madrid á Vigo debe pasar cerca del lago. Nada falta: querer solo.

No sé hasta dónde hubiera llevado mis planes, que aun hoy podrán ser realizables, si como creo se puede salvar el único inconveniente que hallé al examinar despacio la fuente. El manantial que ví es tan escaso, que no pasará de una pulgada cúbica. En cambio tiene una agradable temperatura, como de agua tibia, y está sumamente cargado del principio sulfúrico. En dos segundos tiñe de negro una moneda de plata, y en la roca donde brota, á la altura de dos ó tres varas sobre el nivel del lago, deja un abundante sedimento blanco,

parecido en su forma al hollin. Esta fuerte saturacion paréceme que anuncia un gran depósito, que debe tener mas desaguaderos á la inmediacion, ó bajo el nivel de las aguas del lago. Por lo menos vale la pena de investigarlo, y por mi parte no puedo hacer mas que indicar. Si mi sueño se realizara, solo desearia que alguna hermosa niña, sola y reclinada bajo las ramas de un avellano, leyese estas líneas á la orilla del lago, concediéndome un suspiro. Podria hacerlo sin escrúpulo porque soy desgraciado, y solo me ha quedado una pluma para desahogar mi corazon.

Volvimos á cruzar el lago por todo su ancho, y desembarcamos al pié del convento. Al ver el porrazo que el ex-oficial se dió por saltar mas pronto á tierra, sin contar con el balance del bote, se me figuró ver á César en circunstancia parecida, diciendo á la tierra de Africa: «no te me irás; te tengo entre mis brazos.» Ni volveré mas al agua, debió añadir mi hombre en sus adentros, á juzgar por la mirada significativa que volvió al lago, al bote, y al cielo, por fin, en accion de gracias sin duda. ¡Con qué placer gozamos después de la cena, de la conversacion del buen prior y de su tranquilo sueño! ¡Con qué sentimiento nos despedimos al dia siguiente!

He sido un fiel narrador de lo que ví por mis ojos y toqué con mis manos. El plano del lago que ofrezco á mis lectores como objeto mas curioso y antiguo que exacto, se debe á la bondad del prior Don F. C. (permítame poner sus iniciales en prueba de agradecimiento). Debió ser diseñado por algun religioso del convento, donde existia desde tiempo inmemorial. La escuela flamenca y el daguerreotipo nos tienen cansados de paisajes admirables y exactos; vaya pues uno raro. Si lo bautizara con el nombre de uno de aquellos grabadores alemanes de la edad media, se admiraria; no sé por qué se ha de tener en menos la obra de un fraile español reproducida por el señor N.

Para concluir, y en obsequio de los hombres metódicos que se fijan en lo positivo, diré que el lago de San Martin de Castañeda está entre las sierras que dividen las provincias de Orense, Lugo y Zamora; en territorio de la última, y tres leguas al N. E. de la Puebla de Sanabria. Tiene media legua de largo y un cuarto de ancho, poco mas ó menos. Admitiría navíos de tres puentes, hasta atravesar á las orillas; tal es su profundidad. Fué propiedad de los condes de Benavente, que le cambiaron al convento por los pastos de la sierra inmediata. En la era de libertad y ventura se vendió por mil duros, en papel, por supuesto. El convento tambien se ha vendido en poco mas, ó acaso menos, de lo que costaria el hierro de sus balcones. A nadie inculpo; me lamento solo. Ahi teneis lo positivo, dejadme lo ideal.

EL HIJODALGO.

SUEÑO.

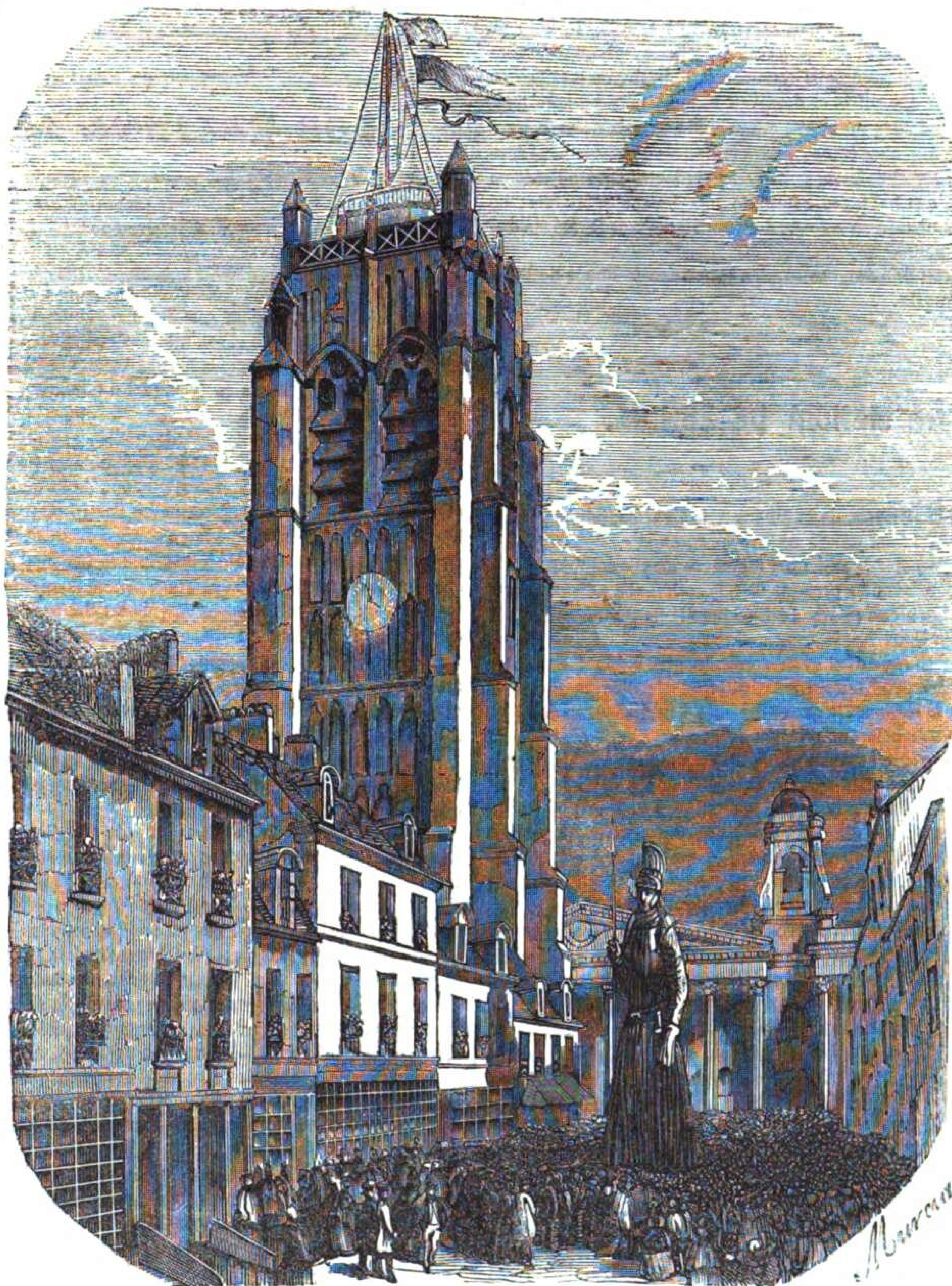
Era la noche: tras inquieto dia
mis párpados cansados se cerraban,
y solo la agitada fantasía
y el lacerado corazon velaban.
Y prosiguiendo con afan incierto
ese largo soñar que llaman vida,
me acosaban los sueños que despierto
en la ardorosa mente fermentaron;
sueños que al recobrar la indefinida
forma que los sentidos le prestaron,
luz y contornos y color tomaron.
Y soñé que veia un obelisco,
coloso de gigantes proporciones,
y en torno como mar alborotado
agitarse del mundo las naciones.
Y ví que iban trepando
por la anchurosa base, y que subian
unos tras otros, y los mas rodando
con la turba otra vez se confundian.
Y al advertir el insensato anhelo
con que intentaban alcanzar la altura,
juzgué que de su orgullo en la locura
imaginaban escalar el cielo.
Confuso me dejó lo que veia,
de la turba asustome el clamoreo;
pero asaltó de pronto el alma mia
imperioso deseo
que hasta allí á mi pesar me conducia.
Llegué hasta el pié del obelisco inmenso;
su cima de la gloria era morada:
difícil, trabajoso era el ascenso;
fácil, ignominiosa la bajada.
Mas de un camino se ofreció á mis ojos
de alta pendiente y áspera subida,
y al caminar por ellos sobre abrojos
gastábanse las fuerzas y la vida.
Sobre uno cual torrente desbordado
lanzábanse los reyes, las naciones,
y á su paso le hallaban ya regado
con la sangre de cien generaciones.
Por este el héroe fué de Macedonia
que el Asia entera subyugó en Arbela:
por este César y Pompeyo fuéron:
en este Annibal y Scipion lucharon:
esta senda de sangre recorrieron
cuantos renombre bélico alcanzaron.
Otro, de algunos nada mas seguido
que en él á lentos pasos avanzaban,
era el útil camino que llevaban
«los pocos sabios que en el mundo han sido».
Sócrates y Platon, Newton, Keplero,
mostrando los arcanos de la ciencia,
hácia la luz de la verdad guiaban
el vuelo de la humana inteligencia.
Ya por este camino,
ávido de saber, luz para el alma
iba pidiendo al resplandor divino
con que allí el sol de la verdad brillaba,
cuando vieron mis ojos
otra senda mas bella,
donde el sacro laurel sombra brindaba
donde brotaban flores los abrojos
y donde cada luz era una estrella.
Allí la lira del antiguo Homero
celebra de la Grecia el alta gloria,
mientras Virgilio del troyano fiero
renueva la memoria.
Tíbulo allí delira enamorado,
Anacreon placer y amores canta,
Safo suspira, Píndaro inspirado
su acento audaz levanta.
Milton, Dante, Petrarca, Ariosto, Taso
mezclan su voz, ya amante, ya severa,
al dulce lamentar de Garcilaso
y á la valiente inspiracion de Herrera.
Al escuchar sus versos numerosos
inflamarse sentí la mente mia
con entusiasmo ardiente,
y á ellos guié mis pasos presurosos,
que seguirlos de lejos pretendia.
—¡Necia locura del orgullo humano:
cuanto menos capaz mas atrevido!—
Al pulsar el laúd con loco empeño
las cuerdas ví saltar bajo mi mano,
modulando un gemido...
y desperté al instante de mi sueño.

JOSÉ M. DE LARREA.

JEROGLIFICO.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.
Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.



(Torre de Dunquerque.)

LA TORRE DE DUNQUERQUE
Y LA TORRE INCLINADA DE ZARAGOZA.

No tienen ambas por cierto el mismo orígen, pues su fundacion data de épocas diferentes y su arquitectura es tambien distinta. Las reunimos aquí porque las dos han presenciado una misma ceremonia, una misma diversion popular en tiempos ya remotos. La fiesta esencialmente flamenca de *los gigantes* se celebraba tambien en Zaragoza y en todo Aragon, aunque los trajes de los héroes españoles de la funcion no eran iguales á los de las provincias septentrionales francesas. En Dunquerque y en Duai eran tres los *gigantes*, el padre y sus dos hijos, y vestian cota de mallas y casco con penacho: en Zaragoza eran tambien tres, pero llevaban trajes y turbantes musulmanes. En España lo mismo que en Flandes salian en procesion el dia del Corpus, y pasaban en Dunquerque y en Zaragoza por el frente de la gran torre del Reloj.

Dunquerque, así como toda la parte flamenca de Francia, perteneció durante largo período á España: así pues, por mas esfuerzos que se hagan para dar á la procesion de los *gigantes* un orígen francés, será imposible conseguirlo. Zaragoza instituyó esta fiesta después de la espulsion de los moriscos. Algunos historiadores pretenden que su institucion en Flandes se debe á Carlos V, quien de este modo halló medio de neutralizar el carácter inquieto de aquellos naturales con diversiones populares.

La torre del Reloj de Dunquerque existia ya en 1440: entonces servia de fanal. En el mismo año los habitantes, que solo poseian una iglesia, muy incómoda por hallarse distante de la ciudad, determinaron construir otra en un recinto mas á propósito, y le dieron la torre del Reloj por campanario. Este templo se quemó en 1558, pero se salvó la torre: entonces se edificó otra sobre las ruinas de la anterior, aunque separándola un poco de la torre. Esta es la que hoy existe con la advocacion de San Eloy.

Cuando Luis XIV tomó á Dunquerque, se estipuló que todas las torres quedasen al nivel de los tejados de las casas, y así se hizo con la del *Faro* en el puerto; pero privados los marinos de sus señales, corrian grandes peligros al acercarse á la costa, y por lo tanto se eludió el tratado, levantando una casilla sobre la torre del Reloj. En ella habitaba un práctico, y hoy un vigilante que señala los incendios que ocurren en la ciudad, por medio de campanadas.

Dicha torre es cuadrada y tiene ocho metros de latitud en cada lado, sin contar los contrafuertes de los ángulos. Se asegura que en dias muy claros se divisa desde su plataforma la torre de Douvres en Inglaterra.

5 de Diciembre de 1852.

En cuanto á la torre de Zaragoza, llamada *Torre Nueva*, se fundó en 1504 y quedó terminada en 1515. Inclinada de una manera sorprendente, recuerda las torres de Pisa y de Bolonia. Tambien se establecieron en ella vigilantes, cuyo servicio cesó cuando se notó su inclinacion. La planta baja, que es de piedra sillería, permanece perfectamente á plomo: el resto de la construccion, hecha de ladrillos en toda su altura, es la que sufrió el desnivel. Este es muy visible, pues los ladrillos han perdido la mitad del espesor. Por lo demás, nada hace temer que la torre amenace ruina, pues permanece así desde poco despues de concluida, y el daño no se ha aumentado: se notó además en el sitio de 1809, que habiendo estallado una bomba sobre ella, no comprometió sin embargo su solidez. La calidad del ladrillo fué sin duda la causa de la inclinacion.

La *Torre Nueva* de Zaragoza es algo mas angosta que la de Dunquerque, pero mas alta.

DOÑA MENCIA DE ZUÑIGA.

Fué hija de Diego Lopez de Zúñiga ó Astúñiga, justicia mayor de Castilla, y de Doña Juana Garcia de Leyva, su muger.

Casó con Diego Perez Sarmiento, repostero mayor del rey.

Las muchas y relevantes prendas de que se hallaba adornada esta señora, la merecieron que el rey D. Enrique III fiase á su cuidado la crianza de su hija Doña Maria.

No se engañó el rey en el gran concepto que habia formado de aquella, pues desempeñó tan á su satisfaccion el encargo, que se le volvió á hacer en el testamento que otorgó en 24 de diciembre de 1406.

Deseando Doña Mencía cumplir con la comision importante que la habia confiado su rey, y en vista de la oposicion de la reina á que la llevase á efecto, hizo á esta un requerimiento ante las puertas del alcázar de Segovia para que la permitiese entrar en él á cuidar de la infanta, cuyo requerimiento y respuesta que dió aquella, poquísimo conocidos, y de los cuales no se ocupan nuestros historiadores, estampamos á continuacion, por parecernos en estremo curiosos, y por la clara idea que suministran de aquellos tiempos remotos.

«En la cibdad de Segobia, miercoles dose dias del mes de enero, año del nascimiento de nuestro Señor Jhesucristo de mil é quatrocientos é ssiete años, ante las puertas del alcazar de la dicha cibdad en presencia de mi Martin Peres, notario público en la iglesia catedral de la dicha cibdad, por autoridat de mi señor el obispo, é del dean é cabillo de la dicha iglesia, é de los testigos yuso escriptos, paresció ay Dona Mencia, muger de Diego Peres Sarmiento, é fija de Diego Lopez de Astuñiga, la dicha Dona Mencia preguntó á Gutierre García, portero del dicho alcazar, que ssi la abria la puerta del dicho alcazar que queria entrar: el dicho Gutierre Garcia dixo que non lo mandaba nuestra señora la reina: luego la dicha presentó é leyó un escripto en paper, el tenor del qual es este que sigue: Escribano, datme por testimonio, é ruego á vosotros amigos que me seades testigos en como por quanto el rey Don Enrrique mi señor, que Dios perdone, me dió carga de la crianza é aministracion de mi señora la infanta Doña Maria su fija en ssu vida, é despues en su testamento mandó é ordenó que todavia toviesse á la dicha señora infante, é como ssu aya estudiesse con ella, que por ende, é por faser é cumplir lo que el dicho señor rey me mandó en ssu vida, é me dejó mandado en ssu testamento que sso venida á esta puerta de este alcázar para entrar en el, é estar con la dicha señora infante para la servir, é faser las otras cosas que me pertenescen é debo; é agora paresce que la reina manda que me non acosgan en el dicho alcazar, de lo quoal me pesa como quier que non es á mi culpa; é desto que ante vos denuncio é digo, pido á vos el dicho escribano que me dedes testimonio, é á vos omes bonos presentes que me seades dello testigos, el quoal leido, por la dicha Dona Mencia pidió á mi el dicho notario que lo tornase en publica forma é gelodiesse ssignado por testimonio: testigos que fueron pressentes á esto Ruy Vasques, hermano del dicho señor obispo, é Valsco Vela, fi de Diego Nuñes de Cuellar, é Gomez Xuares de Cordoba, é Diego Sanchez. E despues desto, miercoles dies é nueve del dicho mes en presencia de mí el dicho notario é testigos yuso escriptos: la dicha señora reina, dió esta respuesta que sse ssigue: dijo que en rrespondiendo al escripto presentado por la dicha Dona Mencia que ella que non le habia fecho agravio alguno como la dicha Doña Mencia desia; é que fablaba lo que por bien tenia, é que si entendia que le habia fecho sin razon que ella estaba presta para le faser derecho, é que esto daba por rrespuesta: testigos que fueron presentes, Alfonso García de Cuellar, contador é Johan Gonzalez mayordomo, é Johan de Paradinas, portero de la dicha señora reina, é otros. E yo Martin Peres, notario publico ssobre dicho, fue presente á esto que dicho es con los dichos testigos, é á pedimento de la dicha Dona Mencia escribí esto, é fis aquí mio signo.»

REMIGIO SALOMON.

LOS TREINTA AÑOS.

¡ Malditos treinta años,
funesta edad de amargos desengaños!
ESPRONCEDA.

Debe de criar retamas solamente el monte Parnaso, segun es de amarga la existencia de los que dicen si subieron si no subieron á su cumbre. ¡ Y por Dios que si son retamas con efecto, ni verdes deben de ser por no semejarse á la esperanza! ¡ Ay monte Parnaso! ¡ monte Parnaso! Bien se conoce que en tí dominan mugeres, y como déspotas, ¡y nueve!!! Así anda ello.

Mucho se ha gritado de acá, de acullá, que no hay tan triste vida como la de los poetas, si vida puede llamarse. La mano del Señor se vuelve del revés para lanzarlos al mundo, de lo que resulta que como el mundo anda al derecho, hacen ellos tristísimo papel andando de cabeza. ¡Qué fenómeno moral tan estraño! Esquisita, perfecta de todo en todo, y nada existe tan contrario á la felicidad, tan opuesto á los elementos de que dispone la criatura, como la organizacion del poeta. Una de dos: ó los poetas están destinados desde el nacer á ese cielo de que nos hablan los libros cristianos, y representan á la verdadera criatura del Señor, amaestrándose y purificándose en el mundo para mas altos empleos, ó el resto de los mortales son unos desdichados que gozan aquí de todas las bienaventuranzas posibles é imposibles, para ir á soplarse de patitas en el infierno, apenas cierren el ojo.

Ello es que entre unos y otros, así en lo moral como en lo físico, hay la misma homogeneidad, la misma semejanza de organizacion que entre la paloma y el milano.

Sentimiento es una palabra borrada del diccionario del mundo; sentimiento es la única, la esclusiva, la omnipotente facultad del poeta. ¿Qué Deyanira les ha legado su túnica? ¿qué doctor Sangredo les recetó el agua de la consabida fuente?

Tenemos acá para inter nos un antojo peregrino.

Figúrasenos que el diablo, descontentadizo como es y ambicioso, se creeria desairado en el mundo con tener solamente por esclavos y representantes un noventa y nueve por ciento cuando menos de sus moradores, y en un arranque de espansion del Padre Eterno, le alcanzaria una órden verbal para que naciese poeta ese uno miserable, que hace frente y lleva las cargas á los novecientos noventa y nueve. Bajo de tan diabólicos auspicios, aunque emanado de Dios, el poeta, como Anteo, viene al mundo á echar los bofes y á morir de estripon en brazos de su Hércules.

Pero ¡ qué mal hacemos con andarnos en comparaciones mitológicas! No hay en lo conocido parábola que aplicar á la vida de los poetas. Haila solamente en lo desconocido, en lo que nadie lee, en la Biblia, y eso porque está escrita con lágrimas y con la sangre de millones de generaciones.—Poetas, ¿quereis saber lo que os espera, sin tomaros el trabajo de preguntárselo á nadie, ni aun á vuestro propio corazon? ¿quereis saber lo que habeis sido, lo que sois, lo que sereis? ¿ quereis conoceros sin estudiaros? Abrid el libro de Job: abrid el martirologio.

¡Un muladar, la muger amada que os insulta, vuestros amigos que discuten tranquilamente si estais locos, si no estais locos, y en particular vuestras llagas, vuestras mismas llagas, que no teneis uñas para desgarraros!

Y ¡cómo os engaña el mundo con la magnífica frase:—del Capitolio á la roca Tarpeya!—No se da á los niños esperanza mas ilusoria ni juguete mas liviano. Burlaos de los Mirabeaus españoles. ¡ Mentira! en España el Capitolio es como aquello de que decia Quevedo:

Y ni los diablos ni los v... veo:

en cambio para romperse el alma en la roca Tarpeya, no hay sino dar un salto á Toledo... Hasta ferro-carril teneis ya.

Cuentan con mucha formalidad filósofos que deben de saberlo, que Dios ha puesto al confin de cada calle de la Amargura del mundo, una fuente de consuelo, y no como las fuentes de Madrid, que al primer gorrion que bebe en ellas se quedan á tí suspiramos, sino una verdadera fuente con agua. Es tanta nuesta sed, que siempre llevamos en el bolsillo un telescopio de los que mas alargan la vista, pues todavia ni por chiripa hemos conseguido vislumbrar una sola de esas fuentes para darnos un buen hartazgo. Bien que esto consistirá en que nosotros, segun se nos alcanza, ni hemos nacido poetas, ni entre esas benditas gentes que tienen la fortuna de no conocer de los libros ni aun

el forro. Así nos quedamos en ayunas como intrusos ó mirones en el reparto universal de consuelos; pues por ser en todo verídicos, hemos de decir que entre las raices de una retama del Parnaso chorrean dos gotitas tamañas como el corazon de una muger, que serán sin duda la fuente de consuelo destinada á los hijos de Apolo.

Si á par se repara en que de aquellas dos gotas se surte para el consumo diario el infeliz uno por ciento de todo el mundo, tendrase idea de los apretones y de las congojas que cuesta el refrescar los labios con las tales gotas.

En cambio ¡son tan dulces ambas! D. Pedro Calderon, que sin duda hizo á catarlas un viaje, pinta una de ellas divinamente.

Cuentan de un sabio que un dia
tan pobre y misero estaba,
que solo se alimentaba
de unas yerbas que cogia.
—«¿Habrá otro, entre si decia,
mas pobre y triste que yo?»
y cuando el rostro volvió
halló la respuesta, viendo
que iba otro sabio cogiendo
las hojas que él arrojó.

El lector, aunque lo sea, habrá comprendido ya que se trata del consuelo de los tontos. ¡Qué gran filósofo Calderon!

La otra gotita de la fuente de la retama es tambien por el estilo. A nosotros, sin embargo, nos parece mejor y preferible, porque cura mas radicalmente; porque es una verdadera receta hidropática.

Palida mors, dice Virgilio que se llama, pero como aunque rabie Virgilio, nosotros no creemos que en el arco iris haya un color que caiga bien á una vieja tan seca, tan rancia y tan verde, le llamaremos «muerte» á secas, en castellano viejo y rancio.

Pero hasta en esto mete la pata el poético demonio. Cada quisque se muere cuando Dios es servido, á esta ó á la otra edad, de este ó del otro arrechucho. Los poetas, ya se sabe, á los treinta años, ó *circum circa,* cierran el ojo indispensablemente, si no aceptan el fiero compromiso de volverse estúpidos.

Adviértase ante todo que vamos hablando de los poetas españoles sola y esclusivamente. España entre los pueblos, es una escepcion en casi todas las cosas á casi todas las reglas. Pintamos un tipo del pais: ni soñamos ni queremos ser universales.

¡Qué gran consuelo! si en vez de una gota fuera un cántaro siquiera el chorro de la fuente, ¿quién ponia la boca para atragantarse? Hay placeres, bien lo sabe el mundo entero, que no pueden resistirse aun con durar lo que un soplo. ¡Poetas! vosotros estais seguros de gozar los mas inefables que se conozcan: vosotros os moris á los treinta años ú os volveis ignorantes. Si lo primero, ya alcanzais celebridad, ya os recuerda todo el mundo con lagrimitas, porque en esta España donde de fijo muere en flor quien tenga talento, no hay cosa como morirse en flor ó en mata para ser llorado y célebre. Si lo segundo, ya podeis pasearos entre las gentes, y vivir felices, y aspirar á lo que os dé la gana.

Filosofemos un poco.

O esta tierra que llaman peninsula española es estéril, que solo cria jaramagos, ó algun ángel caprichoso (que no osamos á llamar malo ni bueno) ha paseado su carro por toda ella. Corrompida está su savia y apenas sus frutos se parecen á los de otros paises. ¡Hasta en Portugal hay hombres de talento que viven y lo conservan *ainda mais* de treinta años! Y esto es lógica pura, consecuencia natural de la organizacion del hombre, que á los treinta años empieza á desarrollarse, como que su vida anterior pasa como un torbellino de locas fantasias en el ensayo y estudio de las cosas y de las pasiones.

En España sucede enteramente al revés. En España los hombres de talento, si no han dado á los treinta años lo que podian dar, ¡adios mi dinero!

¡Paradoja! ¡paradoja! esclamará algun lector. ¡Ay! no es sino una de esas verdades horribles que revolotean al borde de todos los labios sin que ninguno se atreva á pronunciarlas. Ni faltará seguramente quien halle reproducido en este artículo el sentimiento mas amargo que roe su corazon. Hasta ha de haber quien diga:—eso yo me lo sabia. Porque es una verdad, porque las intuiciones son siempre verdad, y esto de la muerte en flor de nuestros hombres de genio, lo sabe, ó lo siente, ó lo adivina todo el mundo por intuicion.

¡Cuántas veces, á propósito de Zorrilla, de Breton ó de Garcia Gutierrez, hemos oido decir:—¡parece mentira! ¡no se han muerto! Y no comprenden acaso los que lo dicen por qué lo dicen. Aprendánlo de una vez. No es por una de esas vagas preocupaciones que solo tienen su fundamento en la fantasia del vulgo, y en tal ó cual hecho aislado que nada significa para el filósofo; es porque se ve, porque se palpa en este pais ¡y son tan raras las escepciones! ¡Cuántos ejemplos no podríamos citar! Recuerde el lector los nombres que le sean mas amables ó mas sonoros á su memoria. Si pertenecen á las celebridades del pensamiento, de seguro es la suya retrospectiva ó no existen ya. Pero dado que existan, ¿eran poetas? sus trovas de ahora, como sigan trovando, que lo dudamos, no serán sino trovos capaces de hacer reir á un ciego de la vihuela. ¿Eran dramaturgos? pues no hay sino asegurar desde luego que todo lo que haya ganado el público en gusto, lo habrán ellos perdido, y cuando debieran de ser mas profundos, mas severos, mas instructivos, mas vigorosos, harán echar de menos aquellos tiempos benditos en que *prometian.* ¿Eran oradores, periodistas, hombres de estado? la situacion moral y politica de España responda por nosotros. Y sin embargo, de la mayor parte de esos hombres, cuando aun no contaban treinta años, esperaba su patria, y esperaba fundadamente, muchos Demóstenes, muchos Neckers, muchos Talleyrands, y la felicidad por añadidura.

Por no semejarnos á los comentaristas que hacen decir á sus autores cosas que quizás ni se habian ellos imaginado, no diremos nosotros que Espronceda era de nuestro parecer cuando dijo á otro propósito en son amargo y burlesco:

¡Malditos treinta años,
funesta edad de amargos desengaños!

Y cuenta que hay razon para darlo casi por seguro. Rayaba Espronceda en esa edad fatídica, cuando vió que la tierra ó la inteligencia debian de faltarle forzosamente. ¿Dónde está el hombre que á esa edad no haya perdido en España todas sus ilusiones, las morales y las materiales, por decirlo así, las amorosas, y las poéticas, y las políticas? Pues el alma superior, que es de un temple delicado, solamente vive de ilusiones, y ha de perder con perderlas su delicadeza ó su vida.

¡Espantoso dilema!

No es menos ocasionada á espanto la indagacion de las causas de este fenómeno.

Paseemos una mirada no mas por ese estéril campo en que se arrastran como orugas nuestros hombres de genio.

Veinte años: flores, flores desarrolladas enteramente, con hermoso pétalo, con exuberante aroma. ¡Bendito sea Dios! Cuando en otros paises los hombres á esa edad están casi mamando, en España... ¡tierra feliz! ¡Qué savia tan vigorosa! como sus frutos maduren, darán envidia al mundo entero. Estudiado supeficialmente este fenómeno, en las horas en que el corazon se olvida del mundo de la esperiencia, regocija con efecto, y parece lo contrario de lo que es. Pero dejemos que pase un sol no mas de la existencia del hombre: dejémosle que raye en los treinta años ó *circum circa.* ¡Ay! la flor se marchita ó se convierte en cardo: el genio muere ó se convierte en tonto. Mirad en cambio á los que mamaban en otros paises: empiezan á ser flores, á desarrollar enteramente su hermoso pétalo, su exuberante aroma.

Esto es lógico; y lo que sucede en España no; pero sucede sin embargo, ¿Por qué? porque España está destinada á desacreditar la lógica.

Después de asentada una proposicion como la precedente, el amor á la patria nos inspira mil amarguísimas reflexiones que nos hacen caer en palpable contradiccion. Sea dicho de paso. ¡Ojalá suceda lo mismo á todos los escritores graves!

No podemos desconocer humanamente que cuando tales cosas pasan en España, tan fuera de toda razon y hasta de lo natural, alguna rémora incomprensible se opone á todo lo grande, á todo lo bueno en este pais. ¿Estamos en una situacion tan escepcional con respecto á los otros, que de causas iguales á las suyas no podamos deducir los mismos efectos que ellos?

En esto sí que no dudamos de sentar la afirmativa.

Hasta por la topografía de su terreno, España ha sido siempre una nacion escepcional. Así pudieron aclimatarse en ella tantas instituciones perjudiciales, desconocidas en otras ó punto menos. Las revoluciones del siglo XIX nos han cogido casi en el mismo estado en que Felipe II nos dejó. Cincuenta años llevamos de vida intelectual activa y de labor incesante, y apenas sabe leer nuestro pueblo. La civilizacion por consiguiente se nos ha indigestado. Antes de tener caminos hemos tenido ferro-carriles: antes de saber lo que era libertad política, hemos querido libertad: antes de saber lo que era literatura, han brotado á millones nuestras prensas libros. Con las fuerzas de un niño nos hemos lanzado á la arena de los Titanes. ¿Qué sucede? que estamos hoy casi tan lejos del Olimpo como el primer dia.

Esto no es pesimismo, esto es buscar una causa lógica al sin número de fenómenos morales que España está presentando á los ojos del mundo.

¿Cómo se esplicará sino lo que deciamos de nuestros ingenios? ¿cómo sino con el estado de nuestra educacion y el estado de nuestro público?

Engendrar poetas es privilegio de nuestra patria, que solo puede disputarle la del Dante y del Ariosto; pero siendo la poesía en sí misma una facultad fosfórica del espíritu, sino se alimenta constantemente

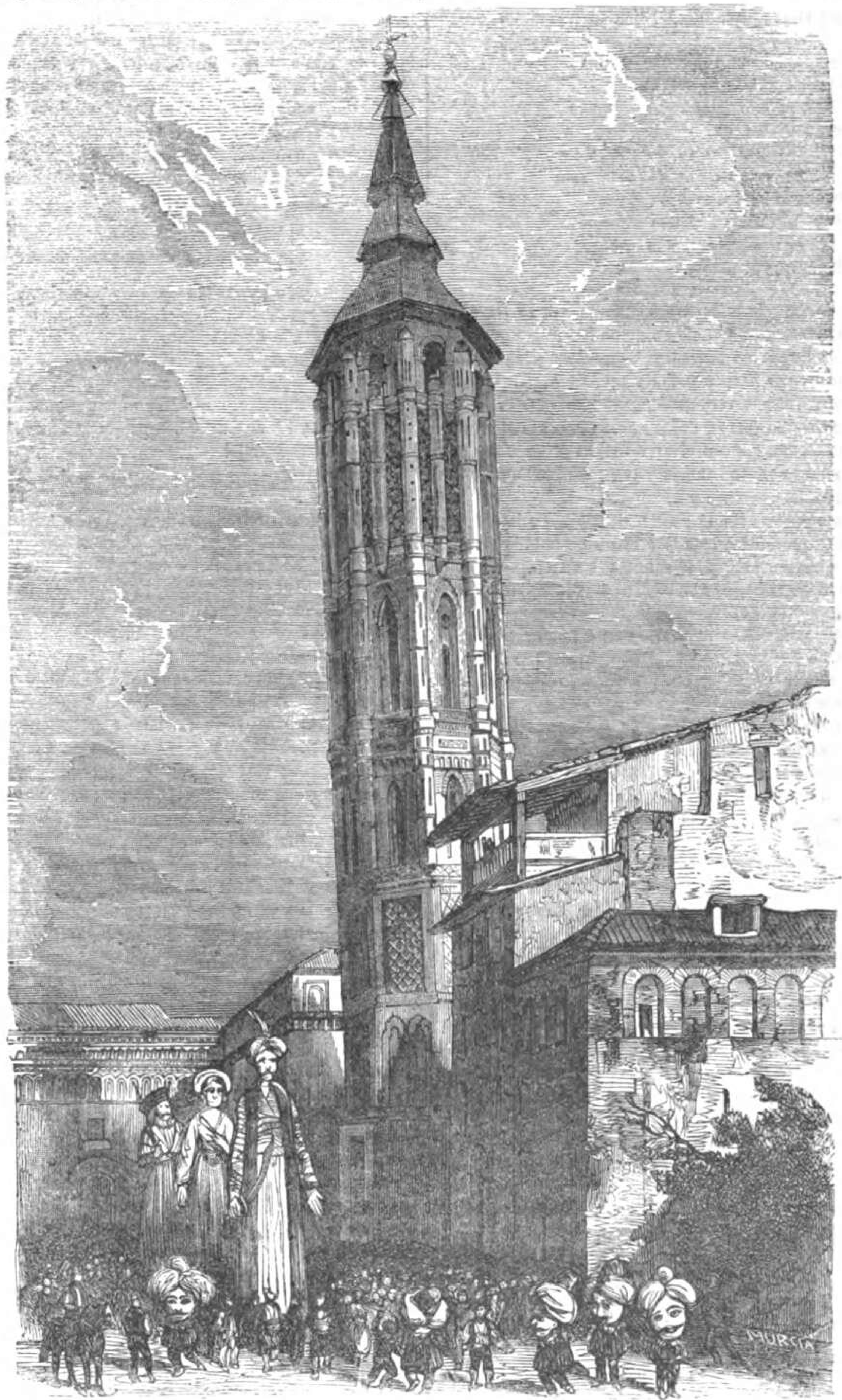
del saber, cuando el espíritu se robustece y entra en un nuevo período, se apaga aquel fuego fatuo. Agréguese á esto lo lamentable de la época, lo enemiga que es de las ilusiones del alma, el estado infeliz de la sociedad, el no menos infeliz del ejercicio literario, y claramente se concibe que una organizacion poética en demasia ha de volverse de por fuerza tísica (no espante á nuestros lectores esta palabra cruel), al paso que las organizaciones menos esquisitas toman otro rumbo, se vulgarizan y se pervierten.

Cuando la crisálida rompe su capullo, cuando el hombre de genio llega á sazon en otros paises, en el nuestro se topa con esa columna de Hércules de los treinta años. *Non plus ultra*. No mas talento: no mas vida.

Es una reflexion que hace llorar.

¡Qué trabajosamente damos remate á este artículo! La íntima conviccion de que hemos revelado una verdad horrible, es para nuestro corazon motivo de desmayo y rémora de nuestra pluma; pero á par nos alienta, porque en todas las verdades horribles hay enseñanzas para el hombre. El de este siglo por su desdicha solo tiene que aprender verdades horribles.

V. BARRANTES.



(Torre inclinada de Zaragoza.)

EL CASTILLO DE VILLALBA DEL ALCOR

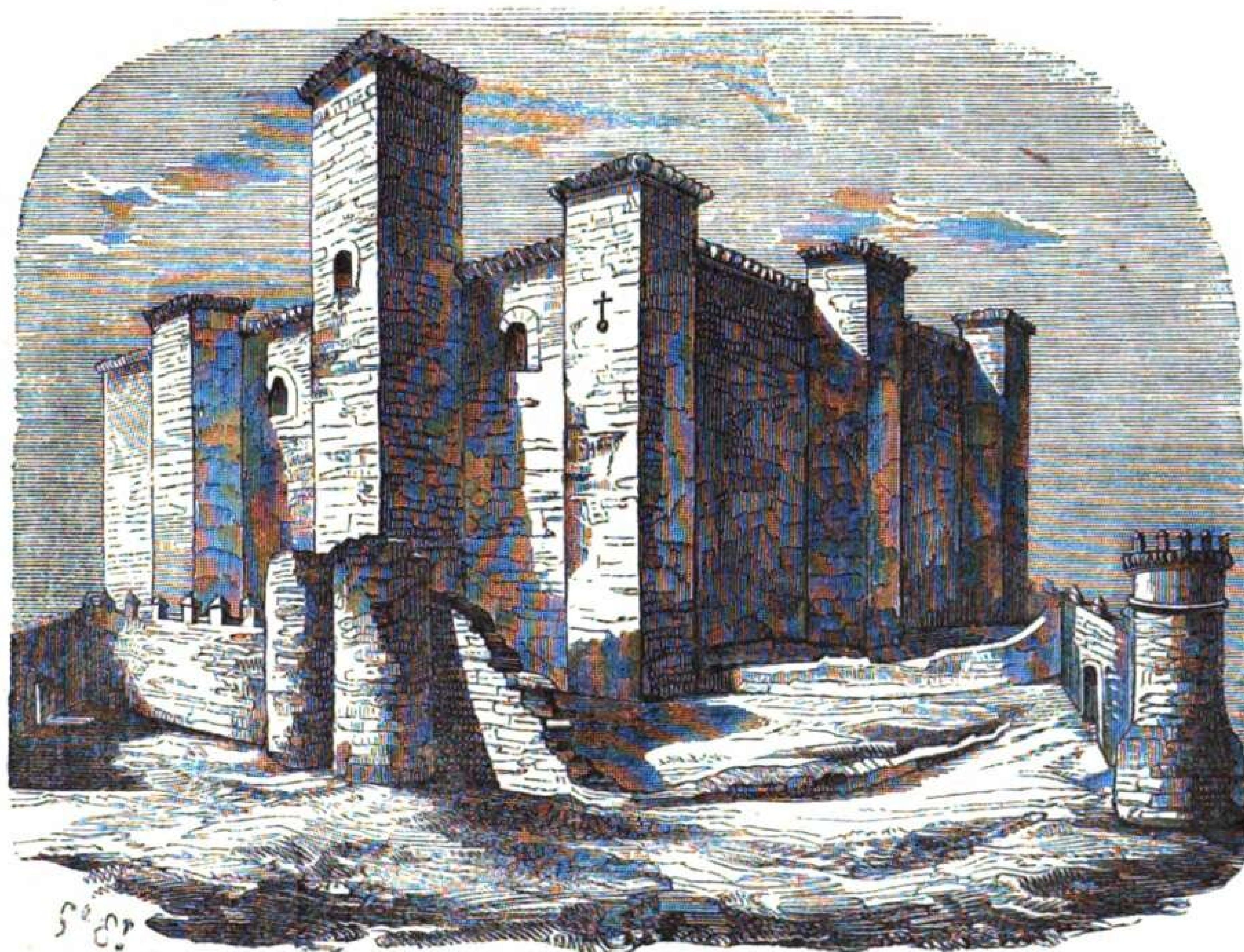
Una de las instituciones mas dignas de estudiarse en nuestros tiempos medios, es la creacion de las órdenes militares. Esas milicias heróicas, mitad guerreras y mitad religiosas, tienen tan compleja fisonomía, que solo se comprende atendiendo al espíritu de aquellos azarosos siglos. De otra manera, y examinadas en sentido absoluto, parece que envuelven una contradiccion esencial, una profunda antinomia. Efectivamente, aquellos monjes con espada y corcel de bata-

lla, aquellos caballeros con estola y votos, aquellos hombres mistos y heterogéneos que salian del coro de la oracion al estadio de la victoria, y que acababan el *miserere* para entonar un canto de guerra, son un tipo multiforme, casi inverosímil, poco menos que romancesco y fantástico. Reunir en una sola entidad individual y colectivamente al sacerdote y al soldado, al ministro de paz con el adalid de sangre; fundir, incardinar en una sola personificacion la religion de caridad y mansedumbre con la mision de lágrimas y esterminio, hermanar elevada y poéticamente la fé humanitaria del cristiano y la fé inexorable del patricio, fué sin duda un pensamiento superior y una obra estraordinaria en todos conceptos.

Pareceria una cosa estravagante y contradictoria que la enseña del Dios, venido al mundo para predicar la piedad y la fraternidad, haya servido de Lábaro sangriento en el dia tremendo de las batallas, si no se atendiese á las circunstancias de aquellos siglos, al espíritu de tan remotas épocas. Solamente por medio de esta clave puede ser comprendido aquel contrasentido filosófico. Nada mas que á la luz de tal estudio se percibe la fusion admirable de dos principios contrarios en los heróicos soldados de la cruz militante.

La lucha colosal inaugurada contra los sarracenos en los riscos de Cantabria por el inmortal hijo de Favila, dió tambien principio á una nueva era para esta nacion heróica y entusiasta. Y su carácter templado al fuego de la fé y de la gloria, se amoldó á ella maravillosamente. Los guerreros de Mahoma eran enemigos del Crucificado. De aquí la guerra religiosa. Y eran tambien adversarios de la nacionalidad española. Por eso la guerra popular. Estas dos ideas simultáneas y coexistentes, se fundieron luego en una sola significacion. *Dios y la patria* fuéron desde allí sinónimos en el lenguaje de la lealtad y de la creencia. Y tanta mayor fuerza tomó en las imaginaciones exaltadas de aquellos valientes, cuanto que vivian en unos tiempos de fé sencilla y de bizarros instintos, en que los corazones se entregaban sin reserva á todo lo bueno, grande y generoso. Edad espiritual y romancesca, en que dominando por su misma rudez el corazon á la cabeza, el sentimiento á la razon y al cálculo, produjo tan épicos martirios, sacrificios tan estupendos en pro de la creencia de sus mayores y de la libertad del país. Pues debian aquellos héroes discurrir, no comprender por intuicion el doble deber que sobre ellos pesaba como cristianos y como caballeros, y le redujeron poéticamente á una sola y brillante representacion.

Y decian bien nuestros ínclitos progenitores: «Dios manda defender sus altares. Díganlo sino los Macabeos, los Josues, los Gedeones. Hay pues que lidiar por la fé contra los réprobos hijos del desierto. Llevemos la cruz á la guerrra santa.» Y decian tambien: «La patria es igualmente una religion. Ella manda á los buenos lidiar por su in-



(Castillo de Villalba del Alcor.)

munidad y salvacion. Los moros son sus verdugos. Llevemos contra ellos la bandera nacional.» Y entonces comprendieron la unidad esencial de su doble mision; entonces vieron que el enemigo era uno, aunque bajo duplicada acepcion; entonces hallaron que la fé y el patriotismo, que el ara y el hogar, que Dios y España eran una misma causa, un solo y sublime objeto, única y homogénea religion. Y cantaron en ardientes himnos, golpeando sobre las montañas sus escudos: «Los enemigos de España son los mismos de su Dios. La guerra es dos veces santa. Pongamos sobre el pendon de la patria la cruz del Salvador.»

Y así sucedió efectivamente. D. Pelayo tomó por divisa real el árbol sagrado del Gólgota. *La cruz de los ángeles* fué en Covadonga su estandarte. De allí en adelante ya no hubo diferencia entre los deberes cívicos y los religiosos. Un Dios, una patria y una ley era el eco de todas las almas, el voto de todos los guerreros, la esperanza de todos los corazones. Por eso los adalides ponian la cruz sobre sus armas, cual milagroso talisman de salud y de victoria; por eso apellidaban al santo patron en los combates, como custodio de la patria; por eso la cruz llegó á ser el símbolo de la piedad y del patriotismo. La religion y el país se hicieron un principio, un sentimiento, un culto bajo una fórmula sintética é inspiradora. Y la caballería, espresion espiritual de aquellos siglos entusiastas, se hizo bautizar en el Jordan de sangre que derramaba por tan alto objeto. El pueblo generoso y sincero sellaba las tablas de esa ley triunfal y altamente patriótica con el inmenso martirologio de sus hijos. Y la personificacion del cristiano y del patricio se significaron en un tipo admirable, que unió á lo mas bello y poético de la tierra los resplandores y grandezas de los cielos. La época, en fin, adquirió un carácter sentimental y heróico, mezcla de cívico y religioso, de místico y marcial, que dió nacimiento á las mesnadas caballerescas, como su símbolo mas gráfico y elevado, como su espresion mas bizarra y romancesca. Así nacieron las órdenes militares. Así se comprende su filiacion. Así se esplica su carácter.

Ahora ya se conseguirá entender la personificacion de los soldados de la cruz. Ahora ya se podrán descifrar esos edificios hibridos, medio conventos y medio fortalezas, que fueran la mansion de aquellos hombres estraordinarios. Ahora, en fin, se esplica esa cruz heráldica rasgada sobre las troneras por donde la mosquetería española derramaba el esterminio y el terror en las tribus armígeras del infiel. Y esa cruz se halla todavía en el castillo de Villalba del Alcor. Porque esta fortaleza es uno de los recuerdos imponentes de las órdenes. La caballería de San Juan, cuando el regreso de la primera Cruzada, erigió ese poderoso alcázar imprimiéndole el sello de su grandeza y carácter. Sus claustros severos y misteriosos parecen la mansion de los ascetas. Pero sus torres arrogantes, sus almenados murallones revelan el domicilio del soldado. Ese edificio es la espresion de toda una época,

el emblema elocuente de la combinacion de dos elementos sociales, el producto bizarro de toda una civilizacion.

En vano hubiéramos tratado de describirle sin haber tomado en cuenta las apreciaciones filosóficas de su época, sin haber analizado el espíritu de su tiempo. Inútilmente habriamos presentado sus materiales formas sin los datos para entender su significado y razon de ser. De nada serviria haber dicho su fundacion sin apurar la índole de sus fundadores. Ciertas ideas hubieran podido parecer antojadizas; algunos detalles contradictorios; varias particularidades ó inverosímiles ó mal entendidas. Ahora ya sabe cada cuál á qué atenerse. El castillo es la espresion fiel de sus castellanos. Estos lo eran á la vez de su época. Para esplicar aquel, hay que conocer esta.

Nacida la caballería de San Juan en la demanda heróica que la cristiandad empeñó para la conquista del Santo Sepulcro, y modelada por las milicias europeas de aquella índole, regresó al occidente con los restos de aquella espedicion, cargada de hazañas y rica en merecimientos. Los monarcas de estos reinos la dieron carta de naturaleza, y abrieron su pródiga mano para asentarla en poderío y alta consideracion. Grandes posesiones logró la órden ultramarina en *tierra de Campos*, y algunas de sus villas se hicieron encomiendas de aquella feudalidad teocrático-militar. Villalba del Alcor debió entrar en sus dependencias señoriales, puesto que los caballeros la fortificaron y defendieron. Y siendo la castramentacion un acto de soberanía, mal hubieran podido ejercerle sin título hábil para ello. Lo cierto es que la villa en aquel tiempo debiera ser de algun valer por su situacion y circunstancias, y porque los Sanjuanitas la cercaron de fuertes murallas con espesos baluartes y espaciosas ladroneras, coronando el sistema de defensa con el castillo que presentamos en el dibujo, y constituyendo, en fin, una plaza de importancia para aquellos belicosos tiempos.

Asentada la villa sobre el páramo cruzado por las cordilleras montuosas de Torozos, que dominan *la tierra de Campos*, y muy cercana á los alcores ó cumbres de las vertientes septentrionales, domina las altas llanuras que se estienden en torno al pié de sus baluartes. Rodeada de selváticas espesuras sobre la vastísima planicie, ofrece una belicosa y formidable perspectiva, como la armadura de un guerrero vista de lejos y entre las sombras de un panteon. Aun respira en sus aportillados adarves el genio de la guerra, y parece oir de noche el cantar del mesnadero sobre la vieja plataforma, donde un tiempo tremoló la bandera bendecida por las auras melancólicas de la ciudad santa.

Circunscrito en una curva del fornido antemural se eleva el castillo del occidente de la plaza, que á su espalda se guarece cual una matrona tras la formidable figura de un gigante. Su planta es un cuadrilátero rectángulo que consta de tres recintos de fortificacion. El primero forma parte de las murallas de la villa, que describen allí un recodo saliente, guarnecido de cubos y torreones almenados. El ingreso á este recinto se hace por un cuerpo de obra avanzada que se destaca en su centro, y deja un callejon estrecho y difícil, á cuyo estremo se rasga la puerta ogival prestando acceso á un patiecito sobre el cual desembocan los cuerpos de guardia, embutidos en la fábrica á modo de casa-matas, y que sostienen cierto terraplen para defender la avenida. Tócase en seguida con otro porton abierto en una cortina, que es la del primer recinto, y éntrase á la gran plaza de armas, donde se levanta el segundo, cuyo especial objeto era defender el trayecto de la obra principal, ciñéndole por dos lados y enclavando por cada estremo en el murallon esterior. En su centro se descubre un puesto militar formado por dos cubos almenados que defienden la entrada, existente entre ambos sobre un alzado liso y coronado de canes para armas arrojadizas. El recinto central es propiamente la verdadera fortaleza de traza cuadrilonga. Fábrica poderosa de sillarejo, con imponente aspecto y grandes proporciones. Flanquean sus cuatro frentes ocho formidables torres, y domina á todas la gigantesca del homenaje. Todas en su coronamiento sustentan numerosos modillones, sobre los que volaban robustos almenares que han desaparecido lastimosamente. Las torres son cuadradas, y no están repartidas simétricamente, ni en situacion ni en distancias. Dos hay en los ángulos, y las restantes en los lienzos. El ingreso al interior se hace por una bóveda elíptica, en cuyo espesor se abren dos arcos, que estaban sin puentes levadizos, pero que en cambio tenian ferrados portones con enormes lobas y barras, y sendo rastrillo en la segunda de solidez proporcionada.

El interior del castillo le constituyen tres órdenes de galerías sobrepuestas, cuyas zonas paralelas se duplican en los frentes mayores del cuadrilátero. Estas crujías del tipo gótico, cuyos elegantes arcos son sostenidos por macizos machones lombardos, ocupan desde los subterráneos hasta el vértice del alzado. Las que están bajo flor de tierra tienen construccion mas sólida, y debian servir para hospitales, prisiones, almacenes, cuadras y demás piezas, que necesitan estar al abrigo de toda hostilidad. Las superiores eran alojamientos para la gente de armas y estancia de los castellanos y de sus servidores. Bien pudieran acuartelarse en todo ello hasta ochocientos hombres. Los fuegos y troneras horadadas en las cortinas esteriores, son de varios géneros. Las hay para mosquetes y arcabuces, para ballestería, y para simples vigilancias. Las ladroneras de los ballesteros forman una cruz rasgada sobre la mira circular: emblema característico del tiempo de las cruzadas. La materia de la obra es toda de grueso y duro sillarejo, bien cortado, y unidos por argamasas calcáreas. La torre llamada *de la pólvora*, que sostiene una bóveda en elipse de admirable construccion, servia para subir á los terraplenes y plataformas víveres y minuciones, por un brocal abierto en el ángulo del cascaron. Es imposible describir el efecto de este fortísimo alcázar feudal en la majestad de sus ruinas. Aquellas desmoronadas galerías, aquellos subterráneos sombríos, aquellos rotos y amarillentos paredones que sustentan bóvedas magníficamente construidas de graníticos adoquines, ofrecen una decoracion, cuya magia inspiradora comprenden solamente los poetas y los pintores.

El castillo fué construido por los caballeros hospitalarios á la vuelta de la primera cruzada. De ahí las troneras en forma simbólica y tradicional. Y de allí tambien el tipo arquitectónico. Pues aunque es gótico bajo y primitivo, conserva muchos rasgos del estilo sajon, que manifiestan la reciente innovacion operada en aquel siglo sobre el arte. La ventana principal del homenaje es casi enteramente bizantina por su arco redondo, sus pilarcitos normandos á la diagonal, y sus capiteles grotescos. Y hay alguna otra donde se refleja el tipo asiático que trajeron los guerreros de la Tierra Santa.

Durante la permanencia de los caballeros en esta fortaleza y la villa, sufrió en ella largo y empeñado cerco el comendador Zornoza, á cuya encomienda pertenecia, contra el conde de Palencia, que con sus vasallos le hacia cruda guerra. Este suceso prueba que Villalba del Alcor era pertenencia señorial de la órden hospitalaria. Apurado anduvo con el cerco el comendador; pero un refuerzo de cien caballos que recibió oportunamente, le puso en disposicion de hacer levantar el asedio. Aquí estuvo tambien Doña Juana la Loca, con el féretro de su malogrado esposo Don Felipe, morando en ciertas estancias construidas en la plaza de armas, del todo ya derruidas. Y desde aquí salió para Tordesillas en 1520, cuando empezó la guerra de las comunidades. En esta época pertenecia Villalba al señorío secular del duque de Frias; y sin duda porque este era condestable y uno de los corifeos del partido imperial, la reina se creyó segura en la fortaleza, y buscó un asilo de su confianza para permanencia. El de Frias hizo donacion de la villa á Doña Juana Manrique, hija del conde de Osorno, que la poseyó después á disposicion del emperador. En este castillo hay sobre todo un recuerdo de la mas alta importancia y honorífica mencion para el poderío español. Su recinto sirvió de prision de estado al delfin de Francia y al duque de Orleans, hijos de Francisco I, que sirvieron de rehenes por la libertad de su padre, prisionero del emperador en la inmortal jornada de Pavía. Y aquí fué donde tratando sin duda de fugarse, fuéron apartados de la servidumbre francesa que traian, y reemplazada con castellanos para evitar la evasion.

En alguno de los torreones se observan aspilleras para artillería, y en la muralla occidental restos de baterías. Esto, y el hallazgo de varias piezas de hierro y de antigua construccion halladas en el fuerte ha ya algunos años, hacen creer que fué reparado después de su construccion primitiva, conforme á los adelantos del arte militar, si tal nombre merece la destruccion organizada del género humano. Eso prueba tambien su importancia estratégica. Bien que á no ser así, mal le hubieran confiado la custodia de unos príncipes estranjeros en los poderosos estados del emperador.

De todas aquellas grandezas solamente quedan deleznables recuerdos, como no hay tampoco sino memorias de la prepotente monarquía que fué el terror del mundo y el asombro de la fortuna.

VENTURA GARCIA ESCOBAR.

LA CAZA DEL COCODRILO.

Hé aquí el estracto de una curiosa relacion que sobre la caza del cocodrilo se ha publicado recientemente:

«Durante el estío de 1846 me hallaba yo establecido en las orillas del Rohan, pequeño rio de una provincia situada al Noroeste de la India, y allí fué donde ví por primera vez el *mugger* ó cocodrilo indio. Comenzaba la estacion de las lluvias. Mi vecino mister Hall me escribió anunciándome su visita y rogándome que le enviase un *syce groom* con caballo del diestro, á cierto sitio que designaba. Era Sidhoo el *syce* el tipo perfecto del corredor: nervioso, fuerte aunque de baja

estatura, tenia los miembros delgados, pero templados como el acero, y cuando al uso de Oriente trotaba al lado de un caballo, corria á ocho millas por hora durante un espacio de tiempo que asombraria al mas robusto espolista inglés.

Apenas se habia puesto el sol, llegó Mr. Hall, chorreando agua y cubierto de lodo, por lo cual supuse que le habia ocurrido algun incidente desagradable, y como no me pareciese serio, lo tomé á risa y le di larga broma por el bautismo que acababa de administrarse.

—No hay motivo para reirse, dijo Mr. Hall, habeis perdido vuestro syce.

—¿Se ha ahogado?

—No, ha sido comido por un cocodrilo, contestó, y comenzó su narracion.

Llegados Hall y Sidhoo á una *nulla* (riachuelo), que distaba como dos millas, encontraron tan altas las aguas, que hubieron de pasarlas á nado. Apretando Hall las rodillas al caballo, entró en el agua, llevando en la mano un estremo de la cuerda que el syce, como la mayor parte de los hindous, llevan arrollada al cuerpo para sacar agua de los profundos pozos de su país; llegado á tierra, comenzó á tirar de la cuerda, y ya veia adelantarse entre las aguas la negra cabeza de Sidhoo ceñida por el turbante, cuando súbitamente dejó el groom caer los brazos y desapareció, dando un espantoso grito. Hall, que habia dado dos vueltas á la cuerda al derredor de su mano, se sintió atraido hácia adelante y cayó en la corriente, viendo al mismo tiempo la larga cola de un enorme cocodrilo, dentellada como una sierra, que sacudia el agua á pocos pasos de él. Entonces, haciendo un esfuerzo supremo para evitar el peligro, soltó la cuerda, y llegó, no sin trabajo, á las resbaladizas orillas de la *nulla*.

No era Hall de los hombres á quienes dura mucho la melancolía, y sin embargo, esta vez, como se trataba de la muerte de un hombre, después de su narracion quedamos largo rato en silencio y continuamos fumando nuestros *shirouts* sin pronunciar una sola palabra. Por fin, poseidos del mismo pensamiento, abrimos á la vez la boca para proponer los medios de destruir los cocodrilos; pero aunque discutimos muchos proyectos, ninguno ofrecia probabilidades de éxito. Al dia siguiente, después del desayuno, mostraba yo á mi huésped un aparato galvánico de esplosion, que últimamente me habia llegado de Inglaterra, y debia servir para hacer saltar los troncos de los árboles (*snags*) que impiden la navegacion de los rios: estaba esplicándole la teoría de mi aparato y el modo de usarle, cuando me interrumpió esclamando:

—Esto es! precisamente esto! .. En vez de hacer saltar los troncos de los árboles, hacer saltar los cocodrilos. ¿Qué os parece?

Nada en efecto se oponia á *minar* los cocodrilos, nada mas que la posibilidad de disponer de la mina, y tanto nos dimos á pensar para evitar este inconveniente, que al fin creimos posible el nuevo proyecto.

Ya hacia tiempo que habia hecho saltar así muchos troncos de árboles, y habia observado tambien que la conmocion de la descarga mataba todos los peces que se encontraban en un radio de treinta ó cuarenta piés. Concluí de aquí, que aun colocados á larga distancia del *mugger* podriamos por medio de una descarga, si no hacerle pedazos, herirle al menos con una fuerte sacudida, con tanto mas motivo, cuanto que una mina al estallar en el agua, destroza los objetos que la rodean con mayor violencia que si hiciese la esplosion en tierra.

Terminados los preparativos, entramos en un barco Hall, mi hermano y yo, llevando á bordo el aparato, y seguimos la corriente hasta el punto en que la *nulla* entra en el Rohan, donde abordamos por un momento, mientras Hall compró en un pueblo inmediato un cabrito desollado. En el vientre cosimos un cuerno que contenia seis libras de pólvora, provisto de hilos conductores que unimos al derredor de una de las dos fuertes cuerdas sujetas al cebo así minado. Estas cuerdas tenian unos noventa piés de largo, y á sus estremos llevaban atadas unas pieles llenas de viento, semejantes á las que se usan en la India para llevar agua. Hall fué subiendo por una de las orillas de la *nulla* con una de las pieles debajo del brazo y la cuerda arrollada en la mano, al tiempo que mi hermano, armado del mismo modo, marchaba paralelamente á lo largo de la otra orilla llevando el hilo conductor. Seguí á este acompañado por dos *coolies* (mozos de carga) que llevaban la batería ya cargada y dispuesta. Atamos tambien al cabrito un indicador flotante que sirviera para señalarnos las posiciones.

Preparada así la artillería, empezamos á subir la *nulla* remolcando el cebo contra la corriente, y cuidando de pasearlo á derecha é izquierda, con lo cual teniamos probabilidades de *comunicarnos* con el cocodrilo. En efecto, apenas habiamos andado un cuarto de milla, cuando el indicador se sumergió rápidamente; Hall y mi hermano soltaron en el agua las cuerdas y las pieles hinchadas, conservando el cable atado á estas: las pieles se agitaban, prueba de que el cocodrilo se habia tragado el cebo.

En medio de un gran olcaje el monstruo bajaba por la corriente, y yo le seguia con toda la rapidez que permitian mis piernas; pero como perdia tiempo me decidí á darle todo el cable. Afortunadamente, el voraz anfibio se detuvo en un sitio en que se elevaban un poco las orillas. Subí á la cumbre y comencé á recoger el cable sin sacar todavía la piel fuera del agua por temor de levantar la caza. En esta situacion, para dar tiempo á que los *coolies* llegasen, aguardé algunos minutos, minutos de inesplicable inquietud, porque si el *mugger* continuaba su carrera, tendria precision de seguirle, corriendo el riesgo de verle destrozar los hilos conductores. Por fin oí aproximarse á los *coolies*; pero ¡qué contratiempo! uno de ellos, al tiempo de acercarse, tropezó y cayó, cayendo con él la máquina, que perdió una parte del ácido. Mi hermano se apresuró á ponerla á mis piés, y teniendo venturosamente ácido de reserva vaciamos en la batería una botella entera, con lo cual pudo funcionar mejor que nunca.

Seguí pues recogiendo el cable muy despacio, cuando ocurrió otro accidente. La piel hinchada que estaba al estremo de los hilos conductores arrancó al subir á la orilla algunos terrones que cayeron en el agua con estrépito. Por dicha, el cocodrilo no se movió, pues parecia que se habia decidido á digerir tranquilamente su comida en el sitio en que se encontraba. Una sonrisa de triunfo brilló en mis labios cuando me ví en posesion de los hilos conductores. Mi hermano juntó el uno á la batería y yo tuve otro pronto para formar el círculo.

Durante este tiempo reposaba tranquilamente el buen cocodrilo en el fondo de la *nulla*, teniendo dos brazas de agua sobre la cabeza, exento de sospechas y bien lejos de imaginar que acababa de tragar un brulote, cuya esplosion iba á desgarrarle en un solo instante al golpe de un rayo, arrancado de una máquina infernal por dos bípedos que no habian encontrado medio mas seguro de comunicarse con él, que los hilos eléctricos.

Al fin llegó el momento y puse en contacto los hilos. El éxito fué completo. Sentimos instantáneamente una fuerte sacudida como si hubiera caido alguna cosa sobre la ribera: luego una trompa de agua espumosa, un sonido ahogado, un ruido cavernoso, y después de todo esto una espesa columna de humo. Chocábanse las olas, estremecíase la ribera, y en la superficie del agua se estendió una mancha roja, que se asemejaba á un paño de escarlata. El *mugger* destrozado fué arrebatado por la corriente, y bien pronto le perdimos de vista.

LAS ERUDITAS.

Entre las plagas
de nuestro siglo,
que no son pocas
voto á San Críspulo,
cuento, y no es broma,
lectores mios,
á esa caterva,
flaca de juicio,
de literatas
que con saltitos
como de polka
marcha hácia el Pindo
del mismo modo
que va al Retiro,
la Castellana,
ó á San Isidro.
No hay casamiento,
muerte ó bautizo,
que no merezca
sus mil versitos
(léase coplas),
todos debidos
á tal cual dama,
que de improviso,
diez dias antes,
inspirada hizo.
Tales señoras
con Lope y Tirso,
Plauto y Homero,
Dante, Virgilio,
y hasta con otros
persas y chinos,
de cuyas obras
saben... los títulos,
tienen sus citas
muy tempranito:
porque con *Balsamo*
y *Monte-Cristo*

pasan los dias
muy en perjuicio
de la calceta,
plancha y zurcido.
Si de la historia
toman el hilo,
con los romanos,
persas, fenicios,
vándalos, hunnos,
griegos, asirios,
árabes, galos,
godos y frigios
y otros cien pueblos,
arman tal lio
que loco vuelven
á Weber mismo.
Y si filólogas
alzan el grito,
no queda párrafo,
período, inciso,
nombres, adverbios,
y hasta supinos,
en que su lengua
no embote el filo.
¡San Juan te libre,
lector querido,
de *vates hembras*
y sus escritos;
que para malos,
créeme, amigo,
bastan y aun sobran
los desatinos
que *vates machos*
ponen en libros!...
Y en otro caso,
San Juan bendito
te dé paciencia
en tal conflicto,
á mi fortuna,
y á ellas mas juicio...

EL BARON DE ILLESCAS.

APARICIONES Y PRESAGIOS.

No abrigamos la pretension de convencer á los incrédulos que han tomado ya su partido, ni tampoco la de esplicar hechos al parecer inesplicables y que sin embargo se nos refieren como positivos, en vista del testimonio de personas dignas de crédito que los han presenciado.

Vamos á publicar una carta, en la que se dá cuenta de un suceso bastante singular, dejando á nuestros lectores el derecho de comentarlo á su manera. Dice así:

«Estoy persuadido de que nadie me tendrá por debil ni por supersticioso, lo cual no se avendria con la carrera de las armas que he seguido desde mi juventud. Creo por lo mismo que no debemos dar fé á esos sueños que nos asaltan continuamente en nuestras noches intranquilas para turbar nuestro sosiego: su orígen está en nuestras propias sensaciones, en una digestion trabajosa y en las pasiones que nos dominan.

»Hé aquí sin embargo lo que me sucedió en 1813.

»Después de haber recorrido las provincias de Andalucía con el cuarto regimiento de Dragones, del cual era teniente, nos acercamos á Madrid, sabiendo que los franceses se disponian á evacuar la península: el 5 de abril estábamos en Galapagar, donde tuvimos que ejercer la mas severa vigilancia para no ser sorprendidos, de modo que las rondas diarias, después de marchas y contramarchas penosísimas me fatigaban estraordinariamente. Al volver de las primeras me dejaba caer en el suelo ó sobre un monton de paja, y no bien me quedaba dormido, cuando se me representaba la imagen de mi pobre madre, lanzando su último suspiro: estas apariciones duraron por espacio de quince dias que permanecimos en Galapagar.

»El tumulto de los campamentos, algunos encuentros parciales que tuvimos con el enemigo hasta la gloriosa batalla de Vitoria me habian hecho olvidar mis sueños fúnebres. Después de tan memorable jornada, escribí á mis padres para tranquilizarlos, y el dia 6 de julio recibí contestacion de mi padre, noticiándome el fallecimiento de mi pobre madre, que habia tenido lugar en la noche del 5 de abril, esto es, la primera noche que yo habia pasado en Galapagar.

»Esto es lo que ha acontecido en mi familia, y con todo, á pesar de su realidad, no es menos cierto que no debemos dar fé á los presagios y á las apariciones que tenemos en sueños. ¡Cuántas veces son hijos de una imaginacion delirante!»

A. SUAREZ DEL PINO.

EL POLÍFAGO SAJON.

Muchos escritores han hablado de ciertos comilones, al lado de quienes Milon de Crotona pasaría por un niño de teta. Nosotros vamos á citar un ejemplo, no tanto por lo estraordinario, sino porque se funda en datos, al parecer irrecusables. En el siglo pasado se vió á un sajon que por dinero comia cuanto le presentaban. Un cordero, un becerro, un cerdo, eran sus platos ordinarios: rompia con los dientes vasos y tiestos y aun piedras sumamente duras. Devoraba animales vivos, como ratas y aves. Cierto dia le presentaron un neceser cubierto de planchas de metal, y consiguió despedazarlo y comérselo con las plumas, el cortaplumas, la salvadera y el tintero que contenia. Siete testigos irrecusables dieron fé de este suceso ante el senado de Wirtemberg.

Este formidable tragon disfrutó hasta la edad de sesenta años una salud perfecta. Cuando llegó á cumplirlos puso límites á su voracidad. Abrieron su cuerpo antes de darle sepultura y lo encontraron lleno de objetos estraordinarios. La historia del ogro sajon y la descripcion de su cadáver dieron asunto á un opúsculo que se publicó en Wirtemberg con el título de *Disertacion sobre el polífago de Sajonia.*

Fenómenos atmosféricos.

El año 1852 que vá á espirar, ha sido fecundo en singulares variaciones atmosféricas; pero no ha llegado ni con mucho á otros que han dejado memoria en Europa.

En el mes de julio de este año ha habido dos lunas llenas, fenómeno que solo se ha observado en largos intervalos: desde 1787 no habia ocurrido otro tanto.

Muchos aseguran que las lunas nuevas cambian el tiempo, y esto, sin ser rigurosamente positivo, tiene muchos visos de cierto, y se ha verificado especialmente en este año.

Hé aquí ahora algunos sucesos ocurridos en varios años, por efecto de las variaciones atmosféricas.

En el año 1000 de famosa memoria, se secaron en Inglaterra los manantiales y los rios. Murieron los pescados, se pudrieron y ocasionaron una epidemia.

En 1022 perecieron de calor en todo el mediodía de Europa muchos hombres y animales.

En 1132 se abrió la tierra.

En 1152 se freian huevos sobre arena.

En 1303 y 1304 se atravesaban á pié enjuto los principales rios de Europa.

En 1393 caian muertos los animales por todas partes.

En 1646 se esperimentaron calores insufribles.

En 1718 no llovió una sola vez desde el mes de abril hasta el de octubre. Los termómetros señalaron 36 grados de Reaumur.

En 1811, célebre por el famoso cometa que recorrió la Europa, hubo grandes calores, y las cosechas de vino fueron generales y abundantes y muy ricas.

En 1818 se cerraron casi todos los teatros por el calor que llegó muchos dias seguidos á 35 grados.

Se ha construido en Nueva-York el primer buque, al cual se ha aplicado el sistema calórico, inventado por el ingeniero noruego Erisson. El 15 del mes pasado hizo su primer viaje de ensayo, y estaba preparándose para zarpar con destino á Europa el dia 10 del corriente. El *Erisson* ha recibido el nombre de su inventor.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO 48.

Con las corrientes de amor
las mugeres de este siglo
sientan en peor lugar
al amante mas antiguo.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.



LA MUERTE DEL CIERVO.

Ya hemos manifestado otras veces las sensaciones dolorosas que escita en el hombre sensible la muerte de todos los seres que dividen con él las amarguras de la vida. Aquellas suben de punto cuando el arte nos las presenta con aquel natural colorido de verdad que nos hace dudar de la ficcion del cuadro.

Hé aquí el gran mérito del que Landseer, ese artista del corazon, supo legar á sus amigos, y que estos han reproducido mil y mil veces. La muerte del ciervo, imaginada por el pintor aleman, es su mayor gloria, por la viveza de espresion, por el sentimiento de verdad, por la actividad desesperada del noble animal, dotes que se revelan á la primera ojeada que se echa sobre tan hermosísima pintura.

Nosotros ofrecemos hoy con satisfaccion el interesante grabado que la representa, bien convencidos de que nos lo agradecerán todos los que conozcan el relevante mérito, la animacion y la valentia de las concepciones de Landseer, uno de los mas aventajados maestros de la escuela alemana.

GLOBOS AEROSTATICOS.

El exámen atento de los fenómenos de la naturaleza y la reproduccion artificial de ellos cuando es posible, han contribuido de un modo poderoso á la investigacion de las grandes leyes de la misma.

Los físicos antiguos, á quienes debemos trabajos de la mayor importancia, no han seguido siempre este camino, único que podia conducirles al perfeccionamiento de la ciencia. Considerando el mundo á su antojo, pretendian, en el silencio de su estudio, que se amoldase á su capricho, cayendo por consecuencia en errores harto lamentables. En el dia, á la discusion teórica se asocian los fenómenos prácticos, ó por el contrario, convencidos los ojos se habla á la razon, y de esta manera la inteligencia mas vulgar no tarda en comprender la maravillosa armonía que existe entre los fenómenos que se suceden en el planeta que habitamos.

El pensamiento de lanzarse el hombre á las regiones aéreas ha bullido en su mente desde una época bien lejana por cierto, aun para aquellos á quienes era enteramente desconocido el luminoso principio de Arquímedes, base fundamental de semejantes aplicaciones; pero no se crea que la construccion de los globos aerostáticos fuese el resultado inmediato de sus ansiados proyectos, sino que tomaron por modelo el vuelo de las aves.

En efecto, al considerar el hombre que las aves por su organizacion especial y por un instinto admirable conocen los vientos mas adecuados á su modo de vivir, que dirigen su rumbo sin brújula, elevándose sobre las regiones de las tempestades, y atraviesan el espacio con velocidad inmensa, envidió la suerte de estos seres, y se consideró rebajado al contemplarse apegado á la tierra; estas reflexiones, hijas de su orgulloso afan, dieron orígen á la construccion de unos aparatos por medio de los cuales pudiera admirar á su gusto el magnífico panorama del mundo

En las Memorias de la Academia de Ciencias de París se lee que ya en el siglo XV Juan Bautista Dante consiguió por medio de un aparato lanzarse al aire, atravesando varias veces el lago de Trasimeno; pero en razon á los movimientos escesivos, rompiose uno de los muelles, quedando mal parado de su ensayo. La misma suerte y por igual motivo cupo pocos años después al italiano Bollori y á los ingleses Cok y Olivier.

Desforges, queriendo armonizar los movimientos físicos con los producidos por la accion vital, imitó en lo posible con un mecanismo las alas de los insectos; pero después de muchos ensayos no fué mas

afortunado que sus predecesores, ni que los señores Baqueville y Calais. Estas tentativas infructuosas, aunque laudables cuando se reflexiona su objeto, hicieron que se abandonase aquel sistema, buscando la navegacion por los aires en vez del vuelo, objeto primordial de sus cálculos. Entonces podemos decir que comienza la construccion de los globos aerostáticos.

El inglés Baccon, teniendo en cuenta el célebre descubrimiento de Arquímedes, de que todo sólido al sumergirse en un fluido pierde tanta parte de su peso, como pesa el volúmen de fluido desalojado, fué el primero que tuvo la feliz idea de construir aparatos flotantes, á que se dió el nombre de globos aerostáticos; redúcense tal como hoy se construyen, á un gran elipsoide de tafetan, tela, etc., etc., que se llena de gas; una redecilla que envuelve al globo sostiene la barca donde ha de colocarse el aeronauta, y una válvula colocada en la parte superior, permite que este determine la salida del gas al pasar por capas de aire mas y mas enrarecidas. No entraremos en detalles respecto del modo de producir el gas que ha de llenar el globo, del cómo se llena este, ni tampoco acerca de la naturaleza de la cubierta; pero sí diremos que las primeras ascensiones no se verificaron en aparatos como el que acabamos de describir.

En 1670 el jesuita J. F. Lana inventó uno compuesto de cuatro globos de cobre sumamente delgados, de los cuales hizo suspender una barquerola con su correspondiente vela; la diferencia de presiones, á causa del vacío verificado en dichos globos, hizo en efecto que este hombre ingenioso pudiera vencer una de las mayores dificultades, cual era la de poder elevarse; pero como estaba sujeto á girar á merced del viento, en razon á que la vela ningun papel desempeña en esas regiones, se espuso á peligros terribles, por los que tuvo que abandonar su proyecto.

El año de 1776 estudia Cavendisk el hidrógeno, que ya se conocia á principios del siglo, y entre otras propiedades físicas observa que tiene un peso específico representado por 0,0691, es decir, catorce veces mas ligero que el aire; esto bastó para que el doctor Brack de Edimburgo llenara diferentes cuerpos con dicho gas, abandonándolos á la libre accion del aire; y ellos como era natural en virtud de las leyes generales de la gravedad subian hasta tocar en capas de una densidad muy próxima á la suya, puesto que la física nos enseña que los cuerpos se mantienen en equilibrio en un fluido, siempre que el peso del cuerpo sea igual al del fluido desalojado, que el centro de gravedad de ambos se hallen en una misma vertical, y que únicamente la condicion de estabilidad será diferente respecto de la colocacion del punto llamado metacéntrico.

Con la aplicacion del hidrógeno para llenar los globos aerostáticos coinciden los ensayos verificados por los hermanos José y Estéban Mongoltier, en Francia; pero no se valieron del cuerpo simple mencionado; sino que llenaron sus globos con el aire mismo enrarecido por la fuerza repulsiva del calórico; verifican diferentes ensayos en Anonai, su patria, en medio de aplausos y á presencia de las personas mas notables del pais; entusiasmados con tan buenos resultados, se trasladan á Paris, donde repiten diversas ascensiones, á las que asisten las personas reales y algunos sabios, que no tan solo apoyaron á los célebres aeronautas, sino que participaron de sus peligros subiendo en la misma barquilla que ellos en setiembre de 1783, desde los jardines de Muette, yendo á descender, después de atravesar el Sena, al otro lado de Paris sobre el camino de Fontaineblau.

La oblicuidad que toman los globos al tiempo de partir, el fuego necesario para sostener el enrarecimiento de aquella atmósfera especial, y por consiguiente la fácil combustion de la tela, demostraron bien pronto que, aunque dignos de ocupar los ya mencionados hermanos un lugar muy preferente entre los hombres dedicados á este ramo, era preciso usar los globos llenos con el hidrógeno.

Convencido de esto el jóven profesor de física en Paris, Mr. Charles, llenó con el espresado gas uno de once piés de diámetro, y á pocos minutos se perdió entre las regiones del viento, cayendo á los tres cuartos de hora á cinco leguas del punto de elevacion.

Para demostrar la confianza que debia inspirar su método, construyó un globo en el cual se elevó con Robert, y en este célebre viaje recorrieron en dos horas cerca de nueve leguas, llegando á separarse unos tres mil piés de la superficie terrestre, ¡jamás esperiencia alguna ha escitado tanto la curiosidad, segun nos refiere Pouillet! Todo el pueblo de Paris estaba en movimiento; las plazas públicas, la cima de los edificios y los parajes mas elevados de la poblacion se veian llenos de espectadores. Un cañonazo fué la señal de partida, y el globo se elevó como un meteoro sobre el horizonte, causando maravilloso efecto en virtud de los adornos con que iba engalanado y que los rayos del sol iluminaban.

Charles tuvo bastantes imitadores; por ejemplo, Blanchar, Jeffieres, Rozier y Garnerin, que hicieron muchas ascensiones en diferentes puntos de Francia, Alemania, Bélgica é Inglaterra. El primero de estos aeronautas disputó el invento del para-caidas con Mr. de Garnerin; redúcese á una especie de paraguas desplegado, el cual en razon á su superficie opone la resistencia precisa á las columnas de aire que en él chocan, determinando por consiguiente la lentitud necesaria para poder descender con felicidad. Sin embargo, como la acumulacion del fluido atmosférico suele verificarse con fuerte agitacion en la superficie inferior del para-caidas, ha habido que lamentar muchas desgracias al tiempo del descenso, y por eso se ha modificado modernamente poniendo en su parte superior un tubo cilíndrico, por el cual pueda salir el aire y no ejercer tan grande tension.

Hasta ahora no nos hemos ocupado de los globos aerostáticos, sino como medios propios para escitar la curiosidad en espectáculos públicos; pero las ciencias tambien debian sacar su provecho, y en efecto ascensiones verificadas por sabios físicos, han hecho conocer en parte esa multitud de capas que envuelven la tierra que habitamos, ese gran laboratorio en que la naturaleza reune los gases desprendidos, los satura, descompone y volatiliza, ó los condensa y precipita para subvenir á las necesidades del reino animal, vegetal y mineral.

Entre los diversos viajes emprendidos con objeto verdaderamente científico, debemos señalar los realizados en Francia en 1804, por dos hombres ilustres. MM de Gaylusac y Viot. En su primera escursion subieron á una altura de trece mil piés, é hicieron esperiencias numerosas respecto al estado eléctrico y temperatura del aire.

Con entusiasmo verdaderamente científico, y á pesar de los funestos accidentes que observó Gaylusac en su compañero, volvió á emprender un segundo viaje subiendo á la altura de siete mil cuatrocientos metros, una de las mayores á que hasta el presente se ha llegado, por cuyo medio pudo legar á las ciencias las siguientes observaciones.

El termómetro bajó en aquellas capas atmosféricas á 10°, esperimentando por consiguiente un frio escesivo; el estado de sequedad del aire era tan grande, que los cuerpos ávidos de humedad se contraian, los líquidos faltos del influjo de la presion se evaporaban, y los fluidos animales, como la sangre, empezaron por la misma causa á salirse de los vasos en medio de una respiracion anhelosa. Todo contribuye á esas fuertes hemotisis que frecuentemente esperimentan los aeronautas, al atolondramiento, vértigos, etc. Suspendidos en medio de los espacios con un aire tan enrarecido, ningun ruido se siente, puesto que falta, ó al menos no tiene las condiciones que debe, el aire, vehículo conductor de las ondas sonoras; la voz misma del físico citado dejó de hacerse perceptible, y si á esto añadimos el color negruzco que ofrece el cielo, podremos hacernos cargo de aquel espectáculo tristísimo, solo comparable, como dice muy bien Gaylusac, á la mansion de los muertos.

La columna barométrica señaló 26 pulgadas, pero la disminucion en las oscilaciones magnéticas de que habla Roberston, las niega dicho físico; sin embargo en la *Revista militar* de 25 de noviembre de este año he visto un articulo suscrito por el señor D. C. X. Sandoval, en que indica con referencia á la *de los dos Mundos*, que ha vuelto á notarse este año por Godard y por M. Ivan Mazuef desde la altura de tres mil setecientos sesenta metros en el curso del viaje aéreo que verificaron desde Paris á Spa. El señor Sandoval, no obstante que verificó una ascension, dice no haber notado ninguna suspension magnética, si bien es verdad que su brújula era muy pequeña.

Concluiremos manifestando que el uso de los globos aerostáticos, aun sin alcanzar la resolucion del problema que tanto agita hoy la mente de muchos sabios y de muchos locos respecto de darles direccion, ha de ser de una utilidad inmensa, utilidad que indudablemente se estaria palpando si Napoleon en un rato de mal humor no hubiera disuelto la escuela de aerostacion de Meudon, á pesar de los servicios que prestó á la Francia en Charleroi y Fleurus; por otra parte las operaciones geodésicas y topográficas habrian recibido igualmente un poderoso auxilio.

ANGEL V. Y PINTO.

EL PICO-SAGRO (1).

Representaos en vuestra imaginacion una pirámide colosal sobre el horizonte de un valle, un obelisco gigantesco que sale al encuentro de los paisajes de la vega, una montaña cónica, coronada, como la Cibeles de la mitologia, con fantásticas almenas de cuarzo: hé aquí el *Pico-Sagro* de la *Ulla-baja*.

Esta eminencia es el cráter de los aguaceros y la fragua de los rayos. Es el símbolo del misterio y de la soledad. La pirámide es una figura geométrica que pertenece á la religion desde que se ha colocado

(1) Este articulo pertenece á una descripcion inédita de la *Ulla-baja*, bajo el título de UN VALLE DE GALICIA.

sobre los sepulcros. Montaña ó catafalco, la pirámide es la mensajera de una resignada melancolía. El *Pico-Sagro* es observado, consultado y espiado por los habitantes de la *Ulla-baja*. Es el padre tutelar de la comarca; es un barómetro colosal. Se parece al abuelo de una familia, que donde quiera que se presente es saludado con respetuosa veneracion. Sobre su cima descansan las nubes; en el centro de sus prolongadas vertientes se adivinan pavorosas galerías. Los sembrados son impelidos por el viento hácia sus graneros fabulosos: las tempestades que desgajan las rocas apiladas en su cumbre, sobre las veredas abiertas por los aluviones, salen de su cavernoso abismo.

En los serenos dias de primavera se destaca en lontananza, realzadas sus aristas por el purísimo azul del cielo, que representa un celaje de costa, multiplica sus margaritas silvestres, renueva las matas de tomillo, descubre los fragmentos de gneis micaceo que espejea entre el brezo y la erica (1), y escarcha las cristalizaciones de cuarzo pulimentadas por el agua, brillando sobre el césped, como diamantes desprendidos de una corona. Entonces las ovejas sestean en su falda y los pastores duermen sobre sus rocas, entre el milano que se cierne en el aire y la culebra que dilata sus fauces entre las piedras. El valle se reanima, las vides se enervan, los árboles se pueblan de flores; el rio retira sus aguas, volviendo á sus dueños los prados fecundados por el aluvion.

Durante el invierno, la cima del *Pico-Sagro* desaparece entre las revueltas nubes hacinadas sobre sus vertientes, y no asoma su rugosa cabeza hácia la vega hasta que el sol enjuga las márgenes del rio. Sus perfiles se emborronan sobre el fondo oscuro del horizonte, sus rocas se ennegrecen, sus veredas son arroyos. El valle desfallece, los campos se encharcan, los viñedos se cambian en áridos enmaderados, las corrientes del rio hacen zozobrar las barcas. Ha llegado la estacion de las hogueras, de las veladas, de las apariciones y de los cuentos. Las *castellanas* abandonan sus torres señoriales y vuelven á las ciudades.

De esta suerte el valle de la *Ulla-baja* está familiarizado con el *Pico-Sagro*. Existe entre la montaña y la vega una relacion misteriosa, un consorcio íntimo, una alianza duradera, algo de veneracion y algo de miedo.

El viajero que desde la *Casa Blanca* sube á la cumbre del *Pico-Sagro*, refrenando el inquieto trote de un caballo inseguro sobre las estrechas veredas que salen al encuentro, después de treinta minutos de una ascension impaciente, es sorprendido por la cadena de montañas que se divisan en lontananza recorriendo un dilatado horizonte de siete ú ocho leguas. A la altura de 640 varas castellanas sobre el nivel del mar, se anubla su vista en los oscuros y confusos celajes que se ofrecen en prolongado anfiteatro. Sobre las rocas de la cima, la perspectiva se ensancha, estendiendo su lontananza hasta las bullidoras aguas del Océano (2). Busca en derredor una sombra reparadora para templar los rayos del sol, y en la pendiente que está á sus piés descubre cuatro ó cinco árboles desbandados, á cuya sombra duermen las ovejas, refrescando su sed en una fuente rústica. Sus piés gravitan sobre el resfriamiento de una inmensa capa de fuego primitivo. En esta caldera se ha petrificado la ebullicion formando rocas caprichosas y fantásticas. Desaparecen los monumentos del arte; desaparecen los hombres; casi se olvidan. El viajero se acerca á la creacion, á Dios. La suave brisa que agita sus cabellos sobre su frente descubierta, tambien estimula á la meditacion, al sentimiento, lo que equivale á decir, á la perseverancia de la fé. Una montaña es el pedestal de Dios. Así se fatiga el viajero en sus vertientes, se descubre en sus mesetas y se postra en su cumbre. Desde una eminencia se reconoce el poder divino como se distingue el Océano desde el palo-mesana de una embarcacion. Entonces pronuncia involuntariamente estos melancólicos versos de Lamartine á la soledad:

. . . .

Souvent sur la montagne, á l'ombre du vicieux chêne
Au coucher du soleil, tristement je m'assieds
Je promène au hasard mes regards sur la plaine
Dont le tableau changeant se déroule á mes pieds

. . . .

Que me font ces vallons, ces palais, ces chaumiéres
Vains objets dont pour moi le charme est envolé?
Fleures, rochers, fôrets, solitudes si chéres
Un seul être vous manque et tout est dépeuplé.

. . . .

Las masas de cuarzo apiladas en la cumbre del *Pico-Sagro* representan grupos sombríos, esculturas fantásticas, escombros seculares y petrificaciones colosales. Aquí un molinito sostenido por una informe aguja improvisa una pagoda salvaje. Allí tres rocas de escuetas aristas agrupadas en el vértice de la montaña, se asemejan á gigantes de oscuro ropaje, escalando, como los titanes de la fábula, la cumbre

(1) Vulgo, *carpazas*.

(2) Esta montaña es muy escarpada al N. y O.; mas accesible al S., y de escaso declive en su estension hácia el E.

de la montaña. Ya se acumulan las rocas en el declive imponente de la cima, como camellos acostados á la sombra de una tienda del desierto, ya se remontan en sombría confusion, presentando las afiladas puntas de sus cristalizaciones, ó los mellados asientos de sus capas, como inmensos chorros de metal caldeado que han enfriado los siglos.

La mole inmensa de cuarzo que se estiende sobre el *Pico-Sagro* está dividida por un profundo anden de 61 ½ piés de longitud y 7 de latitud, que ha servido de foso á un antiguo castillo señorial. Al Oeste se encuentra la capilla de *San Sebastian del Pico-Sagro*, antigua iglesia parroquial de *Lestedo* (1) y remoto monasterio de *San Sebastian de Monte-Sacro* (2). Es una pequeña iglesia de prolongado alero delante de la puerta principal, y con una sacristía detrás del altar. Desde la meseta que facilita su entrada, las masas de cuarzo reposan sobre su tejado. A medida que se desciende hácia el valle, las rocas se abultan y la capilla se achica. Desde las vertientes de la montaña, la capilla es un copo de nieve conservado entre las rocas del *Pico-Sagro*. Al lado de la iglesia se conserva un miserable albergue que ha representado años atrás una vocacion cenobítica, á riesgo de que los espíritus maliciosos de la comarca conserven de su habitadora una leyenda del diablo. Al Oeste dos alcornoques sombrean una pequeña fuente cubierta de césped, con un dintel tronchado que le sirve de cornisa. A la vera del antiguo camino de los devotos que venian en romería á visitar la catedral de Santiago, en el *Carballo das Cambas*, existia otra fuente renovada en 1670 para alivio de los peregrinos (3). Sobre el pilon de la *fuente de Santiago* se habia esculpido en una piedra el romancero religioso de la reina Lupa: dos árboles, un dragon, tres toros, dos discípulos del Apóstol, haciendo uno de ellos la cruz al dragon, dos castillos y un leon: lo milagroso unido á lo caballeresco, lo devoto á lo señorial.

De los árboles que en lo antiguo cubrian las vertientes de la montaña, al decir de los ancianos, solo han quedado algunas encinas hácia *San Juan da Cova*. Al Nordeste se descubren en el fondo de la pendiente algunos tejares que representan apiñadas colmenas.

En una de las masas culminantes de cuarzo, se ha colocado en 1831 una cruz de madera de veintisiete piés de elevacion, para salvar al pais de los estragos del cólera morbo (4). En 1836, un rayo la hizo astillas. La peste ya era entonces un pavoroso recuerdo. Hácia el Oeste, cerca de los peldaños abiertos en el césped por las pisadas de los romeros y de los curiosos, se descubre una de las entradas subterráneas del *pozo* del *Pico-Sagro*. Su desagüe está abierto en cuarzo y cristal de roca (5). Cerca de la capilla de *San Sebastian* tambien se descubria otro camino, que fué cegado por haber caido una pastora en el fondo del precipicio. Se cuentan esploraciones científicas y aventureras que no han pasado de la tercera galeria. Los chillidos de las aves de rapiña, multiplicados en las concavidades del *pozo*, los arroyos desprendidos de las grietas enmohecidas sobre un lago que se adivina, aunque no se ve, los recodos inesperados que fatigan el cuerpo y preocupan la imaginacion, y los bordes sombríos de la sima, en cuyo término se estrellará la ciencia y la curiosidad, por las piedras arrojadas en su fondo por los romeros que concurrian á las dos festividades anuales de *San Sebastian*, suspenden al viajero en su infatigable avidez. Algunos fragmentos de cristal de roca recogidos en las paredes del subterráneo no compensan los peligros de rastrear por su angosta embocadura, encorvarse bajo sus escavaciones horizontales, y ser suspendido por una cuerda sobre el fondo de la tercera galeria (6).

El viajero busca el azul del firmamento y la suave entonacion del lejano horizonte. Escala la meseta de la cima, y vacilando en medio

(1) En el libro viejo de bautizados de Santa Maria de Lestedo se reconoce que desde 1617 no se ha bautizado en San Sebastian de Monte-Sagro. Desde 1779 se bautiza en San Lorenzo de la Granja, incorporado á Lestedo en 1579, como iglesia parroquial, antes de cuyo año se administraba este sacramento en Santa Maria de Lestedo. Desde 1617 es capilla San Sebastian de Pico-Sagro, cuya iglesia se abandonó como parroquial á consecuencia de su posicion topográfica, combatida frecuentemente por las tempestades. Desde 1622 existe en esta ermita una cofradia con la advocacion de San Sebastian

(2) Esta abadia, como las de San Lorenzo de Carboeiro, San Salvador de Bergondo, San Martin de Candoas y otros prioratos, fué incorporado al monasterio de San Martin Pinario (Santiago) en el siglo XV. Ha debido ser aneja de San Payo de antealtares (de la misma ciudad), como San Martin de Ozon, San Julian de Sabades y Santa Maria de Tosto, incorporados á aquel monasterio. El *Pico Sagro*, pertenecia á la jurisdiccion del arzobispo de Santiago, y las monjas de San Payo presentan el curato de Santa Maria de Lestedo. La antigua jurisdiccion de *Lestedo* y *Montesacro* se componia de las feligresias de Lestedo y Sarandon, cuyo juez ordinario nombraba el prelado compostelano.

(3) Don Pedro de Valdes Feijoo y Novoa, lectoral de la catedral de Santiago, ha costeado la fábrica de esta fuente.

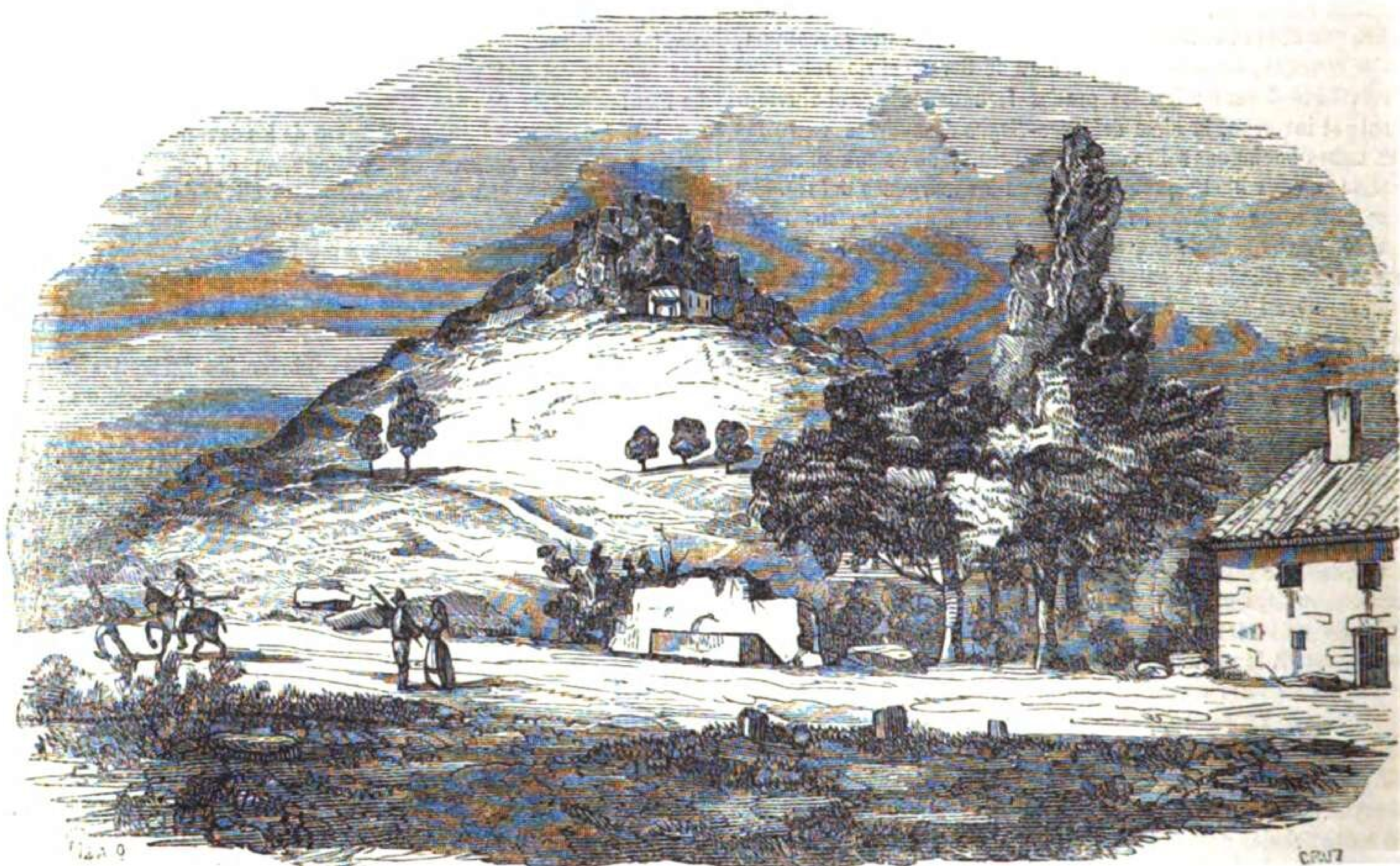
(4) Por disposicion del Excmo. señor Velez, prelado de Santiago.

(5) Segun SCHULZ (*Descrip. geognóst. del reino de Galic.*). Madrid, 1835, página 17), el *Pico-Sagro* presenta la singularidad de ser formado de cuarzo medio cristalizado blanco. Sus cercanias son de gneis, micaceo, granito, y anfibolito.

(6) Los romanos llamaron a esta montaña *Mons-sacer*. JUSTINO asegura que tenia criaderos de oro, tomando el nombre de *sagrado* porque solo al rayo le estaba permitido abrir la tierra para recoger este precioso metal. Las esploraciones geologicas combaten esta autoridad. El *pozo* del *Pico-Sagro*, abierto por los esclavos y prisioneros bajo la vigilancia de las legiones romanas, habrá proporcionado cuarzo para la fabrica del *hormigon* en las obras públicas de Galicia.

de las corrientes del viento, como una efigie desclavada sobre su peana, dilata su vista en el estenso panorama que se ofrece á sus ávidas miradas. Desde la cumbre del *Pico-Sagro* se descubre el valle de la *Ulla-baja*, sembrado de castaños, robles, pinos, frutales, cipreses, emparrados, maizales y prados en simétrica proporcion con las torres de las iglesias, los *horreos* de las aldeas, y los palomares de las casas de campo. Es un prolongado jardin, interrumpido por las corrientes del *rio Ulla*, que aparece y desaparece, murmurando en las pesqueras. Las barcas de *la Barreira* y *Sarandon* cruzan sus aguas como los reptiles de los prados atraviesan al anochecer las veredas públicas. Los molinos sacuden violentamente las trémulas orillas del rio, como los esforzados pescadores de una redada encharcan sus piés para espantar las truchas y los salmones. Las torres de las iglesias toman el color del helecho seco. Las casas de campo se achican. Los palomares blanqueados, esparcidos en el valle, que recuerdan el cubo de las fortalezas góticas, se asemejan á los peones de un inmenso tablero de ajedrez. Las montañas salen al encuentro del viajero en revuelto anfiteatro. Los campos presentan las suaves graduaciones del fondo de las perspectivas de delicada entonacion; el verde desvanecido de los maizales sazonados, se encuentra antes del verde-gay de los prados, y se aleja del verde-oscuro de las hojas de los robles y de las encinas. Pardas lomas se levantan en medio de la vega, como la tierra removida por los topos sobre la yerba de los prados: son los remotos templos druídicos ó las antiguas atalayas romanas; son *los castros* de la comarca.

Las vertientes de los rios Ulla, Tambre, Miño y Sil, comparecen delante del viajero. La distancia cubre de bruma las apartadas cumbres. Al Noroeste se distingue á Santiago (1), recostado sobre el monte Pedroso y angostado por el monte Viso, como una caravana de peregrinos descansando al pié de las torres de la catedral, que el sol descubre como cipreses seculares. Al Sur se remonta hácia las nubes la escueta subida de Santa Baya. Al Oeste brilla con cambiantes indecisos entre los montes Gesteiras y Lápido la ria de Arosa, que desagua en el nacarado celaje de la mar. Desde el *Pico-Sagro* parece el reflejo de las armas de un ejército en movimiento. En esta direccion salen al encuentro las caballerescas torres de Altamira, entre severas montañas, como un gigantesco nido de buhos.



(El Pico-Sagro.)

El celaje de esta decorada perspectiva es formado por el humo de las *estivadas*, que se remonta en prolongadas espirales y se acerca á la loma del *Pico-Sagro,* agrupándose en ligeras nubes bajo los piés del viajero.

Ulla-baja, setiembre, 1851.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

EL CABALLERO DE LYS.

Hará como cosa de unos diez años, y en la estacion nebulosa del adviento, que nos reuniamos durante una helada tarde de diciembre bajo el techo paternal. El mas jóven de la familia, el mismo que escribe estas líneas, acababa de terminar la lectura del Evangelio del dia. Mi anciano padre, hombre de otra época como veis, pues disponia que se leyese el Evangelio en familia, segun costumbre adquirida de sus antepasados, habia tambien concluido sus esplicaciones cristianas, que si mal no me acuerdo versaban sobre las virtudes de la Vírgen María, y todos esperábamos que nos refiriese, segun solia hacerlo, alguna anécdota de otro tiempo. Después de un silencio prolongado, como el de mi preámbulo; después de algunos gestos oratorios que hicieron resonar su sillon patriarcal, herencia de sus abuelos, y en el cual descansaban sus setenta y cinco venerables años, se sonó, tosió y dió principio de este modo á una historia de sus buenos dias.

Habia en otro tiempo un caballero de gran renombre y alta nobleza, llamado el caballero de Lys. Habitaba el antiguo castillo de sus abuelos, vieja fortaleza de torres aspilleradas, y cuyas ruinas, que dominan aun con sombria majestad á los mas elevados árboles del bosque del Man, me enseñaba mi abuelito cuando yo era rapaz. Su esposa, la piadosa Teodelinda, solo conocia el camino de la iglesia del lugar y el que conducia á la cabaña del pobre siervo: pero él, en todo el ardor de la juventud, demasiado confiado en los tesoros conquistados por sus antecesores, se entregaba locamente á los placeres y á dilapidaciones que ningun género de advertencias ni de consejos podia moderar.

Acababa de entrar cierta noche en el castillo, de vuelta de una caceria, cuando su administrador, á quien habia mandado que preparase una fiesta para el dia siguiente, se le presentó y le dijo:

—Monseñor, vuestras arcas están vacias, y hoy mismo vuestros acreedores...

De pronto resonó el sonido de la trompa guerrera en la fortaleza, y el puente levadizo se bajó para dar paso á dos caballeros, que fuéron reconocidos como enviados del rey de Francia, por las lises de oro que ostentaban sus armas y sus blancas sobrevestas. Sus corceles atravesaron el puente, é introducidos los mensajeros en la estancia del magnate feudal, y después de los cumplimientos de etiqueta, díjole uno de ellos:

—Anunciamos á monseñor que el muy alto y muy poderoso Luis,

(1) Esta montaña que se divisa á larga distancia en diversas eminencias de Galicia, descubriéndose su cima desde los *puertos* de las provincias limitrofes, dista dos leguas de Santiago, levantándose aislada hácia el Sudoeste.

rey de Francia, pasará dentro de tres dias por este castillo, y requerimos á monseñor para que le prepare el vino de la llegada.

Estas palabras fuéron un rayo para el pobre caballero: sus arcas estaban vacias, su crédito agotado, y dentro de tres dias debia recibir al rey de Francia. Fingió sin embargo el mas estremado contento, ofreció generosa hospitalidad á los mensajeros de su soberano, y habiendo manifestado estos que tenian que llenar otra mision, montó en su blanco alazan y los acompañó hasta mas allá de sus dominios.

Aquel dia habia hecho un calor insoportable: al ponerse el sol, se habia cargado el horizonte de vapores azulados, y el aire parecia tan pesado como el plomo: el azul del cielo habia desaparecido tambien bajo una capa de color gris, y el pastor que conducia su rebaño al establo, decia enjugándose el sudor de la frente:—La noche será tempestuosa.—No se habia equivocado, porque no tardó en zumbar el trueno á lo lejos, las copas de los árboles comenzaron á agitarse, una nube oscura se esparció en el horizonte, y otras mas gruesas iluminadas por mil relámpagos ocuparon la atmósfera, elevándose sobre las



inmediatas colinas y estendiéndose como un lúgubre crespon por todo el valle.

El caballero de Lys volvia á su castillo entregado á sombríos pensamientos, cabalgando lentamente por el valle de las Hadas. De pronto lanza su corcel un siniestro relincho, se encabrita, é insensible á la espuela por primera vez, se niega á avanzar. Al mismo tiempo se entreabre la nube, deja ver lenguas de fuego, cuyo lívido resplandor atraviesa el espeso follaje de los bosques, y se presenta al caballero un guerrero inmóbil sobre negro alazan y con armas negras. Recordando con aquella aparicion todas las historias de hadas y de duendes que le habia referido su nodriza, tiembla un instante, pero llamando en su ayuda su reconocido valor, pregunta al desconocido:

—¿Quién eres tú?

—Soy el caballero Negro, le responde aquel; sé que te encuentras sin recursos y vengo á tu auxilio para ofrecerte tanto oro como necesites para reparar tu fortuna; pero exijo de tí dos cosas.

—Habla.

—Que renuncies á Dios.

—Accedo, responde el caballero de Lys, con acento vacilante y después de dudar un momento.

—Que renuncies á la Santa Virgen.

Entonces se turba enteramente el señor feudal.

—¡Renunciar á la Santa Virgen! murmuraba... No, jamás. ¿Qué diria mi anciana madre, que me ofreció á ella en mi niñez? Y diciendo esto inclinó sobre el pecho la cabeza bañada de sudor frio, al mismo tiempo que repetia:—No, jamás. ¿Qué diria mi anciana madre?

El caballero Negro le incita, pero al oir su constante negativa le dice:

—Pues bien, dejo á un lado la segunda condicion, pero dentro de un año, en igual dia y á esta misma hora, te espero aquí con tu esposa.

—Sea así, responde el caballero; seré exacto á la cita por el nombre que llevo...

—Ahora, manda abrir la tierra allá abajo, al pié de la última encina del bosque.

No bien pronunció estas palabras el caballero Negro, cuando desapareció: el magnate llegó sin accidente alguno á su fortaleza.

El rey de Francia recibió una acogida digna de su grandeza. ¿Quién



podrá describir el esplendor con que brilló aquel dia el viejo castillo del caballero de Lys, la magnificencia de sus tapices, el lujo de sus mesas, el número de los convidados, la riqueza de los presentes que se hicieron al rey Luis y á su séquito, la admiracion y la envidia de los caballeros vecinos al contemplar una magnificencia á que no podian llegar, y las frases de benevolencia con que el monarca recompensó una acogida tan estraordinaria? ¿Quién osaria enumerar tampoco las fiestas, con que el rico señor procuraba menos servir á sus inclinaciones pródigas, que aturdir los siniestros presentimientos que hacia nacer en su alma el recuerdo de la fatal promesa? En medio de tan ruidosos placeres oscureciase muchas veces su frente, y la dulce Teodelinda, que ignoraba la causa, se decia: «Cierto es que los placeres de la tierra, en vez de hacer feliz al hombre, aumentan sus desgracias.» Después rogaba á la Vírgen que desterrase del corazon de su esposo todas las vanidades.

El momento que tememos siempre llega con alas desplegadas, asi como una hora de felicidad tarda siglos en llegar, por mas que la esperemos. Trascurrió un año y el dia de la cita tocó á su término. Por la tarde, mas sombrio que de costumbre, el caballero propuso á su esposa un paseo hácia el valle de las Hadas.

El cielo estaba puro y la naturaleza en calma; el caballero, absorto en dolorosos pensamientos, fijaba la vista en el suelo y solo interrumpian el silencio de los bosques los pasos de los dos corceles sobre las hojas y la yerba. Acercábanse ya al sitio fatal, cuando la piadosa Teodelinda rogó á su esposo que la aguardase un instante mientras ella iba á orar á la Vírgen de la ermita, separada algunos pasos del camino que llevaban. No tardó en volver á unirse con él, y ambos prosiguieron su silencioso paseo. Llegan por fin al lugar de la cita, donde ya les espera el caballero Negro armado de punta en blanco. Pero de pronto se turba y empieza á temblar.—¡Ah, cobarde! esclama, me has engañado.—Al decir esto, huye despavorido rechinando los dientes.

Admirado el señor feudal mira á Teodelinda... Pero no ve á su esposa, sino á la Vírgen de la ermita, radiante de luz, con una corona de estrellas sobre su cabeza y pisoteando al dragon. El caballero se postra á sus plantas y pide perdon de sus culpas; la Vírgen se lo ofrece: le dice... que debe á su devocion hácia ella el no haber sido arrastrado al infierno, y le manda que vaya á reunirse con Teodelinda, que ha quedado dormida al pié de la imágen de la ermita. Enseguida desaparece entre las melodías de un concierto celestial.

Una capilla, cuyas últimas piedras cubiertas de musgo es lo único que se ve, atestiguó á los descendientes del caballero el singular poder de la que salvó á su padre.

—Ya lo veis, hijos mios, añadió mi padre despues de una corta pausa y mirando á sus hijos con espresion; cuando el hombre se desliza fuera del camino de la virtud, que se guarde de renunciar á la devocion de la Vírgen, porque ella es su último refugio: nunca lo olvideis.

Nunca lo olvidaron, y vosotros... no lo olvidareis tampoco. Acordaos siempre de aquella Vírgen que os han enseñado á venerar vuestros padres.

ESTADO ACTUAL DE LA LITERATURA RUSA.

«Para inventar una idea cuyo gérmen no se hallase en parte alguna, menester seria inventar toda la humanidad entera.» Luminosa verdad es esta, que reprodujo últimamente bajo otro aspecto el ingenioso y profundo crítico francés Gustavo Planche. Ninguna duda tiene que en literatura, filosofía, ciencias morales y políticas, todo se ha repetido mil y mil veces en diversas lenguas y distintos paises. Inventan unos lo que se hallara un siglo antes; se deslian otras rancias ideas, cuando no buscan nuevas formas para viejas cosas. Nada le queda ya al espíritu humano que descubrir, sino es nuevos doctores de mecánica, ó nuevas sustancias por medio de la química; mas en moral y en política, no alcanza ya la humanidad á renovarse, porque todo lo ha visto y lo ha probado.

Fuerza es, empero, distinguir la humanidad correctiva del hombre individual. Cuanto hay que decir ha dicho la humanidad, y sabe cuanto hay que saber; mas el hombre no acabará jamás de decirlo todo, ni sabrá nunca lo que hayan dicho los demás hombres. Así como por la ley de gravitacion en la naturaleza física, muévese sin cesar el pensamiento en el hombre, y la inmobilidad es la muerte de este pensamiento. Los hombres que no piensan, no existen para la humanidad, y son tan solo máquinas ambulantes.

El gérmen de todo lo bueno ó malo es el saber, y este conduce la humanidad á la perfeccion. El pensamiento es la vida del deseo de saber; la palabra y el arte de escribir, los dos órganos de esta vida. Ignoro dónde se halla el gérmen de estas ideas; lo que puedo decir es que las encontré en mi cabeza.

Así pues el deseo de saber en el hombre hace que se mueva constantemente el pensamiento, y este no alcanza á moverse sino andando siempre por el camino de la novedad. He aquí por qué no se parecen unas á otras las generaciones. Todo cambia: lengua, literatura, forma de pensamientos, género de vida, trajes, usos, costumbres. Todos estos cambios los producen el deseo de saber y el pensamiento.

No hablo yo de los que no piensan. Para ellos no hay mas que una sola vida, la de la digestion. Nada ven, nada oyen, nada penetran, y han de someterse á la influencia de pensar estraño.

En literatura sobre todo es donde se muestra el pensamiento. Originales han querido ser todas las naciones; todas han creido inventar, y solamente han imitado bajo ageno influjo. No se sabe á punto fijo á duiénes siguieron los griegos; pero si que á estos imitaron los romanos, y que á estos, y á aquellos y á sus abuelos copiaron los árabes en España. Estos tres pueblos, aunque imitando á otros pueblos, introdujeron no obstante en su literatura una nacionalidad fundada en su religion, sus usos y costumbres. En la edad media, compónese la literatura de una mezcla de griego, romano y árabe, que tuvo por base el fanatismo religioso. Siguiendo á la edad media y poniéndola por añadidura su sello de nacionalidad, se formó la literatura inglesa. Así que logró desarrollarse en su civilizacion la Francia, fué al tomar por modelos á griegos y romanos, revistiéndolos de sus cortesanas formas; porque no habia nacion en Francia entonces, y sí solo una aristocracia sometida á la corte. Alemania, despues de haber adoptado una lengua propia, vaciló largo tiempo antes de sacudir el yugo de la escuela clásica. En España existen dos escuelas, una modelada en la escuela francesa, y otra calcada sobre la edad media.

Cuando apareció Rusia en el teatro del pensamiento, ninguna de las lenguas modernas de Europa dominaba todavia á la literatura universal. Los primeros apoyos de que se sirvió Pedro el Grande para introducir la civilizacion, los miembros del bajo clero prusiano, clero organizado segun los principios del jesuitismo, procuraron dar formas latinas á la nueva lengua rusa y quitarles las espresiones que del esclavon de occidente tenia. Pero ni el príncipe Kantemir, ni Estépado Yakorsky, ni Teófano Prokopovitch, ni Gabriel Boujniski, hombres sabios y de sublime talento, echaron cimientos á la lengua y literatura, por no estar en armonía sus tentativas con el espíritu del idioma y carácter de la nacion. Hinchada y oscura en sus periodos, como la escuela latina, retorcíase la lengua rusa, agotándose en versos silábicos, y pedia que desatasen sus alas, y se la diera mas espacio. Hízolo Somonosof, y se lanzó á las regiones etéreas, y no es que llegara de un solo vuelo á las alturas á que debiera alcanzar, porque se arrastraban por el suelo todavia los contemporáneos de Somonosof, y deseaban contenerlo en su esfera. En aquella época empezó á tomar nueva direccion la literatura rusa. Aunque formado en Alemania Somonosof, no alcanzó sin embargo á introducir en Rusia las libres formas de literatura alemana, á causa de que al propio tiempo se levantaba una lucha en Alemania entre la nueva y la antigua lengua, y no habia aun tomado su literatura segura marcha. Principiaban tambien entonces la lengua y literatura francesas á estender su reinado por la Europa civilizada, y la diplomacia se servia solo ya de la primera. Si cuando nació la literatura rusa, hubiese aparecido en aquella nacion algun Racine, Corneille, Boileau, Crebillon, Molière, Fenelon, Bossuet, etc., hubieran creado una literatura nacional, sacando sus elementos de la vida, antiguos y modernos usos, costumbres y rasgos rusos. Empero la Rusia tenia entonces hombres instruidos, sin un solo ingenio; y como estos hombres hubieron de someterse naturalmente á la influencia de estraños ingenios, tomaron tambien sus creaciones como otros tantos modelos. Bajo el patronato del conde Schouvaloff y de la princesa Daschkof se formó la literatura rusa, calcada segun la escuela francesa, la cual reinó largos años, y cuya total imperfeccion consistia en estar fuera de la naturaleza. Los pastores y zagalas de Florian pensaban y sentian como los Aquiles y Berenices de Racine, es decir, como las duquesas y marqueses franceses, y toda la belleza de esta literatura se cifra en el lenguaje y estilo.

La pobre Sisa, *Natalia*, *la hija del Boyardo*, *Massa-Possadnitza*, de Karannzine; las fábulas, canciones, y sobre todo los cuentos de Dmitrief, son encantadoras producciones que compararse pudieran con las mejores obras en este género del siglo XVIII. Estos modelos formaron á todos los lectores y escritores rusos de la generacion actual, de suerte que Karannzine y Dmitrief son sus institutores.

En medio del pacífico y armonioso curso de la escuela francesa, salieron de repente producciones nacionales con todo el sello de la rústica sencillez rusa. Tales fuéron las poesías de Krilof, cuyas imágenes, situaciones y lengua son verdaderamente rusas: despues de haber trasformado á Esopo, Pilpay y Lafontaine, creó aquel escritor la fábula nacional con su carácter particular y originalidad perfecta.

Habíase formado entonces otra nueva literatura alemana, modelada en los antiguos libros de Inglaterra y del occidente de la edad media: la inglesa habia tomado tambien otra direccion, despues de purificarse de su barbarie en el crisol del siglo XVIII, conservando sin embargo sus formas originales, y la llamaron romántica en recuerdo de la lengua y poesía que sirvieron de cimiento para unir las partes heterogéneas en las escuelas inglesa y alemana. Por oposicion se llamó clásica la antigua escuela francesa, y estableciose entre ambos tremenda lucha, que se funda en las formas y libertad de lenguaje. Desde entonces cuantos pensaron y sintieron con vehemencia, adoptaron la literatura romántica, que se puede tambien llamar nacional; porque se toman sus argumentos en la historia, usos y costumbres nacionales. Griegos deben aparecer siempre los hijos de Grecia, rusos los de Rusia y no franceses, con todas sus creencias, sus pasiones, sus errores y sus ideas.

Joukofiki fué el primero que introdujo en Rusia la poesía romántica. Alejandro Pouschkine, á pesar de su originalidad, no es otra cosa que el resultado de Joukofiki, porque este le creó, y no Gethe, Schiller ni Biron. Cuando se echó á escribir Pouschkine, con inspiraciones de naturaleza rusa, no conocia mas que á Joukofiki: el primer ensayo de este célebre escritor, *El cementerio*, llenó de asombro á todos

los rusos, porque era lenguaje hasta entonces desconocido; y *Svetlana* hizo luego época, y se consideró como la primera piedra puesta en los cimientos de la poesía rusa nacional.

Hablo solo de los grandes capitanes de la literatura rusa, y no de las legiones que tras de ellos siguen, harto medianos, cuando no pésimos.

En todas las naciones la poesía ha dejado atrás á la prosa, y ha acabado por ahogarla. Creados por naturaleza los poetas, obra en ellos la imaginacion y el sentimiento. Los prosistas tienen necesidad de estudio y reflexion y de muchos años para formarse y producir cosas buenas. Al prosador no le basta la sola inspiracion.

La falta de instruccion clásica, la mala costumbre de descuidar su lengua materna, y la carestía en fin de buenos institutores, hacen que tan lento sea el desarrollo de la prosa rusa; de cada veinticinco escritores rusos puede asegurarse que cinco apenas conocen los principios de su lengua, y que la mitad de ellos escriben por instinto y al acaso.

Muy poco se ocupaban antiguamente en Rusia de la lengua alemana, y hoy dia no hay escritor que no la sepa, lo mismo que su literatura. Hasta los franceses han conocido esta necesidad, y no hay jóven autor que no estudie las producciones inglesas y alemanas.

Sin embargo, la nueva direccion que se ha impreso en la literatura rusa, no la tiene de Inglaterra ni Alemania, sino de la Francia romántica. Y no es que hayan dejado los rusos de declarar irreconciliable guerra á la nueva escuela francesa; pero en esto se parecen á los antiguos romanos, que combatiendo al mundo entero, tomaban de todas partes armas, leyes, dioses y usos, y sobre ellos fundaron su literatura. Desgañitanse sin cesar los rusos gritando contra los jóvenes escritores franceses, y casi todas sus producciones modernas se resienten de la lectura de Victor Hugo, Julio Janin, Balzac, etc.

Así que desde su nacimiento no se ha apartado jamás la literatura rusa del camino de la imitacion, y particularmente ha estado sometida á la influencia francesa. Alguna chispa de originalidad se vió de cuando en cuando; pero dos ó tres poetas y otros tantos prosistas originales, no componen todavía una escuela independiente. Sin embargo, el romanticismo, el naciente gusto del público en cuanto sea verdaderamente ruso, la aficion á ciencias históricas, y la inclinacion de la juventud á ilustrarse, presagios seguros son de que aparecerá en breve una literatura rusa original y del pais. Los mismos síntomas precedieron á la revolucion literaria de Alemania, y luchó la nueva lengua con las viejas formadas, como en tiempo de Lessing y Gottsched. Verdad es que en nada se parecen las dos luchas, porque nosotros disputamos por meras palabras, pensando que una espresion puede valer mas que otra; y ni Walter Scott, ni Biron, ni Gœthe, ni Schiller, lejos de escluir palabras, desterraban las inusitadas, dándolas vigor y lozanía. ¿Por qué ha de preferir un rico la moneda corriente, si puede hacer circular la antigua que en su gaveta tenga? Harto sabemos que alcanza un escritor á ser elocuente sin hacer redondeados y altisonantes periodos; y que lejos de consistir la elocuencia en escogidas espresiones, fúndase mas bien en pensamientos fuertes y profundas sensaciones, correctamente espresados y sin amaneramiento. Para escribir no se conoce el estilo nacional en los libros y salones, ni en las conferencias con literatos, sino en las pláticas con el pueblo, en el estudio de su vida, de sus costumbres, sus creencias, sus canciones y modismos.

La crítica de los periódicos rusos se va perdiendo cada dia mas, y los mismos que debieran fomentarla la desechan. Rara vez es séria la crítica rusa, y por eso cualquier broma la toman á personalidad aquellos escritores. En ninguna parte existe tanta hostilidad y odio entre los literatos como en Rusia, ni arman en los periódicos tan sangrientas disputas.

Crea actualmente una generacion nueva de autores que prueban sus fuerzas en las *Revistas:* Timofeyef y Yerchof son los que dan mejores esperanzas. En cuanto á la poesía, hace ya mucho tiempo que nada han producido sus jefes, los cuales se han dormido ya en sus laureles. Los diarios del ministerio de Instruccion Pública encierran preciosos materiales para la estadística y la historia del imperio.

Como obras científicas de suma utilidad pueden citarse la *Estadística del gobierno de Jenissei*, por Mr. Stepanof; la *de comercio*, por Mr. Nebolsine; *Descripcion del Cáucaso*, por Zoubof, y el *Viaje alrededor del mundo*, por Liské. Con respectó á la historia, no han salido de la imitacion; y prosélitos del escepticismo como en Francia, dudan de la autenticidad de casi todos los sucesos antiguos. La actividad de sus sabios y literatos se ha concentrado ahora en el *Diccionario enciclopédico*, monumento el mas sólido de su época literaria. Muchos artículos de este diccionario brillan cual luminosas estrellas en sombrío horizonte. Tales son: *La vida del emperador Alejandro*, y otro artículo intitulado *Oriente*, de Mr. Senkofsky.

La literatura rusa actual da por resultado: pocas producciones buenas entre las infinitas que se han dado á luz; falta de buenos críticos; fomento en la estadística; conjeturas mas bien que hechos demostrados en historia; estagnacion en estética y matemática, y pronunciada tendencia de la literatura al romanticismo, segun los modelos de la nueva escuela francesa. En poesía pocas novedades; de suerte que los trabajos intelectuales en estos últimos dos años han sido de poquísima importancia, y la marcha de las ideas y síntomas de desarrollo lentas y débiles. La esperanza literaria de la Rusia está en el porvenir.

EN UN ALBUM.

No á los mortíferos golpes
de los tajantes aceros,
con susto huyó de las lides
el bendado niño ciego.
Su vivo fuego estremece
de placer los almos cielos,
puebla los bosques sonoros,
inflama del mar los centros.
Viste Amor blanco pellico
en el campestre sosiego,
sedas y oro en los palacios,
malla en el bélico estruendo.
El la condicion derriba
del miserable avariento,
arrojo infunde al cobarde
y bondad aumenta al bueno.
Siente por otros sentidos,
mira por ojos agenos,
humildes valles encumbra,
une cayados y cetros.
Suyo el adorar rendido
la hermosura y el talento,
suyo el santo amor de madre
y suyo el cristiano pecho.
Mas ¡ay! que es tambien su llama
orígen de amargos yerros,
fiera batalla del hombre
y lastimoso trofeo.
Guerra y paz, hado y fortuna
rige con igual imperio.
Nadie le injurie ni ofenda
que es vengativo y certero.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

Epístola que una que no es erudita, ni aspira á serlo, dirige al Director del Semanario.

Dejaba apenas el lecho
esta mañana á las diez,
cuando una cerrada epístola
viene en mi mano á caer.
Tinta color de violeta,
ribetes de oro el papel,
y sobre el lacre de grana
sellado un galgito inglés.
Abro, leo, me confundo,
vuelvo de nuevo á leer,
y á quedarme como estaba
vuelvo de nuevo otra vez.
Busco la firma, no hay firma,
busco señas, no hay de qué,
y en vano miro y remiro,
una vez, dos, hasta seis.
Solo con letras de á palmo
«los críticos» llego á ver,
escrito á modo de epígrafe
de lo que luego diré.
Por fin ¡venturosa idea!
«Ya se descubrió el pastel.»
Clamo, y con un coscorron
remunero mi saber.
«Justo, hé aquí la respuesta
que alguna dama de prez
dirige por mi conducto

al Semanario de ayer (1).
Teme acaso y con razon
fuera su estrella cruel,
directamente enviada
á mirarse perecer
en un cajon tenebroso,
de los que niegan el fué,
cajon que por lo que traga
de ministro pudo ser,
donde tantos memoriales
suelen morir de vejez.»
Y pues ya dije su historia
lo mismo que yo la sé,
allá va la dicha epístola
sin quitar y sin poner.

LOS CRITICOS.

«Cruel llaman á Neron
y cruel al rey Don Pedro,
como si fueran los dos
dos críticos de estos tiempos.
Estos sí que trastornaron
las leyes del universo,
haciendo lo recto, curvo,
llamando lo blanco, negro.
O el mundo se ha vuelto niño
cansado de ser tan viejo,
ó tantos que nacen sabios
es porque lo dicen ellos.
Vivimos en tales dias,
llegamos á tal estremo,
que es crímen de lesa-crítica
tener las mugeres seso.
Hombres, tened compasion,
tened piedad, por el cielo,
de quien tantas otras veces
os llamais humildes siervos.
Tanta discreta lisonja,
tanto piropo y requiebro,
por Dios no troqueis crueles
en insulto ó menosprecio.
Para esta nueva cruzada
permita Dios justiciero,
que por salvarnos siquiera,
no nazcan Juanes ni Pedros.
Sed una vez generosos,
trocad en amor el ceño,
los queridos de las damas
por galanes y discretos.
Perdonadles sus chocheces
á Safo, á... mas quedo, quedo,
no me llamen erudita
cuando tiemblo parecerlo.
Venga la rueca y el huso,
hermanas, vamos barriendo,
arrojad todos los libros
y el de misa lo primero.
¡Las mugeres racionales!
¡ellas con entendimiento!
¡válganos Dios, que desdicha!
¡qué calamidad! ¡qué censo!
Es una epidemia horrenda,
peor que el vómito negro,
hermanos teneis razon,
funesta plaga por cierto.
Mas no es tan malo que sean,
segun yo juzgo á lo menos,
las mugeres eruditas,
como los barones, necios.

Qué tal? La niña se esplica,
y mas severa que un juez;
que bien dijo aquel que dijo
que es el diablo la muger.
En fin allá va la carta,
con ella entiéndase usted,
y donde estuvo la ofensa,
la satisfaccion esté.

Francisco VILA.

(1) Correspondiente al 5 de diciembre de 1852.

LOS PIANOS PROSCRIPTOS.

Un amigo nuestro se propuso dias pasados dar un ejemplo verdaderamente heróico y filantrópico á todos los propietarios de la corte.

No queremos estampar su nombre ni el de la calle en que posee una magnífica casa, porque nos hemos pronunciado contra las reclamaciones, y porque el generoso mortal que ha concebido la idea de que hablamos, recibirá, si llega á completarla, las bendiciones de sus inquilinos, y esto debe bastarle.

Dicho amigo se empeñaba en colocar en la fachada de su casa un aviso monstruo con las siguientes palabras.—No hay piano alguno en esta casa.—No queria dar á entender con semejante advertencia que en los cuartos desalquilados hacian falta pianos, sino que de ningun modo se admitian inquilinos que los tuviesen.

Debia pues interpretarse así su rótulo, en caso de que hubiese llegado á fijarlo.

¡Oh madrileños, que deseais ver deslizarse vuestros dias y vuestras noches en medio de la mas completa tranquilidad, venid á ocupar sin temor esta casa, pues no incomodarán vuestros nervios ninguna escala cromática, ni sonata alguna á cuatro manos: aquí llegareis á la edad mas avanzada, sin haber esperimentado un momento de impaciencia y sin maldecir á los pianistas de arriba, de abajo, del cuarto derecho ó del izquierdo.

Deseo poco cristiano sin duda, pero que solo llega á ser un pecado venial, cuando se tiene por vecino á un músico que, á pretesto de que los laureles de Talberg le impiden dormir, nos tiene despiertos toda la noche ejecutando un trozo de Listz.

Una casa por alquilar, de la cual se proscribiesen los pianos, tendria derecho para poner por muestra: Al Paraiso terrestre.

Si en tal sitio no llegaba á gozarse la mayor suma de felicidad posible, debemos creer que la dicha es, en efecto, un sueño en la tierra.

Pero esto podrá consistir en que, desconfiando del piano, el propietario de la casa no se acordará del violin ni del clarinete.

El clarinete es un enemigo formidable.

Un principiante de violin debe considerarse como una calamidad pública.

Llega un inquilino con el rostro mas angelical del mundo, y deja que le registren sus baules para probar que es hombre inofensivo; entre sus muebles no se ve ningun piano, ni de cola, ni vertical: no hay pues inconveniente en que se instale, y el propietario se restrega las manos de puro contento.

¡Infeliz! Aquel enemigo del sosiego vecinal á quien acaba de entregar el cuarto, lleva en los bolsillos del gaban otro instrumento mas pérfido que el piano.

No bien ha tomado posesion de su estancia, y cuando los vecinos van á entregarse al sueño, empuña su clarinete ó su cornetin de piston, y empieza á alborotarles los cascos con el *Ay duquesa, duquesa, duquesa*, ó con el *Yo soy la nata y flor.*

Hé aquí suficiente motivo para que un buen cristiano se dé á todos los diablos y reniegue de las mas dulces melodías.

Si mi amigo el propietario quiere que realmente los cuartos de su casa se conviertan en sucursales del Paraiso celestial, será mejor que complete su rótulo enmendándolo de este modo:

No se alquilan estas habitaciones á personas que toquen cualquiera especie de instrumentos.

Mediante estas precauciones, podrá suceder que en la tal casa llegue á conseguirse disfrutar algun sosiego.

¡Dios mio!... ¡Y se me habia olvidado lo mas esencial!

¿Dónde dejamos á los dilettanti que noche y dia se afanan en busca del *dó* de pecho?

A estos es á quienes principalmente importa desterrar de los barrios de Madrid, y aun de los contornos de la capital.

Desengañémonos: los ejercicios musicales, ya sean vocales, ya instrumentales, en el centro de la corte, no hacen mas que barrenarnos los oidos, privarnos del sueño, y equivocarnos en todos nuestros cálculos y especulaciones.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario y de La Ilustracion, á cargo de Alhambra.



INDIO TICUNAS.

Ya hemos nablado en uno de nuestros últimos números de los bailes con que obsequian á los estranjeros los indios yaguas. Hoy ofrecemos á nuestros suscritores el grabado que representa á un jefe de los ticunas en traje de ceremonia.

Se conoce que es jefe por las cuatro plumas iguales que adornan el casquete, hecho tambien de plumas, que cubre su cabeza, y por otras cuatro de la misma longitud que las primeras que ostenta en cada brazo. Lleva por lo demás la cabellera larga, y anchos brazaletes de metal. Su rostro aparece pintado y lleno á trechos de rayas negras, con arreglo á la costumbre de la tribu á que pertenece.

Estos indios son pacíficos y hospitalarios, y su carácter, antes desconfiado y astuto, se ha modificado por su frecuente trato con los portugueses, que ocupan el fuerte de Tabatinga, muy bien situado en una altura de las inmediaciones del rio Javari. La fuerza militar de dicho punto se compone de un oficial y cincuenta soldados, y el pueblo, que lleva el mismo nombre de Tabatinga, está habitado por indios Ticunas, que se ocupan en la caza y en la pesca.

En la guerra con sus vecinos los yaguas y los oregones son muy temibles, y envenenan como ellos sus flechas con una sustancia vegetal, y cuyo contacto ocasiona inmediatamente la muerte.

19 de Diciembre de 1852.

Conspiracion de Rye-House en Inglaterra, en el reinado de Carlos II.—Causa de Lord Rusell y de Algernon Sidney.

El regreso de Jaime á Londres, en mayo de 1682, fué saludado por los gritos de alegria de los *torys*, que creian que la reaccion iba aun demasiado lenta. Se resolvió por de pronto sustraer completamente la ciudad de Londres á la influencia de los *whigs*. Nuevos *sherifs*, nombrados por la influencia de la corte, fuéron inaugurados por un destacamento de tropa, y en medio de violencias é irregularidades inauditas, fué colocado en el mando supremo de la ciudad un *lord-maire* tory. Los antiguos sherifs y los miembros del último jurado fuéron perseguidos, y la mayor parte de ellos condenados. Finalmente, para consolidar el poder omnímodo del rey, se procedió á una medida de la mayor importancia, que fué la de recoger las cartas de corporacion que constituian las bases de la libertad municipal. Una órden de *quo warrants* fué espedida contra la ciudad de Londres, suponiendo que su carta de corporacion estaba anulada por dos ofensas de que se habian hecho culpables los magistrados de la ciudad. Los jueces adictos á la corte condenaron á la ciudad, y tuvo que pagar muy caro el restablecimiento de sus privilegios, y someter en lo sucesivo los nombramientos de sus principales magistrados á la aprobacion del rey. Este ejemplo asustó á las demás municipalidades del reino, se apresuraron á arreglar á fuerza de dinero la conservacion de sus privilegios, la corte reorganizó sus instituciones reservándose el derecho de confirmacion de los funcionarios, y el de anular todo lo que considerara contrario á sus intereses.

Contra todos estos atropellos que el entusiasmo de partido hacia aprobar, los pocos *whigs* que se atrevian á pensar en la resistencia, no tenian ya mas recursos que una conspiracion. Ya en 1681, durante la enfermedad de Carlos, Monmouth y los lores Grey y Russell, citados por Shaftesbury, estaban convenidos en que cuando estuviera el rey en la agonia tomarian las armas para oponerse á la coronacion del duque de York. El restablecimiento de Carlos y el encausamiento de Shaftesbury hicieron abortar sus planes; las empresas atrevidas y tiránicas de la corte los hicieron germinar con nuevo vigor. Se organizaron levantamientos en Londres, en Bristol, en los condados de Chester y de Devon; pero los jefes de la conjuracion no pudieron entenderse sobre la conducta que se debiera observar, cuando se hubieren realizado estos levantamientos. Furioso Shaftesbury por la imposibilidad de hacer prevalecer sus ideas, y perdiendo además toda esperanza de buen éxito, emigró á Holanda, donde murió tres meses después. Después de su partida fué cuando tomó la conjuracion un carácter determinado. Habiendo perdido el duque de Monmouth su consejero habitual, se unió mas estrechamente con el conde de Essex, y este acabó por convencerse de que los amigos de la libertad no podian intentar nada con seguridad, sino valiéndose del nombre del duque, de su popularidad, tanto en Escocia como en Inglaterra, y haciendo valer su derecho á la corona. Hizo participar de esta opinion á lord Russel, que emprendió el inspirársela tambien á Algernon Sidney.

Sidney, que en el curso de una carrera larga y virtuosa habia tenido la singular ventaja de sostener la revolucion hasta su término, y de permanecer estraño á la condenacion de Carlos I; de resistir á Cromwell y de comprender que la revolucion vivia aun por su dictadura; de ejercer empleos en la restauracion, conservando opiniones republicanas no secretas, sino declaradas y universalmente conocidas, resistió por mucho tiempo á la seduccion de lord Russel. Estimaba poco al duque de Monmouth, y tenia mas odio al realismo que á Carlos II y al duque de York. «¿Qué me importa, decia, que un rey de Inglaterra se llame Jaime de York ó Jaime de Monmouth?» Pero asegurándole Russel que su opinion estaba apoyada por una minoria raquítica, puesto que habia en Inglaterra una prevencion innumerable contra la república, dijo: «Pues bien, ya que es menester sufrir el realismo, mas vale un rey cuyos derechos sean equívocos, porque al menos se verá obligado á dar mas libertad á su pueblo.» Desde entonces contó Monmouth á Sidney entre sus amigos. Este á su vez inició á lord Howard, hombre indigno de obtener su amistad, pero que habia sabido captársela fingiendo una homogeneidad de opiniones con Sidney. Lord Grey y Hampden, nieto del célebre patriota de este nombre, fuéron los últimos que entraron en la asociacion.

Sin embargo, al lado de este complot de magnates, se habia formado otra reunion de conspiradores subalternos que contaba tambien en su seno á Lord Howard. Antiguos republicanos, oficiales del ejército de Cromwell, mercaderes y aun artesanos formaban esta reunion, en la cual se habia formado el plan de asesinar al rey y á su hermano. Uno de los miembros de ella, llamado Bumbold, poseia una propiedad llamada Rye-House en el camino de New-Market, á cuya ciudad habian ido los príncipes á pasar el verano. Se propuso ir á esperar en Rye-House el regreso de los príncipes, y asesinarlos á su paso. Pero antes de que decidieran nada, un incendio que obligó al rey y á su hermano á volver á Londres antes de lo que se creia, hizo abortar este proyecto. Este retraso alarmó á los conspiradores, quienes para asegurarse la impunidad, descubrieron el complot al consejo privado. Uno de ellos, llamado Rumsez, declaró lo que sabia por lord Howard de los conjurados de alto coturno, y las relaciones que existian entre estos jefes y los escoceses descontentos. Russell, Essex, Sidney, Hampden y otros muchos fuéron arrestados y enviados á la torre de Londres; Monmouth y lord Grey escaparon á las investigaciones; lord Howard, preso tambien, compró su salvacion descubriendo todos los planes y pormenores de la conspiracion. (Junio de 1683.)

Tres de los conjurados subalternos fuéron ejecutados al instante; al morir reconocieron la justicia de la sentencia que se les impuso. El proceso de lord William Rusell, que se empezó poco tiempo después, escitó la curiosidad general, tanto por el interés que inspiraba el noble carácter del acusado, como porque los debates iban á descubrir si era positivo que los jefes del partido whig se hubiesen comprometido en los proyectos de los conspiradores subalternos. El suicidio del conde de Essex, que se dió la muerte en su calabozo la mañana misma del dia del proceso, fué fatal para sus cómplices. Se sirvieron de este incidente contra ellos, como de una confesion del delito. Howard declaraba además que Russell se habia reunido dos veces con Monmouth, Essex, Grey, Sidney y Hanyden; que la primera habian discutido sobre el sitio mas favorable para empezar una insurreccion, y la segunda sobre la conveniencia de enviar un agente á Escocia; Russell confesaba que se habia hallado en las dos reuniones referidas, y negaba obstinadamente que se hubiera tratado ninguno de los asuntos de que hablaba Howard; pero los jurados eran todos realistas acérrimos; después de una deliberacion muy corta, declararon reo al acusado, y fué condenado á muerte. Se hicieron los mayores esfuerzos para obtener del rey y del duque de York, si no el perdon completo del ilustre acusado, por lo menos la conmutacion de pena. Los dos príncipes estuvieron inexorables. «Si no se le quita la vida ahora, dijo el rey, pronto me la quitará él á mí.»

El dia de la ejecucion de lord Rusell (23 de julio), fué publicada la famosa declaracion de la universidad de Oxford. En ella negaba la universidad que la autoridad civil derivara originalmente del pueblo; negaba que existiera entre el príncipe y sus súbditos un contrato tácito, que dejando de ejecutarle una de las partes, produciria la ruptura de las obligaciones de la otra; y encargaba á todos los profesores, tutores, y catequistas que enseñaran á sus alumnos que la sumision á toda órden del soberano debia ser completa, absoluta y sin escepcion por parte de ningun estado ni clase.

Algunos meses después de la ejecucion de lord Russell, compareció Liz Algernon Sidney ante el tribunal real de justicia, cuya presidencia habia sido conferida á un juez llamado Jeffryes, que se habia hecho notar en las causas anteriores por la desvergüenza con que interpretaba contra los acusados las leyes y los testimonios. Sidney desplegó en su defensa una energia y una elocuencia que escitaron la admiracion general. Howard fué el solo testigo que declaró contra él, y la ley exigia dos. Jeffryes presentó al tribunal como segundo testimonio contra el acusado un manuscrito estendido de puño de este, y hallado entre sus papeles, en el cual discutia la legitimidad del poder de los reyes en general. Sidney declaró que aquel manuscrito, compuesto hacia algunos años, no era mas que la refutacion de una obra sobre el gobierno publicada hacia poco. Jeffryes contestó que la accion de escribir un papel criminal, aunque no se hiciera uso de él, era un acto de traicion, y que *scribere* era *agere*. Por consiguiente fué condenado Sydney.

Cuando oyó Sidney pronunciar su sentencia, esclamó: «Entonces, Dios mio, ¡Oh Dios mio! santificad mis sufrimientos, y no imputeis mi sangre ni al país ni á la ciudad! ¡Pero si esta sangre inocente que se va á derramar ha de ser vengada, que recaiga únicamente sobre aquellos cuya maldad me persigue por mi rectitud!» Al oir Jeffryes estas palabras se levantó furioso, gritando: «Y yo ruego á Dios que os dé la disposicion conveniente para comparecer á su presencia, porque veo que no estais preparado á ello.»—«Perdonad, milord, contestó Sidney presentándole el brazo, ahí teneis mi pulso: mirad, no late con mas celeridad ni violencia que otras veces. Gracias al Omnipotente, nunca he estado mas tranquilo que ahora.» Sidney sufrió el suplicio lo mismo que Russell, con valor y dignidad (7 de diciembre). Su nombre ha permanecido siendo querido y venerado por el pueblo inglés, como el de uno de los mártires mas nobles de la libertad.

Las venganzas de la corte se ejercieron en seguida con el resto de los conjurados, y como algunos escoceses se habian afiliado en la conspiracion, unieron al proceso de Rye-House todas las persecuciones hechas en Escocia. Una horda de esbirros se esparció en aquel país, mientras que Jeffryes iba á perseguir á los whigs en los condados de Inglaterra.

El duque de Monmouth debió su perdon á las instancias del marqués de Halifax, quien para fortificarse contra el ascendiente del duque de

York, se esforzó en reconciliar á Carlos II con su hijo. Seguro ya de las intenciones del monarca, Halifax envió á Monmouth una nota diciéndole que si deseaba ponerse en posicion de ser perdonado, debia salir del retiro en que se hallaba, constituirse en prisionero, y revelar todo lo que sabia, confiándose á la voluntad del rey. Monmouth obedeció.

Introducido á la presencia de Carlos y del duque de York, confesó, puesto de rodillas, la parte que habia tenido en los planes de los conspiradores, y descendió á los mas ínfimos pormenores de sus proyectos; pero protestó á su padre que estaba inocente de todo atentado contra su vida. En seguida pidió perdon á su tio y le prometió que si sobrevivia al rey, él seria el primero que desenvainara la espada para defender sus derechos al trono. Después de haberse rebajado hasta el papel de delator, pretendió persuadir á sus amigos de que no habia revelado nada que pudiera comprometer á los acusados, que estaban á la sazon juzgándose. El rey llegó á saber esta especie de retractacion, y exigió que el duque pusiera por escrito su declaracion, es decir, la existencia de una conspiracion, no contra la vida de S. M., sino para promover una revolucion. Monmouth recibió además la órden de no presentarse nunca ante el rey.

El rigor desmedido que habia ostentado el duque de York en el curso de estos sucesos, y el impulso que habia sabido dar á la reaccion, fuéron causa de que el rey declinara en él el cuidado de dirigir el timon del estado; pero su conducta fué tan imprudente y tan evidentes sus intenciones para el restablecimiento del papismo, que el rey empezó á alarmarse.

La discordia que reinaba hacia tiempo ya entre los dos hermanos, concluyó por estallar. «Mas tarde podrás, si te parece, le dijo un dia el rey al duque, esponerte á emprender de nuevo tus escursiones al continente: en cuanto á mí soy ya muy viejo y quiero permanecer aquí.» Otra vez Carlos se dejó llevar de la cólera hasta el estremo de decir: «No hay aquí término medio, es preciso que uno de los hermanos haga un viaje, y el menor será quien le emprenda.»



(Ejecucion de Sidney.)

Una vez pública ya esta discordia, la corte fué el teatro de intrigas misteriosas que el tiempo no ha conseguido esplicar aun. Monmouth, que no habia cesado de sostener correspondencia con su padre, volvió secretamente á Inglaterra, y con la ayuda del marqués de Halifax y de la duquesa de Portimouth, querida del rey, habia llegado á obtener el consentimiento de Carlos II para plantear un proyecto que consistia en reunir un parlamento, dar un mando importante al duque de Monmouth, desterrar al duque de York, y restablecer en todo su vigor las leyes contra los papistas; pero la muerte cuasi repentina del rey estorbó la ejecucion de este plan.

El 2 de febrero de 1685 sufrió Carlos II un ataque de apoplegía, que le hizo estar padeciendo cuatro dias, durante los cuales les asistieron el arzobispo de Canterbury y los obispos de Londres, Dorham, Ely, Bath y Wells; pero cuando le propusieron sacramentarle segun el rito de la iglesia anglicana, contestó solamente: «Lo pensaré.» El duque de York le preguntó entonces en voz muy baja si queria un sacerdote católico. «Manda venir, por Dios, le contestó el rey, con tal que no te espongas á algun peligro.» El eclesiástico Nuddlecton fué introducido secretamente, recibió su confesion, le administró la Eucaristía y la Estremauncion, y se retiró; pero esta circunstancia se divulgó pronto en todo el palacio. Carlos murió al dia siguiente, 6 de febrero.

Este príncipe ha sido objeto de los juicios mas contradictorios. Unos le han comparado á Tiberio, otros le han pintado como el modelo de los monarcas. Carlos estaba tan lejos de uno de estos estremos como del otro. El problema del reinado estaba reducido para él á estas palabras: «Vivir á su gusto y en el mayor reposo.» Este era todo su sistema político, el objeto á que lo sacrificaba todo, amigos, cortesanos, ministros; esta fué la causa de sus intrigras secretas, de su disimulo continuo. «Es necesario, decia, que un rey engañe á sus consejeros, á sus amigos, á sus parientes y al pueblo.»

Sucedió naturalmente que la perspicacia cortesana adivinó pronto su carácter, y que disfrazando constantemente sus ideas, no engañó realmente á nadie mas que á sí mismo. Esclavo de las mugeres, sometido á sus intrigas, ejerció por la ostentacion de su inmoralidad la influencia mas perniciosa sobre la clase elevada de sus súbditos, y su corte se convirtió en una escuela de vicios, en la cual solo se avergonzaban de observar las leyes de la moral. Juguete del estranjero, perdió como soberano todo poder independiente, y por sus estorsiones, por las interpretaciones forzadas de las leyes, por los juicios inícuos de los tribunales, preparó la caida definitiva de su dinastia.

Carlos no dejó hijos legítimos, pero habia reconocido nueve hijos naturales: el duque de Monmouth, hijo de Lucy Walters; la condesa de Yarmouth, hija de lady Shannon; los duques de Southampton, Grafton y Northumberland, y la condesa de Lichfield, hijos de lady Castlenairu, duquesa de Clereland; el duque de Saint-Alban y la condesa de Derwerswater, hijos de Nelly Gwin y María Davies, actrices ambas; y finalmente el duque de Richmond, hijo de la duquesa de Portsmouth.

FILOSOFIA DEL TRAJE.

Supuesto que no es fácil encontrar todavia un tipo de verdadera moda, ó alguna cosa reciente en el género elegante, ¿por qué no hemos de dedicarnos un poco á la historia y á la filosofía *fashionables*?

¿No vivimos en el siglo de las luces, al que, á Dios gracias, nadie disputa la importancia del traje? Los espíritus mas austeros, aquellos que piden con encarnizamiento la reforma de todo lo que es elegante en la vida, como sobrecargado de superfluidades, no se han atrevido á sostener que podemos andar en cueros. Esto no quiere decir que fal-

ten innovadores intrépidos que prefieran las bárbaras costumbres de los indios de la América del Norte á las decentes gracias de la civilizacion. Pero sin despreciar los encantos de un atavío completo de nácar amarillo ó de marfil negro, sin desconocer cuán satisfactorio debe ser conservar la piel lustrosa con pólvora, sostendremos siempre que la apostura del último de nuestros caballeros á la moda es preferible á la del dandy mas soberbio y estirado de las orillas del San Lorenzo ó del Misisipí, y que el traje de una madrileña (no aplicamos esclusivamente esta palabra á las hijas de Madrid) puede en rigor ser mas ocasionado á crear ilusiones, como ahora se dice, que el de las damas indígenas del Canadá ó de la Nueva Zelanda.

Esto no obstante, si examinamos de cerca tan grave cuestion, no podremos negar que el traje salvaje tiene algunas ventajas que le son propias. En efecto, entre los *choctaws* y otras tribus indianas, cada dandy es sastre de sí mismo, de lo cual resulta una precision en el corte y una armonía y exactitud en la forma, á que nunca habrán podido llegar seguramente ni los Caracuels ni los Utrillas. Por otra parte, las damas salvajes solo deben á su propio ingenio la confeccion de sus atavíos, evitando así aquellas razas privilegiadas los males y dolores sin número con que la incapacidad ó la inexactitud de nuestras modistas y costureras afligen á las sociedades europeas. Al otro lado de los mares no hay quejas, ni se conocen los ataques de nervios, ni las manga son jamás demasiado estrechas, ni los corsés demasiado altos, ni el talle aparece demasiado bajo, y al fin estas ventajas no son de despreciar, cuando se trata del sosiego de las familias y de la tranquilidad del género humano.





Despues de haber contestado á los adeptos del atavío salvaje, emprendámosla con otra clase mas numerosa de adversarios. Aludimos á esos fanáticos del arte, que con la cabeza atestada de imágenes de la antigüedad (en las que para mayor gloria de los escultores, se representa á la naturaleza sin velo alguno) sostienen que el mas bello adorno de la belleza es no tener ninguno. ¿Qué se alega en pró de tan singular sistema? Que si toda la habilidad de los sastres mas afamados, y de otros artistas célebres por el talento con que adornan las formas humanas, se hubiese consagrado á endosar un traje de caballero al Apolo de Belvedere, tendriamos en lugar de este prodigio, una composicion ridícula; y que entregada la Venus de Médicis á las mas hábiles modistas del siglo, correria la misma suerte. A esto se puede responder que siendo de mármol las dos obras maestras que acabamos de citar, estan exentas probablemente de las mil y mil enfermedades inherentes á la carne, y por consiguiente son poco sensibles á los ardores del verano y á las heladas del invierno. Pero nuestra naturaleza degenerada exige ropas de mas abrigo. Los dioses y las diosas pueden permanecer, sin inconveniente alguno, con los mismos trajes que tanto deleitan á sus admiradores. Mas nosotros, miserables mortales, ¿qué hemos de hacer en la canícula y en el adviento? Infinitas son las razones que pueden consignarse en favor del uso de un traje cualquiera, y no tememos asegurar, á despecho de Venus y de Apolo, que á ninguna sociedad civilizada le ha ocurrido hasta ahora andar desnuda.

Un traje tiene mas ó menos valor, segun es mas ó menos cómodo y agradable á la vista. Su mérito principal consiste en dejar á los miembros toda la libertad necesaria para los movimientos del individuo; el segundo en adornar de una manera conveniente á la persona que lo lleva. Las alteraciones contínuas que esperimentan los trajes europeos, solo prueban una cosa, á saber: que nuestras ideas, respecto á lo que constituye la comodidad y el adorno de dichos trajes, son esencialmente variables.

Tal figura de vestido, que hace unos cien años mirariamos como una obra acabada de elegancia y de buen gusto, solo nos parece hoy un ridículo oropel, horrible á la vista y burlesco en el cuerpo. En el siglo XVI, nuestras damas vivian deliciosamente encajonadas en monstruosos tontillos cuajados de pedrería, y en jubones de enormes y fabulosas dimensiones: sus piés descansaban asimismo en zapatos cuyos tacones encarnados aumentaban dos ó tres pulgadas á su estatura. El gusto moderno condena como muy incómodo y falto de gracia este traje, cuyas telas eran sin embargo de riquísimas sedas ó de terciopelos esquisitamente bordados, pero cuya forma era tan grotesca y tan mal ajustada, que un escritor de aquella época se espresaba así, hablando de un salon de su tiempo: «Toda mi inteligencia no ha bastado para descubrir si eran hombres ó mugeres.»

Los de dicho siglo no debian presentar ciertamente figuras menos risibles que las damas, cuando aparecian con su ropilla y sus gregüescos. Debemos convenir sin embargo en que, por muy permitido que nos sea criticar las estravagancias de la moda de los siglos pasados, ciertas partes del traje moderno no pueden verdaderamente entrar en comparacion con otras análogas de los tiempos que nos ocupan. Comparemos, por ejemplo, el sombrero redondo que todos llevamos, con los elegantes y finísimos castores antiguos de anchas alas, de plumas ondulantes y sujetas por brillantes cintillos ó broches de diamantes; comparemos tambien nuestros fracs con la pin-

toresca ropilla de seda ó de terciopelo bordado, cubierta de piedras preciosas y acompañada de la airosa capa, prendida del hombro por herretes de gran precio.

En cuanto á nosotros, confesamos francamente que, con algunas modificaciones, aceptaríamos sin repugnancia el traje masculino del siglo XVI. Hoy se confunden todas las clases. ¡Y qué! ¿no es por ventura una anomalía la imposibilidad en que nos vemos muchas veces de distinguir á una dama de su doncella, y á un duque de un pasante de escribano? En otro tiempo no sucedia esto, pues entonces se necesitaba para andar á la moda, *tener abuelos*, ó de otro modo, *ser persona de nacimiento*. Un solo traje costaba á veces lo que se llamaba un caudal, y existia entre los dandys de tan dichosa época la emulacion laudable de arruinarse en provecho de sus respectivos sastres.

Dejando por un momento á nuestra España, todos sabemos que el traje con que sir Walter Raleig se presentaba en la corte de Isabel de Inglaterra, habia costado 60,000 libras (unos seis millones escasos de reales), y eso que aquel personaje no era el mas estravagante ni derrochador de los cortesanos de la hija de Enrique VIII. Las altas señoras por su parte daban pruebas incesantes de la misma locura y de la misma rivalidad. Sus trajes estaban tan sobrecargados de brocados y de joyas, que cuando se los quitaban, en vez de doblarlos, se veian precisadas á vestir con ellos unos maniquis de madera, dispuestos en gabinetes preparados al efecto. Dícese que la reina Isabel legó á sus sucesores tres mil trajes por este estilo.

No hay duda en que nuestras lindas contemporáneas se adornan con mas gusto que sus antepasadas. Hay en el traje moderno una elegancia razonada que sus abuelas no podian sospechar. Los artistas modernos han adaptado con prodigiosa habilidad las obras maestras de la industria manufacturera, á las condiciones mas pintorescas de la moda. Existe por lo tanto en sus cálculos artísticos mas trastienda y profundidad de lo que generalmente se cree, porque la calidad de las telas y el esquisito gusto con que se las trasforma en trajes, constituyen precisamente esa combinacion de los dibujos y de los colores, que siempre debe armonizar con la belleza de las formas de la muger. Por otra parte, la diversidad de objetos que entran en la compostura ó adorno, así como el modo de emplearlos, dejan á los movimientos del cuerpo y al juego de las fisonomías una libertad desconocida en otro tiempo.

Creemos con todo que la filosofía del traje no ha progresado lo necesario. Suele aparecer de vez en cuando algun Licurgo de la moda, cuya autoridad impone sus leyes al mundo bello; pero la legislacion sobre tan importante materia descansa siempre en las reglas del capricho individual. Hay sin embargo ciertos principios que no pueden violarse impunemente, y cuya juiciosa aplicacion constituye una ciencia tan necesaria al bienestar de la sociedad, como las demás que ha creado la sabiduría humana.

Esto es lo que trataremos de probar tal cual vez en algunos artículos especialmente dedicados á establecer las bases y á desenvolver los principios de esta ciencia, que pertenece tan de cerca al arte de agradar.

ANALISIS DE UN REFRAN.

El *analítico* y el *sintético:* hé aquí los dos métodos que se señalan para llegar al conocimiento de las cosas. El primero descompone y el segundo compone ó rehace lo descompuesto.

Algunos filósofos han renegado de la síntesis, alegando para ello que principia por el fin (que es como si dijésemos que coge el rábano por las hojas), y que querer componer sin haber descompuesto, es lo mismo que querer saber una cosa sin haberla aprendido. De buena gana diria yo aquí cuatro palabras sobre uno y otro método, pues por muchos desatinos que se hayan vertido sobre este asunto, todavía me encuentro con disposiciones de añadir algunos mas. Pero me guardaré muy bien de cometer semejante disparate. Esto seria trabajar sin fruto; y mi manuscrito iria irremisiblemente á acompañar á otros muchos que guardo, mas bien por el paternal afecto que les profeso, que por tener esperanzas de que puedan serme de alguna utilidad. No señor, nada de escritos sobre puntos científicos, porque ni hay pueblo que los lea, ni editor que los pague. Además, si es cierto, como aseguran autoridades muy respetables, que nada puede ya decirse de nuevo, forzoso es confesar que aquí en nuestro pais lo entendemos á las mil maravillas. En efecto, si nada nuevo puede decirse, nada nuevo podrá tampoco descubrirse, y siendo esto así, ¿á qué conduciria quemarse las cejas buscando verdades ya sabidas y dichas? Lo mejor que podemos hacer, y que efectivamente hacemos, es gozar quieta y pacíficamente de las ciencias, bien sea aprendiéndolas en obras estranjeras, ó ya en traducciones, aunque este último género escasea bastante. Queda pues sentado, discreto lector, que no he de empeñarme aquí en una disertacion soñolienta sobre los dos métodos indicados. En vez de esto voy á escribir un articulejo literario; y aunque para aumentar su escaso interés quisieras tú (perdóname la ofensa) que llevase sus puntas de malicia y sus ribetes de murmuracion, lo que es por hoy no me hallo en ánimo de complacerte, porque me bullen ahora mismo en la mollera unos versos del satírico Boileau, que traducidos libremente dicen sobre poco mas ó menos lo siguiente:

«La sátira que escita la risa del lector
Suele costar después lágrimas á su autor.»

Pues señor, no pareciendo razonable que porque los lectores rian haya el pobre escritor de convertirse en un S. Pedro, bueno será tomar un término medio que convenga á unos y á otros: tal es la idea que por hoy me domina; en cuanto á mañana, Dios sabe lo que será.

Ya dejo dicho que no quiero hablar sobre los métodos analítico y sintético; pero esto no quita que haga uso aquí de cualquiera de ellos: voy pues á valerme del primero en el *análisis de un refran.*

Dice uno de nuestros adagios: *De poeta, médico y loco, cada cual tiene un poco.*

En el concepto de algunos críticos, si la primera parte de este refran fuese verdadera, estaba demás añadir la última, porque, segun estos señores, poeta y loco son dos palabras sinónimas, y con arreglo á esta endiablada asercion, califican el refran de defectuoso por incluir un pleonasmo. Yo que, segun el dictámen de várias personas inteligentes, tengo mis ciertos barruntos de poeta, no puedo menos, cada vez que oigo hablar de este pretendido defecto del refran, de avisparme y estremecerme. Acaso se me dirá que el mismo motivo tengo para asustarme en la suposicion de que el refran es verdadero, puesto que en él se asegura que todos tenemos algo de locos. A esto respondo que pues aquel *algo* no se determina, puede suponerse suficientemente pequeño para que se omita sin error ninguno, en cuyo supuesto *no hay contradiccion ninguna en afirmar á un mismo tiempo que un hombre es enteramente cuerdo y que tiene algo de loco.*

Me parece, lector carísimo, que te veo arrugar el entrecejo y dar á quince mil diablos una asercion por la cual viene á afirmarse en sustancia que una cosa puede ser y no ser á un mismo tiempo. Vamos despacio en tan peliagudo punto; y como sepas dos adarmes siquiera de álgebra, ya verás cómo te convences de que la razon está de mi parte.

Teorema. *Un hombre puede ser enteramente cuerdo, y tener sin embargo algo de loco.*

Demostracion. Designemos por E el entendimiento de un cierto hombre; y suponiendo que tiene parte de loco y parte de cuerdo, representaremos la parte de cordura por C, y la parte de locura por L; segun esto, y debiendo ser su entendimiento igual al compuesto de su cordura y locura, resultará $E=C+L$: suponiendo ahora que L es infinitamente pequeña, y teniendo presente que las cantidades de este género pueden suprimirse sin que se altere una ecuacion, tendremos $E=C$. Cuyo resultado nos da á conocer que en el entendimiento de aquel hombre nada entra que no sea cordura, y que por consecuencia es enteramente cuerdo. Tiene pues algo de loco y algo de cuerdo, y es sin embargo enteramente cuerdo. Lo que debia demostrar.

No pretendo, lector mio, que después de leida esta demostracion no puedas aun mantenerte en tus trece, y asegurar que semejante razonamiento es una pura farándula; pero nos lo dan por exacto algunos geómetras, y yo quiero por ahora someterme ciegamente á la autoridad de ellos.

No puede sin embargo negarse que las razones que los detractores de los poetas presentan para probar que estos no estan en su cabal juicio, tienen cierta apariencia de verdad. Dicen que mal podrá estar en su juicio un hombre que adora una escultura con cabellos de ébano, dientes de perlas, ojos de esmeralda, labios de coral, mejillas de carmin y cuello de marfil; pues de la reunion de todas estas partes no puede menos de resultar un ídolo feo y deforme, por el estilo de los que adoraban los mejicanos. Añaden, que encargar un hombre al viento que conduzca un *suspiro* á doscientas ó mas leguas de distancia, y que se lo entregue á una dama ingrata ó no ingrata, es una peticion mas absurda todavia que pedir peras al olmo, pues al fin este árbol dará peras si se las cuelgan, así como las fuentes han dado vino en ciertas fiestas; pero el viento no se puede humanamente concebir que se encargue de conducir un suspiro á tan larga distancia, y aun suponiendo en el viento suficiente amabilidad para dar cumplimiento á tan penoso encargo, pues al fin tiene buenas piernas, todavia queda en pié la dificultad, pues nadie es capaz de entender cómo ha de hacerse el trasporte y la entrega de un *suspiro.*

Estos cargos y otros muchos semejantes se hacen á los poetas, y sirven á sus contrarios para probar de un modo especioso que el númen poético es una verdadera locura. Gustoso entraria aquí en la impugnacion de tan errado y temerario concepto; pero esto me conduciria á una discusion demasiado larga y fastidiosa; por lo cual debo contentarme con indicar que todos estos giros poéticos que á primera

vista parecen absurdos, tienen un gran fondo de verdad siempre que se tomen en un sentido figurado, y que se consideren acomodados á ciertas circunstancias particulares en que debió hallarse el poeta cuando se valió de ellos. Cuando dice un poeta que se muere de amor (por ejemplo), y sin embargo le vemos divertirse como siempre, y observamos que su semblante presenta los mismos indicios de salud que antes de que se quejase, no deberemos por esto asegurar que está loco ni que se queja de vicio; lo único que podremos decir es que su enfermedad es de un cierto género que aun no ha llegado á noticia de los médicos; y pues hay muchas enfermedades que aun no se encuentran en los libros de medicina, bien podrá ser alguna de estas la que padece nuestro poeta, que podrá por consiguiente estarse muriendo, como asegura, y hallarse sin embargo gordo y robusto.

No por esto se niega que los poetas dejen de decir algunas veces los mas solemnes disparates; pero de este mal no estan libres sus frios y repletos adversarios, y con menos disculpa, pues al fin debe tenerse presente que la mayor parte de los estravios de que se hace cargo á los poetas, proceden, como decia aquel loco que nos pinta Cervantes, de tener los estómagos vacios y las cabezas llenas de viento. Quede pues sentado que no son voces sinónimas poeta y loco, aunque sucede con frecuencia que estas dos cualidades se hallen reunidas en un mismo sugeto.

Examinemos ahora la primera parte del refran: ¿será cierto que todos los hombres tienen algo de poetas? Si para ser poeta fuese preciso hacer versos, desde luego pudiera calificarse de falsa la primera parte del refran, pues nada es tan frecuente que hallar hombres que jamás han podido confeccionar ni un solo verso. Pero está ya probado por escelentes críticos que la poesía no consiste en el metro, sino en los pensamientos, y que puede muy bien ser poeta el que solo escribe en prosa, y no tener nada de poeta un versificador. No seria poeta seguramente Argensola, si todos sus versos fuesen por el estilo de este:

«Tendremos dos Felipes y dos Diegos;»

y no dejaria de ser poeta Lamartine, aun cuando solo hubiera escrito en prosa.

Pero aun suponiendo, como supongo, que no es indispensable para ser poeta hacer versos, no puedo todavia conceder que todos los hombres tengamos algo de poetas. Se necesita para serlo cierta negligencia, por lo menos transitoria, en los cálculos que conducen al acrecentamiento de la fortuna; se necesita tambien cierto fondo de humanidad y sentimentalismo: y yo desafio á cualquiera á que me diga si ha notado ninguna de estas cualidades en un agente de bolsa, ó en un prestamista al 75 por 100. Estos y otros semejantes hombres carecen de la parte aérea que constituye la esencia del poeta; y si alguna vez se equivocan ó yerran, no es porque la imaginacion los estravia, sino porque al calcular se les trastornan los guarismos. Yo bien sé que á muchos poetas se acusa de positivistas y desalmados; pero si al tiempo de leer sus obras los observamos atentamente, veremos que cuando con el escalpelo de la sátira en la mano cortan las fibras del corazon del hombre para poner á la vista sus vicios é inmundicias, suele una lágrima del poeta descender á lavar la sangre del teñido instrumento.

Pero si alguna nacion pudiese con algunos visos de razon aspirar á la gloria (si tal puede llamarse) de que todos sus hijos tengan algo de poetas, esta nacion será sin duda alguna la nuestra;

Esta es una verdad clara,
digo pulsando mi lira,
y ¡ójala fuera mentira,
que otro gallo nos cantara!
Nuestro principal anhelo
es buscar el consonante;
así medramos bastante,
así se nos luce el pelo.
Tal político de prisa
quiere una nota poner,
y acaba por componer
una cancion á Belisa.
Tal piloto en alta mar
lucha con Dante ó el Tasso,
y abandona á cada paso
la aguja de marear...

En cuanto á la segunda parte del refran, en la cual se asegura que todos tenemos algo de médicos, me inclino á que es enteramente exacta. Con este motivo recuerdo que preguntando uno de nuestros reyes (no tengo presente cuál) á su bufon, cuál era el arte que contaba mas profesores, contestó este que la medicina. Quiso el rey la prueba de esta asersion, y el bufon se obligó á dársela al dia siguiente.

Colocado el rey en sitio donde, sin ser visto, pudiese ver y oir todo lo que tuviese relacion con su bufon, se hallaba este sentado en un corredor de palacio, por donde debian cruzar todos los cortesanos; habiase atado una venda que casi le ocultaba el rostro, y sostenia este con las manos en actitud de un hombre que sufre un rabioso dolor de muelas. Llegó el primer cortesano, enterose de la enfermedad, y dió su correspondiente receta; llegó el segundo, y practicó lo propio: y de este modo no quedó uno siquiera de cuantos pasaron por enfrente de nuestro bufon, que no le mandase alguna cosa para remedio de su dolencia. Volvió nuestro fingido enfermo al lugar donde el rey le aguardaba, y *ved*, le dijo, *como yo tenia razon cuando os aseguré que es la medicina el arte que tiene mas profesores*. Yo creo que el rey no podria menos de quedar convencido; y por mi parte lo estoy de que la segunda parte del refran es exacta.

Por lo que toca á la tercera parte, en la cual se asegura que todos tenemos algo de locos, es preciso para examinarla debidamente, hacerse cargo de que en la locura pueden considerarse principalmente dos cosas: la causa y el efecto. ¿Cuál es la causa de la locura? Puesto que el alma, nadie, que yo sepa, ha dicho que se vuelve loca, claro está que la causa de la locura ha de hallarse en algun vicio ó lesion de nuestros órganos; y pues esceptuando á aquel filósofo estravagante que aseguraba que el alma reside en el vientre, y dejando á un lado alguna que otra opinion absurda, todos convienen en que la cabeza es el trono donde se halla asentada nuestra inteligencia, es preciso convenir en que la locura procede de un vicio ó enfermedad que mediata ó inmediatamente padece nuestro cerebro: y luego en este órgano debe buscarse la causa de la locura, para lo cual seria necesario conocer á fondo sus funciones, y el modo cómo aquellas funciones se ejercen; y como en esta parte no pueda darlos una luz conveniente la ciencia, se sigue que la locura, por lo que toca á sus causas, no nos es conocida.

Ya que la locura no pueda clasificarse con exactitud en sus causas, no queda otro recurso que apreciarla en sus efectos; y segun esto, llamamos *loco* á todo hombre cuyo modo de pensar y acciones estan en contradiccion con el comun de los demás. Debe advertirse, sin embargo, que en esta apreciacion hay mucho de arbitrario, y que para evadir la dificultad que pudiéramos tener al clasificar un hombre de loco ó de cuerdo, se ha inventado la palabra *raro*, que afrancesada y geometrizada es lo mismo que *escéntrico*, que viene á ser un medio entre la locura y la cordura. Pero ¿cuáles son las líneas que separan al loco del escéntrico, y al escéntrico del cuerdo? hé aquí una pregunta á la cual yo no me encuentro capaz de responder. Yo diré *fulano* está loco, luego que le vea encerrado en una jaula, rasgándose la camisa y dándose calabazadas en las paredes; pero mientras le vea vestido con la mayor elegancia, salir á la calle llamando la atencion de las jóvenes y escitando la envidia de los que miden la duracion de las modas por la duracion de sus levitas y gabanes, me guardaré muy bien de llamarle loco, aun cuando me conste por otra parte que invierte dos horas en el tocador, cuatro en lucir su persona, tres en perder al tresillo, cinco en consolarse de sus pérdidas al lado de la *mas amable* criatura, y lo demás del tiempo en dormir ó en fastidiarse. Seria una herejía llamar loco á tal hombre cuando la sociedad le designa con el nombre de elegante, ú otro equivalente.

Diré asimismo *fulana* está loca, cuando desgreñada y llorosa se lamente del desvio que ha sufrido del emperador de la China, al que sin embargo no quiere ser infiel con el Gran-Señor, de cuya pasion desbocada y furibunda tiene recibidas las mayores pruebas, siendo una de ellas dos grandes tumbagas de finísimo oro de Arabia, que ella no ha querido ponerse en sus dedos, y que por equivocacion, ignorancia ó malicia se hallan pendientes del techo sirviendo de manillas para torcer hilaza. Pero me guardaré muy bien de llamar loca á una muger que da ocupacion amorosa á un mismo tiempo á seis ó siete amantes; la llamaré, sí, acomodándome al uso, *coqueta*, cuando sus amores se *aproximen suficientemente* á la escuela de Platon, y la daré otra calificacion algo mas dura cuando dichos amores correspondan á la escuela de Aristipo.

Pero por otra parte, ¿quién puede asegurar que aquellos mismos hombres cuyas acciones y escritos escitan toda nuestra admiracion, estén exentos de tener algo de locos? ¿Qué mayor locura que esponer ó sacrificar sus bienes y hasta su vida por lograr poder ocupar algun dia media docena de líneas en un diccionario de hombres célebres? En mi concepto, el genio mismo no es otra cosa que una locura de mas elevado género que la comun; pues al cabo entre decir ó hacer disparates comunes, como dicen y hacen los hombres vulgares, y entre decir ó hacer disparates de superior calibre, como dicen y hacen muchos hombres de genio, no hay en mi concepto otra diferencia, sino que la locura de los primeros procede de estar á oscuras, y la de los segundos dimana de estar deslumbrados. Segun esto, yo no podré decir que la tercera parte del refran que me ocupa sea falsa; pero tampoco aseguro que sea verdadera. Sucede con esto lo mismo que con las cantidades, que en faltando la unidad, no es posible medirlas de una manera precisa. Ahora, ¿en dónde se podrá encontrar, lector amado, la unidad de la cordura? *En mí*, responderás sin duda, y yo te felicito por ello. ZACARÍAS ACOSTA.

SIGLO XVI.

AÑOS.

Fundacion de la universidad de Alcalá de Henares por el cardenal Jimenez de Cisneros. 1500
Fundacion de dos cátedras de gramática, pertenecientes al *Estudio Viejo* de Santiago (Galicia) por Lope Gomez de Marzoa, secretario del ayuntamiento de esta ciudad. 1501
Concesion á la universidad de Valencia de los mismos privilegios que á las de Bolonia, Roma y Salamanca. 1502
D. Diego de Muros, obispo de Canarias, y D. Diego de Muros, dean de la iglesia metropolitana de Santiago, obtienen bula del papa Julio II para fundar en el *Estudio Viejo* de esta ciudad cátedras de cánones, eximiendo de la jurisdiccion ordinaria á los maestros y doctores. 1504
Fundacion del colegio de Santa María de Jesús (llamado despues de Maese Rodrigo), por D. Rodrigo Santaella, arcediano de la Reina en la catedral de Sevilla. 1504
Nombramiento del bachiller en artes por Salamanca, Pedro de Vitoria, para primer catedrático del *Estudio Viejo* de Santiago, despues de la bula de Julio II. 1506
Fundacion del segundo colegio mayor de Cuenca en Salamanca, por D. Diego Ramirez de Haro. 1506
Fundacion de la cátedra de decreto por Julio II, regentada por el canónigo lectoral de la catedral de Santiago, en el *Estudio Viejo* de esta ciudad. 1506
Concesion de mas beneficios por el papa Julio II al colegio de Santa María de Jesús, de Sevilla. 1508
Primera cátedra de griego en la universidad de Salamanca. . . 1508
Primera matrícula de la universidad de Alcalá. 1508
Primera cátedra nominalista en la universidad de Salamanca. . 1508
Confirmacion de los reyes Doña Juana y D. Carlos, concedida al *Estudio Viejo* de Santiago. 1509
El monasterio de San Vicente de Salamanca es erigido en colegio para la propagacion de los estudios teológicos, entre los monjes de la órden de San Benito. 1512
Fundacion del colegio de San Salvador de Oviedo en Salamanca, por D. Diego de Muros, electo obispo de Mondoñedo. 1515
Provision de diez y siete becas en el colegio-universidad de Sevilla, fundado por el arcediano Santaella. 1516
Concesion de Carlos V á la universidad de Toledo, de los fueros y privilegios de la de Salamanca. 1520
Fundacion del colegio de Santiago en Salamanca por D. Alonso de Fonseca, arzobispo de Santiago. 1521
Fundacion del colegio mayor de Santiago Alfeo en Santiago (Galicia) por el arzobispo D. Alonso III de Fonseca, para diez y ocho teólogos pobres y dos capellanes de Galicia. 1525
El hospital de Santiago para peregrinos se incorpora al *Estudio Viejo*, por concesion del cabildo, arzobispo y colegio de *Santiago Alfeo*, conmutando la hospitalidad con lecciones gratuitas de cirugía, prévia la aprobacion de la Santa Sede. . . 1525
Fundacion de los colegios mayor y menor de Santa Cruz de la Fé en Granada, por Carlos V. 1526
Fundacion del colegio imperial de Granada por Carlos V. . . . 1526
Carlos V considera á la universidad de Mallorca igual á la de Lérida. 1526
Establecimiento de las academias universitarias en Salamanca. 1529
Tiene origen el juramento del misterio de la Purísima Concepcion en los grados de la universidad de Valencia. 1530
Renovacion de la universidad de Huesca. 1531
Fundacion de la universidad de Granada por Carlos V, con la confirmacion de Clemente VII. 1531
Establecimiento de dos escuelas de medicina galénica en la universidad de Salamanca. 1533
Traslacion de la universidad de Lisboa á Coimbra. 1534
Fundacion del colegio real y mayor de Santa Catalina, fundado en Granada por Carlos V. 1537
Fundacion de la universidad de Baeza por el doctor D. Rodrigo Lopez de Molina, capellan y familiar de Paulo III, y natural de esta ciudad. 1538
Ratificacion por Paulo III de la cátedra de decreto regentada por el canónigo lectoral de la catedral de Santiago en el *Estudio Viejo* de esta ciudad. 1539
Fundacion de la universidad de Sigüenza, por D. Juan Lopez de Medina, canónigo de Toledo. 1540
Fundacion de la universidad de Tolosa. 1540
La escuela de Zaragoza, fundada por el obispo D. Pedro Cerbuna, es erigida universidad por el emperador Carlos V. . . . 1542
Fundacion de la universidad de Oñate. 1543
Fundacion del colegio de San Juan de Letran en Méjico por el ayuntamiento, á solicitud del venerable fray Pedro Gante, religioso lego de San Francisco. 1547
S. Francisco de Borja funda la universidad de Gandia, á la que concede Carlos V los mismos privilegios que á las demás, confirmada por el papa Paulo III. 1547
Fundacion del colegio de la Purísima Concepcion de Osuna, por D. Juan de Tellez Giron. 1548
Paulo III concede al colegio de la Concepcion de Osuna los privilegios y prerogativas de universidad. 1548
Fundacion de la universidad de Osuna, por el ilustrísimo señor D. Pedro Alvarez de Acosta, obispo de Oporto, Leon y Osma. 1550
Fundacion del colegio de la Presentacion en Valencia, por Santo Tomás de Villanueva. 1550
Resolucion de los jurados de Barcelona para promover los estudios suspendidos por las turbulencias del principado. 1550
Fundacion de la universidad de Méjico, por Carlos V. 1551
Fundacion de la universidad de Lima, por Carlos V. 1551
Fundacion de la universidad de Almagro. 1552
Fundacion de la universidad de Orihuela por el ilustrísimo señor D. Fernando de Loaces, obispo de Elna, Lérida, Tortosa, arzobispo de Zaragoza y Valencia, y patriarca de Antioquía. . 1552
Fundacion de la universidad de Orihuela, por Fernandez Loaces. 1552
Traslacion de la universidad de Sahagun al monasterio de Irache. 1552
Concesion de Paulo IV á la universidad de Zaragoza de todos los privilegios de los estudios de Salamanca y Valladolid. 1555
Fundacion de la universidad de Orihuela, por D. Fernando de Loaces, arzobispo de Valencia. 1555
Claustro del colegio nuevo del colegio de Santiago (Galicia), compuesto del canónigo Rodrigo Rodriguez, rector de la universidad, licenciado Salinas, maestro fray Juan de Portas, religioso dominico, Simon Estebez, rector del colegio, y tres catedráticos consiliarios de la universidad. 1556
Fundacion de la universidad de Santo Domingo en la América, por Felipe II. 1558
Fundacion de la universidad de Evora, por el cardenal infante D. Enrique. 1558
Fundacion de la universidad de Gerona, por Felipe II. 1561
Incorporacion de los doctores de la universidad de Barcelona á los del colegio. 1565
Fundacion de la universidad de Estella, por D. Alonso de Córdoba y Velasco. 1565
Confirmacion de Pio V sobre las bulas que consideraban á la universidad de Baeza como escuela pontificia. 1565
Concesion de Pio V á la universidad de Orihuela de los privilegios concedidos á las de Salamanca y Valladolid. 1569
Fundacion de la universidad de Oviedo, por D. Fernando Vallés, arzobispo de Sevilla y presidente del consejo de S. M. 1570
Restablecimiento de los seminarios conciliares por los obispos, segun las resoluciones del concilio de Trento. 1570
Fundacion de la universidad de Tarragona, por el cardenal Gaspar de Cervantes. 1570
Confirmacion por Pio V de la fundacion de la universidad de Lima. 1571
Establecimiento de las cátedras de cánones, código, medicina y método en la escuela de Sevilla, fundada por el arcediano Santaella. 1572
Confirmacion de la universidad de Tarragona. 1572
Fundacion del colegio mayor y viejo de Santa María de Todos los Santos en Méjico, fundado por el Ilmo. Sr. D. Francisco Rodriguez de Santos. 1572
Ensanche de la casa del colegio de la Compañía de Jesús de Santiago (Galicia), siendo su rector y maestro el padre Antonio Ortiz. 1572
Fundacion del colegio de la Purificacion en Valencia, por el presbítero mosen Pedro Rodriguez de la Vega. 1572
Establecimiento de una cátedra de *Digesto viejo* en la escuela de Sevilla, fundada por el arcediano Santaella. 1579
Aprobacion por Felipe II de la universidad de Huesca. 1583
Establecimiento de una cátedra de escritura en la escuela de Sevilla, fundada por el arcediano Santaella. 1584
Fundacion del seminario conciliar de Cuenca, por el Ilmo. señor D. Gomez de Zapata, obispo de esta ciudad. 1584
Fundacion de la universidad de Quito (América) por Felipe II. 1586
Fundacion del colegio de Sta. Catalina, vírgen y mártir (por otro nombre de los Verdes), Alcalá, por Doña Catalina Suarez. 1586
Encargo al doctor Cuesta, canónigo y catedrático de teología en la universidad de Alcalá, por órden de Felipe II, para la redaccion de las constituciones generales de la universidad de Santiago. 1588

RESPUESTA

CON PUNTAS Y AUN RIBETES DE SATISFACCION, QUE NOS, EL ABAJO FIRMADO, ENDEREZAMOS Á CIERTA INCÓGNITA DAMA QUE, *sin ser erudita ni aspirar á serlo*, NOS HA HECHO LA MERCED DE LEER UNAS COPLAS ESCRITAS Y DADAS Á LA ESTAMPA POR NOS, EN EL NÚMERO 49 DEL *Semanario Pintoresco Español*, DEL PRESENTE AÑO.

En esto de las mugeres
son varios los pareceres,
cada cual defiende el suyo,
yo, que de disputas huyo,
y á *todos* doy la razon,
y con *todas* me contento,
oid hasta el fin del cuento.

CADALSO.

A vos, la desconocida
que escribis cartas en verso,
en papel con cantos de oro,
con un galguito en el sello,
y se las mandais á vates
de distinguidos talentos,
que á las diez dejan la cama
entre duda y desperezos:
nos, el mas ramplon poeta,
hemos dicho mal, coplero,
de cuantos pulsan la lira
en esta tierra de ingenios,
si sois jóven y bonita
un novio os deseamos bueno,
y si fuereis ya jamona
salud, amor y dinero.
Vuestras quejas hemos leido
con tan grande sentimiento,
que aun siendo nos *un Neron*,
ó casi casi *un Don Pedro*,
nos dieron escalofríos,
sudor, ataques de nervios,
y hasta la pícara *grippe*,
al ver el disgusto vuestro
causado por unas coplas
cuyo principal objeto,
permitid que os le recuerde,
fué, *indicar* al bello sexo
el ridículo en que cae
si echa de erudito el resto.
No vayais á creer, señora,
que por esposa tenemos
alguna idiota salvaje
que solo pisó el desierto:
nuestra Blasa escribe cartas
con tal cual *h* de menos.
Sabe que hoy es ya París
capital de un nuevo imperio,
que ciudad inglesa es *London*,
y Santander un gran puerto.
Quién fué el Cid y Don Gonzalo,
quién el rey Carlos Tercero,
y en cuanto á educar sus hijos
y de la casa el gobierno,
es nuestra querida esposa
de casadas un modelo.
No es esto decir, señora,
que todos piensen lo mesmo.
A nos gusta que instruido
llegue á ser *el bello sexo*
en relacion con su estado,
su posicion y talento;
mas si vos y algunos otros
con nos no os hallais de acuerdo,
haced pues de la muger
un tratado enciclopédico,
sin que se nos dé un ardite
porque la torneis guerrero,
abogado, periodista,
diplomático, arquitecto,
economista, empleado,
matemático, ingeniero,
y hasta como Mistress Bloomer (1),
juntad femenil congreso
donde haya aquello de «Al órden».
—Pido la palabra: quiero
contestar á la oradora...
Entre tanto el *sexo feo*
con enaguas y mandil,
zorros, escoba y plumero,
de la cocina á la sala
gaste su precioso tiempo;
y si le quedare un rato
dedíquelo con provecho
á entremeter algun niño
que ha de hacer de hombre lo mesmo.
Perdonad, desconocida,
si nos somos algo terco
en no gustar de *eruditas;*
pero tened por muy cierto
que á pesar que nuestra Blasa
es algo dada á los celos,
amante de vos seriamos
sino fuéramos tan feo,
porque en asuntos de amores,
do la cabeza es lo menos,
se amalgaman *eruditas*
hasta con *barones necios*...

Diciembre, 14 de 1852.

EL BARON DE ILLESCAS.

El SEMANARIO, aparte de los artículos literarios y de las poesías de nuestros primeros escritores que tiene dispuestos para los primeros números de 1853, publicará los siguientes de viajes, antigüedades, descriptivos, monumentales y biográficos:

El castillo de Obano en Suna, con 1 grabado.—Biarrith desde el Puerto Viejo, desde la gruta del Amor, desde el molino, con 3 grabados.—Cellorigo, con 1 grabado.—Bayona: plaza del Teatro, vista general, con 2 grabados.—El palacio de los Almirantes en Medina de Rioseco, con 1 grabado.—La catedral de Méjico, con 1 grabado.—El pico del Mediodia, con 1 grabado.—Los baños de Panticosa, con 2 grabados.—El ex-convento de San Francisco en Miranda de Ebro, con 1 grabado.—El justicia mayor del rey, con 1 grabado.—Aguas Buenas, con 1 grabado.—D. Ramon Pignateli, con 1 grabado.—El puente de Behovia, con 1 grabado.—Puerta del cementerio de Santo Domingo en Santiago, con 1 grabado.—Teatro de Méjico, con 1 grabado.—Iglesia de San Gerónimo en Madrid, con 1 grabado.—Irun, con 1 grabado.—La campana de Huesca, con 1 grabado.—Paso de Sulla por San Juan de la Coba, con 1 grabado.—Fuenterrabía, con 1 grabado.—Aguas Calientes, con 1 grabado.—Safo, con 1 grabado.—La catedral de Barcelona, detalles, con 4 grabados.—El confin de Castilla y Alava, con 1 grabado.—Francisco Pizarro y Cristóbal Colon, con sus grabados.—Cambo, con 1 grabado.—San Juan de Luz, con 1 grabado.—Los valles de Hecho y Ansó.—Pasajes, con 2 grabados.—Iglesia de Sar en Santiago, con 2 grabados.—La ermita del Castañar, con 1 grabado.—Construcciones particulares en Madrid, con 1 grabado.—Palacio de la minería en Méjico, con 1 grabado.—Fachada del antiguo colegio de San Gerónimo en Santiago, con 1 grabado.—San Sebastian, con 1 grabado.—El monasterio de Salas en Huesca, con 1 grabado.—Alameda de Méjico, con 1 grabado.

(1) Célebre revolucionaria de los Estados-Unidos de América.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.



VISTA DE ATENAS.—LA TORRE DE LOS VIENTOS.

Es un pequeño edificio de mármol blanco, de figura octógona, situado al norte y á corta distancia de la ciudadela de Atenas. Su diámetro es de cerca de ocho metros, y en cada uno de los ocho lados, en la parte superior, hay una figura esculpida, que representa uno de los vientos principales. Vitrubio y Varron nombran al arquictecto que construyó aquel monumento singular: se llamaba Andronicus Cyrrhestes.

«Los que se han dedicado á investigar cuidadosamente las diferencias de los vientos, dice Vitrubio, los dividen en ocho, y muy particularmente Andronicus Cyrrhestes, quien al efecto construyó en Atenas una torre de mármol: sobre esta torre, rematada en punta, colocó un triton de bronce con una varita; la máquina estaba dispuesta de tal modo, que dando vueltas el triton en direccion opuesta al viento que soplaba, lo indicaba siempre con su varita.»

Las ocho figuras estan escúlpidas y forman bajos relieves; se leen sus nombres en caractéres gruesos, y ostentan atributos que las dan á conocer al primer exámen. *Apeliotes*, ó viento del Este, precursor de una lluvia favorable á la vegetacion, está representado por un jóven, cuyos cabellos se esparcen en todas direcciones. *Notus*, ó viento del Sur, húmedo y abrasador, aparece vaciando un vaso de agua. *Libs*, ó viento del Sueste, que sopla en el golfo Sarónico y en toda la costa de Atica, figura la proa de un buque. Todas las demás personificaciones son por el mismo estilo.

Debajo de cada viento se trazó un cuadrante solar, y resulta así, de la disposicion del que se halla al Sur, como de los del Este y Oeste, que la torre se encuentra exactamente nivelada. Por último, un clepsidro, ó reloj de agua, colocado en el interior de la torre, suplia á los cuadrantes, cuando estos no podian servir. El edificio mencionado indicaba á los habitantes de Atenas, no solo la direccion de los vientos, sino las horas del dia.

Vitrubio no habla de este clepsidro, pero Varron lo menciona en su libro III de *Re rústica*. Todavía se conservan sus señales en el pavimento de mármol de la torre, é inmediato al edificio existe un acueducto pequeño, que servia para conducir á él las aguas desde un manantial llamado *Clepsidra*, situado al septentrion de las rocas del *Acropolis* ó ciudadela de Atenas.

En la fachada meridional hay una torre circular, que comunica con el interior por medio de una abertura practicada hácia su base.

Dos puertas daban entrada al edificio; una debajo de la figura *Kaikias*, ó viento Nordeste, y la otra debajo de *Skiron*, ó viento Noroeste. Como los griegos no poseian cuadrantes de agujas movibles, necesitaban entrar los ciudadanos en la torre y acercarse á la máquina para saber la hora, y así era que, para evitar confusion, se habia dispuesto que una de las puertas sirviese para entrar y la otra para salir.

A estas puertas cubria un pórtico pequeño de dos columnas. Estos pórticos han desaparecido, y solo se ven hoy sus perfiles, muy bien trazados, en las partes del muro inmediatas á las puertas.

El interior de la torre es un octógono regular, lo mismo que el esterior. La parte superior se presenta circular y adornada de ocho columnas dóricas acanaladas.

La Torre de los Vientos reune la elegancia y la solidez conveniente en un edificio de utilidad pública. El estilo de las esculturas es airoso, la ejecucion escelente; presenta en su conjunto un gran carácter, y muchas partes de su arquitectura ofrecen proporciones sumamente agradables.

Este edificio data sin duda del principio de la era cristiana, supuesto que Varron habla de él. Tambien es cierto que no puede remontarse al siglo de Pericles, pues los griegos no estaban suficientemente instruidos en las ciencias que dependen de la geometría, para nivelar exactamente el edificio y trazar cuadrantes solares tan perfectos. Solo conocieron la gnomónica en tiempo de Anaximandro, segun Diógenes de Laercio. Esta ciencia avanzó entre ellos con lentitud, y en el siglo III, antes de nuestra era, los griegos no dividian el año sino en trescientos sesenta dias.

LAS AVENTURAS DE SI-BABAURI,

LEYENDA DE MILAH.

Hé aquí una leyenda que el kaïd de Milah refirió el año anterior á dos viajeros que todas las tardes iban con él á hacer el *kif* bajo los naranjos del jardin de Si-Babauri.

26 de Diciembre de 1852.

Este jardin, dijo á sus huéspedes, no ha pertenecido siempre á mi familia. Antes de que mi padre le comprara pertenecia á un hombre venerado en Milah por su piedad y sus obras de caridad. Se llamaba Si-Babauri; su vida habia sido pura, y su vejez era respetada. No era rico, pero jamás turbó su alma la ambicion; sus deseos eran sencillos, sus costumbres graves, y la sola dicha que el hombre tiene derecho á esperar sobre la tierra, la habia hallado en la tranquilidad de su conciencia y en el sincero afecto de cuantos le conocian.

Mientras que Mahoma le contempló con miradas propicias, Si-Babauri siguió su marcha tranquila por el sendero de la vida y fué feliz. Pero un dia, dia fatal, los *djinns* que frecuentan estas montañas en que veis la *smala* de Ben-Azz-ed-Dine, los *djinns* escalaron los muros y vinieron á atacar á Si-Babauri, que estaba descansando debajo de estos naranjos de las fatigas de un dia de trabajo.

Era al anochecer (mi padre me lo ha contado muy amenudo), á la hora en que el Muezzin canta para llamar á la oracion del Acha (las ocho y media); para poner en fuga á los *djinns*, Si-Babauri no tenia mas que pronunciar las dos primeras palabras de la buena oracion, pero su orgullo le perdió. Fuerte con su virtud, quiso luchar solo contra los demonios y fué vencido.

A cada instante llegaban nuevos grupos de ellos, trepaban por los árboles, saltaban al suelo y rodeaban á Si-Babauri silbando y agitando sus cascabeles. El anciano desarrolló primero su turbante y se tapó los oidos; pero Satanás le inspiró una mala idea. Si-Babauri apartó las manos de la cabeza, y se quedó sorprendido del cambio repentino que se habia efectuado á su alrededor.

Todo aquel tumulto de silbidos y cascabeles habia cesado; el anciano escuchaba con placer el ruido armonioso que resonaba en el jardin. Voces puras y claras salian de la enramada y le llamaban dulcemente. Impulsado por una fuerza desconocida, prestaba oidos á aquellas palabras engañosas, y sonreia con placer á cada promesa que le enviaba el canto de los *djinns*.

La voz de estos se iba haciendo por momentos mas grave y severa.

—¡Ah pobre viejo! le decian; ¿de qué te ha servido una vida honrada y laboriosa? ¿Dónde están tus tesoros y tus rebaños? ¡Los hijos de un judío estarán mejor considerados que los tuyos, y si te murieras hoy, en qué miseria se verian sumidos!

—¡Es verdad, es verdad! decia el pobre Si-Babauri prosternándose con la cara hácia el suelo.

—Ven con nosotros, añadieron los *djinns*, ven con nosotros que podemos salvarte. Vamos, valor, anciano! ¿Dónde están los tesoros misteriosos? ¿Quién guarda los secretos de la gloria y las riquezas? Nosotros lo sabemos. ¡Las estrellas brillan, esta es la hora! Te enseñaremos las palabras mágicas y te entregaremos las llaves de diamante.

Estas palabras resonaban en los oidos de Si-Babauri como el gorjeo de los pájaros. Halagado por estas mentiras risueñas, dejaba volar su alma sobre las alas de los *djinns*, lejos, muy lejos, en el cielo de las maravillas, mas allá todavía del límite de sus ilusiones.

Al verle vacilar en su firmeza, y medio vencido ya, se lanzaron sobre él todos los *djinns* revoloteando, y pronunciaron la fórmula ante la cual no podia él ya retroceder: *Dios lo quiere*.

Al oir estas palabras, asustado el anciano, apretó convulsivamente entre sus dedos el rosario de coral que habia traido de la santa peregrinacion, y se prosternó de nuevo con la cara en el suelo.

Después de una oracion prolongada, se levantó; pero estaba fascinado, le habia vencido el encanto. No poseia ya las riendas de su inteligencia; un momento de credulidad las habia hecho pasar á las manos locas é infernales de Satanás.

El anciano peregrino se arrodilló para orar; pero estas últimas palabras que le habian arrojado los *djinns* al marcharse del jardin, eran las únicas que podia pronunciar: *Vete á buscar tu felicidad!*

Toda la noche estuvo oyendo y repitiendo involuntariamente esta frase burlona. No debia olvidarla ya...

Al llegar á esta parte de la narracion, la voz del kaïd Si-Mustafá se debilitó y se le oyeron murmurar estas palabras sacramentales: *La haul ou la koué illa billah rabb el alemine* (no hay asilo ni apoyo mas que en Dios, que es el dueño del mundo). Después, como si esta oracion hubiera reanimado su valor, continuó de este modo su relato:

Al dia siguiente Si-Babauri vendió su jardin y distribuyó el valor de él entre sus parientes; no guardó para sí mas que un saco de dinero. Sus preparativos de viaje se terminaron en un momento. Compró un buen caballo de Sahel, se puso un yatagan en la cintura, y salió de la ciudad sin dirigir ni una palabra siquiera á la multitud de amigos y parientes que le seguian.

La estraña locura de un hombre tan sabio sumió á los habitantes de la ciudad en la mayor consternacion. A las puertas de Milah se arrojaron las mugeres delante de su caballo dando gritos penetrantes, y quisieron detenerle. Una de ellas le presentó el rosario de coral que se habia dejado olvidado, pero le rehusó pegando con la mano en el puño de su yatagan.

Lágrimas, ruegos, todo fué inútil; á pesar de nuestros esfuerzos no pudimos detenerle. En el momento en que le suplicábamos por última vez, hizo encabritar á su caballo, alzó los brazos al cielo y dijo con voz irritada: *¡Dios lo quiere! Voy á buscar mi felicidad.*

Le dejamos marchar: ¡estaba escrito! Subió por aquella montaña que veis allí, y que parece la puerta de la Kabilia. Le seguimos mucho tiempo con la vista. Al cabo de una hora, no distinguiendo ya su albornoz blanco, nos volvimos á la ciudad llenos de tristeza.

Si-Babauri, después de haber llegado al otro lado de la montaña, bajó á aquella gran llanura que se estiende hasta el mar. Hácia el fin del dia llegó delante de una cueva cuya entrada estaba cubierta casi toda por un enramado espeso de aloes. Un nopal, cuyas raices estaban en las grietas de la roca, daba un poco de sombra y de frescura á aquella soledad.

Si-Babauri se preparaba á apearse cuando vió venir hácia él un leon muy viejo que se arrastraba penosamente á la entrada de la cueva.

—¿Adónde vas? le dijo el leon echándose en medio del camino.

Si-Babauri hizo retroceder algunos pasos á su caballo, y respondió con voz mal segura:

—¡Dios lo quiere! Voy á buscar mi felicidad.

—Está bien, dijo el leon meneando gravemente la cabeza. La felicidad es la que hay que buscar. Amigo, ten la bondad de buscar la mia al mismo tiempo. Soy muy viejo, y estoy muy cascado. Hace ya muchos años que no he cogido presa alguna.

Estas últimas palabras tranquilizaron á Si-Babauri; sin apearse sin embargo del caballo, entabló conversacion con el rey del desierto, y le citó las mejores sentencias de varios poetas. Después de haber filosofado largo rato, los dos ancianos se separaron muy amigos, y Si-Babauri, cambiando de direccion, empredió el camino arenoso que conduce al desierto.

El tercer dia, después de media jornada de camino, vió á lo lejos varios grupos de árboles, cuyo verdor se destacaba en el desierto como un tapiz de Persia. Se dirigió hácia uno de ellos en que se veia un pueblo, cuyos blancos minaretes brillaban al través del follaje de las palmeras, dispuestas en calles tiradas á cordel. Mas allá, sobre una pequeña elevacion, se estendian las galerías caladas de un palacio árabe, rodeado de columnas de mármol.

Al entrar en una de las calles de árboles, se acercaron á Si-Babauri varios ginetes armados que le rodearon esgrimiendo sus sables, se apoderaron de las riendas de su caballo, y se le llevaron á galope á la ciudad.

El anciano asustado cerró los ojos, se aseguró en la silla, y se dejó conducir así hasta el pié de la colina, sin atreverse á hacer ni la mas mínima pregunta á sus guias.

A la puerta del palacio le bajaron del caballo. Tres esclavos le cogieron en sus brazos, le despojaron de sus vestidos, y le metieron de cabeza en el pilon de una fuente. Concluida esta ablucion, le pusieron un magnífico *caftan* verde, y cogiéndole otros dos esclavos por las manos, le hicieron entrar en el palacio.

Si-Babauri atravesó salas estensas, en cuyas paredes brillaban el oro y el alabastro, y por las cuales pasaban á cada instante grupos de músicos y de bailarinas, agitando copillas de perfumes. Penetró por fin al centro del palacio, en el jardin en que le esperaba la reina.

Era esta de una belleza incomparable; tenia la gracia de un ciprés jóven y el brillo maravilloso de la luna de verano. Nunca habia tenido Si-Babauri ante su vista tan grato espectáculo. Arrodillado á la entrada del jardin, no se atrevia á levantar la cabeza, y esperaba con la mayor turbacion las órdenes que le iban á dar.

Flautas y guitarras acompañaban las voces de algunas mugeres que cantaban en un bosquecillo de rosales; delante de cada grupo de árboles ó arbustos habia surtidores de agua que caian en copas de jaspe; vasos llenos de perfumes, que se renovaban sin cesar, ardian al pié del divan en que dormitaba la reina.

La reina estaba echada sobre unos cojines de seda azul, medio cubierta con un albornoz de casimir, y una gasa cubria ligeramente su cabeza. Una esclava sostenia sus piés diminutos; y sus brazos desnudos, recargados de piedras preciosas, caian lánguidamente sobre la cabeza de una gacela jóven que dormia á la cabecera del divan.

Al despertarse la reina vió á Si-Babauri; le llamó con débil voz y le hizo seña de que se aproximara.

El anciano se quitó las babuchas y se aproximó temblando á la princesa; esta se habia incorporado sobre los cojines, su turbante de gasa se habia desarrollado y caia sobre sus hombros como un chal; pero su cabeza se inclinó de nuevo sobre el pecho de la esclava y sus bellos ojos se cerraron otra vez.

La gacela dió un chillido y saltó á los piés de su ama; los ojos de la reina se abrieron dulcemente, se quitó sus brazaletes de topacios, los ató al cuello de su gacela, y al mismo tiempo que la acariciaba interrogó á Si-Babauri.

—De dónde vienes? le dijo. ¿Qué genio te aconsejó que dejaras tu familia y tus amigos?

—Vengo de Milah, respondió el anciano: hace veinte dias que estoy viajando. Dios lo quiere; voy á buscar mi felicidad.

Al oir estas palabras prorumpió en amargo llanto, y cayó de nuevo sobre los cojines. Si-Babauri, asustado, se tapaba la cara con las manos, lloraba y pedia perdon á la reina.

—Buen anciano, le dijo la reina limpiándose los ojos, ¿por qué te asustas? Tus palabras están dictadas por la sabiduria. Ah! si, la felicidad; haces bien en buscarla: Dios lo quiere! Si supieras qué tristeza tan acerba consume mis dias y mis noches, me prometerias buscar tambien mi felicidad.

Si-Babauri juró por Allah obedecer los deseos de la reina. Ella se sonrió al oir esta promesa, tendió la mano al anciano, y le dijo con gracioso ademan:

—Adios, mi buen amigo, confio en tí; rogaré á los buenos genios que velen sobre tí y te traigan con bien.

Si-Babauri se marchó muy contento y con el corazon lleno de esperanzas. Un grupo de ginetes armados le esperaba á la puerta del palacio, se formaron detrás de él y le acompañaron tributándole grandes honores, hasta las fronteras del reino.

Emprendió su viaje con direccion al Este, pero sin objeto determinado, abandonándose completamente á la voluntad de los genios, y dejando á su caballo la eleccion del camino.

Quince dias hacia que viajaba de esta manera sin haber tenido encuentro alguno.

Siguiendo el curso de un rio poco caudaloso, se habia aproximado al mar, del que solo distaba ya pocas leguas. El dia estaba muy caloroso; Si-Babauri detuvo su caballo á la orilla de un estanque, echó á tierra su balija, y se puso á almorzar sobre la yerba.

Mientras almorzaba se divertia en echar migas de pan á los peces que nadaban á la orilla del estanque. Entre todos aquellos peces que saltaban y se deslizaban rápidamente en el agua trasparente, habia una dorada pequeña, que permanecia triste é indiferente á sus juegos, medio escondida entre las espadañas y con sus escamas brillantes manchadas de cieno.

Si-Babauri cogió al vuelo una mosca y se la echó á la dorada para engolosinarla; esta la tragó desdeñosamente y se escondió otra vez entre las espadañas.

—Doradita, dijo el anciano, tú tienes alguna pena que te consume. Vamos, cuéntame tu historia.

El pez sacudió la cola, se aproximó mas á la orilla, y sacando la cabeza del agua le preguntó:

—Si-Babauri, ¿por qué has dejado tu familia y tus amigos?

—Porque voy á buscar mi felicidad, contestó Si-Babauri.

—Está bien: Dios lo quiere. Pero no me olvides, buen anciano, procura tambien la mia.

—La tuya tambien? dijo Si-Babauri sonriéndose, pues qué te falta? El agua de este estanque es muy pura, el pais está desierto, y nunca vienen los pescadores á echar aquí sus redes.

—¿Y á ti que te faltaba? ¿Entraban los enemigos en tu jardin? ero yo he perdido mi jardin: ¿no sabes que el sol ha secado la playa y ha separado este estanque de la mar? Ah! ¿quién me llevará á la estensa mar en que nací?

Si-Babauri compadeció á la dorada; su primera idea fué trasportarla á la mar, pero reflexionó que la playa estaba muy lejos aun, y que la pobrecilla se moriria seguramente en el tránsito. Se marchó pues prometiendo no olvidarla.

Al ponerse el sol, llegó á la orilla del mar; lo mismo que el campo, la playa estaba desierta, y no se percibian en toda su estension ni árboles ni casas. A corta distancia de la orilla se elevaba una torre muy alta edificada sobre un islote escarpado.

Si-Babauri ató su balija á las riendas del caballo, y la cubrió con piedras gruesas; en seguida se desnudó, hizo un paquete de sus vestidos, lo colocó sobre su cabeza, y se arrojó al mar.

En pocas brazadas llegó al pié del islote, á pesar de la violencia de las corrientes. La puerta de la torre estaba colocada hácia el lado del mar. Si-Babauri llamó repetidas veces, pero la puerta permanecia cerrada; el anciano recordó entonces las palabras mágicas de los *djinns*, y en cuanto las pronunció, se abrió por sí sola la puerta.

La sala baja de la torre tenia el piso de conchas; era muy sombría y fresca, y no tenia mas luz que la que recibia por la escalera. Si-Babauri se apresuró á subir por ella, y entró en una habitacion grande circular, cuyas paredes estaban guarnecidas de paño negro. Llamó, y nadie le respondió; sin duda estaba la torre inhabitada. Si-Babauri volvió á la escalera, y subió precipitadamente al segundo piso. Esta habitacion era igual á la primera, con la diferencia única de que las paredes estaban tendidas de paño violeta.

Si-Babauri atravesó seis salones iguales todos á este, pero que diferian siempre en los colores de las paredes, que le eran siempre desconocidos. Después de haber subido ocho pisos, se halló delante de una escalera de caracol cerrada por una puerta de hierro con cerraduras de plata.

La puerta se abrió, y Si-Babauri se halló en la azotea de la torre. Un césped sembrado de flores se estendia sobre las losas y subia por medio de un declive suave hasta las últimas galerías, cuya bóveda está formada por las ramas entrelazadas de arbustos odoríferos y corpulentos. En un estremo, cerca de la ventana, bajaban las cortinas de un lecho de tisú de oro, en que descansaba un hermoso jóven.

Una serpiente de acero ceñia su cabeza á manera de diadema: sus dos brazos estaban cruzados sobre el pecho y sostenian bolas de cobre atadas á las muñecas con largas cadenas. En las gradas que servian para subir á la cama, habia un caduceo y una copa grande de plata.

Al ruido que hizo Si-Babauri al entrar, estendió el jóven los brazos, y las bolas de cobre cayeron en la copa mágica, produciendo un sonido estraño.

El dueño de la torre se levantó sobresaltado, apartó las cortinas de brocado, cogió el caduceo, y gritó al anciano con una voz vibrante como la de un clarin de guerra:

—Las puertas se han abierto, la copa ha sonado, ya ha llegado la noche; estranjero, ¿qué vienes á hacer aquí?

Si-Babauri se revolcó por el césped, desgarró su turbante, y respondió sollozando:

—Ah! perdonadme, señor mágico! Soy un pobre degraciado que ando buscando mi felicidad. ¡Dios lo quiere!

La fisonomía del jóven se dulcificó poco á poco; se aproximó al anciano, le miró bondadosamente, y le dijo tendiéndole la mano:

—Buen peregrino, no irás mas lejos, porque seré yo quien te dé la felicidad. Regresa á tu morada. Tu vida va á ser distinta en lo sucesivo: encontrarás en tu casa siete barriles de oro.

—¡Siete barriles de oro! esclamó Si-Babauri en el esceso de su alegría y sorpresa. Siete barriles de oro! ¿Pero es verdad eso, señor mágico? Oh! no os burleis de mí: soy un buen musulman muy pobre y muy desgraciado.

El jóven se sonrió, y le dijo:

—Vamos á ver si continúas dudando de mí. ¿No hay en Milah, en la puerta de la cuadra de tu casa, una losa grande rajada?

—Es cierto, señor.

—Levantando aquella losa, ¿no se entra en el conducto subterráneo de las fuentes antiguas?

—Es cierto, señor, es cierto.

—A la derecha, en el fondo de aquel conducto, detrás de un hundimiento, hay una cuba herméticamente cerrada. Si la abres, serás dueño del tesoro.

—Mucho tiempo he estado buscando en aquel subterráneo, dijo el anciano, he practicado dos escavaciones profundas debajo del hundimiento, pero no he hallado nada.

—Ven conmigo, dijo el mágico llevándole á una ventana. Veremos si has de dudar siempre de mi poder; ponte esta amatista en el dedo, y mira al mar.

La noche estaba oscura y lóbrega. Apenas se hubo metido Si-Babauri la sortija en el dedo, cuando brilló la mar repentinamente como si se hubieran levantado tres lunas á un tiempo. En el cielo, todas las estrellas habian tomado un color rojizo muy vivo, y las olas del mar, al chocar unas con otras, producian un sonido argentino.

El mágico sopló en el mango de su caduceo, y Si-Babauri vió á su caballo romper las riendas de una sacudida, y echarse á nadar en el brazo de mar que separaba la torre de la playa.

En menos de un minuto, el caballo saltó sobre la roca, y fué á echarse relinchando al pié de la torre.

—No necesitas mas que echarle mi caduceo, dijo el mágico, y tu caballo subirá aquí y te llevará mar afuera. ¿Dudas aun de mi poder?

Y al hablar así, los ojos del jóven brillaban como carbunclos, y la serpiente que ceñia su cabeza arrojaba llamas.

Si-Babauri se habia prosternado, y le besaba los piés.

—No llameis mi caballo: nunca he dudado de vuestro poder. Sois el mejor y mas eminente de los mágicos. ¡Siete barriles de oro! ¡Qué riqueza!

—Es menester separarnos, Si-Babauri; guarda este anillo, y vuélvete á Milah. Cuando te halles en el subterráneo de las fuentes, no tendrás mas que tocar esa amatista, y la cuba se abrirá instantáneamente. Adios, Si-Babauri, que el espíritu del profeta te guie.

El anciano bajó al instante; halló su caballo á la puerta de la torre, y montó en él.

Dice el poeta Sid-el-Schamyl que la felicidad le hace al hombre tener buen corazon. En el momento de marchar, Si-Babauri recordó á sus amigos del viaje que le habian encargado que buscara la felicidad tambien para ellos; se apeó, y subió corriendo á la habitacion de mágico.

La azotea no estaba alumbrada; por el ruido que hacian de las cadenas y de las bolas de cobre, conoció Si-Babauri que el jóven estaba bailando y saltando para entretenerse hasta que llegara la hora de media noche.

—¿Qué mas necesitas? gritó el mágico encolerizado.

—Perdon, señor, pero no soy yo el único desgraciado que hay en este mundo. He encontrado en mi viaje, al venir aqui, algunos seres desgraciados, y les he prometido buscar su felicidad. Decidme, señor, ¿qué debo responderles?

—Si-Babauri, eres un musulman honrado; toma este otro anillo; cuando te halles en el subterráneo, dale una vuelta á esa esmeralda, y hallarás detrás de la cuba siete copas inmensas llenas de pedrería. En cuanto á tus amigos, te voy á decir el secreto de su destino. La dorada tiene entre los dos ojos un diamante de mucho valor. Para que consiga volver al mar, basta que un hombre pobre y desgraciado le quite ese diamante. La reina, si quiere ser feliz, es preciso que se case con un hombre pobre y desgraciado, que la hará ser respetada por sus súbditos y temida por sus enemigos. En cuanto al leon, dile que devore á un hombre pobre y loco. Adios, Si-Babauri; sé feliz, y que el espíritu del profeta te acompañe.

Si-Babauri volvió á bajar atravesando las ocho salas; notó que el color de sus paredes cambiaba á cada minuto, pero habia visto tantas maravillas, que no le sorprendió este prodigio.

Su caballo, que le esperaba en la sala baja, fué á arrodillarse delante de él como un camello. Si-Babauri se colocó en la silla, y se lanzó con el caballo al mar. Pronto llegó á la playa. La noche estaba muy oscura. Si-Babauri dió una vuelta á la esmeralda, y el camino que seguia se iluminó. El caballo corria con un ardor increible, y en menos de una hora, á los primeros albores de la madrugada, se halló Si-Babauri á la orilla del estanque. La dorada estaba ya despierta.

—Hola, ¿ya estás de vuelta? dijo la dorada con alegria dando graciosos giros en el agua. ¿Qué buena noticia me traes?

Si-Babauri la refirió lo que le habia dicho el mágico con respecto á ella.

Toma el diamante, dijo el pez, tómale pronto para que á la salida del sol me halle en alta mar.

—¿No me has entendido? dijo el anciano, acuérdate que solo puede salvarte un hombre pobre y desgraciado.

—Pues bien, salvadme! replicó la dorada.

—Yo!... ¡un hombre desgraciado! ¿Estás loca? Mira mis dos anillos: tengo en el subterráneo de mi casa siete barriles de oro y siete copas muy grandes llenas de pedrería. Adios, adios. Yo mandaré á alguno por aqui para que te libre, que desgraciados no faltan en este mundo.

La dorada se metió tristemente entre las espadañas, y Si Babauri se marchó galopando.

Al cabo de tres dias llegó á la frontera del reino cuya soberana le habia encargado tambien que buscara su felicidad. A la entrada de la calle de palmeras, fué recibido por una escolta brillante que le acompañó hasta el palacio; orquestas numerosas colocadas á cortas distancias sobre estrados lujosos, tocaban trozos de música.

La reina habia sido avisada por los buenos genios del regreso de Si-Babauri. Hacia dos dias que le esperaban con afan, y en cada minarete habian colocado vigías para avisar su llegada.

A la puerta del palacio, los jefes de las tres grandes tribus se inclinaron ante él y le ofrecieron el yatagan del antiguo rey. Los marabouts le saludaron á su vez y le ofrecieron el rosario de ámbar que el último monarca habia recibido de sus antecesores. Se abrió entonces la puerta, y vió Si-Babauri á la reina.

Estaba reclinada sobre cojines de seda azul y con la cabeza apoyada en el pecho de la esclava, como en la primera entrevista; su semblante estaba pálido aun, pero sus ojos habian recobrado todo su brillo. Tendió su mano á Si-Babauri, y le dijo:

—Yo confiaba en ti; los genios buenos no me han engañado, buen anciano; has visto al mágico y le has hablado de mi, lo sé, pero ignoro su respuesta.

—Esta es, dijo Si-Babauri: es preciso que la reina se case con un hombre pobre y desgraciado

—Eres tú! eres tú! esclamó la reina levantándose llena de fuerza y alegría; scheicks y marabouts, saludad á vuestro rey!

—Yo no soy ni pobre ni desgraciado, dijo Si-Babauri desdeñosamente. «Ved mis dos anillos; tengo en mi subterráneo siete barriles de oro y siete copas grandes llenas de pedrería. Ya veis que no puedo ser vuestro esposo.

Al oirle hablar así, la reina se dejó caer en los brazos de sus esclavas, y se echó á llorar. Tanta pena y tan sin igual belleza conmovieron al pronto á Si-Babauri, pero venció el orgullo.

—Este reino no es muy estenso, dijo para sí, y la reina está enferma, el pueblo tiene fama de ser muy poco sumiso y muy difícil de gobernar; cuando yo quiera hallaré princesas mas poderosas á quienes elegiré por esposas, y además, aunque yo quisiera casarme con esta no podria hacerlo. La respuesta del mágico es terminante: un hombre pobre y desgraciado.

Consolado con esta reflexion, Si-Babauri pidió su caballo y se marchó, sin dar un último adios á la pobre reina que se moria de tristeza.

Tomó directamente el camino de las montañas para llegar mas pronto á Milah; tenia priesa de llegar, de penetrar en el subterráneo de las fuentes, y de abrir la cuba y las inmensas copas maravillosas. Apenas se detenia algunas horas por la tarde para dejar tomar á su caballo el descanso necesario. En cuanto á él, habia perdido completamente el apetito y el sueño; se consideraba rejuvenecido en treinta años lo menos, creyendo que la fiebre que le devoraba era un nuevo ardor juvenil de la sangre.

Segun se iba aproximando á Milah, esta fiebre de ambicion le devoraba mas y mas. Por el camino iba calculando el empleo de sus riquezas y formaba grandes proyectos. Solo los djinns son capaces de saber todas las ideas estravagantes y locas que hacian germinar en su cabeza.

Tres dias hacia que viajaba así, y ya no le faltaban mas que diez leguas para llegar á Milah, cuando el cansancio obligó al caballo á detenerse en una de las vueltas del camino que pasaba por delante de las cuevas. Si-Babauri le espoleó cruelmente sin conseguir que adelantara un paso siquiera; cansado de esta lucha, se apeó y dejó al caballo que se tumbara en la yerba que crecia á la sombra de las rocas.

Esta es la última vez que viajo así, dijo sentándose en su balija; en cuanto llegue á Milah, compraré diez negros para que me lleven en palanquin como lo hacen en Oriente; después me iré á Argel, armaré veinte ó treinta corsarios, y después que haya saqueado las costas de Italia y Francia, será preciso que el Dey me nombre general de las galeras... después... ya veremos...

Si-Babauri estaba estenuado de cansancio, y mientras estaba pronunciando este monólogo, como el calor tambien se hacia sentir con mucha fuerza, se durmió y continuó en sueños los planes que empezó despierto.

Soñó que después de su espedicion á Francia, entraba en Tunez, y destronaba al rey. El sultan entonces le nombraba pachá de tres colas y le confiaba la custodia de los santos lugares. Después de habe batido á los árabes, insurreccionaba la Siria y se declaraba independiente; enviaban contra él un ejército numeroso, pero él le compraba, le tomaba á su servicio y marchaba sobre Constantinopla para destronar al sultan.

Aquí se hallaba de su sueño, cuando le hizo despertar sobresaltado un gruñido en el momento mismo en que daba la órden de degollar al jefe de los creyentes; un aliento abrasador le daba en la cara, y dos patas largas y rojizas le rascaban cariñosamente el cuello. La cabeza de un leon estaba apoyada en su hombro derecho; por lo pelado que estaba y por su greña descolorida conoció Si-Babauri que era su amigo el leon viejo de la cueva; no por esto tuvo menos miedo de hallarse tan cerca de él, pero le era imposible huir, y toda señal de desconfianza era muy peligrosa.

Tomó pues el partido de ser valiente, y reflexionó que el leon estaba ya muy viejo, muy cascado, y que los años y los achaques habian convertido su carácter feroz en dulce y bondadoso. Sacó del bolsillo varias galletas; el leon las tomó y le manifestó su gratitud besándole repetidas veces en la cara con su peludo hocico.

Si-Babauri aguantó con la mayor paciencia imaginable estas pruebas de amistad, y empezó á referirle su viaje.

La historia de la reina conmovió mucho al leon, pero solo lo manifestó con un leve movimiento de cabeza. Si-Babauri iba prolongando todo lo posible su narracion con el objeto de ganar tiempo, y notó que su caballo se aproximó paulatinamente á él, al paso que pastaba, por lo cual le estaba mirando de reojo, pronto á aprovechar el momento oportuno para saltar á la silla y escapar.

Al oir la descripcion de las maravillas que habia visto el anciano en la torre encantada, no manifestó el leon estrañeza: era un verdadero sabio á quien nada le sorprendia. Se echó sobre la yerba y se puso á escuchar con una gravedad soñolienta las palabras de Si-Babauri.

El caballo continuaba aproximándose, siguiendo la yerba fresca, protegida por la sombra de las rocas. Ya no distaba mas que tres pasos de los dos amigos. El leon escuchaba siempre con la misma calma; Si-Babauri creyó hallar el momento favorable y se deslizó suavemente por la pendiente de una roca.

El leon se levantó y se restregó los ojos

—¡Qué historia tan maravillosa! dijo colocándose entre Si-Babauri y su caballo. Amigo, enséñame tus sortijas... Son muy bonitas, y sin duda están encantadas. ¿Pero recuerdas tu promesa? ¿Has hablado de mi al gran mágico?

—Olvidarte yo! dijo Si-Babauri. Dudarás de mi amistad? He hablado largamente de ti con el mágico, y me ha dado una respuesta favorable.

—Eres un amigo verdadero, dijo el leon abrazándole con las cuatro

patas, eres un buen amigo! Vamos, repíteme pronto la respuesta que te dió.

—Esta es: dile de mí parte al leon de la cueva, que encontrará su felicidad devorando á un hombre pobre y loco.

—¡Qué gran mágico! esclamó el leon, he hallado mi felicidad. Oh! qué gran mágico!

Y sin proferir mas palabras, animado por nuevas fuerzas desconocidas para él hacia mucho tiempo, devoró á Si-Babauri en un momento.

EL RASTRO SANGRIENTO.

LEYENDA ORLEANESA.

Señora, oid una historia lamentable...
Balada antigua.

Hace algun tiempo... mucho tiempo, que Santiago Alleaume y Francisco Brauchu eran dos labradores de Coullous.

El primero tenia buenas tierras y hermosos campos que le daban ricas cosechas. Habia en sus establos seis bueyes, cincuenta carneros en sus praderas, un pequeño mundo de volatería alrededor de su granja, y muchas monedas de plata en su arca.

El segundo no poseia nada mas que sus dos brazos, el ardor del trabajo, la honradez de sus costumbres, y el amor de una muger que le habia dado hermosos niños, los cuales criaba, á pesar de su pobreza, con la ayuda de Dios.

Uno era colérico, vanidoso, violento; el otro dulce, sencillo, bondadoso.

Y así seguian las cosas sin que Francisco sintiera su corazon agriarse por envidia contra Santiago su vecino.

Sucedió un dia que Santiago regresó á su casa de muy mal humor, con sombrío rostro, y murmurando entre dientes palabrotas. Tiró su sombrero de fieltro sobre un baul de roble, y aproximando un escabel con grande estrépito, se sentó en el rincon del hogar, en que estaba la cena al amor de la lumbre.

La señora Magdalena, su muger, le miraba.

—¿Te ha picado alguna mosca? le preguntó con irónico acento.

—¡Déjame en paz! contestó con voz ruda el labrador.

—Oh! oh! esa mosca era algun tábano, añadió la matrona con una sonrisa

—Silencio! te digo otra vez, esclamó Santiago; lo que me sucede es cosa séria, y por el santo de mi nombre que sabré vengarme!...



—Puesto que haces misterio y no se puede saber, pronunció Magdalena con despecho, cómete pues esa sopa y ese tocino que te están esperando; eso te apaciguará quizás, y la botella que está detrás de ti te ayudará á hacer colar tu bilis.

Santiago se puso á cenar con gesto avinagrado, no dejó salir ni una palabra de su gaznate, y después se fué á acostar con ceñudo semblante.

Aquella misma noche, Brauchu, aunque muy cansado y molido, hizo en su casa parca cena, bebió agua clara, besó alegremente á sus niños en la frente, pasó sus manos duras y callosas por la sedosa cabellera del menor, que jugaba sobre sus rodillas, y durmió tranquilamente bajo la proteccion de la Providencia.

Al dia siguiente, en el momento en que salia apenas el sol por encima de los elevados matorrales, cuando iba á su trabajo, halló en su camino á Alleaume, cuyo sueño parecia haberle quitado su mal humor, y ambos anduvieron juntos hablando de la cosecha y de los malos tiempos que corrian.

—¿Sabes, Francisco, que á cada momento me va dando compasion tu suerte? Es verdad que estás alegre, siempre contento, trabajando con alma, y cantando para distraerte todas las coplas de la comarca; pero no por eso dejas de tener cinco hijos, una esposa y una madre anciana, que te piden pan diariamente: por Navidad y Pentecostés vestidos; y con los pocos cuartos que ganas me sorprende el que puedas cubrir todas esas necesidades: ¿cómo te compones para hacerlo, y cuál es tu secreto?

—¿Cómo me compongo? Ya lo ves, trabajando mientras alumbra la luz del dia; en cuanto á mi secreto, es muy sencillo, y no tengo mas que el de confiar en la Providencia.

—A la verdad, envidio tu suerte; no tienes nada, te agobia el trabajo, que hace correr el sudor por tu frente, no puedes contar con el preciso sustento para el dia siguiente, y eres feliz!

—¿Pero, hombre, no puedes tú serlo con mucha mas facilidad que yo? Eres el labrador mas rico del país; vendes trigo, vino, fruta, sacas dinero de todo, cada año aumentas tus posesiones y ganados, no tienes mas que una hija, todo prospera á tu alrededor, te sonríe el porvenir: en verdad que harias muy mal en quejarte.

—Y sin embargo me quejo, Francisco; pero confío en que el motivo de mi tormento se acabará; paciencia.

En el sitio á que llegaban á la sazon los dos interlocutores se dividia el camino, tirando un ramal á la derecha y otro á la izquierda.

—Hasta la vista, Santiago.

—Adios, vecino.

Y se separaron.

El dia pasó como todos los demás, á pesar de lo que dicen los refranes; solo Alleaume pareció estar aquella noche mas sombrío que la anterior. Apenas tocó á la cena, calificándola de detestable. Riñó á su hija, se enfadó con la criada, se enfureció con el mozo, empujó á su muger, alborotó con todos, y se fué á la cama profiriendo un juramento.

Magdalena pensó muy acertadamente que el momento era muy inoportuno para mostrarse curiosa; se estuvo quieta y dejó pasar la tormenta. Sin embargo estaba muy apesadumbrada por no saber el motivo que convertia á Santiago, hacia dos noches, en una especie de puercoespin, al que no podia aproximarse. Todo seguia inalterable en la granja; las cabezas de ganado no estaban enfermas, cosechas magníficas estaban ya encerradas en su mayor parte en los graneros y desvanes, su hija era una gallarda moza, y dentro de pocos años seria la heredera mas rica y el mejor partido que habria en el contorno de tres leguas; ¿qué espina se le habia clavado pues á Santiago? Era incomprensible. La criada daba á entender que podrian muy bien haberle hecho mal de ojo al señor Santiago; pero la señora Magdalena tenia demasiada perspicacia para creer semejantes paparruchas.

Fuera lo que quisiera, el señor Alleaume entró en su casa la tercera noche con un humor endemoniado. Estaba trastornado, el furor le alborotaba la cabeza, y si le hubieran servido lomo crudo se le hubiera tirado á la cabeza á la criada, diciendo que estaba quemado.

—Sí, esclamó apretando los puños, esto no puede quedar así; me vengaré, ira de Dios, y ¡ay del culpable! Ah! se imaginan venir así á despojarme, á arruinarme, á robarme lo que es mio, á destrozar mis campos todos los dias, todas las noches, á todas horas, y creen que estaré tranquilo, indiferente, que dormiré á pierna suelta, que... Oh! uro por el santo de mi nombre que esto ha de acabar...

Y andaba con precipitados pasos, con los ojos sombríos y el rostro lívido.

—Veamos, Santiago, se aventuró á decir Magdalena con suma timidez; ¿nos dirás por fin las penas que te agitan hace tres dias, que te impiden comer y dormir, y que te obligan á encolerizarte con todos? Quizás no merezca la pena...

—Déjame; te digo que van á mis sembrados á quitarme el trigo, á mi verjel á quitarme las manzanas, á mi huerta á arrancarme las legumbres, á mis campos á robarme las semillas, á todas partes á despojarme de lo que es mio, y hace de esto mucho tiempo. Inútil es para mí velar, observar: no descubro nada. Pero por vida mia, que ha de suceder alguna desgracia!

Y levantó la cabeza con gesto amenazador.

Nadie se atrevió á replicar; Magdalena, sentada delante de su torno de hilar, le hacia girar con impaciencia, y cuando la vela de resina que chispeaba en la chimenea encima del llar amenazó apagarse, se acostaron sin decir una palabra.

Trascurrieron algunos dias, y el negro humor de Alleaume parecia haberse disipado como el humo. Se habia vuelto pacífico, habia recobrado su apetito, y no gruñia con nadie. Solo Magdalena le encontraba por instantes pensativo y taciturno, y por las noches, despues de cenar, en lugar de sentarse y estar hablando hasta las nueve con su familia, se metia su sombrero de fieltro hasta las orejas, y salia para no volver hasta hora muy avanzada de la noche. Fuera de este desvio de sus costumbres, habia vuelto completamente á su método de vida ordinario, y por la mañana, cuando veia á su vecino Brauchu marchar al trabajo, le deseaba buen éxito y buen ánimo.

Llegó el domingo; Brauchu, como se sabe, no era rico, y su mesa estaba malamente servida, tanto que á veces el pobre hombre hubiera necesitado un alimento mejor para el trabajo rudo que hacia. Así es que la buena Brígida, su esposa, que sabia esto, ponia al fuego la comida sustanciosa lo mas á menudo que podia, y se lo permitia el estado de su peculio; pero desgraciadamente lo permitia poquísimas veces. Sin embargo, aquel domingo habian reunido todos los recursos, y la ternera paternal de Enrique IV cocia en el hogar.

Brauchu, al salir de la iglesia en la que Santiago no parecia nunca, se detuvo algunos instantes á ver algunos muchachos que jugaban al tejo, y después entró en su casa.

—Hace mucho tiempo, le dijo su muger, que no hemos tenido tan buena comida como hoy, pero nuestra anciana madre está enferma; tú tambien pareces estar cansado y agobiado por los trabajos, y era necesario. Lo único que siento mucho, es no tener nabos para echarlos en la sopa, que estaria mejor con ellos.

—¿Y por qué no los has echado, Brígida?

Esta, por única respuesta, le enseñó la bolsa vacía.

—Si no es mas que eso, repuso Francisco, vas á quedar satisfecha segun espero; aguárdate un poco.

Y fuese á casa de su vecino Alleaume.

—¿Está Santiago en casa, señora Magdalena? preguntó.

—No, Francisco, ha salido hace mas de dos horas; pero ya es tarde y vendrá pronto á comer.

—Oh! no quiero esperarle; venia á pedirle un favor insignificante.

—¿Cuál es, vecino, si puedo yo hacerlo?

—Jesús, señora Magdalena, es únicamente el permitirme que vaya á coger algunos nabos á su nabal de V., que está cerca del bosque, porque Brígida, que ha puesto hoy cocido, siente no poder echarle nabos, y si V. me hace el favor...

—Sí, Francisco, con mucho gusto; vaya V., vaya; Santiago se lo permitiria á V. lo mismo que yo.

—Le doy á V. las gracias, señora Magdalena.

—No hay de qué darlas, vecino.

Y Brauchu se dirigió al nabal, al que llegó muy pronto, arrancó algunos nabos sin escogerlos, porque empezaba á anochecer, y se levantó con ellos en la mano. En el mismo momento sonó un tiro, y el desgraciado Francisco cayó en tierra sin proferir un grito, sin soltar un gemido, como si hubiera recibido un golpe de maza en la cabeza.

Al instante salió un hombre de un grupo de matorrales, avanzó rápidamente hácia la víctima, pareció vacilar un momento, después, cogiéndola por los piés, la arrastró desgarrada y ensangrentada por en medio del campo hasta el camino. Allí colocó el cadáver al lado de un barranco, volvió á los matorrales á coger su escopeta, se caló el sombrero hasta los ojos, y desapareció en la oscuridad de la noche, que iba tendiendo su denso velo en el espacio.

Aquel hombre que acababa de cometer un asesinato con la impasible sangre fria de un animal feroz, era Santiago Alleaume.

He aquí lo que habia sucedido:

A consecuencia de los destrozos que hacian en sus posesiones, formó un plan de venganza espantoso, que consistia en ir á emboscarse, ya en un sitio, ya en otro, con el fin de sorprender al merodeador, y matarle sin compasion.

Santiago ignoraba el sentimiento de la piedad; su corazon duro y egoista se dejaba cegar voluntariamente por el furor, y las horas que le hemos visto ausentarse cada noche, las pasaba en un acecho horroroso... el acecho de un hombre!

Y cuando vió á Brauchu entrar en su nabal y arrancar sus legumbres, su arma se habia inclinado hácia el padre de familia, honrado é inocente, y con mano segura le habia enviado la muerte...

Al dia siguiente hallaron el cuerpo ensangrentado de Francisco echado en el camino; imaginaron que el pobre jornalero habia sido muerto por algun malhechor, y llevaron sus restos al cementerio de Coullous, siguiendo al fúnebre cortejo la señora Brígida, con lágrimas y gemidos.

En cuanto á Santiago, se volvió desde aquel dia sombrío y taciturno; la morriña diezmó sus ganados, el granizo destrozó sus trigos, sus viñas se helaron, sus campos se quedaron cuasi incultos, y él, minado por las penas y los remordimientos, falleció á poco tiempo.

Desde entonces, la tierra que habia surcado el cadáver del infortunado Francisco, en el tránsito que Alleaume le habia hecho seguir para arrastrarle hasta el camino, se negó á producir fruto alguno, y cuando el campo se cubria de verdor, solo aquel rastro ofrecia, por un contraste bizarro y singular, la imágen de una vegetacion enana y amarillenta.

En el dia, aun en medio de espigas de trigo magníficas, ó de otras cosechas espléndidas, la línea que recorrió el cadáver de Brauchu permanece estéril y pedregosa. En vano revuelve el arado aquella tierra una y cien veces, en vano se hunde profundamente el azadon allí, en vano se arrojan en ella las simientes mas variadas y productivas; nada germina, nada nace, y los chicos la llaman todavia, designándola con sus deditos: *El rastro sangriento!*

THORWALDSEN.

El dia 25 de marzo último entró Thorwaldsen en el teatro de Copenhague: el telon no se habia alzado aun y se sentó en su localidad. Algunas personas observaron que cerraba los ojos y supusieron que dormia, mas pronto inspiró su palidez sérias inquietudes: acercáronse á él y conocieron que le quedaban pocos instantes de vida. Trasladado inmediatamente á su casa, espiró en ella á los pocos momentos, sin haber pronunciado una palabra. La noticia de esta desgracia inesperada esparció la consternacion en toda la ciudad, que se envanecia justamente con poseer á Torwaldsen. Tenia este setenta y cuatro años y dejó á Roma en 1838, después de haber residido en ella cuarenta y dos, para volver á su patria. Su entrada en Copenhague fué un verdadero triunfo, pues la multitud le acogió con gritos de entusiasmo, los poetas recitaron composiciones en su loor, y el rey Cristian VIII le nombró consejero y director de la Academia de Bellas Artes. Disfrutaba tranquilo los favores de su soberano y la admiracion pública. El dia anterior y aun el mismo de su muerte, se le habia visto en su taller, retocando un busto de Lu-

tero y una estatua de Hércules, destinada á adornar el palacio de Cristianberg. Ha dejado una mediana fortuna y la ha legado al Museo de Copenhague, que fundó y que lleva su nombre. Se le han hecho honras fúnebres dignas de su fama. Durante el dia 29 de marzo estuvieron espuestos sus restos en la sala de esculturas antiguas del Museo, y después de la misa, compuesta por Hotst y Hung, pronunció su panegírico el doctor Heiberg. Sobre el catafalco se habia colocado *La Esperanza*,



(Thorwaldsen.)

una de sus últimas obras. El cortejo que acompañó su cadáver al cementerio se componia del príncipe real y de otros miembros de la real familia, de los ministros, de muchos generales, de todos los artistas de la ciudad, de ochocientos estudiantes y de mas de ocho mil ciudadanos. En la puerta de la iglesia, el rey, vestido de luto, recibió el cuerpo, y la reina asistió á la misa, que celebró el obispo de Zelanda.

Conmueven estos testimonios universales de admiracion y de afecto, por lo mismo que se debe recordar la humilde cuna del ilustre artista, así como su juventud tan pobre y tan laboriosa.

DE LOS JARDINES DE FLORES O DE RECREO.

Los jardines se dividen en cuatro especies, que son: 1.ª jardines de legumbres: 2.ª parterres ó jardines de puro adorno: 3.ª jardines de flores: y 4.ª jardines á la inglesa.

De los jardines de la primera especie, ó que entendemos mas bien con el nombre de huertas, no hablaremos aqui, porque nos reservamos hacerlo mas estensamente en un tratado aparte.

Los jardines de la segunda especie, además de las plantas olorosas y de flores, tienen una distribucion simétrica y un compartimiento admirable, y están adornados de calles, parterres, dibujos, estatuas, fuentes, escalinatas, estanques, perspectivas, etc.; pero como no podemos presentar ejemplos patentes de esta clase de jardines, porque varian hasta lo infinito, nos abstenemos de hablar de ellos.

La tercera especie de jardines son aquellos que están destinados puramente al cultivo de un número de plantas escogidas, y no admiten mas adornos que la sencillez, el aseo y la pericia del jardinero, para determinar lo conveniente á la conservacion de las plantas puestas á su cuidado, bien lleven estas flores vistosas ó raras, ó bien se hallen mezcladas unas y otras con las de olores agradables. De esta clase de jardines es de la que nos proponemos hablar ahora, dejando para después el dar una ligera idea de los llamados á la inglesa.

Debemos advertir que aun cuando por su diversa formacion tengan los jardines distintos nombres entre los aficionados á la jardinería, no obstante son inalterables las reglas que dirigen las principales operaciones del cultivo de las plantas con que se forman.

DE LA SITUACION DEL JARDIN.

Debe elegirse para el jardin un paraje elevado, donde corra el aire libremente, y esté á cubierto de los vientos del Norte y de las costas, porque de ellas vienen los vientos impetuosos: para estos abrigos, ya sean del arte ó de la naturaleza, han de ser de modo que el jardin goce de todas las esposiciones para que se puedan cultivar en él, así las plantas que nacen en el Mediodía como las que prosperan en el Norte. Las flores no se crian bien en los jardines pequeños, ni en los que se hallan rodeados de edificios altos, porque en estos el sol dura poco, bien porque va demasiado tarde, ó bien porque se quita muy temprano; además el sol se reconcentra en ellos y ahoga las plantas, porque su ardor no se templa con el aire fresco que corre en los que se hallan desembarazados y libres: por la misma razon la humedad que se introduce una vez tarda mucho en disiparse; el rocío y el sereno son en ellos mas abundantes, y las heladas y escarchas les ocasionan mayor daño.

Ha de tener tambien el agua proporcionada á las necesidades del jardin, y si nace de fuentes conviene que haya un estanque capaz de contener una cantidad suficiente de agua para regar, que reciba el calor de la atmósfera, para que las plantas no se resientan de la mayor frescura que pueda tener el agua. Asimismo debe tener el suelo del jardin una pendiente suave y proporcionada á su estension, para que no se estanquen. Si esta pendiente es muy rápida, el agua arrastrará consigo la tierra vegetal ó humus, y solo dejará la tierra matriz.

CALIDAD DEL TERRENO.

Aunque es cierto que un aficionado á flores dispone como quiere la tierra donde piensa colocarlas, sacando, si es arcillosa, una porcion, que sustituye con otra preparada al intento, y si es arenosa, la mezcla con otra que le dé cuerpo y aglutine sus moléculas; y últimamente, que la tierra de un jardin de flores es hija del arte, y jamás puede hallarse preparada por la naturaleza sin ayuda del arte, es muy útil que el jardinero elija un terreno suelto, sustancioso y muy vegetal, porque habiendo de servir de base á los preparativos del jardinero, este no tendrá que hacer tantos gastos, ni le costará tanto trabajo el prepararla.

MODO DE PREPARAR LA TIERRA.

Las raices de las plantas nos indican suficientemente la profundidad de tierra buena que cada una de ellas exige. Después de haberse asegurado de la profundidad de las raices de cada planta, hay que considerar la direccion que toman y cuál es su forma: las plantas de cebollas, como los jacintos y los tulipanes, las de tubérculos, como los ranúnculos y los anemones, no quieren abonos animales, á no ser que esten muy podridos y reducidos al estado de mantillo. Si la tierra retiene el agua ó el suelo es arcilloso, se pudrirán estas cebollas, porque se mantienen mas por las hojas que por las raices, y al contrario, prosperarán en una tierra ligera, vegetal, sustanciosa y mezclada por partes iguales con hojas de árboles podridas, bastándoles una capa de ocho pulgadas de tierra preparada de esta manera.

Los claveles no exigen una tierra tan dulce, porque echarian muchas raices y pocas flores. Los alhelíes y otras plantas semejantes prosperan en ella; pero prefieren una buena tierra mezclada con estiércol de animales, con tal que tenga la profundidad de doce á quince pulgadas el terreno en que se planten.

Solo hemos citado los ejemplos anteriores para manifestar la necesidad que hay de variar el suelo del jardin segun lo exija cada género de planta: cuando hablemos de estas en particular, diremos la preparacion de tierra que le conviene.

El uso del mantillo bien podrido y preparado es tan necesario al jardinero, que sin él no puede lograr buenas flores ni buena nacencia de las semillas que siembre: la combinacion de esta tierra vegetal aligera, suelta y vivifica las tierras con que se mezcla, y esta es la que conviene emplear en los semilleros, tiestos, etc., en que se cultivan plantas delicadas.

En los jardines de flores debe haber un sitio destinado solamente para preparar las tierras, que se ha de componer de algunas divisiones hechas con tabiques: estas divisiones las bañará el sol, estarán cubiertas con tablas ó paja ó con techo verdadero, para que la lluvia no lave la tierra que se halle en ellas, y para que espuesta á los rayos del sol atraiga la sal aérea, que es la que combina sus principios.

Las tierras se preparan luego que se les cae la hoja á los árboles, y la operacion se efectua de este modo: se amontonan las hojas solas ó mezcladas con tierra y abonos animales, segun el fin á que se destine. Si el cobertizo resguarda enteramente el monton y no pueden mojarlas las lluvias, se le echa agua, de modo que la humedad penetre hasta abajo, y se deja en este estado durante todo el invierno. En los primeros dias buenos de la primavera en que el sol calienta, se estiende el monton, se revuelve con la pala para mezclarle bien, y se vuelve á amontonar en el cobertizo: si esta tierra se halla seca se vuelve á mojar, porque sin humedad no hay fermentacion. En el mes de junio ó julio se vuelve á estender y remover, y se repite esta operacion en octubre.

Los floristas inteligentes no emplean la tierra preparada como acabamos de decir, sino después de haber pasado dos años en este estado,

que es el modo de conseguir la tierra suficiente y proporcionada á la naturaleza de cada planta en particular, porque de esta mezcla bien hecha y apropiada depende no solo la belleza de las flores, sino tambien la perfeccion de las especies.

REPARTIMIENTO DEL TERRENO Y ÉPOCA DE VERIFICAR LA SIEMBRA.

Los repartimientos del terreno, los dibujos y todos los adornos de un jardin varian tanto como el genio del jardinero ó del que esta encargado de trazarlos; de consiguiente como esto depende del capricho ó gusto de cada uno, solo advertiremos que los compartimientos han de ser sencillos y despejados, porque son los mas útiles para las plantas y para el cultivo, y además son los que generalmente presentan mayor elegancia: la mezcla de diversas plantas, la espesura y el desórden estudiado de los jardineros, solo conviene á los llamados á la inglesa, mas no á los de flores. Uno de los primeros cuidados del jardinero florista ha de ser el distribuir el terreno de tal modo, que sin carecer de órden y hermosura en el compartimiento, queden varios claros donde puedan criarse algunas plantas, acomodándolas ya en un paraje ya en otro, segun la situacion y esposicion que requiera su naturaleza, porque unas apetecen el sol, otras la sombra, etc.

Preparada la tierra y distribuido el terreno, es necesario conocer cuál es la época mas á propósito para verificar la siembra: unos la ejecutan en primavera y otoño, otros la hacen en cualquier tiempo y estacion, y otros esperan á tal ó cual mes, consultando al propio tiempo la creciente ó menguante de la luna, y aun las horas del dia en que deben hacerlo; pero este sistema solo está fundado en la rutina. La época mas á propósito para la siembra es aquella en que los vegetales sazonan sus semillas y se desprenden de ellas ó las recoge el jardinero; pero siempre deben plantarse en una esposicion y situacion que facilite la nacencia y vegetacion de las nuevas plantas. Mas como no siempre en todos los climas ni con todas las plantas puede ejecutarse, se ha adoptado por regla general el hacer la siembra á principios de la primavera y otoño.

Cuando hay abrigos naturales ó artificiales, como estufas, camas calientes, portales de jardin, etc., pueden adelantarse las siembras y conservar las plantas; pero cuando se haya de verificar el caso es preciso seguir una regla que indique con exactitud la época en que se ha de sembrar, en la primavera, que debe ser en cualquier país cuando los árboles indígenas empiezan á echar la hoja: esta operacion se repite en los meses de agosto y setiembre, adelantándola mas ó menos segun se anticipen ó atrasen los frios del invierno, y segun su mayor ó menor intensidad.

Las plantas que se consigan de ambas siembras, ya se hagan en cajones, en tiestos ó en semilleros, deben trasplantarse á los parajes convenientes, y colocarlas ya en el lado que mira al mediodía, ya en el que mira al norte, segun que resistan mas ó menos el frio.

PASCUAS A LAS MUSAS.

¡Oh vos, antiguas jóvenes,
doncellas del Parnaso,
oid mi anacreóntica,
que con vosotras hablo!
Ya mazapan comiendo
se acerca el fin del año,
y están nuestros bolsillos
en vísperas de parto.
Dichoso quien oprime
los lomos del Pegaso,
y trota por los aires
atropellando pájaros.
Quien baila sobre el Pindo
ya polkas, ya fandangos,
ó toma en Hipocrene
remojos hidropáticos.
¡Oh si pudiese, Musas,
en dias tan aciagos
envuelto en un soneto
llegar á vuestros brazos!
Que allí con todas nueve
corriera por los campos
que están en vez de flores
de versos tapizados.
No el *rataplan* oyera
de bélicos muchachos
que imitan á la Alboni,
á Herodes recordando.
Ni los sonoros ecos
de los rabeles cándidos,
orquestas de pastores,
y de borregos pasmo.
Ni viera el aureo fruto
que prueba que hay naranjos,
ni cuál crece en las calles
el número de pavos:
Ni por gustar el genio
del arte *culinario*,
diera á la cama un huésped
y al médico trabajo.
Ni amigos me enviaran
sus diligentes fámulos
con un regalo á cuestas
que pide otro regalo.
Entre las nueve ¡oh Musas!
en plácido descanso
no viera las cuartetas
en que me piden cuartos.
De fijo me libraba
del que reparte el *Diario*,
de los de dos periódicos
y tres obras ó cuatro.
Del oficial del sastre,
del que hace los zapatos,
y del que guia y llena
los musicales carros.
De una arrugada ninfa
del Manzanares manso,
y de otra que disfrazan
calzones de asturiano.
Del que con chuzo en ristre
vigila por el barrio,
del militar cartero
y de otros mil que callo.
Mas ya que no es posible,
librándome de tantos,
¡oh Musas! estas pascuas
pasar á vuestro lado,
Y ya que en tales dias
los gordos y los flacos
con una mano toman
y dan con otra mano:
Yo que en renglones cortos,
ya vistos, ya ignorados,
de enero hasta diciembre
vuestros elogios canto;
Yo que por ver la risa
vagar en vuestros labios
sin conocer el mundo
pensé hacer su retrato:
Yo que tan dulces horas
pasé en vuestro regazo
hurtándolas al Código,
y á Don Alonso el Sabio;
Yo en fin que no os conozco
logre por premio grato...
saber si sois bonitas
antes que acabe el año.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.

FIN DEL TOMO DE 1852.



